



EMPERADORES
γ
BÁRBAROS

EL PRIMER MILENIO DE
LA HISTORIA DE EUROPA

PETER
HEATHER



CRÍTICA

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Prefacio	
Prólogo	
Capítulo 1. Emigrantes y bárbaros	
Capítulo 2. La globalización y los germanos	
Capítulo 3. ¿Todos los caminos conducen a Roma?	
Capítulo 4. Migración y colapso de las fronteras	
Capítulo 5. Los hunos a la desbandada	
Capítulo 6. Francos y anglosajones: ¿transferencia de elites o völkerwanderung?	
Capítulo 7. Una nueva Europa	
Capítulo 8. La creación de la Europa eslava	
Capítulo 9. Diásporas vikingas	
Capítulo 10. La primera unión europea	
Capítulo 11. El fin de las migraciones y el nacimiento de Europa	
Mapas	
Mapa 1	
Mapa 2	
Mapa 3	
Mapa 4	
Mapa 5	
Mapa 6	
Mapa 7	
Mapa 8	
Mapa 9	
Mapa 10	
Mapa 11	
Mapa 12	
Mapa 13	
Mapa 14	
Mapa 15	
Mapa 16	
Mapa 17	
Mapa 18	

Mapa 19

Mapa 20

Mapa 21

Fuentes primarias

Bibliografía

Láminas

Créditos de las ilustraciones

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Peter Heather, autor de *La caída del Imperio romano*, nos propone una visión innovadora de la historia de los bárbaros. Basándose en los nuevos hallazgos de la arqueología, combate el tópico de una Europa dividida en la antigüedad entre un Imperio romano próspero y cultivado y unos espacios habitados por tribus de bárbaros pobres e incivilizados.

Esta pudo haber sido la situación a comienzos de la era cristiana, pero en los siglos siguientes cambió profundamente y hacia el año mil de nuestra era el mundo europeo, del Atlántico a los Urales, se había transformado: habían surgido estados homogéneos y poderosos, mientras el viejo mundo romano se derrumbaba. En lugar de invasiones de hordas salvajes, Heather nos habla de migraciones que se asemejan a las de nuestro mundo globalizado y de un proceso de desarrollo que creó nuevas formas de organización social. Como ha dicho Mary Beard, este libro aporta nueva luz sobre las grandes migraciones de la antigüedad que cambiaron nuestro mundo.

PETER HEATHER

EMPERADORES Y BÁRBAROS

El primer milenio de la historia de Europa

Traducción castellana de
Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda-Gascón

CRÍTICA
BARCELONA

A mi padre

ALLAN FREDERICK HEATHER

28.II.1923 - 14.I.2008

Y a mi suegro

RICHARD MILES SAWYER

30.VII.1917 - 3.IX.2007

PREFACIO

Me ha llevado muchísimo tiempo escribir este libro. Firmé el contrato original cuando mi hijo William se encontraba en el seno materno. Cuando estas páginas vean la luz, estará examinándose para obtener su GCSE (General Certification of Secondary Education), lo que significa, para los que no estén familiarizados con el sistema educativo británico, que ya ha cumplido dieciséis... En parte, he tardado tanto tiempo porque también he ido haciendo otras cosas a lo largo de estos años, pero este proyecto ha supuesto una dedicación de cuatro excedencias académicas, que es mucho más tiempo del que haya empleado a lo largo de mi vida en cualquier otra actividad, y ello viene a reflejar las verdaderas dificultades que han ido surgiendo a medida que este trabajo iba avanzando. Para empezar, cubre un amplísimo arco de tiempo y espacio, y en consecuencia un número importante de literaturas especializadas completamente distintas. He de confesar que nunca he dominado varias de ellas, por no hablar ya de historia y arqueología eslava, materia a cuyos especialistas quiero expresar mi gratitud por su costumbre de publicar versiones de sus principales teorías en lenguas europeas occidentales. Aquí, y en muchos otros contextos intelectuales de las siguientes páginas, a menudo hago rápidas incursiones en temas en los que nunca entraría un ángel consciente de su dignidad. Esta circunstancia, por supuesto, es una razón más de que haya costado tanto concluir el proyecto.

Pero abordar contextos tan distintos de una manera exhaustivamente comparativa es esencial para la concepción de este proyecto. Mi concepción original comportaba un análisis de la transformación de la Europa de los bárbaros del primer milenio desde dos perspectivas diferentes. En primer lugar, me parecía que se produjeron unos modelos de desarrollo similares en las sociedades germánicas de las fronteras del Imperio Romano en la primera mitad de dicho milenio, y que lo mismo ocurrió en las sociedades

eslavas de las fronteras de los imperios franco y bizantino en la segunda mitad. Ni que decir tiene que no podía tratarse de una mera casualidad. En segundo lugar, me daba la impresión de que algunos enfoques modernos del fenómeno de la migración de los bárbaros durante ese mismo período habían reaccionado muy negativamente al exceso de importancia que se le había dado en una época anterior, y que ahora había la tendencia a minimizarlo en exceso. Para hacer un replanteamiento del significado del fenómeno de las migraciones del primer milenio, me pareció una buena idea leer sobre otras migraciones más modernas y mejor documentadas, y fue a partir de esa lectura como al final fueron tomando forma las líneas generales del presente libro. Lo que poco a poco empecé a comprender de la lectura de la literatura comparativa sobre migraciones es, en primer lugar, que sus modelos y formas suelen relacionarse estrechamente con los modelos existentes de desarrollo social y económico, y, en segundo lugar, que se ven a menudo modeladas de manera determinante por el/los contextos(s) político(s) en el/los que tienen lugar. En otras palabras, aunque tardé bastante tiempo en darme cuenta de ello, las dos vertientes distintas de mi enfoque original de la Europa de los bárbaros durante el primer milenio no eran tan distintas entre sí, sino que constituían aspectos de un proceso mucho más general de transformación, dependiente el uno del otro. Los modelos de migraciones bárbaras durante el primer milenio vinieron dictados por las transformaciones generales socioeconómicas y políticas de las sociedades bárbaras de la época, viéndose también determinados por las formas en las que dichas sociedades interactuaban con el poder y las instituciones imperiales de su tiempo. Éste es el tema central del presente libro, y sólo podía plantearse desde el enfoque comparativo y general que al final ha tomado el proyecto. Toca al lector, por supuesto, juzgar si el conjunto de beneficios derivados de la adopción de semejante estrategia compensa las deficiencias en los detalles que sin duda se habrán generado por ello.

Por lo demás, sólo deseo expresar desde estas páginas mi más profundo agradecimiento por toda la ayuda que he recibido para la realización de este proyecto durante los largos años que le he dedicado. He contraído ciertas deudas institucionales que quiero destacar. Los departamentos de Estudios Clásicos e Historia de la Universidad de Yale me ofrecieron un lugar en el

que recogerme durante un año, en 1999-2000, período durante el cual adquirí buena parte de mis conocimientos en materia de migraciones modernas y sus modelos. El AHRC me autorizó una excedencia extraordinaria en otoño de 2004 —en total me concedió unos ocho meses de excedencia—, período durante el cual pude efectuar un primer esbozo de los últimos capítulos del presente libro. También pasé parte de ese tiempo en un entorno maravilloso y sumamente agradable, Dumbarton Oaks, en Washington D. C., donde el trabajo se convierte en una tarea fácil y amena, rodeado de tantísimos libros y de una compañía tan alentadora. Quiero expresar mi más sentido agradecimiento a su director y a sus administradores por la concesión de una beca en otoño de 2004. Una pequeña subvención gracias al proyecto Migraciones y Diásporas del AHRC también me permitió dirigir una serie de seminarios sobre migración y el primer milenio en la primavera y el verano de 2005, que fueron muy fructíferos para mí, como espero que lo fueran para el resto de los participantes.

Son numerosísimas las deudas concretas que he contraído con el mundo académico durante los últimos dieciséis años, y me resulta imposible nombrar uno por uno a todos los que me han ayudado. Cuando empecé a considerar el tema de este libro, tuve la suerte de ser invitado a participar en uno de los subgrupos del proyecto «Transformación del Mundo Romano», subvencionado por la Fundación Europea de la Ciencia. Fue, sigue siendo y será una experiencia formativa intelectual para mí, de la que ni siquiera puedo expresar con palabras cuánto les debo a los numerosos intercambios de ideas y de información que tuvieron lugar en el transcurso de la misma, intercambios que con posterioridad han continuado produciéndose. No obstante, quiero manifestar mi más profundo agradecimiento a Przemyslaw Urbanczyk, quien más tarde me extendió una invitación para visitar Polonia, permitiéndome llevar mi noción de los eslavos de la Alta Edad Media mucho más allá de aquel nivel superficial que por entonces tenía. Por otro lado, me gustaría también expresar mi gratitud a todos los que contribuyeron en hacer de los seminarios sobre migración patrocinados por el AHRC una experiencia tan memorable y apasionante. Y entre los numerosos especialistas que me han ayudado de manera más notoria a lo largo de estos

años con sus ideas y sus publicaciones, me gustaría destacar especialmente a Paul Barford, Andrzej Buko, James Campbell, David Dumville, Guy Halsall, Wolfgang Haubrichs, Lotte Hedeager, Agnar Helgason, Christian Lübke, Walter Pohl, Mark Shchukin, Mark Thomas, Bryan Ward Perkins, Mike Whitby, Mark Whittow, Chris Wickham, Ian Wood y Alex Woolf. No se trata en absoluto de una lista exhaustiva de los académicos que me han prestado su colaboración, pero sus nombres constituyen al menos un símbolo de la gran deuda intelectual que he contraído con muchos otros más.

En un ámbito más directo, quiero expresar mi agradecimiento a mi editora, Georgina Morley, a mis correctores, Sue Philpott y Nick de Somogyi, así como a la directora de mi editorial, Tania Adams. Soy perfectamente consciente de que, pese a no haberles facilitado las cosas, han contribuido a mi proyecto con su gran pasión. Del mismo modo, deseo manifestarles mi gratitud por todas las incoherencias, las impropiedades y los errores que he cometido y que ellos han sabido corregir. Las equivocaciones que puedan quedar son, por supuesto, de mi exclusiva responsabilidad. Vaya también mi agradecimiento a Neil McLynn y a otros amigos y colegas que han leído para mí tantas páginas del manuscrito original del presente libro. A ellos les doy las gracias por su inmensa paciencia, su entusiasmo y sus correcciones. Como suele ocurrir, también tengo contraída una gran deuda con todos los miembros de mi familia, cuya solidaridad conmigo ha sido envidiable especialmente durante estos últimos meses. Bongo y Tookey han sabido soportar pacientemente la falta de ejercicio, y William y Nathaniel han sabido perdonar con extrema generosidad mi falta de atención y mis arranques de mal genio. Sin embargo, más que a nadie, quiero darle las gracias a Gail, quien, además de prestarme todo su apoyo emocional y de proporcionarme la logística necesaria, también ha trabajado ardua y denodadamente durante los últimos estadios de la producción del presente libro. Si bien en este sentido mis deudas son infinitas, espero que, al menos, también lo sea el afecto, el amor y el agradecimiento que de mí puedan recibir.

PRÓLOGO

En el verano de 882 d. C., cerca de la Llanura Húngara en la que el río Danubio corre desde los Alpes hasta los Cárpatos, Zwentibald, duque de Moravia, y sus hombres capturaron a Werinhar, «el mediano de los tres hijos de Engelschalk», y a su pariente, el conde Wezzilo, y les cortaron la mano derecha, la lengua y —lo más atroz de contar— los genitales, para que no pudiera encontrarse ni rastro [de los genitales]». Dos aspectos de este episodio están en marcado contraste con el telón de fondo de la historia de la Europa del primer milenio d. C.

En primer lugar, los habitantes de Moravia eran de lengua eslava. Moravia estaba situada al norte del Danubio, ocupando principalmente el territorio de lo que hoy día constituye Eslovaquia, y desde una perspectiva moderna parece un dato irrelevante que gentes de lengua eslava dominaran esta parte de Europa central, pues así sigue siendo en la actualidad. Pero a comienzos del primer milenio, y a lo largo de los quinientos años siguientes, Eslovaquia, y buena parte de las regiones circundantes, estuvo controlada por individuos de lengua germánica. Así pues, ¿de dónde vinieron los moravos de lengua eslava?

En segundo lugar sorprende el episodio propiamente dicho. A pesar de que tenemos noticia de él a través de un comentarista franco, no de un moravo, y a pesar de las atroces mutilaciones que describe, nuestra fuente no muestra antipatía por los eslavos. Los moravos llevaron a cabo una acción tan drástica, nos cuenta, por una mezcla de previsión y venganza. Una venganza por cómo el padre de Werinhar, Engelschalk, y su tío Guillermo los habían tratado cuando ambos habían estado al frente conjuntamente del lado franco de aquella misma frontera. Pero también a modo de previsión, pues querían evitar por todos los medios que a los hijos de Engelschalk les fuera encomendada la vieja misión de su padre. Así pues, pese a la crueldad de sus actos, los moravos tenían sus razones para mostrarse tan bárbaros, e incluso

un comentarista franco supo reconocer la existencia de un plan definido y coherente detrás de aquella brutalidad. Los moravos querían que su parte de la frontera fuera gobernada de una manera que les resultara aceptable. Los testimonios arqueológicos ayudan a visualizar esta necesidad o exigencia. Moravia fue el primer estado eslavo con una extensión y una cohesión significativas de finales del primer milenio, y sus vestigios materiales son impresionantes. En Mikulčiče, su capital, las excavaciones sacaron a la luz una serie de masivos recintos de piedra y los restos de una fabulosa catedral con una superficie de cuatrocientos metros cuadrados, esto es, tan grande como cualquier otra construcción europea de la época, incluso de zonas supuestamente más avanzadas por aquel entonces.¹ De nuevo, todo esto resulta aún más sorprendente cuando se compara con un escenario más general del primer milenio. En la época del nacimiento de Cristo, Moravia no sólo estaba ocupada por individuos de lengua germánica, sino que estas poblaciones solían organizarse exclusivamente en pequeños grupos liderados por un caudillo, y nunca llegaron a construir algo más sustancial que unas simples chozas de madera mínimamente amplias, en oposición a chozas de dimensiones poco más que reducidas.

Así pues, un incidente en la frontera a finales del siglo IX pone perfectamente en evidencia el problema que subyace en el tema esencial del presente libro: la transformación fundamental de la Europa de los bárbaros durante el primer milenio d. C. El término «bárbaro» se utiliza a lo largo de estas páginas en un sentido muy específico, que incorpora sólo una parte del significado del vocablo griego original *barbaros*. Primero para los griegos y luego para los romanos del imperio, el término «bárbaro» conllevaba importantes connotaciones de inferioridad en todos los aspectos de la vida, desde los de índole moral hasta los relacionados con las buenas maneras y el comportamiento adecuado en la mesa. Significaba «el opuesto», «el otro», el reflejo al otro lado de un espejo de la imagen del Mediterráneo civilizado y romano que había conseguido unificar el imperio. Por mi parte, utilizo el término en un sentido limitado, desprovisto de sus connotaciones morales. Para el presente estudio, la Europa de los bárbaros es el mundo no romano, el mundo no imperial del este y el norte del viejo continente. El mundo sorprendentemente sofisticado del Mediterráneo, pese a toda su filosofía y a

sus conocimientos de arquitectura o ingeniería, era también una sociedad a la que le encantaba dar de comer personas a los animales salvajes en aras del entretenimiento, de modo que, personalmente, no sabría cómo empezar si tuviera que establecer una diferenciación en términos morales entre la Europa del imperio y la Europa no imperial.

En la época en la que comienza este relato, la del nacimiento de Cristo, el paisaje europeo estaba marcado por contrastes extraordinarios. Las regiones de la cuenca del Mediterráneo, recientemente unidas bajo la dominación del imperio de Roma, constituían una civilización sofisticada desde el punto de vista político, avanzada desde el punto de vista económico y desarrollada desde el punto de vista cultural. Era un mundo que destacaba por su filosofía, su sistema bancario, sus ejércitos profesionales, su literatura, su maravillosa arquitectura y su recogida de basuras. Por otro lado, aparte de ciertas zonas al oeste del Rin y al sur del Danubio que ya empezaban a funcionar siguiendo más o menos el ritmo del mundo mediterráneo, el resto de Europa era el hogar de unos individuos que sólo practicaban una agricultura de subsistencia y que estaban organizados en pequeñas unidades políticas. Buena parte de esta Europa no imperial estaba dominada por gentes de lengua germánica que, aunque contaban con algunas herramientas y armas de hierro, por lo general trabajaban la madera, apenas sabían leer y escribir y nunca habían erigido construcciones de piedra. Cuanto más al este, más simple era el panorama: menos instrumentos de hierro, poquísima agricultura productiva e inferior densidad de población. Era, de hecho, el orden del mundo antiguo en el oeste de Eurasia: una cuenca del Mediterráneo hegemónica que dominaba despóticamente un hinterland septentrional subdesarrollado.

Si avanzamos unos mil años, comprobaremos cómo había cambiado el mundo. No sólo los pueblos de lengua eslava habían sustituido a los de lengua germánica como fuerza dominante en buena parte de la Europa bárbara, y algunos de lengua germánica habían reemplazado a romanos y celtas en ciertas regiones del resto de Europa, sino que, lo que constituye un punto mucho más fundamental, el dominio del Mediterráneo se había esfumado. Desde el punto de vista político, todo ello se debió a la aparición de unos estados más grandes y sólidos en el antiguo hinterland septentrional,

como, por ejemplo, el de los moravos, aunque la manifestación de este patrón no se limitó a la esfera política. En el año 1000, muchos modelos culturales del Mediterráneo —por no hablar del cristianismo, la alfabetización y el arte de construir con piedra— se estaban difundiendo también por el norte y el este de Europa. Lo que ocurría en esencia es que una serie de patrones de organización humana estaban alcanzando una mayor homogeneidad a lo largo y ancho del continente europeo. Fueron esas nuevas estructuras estatales y culturales las que acabaron para siempre con el orden del mundo antiguo de dominación mediterránea. La Europa bárbara ya no sería bárbara nunca más. El orden del mundo antiguo había dado paso a unos modelos culturales y políticos que están más directamente relacionados con los de la Europa moderna.

La trascendencia que tuvo en general este contundente cambio de poder queda patente precisamente en el gran número de historias de países de la Europa moderna que remontan sus orígenes, en caso de necesidad, a una nueva comunidad política aparecida entre mediados y finales del primer milenio. En ocasiones esa necesidad es muy acuciante, pero sería verdaderamente imposible para la mayor parte de las naciones europeas intentar remontar sus linajes a una época anterior, a los tiempos del nacimiento de Cristo o a períodos precedentes. En un sentido muy profundo, las transformaciones políticas y culturales del primer milenio fueron realmente como la antesala del parto de la Europa moderna. Pues Europa es fundamentalmente un fenómeno cultural, económico y político más que geográfico. En términos geográficos, es simplemente el sector occidental del gran continente euroasiático. Lo que imprime a Europa su verdadera identidad histórica es la generación de sociedades que interactuaban unas con otras en términos políticos, económicos y culturales de una manera lo suficientemente considerable para compartir determinadas semejanzas importantes, y la primera aparición de una verdadera semejanza fue consecuencia directa de la transformación de la Europa bárbara en el primer milenio.

Precisamente porque constituye un momento tan crucial de la aparición de naciones y regiones, este período ha atraído siempre la atención de los académicos y del público en general. En las escuelas han venido enseñándose

generalmente esas versiones literarias que abordan el tema de los orígenes ancestrales de las comunidades nacionales, y desde la implantación de la educación general pública en los tiempos modernos son pocos los europeos que no están mínimamente familiarizados con, al menos, las nociones más elementales de las sagas de su nación. Pero es precisamente al llegar a este punto cuando la cosa se complica.

Hasta hace muy poco tiempo, la interpretación académica y popular de este período solía atribuir un papel determinante en la historia a los inmigrantes de todas las clases que aparecieron inesperadamente en distintos lugares y en distintas etapas a lo largo del milenio. A mediados de dicho milenio, inmigrantes de lengua germánica destruyeron el imperio romano de occidente y, en el proceso, crearon una serie de estados ancestrales. Les siguieron más germánicos y, sobre todo, gentes de lengua eslava, cuyas actividades vinieron a colocar en su sitio muchas más piezas del rompecabezas nacional europeo. Más inmigrantes procedentes de Escandinavia y de la estepa completaron ese rompecabezas a finales de ese período. Las disputas acerca de los detalles del desarrollo de esta fase de nuestra historia fueron intensas, pero nadie ponía en tela de juicio que el masivo movimiento migratorio de hombres y mujeres, adultos y jóvenes, había desempeñado un papel esencial en la reveladora epopeya de la creación de Europa.

Más o menos en la pasada generación, el consenso académico acerca de estas grandes teorías se ha roto, pues ha quedado demostrada su simplicidad. No ha aparecido ninguna nueva visión global, pero el efecto general de una gran variedad de estudios ha supuesto una considerable degradación del papel desempeñado por las migraciones en la aparición de al menos algunos de aquellos remotos antepasados del primer milenio de las naciones modernas de Europa. En la actualidad se afirma a menudo, por ejemplo, que, como mucho, sólo unos pocos individuos se desplazaron en el curso de lo que ha sido interpretado como una migración en masa. Considerando que solía pensarse que la totalidad de grandes grupos sociales se desplazaban regularmente a lo largo y ancho de la Europa del primer milenio, más recientemente se ha presentado la imagen de unos cuantos individuos moviéndose realmente de un lugar a otro, y muchos de ellos agrupándose tras

la bandera cultural de los que verdaderamente se desplazaron, adquiriendo así en el proceso una nueva identidad colectiva. El presente estudio da a entender que para el reordenamiento de la Europa bárbara fueron mucho más importantes las transformaciones de carácter económico, social y político que cualquier movimiento migratorio.

El objetivo primordial de *Emperadores y bárbaros* consiste en presentar esa visión global de la aparición de Europa de la que carecemos: una visión que tenga perfectamente en cuenta todos los aspectos de carácter positivo de las teorías revisionistas, evitando asimismo caer en sus propias trampas. Como nos recuerda claramente el episodio de los moravos, la formación de estados en la antigua Europa subdesarrollada y bárbara —el crecimiento de entidades políticas más grandes y cohesionadas— constituye por lo menos un elemento tan importante de la historia del primer milenio como la migración, si no más. Fue la aparición de entidades como Moravia a lo largo y ancho del paisaje político del norte de Europa lo que hizo imposible que un estado de raíces mediterráneas ejerciera una hegemonía suprarregional como había venido haciendo el Imperio Romano mil años antes. Sin embargo, es importante no lanzarse con demasiada rapidez a una visión del mundo de identidades en continua transformación y unos pocos emigrantes. El presente libro sostendrá que el camino a seguir no es el de la negación de las migraciones, a veces incluso de grupos bastante grandes de individuos, sino el del análisis de sus distintos modelos en el contexto de todas las transformaciones que por aquel entonces tuvieron lugar en la Europa bárbara.

Ante todo, las siguientes páginas pretenden algo más que intentar recolocar determinadas migraciones a gran escala en la lista de los principales fenómenos del primer milenio, situándolas pasivamente junto a las demás transformaciones. Al contrario, defenderán que es posible identificar una especie de teoría de campos unificada oculta tras la transformación general de la Europa bárbara. Veremos que, tras observarlos más detenidamente, los procesos asociados a la formación de estados y a las formas migratorias concretas que se produjeron en el primer milenio deben ser entendidos como respuestas alternativas al mismo conjunto de estímulos, y no como dos tipos diferentes de transformación. Como reacciones a las enormes desigualdades existentes entre las regiones más y menos desarrolladas de Europa con las

que comenzó el milenio. Y, en mi opinión, fueron elementos indispensables para acabar con aquellas desigualdades. Migración y formación de estados son dos fenómenos estrechamente relacionados, que conjuntamente destruyeron el orden del mundo antiguo de dominación mediterránea y vinieron a colocar los pilares de la Europa moderna.

Capítulo 1

EMIGRANTES Y BÁRBAROS

En abril de 1994, casi doscientas cincuenta mil personas huyeron de Ruanda, en el corazón de África, y se refugiaron en la vecina Tanzania. En el mes de julio de ese mismo año, la asombrosa cantidad de un millón de personas más siguió su ejemplo y se trasladó a Zaire. Todos pretendían escapar de la terrible oleada de matanzas que desencadenó el asesinato en masa probablemente más espantoso de la época actual. El 6 de abril de ese mismo año, los presidentes Juvénal Habyarimana de Ruanda y Cyprien Ntaryamira de Burundi murieron al estrellarse su avión cuando intentaba aterrizar en la capital de Ruanda, silenciándose así de un golpe las dos voces moderadas más importantes de la región. Otras voces moderadas del gobierno, la burocracia y la judicatura de Ruanda fueron acalladas con la misma celeridad, y dio comienzo así la matanza, no sólo en las ciudades, sino también en las zonas rurales. La ONU calcula que sólo en el mes de abril fueron masacradas cien mil personas, y probablemente perecieron en total un millón de individuos. La única escapatoria era la huida y en los meses de abril y julio, hombres, mujeres y niños emprendieron la fuga para salvar sus vidas. La mayoría de los refugiados dejó tras de sí todas sus posesiones, y con ellas la posibilidad de acceder de forma segura a comida y agua de buena calidad. El resultado sería el previsible. En julio, durante el primer mes de la huida a Zaire, habían muerto ya 50.000 refugiados, y al final perecerían cerca de 100.000 —esto es, una décima parte del total—, víctimas del cólera y la disentería.

Ruanda es sólo el más espectacular de los numerosos ejemplos recientes de migración como respuesta ante una crisis política. Poco tiempo después, 750.000 albanos-kosovares huyeron a los países vecinos en una muestra de reacción similar ante la escalada de la violencia. Pero las huidas masivas ante

el peligro son sólo una causa de las migraciones. Son muchos más los que utilizan el traslado a un país «más rico» como estrategia para mejorar su calidad de vida. Este fenómeno puede apreciarse en todo el globo. En los años ochenta del pasado siglo xx doscientas mil personas, del total de los tres millones y medio que conformaban la población del país, abandonaron la República de Irlanda con destino a otras zonas de Europa económicamente más dinámicas, aunque muchas de ellas regresaron a su tierra natal a consecuencia del boom de la economía irlandesa, cuando su país se convirtió en un destino importante de mano de obra emigrante. Y la migración por causas económicas adquiere una preponderancia aún mayor allí donde los niveles de vida son más bajos. Si nos fijamos en las distintas poblaciones subsaharianas, actualmente podemos encontrar a quince millones de personas de este origen en Oriente Medio, a otros quince millones en el sur y el sudeste de Asia, a otros quince millones en Norteamérica, y a trece millones en Europa occidental. Las causas de este sorprendente fenómeno —las cifras son tan elevadas que resultan prácticamente inimaginables— radican en la enorme desigualdad de la riqueza. Los ingresos medios de una persona en Bangladesh, por ejemplo, son una centésima parte de los habituales en Japón. Esto significa que un bengalí que encuentre trabajo en Japón cobrando sólo la mitad del salario medio de un japonés ganará sólo en dos semanas el equivalente a los ingresos de dos años de trabajo en Bangladesh. La violencia política y las desigualdades económicas se combinan para hacer de la emigración —en sus múltiples formas— uno de los fenómenos más importantes del mundo moderno.

En el pasado las cosas no eran muy distintas. La historia de la humanidad es la historia de las migraciones.¹ Se trata de una perogrullada, pero, como suele ocurrir con muchas perogrulladas, es una afirmación que en sentido lato es cierta. Una consecuencia básica de los testimonios disponibles actualmente acerca de la evolución del hombre es que, después de evolucionar en un contexto favorable en el África continental, diferentes especies de homínidos utilizaron las habilidades de adaptación proporcionadas por su mayor potencia cerebral para colonizar casi todos los

ambientes terrestres del planeta. Esencialmente el mundo entero está poblado por descendientes de emigrantes y de individuos que en algún momento buscaron asilo.

La historia documentada del último milenio ofrece asimismo muchos ejemplos de migraciones, algunos de los cuales —especialmente los procedentes del interior de Europa— están notablemente bien atestiguados. El caso de los actuales Estados Unidos constituye naturalmente un fenómeno creado por emigrantes. Entre 1820 y 1940 sesenta millones de europeos emigraron a ultramar con destino a distintos lugares de todo el mundo, pero treinta y ocho millones de ellos acabaron en Norteamérica. Las continuas oleadas de emigrantes, especialmente de hispanohablantes, indican que la historia de los Estados Unidos no ha llegado todavía en absoluto a su fin. Análogamente, un cuarto de millón de individuos emigró desde España al nuevo Mundo en el siglo XVI, y otros doscientos mil en la primera mitad del XVII. En esos mismos siglos, ochenta mil y quinientos mil británicos respectivamente desafiaron las olas del Atlántico norte y abandonaron su país. Si nos remontamos todavía más atrás en el tiempo, la documentación se vuelve mucho más fragmentaria, pero es evidente que la emigración fue un fenómeno significativo. En el período correspondiente a la Alta Edad Media, sólo en el siglo XII quizá doscientos mil campesinos de lengua germánica se trasladaron al este del Elba para hacerse con tierras en Holstein, Brandemburgo occidental, y las marcas sajonas.²

LA POBLACIÓN DE EUROPA

El presente libro se interesa por un pasado mucho más distante: la Europa del primer milenio d. C. Es un mundo que oscila entre la historia y la prehistoria: algunas partes del mismo se estudian fundamentalmente a través de fuentes históricas escritas, otras, en cambio, se conocen sólo a través de restos materiales que pertenecen al mundo de los arqueólogos. Estos testimonios de diverso tipo y sus combinaciones plantean retos muy concretos, pero no cabe duda de que hubo emigrantes de todo tipo que actuaron dentro de los confines de Europa durante los mil años inmediatamente posteriores al nacimiento de Cristo. Teniendo en cuenta en

su totalidad el papel desempeñado por las migraciones en la historia de la humanidad, sería muy raro que no los hubiera habido. Los dos primeros siglos de la era cristiana vieron cómo los romanos salían de Italia para llevar los placeres de la vida urbana y la calefacción central a muchos rincones de la Europa occidental. Pero es la migración de los llamados bárbaros, procedentes del otro lado de las fronteras de la Europa imperial, la que durante largo tiempo ha sido considerada fundamentalmente típica del primer milenio después de Cristo.

¿Quiénes eran esos bárbaros y dónde y cómo vivían más o menos por la época en la que Cristo nació en Belén?

La Europa bárbara

A comienzos del primer milenio, la Europa imperial, definida por los territorios a los que llegaron las legiones romanas, se extendía desde la cuenca mediterránea hasta el río Danubio —en sentido lato— por el norte, y hasta el Rin por el este. Más allá de estas líneas se encontraban los bárbaros de Europa, que ocupaban algunas de las mesetas de la Europa central y casi toda la Gran Llanura Europea, que es la mayor de las cuatro grandes regiones geográficas del viejo continente (mapa 1). La unidad de esta vasta zona, sin embargo, radica en su estructura geológica, no en su geografía humana. Mientras que en toda su vasta extensión son característicos los suelos de arcilla pesada, las marcadas variaciones de clima y, por consiguiente, de vegetación, dan lugar a notables diferencias de su potencial agrícola, basadas en las temporadas de cultivo y en la fertilidad del suelo. Las zonas más occidentales, en particular el sur de Gran Bretaña, el norte de Francia y los Países Bajos, se encuentran gobernadas por sistemas de clima atlántico, con inviernos suaves y húmedos y veranos frescos y con abundantes lluvias. Uno de los grandes misterios de la historia sigue siendo cómo es que fueron los británicos los que inventaron el críquet, el único deporte que no puede practicarse bajo la lluvia. Las estribaciones centrales y orientales de la llanura tienen un clima más continental, con inviernos más fríos y veranos más cálidos y secos. Las temperaturas medias del invierno van descendiendo a medida que nos trasladamos hacia el este, y las precipitaciones estivales

disminuyen a medida que nos dirigimos hacia el sur y hacia el este. Históricamente, esta circunstancia tuvo unos efectos importantísimos sobre la agricultura, particularmente en las épocas premodernas, en las que sólo se empleaban tecnologías agrícolas limitadas. Por el sudeste, incluso en la región de Ucrania, cuyo suelo negro es célebre por su fertilidad, la productividad se hallaba limitada por las bajas precipitaciones veraniegas, y los poblados se hallaban en los valles fluviales. Al norte y al este, el frío invernal imponía serias restricciones. Debido al frío, los característicos bosques sólo de árboles caducifolios y mixtos de árboles caducifolios y de coníferas, que componen la vegetación natural de la mayoría de las zonas de la llanura, acaban dando paso primero a los bosques sólo de coníferas propios de la taiga y luego a la tundra ártica. En términos generales, el extremo septentrional de la zona boscosa mixta marca el límite de esa parte del paisaje europeo en la que a lo largo de un pasado remoto y oscuro el suelo acumuló una cantidad suficiente de humus para permitir una agricultura normal o una versión adaptada de ella.

A comienzos del primer milenio d. C., gran parte de esa llanura seguía cubierta de bosques, y la Europa del norte estaba muy lejos de desarrollar plenamente su potencial agrícola. Y ello no se debía sólo a los árboles, sino también al suelo. Sumamente productivos en potencia, los espesos suelos de arcilla de la llanura del norte de Europa exigían la utilización de arados pesados para mantener su fertilidad; arados capaces no sólo de abrir surcos, sino también de revolver la tierra, de modo que los nutrientes contenidos en las hierbas silvestres y en los residuos de los cultivos se pudrieran en el suelo y pudieran aprovecharse para la siguiente temporada. A lo largo de la Edad Media temprana y durante la Alta Edad Media, este problema se resolvió por medio de la *carruca*, el arado de acero provisto de cuatro ruedas tirado hasta por ocho bueyes, pero al comienzo del primer milenio la mayoría de los bárbaros de Europa apenas eran capaces más que de arañar —literalmente— la superficie de la tierra. De ese modo, los habitantes de la llanura europea practicaban una agricultura que apenas sobrepasaba, si es que lo conseguía, el nivel de la mera subsistencia, y la población estaba repartida en islotes de terrenos cultivados en medio de un mar de verde.

Los comentaristas mediterráneos estuvieron siempre mucho más interesados por sí mismos que por los «otros», los bárbaros del otro lado de la frontera, pero hasta ellos pudieron darse cuenta de que había muchos más de esos islotes de terreno cultivado —y por consiguiente una mayor densidad de población en general— a medida que se adentraba uno en el oeste. O más concretamente, dividieron a los bárbaros que ocupaban la Gran Llanura Europea en germanos y escitas. Anteriormente había habido también celtas —*Keltoi*—, pero la mayor parte de la Europa occidental y centromeridional, anteriormente celta, había sido devorada por el Imperio Romano en su constante avance. Y ya a comienzos del primer milenio d. C., estas zonas habían emprendido una trayectoria no bárbara hacia el latín, las ciudades y la recogida de basuras. Los testimonios arqueológicos indican que la fijación de los nuevos límites de la Europa imperial no fue un mero accidente. La cultura material celta prerromana es célebre por su característico estilo artístico, expresado sobre todo a través de una metalurgia hermosamente trabajada. Los asentamientos celtas de la época compartían además una sofisticación general manifestada en otros aspectos de la cultura material: entre otras cosas, en una cerámica fabricada al torno tecnológicamente avanzada, en poblados de tamaño considerable y con frecuencia amurallados (los llamados *oppida*), y en el uso considerable de herramientas de hierro capaces de generar una agricultura relativamente productiva.³

Los restos materiales correspondientes a pueblos hablantes de lenguas germánicas durante el mismo período, en cambio, son en general mucho menos ricos y de un tipo mucho menos desarrollado. Los hallazgos típicos de la Europa germánica consisten en tumbas de cremación en urnas con escaso o nulo ajuar funerario, cerámica elaborada exclusivamente a mano, no al torno, un estilo metalúrgico sin desarrollar, e inexistencia de *oppida*. El nivel general de la productividad agrícola de las zonas dominadas por los germanos era también mucho menos intenso. Y es precisamente porque la economía de la Europa germánica producía un excedente agrícola menor que las zonas celtas vecinas, por lo que era menor la posibilidad de emplear herreros especializados y los artistas necesarios para la producción de una metalurgia sofisticada. Y si bien los romanos no tomaron nunca la decisión estratégica global de absorber la Europa puramente celta, los relatos que hablan de los

intentos de conquista indican que los generales romanos sobre el terreno llegaron finalmente a pensar que la economía menos desarrollada de la Europa germánica sencillamente no merecía el esfuerzo de su conquista. Las versiones tradicionales del fracaso de los romanos a la hora de someter a los germanos, como suelen ser llamados en la actualidad esos hablantes de lenguas germánicas, hacen hincapié en la aniquilación por éstos de las tres legiones de Varo en la batalla del Bosque de Teutoburgo en el año 7 d. C. La realidad fue mucho más prosaica. Los romanos se vengaron ferozmente de esta derrota en los años siguientes, pero ni aun así puede ocultarse el hecho de que los impuestos que potencialmente llegaran a cobrar a la Europa germánica conquistada habrían pagado los costes de la conquista y del subsiguiente acantonamiento de tropas.

En consecuencia, poco después del nacimiento de Cristo, se dejó a distintos pueblos hablantes de lenguas germánicas al frente de un amplio sector de Europa comprendido entre los ríos Rin y Vístula (mapa 1). Las unidades sociales y políticas primarias de esos germanos se caracterizaban por sus reducidas dimensiones. En el siglo I Tácito y en el II Ptolomeo ofrecen una lista casi desconcertante de nombres de pueblos, que sólo de forma aproximada podemos situar en un mapa. No obstante, se manifiesta con toda claridad el punto clave. Había tantas de esas unidades políticas («tribus», si se quiere darles ese nombre, aunque el término arrastra tras de sí un abultado bagaje potencialmente inadecuado) que, consideradas individualmente, debieron de ser pequeñísimas.

No toda esta zona había sido siempre, o quizá ni siquiera había sido durante mucho tiempo, coto privado de los germanos. Fuentes grecorromanas atestiguan que la Europa germánica había aumentado periódicamente de tamaño, aunque no ofrecen casi ningún detalle circunstancial acerca del proceso que ello habría supuesto. Los bastarnas, por ejemplo, hablantes de germánico, se trasladaron al sudeste de los Cárpatos a finales del siglo III a. C., para convertirse en la fuerza dominante al noroeste del mar Negro. Aproximadamente al comienzo del nuevo milenio, los marcomanos, otro pueblo de lengua germánica, expulsó a la estirpe celta de los boyos de la cuenca alta de Bohemia. Cuando hablamos de la Europa germánica, pues, en realidad no hablamos de una Europa *dominada* por los germanos, y no

tenemos por qué suponer que toda la población de esta zona verdaderamente enorme —parte de ella sometida militarmente en un pasado bastante reciente— fuera culturalmente homogénea en términos de sistemas de creencias o de prácticas sociales, ni siquiera que hablara necesariamente la misma lengua.⁴

«Escitia» era un término genérico, a modo de cajón de sastre, usado por los geógrafos grecorromanos para designar a los habitantes de las regiones orientales de la Llanura Septentrional Europea, que se extenderían desde el río Vístula y las estribaciones de los Cárpatos hasta el Volga y el Cáucaso (mapa 1). En la tradición geográfica y etnográfica griega, Escitia era presentada a menudo como un desierto helado, el arquetipo de los «otros», la imagen inversa de la civilización griega. Y a los habitantes de ese mundo se les atribuía todo tipo imaginable de comportamientos incivilizados: cortaban cabelleras, sacaban los ojos, arrancaban la piel a tiras, se tatuaban, o incluso bebían vino puro, sin mezclar con agua. En realidad, el territorio designado con este nombre abarcaba una enorme variedad de hábitats. En los valles de los grandes ríos que fluyen hacia el sur en las estribaciones orientales de la Gran Llanura Europea podían encontrarse buenos campos de cultivo, al menos dentro de las zonas templadas marcadas por la extensión de la estepa boscosa. Al sur se encontraba el paisaje mucho más seco de la estepa propiamente dicha, cuyas extensas praderas proporcionaban un hábitat natural a los rebaños de los pueblos nómadas. Al norte y al este, el régimen de agricultura intensiva iba desapareciendo gradualmente, dejando el paisaje a disposición de los pueblos cazadores-recolectores del Círculo Polar Ártico.⁵

Entre estos distintos grupos de población, los nómadas desempeñarán un papel fundamental en nuestro relato de la transformación de la Europa bárbara durante el primer milenio, pero será sólo un papel indirecto, por lo que no es preciso analizar en detalle su mundo. Baste decir que al comienzo de este período hacía ya tiempo que las poblaciones nómadas andaban rondando por las tierras situadas al sudeste de los Cárpatos y al norte del mar Negro. Desde el punto de vista geológico, este paisaje forma parte también de la llanura europea, pero la ausencia general de precipitaciones durante el verano hace que las labores agrícolas sean precarias, o totalmente imposibles. Al este del Don, no se producen suficientes precipitaciones para que la agricultura resulte viable sin recurrir al regadío, tecnología que curiosamente

no penetró en estas tierras durante la Antigüedad, por lo que el país conservó su vegetación natural: la pradera esteparia. Al oeste del Don, hay agua suficiente para el desarrollo de la agricultura en algunos valles fluviales, pero dichos valles se encuentran muy cerca de una vasta franja de terreno, próxima a la costa del mar Negro, que una vez más es una zona de naturaleza esteparia. Quizá no sea de extrañar, por tanto, que la dominación política de este paisaje durante la Antigüedad soliera alternar entre grupos nómadas y pueblos agrícolas sedentarios. Cuando dio comienzo la era cristiana, los bastarnas y los peucinos, de lengua germánica, que se habían trasladado a esta región en el siglo III a. C., mantenían el dominio de la zona, pero no tardarían en perderlo a manos de los sármatas, grupo nómada que asoló el país durante el siglo I d. C.⁶

Al norte de la estepa boscosa, las estribaciones orientales de la Llanura Europea Septentrional están rodeadas de vastas extensiones cada vez más pobladas de bosques de coníferas. En esta zona, como las temperaturas invernales son por término medio más frías y en el suelo hay menos humus, las condiciones se vuelven mucho más duras para la agricultura. A comienzos del primer milenio este mundo era poco conocido en el Mediterráneo. En su *Germania* Tácito sitúa al pueblo cazador-recolector de los fenos (finlandeses) en el lejano norte, y a otro grupo, el de los vénetos (o vénethos), entre ellos y los germanos peucinos, en las estribaciones de los Cárpatos:

Los vénetos han tomado mucho de sus costumbres de los sármatas, pues recorren saqueando todo el territorio de bosques y montes que se levanta entre peucinos y fenos. Sin embargo, se les cuenta más bien entre los germanos, porque fijan sus domicilios, llevan escudos y les gusta utilizar las piernas con rapidez.

Un poco antes, Plinio había oído hablar a su vez de los vénedas, como él los llama, pero no ofrece ninguna información detallada al respecto, e incluso el geógrafo del siglo II Ptolomeo apenas sabía de ellos más que los nombres de algunos de los grupos en que se dividían. Su zona era un poquitín menos misteriosa que la situada más allá, territorio en el que las gentes tenían «rostro y rasgos humanos, cuerpos y miembros de animales», pero sólo un poco menos misteriosa.

Arqueológicamente, la imagen de los habitantes de estas zonas boscosas del este de Europa en torno al nacimiento de Cristo es razonablemente simple. Como implica el comentario de Tácito acerca de los asentamientos permanentes, era un mundo de agricultores, pero unos agricultores con una cultura material extremadamente sencilla, menos desarrollada incluso que la predominante más al oeste, en la Europa germánica. Los restos de su cerámica, de sus herramientas y sus poblados son efectivamente tan simples que frustran cualquier intento de categorización estilística o incluso cronológica, mostrando una extraordinaria lentitud en los cambios antes de la segunda mitad del primer milenio d. C. Los testimonios arqueológicos indican que se trataba de un mundo de pequeños poblados agrícolas aislados, que vivían a un nivel de subsistencia inferior al de los germanos, con pocos indicios de que dispusieran de excedente, y ninguno de que mantuvieran lazos comerciales con el mundo más rico del Mediterráneo. La identidad étnica y lingüística de esos vénéto habitantes de los bosques ha dado lugar a un gran debate, en particular en torno a su relación, si es que tenían alguna, con los hablantes de eslavo que tanta importancia tendrían en la historia europea a partir de 500 d. C. aproximadamente. Volveremos a hablar de estos debates en el capítulo 8, pero parece que el lugar donde es más probable que encontráramos eslavos —o a sus antepasados más directos— al comienzo de la era cristiana estaría entre esas poblaciones de las estribaciones más orientales de la Gran Llanura Europea dedicadas a una agricultura simple.⁷

Así pues, simplificando un poco las cosas, la Europa bárbara a comienzos de nuestro período puede dividirse principalmente en tres zonas. La situada más al oeste y más cerca del Mediterráneo era la más desarrollada, con unos niveles altos de productividad agrícola y una cultura material bastante rica y sofisticada ya en su cerámica y su metalurgia. Esta zona había estado controlada desde hacía mucho tiempo por pueblos de lengua celta, y buena parte de ella acababa de quedar bajo el dominio de Roma. Más al este se encontraba la Europa dominada por los germanos, en la que la agricultura era menos intensiva y por consiguiente carecía de una cultura material igualmente rica. Pero hasta la Europa germánica practicaba una agricultura relativamente intensiva comparada con la de los habitantes de los bosques y las selvas de la Europa del este, cuya cultura material ha dejado en

consecuencia unos restos mínimos. Nada de lo expuesto en este breve panorama general suscita en realidad controversia, excepto acaso dónde podríamos encontrar a los eslavos. Pero lo que es muy discutible es el papel desempeñado por las migraciones en la asombrosa transformación experimentada por la Europa bárbara durante los mil años siguientes.

La migración bárbara y el primer milenio

Todo el mundo estaría dispuesto a reconocer que durante el primer milenio d. C. hubo algunos movimientos migratorios dentro y fuera de la Europa bárbara. El panorama general, sin embargo, es en la actualidad muy polémico. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la migración era vista como un fenómeno de importancia trascendental en la transformación de la Europa bárbara: una especie de columna vertebral que habría dado al primer milenio su forma distintiva. La migración germánica a gran escala durante los siglos IV y V acabó con el Imperio Romano de Occidente y estableció nuevos modelos lingüísticos y culturales en el norte. Fue la época en la que los godos procedentes de la costa septentrional del mar Negro se desplazaron más de dos mil kilómetros hasta el sudoeste de Francia en tres etapas distintas a lo largo de treinta y cinco años (c. 376-411 d. C.). Desde la Europa central los vándalos recorrieron casi dos veces esa misma distancia y cruzaron el Mediterráneo para acabar, asimismo en tres fases distintas, en las provincias centrales del norte de África romano. El proceso se desarrolló en treinta y tres años (c. 406-439), con una larga estancia en España (411-c. 430). También fue en esos siglos cuando la historia de las Islas Británicas dio un giro decisivo con la llegada de los inmigrantes anglosajones procedentes de Dinamarca y del norte de Alemania.

Más importancia tuvo, supuestamente, la migración eslava. Los orígenes de los eslavos han sido siempre objeto de un acalorado debate, pero, procedan de donde procedan, es un hecho indudable que partiendo de una relativa oscuridad durante el siglo VI los pueblos hablantes de eslavo se diseminaron por grandes extensiones de la Europa central y oriental durante los doscientos años siguientes. Una parte considerable de ese paisaje había estado dominada hasta entonces por pueblos de lengua germánica, de modo

que la ascensión de los eslavos supuso un cambio cultural y político enorme. Vino a crear la tercera gran zona lingüística de la Europa moderna, junto con las lenguas románicas y germánicas, y las fronteras entre las tres han permanecido casi inalterables desde que se crearon. La migración escandinava durante los siglos IX y X completó después un milenio de migraciones masivas. En el Atlántico, fueron colonizados por primera vez paisajes completamente nuevos en Islandia y las islas Feroe, mientras que los emigrantes vikingos en Europa occidental formaron el Danelaw en Inglaterra y el ducado de Normandía en el continente. Más al este, otros colonos escandinavos desempeñaron un papel trascendental en la creación del primer estado ruso de Kiev, cuyas fronteras establecieron y trazaron los límites de Europa hasta la Edad Moderna.⁸

Ninguna teoría de todas estas migraciones y de su significación ha logrado una aceptación general. Muchos detalles, como veremos en los siguientes capítulos, han sido y serán siempre objeto de controversia. Pero la convicción de que la migración de los bárbaros desempeñó un papel formativo enorme en la historia de Europa durante el primer milenio fue un rasgo distintivo de todas las tradiciones académicas europeas hasta 1945. Era cierto hablando de historia a la máxima escala. En este sentido los emigrantes del primer milenio fueron considerados los creadores de las principales divisiones lingüísticas de la Europa moderna: las que separan a las poblaciones hablantes de lenguas románicas, germánicas y eslavas. Pero se atribuyó también a las migraciones un papel trascendental a unos niveles más íntimos. Se pensó que determinados grupos de emigrantes pusieron los cimientos de entidades políticas tan duraderas y tan extensas geográficamente como, por ejemplo, Inglaterra, Francia, Polonia y Rusia, por no hablar de todos los estados eslavos que abrieron el camino hacia su independencia de los imperios multinacionales de Europa durante los siglos XIX y XX. Durante el período de entreguerras, la proporción de estados nación de la Europa moderna que remontaban los orígenes de su distintividad a los emigrantes del primer milenio era enorme. Esa visión compartida del pasado es lo que los estudiosos más recientes han dado en llamar el Gran Relato. Nunca dejó de haber discrepancias respecto a los detalles, pero en realidad no importaba. Lo verdaderamente importante es que fueran tantos los grupos de población de la

Europa moderna que consideraban que la raíz de su distintividad se hallaba en una historia continua que se remontaba a un momento migratorio situado en algún punto de ese milenio en concreto.⁹

Una parte integrante de ese relato era una determinada visión de la naturaleza de las unidades de población que emigraban. Muchos de esos movimientos no estaban bien documentados en las fuentes históricas, y otros no lo estaban en absoluto. Pero independientemente de la información histórica que existiera, lo cierto es que a veces se hablaba efectivamente de grandes grupos compactos de hombres, mujeres y niños que se trasladaban juntos de manera bastante deliberada de un hábitat a otro. Esa información tocaba una cuerda muy especial. Como los grupos migratorios eran considerados el comienzo de algo grande —de unas entidades con un largo futuro de distintividad continuada, que los conduciría inexorablemente a las naciones de la Europa moderna—, era natural aplicar esa visión a todos ellos. De ese modo, todos los grupos migratorios del primer milenio —documentados o no— pasaron a ser vistos como grandes grupos de población culturalmente distintivos y biológicamente autorreproductores, que pasaban de un punto A a un punto B del mapa sin que por suerte les afectara el proceso migratorio. Esos lejanos antepasados tuvieron que ser lo bastante numerosos y lo bastante distintivos para explicar la existencia de sus descendientes de la época moderna, tan numerosos y aficionados a reafirmarse políticamente. Una buena analogía del proceso de migración así concebido serían las bolas de billar rodando por la extensión de una mesa de fieltro verde. Algo habría hecho rodar las bolas de un extremo a otro de la mesa —la sospecha más habitual era la superpoblación en el momento de la partida—, pero cada bola sería exactamente la misma en los distintos lugares cuando dejara de rodar y acabara deteniéndose en un sitio. Esta teoría fue aplicada en particular a los pueblos germánicos que intervinieron en los movimientos de los siglos IV-VI, pero también en gran medida a los eslavos y a los escandinavos. Pueblos eslavos modernos como los serbios, croatas y eslovenos, por ejemplo, hacían remontar su historia a poblaciones migratorias cohesionadas del primer milenio d. C.¹⁰

Este relato del primer milenio formaba a su vez parte de un relato más extenso que explicaba la población de toda Europa en tiempos prehistóricos. El nacimiento de Cristo marcaba el momento en que la información histórica escrita empezaba a ser más o menos accesible en numerosos lugares de Europa al norte de los Alpes. La reconstrucción del pasado más distante se basaba por completo en los testimonios arqueológicos y solía estar escrita — antes de 1945— en términos de una secuencia de grupos de población «más avanzados» que iban sucediéndose unos a otros como fuerza dominante en el paisaje europeo. Los primeros agricultores de finales de la Edad de Piedra llegaron del este y desplazaron a los cazadores-recolectores, los que empleaban el cobre hicieron lo mismo con los que utilizaban la piedra, los que empleaban el bronce con los que empleaban el cobre, hasta que finalmente llegamos a la Edad de Hierro y al primer milenio d. C. Los detalles de esta teoría general no nos importan demasiado, pero para entender lo que viene a continuación debemos tener en cuenta que un modelo de migración del primer milenio tomado de algunos textos —un modelo según el cual unos grupos cohesionados de hombres, mujeres y niños se trasladaban intencionadamente de un lugar a otro para ocupar nuevos paisajes— era aplicado en su totalidad a un pasado más remoto para explicar los esquemas de desarrollo de los restos arqueológicos de la Europa prehistórica. Era por lo que algunos creían saber sobre las migraciones del primer milenio por lo que los primeros agricultores, y luego los trabajadores del cobre, del bronce y del hierro fueron considerados —sucesivamente— grupos de población venidos de fuera que llegaron para adueñarse del paisaje europeo.¹¹ Dentro de este relato, el más grande entre los grandes relatos de la población de Europa, nuestro período representaba un final y un principio. Había sido testigo del último acto de la secuencia de grandes migraciones que había configurado toda la historia del continente desde la última glaciación, y marcaba el comienzo de una Europa poblada por entidades con una historia continuada —es decir, por grupos que en gran medida habrían permanecido intactos y no se habrían visto afectados por ulteriores migraciones— que llegaba hasta la actualidad. Ofrecía también un modelo de migración que ordenaba toda esta historia europea. Su predominio es la clave para entender la virulencia de la consiguiente respuesta intelectual.

EL GRAN DEBATE DE LAS MIGRACIONES

A partir de 1945 han sido puestos en entredicho tantos elementos clave de este relato del pasado europeo basado en las migraciones que las seguridades de antaño han quedado muy erosionadas. En algunos lugares de Europa este relato sigue estando muy arraigado, pero especialmente en los círculos académicos de lengua inglesa las migraciones han sido relegadas a desempeñar un papel de comparsa en un drama histórico que en la actualidad tiene que ver sobre todo con transformaciones debidas a motivos internos. Esta revolución intelectual ha sido tan radical y su impacto sobre las explicaciones más recientes de las migraciones del primer milenio tan profundo, que nada de lo que digamos a continuación tendrá sentido si no se entienden un poco sus rasgos más generales. Un punto de partida fundamental es la interpretación completamente nueva, surgida en la época de postguerra, de cómo los seres humanos se juntan para formar unidades sociales más grandes.

Crisis de identidad

Quizá parezca extraño que el primer punto en el que nos detengamos a la hora de hablar de las migraciones sea el de la identidad colectiva, pero el viejo gran relato de la historia europea aseguraba que las migraciones y la identidad estaban inextricablemente unidas, al menos en el primer milenio d. C. Y ello era así por dos motivos fundamentales. En primer lugar, el modelo de migración «bolas de billar» que inspiraba esta teoría daba por supuesto que los seres humanos siempre aparecían en grupos compactos de hombres, mujeres y niños, que estaban esencialmente cerrados a los extraños, y que se reproducían a través de la endogamia (es decir, uniéndose cada individuo con otro miembro del grupo). En segundo lugar, en lo que esencialmente es la misma teoría de la identidad colectiva desarrollada a largo plazo, se daba por supuesto que existía una continuidad directa y tangible entre los grupos inmigrantes del primer milenio y las naciones homónimas de la Europa moderna. De ese modo, los polacos eran descendientes directos del pueblo eslavo de los polianos, los ingleses de los anglosajones, etc. Las identidades

nacionales eran «hechos» antiguos, inalterables, y su antigüedad les confería una legitimidad que prevalecía sobre las pretensiones de cualquier otra forma de organización política. Donde no predominaban como modo primordial de organización política, se había impuesto alguna otra estructura política (como los imperios multinacionales de la Europa central y oriental) mediante el uso ilegítimo de la fuerza, y era necesario derrocarla. Se ha demostrado que ambos presupuestos eran erróneos.

Las atrocidades de los nazis desempeñaron un papel trascendental en la actitud de los historiadores que se han replanteado la idea —surgida en el momento culminante del nacionalismo europeo de finales del siglo XIX y de comienzos del XX— de que las naciones han existido siempre, y de que eran la forma básicamente correcta de organizar las grandes comunidades humanas. En manos de los nazis, estas ideas desembocaron directamente en las exigencias del *Lebensraum*, que se basaban en que los antiguos germanos habían controlado en otro tiempo gran parte de Europa y que, con la dimensión añadida de la supuesta superioridad racial germánica, dieron lugar al horror de los campos de la muerte. Es probable que los historiadores hubieran llegado a esa misma conclusión en un determinado momento, pero los excesos del nacionalismo desenfrenado dieron un poderoso estímulo a la reflexión correctora. Examinada de cerca, la idea de que los hablantes antiguos y modernos de lenguas emparentadas entre sí comparten en cierto modo una identidad política común e ininterrumpida resulta insostenible. El tipo de identidades nacionales que empezaron a imponerse en la Europa del siglo XIX se creó en época histórica, y no supone la reaparición de algo fundamental que había permanecido largo tiempo escondido. Sin los medios de comunicación de masas existentes en los siglos XVIII y XIX, habría sido de todo punto imposible reunir en comunidades nacionales unas poblaciones numéricamente tan grandes y geográficamente tan dispersas. Sencillamente, la identidad de grupo no funcionaba de la misma manera en épocas anteriores, en las que no existían canales, ferrocarriles ni periódicos, en un mundo en el que el término «país» significaba, por ejemplo, «condado», para la inmensa mayoría de la población de Gran Bretaña. La creación del nacionalismo moderno requirió además la aportación consciente de unos intelectuales que crearon diccionarios nacionales, que identificaron las

costumbres nacionales, y que recogieron las danzas y cuentos populares que fueron utilizados luego para «medir» la etnicidad (siempre he pensado que esos hombres debían de parecerse un poco al Profesor Tornasol de *Tintín*). Esos mismos individuos generaron luego los programas pedagógicos que hicieron que cuajaran los elementos de la cultura nacional identificados por ellos y que dieron lugar a un complejo cultural autorreproductor susceptible de ser enseñado en las escuelas y capaz de llegar por esos conductos a un colectivo humano incluso mayor en una época en la que la educación primaria de masas estaba convirtiéndose a toda velocidad —por primera vez— en una norma europea. La aparición del nacionalismo es en sí misma un tema muy importante, y ha atraído mucho —y con razón— la atención de los estudiosos de las últimas generaciones. Lo que a nosotros nos interesa, sin embargo, es muy sencillo. Europa no ha estado poblada desde el primer milenio d. C. por grandes bloques de población conscientes de unos vínculos nacionalistas distintivos que configuraran de un modo fundamental su vida y sus actividades. Los vínculos existentes en el siglo XIX y a comienzos del XX no pueden imponerse al pasado más remoto.¹²

Con estas reconsideraciones del fenómeno nacionalista coincide una serie igualmente revolucionaria de conclusiones surgidas de la labor de los sociólogos dedicados a estudiar exactamente de qué modo y hasta qué punto los seres humanos han estado vinculados a cualquier tipo de identidad colectiva. En este terreno, el mundo dio un giro de ciento ochenta grados allá por los años cincuenta a raíz del trabajo de un antropólogo llamado Edmund Leach, que investigó cómo actuaba la identidad en las colinas del norte de Birmania. Leach logró demostrar que la identidad de grupo de un individuo no varía necesariamente por la existencia de rasgos culturales susceptibles de ser medidos, ya sean materiales (tipos de casas o de cerámica, por ejemplo) o no materiales (valores sociales compartidos, sistemas de creencias, etc.). Las personas que comparten los mismos rasgos culturales susceptibles de ser medidos (incluida la lengua, el gran símbolo de la identidad colectiva de la época nacionalista) pueden pensar que pertenecen a diferentes grupos sociales, y personas que tienen distintas culturas pueden pensar que pertenecen a un mismo grupo. Fundamentalmente, pues, la identidad es algo que tiene que ver con la percepción, no con una lista de elementos

mensurables: la percepción de la identidad que el individuo tiene en su mente, y la forma en que el individuo es percibido por los demás. Los elementos culturales pueden expresar una identidad, pero no la definen. Un escocés puede llevar el kilt, pero sigue siendo escocés aunque no lo lleve.

Como han venido a confirmar numerosos trabajos realizados posteriormente, este planteamiento nos habla de una concepción de los lazos que crean las identidades colectivas en los humanos totalmente distinta de la que predominaba antes de la Segunda Guerra Mundial. Hasta 1945, la identidad era vista como un dato inalterable, un aspecto definitorio de la vida de un individuo. Pero los estudios inspirados por la obra de Leach han demostrado que la identidad de grupo de un individuo puede cambiar y que de hecho cambia, y que un determinado individuo puede tener más de una identidad colectiva, a veces incluso escogiendo entre ellas según las ventajas inmediatas que le reporte cada una. En nuestro mundo postnacionalista, esta situación resulta menos sorprendente de lo que habría resultado hace sesenta años. Mis hijos tendrán pasaportes americanos y británicos, mientras que antes de 1991 habrían tenido que decidirse por uno de los dos a los dieciocho años (por aquel entonces sólo se podía ser ciudadano estadounidense y a la vez israelí o irlandés, combinación por lo demás bastante interesante); los ciudadanos de la UE tienen su identidad nacional de origen y una identidad europea. Y en lugar de ser considerada, como solía ocurrir, un determinante primordial de las opciones de vida, actualmente la identidad de grupo queda relegada a un papel mucho más secundario. Particularmente influyente sobre los estudios en torno al primer milenio, por ejemplo, ha sido una serie de ensayos publicados por el antropólogo noruego Fredrick Barth en 1969. La visión de conjunto que surge de esos artículos presenta la identidad ni más ni menos que como una estrategia para el ascenso personal. Cuando cambian las circunstancias, haciendo que primero resulte más ventajosa una identidad de grupo y luego otra, el individuo cambia su adhesión a una o a otra. Según la célebre caracterización elaborada por Barth en la introducción a esos artículos, la identidad colectiva debe entenderse como un «constructo situacional evanescente, no como un hecho permanente sólido».¹³

La presente obra nos traslada a un millón de kilómetros de distancia de la expectativa que asegura que las personas tienen una sola identidad fundamental que las define para toda la vida, concepto que no sólo parecía incontrovertible en la época del nacionalismo, sino que además era un presupuesto básico del modelo de migración que presidió el Gran Relato del desarrollo europeo durante el primer milenio (y de hecho también durante el pasado más remoto). La teoría de las bolas de billar de las migraciones daba por supuesto que los emigrantes se movían en grupos sociales completos cerrados a los extraños, que se reproducían por medio de la endogamia y que poseían su propia cultura, a todas luces distinta de la de cualquier otro grupo que pudieran encontrar en sus viajes. Esta visión se basaba en parte, como hemos visto, en algunos textos históricos, pero sobre todo en presupuestos dominantes acerca de la forma en que se organizaban los colectivos humanos, pues los textos históricos citados eran en realidad pocos y muy alejados entre sí. Una vez socavados los presupuestos nacionalistas en torno a la identidad colectiva, se levantó la veda del Gran Relato que tan firmemente se había basado en ellos.

¿El nuevo milenio?

Los que han tomado la iniciativa a la hora de replantearse el pasado remoto de Europa desde una perspectiva no nacionalista han sido los arqueólogos. Los enfoques tradicionales de la arqueología europea consistían en elaborar modelos de semejanzas y diferencias en hallazgos arqueológicos más o menos de la misma fecha a lo largo de un determinado paisaje, de modo que pudieran resaltarse subzonas definidas, llamadas «culturas». En un primer momento esas definiciones solían basarse casi exclusivamente en los tipos de cerámica, pues los fragmentos de cerámica son de por sí indestructibles y relativamente fáciles de encontrar, pero en principio habrían podido utilizarse, como se ha hecho posteriormente, cualquier tipo de analogías, ya sean relacionadas con las costumbres funerarias, los tipos de casas, la metalurgia, o cualquier otra cosa. El hecho empírico de que a veces pueden trazarse límites entre zonas de semejanzas y diferencias arqueológicas no tardó en ponerse de manifiesto en el siglo XIX con la aparición de la

arqueología como disciplina científica. En ese contexto intelectual y político —una vez más estamos hablando del momento de mayor apogeo del nacionalismo europeo—, resultaba irresistible identificar las culturas representadas en los mapas con los «pueblos» antiguos, que, al fin y al cabo, se suponía que habían tenido cada uno su propia cultura material (y no material). Con suerte, y si se trabajaba un período lo bastante tardío, se podía incluso dar nombre a los portadores de la cultura descubierta sobre el terreno a partir de la información contenida en un texto histórico como, por ejemplo, la *Germania* de Tácito.

El desarrollo de este enfoque, llamado hoy día a menudo «historia de la cultura», se asocia especialmente con el estudioso alemán Gustav Kossinna, activo desde finales del siglo XIX hasta comienzos del XX. Su planteamiento era un poco más sofisticado de lo que se cree en la actualidad. No decía que todas las zonas de semejanzas arqueológicas debían identificarse con pueblos antiguos independientes. Esto sólo era así, afirmaba, en casos en los que podían trazarse límites claros entre las distintas zonas arqueológicas, y en los que las semejanzas dentro de la zona delimitada estaban bien marcadas y bien diferenciadas. Pero términos como «claro», «marcado» o «bien diferenciado» eran siempre susceptibles de discusión, y el presupuesto básico de la investigación arqueológica en esta época era que, como norma, los restos se encontraban agrupados claramente en «culturas» distintas, y que esas culturas eran restos de «pueblos».

Para nosotros el punto clave es que la historia de la cultura de Kossinna es la que en gran medida sustenta el Gran Relato. Concebir las culturas arqueológicas como «pueblos» comportaba una fuerte tendencia a explicar los grandes cambios arqueológicos en términos de migraciones. Allí donde determinados conjuntos de restos materiales bien diferenciados —«culturas» arqueológicas— eran identificados con «pueblos» antiguos, considerados a su vez la unidad básica de la organización social humana, era lógico pensar que cualquier cambio que se produjera en un modelo preexistente de restos representara el impacto de un nuevo «pueblo». Dado que cada «pueblo» tenía su propia «cultura», cuando de repente se descubría una nueva «cultura» encima de otra, cabía imaginar que un «pueblo» había sido sustituido por otro. Las migraciones, especialmente en forma de sustitución masiva de un

grupo de población por otro, se convirtieron así en el medio característico de explicar los cambios observables en los restos arqueológicos. Según la jerga moderna, aunque todavía no había sido acuñado el término, la población de Europa era concebida como una sucesión de episodios masivos de limpieza étnica, en un proceso que ha sido denominado significativamente visión del pasado según la «hipótesis de la invasión».¹⁴

El impacto de las nuevas concepciones de la identidad colectiva sobre esta vieja estructura intelectual ha sido muy profundo. Una vez eliminada la premisa que afirmaba que los restos del pasado debían presentarse en las «culturas» claramente agrupadas dejadas por los «pueblos» antiguos, resultaba mucho menos evidente que así fuera. A medida que han salido a la luz más materiales y que los hallazgos han sido sometidos a un análisis más detallado, muchos de los límites existentes entre culturas supuestamente distintas han empezado a borrarse, mientras que la identificación de importantes variantes locales a menudo ha socavado desde dentro la homogeneidad de supuestas culturas. Igualmente, y lo que tal vez es más importante, si bien existen en efecto a veces modelos de similitud y aunque, cuando es así, suelen significar algo importante, también ha quedado patente que no puede aplicarse de manera universal ninguna regla demasiado simple (como por ejemplo «cultura» = «pueblo»). El significado preciso de un modelo determinado de similitud y diferencia dependerá de hecho de lo que tenga exactamente de similar y de diferente. Una «cultura» arqueológica observable puede representar los restos físicos de una cosa, desde un área de interacción social o económica general hasta un área de creencias religiosas compartidas (en la que, por ejemplo, los ritos fúnebres son similares), o incluso, en algunos casos, hasta un área de asociación política (como suponía esencialmente Kossinna). Una buena forma de resumir la diferencia de enfoques, a mi juicio, es pensar que Kossinna concebía las culturas arqueológicas como restos de entidades —«pueblos»—, mientras que los arqueólogos modernos las ven como restos de sistemas de interacción, y la naturaleza de esa interacción no tiene por qué ser la misma en todos los casos.¹⁵

El replanteamiento de la naturaleza de las culturas de esta manera ha permitido a los arqueólogos demostrar que incluso los grandes cambios en el ámbito de la cultura material pueden tener otras causas al margen de las invasiones. Igual que los modelos de semejanzas arqueológicas observables pueden deberse a múltiples razones —el comercio, la interacción social, las creencias religiosas compartidas o cualquier cosa que se le pueda ocurrir a uno—, los cambios registrados en uno o más de estos campos podrían ser la causa de un cambio observable. Los cambios no tienen por qué reflejar la llegada de un nuevo grupo social, sino que tal vez hayan sido causados por cualquier alteración importante en el sistema que la provocó. En efecto, fue la profunda insatisfacción con los límites intelectuales de la hipótesis de la invasión, empleada de modo exagerado como modelo monolítico de cambio, así como el impacto de las nuevas concepciones de identidad colectiva, lo que indujo a toda una generación de arqueólogos del mundo de habla inglesa a rechazar los preceptos de dicha hipótesis allá por los años sesenta, y a continuación en muchos otros lugares.

Así pues, por diversas y buenas razones, desde los años sesenta los arqueólogos han ido abandonando la hipótesis de la invasión y buscando otros tipos de explicación totalmente distintos. Estos nuevos enfoques han resultado muy fructíferos y de paso han reducido el alcance del viejo Gran Relato. Hasta más o menos 1960, la prehistoria europea era concebida como una sucesión de grupos de población que fueron utilizando nuevos conocimientos —en los campos de la agricultura y de la metalurgia— para imponer su dominio sobre el paisaje y expulsar a sus predecesores. Hoy día, la evolución de la sociedad de la Europa central y occidental entre la Edad de Bronce y la Edad de Hierro, la época de los romanos (más o menos los dos últimos milenios a. C.), puede explicarse en gran medida de manera convincente sin tener que recurrir a migraciones masivas ni a la limpieza étnica. En vez de hablar de grupos sucesivos de invasores expulsándose unos a otros, el pasado de Europa está poblado actualmente de seres humanos que fueron adquiriendo nuevos conocimientos y que, con el tiempo, fueron desarrollando nuevas estructuras económicas, sociales y políticas.¹⁶

En esta revolución intelectual hay otro elemento que ha tenido una repercusión enorme sobre los planteamientos más recientes de la historia que vamos a explorar en este libro. En el proceso de liberación de la indudable tiranía de la historia de la cultura y de la hipótesis de la invasión, algunos miembros de la profesión arqueológica (en especial británicos y norteamericanos) han llegado a desechar casi por completo las migraciones como agentes de cualquier cambio significativo. Tan fuerte ha sido el suspiro de alivio que han dado al quitarse el corsé conceptual de la tesis de Kossinna que algunos han decidido no ocuparse nunca más de las migraciones. Para estos arqueólogos las migraciones se asocian con una época anterior menos avanzada del desarrollo intelectual de su disciplina, cuando, en su opinión, la arqueología se hallaba supeditada a la historia. Como hemos visto, el modelo de migración-bola de billar encontraba cierta justificación en las fuentes históricas, y cuando las culturas eran concebidas como «pueblos» era posible describir la transformación arqueológica prehistórica como un relato cuasi histórico en el que el pueblo X sucedía al pueblo Y, etcétera.

En consecuencia, ha venido abriéndose paso en la mente de algunos arqueólogos la identificación con una actitud de ingenuidad de cualquier modelo del pasado que implique movimientos de población. Como dice una reciente introducción a los cementerios de comienzos de la Edad Media, prescindir de las migraciones para explicar los cambios arqueológicos «supone sencillamente el abandono de una hipótesis siempre simplista y por lo general sin fundamento para sustituirla por una interpretación más sutil del período» en cuestión. Nótese el lenguaje empleado, especialmente el contraste entre lo de «simplista» y «sin fundamento» (aplicado al mundo dominado por las migraciones) y lo de «más sutil» (aplicado a cualquier otro tipo de explicación). El mensaje que se nos transmite es claro y rotundo. Todo aquel que hable del desplazamiento geográfico de tipos de artefactos o hábitos observables arqueológicamente y quiera llevar a cabo una explicación del pasado que sea «sutil» y «compleja», deberá prescindir a toda costa de las migraciones. Se han cambiado por completo las tornas. De la posición de absoluto predominio que ocupaban antes de los años sesenta, las migraciones han pasado a convertirse en el gran Satán de las explicaciones arqueológicas.¹⁷

Un vuelco intelectual tan grande habría de tener forzosamente un profundo impacto sobre la forma en que los historiadores abordaran el primer milenio d. C., en el que los testimonios arqueológicos tuvieron siempre una importancia vital, y, por supuesto, mientras tanto los historiadores han meditado acerca del significado que pudiera tener para ellos el gran debate sobre la identidad. El hito que marcó el gran cambio en el pensamiento histórico, el punto de partida de todos los enfoques posteriores de la cuestión de la identidad y por consiguiente de las migraciones del primer milenio, fue un libro publicado en 1961 por el estudioso alemán Reinhard Wenskus, titulado *Stammesbildung und Verfassung* («La creación de las tribus y su constitución»). Se demostraba en él que no hacía falta ni siquiera recurrir a las páginas de Tácito, el historiador romano del siglo I, para darse cuenta de que algunos grupos germánicos habían sido exterminados por completo y de que se habían creado otros totalmente nuevos. Y cuando llegamos a las grandes migraciones de los siglos IV-VI, los testimonios de discontinuidad no hacen más que multiplicarse. Como analizaremos luego con más detalle, puede demostrarse que todos los pueblos germánicos que forman el corazón de los estados sucesores del Imperio Romano en esta época —godos, francos, vándalos, etc.— fueron unidades políticas nuevas, creadas sobre la marcha, reclutando muchas de ellas a sus integrantes a partir de gentes de orígenes variadísimos, muchas de las cuales ni siquiera hablaban lenguas germánicas. Las unidades políticas creadas por los germanos durante el primer milenio d. C. no fueron, por tanto, grupos cerrados con una historia ininterrumpida, sino entidades que podían crearse y destruirse, y que, entretanto, podían aumentar o disminuir de tamaño según las circunstancias históricas. Se han discutido mucho desde entonces los detalles de cómo habría operado la identidad de grupo entre los germanos del primer milenio, y qué fuerza habría tenido ésta, y en su momento nos veremos obligados a volver sobre estos asuntos. Pero todos los análisis subsiguientes admiten las observaciones básicas de Wenskus y de hecho parten de ellas.¹⁸

Estas observaciones han tenido una profunda repercusión en la interpretación de las migraciones germánicas. Según la vieja teoría de la identidad inalterable de grupos cerrados, si el grupo X se encontraba de pronto en el lugar B, en vez de en el lugar A, era la cosa más natural del

mundo concluir que todo el grupo había cambiado de sitio. Una vez admitido que las identidades colectivas pueden ser maleables, en principio sólo unos pocos integrantes del grupo X —quizá incluso poquísimos— habrían tenido que desplazarse para formar un núcleo en torno al cual se habría congregado después una población de orígenes diversos. La teoría de la bola de billar ha sido sustituida así por la teoría de la bola de nieve. En vez de pensar en grandes grupos compactos de hombres, mujeres y niños moviéndose voluntariamente a través del territorio, muchos piensan ahora en términos de bolas de nieve demográficas: agrupamientos originalmente pequeños, compuestos tal vez en gran parte por guerreros, que, debido a los logros alcanzados, habrían atraído a gran cantidad de nuevos integrantes según iban desplazándose.

Esas interpretaciones postracionalistas de los testimonios históricos de la Europa bárbara durante el primer milenio tienen unas raíces similares, aunque independientes de la nueva aurora que estaba iluminando simultáneamente el campo de la arqueología. Pero la vehemencia de la nueva mentalidad de los arqueólogos ha dado mayor impulso a la evidente posibilidad de reescribir la historia de las migraciones bárbaras a partir de las fuentes históricas. Tan convencidos están en la actualidad algunos historiadores de que nunca pudieron constituir un elemento del pasado las grandes unidades migratorias mixtas, que han empezado a afirmar que las pocas fuentes históricas que aparentemente hablan de lo contrario —y que eran la fuente del modelo de migración basado en la hipótesis de la invasión— tienen que estar equivocadas. Se ha sostenido que las fuentes grecorromanas están contaminadas con el tópico de la migración, reflejo cultural que indujo a los autores mediterráneos a describir como «pueblos» a todos los bárbaros que fueran de un sitio a otro, al margen de cuál fuera la verdadera naturaleza del grupo en cuestión. Una historia de Europa compuesta por movimientos de población a gran escala y de larga distancia está siendo sustituida ahora por una historia de agrupamientos móviles de pequeño tamaño, que iban congregando seguidores según iban cambiando de lugar. Las migraciones —aunque este término se usa poquísimamente— siguen formando parte a todas luces de esta historia, pero con la disminución del número de

personas que se supone que participaron en esos movimientos, el proceso histórico fundamental ya no es el movimiento de pueblos en sí mismo, sino la acumulación de nuevos elementos llevada a cabo posteriormente.¹⁹

Podemos apreciar en todo ello una hermosa simetría. El viejo Gran Relato sometía la arqueología a las exigencias de la historia, con unas culturas arqueológicas concebidas como «pueblos» y un modelo de migración derivado de las fuentes históricas del primer milenio que ordenaban la progresión de esas culturas en un relato histórico intercalado de episodios de migraciones a gran escala y de limpieza étnica masiva. En la actualidad, la credibilidad de esas mismas fuentes históricas se ha visto socavada por una reacción en contra de las migraciones que comenzó con el feroz rechazo por parte de los arqueólogos de la historia de la cultura y la hipótesis de las invasiones que constituía su corolario natural. La historia solía ir por delante de la arqueología; ahora la arqueología va por delante de la historia. A lo largo del proceso, la visión de una primitiva historia de Europa movida por migraciones procedentes de fuera ha dado paso a otra caracterizada por la presencia de unos pocos emigrantes, pero también por la de muchas otras personas que se adaptaron a los estímulos, independientemente de cuáles fueran éstos, proporcionados por los pocos individuos que habían emprendido la migración: en definitiva una historia en gran medida de evolución interna. Se trata de un bonito modelo de por sí. Actualmente hemos llegado a un punto que es la imagen especular de aquel en el que nos encontrábamos hace cincuenta años. Pero aunque resulte satisfactoriamente simétrica como progresión intelectual, ¿se trata de una historia convincente? ¿Debemos relegar las migraciones a un papel tan secundario, tan de comparsa en la historia de la Europa bárbara del primer milenio d. C.?

MIGRACIONES E INVASIONES

La hipótesis de la invasión está muerta y enterrada. Ni siquiera estaríamos ya dispuestos a ensuciar la Europa de la prehistoria y del primer milenio d. C. con una sucesión de «pueblos» antiguos que se habrían labrado sus correspondientes nichos mediante un cóctel letal de migraciones a gran

escala y de limpieza étnica. Semejante cóctel no habría existido supuestamente nunca. El elemento de limpieza étnica contenido en el viejo Gran Relato cuenta, al menos que yo sepa, con muy poco apoyo en las fuentes. El abandono de la hipótesis de la invasión, sin embargo, no significa que las migraciones hayan desaparecido por completo del relato. Tampoco sería posible. Aun admitiendo que en los escritores del Mediterráneo estuviera presente el tópico de la migración, sus fantasías culturales habrían tenido que sustentarse en movimientos de población de cualquier tipo, y algunos testimonios arqueológicos sugieren tal vez la existencia de seres humanos yendo de un sitio a otro. En consecuencia, se utilizan dos alternativas al modelo basado en la hipótesis de las migraciones masivas.

La primera es el modelo basado en la «oleada de avance». Aplicable a pequeñas unidades de emigrantes, se trata de una teoría alternativa de cómo un grupo de gentes venidas de fuera puede apoderarse de un territorio. Se ha aplicado especialmente a la difusión por Europa de los primeros agricultores propiamente dichos durante el neolítico, y demuestra que, aunque fuera a través de movimientos individuales no dirigidos, las poblaciones de agricultores habrían podido dominar todos los puntos del paisaje apropiados. Según este modelo, los agricultores del neolítico no llegaron en masa y no expulsaron a los cazadores-recolectores por medio de ninguna invasión. Antes bien, la capacidad de producir alimento en mucha mayor cantidad que caracterizaba a los agricultores hizo que su población aumentara con tanta rapidez que, con el tiempo, sencillamente superara a la de los cazadores-recolectores, llenando el paisaje desde los puntos más próximos a los primeros asentamientos agrícolas, cuando los agricultores alcanzaron cierta madurez y buscaron sus propias tierras. Es un modelo aplicable a movimientos a pequeña escala, de núcleos familiares o de familias en sentido lato, y a apropiaciones no intencionadas que, en virtud de las cualidades mencionadas, permiten además que parte de la población cazadora-recolectora indígena aprendiera las artes de la agricultura a medida que iba desarrollándose el proceso. ¿Qué otra cosa habría resultado más atractiva para los especialistas, deseosos de liberarse de un mundo de movimientos masivos de población y de conquistas?²⁰

Más popular incluso entre los arqueólogos, debido a la mayor envergadura de sus posibles aplicaciones, es el modelo de la «transferencia de la elite». En este caso, la población intrusa no es muy numerosa, pero se adueña agresivamente de un territorio por medio de la conquista. A continuación expulsa a la elite ya existente de la sociedad conquistada y ocupa su posición de dominio, mientras que deja intactas la mayoría de las estructuras sociales y económicas subyacentes que había creado la antigua elite, ahora expulsada o destituida. El ejemplo clásico de este fenómeno en la historia medieval es la conquista de Inglaterra por los normandos. Gracias a la asombrosa información conservada en el *Doomsday Book* o *Libro de Winchester*, sabemos que unos pocos miles de familias terratenientes normandas sustituyeron a sus predecesoras anglosajonas, ligeramente más numerosas, en la cima de la pirámide social de la Inglaterra del siglo XI. Una vez más, la visión de las migraciones que sugiere este modelo es mucho menos dramática que la que contemplaba la hipótesis de la invasión. Conserva la intencionalidad de ésta, y parte de su violencia, pero como estamos hablando sólo de la sustitución de una elite por otra, mientras que las estructuras sociales en general permanecen intactas, estamos ante un proceso mucho menos doloroso que la limpieza étnica, fundamental en el viejo modelo. Y como se trata simplemente de cambiar a una pequeña elite, su resultado es asimismo mucho menos dramático y en cierto sentido menos importante, pues todas las grandes estructuras sociales y económicas existentes siguen en pie, como ocurrió en Inglaterra tras la conquista normanda.²¹

Así pues, la respuesta intelectual a la excesiva simplicidad de la hipótesis de la invasión se ha plasmado en la creación de dos modelos que, cada uno a su manera, minimiza la importancia de las migraciones, ya sea restringiendo el número de los que pudieron participar en ellas, su grado de violencia, la importancia de sus efectos, o, en uno de los dos modelos, la medida en que realmente hubo la verdadera intención de llevar a cabo una emigración por medio de una invasión. Evidentemente estos modelos son mucho más compatibles que la hipótesis de la invasión con las teorías de la identidad colectiva que niegan la posibilidad de que hubiera grandes grupos compactos de personas que se trasladaran intencionadamente de un sitio a

otro formando un bloque cohesionado. Pero aunque estos modelos son ciertamente más sofisticados, y en esa misma medida van un paso por delante en la dirección correcta, ni siquiera combinándolos podemos decir que constituyan una aproximación totalmente satisfactoria a la cuestión de las migraciones en la Europa del primer milenio d. C. Confinar el análisis al marco suministrado sólo por estos dos modelos conlleva tres problemas concretos y otro mucho más general.

¿Identidad equivocada?

El primer problema lo suscita el hecho de que, en su entusiasmo con la idea de que los seres humanos no siempre se organizan en grupos cerrados de población capaces de autorreproducirse (y, creo yo también, en su afán de desterrar para siempre las abominaciones de la época nazi), los historiadores y arqueólogos especializados en el primer milenio solían fijar su atención sólo en una mitad de los estudios contemporáneos de la identidad que integran la bibliografía de las ciencias sociales. Al mismo tiempo que Leach, Barth y otros se centraban en el comportamiento colectivo y observaban a los individuos que cambiaban sus lealtades según el beneficio inmediato que pudieran obtener, un segundo grupo de especialistas dirigía su atención a una observación más minuciosa de la conducta individual de las personas. Estos últimos han sido llamados a veces «primordialistas», porque sostienen que los vínculos colectivos siempre han sido un elemento fundamental de la conducta humana. Parece que algunos de estos estudios llegaban a conclusiones distintas de las que alcanzaban Leach y Barth, por cuanto demostraban que, en algunos casos, las ideas heredadas acerca de la identidad colectiva no pueden aparentemente ser manipuladas a capricho, sino que obligan al individuo a seguir modelos de conducta que van contra sus intereses inmediatos. Las diferencias en el aspecto, el habla (a nivel de lengua o de dialecto), las prácticas sociales, los valores morales y la concepción del pasado pueden actuar —cuando surgen— como barreras formidables para unos individuos que, por un beneficio personal, desearían tal vez asimilarse a un grupo distinto.²²

Estas dos líneas de investigación han sido utilizadas a menudo para refutarse mutuamente, pero en mi opinión no se contradicen. En realidad definen los extremos opuestos de un gran espectro de posibilidades. Dependiendo de circunstancias concretas, empezando por la historia del pasado, las identidades colectivas heredadas pueden ejercer una fuerza más o menos poderosa sobre el individuo y suponer una llamada a la acción más o menos potente. Una vez más, se trata de algo perfectamente perceptible en la realidad observable. En términos de las grandes identidades colectivas actuales, en los debates que se suscitan hoy día en el Reino Unido acerca de la UE, la retórica del britanicismo toca una cuerda más sensible, por ejemplo, que la que toca el luxemburguismo en su país de origen, situado entre Alemania, Francia y Bélgica. Y lo mismo sucede en el plano individual: los integrantes de un grupo grande muestran marcadas diferencias en sus niveles de lealtad al grupo. Me gustaría subrayar el hecho de que admitir que la identidad colectiva es una fuerza unas veces más poderosa y otras más débil en la vida de las personas no significa en realidad contradecir lo que afirma Barth (aunque quizá él piense que sí). Un célebre aforismo suyo dice que la identidad debe ser entendida como un «constructo situacional». Muy bien. Pero un punto fundamental es que no todas las situaciones son iguales. Influido en parte por el viejo dogma marxista de que toda identidad que no se basa en el concepto de clase (como ocurre con las identidades colectivas, a menos que todos los miembros del grupo tengan el mismo estatus) debe ser una «falsa conciencia», y en parte por el hecho de que el autor reaccionaba frente a un mundo dominado por ideologías nacionalistas, Barth hacía hincapié y mostraba interés sobre todo en los tipos de situación que producían vínculos colectivos débiles. Pero incluso la lógica de su exposición da a entender implícitamente que podría haber otras situaciones que produjeran tipos de lazos colectivos más fuertes, y los estudios llamados primordialistas han explorado algunos de ellos.

Dos tipos de fuerza totalmente distintos pueden actuar como barrera. Por un lado, están las fuerzas informales de lo «normal», ya estemos hablando de comida, vestimenta, o incluso valores morales. Las investigaciones indican que el individuo asume muchas de esas características definitorias del grupo en los primeros años de su vida, lo que ayuda a explicar, desde luego, por qué

a veces tienen unos efectos tan profundos, haciendo que el individuo se sienta tan incómodo fuera de las normas de su sociedad, que no pueda ser feliz viviendo fuera de ella. Por otro lado, y actuando a veces junto con esas sensaciones de incomodidad, puede haber también unas barreras mucho más formales frente a cualquier cambio de identidad. Como individuo, puede uno tener derecho en teoría a reclamar la identidad que quiera, pero eso no quiere decir que le sea reconocida. En el mundo moderno, la pertenencia a un grupo suele significar tener el correspondiente pasaporte, y de ahí la capacidad de satisfacer los criterios para su obtención en primera instancia. En el pasado no existían pasaportes, desde luego, pero algunas sociedades antiguas controlaban escrupulosamente la pertenencia a ellas. Por ejemplo, se vigilaba celosamente el derecho de ciudadanía romana, y se creó todo un aparato burocrático destinado a controlar las pretensiones en ese sentido de cada individuo. Anteriormente las ciudades estado griegas habían seguido estrategias similares. Esos métodos burocráticos se basaban en el dominio de la lectura y la escritura, pero no hay por qué suponer que las sociedades antiguas que carecían de esos conocimientos no controlaran minuciosamente la pertenencia a ellas en determinadas condiciones. Puede además haber distintos grados de pertenencia a un grupo. En el mundo moderno, Estados Unidos y Alemania han aceptado de manera más o menos oficial la presencia de numerosos grupos de trabajadores extranjeros sin concederles necesariamente plenos derechos de ciudadanía, y en mi opinión ahí está la clave para entender en su totalidad la cuestión de la identidad. Cuando la pertenencia de pleno derecho a un grupo comporta algún tipo de ventaja legal o material —en otras palabras, una serie de derechos valiosos—, es de suponer que será escrupulosamente controlada.²³

Las conclusiones subyacentes que cabe extraer del debate sobre la identidad son, pues, más complejas de lo que a veces se ha creído. Para los individuos nacidos en cualquier contexto, excepto el más simple imaginable, la identidad colectiva se presenta en capas. La familia más inmediata, los parientes lejanos, el pueblo, la comarca, el país, y actualmente algunos vínculos internacionales (como la ciudadanía de la UE), junto con las opciones de vida del sujeto —por ejemplo, el deseo de vivir en un sitio totalmente distinto—, suministran al individuo el derecho a reclamar la

pertenencia a un grupo mayor. Pero cualquier derecho que pueda reclamar debe ser reconocido y, según el contexto, esos posibles vínculos pueden ejercer un poder más o menos fuerte sobre él. Fundamentalmente, el célebre aforismo de Barth plantea un contraste falso. Todas las identidades colectivas son «constructos situacionales» —han sido creadas, cambian, pueden dejar de existir por completo—, pero algunas son más «evanescentes» que otras.

De esto se deriva un primer posible problema en la manera de afrontar hoy día la cuestión de las migraciones del primer milenio d. C. Los planteamientos actuales se basan en la idea de que la identidad de un grupo grande es siempre un fenómeno débil, pero eso es sólo una forma parcial de entender el debate sobre la identidad. Si se adopta a priori una postura frente a la identidad —ya sea contemplada como algo poderoso (en la época del nacionalismo), o como algo débil (según el consenso vigente hoy día)—, los testimonios que pueda haber en sentido contrario serán ignorados o rebatidos. En mi opinión, es muy importante estar dispuesto a reexaminar los testimonios que hablan de las migraciones del primer milenio d. C. sin dar por supuesto que los grupos de población implicados en ellas tuvieran que estar forzosamente unidos entre sí de un modo tan laxo como supondrían algunas de las modernas concepciones parciales de la identidad colectiva.

El segundo problema surge cuando el violento rechazo de las migraciones como posibles agentes de los cambios del pasado que se ha producido entre algunos arqueólogos del mundo de habla inglesa se enfrenta a los reflejos arqueológicos de las migraciones que es probable que se presenten en la práctica. En el mundo moderno no es raro que grupos sociales enteros emigren en bloque y, como veremos en los próximos capítulos, pasó lo mismo en el período que vamos a analizar en este estudio. Efectivamente, hay pocos o nulos testimonios de limpieza étnica durante el primer milenio. Las migraciones del primer milenio, pues, consistieron casi siempre en el traslado de parte de una población desde un punto A hasta un punto B, permaneciendo *in situ* al menos un sector de la población indígena de este segundo punto; la única excepción sería Islandia, que aún no había sido ocupada por nadie cuando llegaron a la isla los nórdicos en el siglo IX. De ese modo, no cabría esperar nunca la transferencia completa de toda una cultura material. Antes bien, es probable que sólo fueran llevados al punto B algunos

elementos de la vieja cultura material: tal vez los que tuvieran un significado especial para el subgrupo de la población emigrante implicada realmente en el proceso migratorio. Al mismo tiempo, es probable que siguiera viva una parte o incluso una gran parte de la cultura material indígena del punto B, y que algunos elementos o prácticas completamente nuevos fueran fruto de la interacción de la población emigrada y de la población de acogida. En otras palabras, los reflejos arqueológicos de muchos procesos migratorios del primer milenio d. C. a menudo serán francamente ambiguos, en el sentido de que no podemos estar absolutamente seguros, basándonos sólo en la arqueología, de si la migración tuvo lugar o no.²⁴

Hasta aquí muy bien. Si los únicos testimonios arqueológicos que hablan en pro de una posible emigración son ambiguos y no definitivos, sea. Mejor eso que poblar la historia de Europa con una serie de invasiones fantasmas. Pero cuando esta situación se convierte en un verdadero problema es cuando las migraciones son consideradas un fenómeno «siempre demasiado simplista» y «habitualmente sin fundamento». Si se aborda la cuestión con esa mentalidad, la ambigüedad de los testimonios no será tratada con imparcialidad. Cuando se observa una transformación arqueológica que podría representar —o tal vez no— el correlato de un proceso migratorio, es importante decir exactamente eso: ni más ni menos. Pero como los arqueólogos han vivido un divorcio tan doloroso de las migraciones, algunos tienen una fuerte tendencia (al menos en Gran Bretaña y en Norteamérica) a querer explicarlas basándose enteramente en su propia versión del pasado.²⁵ En algunos ambientes basta actualmente con demostrar que una transformación observable podría haberse producido sin que existiera ninguna migración para considerar la inexistencia de ésta un hecho comprobado. Pero como los reflejos arqueológicos de muchos procesos migratorios serán en todo caso sólo ambiguos, el hecho fundamental de que casi todos los tipos de transformación arqueológica puedan explicarse con mayor o menor dosis de ingenio intelectual sin recurrir a las migraciones no significa que *tuviera que* ser así. La respuesta correcta no consiste en decir que, como la situación es ambigua, las migraciones no son un hecho

comprobado, sino en aceptar la ambigüedad y ver si hay algún otro elemento —especialmente los testimonios históricos cuando son adecuados— que ayude a resolverla.

Por consiguiente no es bueno ni basar el cálculo de la posible envergadura de las migraciones del primer milenio d. C. en la premisa de que las identidades colectivas fueron siempre débiles, ni rechazar su existencia y su importancia cuando sólo se cuenta con testimonios arqueológicos ambiguos. Estas dos observaciones dan lugar a su vez al tercer problema. El concepto del tópico de la migración —la idea de que los autores mediterráneos se vieron inducidos por una especie de reflejo cultural a ver un «pueblo» en todos los bárbaros que iban de un sitio a otro— ha sido utilizado a veces para desechar los testimonios históricos que hablan de grandes grupos migratorios compactos y heterogéneos. Hasta ahora, sin embargo, la supuesta superioridad de esta idea se basaba en la simple afirmación, no en una demostración debidamente argumentada, de que efectivamente existió en el pasado. Como concepto, se ha considerado plausible a priori por la idea de que las identidades colectivas no habrían podido ser nunca lo bastante fuertes como para generar el tipo de migración a gran escala de la que las fuentes parecen hablar, y por el hecho de que, como ya hemos señalado, los reflejos arqueológicos de las migraciones son a menudo ambiguos. Pero si la ambigüedad arqueológica es lo único que cabe esperar y no es bueno suponer que todas las identidades colectivas del primer milenio fueran necesariamente débiles, es evidente que cae por su propio peso el apoyo que supuestamente han prestado estos argumentos a la presunta existencia de un tópico de la migración. En las siguientes páginas será, pues, preciso examinar caso por caso si las noticias históricas de las migraciones de grandes grupos de población pueden descartarse realmente o no con tanta facilidad.

De por sí, estos tres problemas bastarían ya para garantizar la necesidad de volver a examinar las migraciones del primer milenio. Pero hay además un cuarto motivo, mucho más general, por el que es preciso llevar a cabo un repaso exhaustivo de la cuestión.

Migraciones y desarrollo

El estudio comparado de las migraciones humanas tiene un largo historial. Como muchos otros campos, ha pasado de unos modelos originalmente sencillos a otros más complejos e interesantes, especialmente en el curso más o menos de la última generación de especialistas. Originalmente el interés se centró en los motivos económicos como factor fundamental de los movimientos de población, con un estudio puntero que sostenía de modo harto convincente que la inmigración a Estados Unidos mantenía una correlación positiva con los ciclos económicos del país.²⁶ El afán de entender las migraciones del primer milenio ha tenido algo que ver con el rápido desarrollo de este campo del saber. A la hora de pensar en sus motivaciones, por ejemplo, el concepto de factores que «empujaban» y «atraían» —lo que había de malo en el punto de partida y de bueno en el punto de destino— ha formado parte durante mucho tiempo del vocabulario de los especialistas. La importancia de la información detallada en la formación de los flujos migratorios, y el hecho de que la migración a gran escala vaya precedida a veces de la labor de pioneros individuales («exploradores»), cuyas experiencias dieron impulso a lo que ocurrió después, forman también parte del paisaje. Pero esas ideas ya no son más que la punta del iceberg de la migración comparada y, en general, la bibliografía al respecto ha sido muy poco explorada por los estudiosos de las migraciones del primer milenio.²⁷

Se trata de una omisión muy extraña, pues la bibliografía comparada ofrece una gran variedad de estudios de caso perfectamente documentados con los que comparar los testimonios del primer milenio, con la clara posibilidad de ampliar el alcance de los modelos potenciales de migración más allá de los límites marcados por la oleada de avance y la transferencia de elite. Entre otros ejemplos, la historia reciente ofrece casos de flujos de emigrantes impulsados por la economía, carentes por completo de organización, en el sentido de que todos ellos responden a una decisión individual. No obstante, con el tiempo y sobre todo cuando se alían con un crecimiento de población de los que ya han alcanzado el punto de destino, esos emigrantes pueden llenar todo un territorio: incluso uno tan grande como el de los Estados Unidos. El siglo xx ha venido a subrayar también la importancia de otra causa fundamental de la migración: los conflictos

políticos. Los refugiados que huyen de un régimen persecutorio a título individual son sumamente habituales, pero los desórdenes políticos pueden dar lugar también a flujos migratorios más concentrados. El ejemplo más horrendo de los últimos años es el de Ruanda, con el que daba comienzo el presente capítulo. Pero ha habido muchos otros: la limpieza étnica en la antigua Yugoslavia, la expulsión en apenas tres meses de ochenta y ocho mil extranjeros de Arabia Saudí en 1973, el desplazamiento de veinticinco millones de refugiados en Europa central y del este al término de la Segunda Guerra Mundial; o la huida y la continua crisis de los refugiados palestinos.

Además de ampliar el marco intelectual de referencias que la sustenta, la bibliografía comparada indica también que es preciso plantear cuestiones más detalladas sobre todo tipo de procesos migratorios de lo que ha sido habitual en los estudios sobre el primer milenio d. C. Los estudios pormenorizados de la Edad Moderna o de comienzos de la Edad Moderna no muestran ningún ejemplo en el que veamos que toda la población de un lugar A se haya trasladado en masa a un lugar B. Resulta que las migraciones han sido una actividad confinada a ciertos subgrupos, y de esta observación ha surgido una línea particularmente fructífera de plantear cuestiones. ¿Qué induce a algunos individuos a quedarse en su lugar de origen, cuando en circunstancias más o menos idénticas sus congéneres emigran? La labor dirigida a comprender este fenómeno ha identificado algunos patrones bastante interesantes. Los emigrantes por motivos económicos suelen ser —desde luego al menos en el primer caso— jóvenes, a menudo varones y, según sus propias sociedades, relativamente bien educados. La emigración suele ser emprendida por personas ya móviles. Examinado atentamente el caso, resulta que la mitad de los holandeses emigrados a lo que después sería nueva York eran gentes que ya habían emigrado con anterioridad a Holanda procedentes de otros lugares de Europa. Análogamente, muchos de los «irlandeses» que participaron en las primeras fases de la colonización de Norteamérica procedían de familias escocesas que, apenas una generación antes, habían emigrado a Irlanda.²⁸ Las oleadas de emigrantes a tierras lejanas deben entenderse siempre, pues, a la luz de patrones ya establecidos de dislocación demográfica interna. Las víctimas de ésta tendrán una probabilidad superior a la media de suministrar mano de obra al nuevo destino de la migración.

Sin embargo, incluso dentro de estos diversos patrones de participación, la decisión de emigrar no responderá a lo que llamaríamos un cálculo económico racional. Otros factores complican el proceso de pensamiento del individuo. La información en torno al destino previsto y las rutas para llegar a él constituyen una variable fundamental. Los grandes flujos migratorios hacia un destino nuevo no comienzan hasta que son asumidos en general los pros y los contras de la ruta y del potencial nuevo hogar. Antes de esa fase, suele ser habitual a su vez la migración «canalizada». Según este modelo, grupos de población procedentes de puntos de partida relativamente limitados acaban congregándose en zonas concretas en el punto de destino. Parece que este fenómeno viene determinado por limitaciones relativas a la cantidad de información disponible, y por el tipo de apoyo social que puede proporcionar el sector de la población de acogida procedente del punto de partida de los emigrantes. No es de extrañar que los costes del transporte intervengan también en los cálculos del potencial emigrante, y asimismo son importantes los costes psicológicos. La extrañeza de la vida en un sitio nuevo y la ruptura de los lazos emocionales que unen al individuo con su familia y con sus amigos afectan a la decisión de emigrar, así como a las ulteriores decisiones que tome el individuo respecto a quedarse o no en su nuevo destino. La existencia de un importante flujo migratorio de vuelta constituye, pues, un elemento significativo de todos los desplazamientos de población que tenemos bien documentados.²⁹

Por encima de todos estos factores, en los flujos migratorios pueden interferir las estructuras políticas existentes en el punto de partida o en el de llegada, o en ambos. Desde los años setenta, los países de Europa occidental han puesto más o menos freno a la afluencia de mano de obra emigrante legal procedente de determinados lugares del tercer Mundo, fenómeno que ha constituido un elemento habitual de su vida desde el término de la Segunda Guerra Mundial. Esta decisión vino motivada por consideraciones políticas más que económicas, pues la industria seguía necesitando la mano de obra relativamente barata que proporcionaban los emigrantes, pero a los gobiernos les interesaba apaciguar la hostilidad hacia las comunidades emigrantes que se había desarrollado en algunos ambientes dentro de su sociedad. En realidad, los flujos migratorios procedentes de las viejas fuentes han seguido

vivos, pero en una forma totalmente distinta, la de la reagrupación familiar, no a través de nuevos trabajadores emigrantes, tras lo cual se ha producido el consiguiente cambio en los patrones de sexo y edad de los emigrantes. La afluencia de mujeres y de esposas y parientes dependientes relativamente ancianos de los primitivos emigrantes ha sustituido a la incesante procesión de hombres jóvenes. Esto no es más que un ejemplo de la norma general que afirma que las estructuras políticas dictarán siempre el marco de opciones disponibles, dentro del cual los emigrantes en potencia toman sus decisiones.³⁰

Los estudios sobre las migraciones ofrecen también nuevas formas de plantearse los efectos de los movimientos migratorios, de cómo hacer un cálculo de si debemos considerarlos un fenómeno más o menos importante en cada caso en concreto. Gracias al legado de la hipótesis de la invasión, las discusiones de este tipo en el contexto del primer milenio se complican con la cuestión de cuál fue el número de emigrantes. ¿Estamos hablando de «migraciones en masa» o de un fenómeno menor, más parecido a la transferencia de elite? Y según las cifras de las que hablemos nos veremos obligados a reajustar al alza o a la baja los cálculos en torno a la importancia de los flujos migratorios. Pero como las fuentes del primer milenio d. C. no aportan nunca datos incuestionables en lo tocante a cifras, incluso cuando dan alguno, no es de extrañar que los debates acaben a menudo en punto muerto. Por consiguiente, tiene potencialmente bastante aplicación la definición relativa, más que estadística, de migración en masa que adopta generalmente la bibliografía sobre migración comparada. Pues en realidad, ¿qué es lo que constituye una migración «en masa»? ¿Es la llegada de un grupo de inmigrantes que equivalga al 10 por 100 de la población del punto de destino? ¿Al 20 por 100? ¿Al 40 por 100? ¿O a qué cantidad? Y un flujo migratorio debe ser considerado en cualquier caso desde el punto de vista de todas las partes implicadas. Teóricamente, una oleada de inmigrantes equivaldría a un pequeño porcentaje de la población del punto de destino, pero representa un gran porcentaje de la población del punto de partida. Lo que es una transferencia de elite desde el punto de vista de la población de acogida, por tanto, puede constituir un fenómeno demográfico más importante para los propios inmigrantes. Para poner fin a toda esta variedad

de situaciones y evitar las sutilezas numéricas, los estudios sobre la migración definen la migración «en masa» como una afluencia de seres humanos (independientemente de cuál sea su número) que cambia la distribución espacial de la población en cualquiera de los extremos, esto es, en el punto de partida o en el de llegada, o en los dos, o «que provoca un impacto en el sistema social o político», de nuevo en cualquiera de los extremos, o en los dos a la vez.³¹

Esto no sólo significa dar por supuesto que la información y las perspectivas de épocas más modernas son automáticamente aplicables al primer milenio. Los estudios sobre las migraciones generalmente han trabajado con ejemplos del siglo xx, observados más o menos al mismo tiempo que se producían, o con la colonización europea de América del norte y América del Sur en su primera fase entre los siglos xvi y xviii, o sólo de Norteamérica en el caso de las grandes oleadas de inmigración de finales del siglo xix y comienzos del xx.³² Existen grandes diferencias estructurales entre cualquiera de estos mundos y la Europa del primer milenio. La economía de ésta era fundamentalmente de naturaleza agrícola y de subsistencia o apenas por encima del umbral de subsistencia, por lo que respecta a sus niveles de producción. No existía la producción en masa, de modo que los modelos de los siglos xix y xx, en los que la mano de obra emigrante procedente de la agricultura fue absorbida por la industria primero en Europa y luego fuera de Europa, sencillamente no tienen aplicación.³³ La población de la Europa del primer milenio era además inferior a la de la Edad Moderna en una proporción asombrosa, y todavía incluso en 1800 los gobiernos de los países europeos solían controlar más la emigración que la inmigración. Análogamente, las capacidades gubernamentales y burocráticas de los estados del primer milenio (en la medida en que existían) estaban también mucho menos desarrolladas, de modo que no tenían la misma posibilidad de elaborar políticas de inmigración ni de llevarlas a cabo, como harían sus homólogos modernos.

Y lo mismo cabe decir del transporte y del acceso a la información. En el primer milenio existían uno y otro, pero los costes de los transportes eran enormes comparados con el mundo moderno. Quizá la estadística económica más famosa que tenemos del mundo antiguo es la noticia que contiene el

Edicto sobre los precios del emperador Diocleciano (c. 300 d. C.), según el cual el coste de una carreta de trigo se doblaba cada cincuenta millas romanas recorridas. En los lugares en los que el transporte seguía siendo caro, como sucedería hasta finales del siglo XIX, este hecho planteaba graves problemas a los posibles emigrantes, aunque a veces las dificultades podían ser soslayadas gracias a las ayudas estatales.³⁴ En un mundo anterior al conocimiento generalizado de la lectura y la escritura, la información circulaba también a distancias muy distintas (es decir, más cortas), y de un modo completamente diverso al de un mundo con medios de comunicación de masas, lo que a su vez dificultaba a los posibles emigrantes la capacidad de acumular información sobre sus posibles destinos. En la Alta Edad Media, esta situación se veía aliviada a veces por la labor de agentes designados al efecto con la misión de organizar campañas de reclutamiento, pero las limitaciones que habría tenido el caudal de información durante el primer milenio son evidentes.³⁵ No obstante, y como mínimo, las investigaciones modernas sobre las migraciones suscitan una nueva variedad de temas y de cuestiones más detalladas, que sitúan el estudio de las migraciones del primer milenio mucho más allá del viejo modelo de la hipótesis de la invasión e incluso más allá de las actuales reacciones contra dicho modelo.

Sin embargo, es en lo tocante al tema de qué es lo que motiva las migraciones en lo que el mundo moderno tiene más que enseñar a los que nos interesamos por el primer milenio. Al nivel del emigrante como individuo, el análisis comparativo ha avanzado bastante, y no se limita a elaborar listas de factores que empujan y factores que atraen. Detrás de la migración se esconden dos motores básicos: tenemos por un lado la migración más voluntaria por motivos económicos, y por otro la migración menos voluntaria por motivos políticos. Pero habitualmente resulta imposible mantener una distinción neta y clara entre migración económica y migración política. Las razones políticas pueden dar lugar a una decisión que podría parecer económica, pues quizá sea la discriminación política lo que se oculte tras el acceso desigual a los recursos y al trabajo. También cabe afirmar lo contrario, esto es, que los motivos económicos pueden tener que ver con la decisión aparentemente política de emigrar, aunque no hasta el punto que han intentado mantener distintos ministros del Interior británicos. En cualquier

caso, las presiones económicas pueden ser tan fuertes como las políticas. Ver a tu familia morir de hambre porque no tienes acceso a la tierra ni al trabajo ¿es una cuestión económica o política? Estas complejidades significan que el proceso de toma de decisión por parte del posible emigrante suele ser analizado en la actualidad no en términos de factores que empujan y factores que atraen, sino que se modela como una matriz cuyos puntos definitorios son por un lado económicos y políticos, y por otro voluntarios e involuntarios, y las motivaciones de cada individuo acostumbran a ser una compleja combinación de los cuatro elementos.³⁶ En términos generales, podemos pensar que los posibles emigrantes se enfrentan a un dilema semejante al que plantea una inversión. La decisión de emigrar comporta varios costes iniciales —de transporte, de pérdida de ingresos mientras se busca trabajo, de agotamiento psicológico al abandonar las personas y las cosas que se aman y a las que está uno acostumbrado—, que deben ser sopesados y comparados con los posibles beneficios a largo plazo que pueden obtenerse en el punto de destino previsto. Dependiendo del cálculo que haga cada uno, el individuo puede elegir entre marcharse o quedarse, o marcharse temporalmente con la idea de obtener suficientes beneficios que hagan mucho más cómoda la vida de vuelta en el país de origen (otra causa importante de la migración de vuelta).

Todo esto resulta esclarecedor y sugerente a la vez, pero a un macronivel, los estudios sobre las migraciones pueden enseñarnos una lección todavía más profunda. Entre otras cosas porque la política no puede separarse con tanta facilidad de la economía, los factores económicos siguen siendo uno de los detonantes fundamentales de la migración. Se ha demostrado una y otra vez que las desigualdades de los niveles de desarrollo económico o de la disponibilidad de recursos naturales entre dos zonas hacen que el flujo migratorio entre ellas sea más que probable, siempre y cuando, eso sí, la población inmigrante valore también los bienes que son más accesibles en el punto de llegada. Se trata de una conclusión fundamental de las llamadas «teorías de los sistemas-mundo», que estudian las relaciones existentes entre centros más desarrollados desde el punto de vista económico y periferias menos desarrolladas, en las que a menudo las migraciones en un sentido y en otro constituyen un componente importante de la relación.³⁷

Esta observación trascendental nos dice dos cosas. En primer lugar, un estudio satisfactorio de las migraciones de cualquier época requiere una combinación de unos análisis más generales (como, por ejemplo, los contextos económicos básicos que harían verosímil la migración) con las respuestas a una serie de preguntas concretas: ¿Exactamente quién participó en el flujo migratorio? ¿Exactamente por qué y cómo empezó y se desarrolló el proceso?³⁸ En segundo lugar, y lo que es más importante, subraya que existe una profunda conexión entre migración y modelos de desarrollo económico. Debido al legado de la hipótesis de la invasión, en los estudios sobre el primer milenio existe la tradición de trazar una clara línea divisoria entre los motores internos de la transformación social, como, por ejemplo, el desarrollo económico y político, y los efectos externos de las migraciones. Para una generación o más de arqueólogos a partir de los años sesenta, la transformación interna ha sido concebida como si estuviera enzarzada en una lucha a muerte con las migraciones, a la hora de explicar los cambios observables en los materiales del pasado que han salido a la luz. Dado este contexto intelectual, la lección más importante que cabe extraer de los estudios sobre las migraciones es que esa línea divisoria clara es un error de concepción. Los patrones de migración vienen determinados ante todo por las desigualdades existentes en los modelos de desarrollo, y variarán con ellos, siendo a la vez causa y efecto de su ulterior transformación. Según esto, la migración y la transformación interna dejan de ser líneas de explicación contrapuestas, y se convierten en las dos caras de una misma moneda.

Las viejas formas de concebir el primer milenio dieron lugar a un Gran Relato de cómo surgió una Europa más o menos reconocible a partir de un antiguo orden mundial de dominación mediterránea a lo largo de mil años de invasiones y de limpieza étnica. Las nuevas informaciones disponibles y, entre otras cosas, las nuevas concepciones de la identidad colectiva y de las migraciones han acabado eficazmente con esa visión, y ya es hora de sustituirla por una nueva. Es este reto fundamental el que intentará aceptar nuestro libro *Emperadores y bárbaros*, defendiendo sobre todo que la migración y el desarrollo deben ser considerados conjuntamente, y no mantenidos aparte como si fueran dos líneas de explicación contrapuestas. Se trata de fenómenos interrelacionados, que sólo juntos pueden explicar

satisfactoriamente cómo pudo acabarse con el dominio de los pueblos del Mediterráneo a manos de los bárbaros del norte y del este, y cómo de los restos del naufragio del orden mundial de la Antigüedad surgió una Europa reconocible.

Capítulo 2

LA GLOBALIZACIÓN Y LOS GERMANOS

En el verano de 357 d. C., un gran ejército de germanos, capitaneado por varios reyes alamanes, se reunió en la margen occidental del Rin, la parte romana del río, cerca de la actual ciudad de Estrasburgo. Como cuenta Amiano Marcelino en la narración histórica más detallada que se conserva de la época del Bajo Imperio (a partir de c. 275),

Al frente de todos estos pueblos belicosos y salvajes iban Cnodomario y Serapión, reyes superiores en autoridad a los demás. Y Cnodomario, el infame instigador de toda esta guerra, cabalgaba delante del ala izquierda con una pluma del color de la llama en lo alto del casco ... combatiente esforzado y general de valía superior a la del resto. El lado derecho, en cambio, lo conducía Serapión ... hijo de Mederico, el hermano de Cnodomario ... que había permanecido mucho tiempo en la Galia en calidad de rehén ... Tras ellos iban los reyes que los seguían en autoridad, en número de cinco, más diez príncipes [*regales*], un largo séquito de nobles [*optimates*], y treinta y cinco mil soldados de varias naciones, unos como mercenarios y otros por el pacto alcanzado de que se les devolvería el servicio.

La descripción de Amiano refleja elegantemente la falta de una monarquía unificada entre el pueblo germánico de los alamanes, que dominaban el sector meridional de la frontera romana del Rin durante el Bajo Imperio. Sobre esta base, de hecho, los historiadores han afirmado a veces que habían cambiado muy pocas cosas en el mundo germánico desde el siglo I d. C., cuando Cornelio Tácito escribió su célebre opúsculo. Uno de los rasgos fundamentales que se recuerdan tras la lectura, por muy somera que sea, de la *Germania* de Tácito, es justamente lo fragmentado que estaba en términos políticos el mundo germánico por aquel entonces. La obra de Tácito —y en este punto se ve confirmada en gran medida por la *Geografía* de Ptolomeo, de fecha ligeramente posterior, ya en el siglo II— recoge una lista de nombres de muchísimas unidades políticas primarias: más de cincuenta. Lo mejor que podemos hacer es situarlas en un mapa que, por aproximados

que sean sus emplazamientos geográficos, nos da una magnífica idea de la fragmentación política de los germanos del siglo I (mapa 2).¹ Un examen más atento indica, sin embargo, que es un error suponer que, como los alamanes tenían muchos reyes en el siglo IV, no se había producido ningún cambio importante desde el siglo I.

LA TRANSFORMACIÓN DE LA EUROPA GERMÁNICA

Un primer indicio de la envergadura de los cambios acontecidos lo obtenemos cuando echamos una rápida ojeada al mapa de situación de la Europa germánica a mediados del siglo IV, que parece muy diferente del correspondiente a la época de Tácito (mapa 3). El sudeste muestra un aspecto completamente distinto, con la aparición de varios grupos de godos que dominan la zona de los Cárpatos, sus alrededores y el este de la cordillera. También al oeste habían cambiado muchas cosas. En lugar de la multiplicidad de pequeñas unidades conocidas por Tácito y Ptolomeo, cuatro grandes poblaciones dominaban el paisaje en la frontera romana del Rin y detrás de esa línea: alamanes y francos en el *limes*, sajones y burgundios detrás de la línea fronteriza. Cuando intentamos comprender el funcionamiento de estas unidades del siglo IV tenemos que luchar, como de costumbre, contra la falta de interés por lo «bárbaro» propia de los escritores romanos, pero, gracias sobre todo a Amiano, disponemos de muchos más testimonios sobre los alamanes que sobre los demás. Y como pone de manifiesto el relato de este autor, la política entre los alamanes era bastante compleja.

Transformación de la política

En los libros que se nos han conservado de su historia y que cubren con bastante detalle los años comprendidos entre 354 y 378, Amiano Marcelino no nos ofrece nunca un relato analítico de cómo funcionaba la política entre los alamanes, ni de las estructuras institucionales que mantenían a los gobernantes en el poder. Lo que sí nos ofrece es una narración más o menos

cohesionada de un cuarto de siglo de la confederación alamánica —que es la mejor forma que tenemos de llamarla— en acción, y en esa narración queda patente que la política germánica en esta parte de la región de la frontera del Rin había experimentado dos transformaciones fundamentales desde la época de Tácito. En primer lugar —y estamos ante un punto muy controvertido— la soberanía dentro de los distintos grupos que formaban los alamanes, los capitaneados por los diversos reyes y príncipes que se dirigen a Estrasburgo y que aparecen en otros pasajes del relato de Amiano, era más sólida de lo que lo había sido en el siglo I. Las obras de Tácito —no sólo la *Germania*, sino también los relatos de los *Anales* y de las *Historias*— nos proporcionan bastante información acerca más o menos de esas mismas regiones de Germania durante el siglo I. En esa época, algunos pueblos germánicos, como los usipios y los tencteros, funcionaban perfectamente sin reyes de ningún tipo: cuando era necesario, la política colectiva era decidida por una oligarquía de caudillos (en latín *principes*) que discutían las cosas conjuntamente en un consejo. E incluso cuando un solo individuo alcanzaba sobre un determinado grupo la autoridad de rey, ésta nunca era aceptada sin oponer resistencia por los demás y en general era transitoria, sin que el poder pasara al hijo o heredero designado. En la segunda década del siglo I d. C., las dos figuras monárquicas que dominaron la política de los germanos de la época fueron Arminio entre los queruscos y Maroboduo entre los marcomanos. El dominio de Arminio fue extremadamente breve. Se basaba en que era él quien había acaudillado la célebre revuelta que acabó con las tres legiones de Varo en el Bosque de Teutoburgo en 9 d. C., pero no era más que uno de los múltiples personajes notables de los queruscos. La victoria le dio una breve preeminencia, que fue siempre puesta en entredicho, y no sólo por Segestes, otro caudillo de los queruscos que llegó incluso a ayudar a los romanos. De hecho, el poder de Arminio ya estaba de capa caída antes de su muerte en 19 d. C. a manos de una facción de sus propios paisanos. El dominio de Maroboduo tenía unas raíces más profundas, pero finalmente fue socavado por Roma y por las rivalidades internas, de modo que en tiempos de Tácito, a comienzos del siglo II, los marcomanos ya no eran gobernados por los herederos de Maroboduo.²

La vida política entre los alamanes del siglo IV, en cambio, estaba llena de reyes (*reges*) y príncipes. Los testimonios de los que disponemos indican que la región llamada Alamania por Amiano estaba dividida en una serie de cantones o subregiones (el término germánico con el que eran designadas probablemente fuera ya *gau*), cada una de las cuales (o eso es todo lo que sabemos al respecto) era gobernada por un *rex* o un *regalis*. Parece también que este poder real era al menos en parte hereditario, si no necesariamente en la forma más simple de padres a hijos, sí a través de una serie de clanes reales. Cnodomario y Serapión, los principales líderes presentes en Estrasburgo, eran tío y sobrino, y Mederico, el padre de Serapión, había sido lo bastante importante como para gozar de una larga temporada viviendo como rehén entre los romanos, período durante el cual desarrolló una afición por el culto del dios egipcio Serapis, que lo llevó a dar ese nombre sorprendentemente poco germánico a su hijo. En Amiano nos encontramos también con un padre y un hijo, Vadomario y Viticabio, cada uno de los cuales fue a su vez rey. Conviene no generalizar a tontas y a locas. Los reyes alamanes podían ser derrocados. Un tal Gundomado fue asesinado por sus propios hombres porque no quiso sumarse al ejército que combatió en Estrasburgo. Del mismo modo, había en la sociedad alamánica otros personajes que, sin ser reyes, no dejaban de ser importantes. Una vez más Amiano habla de los *optimates* que estuvieron presentes en la batalla. No obstante, entre los alamanes del siglo IV la presencia de los reyes es más importante y más estable de lo que lo fuera a comienzos de la época imperial.³

En segundo lugar, la confederación alamánica en conjunto actuaba como una entidad política mucho más sólida que sus homólogas del siglo I. Este punto es más controvertido porque, como hemos visto, los alamanes no funcionaban como una entidad centralizada, con un solo líder indiscutible. En el siglo IV no hubo en ningún momento un solo rey de los alamanes. Y la Germania del siglo I había sido perfectamente capaz de crear confederaciones mayores, incorporando a muchas unidades políticas primarias más pequeñas. Para algunos estudiosos, pues, los testimonios disponibles no indican que se produjera ningún cambio sustancial. Pero las confederaciones supratribales del siglo I más duraderas (lo cual no significa inalterables), tenían una

función primordialmente religiosa; en cambio, cuando tenían un carácter político, su duración era sumamente breve. Tácito habla de tres «ligas culturales» (grupos de tribus que tenían en común la afinidad por un mismo culto religioso, además de los propios de cada una): los ingevones, que son los más próximos al mar, los herminones, en el interior, y los istevones, al oeste. No sabemos mucho de ellos, y no pretendo subestimar la importancia que tenían en el mundo germánico primitivo, pues Ptolomeo también los conocía, lo que significa que perduraron todo el siglo I y seguían existiendo en el II. Pero los relatos de los intentos de conquista y de conquista efectiva de la región por los romanos demuestran que las ligas culturales nunca constituyeron la base de la respuesta militar o política a las agresiones externas. Fuera cual fuese su importancia —y puede que en otras esferas de la vida fuera muy grande—, las ligas culturales no eran organizaciones políticas significativas. Cuando la resistencia frente a Roma y —en una fase ligeramente anterior— los intentos de expansión de los germanos hacia el mundo dominado por los celtas adoptaron la forma de una confederación política, ésta se organizó en torno a determinados individuos notables: Ariovisto en tiempos de César, Arminio y Maroboduo en tiempos del proyecto de conquista romana de la zona situada entre el Rin y el Elba; o, posteriormente, la gran rebelión organizada por el líder batavo Julio Civil. Todos estos caudillos, mediante una mezcla de atracción, persuasión e intimidación, lograron organizar grandes confederaciones formadas por guerreros de todos los rincones del vasto mundo germánico; es decir, de muchas de las pequeñas unidades políticas enumeradas por Tácito y, luego, por Ptolomeo. En todos los casos, sin embargo, esas confederaciones se hundieron con la derrota de sus caudillos y nunca volvería a oírse hablar de ellas. La de Maroboduo duró un poco más que las otras, pero incluso ésta se disolvió inmediatamente después de la muerte de su líder.⁴

En este campo, es decir el de la estabilidad de la confederación en su totalidad, es en el que resulta tan reveladora la comparación entre el siglo I y el IV. El resultado de la batalla de Estrasburgo fue una aplastante derrota de los alamanes:

Cayeron en esta batalla por parte romana doscientos cuarenta y tres hombres, pero comandantes sólo cuatro ... De los alamanes, en cambio, se computaron seiscientos cadáveres tendidos en el campo, mientras que innumerables montones de muertos eran arrastrados por las aguas del río [Rin].

El propio Cnodomario fue capturado cuando intentaba huir por el río. El César Juliano, que regía en Occidente en nombre de su primo el Augusto Constancio II, aprovechó luego la victoria para imponer los términos que quiso a los diversos reyes alamanes que sobrevivieron a la refriega; y de hecho Cnodomario sólo había podido reunir sus fuerzas con tanta libertad porque previamente la guerra civil de los romanos había creado un vacío de poder en la región de la frontera del Rin. No obstante —y en esto es en lo que el siglo IV es completamente distinto—, la derrota de Cnodomario no supuso la destrucción total de la alianza al frente de la cual se había puesto, como había ocurrido tres siglos antes con las derrotas de los caudillos del siglo I, Arminio y Maroboduo. No sólo muchos de los reyezuelos alamanes que habían participado en la batalla fueron dejados en su puesto por la diplomacia de Juliano, sino que, al cabo de una década de este enfrentamiento, había un nuevo caudillo supremo, Vadomario, hostigando otra vez a los romanos. Fue hábilmente eliminado por medio del asesinato, pero pronto apareció en su lugar un tercer personaje: Macriano. Amiano alude a tres intentos distintos por parte de uno de los sucesores de Juliano, Valentiniano I, de eliminar a Macriano por medio de la captura y/o el asesinato, pero finalmente, abrumado por los acontecimientos en Oriente, el emperador cejó en su empeño. Los romanos y los alamanes se reunieron a orillas del Rin para celebrar una cumbre, en la que el emperador reconoció la preeminencia de Macriano entre los alamanes.⁵ A diferencia de lo que ocurrió en el siglo I, ni siquiera una gran derrota militar bastó para acabar con la gran confederación alamánica.

Esta situación indica que la confederación tenía una identidad política mucho más firmemente arraigada que las que surgieron durante el siglo I, en el sentido de que no apareció y se derrumbó con la carrera de un solo individuo. Cuando cambiaban las circunstancias, el rey de un cantón u otro podía obtener mayor preeminencia, pero la confederación en su conjunto podía sobrevivir a las vicisitudes de las carreras políticas de cada uno,

permaneciendo más o menos intacta. La fuerza de esos vínculos nos la indican también algunos de los pequeños tesoros de información que se conservan en Amiano, por ejemplo acerca del rey comarcal Gundomado, que fue derrocado por una facción de su propio pueblo por no participar en la gran acción colectiva que acabó en Estrasburgo. Para aquellos hombres al menos, la identidad colectiva podía a veces ser un determinante de la conducta política más poderoso que la lealtad al rey de su cantón. Amiano no nos dice cómo actuaba esa identidad colectiva. Pero sí señala que los reyes de los alamanes se agasajaban unos a otros y que existían lazos de apoyo mutuo que unían al menos a algunos de los reyes que combatieron en Estrasburgo. En los detalles de esos pactos y de esos banquetes reales estaría la información que nos haría falta para comprender como es debido a los alamanes del siglo IV, pero por desgracia Amiano no nos revela lo que necesitamos saber.

Como muchas entidades confederales de la Antigüedad tardía y de comienzos de la Edad Media, los alamanes poseían, en mi opinión, un repertorio establecido de convenciones políticas y diplomáticas que definían a los distintos reyes y los unían entre sí en las posiciones de super-rey y sub-rey, debiendo este último rendir fidelidad y ciertas obligaciones al primero, a pesar de mantener el control cotidiano directo sobre su propio cantón. En los sistemas de este tipo, la continuidad política no podría ser nunca absoluta. Ningún super-rey reproducía exactamente ni por lo general podía heredar directamente los modelos de poder de los que pudiera haber gozado su antecesor; pero una vez establecida una nueva jerarquía, existía un prototipo aceptado por todos de relación entre los reyes de diverso estatus que podía utilizarse para orquestar y definir los derechos de cada parte —la de mayor y la de menor rango— en cada nuevo pacto. Semejante sistema era el que evidentemente funcionaba, en mi opinión, entre los alamanes del siglo IV, y un signo visible de su importancia suprema lo tenemos en la «forma» general adoptada por la diplomacia romana en este sector de la frontera. Cada vez que la atención de los romanos se distraía, habitualmente debido a los sucesos acontecidos en el frente persa del Imperio en tiempos de Amiano, aparecía un

super-rey alamán, y la política romana en el Rin se dedicaba en gran medida a eliminar la sucesión de todos los personajes de este tipo que surgieron a lo largo del período tratado por nuestro historiador.⁶

Por desgracia una vez más Amiano no nos da ninguna indicación sobre si existían sistemas similares entre otras grandes entidades de la frontera del Rin, entre los francos, sajones y burgundios. Como sus vecinos alamanicos, los francos del siglo IV poseían desde luego toda una plétora de reyes, pero simplemente no los vemos en acción con suficiente frecuencia para saber si existía también una identidad política franca capaz de actuar como base de una acción colectiva incluso tras el golpe sufrido tras una grave derrota. Y no hay motivo para suponer que todos los grupos germánicos del siglo IV tuvieran que actuar exactamente de la misma manera, del mismo modo que tampoco lo habrían hecho sus predecesores del siglo I, cuando, según indica Tácito, unas poblaciones tenían reyes y otras no. La confirmación de que la existencia de una identidad colectiva amplia y políticamente más sólida no se limitaba en el siglo IV sólo a los alamanes nos la proporcionan los tervingos, una confederación dominada por los godos que actuaba en el otro extremo, el oriental, de la frontera europea de Roma, al pie de los Cárpatos. Los tervingos son el único grupo, aparte de los alamanes, que había entre los vecinos germánicos de Roma, sobre el que las fuentes conservan una cantidad importante de información.

En sus operaciones políticas y en su duración, la confederación de los tervingos muestra tres características que nos recuerdan mucho a la de los alamanes y que la alejan decididamente de cualquier antecesora del siglo I. En primer lugar, parece que el control central de los tervingos se transmitió entre los miembros de una misma dinastía a lo largo de al menos tres generaciones desde c. 330 hasta c. 370, y que el título oficial de quien lo ostentaba era el de «juez». Como ocurría con los reyes de los distintos cantones alamanes, pues, el poder en esta parte oriental del mundo germánico había adquirido un carácter más hereditario. En segundo lugar, al igual también que entre los alamanes, los jueces de los tervingos dirigían una confederación en la que había diversos reyes y príncipes. Y en tercer lugar, la confederación de los tervingos estaba unida por lazos lo bastante fuertes como para sobrevivir incluso a una grave derrota. Encontramos por primera

vez esta confederación a comienzos de la década de 330, cuando sufrió una severa derrota a manos del emperador Constantino. Pero no sólo sobrevivió a ese desastre, sino que la misma dinastía conservó el poder y, una generación después, conspiró para librarse de los aspectos más onerosos del tratado que les había impuesto Constantino.⁷ Conviene subrayar que los alamanes y los tervingos son las dos únicas entidades germánicas del siglo IV de las que tenemos alguna información, y que no se puede simplemente dar por supuesto que todos los grandes pueblos germánicos de la época funcionaban de la misma manera. Entre ellos, sin embargo, estos dos casos ofrecen un testimonio estupendo de que en la Germania del siglo IV habían surgido identidades colectivas más grandes y más cohesionadas de las que podríamos haber encontrado dentro de esos mismos límites trescientos años antes.

¿Cómo se produjo esta novedad?

La aparición de la monarquía militar

No es una historia que pueda contarse directamente. Entre el siglo I y el IV no se conservan fuentes narrativas importantes que ofrezcan una versión detallada de ningún aspecto de las relaciones romano-germanas durante este trascendental período intermedio. Incluso una convulsión importante como la Guerra de los Marcomanos del siglo II debe ser reconstruida a partir de testimonios fragmentarios. En cualquier caso, es dudoso que algún historiador romano —aunque se hubiera perdido— hubiera abarcado un marco cronológico lo bastante grande para poder localizar la gran transformación a largo plazo que culminó en la confederación de los alamanes y en la de sus contemporáneos los tervingos. Las fuentes del siglo I documentan muchísimas luchas por el poder entre las tribus. Oímos hablar incluso de tribus enteras que fueron creadas y destruidas. Los batavos, por ejemplo, eran originalmente una rama de los catos, mientras que los observadores romanos fueron testigos de la destrucción de los brúcteros, y Tácito nos habla de una lucha a muerte entre los catos y los hermenduros, y de la destrucción final de los ampsivarios, que vivían en el exilio y por desgracia carecían de tierras.⁸ también a veces, aunque con menos frecuencia, oímos hablar incluso de luchas por el poder dentro de las propias tribus, entre

otras aquella en la que se enzarzaron Arminio y Segestes por el control de los queruscos. Pero en todos estos datos más o menos fragmentarios no hay nada que nos permita pensar que las estructuras políticas germánicas habían emprendido la marcha hacia la consecución de unas proporciones y una cohesión mucho mayores. La pista más espectacular sobre el tipo de proceso que realmente se oculta tras su ulterior aparición surgió en uno de los lugares más inimaginables.

En 1955, un grupo de operarios daneses estaba abriendo una acequia de drenaje en Haderslev, al norte de la región de Schleswig, al sur de Jutlandia. Al poco tiempo, sin embargo, su trabajo se vio interrumpido cuando en un pequeño tramo de la zanja que estaban abriendo apareció un sorprendente montón de seiscientos objetos metálicos, muchos de los cuales podían datar de tiempos de los romanos. El terreno bajo de prados en el que estaban trabajando había sido en otro tiempo un lago, aunque no muy profundo. Durante los nueve años siguientes fueron excavados cuidadosamente 1.700 metros cuadrados de prado, y el yacimiento produjo toda una serie de hallazgos sorprendentes, entre ellos los restos de un barco. Todos esos materiales habían sido arrojados al lago en diversos momentos de la época imperial, y su acumulación demostraba que, a veces, literalmente montones de ellos habían sido depositados de una vez, como si alguien hubiera vaciado allí cestas o bolsas cargadas con esos objetos. No era desde luego el primer vertedero germánico que era excavado. A finales del siglo XIX, toda una serie de pantanos del norte de Europa, en especial daneses, habían producido aglomeraciones de materiales parecidas. Pero Ejsbøl Mose, para dar su verdadero nombre al yacimiento de Haderslev, fue el primero en ser excavado utilizando métodos arqueológicos modernos. Ello permitió dar respuesta a la gran pregunta que habían dejado sin contestar las excavaciones anteriores. ¿Aquellos vertederos habían sido creados por una sucesión de pequeños depósitos, o por unos pocos más grandes?

Prestando cuidadosa atención a los detalles estratigráficos, la respuesta emergía rotunda y clara. Los objetos encontrados en Ejsbøl Mose habían sido depositados en varios momentos distintos, pero, ocasionalmente, habían sido arrojados a la vez grandes cantidades de materiales. En particular, los excavadores lograron identificar un solo depósito unitario, el equipo militar

completo de un pequeño ejército de unos doscientos hombres, que había sido arrojado al agua de una vez en torno al año 300 d. C. Resultó que el equipo en cuestión, que totalizaba varios centenares de objetos, pertenecía a una fuerza cohesionada y bien organizada con una clara jerarquía de mando. Estaba formada por cerca de doscientos lanceros, cada uno de ellos armado con una jabalina provista de lengüeta y una lanza, la primera para ser arrojada y la segunda para ser clavada; los excavadores encontraron 193 puntas de lanza con lengüeta y otras 187 sin ella. Alrededor de un tercio de los hombres tenían además armas para llevar al cinto. Los excavadores encontraron 63 hebillas de cinturón, junto con 60 espadas y 62 puñales. Esta tropa habría sido comandada por unos diez o más capitanes a caballo. Formaban también parte del tesoro diez bocados y siete pares de espuelas.

Lo curioso es que todo este equipo había sido destruido ritualmente antes de ser arrojado al lago. Las hojas de todas las espadas habían sido dobladas y se recuperaron numerosos fragmentos de madera de las astas de las lanzas. La violencia que evidentemente acompañó a este proceso hace que resulte imposible no asociarlo con los restos del tipo de actos rituales de los que hablan de vez en cuando las fuentes históricas, y en los que las armas del enemigo eran ofrecidas a los dioses en sacrificio.⁹ Puede que uno o dos jinetes huyera a pie, o quizá las espuelas que faltan simplemente se perdieran. Pero básicamente los excavadores habían encontrado los últimos restos materiales de una fuerza militar aniquilada en algún *Vernichtungsschlacht* («campo de exterminio») olvidado y del que no se tiene noticia alguna, de comienzos del siglo IV.

Como espectáculo arqueológico, el de Ejsbøl Mose es fantástico, pero los hallazgos tienen una importancia mayor. La imagen que se desprende con toda claridad de ellos —la de una tropa profesional bien organizada y provista de una jerarquía perfectamente estructurada— coincide con un considerable corpus de testimonios literarios que hablan de que en el siglo IV había caudillos germánicos de rango real —reyes— que tenían una tropa personal permanente de guerreros de su casa precisamente de esas dimensiones. Cuando finalmente los romanos lograron acorralarlo después de la batalla de Estrasburgo, Cnodomario se rindió con todo su séquito. Curiosamente, estaba formado también por doscientos hombres. Estos

séquitos tenían una función militar evidente, pero unas cuantas indicaciones valiosísimas confirman lo que, de lo contrario, nos habríamos visto obligados a suponer, esto es, que también eran empleados de manera más general como instrumento de poder social. Cuando los caudillos de los tervingos decidieron que iban a intentar imponer una uniformidad religiosa entre sus súbditos a comienzos de la década de 370, enviaron a los integrantes de sus séquitos por todos los poblados godos para obligarlos a cumplir sus órdenes. Lo fundamental en este sentido es que Tácito no habla de la existencia de ninguna institución de este tipo en el siglo I. En esa época existían ya séquitos y partidas de guerreros, pero no tenían carácter permanente, y algunos caudillos eminentes recibían sólo de vez en cuando donaciones voluntarias de alimentos para la manutención de los hombres que tenían a su servicio. El material arqueológico de esta primera época tampoco ha sacado a la luz nada comparable con el variado armamento profesional descubierto en Ejsbøl Mose. Durante los dos siglos intermedios, los reyes germanos habían empezado a disponer de una cantidad completamente nueva de fuerzas militares permanentes.¹⁰ Naturalmente así se explica con facilidad por qué aparecerían en nuestras fuentes del siglo IV como un elemento mucho más permanente y destacado de la sociedad germánica que en las de la época de Tácito.

Otro curioso testimonio de la importancia de esta evolución ha surgido también de un terreno completamente inesperado. Una de las disciplinas más exóticas y difíciles dentro del campo de las humanidades es la filología comparada, el estudio de los orígenes lingüísticos de las palabras y su significado, junto con su traspaso de un grupo lingüístico a otro. Como ha demostrado un reciente estudio, todas las lenguas germánicas derivan el término que utilizan para designar al «rey» o al «caudillo» de tres raíces: *thiudans* («caudillo de un pueblo»), *truthin* y *kuning*. De las tres palabras, *thiudans* es con seguridad la más antigua, y es la única que tiene paralelos en otras lenguas indoeuropeas, pero su distribución por las diferentes ramas de la familia lingüística germánica demuestra también que estaba cayendo o ya había caído en desuso en tiempos del Bajo Imperio, cuando fue sustituida por *truthin*. *Kuning* no se hizo habitual hasta más tarde. Lo sorprendente es que *truthin* significaba originalmente «jefe de una partida de guerreros», pero en

la época tardorromana había pasado a utilizarse como término habitual para «rey» o «caudillo» en todo el mundo germánico. Esto supone bastante más que un simple cambio de nombre. *Thiudans* significaba caudillo de un pueblo, para el cual la función militar no era más que un elemento más de su perfil profesional, y quizá sólo un elemento relativamente pequeño de éste. Como es bien sabido, Tácito comenta que las sociedades germánicas del siglo I «eligen a sus reyes por la nobleza, pero a sus capitanes por el valor», afirmación que parece significar justamente eso. En el siglo IV, la nueva terminología para designar a los líderes indica que esa distinción había desaparecido, y que el mando militar había pasado a ser la función primaria de los líderes germánicos de la época. Cuesta trabajo pensar en un testimonio mejor de la abrumadora importancia de la aparición, durante el Bajo Imperio, de un nuevo tipo de líder, que debía la fuerza de su posición al hecho de tener bajo su mando a un grupo permanente de guerreros.¹¹ La arqueología, las fuentes literarias y la filología se unen para iluminar las raíces de la forma de monarquía dotada de unos cimientos más sólidos que podemos encontrar en el siglo IV.

Lo que sucedió entre el siglo I y el IV, pues, fue más o menos lo siguiente: una clase de caudillos militares desarrolló un nuevo tipo de fuerza militar y la utilizó para poner más distancia aún, en términos de poder social, entre ellos y todos los demás. Basta reflexionar un momento para darse cuenta de que algo así no habría podido ser nunca un proceso totalmente consensuado, pues se trataba de una pequeña elite que intentaba afirmar su predominio sobre todos los demás. Y naturalmente esta circunstancia nos proporciona un posible contexto para los acontecimientos que culminaron en el depósito de armas de Ejsbøl Mose. Lo que los arqueólogos encontraron en él eran las armas de todo un séquito militar. Y como las armas habían sido destruidas con tanto celo, una conjetura bastante prudente es pensar que esa misma suerte corrieron los hombres que las portaban. Cuando intentaban imponer su dominio social, los nuevos reyes militares se jugaban mucho, y Ejsbøl Mose nos recuerda que por cada grupo que lograba salirse con la suya, otros o muchos otros no lo conseguían. Inmediatamente se postulan dos posibles motivos de ese fracaso. El grupo de guerreros involuntariamente inmortalizado aquí quizá fuera aniquilado por otra partida de guerreros

rivales, o por un grupo de germanos corrientes y molientes, menos militarizados, que no apreciaran el tipo de dominio que el capitán de los guerreros tenía in mente. En términos hollywoodenses, podríamos pensar en *El padrino*: el antiguo lago habría sido usado por el rey dominante para hacer llegar a sus rivales el mensaje de que lo más probable era que acabaran durmiendo con los peces (en este caso de agua dulce); o en *Los siete magníficos*: una banda de campesinos habría contado con la efectividad militar suficiente para deshacerse al menos de una partida de guerreros predadores. No hay manera de estar seguros, aunque la violencia de la destrucción quizá nos recuerde más a Yul Brynner que a Al Pacino, pues en algunos ejemplos posteriores que conocemos, el capitán de la partida de guerreros vencedor solía absorber a las tropas del rival derrotado para incrementar su poder.¹² Pero eso no es más que un detalle. Lo fundamental es que la aparición de los reyes militares sólo pudo producirse a través de un proceso periódicamente violento en virtud del cual fueran resolviéndose lentamente las rivalidades entre los capitanes de distintas partidas de guerreros y entre los líderes de este tipo y los individuos a los que pretendían dominar.

Expansión y desarrollo

Pero esto es sólo una parte de la historia. El séquito militar del tipo del que fue aniquilado en Ejsbøl Mose o como el que fue empleado por Cnodomario era un elemento muy costoso de mantener. Como los guerreros profesionales no producían su propia comida, era preciso subvenir a su alimentación, y todos los testimonios que evocan las actividades de las partidas de guerreros germánicos —derivados, como es bien sabido, de la poesía heroica de época posterior, pero reforzados también por algunas alusiones de Amiano y por los paralelismos antropológicos de contextos análogos mejor documentados— indican que estamos hablando de una alimentación de proporciones literalmente heroicas: cantidades ingentes de carne asada y alcohol como las que han sido llevadas recientemente a la pantalla grande en la película norteamericana *Beowulf*. El equipamiento militar tampoco era barato. Como es sabido, no hay indicios de ninguna

armadura entre los hallazgos de Ejsbøl Mose, y ése era el elemento del equipo militar más costoso en el mundo antiguo y en la Edad Media. Amiano comenta, por ejemplo, que Cnodomario era reconocible fácilmente en el campo de batalla por su armadura, lo que da a entender que ni siquiera en el siglo IV solían llevarla los guerreros germánicos. No obstante, tal vez un tercio de las tropas de Ejsbøl Mose tenía espada. El resto del equipo característico de un guerrero debía ser fabricado en su mayoría con materias primas caras por artesanos altamente cualificados.¹³ En otras palabras, los séquitos que convirtieron a los nuevos reyes guerreros en un elemento tan poderoso del paisaje germánico del siglo IV no habrían podido desarrollarse si no se hubieran dado dos requisitos previos. En primer lugar, debía haber excedentes de alimentos y/u otras formas de bienes negociables producidos por la economía en la que vivían, y en segundo lugar, los reyes tenían que poder utilizar esos excedentes o una parte significativa de ellos en su propio provecho.

La ironía histórica de esta simple observación consiste en que, hasta el nacimiento de Cristo, toda la Europa germánica se caracterizó por la escasez de excedentes importantes en materia de productos alimenticios o de otros bienes negociables. El punto por el que tenemos que empezar a desenredar esta historia es la producción agrícola. La economía de la Europa germánica —lo mismo que la de la Europa romana o cualquier otra Europa del primer milenio— era fundamentalmente agrícola. Sin embargo hay distintos tipos de economía agrícola más o menos productivos. Las investigaciones arqueológicas realizadas a partir de la Segunda Guerra Mundial han demostrado que la Europa germánica vivió su propia revolución agrícola durante los cuatrocientos años en los que el Imperio Romano fue su vecino más próximo por el oeste y por el sur.

Al comienzo de este período, la agricultura que se practicaba al este del Rin era generalmente «extensiva»: esto es, «extensiva» en oposición a «intensiva». Esto significa que se necesitaba una zona relativamente grande para mantener a una determinada unidad demográfica, pues los beneficios eran escasos. Absolutamente característico de este tipo de régimen agrícola es que los asentamientos solían ser pequeños, estaban muy dispersos y habitualmente no permanecían más de una generación o dos en un mismo

sitio. En esencia, las poblaciones de la Europa germánica no mantenían —o no tenían que mantener— la fertilidad de sus campos para maximizar la producción de los cultivos un año en concreto, ni seguir usando el mismo campo más allá del corto o medio plazo. Una vez que empezaban a decaer las cosechas por debajo de un nivel considerado razonable, se trasladaban a una nueva zona. Los testimonios en los que se basa esta interpretación se presentan en múltiples y variadas formas.

En muchos lugares de la moderna Europa central y septentrional, los límites del sistema de «campos célticos» predominante por aquel entonces son todavía visibles en forma de muros de piedra contruidos con los cascotes retirados de los propios campos en el curso de su explotación. Estos campos son extraordinariamente grandes, lo que refleja la cantidad de tierra que se necesitaba para mantener a una sola familia. Los modelos de asentamiento que conocemos vienen a confirmar este dato. Antes de 1945, habían sido identificados pocos asentamientos germánicos pertenecientes a los dos primeros siglos d. C.; los primitivos germanos habían sido estudiados, en términos arqueológicos, sobre todo por sus cementerios. Esta situación es actualmente la inversa; la proporción de asentamientos frente a la de cementerios es ahora de 7:1 y va en rápido aumento, pero también ha quedado patente el motivo del anterior desequilibrio. Todos los asentamientos de esos primeros siglos conocidos hoy día eran pequeños y de corta duración. Sabiendo que cualquier poblado tenía sólo una esperanza de vida limitada, sus habitantes no invertían en ningún caso mucho tiempo o esfuerzo en su construcción. Por consiguiente, los asentamientos eran muy numerosos, pero también originalmente difíciles de encontrar. Los pocos testimonios directos de las técnicas agrícolas predominantes que casualmente se conservan vienen a confirmar este punto. El cementerio de época germánica de Odry, en la actual Polonia, por ejemplo, que ha sido bien excavado, fue establecido justo encima de un antiguo «campo céltico». Debajo de uno de los túmulos excavados aparecieron testimonios de los tipos de arado y los métodos de fertilización empleados. Ambos eran rudimentarios. Las labores de arado consistían en arañar someramente la tierra con estrechos surcos entrecruzados. Esto significa que no se daba la vuelta a la tierra y por lo tanto que las malas hierbas y los rastrojos no se

descomponían en el suelo para devolverle sus nutrientes vitales, en particular el nitrógeno. La única forma de fertilización adicional visible era la ceniza. Empleando técnicas de este tipo, la fertilidad de los campos de cultivo no podía mantenerse por mucho tiempo.¹⁴

A partir de los años cincuenta han aparecido testimonios concluyentes de que durante la época imperial se produjo un cambio espectacular en la práctica de la agricultura germánica, empezando por los campos fangosos de los actuales Países Bajos y Alemania. Por esa época, cuando Ejsbøl Mose comenzaba a ser excavado con tan buenos resultados, el interés de la arqueología se volcaba generalmente en los asentamientos, y las técnicas habían avanzado hasta tal punto que podían obtenerse resultados verdaderamente útiles. Las primeras grandes excavaciones de asentamientos germánicos primitivos se centraron en los típicos montículos artificiales de estas zonas costeras —llamados *terpen* en holandés y *Wierde* en alemán—, formados por años y años de asentamientos sucesivos en el mismo sitio, originalmente situado en tierras bajas. Con los años, los desechos podridos, las maderas de las casas, y otros restos humanos hicieron que el nivel del terreno de la zona habitada se elevara. Esta circunstancia hizo de estos emplazamientos el objetivo lógico de las excavaciones arqueológicas, pero los campesinos de la zona ya se habían percatado mucho tiempo atrás de que los montículos estaban llenos de mantillo fértil, de modo que muchos habían sido socavados antes de que llegaran los arqueólogos.

El trabajo más detallado se llevó a cabo en un lugar que se hizo muy famoso en este campo, pero que es poco conocido fuera de él: la Feddersen Wierde. La cuidadosa excavación estratigráfica llevada a cabo durante casi una década, de 1955 a 1963, permitió establecer con claridad toda la evolución del asentamiento. Comenzó a mediados del siglo I d. C., cuando cinco familias se establecieron en él. El grupo estaba compuesto por un total de quizá cincuenta personas a lo sumo y practicaba una agricultura mixta, centrando su esfuerzo en la cría de ganado. Por el número de cuadras construidas en la primera fase, las cinco familias iniciales poseían alrededor de cien vacas. Pero eso fue sólo el comienzo. El poblado prosperó a lo largo de los tres siglos siguientes, alcanzando su máxima extensión a finales del siglo III d. C., época en la que contaba con unos trescientos habitantes que,

entre todos, poseían más de cuatrocientas cincuenta vacas. Se han realizado numerosos estudios pormenorizados de infinitos aspectos de la vida cotidiana en el lugar, pero, para lo que a nosotros nos interesa, lo fundamental son las dimensiones y la longevidad del asentamiento. Lo que indirectamente reflejan estos aspectos es una revolución en las prácticas agrícolas utilizadas. Bajo los viejos regímenes de agricultura extensiva del mundo germánico primitivo, todas esas personas viviendo tan cerca unas de otras durante más de trescientos años habrían sido algo inconcebible. La producción no habría podido ser nunca tan intensa, ni la fertilidad habría podido mantenerse durante tanto tiempo. La Feddersen Wierde fue sólo posible porque su población había adoptado un régimen agrícola mucho más intensivo, que le permitía maximizar la fertilidad de sus campos en una medida mucho mayor, y de paso hacía que una concentración mucho más abultada de personas prosperara durante varias generaciones. Los detalles de esa revolución no pueden reconstruirse en su totalidad, pero desde luego uno de ellos habría sido el uso del estiércol de todo el ganado como abono de una manera más integrada con el fin de mantener la fertilidad de los campos de cultivo.¹⁵

Sería precipitado generalizar a partir de este único ejemplo, y tampoco hay razón para suponer que la Feddersen Wierde —basada en una mayor integración de la ganadería y los cultivos— ofrece el único modelo posible de intensificación agrícola entre los germanos. Un número importante de excavaciones de otros asentamientos de época imperial han dejado patente, sin embargo, que el que nos ocupa no era ni mucho menos un ejemplo aislado de desarrollo rural. Casi tan famosa como la Feddersen Wierde es Wijster, también al noroeste de Alemania. Aquí, originalmente una sola familia empezó a explotar la tierra a mediados del siglo I a. C. La acción de los labradores modernos escarbando en este terreno ha supuesto que gran parte del yacimiento se encontrara demasiado deteriorado para llevar a cabo una excavación como es debido, pero en el siglo IV la explotación de una sola familia se había convertido en un asentamiento intensivo que daba cobijo por lo menos a unas cincuenta o sesenta familias, dedicadas a labrar los suelos arenosos fáciles de trabajar que rodean la desembocadura del río Drenthe.

Entre otros grandes asentamientos de época imperial excavados en esta zona más allá de la frontera del Rin figuran Hodde, Vorbasse, Ginderup, Mariesminde y Norre Fjand.

En otros lugares, la imagen no es tan global ni el modo concreto de intensificación de la agricultura se ha interpretado tan bien, pero se sabe de ellos lo suficiente para documentar el hecho de que el desarrollo rural germánico fue un fenómeno general de la época imperial. En lo que actualmente es el centro de Alemania y en las estribaciones de la antigua Germania hacia el este y el sudeste, más allá de los Cárpatos, el modelo de evolución de los asentamientos se conoce con mucho menos detalle, y por supuesto no hay razón para pensar que el régimen agrícola tuviera que cambiar en todas partes de la misma manera. No obstante, se conocen suficientes poblados de gran tamaño en todas estas regiones —Barhorst, a cincuenta kilómetros al oeste de Berlín con treinta familias, por ejemplo, o, en el extremo sudeste, los numerosos grandes asentamientos del sistema Cernjachov del siglo IV, dominado por los godos— para demostrar que por toda la Europa dominada por los germanos se habían desarrollado regímenes agrícolas más intensivos a lo largo de toda la época imperial. Algunos hallazgos más aislados de aperos de labranza indican lo mismo, cuñas y rejas de arado de hierro que demuestran que en el siglo IV se daba la vuelta a la tierra con más eficacia. El mayor tamaño y la longevidad de los asentamientos, combinados con todos los testimonios de la existencia de unos arados y aperos de labranza más eficaces, prueban que se produjo una importante transformación de las prácticas agrícolas en la Europa germánica durante los primeros siglos de la era cristiana, aunque las técnicas siguieran estando considerablemente menos especializadas que al otro lado de la frontera, en la parte romana.¹⁶

De todo ello se derivan dos observaciones. En primer lugar, el enorme incremento de la producción de alimentos que debió de generar esta revolución en la producción agrícola permite en gran medida explicar cómo habrían sustentado los nuevos reyes militares a los miembros de su séquito. Antes de que evolucionara, es dudoso que en la economía agrícola sin desarrollar de los germanos hubiera un excedente de alimentos suficiente para mantener a un grupo permanente de guerreros especializados del nivel de los

existentes en el siglo IV. En segundo lugar, y éste es un punto mucho más importante, el enorme incremento de la producción de alimentos implica también que la población de la Europa germánica experimentó un aumento exponencial durante el mismo período. No hay manera de poner una cifra a ese aumento, pero, como la demografía nos enseña, uno de los límites fundamentales del volumen de la población humana es siempre la disponibilidad de alimentos. La revolución agrícola germánica, con su enorme incremento de las provisiones de comida, supuso que la población aumentara en la misma proporción. La expansión demográfica se pone de manifiesto también en otros testimonios. En los cementerios germánicos ocupados a lo largo de toda la época imperial romana en cuya excavación se ha prestado la debida atención a la estratigrafía, se ha visto que en las zonas usadas en los siglos III y IV han aparecido enterradas un mayor número de personas que en los doscientos años anteriores. También los estudios del polen ofrecen una visión alternativa de ese mismo desarrollo. Durante los primeros cuatro siglos de la era cristiana, la proporción de polen producido por cultivos de cereal aumentó a expensas del polen de hierbas y de árboles, lo cual es otro indicio de la intensificación de la agricultura.¹⁷

Este importante incremento de la producción agrícola no sólo explica cómo se alimentaban los séquitos de los reyes, sino que tuvo que ser también una fuente fundamental de la nueva riqueza de la sociedad germánica durante esta época, visible sobre todo en el costoso equipamiento militar de dichos séquitos. Los excedentes de productos alimenticios podían ser intercambiados por otros bienes deseables. Pero aunque quizá tuviera una importancia fundamental, la agricultura no era la única fuente de esa nueva riqueza. En los últimos años han aparecido pruebas de que, durante los cuatro primeros siglos de la era cristiana, la riqueza económica general de la Europa germánica se vio incrementada de forma espectacular por una notable diversificación de la producción y un aumento parejo de los intercambios de toda una serie de productos, además de los géneros alimentarios.

Los testimonios de la producción de metal y de su consiguiente elaboración son muy sugerentes e indican que se dio un modelo similar de expansión en este sector de la economía. En particular se calcula que dos grandes centros de producción situados en el territorio de la actual Polonia —

en los montes Świętokrzyskie y en el sur de Mazovia— produjeron entre los dos más de ocho millones de kilos de hierro en bruto durante toda la época imperial, con un aumento espectacular de la explotación durante los últimos siglos. En cuanto a la metalurgia, los testimonios son más fragmentarios, pero igualmente sugerentes. Cuando fueron sacadas a la luz por primera vez, se pensó que las sesenta espadas de Ejsbøl Mose representaban el mayor hallazgo de espadas romanas descubierto nunca de una sola vez. Sin embargo, un análisis más detallado ha demostrado que, aunque basadas en modelos romanos, las espadas eran en realidad copias forjadas en la Europa germánica. Por consiguiente hacia 300 d. C. al menos había un centro que producía equipamiento militar estandarizado a una escala razonable, mientras que las espadas germánicas de épocas anteriores que conocemos eran todas productos individuales.¹⁸

Los testimonios de la elaboración de metales preciosos son igualmente sorprendentes. En Pietroasa, Rumanía, se descubrió a finales del siglo XIX un tesoro de exquisitas vasijas de oro y plata. Muchas de ellas datan del siglo V, pero al menos una bandeja de plata fue producida en el siglo IV y fuera del Imperio Romano, en la Europa germánica. Se han descubierto moldes para la fabricación de este tipo de artículos en contextos germánicos del siglo IV, y el nivel general de ornamentos personales fabricados con metales preciosos aumenta a lo largo de toda la época imperial. En el siglo IV, las fíbulas —imperdibles— de plata delicadamente trabajada, con las cuales acostumbraban los germanos a abrocharse sus vestidos, habían llegado a ser bastante habituales, y se han encontrado restos de talleres dedicados a la producción de estos objetos al menos en el poblado de un rey de los alamanes. Durante los dos primeros siglos de la era cristiana, las fíbulas solían ser de bronce o de hierro. A mediados del siglo III, la cerámica germánica empezó a cambiar sus modos de producción. Durante los siglos III y IV, los alfareros germanos empezaron por primera vez —aunque no en todas partes y no todos al mismo tiempo— a utilizar el torno para modelar sus vasos. Esta novedad se combinó con una gran mejora de la tecnología de los hornos, permitiendo que las vasijas se cocieran a mayor temperatura, y dio lugar a una mejora considerable de la calidad de la cerámica, que se hizo más accesible en toda la Europa germánica. El paso a la cerámica fabricada al

torno no sólo genera un producto de mayor calidad, sino que va asociado estrechamente a una producción a mayor escala, más comercial. En algunas zonas la transformación fue total. En el mundo de Cernjachov, dominado por los godos, al norte del mar Negro, en el siglo IV los platos fabricados al torno, prácticamente imposibles de distinguir de los producidos en las provincias romanas, se convirtieron en la norma habitual (aunque las ollas y los pucheros seguían haciéndose a mano). Entre los alamanes de la época, en cambio, los diversos experimentos locales de cerámica hecha al torno nunca fueron duraderos ni alcanzaron una amplia distribución, al tener que enfrentarse quizá a una competencia romana más dura y más cercana que los de los godos. Pero antes de la época tardorromana, todas las vasijas de calidad superior fabricadas al torno que se han encontrado en contextos germánicos eran, sin excepción, importaciones romanas, de modo que esta novedad económica representa una gran transformación.¹⁹

La metalurgia y la cerámica son a todas luces campos importantes de la economía no agrícola, que producen artículos más caros o más baratos, de consumo más generalizado. También podemos observar métodos de producción cada vez más profesionales en otros sectores de la economía germánica de época tardía, algunos completamente nuevos. Uno de los más espectaculares es la producción de vidrio. Antes del siglo IV, todo el vidrio encontrado en la Europa no romana era romano, importado del otro lado de la frontera. Pero en algún momento después del año 300 d. C., abrió un centro de producción de vidrio en Komarov, en el hinterland de los Cárpatos. Sus productos llegaron a distribuirse por todo el centro y el este de Europa (mapa 3). Los diversos contextos en los que ha aparecido el vidrio indican que se trataba de un artículo elitista, utilizado a veces como símbolo de estatus. Aunque no requiriera muchos puestos de trabajo, su producción habría representado indudablemente un añadido muy valioso para la economía de cualquiera. Un ejemplo igualmente fascinante, pero del todo distinto, ha aparecido en un poblado excavado en las tierras dominadas por los godos en el siglo IV. En Birlad-Valea Seaca, en la actual Rumanía, los investigadores encontraron no menos de dieciséis cabañas dedicadas a la fabricación de un producto que es habitual encontrar en las tumbas de esta época: peines hechos de asta de ciervo. Algunos pueblos germánicos utilizaban el peinado

para expresar su filiación política y también su estatus. El ejemplo más famoso es el llamado moño suevo descrito por Tácito y curiosamente conservado en un cráneo germánico primitivo (lámina 4). En este contexto, no es de extrañar que los peines fueran una posesión personal significativa. Dentro de las cabañas, aparecieron varios fragmentos de peine en distintas fases de realización, que arrojan luz sobre todo el proceso de fabricación. En este caso, daría la impresión de que todo un poblado estaba dedicado a la producción de un objeto clave.²⁰

Así pues, en la época del Bajo Imperio no sólo había empezado a florecer —en términos relativos— la producción agrícola, sino que también lo habían hecho otras áreas de la economía de la Europa germánica. A lo largo de toda la región, los primeros siglos de la era cristiana vieron una explosión de desarrollo y de generación de riqueza. Y como hoy día la globalización, un fenómeno histórico al menos tan importante como la propia nueva riqueza fue el hecho, mucho menos agradable, de que dicha riqueza no estaba repartida ni mucho menos de forma igualitaria. El desarrollo del mundo germánico generó unos claros vencedores, pero también unos claros perdedores, y es ahí donde los reyes guerreros, sus séquitos y el desarrollo económico convergen todavía más. Muchos de los artículos producidos, no sólo el alimento, eran consumidos por los nuevos reyes militares y sus séquitos armados. Evidentemente el hierro era necesario para las armas de acero, pero al menos una parte del vidrio, de los objetos de metales preciosos e incluso de la cerámica de mayor calidad iba dirigida hacia ellos. Todos estos artículos han aparecido en enterramientos, cuyo análisis exhaustivo puede demostrar que pertenecieron a la elite de la sociedad germánica de la época tardorromana.²¹ ¿Pero qué alcance tuvo exactamente la revolución social y política que había sido puesta en marcha?

GUERREROS, REYES Y ECONOMÍA

Las concepciones románticas de la primitiva sociedad germánica vigentes en el siglo XIX, forjadas en el momento culminante del fervor nacionalista, propagaron la idea de la primitiva *Freiheit*, «libertad», germánica: la idea de que, antes del nacimiento de Cristo, Germania era un

mundo de nobles salvajes, libres e iguales, en el que no existía una nobleza intermedia, sino reyes que eran responsables directamente ante las asambleas de hombres de condición libre. Era una concepción errónea. Incluso en tiempos de Tácito, las sociedades germánicas tenían esclavos, aunque éstos gestionaban sus propias explotaciones agrícolas y entregaban una parte de la producción a sus dueños, en vez de vivir bajo estrecha vigilancia como mano de obra servil en las tierras de otro. Y aunque los restos materiales del mundo germánico durante los últimos siglos antes de la era cristiana no muestran claras diferencias de estatus, eso no significa que no las hubiera. Incluso en una cultura material simple —y en el siglo III a. C. el máximo signo de distinción social existente entre los germanos de la Europa central y septentrional era mantener los vestidos abrochados con un imperdible un poquito más elegante—, las diferencias de estatus pueden suponer una enorme diferencia de calidad de vida. Si un estatus superior se traducía simplemente en comer más, realizar un trabajo manual menos duro y tener más probabilidades de transmitir los propios genes, ya era una diferencia muy real, aunque no se expresara en la posesión de muchos bienes materiales hermosos. Dudo mucho, de hecho, que las diferencias de estatus que encontramos en Tácito fueran una novedad para el mundo germánico del siglo I d. C., aunque no puedan medirse con facilidad en los objetos materiales observables por la arqueología durante los siglos anteriores.²²

Una vez dicho esto, hay testimonios absolutamente contundentes de que las desigualdades ya existentes aumentaron de forma espectacular durante la época imperial. Ya hemos visto algo de esto. Los nuevos reyes militares y sus séquitos, al menos los que prosperaron, fueron unos de los beneficiarios de la nueva riqueza. Arqueológicamente, su aparición se ve reflejada de dos maneras: las prácticas funerarias y los restos de asentamientos. No existe una correlación simple entre riqueza de ajuar fúnebre y estatus en la vida en este mundo. Las tumbas verdaderamente ricas (llamadas *Fürstengräber*, «tumbas principescas», en la literatura germanófila) se concentran —en términos generales— cronológicamente en un grupo a finales del siglo I y en otro a finales del III: los tipos llamados Lübsow y Leuna Hassleben respectivamente. No es creíble, sin embargo, que existiera una elite social dominante sólo en esos momentos en concreto, y se ha sugerido que su aparición quizá marque

sendos períodos de tensión social, en los que habrían surgido nuevas pretensiones de superioridad de rango, presentadas naturalmente por los individuos encargados de rendir las honras fúnebres, no por los propios difuntos. No obstante, a largo plazo, el cambio de prácticas funerarias refleja con toda seguridad el impacto de la nueva riqueza. Antes de los últimos siglos previos al nacimiento de Cristo, parece que los ritos funerarios germánicos eran más o menos idénticos para todos, y todo lo que habitualmente contenían las tumbas de cremación de esta época era un poco de cerámica hecha a mano y de vez en cuando algún objeto personal. En la época imperial, en cambio, no sólo tenemos las concentraciones de tumbas principescas extraordinariamente ricas, sino que también otra importante minoría de tumbas extraordinariamente ricas empezó a contener ajuares fúnebres cada vez más abundantes, formados a menudo por armas en las tumbas de varones y por joyas en las tumbas de mujeres. La monumentalización de las tumbas era otra estrategia que permitía hacer ostentación de estatus en algunos puntos de la Europa germánica, especialmente en Polonia, donde ciertos grupos de tumbas eran marcados como casos especiales mediante la acumulación de piedras formando túmulos, y algunas en concreto mediante la erección de lápidas (*stelae*). El cementerio de Wielbark, en Odry, por ejemplo, reveló quinientas tumbas planas y veintinueve túmulos.²³

También la arqueología de los asentamientos refleja generalmente los tipos de cambios que estaban produciéndose. En la cúspide de la sociedad, las viviendas de la elite habitadas por los reyes y los príncipes de los alamanes han sido investigadas de modo bastante exhaustivo. Uno de los ejemplos más conocidos es el Runder Berg, en Urach, en el territorio de los alamanes. Aquí a finales del siglo III o comienzos del IV había una construcción situada en la cima de una colina, cuyas dimensiones máximas son 70 × 50 m, que estaba rodeada por una muralla de madera. Dentro había varios edificios también de madera, entre ellos uno que tiene el sospechoso aspecto de ser un salón de banquetes para los miembros del séquito y/o para otros reyes. Las laderas albergaban otros edificios, entre ellos talleres de artesanos y posiblemente las viviendas de otros servidores, y el conjunto del yacimiento ha producido mayores concentraciones de cerámica romana de importación y otros

artículos elitistas que los poblados rurales más corrientes. Dentro de los límites de Germania no se han encontrado nunca grandes viviendas que daten de antes de la época imperial, pero durante los primeros siglos de la era cristiana empezaron a ser bastante habituales. A un nivel no tan alto de grandeza, de nuevo en la Feddersen Wierde, una casa en concreto del poblado se distinguía de las demás a comienzos del siglo II. Era bastante más grande que el resto y estaba rodeada de una empalizada. Los excavadores la interpretaron como la morada de un prócer local. Ejemplos similares de viviendas particularmente grandes se conocen en varios otros lugares, como por ejemplo Haldern, cerca de Wesel, y Kablow, a treinta kilómetros al sur de Berlín; todos datan de la época imperial. En los territorios particularmente bien estudiados de los alamanes, han sido identificadas hasta sesenta y dos viviendas elitistas de un tipo u otro, datadas todas entre los siglos IV y V, de las cuales han sido excavadas diez; y otros yacimientos similares, aunque no estudiados tan exhaustivamente, han aparecido por toda la Europa germánica, incluso muy al este, en los territorios situados al norte del mar Negro, que dominaban los godos.²⁴

Así pues, la imagen general está bastante clara. Los poblados y los ajuares fúnebres muestran unas desigualdades sociales cada vez mayores, y no hace falta pensar mucho para comprender cómo la posesión del poder militar habría permitido a los reyes y de paso a los integrantes de su séquito tener un acceso privilegiado a una parte mayor de la nueva riqueza. Como consecuencia directa, en el siglo IV nos enfrentamos a un mundo germánico marcado por una estratificación social mayor que la que tenía en el siglo I y, al menos en algunos lugares, una mayor estabilidad estructural en su organización política. De hecho es perfectamente natural que esos dos fenómenos fueran de la mano. Cuando los modelos de evolución de la organización social humana han sido sometidos a un estudio comparado, se ha comprobado que la definición de clase y la formación del estado son socios inseparables. ¿Pero hasta dónde llegaba esa desigualdad en el siglo IV y cómo deberíamos entender las nuevas entidades políticas que dominaban el territorio? ¿Eran «estados» en cualquiera de los sentidos significativos de la palabra?

La categorización de las sociedades humanas y sus sistemas políticos es un tema con una historia larga y compleja que se remonta a Aristóteles e incluso más atrás. En tiempos modernos, ha recibido un nuevo impulso debido a la importancia que Marx y Engels atribuían al estado y su evolución. Según el análisis marxista clásico, el estado es la suma y el garante de las estructuras sociales, políticas y jurídicas a través de las cuales la clase dominante de una época determinada perpetúa su control sobre los medios primarios de producción de riqueza existentes en ese momento: ya hablemos de la tierra en el mundo antiguo, de la industria pesada en el pasado reciente, o del *software* y el *hardware* de los ordenadores en la actualidad. Esta cruda realidad se oculta siempre tras algún tipo de manto ideológico a través del cual la elite dice siempre a todas las demás personas que el estado existe en beneficio de todos, aunque si se mira atentamente, según la perspectiva marxista, resulta que siempre tiene que ver con el mantenimiento del poder de los privilegiados. Los trabajos más recientes han ido más allá de este tipo de sencillo programa marxista, con una compleja bibliografía dedicada a analizar las formas primitivas de estado según sus distintos grados de tamaño y sofisticación, marcados por términos como «tribu», «jefatura simple», «jefatura compleja», y «estado primitivo». Mejor que preocuparnos demasiado intentando situar las confederaciones alamánicas y góticas del siglo IV a lo largo de esta escala móvil, podemos hacer un uso mejor de toda esta literatura de un modo más general identificando cuatro áreas fundamentales de investigación cuando intentamos comprender el funcionamiento de cualquier sistema político.²⁵

La primera sencillamente es la dimensión. ¿Qué volumen de población humana se reúne bajo el sistema político en cuestión? En segundo lugar, ¿qué tipo de sistemas de gobierno emplea? ¿Existen burócratas y funcionarios gubernamentales? ¿Y qué clase de poderes ejercen éstos? ¿Qué tecnologías usan? La tercera área es el nivel de desarrollo económico y la estratificación social asociada que suele haber. Independientemente de que aceptemos o no el diagnóstico marxista de por qué es así, lo cierto sencillamente es que determinados tipos de sistema político suelen asociarse con determinados tipos de organización económica. Los grandes sistemas de gobierno centralizado no pueden ser sustentados por economías que no produzcan un

excedente económico de dimensiones adecuadas, capaz de sufragar la existencia de los funcionarios que no participan en la producción agrícola primaria.²⁶ En cuarto y último lugar, debemos fijarnos atentamente en las relaciones políticas de la sociedad. ¿Cómo se eligen y legitiman sus gobernantes, y mediante qué mecanismos crean y sustentan éstos su autoridad? En particular, esta área tiene que ver con el equilibrio entre fuerza y consentimiento, y hasta qué punto los gobernantes tienen que dar a sus súbditos algo —sea lo que sea— a cambio y como justificación del apoyo económico y de otro tipo que reciben.²⁷

Investigar la Germania del siglo IV bajo cualquiera de estos puntos de vista no es fácil, dada la naturaleza de los testimonios existentes. Éstos generalmente son pocos, y los que hay se refieren sobre todo principalmente a los alamanes y a los godos tervingos, lo que contribuye a complicar la cuestión de hasta qué punto estamos legitimados a hacer generalizaciones a partir de estos casos. Pero, como mínimo, estas entidades documentan los límites de lo posible entre los germanos del siglo IV, y existen bastantes puntos de unión entre las dos (y entre ellas y los demás testimonios disponibles) para sugerir que no es del todo absurdo extraer conclusiones más generales a partir de sus capacidades y de sus modos de funcionamiento.

El poder y el rey

En lo tocante a las dimensiones, los testimonios distan mucho de ser los ideales. Pero tanto alamanes como tervingos tenían con toda seguridad una capacidad militar —jóvenes en edad militar— que ascendía a más de diez mil individuos. Amiano nos cuenta que Cnodomario reunió un ejército de treinta y cinco mil hombres para la batalla de Estrasburgo. No todos ellos eran alamanes, y las informaciones de los romanos acerca del número de los bárbaros son siempre cuestionables, aunque, como en este caso, no resulten evidentemente escandalosas. Pero el ejército romano disponía de doce mil hombres, y esta cifra —que es más segura— confirma un orden de magnitud bastante superior a los diez mil individuos para las fuerzas de Cnodomario. Los romanos seguían disponiendo en el siglo IV de una considerable ventaja táctica sobre los germanos, entre otras cosas porque, como hemos visto, éstos

normalmente no tenían una armadura defensiva, de modo que Cnodomario probablemente no habría presentado batalla sin contar al menos con una superioridad numérica. Las cifras de los tervingos son menos claras, pero al menos en tres ocasiones la confederación envió contingentes de tres mil hombres para que prestaran servicio en las guerras de Roma contra Persia, y no es probable que representaran más de una tercera parte del total de sus efectivos militares. Los tervingos eran además lo bastante poderosos como para librarse de las atenciones hostiles del emperador Valente durante tres años entre 367 y 369, y yo diría que Amiano supone que, incluso tras la escisión que se produjo dentro de la confederación, el sector más numeroso podía poner en el campo de batalla por lo menos a diez mil combatientes. Todo ello da a entender que tanto alamanes como tervingos podían sacar al campo a más de diez mil guerreros, y quizá incluso a veinte mil. Los cálculos de las dimensiones de la población total de estas confederaciones dependen, por supuesto, de qué proporción del grupo total pensemos que podía portar armas. El mínimo común múltiplo utilizado es de alrededor de cuatro o cinco a uno, lo que supone que el grupo total ascendía a las cincuenta mil o cien mil personas, pero yo creo que probablemente esto sea, si acaso, una forma de subestimar la población total que formaba parte de estas confederaciones con una función u otra.²⁸

Por otra parte, ninguna de nuestras fuentes romanas estaba suficientemente interesada en ofrecer un informe detallado de las estructuras gubernamentales que permitían operar a estas confederaciones. Más o menos como ocurrirá siempre a lo largo de todo este estudio, pues, su capacidad de gobierno tendrá que ser deducida en gran parte del tipo de actos administrativos del que era capaz el sistema. En algunos campos, los alamanes y los tervingos muestran una capacidad impresionante. Lo menos que podemos decir es que frente al poder romano, unos y otros tenían cierta idea de lo que era su propio espacio territorial. Cuando estaban en condiciones de evitar los mayores niveles de intrusión romana en sus territorios, los caudillos tanto de alamanes como de tervingos se entrevistaban con los emperadores romanos en conferencias celebradas a bordo de barcos en medio del Rin y del Danubio respectivamente, reuniones que simbólicamente afirmaban que el río marcaba con toda claridad los límites

entre ellos y el Imperio. Menos claro está si sus otras fronteras, las que existían entre ellos y los otros germanos, estaban o no tan bien definidas, tanto en la percepción como en la realidad, aunque es perfectamente posible que así fuera. El río Dniéster, por ejemplo, parece que hacía de línea de demarcación entre los tervingos y un grupo vecino de godos, los greutungos, y entre los alamanes y sus vecinos los burgundios existía un grado de hostilidad suficientemente elevado como para suponer que ambas partes — según cuenta Amiano— delimitaran cuidadosamente sus respectivos territorios. Según él, usaban unos antiguos mojones romanos convenientemente situados para marcar los límites de sus tierras.²⁹

Dentro de esos espacios territoriales, una vez más al menos como reacción ante la presión romana, las autoridades germánicas eran a veces lo bastante ambiciosas como para imponer a sus pueblos cierto grado de uniformidad cultural. La hegemonía cultural de Roma en el Danubio durante el siglo IV, por ejemplo, se manifestó ocasionalmente en el interés en propagar el cristianismo por las tierras vecinas. Al menos en dos ocasiones, cuando estuvieron en condiciones de actuar, las autoridades de los tervingos se resistieron con determinación. En 348, los misioneros cristianos romanos fueron expulsados y luego por segunda vez, después de 369, los godos cristianos fueron perseguidos activamente hasta el punto de ser ejecutados, creando de paso un número no despreciable de mártires. Esta circunstancia indica que el sentido al menos de su propio espacio que tenían los godos tervingos llegó a adoptar una forma cultural bastante activa, además de la económica y militar.³⁰

Además, las acciones de los diversos líderes nos demuestran que existían ciertos poderes institucionales. Particularmente impresionante es, a mi juicio, la prueba de la existencia de un deber militar bien definido entre los tervingos. Como hemos visto, la confederación mandó contingentes militares a las guerras de Roma contra Persia en tres ocasiones. Los individuos que participaron en la misión recibieron cierta compensación financiera por parte del estado romano, pero en general los testimonios indican que este tipo de servicio —en una frontera situada a más de mil quinientos kilómetros de distancia, no lo olvidemos— era una imposición que generalmente sentaba mal. Semejante servidumbre era seguramente uno de

los términos del estatuto de clientes de los que los caudillos godos intentaban liberarse cuando estaban en condiciones de hacerlo. No obstante, las autoridades de los tervingos fueron capaces de hacer que efectivamente aquellos contingentes se presentaran en su destino, lo que significa que podían identificar a los individuos con capacidad de prestar servicio militar y obligarlos a presentarse. Los alamanes, por su parte, suministraron contingentes de hombres al servicio de Roma en alguna ocasión, pero no conocemos mucho los detalles, y las distancias que tenían que recorrer eran mucho más pequeñas. Curiosamente, la palabra utilizada por regla general en las lenguas germánicas para «hacer el servicio militar» es un préstamo lexical del latín, lo que acaso indique que la transposición de este tipo de exigencia del estado romano quizá fuera la causa de la creación de un nuevo tipo de servicio militar obligatorio entre esos germanos obligados a suministrar los contingentes de que hablábamos.³¹

Las autoridades de alamanes y tervingos habían definido también los derechos a la ayuda económica básica en forma, presumiblemente, de impuestos sobre la producción agrícola. Los derechos en este campo eran necesarios para mantener los séquitos militares del rey. En el siglo IV, ningún rey que tuviera un séquito profesional a tiempo completo podía permitirse el lujo de apoyarse para su sostenimiento sólo en las donaciones puramente voluntarias de géneros alimentarios, como al parecer había sido la práctica en el siglo I. La envergadura de las importaciones romanas, entre otras las ánforas de vino encontradas en viviendas elitistas del siglo IV, sugiere asimismo que los reyes detraían una parte de la producción básica para cambiarla por mercancías romanas destinadas a su propio consumo. Sin embargo, es muy probable que los líderes germanos dispusieran al menos de otra gran forma de apoyo económico. Como hemos visto, el comercio a través de la frontera con el Imperio Romano se había convertido en el siglo IV en un fenómeno importante. Por su parte, las autoridades romanas imponían con toda seguridad derechos arancelarios a toda esta actividad económica, y es sumamente probable que los reyes germanos hicieran lo propio. No poseemos testimonios explícitos en este sentido ni entre los alamanes ni entre los tervingos, pero otros reyes germanos de la región fronteriza hacían esto ya en el siglo I, cuando la riqueza de Vanio, rey de los marcomanos, se hallaba

indiscutiblemente unida a la presencia de mercaderes romanos en su corte, y es harto improbable que sus homólogos del siglo IV no hicieran lo mismo. Por lo demás, es difícil explicar por qué el comercio y su regulación iban a tener un lugar tan destacado en las negociaciones diplomáticas entre las autoridades de los tervingos y el Imperio Romano de Oriente; y algo debió de hacer a Cnodomario lo bastante rico como para sufragar el apoyo de unas tropas mercenarias al lado de las demás fuerzas que alineó en Estrasburgo.³²

Ambas confederaciones tenían también el derecho de imponer servicios de trabajo al menos a ciertos sectores de la población. Los reyes de los alamanes podían movilizar mano de obra para la construcción de sus poblados, exclusivos y bien defendidos, como el del Runder Berg, y también cuando eran obligados a cumplir con sus compromisos diplomáticos proveyendo recursos humanos al estado romano para que éste los utilizara según su conveniencia, como en los tratados que les impuso el emperador Juliano después de la derrota de Estrasburgo. Análogamente, entre los tervingos el juez que ostentaba el poder en la década de 370 intentó rechazar la agresión de los hunos construyendo una serie de importantes fortificaciones, lo que Amiano llama el «muro» de Atanarico. Lo más probable es que fuera un intento de renovar una antigua línea de fortificaciones romanas en el río Alutano, aunque al final quedó en nada. Pero el hecho de que pudiera intentarse un proyecto de tal envergadura demuestra que estaba bien establecido el derecho a exigir la prestación de servicios obligatorios de trabajo, lo mismo que demuestran otras evidencias físicas de los reinos góticos en poblados elitistas semejantes al del Runder Berg.³³ En el mundo romano y luego en el de los estados sucesores del Imperio Romano de Occidente, dominados en gran parte por los germanos, la servidumbre de trabajo solía imponerse sólo al elemento más humilde de la población, y nos referimos a la parte de la misma que no prestaba servicio militar. No tenemos pruebas de que fuera así también entre los alamanes y los tervingos, pero parece bastante probable.

Así pues, en algunos ámbitos de importancia trascendental, los líderes germánicos del siglo IV poseían derechos bien desarrollados. Podían definir y exigir —quizá de distintos sectores de su población— la realización de servicio militar, servicios de trabajo y un porcentaje de la producción

agrícola. Casi con toda seguridad también, aunque ninguna de nuestras fuentes está lo bastante interesada en hablar de ello, poseían el derecho a intervenir en lo que llamaríamos la resolución de disputas legales, en cualquier caso en lo concerniente a sus súbditos más importantes. Ningún líder conocido en cualquier otro contexto, cuyos poderes puedan ser reconstruidos con detalle, carecía de este tipo de autoridad, de modo que es bastante seguro atribuírsela también a los dirigentes de los tervingos y los alamanes.³⁴ En cuanto a cómo eran ejercidos todos estos derechos a la hora de la verdad, ninguna confederación, por lo que sabemos, recurría a ningún tipo de burocracia articulada. Ninguna fuente habla de burócratas en el mundo germánico del siglo IV, aunque los reyes contaban desde luego con sus funcionarios, y posiblemente hacían valer sus derechos con poco o nulo uso de una administración letrada oficial. Los germanos del siglo IV conocían diversos tipos de escritura. Se utilizaban runas, algunos germanos eran capaces de desenvolverse bien en latín, y a mediados del siglo IV el gótico se convirtió rápidamente en una lengua escrita —la primera lengua germánica que lo consiguió— en beneficio de los misioneros cristianos. No hay testimonios, sin embargo, de que ninguna de estas artes fuera aplicada a la exacción y el cobro de rentas en forma de productos agrícolas.

Pero conviene subrayar que esto no tiene por qué significar que la exacción fuera un proceso esencialmente aleatorio. La forma en que habría podido funcionar de forma regular, pero esencialmente sin papeles, la tenemos ilustrada en algunos de los primeros testimonios de administración de la Inglaterra anglosajona. Allí la economía agrícola del siglo VII era aprovechada dividiendo el país en grandes distritos fiscales, cada uno de los cuales debía aportar anualmente a modo de renta una determinada cantidad de productos agrícolas en forma de pagos en especie. El sistema requería al principio un proceso de supervisión exhaustiva con el fin de dividir el país en sectores; requería además espacio para almacenar lo recaudado y un sistema de etiquetado de algún tipo para controlar las entregas; pero no muchos funcionarios ni un uso excesivo —quizá incluso un uso nulo— de la escritura. Se trata de hecho de un mecanismo muy simple de extraer rentas de una economía rural que encontramos en múltiples contextos, y no tenemos en absoluto por qué suponer que algo semejante estuviera lejos de las

capacidades de los tervingos y los alamanes.³⁵ El territorio alamánico, como hemos visto, ya estaba dividido en distritos (*Gaue* en alemán) y es probable que una de sus funciones fuera fiscal. Por supuesto, en el caso de los alamanes estamos hablando de múltiples reyes, muchos de los cuales controlaban su propia comarca. Cualquier recaudación de impuestos en este contexto la llevarían a cabo presumiblemente en primera instancia esos reyezuelos comarcales en su propio beneficio, aunque luego tuvieran que entregar una parte de lo cobrado al super-rey.

En la Inglaterra anglosajona y en muchos otros contextos de los albores de la Edad Media en los que los sistemas fiscales recaudaban principalmente alimentos en vez de otras formas más negociables de riqueza, lo que la bibliografía académica llama «corte ambulante» era fundamental para su buen funcionamiento. Esto significa que en vez de tener una corte real fija, el rey, sus principales consejeros y su séquito profesional iba de un lado a otro del reino en un ciclo regular, deteniéndose en una serie de puntos designados de antemano. Estas paradas eran también los centros de recaudación local de los pagos en especie, reduciendo así en gran medida los problemas de logística inherentes a un régimen fiscal basado en productos alimenticios voluminosos y pesados y no, pongamos por caso, en moneda, medio relativamente ligero y móvil. En vez de que la montaña de alimentos fuera al rey, el rey iba a la montaña. No tenemos pruebas explícitas de esas cortes ambulantes entre los reyes germánicos del siglo IV, pero como el consumo de los pagos en especie en forma de productos alimenticios es mucho más fácil según ese régimen, debemos considerarlo un apriorismo verosímil. Quizá sea un reflejo de ese proceso itinerante el hecho de que los romanos no pudieran prever simplemente dónde iba a encontrarse un rey alemán cuando querían dar con él, y un correlato de esa situación es, a todas luces, la existencia de numerosos centros reales, lo que explicaría también por qué, al parecer, había tantos centros de ese tipo entre los alamanes. No había más que unos veinticinco cantones, lo que implica un máximo de veinticinco reyes, pero han sido identificados sesenta y dos poblados elitistas, y todos ellos están en fortines en lo alto de una colina, mientras que las fuentes escritas mencionan otros (hasta ahora sin identificar) también en la llanura.³⁶

El estado y la sociedad

Las consecuencias de todo este desarrollo económico para la difusión del poder social entre los germanos son difíciles de calcular en su totalidad, pero se imponen dos observaciones iniciales. La población total de la Europa germánica tuvo que incrementarse notablemente durante la época imperial, al tiempo que aumentaba en intensidad la producción agrícola y se diversificaba —al menos moderadamente— el resto de la economía, pero los reyes y las partidas de guerreros se beneficiaron de un modo desproporcionado de ese excedente de riqueza. La dificultad surge cuando intentamos dar sentido a la consiguiente redistribución del poder social. Una hueste de testimonios sugiere de hecho que no debería exagerarse el alcance total de los cambios. Tanto los testimonios literarios como los arqueológicos indican que, aparte de los reyes y sus séquitos, seguía habiendo otras personas de importancia en la sociedad germánica del siglo IV.

Parte de los testimonios relevantes son los relatos de la política germánica en acción. Como observaba el famoso especialista en historia de los bárbaros de Roma Edward Thompson, las descripciones de Amiano implican que los reyes no podían simplemente dictar órdenes a sus guerreros, sino que tenían que «exhortarlos» y «persuadirlos» para que siguieran su política. Además, ya hemos visto al rey alemán que fue derrocado por sus hombres por no adherirse al bando de Cnodomario. Amiano afirma explícitamente que fue consecuencia de la acción del «pueblo» —*plebs, populus*— de su cantón. Podría referirse con esto a un mundo político restringido de séquitos reales, aunque las palabras empleadas por Amiano no lo dan a entender, pero la batalla de Estrasburgo supuso una comunidad político-militar que se extendía más allá de unos círculos sociales tan limitados. El ejército alemán allí reunido sumaba, según se dice, treinta y cinco mil hombres y desde luego, como hemos visto, el número de combatientes superaba los diez mil. Los séquitos reales, incluso los de los reyes supremos, estaban formados por unos pocos centenares de guerreros. Amiano habla de dieciséis reyes y príncipes reunidos para la batalla de Estrasburgo, y aunque para evitar el debate admitamos que cada uno contaba con un séquito de doscientos guerreros (si bien, por definición, casi todos

habrían sido inferiores, pues Cnodomario era el rey más poderoso), el total sigue ascendiendo sólo a tres mil doscientos combatientes. La participación en la lucha no se limitaba a todas luces sólo a los reyes y a sus pequeños séquitos de profesionales. Ni, al parecer, comportaba tampoco la pertenencia a ningún tipo de rango social elevado. Arqueológicamente, el incremento de la cantidad de materiales depositados junto al difunto en las tumbas germánicas que hemos observado a lo largo de la época imperial no se limitaba al reducido número de ricos *Fürstengräber*. Junto a esos enterramientos excepcionales encontramos gran cantidad de tumbas en las que no hay nada en absoluto, y una categoría bastante numerosa que contenía una cantidad moderada de objetos personales: habitualmente cerámica y, como dijimos anteriormente, armas de cualquier tipo para los hombres y joyas para las mujeres. El sorprendente aumento de la presencia de armas en los enterramientos del período correspondiente al Bajo Imperio, aunque no podamos apreciarlo en toda Germania, da más peso a la idea de que esta época experimentó un incremento considerable de la importancia de la faceta guerrera de la vida masculina, en consonancia con la aparición de los séquitos, pero el número total de esas tumbas indica que otros individuos, aparte de los reyes y los integrantes de su séquito, seguían la senda de una preeminencia social ya existente o en constante aumento.³⁷

Una gran cantidad de testimonios jurídicos de los siglos VI y VII nos indica quiénes habrían sido esos otros individuos. Dichos textos o códigos, compuestos en los estados sucesores del Imperio Romano de Occidente, nos ofrecen la primera descripción completa de las categorías sociales que operaban en las sociedades dominadas por los germanos. Dada la fecha de la composición de los textos, todos ellos reflejan sociedades germánicas que habían pasado por una fase más de interacción con lo que quedaba de las antiguas instituciones económicas, gubernamentales y políticas del Imperio Romano tras su caída en Occidente, de modo que intentar utilizarlos para entender a los germanos del siglo IV entraña una dificultad evidente. Pero en todo caso —y en esto reinaría un consenso generalizado, no se trataría sólo mi opinión— esas interacciones no habrían hecho más que aumentar las desigualdades de riqueza y estatus existentes en el mundo germánico, pues el proceso de conquista de los antiguos territorios romanos dio lugar a nuevas

adquisiciones de riqueza de forma desigual por parte de los reyes y sus partidarios más próximos. De este modo, los citados testimonios jurídicos de época posterior tenderían a subestimar la importancia sociopolítica de otros grupos sociales que no estuvieran directamente al servicio del rey. Por consiguiente, pueden considerarse una guía para apreciar el nivel *máximo* de desigualdad que probablemente habría predominado en el siglo IV.

Las descripciones de los grupos de estatus en esos textos jurídicos son sorprendentemente uniformes. Los reyes tenían un estatus especial, por supuesto, y el hecho de estar al servicio del rey normalmente también aumentaba el estatus del individuo. Además, los códigos a menudo hacen referencia a una clase noble. Cabe pensar razonablemente que todos esos grupos pertenecían a mundos análogos a los de los reyes del siglo IV y su séquito. Pero todos los códigos (y tenemos códigos de leyes de gran cantidad de reinos sucesores) hacen alusión también a una clase de hombres libres, situada por debajo de la nobleza, que todavía gozaba de derechos y responsabilidades notables. Estos hombres de condición libre estaban, a su vez, por encima de otras dos clases: los libertos con carácter permanente y los esclavos. Habitualmente, los hombres libres prestaban servicio militar (como de hecho hacían a menudo los libertos, pero no los esclavos); además podían prestar testimonio fidedigno en casos de contencioso legal; y su estatus estaba rodeado de garantías para impedir que los esclavos y los libertos saltaran esa barrera indebidamente.³⁸

La importancia de esta clase de hombres libres fue exagerada en los estudios de la sociedad germánica del romanticismo decimonónico. Nada indica, por ejemplo, que formaran una mayoría numérica de la población masculina; y dado el carácter a todas luces privilegiado de su posición, yo estaría dispuesto a apostar fuerte a que no lo eran. Los privilegios los disfrutaban las minorías, no las mayorías. Algunos testimonios ostrogodos y lombardos no demasiado buenos quizá den a entender que los libertos eran aproximadamente la cuarta o la quinta parte de los varones capaces de portar armas existentes en dichos grupos en el siglo VI (y los esclavos están excluidos de la cuenta, pues no tenían derecho a portar armas). Naturalmente esto haría de los hombres libres un porcentaje aún menor del total de la población. Pero tampoco eran un producto de la imaginación de los

legisladores. En la práctica encontramos hombres libres en todo el Occidente postromano formando un grupo importante de los actores sociales en la esfera local en los testimonios de la práctica jurídica, y también en algunos testimonios narrativos de la guerra entre las entidades dominadas por los germanos y el estado romano de Oriente.³⁹ Si esto era así en los estados sucesores, cuando la ulterior afluencia de riqueza de los romanos incrementó todavía más las desigualdades, es harto probable que los hombres libres fueran todavía más importantes entre los germanos del siglo IV, antes de que se desarrollara este proceso. En otras palabras, no deberíamos imaginarnos que el aumento de la estratificación social durante la época imperial redujera el estrato de los individuos importantes desde el punto de vista sociopolítico existente en la sociedad germánica a un pequeño grupo formado por los reyes y sus clientes. Había un mundo más amplio de hombres libres que en aquellas circunstancias económicas cambiantes mantenían —o habían desarrollado— diversos privilegios sociales y económicos. En el repertorio arqueológico quizá se hagan visibles como los propietarios de las grandes y prósperas casas alargadas (*longhouses*) encontradas en algunos nuevos poblados de la Germania de los siglos III y IV, y como ocupantes del gran número de enterramientos provistos de ajuar, pero no desmesuradamente ricos.

Esta descripción, por lo demás bastante compleja, de la estratificación social entre los germanos del siglo IV tiene unas implicaciones evidentes para el área final y fundamental de análisis: el equilibrio entre fuerza y consentimiento en la política germánica.

Los testimonios de la existencia de cierto grado de fuerza son claros. Los reyes poseían séquitos de guerreros. Mediante el uso de esos séquitos habían establecido un elemento hereditario en su posición. Además los séquitos podían ser usados en términos más generales como agentes del cumplimiento forzoso de las normas en la sociedad, como vimos que ocurrió entre los tervingos con la persecución de los cristianos. En el incidente descrito entre los tervingos, la política de persecución iba contra los deseos generales de la comunidad de la aldea.⁴⁰ Las autoridades de los tervingos podían asimismo, como hemos visto, reclutar contingentes militares destinados a emprender un oneroso y arriesgado viaje para combatir en las

guerras de Roma contra Persia. ¿Y qué otro signo más claro podría haber de que la aparición de los reyes militares no fue siempre un proceso consensuado, que las armas halladas en Ejsbøl Mose?

Pero del mismo modo que reyes y séquitos no lograron eclipsar por completo a una clase privilegiada más amplia (¿los hombres libres?), así también el proceso político se vio obligado —al menos en ocasiones— a tener en cuenta y a ganarse el consentimiento general de su actividad entre ese grupo más numeroso en el total de la población. Como hemos visto, los reyes podían incluso ser destronados si su política era impopular. El rey alamán que no se unió a Cnodomario presumiblemente fuera eliminado por su propio séquito, pero es más probable que quien lo quitara de en medio fuera la clase más amplia de los hombres libres de su cantón; y de modo parecido, el último miembro de la dinastía reinante entre los tervingos, Atanarico, fue destronado en medio de sus obras de fortificación cuando la resistencia a sus ideas sobre cómo había que combatir la amenaza de los hunos se desbordó en forma de disidencia política.⁴¹ Ambos acontecimientos subrayan que existían unos límites bien marcados a los poderes de los nuevos reyes militares.

No es posible investigar el asunto con mucho detalle, pero las fuentes sugieren algunos de los mecanismos mediante los cuales eran organizados e impuestos esos límites. Para empezar, probablemente no deberíamos trazar una línea demasiado clara entre hombres libres y séquitos reales. Tenemos bastantes testimonios de que la sociedad germánica operaba por grupos de edad tanto de hombres como de mujeres, con ritos de paso que marcaban determinadas etapas especialmente claras en la vida del individuo, y cada etapa tenía sus propios derechos y deberes. Por ejemplo, los ancianos, incluso los de alto rango, no eran enterrados nunca con armas, lo que da a entender que había un tope de edad para la obligación militar; y en el caso de las mujeres, los testimonios jurídicos indican que dentro de cada grupo de estatus la edad fecunda se asociaba con la máxima dignidad social. Análogamente, los niños muertos antes de la pubertad parece que raramente eran enterrados en los cementerios junto a los adultos, lo que una vez más indica que la edad y el rango iban de la mano.⁴² Estos detalles no son cosas que las fuentes

disponibles nos permitan investigar de forma exhaustiva, pero no tiene nada de inverosímil pensar que al menos algunos varones de estatus libre sirvieran habitualmente de jóvenes en los séquitos de guerreros de los reyes.

Es posible también que hubiera otros vínculos entre el mundo de los campesinos libres y el de los séquitos reales de los que no estamos debidamente informados. Es seguro que las aldeas suministraban a los reyes y a sus clientes apoyo económico, pero quizá cabría esperar que los reyes celebraran con regularidad banquetes para un espectro más amplio de la clase libre y no sólo para los miembros de su séquito más inmediato. Si esos banquetes hubieran seguido siendo algo habitual, habría continuado habiendo unas relaciones verdaderamente recíprocas entre los reyes y los hombres libres hasta el siglo IV. Una vez más, en algunos lugares las conductas de este tipo sobrevivieron en los estados sucesores dominados por los germanos de época posterior, marcados por una mayor desigualdad, lo que refuerza la probabilidad de que fueran visibles en el período correspondiente al Bajo Imperio. En la Inglaterra anglosajona primitiva, cabía esperar a veces que los reyes itinerantes concedieran el beneficio de su presencia en banquetes de carácter más colectivo, a cambio de las provisiones que les regalaban, y esos acontecimientos constituían el contexto de muchos intercambios sociales y políticos importantes. Si atendemos a sus dimensiones, por ejemplo, los cantones alamánicos eran tan pequeños que sus reyes difícilmente habrían podido ser figuras aisladas, separadas del resto de la población, y yo sospecho que los banquetes y otros momentos de interacción semejantes habrían sido inevitables, y probablemente fueran desde hacía tiempo un rasgo característico del mundo germánico, como se ha comprobado que lo son en muchos contextos potencialmente análogos.⁴³

Puede que también las asambleas desempeñaran un papel limitador. Las unidades políticas germánicas de comienzos de la época imperial operaban habitualmente a través de consejos, en los cuales era debatida y decidida la política colectiva. Las obras de Tácito hacen muchísimo hincapié en esas instituciones, y a todas luces eran bastante más que un invento de su siempre fértil imaginación. Particularmente sorprendente, a mi juicio, es el hecho — registrado en varias ocasiones distintas en el conjunto de testimonios, por lo demás muy fragmentarios, que tenemos de los siglos I y II d. C.— de que para

castigar a un grupo por sublevarse, o para impedir que se produjera una rebelión, las autoridades romanas prohibían que se celebraran asambleas, o permitían sólo que se reunieran en presencia de observadores romanos. Los testimonios del siglo IV no arrojan demasiada luz sobre este punto y no podemos ver por tanto en qué medida seguían vivas esas asambleas, pero desde luego da la impresión de que existían reuniones de aldea; y la decisión de los godos tervingos de buscar asilo en el Imperio Romano en 376 se alcanzó sólo después de un largo debate, presumiblemente en una asamblea mucho mayor de los personajes importantes desde el punto de vista social. Los procedimientos para la solución de las disputas previstos en los códigos de leyes de los estados sucesores del Imperio Romano indican asimismo que era necesaria la celebración regular de asambleas con fines legales. Por todos estos motivos, yo diría que en las confederaciones del siglo IV seguía viva una estructura asamblearia, que actuaba como un freno más de los poderes arbitrarios del rey.⁴⁴

Tampoco hay pruebas de que los reyes germanos supieran desplegar ideologías de autojustificación lo bastante contundentes como para fortalecer una dominación global. A veces se ha sugerido, por ejemplo, que se rodearon de una poderosa aura de sacralidad que distinguía a determinados clanes como si estuvieran marcados por un favor especial de los dioses y que hacía que fuera extremadamente difícil oponer resistencia a sus regias pretensiones. Pero en realidad hay muy pocas pruebas de ello. Ninguna de las tres palabras utilizadas en las lenguas germánicas para designar al «rey» tiene connotaciones sagradas. Son todas, como hemos visto, profundamente pragmáticas: «caudillo de un pueblo», «capitán de una partida de guerreros» y «líder de una confederación». Los reyes germánicos sacaron provecho del concepto de favor divino —*heilag* y sus distintos derivados en las diversas ramas de la lengua germánica—, pero era un tipo de concepto *post facto*, que se identificaba a través de la práctica. Si uno ganaba batallas y de paso el poder, había demostrado que era *heilag*, pero no hay indicio alguno de que pretender que uno era *heilag* le confiriera automáticamente el poder, o impidiera a otro organizar un desafío a su autoridad, a menudo con efectos

devastadores, como dan a entender de nuevo los testimonios narrativos. Y si un usurpador lograba su propósito, había demostrado que el nuevo *heilag* era él.

El único contexto en el que vemos un fuerte hincapié en que una determinada línea dinástica estaba manifiestamente destinada a alcanzar el poder por mandato de los dioses procede de la propaganda producida en la corte de Teodorico (o mejor Teoderico), el caudillo de los ostrogodos de la dinastía Amal que reinó en Italia a comienzos del siglo VI y soberano de uno de los primeros estados sucesores del Imperio Romano de Occidente. Esta visión de su dinastía es expresada directamente en las *Variae* de Casiodoro y reflejada indirectamente en los *Getica* de Jordanes. Pero cuando esta afirmación se contrasta con la verdadera historia de la dinastía Amal, el resultado no puede ser más instructivo. La dinastía no había alcanzado un amplio poder en el mundo de los godos hasta más o menos una generación antes de Teodorico (lo veremos todo con más detalle en el capítulo 5), y, a la muerte de éste, en cuanto dejó de producir herederos varones apropiados, fue rápidamente eliminada. Teodorico demostró que era *heilag* a través de una serie de asombrosas conquistas, entre ellas la de la propia Italia, pero eso no bastó para proteger a su dinastía de generar herederos incompetentes. Toda la propaganda producida cuando Teodorico intentaba asegurar la sucesión de su nieto menor de edad no era más que eso, propaganda.⁴⁵

Los testimonios que hablan de los grupos de edad, las obligaciones de celebrar banquetes, los consejos y la existencia de ideologías monárquicas limitadas son todos muy fragmentarios, y sólo pueden aportar leves indicios de las realidades de la vida política de los germanos. Lo fundamental, sin embargo, está bastante claro. Aunque una nueva elite aprovechó el desarrollo económico de la época imperial para fortalecer su predominio social y de paso permitió la creación, al menos en ciertas zonas de la Europa germánica, de las unidades políticas más grandes y más estables del siglo IV, no debemos exagerar sus poderes. Fuera del núcleo de los reyes y sus séquitos había un grupo social más amplio que seguía siendo importante social y económicamente, y que por fuerza habría tenido que participar en el proceso político. Además, seguía siendo más numeroso que los séquitos reales en su totalidad, de modo que su apoyo continuó siendo decisivo para las empresas

militares de mayor envergadura. Y en cualquier caso, como hemos visto, los hombres libres y los séquitos de guerreros quizá estuvieran interrelacionados de formas muy diversas.

De manera más general, este amplio grupo social tuvo también que otorgar de algún modo su consentimiento a la creación de las nuevas confederaciones más grandes del Bajo Imperio. Amiano Marcelino nos ofrece una imagen de ello en el relato que hace del intento de un rey alamán de distanciarse de la confederación antes de la batalla de Estrasburgo, lo que dio lugar a su destitución. Lo mismo da a entender el hecho de que no todas las antiguas asociaciones políticas del siglo I fueran destruidas con la creación de las nuevas a lo largo de los siglos III y IV. Poseemos testimonios explícitos sólo de los francos, a cuya confederación fuentes tardorromanas indican que se habían incorporado algunas unidades políticas ya existentes, concretamente catos, batavos, brúcteros y ampsivarios. Este proceso nunca fue a todas luces tan sencillo como una votación de las viejas unidades a favor de la integración en una nueva asociación regional, pues se crearon también otras unidades nuevas —Amiano menciona ya a los salios—, pero tampoco se produjo una discontinuidad absoluta.⁴⁶

Vistas desde la literatura comparada, las confederaciones del siglo IV se sitúan más o menos en el nexo entre «estados primitivos» y «jefaturas complejas». Según los criterios empleados normalmente, eran demasiado grandes y demasiado estables, y abarcaban un grado demasiado alto de marcada diferenciación social para ser clasificadas como «tribus» o «jefaturas simples». Y, si nos fijamos bien, las diferencias entre los estados primitivos y las jefaturas complejas son esencialmente de grado, de modo que los primeros tienen ligeramente más organización, más estabilidad, más poder, etc., que las segundas. La escasez de testimonios acerca de las confederaciones del siglo IV hace que resulte extremadamente difícil emitir juicios más precisos, y además los pocos que poseemos permiten sólo extraer conclusiones contradictorias. Por ejemplo, la envergadura de sus capacidades y, sobre todo entre los tervingos, el establecimiento de un poder dinástico recuerdan mucho a un estado, pero la falta de funcionarios reales especializados y la inexistencia de testimonios acerca de la supervivencia de una elite social relativamente amplia (¿de hombres libres?) recuerdan a una

jefatura compleja. Sin embargo, no es un problema con el que haya que obsesionarse demasiado. Lo importante es que la transformación económica y social había generado en la sociedad germánica —o al menos en algunas de las zonas de ésta más próximas a la frontera de Roma— un nuevo elemento confederal capaz de aglutinar, por lo menos para algunas funciones, a varias decenas de miles de personas. Políticamente, esas nuevas estructuras se basaban en las pasadas, incorporando a veces unidades sociales ya existentes, pero sus poderes y su solidaridad representaban una ruptura decisiva con el pasado germánico.

No obstante, sigue sin plantearse una cuestión importante. ¿Qué fue lo que precipitó las transformaciones económicas que se ocultan tras las confederaciones, y cómo exactamente el desarrollo económico dio lugar a nuevas estructuras políticas?

EL CONTACTO CON ROMA

En el año 30 d. C. aproximadamente un mercader romano llamado Gargilio Secundo compró una vaca a un hombre llamado Estelo, un individuo no romano que vivía cerca de la actual ciudad holandesa de Franeker, al otro lado del Rin. Casualmente se conserva el acta de esta transacción, cuyo importe fue de 115 *nummi* de plata y de la que fueron testigos dos centuriones romanos. Un comentarista moderno la ha llamado «banal», y efectivamente lo era: una transacción de poca importancia totalmente baladí. Si ocurrió una vez en la frontera europea de Roma, pudo ocurrir mil. El motivo de que pensemos algo así es bien sencillo. Sobre todo en esta primera época, pero también después, había grandes cantidades de soldados romanos acantonados en la frontera del Imperio. Representaban una enorme fuente de demanda económica. En el siglo I d. C. había unos veintidós mil soldados romanos, una mezcla de legionarios y tropas auxiliares, establecidos en el territorio de apenas catorce mil indígenas de la estirpe de los cananifates, en la región del Rin septentrional. Los cananifates probablemente no podían satisfacer la demanda de alimentos, forraje y materias primas, como por ejemplo madera para la construcción o para cocinar, o cuero, que representaban los soldados. Una legión de unos cinco mil hombres necesitaba

aproximadamente siete mil quinientos kilos de grano y cuatrocientos cincuenta kilos de pienso al día, o lo que es lo mismo 225 y 13,5 toneladas respectivamente al mes. La propia capital del Imperio subvenía directamente a algunas de las necesidades de los soldados, pero esto resultaba muy enojoso y problemático desde el punto de vista logístico. Siempre que podían, las autoridades imperiales preferían pagar en metálico y dejar que los proveedores locales satisficieran la demanda de las tropas.⁴⁷

El comercio y el control

Durante toda la época imperial, pues, la zona fronteriza del Imperio tuvo una enorme necesidad de productos agrícolas primarios de todo tipo y hay buenas razones para suponer que los proveedores no romanos desempeñaron un papel primordial a la hora de satisfacer esa demanda. Seguía siendo así en el siglo IV, época en la que una vez más resulta muy interesante leer las páginas que Amiano Marcelino dedica a los alamanes. Tras su victoria en Estrasburgo, el emperador Juliano pudo imponer prácticamente las condiciones que quiso a los reyes alamanes vencidos. Todos los tratados se diferenciaban en los detalles, pero todos tenían en común las demandas de productos alimenticios, de materias primas como la madera para la construcción, de carretas y mano de obra para los proyectos de reconstrucción. Debido a su victoria, Juliano podía requisar simplemente todos estos bienes, pero en circunstancias menos favorables, el ejército romano podía también necesitarlos y presumiblemente se vería obligado a pagar por ellos. Pagándolos o no, el ejército romano era una fuente constante de demanda para sus vecinos germanos.

Ninguno de los bienes mencionados en los tratados de Juliano son visibles arqueológicamente. No podemos identificar —porque no han podido conservarse— huellas del trigo cultivado por los germanos, ni de la madera cortada por los germanos, ni del cuero curtido por los germanos, ni de los objetos elaborados por la mano de obra germana. Sin embargo, todos ellos eran perfectamente reales y se ponen de manifiesto de manera más indirecta en la enorme expansión de la producción agrícola que observábamos que tuvo lugar en la Europa germánica durante la época imperial. Parte de ese

excedente alimentario era consumido por los nuevos reyes y sus séquitos, y parte también por la propia población germana en expansión, pero el ejército romano representaba un estímulo más —quizá incluso el estímulo original— para la producción. Por lo pronto, existe una estrecha coincidencia cronológica entre la llegada de la demanda romana a las fronteras de Germania y la intensificación de la agricultura. Los primeros nuevos poblados, como la Feddersen Wierde y Wijster, surgieron también en regiones desde las que era relativamente fácil enviar en barca productos agrícolas hasta la desembocadura del Rin y luego, remontando la corriente, hasta las instalaciones militares a orillas del río. Como ha venido subrayando acertadamente la bibliografía más reciente y se ha demostrado que era cierto a lo largo de todos los confines de Roma, la frontera actuaba en cierto modo más como zona de contacto que, como habríamos sospechado en un principio, como línea de demarcación que separaba al Imperio de sus vecinos más inmediatos.⁴⁸

En el caso de los germanos, Roma tal vez no sólo actuara como fuente de una demanda económica extra, sino que posiblemente fuera responsable también de parte de las ideas y la tecnología que hicieron posible la intensificación de la agricultura. En Wijster y en la Feddersen Wierde, parece que una integración más sistemática de la agricultura y la ganadería, con la utilización del estiércol animal para mantener la fertilidad de los campos de trigo, dio lugar a unos beneficios más elevados. De manera más general, supuso la adopción de técnicas y aperos de labranza más sofisticados. Todavía no se ha estudiado dónde y cómo exactamente se propagaron esas ideas, pero tanto los arados eficaces como la mejor integración de los regímenes agropecuarios eran bien conocidos en la Europa romana y de la cultura de La Tène, buena parte de la cual engulló el Imperio Romano durante el siglo I a. C. (capítulo 1), mucho antes de que se difundiera por Germania, y ambas zonas habrían podido inspirar la revolución agrícola germánica.

Otros bienes producidos en Germania eran demandados también en el mundo romano. Ocasionalmente los préstamos lexicales y las referencias literarias identifican algunos productos concretos. Las plumas de ganso para rellenar almohadones y un determinado tipo de tinte rojo para el cabello son

dos de esos productos. Mucho más importante que cualquiera de ellos, sin embargo, era desde luego la demanda de otras dos, o quizá tres materias primas. La que no es tan segura es el hierro. No hay testimonios concretos de que desde la Europa germánica se enviaran grandes cantidades de lingotes de hierro al otro lado de la frontera en dirección al sur y al oeste. Pero el elevado volumen de hierro producido en los dos principales yacimientos polacos superaba con mucho cualquier cantidad que hubiera podido necesitarse para el consumo local. Posiblemente, ese hierro habría circulado primero sólo dentro del mundo germánico, pero es perfectamente concebible que también fuera procesado para satisfacer la demanda romana. De las otras dos materias primas no cabe duda alguna. La primera es el ámbar: resina solidificada de árboles sumergidos que afloraba en las costas del mar Báltico. El ámbar es uno de los pocos préstamos lexicales tomados de las lenguas germánicas por el latín, y sabemos que a los romanos les interesaba muchísimo este producto para la fabricación de joyas. En tiempos de Nerón, una misión senatorial se trasladó incluso al norte para investigar sus orígenes, y la Ruta del Ámbar desde el Báltico —en sus dos ramas principales, una sorprendentemente llegaba por la cuenca baja y media del Danubio hasta la fortaleza legionaria de Carnunto, y la otra, al este de los Cárpatos, llegaba hasta los puertos del mar Negro (mapa 2)— era bien conocida por los autores romanos.⁴⁹

Al menos igual de importante, aunque menos comentada en nuestras fuentes, era la demanda de mano de obra germánica. Adoptaba dos formas. En primer lugar, el ejército romano siempre estaba necesitado de reclutas. La llamada barbarización del ejército romano ha solido ser una de las principales razones aducidas para explicar la decadencia del Imperio. La idea es, en el mejor de los casos, errónea sólo en parte. Desde la época de Augusto, al menos la mitad del total del ejército —todas sus formaciones auxiliares— había estado compuesta siempre por no romanos, un número sustancial de los cuales era reclutado en el mundo germánico. Todo lo que sucedió en el Bajo Imperio fue una recategorización de las unidades militares, que vio cómo se venía abajo en parte la distinción entre legionarios ciudadanos y tropas auxiliares no ciudadanas. Nada indica tampoco que en términos porcentuales hubiera en el siglo IV más germanos sirviendo en el ejército romano que con anterioridad, o que el ejército fuera menos fiable debido a su presencia; en

cualquier caso, normalmente se piensa que en la práctica los encargados de reclutar soldados para las legiones llevaban bastante tiempo haciendo caso omiso al requisito de que sólo debían inscribir a ciudadanos. Así pues, durante toda la época imperial hubo una demanda enorme de soldados germánicos, y muchos de ellos aparecen en el repertorio epigráfico. Por las fuentes narrativas sabemos que esos hombres eran reclutados de dos maneras. Unos eran voluntarios, decididos a seguir una carrera potencialmente lucrativa en el ejército romano. Pero muchos otros no tenían elección. Una vez más Amiano Marcelino es bien explícito. El reclutamiento forzoso de soldados formaba parte de la mayoría de los tratados de paz que recoge Amiano entre el Imperio y los distintos pueblos bárbaros. Para congraciarse otra vez con el Imperio después de una derrota, no sólo había que suministrar mano de obra y alimentos, sino que también era preciso entregar una parte de los jóvenes para que sirvieran en el ejército romano.⁵⁰

La mano de obra procedente de Germania entraba también en el Imperio de otra forma: como esclavos. No tenemos ningún relato detallado del funcionamiento del tráfico de esclavos en tiempos de los romanos, como lo tenemos en los autores árabes de los siglos IX y X (capítulo 10). Así pues, carecemos de información sobre la identidad de los principales traficantes, sobre las zonas en las que solían atrapar a sus víctimas, o si, como ocurriría después, había en Germania algún mercado importante de esclavos en el que éstos pudieran ser vendidos a los intermediarios o directamente a los mercaderes romanos. Pero el tráfico de esclavos era un fenómeno corriente en tiempos de los romanos, y tenemos un testimonio muy contundente de su importancia. Las lenguas germánicas tienen como una de las raíces básicas para designar el comercio y a los mercaderes una serie de términos que derivan de la palabra latina *mango*. En latín, sin embargo, el término *mango* no significaba mercader en general, sino concretamente traficante de esclavos. Así pues, los mercaderes romanos que encontraron por primera vez y quizá aquellos con los que trataran más a menudo las poblaciones de Europa de lengua germánica, probablemente fueran los traficantes de carne humana.⁵¹

En general, podría decirse perfectamente que las nuevas oportunidades para el comercio con el opulento Imperio Romano que se abrieron de repente aproximadamente en torno al nacimiento de Cristo con la expansión de las fronteras de Roma hacia el norte, desempeñaron un papel decisivo en la estimulación del desarrollo económico de Germania durante los primeros siglos de la era cristiana. Según César, a mediados del siglo 1 a. C., los germanos no estaban muy interesados en comerciar con los mercaderes romanos y sólo les permitían entrar en sus territorios con la esperanza de venderles el botín de guerra capturado. De ser así las cosas a mediados del siglo 1 a. C., la situación habría evolucionado rápidamente. A finales del siglo 1 d. C., el comercio era tan habitual al otro lado de la frontera del Rin que las tribus germánicas de la margen derecha del río usaban los denarios de plata romanos como medio habitual en sus transacciones. En efecto, es muy probable que mucha de la plata encontrada en la Germania de época imperial —en forma, por ejemplo, de complicadas fíbulas— represente la reelaboración del metal de esas monedas, muchas de las cuales siguieron circulando hasta el siglo IV. Y si bien (por razones sobre las que volveremos más adelante) no puede decirse que todos los pueblos fronterizos mantuvieran unas relaciones comerciales tan intensas con el Imperio como para utilizar de manera habitual monedas romanas, es indudable que el empleo de éstas se produjo periódicamente mientras existió el Imperio. Como fenómeno, se pone de manifiesto en la presencia de concentraciones relativamente densas de monedas romanas de poco valor de épocas muy concretas en zonas bastante próximas a la frontera, como las piezas del siglo IV encontradas a lo largo de una de las calzadas romanas más antiguas de la margen derecha del Rin que todavía existía en los Campos Decumates —territorio triangular situado entre el Alto Rin y el Alto Danubio—, posteriormente bajo control de los alamanes; o más al este, siguiendo el Danubio, en las regiones que bordeaban la provincia romana de Mesia Superior.⁵²

Igualmente sorprendente es el hecho de que durante toda la época imperial los vecinos más inmediatos del Imperio mostraran interés por obtener privilegios comerciales con los mercaderes romanos, privilegios que Roma solía mantener férreamente controlados. Incluso cuando los godos

tervingos del siglo IV quisieron cortar la mayor parte de los lazos que los unían con el Imperio, una parte del acuerdo que se alcanzó estipulaba que seguirían operando dos centros comerciales previamente designados. Hay una gran cantidad de testimonios arqueológicos que confirman la impresión dada por las fuentes literarias. Se han encontrado grandes cantidades de productos romanos de todo tipo en casi todas las grandes excavaciones realizadas en asentamientos germánicos de los cuatro primeros siglos de la era cristiana.

En esos hallazgos podemos apreciar diferentes modelos cronológicos y geográficos. Por ejemplo, los dos primeros siglos de la era cristiana fueron testigos de una gran explosión en la cantidad de productos romanos presentes en Germania en muchos lugares de la zona más próxima a la frontera, hasta casi unos cien kilómetros más allá de la línea defensiva, tanto en poblados como en tumbas. Cerámica fina (*terra sigillata*), adornos de bronce y objetos de vidrio han aparecido en grandes cantidades junto con las monedas romanas ya mencionadas. Por ejemplo, en los niveles correspondientes al siglo I y al II del yacimiento de Westrich, que no tiene nada de atípico, las manufacturas romanas equivalen a un tercio en cada caso de la cerámica y la metalurgia recuperada. Pero mientras que en otros lugares es habitual, este patrón no tiene aplicación en las regiones de la frontera del norte del Rin, entre este río y el Weser, donde los materiales romanos de esta época son mucho menos abundantes. Si nos alejamos de la zona más próxima a la frontera y subimos a la región del Elba, el modelo es de nuevo ligeramente distinto. Aquí los productos romanos están presentes en grandes cantidades, pero tienden a concentrarse en áreas concretas. La región del río Saale en la actual Turingia, por ejemplo, ha sacado a la luz una sorprendente concentración de estos materiales. Otras zonas han sido identificadas en torno a los afluentes del Alto Elba en Bohemia (en el corazón de la República Checa), y al sur del Bajo Elba y del Medio y Bajo Weser (ambas zonas en Baja Sajonia). La otra concentración identificada se sitúa a lo largo de la costa del mar del norte. Si nos alejamos todavía más de la frontera, los productos romanos aparecen sólo en pequeñas cantidades, pero todavía hay algunas concentraciones identificables, como por ejemplo en Jakuszowice, en el sur de Polonia, en el complejo de Cudme/Lundeburg en Escandinavia, y al este de Dinamarca.⁵³ En términos generales, hay materiales más que

suficientes para demostrar que la economía germánica fue movilizadada durante los primeros siglos de la era cristiana en parte para pagar las grandes cantidades de atractivas importaciones romanas. ¿Pero cómo debemos explicar esas concentraciones?

La respuesta está en parte en la logística. El hecho de que una carreta de trigo doblara su precio por cada cincuenta millas romanas recorridas subraya lo difícil y caro que resultaba el transporte por tierra en la época premoderna. De ahí que los artículos relativamente de poco valor —como la cerámica, el bronce o el vidrio— lo más probable es que recorrieran casi siempre distancias relativamente cortas, a menos que interviniera el transporte por vía fluvial o algún otro factor que mitigara los gastos. Por consiguiente, el hecho de que se hayan recuperado concentraciones de productos romanos sólo en la zona fronteriza más inmediata no tiene nada de extraño. El transporte quizá explique también otros fenómenos más concretos. La posibilidad del traslado por vía fluvial quizá permitiera que lugares relativamente lejanos como la Feddersen Wierde participaran en el suministro del ejército romano de la frontera y, como demuestra la distribución de las monedas encontradas, la antigua red viaria romana de los Campos Decumates tal vez facilitara el comercio en el siglo IV, incluso después de que la zona cayera bajo el control de los alamanes. Sin embargo, la logística no lo explica todo.

Hay una segunda línea de explicación que nos obliga a fijarnos más en la mecánica del comercio en el mundo germánico y en el papel desempeñado en la sociedad de Germania por los productos romanos. Si debemos creer a César, originalmente se produjo cierta resistencia por parte de los germanos al comercio con el Imperio. Pero no tardó en ser superada rápidamente por completo, hasta tal punto que la posesión de mercancías romanas pasó a asociarse con un estatus social elevado. El análisis de los tipos de productos encontrados juntos en las tumbas más ricas ha puesto de manifiesto una importante correlación desde finales del siglo I d. C. entre la presencia de grandes cantidades de objetos cotidianos de fabricación local, objetos a todas luces caros también de fabricación local (como armas y joyas), y productos romanos de importación. Esos productos romanos de importación se convirtieron rápidamente en un modo de demostrar la preeminencia social. Una vez más, no debemos sorprendernos de ello. Las importaciones romanas

eran algo exótico y había que pagarlas dando algo a cambio al mercader romano. Debían tener, por tanto, cierto cachet. Estamos ante otra dimensión del fenómeno que ya hemos observado. Como ocurre con la moderna globalización, los beneficios del antiguo desarrollo económico germano no los disfrutaron todos por igual, sino que se concentraron en manos de los reyes y sus clientes; de ese modo, como cabría esperar, la mayor parte de los productos romanos de importación acabaron en manos de éstos.

Vale la pena que nos detengamos un poco en este detalle, pues aunque de nuevo podría parecer perfectamente natural desde la perspectiva moderna, nos dice también algo muy importante acerca de cómo operaban las nuevas redes comerciales. En cuanto nos paramos a pensar en ello, semejante resultado sólo puede reflejar el hecho de que los reyes y su entorno se encargaron de organizar las ganancias procedentes del nuevo desarrollo económico en su propio beneficio. En un sentido, la posesión de una fuerza militar facultaba a los reyes para exigir un porcentaje del nuevo excedente agrícola que estaba generándose. Luego podían utilizarlo no sólo para alimentar a sus clientes, sino también para comerciar con el mundo romano, obteniendo a cambio monedas de metales preciosos, o vino y aceite de oliva, o cualquier otra cosa que desearan.

Pero la fuerza militar era también fundamental para asegurarse la parte del león de los beneficios provenientes de otras corrientes comerciales nuevas. Piénsese en el tráfico de esclavos. Los esclavos no se sometían voluntariamente. Alguien tenía que encargarse de su captura en la sociedad germánica para vendérselos a los traficantes romanos, y no habría sido un proceso pacífico. Esta línea de pensamiento sugiere además, de paso, otro posible contexto para el séquito de guerreros asesinados que apareció en Ejsbøl Mose. Si eran una partida de traficantes de esclavos, podemos entender perfectamente la metódica ferocidad con la que fueron tratados. Ni siquiera el tráfico de ámbar era un proceso cómodo consistente en recorrer las costas del Báltico recogiendo lo que las aguas hicieran aflorar de la noche a la mañana. Uno de los hallazgos más sorprendentes que han aparecido en el norte de Polonia en estos últimos años ha sido una serie de pasarelas de madera, de varios kilómetros de largo, que formaban una red de senderos por el terreno pantanoso situado cerca del mar Báltico. El carbono 14 y la

dendrocronología han establecido que fueron colocadas en torno al año 1 de la era cristiana y mantenidas luego durante casi doscientos años. Se ha interpretado, seguramente de manera correcta, que formaban parte del extremo septentrional de la Ruta del Ámbar. Pero todo esto exigía mucho esfuerzo. En otras palabras, debía de resultar enormemente valioso para algunos tomarse tantas molestias. A cambio de ese esfuerzo, es evidente que recibían una parte sustancial de los beneficios del comercio, presumiblemente en forma de peajes de un tipo u otro. Curiosamente, el término «aduana» en las lenguas germánicas es otro préstamo lexical del latín, lo que indica que semejante concepto no existía entre los germanos antes de que el Impero Romano se convirtiera en su vecino más próximo. Y naturalmente si llevarse este tipo de porcentaje de la corriente comercial resultaba a todas luces tan rentable, también otros habrían estado interesados en participar en el negocio. Una vez más, la fuerza militar adquiría gran importancia. Podía emplearse para obligar a los que tenían un rango inferior a realizar el trabajo físico de construir y mantener las pasarelas, y también para impedir que otros grupos armados se adueñaran de aquella fuente de ingresos a todas luces tan lucrativa.⁵⁴

A diferencia de los insípidos tópicos neoclásicos que proclaman las teorías del goteo de los años ochenta, el desarrollo económico no es siempre o no es sencillamente algo bueno. El aumento de la riqueza en la sociedad germánica durante la época imperial desencadenó grandes luchas —en algunos casos muy violentas— por el control desproporcionado de la misma. En algunas áreas de desarrollo de la economía, los efectos adversos quizá no fueran tan malos. Resulta notoriamente difícil gravar con impuestos la producción agrícola, y en cualquier caso los mayores beneficios en este campo dependían siempre de disponer de mucha mano de obra, al menos para la agricultura, de modo que las exigencias de los reyes y sus partidas de guerreros, algunos de los cuales tal vez fueran reclutados incluso entre los labradores más ricos, acaso no resultaran tan gravosas. Pero otros aspectos del desarrollo económico resultaban más peligrosos para los que se veían atrapados en el lado malo: evidentemente para los esclavos, pero yo me pregunto también qué pasaría en las minas de hierro, pues, al menos en el mundo romano, ser condenado a las minas era una forma de pena capital. E

incluso en la cúspide de la pirámide social, la lucha por el control de la nueva riqueza podía tener graves consecuencias. El de Ejsbøl Mose es uno de los más de treinta depósitos de armas conocidos en las zonas pantanosas del norte de Europa, y la mayoría de ellos datan de entre 200 y 400 d. C., testimonio explícito del nivel de violencia que se desencadenó en el mundo germánico por el control de toda esa riqueza y prosperidad. Además, no hay por qué suponer que esas luchas se limitaran sólo a las zonas en las que casualmente había pantanos y lagos cerca para deshacerse de los vencidos. Tácito habla de un ritual votivo del siglo I que comportaba colgar a los muertos y sus armas de los árboles. Los depósitos de armas de este tipo no sobrevivirían para ser excavados por los arqueólogos y me inclino a pensar que el carácter accidental de los hallazgos es la causa de que los testimonios directos de tanta rivalidad y violencia se hallen confinados a las zonas que rodean el mar del norte, y no que la proximidad del agua hiciera a los germanos de esta zona particularmente belicosos.⁵⁵

No es nada nuevo hablar del comercio con el Imperio Romano cuando se intenta comprender la transformación de la sociedad germánica durante los primeros siglos de la era cristiana. Pero, como ha señalado alguien acertadamente, el comercio por sí solo nunca ha sido, al parecer, una explicación muy convincente, pues no en todas partes han salido a la luz grandes cantidades de productos romanos. Que dicho comercio fue realmente importante resulta, sin embargo, mucho más convincente si se tienen en cuenta no sólo los nuevos flujos de riqueza, sino las consiguientes luchas por su control. Fue este efecto de la nueva riqueza y no su mera existencia, lo que tuvo un verdadero efecto transformador. Dentro del mundo germánico hubo varios grupos que respondieron dinámicamente al hecho de que existiera esa nueva riqueza haciéndose con el control de sus beneficios y, de paso, contribuyeron a reconstruir las estructuras sociopolíticas del mundo que los rodeaba.

Esta dimensión añadida del debate se une a las que en el campo de los estudios post-coloniales han recibido la etiqueta general de «agencia» (*agency*).^{*} La cuestión es que los análisis anteriores (por así decir «coloniales», no ya «postcoloniales») solían estudiar los efectos que tienen las sociedades más desarrolladas sobre las menos desarrolladas de una

manera demasiado pasiva. Lo que debemos subrayar fundamentalmente respecto a la «agencia» (aunque se ha vertido mucha tinta sobre otras definiciones más precisas) es que las poblaciones indígenas responden a los estímulos externos aprovechando unas posibilidades (y no otras) por sus propios motivos y según sus propias prioridades. En este caso, vemos que la exposición a las oportunidades económicas que ofrecía el contacto con Roma adoptó diversas formas, y fue aprovechada de distinta manera por los distintos grupos. Unos aprendieron a expandir la producción agrícola, otros se dedicaron a la exportación de hierro o de ámbar, y otros emprendieron acciones relacionadas con el tráfico de esclavos. El consiguiente aumento de la desigualdad no sólo proporcionó la base económica para la creación de confederaciones políticas más grandes en el siglo IV, sino que también se ve reflejada en la distribución poco uniforme de los productos romanos que podemos observar en el repertorio arqueológico. Las concentraciones de esos productos en la zona intermedia entre el Rin y el Elba probablemente fueran obra de pueblos germánicos capaces de dominar algún sector específico de la nueva corriente de riqueza procedente del Imperio Romano, que utilizaron para pagar los objetos encontrados por los arqueólogos. Los beneficiarios del tráfico de esclavos de los siglos IX y X, por ejemplo, son visibles con seguridad desde el punto de vista arqueológico por los beneficios de su negocio, además de ser identificados en los textos históricos (lo que no puede decirse de la época imperial romana), por lo que no es ningún disparate aplicar el mismo principio a los germanos que habitaban en las inmediaciones del Imperio Romano.⁵⁶ Pero, en mi opinión, ni siquiera añadir una respuesta dinámica indígena a la existencia de las nuevas oleadas de riqueza significa aclarar el verdadero alcance del papel de Roma en la transformación del mundo germánico. Para ello, debemos investigar cómo el Imperio se propuso mantener una estabilidad a largo plazo en sus fronteras.

El arte de la gestión de clientes

En 1967, las labores realizadas en una gravera en el propio Rin cerca de la antigua ciudad romana de Civitas Nemetum (la actual Espira) condujeron al descubrimiento del botín procedente de una villa romana. Las cuidadosas

excavaciones llevadas a cabo durante los dieciséis años siguientes permitieron reconstruir toda la historia. Los objetos hallados estaban allí porque a finales del siglo III unos alamanes habían realizado una incursión de saqueo y cuando intentaban regresar a sus tierras al otro lado del Rin habían sufrido una emboscada y su barca había sido hundida por una patrulla fluvial romana. Las embarcaciones de ésta, llamadas *lusoriae*, eran barcos de guerra ligeros, movidos a remo, y equipados con espolones y una tripulación bien armada. Un episodio cotidiano de zona fronteriza, excepto por lo que respecta al botín que intentaban llevarse los bandoleros. Llevaban consigo un tesoro extraordinario de setecientos kilos de peso metido en tres o cuatro carretas que intentaban pasar en balsa a la otra orilla del río. Tras un examen minucioso resultó que el botín era el contenido probablemente de una sola villa romana y parece que los ladrones estaban interesados en cualquier pieza de metal que pudieran encontrar. Lo único que faltaba del tesoro eran las ricas vajillas de plata maciza y las joyas valiosas. O bien el dueño o la dueña de la casa logró escapar antes de que se produjera el ataque, o bien el botín más valioso era transportado aparte. En las carretas, sin embargo, había un montón de cacharros de metal bañado en plata procedentes del comedor, toda la batería de cocina (incluidos cincuenta y un calderos, veinticinco tazones y escudillas, y veinte cazos de hierro), bastantes aperos de labranza —de todo, desde podaderas hasta yunques—, útiles para llevar una explotación agrícola importante, algunos objetos votivos de la capilla de la villa, y treinta y nueve monedas de plata de buena calidad.⁵⁷

El carácter de este extraordinario tesoro pone de manifiesto la profundidad del problema al que se enfrentaba el Imperio en una de las facetas de las relaciones fronterizas. Naturalmente siempre pensamos que los saqueadores bárbaros se interesaban por el oro y la plata, y a lo largo de los años han aparecido muchos objetos robados procedentes de diversos tesoros de época imperial. Pero la verdadera variedad de objetos que eran codiciados era mucho mayor. Como la economía del mundo germánico estaba mucho menos desarrollada que la romana, todos esos objetos eran directamente útiles para los autores de la incursión, o podían ser vendidos a otros, a un labrador alemán o a un ama de casa alemana, o incluso a un herrero alemán para que lo reutilizara. Es el ejemplo más vívido que tenemos del tipo de

botín que un saqueador medio habría deseado encontrar, pero las fuentes históricas dejan bien claro que el bandolerismo, quizá a menudo a una escala menor que este ejercicio sorprendentemente exhaustivo de lo que era arramblar con todos los bienes de una casa, era un mal endémico en todas las fronteras del Imperio.

El hecho de que el avance de las legiones se detuviera en distintos momentos del siglo I más o menos a lo largo de la línea marcada por los ríos Rin y Danubio, no significaba, pues, que las tierras situadas al otro lado de la frontera pudieran dejarse a su aire. Por el contrario, la propensión a llevar a cabo incursiones de saqueo cruzando la frontera era enorme, consecuencia natural de la existencia de dos niveles completamente distintos de desarrollo económico a uno y otro lado de ella. No es tampoco, como se ha sostenido a veces, que el Imperio pasara de repente del ataque a la defensa. La seguridad de las fronteras exigía una respuesta mucho más activa, y durante casi toda su historia Roma mantuvo una superioridad militar general a lo largo de todas sus fronteras europeas, basada en una diplomacia agresiva. Esa política convirtió eficazmente a sus vecinos más próximos en estados clientes.⁵⁸

Los métodos utilizados fueron bastante constantes a lo largo de toda la época imperial, y tuvo profundas repercusiones sobre los modelos de desarrollo sociopolítico dentro del mundo germánico. Para un excelente estudio del siglo IV podemos recurrir al relato que nos ofrece Amiano Marcelino de la respuesta que dio el emperador Constancio II a los disturbios desencadenados en la cuenca media del Danubio durante los años 358-359. El primer paso de Constancio, como el de cualquier otro emperador antes que él, fue establecer una superioridad militar. Empezó justo después del equinoccio de primavera, cuando el adversario creía que aún estaba a salvo, tendiendo un puente de pontones sobre el Danubio y cayendo sobre los sármatas inesperadamente. El resultado fue terrible:

Muchos, a los que el temor impidió salir corriendo, fueron abatidos; y aquellos que se libraron de la muerte por su rapidez, ocultos en los tenebrosos valles de los montes, veían cómo su patria moría a hierro.

Durante las semanas siguientes, la campaña se extendió rápidamente al pueblo vecino de los cuados y a todos los demás grupos fronterizos de la región. El emperador utilizó entonces su superioridad militar para dictar un acuerdo diplomático que esperaba que fuera duradero. Uno por uno fueron presentándose —o fueron obligados a presentarse— los distintos grupos y sus caudillos, para escuchar la sentencia del emperador.

No todos los pueblos fueron tratados de la misma manera. Constancio mostró a algunos su favor. Un príncipe de los sármatas llamado Zizais se había aprendido muy bien el guión:

Al ver al emperador arrojó las armas y postrándose boca abajo permaneció tumbado como si estuviera sin vida. Y perdido el uso de la voz justo cuando debía pronunciar su discurso, movió aún a mayor compasión, pues cada vez que intentaba hablar los sollozos se lo impedían y sólo pudo exponer unas pocas peticiones.

Era de suponer que los bárbaros mostrarán obediencia al poder de Roma, bendecido por Dios, como bien sabía Zizais y como subrayaba la representación iconográfica de los bárbaros en las monedas y monumentos romanos. Los bárbaros eran representados siempre postrados en actitud sumisa en la parte inferior de las escenas, a menudo incluso literalmente bajo los pies del emperador (lámina 7). Así pues, la actitud del sármata quizá fuera calculada y produjo desde luego el efecto deseado. Constancio decidió restaurar la independencia política de los seguidores de Zizais, que habían sido considerados socios menores de una coalición desigual, y elevó al propio príncipe a la categoría de rey independiente. Restaurar el sistema de alianzas políticas vigente por entonces en aquella zona de la frontera a la manera que más conviniera a los intereses de Roma era, de hecho, una de las principales preocupaciones de Constancio. Eso conllevaba romper las alianzas demasiado grandes y por lo tanto —desde el punto de vista romano— potencialmente peligrosas. Lo que ganaba Zizais, lo perdían otros. Arahario, rey de los cuados, se vio privado, a pesar de sus protestas, de los servicios de su sub-reyezuelo sármata Usafer, quien, como Zizais, recuperó la independencia. A veces la injerencia podía ser mucho más violenta. Otra táctica que aparece tres veces durante los veinticuatro años que cubre el relato de Amiano, consistía en invitar a cenar a los dinastas fronterizos potencialmente problemáticos y luego asesinarlos o secuestrarlos.⁵⁹

Aparte de la reestructuración política, se adoptaron otras varias medidas: obtención de compensaciones económicas para el Imperio por los gastos en que acababa de incurrir debido al esfuerzo bélico, e imposición de restricciones para aplicar el nuevo acuerdo una vez retiradas las legiones. Algunas medidas eran típicas, como por ejemplo el reclutamiento de jóvenes de los pueblos que se le sometían para que prestaran servicio militar. Como hemos visto, ésta era una de las múltiples formas en las que los germanos jóvenes habían venido ingresando en el ejército romano a lo largo de toda la época imperial. También se tomaban rehenes de cada grupo, especialmente jóvenes de alto rango. Una vez en suelo romano, no eran tratados exactamente como prisioneros, pero en ocasiones eran ejecutados si se rompían los acuerdos. Todos los cautivos romanos eran devueltos al territorio imperial. En otros aspectos, los detalles de los pactos podían diferir. Según la proporción de culpa en el disturbio que el emperador decidiera atribuir a cada pueblo en particular, éste debía suministrar mano de obra, materias primas y alimentos, o, por el contrario, podía concedérsele un estatus comercial privilegiado. Además los subsidios constituían un elemento habitual de la panoplia diplomática romana. En el pasado, algunos autores han puesto en duda este punto, suponiendo que los pagos a los caudillos bárbaros eran un signo de la debilidad militar de Roma durante el Bajo Imperio. Pero es un error. Hoy día llamaríamos a esos subsidios «ayuda exterior», y lo cierto es que fueron utilizados durante toda la historia de Roma, incluso después de las grandes victorias del Imperio. Tras aplastar a los alamanes en Estrasburgo, por ejemplo, Juliano concedió subsidios anuales a los reyes vencidos. La razón es bien sencilla. Los subsidios contribuían a mantener en el poder a los reyes con los que Roma acababa de concluir sus pactos. Y como tales, eran una inversión magnífica.⁶⁰

Aparte de todos estos detalles diplomáticos, hay otra preocupación que pone de relieve la intervención de Constancio. El Imperio no deseaba que el hinterland inmediato de su frontera estuviera demasiado poblado por dos razones. En primer lugar, eso habría supuesto que hubiera demasiados grupos con posibilidades de hacer incursiones en el territorio romano. En segundo lugar, como ponen de manifiesto el establecimiento y la reorganización de todo los super-reyes y sub-reyezuelos, los pueblos fronterizos mantenían

siempre rivalidades políticas unos con otros, y las maniobras para mejorar su posición tenían más posibilidades de derivar en violencia contra el territorio romano cuantos más grupos hubiera en juego. En este caso, Constancio y sus consejeros decidieron finalmente que un punto fundamental del nuevo acuerdo era conseguir que un grupo de sármatas, los limigantes (de nuevo una coalición), se alejara de la zona inmediatamente fronteriza. Los limigantes no estaban dispuestos a hacerlo, de modo que fue preciso aplicar un poco más de intimidación militar. Una vez escarmentados dos de los grupos que formaban parte de la colación, los amicenses y los picenses, el resto se rindió y se avino a emigrar. La región parecía en paz; pero todavía no lo estaba. Un año después, en 359, algunos limigantes volvieron diciendo que preferían establecerse dentro del territorio del Imperio, en calidad de tributarios, en vez de seguir ocupando las tierras que les habían sido asignadas lejos de la frontera.

Lo que ocurrió después es bastante misterioso. Amiano culpa de todo a la mala fe de los limigantes. Parece que en principio se llegó a un acuerdo. Debía permitirse a los sármatas cruzar el río y venir a presencia del emperador, una vez que Constancio regresara a la zona con su ejército. Luego, en el momento crucial, algo salió mal. En vez de rendirse, los sármatas atacaron al emperador, o al menos eso dice Amiano, y los romanos respondieron a la agresión:

Y deseosas de castigar el agravio, nuestras tropas se lanzaron al ataque dispuestas a descargar su furia contra aquel enemigo traicionero, pisoteando sin miramiento cualquier cosa que se interpusiera a su paso, vivos, moribundos o muertos. Y antes de que sus manos se saciaran con la matanza de esos bárbaros, se habían acumulado montones de cadáveres.

Quizá los limigantes actuaron con mala fe, o tal vez Constancio quisiera dejar bien claro a todos que sus órdenes debían cumplirse, o, lo que es más probable, la tragedia fue consecuencia sólo de la desconfianza y la confusión. El caso es que a lo largo de toda su historia, el Imperio utilizó a veces la adquisición de grupos de población extranjera como único medio de controlar la frontera. Pero mientras que las ulteriores ganancias obtenidas por el Imperio en términos de tributarios y de soldados potenciales formaban parte del cálculo, también le interesaba evitar que hubiera un exceso de población potencialmente peligrosa.⁶¹

Este programa de medidas era aplicado con mucha asiduidad. Ocasionalmente las grandes intervenciones militares permitían elaborar acuerdos diplomáticos para toda una región, que daban lugar a peligrosas coaliciones, amigos bien identificados y premiados y enemigos debidamente castigados, mientras que se utilizaba una combinación del palo y la zanahoria —el temor causado por las campañas de castigo y la toma de rehenes unido a concesiones selectivas de ayuda exterior y de privilegios comerciales— para asegurarse de que los acuerdos fueran respetados no sólo a corto plazo. Estos métodos eran eficaces, pero por supuesto no eran perfectos. Desde la perspectiva romana, su éxito puede medirse por la esperanza de vida de los acuerdos. Según mi propio cómputo, la duración media de un acuerdo diplomático en las fronteras del Rin y del Danubio en el siglo IV era de unos veinte o veinticinco años —en otras palabras, una generación— por cada intervención militar de envergadura. Probablemente fuera el rédito aceptable de la cantidad de fuerza invertida, y prácticamente todo lo que era razonable esperar. Conviene tener en cuenta, no obstante, que todo el sistema se basaba en la realización de campañas ocasionales, pero decisivas por parte de los romanos. Los pueblos fronterizos formaban parte de un sistema de mundo romano, pero los términos y las condiciones de los pactos no se alcanzaban por consentimiento libre y mutuo. Roma utilizó constantemente la fuerza militar para mantener su supremacía.

Los métodos de la diplomacia romana son fascinantes y cuentan con su propia bibliografía académica. Facilitaron además la transformación de la sociedad germánica. Para entender por qué, debemos una vez más tener en cuenta a las poblaciones del otro lado de la frontera romana como agentes activos de la historia. La diplomacia romana tuvo sin duda algunas consecuencias directas notables, pero eso no es todo. Dentro de Germania, los distintos grupos y los distintos individuos respondieron de formas distintas a los estímulos aplicados por toda la política exterior romana a lo largo de cuatro siglos, y esa respuesta es tan importante como la primitiva intervención imperial.

El potencial transformador de un aspecto determinado de la diplomacia romana ha recibido a lo largo de todo este tiempo la atención que se merecía: los subsidios anuales. Estas ayudas podían adoptar la forma no sólo de dinero

en efectivo o de lingotes, sino también de otros productos romanos sumamente apreciados, como, por ejemplo, joyas elaboradas o costosos tejidos. En la época bizantina, a veces se utilizaron como subsidios productos alimenticios que no eran asequibles en la economía de los beneficiarios, y probablemente ocurriera lo mismo en épocas anteriores. El sentido de los subsidios, como hemos visto, era reforzar el poder de un rey razonablemente sumiso en la frontera, de modo que tuviera realmente algo que jugarse a cambio de mantener la paz en la zona. Los subsidios solían reforzar a las monarquías ya existentes. Pero conviene recordar que, como el comercio del ámbar o el tráfico de esclavos, los subsidios diplomáticos supusieron un importante flujo de nueva riqueza hacia el mundo germánico y, como ocurría también con los beneficios del comercio, la aparición de la nueva riqueza desencadenó la rivalidad entre sus potenciales beneficiarios. La pérdida del subsidio quizá fuera uno de los factores de la renuencia de los limigantes a ser reasentados lejos de la frontera, una desventaja más del hecho de ser degradados (a ojos de Roma) de super-reino a sub-reino. Desde luego, cualquier reducción del volumen o de la calidad de los regalos anuales podía ser motivo de crisis, como ocurrió cuando Valentiniano redujo de manera unilateral los que debía entregar a los alamanes en 364, y contamos con ejemplos concretos de grupos que se trasladaron a la región de la frontera precisamente para quitar de en medio a los actuales beneficiarios de los subsidios para recibirlos ellos. La rivalidad por el control de la afluencia de subsidios multiplicó así su efecto transformador, y significó que Roma siguiera concediendo regalos a los vencedores en unas luchas que habían quedado fuera de su capacidad de control.⁶²

Pero los subsidios eran sólo parte de una estrategia diplomática general de los romanos, otros aspectos de la cual también tuvieron efectos importantes. Pongamos, por ejemplo, las intervenciones militares periódicas que en el siglo IV parece que se produjeron por término medio a razón de una campaña importante por generación en cada sector de la frontera. Estas intervenciones adoptaban la forma clásica de quema de todo lo que las tropas encontraran a su paso hasta que los reyes locales vinieran a presencia del emperador a mostrarle su sometimiento, momento en el que comenzarían las maniobras diplomáticas y la reasignación de los subsidios. Vale la pena

fijarnos en los efectos económicos de esas intervenciones de tierra quemada. No tenemos información exacta del siglo IV, por supuesto, pero disponemos de una analogía interesante que nos suministran los archivos medievales de fincas situadas en zonas sometidas a niveles semejantes de terrorismo. Los de las tierras del arzobispo de York, que sufrieron las incursiones fronterizas de los escoceses en el siglo XIV, por ejemplo, demuestran que se tardó toda una generación en recuperar las rentas (sinónimo perfecto de «producción»). Ello se debía a que los saqueadores, además de apoderarse de todos los bienes muebles fácilmente sustituibles, buscaban también bienes de importancia trascendental para la agricultura, como por ejemplo los animales de tiro (equivalentes en el contexto medieval a nuestros tractores), que eran muy caros, por no hablar de las casas y otras cosas importantes. Los costes que entrañaba la sustitución de todos ellos significaba una reducción de las rentas durante veinte años o más.

Si situamos este tipo de efecto económico en el modelo de estrategia de fronteras de los romanos, especialmente en las épocas y en las zonas en las que los conflictos fueron casi constantes, cabe imaginar que vivir cerca de los límites del Imperio Romano habría supuesto un grave obstáculo al desarrollo económico, y eso es una vez más lo que nos indican los testimonios arqueológicos. Junto con las otras regiones fronterizas donde las importaciones romanas fueron abundantes durante la época del Alto Imperio, por ejemplo, la zona del Rin/Weser destaca como excepción. En ella se han encontrado pocos objetos romanos de importación y la distribución de los asentamientos siguió siendo mucho menos densa hasta finales del siglo II. Estas circunstancias reflejan la especial hostilidad reinante entre muchos pueblos de la región y el Imperio, pues la zona del Rin/Weser constituía el país de los queruscos y de la rebelión de Arminio que dio lugar a la pérdida de las legiones de Varo en el Bosque de Teutoburgo en 9 d. C. La única zona de Occidente que experimentó, al parecer, una expansión económica en el siglo V, en un momento en el que, por lo demás, la economía del Occidente romano en general no era demasiado boyante, fue el territorio de los alamanes, donde tenemos buenos testimonios de deforestación y de expansión de la agricultura y del sedentarismo, y de ahí, por deducción, también de expansión de la población. A mi juicio, no tiene nada de extraño,

pues la reducción simultánea del poder del estado romano de Occidente supuso que éste dejara de quemar las aldeas de los alamanes una vez cada generación y de robar regularmente los excedentes agrícolas. Fue también en el siglo v cuando la tendencia que podemos observar hacia la unificación política de los alamanes alcanzó su punto culminante, con la aparición por fin de un solo rey indiscutible. Una vez más, no tiene nada de extraño dado que la injerencia de Roma, empeñada, como hemos visto, en eliminar una y otra vez a las figuras dominantes que pudieran ir apareciendo, había dejado de ser efectiva.⁶³

Vale la pena pensar también en este y en todos los demás aspectos de la estrategia diplomática romana desde la perspectiva de los alamanes o en general de cualquier pueblo fronterizo cliente. La destrucción periódica de los poblados no habría podido causar más que un enorme resentimiento, y Amiano habla a menudo del rencor hacia Roma existente al otro lado de la frontera. De hecho, incluso los aspectos menos violentos de la intromisión romana, creando ganadores y perdedores, debieron de causar un gran resentimiento entre estos últimos. El tipo de humillación que debía mostrarse en las ceremonias públicas y que tan bien dominaba Zizais, no habría sido visto precisamente con buenos ojos por aquellos a quienes se exigía que lo mostraran. Y mientras que tal vez Zizais estuviera encantado de ver firmemente asentada su independencia política, su anterior super-rey, que habría perdido la posesión de unos derechos establecidos sobre los seguidores de Zizais, se habría sentido lógicamente irritado. Amiano señala asimismo que otro antiguo super-rey, Arahario, montó en cólera al verse privado de sus súbditos. Por si fuera poco, el Imperio decidía de vez en cuando —como en el caso de los limigantes— que determinados grupos bárbaros no podían seguir viviendo donde llevaban establecidos hacía ya tiempo y, como hemos visto, no dudaba en utilizar el terror para hacer efectiva su decisión. Ésta es sólo una de las múltiples acciones arbitrarias de los romanos que aparecen en el relato de Amiano. Valentiniano I, por ejemplo, alteró de forma unilateral los acuerdos cuando le convino, reduciendo sin consultarle a nadie el valor de los regalos que hacía anualmente a los líderes de los alamanes, como hemos visto, y construyendo fortificaciones donde previamente había pactado que no iba a erigir ninguna. En las fuentes hay también indicios de que los

emperadores alteraban arbitrariamente el estatus de «aliado favorito» de una región para asegurarse el nivel exigido de obediencia. Lo más terrible es que los emperadores no tenían inconveniente en autorizar la eliminación de los reyes fronterizos que suponían una amenaza demasiado grande. La imagen de la gestión de la frontera romana que nos da todo esto es bastante clara. La quema periódica de las aldeas vecinas se veía respaldada por un amplio repertorio de maniobras diplomáticas agresivas que no se detenían ni siquiera ante el asesinato.

Si consideramos todos estos hechos desde un punto de vista no romano, queda claro que debemos introducir en la ecuación el factor del peso que suponía la opresiva dominación de Roma. El resentimiento entre la mayoría de las víctimas se pone de manifiesto de varias formas en los relatos históricos. Al nivel más bajo, queda patente en la propensión de los pueblos fronterizos a realizar grandes y pequeños actos de pillaje. Las incursiones al otro lado de la frontera eran muy habituales y naturalmente representaban una afluencia más de nueva riqueza procedente de los romanos por la que valía la pena pelear y cuyo control quizá tuviera efectos políticos transformadores en el mundo germánico. Lo más curioso es que el resentimiento es lo que se oculta tras la propensión de los aspirantes a dinastas a organizar grandes rebeliones, ya sea la de Arminio en el siglo I (cuyas causas explícitas fueron las exigencias del pago de tributo) o la de Cnodomario en el IV, en la que los ánimos llegaron a caldearse tanto que, como vimos, un rey, Gundomado, fue destronado por negarse a participar en ella.

Así pues, un factor importante que debemos tener en cuenta cuando intentamos comprender la transformación de las sociedades germánicas de esta época, son los cuatro siglos de hostilidad causada por las arrogantes agresiones militares y diplomáticas de Roma.

Recientemente se han planteado dos líneas de explicación de la militarización de los germanos durante la época de los romanos, militarización que se pone de manifiesto en la mayor frecuencia de la presencia de armas depositadas en las tumbas: una afirma que cada vez eran más los germanos que prestaban servicio como tropas auxiliares de los romanos; la otra dice que las campañas de los romanos al este del Rin elevaron el estatus de los guerreros. Como alguien ha señalado

acertadamente, aunque representan dos reacciones opuestas al poder de los romanos —la primera sería una respuesta a las oportunidades que dicho poder ofrecía, y la segunda sería una respuesta a la amenaza que representaba—, las dos explicaciones no son ni mucho menos incompatibles. Sin duda alguna la reacción de los distintos elementos de la población germánica se inscribe en una u otra de estas dos líneas, y acaso incluso los mismos individuos respondieron a las dos en diferentes momentos de su vida.⁶⁴ Yo subrayaría que la reacción negativa al poder de Roma debe ser tomada en serio, y que hay que reconocer su papel en la consolidación política.

Y es que la militarización, como hemos visto, iba mucho más allá del hecho de enterrar armas al lado de los muertos. Durante la época de los romanos se desarrolló todo un lenguaje nuevo para designar a las autoridades políticas, que venía a subrayar la importancia de la guerra. Los gobernantes se convirtieron en caudillos guerreros literalmente por definición y esta transformación no se llevó a cabo sólo por la fuerza. En la comunidad política germánica del Bajo Imperio seguía habiendo muchas más personas, aparte de los reyes y sus séquitos más inmediatos, y se requería el consentimiento de esa comunidad (¿de hombres libres?) al proceso de consolidación política representado por la aparición de la monarquía militar. Una vez más, los factores positivos y negativos actuaron felizmente unos al lado de otros. Un rey eficaz desde el punto de vista militar, como han sostenido muchos autores, tenía más probabilidades de obtener el reconocimiento de Roma como buen socio en los asuntos fronterizos, y por consiguiente de atraer subsidios y regalos valiosos. Pero era también alguien —como Atanarico y Macriano— que intrínsecamente era más capaz de ofrecer resistencia a las exigencias y a las intromisiones más ofensivas del poder imperial de Roma. A mí me parece que estos dos personajes demuestran la importancia del sentimiento anti-romano y los límites de su expresión en el siglo IV. Los dos consiguieron estima y poder dentro de sus respectivas sociedades al resistirse a la intromisión de Roma, pero los dos se mostraron bastante propensos a hacer tratos cuando el Imperio —por los motivos que fuera— dio marcha atrás y ofreció unas condiciones más

aceptables.⁶⁵ Ilustran de manera muy vívida cómo hasta los principales beneficiarios del proceso de centralización que estaba desarrollándose entre los germanos se veían obligados a andar por la cuerda floja.

LA GLOBALIZACIÓN

El contacto con Roma a diversos niveles, todos ellos actuando a la vez y a menudo solapándose unos con otros, aceleró la transformación del mundo germánico. Las exigencias económicas de la frontera, combinadas posiblemente con los traspasos de técnicas y tecnologías, estimularon la intensificación de la producción agrícola en la que se basaron todos los demás cambios. Muchos individuos prestaron servicio como tropas auxiliares en el ejército romano y llevaron consigo a su tierra su paga o los bonos del retiro, mientras que, al menos en algunos momentos y en algunos lugares que gozaban de unas relaciones pactadas, las monedas romanas fueron adoptadas como un mecanismo eficaz para el fomento de las transacciones. Surgieron nuevas redes comerciales, por las que pasaba un importante tráfico de mineral de hierro y desde luego un tráfico muy significativo de esclavos y de ámbar. Y tan importante como toda la nueva riqueza que circulaba por el mundo germánico fue el hecho de que las dos últimas actividades comerciales citadas requirieran unas formas de organización mucho más complejas. No era sólo cuestión de que un comprador romano se reuniera con un productor germánico. La Ruta del Ámbar al norte y las violentas redes del tráfico de esclavos vienen a subrayar que la nueva riqueza no inundó tranquilamente a la sociedad germánica de manera global. Determinados grupos se organizaron, a menudo militarmente, para sacar una ventaja desproporcionada de las nuevas oportunidades que representó el avance de los legionarios por el Rin y el Danubio. Los contactos diplomáticos y políticos generaron también nuevos flujos de riqueza y los reyes organizaron el poder militar a través de sus séquitos y clientelas con el fin de beneficiarse desproporcionadamente de derechos comerciales extraordinarios y de los subsidios anuales que les llegaban.

Al mismo tiempo, muchos otros contactos con el Imperio fueron acelerando también los cambios. Los subsidios anuales llegaban con la etiqueta del precio colgada, y no eran más que una de las variedades del vasto repertorio de técnicas usadas por los romanos para administrar la frontera. Además de recibir subsidios, a veces los pueblos germanos fronterizos eran objeto de duros ataques militares procedentes del Imperio. Sentían también el peso de su intrusismo y su manipulación, que dictaminaba dónde debían vivir, con quiénes podían aliarse y quiénes debían gobernarlos, y exigía periódicamente que se pusieran a su disposición productos, servicios e incluso personas. Su vida pública tenía que funcionar dentro de un marco de obediencia declarada y humillante a la autoridad de Roma. El resentimiento de esos estados clientes se ponía de manifiesto en pequeñas incursiones de saqueo endémicas al otro lado de la frontera. En mi opinión, tuvo también otra consecuencia más profunda, a saber, la legitimación del nuevo tipo de monarquía militar que surgió en esta época entre los germanos, y que sería la base de la mayor consolidación política observable en las nuevas confederaciones. Los reyes militares tenían fuerza para exigir más recursos a sus propias sociedades, y para sacar mayores beneficios de los nuevos flujos de riqueza, pero ofrecían también a sus seguidores mayor protección frente a los excesos de la intromisión del Imperio.

En otras palabras, los contactos «positivos» y «negativos» que se desarrollaron entre el mundo germánico y su vecino imperial —aunque el uso de estos calificativos siempre supone una petición de principio: ¿positivos o negativos para quién?— tuvieron el mismo efecto general. A medida que se intensificaron las relaciones, unos y otros hicieron avanzar el proceso de consolidación política. Lo que observamos, en efecto, es un primitivo ejemplo de globalización. Una economía agrícola esencialmente de subsistencia, aún sin desarrollar, con poca diversificación de la producción, poco comercio y poca estratificación social, de repente se encontró junto a la economía sumamente desarrollada y las poderosas estructuras estatales del Imperio Romano. La nueva riqueza y las luchas por el control de su caudal, y por limitar las agresiones de Roma, produjeron luego las estructuras sociales

más estratificadas sobre las que se desarrollarían las nuevas entidades políticas. Entre los dos, el Imperio y la respuesta indígena generaron la nueva Germania del Bajo Imperio.

Naturalmente no es que la sociedad de la Germania prerromana hubiera vivido en un estado de felicidad primigenia. Como hemos visto, ya existía una gran diferencia de desarrollo entre la Europa centro-septentrional de la cultura de Jastorf, predominantemente germánica, y la Europa occidental de la cultura de La Tène, predominantemente celta, mucho antes de que las legiones romanas salieran de los márgenes del Mediterráneo. Y, como también hemos visto, las sociedades relativamente sin desarrollar de Jastorf ya habían empezado a reorganizarse para obtener una parte mayor de la riqueza de sus vecinos más desarrollados de la cultura de La Tène antes incluso de que las legiones llegaran a sus umbrales. La figura de Ariovisto ilustra perfectamente los efectos transformadores que suelen producirse cuando unas sociedades vecinas están marcadas por diferentes niveles de riqueza, y esos efectos empezaban ya a dibujarse antes incluso de que Roma se uniera a la fiesta. Pero durante los primeros siglos de la era cristiana, la Europa de la cultura de La Tène fue sustituida por el Imperio Romano, que era todavía más rico, políticamente más monolítico y militarmente mucho más poderoso. En consecuencia, la fuerza de los estímulos externos originales, y de las consiguientes reacciones internas a dichos estímulos (la «agencia»), se incrementó de manera espectacular.

Es probable que las principales disparidades que había entre los propios germanos hubieran acabado por generar unidades políticas mayores y más consolidadas sin necesidad de que interviniera Roma. Pero la interacción dinámica con el Imperio aceleró varios siglos ese proceso. Todo esto, sin embargo, no nos revela la historia completa de cómo el contacto con el Imperio Romano transformó la antigua Germania. Debemos analizar también los fenómenos migratorios que se desarrollaron simultáneamente en algunos rincones de la sociedad germánica, junto con la transformación social y política.

Capítulo 3

¿TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A ROMA?

En el verano de 172 d. C., el emperador Marco Aurelio se encontró en un serio apuro. El fuego de la guerra llevaba ardiendo por todas las fronteras europeas del Imperio desde 166, especialmente en el sector correspondiente a la cuenca media del Danubio, donde Marco Aurelio se encontraba en aquellos momentos en una situación sumamente delicada. Uno de sus comandantes más destacados, el prefecto del pretorio Vín dice, había muerto ya al norte del Danubio, peleando con el pueblo germano de los marcomanos de Bohemia. El emperador en persona dirigía un segundo embate de los romanos contra los cuados de Eslovaquia. Aquel verano fue calurosísimo y los romanos, avanzando por un territorio hostil, se veían obligados a resistir en orden de batalla vistiendo sus pesadas armaduras. Los cuados conocían el terreno y sabían que el enemigo estaba a punto de llegar. En vez de presentar batalla, lo acecharon en el interior del país, todavía más lejos de su línea de avituallamiento. Entonces se cerró la trampa. Los romanos se vieron atrapados sin víveres y sin agua; los cuados los tenían rodeados, y no necesitaban luchar.

Los bárbaros dejaron de combatir esperando que el calor y la sed pusieran en sus manos al enemigo sin dificultad, y se apoderaron de toda la comarca, que, dada su superioridad numérica, fortificaron para que los romanos no pudieran obtener agua en ninguna parte. Pues bien, los romanos se hallaban en una situación penosa debido al cansancio, las heridas, el sol y la sed, sin poder combatir ni emprender la retirada, pero resistían en su puesto, abrasados por el calor.

La situación parecía anunciar un verdadero desastre. Pero

...de repente se juntaron muchas nubes y se desató sobre ellos un fuerte chaparrón, no sin intervención divina ... Al principio todos levantaron la cabeza y recibieron el agua en la boca; luego tendiendo unos los escudos y otros los cascos para recoger el agua, no sólo bebían ellos a grandes sorbos, sino que dieron también de beber a sus caballos. Y cuando los bárbaros cargaron contra ellos, bebían y combatían a un tiempo.

El agua dio vigor a los romanos y obligó a los cuados a presentar batalla, pues arruinó toda esperanza de capitulación por sed y por agotamiento debido al calor. Los truenos y los relámpagos —se dice que algunos rayos fulminaron a los bárbaros— vinieron a completar la escena y Marco Aurelio se libró de la trampa con su ejército intacto y una célebre victoria a sus espaldas.

El milagro de la lluvia de Marco Aurelio, como se ha llamado desde entonces este episodio de liberación, fue tomado en la Antigüedad por una prueba más de que los poderes divinos apoyaban al Imperio Romano. Hubo también discrepancias. Dión Casio, nuestra principal fuente, atribuye la intervención divina a los esfuerzos de Arnufis, un mago egipcio, pero los autores cristianos aseguran que las oraciones de una legión cristiana originaria de Siria fueron las que obraron el prodigio. Fuera quien fuera el causante, la tormenta fue la que sacó al emperador de su encerrona, y el soberano se mostró debidamente agradecido. Acabó ganando la guerra y restaurando el orden de las fronteras europeas de Roma, aunque esta tarea le llevó casi todo el resto de la década. El milagro de la lluvia, junto con otros acontecimientos de la guerra, fue inmortalizado en los relieves de la columna erigida en honor del emperador en la capital del Imperio (lámina 5).¹ Pero ante todo, ¿por qué se vio atrapado Marco Aurelio en esta lucha a muerte?

DESDE EL BÁLTICO HASTA EL MAR NEGRO

La expansión de Roma por la Europa templada, dominada en buena parte por los germanos, se detuvo en el siglo I d. C. más o menos a lo largo de una línea marcada por los ríos Rin y Danubio, pero ello no supuso que el Imperio pasara a adoptar una actitud puramente defensiva. Como veíamos en el capítulo anterior, la superioridad militar en general de Roma se vio respaldada por una diplomacia agresiva, que convirtió a las entidades políticas más próximas a la frontera en estados clientes del Imperio. Las incursiones de pillaje, las amenazas, las demostraciones militares y la sumisión de los bárbaros eran elementos habituales del repertorio, pero la confrontación directa era bastante inusual. La dura experiencia venía a reforzar la lección de que el conflicto abierto con los ejércitos romanos,

técnicamente superiores, solía acabar en desastre. A mediados del siglo II, los marcomanos y los cuados llevaban formando parte de este tipo de clientes fronterizos desde hacía más de cien años, lo que hace que la guerra en la que Marco Aurelio estuvo a punto de perder la vida resulte tanto más desconcertante. ¿Por qué unos pueblos que llevaban tanto tiempo siendo clientes, después de cien años de pequeñas escaramuzas, intentaban ahora acabar con el emperador y su ejército en un enfrentamiento militar en toda regla?

El milagro de la lluvia tuvo lugar en medio de una serie de disturbios que se conocen en conjunto con el nombre de Guerras Marcomanas. Pero en ellas intervinieron muchos otros grupos además de los marcomanos de Bohemia, aunque éstos son los protagonistas de algunos de los episodios más célebres de la contienda. La reconstrucción del conflicto dista mucho también de ser fácil. El historiador Dión Casio escribió originalmente un relato completo de la acción, que contenía un número considerable de detalles circunstanciales, pero sólo se conservan algunos fragmentos, y las demás fuentes son muy limitadas. El resultado es una serie de momentos episódicos de acción, cuya relación entre sí a menudo es poco clara. Sobre todo son particularmente enigmáticas dos cuestiones relacionadas entre sí, a saber la envergadura de estas guerras y sus causas. Nuestras fuentes romanas naturalmente se centran en la violencia reinante en la zona fronteriza y en la forma en que dicha violencia salpicó al propio Imperio. Las fuentes históricas y arqueológicas, sin embargo, dejan bien claro que uno de los factores de desestabilización de la zona fronteriza fue la llegada a ella de nuevos grupos germánicos intrusos.

Las Guerras Marcomanas

Marco Aurelio subió al trono en 161 d. C., y los primeros años de su reinado los pasó intentando solventar la amenaza de los partos en la frontera oriental del Imperio en Mesopotamia. Durante ese período, entre otras medidas, tuvo que trasladar a Oriente tres legiones enteras —teóricamente dieciocho mil hombres— desde el Rin y el Danubio, pero a mediados de la década empezaron a gestarse los disturbios en Occidente. En el invierno de

166-167 se afirma que seis mil longobardos y ubios hicieron una incursión de saqueo en la provincia romana de Panonia, la actual Hungría, al sur del Danubio y al sudoeste de los Cárpatos. Los invasores fueron derrotados, pero los disturbios continuaron en esa misma región del curso medio del Danubio. En 168 los marcomanos y los victualos, clientes de los romanos en esta parte de la frontera desde hacía tiempo, exigieron su admisión en el Imperio. Como veíamos en el capítulo anterior, no era nada insólito que grupos extranjeros solicitaran ser admitidos en el Imperio, y de hecho a veces sus peticiones eran concedidas. Esta vez, sin embargo, Marco Aurelio se negó. Quizá no controlara la situación desde el punto de vista militar. Pero en cualquier caso estaba decidido a controlarla.

En 170, el emperador reunió a sus fuerzas en Panonia. Las fuentes contienen indicios de que en ese momento tenía in mente anexionarse formalmente los territorios de marcomanos y cuados. Pero la consiguiente campaña resultó desastrosa. El ejército romano fue rebasado por los marcomanos y, como muchas fortalezas intermedias habían quedado desguarnecidas para que sus tropas participaran en el asalto que tenía planeado, los bárbaros lograron penetrar en la propia Italia. Oderzo fue saqueada y Aquilea sitiada. La Italia romana sufrió su peor desastre desde el siglo III a. C., y los invasores no fueron rechazados por completo hasta finales de 171. Mientras tanto, los desórdenes se extendieron a lo largo de todo el Danubio. Los yáziges, tribu sárмата nómada, y el pueblo germano de los cuados causaban disturbios en la llanura del Danubio central, al oeste de los Cárpatos, mientras que dos grupos vándalos, los astingos y los lacringos, amenazaban las fronteras del norte de la Dacia transilvana (mapa 4). Los costobocos, originarios del nordeste de Dacia, invadieron también Tracia, Macedonia y Grecia, trasladándose presumiblemente hacia el sur flanqueando las laderas de los Cárpatos por el este, y no por el oeste. Al mismo tiempo, la frontera del norte del Rin sufrió graves incursiones de saqueo. El rechazo de todas estas amenazas retrasó los planes de desquite del emperador, y hasta 172 Marco Aurelio no pudo volver a la ofensiva. Dos años de intensas campañas en el curso medio del Danubio, durante las cuales se produjo el milagro de la lluvia, sirvieron para meter en cintura a marcomanos, cuados y yáziges. Bohemia, Eslovaquia y la Gran Llanura Húngara habían sido

pacificadas, pero se empleó casi toda la década siguiente en aplicar una compleja mezcla de contramedidas diplomáticas, destinadas, como siempre, a convertir la victoria militar inmediata en una paz duradera.²

Los fragmentos de Dión Casio que se nos han conservado nos permiten hacernos una idea general de esas campañas, pero no las abarcan en su totalidad. No obstante, las analogías con las estratagemas realizadas dos siglos más tarde en la misma región por Constancio II son sorprendentes. Los reyes hostiles fueron sustituidos por otros más dóciles, sobre todo entre los cuados y los sármatas, donde la destitución de los anteriores protegidos del emperador (Furtio y Zántico, respectivamente) había marcado la adopción de una política abiertamente hostil hacia el Imperio. Los marcomanos y los cuados fueron obligados a aceptar el acantonamiento de veinte mil soldados romanos en una serie de fuertes instalados en sus tierras. Todo esto no viene más que a recordarnos, por supuesto, que pese a los subsidios y los halagos que pudiera conllevar la concesión de ese estatus, ser un rey cliente de los romanos a menudo no era una posición elegida libremente. A algunos grupos (los asdingos) se les permitió trasladarse a nuevos territorios, a otros (los cuados) se les impidió hacerlo, y algunos (los más de tres mil naristos) fueron acogidos incluso dentro del Imperio. Todo esto se hizo según los deseos del emperador y su concepción de lo que iba a ser más útil para los intereses del Imperio. Los naristos eran un pueblo mucho más pequeño que el de los marcomanos, y Marco Aurelio estaba imponiendo sus condiciones con el respaldo de una victoria militar, de modo que, en esta ocasión, no tuvo inconveniente en acogerlos. Asimismo se concedieron o se abolieron privilegios mercantiles según la valoración que hiciera el soberano de la lealtad de cada pueblo, y se restablecieron zonas neutrales de dimensiones diversas. La peligrosa tribu sármata de los yáziges, como les ocurrió a los limigantes en 358, por ejemplo, fue obligada a desplazarse dos veces más lejos del río de donde habitaban antes. En los lugares que al emperador le parecían especialmente sospechosos, fueron establecidas guarniciones romanas y se prohibieron las asambleas regulares en las cuales las tribus trataban las cuestiones políticas. Una vez restaurado el orden y confirmada la autoridad de unos reyes más dóciles, las condiciones se relajaron. Finalmente se permitió a los yáziges regresar a la antigua zona neutral y pasar por la

provincia romana de Dacia para reanudar sus relaciones habituales con otra tribu sármata, la de los roxolanos. Las grandes campañas militares de Marco Aurelio apuntalaron así una compleja red de asentamientos y alianzas diplomáticas, que tenían ciertos ecos ya tradicionales de lo que era la gestión de la clientela por parte de los romanos. Según el comentario de Dión, tal llegó a ser la envergadura del problema —mucho mayor que aquel al que tuvo que hacer frente Constancio en 358— que el trabajo no había sido terminado todavía a la muerte del emperador en 181.³

Pero todavía sigue sin respuesta la pregunta más trascendental. ¿Qué fue ante todo lo que causó los desórdenes?

Según una de nuestras fuentes más importantes, la causa que subyace tras toda esta historia fue un brote de actividad expansionista —que habría implicado cierta dosis de movimiento migratorio— por parte de varios grupos germánicos originarios de Europa central y septentrional:

No sólo los victualos y los marcomanos sembraron por doquier la confusión, sino que hubo también otras tribus, que fueron empujadas por los bárbaros más distantes y se vieron obligadas a retirarse ante ellos, y que estaban dispuestas a atacar Italia si no eran acogidas pacíficamente.

En el viejo Gran Relato, este pasaje fue aprovechado naturalmente como testimonio de que las Guerras Marcomanas marcaron la primera fase de la migración a gran escala desde Germania que acabaría destruyendo el Imperio Romano. Pero el pasaje en cuestión pertenece a la *Historia Augusta*, cuyo testimonio siempre es problemático. Aunque contiene mucha información histórica, en particular cuando trata del pasado más distante, el siglo II d. C., el texto es en general una impostura: una creación de c. 400 d. C., escrita en Roma probablemente por algún miembro del orden senatorial que se hacía pasar por un autor de c. 300. Es imposible saber cuánto peso debemos dar a su testimonio en cada pasaje concreto, pues es difícil determinar qué es lo que se basa en información verídica y qué es un simple invento del autor. Y un escritor de esa época, como veremos en el próximo capítulo, habría tenido ante sí un excelente ejemplo contemporáneo de inmigrantes bárbaros de ascendencia gótica que habían entrado en gran número en el Imperio huyendo de otros «bárbaros más distantes», los hunos. Es perfectamente razonable, pues, adoptar una actitud de profundo escepticismo ante la versión que ofrece

la *Historia Augusta* de los orígenes de los problemas de Marco Aurelio, y un comentarista reciente ha sostenido que su visión de las causas y de la significación en general de la guerra debe ser rechazada por completo. Según esta opinión, todas las ideas del siglo IV deberían ser dejadas a un lado. Las Guerras Marcomanas no deberían ser consideradas el primer embate de un tsunami germánico en ascenso que acabaría anegando al mundo romano. Por el contrario, una vez concluida la guerra con los partos, Marco Aurelio quiso reafirmar la autoridad de Roma en sus fronteras europeas, donde la retirada de las tropas destinadas a Oriente había dado lugar a un aumento de las incursiones de saqueo, pero sin llegar a nada que se saliera de lo normal. Según esta tesis, fue la ferocidad del contragolpe proyectado por el emperador —en otras palabras, la agresión de Roma— lo que puso a toda la frontera en pie de guerra. El pánico hizo que los marcomanos y los cuados fueran los primeros en tomar represalias.⁴

Algunos aspectos de esta reconstrucción son bastante razonables. Hay que tener cuidado con los posibles anacronismos, pero el temor de la agresión romana habría sido sin duda un elemento que habrían tenido en cuenta los bárbaros en sus cálculos. Roma esperaba dictar las condiciones en sus fronteras basándose en su predominio militar, y sus clientes bárbaros seguramente no se harían muchas ilusiones de que la postura del Imperio ante cualquier castigo merecido fuera «justa» o «proporcionada». Los emperadores tenían que demostrar que actuaban con mano dura con los bárbaros y que actuaban con mano dura en la causa de la barbarie. Pero, una vez dicho esto, no encuentro en absoluto convincente la tesis de que en las décadas de 160 y 170 d. C. no ocurrió nada fuera de lo normal. Es muy importante no pasar de una visión demasiado simplista de estas guerras —que haría de ellas el comienzo del gran contragolpe germánico contra el imperialismo romano— a otra igualmente simplista, esto es, que fueron un rifirrafe de frontera totalmente normal. Aun dejando a un lado los paralelismos con el siglo IV, posiblemente erróneos, las guerras supusieron un conflicto fronterizo de una magnitud sin precedentes, y lo que podemos reconstruir acerca de sus causas indica que intervinieron en ellas fuerzas importantes.

En primer lugar, la magnitud. La extensión geográfica de los ataques fue extraordinaria. A comienzos de la década de 170, había graves problemas en la frontera norte del Rin, en la llanura de la cuenca central del Danubio, y en los extremos norte y este de Dacia, es decir, más o menos en todas las fronteras europeas de Roma. Incluso las rebeliones más graves del siglo I no habían convulsionado nunca al mismo tiempo más que la zona del Rin y el curso medio del Danubio y, por otra parte, estamos ante una crisis a todas luces muy distinta de la que provocaron las ambiciones de Cnodomario en el siglo IV, que, como veíamos en el capítulo anterior, causaron disturbios sólo en un sector de la frontera. Además, estas guerras duraron casi quince años. En el siglo IV, la mayoría de los conflictos fronterizos que tenemos bien documentados nunca tardaron más de dos o tres años en concluirse, y ni siquiera el que protagonizó Cnodomario apenas superó los cinco. La geografía y la cronología bastan, pues, para indicarnos que lo que ocurrió en esta ocasión fue algo serio.

El aspecto más difícil de captar de estas guerras es su magnitud numérica. ¿Cuántas personas se vieron envueltas exactamente en ellas durante esta década y media? Los testimonios directos son mínimos. La única cifra de que disponemos es la noticia de Dión, quien afirma que seis mil longobardos y ubios participaron en el ataque inicial sobre Panonia. Si es correcta, representaría una fuerza importante, pero no excesiva (comparada, pongamos por caso, con la cifra de hombres reunidos por los alamanes en Estrasburgo). Por lo demás, los testimonios son implícitos y/o impresionistas. El número de tropas romanas que participaron al menos en algunas de las campañas llevadas a cabo en la cuenca media del Danubio fue a todas luces grande; al comienzo de su gran contraofensiva, por ejemplo, Marco Aurelio movilizó dos legiones completamente nuevas (doce mil hombres).

Algunos de los daños causados fueron además graves, no sólo en Italia, sino también al oeste de la frontera del Bajo Rin, desde la costa de Bélgica hasta el Somme, donde algunas ciudades romanas como Tarvena (Thérouanne), Bagacum (Bavay), y Samarobriva (Amiens) quedaron reducidas a cenizas. La participación de suficientes marcomanos y cuados como para matar a un prefecto y plantear una seria amenaza para la vida del emperador indica asimismo que se trató de una gran guerra, al igual que el

hecho de que Marco Aurelio pudiera erigir de manera plausible un gran monumento en Roma para conmemorar su victoria. El autobombo y la propaganda que significa la columna son inequívocos, pero otras columnas anteriores, como la de Trajano, habían sido utilizadas para dar publicidad a victorias conseguidas en grandes guerras (en el caso de este último, la conquista de Dacia). El hecho de que Marco Aurelio pudiera erigir un gran monumento en honor de sí mismo sin hacer el ridículo resulta una vez más significativo. Si realmente queremos rebajar la magnitud de la acción, podemos justificar el rechazo de algunos de estos testimonios aislados, pero, tomados en conjunto, es inevitable llegar a la conclusión de que las Guerras Marcomanas supusieron un suceso totalmente fuera de lo normal en las relaciones entre Roma y sus vecinos bárbaros.⁵

Lo mismo da a entender el elemento del desplazamiento geográfico —a veces claramente en forma de migración— que constituye un sorprendente subtema de estas guerras. Una vez más, difieren notablemente de los conflictos fronterizos del siglo I. Los longobardos y los ubios, cuyo ataque contra Panonia inauguró las acciones, por ejemplo, parece que se trasladaron a unos ochocientos kilómetros al sur del Bajo Elba, donde eran situados por Tácito a finales del siglo I y por Ptolomeo a mediados del II, sólo media generación antes de que comenzaran las guerras. Su viaje hacia el sur no está documentado, pero la ruta más natural habría sido remontar el Elba, una de las principales arterias en sentido norte-sur de Europa, hasta Bohemia, antes de atravesar el valle del Morava y entrar en la llanura del Danubio (mapa 4). De ser así, habrían seguido una de las principales rutas de Europa central, la misma que doscientos cincuenta años antes habían tomado cimbrós y teutones. No sabemos si esos longobardos y ubios eran unos saqueadores que siempre habían tenido la intención de volver a sus tierras con el botín obtenido, o si pretendían reasentarse con carácter permanente en la región de la frontera. En el caso de otros pueblos, el deseo de traslado con carácter permanente está mucho más claro. Eso es lo que ocurre, desde luego, con los grupos vándalos que también emigraron al sur en el curso de estas guerras, en este caso recorriendo una distancia más corta desde el centro de Polonia, y que intentaron, con cierto grado de complicidad por parte de los romanos, apoderarse del territorio de los costobocos, en los confines de Tracia. Con el

fin de apaciguar la crisis, los romanos decidieron, como hemos visto, acoger en el Imperio a los naristos, y anteriormente los marcomanos y los victualos habían solicitado que se les dispensara un trato similar. No es que todos los proyectos de reasentamiento tuvieran como objetivo la región fronteriza del Imperio Romano. En un determinado momento Marco Aurelio decidió actuar para impedir que los cuados emigraran en conjunto hacia el norte, al territorio de los semnones, en el curso medio del Elba.⁶

Llegados a este punto, no conviene entusiasmarse demasiado. Nada de lo dicho indica que se produjera una oleada imparable de migraciones bárbaras procedentes del norte, y los marcomanos, cuados y yáziges seguramente aprovecharon el hecho de que se desencadenaran los disturbios para llevar a cabo su programa de acumulación de riquezas. Algunos de los intrusos que emigraron a las regiones fronterizas también iban sólo a saquear. Aun así, eso basta para darnos a entender que los grupos germánicos de la zona fronteriza, en su mayoría reinos clientes semi-sometidos del Imperio, no enemigos acérrimos suyos, se vieron atrapados en la guerra en parte al menos debido a la aparición de grupos de población intrusa, y hasta cierto punto reclamaron de hecho —según dijeron— la ayuda de los romanos. Balomario, rey de los marcomanos, en un momento dado se presentó ante Marco Aurelio como portavoz de las delegaciones de un total de once pueblos fronterizos cuyo hábitat habitual se veía amenazado por la presión procedente del norte.⁷ Si dejáramos las Guerras Marcomanas en este punto y hacia 1970 habríamos tenido que hacerlo, todo esto resultaría muy intrigante, pero acabaríamos sintiéndonos frustrados. Las fuentes históricas solas no nos permiten hacernos una idea real del panorama general del que las luchas de Marco Aurelio con los marcomanos y los cuados no fueron más que una parte. Sin embargo, más o menos durante la última generación de estudios académicos ha salido a la luz una enorme cantidad de nuevos testimonios arqueológicos que han contribuido de forma espectacular a que conozcamos mucho mejor lo que sucedió en el norte de Germania durante el siglo II.

Ya el hecho de que existan esos testimonios es un producto colateral fascinante de la Guerra Fría. Antes de 1939 habían sido excavados numerosos yacimientos en la Europa central y del este, pero durante la conflagración llegaron a perderse tantos hallazgos que los estudios tuvieron

que reanudarse prácticamente de cero, y buena parte del impulso, el personal y la financiación para ello vino de un sector muy concreto: los estados del bloque del este surgido bajo la hegemonía de la Unión Soviética. Esos estados lograron conjugar dos intereses que, a primera vista, habrían sido incompatibles. Por un lado, eran vigorosamente nacionalistas. Dicho nacionalismo se expresaba arqueológicamente a través del deseo de demostrar que sus actuales habitantes eran los últimos descendientes de una población indígena que había ocupado continuamente el mismo territorio de manera perfectamente clara desde el pasado más remoto. Esta actitud se combinaba con un sano interés por demostrar la verdad del desarrollo histórico de la Antigüedad tal como lo habían esbozado en el siglo XIX los señores Marx y Engels, pese al hecho de que, como ya hemos apuntado, para los marxistas cualquier tipo de identidad nacional no podía ser más que una falsa conciencia. Por estas dos razones, la investigación del pasado remoto era considerada el no va más en los países del telón de Acero, y el resultado fue un enorme desarrollo de estos estudios bajo el patrocinio del estado. Cuando las leemos hoy día, los ecos ideológicos de algunas de las publicaciones generadas por toda esta labor, particularmente las de los años cincuenta y sesenta, son como para poner los pelos de punta. Pero hubo muchos estudiosos que se negaron obstinadamente a rendirse al extraordinario peso de las expectativas que el nacionalismo marxista oficial había depositado en el pasado, y, o bien alabando la línea oficial sólo por cumplir o bien ignorándola por completo, llevaron a cabo sus investigaciones con gran integridad. Incluso en la época estalinista se llevó a cabo una labor tremendamente importante basada en todos los nuevos hallazgos, y en los años setenta y ochenta muchas comunidades académicas de la Europa del este ya habían alcanzado una libertad intelectual casi completa.⁸

Una consecuencia directa de todo esto es la imagen mucho más clara que tenemos hoy día de los principales sistemas de culturas materiales de la Europa predominantemente germánica de la época imperial, y en particular la identificación de la cultura de Wielbark, al norte de Polonia, como entidad reconociblemente distinta de su vecina inmediata, la cultura de Przeworsk, un poco más al sur, que ya había sido identificada e investigada de forma relativamente exhaustiva en el período de entreguerras. Hay muchas

semejanzas entre las dos, pero también hay diferencias de detalle —por ejemplo, en la decoración de la cerámica o la fabricación de las armas— y otras de mayor magnitud que distinguen una de otra. Los varones de la cultura de Wielbark no eran enterrados nunca con armas, mientras que los de la de Przeworsk a menudo lo eran; por otra parte los cementerios de Wielbark con frecuencia nos permiten ver una mezcla de ritos de cremación y de inhumación, mientras que las poblaciones de Przeworsk sólo eran incineradas. Estas diferencias indican la existencia de unas creencias bastante distintas acerca del más allá.

Lo que hace que esas identificaciones sean tan importantes para las Guerras Marcomanas es que la plétora de nuevos hallazgos ha permitido también desarrollar sistemas de datación arqueológica de los restos mucho más fiables. Kossinna —el terrible fundador de la historia de la cultura— había empezado a hacerlo utilizando la intersección de dos elementos. En primer lugar, sus colegas y él sentaron el principio del uso de la evolución estilística para establecer cronologías relativas dentro de una determinada «cultura». La aparición de diseños más desarrollados de un objeto en concreto, o de formas más sofisticadas del mismo tipo de decoración se presumía —razonablemente, de hecho— que era posterior a las formas más simples, y que éstas por tanto eran más antiguas. En principio este enfoque puede aplicarse a cualquier tipo de objeto, pero el método se aplicó originalmente sobre todo a la cerámica. Los primeros investigadores intentaron luego utilizar hallazgos ocasionales de objetos datables de forma más precisa, a menudo monedas romanas en medio de restos germánicos, para evaluar las secuencias estilísticas frente a una cronología más absoluta. Si una moneda de 169 d. C. aparecía junto a un tipo particular de cerámica, era evidente que ese tipo de cerámica había sido fabricada después de esa fecha. Hasta ahí muy bien, pero el intervalo de tiempo entre la producción y la colocación final en su sitio de los objetos susceptibles de ser datados era siempre una conjetura y podía dar lugar a conclusiones profundamente erróneas, pues hoy día sabemos que las monedas romanas de plata de buena calidad de los siglos I y II siguieron circulando ampliamente en la Europa bárbara por ejemplo en el siglo IV.

Aplicando este planteamiento básico al conjunto de materiales de los que disponemos desde 1970, los especialistas pudieron fijar secuencias de desarrollo estilístico para un número mucho mayor de objetos: armas, hebillas, joyas y peines, entre otros. Esto dio mucha más seguridad a la datación de los hallazgos, pues podía basarse en los materiales existentes en un determinado tesoro, y no en un solo objeto, y, en consecuencia, la cronología de esos grandes sistemas culturales predominantemente germánicos puede dividirse ahora en distintas fases, cada una de las cuales se define habitualmente por la asociación de determinados tipos de armas con determinadas formas de broches, hebillas, vasijas y peines. En particular ha hecho que resulte infinitamente más fácil identificar el objeto indebido que ocasionalmente había seguido estando en uso desde una época anterior y cuya inclusión en una tumba de fecha posterior habría llevado en otro momento a falsear los cálculos de datación.⁹

Todo esto tiene que ver con las Guerras Marcomanas porque gracias a las nuevas investigaciones se supo que desde mediados del siglo II d. C. aproximadamente empezaron a desarrollarse unas transformaciones espectaculares en la configuración de los sistemas de culturas materiales germánicas o predominantemente germánicas existentes en el territorio de la actual Polonia. En particular, el sistema cultural de Wielbark empezó a extenderse hacia el sur desde Pomerania hasta el norte de la Gran Polonia (entre los ríos Notec y Warta), y hacia el sudeste más allá del Vístula hasta Masovia (mapa 4). En el pasado, la identidad de los grupos de población que se ocultaban tras este conjunto de restos había dado lugar a un agrio debate debido a su potencial relevancia para la espinosa cuestión de los orígenes de los eslavos, pero en la actualidad casi todo el mundo admite que la cultura de Wielbark incorporaba zonas que durante los dos primeros siglos de la era cristiana estuvieron dominadas por los godos, rugios y otros pueblos germanos, aunque su población no era originalmente (o todavía no era) de lengua germana. Sin embargo, los nuevos territorios en los que los restos de la cultura de Wielbark empezaron a expandirse a partir de c. 150 habían estado ocupados anteriormente por una población cuyos restos materiales pertenecían al sistema cultural de Przeworsk. Esta cultura ha sido asociada tradicionalmente con los vándalos, pero desde luego abarcaba también a otros

grupos de población. Como la mayoría de esas zonas culturales, ésta era tan grande que debió de incluir a varios de los grupos germánicos de los siglos I y II mencionados por Tácito y Ptolomeo.

Lo importante, sin embargo, no son las identificaciones concretas, sino el mero hecho de la expansión de la cultura de Wielbark. La coincidencia cronológica en este sentido es demasiado sorprendente para que la desechemos sin más. La expansión de Wielbark —que indicaría una importante revolución del tipo que fuera en el norte de Polonia— se produjo más o menos por la misma época que las Guerras Marcomanas. Tuvo que estar asociada con ellas de alguna forma, y demuestra que los disturbios en las fronteras que aparecen reseñados en las fuentes romanas estaban relacionados con una serie general de convulsiones que afectaron a un amplio sector de la Europa dominada por los germanos. Lo que los testimonios arqueológicos no pueden aclarar en este momento es si se trata de una relación de causa o de efecto. Incluso la mejora de las cronologías estilísticas no permite datar los restos más que por fases de unos veinticinco años aproximadamente cada una, y siempre hay solapamientos cronológicos entre fases contiguas. En este caso, un arco de veinticinco años es lo bastante grande para que la expansión de Wielbark pudiera ser la causa o el efecto de las Guerras Marcomanas. Se necesitarían unas fechas más precisas por carbono 14 o por dendrocronología para tener una mayor claridad sobre este punto, y sin duda podrán obtenerse en un futuro, pero de momento tenemos que dejar abierta la cuestión.¹⁰

Tampoco está claro cómo deberíamos enfocar la historia humana que se oculta tras la expansión del sistema de Wielbark. Las zonas arqueológicas son los restos materiales de sistemas, no de cosas, de modo que una expansión por el área geográfica de un sistema cultural a expensas de otro no tiene por qué representar un acto de conquista, como habría asumido automáticamente Kossinna. En principio, la expansión podría ser la consecuencia de muchos tipos distintos de desarrollos: conquista o anexión, por supuesto, pero también extensiones de los patrones comerciales, de las estructuras de creencias, etc. En este caso, parece claro que la expansión de Wielbark representó hasta cierto punto la aculturación de las poblaciones de Przeworsk ya existentes y su adaptación a las nuevas normas culturales de

Wielbark, más que su total sustitución por inmigrantes de Wielbark. Como nos muestra el mapa 4, en algunas necrópolis los restos del tipo Wielbark sustituyeron a sus predecesores de Przeworsk sin que se produzca ninguna laguna entre ellos, y sin que se aprecien signos evidentes de discontinuidad en su uso. Por consiguiente, quizá estemos aquí ante una población de Przeworsk que adoptó los nuevos hábitos funerarios de Wielbark en lo tocante a las armas y a la inhumación, y presumiblemente también, por tanto, los modelos concretos de creencias que se ocultan tras dichos hábitos. Pero incluso un cambio tan grande como ése no se produjo en el vacío. Algo debió de inducir a esas poblaciones de Przeworsk a cambiar unos hábitos de vida — o mejor dicho de muerte— profundamente arraigados. Los testimonios arqueológicos no nos dicen qué es lo que pudo ser. En mi opinión, la respuesta más probable es cierto grado de influencia política, pues incluso la imitación cultural suele seguir los pasos del prestigio político.

Igualmente importante es el hecho, por lo demás concomitante con cualquier proceso de aculturación, de que la expansión de Wielbark comportó también un desplazamiento de población hacia el sur desde el norte de Polonia. Este fenómeno está reflejado en las fuentes históricas. C. 200 d. C., por ejemplo, el ejército romano podía reclutar ya a godos —uno de los antiguos grupos de Wielbark— que vivían en los confines de Dacia. Cien años antes, los territorios góticos estaban demasiado lejos de la frontera para que pudiera ocurrir algo así. Pero los materiales arqueológicos son ya de por sí muy sugerentes. La densidad general de yacimientos de Wielbark había ido aumentando progresivamente desde comienzos del primer milenio d. C. Determinados asentamientos tuvieron una vida muy breve, siendo habitados y deshabitados con relativa rapidez durante los siglos I y II de la era cristiana, lo que refleja la incapacidad de su población de mantener la fertilidad de los campos más allá del corto plazo. Pero existe también un modelo más amplio. En cada período de veinticinco años a partir del nacimiento de Cristo, hubo un número total cada vez mayor de los asentamientos utilizados en las zonas de la cultura de Wielbark. Esto indica un crecimiento de la población, que permitiría explicar tanto el desplazamiento hacia el sur en dirección a los Cárpatos, circunstancia que a su vez permitiría a los romanos integrar en sus ejércitos reclutas góticos, como la presión general aplicada por la cultura de

Wielbark sobre sus vecinos más inmediatos de Przeworsk, en el centro de Polonia. Como hemos visto, los testimonios acerca de la producción agrícola en la Europa germánica sugieren, en efecto, que su población creció de un modo sustancial durante la época imperial romana, de modo que esta imagen dista mucho de no ser plausible. En tal caso, el crecimiento de la población de Wielbark quizá planteara a algunos de sus vecinos de Przeworsk un duro dilema: o dejarse absorber por el sistema de Wielbark o buscar territorios alternativos.¹¹

Desde luego hay muchas más cosas que idealmente nos gustaría saber, y resulta en especial decepcionante no poder tener la seguridad de si la expansión de Wielbark fue anterior o posterior a los quebraderos de cabeza que tuvo Marco Aurelio en la frontera. No obstante, la historia y la arqueología se combinan aquí bastante bien para demostrar que la guerra fue bastante inusual en su magnitud y su duración, y para sugerir que una de las causas de que así fuera fue el papel desempeñado por grupos de población intrusos que se trasladaron a la región de la frontera desde tierras lejanas. No es sólo el testimonio por lo demás poco convincente de la *Historia Augusta* el que nos sugiere que en los acontecimientos de las Guerras Marcomanas intervino un gran número de gentes que iban de un sitio a otro. Algunos fragmentos de la *Historia* mucho más fiable de Dión Casio sugieren lo mismo, y la expansión de Wielbark añade una nueva dimensión a nuestra interpretación de lo que estaba sucediendo. Todo ello basta para demostrar que las Guerras Marcomanas no pueden entenderse como un suceso ligeramente más violento que el típico rifirrafe fronterizo. Y la tentación de considerarlas un auténtico punto de inflexión se ve reforzada si dirigimos nuestra atención al siglo III, cuando la expansión de Wielbark aumentó su fuerza y nuevas migraciones germánicas remodelaron por completo el mundo de las fronteras de Roma.

Hasta el mar Negro y más allá

Las contramedidas de Marco Aurelio apaciguaron la crisis inmediata de la década de 160 de manera bastante eficaz y la paz volvió a las fronteras europeas de Roma durante casi dos generaciones. El siglo III, sin embargo,

sería testigo de nuevos disturbios incluso de mayor envergadura. Los problemas empeoraron por la subida al poder en esa misma época de la dinastía sasánida, hecho que convirtió el Oriente Próximo, equivalente en buena parte a los modernos Irak e Irán juntos, en una superpotencia capaz de rivalizar con Roma. Los Sasánidas representaron con mucho la mayor amenaza, pues destruyeron los ejércitos de tres emperadores romanos, capturando incluso al último de ellos, Valeriano, al que hicieron desfilar encadenado detrás de Sapor I, el «Shah-an-shah», «Rey de reyes», sasánida. Cuando murió Valeriano, desollaron su cadáver y conservaron su piel como trofeo de guerra. Naturalmente esta nueva amenaza obligó a trasladar los recursos militares de Roma a Oriente, y los acontecimientos ocurridos en el Rin y el Danubio deben ser vistos en este contexto. Si los Sasánidas no hubieran entrado en la historia en ese momento, los antagonistas europeos de Roma en el siglo III nunca habrían gozado de tanta libertad de acción.¹²

En Europa occidental, en las fronteras del Rin y del Alto Danubio, la crisis del siglo III supuso un número moderado de migraciones y una gran dosis de reorganización política. Ésa fue precisamente la época en la que empezaron a surgir las nuevas confederaciones germánicas que examinábamos en el capítulo anterior. Los alamanes aparecen por primera vez como enemigos de Roma en 213, cuando el emperador Caracalla lanzó una campaña contra ellos no se sabe muy bien si de carácter punitivo o preventivo. Los alamanes planteaban ya presumiblemente en aquel momento una amenaza de algún tipo, pero limitadas como son, nuestras fuentes indican que esa amenaza aumentó de forma espectacular a partir de la década de 230. En 242 tuvo lugar un ataque alemán particularmente violento, y parece que las incursiones de saqueo fueron luego más o menos continuas durante las décadas de 240 y 250, aunque semejante impresión proviene de una serie de testimonios dispersos y fragmentarios de carácter histórico y arqueológico, pero sobre todo de los hallazgos de tesoros de monedas escondidas, pues no se conservan fuentes narrativas continuas. Hacia 260, como muy tarde, sin embargo, los alamanes y otros grupos de la región estaban causando problemas de bastante gravedad. Algunos habían empezado ya a recibir subsidios de Roma, y un célebre altar votivo encontrado en Maguncia recuerda un contragolpe romano en el que fueron recuperados miles de

cautivos que los bárbaros habían hecho en una incursión en Italia. Lo más sorprendente de todo es que en 261 más o menos (el estado romano nunca proclamaba a los cuatro vientos sus derrotas), los llamados Campos Decumates, territorio que había sido ocupado ya a comienzos del siglo I (mapa 5), fueron abandonados.

Hasta donde sabemos, no fue exactamente una conquista alamanica. Fue más bien que el emperador reinante en aquellos momentos en Occidente, Póstumo, decidió retirar de la región las tropas que tan necesarias eran allí para destinarlas a la defensa de otras zonas estratégicamente más importantes. La medida, no obstante, constituye un excelente testimonio del nivel de presión ejercido sobre la frontera, aparte de que la retirada de las tropas no logró resolver el problema. A finales de la década de 260 y mediados de la de 270 tenemos noticia de más ataques de los alamanes, una viva evidencia de los cuales ha salido a la luz en forma de los trece desgraciados a los que asesinaron brutalmente, desmembraron y arrancaron en parte la cabellera antes de arrojarlos al pozo de su granja en Ratisbona-Harting. La situación en la nueva frontera quedó estabilizada finalmente gracias a posteriores campañas de los romanos a finales del siglo III y comienzos del IV, en tiempos de los Tetrarcas y del emperador Constantino, dando inicio al modelo más estable de relaciones con estados clientes propio del siglo IV que examinábamos en el capítulo 2.¹³

Aunque esta crisis se vio claramente estimulada en gran parte por el nuevo poderío militar que fue una de las consecuencias del desarrollo general de los germanos y de las nuevas confederaciones políticas generadas por él, también desempeñaron un papel significativo dos flujos migratorios. En primer lugar, como consecuencia de la retirada de los romanos, los alamanes se trasladaron a los Campos Decumates, que es donde estaban felizmente instalados en el siglo IV. No venían de muy lejos. Se ha discutido mucho qué es lo que significaba exactamente ser alaman en el siglo III, y volveremos sobre la cuestión más adelante a lo largo del presente capítulo. Pero todos los testimonios físicos provenientes de los Campos Decumates —joyas, tipos cerámicos y formas de enterramiento— indican que los orígenes de sus

nuevos dueños germánicos no estaban muy lejos y se encontraban un poco más al este, en las tierras del llamado triángulo germánico del Elba, al oeste de este río, con Bohemia al sur y Mecklenburgo al norte (mapa 5).

En segundo lugar, justo detrás de los alamanes del siglo IV, pero todavía ocasionalmente al alcance de la diplomacia romana, estaba el territorio de los burgundios. A diferencia de los alamanes, que constituyen una formación política enteramente nueva del Bajo Imperio, los burgundios ya eran conocidos por Tácito y por Ptolomeo en los siglos I y II d. C. En esa época ocupaban unas tierras situadas mucho más al este (correspondientes a la actual Polonia). En otro tiempo habían formado parte del mundo de los vándalos, y habitaban más o menos entre el Óder y el Vístula. Así pues, en el siglo IV algunos burgundios habían emigrado unos quinientos kilómetros hacia el oeste. Los testimonios históricos indican que en ese momento se habían establecido más o menos en la cuenca media del río Meno, y disponemos de alguna confirmación arqueológica en este sentido. Los materiales no son muy abundantes, pero más o menos por la misma zona ha sido excavado un conjunto de enterramientos de espadas. Los materiales encontrados en las tumbas se parecen a otros objetos asociados con pueblos del triángulo germánico del Elba. Sin embargo debemos reconocer el carácter limitado de los testimonios. Hasta el siglo III y desde luego más tarde todas las poblaciones germánicas orientales quemaban a sus muertos, y las tumbas de espadas del Meno son inhumaciones. Los testimonios históricos sitúan además con absoluta seguridad a los burgundios del siglo IV en el valle del Kocher, pero allí no se han encontrado materiales de germanos orientales. Está bastante claro, pues, que hubo algunos movimientos migratorios de alamanes y de burgundios, pero su naturaleza, su magnitud y sus causas deben ser examinadas con cuidado.¹⁴

Si la crisis del siglo III fue bastante grave en el Rin, la actividad fue mucho más explosiva un poco más al este. Mientras que las Guerras Marcomanas se desarrollaron sobre todo en la llanura de la cuenca media del Danubio, esta vez los peores combates tuvieron lugar al este de los Cárpatos, en el amplio territorio que bordea la costa septentrional del mar Negro. Comenzaron en 238, cuando tenemos noticia de un ataque de los godos contra la ciudad de Histria, cerca del punto en el que el Danubio desemboca

en el mar Negro (mapa 6). Se inauguró así una primera serie de grandes ofensivas de los godos contra el Imperio Romano, lanzadas todas ellas contra la zona fronteriza del Bajo Danubio, entre los Cárpatos y el mar Negro. Es imposible reconstruir un relato completo de esos ataques, pero llegaron a su punto culminante en torno al año 250. En 249, la ciudad de Marcianópolis, en la parte oriental de los Balcanes, fue saqueada por los seguidores de dos caudillos godos, Argait y Gunterico, y enseguida se produjo una escalada de la violencia.

En la primavera de 250, otro caudillo gótico llamado Cniva invadió la frontera romana y cruzó el Danubio a la altura de la antigua fortaleza legionaria de Esco, que custodiaba uno de los vados más cómodos del río. Luego se dirigió al corazón de los Balcanes, conquistando la ciudad de Filipópolis (la actual Plovdiv, en Bulgaria), al sur del monte Hemo, donde pasó el invierno. Al año siguiente, el emperador Decio intentó cortar el paso a los godos en retirada, pero fue derrotado y muerto en Abrito.¹⁵ Fue un desastre terrible. Por un lado, fue peor incluso que la famosa derrota del Bosque de Teutoburgo. Por primera vez, un emperador reinante había resultado muerto en una batalla contra los bárbaros. Por otra parte, en cambio, la situación era menos grave de lo que pudiera parecer. En el momento de la muerte de Decio, el Imperio se hallaba inmerso en una enorme convulsión política interna, efecto de la tremenda crisis causada dentro del sistema romano por la aparición de la superpotencia rival de los Sasánidas. Decio reinaba sólo en una parte de Europa y del norte de África, y había combatido al frente sólo de un porcentaje relativamente pequeño del ejército imperial. Aquella fue una gran derrota, pero la pérdida de tropas no fue tan grande que planteara una amenaza estructural a la integridad del Imperio. Así lo ponen de manifiesto los acontecimientos posteriores. En 253 y 254 se produjeron más ataques a este lado del Danubio, pero no consiguieron gran cosa, y los godos abandonaron posteriormente la línea de ataque danubiana. La conclusión natural es que los sucesores de Decio lograron bloquearla eficazmente.

Poco después, algunos grupos mixtos de saqueadores explotaron una segunda línea de ataque, cruzando el mar Negro y pasando a Asia Menor en barco en tres campañas sucesivas, de 255 a 257.¹⁶ La primera expedición,

que resultó fallida, fue dirigida contra Pitiunte, en la costa del sudeste del mar Negro. La segunda fue más afortunada y logró saquear el objetivo del año anterior y la ciudad de Trapezunte (la actual Trebisonda/ Trabzon). Estas primeras incursiones de saqueo fueron llevadas a cabo por un pueblo al que nuestras fuentes llaman los «boranos», nombre que quizá sólo signifique «los del norte». En la tercera expedición, según parece la más numerosa, la de 257, se cita explícitamente a los godos y la ofensiva causó una devastación generalizada en Bitinia y en la Propóntide, provocando graves daños a las ciudades de Calcedonia, Nicomedia, Nicea, Apamea y Prusa. En nuestras fuentes se produce a continuación una laguna —que, a pesar de todos los problemas, probablemente refleje el cese de los ataques o la disminución de su intensidad— hasta el año 268, cuando una expedición marítima de gran envergadura zarpó de la costa norte del mar Negro. Una vez más estaba compuesta en parte por godos, pero también por otros pueblos germánicos, entre otros los hérulos. La nueva expedición no cruzó directamente el mar Negro. Recorrió el litoral del norte y el este del Ponto, permaneciendo siempre a la vista de la costa y saqueando algunas ciudades de la zona, como Anquíalo. Otros ataques contra Tomos, Marcianópolis, Cízico y Bizancio fueron repelidos. Los invasores cruzaron entonces los Dardanelos y se dispersaron por el Egeo. Por primera vez, unos invasores procedentes del norte habían logrado penetrar en el lago de Roma, el Mediterráneo. Una vez allí, la expedición se dividió en tres grandes grupos, que atacaron respectivamente la zona del norte de los Balcanes en torno a Tesalónica, el Ática y el hinterland de la costa de Asia Menor. El emperador Galieno inició el contraataque en los Balcanes, pero fue su sucesor Claudio el que infligió en 269 una derrota total a los grupos que se habían establecido en los Balcanes, ganando por sus esfuerzos el sobrenombre del «Gótico», o «vencedor de los godos». Los combates contra los hérulos en las cercanías de Atenas fueron comandados entre otros por el historiador Dexipo, mientras que el tercer grupo de invasores, que iba capitaneado por Respa, Veduc y Turuar, acabó siendo arrojado de nuevo al mar Negro en 269, tras sufrir una derrota en toda regla. Las islas de Rodas y Chipre fueron asoladas, lo mismo que las ciudades de Side e Ilio, en el continente. La víctima más espectacular de los saqueadores quizá fuera el legendario templo de Diana en Éfeso.¹⁷

La reacción de los romanos fue feroz. No sólo fueron derrotados los tres grupos, sino que ninguna otra gran incursión de saqueo volvió a traspasar los Dardanelos. Como en el caso del Danubio tras la derrota de Decio, sólo podemos conjeturar que se pusieron en marcha contramedidas eficaces para taponar esa línea de ataque. No es que aquello supusiera el fin del problema gótico. En 270 tuvo lugar otro ataque a través del Danubio, cuando fueron saqueadas Anquíalo y Nicópolis, pero en 271 el nuevo emperador Aureliano marchó al frente de sus tropas al norte del río e infligió una derrota total a un líder godo llamado Canabaudes, que presumiblemente había sido el responsable de los últimos desmanes. El contragolpe de Aureliano cortó de raíz la nueva amenaza. A mediados de la década de 270 se produjeron otras incursiones por mar, que permitieron en particular el saqueo de la región del Ponto, pero no hubo más ataques contra los Balcanes romanos a través del Danubio. Con la derrota infligida a los godos, el emperador no sólo trajo un poco de alivio a la zona, sino que además planeó la evacuación de la Dacia transilvana.¹⁸

Como en el caso de la retirada análoga de los Campos Decumates en Occidente, nuestra información acerca del abandono de Dacia es limitada. Pero tanto los testimonios narrativos como los tesoros de monedas hallados indican que la mayoría de los ataques del siglo III sobrepasaron las fronteras de Dacia y llegaron a los Balcanes propiamente dichos, o cruzaron el mar Negro y pasaron a Asia Menor, en vez de afectar directamente a la provincia. Una vez más, daría, pues, la impresión de que esta retirada fue más bien una medida estratégica y no una huida precipitada como consecuencia de un desastre militar directo. En cierto sentido, Aureliano probablemente tuviera en mente recortar sus líneas fronterizas. Dacia era una excrecencia al norte del Danubio que había que defender por tres lados. Evacuándola, la frontera romana en el sudeste de Europa podía reducirse aproximadamente en ochocientos kilómetros. Daba además a los turbulentos extranjeros un nuevo trozo de carnaza por el que pelearse, distrayéndolos para que no efectuaran más ataques contra territorio romano. Eutropio, autor del siglo IV, señala que Dacia estaba dividida «ahora» (en 369) entre los taifalos, los victohalos y los tervingos. La combinación de triunfo militar y de retirada estratégica empleada por Aureliano sirvió para reducir notablemente los ataques a través

de la frontera, pero pasaría otra generación hasta que quedara completamente restaurado el orden en la frontera danubiana de Roma.¹⁹ Como en el Rin, fueron precisas nuevas campañas de los Tetrarcas y de Constantino para obligar por completo a los godos y a otros pueblos a aceptar la condición de semiclientes en la que los encontramos en el capítulo anterior.

¿Pero quiénes eran exactamente los godos que aparecen con tanta fuerza en los disturbios del siglo III, y qué se oculta detrás de esas dos o tres generaciones marcadas por grandes turbulencias en las fronteras romanas del este de Europa?

No cabe la menor duda de que la aparición del predominio gótico supuso una revolución total del carácter de la amenaza a la que tuvo que hacer frente el Imperio Romano al otro lado de su frontera del Bajo Danubio. Durante los siglos I y II d. C., Roma se había enfrentado en este teatro de operaciones sobre todo a una mezcla de sármatas nómadas de lengua irania y de poblaciones sedentarias que hablaban dacio. En el siglo IV, los grupos etiquetados como «godos» se habían convertido en el principal objetivo de las campañas militares y de la diplomacia romana en la región. Los godos tervingos se convirtieron, como veíamos en el capítulo 2, en el principal cliente del Imperio al otro lado del Bajo Danubio, y según demuestran con tanta claridad los sucesos que acabamos de resumir, el siglo transcurrido entre una fecha y otra experimentó un incremento enorme de la amenaza militar que se le presentaba al Imperio al otro lado de sus fronteras terrestres y marítimas. Durante los siglos I y II no había habido ataques a través de Dacia, del mar Negro o de los Dardanelos de una envergadura semejante.

La respuesta tradicional a estas observaciones ha sido siempre suponer que la migración germánica fue un elemento fundamental de esta revolución estratégica. Los «godos» no fueron en ningún momento una presencia conocida al norte del mar Negro durante los siglos I y II d. C., cuando sármatas y dacios son los únicos grupos mencionados en la región. Los únicos godos de los que oímos hablar en esta época estaban establecidos al norte de Polonia. ¿Así pues, juego, set y partido para la migración? Bueno, pues no exactamente. Michael Kulikowski ha afirmado recientemente que la teoría tradicional de la situación que se desarrolló al norte del mar Negro es una fantasía «inducida por los textos». Se trata de una expresión tomada en

préstamo de la jerga de los arqueólogos (aunque Kulikowski no lo es), y se usa para describir una situación en la que la interpretación de los testimonios arqueológicos se ve distorsionada por el afán de hacerlos coincidir con los testimonios históricos disponibles. En este caso, entre los diversos materiales históricos del siglo III de los que disponemos, ninguno de ellos maravilloso que digamos, tenemos una historia gótica del siglo VI, escrita por un personaje llamado Jordanes, que habla de la migración de los godos al mar Negro al mando de un rey llamado Filimero. Esta noticia, sostiene Kulikowski, no sólo tiene poca credibilidad en sí misma, sino que además ha ejercido una influencia indebida en la forma en la que historiadores y los arqueólogos han contemplado el resto de testimonios. Sin ella, en su opinión, los demás testimonios arqueológicos e históricos no habrían hecho pensar a nadie en migración alguna. Lo que en realidad se oculta tras los disturbios del siglo III y la aparición del predominio gótico en el IV no fue en absoluto una migración, sino una reorganización sociopolítica de la población existente en la región: en realidad, más o menos del mismo tipo que la que produjo las nuevas confederaciones germánicas de Occidente del Bajo Imperio.²⁰ ¿Está en lo cierto?

Hay en este argumento dos elementos convincentes. En primer lugar, no cabe la menor duda de que la reorganización socioeconómica y política —el «desarrollo»— fue una faceta importante de la historia. Los godos tervingos del siglo IV tenían una estructura política confederal compleja, habían desarrollado jerarquías sociales, y tenían un perfil económico en el terreno de la producción y los intercambios comerciales que iba mucho más allá de lo que era habitual en la Germania del siglo I. Sus estructuras políticas se basaban en un poder hereditario y eran lo bastante sólidas para sobrevivir a grandes derrotas y para desarrollar estrategias coherentes capaces de anular sus peores consecuencias. En segundo lugar, Kulikowski tiene bastante razón cuando afirma que no puede darse demasiada credibilidad a Jordanes. Jordanes escribió tres siglos después de que ocurrieran los hechos, y puede demostrarse que elaboró una visión totalmente anacrónica del mundo gótico del siglo IV, del que hablaremos más dentro de poco.²¹ Si podía estar tan equivocado sobre la historia de los godos del siglo IV, toda su explicación de lo ocurrido en el siglo III debería ponerse en tela de juicio, aunque no

poseamos suficientes fuentes de la época para poderlo comprobar de manera sistemática. Sin embargo, aun concediéndole estas dos ventajas, sigue habiendo buenos testimonios más que suficientes para afirmar que las migraciones germánicas desde el norte fueron un factor primordial de la revolución estratégica del siglo III.

En primer lugar, es necesario subrayar que el cambio en la naturaleza de las fuerzas a las que se enfrentaba Roma más allá de su frontera del Bajo Danubio fue mucho más profundo que una simple sustitución de etiquetas. Durante los siglos I y II d. C., las estribaciones de los Cárpatos por el este — las actuales Moldavia y Valaquia— estaban ocupadas por varias tribus dacias que no habían sido sometidas al dominio directo de Roma en tiempos de la conquista de Transilvania por Trajano. A lo largo del siglo III, esas tribus generaron un nuevo grado de unidad política entre ellas y recibieron el nombre colectivo de carpos. La principal tribu sármata inmediatamente al norte del mar Negro era la de los roxolanos, que, junto con los yáziges, habían acabado con el dominio de la región a manos del pueblo germanohablante de los bastarnas a comienzos del siglo I d. C. Mientras que los yáziges se trasladaron después a la Gran Llanura Húngara, al oeste de los Cárpatos, los roxolanos permanecieron al este, ejerciendo su hegemonía sobre las antiguas ciudades griegas del Ponto, que siguieron manteniendo cierta independencia hasta el siglo III. Sármatas y dacios se convirtieron en clientes romanos al menos semisometidos tras la conquista de la Dacia transilvana por Trajano, si bien nunca fueron incorporados formalmente al Imperio. El repentino dominio de los godos y de otros grupos de lengua germánica en la región supuso, por tanto, un gran cambio cultural. Y no cabe duda de que los nuevos dueños góticos del paisaje hablaban germánico. La traducción de la Biblia al gótico fue realizada para algunos de ellos por Ulfilas, descendiente de unos prisioneros romanos capturados por los godos en Asia Menor, y sus credenciales germánicas son irrefutables. La aparición de los godos representa, pues, un cambio decisivo en la forma y la identidad de las fuerzas alineadas en la frontera nordeste de Roma.²²

Naturalmente no era la primera vez que un pueblo de lengua germánica había constituido el estrato de población dominante en la región. Los bastarnas, sometidos por los sármatas más o menos a comienzos del primer

milenio d. C., también eran germánicos. Así pues, en teoría sería posible explicar la aparición de la dominación de los godos al norte del mar Negro durante el siglo III como el resurgimiento de esos grupos germanos que habían quedado sometidos en la zona durante el siglo I. Sin embargo, bastantes testimonios sugieren, por el contrario, que la inmigración de nuevos grupos de lengua germánica desempeñó un papel decisivo en este proceso.

Durante el período de dominación dacica y sármatas, hubo unos grupos llamados godos —o quizá «gotones» o «gutones»— que habitaban en un territorio situado en el lejano noroeste, a orillas del Báltico. Tácito los situaba allí a finales del siglo I, y Ptolomeo hacía lo mismo a mediados del II, citándolos este último explícitamente entre varias tribus que se decía que habitaban en la desembocadura del Vístula. A los filólogos no les cabe duda, pese a sus distintas transcripciones en griego y en latín, que se trata del mismo gentilicio que en el siglo III cambió repentinamente su epicentro desde el norte de Polonia al mar Negro. Y no es el único gentilicio al que le ocurrió lo mismo por esa época. Los godos ocupan un lugar de privilegio en nuestras fuentes y en los debates académicos, pero otros grupos germánicos participaron también en la acción. Ya hemos visto a los hérulos, y las fuentes de finales del siglo III y comienzos del IV citan además la presencia de otros hablantes de germánico en los Cárpatos y sus alrededores: gépidas, vándalos, taifalos y rugios. Estos últimos, como los godos, habían ocupado parte del litoral báltico en tiempos de Tácito, y la localización más probable de los vándalos durante ese mismo período es el centro-norte de Polonia, al sur de los godos y de los rugios. La presencia de vándalos y rugios en la región de los Cárpatos, junto con los godos, supone una importante recolocación del tipo que fuera por su parte, pero lo cierto es que todos se trasladaron en dirección al sur y al este, desde Polonia hacia el Ponto. Los hérulos no son mencionados por Tácito, pero en los siglos IV y V, un segundo grupo no danubiano de hérulos habitaba otra vez en una zona remota del noroeste, lo que sugiere de nuevo que nuestros hérulos danubianos quizá llegaron hasta allí a través de algún tipo de migración. Los gépidas y los taifalos, como los hérulos, aparecen por primera vez a finales del siglo III, y más adelante a lo largo de este mismo capítulo volveremos a hablar de la importancia de estos «nuevos» pueblos de lengua germánica.

Naturalmente hay más cosas que nos gustaría saber, pero a pesar de sus evidentes deficiencias, los testimonios históricos en su totalidad indican de manera contundente que tras el cambio de estrategia que condujo a Aureliano a abandonar la Alta Transilvania se oculta una oleada de expansión germánica que seguiría más o menos una trayectoria noroeste-sudeste. Es algo que tenemos que deducir, pues no existe ninguna descripción explícita de migraciones germánicas en las fuentes romanas de la época, que se limitan a explicar sus consecuencias, a saber, los ataques de estos nuevos grupos por todas las fronteras del Imperio. Si el de los «godos» fuera el único gentilicio germánico del norte-centro de Europa que cambió su emplazamiento en estos años, podríamos sacar a colación el argumento de que estamos ante un caso de parecido accidental, pero, como hemos visto, no son sólo los «godos». Así las cosas, no hay motivo para que no debamos admitir lo que a primera vista nos dicen las fuentes históricas. Al revés de lo que fueron las consecuencias de la llegada de los nómadas sármatas en el siglo I d. C., la hegemonía de los pueblos de lengua germánica al este de los Cárpatos, perdida con la expulsión de los bastarnas y sus aliados, fue restaurada por la migración de godos, rugios, hérulos y otros grupos de lengua germánica en el siglo III.²³

Esta conclusión provisional se ve reforzada por dos aspectos más genéricos de los testimonios históricos. En primer lugar, la aparición del poder de los godos al norte del mar Negro hizo finalmente que algunos pueblos indígenas evacuaran completamente la región. Como veremos enseguida con más detalle, grandes cantidades de carpos de lengua dacia (pero no todos ellos) procedentes de las estribaciones de los Cárpatos fueron admitidos en el Imperio Romano durante los aproximadamente veinticinco años posteriores a 290 d. C. Cabe suponer razonablemente que el mayor nivel de rivalidad entre grupos ya indígenas de la región fuera lo que generara dicho éxodo, pero éste resulta mucho más compatible con las consecuencias de una inmigración germánica de proporciones notables. En segundo lugar, las nuevas poblaciones góticas de la región continuaron con su movilidad, incluso después de trasladarse a las llanuras del sur y el este de los Cárpatos tras el éxodo de los carpos. En la década de 330, los godos tervingos contemplaron la posibilidad de trasladarse en pleno a la región del Danubio central, y desde 370 aproximadamente, como estudiaremos en el próximo

capítulo, se recolocaron junto con sus parientes los godos greutungos y encontraron un nuevo hogar en el Imperio Romano. Este último desplazamiento es relevante porque, como hemos visto, los estudios comparativos han demostrado de manera harto consecuente que la migración es un hábito cultural que se desarrolla en determinados grupos de población. El hecho de encontrar poblaciones góticas cambiando de lugar de residencia en el siglo IV nos brinda un motivo más para admitir los testimonios que hablan de que ellos —o sus antepasados— habían hecho lo mismo en el III. Ninguno de estos planteamientos es concluyente de por sí, pero ambos refuerzan los testimonios históricos que dicen que la migración gótica desempeñó un gran papel en la remodelación de la situación estratégica al norte del mar Negro durante el siglo III.²⁴

El legado arqueológico de la Guerra Fría, por otra parte, nos permite de nuevo ampliar el debate más allá de los límites de las fuentes históricas. Entre *c.* 150 y *c.* 220-230 d. C. se produjo otra expansión a gran escala hacia el sudeste del sistema cultural de Wielbark, en dirección a Polesia y Podlachia al principio, y luego hacia el interior de Volinia y el norte de Ucrania. Este fenómeno reducía a la mínima expresión las dimensiones geográficas de la anterior expansión de la cultura de Wielbark en tiempos de las Guerras Marcomanas. Al mismo tiempo, los poblados y los cementerios de Wielbark de Pomerania Occidental caían en desuso, de modo que el cambio experimentado por el centro de gravedad de esta cultura fue enorme (mapa 6). Como es seguro que los orígenes de los godos —y es probable al menos que también el de los rugios, entre los nuevos pueblos germánicos que dominaron la región del mar Negro— se sitúan en el sistema de Wielbark en los siglos I y II d. C., estos hallazgos parecen indicar bastante claramente la ruta seguida por algunos grupos de lengua germánica que acabaron habitando a orillas del mar Negro. Se ha rastreado una franja de cementerios de Wielbark más o menos de la fecha correcta a lo largo de la cuenca alta del río Vístula, franja que continúa luego por la región del Alto Dniéster (mapa 6). Esas necrópolis enlazan sin duda cronológicamente con la repentina aparición de atacantes góticos ante las murallas de la ciudad de Histria en 238.²⁵

La novedad realmente sorprendente en la arqueología del norte del mar Negro durante esta época, sin embargo, no es la mayor expansión de la cultura de Wielbark en sí misma, sino la aparición de una serie de nuevos sistemas culturales que incorporaban algunos rasgos del de Wielbark. El más importante de ellos es el de Cernjachov, que a mediados del siglo IV se había extendido por una zona enorme entre el Danubio y el Don (mapa 6). Es otro ejemplo en el que la cronología y la identidad de la cultura en cuestión han sido en otro tiempo muy discutidas, pero sus rasgos básicos están en la actualidad perfectamente establecidos. Han sido identificados unos cinco mil poblados y se han excavado muchas grandes necrópolis bi-rituales, cuyos restos demuestran sin ningún género de dudas que este sistema cultural floreció desde la segunda mitad del siglo III hasta el año 400 o muy poco después. Cronológica y geográficamente sus restos coinciden con la dominación gótica durante el Bajo Imperio descrita por las fuentes más fidedignas de la época, y en la actualidad todo el mundo admite que debemos pensar que este sistema refleja el mundo creado por los godos —y probablemente los otros hablantes de germánico— al norte del mar Negro.

Algunos elementos de la nueva cultura recuerdan mucho a los del sistema de Wielbark del noroeste —cuando no son idénticos—, pero conviene reconocer que este último continuó con su propio desarrollo: no se produjo nada parecido a una evacuación total del norte de Polonia. Parte de la cerámica es idéntica, con un curioso predominio en los primeros niveles de Cernjachov de las vasijas de Wielbark en forma de cuenco hechas a mano. Por lo demás, muchos tipos de fíbulas y el estilo de la indumentaria femenina (con un broche en cada hombro) son idénticos a los encontrados en las zonas de Wielbark. Algunos tipos de casa, en particular las construcciones alargadas destinadas a humanos y animales al mismo tiempo (en alemán *Wohnstallhäuser*), son también comunes, al menos en algunas zonas, a los dos sistemas. Resulta asimismo sorprendente, aunque de momento todavía no tenemos un estudio comparativo exhaustivo, que los dos ritos fúnebres que distinguían a los cementerios Wielbark de los encontrados en las zonas adyacentes del norte y centro de Europa, aparecen también en los territorios Cernjachov. En las necrópolis de ambas culturas, coexistían dos tipos de rito funerario: la inhumación y la cremación. Asimismo, la población de las áreas

de Wielbark no enterraban armas (ni ningún otro objeto de hierro) con los difuntos varones, y la ausencia de este hábito es también característica del rito funerario de Cernjachov.

Otras características de la cultura de Cernjachov tenían orígenes distintos. Mientras que al principio era habitual el uso de vasijas de cerámica de Wielbark hechas a mano, no tardó en ser típica de esta cultura una cerámica más sofisticada fabricada al torno, más o menos análoga a los tipos romanos de provincias. Y si bien es indudable que los orígenes de la casa alargada se sitúan en las culturas predominantemente germánicas del norte y centro de Europa, hay otro tipo de vivienda característico de muchas zonas de Cernjachov, a saber, la cabaña hundida o semihundida (en alemán *Grübenhaus*). Estas casas, en cambio, eran originarias de las estribaciones orientales de los Cárpatos, y no se encuentran ni en los poblados Wielbark ni en ningún otro asentamiento germánico del norte de los siglos I y II. Los excavadores han encontrado también ocasionalmente en los cementerios de Cernjachov ejemplos de una práctica funeraria típicamente sármata: la colocación de posesiones del difunto en una repisa tallada en el interior de la tumba. Así pues, da la impresión de que un grupo de población sármata siguió teniendo un papel en la nueva mezcla de pueblos generada por la inmigración de germánicos del norte hacia el mar Negro.²⁶

La interpretación de estos restos fue durante mucho tiempo objeto de debate. En cuanto se encontraron los primeros materiales de Cernjachov en 1906, se identificaron debidamente sus afinidades evidentes con los materiales típicamente germánicos de la Europa del centro-norte, especialmente en lo tocante a la metalurgia, mucho antes de que fuera identificada la cultura de Wielbark. Enseguida fueron asociados con la migración de los godos conocida por las fuentes históricas, y en la época nazi eran citados como una justificación grotesca de las exigencias territoriales del tercer Reich en la Europa del este. Los burócratas nazis llegaron incluso a rebautizar las ciudades de la región del mar Negro con los nombres de los grandes héroes godos: se propuso, por ejemplo, bautizar «Theoderichshafen» —«Puerto de Teodorico» (gran caudillo godo de los siglos V y VI, véase capítulo 7)— a Sebastopol, en Crimea. En resumen, se aplicó sin tapujos a estos materiales la «hipótesis de la invasión». Como se habían encontrado

ejemplos del mismo tipo de metalurgia a orillas del Báltico y a orillas del mar Negro, esta última zona habría tenido que ser conquistada por grupos de población procedentes de la primera, que habrían expulsado a los grupos indígenas, teoría que contaba con cierto respaldo, a decir verdad, en las noticias acerca del desplazamiento de los carpos.

Pero, dejando incluso a un lado la política, era una respuesta demasiado simple a las complejidades de los testimonios. Aunque su impronta está muy clara, los restos de la cultura de Cernjachov contienen también muchos elementos que no son de la cultura de Wielbark, y no cabe duda de que tanto objetos como costumbres pueden ser traspasados de un lugar a otro sin necesidad de que vayan acompañados de un movimiento de población — migración— importante como mecanismo desencadenante. Los objetos pueden ser comprados y vendidos, y las tecnologías y los hábitos pueden ser adoptados o incluso ser fruto de una evolución independiente. La creación del sistema de Cernjachov, a pesar de sus semejanzas evidentes con la vecina cultura de Wielbark, no puede demostrar por sí sola que hubo una migración. Y, como hemos visto, un argumento clave de la postura antimigración es que la identificación de paralelismos entre los restos de Wielbark y los de Cernjachov no sería lo bastante convincente para hacer pensar a nadie en una migración, si no existiera en concreto el relato de Jordanes acerca de la peregrinación de los godos.

En mi opinión, sin embargo, los testimonios históricos —aparte incluso de Jordanes— no sólo son bastante convincentes y respaldan la idea de que la migración fue un factor clave de la remodelación del litoral póntico, sino que los arqueológicos son más contundentes de lo que pretende la interpretación antimigración. Antes de fijarnos en los materiales, conviene ante todo recordar qué es lo que cabría esperar que encontraríamos. A menos que estemos ante la rarísima situación de una población intrusa que expulsara a la ya existente más o menos en su totalidad, o de un país que fuera colonizado por primera vez, es harto improbable que las huellas arqueológicas dejadas por las migraciones llamen mucho la atención. Allí donde los emigrantes se mezclaran con la población indígena, serían pocos, posiblemente incluso poquísimos, los elementos de su cultura material —aquellos consciente o inconscientemente asociados con sus creencias más arraigadas o con sus

modelos de comportamiento— que tuvieran que ser trasladados por fuerza de un sitio a otro. En otros ámbitos de la vida, es bastante probable que los emigrantes adopten elementos útiles de origen cultural indígena (como hacen muchos emigrantes modernos), o que se conviertan en un elemento no identificable de las nuevas amalgamas culturales creadas por el choque de la población emigrante y la población de acogida. En resumen, probablemente nunca tengamos en los testimonios arqueológicos más que un reflejo ambiguo de la migración, de modo que la ambigüedad de la arqueología nunca permitirá por sí sola negar la posibilidad de que hubiera tenido lugar una migración.

Pero, de hecho, en el caso que estamos estudiando los testimonios arqueológicos que sugieren la existencia de una migración no son ni mucho menos baladíes. Y debo añadir que no es sólo mi opinión, sino también el veredicto unánime de los expertos que han estudiado minuciosamente dichos materiales durante la última generación. Conviene asimismo subrayar que esos especialistas no tienen intereses creados. Los dos personajes más influyentes en este campo son Kazimierz Godlowski y Mark Shchukin, el primero polaco y el segundo ruso. Ambos tuvieron que pelear duramente en sus primeros años contra las jerarquías intelectuales del régimen de partido único, empeñadas en defender puntos de vista distintos de los suyos. La obra de Godlowski fue decisiva para socavar la antigua ortodoxia (punto sobre el que volveremos en el capítulo 8), según la cual el territorio polaco había estado habitado siempre por eslavos «sumergidos». Y en cuanto a Shchukin, fue él quien volvió a datar de forma concluyente la cultura de Cernjachov a finales del siglo III y principios del IV, estableciendo así su vínculo con los godos, frente a la opinión de las autoridades académicas soviéticas que durante largo tiempo se mostraron decididas a atribuir sus restos relativamente avanzados a los eslavos primitivos. Por otra parte, después de la Segunda Guerra Mundial ni polacos ni rusos tenían el menor interés ideológico en exagerar el papel de los hablantes de germánico en el centro y el sudeste de Europa, por lo que ninguno de los dos estudiosos puede ser acusado razonablemente de enzarzarse en juegos intelectuales con el fin de

autopromocionarse. Las razones que se ocultan tras su unanimidad al afirmar los profundos vínculos existentes entre la cultura de Wielbark y la de Cernjachov no son, de hecho, difíciles de averiguar.

Cuando comparamos el desarrollo del sistema de Wielbark de los siglos I y II d. C. con las nuevas culturas generadas al este de los Cárpatos y al norte del mar Negro en el siglo III, las similitudes que aparecen son sorprendentes. Estamos hablando no ya del traspaso de objetos y tecnologías aisladas, sino de rasgos culturales mucho más distintivos, entre ellos costumbres que son expresión de normas sociales (la indumentaria femenina), estrategias socioeconómicas de vida (las casas alargadas), e incluso sistemas de creencias profundamente arraigados (ritos funerarios). Resulta también sorprendente que la cerámica de Wielbark predomine durante las primeras fases de desarrollo de Cernjachov, y que la cultura de Wielbark se expandiera de forma espectacular hacia el sudeste durante las generaciones anteriores, justo hasta los límites de la región en la que se desarrollaría el sistema de Cernjachov.²⁷

Todo esto no quiere decir que no haya mucho más que hacer en este campo. Estaría muy bien que se publicara una monografía exhaustiva en la que se comparara el predominio de la cremación frente al de la inhumación en los cementerios de una y otra cultura, subrayando debidamente las variaciones regionales; por no hablar finalmente de un estudio regional detallado de las variedades de estrategias agrícolas existentes en los enormes territorios del sistema de Cernjachov. ¿Dónde encontramos casas alargadas y dónde predominan las cabañas hundidas? teniendo en cuenta que las migraciones suelen funcionar únicamente de forma canalizada hasta que los potenciales emigrantes acumulan un corpus de información suficientemente amplio, yo sospecho que estas dos líneas de investigación ayudarían quizá a identificar las mayores concentraciones de inmigrantes y de ahí, por deducción, otras zonas en las que las poblaciones indígenas estuvieran en mayoría. Pero incluso en el estado actual de nuestros conocimientos, los paralelismos son lo bastante contundentes y profundos como para llegar a la conclusión de que el material arqueológico respalda efectivamente a los

testimonios históricos e indica que las migraciones procedentes del noroeste desempeñaron un papel decisivo en la revolución que se produjo al norte del mar Negro en el siglo III.

Como sucedía con las Guerras Marcomanas, la base de los testimonios que respaldan la existencia de migraciones en el siglo III no es tan sólida como querríamos, y la validez de alguno de ellos en concreto desde luego puede ser puesta en tela de juicio. No obstante, una interpretación enteramente antimigracionista huele demasiado al uso de argumentos rebuscados, teniendo en cuenta el peso de los indicios históricos y arqueológicos que hablan a favor del papel trascendental desempeñado en todo este proceso por las migraciones. En general hay razones más que suficientes para afirmar que la migración germánica en dirección a las fronteras fluviales del Imperio Romano empezó a tener un papel importante en la ruptura del *statu quo* reinante en la Europa bárbara a partir de mediados del siglo II, y que se reforzó en el III. Hubo algunas migraciones en el oeste, pero más en el este, y en ambos casos los fenómenos migratorios actuaron junto con las otras transformaciones políticas y socioeconómicas que dieron lugar a las nuevas confederaciones de la Germania del siglo IV. Pero admitir algo así no es más que iniciar las investigaciones. Las migraciones pueden adoptar muchas formas y tener múltiples causas relacionadas entre sí. ¿Cuál fue el carácter y la magnitud de esa migración germánica del siglo III? ¿Cómo se desarrollaron los detalles del proceso? Y en último término, ¿qué salió de ella?

LAS MIGRACIONES Y LOS GERMANOS

Ninguna fuente de la época que se nos haya conservado describe con detalle los movimientos de población asociados con las Guerras Marcomanas, pero tenemos una relación de la migración gótica del siglo III conservada en la historia de los godos escrita en el siglo VI por Jordanes, cuyos orígenes eran en parte góticos. Describe el viaje de los godos hacia el mar Negro en los siguientes términos:

Y como el número de godos había aumentado considerablemente ... Filimero [su rey], hijo de Gadarico ... tomó ... la resolución de salir de aquella región [a orillas del Báltico] partiendo a la cabeza de un ejército de godos seguidos de sus familias, y poniéndose en busca de un país que le conviniese y en el que pudiera establecerse cómodamente llegó a las tierras de Escitia, que los godos llamaban en su lengua Oium. Pero después de haber gozado de la gran fertilidad de aquellas comarcas, queriendo el ejército cruzar un río por medio de un puente y habiendo pasado ya la mitad al otro lado, dícese que el puente se derrumbó, y ya no pudo ninguno avanzar ni retroceder porque, a lo que parece, aquel lugar está cerrado por un abismo y rodeado de pantanos de suelo movedizo de manera que, confundiendo la tierra con el agua, parece que la naturaleza ha querido hacerlo inaccesible. La verdad es que hoy día todavía se oyen allí mugidos de rebaños y se descubren huellas humanas, según atestiguan viajeros a quienes se puede creer, a pesar de que han oído estas cosas desde lejos. En cuanto a aquellos godos que bajo la dirección de Filimero llegaron a la tierra de Oium después de pasar el río, como ya se ha dicho, tomaron posesión del país objeto de sus deseos. Después, sin perder tiempo, marcharon contra la nación de las *spali*, pelearon y alcanzaron la victoria. En fin desde allí avanzaron rápidamente y como vencedores hasta el extremo de la parte de Escitia que linda con el Ponto Euxino.²⁸

Jordanes nos ofrece aquí más o menos un ejemplo evidente de la hipótesis de la invasión en acción. Un rey y un pueblo emigran en masa en busca de un nuevo hogar, derrotan a los indígenas que lo ocupaban y toman posesión del país. ¿Cuánto de este relato, escrito casi trescientos años después, guarda alguna relación con las realidades del siglo III?

El flujo migratorio

En otras fuentes más contemporáneas de los hechos se conserva suficiente información para demostrar que los procesos migratorios de la época fueron más complicados de lo que da a entender el relato, por lo demás bastante posterior, de Jordanes. Por lo pronto, en la acción intervino toda una serie de grupos germánicos, no sólo godos. Pero lo más interesante —y este dato supone una diferencia mucho más importante respecto a la versión de Jordanes— es que los godos y otros integrantes del flujo migratorio no actuaban como entidades unidas compactas según el modelo un rey/un pueblo de Jordanes. Quienes mejor ilustran este punto son, de hecho, los godos, sobre quienes los testimonios de la época son más numerosos. En esas fuentes, encontramos a los grupos góticos actuando de formas distintas a lo largo de un área geográfica muy extensa: por tierra y por mar, desde la desembocadura del Danubio, donde murió el emperador Decio, hasta Crimea

(a una distancia de casi mil kilómetros) y más allá. En consonancia con estas acciones tan dispersas, vemos a toda una serie de caudillos godos distintos: Cniva, Argait, Gunterico, Respa, Veduc, Turuar y Canabaudes. Unos aparecen aliados con otros, pero en ningún momento se habla de un rey general de los godos en ninguna de las fuentes más fiables, y desde luego nunca se menciona al Filimero de Jordanes.²⁹

El resultado final de toda esta actividad tan diversa a lo largo del siglo III fue también la creación no de un solo reino godo del siglo IV, que habría sido la consecuencia natural de un único acto bien organizado de ocupación de la tierra, sino de varios. Muchos han supuesto, de nuevo basándose en la autoridad de Jordanes, que los acontecimientos que estamos analizando dieron lugar a dos grandes entidades políticas góticas al norte del mar Negro: los visigodos y los ostrogodos. Pero lo que ha hecho Jordanes ha sido imponer retrospectivamente los modelos góticos existentes en su época, el siglo VI, al pasado del siglo IV. Los visigodos y los ostrogodos, pueblos que formaron estados sucesores del Imperio Romano de Occidente en el siglo V, fueron, como puede demostrarse, nuevas creaciones de ese mismo siglo, formadas ante los ojos de los romanos y ya en suelo romano, como veremos en su momento. Ninguna fuente contemporánea nos ofrece un panorama completo del mundo del norte del mar Negro predominantemente gótico durante el siglo IV; la realidad no es nunca tan cómoda. Pero durante los aproximadamente cincuenta años posteriores a c. 375 encontramos en fuentes históricas todas ellas contemporáneas de los hechos al menos seis grandes concentraciones de godos como actores independientes. Es probable que cada una de ellas derivara de una unidad gótica del siglo IV políticamente independiente, lo que indica que deberíamos pensar en media docena o más de entidades políticas góticas, y no sólo en dos. Esta conclusión está completamente en sintonía con lo que cabría esperar a tenor del carácter sumamente heterogéneo de las actividades de los godos durante el siglo III. Y aunque este punto está especialmente bien documentado en el caso de los godos, puede aplicarse también a los otros grupos. En la gran incursión de saqueo por mar llevada a cabo en 268-269, los hérulos que participaron en ella se dividieron en dos grupos distintos, uno que actuó con los godos en el

Ática, y otro que puso sitio a Tesalónica en Macedonia. La migración del siglo III no fue ni de lejos tan simple como pueda dar a entender la fórmula de Jordanes: un rey, un pueblo, una emigración.³⁰

Los patrones del siglo III también se apartan del modelo de la hipótesis de la invasión en otro ámbito, pues por primera vez aparecen en nuestras fuentes pueblos germánicos hasta entonces desconocidos. Hérulos, gépidas y taifalos hacen todos ellos su debut histórico en fuentes del siglo III o muy de comienzos del IV. Es posible que ya existieran con anterioridad y que simplemente hubieran sido pasados por alto, pero al más puro nivel de la enumeración de nombres, las listas de pueblos de los siglos I y II que ofrecen Tácito y Ptolomeo parecen bastante completas, de modo que hay razones para pensar que su silencio en este sentido es significativo. Tampoco debe sorprendernos que se crearan nuevos grupos germánicos en el curso de estos acontecimientos tan tumultuosos. Precisamente en esta época surgieron en Occidente nuevos grupos, como, por ejemplo, los alamanes y los jutungos, y sabemos perfectamente que había grupos germánicos que aparecían y desaparecían. Como cualquier organización humana, podían ser creados y destruidos, y la información que poseemos parecería indicar que los patrones políticos de Germania en tiempos de los romanos eran bastante fluidos. En el siglo I, por ejemplo, Tácito describe la creación de los batavos. Originalmente formaban parte de los catos, pero se separaron del grupo principal, adquirieron su propio nombre y luego siguieron rumbos históricos distintos. La obra de Tácito cuenta asimismo el exterminio efectivo en distintos momentos de otros tres pueblos: los ampsivarios, los catos (lo que demostraría lo sensatos que fueron los batavos al separarse de ellos), y los brúcteros. Todo ello hace que resulte perfectamente plausible que gépidas, hérulos y taifalos fueran unidades nuevas del siglo III.³¹

De hecho, incluso en Jordanes se conservan ecos de esta realidad más compleja. Todos sus relatos de la migración de los godos incorporan un poderoso elemento de fragmentación sociopolítica. En la migración de Filimero se hunde un puente que separa a una parte de los godos del grupo principal. En otro momento, cuenta la historia de una migración anterior de godos en tres barcos desde Escandinavia. También en esta ocasión uno de los barcos queda rezagado y de esa separación, dice Jordanes, nacieron los

gépidas. A pesar del exagerado escepticismo reinante en algunos ambientes, realmente hay muchas probabilidades de que estas dos historias reflejen, aunque de lejos, tradiciones orales góticas. De ser así, dichas tradiciones, aunque tiendan a describir las migraciones en términos de reyes y pueblos, habrían conservado parte de su realidad más profunda, a saber, que la discontinuidad política, no el simple traslado sin más de unidades sociales enteras ya existentes desde un punto A hasta otro punto B, fue el rasgo principal de la acción.³²

A un nivel muy sencillo, el repertorio arqueológico refleja también este hecho básico. Aunque razonablemente cabe pensar que las grandes semejanzas existentes entre las culturas de Wielbark y de Cernjachov quizá reflejen un traspaso importante de población de un sistema a otro, el de Wielbark no desapareció, sino que continuó existiendo hasta el siglo V más o menos en su antiguo país de origen al noroeste de lo que sería el territorio de Cernjachov. Los arqueólogos han empezado también a identificar varias culturas materiales intermedias, situadas geográficamente entre las dos. Siguen en pie las discusiones sobre si estas culturas deben ser consideradas totalmente distintas de los dos sistemas principales, o si son variantes locales de una o de otra, y hay que resistirse a cualquier tentación de identificarlas inmediatamente con cualquiera de los pueblos nombrados en las fuentes de los siglos III y IV. Los límites entre las culturas materiales pueden reflejar límites políticos, pero, como hemos visto, no se puede simplemente dar por supuesto que así es. Al margen de cómo los interpretemos —y cabría la posibilidad de que, después de un examen más preciso, toda la cultura de Cernjachov acabara siendo reclasificada en una serie de grupos regionales interrelacionados—, el grupo de Masłomecz (generado c. 180-220 d. C.) y los grupos de Ruzycanka y Volinia (generados c. 220-260) ponen de manifiesto que la cultura material generada por los emigrantes, reflejo de un nuevo orden político, se caracterizaba por no ser monolítica. No todos los grupos de Wielbark que participaron en la migración general hacia el sur compartieron los mismos resultados. Unos siguieron una trayectoria histórica que los llevó a participar en la creación del sistema de Cernjachov y los demás nuevos grupos, otros continuaron más o menos igual que antes, pero en un nuevo entorno, y algunos prefirieron no moverse.³³

Así pues, las migraciones del siglo III no las llevaron a cabo grupos de población totales, sino una serie de subgrupos, cada uno de los cuales actuaba hasta cierto punto independientemente de los demás, replicando en gran medida el modelo de muchos flujos migratorios modernos (capítulo 1). Algunos movimientos asociados con las Guerras Marcomanas probablemente fueran similares. En el ataque contra Panonia que inició la guerra propiamente dicha es evidente que no intervinieron todos los longobardos. Este pueblo no se trasladó en bloque a esa región del curso medio del Danubio hasta unos trescientos cincuenta años después, c. 500 d. C., y la mayoría de él probablemente siguió viviendo mientras tanto en la región del norte del Elba. Lo mismo cabría decir básicamente de las migraciones germánicas de Occidente en el siglo III. En este caso disponemos de menos testimonios narrativos, pero la arqueología demuestra con bastante claridad que los Campos Decumates no fueron ocupados de un solo golpe. Como veíamos en el capítulo anterior, el poder político seguía siendo heredado entre los alamanes del siglo IV, y esta circunstancia quizá refleje la situación de este período anterior, en el que los pueblos germánicos emigraron a este nuevo país por etapas. Parece que algunos se trasladaron a este territorio en cuanto los romanos lo abandonaron c. 260, pero en todos los demás lugares el proceso fue mucho más lento. Los materiales germánicos del Elba no reemplazaron a los materiales germánicos del Weser en la cuenca media del Meno, por ejemplo, hasta comienzos del siglo IV, casi dos generaciones después.³⁴ tanto al este como al oeste, pues, el siglo III fue testigo de flujos migratorios fragmentados y heterogéneos, más que de ocupaciones masivas de territorios por pueblos «enteros». ¿Pero cómo debemos imaginar los grupos de población que emprendieron las migraciones?

Algunos subgrupos de emigrantes eran partidas de guerreros —grupos relativamente pequeños de unos pocos centenares de hombres bajo la autoridad de un guerrero particularmente renombrado— que iban a ver qué sacaban. La creación de pequeños grupos armados organizados (como el inmortalizado en Ejsbøl Mose) fue un rasgo característico de la sociedad germánica en tiempos de los romanos; unos estaban capitaneados por reyes, mientras que otros eran asociaciones más igualitarias. No es de extrañar, por tanto, que algunos restos arqueológicos apunten hacia la participación de este

tipo de grupos en las acciones del siglo III. Al este de los Cárpatos, se han excavado algunos cementerios de comienzos de la época de Cernjachov — Cozia-Iasi, Todireni y Braniste— en los que, al contrario de lo que era la práctica habitual de Cernjachov y de Wielbark, los difuntos fueron enterrados con armas. Todo el resto del ajuar encontrado indicaría que los grupos enterrados en esos cementerios eran invasores germánicos procedentes del norte. La presencia de armas, sin embargo, sugiere que eran originarios de algún lugar fuera de la cultura de Wielbark, probablemente de las zonas del sistema de Przeworsk, más al sur. Las necrópolis no son grandes, y estarían perfectamente en consonancia con la imagen de pequeños grupos armados del sistema de Przeworsk que habrían salido a buscarse la vida.³⁵ Sería muy interesante poseer un estudio exhaustivo de la edad y el género de las poblaciones encontradas en la franja de cementerios Wielbark que se extiende a lo largo del Alto Vístula y el Dniéster. Quizá éstos también reflejen pequeños subgrupos migratorios con el mismo sesgo de edad y de sexo, y no un sector de población más normal. Muchos de los sucesos de Occidente son compatibles también con este tipo de imagen, sobre todo porque los Campos Decumates no fueron ocupados de un solo golpe.

Pero no toda la actividad del siglo III puede explicarse en términos de pequeños grupos de unos pocos centenares de hombres. El caudillo godo Cniva no habría podido derrotar al emperador Decio, por restringida que fuera la zona de su autoridad imperial, si el séquito armado del rey no hubiera estado compuesto por miles, no ya por centenares de hombres. Se cuenta que los godos y los hérulos derrotados cerca de Tesalónica por Claudio perdieron varios millares de hombres en la batalla. Evidentemente podemos dudar de la exactitud y la fidelidad de esas cifras, pero es evidente que Claudio ganó una batalla importante, y la gran incursión por mar de 268-271, de la cual formó parte este encuentro, no habría podido causar tanto daño si las fuerzas que la integraban hubieran sido considerablemente menores de lo que da a entender la pérdida de miles de hombres.³⁶ Los testimonios de las Guerras Marcomanas son similares. La acción puede explicarse en parte en términos de partidas de guerreros, pero no su totalidad. Tenemos, por ejemplo, en Dión Casio la noticia de que los longobardos y los ubios reunieron entre los dos seis mil hombres para su ataque inicial contra Panonia, y hubo un momento

en que los cuados, al intentar escapar de las restricciones punitivas de Marco Aurelio, se dispusieron a «emigrar en pleno al país de los semnones», situado más al norte, entre el Elba y el Óder.³⁷ Los romanos impidieron este proyecto de desplazamiento con una serie de contramedidas por su cuenta, y no podemos estar seguros de que todos los miembros del grupo estuvieran a punto de trasladarse al norte, pero los testimonios indican, desde luego, que unas tribus germánicas de varios millares de individuos contemplaron la eventualidad de emprender la marcha.

Que por lo menos algunos grupos de emigrantes germanos eran numerosos nos lo indica también el modelo de los sucesos desarrollados en sus lugares de destino. Los godos y otros pueblos que se trasladaron al mar Negro, por ejemplo, no actuaron allí en el vacío. En 238, tras su ataque contra Histria, los romanos concedieron a los godos un subsidio anual con la condición de que se retiraran de la ciudad y devolvieran a los cautivos. Esta medida provocó una sonora protesta de los carpos de la zona, que afirmaron que ellos eran «más poderosos» que los godos. Los carpos, como hemos visto, eran una tribu de los llamados dacios libres que se habían instalado en el hinterland moldavo de los Cárpatos, clientes semisometidos que no habían pasado a estar formalmente bajo la autoridad del Imperio. La expansión de los godos y otros pueblos de lengua germánica a la zona fronteriza provocó que los nuevos emigrantes entraran en competencia con estas tribus dacias. Y con el tiempo el poder de los godos en la región creció directamente a expensas de los carpos. Al final, éstos fueron los perdedores. Su independencia política quedó totalmente desmantelada, y muchos de ellos —cientos de miles, según las fuentes romanas— fueron reasentados dentro del Imperio entre los últimos años del siglo III y los primeros del IV.³⁸ Una vez más las cifras concretas pueden ponerse en duda, pero no la imagen global. Los carpos desaparecen como fuerza política independiente a partir de comienzos del siglo IV, y tenemos testimonios explícitos de que fueron reasentados al sur del Danubio. Del mismo modo, no cabe la menor duda de que los godos de lengua germana sustituyeron a los nativos de lengua dacia como fuerza predominante en la región de los Cárpatos.

Como hemos visto, una reacción habitual del Imperio frente a las rivalidades en sus confines consistía en reducir la zona fronteriza admitiendo en su territorio a algunos inmigrantes debidamente atemorizados. La acogida de los naristos fue parte de la solución dada a las Guerras Marcomanas, Constancio se mostró dispuesto a hacer lo mismo con algunos limigantes en 359, y no hay razones para dudar de las noticias de que el desalojo de grandes cantidades de carpos de la zona fronteriza en torno al año 300 formó parte de la solución dada a los nuevos problemas del siglo III. Pero los carpos no fueron los únicos perdedores. Más al este, los emigrantes germánicos sometieron a los reinos sármatas y a las antiguas ciudades griegas del Ponto, y un efecto adicional de su llegada a la zona fue el hecho de que el Imperio se viera obligado a evacuar la Alta Transilvania.³⁹ No todos los carpos fueron trasladados al sur del Danubio, y buena parte de la población indígena de Transilvania y del litoral del Ponto permaneció en su sitio. No obstante, los reasentamientos a gran escala y la remodelación total de la situación estratégica de la región son claros indicios de que los planes que tenían los romanos para la seguridad de las fronteras se habían visto socavados por una importante intromisión en la zona de una población no indígena de lengua germánica. En este sentido, tenemos que hablar de grupos de lengua germánica capaces de sacar al campo de batalla en cada ocasión a varios millares de combatientes. De haber sido grupos de unos cuantos centenares de hombres, no habrían podido nunca llegar a tanto.

El modelo en Occidente no fue exactamente el mismo. No existen noticias de conflictos de tanta envergadura, y como los alamanes tomaron posesión de un territorio abandonado en los Campos Decumates, no se enfrentaron al mismo imperativo de tener que desalojar a sus anteriores ocupantes. Pero eso no significa que todas las acciones allí desarrolladas fueran de poca importancia. Fuera de los Campos Decumates, los alamanes se impusieron sobre otros germanos indígenas, como las tribus del Rin-Weser que acabaron cediendo ante ellos en la cuenca media del Meno. Probablemente para eso hiciera falta una mayor actividad colectiva consolidada. Del mismo modo, como estudiaremos con más detalle enseguida, los burgundios llegaron en número suficiente para conservar su propio dialecto germánico oriental. Además, burgundios y alamanes

rivalizaron periódicamente unos con otros durante el siglo IV, y es posible que esa hostilidad diera comienzo ya en el III. De ser así, habría habido otro factor que indujera a los alamanes a emprender una acción colectiva más concertada, algo que concuerda perfectamente con los testimonios que tenemos de la aparición de su dinámica de grupo.

Por un lado, la confederación alamánica fue fruto de un larguísimo proceso político. Cuando vemos por primera vez a los alamanes en el siglo III, por ejemplo, los jutungos no formaban parte de la confederación. A mediados del siglo IV, sin embargo, ya estaban integrados en ella: eran uno de los cantones entre los cuales parece que operaban periódicamente los protocolos de super-reyes y sub-reyes (véase capítulo 2). Este proceso había empezado a comienzos del siglo III. En un determinado momento, se puso de moda decir que la primera mención convincente de la confederación alamánica no podía ser anterior a 290 d. C. Por entonces era habitual sostener que las incursiones de saqueo y la ocupación de territorio en este sector del Rin durante el siglo III habían sido obra de partidas de guerreros independientes que empezaron a formar estructuras colectivas más grandes sólo tras la conquista de los Campos Decumates. Pero esta cronología era demasiado tardía. El emperador Caracalla ya había combatido contra los alamanes en 213. Y aunque la confederación alamánica no integraba todavía en esa época a todos los subgrupos que formarían parte de ella en el siglo IV, ese detalle indica que a principios del siglo III ya estaba en marcha una importante reestructuración política, lo que a su vez obliga a pensar que incluso por entonces los alamanes eran algo más que una colección de partidas de guerreros.⁴⁰ De este modo, las acciones en Occidente probablemente fueran bastante parecidas a las que se desarrollaron por esa misma época al este de los Cárpatos, en las que participaron grupos grandes además de partidas de guerreros.

Probablemente haya en realidad una lógica más general en la forma en que tendieron a desarrollarse esos modelos de expansión armada, pues los testimonios de la Europa del este nos recuerdan algunos aspectos fundamentales de la ola de expansión nórdica por Europa occidental durante el siglo IX, que tenemos mejor documentada. También aquí la acción empezó siendo pequeña. El primer incidente del que tenemos constancia consistió sólo en tres barcos de noruegos que causaron disturbios en las costas del sur

de Inglaterra en torno al año 790. Las acciones siguieron siendo de poca envergadura durante casi una generación y media, pero luego se intensificaron cuando partidas confederadas más numerosas empezaron a actuar en aguas occidentales a partir de la década de 830, algunas de ellas capitaneadas por «reyes» o *jarls*, hombres que ya eran importantes en la sociedad nórdica. La tendencia confederal alcanzó luego su punto culminante a partir de 860 en la época del gran ejército, cuando algunas de las tribus más grandes empezaron a unirse adoptando nuevas formas para alcanzar sus fines, que requerían la aplicación de niveles de fuerza todavía mayores. En el caso de los vikingos, el objetivo que se perseguía era derrotar a los ejércitos de los reinos de anglosajones y francos. Todo esto nos recuerda mucho los modelos de expansión germánica visibles en el siglo III. Es posible que ésta empezara con pequeñas incursiones de pillaje, pero saquear las ciudades romanas, derrotar a emperadores romanos y apropiarse de las pertenencias de los grupos clientes ya existentes en la frontera requería un nivel mayor de fuerza, que daría lugar, como en el caso de los vikingos, al desarrollo de nuevas confederaciones entre los emigrantes con el fin de generar fuerzas de tamaño adecuado para sus nuevas empresas.⁴¹

Hasta qué punto los grupos de inmigrantes germanos incorporaron a mujeres y niños en las distintas fases del proceso de expansión todavía requiere un estudio detallado. Pero una curiosa contribución de la cultura de Wielbark a la de Cernjachov la tenemos precisamente en el campo del atuendo femenino (al menos al de la indumentaria fúnebre de las mujeres). Como señalamos anteriormente, en ambos sistemas culturales, los vestidos de mujer se abrochaban con dos fíbulas de estilo parecido, una en cada hombro, y encontramos también los mismos tipos de collares y cinturones. Esta indumentaria no se encuentra entre las tribus de lengua dacica de los Cárpatos antes del siglo III. Cuesta trabajo creer que un traspaso tan curioso pudiera producirse sin que un número considerable de mujeres —y por tanto también de niños— hubiera viajado hasta el sur. La conjetura se ve confirmada por el hecho de que entre esos emigrantes al menos los godos conservaron su lengua germánica durante varias generaciones desde mediados del siglo III hasta finales del IV. Si, como en el caso de la invasión escandinava de Rusia en el siglo IX y sobre todo en el X, estuviéramos ante un fenómeno llevado a

cabo básicamente por pequeños grupos de hombres armados, como a todas luces ocurrió en este último caso, esperaríamos que, al igual sucedió en la Rusia vikinga, los inmigrantes adoptaran enseguida la lengua de los indígenas que los acogieron. Pero como demuestra de forma tan espectacular la Biblia gótica de Ulfilas, no fue eso lo que ocurrió tras las migraciones del siglo III. Ulfilas desarrolló sus actividades entre los godos tervingos a mediados del siglo IV, más de cien años después de que comenzaran las migraciones al mar Negro, y la lengua de los inmigrantes seguía siendo entonces inequívocamente germánica.⁴² Sin madres godas que enseñaran la lengua a sus hijos, esto no habría podido suceder nunca.

Los testimonios sobre los otros flujos migratorios son más escasos. Sin embargo, incluso en la época de las Guerras Marcomanas tenemos una cantidad muy limitada de testimonios que afirmen que en algunos de los grupos emigrantes había mujeres y niños. Afortunadamente proceden de Dión Casio y no de la *Historia Augusta*, y por lo tanto son más creíbles. El intento frustrado de marcomanos y cuados de emigrar al país de los semnones, por ejemplo, incluía específicamente al pueblo en pleno (en griego *pandemei*). Más explícito incluso es el caso de los vándalos asdingos, que en un momento dado negociaron dejar a sus mujeres y a sus hijos bajo la salvaguardia de un comandante romano del país, mientras ellos intentaban hacerse con el control de unas tierras que anteriormente habían pertenecido a un pueblo dacio libre llamado costoboco. Este último testimonio, en particular, hace que resulte imposible creer que la acción de las Guerras Marcomanas fuera llevada a cabo enteramente por un grupo de hombres jóvenes que iban a ver qué sacaban.⁴³

Los testimonios históricos sobre Occidente en el siglo III, por desgracia, no son en ningún caso explícitos en este terreno, lo que ha llevado recientemente a un comentarista a afirmar que es «lógico» que la acción la llevaran allí a cabo pequeñas partidas de guerreros. Pero algunos enterramientos de mujeres y niños de fecha temprana hallados en los Campos Decumates contienen materiales germánicos de la zona del Elba, y desde luego yo me guardaría muy mucho de hacer afirmaciones de ese estilo. No está claro tampoco que unas partidas de guerreros pudieran ejercer fuerza suficiente, ni que, incluso en fecha tan temprana, no debiéramos interpretar

cualquier aparición de la etiqueta «alamanes» como si de por sí significara una entidad política confederal. Con más seguridad podemos decir que los burgundios mostraron una capacidad semejante a la de los godos de mantenerse durante largo tiempo fieles a las particularidades de su lengua. Las pruebas de que su dialecto era germánico oriental son inequívocas, pero en realidad datan de finales del siglo v, del reino burgundio independiente surgido en el valle del Ródano tras el colapso del Imperio Romano de Occidente. Por consiguiente los burgundios fueron capaces de conservar su dialecto peculiar a pesar de llevar doscientos años viviendo en Occidente. Al igual que los modelos lingüísticos de los godos tervingos, también éste sería inconcebible sin la existencia al menos de algunos grupos sociales «completos», en los que no faltaran mujeres y niños, que se habrían trasladado hasta el Meno procedentes del este del Óder.⁴⁴ Simplemente es razonable tener más cautela cuando se responde a la escasez general de descripciones de las migraciones a Occidente del siglo iii. Decir que es «lógico» pensar sólo en partidas de guerreros, sin embargo, es una afirmación tan atrevida como aplicar siempre la hipótesis de la invasión, especialmente teniendo en cuenta la existencia de testimonios claros de modelos más variados de actividad migratoria en la Europa del este de la época. Cada uno a su manera, los testimonios de vándalos, burgundios y godos nos ofrecen buenas razones para pensar que los grupos de emigrantes germanos de los siglos ii y iii incluyeron a veces a mujeres y niños. Siendo así, yo vacilaría un poco antes de afirmar lo contrario en el caso de los alamanes.

En cuanto al número total de emigrantes, es imposible decir nada. Disponemos de pocas cifras al respecto, y en cualquier caso sería sólo una conjetura a lo loco hablar del volumen de las diversas poblaciones indígenas afectadas por las Guerras Marcomanas y las expansiones germánicas del siglo iii. Pero es precisamente cuando nos enfrentamos a este tipo de callejones sin salida en los que nos dejan las fuentes cuando resulta útil la definición cualitativa de la migración en masa utilizada en los estudios comparativos. El «impacto en los sistemas políticos» en uno y otro extremo de los flujos migratorios no podría ser más claro. Especialmente en el siglo iii, el Imperio Romano abandonó la Dacia transilvana, muchos carpos fueron expulsados de sus viejos hogares y obligados a emigrar dentro del Imperio, y

fuera lo que fuese lo que quedara de ellos, junto con los reinos sármatas independientes y las ciudades griegas del litoral septentrional del Ponto, todos ellos quedaron sometidos finalmente al nuevo sistema político creado por los inmigrantes recién llegados de lengua germánica. El dominio de esta región por germanohablantes, tan evidente desde c. 300 d. C., fue la consecuencia de un flujo migratorio armado que sin duda debía estar integrado por miles, y muy probablemente por decenas de miles de individuos. Utilizando un tipo de definición más cualitativa que cuantitativa, adoptado habitualmente en la actualidad en los estudios sobre las migraciones, ésta fue claramente una migración «en masa». Y lo mismo ocurrió, por supuesto, en Occidente. La llegada de alamanes y burgundios, la evacuación de los Campos Decumates, el derrumbamiento de la dominación de los pueblos de la región Rin-Weser, e incluso la primitiva emigración de los naristos, son fenómenos que sólo pueden ser considerados acontecimientos graves para las zonas a las que afectaron.⁴⁵

Fueron también muy significativos para los propios emigrantes, entre los cuales se generaron en el curso de la migración nuevas estructuras políticas e incluso ciertos grupos completamente nuevos. Las fuentes romanas naturalmente se concentran en la violencia desencadenada en el territorio romano: saqueos de ciudades, incursiones de pillaje por el mar Negro, y desplazamientos de pueblos como los carpos. Pero incluso una vez vencidos los pueblos indígenas, se desencadenó otro proceso periódicamente violento cuando los diversos inmigrantes se pusieron a establecer un nuevo orden político entre ellos. Las fuentes romanas de aproximadamente el año 300 d. C. aluden de pasada a la rivalidad entre los pueblos inmigrantes establecidos en Dacia.⁴⁶ Uno de los resultados de este proceso fue probablemente la confederación de los tervingos, en la que, como veíamos en el capítulo anterior, había una serie de reyes subordinados a un «juez» que los gobernaba a todos. Sospecho que esos reyes eran los descendientes de tribus emigrantes originalmente distintas que llegaron, por los medios y por las razones que fueran, a aceptar el dominio de la dinastía gobernante de los tervingos. La sencilla imagen del traslado de todo un pueblo desde el Báltico hasta el mar Negro que ofrece Jordanes no capta en absoluto estos distintos niveles de complejidad.

Naturalmente hay muchas cosas que nunca sabremos acerca de estas migraciones de los siglos II y III. Es evidente que fueron oleadas de población, no los embates individuales imaginados por el modelo de la hipótesis de la invasión, y parte de la acción, especialmente en las primeras fases, probablemente la llevaran a cabo partidas de guerreros. Pero harían falta fuerzas mucho mayores que éstas para las actividades más ambiciosas que constituyen también una parte documentada del proceso, como las permanentes anexiones de tierras y las grandes batallas contra el Imperio Romano. El hecho de que las migraciones dieran lugar también en algunas ocasiones a transferencias tan importantes de modelos en el campo de la lengua y de la cultura material indica que en algunos de esos grandes grupos no había sólo hombres, sino también mujeres y niños. En parte, pues, la acción muestra ciertas características que recuerdan a la vieja hipótesis de la invasión, sobre todo en la extensión del dominio de los hablantes de germánico por la región del mar Negro. Su llegada en son de guerra acabó provocando además el éxodo de contingentes no despreciables de población indígena. No tan simple como la vieja hipótesis de la invasión, ni tan aséptica como una transferencia de elite, la conquista germánica de la región del mar Negro se sitúa de alguna manera entre una y otra. Podría ser considerada quizá como un modelo modificado de la hipótesis de la invasión, en el que los emigrantes llegaron en una oleada que tomó impulso con el tiempo y no de golpe, en la que gran parte de la población indígena permaneció en su sitio, pero en la que también grandes grupos mixtos de emigrantes se impusieron vigorosamente como nuevos señores políticos del paisaje.

Ésta, sin embargo, es sólo una conclusión provisional. Si queremos llegar a entender realmente lo que ocurrió tenemos que seguir haciendo preguntas. ¿Por qué esos flujos migratorios se produjeron cuando se produjeron, y por qué todos se lanzaron en dirección a la frontera romana? La conclusión de que a veces estuvieron formados por grupos de población mixtos suscita otra cuestión importantísima. Algunos flujos migratorios modernos, cuando predominan los motivos políticos, están formados por grandes grupos mixtos. Pero adoptan la forma de oleadas desorganizadas de refugiados, sin autoridad política ni dirección. Antes de poder aceptar los testimonios que hablan de grandes grupos mixtos y, sobre todo, *organizados*

de emigrantes, es necesario también contestar a la objeción «lógica» que afirma que la actividad expansionista fue emprendida habitualmente sólo por partidas de guerreros integradas por varones. ¿Hay algún motivo convincente que explique por qué parte del flujo migratorio germánico habría tenido que incluir a mujeres y niños junto a los hombres armados cuando hablamos de la imposición de su dominio en un nuevo paisaje?

Periferias internas y externas

La dirección del flujo migratorio —más o menos hacia la frontera romana, pero con un resultado mucho más espectacular en el este si tenemos en cuenta la cantidad de territorio conquistado por los emigrantes— empieza a tener sentido si la contemplamos a la luz de dos factores que tienen un papel fundamental en todos los flujos migratorios modernos: los «campos de información» y el contexto general creado por las estructuras políticas. No hace mucha falta comentar cuál era el campo de información que funcionaba en Occidente, pues los alamanes no tuvieron que recorrer mucho camino para emigrar a los Campos Decumates. Podemos dar por descontado que conocían o habrían podido conocer rápidamente su destino. Pero la épica senda que tuvieron que recorrer los germanos orientales necesita mucha más explicación. ¿Cuánto sabían en realidad los emigrantes acerca de la costa septentrional del Ponto?

La ruta más directa desde las zonas correspondientes a las culturas de Wielbark y Przeworsk en el norte y el centro de Polonia hasta el mar Negro pasaba por el arco exterior de los Cárpatos, utilizando los valles del Alto Vístula y del Dniéster. Como ya hemos señalado, hay una franja de cementerios de Wielbark correspondientes a la fecha adecuada que indica que ésa fue la ruta tomada. No sólo es ésta una de las vías naturales de la Europa central y del este, sino que el tráfico que discurría por ella había sido particularmente denso durante la época inmediatamente anterior y posterior al nacimiento de Cristo, cuando fue explotada como uno de los principales ejes de la Ruta del Ámbar que unía el mundo mediterráneo con las costas del Báltico, donde se producía el preciado material. Como dijimos anteriormente, esta resina solidificada de árboles sumergidos era muy apreciada en joyería

en el mundo mediterráneo, y constituía una de las principales exportaciones de Germania. Numerosos mercaderes, pues, recorrían periódicamente la principal ruta de migración de los godos durante esta época, y algunas poblaciones de la cultura de Wielbark participaron realmente en este comercio, construyendo y manteniendo una compleja serie de puentes y pasarelas de madera cerca del Báltico.⁴⁷ A finales del siglo II y durante el III los emigrantes de lengua germánica del norte y el centro de Europa habrían podido, pues, contar con importantes fuentes de información acerca de las tierras situadas al sur y al este de los Cárpatos, y sobre las posibles rutas para llegar hasta ellas. Gracias al comercio del ámbar, conocían bien la ruta y sabían algo de las sociedades y los contextos existentes al otro extremo de ella. Yo sospecho, sin embargo, que un análisis más exhaustivo del repertorio arqueológico demostraría que este flujo migratorio de germanos orientales actuó inicialmente de forma canalizada, acumulándose los emigrantes en un número relativamente escaso de destinos de la región del norte del Ponto, hasta que conocieron mejor toda la situación de la zona.

Una vez en la región del mar Negro, enseguida entraron en juego otros campos de información. Los emigrantes no tardaron en enterarse de las atractivas posibilidades de lucro que les ofrecían las incursiones de saqueo en el Imperio Romano, económicamente más desarrollado, y las distintas rutas por las que podían llevar a cabo sus correrías. Es posible que algunas ya las conocieran en parte, pues había tropas godas prestando servicio en los ejércitos romanos contra Persia incluso antes del ataque a Histria de 238. Una inscripción datada treinta años antes de ese episodio conmemora la presencia de lo que probablemente fueran soldados godos en el ejército romano de Arabia. Pero antes de su llegada, no es posible que los inmigrantes tuvieran conocimiento alguno de la geografía del Mediterráneo oriental ni de su hinterland, ni que supieran que al otro lado del mar Negro se encontraban las ricas costas del norte de Asia Menor. Enseguida consiguieron esa información. Desde mediados de la década de 250 estaban realizando incursiones de saqueo al otro lado del mar Negro, y no cabe duda de dónde habían sacado la información necesaria. Las fuentes históricas dicen explícitamente que la pericia marinera de los habitantes de las ciudades griegas de la costa del norte del Ponto les facilitó los barcos y las

tripulaciones necesarias para llevar a cabo esas incursiones. No hace falta mucha imaginación para comprender que ellos fueron también la fuente de información de las lucrativas posibilidades que aguardaban a quien encontrara el modo de cruzar los doscientos kilómetros o más de mar abierto que separan las riberas norte y sur del Ponto.⁴⁸

Pero si las opciones de los emigrantes del siglo III contaron con la influencia de la información que pasaba a través de la Ruta del Ámbar, también vinieron determinadas, quizá de manera más decisiva, por las estructuras políticas del mundo que los rodeaba. En el mundo moderno, los flujos migratorios se ven afectados por la interferencia de unos estados que intentan canalizarlos, fomentarlos o limitarlos por medio de pasaportes, controles fronterizos y políticas de inmigración. Las estructuras estatales antiguas eran mucho menos sofisticadas, pero el Imperio Romano ponía en marcha políticas de inmigración cuando se trataba de admitir grupos enteros, y la consecuencia de esta situación sobre los flujos migratorios germánicos del siglo III es evidente.

La expansión germánica desde el norte y el centro de Europa a partir de mediados del siglo II no se limitó sólo a los grupos de Wielbark. Los longobardos y los ubios, procedentes de la desembocadura del Elba, más al oeste, dieron el toque de corneta que marcó el comienzo de las Guerras Marcomanas. Y la Germania no perteneciente a la cultura de Wielbark, como hemos visto, permaneció activa hasta bien entrado el siglo III. La migración de alamanes desde el triángulo del Elba y de burgundios desde más al este desempeñó un papel trascendental en la remodelación de la geografía política de la región de la frontera del Rin exactamente al mismo tiempo que otros grupos heterogéneos de germanos se expandían al este de los Cárpatos. Durante el siglo III, pues, la situación estratégica fue reestructurada de forma más o menos similar a lo largo de todas las fronteras del Imperio Romano con la Europa dominada por los germanos. Y tanto al este como al oeste, la posición estratégica de Roma se vio alterada para peor. En ambos extremos, hubo un elemento migratorio actuando en concomitancia con las transformaciones políticas en general. En Occidente, predominó la reestructuración política y ése es el elemento que de forma más inmediata llama nuestra atención: sus consecuencias fueron las nuevas confederaciones

francas y alamanas. En Oriente, en cambio, predominó la migración porque la expansión germánica se desarrolló en unos territorios extensísimos y comportó grandes cambios culturales. En su nuevo mundo al norte del mar Negro, los emigrantes crearon estructuras políticas más grandes y más complejas que cualquiera de las había habido entre ellos en el norte y el centro de Europa.

Pero si la mezcla de componentes fue más o menos similar, el efecto general fue totalmente distinto en Oriente y Occidente. Al este de los Cárpatos, vastos territorios pasaron a estar bajo el control o al menos bajo la hegemonía de pueblos de lengua germánica, y surgieron muchas nuevas unidades políticas a medida que los emigrantes se extendían por el país. En el oeste, la expansión geográfica del territorio dominado por los germanos se limitó simplemente a los Campos Decumates, y la transformación política tendió más directamente hacia la confederación que hacia la gran diversidad del proceso político visible al norte del mar Negro. La explicación de estos resultados básicamente tan diferentes radica en el hecho de que la expansión germánica en Occidente chocó directamente con las estructuras políticas y militares del Imperio Romano. Durante el siglo III dichas estructuras estuvieron a veces en grave desorden, sobre todo debido a la aparición de la Persia sasánida, que agotó los recursos de Roma y exigió un amplio despliegue de fuerzas en Oriente. Esta situación ofreció a los grupos germánicos expansionistas numerosas oportunidades de obtener beneficios a corto plazo a mediados de siglo, pero a la larga las estructuras imperiales de Roma resultaron duraderas. Tras un largo período de cambios (marcado entre otras cosas por un aumento de la presión fiscal), se encontraron recursos suficientes para frenar la amenaza persa y para limitar la posibilidad de una expansión germánica a gran escala en Occidente. Dicho en cuatro palabras, debido a la fortaleza del ejército y de las fortificaciones romanas, la expansión germánica en Occidente quedó confinada a pequeñas cantidades de nuevo territorio, y la mayor parte de la energía se canalizó hacia la reestructuración política interna y hacia breves incursiones al otro lado de la frontera. En Occidente no habrían podido repetirse los sucesos acaecidos al norte del mar Negro, donde la estructura de poder más fragmentada de los clientes de Roma permitió a los emigrantes germanos crear una nueva

hegemonía sobre grandes extensiones de territorio. Es posible que el Imperio Romano no tuviera la capacidad burocrática de emitir pasaportes, pero sus estructuras fronterizas desempeñaron un papel fundamental determinando los distintos resultados que en la Europa del este y del oeste tuvo la mezcla explosiva de migración y reorganización política, que fue exactamente la misma en uno y otro extremo.⁴⁹

Así pues, si nos fijamos bien, las rutas y los distintos resultados de estas migraciones adquieren perfectamente sentido a la luz de los estudios modernos sobre la migración. Pero siguen en pie dos grandes cuestiones. ¿Qué fue lo que hizo que un número tan grande de habitantes de Europa de lengua germánica se pusieran en marcha precisamente en ese momento? ¿Y cómo debemos explicar el carácter aparentemente anómalo del flujo migratorio, integrado, como indican los testimonios, por grandes grupos sociales mixtos?

Más que otra cosa, la falta de información de primera mano nos impide comprender las motivaciones de los emigrantes. El debate no puede realizarse basándonos en estudios de caso individuales, como haríamos en cualquier discusión análoga más reciente, porque no existe ninguno. Sin embargo, como hemos visto, hoy día las motivaciones de los emigrantes suelen modelarse usando una matriz de motivos económicos y políticos por un lado, que se corresponde con la voluntariedad o involuntariedad del desplazamiento por otro. La esperanza general es que los cuatro parámetros coincidan prácticamente en todos los casos, aunque en combinaciones que admiten variaciones espectaculares, de modo que en unos emigrantes predominarán las motivaciones económicas voluntarias, mientras que en otros predominarán las razones políticas involuntarias. E incluso aunque no podamos hacer el trabajo con el grado de detalle que nos gustaría, la adopción de un planteamiento de este tipo sigue siendo una forma sumamente productiva de avanzar.

Mirados en conjunto, los testimonios sugieren de modo harto convincente que al menos en parte del flujo migratorio hubo un elemento político involuntario. Desde luego no estamos hablando de una oleada de refugiados por motivos políticos a una escala como la de Ruanda a comienzos de los años noventa. Pero, según veíamos en el capítulo anterior,

un rasgo sorprendente de la Germania de finales del siglo II y del siglo III es la evidencia del incremento de la rivalidad política violenta, como demuestra el cúmulo relativamente denso de depósitos de armas aparecidos en los pantanos de Dinamarca y de otros países. Y no hay motivos para pensar que los protodaneses del siglo III fueran particularmente belicosos. La conjetura más razonable debe ser por fuerza que los pantanos son los que han permitido que en ellos se conserven más y mejores testimonios del incremento de la violencia que en cualquier otro sitio. Al menos, resulta muy difícil imaginar la aparición de las nuevas confederaciones políticas por esa misma época, con la consiguiente intensificación de las ideologías marciales autoritarias, si no se tiene en cuenta ese mismo tipo de aumento de la violencia. Sobre este telón de fondo, sería extraño de hecho que la migración a nuevas tierras no saliera en la ecuación como una respuesta más a los mayores peligros que suponía vivir en la antigua Germania. El aumento de la rivalidad por el control de los mismos bienes siempre ha sido una de las causas más importantes de la recolocación de la población.⁵⁰ Pero si la escalada de las rivalidades políticas contribuye en parte a explicar por qué tantos germanos emprendieron la marcha en primera instancia, una motivación económica más positiva nos ayuda a comprender la principal dirección geográfica que tomaron.

Dejando a un lado los ocasionales productos de importación mediterráneos, las investigaciones arqueológicas han sacado a la luz, como veíamos en el capítulo 1, un mundo germánico que en los albores de la época imperial poseía sólo una cultura material muy sencilla: cerámica hecha a mano, pocos metales preciosos, y relativamente pocos mecanismos para expresar de forma material el estatus de la persona. Esta situación cambió en gran medida durante los siglos siguientes, cuando el mundo germánico se abrió a los contactos con las economías más desarrolladas del Mediterráneo. La consecuencia fue que se generó una nueva afluencia de riqueza por varios conductos a través de la frontera, desde los beneficios proporcionados por los nuevos lazos comerciales, hasta los subsidios diplomáticos y las incursiones de saqueo al otro lado del *limes*. Un dato fundamental de toda esa nueva riqueza, sin embargo, es que en términos sociales los beneficios no se repartían con equidad: algunas clases en concreto se beneficiaban de ella de

un modo desproporcionado. Y tampoco geográficamente estaban distribuidos de manera equitativa. Los contactos con el Imperio Romano generadores de riqueza favorecían claramente en su mayoría a los grupos germanos establecidos en la zona inmediatamente próxima a la frontera.

Los subsidios diplomáticos se pagaban sólo a los pueblos establecidos cerca de la frontera. Es difícil decir con exactitud, por ejemplo, hasta qué punto al otro lado del *limes* se habría extendido la remodelación de la política de fronteras emprendida por Constancio que estudiamos en el capítulo anterior: desde luego a más de unos kilómetros, pero probablemente no a más de dos o tres días de marcha de sus legiones, esto es, quizá a unos cien kilómetros. Las incursiones de saqueo, aunque no se limitaran a los pueblos que vivían al lado de la frontera, a ellos les resultaban desde luego más fáciles que a nadie. Lo mismo cabe decir del comercio de productos agrícolas y de otras materias primas. La logística del transporte hacía que resultara mucho más fácil para los que habitaban en la zona fronteriza suministrar productos a los soldados romanos, que eran la fuente básica de la demanda. No hay que exagerar en este punto. Poblados como la Feddersen Wierde podían beneficiarse de la demanda romana debido a la facilidad del transporte por vía fluvial, y algunas redes comerciales de productos muy valiosos, como el tráfico de esclavos o de ámbar, se extendían hasta lo más profundo del interior de Germania. Por ejemplo, es presumible que fueran los germanos predadores del interior los que realizaran las primeras incursiones de saqueo en busca de esclavos, y las pasarelas de Wielbark demuestran que en el norte de Polonia hubo alguien que se benefició mucho de la Ruta del Ámbar. No obstante, la mayor parte de la afluencia de riqueza beneficiaba sólo o al menos de manera muy desigual a la zona fronteriza, e incluso el comercio de larga distancia tenía en último término que llevarse a cabo a través de intermediarios —aunque no fueran más que reyes que cobraban derechos de aduana— en la frontera. No pudo ser sólo Vanio, el rey de los marcomanos, el único que viera el potencial de generación de riqueza que tenía hacer que los traficantes germanos trajeran sus productos a los mercaderes romanos en su territorio, para poder cobrar derechos de aduana. Los monopolios son una

forma muy buena de hacer dinero y cabe presumir que precisamente con ese fin se diera tanta preponderancia a los convenios comerciales en los acuerdos diplomáticos entre los estados clientes y el Imperio Romano.

Como han venido a subrayar los trabajos más recientes realizados sobre las fronteras en general y sobre los confines del Imperio Romano en particular, conviene ver instalaciones del estilo del Muro de Adriano como el centro de una zona de contactos culturales y económicos que se extendía hasta cierta distancia por uno y otro lado, y no sólo como una línea defensiva cuyo fin era cortar el paso. Un resultado de esos trabajos ha sido la tendencia visible en los estudios recientes a subestimar el volumen de violencia y enfrentamiento que habría cabido esperar que se desarrollara a lo largo de la línea fronteriza y a uno y otro lado de ella. En todo esto hay un elemento de verdad muy significativo, pero ésa no es toda la verdad sobre la situación del *limes*. Por mucho que las poblaciones que habitaban a uno y otro lado del confín mantuvieran diversos contactos mutuos, no vivían sólo en su cómoda zona de frontera y nada más, sin verse afectadas por el resto del mundo.

El ritmo de coexistencia fronteriza podía verse socavado desde un lado, por ejemplo por la necesidad de ganar prestigio de un emperador romano. A finales de la década de 360, Valentiniano I quiso demostrar a los terratenientes a los que cobraba impuestos que podía tratar con mano dura a los bárbaros. Redujo por tanto los regalos anuales que hacía a los reyes alamanes, con unos resultados desastrosos. Éstos reciclaban dichos regalos repartiéndolos entre sus secuaces con el fin de mantener su prestigio, por lo que la avaricia de Valentiniano suponía una amenaza a su autoridad. El resultado fue una oleada de violencia que desestabilizó el sector alamánico de la frontera del Rin.⁵¹ En mi opinión, sin embargo, mucho más fundamental fue la tendencia intrínseca de la zona fronteriza a verse desestabilizada desde el lado no romano. La razón de que así fuera deriva de lo que acabamos de observar. Sus intensos contactos con el mundo más desarrollado de los romanos abrían la frontera a la afluencia de nuevas riquezas. Su efecto general fue la creación de una Germania de dos velocidades, cuya economía y cuya sociedad operaban a unos niveles más elevados y más intensos de desarrollo cuanto más cerca estuvieran de la frontera romana, y viceversa. En consecuencia, enseguida se produjeron marcadas diferencias de riqueza entre

esa zona fronteriza y el interior de Germania. En mi opinión, esa desigualdad fue un componente adicional decisivo de las motivaciones que se ocultan detrás de los flujos migratorios de los siglos II y III. Son una consecuencia completamente lógica de otro fenómeno más amplio, la desigualdad del desarrollo. Grupos armados originarios de las regiones menos ricas intentaron adueñarse por la fuerza de una parte de las atractivas oportunidades existentes más cerca del Rin y del Danubio.

Esa tendencia había empezado a manifestarse en el siglo I. En esta centuria ya hemos conocido al rey Vario, cliente de los romanos que conoció una gran prosperidad durante la primera mitad del siglo gracias a los subsidios y a la riqueza que obtenía de los mercaderes romanos que residían en sus dominios. Esta situación tan feliz acabó finalmente en 50 d. C., cuando sus riquezas fueron robadas por un grupo de germanos procedentes de fuera de la zona fronteriza, que organizaron una expedición lo bastante fuerte para incautarse de sus posesiones.⁵² Este mismo motivo básico —adueñarse de la riqueza existente en la zona fronteriza— es evidente o deducible en todos los sucesos del siglo III. La región del mar Negro, por ejemplo, era rica en un potencial botín visible y fácil de trasladar de un sitio a otro. Han aparecido algunos enterramientos fabulosamente ricos, llenos de metales preciosos, típicos de la arqueología de los reinos sármatas de la ribera septentrional del Ponto durante los primeros siglos de la era cristiana. Hay buenos motivos para suponer que tanta riqueza actuó como un imán para los godos y otros pueblos que habían tenido noticia de ella a través del paso periódico de personas e informaciones por la Ruta del Ámbar. Y una vez que se pusieron en marcha, los inmigrantes germánicos adoptaron otras estrategias destinadas todas ellas a maximizar su acceso a esa riqueza.⁵³

Los primeros godos armados que aparecieron en la zona del mar Negro no sólo saquearon una de sus ciudades, Histria, en 238, sino que además prometieron mantener la paz si Roma les concedía un subsidio anual.⁵⁴ Este grupo se dio cuenta claramente del tipo de ingresos periódicos que podía obtener de una relación más estrecha con el mundo romano. Y lo mismo sucede con las incursiones de saqueo: el motivo de las mismas, ya fueran en los Balcanes o al otro lado del mar Negro, era adquirir bienes muebles en todas sus formas posibles, seres humanos o cualquier otra cosa. Los restos de

los nuevos reinos predominantemente germánicos establecidos en la zona, visibles en el sistema cultural de Cernjachov, ilustran someramente este punto, sobre todo cuando los comparamos con los restos de la cultura de Wielbark. Encontramos con mucha más frecuencia entre ellos metales preciosos. En los restos de la cultura de Cernjachov correspondientes al siglo III, las fíbulas de plata son razonablemente numerosas; en cambio se encuentran rara vez en los enterramientos del sistema Wielbark de los siglos I y II. La cerámica romana es también muy común en los poblados y necrópolis de Cernjachov, tanto vajillas finas de comedor como restos de ánforas que originalmente habrían contenido vino o aceite de oliva. Por tanto, pese a la ausencia de cualquier explicación interna o privada de los motivos de los inmigrantes góticos, estoy bastante seguro de que se organizaron en grupos armados precisamente con el fin de acceder a las riquezas existentes en las zonas fronterizas. Sus numerosos y variados contactos con el mundo romano no sólo habían hecho mucho más rica la frontera que la Germania exterior, sino que por eso mismo hicieron de ella el objetivo natural de los grupos procedentes del interior, que se organizaron con el fin de llevarse ellos también su parte.

La motivación económica en gran medida voluntaria de nuestras migraciones del siglo III tuvo también una fuerte dimensión política. No fue ésta la motivación política negativa que suele ocultarse tras las modernas columnas de refugiados, sino una motivación predatoria de un carácter más «positivo» (a falta de un calificativo mejor). La riqueza que estaba acumulándose entre las sociedades principalmente germánicas de los márgenes del mundo romano no podía caer en manos de unos individuos que se limitaran a aparecer reclamando una parte, a la manera en que los trabajadores emigrantes buscan empleo en los sectores de la industria o los servicios de una economía moderna. La nueva riqueza no se generaba en fábricas que necesitaran grandes cantidades de mano de obra. Por el contrario, estaba localizada en las cortes de los reyes clientes, que redistribuían entre sus principales partidarios los beneficios derivados de sus diversas transacciones con el estado romano. Eran esos reyes los que inicialmente cobraban los subsidios, los derechos de aduana, las pagas por los servicios militares prestados y, probablemente, un porcentaje también de las

incursiones de saqueo al otro lado de la frontera. Unos cuantos emigrantes presumiblemente lograrían entrar a formar parte de los séquitos reales, pero éstos no representaban una gran demanda de mano de obra emigrante. Los séquitos no eran muy numerosos y en cualquier caso sólo necesitaban especialistas en el ámbito militar. Para los grupos más numerosos de emigrantes, la única vía para obtener parte de la nueva riqueza era presentarse armados y en número suficiente para sustituir a los reyes clientes y hacerse con el control de sus rentas. En el siglo III muchos emigrantes aprovecharon la ocasión, en Oriente y en Occidente, y los reyes clientes fueron sustituidos con tanta frecuencia que se modificó la geografía política de todas las fronteras europeas de Roma.

¿Voortrekkers *germánicos*?

Este punto tan importante explica por qué, aunque tuvieran un carácter principalmente económico y voluntario, en los flujos de población germánica de finales del siglo II y de todo el III a veces participaron grandes unidades migratorias. Esta situación contrasta con flujos migratorios igualmente voluntarios del mundo moderno, cuyas unidades suelen ser pequeñas: un individuo o un grupo de compañeros. Esto que parece una contradicción se explica por las diferencias fundamentales de contexto económico. Los flujos migratorios modernos en realidad vienen dictados por el tipo de oportunidad económica disponible, una demanda masiva de trabajadores individuales. El mismo principio valía para la época de los romanos, pero la naturaleza de las oportunidades económicas era distinta. En el mundo moderno un emigrante puede acceder a una parte razonable de la riqueza generada por el desarrollo económico obteniendo trabajo en fábricas o en industrias del sector de los servicios. En los siglos II y III, el camino del éxito estaba en ser el líder o en formar parte de la elite militar de un estado cliente que ocupara un rincón proficuo de las fronteras del mundo romano. Aquí, la unidad migratoria adecuada —aunque el flujo de población fuera voluntario y tuviera fundamentalmente motivos económicos— tenía muchas veces que ser grande si quería tener éxito. Desde los tiempos de los primeros avances de Roma hacia el Rin y el Danubio, ningún rincón atractivo de la frontera había estado

nunca desocupado. Si se era un extraño deseoso de pasar a formar parte del beneficioso sistema fronterizo, la única opción era trasladarse a él con fuerzas suficientes para expulsar al que ya ocupara el sitio. La actividad predatoria desde fuera de la región fronteriza quizá empezara con pequeñas incursiones de saqueo como el ataque que sufrió Vanio en el siglo I (aunque incluso éste parece que fue bastante grande), pero si alguien quería emigrar a una región y quedarse en ella de forma permanente, era necesaria una fuerza militar de miles, no de centenares de hombres.⁵⁵

Así se explica, aunque de un modo un tanto paradójico, la otra aparente anomalía de estos flujos migratorios antiguos: a saber, que a veces mujeres y niños se trasladaran a la zona fronteriza junto con los guerreros. Este hecho es consecuencia de la magnitud de la fuerza militar requerida para conquistar una de las posiciones generadoras de rentas existentes en la frontera. En la Germania de los tiempos de los romanos era bastante fácil, como veíamos en el capítulo anterior, reunir partidas de guerreros de unos centenares de hombres, pero fuerzas de esta magnitud, aunque válidas para realizar una incursión de saqueo, no habrían podido nunca llevar a cabo el tipo de cambio estructural que hemos visto que se produjo a lo largo de las fronteras europeas de Roma en el siglo III: en todas partes nuevos grupos de clientes procedentes de la inmigración sustituyeron a los anteriores. Si analizamos este problema a la luz del grado de desarrollo existente por entonces en Germania, a la hora de reunir fuerzas de la magnitud necesaria para realizar actividades militares de carácter superior, como por ejemplo la conquista de un territorio, los reyes habrían tenido que convencer de que tomaran parte de la expedición no sólo a los integrantes de su séquito, sino también a grandes cantidades de hombres libres armados. Como hemos visto, la sociedad no estaba todavía dominada por los reyes y sus incondicionales hasta tal punto que la movilización únicamente de éstos proporcionara hombres suficientes para la tarea que se deseaba emprender; en cambio más tarde la simple movilización de los reyes alamanes y sus séquitos daría a Cnodomario la posibilidad de alzarse con la victoria en Estrasburgo.

Esta observación es fundamental para entender la aparente peculiaridad de la migración germánica del siglo III. Las dimensiones de los séquitos estaban estructuralmente limitadas por la escala del excedente económico con

el que se contara. Por eso tenían que intervenir en el proceso grandes cantidades de hombres libres, y esta circunstancia incrementa la probabilidad de que al menos cierto número de familias participara también en una determinada expedición. Cuando esas expediciones eran de larga distancia, viajes sin retorno, como las de los godos y otros germanos desde Polonia al mar Negro, eso era inevitable, igual que les ocurrió a los vándalos en las Guerras Marcomanas.⁵⁶ Debido al excesivo uso que se ha hecho en el pasado de la hipótesis de la invasión, en la actualidad hay mucha resistencia, sobre todo entre los arqueólogos, a la idea de que alguna vez se pusieran en marcha grandes grupos mixtos con el propósito deliberado de conquistar un nuevo territorio. Esta reacción negativa —según la cual semejante concepción de los acontecimientos pretéritos debe ser un mito, aunque tengamos noticias de ellos en fuentes contemporáneas de los hechos y en general fidedignas— está tan arraigada que conviene señalar que en el mundo moderno se han observado fenómenos análogos.

Hacia 1800 d. C. había alrededor de cuarenta mil familias de colonos bóers viviendo de la agricultura en los confines del primitivo asentamiento holandés establecido en el hinterland del cabo de Buena Esperanza allá por 1652. La mayor parte de ellas estaban emparentadas por matrimonio. Pero cuando la presión fiscal y cultural del imperialismo británico empezó a aumentar a comienzos del siglo XIX, se dispusieron a buscar nuevas tierras. La organización colectiva de los bóers no respondía a una estructura estatal, pero estaba establecida con bastante firmeza para que una comisión (la *Comissie*) enviara grupos de exploradores a estudiar el potencial agrícola de los territorios vecinos. Uno de esos grupos volvió con noticias poco halagüeñas acerca del territorio de lo que hoy es Namibia, pero un segundo grupo —formado por veintiún hombres y una mujer— viajó al otro lado de la cordillera del Zoutspansberg y descubrió que el norte del Transvaal y Natal ofrecía unas oportunidades más prometedoras. Como consecuencia, empezaron a reunirse algunos grupos y a trasladarse al norte a razón de diez o quince kilómetros al día, al principio en grupos de entre cincuenta y cien familias, provista cada una de su propio ganado y con todas sus posesiones terrenales metidas de cualquier manera en una carreta de bueyes. En febrero de 1836, Hendrik Potgieter emprendió la marcha con doscientas personas y

sesenta carretas, seguido de cerca por otros grupos de dimensiones parecidas: Johannes van Rensburg con diecinueve familias, Louis Tregardt con siete (entre ellos iba Daniel Pfeffer, de ochenta y siete años, encargado de la enseñanza de los treinta y cuatro niños de la caravana), Andries Pretorius, con sesenta carretas, y Pert Maritz y Piet Retief, con cien cada uno. Todos estos grupos estaban formados por hombres, mujeres y niños de todas las edades.

Aparte de la calidad de los pastos, a los bóers los habían atraído las noticias de los exploradores acerca de la abundancia de tierras sin dueño. Era un error. En la zona a la que se dirigían había dos reinos muy poderosos desde el punto de vista militar, los matabeles de Mzilikazi, y los zulúes de Dingane, que no estaban dispuestos a permitir que los bóers se quedaran con todo lo que quisieran. Tras unos intentos iniciales de negociación, uno de los cuales dio lugar al famoso asesinato de Piet Retief a manos de Dingane cuando pretendía alcanzar un supuesto acuerdo sobre concesiones de tierras, y a la posterior matanza en el curso de un ataque nocturno de quinientos pioneros, entre ellos cincuenta y seis mujeres y ciento ochenta y cinco niños, los líderes de los bóers decidieron que había que acabar con el poder de esos reyes. Se reorganizaron entonces para crear grandes comandos, que aplastaron despiadadamente el poder de sus enemigos. Los pioneros gozaban de una importante ventaja tecnológica: escopetas de metro y medio de longitud que podían disparar varias veces por minuto montados a caballo. De ahí que unas fuerzas bóers relativamente pequeñas pudieran derrotar al enemigo. Incluso cuando atacaron el principal centro político de Mzilikazi, unos pocos centenares de hombres lograron matar a tres mil matabeles sin sufrir ninguna baja y quemaron el *kraal* del rey. También los zulúes de Dingane se mostraron incapaces ante las armas de fuego. Estos éxitos militares animaron a más pioneros a escapar de la dominación británica, y finalmente otros doce mil emprendieron la marcha desde Ciudad del Cabo.

Aparte de su superioridad tecnológica, que supuso que sólo hiciera falta un número relativamente reducido de bóers para librar incluso grandes batallas, lo que ocurrió aquí es idéntico a lo que sugieren nuestras noticias de lo que ocurrió al norte del mar Negro en el siglo III (y desde luego en el oeste vikingo en el siglo X). Pequeños grupos de intrusos en busca de riqueza se

reorganizaron formando grupos más grandes cuando quedó patente que la adquisición del principal bien —el control de la tierra— exigía la destrucción de obstáculos políticos importantes. La forma en que un flujo migratorio inicialmente pacífico se convierte en un acto deliberado de depredación armada constituye también un recordatorio muy saludable. El *Homo sapiens sapiens* es perfectamente capaz de organizarse en grupos armados con poder suficiente para adueñarse de las propiedades de otros, y así lo hace a veces utilizando como vehículo la migración. Igualmente importante, a pesar del elemento claramente militar de sus actividades, es el hecho de que las unidades migratorias bóers contenían siempre mujeres y niños aparte de hombres, lo mismo que, según indican los materiales del siglo III, ocurrió al menos con algunos germanos. Eso no demuestra que los grupos mixtos armados sean una posibilidad a priori (cosa que —tan fuerte es el rechazo a la hipótesis de la invasión— algunos han llegado a poner en duda), pero sí que refuerza los motivos de que a veces lo sea. Siempre que la capacidad militar de un grupo en busca de tierras dependa sólo en parte o no dependa en absoluto de soldados profesionales, sino que se apoye en un grupo de agricultores que sepan combatir, cualquiera de esos agricultores que se una a la corriente migratoria se llevará a su familia consigo. A los bóers jóvenes los enseñaban a montar a caballo y a disparar desde la más tierna infancia —y lo mismo les pasaba a las mujeres, que distaban mucho de encontrarse desvalidas en la batalla incluso sin sus hombres—, y fue esa capacidad militar suya la que sometió a los matabeles y a los zulúes. Como sabemos, en la Germania de los siglos II y III había algunos séquitos de guerreros, pero éstos no eran demasiado numerosos, y como no contaban con ninguna ventaja militar enorme, como las armas de fuego, sobre los carpos y los sármatas, los grupos germánicos que invadieron por la fuerza la zona del norte del Ponto tuvieron que ser más grandes que un comando bóer. Por consiguiente, tuvieron que apoyarse en el sector más numeroso de la sociedad germánica, el formado por los agricultores-combatientes de condición libre, y naturalmente esos hombres llevaron a sus familias consigo.

Para contar con alguna posibilidad de éxito, los líderes de la supuesta expedición tenían que plantear sus campañas de reclutamiento en términos lo bastante generales como para atraer a los guerreros de condición libre. No se

conserva ninguna descripción de esta época primitiva, pero las pocas palabras en las que se cuenta cómo el rey godo Teodorico reunió las fuerzas necesarias para llevar a cabo su primera gran expedición militar de c. 470 d. C. evocan muy bien el proceso que probablemente siguió:

En aquellos momentos Teodorico había alcanzado la condición de hombre, pues tenía ya dieciocho años y había salido de la niñez. Así que llamó a algunos partidarios de su padre y se llevó consigo a los amigos que tenía entre el pueblo, y a los clientes que integraban su séquito, casi seis mil individuos.⁵⁷

Esta expedición no era un viaje sin retorno, así que no había motivo para que se llevaran consigo a sus familias, pero demuestra que, incluso en el siglo V, movilizar una cantidad considerable de hombres significaba buscar más allá del séquito de clientes en un sector más amplio de la sociedad germánica. Sin embargo, para explicar del todo los fenómenos de los siglos II y III y en particular para entender qué hacía que los hombres de condición libre y sus esposas se dejaran convencer de que unirse a una expedición armada al mar Negro era una buena idea, debemos introducir otro factor, que ocupa también un lugar destacado en los modernos estudios de caso sobre la migración: a saber, la movilidad intrínseca.

Las poblaciones de las zonas de Przeworsk y de Wielbark —como los habitantes del resto de Germania en la época que nos ocupa— practicaban una agricultura mixta. Las vacas, como dice Tácito y confirma en parte la arqueología de los poblados, eran una marca de estatus por la cual se medía la riqueza, pero la dieta habitual de la gente era el grano, y su producción constituía la piedra angular de la actividad económica. Los germanos no eran nómadas en ningún sentido real del término; no andaban arriba y abajo con sus rebaños trasladándolos de los pastos de verano a los pastos de invierno, como hacían algunos nómadas de la estepa en esa misma época. Pero en los primeros siglos de la era cristiana muchas sociedades germánicas, y desde luego las de la zona de Wielbark, carecían de la experiencia agrícola necesaria para mantener la fertilidad de sus campos de labranza durante más de una generación aproximadamente. Por tanto, a menos que pensemos a corto plazo, sus asentamientos solían ser móviles. Cuando la fertilidad de unas tierras se agotaba, la población emigraba, construyendo nuevos

poblados sobre la marcha. En consonancia con esta situación, da la impresión de que en el mundo de la cultura de Wielbark las necrópolis proporcionaban un punto de referencia más estable tanto para la vida como para la muerte. Los cementerios eran mucho más duraderos —el de Odry permaneció en uso durante casi doscientos años, tiempo en el que aparecieron y desaparecieron muchos asentamientos— y quizá incluso funcionaban como centros de la vida colectiva. Un rasgo sorprendente de los cementerios de Wielbark antes de 200 d. C., por ejemplo, es un gran círculo de piedra que no contenía ninguna tumba, pero que a veces estaba provisto de un poste en el centro. Los arqueólogos han sugerido de forma harto plausible que quizá esos círculos marcaran el espacio colectivo reservado para las reuniones. Sea como fuere, es evidente que la población de la cultura de Wielbark contaba con realizar desplazamientos periódicos.⁵⁸

Este detalle es muy relevante porque los estudios comparativos han demostrado una y otra vez que la migración es una estrategia de vida adoptada con especial frecuencia por poblaciones que ya son móviles. Este principio se cumple incluso a lo largo de generaciones. Estadísticamente, los hijos y nietos de inmigrantes tienen muchas más probabilidades de emigrar que la media de la población. Otro motivo de que los grupos de población compuestos por hombres, mujeres y niños estuvieran dispuestos a emigrar desde las zonas de Wielbark y de Przeworsk hasta el mar Negro es que su incapacidad para mantener la fertilidad agrícola a largo plazo implicaba que estaban ya programados de antemano para utilizar la recolocación como estrategia para conseguir una mayor prosperidad. En cierto sentido, adoptar esa estrategia en un viaje coherente a una distancia relativamente larga no representaba un cambio más radical, pongamos por caso, que el de un campesino inglés del siglo XVII que, tras cambiar el campo por la ciudad, decidía después tomar un barco y partir rumbo a las Américas. En otro sentido distinto, naturalmente sí lo era.

Hasta aproximadamente 200 d. C., quizá debido a un ligero incremento de la población —a juzgar por el número de asentamientos usados en cada generación— la recolocación por parte de los grupos de la cultura de Wielbark adoptó la forma de una deriva constante, aunque no demasiado llamativa, hacia el sur, hacia las zonas pertenecientes con anterioridad al

sistema de Przeworsk. Esta fase de la expansión de Wielbark se corresponde bastante bien con lo que esperaríamos de un modelo de ola en avance, y la deriva hacia el sur sería fruto de una opción individual fortuita a medida que la población iba incrementándose paulatinamente, y no constituiría un flujo migratorio dirigido a gran escala. La deriva hacia el norte se hallaba limitada por el mar Báltico, y en cualquier caso el terreno mejoraba a medida se alejaba uno de los depósitos arenosos o rocosos dejados en la ribera meridional del Báltico por los antiguos glaciares. La posterior migración hacia el mar Negro fue una empresa de un tipo totalmente distinto. Las distancias que suponía eran mucho mayores, y el desplazamiento se llevó a cabo en menos tiempo. La expansión del siglo II se extendió unos trescientos kilómetros aproximadamente en dirección sudeste y lo hizo en un período de entre cincuenta y setenta años más o menos. La del siglo III cubrió más de mil kilómetros en un tiempo parecido. Es evidente que este segundo flujo o segunda fase del mismo flujo migratorio fue mucho más dirigido, y desde luego no tenía más remedio que ser así.

La constante deriva de los asentamientos de una población quizá en ligera expansión se había convertido en una intrusión armada deliberada, con el fin de obtener beneficios financieros, en un escenario político ajeno. Y una vez más, las analogías con la historia de los bóers son sorprendentes. Entre el primer asentamiento de 1652 y 1800, algunas familias de colonos se extendieron desde la zona del Cabo a lo largo de los ochocientos kilómetros que separan esta región del río Orange, que marcaba su límite original, a medida que la población fue creciendo (Louis Tregardt, por ejemplo, tuvo diecisiete hijos de cuatro esposas). Esta situación encajaría también con el modelo de ola en avance. La emigración al otro lado del río como respuesta al ímpetu político, económico y cultural negativo que supusieron los británicos se apoyó en esta tradición de desplazamientos, pero fue dirigida y acelerada hasta convertirse en un fenómeno muy diferente. Las unidades migratorias aumentaron de magnitud y, como hemos visto, el flujo de población evolucionó rápidamente hasta convertirse en depredación militar cuando encontró resistencia. Lo mismo también podemos decir en el caso de los germanos del siglo III: su desplazamiento hacia el norte del Ponto exigía una cuidadosa planificación. Unas cuantas familias germanas procedentes del

norte que anduvieran errantes hasta llegar a la región del mar Negro no habrían conseguido precisamente nada, suponiendo que hubieran tenido in mente la anexión de tierras. Establecer una hegemonía militar en un mundo nuevo exigía una planificación cuidadosa y una gran masa de población, aunque esa masa estuviera organizada en varias fuerzas expedicionarias distintas y no en un solo «pueblo», como imaginaba la vieja hipótesis de la invasión.

FLUJOS PREDATORIOS

Hay muchas cosas de esos flujos migratorios de los siglos II y III que no entenderemos nunca. Los testimonios de los que disponemos no nos permiten explorar en detalle los factores desencadenantes en concreto, ni plantearnos qué individuos estaban dispuestos a participar en ellos y por qué, mientras que muchos de sus vecinos se quedaban en su sitio. Pero son lo bastante buenos para dejar bien sentado que la migración fue un factor fundamental de la reconstrucción de las fronteras del Imperio Romano. El «desarrollo» —los procesos de transformación sociopolítica y económica que dieron lugar a las nuevas confederaciones de finales de la época imperial— fue también un factor decisivo. Pero cualquier lectura antimigracionista de los testimonios tiene que pasar por alto demasiadas pruebas arqueológicas e históricas, y es notoriamente incapaz de explicar el cambio cultural que se produjo en la naturaleza de los principales socios de Roma a lo largo de las fronteras del Bajo Danubio y el mar Negro. Más al oeste, el elemento migratorio fue menos espectacular, pero en cualquier caso perfectamente distintivo en la ocupación de los Campos Decumates por parte de los alamanes y en la llegada de un importante número de burgundios a la región del río Meno.

Las evidencias también dejan bien sentadas las interconexiones existentes aquí entre migración y desarrollo. Estos dos factores no son dos vías de explicación alternativas, como han sido presentados a veces, sino que están esencialmente entrelazados en la evolución de los acontecimientos, y además lo están a muchos niveles. En primer lugar, el proceso de desarrollo en la sociedad germánica fue una causa fundamental de los flujos migratorios, tanto en forma negativa —al hacer su funcionamiento interno tan

violentamente competitivo que algunos quizá tuvieran que buscar un hogar más seguro en otra parte— como positiva, en el sentido de que la nueva riqueza de la zona fronteriza contigua animó a algunos grupos de la periferia exterior a emigrar a ella y a desplazar a sus anteriores ocupantes. El contacto con el Imperio Romano había generado un desarrollo considerable, pero geográficamente muy desigual en Germania y, como en el mundo moderno, las marcadas diferencias de riqueza actuaron como acicate para la emigración. En segundo lugar, el mecanismo por el cual había sido generada en buena medida esa nueva riqueza —ser el socio preferido de Roma en un determinado sector de la frontera— explica también parte de la aparente peculiaridad del flujo migratorio resultante. Esos siglos no fueron testigos de nada tan simple como lo que pretendía la vieja hipótesis de la invasión. Muchas expediciones distintas, sólo algunas de las cuales fueron numerosas, llevaron a cabo la acción. Grandes sectores de la población indígena de ambos extremos, el Báltico y el mar Negro, permanecieron en su sitio después de llevado a cabo el proceso de emigración. Así pues, no estamos ante el traslado de toda una unidad de población desde un punto A hasta un punto B, con la consiguiente limpieza étnica. Pero para tener acceso a la nueva riqueza de la zona fronteriza haciendo que Roma otorgara a un grupo el estatus de socio preferente quitándoselo a otro, a veces era preciso reunir grandes fuerzas militares con el fin de subvertir el orden político existente. A diferencia de lo que ocurre hoy día, pues, las unidades migratorias tenían que ser grandes e ir fuertemente armadas.

En tercer lugar, el hecho de que los reyes ambiciosos que querían trasladarse de la periferia a la zona fronteriza no pudieran reunir fuerzas suficientes sólo con su séquito de clientes y guerreros explica la otra peculiaridad de los grandes grupos que participaron en el flujo migratorio: a saber la presencia de mujeres y niños. La consecuencia fue un flujo migratorio que no adoptó la forma ni de ola en avance ni de transferencia de elite. Los pequeños grupos familiares que se desplazaran al azar por el país habrían sido barridos del mapa poco a poco por los carpos, los sármatas o los germanos de la zona Rin-Weser, y los reyes provistos sólo de sus séquitos del tamaño de simples partidas de guerreros no habrían podido ganar las batallas que se habrían visto obligados a librar.

Aparte de ofrecernos un modelo de migración adicional que hace hincapié en los lazos fundamentales existentes entre migración y desarrollo, los cambios que tuvieron lugar en la sociedad germánica durante el Alto Imperio tienen otra dimensión: podemos distinguir en ellos los primeros vislumbres del proceso global que acabaría igualando las enormes diferencias de desarrollo regionales típicas del paisaje europeo a comienzos del primer milenio. Muy lejos de las regiones que habían caído bajo el control directo de Roma, el contacto con el Imperio a todos los niveles desencadenó unas fuerzas cuyo efecto acumulativo fue la transformación de la sociedad germánica. En el siglo IV el resultado de todo ello fue, como hemos visto, la aparición de unas estructuras políticas mayores que dominaban a una población mucho más numerosa. Esas fuerzas se dejaron sentir con más intensidad cerca de la frontera, pero tuvieron unos efectos más allá de esa zona, sobre todo porque los hilos de algunas redes económicas —las que producían ámbar y esclavos, por ejemplo— eran muy largos. Más importancia aún tuvo la aparición de una periferia interna más rica —la que rodeaba el Imperio Romano propiamente dicho—, que generó una tendencia a convertirse en el destino de la migración predatoria procedente de las regiones más alejadas. Así pues, no sería sólo una delgada franja de clientes alrededor de las fronteras europeas de Roma la que sería susceptible de experimentar unos procesos de transformación a gran escala que acabarían minando el dominio del Mediterráneo. Pero incluso en el Bajo Imperio grandes zonas de la Europa central y del este seguían sin verse afectadas. La cosa cambiaría cuando el nuevo orden político de estados clientes creado por los flujos migratorios de los siglos II y III se derrumbara a finales del siglo IV. Y si la migración había desempeñado hasta entonces un papel secundario frente al desarrollo, también eso habría de cambiar. Había empezado la época de los hunos.

Capítulo 4

MIGRACIÓN Y COLAPSO DE LAS FRONTERAS

Probablemente a finales del verano de 376, la mayoría de los godos tervingos, los principales clientes del Imperio en la frontera del Bajo Danubio durante casi todo el siglo IV, se presentaron en la ribera norte del río pidiendo asilo. Iban capitaneados por Alavivo y Fritigerno, que se habían enemistado con el caudillo máximo de la confederación, Atanarico. Los greutungos, godos también, que anteriormente habían vivido más lejos de la frontera, al este del río Dniéster, no tardaron en seguir su ejemplo. Tervingos y greutungos habían habitado al sur y al este de los Cárpatos durante al menos tres generaciones, de modo que no es de sorprender que su desplazamiento repentino hacia el Danubio estuviera asociado con una oleada general de disturbios en la región. Después de pensárselo, el emperador romano de Oriente, Valente, decidió admitir a los tervingos en el Imperio, ofreciéndoles ayuda a este lado del Danubio, pero prefirió dejar fuera a los greutungos. Éstos, sin embargo, enseguida encontraron la ocasión de cruzar el río sin ayuda ni permiso de nadie, y no tardaron en unírseles otros huéspedes sin invitación: los taifalos junto con algunos hunos y alanos en 377, más alanos en 378, y algunos sármatas de la cuenca media del Danubio, clientes de Roma, en 379. Clientes internos, con relación establecida largo tiempo atrás, como los tervingos, los taifalos y los sármatas, clientes externos como los greutungos y los alanos, e invasores como los hunos, desconocidos hasta ese momento, luchaban por controlar la zona situada al norte de la frontera de Roma en el este de Europa, y el enfrentamiento se contagió al territorio imperial.

Aproximadamente una generación después de 376, el orden establecido al otro lado de la frontera romana de Europa central —la cuenca media del Danubio, al oeste de los Cárpatos— sufrió un colapso igualmente

espectacular. Probablemente hubiera también muchos otros participantes a pequeña escala, pero en la acción figuran cuatro grandes grupos bárbaros. En primer lugar, un numeroso contingente gótico, acaudillado por un tal Radagaiso, cruzó los Alpes y pasó a Italia en 405-406. A finales de 406 siguió sus pasos una fuerza mixta de vándalos, alanos y suevos, que entraron en la Galia cruzando el Rin y llegaron hasta España sembrando la desolación a su paso. Poco después, una fuerza mixta de hunos y esciros pasó a la parte de los Balcanes sometida al Imperio de Oriente, conquistando la fortaleza romana de *Castra Martis*, en la provincia de Dacia. Por último, los burgundios flanquearon el territorio de sus vecinos del oeste, los alamanes, para establecerse a uno y otro lado del Rin, alrededor de Espira y de Worms. No sabemos exactamente cuándo hicieron esto los burgundios, pero fue entre 406 y 413. Comparada con lo ocurrido en el siglo IV, esta situación representaba una vez más una mezcla de clientes fronterizos bien asentados (suevos), grupos integrantes ocasionalmente de la red diplomática de Roma (burgundios y vándalos), y pueblos completamente extraños a la zona del Danubio Medio (alanos).¹

Desde la perspectiva romana, esta secuencia de hundimiento de sus fronteras del centro y del este de Europa tampoco supuso el final del drama. Los tervingos y los greutungos que cruzaron el Danubio en 376 habían acabado concluyendo una especie de paz con el estado romano en 382, tras seis años de guerra que, como es sabido, fueron testigos de la derrota del emperador Valente y de la pérdida de dos tercios de su ejército de campaña el 9 de agosto de 378. Algunos de ellos —cuántos exactamente es una cuestión sobre la que volveremos más adelante— se unieron a partir de 395 bajo el mando de Alarico y sus sucesores. Esta fuerza se trasladó primero a los Balcanes, entró a continuación en Italia —por dos veces— y finalmente pasó a la Galia, donde en virtud de un nuevo acuerdo se instaló de manera más estable en Aquitania a partir de 418. De este asentamiento acabaría surgiendo el reino visigodo, estado sucesor de primera generación del Imperio Romano de Occidente. Una capacidad similar de movimiento continuo la mostraron algunos de los grupos que intervinieron en el colapso del *limes* en la Europa central. El caso más célebre es el de algunos de los vándalos y alanos que acabaron en España en 409 y que veinte años más tarde cruzaron al norte de

África, donde también lograron establecer un reino independiente. Y mientras tanto los burgundios siguieron avanzando, aunque de un modo menos espectacular. Tras una contundente derrota a manos de los hunos, muchos fueron reasentados por el estado romano en torno al lago de Ginebra a finales de la década de 430. De ese asentamiento acabaría surgiendo un tercer estado sucesor del antiguo Imperio Romano de Occidente.

Algunas distancias de las que aquí hablamos son extraordinarias. El larguísimo viaje de los tervingos y los greutungos desde el extremo noroeste del mar Negro hasta Aquitania equivale a casi dos mil quinientos kilómetros a vuelo de pájaro (y por desgracia los godos no viajaban a vuelo de pájaro). Los vándalos se trasladaron desde Eslovaquia o sus alrededores hasta Túnez, pasando por España y Marruecos, lo que supone casi cuatro mil kilómetros, y los alanos que los acompañaron recorrieron una distancia aún mayor. Antes de 376, el río Don marcaba la frontera occidental del territorio alano al norte del mar Negro, y desde allí a Cartago hay andando —casi literalmente— cinco mil kilómetros.

En los relatos tradicionales del primer milenio, esos tumultuosos acontecimientos ocurridos en las fronteras europeas de Roma y las zonas vecinas fueron presentados como el inicio de la gran *Völkerwanderung* germánica, literalmente el «movimiento de pueblos» germánicos (aunque no todos los que participaron en ella fueran hablantes de germánico). Los godos, vándalos, burgundios y muchos otros que aparecerán en los dos capítulos siguientes eran considerados pueblos enteros integrados por individuos de uno y otro sexo y de todas las edades, que poseían identidades colectivas desde hacía mucho tiempo y que habían emigrado deliberadamente en grupos compactos de un territorio a otro. De paso, destruyeron el poder del estado romano en Europa occidental, y según algunas versiones de los hechos, éste fue el desenlace de una lucha que había empezado allá por el año 9 d. C. cuando la coalición acaudillada por Arminio destruyó a Varo y sus tres legiones en el Bosque de Teutoburgo. Y por si no fuera suficiente, los acontecimientos relacionados con el colapso de las fronteras romanas habrían de desempeñar, como hemos visto, un papel todavía más importante en las distintas interpretaciones de la construcción de Europa. El modelo que aparentemente representaban —pueblos enteros yendo de un sitio a otro—

fue aplicado en su totalidad a la prehistoria europea, que fue explicada en términos de migración, invasión y «limpieza étnica». Las invasiones fronterizas del Bajo Imperio constituyen así un caso de prueba fundamental. ¿Fueron emprendidas por grandes conglomerados de individuos, de distintas edades y de distinto sexo, o no?

«SOLDADO OTRORA»

Varias fuentes de la época hablan de la llegada de los godos al Danubio en 376. Todas parten de una misma teoría común, a saber, que su causa fue en último término la aparición de una nueva fuerza en los confines de Europa: los misteriosos hunos (de quienes diremos algo más enseguida). Una da incluso una cifra concreta del número de refugiados godos que se juntaron en la orilla del río: doscientas mil personas de todas las edades y de uno y otro sexo. Sin embargo, nuestra interpretación de lo que sucedió se basa fundamentalmente en un historiador romano en particular: Amiano Marcelino. Sólo él ofrece algún detalle circunstancial de las derrotas de los godos y su posterior partida hacia el *limes* romano. Él y sólo él, por ejemplo, nos dice que en un determinado momento hubo tres concentraciones distintas de godos a las orillas del Danubio, y que también participaron en el episodio otros grupos no góticos. Asimismo, sólo el relato de Amiano explica cómo tomaron los greutungos su decisión de emigrar tras la muerte de dos reyes y cómo la confederación de los tervingos se disolvió, cuando distintas facciones presentaron distintas respuestas alternativas a la amenaza de los hunos y cada una de ellas obtuvo el respaldo necesario. Aparte de estos detalles, Amiano, al igual que las demás fuentes, se muestra totalmente explícito en dos puntos. En primer lugar, los godos llegaron al río en gran cantidad. Nunca da una cifra total (de hecho dice que eran incontables), pero recuerda que el emperador Valente presentó batalla en Adrianópolis al tener noticia de que iba a enfrentarse a diez mil adversarios, cifra que entendía que representaba sólo parte del total de la fuerza militar gótica presente en aquellos momentos en los Balcanes. Y en segundo lugar, aquellos guerreros llegaron con sus mujeres y sus hijos.²

Ningún comentarista tardorromano se sentó nunca a elaborar una descripción exacta de ningún grupo migratorio bárbaro —afirmando, por ejemplo, que ocho de cada diez emigrantes varones iban acompañados de sus familias—, pero es evidente que Amiano Marcelino concebía la acción como si hubiera sido llevada a cabo por emigrantes varones armados que viajaban en compañía de su familia, con sus pertenencias en una caravana de carretas, representadas en varios pasajes como fortalezas móviles susceptibles de ser arrastradas (igual que las de los bóers) hasta formar un campamento defensivo, y además de tamaño enorme. Como señalamos anteriormente, los historiadores han utilizado a menudo un factor de 5:1 para definir la proporción de guerreros respecto a la población total, aunque es sólo una conjetura. No obstante, independientemente de la proporción que cada uno prefiera, unos veinte mil guerreros o quizá incluso más, junto con sus familias, supondrían un total de muchas decenas de millares de personas viajando. Y aunque deja bastante claro que no todos los emigrantes pertenecían a una sola de las grandes concentraciones godas, Amiano alude a un grado notable de cohesión entre los dos principales grupos godos —tervingos y greutungos—, que entraron en el Imperio en 376. Cada uno de ellos negoció como una entidad colectiva con el estado romano desde las riberas del Danubio, y continuó después actuando de manera conjunta casi siempre.

Si juntamos los principales datos suministrados por las informaciones de Amiano para el año 376 —la composición mixta de los grupos góticos en lo tocante a sexo y a edad, el hecho de que estemos ante decenas de millares de personas que huían de los hunos, y el modo cohesionado en el que los inmigrantes trataron con el estado romano—, podemos entender qué es lo que hace vacilar a los comentaristas modernos. La suma de todo ello da como resultado algo que guarda un parecido muy embarazoso con la vieja hipótesis de la invasión: un pueblo, una autoridad, y un movimiento o una serie de movimientos de población que claramente estaban dirigidos y en los que la invasión y la huida desempeñaron un papel importante. Hemos visto también que este tipo de fenómeno —diferente a su vez de las oleadas de migración predatoria del siglo III y de la época de los vikingos— está ausente de los

estudios de caso sobre la migración moderna, mucho mejor documentada. Ante estos dos problemas, ¿podemos creer en la imagen elaborada con tanta claridad por Amiano Marcelino?

Establecer la credibilidad de un historiador antiguo que opera en el marco de la tradición clásica no es nunca fácil. Por entonces la historia era una rama de la retórica, y aunque perseguía la veracidad, la verdad no tenía por qué ser meramente literal. Se esperaba del autor un alto grado de maestría artística, en parte para deleite del público, pero ese talento artístico debía estar a su vez supeditado a la expresión de una verdad más profunda acerca de las personas y las situaciones. Lo que sabemos en concreto de Amiano es sumamente intrigante. Concluyó su historia con una descripción de sí mismo en una sola frase memorable y esencialmente precisa, aunque limitada: «soldado otrora y griego» (*miles quondam et Graecus*). Nació en Antioquía, en el Imperio Romano de Oriente, mayoritariamente de lengua griega, y es evidente que recibió una excelente educación en lengua y literatura tanto griega como latina, antes de ingresar en el ejército, donde ascendió al rango de oficial de estado mayor de grado medio como asistente de general. Estuvo presente en el campo de batalla muchas veces y llevó a cabo misiones secretas —detrás de las líneas persas en una ocasión y para asesinar a un usurpador en otra—, pero, por lo que sabemos, nunca estuvo al mando de ninguna unidad en acción. Abandonó el ejército a mediados de la década de 360 a la muerte del último emperador pagano, Juliano el Apóstata, pues tampoco él era cristiano. Por lo demás, no habla mucho de sí mismo ni de la finalidad que persigue escribiendo historia, excepto las menciones que hace de pasada a unos cuantos lugares que visitó entre su salida del ejército y su traslado definitivo a Roma a finales de la década de 380, donde concluiría su historia a comienzos de la siguiente década.

Existe una enorme bibliografía, por lo demás en constante aumento, acerca del historiador y su obra, y en ella se ponen claramente de manifiesto dos puntos. En primer lugar, aunque afirma estar interesado en la verdad, Amiano no tiene nada en contra de desplegar su maestría literaria al servicio de lo que consideraba la verdad, recurriendo a veces incluso al entretenimiento. El gran acontecimiento cultural que se produjo a su alrededor durante su vida fue la progresiva cristianización del Imperio, pero

él minimizó deliberadamente la presencia del cristianismo en su obra y quizá intentara incluso ocultar la aversión personal que sentía por él so capa de pretender favorecer la tolerancia religiosa. Y lo que sin duda es cierto respecto al trato que da a la religión quizá sea también cierto respecto de otras cuestiones, en las que la falta de sinceridad es menos evidente.³ Pero dicho esto, Gibbon consideraba a Amiano una «guía muy fiable». Gibbon no era ningún insensato, y el segundo punto del que hablábamos viene a reforzar la validez de esta opinión. Con un margen de diferencia extraordinariamente grande, Amiano ofrece el relato más detallado e informativo que se conserva del período tardorromano (o en realidad de cualquier otro período de la historia de Roma). Lo que ya hemos visto a propósito de su relato sobre los godos vale también para otras cuestiones: el nivel de detalles circunstanciales que contiene su obra supera simplemente, allí donde se superpone a ellas, a todas las demás fuentes de información conservadas. Ese enorme volumen de conocimientos lo adquirió en parte gracias a la experiencia (por ejemplo, sus misiones secretas son tratadas con amplitud y de forma bastante entretenida, y además participó personalmente en la campaña fallida de Juliano contra los persas), y en parte a través de sus conversaciones con participantes en los hechos particularmente bien informados, como, por ejemplo, el eunuco imperial retirado Euquerio, así como de las consultas efectuadas en los archivos. En un momento dado alude a un archivo «más secreto» que no se le permitió examinar, detalle que pone de manifiesto que hubo otros que sí que consultó, y en otro momento se le escapa decir que, a la hora de escribir sobre las actividades de los funcionarios militares, la práctica habitual en él era repasar los informes oficiales de sus carreras. Un historiador francés ha podido demostrar incluso que en gran medida los relatos de Amiano se basan en la lectura de los despachos originales intercambiados por los generales romanos y sus subordinados.⁴ En otras palabras, junto con la maestría literaria y el entretenimiento calculado, hay que tener en cuenta que Amiano emprendió una labor muy parecida a la investigación histórica moderna, sin la cual habría sido imposible el grado de detalle que podemos apreciar hoy día en su obra. Por consiguiente, no cabe dar una simple respuesta general a la cuestión de la fiabilidad de Amiano, y debemos considerar uno a uno cada pasaje.

En relación con los sucesos de 376, la credibilidad de Amiano ha sido atacada últimamente en dos sentidos, uno de gran calado, y el otro ligeramente menos profundo. Lo que importa es que se ha sugerido que su versión de los acontecimientos de 376 se parece un poco a la vieja hipótesis de la invasión porque (al igual que otros autores que escribieron del asunto sin tanto detalle) no podía evitar describir los hechos de esa forma. En los autores clásicos cultos estaba tan enraizada la idea de que los «bárbaros» se movían como «pueblos» —«comunidades con antepasados comunes»—, que automáticamente describían según estas líneas a cualquier grupo de extranjeros que entraran en territorio romano. En otras palabras, en la mente de todos ellos estaba profundamente enraizado un tópico de la migración, que les impedía ofrecer una descripción minuciosa de los bárbaros que estuvieran yendo de un sitio a otro. En segundo lugar, se ha sostenido que el énfasis que pone Amiano en los hunos como causa fundamental de la llegada de los godos al Danubio está fuera de lugar. En realidad, fue la acción de los romanos lo que desestabilizó el mundo de sus clientes godos, permitiendo que los hunos penetraran en nuevos territorios, de modo que éstos no serían los feroces invasores venidos de fuera que reflejan nuestras fuentes.⁵ Se trata de unas críticas muy importantes, ¿pero resultan convincentes? ¿Entendió indebidamente Amiano la importancia del papel de los hunos, y describió los acontecimientos de 376 como un desplazamiento en masa de hombres, mujeres y niños porque carecía de los mecanismos conceptuales necesarios para actuar de otro modo?

Como hemos visto, a veces nuestras fuentes nos dan buenos motivos para pensar que en la mente de los autores existía, en efecto, un tópico de la migración. Desde el siglo VI, Jordanes describe las migraciones góticas del siglo III a la región del mar Negro en términos de movimiento de un «pueblo», cuando la realidad reflejada en otras fuentes más contemporáneas de los hechos era mucho más compleja. En su momento veremos en los relatos de las migraciones lombardas de los siglos IV y V confeccionados en el siglo IX otro ejemplo estupendo. ¿Pero qué podemos decir de Amiano y los sucesos de 376?

En este caso, recurrir al argumento del tópico de la migración parece bastante poco convincente. Para empezar, aunque no sea más que una nota marginal, yo no tengo nada claro que Amiano considere a los tervingos y a los greutungos «pueblos» en el sentido de «comunidades con antepasados comunes» de un modo ideológicamente reflexivo. De hecho, no los analiza en absoluto. Lo que le interesa, y esto es algo que vale en general para los relatos «imperiales» acerca de los bárbaros, es el poder de estos grupos como colectivos militares y políticos, y por ende la amenaza que pudieran suponer para la seguridad de los romanos. Cómo funcionaban en concreto no era de su incumbencia. Los tervingos no eran con toda seguridad ningún «pueblo» en el sentido clásico del término: esto es, un grupo cerrado que se autorreproducía biológicamente y cuyos miembros tenían en común de manera más o menos igualitaria una misma identidad cultural. En el mundo germánico ya existía a comienzos de la época imperial una diferenciación social, que fue aumentando paulatinamente a lo largo de los tres siglos sucesivos (capítulo 2). Todos los pueblos germánicos del Bajo Imperio sobre los que sabemos algo entraban en el campo de batalla con dos grupos de combatientes organizados jerárquicamente, y lo que de cada uno de ellos invertía en su identidad colectiva era sustancialmente distinto. Dichos grupos constaban también con mucha probabilidad de esclavos, a los que no se permitía combatir. El hecho de que Amiano no analice nada de esto limita indudablemente nuestra capacidad de entender quiénes eran los tervingos, pero eso no es lo mismo que afirmar que tenía in mente un único modelo para todos los grupos de extranjeros que se trasladaran de un sitio a otro. De hecho —y ése es con mucho el punto más importante—, de su Historia se desprende con claridad que era perfectamente capaz de diferenciar entre distintos tipos de bárbaros en movimiento.

En distintos capítulos de su Historia, por ejemplo, vemos partidas de guerreros bárbaros en territorio romano, dedicadas a su pasatiempo habitual, el acopio de riqueza. Esos grupos son identificados siempre como tales, a veces se especifica su número —unos pocos centenares—, y es evidente que Amiano no tenía ningún problema en distinguir una partida de guerreros de lo que era un gran conjunto de población mixta. Tal vez no sea de extrañar, teniendo en cuenta la enorme diferencia de volumen existente entre una

partida de guerreros y las fuerzas góticas que actuaron en 376. Por ese motivo, su relato de la batalla de Estrasburgo, de la que hablábamos en el capítulo 2, resulta tanto más pertinente. En ella participaron, al menos a juicio de Amiano, más de treinta mil alamanes y aliados, unidos bajo el mando de Cnodomario. Y todos en territorio romano. A pesar del volumen de las fuerzas enfrentadas, Amiano deja perfectamente claro que se trató de una acción militar que tenía por objeto la anexión continuada de territorio romano y que fue emprendida sólo por varones. Distingue también con claridad entre los diversos métodos de reclutamiento empleados para reunir el ejército de Cnodomario. Muchos eran seguidores de los distintos reyezuelos alamanes presentes en la batalla, mientras que otros no habían dudado en derrocar a sus soberanos para poder intervenir en ella, y otros en fin eran mercenarios contratados para la ocasión.⁶ Así pues, aunque en la acción participó un gran número de bárbaros, en Amiano no se refleja ningún tic de «ejército bárbaro igual a pueblo en movimiento».

Este punto se ve reforzado si nos fijamos atentamente en el relato que ofrece de lo que sucedía al norte del Danubio en la época de la aparición de los godos en la frontera. Tampoco todos los extranjeros que cruzaron el Danubio durante el período previo a la batalla de Adrianópolis, por ejemplo, son presentados viajando con sus familias. En otoño de 377, los godos se encontraron en una situación muy difícil, atrapados al norte de los Balcanes con las provisiones de víveres a punto de agotárseles. Con el fin de obligar a salir a las guarniciones romanas que retenían los pasos del monte Hemo, los godos reclutaron a una fuerza mixta de hunos y alanos para que los ayudaran, prometiéndoles un cuantioso botín. La estratagema surtió efecto. Lo que importa aquí es, en primer lugar, que Amiano es capaz de identificar una fuerza políticamente mixta (y no un «pueblo») cuando la hay —en este caso una fuerza compuesta de hunos y alanos—, y, en segundo lugar, que, aunque se tratara del desplazamiento de unos bárbaros por el territorio romano, no hace referencia a mujeres ni a niños. Para Amiano, eran simplemente una partida de mercenarios de origen mixto que resultaron útiles a los godos en una situación de apuro.⁷

En efecto, ni siquiera a los tervingos los describe como a un «pueblo» trasladándose tranquilamente desde sus antiguas tierras de origen hasta la frontera del Imperio. Los tervingos llegaron al Danubio en dos concentraciones distintas en 376 porque se había producido un cisma entre ellos. El grupo más numeroso, capitaneado por Alavivo y Fritigerno, estaba compuesto por los que habían decidido rechazar la autoridad de Atanarico, perteneciente a la dinastía reinante, y pedir asilo en el Imperio Romano. Tras ellos vino después hasta la orilla del río un segundo grupo más pequeño, pero en cualquier caso bastante numeroso, al mando del viejo rey. Allí, tras pensar en un primer momento en pedir también asilo, Atanarico escogió la opción alternativa. Amiano describe explícitamente a los tervingos como una confederación política en crisis, no como un «pueblo» que emprendió la marcha sin fisuras.⁸ La cantidad de tipos distintos de grandes tropas bárbaras que era capaz de describir y los detalles del relato que nos ofrece de la crisis de los godos nos llevan a sacar la misma conclusión. Nuestro militar griego era lo bastante sofisticado y estaba lo bastante bien informado para describir los sucesos acontecidos a orillas del Danubio de manera concreta y minuciosa. Cuando nos habla de la llegada de concentraciones de godos en gran número, y además acompañados de sus familias, no da ni remotamente la impresión de que estamos ante un tópico cultural. En otros pasajes de su *Historia*, describe grupos de bárbaros, incluso muy numerosos, desplazándose hacia territorio romano de maneras muy distintas. Decidió deliberadamente presentar los sucesos de 376 del modo en que lo hizo, y no porque respondiera al único modelo que concebía su mente. Parece que hasta el momento esta idea ha sido admitida más o menos por todos. Incluso entre los estudiosos que en general muestran recelo ante las migraciones a gran escala, sólo uno ha intentado desechar la versión que ofrece Amiano de las cifras de los participantes en los sucesos descritos, y lo ha hecho afirmando la existencia de un tópico de la migración, no presentando ningún otro argumento más detallado.⁹ En resumidas cuentas, es muy probable, pues, que Amiano supiera perfectamente de qué estaba hablando.

En cuanto a la otra línea de ataque contra la credibilidad de Amiano —el hincapié que hace en los hunos como causa primordial de esos desplazamientos de población—, deriva de una noticia de la *Historia*

eclesiástica de un tal Sócrates Escolástico, que afirma que la confederación de Atanarico se escindió no en 376 debido al ataque de los hunos, sino inmediatamente después de la anterior guerra emprendida por Valente contra los tervingos, que concluyó en 369. Fue después de este acontecimiento cuando, según Sócrates, Fritigerno se rebeló contra la autoridad de Atanarico. Basándose en esta noticia, Guy Halsall ha sostenido recientemente que Valente, y no los hunos, fue en último término el responsable de la llegada de los godos al Danubio, en el sentido de que las campañas de Valente infligieron graves derrotas a Atanarico y a los greutungos, desestabilizando de paso a los estados clientes de Roma en el Bajo Danubio. Fue esta dislocación la que permitió a los hunos entrar en el territorio de los godos, y admitir esta tesis viene a socavar la imagen tradicional de los hunos como extranjeros con un poderío militar enorme cuya intrusión migratoria destruyó el orden político existente al norte del mar Negro.¹⁰

Evidentemente la noticia de Sócrates no puede compaginarse sin más con la imagen ofrecida por Amiano. Los dos historiadores tienen unas ideas completamente distintas sobre cómo y cuándo se disolvió la confederación de los tervingos. Y en definitiva ése es el problema fundamental de la línea de argumentación de Halsall. El título de la obra de Sócrates es muy apropiado, por cuanto la mayor parte de su historia se ocupa del desarrollo de la Iglesia cristiana. Sólo ocasionalmente y de manera tangencial se intercalan en ella otros acontecimientos, pero nunca con demasiado detalle, de modo que el conocimiento que en general tiene Sócrates de los godos del siglo IV es mucho menor que el de Amiano. Además, Sócrates escribía en Constantinopla a mediados del siglo V y, por lo tanto, no era contemporáneo de los hechos que describía. En materia de política y de cuestiones militares, sería metodológicamente erróneo corregir la versión que ofrece Amiano, contemporánea de los hechos y más precisa, basándonos en una noticia aislada de Sócrates, a menos que hubiera una razón de fuerza para hacerlo, y desde luego no es el caso. Y de hecho, mientras que, si analizamos atentamente, resulta fácil entender la noticia de Sócrates como una exposición confusa de la versión de las relaciones entre godos y romanos que ofrece Amiano (algunos sucesos aparecen en orden equivocado), no podemos decir lo contrario, pues Amiano incluye muchos materiales más que no

aparecen en el texto de Sócrates. Cabe señalar también que la guerra de Valente contra Atanarico había acabado en tablas, hecho que supuestamente habría fortalecido el prestigio del caudillo gótico, pues fue invitado a una reunión en la cumbre con el emperador a orillas del río, siendo tratado además con gran deferencia. El conflicto habría tenido indudablemente unos efectos mucho menos desestabilizadores al norte del Danubio que la victoria total del emperador Constantino sobre los tervingos a comienzos de la década de 330, cuando todavía no habían hecho su aparición los hunos.¹¹ Así pues, ninguna de las críticas a la credibilidad de Amiano Marcelino es convincente, y podemos partir razonablemente de la premisa de que en el verano de 376 grandes grupos mixtos de población goda se pusieron en marcha movidos por la agresión de unos intrusos hunos.

Así las cosas, ¿cómo podemos relacionar los fenómenos migratorios descritos por Amiano con los modelos de movimientos humanos en masa observados en el mundo moderno? En cierto sentido, la magnitud y el carácter de los flujos migratorios de 376 no están en discordancia con los modernos estudios de caso. Pues, como nos indican unánimemente Amiano y todas nuestras fuentes, la causa que se ocultaba tras el desplazamiento de los godos hasta el río era de carácter político y negativo. Los hunos estaban socavando la estabilidad de toda la región del norte del Ponto, y los godos pretendían retirarse a un espacio más seguro. Como dice Amiano:

Después de pensarse bastante tiempo el sitio al que irían, [los godos] creyeron que Tracia les ofrecía un refugio conveniente por dos razones: por la gran fertilidad de su suelo y porque, gracias a la anchura del curso del Danubio, estaba alejada de las tierras que se hallaban ya expuestas a los desastres de la guerra contra los bárbaros.¹²

Según la expresión de Amiano, los godos tenían dos motivos in mente: los atractivos del territorio romano y el deseo de escapar a la inseguridad de la vida al norte del Danubio.

Si nos fijamos primero en el segundo motivo, es por supuesto la migración por razones de orden político —en otras palabras, por miedo— lo que habitualmente pone en movimiento a grandes grupos mixtos de personas: 250.000 en un solo mes de 1994 en Ruanda, y más de un millón en otro. Dada su motivación en gran parte política, el volumen de la migración gótica

de 376 no plantea ningún problema. En lo que el suceso se aparta de la analogía moderna, sin embargo, es en el grado de organización mostrado al menos por las tres grandes concentraciones de godos. Con ello no pretendemos negar —sino en realidad todo lo contrario— que al norte del Danubio hubiera una gran cantidad de seres humanos a la deriva, pero en medio de todo ello los romanos se enfrentaban a tres grupos de población bastante coherentes: los dos sectores de los tervingos divididos, y los greutungos. Y ese detalle es muy distinto de todas las analogías modernas. Tanto si hablamos de Europa central al término de la Segunda Guerra Mundial como si nos referimos a Ruanda o a Kosovo en época más reciente, las oleadas de refugiados políticos han sido precisamente eso: grandes corrientes desorganizadas de personas que huyen para salvar la vida. Si los emigrantes se veían luego concentrados en campos, surgían a veces estructuras de mando y una cierta organización, pero el mundo moderno no ha visto nunca un ejemplo del tipo de evacuación ordenada descrito por Amiano. ¿Debemos, pues, creer en sus palabras?

Una vez más, yo pienso que a grandes rasgos sí. Los contrastes observables entre los sucesos de 376 y las migraciones modernas en masa adquieren sentido a la luz de las diferencias básicas de contexto. La explicación de la singularidad de esta acción, por ejemplo, se encuentra en parte en el carácter de la amenaza de los hunos a la que se enfrentaron los godos en 376. En general los godos han sido presentados en los relatos modernos como si fueran refugiados presa del pánico que huían desesperadamente de grandes masas de hunos que iban pisándoles los talones. Las fuentes primarias justifican plenamente esta visión, pues rodean la llegada de los godos a las riberas del Danubio de un aura de terror y de derrota. El texto del historiador Zósimo puede ser un buen ejemplo:

Dando vueltas, acometiendo, retirándose oportunamente y disparando montados a caballo, [los hunos] hicieron una matanza enorme. Obrando así continuamente, redujeron [a los godos] a tal situación, que los supervivientes abandonaron sus tierras, que entregaron a los hunos, y huyendo a la ribera del Danubio suplicaron al emperador que los acogiera.¹³

Sin embargo, los detalles narrativos conservados en Amiano sugieren una imagen significativamente distinta. Los hunos atacaron primero a los alanos, nómadas de lengua irania, que vivían al este de los godos, al otro lado del río Don. Habiéndose sumado a ellos algunos alanos, atacaron a los greutungos. Después de una lucha encarnizada y de la muerte en el campo de batalla de dos de sus reyezuelos —Ermenarico y Vitimero—, los greutungos decidieron retirarse hacia el oeste. Esto los condujo al territorio de la confederación de los tervingos. Su rey, Atanarico, avanzó hasta el río Dniéster, alarmado sin duda en igual medida por los informes acerca de los hunos y por el hecho de que un gran contingente de godos extraños se encontrara en esos momentos acampado en sus confines. Una imprevista incursión de pillaje de los hunos lo obligó a replegarse hacia los Cárpatos, donde intentó crear una línea defensiva para proteger sus dominios. A partir de la descripción de Amiano, bastante abstrusa desde el punto de vista geográfico, cabe deducir que dicha línea quizá fuera improvisada aprovechando una serie de fortificaciones romanas abandonadas que habían sido utilizadas para proteger la antigua Dacia romana situada al norte del Danubio, el *limes transalutanus*. Pero nuevas incursiones de los hunos socavaron la confianza colectiva de los tervingos en la autoridad de Atanarico e hicieron que la «mayoría» de ellos lo abandonara y buscara refugio dentro del Imperio Romano. Se les unieron en la empresa los greutungos que seguían en retirada y que, al parecer, tomaron de los tervingos la idea del asilo.¹⁴

¿Cuánto tardó en desarrollarse todo este proceso? El ataque de los hunos contra los godos suele calificarse de «repentino» e implícita o explícitamente los acontecimientos son comprimidos en un marco cronológico de poco más de un año. Pero algunos detalles del relato sugieren otra cosa bien distinta. De los dos reyes citados de los greutungos, Ermenarico resistió a los hunos «largo tiempo» (*diu*), y Vitimero lo hizo «durante bastante tiempo» (*aliquantisper*), resistencia que comportó «muchas derrotas» (*multas clades*). Son todos ellos indicadores cronológicos indefinidos, pero una «larga» resistencia es más lógico medirla en años que en meses. Además, los hunos todavía no iban pisando los talones a los godos cuando éstos llegaron al Danubio. Pudieron acampar tranquilamente junto al río, mientras era enviada

una embajada al emperador Valente a llevarle personalmente la solicitud de asilo. Pero Valente se hallaba a casi mil quinientos kilómetros de allí, en Antioquía y, viajando por tierra, la legación habría tardado más de un mes en llegar a su destino. Nada de esto da a entender que hubiera gran número de hunos cerca del Danubio en 376, por mucho que los tervingos acabaran de sufrir dos importantes incursiones de saqueo por su parte.

Esta conclusión se ve confirmada en general por los acontecimientos subsiguientes, que demuestran que todavía en 400 seguía habiendo muchos hunos desarrollando sus actividades al nordeste del mar Negro. La mayoría de las reconstrucciones modernas han solido presentarlos extendiéndose hasta los Cárpatos e incluso más al oeste, en 376 o inmediatamente después. En 395, sin embargo, cuando los hunos lanzaron una gigantesca incursión de saqueo contra el Imperio Romano, la primera de esa magnitud que llevaron a cabo, la hicieron a través del Cáucaso, no cruzando el Danubio. Se ha querido ver en este movimiento un plan astuto, en el que los hunos habrían arrastrado sus caballos a lo largo de miles de kilómetros rodeando la costa septentrional del mar Negro desde sus bases del Danubio. Pero es absurdo. Caballos y hombres habrían quedado exhaustos mucho antes de que diera comienzo el ataque. Lo que realmente demuestra esta incursión es que todavía en 395 la mayor parte de los hunos seguía estando bastante al este de los Cárpatos, quizá en la región comprendida entre el Volga y el Don (mapa 7). Así lo confirman otros testimonios fiables, concretamente el hecho de que más godos (distintos de los tervingos y greutungos de 376) y otros grupos no hunos constituyeran la principal oposición al Imperio Romano más allá de su frontera del Bajo Danubio, desde luego en 386, diez años después de la primera emigración gótica, y probablemente bastante después.¹⁵ Aunque los hunos comenzaron con toda seguridad al norte del mar Negro la revolución que se manifestó a través de la llegada de los godos al Danubio en 376, no llegaron en gran número tan al oeste en ese momento. En otras palabras, los tervingos no tuvieron que enfrentarse de inmediato a un diluvio de flechas de los hunos y pudieron dar una respuesta al caos que estaba desarrollándose a su alrededor más mesurada de lo que habitualmente se imagina.¹⁶

Pero si los tervingos tuvieron tiempo de organizar el tipo de evacuación ordenada que describe Amiano, ¿es plausible suponer que lo hicieron? Ello implicaría que poseían un organismo encargado de la toma de decisiones con fuerza y cohesión suficientes para plantear y sacar adelante semejante plan, suscitando ulteriores cuestiones acerca de la autoridad política y de la fortaleza de su identidad colectiva. Que las autoridades de los tervingos eran capaces de formular «grandes» decisiones queda suficientemente claro por otros testimonios. Como veíamos en el capítulo 2, la confederación logró mantener una política coherente hacia el estado romano y, en particular, respecto al grado de sometimiento que, como clientes, estaban dispuestos a tolerar. Esa coherencia llegó incluso a la ambiciosa decisión de organizar la persecución de los godos de religión cristiana, pues la nueva fe se asociaba con la dominación cultural del Imperio. Por tanto no hay nada improbable *per se* en la idea de que los tervingos tuvieran una fuerza de identidad suficiente para responder como colectivo a la nueva amenaza planteada por los hunos.

Cómo se tomaban exactamente esas decisiones y quién las tomaba depende de lo disperso que estuviera el poder social en la sociedad gótica de aquella época. En particular, el grado de estratificación social y el alcance de las «brechas» existentes entre esos estratos dictarían quién —y de qué manera— intervenía en el proceso de toma de decisiones. En la cúspide de la escala social, líderes como Atanarico, Alavivo y Fritigerno —llamados «jueces» y «reyes» en nuestros textos— habrían defendido activamente determinadas políticas, pero, como veíamos en el capítulo 2, un grupo más amplio (¿los hombres libres?) habría gozado de algún tipo de veto colectivo a las sugerencias hechas por sus superiores, y por tanto habrían desempeñado al menos un papel pasivo en el proceso en cuestión. Algunos elementos del relato de Amiano indican que así fue. El debate en torno a la decisión de ingresar en el Imperio Romano fue prolongado. El comentario de Amiano es literalmente: *diuque deliberans*, «deliberando durante largo tiempo». Y yo sospecho que fue también un debate muy acalorado. Análogamente, una vez al sur del Danubio, vemos a los nuevos gobernantes de los tervingos «instando» y «persuadiendo» a los hombres de a pie para que adoptaran determinadas líneas de actuación, no simplemente dictando órdenes.¹⁷

Naturalmente ello no significa que toda la población de las zonas dominadas por los tervingos interviniera en la toma de decisiones. Los restos arqueológicos y las fuentes históricas nos dicen que se trataba de un mundo culturalmente complejo. Había sido creado por el poderío militar de unos inmigrantes de lengua germánica que seguían siendo la fuerza dominante en él. Pero a pesar de las evacuaciones de los carpos al territorio romano en torno al año 300, numerosos elementos de las viejas poblaciones indígenas — pueblos de lengua dacia, sármatas y otros— seguían allí bajo el dominio de los godos. La cuestión más difícil de responder, de hecho, es cuál era la relación existente entre las nuevas elites de lengua germánica llegadas hasta allí durante el proceso migratorio del siglo III y la población indígena residual. En buena parte porque no podemos separar a unos de otros en el repertorio arqueológico, la deducción general es que, al parecer, los dos grupos se fusionaron rápidamente en términos sociopolíticos además de geográficos. Pero no se trata de una deducción necesaria, ni siquiera verosímil. Dado que la identidad es algo fundamentalmente subjetivo, situado internamente en el subconsciente del individuo y de las relaciones con el otro, las semejanzas en el ámbito de la cultura material no son ni de aquí ni de allá. La idea de que la cultura material tal vez refleje una identidad colectiva ha encontrado cierto apoyo en los estudios comparativos, pero todos los casos de los que se tiene noticia contienen un elemento específico o dos a los que se atribuye un significado simbólico, pero no conjuntos de artefactos regionales en general. Y para saber qué elementos en concreto son significativos, se necesita una información etnográfica precisa.¹⁸ El hecho de que los restos de la cultura de Cernjachov sean a grandes rasgos similares por doquier no significa que no hubiera en ella identidades colectivas distintas.

Además es sumamente importante tener en cuenta el contexto histórico general. Los godos y otros germánicos inmigrados a la región del mar Negro en el siglo III ganaron sus tierras por derecho de conquista, y lograron disfrutar de la riqueza de la zona fronteriza. A la vista de esos antecedentes, es poco probable que las diferencias de identidad existentes entre ellos y los pueblos a los que habían sometido desaparecieran con rapidez, aunque no fueran las mismas diferencias de rasgos físicos que permitieron mantener separados a los bóers y a sus nuevos vecinos en una situación análoga tras el

Gran Trek. Debido a la conquista, la identidad germánica significaba un estatus superior, y permitir que los grupos indígenas cruzaran la línea divisoria de la superioridad de estatus suponía una amenaza potencial a la posición de privilegio de los inmigrantes. En resumen, estamos ante un contexto cuasi colonial, en el que la elite intrusa tenía un motivo muy real para proteger sus privilegios frente a los grupos indígenas que tal vez desearan erosionarlos. Que el mundo gótico del siglo IV funcionaba efectivamente así lo sugiere el modo en que, al parecer, fueron tratados los prisioneros romanos capturados el siglo anterior. De ellos procedía Ulfilas y es evidente que durante varias generaciones se permitió entre los descendientes de los prisioneros que existiera una iglesia cristiana. Además, cuando Ulfilas fue expulsado del territorio gótico en 347-348, muchos de esos descendientes de los romanos se fueron con él, hecho que es un poderoso indicio de que constituían una comunidad distinta y presumiblemente inferior (o no se habrían ido) dentro del reino gótico.¹⁹ Este tipo de autonomía sometida la encontramos, como veremos en el próximo capítulo, en otras formaciones estatales complejas bárbaras de esta época.

Ello no quiere decir que ningún individuo o grupo de individuos de origen indígena no lograra ascender a un estatus superior más integrado entre los godos recién llegados. La necesidad de reclutar mano de obra para el ejército quizá diera lugar a ciertas alianzas más igualitarias, como la creada entre los godos y algunos hunos y alanos en territorio romano en 377. También es posible que a algunos grupos indígenas se les diera acceso al estatus intermedio de combatiente de rango inferior (¿libertos?), condición que permitía a los individuos poder combatir y tener considerables ventajas sobre los esclavos, al mismo tiempo que dependían personalmente de determinados hombres de condición libre. En general, sin embargo, como la identidad estaba relacionada con el estatus, la integración no habría podido ser nunca automática.

Si pensamos en los sucesos de 376 a la luz de estos hechos, en la toma de decisiones de los tervingos habría intervenido indudablemente la clase de los hombres libres, pues los defensores de determinadas líneas de actuación habrían necesitado su apoyo. En la evacuación participarían presumiblemente hombres libres y libertos, pues, entre las dos, estas clases sociales aportaban

la fuerza militar del grupo, y también encontramos guerreros de grado inferior en otros grupos góticos emigrantes.²⁰ Aun así, esta situación seguiría dejando fuera, creo yo, a muchos grupos indígenas que no habrían intervenido en ninguno de los dos procesos y, al parecer, eso es lo que indican los testimonios literarios y arqueológicos. Una fuente histórica alude a la presencia de unos «carpo-dacios» al norte del Danubio después de 376, cuando los tervingos que dominaban la región de los Cárpatos ya se habían ido, y no hay indicios de que todos los poblados y cementerios de Cernjachov dejaran de repente de existir en esa fecha.²¹ La mejor conjetura que puedo ofrecer es que el complejo mundo sociopolítico de los tervingos comprendía una elite gótica dominante de lengua germánica, en su mayoría capaz de remontar sus orígenes a los inmigrantes del siglo III, con libertos y esclavos dependientes de orígenes diversos estrechamente vinculados a ella. Junto a este mundo de godos «propriadamente dichos», existían también numerosas comunidades descendientes de las antiguas poblaciones indígenas de la región. Es indudable que habrían sido sometidas por los godos y quizá pagaran distintos tipos de tributos, pero probablemente fueran en gran medida autónomos desde el punto de vista de la cotidianeidad, y es mucho menos verosímil que participaran en la evacuación de 376.

En resumen, lo que podemos reconstruir acerca de la confederación de los tervingos —en particular su capacidad militar, política y cultural de sostenerse frente al poder de Roma— está a grandes rasgos en consonancia con la idea de que sus principales autoridades políticas —«reyes» actuando ante un público de hombres libres militarizados y quizá también, en menor medida, de libertos— podrían haber participado en un proceso de toma de decisiones del tipo del que conocemos por Amiano. Teniendo en cuenta los detalles circunstanciales que nos proporciona este autor y el hecho de que no hay nada intrínsecamente inverosímil en esa actuación, tal como nos la describe, deberíamos dar por válida a grandes rasgos su versión. Desde luego no estamos ante un problema lo bastante grande como para justificar un rechazo de su narración debido a unas consideraciones a priori acerca de las limitaciones de la identidad colectiva en el mundo germánico. Esas dudas se basan en parte en una lectura unilateral de los debates más recientes en torno a la identidad colectiva, y los testimonios indican en general que los órdenes

superiores de los tervingos compartían al menos un sentido de identidad política lo bastante fuerte como para hacer que resulte perfectamente plausible el relato de Amiano acerca de la manera que tenían de tomar sus decisiones.

No obstante, incluso una breve ojeada a los estudios sobre las migraciones nos obliga a plantear una serie de cuestiones más precisas, si realmente queremos entender lo sucedido. ¿Por qué los tervingos y los greutungos de 376 respondieron a la crisis generada por los hunos en primer lugar emigrando y en segundo lugar decidiendo hacerlo al otro lado de la frontera del Imperio Romano? Amiano no nos da ningún otro detalle, de modo que no podemos esperar reconstruir todo lo que se discutió en aquella tensa entrevista al norte del Danubio. Pero lo que conocemos por los estudios sobre las migraciones acerca de los tipos de factores que determinan la decisión de emprender una emigración nos sugiere unas cuantas observaciones de importancia.

El hecho de que los tervingos reaccionaran emigrando no es en sí mismo sorprendente. Sabemos que su clase política dominante descendía en gran parte de emigrantes de lengua germánica que se habían creado una posición en la región del mar Negro no antes del siglo III. Los estudios comparativos sobre las migraciones han demostrado una y otra vez que el hábito de la migración es algo que suele ir desarrollándose poco a poco dentro de los grupos de población. Como señalábamos anteriormente, las viejas generaciones que han emigrado transmiten a sus descendientes la expectativa de que, en caso de necesidad, siempre se puede cambiar de lugar y partir en busca de unas condiciones mejores. Y los tumultos asociados fundamentalmente desde la perspectiva romana con el siglo III habían continuado hasta bien entrado el IV en los territorios situados más allá de la frontera. Sólo a partir del año 300 d. C. los tervingos se hicieron plenamente con el control de los territorios situados entre los Cárpatos y el Danubio, que anteriormente habían estado reservados a los carpos. Varios grupos de esta nacionalidad fueron trasladados al sur del Danubio por los romanos entre c. 290 y 310, y fue esto lo que permitió a los tervingos trasladarse a ellos. Pero incluso en 330, los tervingos seguían emigrando. En 332 empezaron a trasladarse al oeste de los Cárpatos hasta el territorio de unos sármatas

vecinos, pero la acción militar de los romanos los obligó a regresar a la región del Bajo Danubio. Algunos de los que habían participado en los acontecimientos de comienzos de la década de 330 sin duda seguían vivos en 376, de modo que la posibilidad de resolver los grandes problemas de la vida del individuo tomando el camino de la emigración constituía seguramente una tradición viva entre la elite de los tervingos.²²

Otro tema recurrente de los estudios sobre las migraciones, el de la importancia de un campo de información activo, desempeñó también un papel fundamental en la decisión de buscar el nuevo territorio que deseaban dentro del Imperio y no en cualquier otro sitio. Naturalmente los tervingos conocían muchas cosas acerca de su poderoso vecino; no en vano habían sido clientes semisometidos de los romanos desde la década de 320. Este hecho debió de influir en la elección de su destino, una vez que decidieron que debían levantar el campo.²³ No obstante, hay que pensar un poco más en las ventajas que veían en esta opción romana. Los godos se presentaron ante el Imperio ostensiblemente como refugiados, ofreciendo la realización de servicios militares a cambio de un hogar seguro. Pero el Imperio tenía unas políticas de asentamiento perfectamente establecidas para los candidatos a inmigrar, y una vez más los tervingos eran conscientes de ello. Habían sido testigos de primera mano del reasentamiento de los carpos en torno al año 300, y de ulteriores reasentamientos de los sármatas en la década de 330. Los términos de estos reasentamientos no eran necesariamente punitivos —podían oscilar entre realmente desagradables y generosos—, pero todos los reasentamientos se llevaban a cabo en el contexto de una clara dominación militar por parte de los romanos. Este requisito, sin embargo, no tiene aplicación en 376. Cuando los tervingos pidieron asilo, el emperador Valente se hallaba enzarzado en una larga y complicada disputa con Persia, iniciada por él mismo, y todas sus fuerzas de choque estaban inmovilizadas en Oriente.

Esta circunstancia hace que la cuestión de la motivación por ambas partes, romanos y godos, resulte significativamente más complicada. Diversas fuentes atestiguan unánimemente que Valente sintió una alegría enorme cuando vio llegar a los godos al Danubio, por considerarlos una fuente predispuesta a suministrarle reclutas para el servicio militar. Pero un

elemento fundamental de la propaganda del Imperio Romano era que ningún emperador permitiera que su política se viera dictada por los bárbaros, y esa alegría de la que nos hablan las fuentes debe ser vista como la propaganda que indudablemente era. Sólo un idiota se habría alegrado al ver el hundimiento total de la estabilidad política en una de sus dos principales fronteras cuando se hallaba ya enzarzado en un grave enfrentamiento en la otra y, aunque puedan decirse muchas cosas de él, Valente de idiota no tenía nada.²⁴ En efecto, que esa alegría no fue enorme se ve confirmado por la meticulosa política que adoptó al respecto. En vez de admitir a todos los godos no sometidos que vinieron a pedir asilo, dejó entrar sólo a los tervingos de Alavivo y Fritigerno, mientras que destinó a todas las tropas disponibles en los Balcanes a cortar el paso a los greutungos de Alateo y Zafras. Al enfrentarse a la realidad de que no disponía de tropas suficientes para impedir la entrada a todos los godos, optó por el mal menor.²⁵

En cuanto a los tervingos, es bastante razonable suponer que conocían la situación de Valente. Los clientes fronterizos eran muy duchos en interpretar los traslados de tropas de los romanos —desde el Danubio al Éufrates como preparativo para la ruptura de las hostilidades contra Persia, por ejemplo—, y una realidad básica de la zona fronteriza de contacto era que la información se filtraba de un lado a otro como si fuera a través de un colador. Amiano cuenta una célebre anécdota de los alamanes, que primero empezaron a sospechar que estaba cociéndose algún disturbio más al este, a orillas del Danubio, en 376, porque se produjo el traslado de las tropas acantonadas en sus confines, y luego sus sospechas se vieron confirmadas por un guardia romano de origen alamánico que regresó a su tierra cuando se jubiló.²⁶ Pero aunque no parece probable que los tervingos se adelantaran desde el primer momento a los designios de Valente, contamos con dos poderosos indicios de que tenían in mente unos planes ligeramente más ambiciosos que la mera aceptación del papel de sumisión que, según sabían, asignaba habitualmente el Imperio a los inmigrantes. Como dice Amiano, en primer lugar lo que pedían era «parte de Tracia» no sólo como una vía de escape de los hunos, sino también porque sus campos eran fértiles. Como hemos visto, los

inmigrantes que entraban en el mundo romano solían ser divididos en pequeños grupos que iban donde el estado romano decidía. Los tervingos, en cambio, tenían pensado actuar por su cuenta.

Al intentar entender esta situación, conviene tener en cuenta los patrones generales de desarrollo económico vigentes en el Imperio Romano y sus alrededores. Los godos y otros emigrantes germánicos del siglo III se habían trasladado a la región del mar Negro porque formaba parte de la periferia interna más desarrollada que rodeaba al Imperio Romano, con numerosos atractivos económicos. Y mientras que esos inmigrantes se beneficiaban de aquella mayor riqueza, el Imperio Romano operaba a un nivel de desarrollo incluso más alto y disponía de excedentes económicos aún mayores. Esa riqueza de las zonas fronterizas se hacía visible a los extranjeros en forma de ciudades, fortificaciones, ejércitos, e incluso villas, elementos todos que, como hemos visto, atraían a los saqueadores del otro lado de la frontera que hacían regularmente incursiones de pillaje. Así pues, la versión que ofrece Amiano de los motivos de los godos —a saber, que en sus cálculos habían entrado también factores económicos— parece perfectamente lógica y nos recuerda además a los modernos estudios de caso, donde es raro que las motivaciones económicas estén ausentes de los cálculos de los inmigrantes, incluso cuando en ellas hay un importante elemento político y un grado notable de involuntariedad. Significa también, por supuesto, que los godos no fueron en 376 sólo refugiados, pues cualquier ambición de participar de las riquezas de Roma tenía por fuerza que hacerlos entrar en conflicto a la larga con el estado romano, aunque Valente estuviera de momento demasiado preocupado con Persia para enzarzarse en demasiadas discusiones.

El segundo indicio de que los líderes de los tervingos tenían ambiciones de orden superior y de que eran conscientes de sus posibles consecuencias se pone de manifiesto en su reacción ante la decisión final de Valente, que accedió a admitirlos a ellos, pero no a los greutungos. En vez de alegrarse de su buena suerte, siguieron, como dice Amiano, manteniendo contactos con los greutungos, con vistas a emprender una acción conjunta.²⁷ Este hecho nos da a entender de manera contundente que los líderes de los tervingos habían planteado un programa más ambicioso, que quizá requiriera la realización de una acción concertada por parte de ambos grupos. En cuanto a la naturaleza

concreta de esas ambiciones, no podemos más que hacer conjeturas. Pero la elite de los tervingos descendía directamente de los emigrantes del siglo III que habían sido testigos de la retirada de los romanos de la antigua provincia de Dacia transilvana debido a la presión sufrida. Esta perspectiva más profunda, basada en un campo de información más a largo plazo, junto con su experiencia más inmediata del clientelismo romano, quizá alentara en ellos las esperanzas que los llevaron a volver sus ojos al Imperio en el verano de 376. Detrás de su apariencia de refugiados tal vez se ocultara la esperanza de conseguir que el Imperio se retirara también con el tiempo de parte de Tracia, y de hacerse así con la posesión de un territorio fértil cuyo desarrollo económico era en general superior incluso al de la periferia interior.

No es de extrañar que las discusiones se prolongaran... Emigrar al territorio del estado romano, especialmente cuando las propias ambiciones excedían los límites de la sumisión total, era una maniobra llena de peligros. Puede que el ejército de Valente estuviera demasiado ocupado en el verano de 376, pero no iba a ser así siempre, y los tervingos tenían conocimiento directo de su poder desde la década de 330, cuando las fuerzas romanas los habían obligado a abandonar las tierras de sus vecinos los sármatas, desde que en tiempos más recientes sus tropas auxiliares prestaran servicio en ellas, y desde la década de 360, cuando el único mecanismo que encontraron para librarse de la derrota total había sido la huida. Lo que viene a subrayar todo esto es desde luego que buscar asilo dentro del Imperio, a pesar de los indudables alicientes económicos que comportaba, constituía una estratagema que sólo podía resultar eficaz si los emigrantes lograban poner en juego una fuerza militar significativa. Sin ella, no habrían tenido la menor esperanza de repeler las contramedidas militares de los romanos, que inevitablemente habrían de producirse en su momento. El poder del estado romano fue, pues, un motivo fundamental de que la unidad migratoria adoptara la forma que adoptó, y esto está perfectamente en consonancia con otro punto trascendental que vienen a subrayar los estudios comparativos acerca de las migraciones.

Las estructuras políticas existentes son siempre un factor clave que determina la naturaleza de la actividad migratoria. Debido al nivel relativamente bajo de su desarrollo económico, los reyes germánicos del siglo

iv sólo podían mantener a unas fuerzas militares especializadas de apenas unos pocos centenares de hombres. Unas fuerzas de esa magnitud no tenían la menor posibilidad de hacer frente a un emperador romano con un ejército de campaña dispuesto a restaurar los modelos «normales» de inmigración. Lo más que podía esperar una pequeña fuerza militar inmigrante era encontrar empleo como unidad auxiliar razonablemente bien tratada dentro del propio ejército romano, y parece que algunos grupos godos de este tipo que habían entrado en el Imperio en otras ocasiones habían seguido esa trayectoria.²⁸ Pero para que la operación más ambiciosa emprendida por los godos en 376 tuviera alguna posibilidad de éxito, los líderes tervingos tenían que contar con un elemento militarizado de la sociedad gótica más numeroso: sus hombres libres y los subordinados libertos de éstos, si mi identificación de estos dos grupos de guerreros es correcta. Aunque las identificaciones terminológicas exactas no importan en realidad. Lo fundamental es que se necesitaban grandes cantidades de guerreros y, como en el siglo III, eso suponía que el reclutamiento trascendiera el mundo de los séquitos de clientes militares especializados.

En consecuencia, y de nuevo como en el siglo III, era perfectamente natural que las unidades migratorias estuvieran formadas no sólo por guerreros, sino también por mujeres y niños. Los godos de 376, como los inmigrantes del siglo III que se trasladaron de Polonia al mar Negro, emprendieron un viaje sólo de ida, y la opción de que dejaran detrás de sí a sus familias para reunirse otra vez con ellas si todo salía bien no existió de hecho. Las familias que se quedaran en el país de origen habrían sido demasiado vulnerables a la actividad predatoria de los hunos. Y como ya hemos señalado, las mujeres, al igual que los hombres, tenían bien interiorizado el hábito de la migración debido a las opciones de vida que aún recordaban que habían tenido sus antepasados más directos. En el ámbito inmediato de la vida cotidiana, el desarrollo económico de los germanos no podía sostener un número suficiente de guerreros especializados capaz de enfrentarse al Imperio Romano sin ayuda.

Si nos fijamos, pues, la migración de los tervingos de 376 se parece menos a la vieja hipótesis de la invasión en acción de lo que podríamos creer a primera vista. La decisión de emigrar dividió a la confederación, y,

teniendo en cuenta los patrones de historia del siglo III que habían establecido su dominio sobre aquel rincón de la región del mar Negro, la decisión de emigrar por parte de la elite de lengua germánica no habría supuesto que el territorio quedara vacío. Como hemos visto, era una sociedad con un grado considerable de estratificación social, que distinguía quizá cuatro niveles sociales distintos: hombres libres, libertos, esclavos integrados en las familias «góticas» y, tal vez, también contribuyentes en gran medida autónomos. Los reyes y la elite en general (¿de hombres libres?) eran el grupo dominante de este mundo culturalmente complejo, y muchos elementos de su población total no estaban necesariamente lo bastante integrados en sus estructuras sociopolíticas para verse atrapados en el flujo migratorio.²⁹ Pero dicho esto, tampoco hay ninguna razón para dudar de la premisa básica de Amiano, según el cual esa elite de los tervingos ascendía a un gran número de individuos, tal vez concretamente a varias decenas de miles. Este cálculo no sólo es coherente en sí mismo y se ve confirmado en otras fuentes, sino que además tiene sentido a la luz de los principios que se ocultan tras los modelos de migración observables en la actualidad.

Esta conclusión es importante en sí misma, pero en todo esto hay otra cuestión más importante. Dado el nivel superior de documentación que ofrece Amiano Marcelino, los sucesos de 376 constituyen un importante precedente, que ilustra lo que habría podido ocurrir también en otros ejemplos peor documentados en los que intervinieron grupos germánicos del período correspondiente al Bajo Imperio. No se puede dar por supuesto simplemente que todos los fenómenos migratorios de esta época adoptaran la misma forma, y hay algunos que con toda seguridad no lo hicieron. Pero si concebimos los sucesos de 376 simplemente como una *Völkerwanderung* tradicional, es razonable pensar que se trató de un movimiento de gentes a gran escala emprendido no ya por un solo «pueblo», sino por una masa de población cohesionada. Y esa imagen nos la ofrece un autor contemporáneo de los hechos que estaba bien informado y que a todas luces no padecía una ceguera ideológica con respecto a la migración de los bárbaros. También es coherente si tenemos en cuenta la historia general del mundo gótico como consecuencia de una migración a la región del mar Negro, y la expansión del poder político y la capacidad militar en la sociedad germánica de la época. Al

flujo migratorio de carácter predatorio característico del siglo III, que a partir de actividades de poca monta dio lugar a otras fuerzas mucho mayores, podemos añadir una segunda forma de migración predatoria (o, en el caso de los godos, parcialmente predatoria): el grupo mixto masificado. Se trata de una importante conclusión transitoria que no debemos olvidar cuando analicemos la segunda fase del hundimiento de las fronteras del Imperio.

EL MOVIMIENTO DE LOS PUEBLOS

Unos treinta años después que de los efectos secundarios de la invasión de los hunos destruyeran la seguridad de las fronteras de Roma en la Europa del este, las de la Europa central se vieron envueltas en tumultos similares. Y a diferencia de lo ocurrido en 376, cuando se produjo sólo un cruce importante de la frontera, esta segunda crisis tuvo varios componentes distintos. En primer lugar, en 405-406, el rey germánico Radagaiso entró en Italia al frente de una gran fuerza de nuevo, según parece, mayoritariamente gótica. Las fuentes son fragmentarias, pero estos intrusos procedían del oeste de los Cárpatos, no del este de esta cordillera, pues entraron en Italia a través de las rutas alpinas orientales sin pasar por los Balcanes. También a diferencia de los tervingos y los greutungos, Radagaiso no se entretuvo en pedir permiso. La suya fue una intrusión en toda regla.³⁰

En segundo lugar, más o menos al mismo tiempo, un grupo numeroso, pero heterogéneo de bárbaros abandonó prácticamente la misma región que abandonara la fuerza de Radagaiso, pero se trasladó hacia el oeste a lo largo del Alto Danubio, en vez de seguir los pasos de aquél hacia el sur a través de los Alpes. Este grupo estaba formado en su mayoría por vándalos, alanos y suevos, aunque había también numerosos fragmentos de población más pequeños. Los vándalos (en dos grupos distintos, los asdingos y los silingos) ya habían aparecido al oeste de los Cárpatos cerca de la provincia romana de Recia (parte de la actual Suiza) en 401-402. Los alanos de lengua irania, originariamente nómadas de la estepa, habían ocupado algunas tierras al este del río Don ya hacia 370. La identidad de los suevos, sin embargo, es más problemática. Este término aparece en fuentes romanas de comienzos de la época imperial, pero no volvemos a oírlo desde c. 150 hasta 400. Lo más

probable es que designara a algunos de los marcomanos y los cuados que habían formado parte de la vieja confederación sueva y que habían sido establecidos en la región de la cuenca media del Danubio, una vez más al oeste de los Cárpatos, desde comienzos de la época imperial. Desde luego otros suevos ocuparon esta misma región en el siglo V y, como pudo comprobar Constancio II en 358, los distintos reyes de estos pueblos tenían la costumbre de formar entre ellos alianzas políticas temporales. A partir de unos elementos de origen tan dispar, esta fuerza combinada acabó abriéndose paso a través de la frontera del Alto Rin y penetró en territorio romano. La fecha tradicionalmente aceptada es el 31 de diciembre de 406.³¹

En tercer lugar, esta misma época fue testigo de otras dos incursiones bastante menos espectaculares. En 407-408, poco después del mencionado paso del Rin, una fuerza de hunos y esciros al mando de un caudillo huno llamado Uldino invadió el territorio romano de Oriente en la zona fronteriza del Bajo Danubio. Antiguo aliado de los romanos, Uldino había sido establecido al norte del río en esta misma región desde aproximadamente 400. En cuarto lugar, en 413 los burgundios habían recorrido una distancia significativa, aunque más corta, al oeste del Rin. Durante los siglos III y IV se habían construido una base de poder en la región del Meno, al este de los alamanes. En algún momento entre 405-406 y 413, saltaron por encima de sus antiguos vecinos y se establecieron en la línea fronteriza del Imperio y al otro lado de ella, en la región de las modernas ciudades de Worms y Espira. Esta situación representaba un desplazamiento de unos ciento cincuenta kilómetros desde su territorio del siglo IV (mapa 8).³²

La información conservada acerca de esta segunda fase de hundimiento de las fronteras es mucho menos ilustrativa que la que tenemos sobre la primera (c. 376-380), pues carecemos de una fuente histórica del calibre de la obra de Amiano Marcelino. De haberse conservado entera, la *Historia* de Olimpiodoro de Tebas, diplomático al servicio de Constantinopla, probablemente nos habría dicho muchas de las cosas que nos gustaría saber, pero por desgracia tenemos sólo su versión de los acontecimientos a partir de c. 408 hasta el saqueo de Roma de agosto de 410 (aunque este fragmento es más o menos completo).³³ Nos permite ver bastante bien cuáles fueron algunas de las consecuencias del colapso de las fronteras, pero no sus orígenes. Por

consiguiente no es de extrañar que el debate histórico se haya centrado en buena medida en los primeros sucesos acontecidos en la frontera. Los debates más recientes, sin embargo, han conseguido establecer un pequeño terreno común entre todas las posturas enfrentadas y poner más en evidencia los puntos de desacuerdo.

Tradicionalmente todas estas invasiones han sido vistas como un capítulo de la *Völkerwanderung*, el «movimiento de los pueblos». Vándalos, alanos y suevos eran cada uno un «pueblo» entero, grandes grupos de hombres, mujeres y niños. Cómo eran de grandes exactamente siempre fue un poquito misterioso, pero desde luego debían de estar formados por varias decenas de millares de individuos. Se dice que los vándalos asdingos perdieron veinte mil guerreros en un duro combate contra unos francos antes incluso de cruzar el Rin. Y dado que la proporción de guerreros frente al total de la población se considera generalmente que habría sido más o menos de 1:5, este detalle supondría sólo para los vándalos asdingos un total de más de cien mil individuos (pues a todas luces no fueron totalmente aniquilados por los francos). Otras dos fuentes dan cifras de setenta mil y ochenta mil respectivamente para el número de guerreros que habrían podido sacar al campo de batalla la coalición vándalo-alana y los burgundios, mientras que a Radagaiso se supone que lo habría seguido un total de varios cientos de miles de individuos.³⁴

Nadie cree en la actualidad que el volumen de las fuerzas que implican estas cifras pueda ser correcto. En la práctica está comprobado que los burgundios nunca fueron más que una potencia de segunda fila, mientras que un ejército de ochenta mil hombres los habría hecho extraordinariamente fuertes, y en cualquier caso otra fuente da esa misma cifra refiriéndose a su volumen total de población.³⁵ Pero existe bastante consenso respecto a un punto, y es que las fuerzas militares desplegadas por estos pueblos invasores tuvieron que ser significativas, y que varios de ellos en concreto sacaron al campo de batalla grupos de guerreros integrados por más de diez mil hombres, lo mismo que las dos principales concentraciones de godos de 376. De lo contrario no tendría sentido la magnitud de la destrucción que causaron en el sistema romano, y las cifras más específicas así lo confirman.

Del lado romano, el efecto acumulativo de tener que enfrentarse a todos estos invasores se pone de manifiesto en una relación de efectivos (la *distributio numerorum*) de c. 420. Como ha demostrado A. H. M. Jones, el documento demuestra que aproximadamente unos ochenta regimientos — cerca del 50 por 100— del ejército romano de campaña en Occidente fueron aniquilados entre 395 y 410. No cabe duda de que este desastre se debió en parte a su intervención en las guerras civiles, sobre las que hablaremos más a fondo a continuación, pero el daño fue también en gran medida consecuencia de los duros combates que tuvieron que librar contra los distintos grupos invasores después de 405-406. Más concretamente, Estilicón, el general al mando y gobernante efectivo del Imperio de Occidente, tuvo que reunir una fuerza de treinta regimientos (*numeri*), posiblemente más de quince mil hombres, sólo para atacar a Radagaiso. Uno de los pocos fragmentos conservados de la primera parte de la *Historia* de Olimpiodoro señala también que, tras derrotar a Radagaiso, Estilicón reclutó para el ejército romano a doce mil de los mejores guerreros del séquito del caudillo godo, lo que confirma que en la invasión participaron bastante más de diez mil guerreros, e incluso que éstos doblaron plausiblemente esa cifra.³⁶

Para la coalición que cruzó el Rin, la única cifra que vale la pena tener en cuenta es la que nos proporciona Víctor de Vita, quien comenta que cuando los vándalos y los alanos que habitaban con ellos pasaron al norte de África, fueron convocados en setenta grupos de aproximadamente mil individuos (no guerreros) cada uno, lo que daría un volumen total de población de setenta mil personas, excepto que Víctor señala también que se trataba de una treta ideada por su caudillo, el rey de los vándalos asdingos Geiserico, para que los extranjeros pensaran que eran más de los que en realidad eran. Víctor era un obispo norteafricano que compuso su obra varias décadas después de que Geiserico conquistara Cartago en 439, pero escribía fundamentalmente para un público norteafricano que se veía obligado a convivir con vándalos y alanos. Cabe pensar razonablemente, pues, que sabía de qué estaba hablando y que en este punto debía atenerse a los límites de lo que resultaba plausible en su época. Una población total de vándalos/alanos de más de cincuenta mil individuos —dejando un margen para la exageración— habría supuesto de nuevo la existencia de más de diez mil guerreros, y el

paso al norte de África había venido precedido de fuertes pérdidas en España. Así pues, cuando cruzara el Rin en 406, es posible que el grupo fuera considerablemente mayor, entre otras cosas porque también formaban parte de él los suevos.³⁷ Las posibilidades de discusión son infinitas, pero el relato de las actividades de los diversos grupos y los indicios que tenemos acerca de las fuerzas romanas que se opusieron a ellos y del tamaño de cada uno, son bastante coherentes entre sí. Al menos dos de las unidades que se vieron atrapadas en el colapso de la frontera de la Europa central podían reunir hasta veinte mil guerreros, quizá unos pocos más, y eso es algo que en estos momentos acepta casi todo el mundo.³⁸

A pesar de su gran tamaño, es evidente que la naturaleza de las fuerzas que emprendieron la marcha no era tan sencilla como daría a entender la caracterización que tradicionalmente se hace de ellas como «pueblos». Los vándalos, alanos y suevos constituían una alianza completamente nueva, no un pueblo, y lo mismo cabe decir de los suevos como grupo, mientras que los vándalos llegaron originalmente en dos subunidades distintas: los silingos y los asdingos. Y silingos, asdingos, alanos y suevos, llegaron originalmente cada uno con sus propios reyes. La fuerza de Radagaiso quizá fuera del mismo modo fruto de una alianza reciente, aunque parece que el único rey de todos fuera él, mientras que los hunos y los esciros que introdujo Uldino en el Imperio eran también una unidad política reciente surgida después de 376.³⁹

Las mujeres y los niños son mencionados de manera suficientemente explícita, lo bastante a menudo, y en un número suficientemente variado de fuentes para pensar efectivamente en su presencia. Se cuenta que las esposas y los hijos de algunos seguidores de Radagaiso, que acabaron siendo reclutados en el ejército romano, fueron alojados como rehenes en diversas ciudades de Italia. En cuanto a los vándalos, alanos y suevos, no tenemos testimonios contemporáneos de sus primeros pasos al otro lado del Rin, pero un grupo de alanos que andaban por la Galia a comienzos de la década de 410 llevaban consigo a sus esposas y a sus hijos. Y cuando los vándalos y alanos pasaron al norte de África en 429, desde luego lo hicieron como un grupo mixto. A las mujeres (y por consiguiente a sus hijos) habrían podido adquirirlas a partir de 406, y probablemente así ocurriera con algunas de ellas; pero parece una forma un tanto inverosímil e innecesariamente

complicada de explicar su presencia, especialmente porque en otros casos, por ejemplo en relación con los sucesos de 376 en los que el fenómeno es aceptado actualmente por casi todo el mundo, contamos con testimonios explícitos de que en ocasiones los grupos germánicos y alanos emigraban con toda su familia. Esto hace que resulte bastante probable que las mujeres y los niños estuvieran presentes ya en 406. El hecho de que las distintas fuentes estén en desacuerdo sobre si la cifra de ochenta mil representa el número total de burgundios o si corresponde sólo al de los guerreros, implica lo mismo respecto a este grupo. Aunque no fueran «pueblos» antiguos, los testimonios indican con bastante contundencia que debemos seguir pensando que eran grupos mixtos compuestos por decenas de miles de individuos.⁴⁰

Otros dos puntos importantes han conseguido una aceptación general. En primer lugar, a pesar de las variadas trayectorias seguidas en su penetración en el mundo romano —Radagaiso en Italia, los vándalos, alanos, suevos y burgundios a lo largo del Alto Rin y al otro lado del mismo, y Uldino al norte de los Balcanes—, es razonable considerar que los participantes en esa acción constituían un grupo compacto. Pues aunque fueran en distintas direcciones, todos se encontrarían justo antes de emprender su ataque en los confines de la llanura del Danubio central, en la actual Hungría, al oeste de los Cárpatos, o en sus alrededores.

En segundo lugar, poco después de que tuvieran lugar estos desplazamientos fue cuando los hunos entraron por primera vez en gran cantidad en esa misma región del Danubio Medio. Solía pensarse que el *Hunnensturm* había llegado al oeste de los Cárpatos ya en 376. Pero semejante convicción se basaba en una interpretación equivocada del poeta romano Claudiano, que habla de ataques hunos sólo a través del Cáucaso y no a este lado del Danubio en 395 (al contrario de lo que se ha creído a veces), y en la importancia desmesurada atribuida al caudillo huno Uldino, que se vio atrapado en los sucesos de 405-408. Uldino fue a todas luces un personaje relativamente menor, no un conquistador de la talla de Atila. Juntas, estas observaciones indican que el principal grupo de hunos permaneció al norte y al este del mar Negro hasta c. 400 d. C., y que todavía en 411-412 como muy tarde y posiblemente ya en 410, muchos de ellos se habían establecido al oeste de los Cárpatos.⁴¹ El acuerdo en torno a estos dos

puntos define bastante bien el problema histórico que nos plantea el colapso de las fronteras de Roma en la Europa central durante la primera década del siglo v. Todo el mundo admite la enorme magnitud de las fuerzas militares invasoras que intervinieron en la acción, y la mayoría está de acuerdo en que con ellas iban también mujeres y niños, en que la crisis tuvo su epicentro en la Gran Llanura Húngara, y en que los hunos llegaron a esa llanura poco después. Pero si hasta ahí reina un consenso general, siguen discutiéndose apasionadamente las causas que se ocultan tras las invasiones.

En 1995, tras identificar en el Danubio Medio los orígenes de la mayoría de los grupos bárbaros relacionados con la crisis de 405-408 y comprobar que los hunos aparecen por primera vez en gran número en esta zona poco después, sostuve que la mejor manera de entender el colapso de las fronteras de Roma en Europa central era pensar en una reedición de los sucesos de 376, desarrollados esta vez, como si dijéramos, al oeste, no al este de los Cárpatos. Las semejanzas en la naturaleza de las unidades migratorias implicadas y la cronología exacta del avance de los hunos hacia Europa me llevaban a pensar que la crisis de 405-408 fue causada por otros bárbaros vecinos de Roma, que decidieron que preferían probar fortuna en el Imperio Romano antes que enfrentarse a las incertidumbres de vérselas con los hunos, situación que refleja la decisión tomada por los godos tervingos y greutungos en 376. En otras palabras, la crisis tuvo unos orígenes básicamente no romanos y fue provocada por los hechos que se desarrollaron en el mundo bárbaro.⁴²

Dos estudios recientes han adoptado un enfoque alternativo, situando las causas fundamentales de la crisis dentro del Imperio Romano, en la evolución de la política romana frente a los extranjeros combinada con los efectos de dislocación política provocados por la división del Imperio en dos mitades, una oriental y otra occidental. En su libro *Barbarian Tides*, Walter Goffart considera posible que Constantinopla promoviera la invasión de Italia a manos de Radagaiso para distraer a Estilicón y dificultar sus ambiciones de recuperar el control ejercido por el Imperio de Oriente sobre las regiones de los Balcanes (la parte oriental del Ilírico romano) que tradicionalmente habían pertenecido a Occidente, pero que en aquellos momentos eran gobernadas por Oriente. De manera más general, sin embargo, Goffart sostiene que la causa primordial de la crisis fueron no ya los hunos, sino los

cambios producidos en la percepción de la política romana que tenían los bárbaros y en el propio poder del estado romano. Por un lado, la pervivencia continuada y autorizada en territorio romano de los godos que cruzaron el Danubio en 376 como comunidades políticas semiautónomas aumentó decisivamente las ambiciones del mundo bárbaro. Dicha situación suscitó en otros grupos fronterizos la perspectiva de que podían entrar en el territorio imperial, económicamente más desarrollado, sin necesidad de renunciar a su identidad colectiva ni a su cohesión. Se reafirmaron en esta postura — continúa diciendo esta tesis— porque, al mismo tiempo, Occidente era cada vez más débil, o así era percibido por ellos. La debilidad real y percibida del estado romano se debía a que, desde la muerte del emperador Teodosio I en 395, se intensificó la separación efectiva de las dos mitades del Imperio, gobernadas por distintos consejeros en nombres de los dos hijos de Teodosio, a la sazón menores de edad, Arcadio en Oriente y Honorio en Occidente (donde de hecho gobernaba Estilicón). Esta situación ofrecía a los pueblos extranjeros la perspectiva de poder aprovechar la desunión del Imperio para mejorar sus posibilidades de prosperidad y supervivencia en territorio romano.⁴³

Una línea de argumentación análoga ha sido propuesta por Guy Halsall, quien postula que dos usurpadores del trono imperial de Occidente de finales del siglo IV, Magno Máximo (383-387) y Eugenio (392-394), dejaron la frontera del noroeste del Rin desguarnecida de tropas romanas para desplegarlas en sus guerras civiles —en último término fallidas— contra Teodosio, emperador de Oriente. En materia de tropas, las pérdidas sufridas por el Imperio de Occidente en estos conflictos fueron muy graves, sobre todo en la batalla del río Frígido en 394; y después de 395, cuando ejercía ya el control efectivo de Occidente, el generalísimo Estilicón no se esforzó demasiado en restaurar la situación al norte de los Alpes porque estaba mucho más interesado en las disputas que mantenía con sus rivales de Constantinopla por el control de la totalidad del Imperio. A comienzos del siglo V, pues, la defensa del Rin dependía en gran medida de la buena voluntad de los reyes clientes bárbaros de la zona; y éste es sólo un aspecto del repliegue generalizado del poder del estado romano, que se manifestó también en el cierre de la ceca de Tréveris tras la caída de Eugenio en 394, y

en el traslado de la sede de la prefectura de la Galia desde Tréveris a Arles. Para Halsall, ese repliegue tuvo un ulterior efecto de particular relevancia para la crisis de 405-408. La afluencia de monedas a algunos puntos del noroeste romano se vio interrumpida a partir de la época de Eugenio, y Halsall sugiere que esta situación dio lugar a la decadencia o incluso a la interrupción de los subsidios diplomáticos habituales, que durante siglos habían llegado a través de la frontera hasta los clientes semisometidos del Imperio. Al ver así amenazadas sus propias estructuras de poder político, a partir de 405 estos líderes bárbaros empezaron a trasladarse con sus seguidores directamente al territorio romano, con el fin de adueñarse de las riquezas que necesitaban para mantenerse en el poder. Para Goffart y Halsall, los desarrollos que tuvieron lugar dentro del Imperio indujeron así a los bárbaros de la región del Danubio Medio a penetrar en territorio romano, y los hunos ocuparon luego el vacío de poder que éstos dejaron tras de sí.⁴⁴

Algunos de los factores identificados en estos argumentos tuvieron efectivamente una influencia importante sobre el modo en que se desarrolló la crisis. Hay una clara serie de testimonios que prueban que las ventajosas condiciones concedidas a los tervingos y a los greutungos en 382 fueron responsables del cambio de percepción del tipo de acuerdos que cabía negociar con el estado romano. A finales de la década de 390, la sublevación en Asia Menor de algunas tropas góticas aliadas, al mando de un caudillo llamado Tribigildo, parece que se debió inicialmente al resentimiento de otros bárbaros empleados también por los romanos, descontentos porque no se les habían concedido unas condiciones tan favorables. Sinesio de Cirene afirmaba asimismo ya en 399 que el tratado de 382 (específicamente en la forma en que fue modificado en las ulteriores negociaciones entre Alarico y Eutropio en 397) había dado pie a que al menos otro grupo de extranjeros solicitara su admisión en el Imperio en términos parecidos.⁴⁵ Las divisiones entre la zona oriental y occidental del Imperio impidieron que los romanos pudieran dar una respuesta coordinada. Desde el otoño de 405, Estilicón, gobernante efectivo de Occidente, se hallaba enfrentado a Constantinopla, como hemos visto, por el control del Ilírico, amenazando incluso a los romanos de Oriente con la guerra por este motivo. En tales circunstancias, Occidente no tenía perspectiva alguna de poder contar con la ayuda de

Oriente cuando sus fronteras de Europa central empezaron a venirse abajo; no al menos hasta que Estilicón perdiera el poder en el verano de 408. En ese momento llegó por fin alguna ayuda militar y financiera, pero para entonces los bárbaros estaban ya bien asentados en el territorio del Imperio Romano de Occidente.⁴⁶

Sin embargo, en realidad no existe ningún testimonio de que Constantinopla impulsara el ataque de Radagaiso contra Italia, y las divisiones entre Oriente y Occidente permiten explicar sólo el rumbo seguido posteriormente por la crisis, concretamente por qué hasta 409 no llegó ninguna ayuda de Oriente, no ya por qué los bárbaros cruzaron la frontera. Y tampoco el cambio de las percepciones de los bárbaros ofrece una explicación suficiente. Vándalos, alanos y suevos cruzaron el Rin el 31 de diciembre de 406, a pesar de los desastres que se habían abatido sobre las tropas de Radagaiso ese mismo verano. Aunque tardara un poco, Estilicón logró al fin reunir un ejército romano lo bastante numeroso para enfrentarse a Radagaiso, y el resultado fue la victoria total de los romanos. Como veíamos, el propio Radagaiso fue capturado y ejecutado, gran número de guerreros de nivel superior (se dice que doce mil) fueron reclutados como tropas auxiliares e ingresaron en el ejército romano, y fueron tantos los individuos menos afortunados o de condición inferior que se vieron reducidos a la servidumbre, que se reventó el mercado de esclavos.⁴⁷ Está bastante claro, pues, que durante la primera década del siglo V el Imperio Romano de Occidente no se planteó en ningún momento conceder a los bárbaros un trato análogo al que se ofreció a los godos en 382. El hecho de que vándalos, alanos y suevos decidieran cruzar el Rin a pesar de todo indica que en sus planteamientos debió de influir algún otro factor.

Fuera cual fuera éste, estoy bastante seguro de que el repliegue en el noroeste por parte de los romanos del que habla la tesis de Halsall no proporciona la respuesta buscada. Por lo pronto, las pruebas de que efectivamente se produjo esa evacuación no son irrefutables, pues en gran medida se basan en el *argumentum a silentio*. Muchos comentaristas datan el traslado de la prefectura de la Galia a Arles después de 405, viendo en él no ya la causa, sino una consecuencia de la invasión del Rin.⁴⁸ Además, en el noroeste quedaron tropas romanas suficientes para que otro usurpador,

Constantino III, intentara dar un golpe de estado que lo llevó a comienzos de 406 desde Britania a los Alpes y que a punto estuvo de poner en sus manos en 409 el dominio de todo Occidente. Además los bárbaros que realizaron la invasión no habrían sido los que fueron si la interrupción de los subsidios diplomáticos romanos hubiera tenido efectivamente algo que ver con ella (y en realidad tampoco sabemos que se interrumpiera el pago de subsidios: se trata de nuevo de un *argumentum a silentio*). Como es bien sabido, los pagos diplomáticos efectuados por los romanos iban destinados ante todo a los grandes grupos establecidos en la frontera, a saber, recorriendo de punta a punta los confines del Imperio Romano de Occidente, a los francos, alamanes, marcomanos, cuados y sármatas. Las invasiones de 405-408 no fueron obra en su mayor parte de ninguno de esos grupos bárbaros fronterizos. Los suevos de la coalición del Rin probablemente entren dentro de esta categoría —si en realidad eran marcomanos y cuados con otro nombre—, pero todos los demás o procedían del este, muy alejados de la red diplomática del Imperio de Occidente (los godos de Radagaiso y los alanos de la coalición del Rin), o venían de regiones situadas detrás de los principales clientes fronterizos (burgundios y los dos grupos de vándalos). La interrupción del pago de subsidios habría afectado sobre todo a francos y alamanes, pero curiosamente éstos no se movieron de su sitio.⁴⁹

Podríamos llevar incluso más allá este argumento, pero suponer que el repliegue en el noroeste por parte del Imperio Romano desencadenara el colapso de las fronteras de 405-408 plantea otro problema trascendental. La primera invasión, el ataque de Radagaiso (405-406) no afectó propiamente al noroeste. Se abrió paso a través de los Alpes hasta el norte de Italia, donde no cabe afirmar que se produjera una reducción del poder imperial central. De hecho, cualquier retirada de tropas en el noroeste no habría hecho más que reforzar la capacidad militar del Imperio en Italia. Si la causa primordial de las invasiones de 405-408 hubiera sido una reducción del poderío de Roma en el noroeste, ¿por qué la primera invasión se produjo en otra dirección?

Más revelador, en mi opinión, resulta el examen minucioso de la identidad de los bárbaros que intervinieron en la crisis. Las fuentes de las que disponemos no son lo bastante buenas para permitirnos reconstruir un mapa de situación detallado del Danubio Medio en el siglo IV, pero sí que podemos

esbozar sus rasgos generales más básicos: marcomanos y cuados al norte y al oeste del recodo del Danubio, y distintos grupos de sármatas (limigantes y argaragantes) a uno y otro lado del río Tisza. Más al norte había vándalos y otros grupos germánicos, pero no afectaron directamente a las operaciones fronterizas del siglo IV.⁵⁰ Cuando comparamos esta distribución con los invasores que partieron de la región en 405, queda patente que la cuenca media del Danubio ya había conocido una enorme convulsión política y demográfica antes de que se produjeran las citadas expansiones a este lado de las fronteras del Imperio en Europa central.

Los vándalos aparecieron por primera vez en el radar de Estilicón poco antes de 405-408, en el verano de 401-402, cuando su presencia supuso casi una amenaza para la paz en Recia, más o menos la Suiza romana. Debemos subrayar que esta zona no era su patria a mediados del siglo IV, cuando habríamos podido encontrarlos unos seiscientos kilómetros más al noroeste, en la región situada al norte del Tisza y en Eslovaquia, justo en los confines de la llanura del Danubio Medio y de la antigua Dacia romana.⁵¹ Su viaje inicial a los confines de Recia, aunque se queda en nada comparado con su posterior desplazamiento a España y al norte de África, supuso en cualquier caso un desplazamiento importante.

El hecho de que la coalición de Radagaiso, de la que con toda seguridad formaban parte algunos godos, invadiera Italia desde el oeste de los Cárpatos refuerza este argumento. Para formar el contingente de godos integrado en las fuerzas de Radagaiso presumiblemente hubo que contar con uno o varios de los múltiples grupos góticos conocidos en el siglo IV. Pero en esa época no había godos que habitaran el territorio situado al oeste de los Cárpatos. Lo mismo ocurre con los alanos: las fuentes históricas son completamente claras y dicen que cuando cruzaron el Rin, constituían el componente más numeroso de la fuerza invasora mixta. En otras palabras, muchos alanos habían pasado a ocupar los terrenos situados al oeste de los Cárpatos alrededor de 405. Pero una vez más, ningún alano habitaba en esta región en el siglo IV. Hasta c. 370 su territorio más occidental se hallaba a unos mil quinientos kilómetros más al este, al otro lado del río Don.⁵² Diferentes subgrupos alanos (parece que su estructura política abarcaba numerosas unidades en gran medida autónomas) habían empezado a trasladarse al oeste

desde mediados de la década de 370 siguiendo los pasos de los tervingos y greutungos en retirada. Un grupo de alanos aliados con los hunos se unió a los godos en la parte romana de los Balcanes durante el otoño de 377 y combatió incluso en Adrianópolis. En el verano de 378 el emperador Graciano se enfrentó en el noroeste de los Balcanes con otros alanos, e incorporó a esos mismos o incluso a más a su ejército de campaña de Occidente en 380.⁵³ A continuación las cosas se calmaron, al menos en nuestras fuentes, pero los alanos desplazados al oeste desempeñaron un papel primordial en la crisis fronteriza de los años posteriores al 376, y es preciso contar con algún tipo de continuación de este fenómeno para explicar por qué en 406 había tantos alanos al oeste de los Cárpatos. Esta observación se ve reforzada precisamente por el hecho de que la heterogénea base de poder de Uldino, que también pasó a Dacia desde algún punto desconocido en los confines de la cuenca media del Danubio, estuviera formada por hunos y esciros.⁵⁴ Ninguno de estos grupos aparece en el siglo IV, ni siquiera en los confines orientales del Danubio Medio. Los burgundios y los suevos, si es que éstos eran efectivamente marcomanos y cuados, constituyeron, pues, a todas luces una minoría en su participación en la crisis de 405-408 como antiguos habitantes de la zona del Danubio Medio y sus alrededores.

Un desplazamiento de población de esta magnitud era algo absolutamente anormal en el hinterland de las fronteras de Roma. Los movimientos de pueblos en la región fronteriza solían estar férreamente controlados por los romanos. Como veíamos en el capítulo 3, cuando los integrantes de un subgrupo sármata, los limigantes, regresaron en 359 al sector de la frontera correspondiente a la cuenca media del Danubio, del que habían sido expulsados el año anterior, Constancio II reaccionó con decisión debido a la tendencia a que los disturbios originados al otro lado de la frontera se propagaran al territorio romano.⁵⁵ La llegada de tantos recién venidos a la región del Danubio Medio inmediatamente antes de la crisis de 405-408 minimiza drásticamente la gravedad de los disturbios a los que hubo de hacer frente Constancio cincuenta años antes. Dos nutridos grupos de vándalos, grandes cantidades de alanos, al menos el elemento gótico presente en la coalición de Radagaiso, y los hunos y los esciros de Uldino: todos ellos eran gentes recién llegadas a la región de la cuenca media del Danubio. Así

pues, las penetraciones fronterizas a las que hubo de enfrentarse el Imperio de Occidente en 405-408 fueron fruto de una crisis igualmente importante, si no de hecho mayor, al otro lado de la frontera. Algo muy gordo debía de estar pasando allí para hacer que todos estos grupos se desplazaran al oeste de los Cárpatos, antes incluso de que realizaran los avances por el territorio romano que tenemos mucho mejor documentados.

¿Pero qué era? ninguno de los factores relacionados con los desarrollos internos del Imperio Romano explican satisfactoriamente esta importante concentración de grupos armados junto con sus subordinados en la región del Danubio Medio antes de 405-408, aunque desde luego nos ayudan a interpretar lo que ocurrió después, a saber por qué Occidente no recibió ayuda de Oriente antes de 409-410, y por qué el ataque a través de la Galia resultó una opción mejor que la invasión de Italia. En 1995 sostenía yo que fue la segunda fase del movimiento de los hunos hacia Europa lo que provocó este amontonamiento de tribus al oeste de los Cárpatos, y en mi opinión ésta sigue siendo la explicación más probable. No sólo la sugiere la correlación cronológica entre el avance de los hunos hacia el corazón de Europa y el abandono de la llanura del Danubio Medio por parte de nuestros invasores, sino que, como estudiaremos en el próximo capítulo, un examen minucioso de los patrones migratorios de los propios hunos nos proporciona dos importantes fundamentos más. En primer lugar, los hunos tenían motivos perentorios para querer emigrar a Europa central, haciendo que sea sumamente improbable que se limitaran a aprovechar el vacío de poder creado en la zona por la marcha de los vándalos y demás grupos. En segundo lugar, el trato dispensado por los hunos a las poblaciones vecinas que encontraron a su paso hace que resulte razonable el deseo de escapar de esas gentes. Resulta así perfectamente comprensible que un segundo viraje hacia el oeste en el centro de operaciones de los hunos desde el mar Negro hacia la cuenca central del Danubio, que a todas luces se produjo a comienzos del siglo V, tuviera el efecto que observamos en los prolegómenos de la crisis de 405-408: esto es, que sus potenciales nuevos súbditos se apartaran de su paso. Ésta no sólo es la explicación más sencilla de la concentración de inmigrantes

al oeste de los Cárpatos, sino también la más lógica y convincente. Las alternativas propuestas son a todas luces incapaces de explicar qué hacía el grueso de los invasores de 405-408 reunido ya al oeste de los Cárpatos.

Dado que es sumamente verosímil que esta crisis fuera una reedición de la de 376, sólo que esta vez al oeste, no al este de los Cárpatos, no debería sorprendernos que las fuentes sugieran algunas observaciones similares acerca del funcionamiento concreto de los procesos migratorios relacionados con este último caso. Muchos emigrantes de esta segunda oleada, como les ocurriera anteriormente a los godos del siglo IV, tenían una vieja historia de cambios de asentamiento. La única excepción, al parecer, serían los suevos (suponiendo una vez más que con esta denominación se designe a diversos subgrupos de marcomanos y cuados), que no se habían trasladado a ningún sitio antes de participar en el cruce del Rin. Los alanos, por otra parte, eran originalmente nómadas, aunque este punto requiere un pequeño comentario. Contrariamente a la imagen proverbial de desplazamientos a la buena de Dios a grandes distancias que se nos viene a la mente al hablar de ellos, los nómadas realizan tradicionalmente desplazamientos relativamente restringidos y cíclicos entre zonas bien conocidas de pastos de verano y de invierno. Se trata de un fenómeno muy distinto de la dislocación geográfica de que fueron testigos las postrimerías del siglo IV y los primeros años del V, cuando familias y rebaños recorrieron cientos y cientos de kilómetros desde sus lugares de residencia habituales. Como sucediera con los godos a finales del siglo II y en el siglo III, una predisposición intrínseca a la emigración, engendrada por una menor rigidez del apego de su economía agrícola a un determinado territorio del que solemos tener en el mundo moderno, habría sido también un factor que posibilitara esos desplazamientos. Y en cualquier caso, en el momento en el que los diversos subgrupos de alanos que participaron en el cruce del Rin llegaron al Danubio Medio, punto de partida de los sucesos de 406, hacía poco que habían llevado a cabo un largo viaje desde el este del río Don, de modo que entre ellos ya había cuajado un hábito no simplemente nómada, sino propiamente migratorio.⁵⁶

Lo mismo cabe decir de los godos de Radagaiso. Probablemente compartieran algunas de las antiguas experiencias de los tervingos, pues eran una de las concentraciones de poder militar predominantemente germánico

generadas por las migraciones del siglo III hacia el mar Negro. Como en el siglo IV no encontramos godos al oeste de los Cárpatos, los godos que seguían a Radagaiso habrían tenido que llevar a cabo como mínimo un desplazamiento en un pasado próximo desde el Ponto hasta la cuenca media del Danubio, poco antes del que acabaría siendo su funesto viaje a Italia. Los vándalos no habían llegado tan lejos como los godos en el siglo III, pero desde la época de las Guerras Marcomanas habían extendido su control por el sur desde el norte y el centro de Polonia hasta algunas zonas de la antigua Dacia romana, en la meseta de Transilvania. Una vez más, tuvieron que llevar a cabo un desplazamiento inicial hacia el oeste desde esta región hasta los confines de los Alpes, donde tenemos noticia de su presencia en 402. En gran medida, pues, en la segunda fase de la *Völkerwanderung* participaron grupos de población con hábitos migratorios firmemente arraigados, que verosímilmente habrían respondido a cualquier amenaza grave o a cualquier oportunidad interesante que se les presentara cambiando una vez más de asentamiento.

Del mismo modo, las múltiples motivaciones que pudieran afectar a esta segunda oleada de emigrantes probablemente fueran similares a las de los godos de 376. Lo que no podemos reconstruir, pues la fecha de la entrada en masa de los hunos en la región de la cuenca media del Danubio es incierta, es cuánto tenía de inmediata la amenaza a la que se enfrentaban. No está claro si tuvieron que abandonar sus viejos lugares de residencia más precipitadamente o no que los tervingos en 376, pero eso no tiene nada que ver con que los motivos que tuvieran para cambiar de residencia fueran fundamentalmente de carácter político y negativo. Ellos también iban en busca de nuevos hogares que fueran más seguros. Al margen de la presión ejercida por los hunos, la afluencia de grandes cantidades de godos, alanos y vándalos a la llanura del Danubio Medio habría bastado naturalmente de por sí para generar problemas políticos en la región. Si el regreso de un subgrupo relativamente pequeño de sármatas a la zona fronteriza bastó para desestabilizar la situación en 359, una afluencia masiva de extranjeros no habría podido más que sembrar el caos.

Pero, como ocurriera también en 376, esto no impide que los inmigrantes pusieran igualmente sus ojos en los potenciales beneficios económicos y de otro tipo que pudieran venirles de un traslado bien organizado al territorio romano. Si el aumento de la presión de los hunos imponía perentoriamente emigrar a algún sitio, las perspectivas de sus posibles ventajas harían, como en 376, que las miradas de los emigrantes se volvieran hacia el Imperio. Conviene hacer otras dos observaciones. En primer lugar, encontrar un nuevo hogar fuera del Imperio no habría resultado fácil. Por ejemplo, a pesar de ser más pequeña, la concentración de tervingos que se retiró del Danubio en 376 decidió instalarse en la meseta de Transilvania o en sus confines occidentales, en vez de insistir en su solicitud de visado de entrada en el Imperio Romano. Pero para asegurarse este nuevo territorio, tuvo que expulsar a algunos sármatas que habían fijado su residencia en él. Éstos, a su vez, se dispersaron por el territorio romano.⁵⁷ De modo similar, cuando se hallaban de camino al Rin en 406, los vándalos tuvieron, como hemos visto, un violento choque con unos francos, en el que se dice que perdieron la increíble cifra de veinte mil hombres, dato que razonablemente podemos pensar que representa un recuerdo genuino de un duro enfrentamiento. Germania no estaba llena de tierras fértiles dispuestas a ser conquistadas y teniendo en cuenta que, fuera donde fuese, había que luchar para conseguir un nuevo hogar, el territorio romano tenía al menos el atractivo de un mayor desarrollo económico. Y, como los tervingos en 376, la mayoría de los integrantes de la segunda oleada de emigrantes tenía un conocimiento suficiente del Imperio para ser bien consciente de esas ventajas potenciales. En otras palabras, un campo activo de información habría hecho que las deliberaciones de esta segunda hornada de emigrantes se inclinaran por la opción del Imperio, del mismo modo que, también en 376, además del genuino temor hacia los hunos habrían influido sobre los godos las esperanzas de rapiña económica. En segundo lugar, hay buenísimas razones para suponer, como hemos visto, que la supervivencia de los godos de 376 como unidad semiautónoma dentro del territorio imperial proporcionó un incentivo más para que los grupos desplazados de comienzos del siglo V intentaran probar la opción romana.

Ninguno de esos inmigrantes, sin embargo, habría abrigado la menor duda de que sus ambiciones de alcanzar un lugar bajo el sol de Roma iban a topar con una férrea resistencia. Por si hubiera cabido alguna duda, la suerte corrida por las fuerzas de Radagaiso las habría disipado todas de inmediato. Dado que su movimiento migratorio era un intento de obligar al Imperio Romano a hacerles concesiones, cada grupo tenía que contar con una poderosa fuerza militar. Ello significa, de nuevo como en 376, que fue preciso echar mano de los hombres libres (o de su equivalente entre los alanos).⁵⁸ Por las mismas razones que en 376 (y en las últimas fases de la expansión germánica del siglo III y de la expansión vikinga del siglo IX), la única unidad migratoria posible era la gran agrupación de decenas de miles de guerreros, muchos de ellos acompañados de sus familias. La clara percepción que tenían los emigrantes de los peligros de su empresa queda patente también en algunas de las alianzas que forjaron para llevar a cabo su propósito. Los soldados de infantería esciros vendidos como esclavos y distribuidos como colonos tras la derrota de Uldino probablemente no tuvieran ninguna otra elección, y las fuentes que hablan de los seguidores de Radagaiso no son lo bastante buenas para hacer ningún comentario que valga la pena.⁵⁹ Pero la enorme alianza de vándalos, suevos y alanos era una combinación totalmente nueva de grupos que ni siquiera habían sido vecinos en el siglo IV. En ese sentido se trataba todavía de una alianza claramente vaga, pero incluso una cooperación de ese estilo habría requerido una gran dosis de negociación. Y parece que no todo el mundo estaba convencido de que se tratara de una jugada acertada. Se ha sugerido que no se movió de sitio un número de vándalos silingos lo suficientemente grande para dar su nombre a la actual Silesia y, de modo más convincente, se ha postulado que en la región del Danubio Medio seguían viviendo grandes cantidades de suevos mucho después de que los suevos que emigraron en 406 llegaran al noroeste de España.

Tan firme y tan absoluta fue la resistencia del Imperio a esos nuevos emigrantes que algunos de ellos tuvieron que modificar sus estrategias iniciales. Las fuerzas de Uldino fueron divididas por medio de la diplomacia, cuando los negociadores del Imperio Romano de Oriente lograron ganarse a algunos de los principales partidarios del caudillo huno sin necesidad de

lucha. Cabe presumir que les ofrecieron interesantes puestos en el ejército romano, mientras que muchos esciros, menos afortunados, fueron relegados a la esclavitud en los latifundios romanos. La suerte que corrieron las fuerzas de Radagaiso fue parecida. Una vez más, algunos de sus partidarios de rango más elevado abandonaron el barco, haciendo un trato en virtud del cual fueron reclutados por el ejército romano. Esta vez, sin embargo, las magnitudes fueron muy distintas. Los doce mil «de entre los mejores» guerreros de Radagaiso que fueron integrados en el ejército de Estilicón quizá pensaran desde el primer momento que formar parte de un grupo migratorio mayor habría resultado un medio útil de acabar haciendo tratos a su medida con las autoridades romanas. Pero también es probable que el cambio de chaqueta fuera una estratagema utilizada sólo cuando, ante la proximidad de Estilicón y su ejército de campaña, se puso de manifiesto la cruda realidad del imponente poderío militar romano.⁶⁰

Como ocurriera con el paso del Danubio en 376, el desplazamiento demográfico asociado con el colapso de las fronteras de Roma en la Europa central encaja sólo en parte con la imagen de la *Völkerwanderung* germánica tradicional. La crisis de 405-408 sí que vio cómo grandes concentraciones mixtas de seres humanos cruzaban la frontera por razones que tenían más que ver con factores externos al Imperio que con cualquier cosa que sucediera dentro de él. Y aunque algunos de estos grupos estaban demasiado bien organizados para guardar cualquier parecido con las oleadas de refugiados que se han visto a veces en el mundo moderno, sus actividades pueden explicarse a menudo según los principios que sustentan los modernos patrones de migración, entre otros el entramado de motivaciones negativas y positivas que mueven a los emigrantes, y la enorme influencia de las estructuras políticas existentes y de las corrientes de información. Dicho esto, las concentraciones en cuestión eran asociaciones políticas complejas, no «pueblos» en el sentido tradicional del término. Algunos grupos de los que participaron en la acción parece que tenían una larga historia tras de sí. Los vándalos asdingos, por ejemplo, estuvieron presentes en las Guerras Marcomanas del siglo II. Pero como todos los grupos germánicos del Bajo Imperio, habían pasado por varios siglos de transformación dinámica generada por una intensa interacción de unos con otros y con el estado

romano, lo que significa que en su seno había una gran variedad de clases y derechos sociales. La complejidad colectiva interna se vio acrecentada luego debido a las alianzas forjadas entre los grupos, como la que se creó entre dos grupos vándalos distintos, y con los alanos y los suevos para tener más posibilidades de sobrevivir en suelo romano. Este hecho aporta una dimensión mucho más importante al panorama, pues creó nuevos lazos políticos, y a veces dio lugar a una disparidad cultural enorme (en el caso de los alanos, nómadas de lengua irania). Así pues, aunque algunas de las unidades que las integraban tuvieran entre sí lazos bien establecidos, las entidades que cruzaron la frontera eran alianzas políticas improvisadas, no conglomerados de población existentes desde antiguo.

No debería extrañarnos, pues, que las autoridades romanas consiguieran destruir a algunas de ellas precisamente atacando las junturas de su entramado, concretamente atrayéndose a la elite de los guerreros que seguían a Radagaiso y a Uldino a expensas del líder del grupo y de los soldados rasos menos favorecidos. Pero la desunión interna que podía generarse de modo perfectamente natural debido a la complejidad social y a las alianzas improvisadas no es más que una parte de la historia. Otra característica sorprendente de los grupos que lograron sobrevivir a los primeros choques con el estado romano es su aparente capacidad de repetir los procesos migratorios.

LA LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA

Las historias de todos los grandes grupos que penetraron en el Imperio en los dos momentos de colapso de las fronteras siguieron un rumbo parecido. Sus entradas iniciales en el territorio romano —fundamentalmente sin que nadie los invitara—⁶¹ vinieron seguidas de períodos de lucha armada. Tuvieron que obligar al Imperio a aceptar que no podía derrotarlos y que tampoco podía imponerles su política habitual de sometimiento e integración de inmigrantes. En el caso de los tervingos y los greutungos, aquellas primeras luchas duraron unos seis años hasta que se entablaron negociaciones para alcanzar un tratado de paz de compromiso con el estado romano, que entró en vigor el 3 de octubre de 382. El hecho de que el Imperio se mostrara

dispuesto a aceptar semejante tratado se debió a la capacidad militar de los godos, en particular a las derrotas que lograron infligir a dos emperadores, a Valente primero en la famosa batalla de Adrianópolis de 9 de agosto de 378, y luego a Teodosio en Macedonia en el verano de 380. Otros grupos más pequeños de emigrantes de esta misma época —taifalos, sármatas y algunos subgrupos góticos aislados—, que no lograron superar esa prueba militar inicial, recibieron un trato mucho más duro, y su derrota vino seguida por la total pérdida de identidad, cuando sus integrantes fueron distribuidos como mano de obra no libre entre los terratenientes romanos.⁶²

La historia de los inmigrantes relacionados con la crisis de 405-408 es similar. Una vez más sin ser invitados, tuvieron que luchar al principio para crearse un nuevo hogar. Algunos fracasaron en su intento. Muchos de los seguidores de Radagaiso y Uldino, como hemos visto, acabaron enfrentándose al desastre, muertos o repartidos como trabajadores de condición servil, aunque algunos elementos de uno y otro grupo lograron firmar un acuerdo con las autoridades romanas. Al principio al menos, los vándalos, alanos y suevos fueron más afortunados. Tras una etapa de violencia brutal en la Galia, en 409 o 410 lograron cruzar los Pirineos y entrar en la España romana, destino que les ofreció nuevas oportunidades. En 412, seis años después de su entrada inicial en el territorio de Roma, se repartieron entre ellos el grueso de las provincias de Hispania. Los vándalos silingos conquistaron la Bética, los asdingos la mayor parte de Gallaecia, los suevos el noroeste de esta misma provincia, y los alanos, subrayando que constituían el elemento más numeroso del grupo en esta fase, se apoderaron de las provincias más ricas, la Lusitania y la Cartaginense (mapa 9). No hay testimonio alguno de que este reparto se llevara a cabo con el consentimiento de las autoridades centrales de Roma, pero representaría, al parecer, una explotación más ordenada de los recursos económicos, más allá del mero saqueo.⁶³ El lapso de tiempo transcurrido entre la invasión y el acuerdo final, tanto si hablamos de 376 como si nos referimos a 406, es enteramente comprensible. Ningún gran grupo de inmigrantes armados llegados sin que nadie los hubiera invitado habría podido alcanzar de forma inmediata un *modus vivendi* con las poblaciones de su punto de destino.

Lo que requiere una explicación, sin embargo, es el hecho de que poco tiempo después de que se alcanzaran estos acuerdos —en 382 y 412 respectivamente— ambos grupos de inmigrantes parece que se pusieron otra vez en marcha. Los godos establecidos en los Balcanes en 382, según dice la historia tradicional, se sublevaron al mando de Alarico en 395 y pasaron la mayor parte de los dos años siguientes en una especie de odisea por Grecia, acompañados por sus familias y una enorme caravana que los llevó hasta Atenas, a todo el Peloponeso y luego de nuevo al norte hasta el Epiro, a orillas del Adriático. Tras un breve descanso, pasaron a Italia en 401-402 y no volvieron a los Balcanes hasta 408, cuando pusieron rumbo a Occidente, permaneciendo de nuevo en Italia desde 408 hasta 411 antes de dirigirse a la Galia, donde finalmente se establecieron. Lo mismo ocurrió con los vándalos y los alanos: tras un interludio hispano que duró hasta 429, cruzaron en barco el estrecho de Gibraltar y se dirigieron en dos etapas hacia el este, hacia las provincias romanas más ricas del norte de África. En 437, durante un breve período, consiguieron tierras en Mauritania y Numidia en virtud de un tratado, antes de establecerse dos años más tarde de modo más permanente en la zona gracias a la conquista de Cartago y del conjunto de las provincias vecinas.

Visto de este modo a largo plazo, el modelo de inmigración de los pueblos que huyeron de los hunos adquiere así un carácter típico que podríamos llamar de arranque y parada automática. En el pasado, esas lagunas narrativas no fueron consideradas nunca un obstáculo para ver en las migraciones secundarias la continuación de la historia de los mismos grupos que habían dado lugar al primitivo cruce de la frontera. Más recientemente, sin embargo, se ha sugerido que las migraciones secundarias se parecen mucho más a las actividades de un ejército móvil que a las de los grupos mixtos de población que cruzaron originalmente la frontera, y de hecho fueron llevadas a cabo por grupos esencialmente diferentes —partidas de guerreros en busca de ganancias—, constituidos sólo de forma marginal por los primitivos inmigrantes. Este postulado ha sido especialmente bien acogido por los que tienen la convicción de que las unidades sociales

antiguas, como los invasores de 376 y 405-408, no habrían podido nunca tener un concepto de identidad colectiva lo bastante fuerte como para resistir una serie de repetidas convulsiones durante un lapso de tiempo tan largo.⁶⁴

Así pues, ¿ejércitos o pueblos? Y, por otra parte, ¿pueden los estudios acerca de la migración ayudarnos a comprender la movilidad renovable de vándalos, godos y demás grupos?

El hecho de que existan importantes discrepancias en torno a un punto de interpretación tan fundamental como éste nos revela al instante que, una vez más, las fuentes no son tan buenas como deberían. No obstante, son más completas para la historia de los godos a partir de 382, al menos durante algunos años, y constituyen el mejor caso de prueba que conocemos. Por lo que respecta a los godos, la cuestión clave inicial es si los que se sublevaron al mando de Alarico en 395 protagonizaron realmente un desplazamiento ulterior de la totalidad o de la mayoría de los godos establecidos en el Imperio en virtud del tratado de 382. En el pasado nunca se puso en duda que así fuera, pero las nuevas perspectivas de que la identidad de los bárbaros habría sido siempre muy fluida han alimentado en los últimos años la necesidad de demostrar si los godos que firmaron la paz con el estado romano en 382 se corresponden con los rebeldes de Alarico. ¿Se puede demostrar algo así?

Planteada la cuestión de forma tan simple, la respuesta sólo puede ser que no. Ningún comentarista romano enumera detalladamente los recursos humanos en los que se apoyó Alarico en 395, ni describe exactamente cómo movilizó su apoyo. Por otro lado, estamos hablando de mediados del primer milenio, de modo que no es de extrañar que así sea, y conviene no utilizar la necesidad de un grado de seguridad inapropiado, por lo demás imposible de satisfacer, como excusa para negar la probabilidad harto razonable de que en 395 Alarico encabezara efectivamente una gran sublevación de los godos del tratado de 382. La tesis no es que todos los que fueron establecidos en los Balcanes en virtud del tratado de 382 participaron necesariamente en la revuelta, sino más bien que entre los componentes del grupo de godos establecidos en el Imperio virtud de dicho acuerdo y los primitivos seguidores de Alarico existía un grado de coincidencia suficiente para que el argumento básico se sostenga.

El primer postulado de la tesis es que las mejores fuentes indican de manera contundente que efectivamente fue así. Nuestros dos comentaristas romanos más antiguos, menos problemáticos, totalmente contemporáneos de los hechos, y además independientes, Claudiano en Occidente y Sinesio en Constantinopla, describen a los seguidores de Alarico exactamente como los godos rebeldes de 382. Para desacreditar su testimonio, habría que encontrar razones suficientes para que ambos autores —que trabajaban en dos partes distintas del Imperio, para públicos diferentes y con objetivos también distintos— malinterpretaran sustancialmente los hechos, y todavía no ha habido nadie que las aduzca.⁶⁵ Además, esta observación básica —trascendental de por sí— puede ser reforzada. Algunos han rechazado en los últimos años a Claudiano y Sinesio basándose en un pasaje del historiador griego Zósimo, según el cual Alarico se sublevó originalmente durante la campaña contra Eugenio porque Teodosio sólo le había dado el mando de unas tropas auxiliares bárbaras, en vez de ponerlo al frente de unas tropas propiamente romanas. A partir de ahí se ha supuesto que sus ambiciones, y por ende su sublevación de 395, no dieron cabida originalmente a la totalidad de los godos de 382. Se plantean aquí tres problemas.

En primer lugar, se ha demostrado que la que originalmente era la versión de la revuelta de Alarico ofrecida por el historiador Eunapio, contemporáneo de los hechos, fue mutilada y fusilada en el siglo VI por Zósimo. Desechar a unos autores contemporáneos de los hechos como Claudiano y Sinesio basándose en tres líneas (literalmente) de Zósimo, historiador muy posterior, cuya versión es en cualquier caso problemática, sin presentar más argumentos que justifiquen por qué los dos iban a haber distorsionado los hechos de la misma manera, constituye simplemente un error de metodología.⁶⁶ En segundo lugar, reescribir la figura de Alarico diciendo que tenía ambiciones puramente romanas incurre en el problema de que, cuatro años después de que diera comienzo la sublevación, un general del Imperio Romano de Oriente de origen bárbaro, un tal Gainas, aprovechó la oportunidad ofrecida por la revuelta de unas tropas auxiliares góticas para catapultarse al poder en Constantinopla. El Alarico de Zósimo sería un personaje análogo, como reconocen los que adoptan ese planteamiento, pero uno de los dos autores citados, Sinesio, no tiene problema en describir a

Gainas minuciosamente (Claudio ni siquiera lo menciona).⁶⁷ ¿Por qué iba a ofrecer una imagen errónea de Alarico cuando, siendo como era sin duda alguna hostil a Gainas, podía describir sus actividades con toda claridad? En tercer lugar, podemos tener la certeza de que desde el primer momento los seguidores de Alarico constituyeron una fuerza militar importante, compuesta seguramente por más de diez mil guerreros, pues ya en 395 fue capaz de enfrentarse a todo un ejército de campaña romano. Si no admitimos lo que nos cuentan Claudio y Sinesio, esto es, que los godos rebeldes comandados por Alarico eran los del tratado de 382, tendremos además que encontrar una gran fuente alternativa de soldados para el caudillo gótico. Y no es fácil, puesto que el generalísimo de Occidente, Estilicón, tenía en aquellos momentos a su mando ejércitos de campaña de Oriente y de Occidente.⁶⁸

El segundo postulado de la tesis es, sencillamente, que es perfectamente plausible que durante el tiempo transcurrido hasta el estallido de la revuelta los godos de 382 conservaran su identidad política en un grado suficiente para poder organizar una rebelión tan importante. Estamos hablando sólo de trece años. En ese tiempo habría madurado una nueva generación, pero muchos adultos activos en 382 habrían seguido estándolo en 395. Y aunque lamentablemente desconozcamos muchos de sus detalles, el sentido del tratado de 382 —tanto para los partidarios, como para los críticos del mismo en su época— era que permitía conservar a los godos en cuestión un grado de autonomía desconocido hasta entonces. Aunque eran culpables de rebelión y de la muerte de un emperador, no fueron disgregados ni repartidos a lo largo y ancho del Imperio, motivo por el cual Temistio, portavoz y propagandista del emperador Teodosio, tuvo que esforzarse denodadamente para vender la paz al Senado de Constantinopla. Esto hace que resulte perfectamente plausible el hecho de que los mismos godos pudieran actuar de nuevo de forma concertada sólo trece años después.⁶⁹

El primitivo tratado había dejado además sin resolver dos grandes cuestiones de las relaciones romano-góticas, y eso fue lo que precipitó la rebelión de Alarico de 395. En primer lugar, en la paz de 382 los romanos no habían reconocido a ningún líder supremo de los godos. Esta actitud iba en consonancia con la inveterada política de los romanos consistente en limitar la cohesión política de los grupos a los que percibían como una amenaza

potencial: ésa había sido, como hemos visto, la política habitual frente a los reyes supremos alamanes durante el siglo IV. Se vio facilitada además por la evolución experimentada por las confederaciones de los propios tervingos y greutungos. En ambas, la decisión de trasladarse a territorio romano había ido acompañada de convulsiones políticas en los niveles más altos y de la desaparición de los antiguos líderes, muertos unos en el campo de batalla y otros derrocados.⁷⁰ Poco antes de que tuviera lugar la batalla de Adrianópolis, Fritigerno intentó rellenar esa laguna, y tenemos buenos testimonios de que la lucha continuó después de 382 y de que también Alarico tuvo que superar a otros rivales para hacerse con la autoridad suprema de los godos. No cabe duda de que es posible que su posición cambiara en 394-395. Aunque este dato sea atribuible más bien a las distorsiones del original de Eunapio llevadas a cabo por Zósimo, podría ser que las ambiciones de Alarico fueran en un principio más en el sentido de hacer carrera dentro del ejército romano. Pero a la hora de la verdad prefirió la opción gótica, y poseemos un testimonio excelente —aunque indirecto— de que para ello no dudó en quitar de en medio sin contemplaciones al menos a un rival. La carrera posterior de Alarico y la de su cuñado y sucesor Ataúlfo, se vio dificultada por las intervenciones de un general romano de origen godo llamado Saro, el cual llevó a cabo una guerra puramente personal con la intención de socavar cualquier tratado de paz que los otros dos pretendieran negociar con el Imperio Romano de Occidente, a cuyo servicio había pasado a estar Saro. Lo más interesante en este sentido es que el hermano de Saro, Sergerico, acabó organizando el golpe de estado en el transcurso del cual fueron asesinados Ataúlfo y su familia más inmediata, y que lo llevó a convertirse —aunque brevemente— en rey de los godos de Alarico. Así pues, Saro pertenecía a una familia lo bastante importante como para competir por la autoridad suprema de los godos, y su incesante hostilidad hacia Alarico da a entender que la ascensión de éste al poder fue la causa de su paso al servicio de los romanos.⁷¹

Además, el éxito político de Alarico entre los godos estaba íntimamente vinculado con la línea que adoptó frente al segundo problema sin resolver que había dejado el tratado de 382: las obligaciones militares debidas al estado romano por los godos semiautónomos. Como señalábamos antes, una

norma habitual de la política romana en los tratados de paz impuestos a los extranjeros consistía en reclutar a hombres jóvenes para su ejército. Es posible que ocurriera algo parecido en 382, con la creación de unidades auxiliares góticas dentro del ejército regular romano. Pero como ocurriera anteriormente con los tervingos al norte del Danubio a partir de 332, el tratado estipulaba además que los godos prestaran un servicio militar irregular en forma de contingentes mayores, con mando autónomo, en determinadas campañas concretas. Contingentes de tervingos habían combatido en cuatro ocasiones para Roma contra los persas, entre 332 y 360, y el emperador romano de Oriente Teodosio I planteó a los godos exigencias parecidas en virtud del tratado de 382 para que intervinieran en las dos guerras civiles que lo enfrentaban a los usurpadores de Occidente, Máximo y Eugenio.⁷²

Tenemos testimonios convincentes de que ese servicio militar resultaba enojoso para los godos. En cada una de las campañas contra los usurpadores, la participación de los godos del tratado fue acompañada de sublevaciones de algún tipo. La decisión de Teodosio de buscar su ayuda por segunda vez dio lugar a una violenta disputa entre los dirigentes góticos sobre si debían acceder o no a la petición del emperador.⁷³ La suerte que corrieron las fuerzas góticas en la segunda expedición demuestra también con precisión por qué el servicio resultaba tan problemático. En la batalla del Frígido de septiembre de 394, estuvieron en primera línea durante el primer día de la acción, sufriendo numerosas bajas. Un historiador romano de la época comentaba que la batalla supuso dos victorias para Teodosio: una sobre el usurpador Eugenio y otra sobre los godos. Dado que la semiautonomía de los godos era tolerada por las autoridades romanas sólo porque no podían derrotarlos como es debido, se corría un riesgo muy cierto de que esas bajas cambiaran el equilibrio de fuerzas lo suficiente como para permitir a los romanos reescribir los términos del tratado. No es ni mucho menos sorprendente, pues, que casi tan pronto como volvieron a sus tierras después de la campaña del Frígido, más o menos en el invierno de 394-395, los godos del tratado se sublevaran al mando de un caudillo decidido a reescribir los términos del acuerdo de 382.⁷⁴

Es imposible recuperar muchas de las cosas que nos gustaría saber acerca del tratado y del modelo de relaciones entre godos y romanos que éste preveía. Pero como sucede con tantos acuerdos diplomáticos, era claramente una solución de compromiso inicial que dejaba algunos de los problemas más espinosos pendientes para ser solucionados con posterioridad. Es de todo punto razonable suponer que la rebelión de Alarico de 395 fue del carácter descrito por nuestros dos comentaristas contemporáneos de los hechos. Alarico era el caudillo del grueso de los godos de 382 que se sublevaron, pues el tratado les había dejado un grado de autonomía suficiente para permitirles reescribir los términos del acuerdo mediante una acción colectiva, y las pérdidas sufridas en el río Frígido les habían proporcionado un motivo de queja muy concreto. Esta conclusión transitoria plantea además otra serie de cuestiones. ¿Por qué la sublevación de los godos, que en principio pretendían obtener unas condiciones mejores, supuso una nueva migración? Al fin y al cabo, es perfectamente posible sublevarse sin necesidad de reunir a la familia y ponerse otra vez en camino con todo lo que uno tiene.⁷⁵

El hecho de que los godos tuvieran un hábito inveterado de emigrar tiene que ser un elemento de la explicación que se dé al problema. Como demuestra su historia, eran un grupo de población propenso a resolver sus dificultades saliendo en busca de nuevos pastos. Los descendientes de los que habían abandonado Polonia y habían emigrado al mar Negro en el siglo III y a Valaquia a comienzos del IV, de los que habían intentado trasladarse al oeste de los Cárpatos en la década de 330 y que finalmente habían cruzado el Danubio en 376, eran un grupo de población que sabía mucho sobre los aspectos prácticos de los grandes desplazamientos a destinos lejanos, y habían demostrado que estaban dispuestos a utilizar la migración como estrategia para resolver sus problemas. Y desde luego algunos de los que cruzaron el Danubio en 376 debían de seguir vivos en 395. Pero incluso los pueblos que tienen la inveterada costumbre de emigrar no cambian de domicilio si no tienen un buen motivo para hacerlo, y los viajes de los godos de Alarico, después de su sublevación, desempeñaron un papel muy concreto en una elocuente estrategia cuya finalidad era reescribir los elementos insatisfactorios del tratado de 382.

Uno de esos motivos era sencillamente saquear las comunidades romanas que encontraran por el camino. En 395, Alarico era un caudillo gótico novel y tenía que asegurarse su base de poder. Poner a sus seguidores en camino para obtener fondos constituía un modo de responder a esa necesidad, y no tenemos por qué suponer que nuestras fuentes mientan cuando describen la lenta marcha de los godos hacia el sur atravesando y rodeando Grecia como una incursión de saqueo a lo grande.⁷⁶ Pero ésa era sólo una parte del objetivo. Alarico necesitaba también obligar al estado romano a aceptar una revisión del tratado que beneficiara a los godos. En general se nos cuenta poco de la sustancia de esas negociaciones, pero cuando las fuentes son un poco más detalladas, como ocurre respecto a la segunda estancia de Alarico en Italia entre 408 y 410, se desprende que los problemas fundamentales eran el pleno reconocimiento de su autoridad, posiblemente simbolizado en la concesión de algún cargo romano de cualquier tipo, la magnitud del apoyo económico que los godos debían recibir del estado romano, y el descubrimiento de una zona adecuada en la que establecerse. Detrás de todo esto se ocultaba un afán de obtener la aceptación verdaderamente incondicional del derecho fundamental de los godos a existir como entidad semiindependiente dentro del territorio romano. En 382, es evidente que las autoridades romanas esperaban salir bien paradas al menos en un par de cosas. Cuando el portavoz del emperador, Temistio, intentó justificar el tratado ante el Senado en enero de 383, acabó su discurso remitiéndose al tiempo en el que desaparecieran todos los signos de la existencia de una identidad gótica distinta.⁷⁷

Todas estas condiciones que pusieron los godos para la consecución de un tratado de paz tuvieron que ser arrancadas a regañadientes de un estado romano que, durante siglos, había gozado de una hegemonía militar suficiente para no tener que aceptar nunca una coexistencia a largo plazo con una potencia bárbara dentro de su propio territorio. Así pues, obtener concesiones no resultó nunca fácil, como ponen de manifiesto una vez más los episodios de intercambios diplomáticos mejor documentados. Una y otra vez entre 408 y 410 Alarico parece a punto de llegar a un acuerdo, para ver cómo al final éste era torpedeado por la intransigencia imperial. Hizo gala de una paciencia enorme, reduciendo, como es bien sabido, sus exigencias al

mínimo más absoluto antes de permitir a sus tropas saquear Roma cuando incluso esas exigencias mínimas fueron rechazadas. En esta ocasión, la migración tuvo como finalidad infligir daño a las posesiones imperiales para presionar al Imperio y obligarlo a llegar a un acuerdo, y trasladar a los godos al emplazamiento que ofrecía mejores posibilidades de alcanzar un éxito diplomático a largo plazo. Las vacaciones griegas que se tomó Alarico en 395-397 fueron un intento de obligar al Imperio de Oriente a negociar, y finalmente lo consiguió. En 397, el gobierno existente en Constantinopla, encabezado por el eunuco Eutropio, le ofreció un tratado a su gusto. Pero esas concesiones resultaron sumamente impopulares en algunos círculos de la elite imperial, y fueron una de las causas que contribuyeron a la caída de Eutropio en 399. A continuación se sucedieron una serie de gobiernos que tenían en común la determinación de no negociar con Alarico, al que se retiraron las concesiones realizadas.⁷⁸ Ante este callejón sin salida en Oriente, Alarico precipitó su siguiente aventura migratoria: la primera invasión de Italia por los godos, de 401-402. Alarico utilizó de nuevo la migración como medio para obligar a la mitad occidental del Imperio a concluir un tratado. Pero Estilicón logró cortar el paso militarmente a los invasores que, atrapados en tierra de nadie, tuvieron que regresar a los Balcanes sin que ninguna de las dos mitades del Imperio quisiera negociar con ellos.

La situación cambió únicamente debido a la introducción de factores externos. El inminente colapso de la frontera del Imperio en Europa central hizo que el generalísimo de Occidente, Estilicón, necesitara desesperadamente hombres para su ejército. Como ya había tenido que hacer frente a la amenaza de los vándalos en Recia en el invierno de 401-402, era consciente de que estaba creándose una situación realmente explosiva en el Danubio Medio, debido al desplazamiento al oeste de los Cárpatos de godos, vándalos, alanos y otros grupos que venían huyendo de los hunos. Esta consideración lo llevó a pensar en los godos de Alarico como posibles aliados.⁷⁹ Cuando Estilicón fue destituido por fin en el verano de 408, fundamentalmente por no lograr acabar con la mezcla de invasiones y usurpaciones que llevaba desmembrando el Imperio de Occidente desde 405, Alarico ya había negociado un acuerdo con él, y se puso de nuevo en marcha hacia Italia al frente de sus seguidores, a todas luces con el fin de cobrar lo

que se le debía. Básicamente, el desbarajuste reinante en Occidente hacía que le resultara mucho más probable conseguir allí un acuerdo adecuado que en Oriente.

Los godos permanecieron en Italia durante los tres años siguientes y a punto estuvieron de alcanzar el acuerdo en algunos puntos. Al final, sin embargo, la intransigencia imperial acabó con su paciencia y, al mando en esos momentos del cuñado y sucesor de Alarico, Ataúlfo, abandonaron el país y marcharon a la Galia, una vez más en busca de una combinación de circunstancias favorables para obligar a los romanos a concluir un acuerdo duradero. Finalmente allí, entre 416 y 418, se acordaron los términos básicos de un nuevo tratado. Los godos recibieron tierras prósperas para cultivarlas y establecerse en ellas en el valle del Garona, en Aquitania, región mucho más rica que cualquier territorio de los Balcanes, pero también más alejada de los centros de poder del Imperio del norte de Italia, y su líder obtuvo pleno reconocimiento por parte de las autoridades romanas. No se les concedieron, sin embargo, los pagos en oro ni los nombramientos para altos cargos en la estructura política del estado romano que habían figurado en las propuestas más ambiciosas de Alarico entre 408 y 410. Física y políticamente habían sido relegados a los confines del mundo romano. Los godos accedieron a combatir ocasionalmente para el Imperio, como habían hecho anteriormente, y fueron utilizados en España contra los invasores del Rin.⁸⁰

Por extraño que pueda parecer este comportamiento desde una perspectiva moderna, las migraciones intermitentes de los seguidores de Alarico después de 395 tenían su lógica. No hay nada en todo esto —y desde luego no en la forma del acuerdo de 418— que nos obligue a pensar que los apoyos de Alarico procedieran básicamente de otras fuerzas que no fueran los godos de 382. Habían intentado obligar al estado romano, o a una mitad del mismo, a concluir un tratado duradero, y la finalidad de sus desplazamientos fue situarlos en un contexto político y geográfico desde el cual poder negociar un acuerdo adecuado. Lo que vemos una vez más, de hecho, es la influencia ineludible ejercida por las estructuras del estado romano sobre el proceso migratorio de los godos. Durante todo este período de desplazamientos, que duró casi veinte años, los godos estuvieron dando vueltas de aquí para allá en un intento de conseguir fuerzas suficientes para

obligar al Imperio a modificar una política que tenía una antigüedad de siglos. Al final, fueron precisas la crisis de 405-408 y, sobre todo, las anexiones efectuadas por los invasores del Rin en España para que las autoridades romanas se mostraran receptivas a las propuestas de los godos.

En el desarrollo de este acuerdo hubo un factor en particular que desempeñó un papel de especial importancia. En la dilatada odisea de los godos, que se extendió desde los Balcanes hasta Aquitania, hubo algunos largos períodos de relativa estabilidad: durante 397-401 y de nuevo durante 402-407 en los Balcanes, durante 408-411 en Italia, y durante 412-415 en el sur de la Galia. En total, pues, los godos quizá sólo pasaron unos cinco años y medio de los veintitantos transcurridos desde la sublevación original hasta su establecimiento en el Garona realizando desplazamientos de larga distancia. No obstante, fue aquél un período extraordinariamente difícil y tenso, y, como cabría esperar, las gentes de Alarico no pasaron del punto de partida a su destino final sin sufrir cambios. Como tenemos la ventaja de poder ver las cosas en retrospectiva, sabemos ahora que esa dilatada odisea acabó de manera bastante satisfactoria. Pero teniendo que enfrentarse a duras marchas y escasez de comida —especialmente en Italia en 410-411 y de nuevo en la Galia en 414-415— y a la constante amenaza de un contraataque por parte de los romanos (sobre todo en los enfrentamientos con sus ejércitos de campaña en 395, 397, y dos veces en 402), los godos no sabían que el resultado final iba a valer la pena e iba a justificar tanto esfuerzo.

Mientras que los viejos relatos dan por descontada la existencia de la fuerza original de Alarico, los estudios más recientes han subrayado con razón que los integrantes de ésta cambiaron sustancialmente entre 395 y 418. La idea de que el número de los seguidores de Alarico aumentó y disminuyó según los cálculos que hicieran de sus posibilidades de éxito se ha convertido de hecho actualmente en un lugar común. En realidad, los testimonios de que los integrantes del grupo aumentaron constantemente son mucho mejores que los que hablan de su supuesta disminución. Un repaso de las fuentes nos permite ver a un puñado de individuos de alto rango que se pasaron al bando romano, probablemente acompañados de sus séquitos militares, al ser derrotados en las luchas por la supremacía política que periódicamente se desencadenaron entre los godos. Saro y Fravitas, a los que ya hemos

mencionado, entran dentro de esta categoría, lo mismo que, al parecer, un tal Modares. Sin embargo, estos individuos pertenecen a una categoría muy concreta, y no constituyen testimonio alguno de que el número de los integrantes del grupo creciera o disminuyera de manera significativa. Por otra parte, la única referencia que tenemos de que Alarico perdiera apoyo procede de un romano partidario y propagandista de Estilicón, desesperado por encontrar algún modo de salvar la reputación de su patrono cuando en 402 éste se mostró incapaz de derrotar a los godos en el campo de batalla. Su artificiosa afirmación en el sentido de que los seguidores de Alarico estaban abandonándolo en grandes cantidades no tiene mucho peso.⁸¹

Aun así, los testimonios de la renegociación de la identidad son incontrovertibles. Para empezar, los inmigrantes de 376 habían cruzado el Danubio en dos grupos distintos: tervingos y greutungos. Esta distinción desapareció, a mi juicio en 395, y según otros en 408. Pero la fecha es pura cuestión de detalle. Al norte del Danubio, los greutungos y los tervingos habían constituido entidades políticas totalmente distintas. Una generación después de que cruzaran el Danubio, esa distinción había desaparecido.⁸² De dos entidades diferentes se había hecho una, y posteriormente se producirían nuevas agregaciones. En 409, a las puertas de Roma, Alarico recibió dos grandes refuerzos. Tras el derrocamiento de Estilicón, un gran contingente de soldados bárbaros del ejército romano de Italia, estrechamente unidos al generalísimo destituido, se unió a Alarico cuando sus familias, alojadas en diversas ciudades italianas, fueron asesinadas en el curso de un pogromo. Es sumamente verosímil que esos hombres fueran en gran medida los mismos que, apenas cuatro años antes, habían seguido hasta a Italia a Radagaiso antes de cambiar de bando a raíz del golpe diplomático que desembocó en la caída y el asesinato de su caudillo. Los godos de Alarico se vieron reforzados también a las puertas de Roma por un gran número de esclavos. Sospecho que muchos de ellos tenían sus mismos orígenes, dado que muchos de los seguidores menos afortunados de Radagaiso habían sido vendidos como esclavos en 406. Pero no cabe duda de que además hubo otros de orígenes muy diversos.⁸³ Estamos muy lejos de la vieja teoría de la bola de billar acerca de la migración gótica de la que hablábamos en el capítulo 1.

A lo largo de la carrera de Alarico, pues, se creó precipitadamente una nueva unidad política mucho mayor en los años de reanudación de las migraciones después de 395. Yo creo que está bien claro por qué sucedió esto, aunque en ninguna parte se nos informa de las negociaciones que se ocultan detrás de todo el proceso. Los antiguos aliados de Estilicón en el plano militar se unieron a Alarico debido sencillamente a la hostilidad de los romanos. Se habían mostrado dispuestos a contemplar la posibilidad de un largo futuro como aliados de Roma, tras abandonar a Radagaiso con esa intención. Estilicón les había ofrecido un acuerdo atractivo, quizá algo parecido a las condiciones que Eutropio ofreciera a Alarico en 397. Pero a la caída de Estilicón, la hostilidad intrínseca de los romanos hacia los «bárbaros», manifestada en los ataques contra sus familias, los hizo cambiar de idea. Análogamente las condiciones necesarias para la unificación de los tervingos y los greutungos fueron creadas por las campañas conjuntas que realizaron contra el estado romano a partir de 376. Una vez más, el proceso no fue fácil. Tras la victoria conjunta alcanzada en Adrianópolis, los dos grupos volvieron a separarse en el invierno de 379-380, entre otras cosas porque resultaba problemático dar de comer a la fuerza unificada, pero probablemente también porque cada uno de ellos tenía unos líderes que no estaban dispuestos a ceder ante el contrario, algo que la unificación definitiva habría comportado necesariamente.⁸⁴ Pero como pone de manifiesto el relato, esta nueva entidad político-militar de mayor magnitud se creó fundamentalmente para hacer frente al poderío romano, y sin la presión imperial seguramente no se habría producido nunca. Las grietas existentes en las estructuras políticas romanas no sólo determinaron los pasos concretos dados por los godos entre 395 y 418, sino que la presión del poderío militar romano tuvo como consecuencia impulsar a varios grupos inmigrantes originalmente distintos a unirse para sobrevivir. Hay numerosos ejemplos complementarios de gentes que no aprendieron la lección y sufrieron las consecuencias. Algunas partidas aisladas de invasores góticos fueron aniquiladas en el curso de la campaña de Adrianópolis, mientras que ciertos subgrupos enteros de disidentes fueron sometidos y reasentados según las condiciones más habituales de los romanos.⁸⁵ La única forma que tenían de prosperar en territorio romano era mantenerse unidos en número suficiente y

con una cohesión política suficiente para impedir que el estado romano los eliminara por separado.

Los godos de Alarico nos ofrecen, pues, un estupendo ejemplo de identidad colectiva accidental en acción. Parece que casi todos los elementos constituyentes de esta fuerza eran godos, pero para pertenecer al grupo no era precisa una identidad cultural gótica común, si es que existió realmente algo así en el siglo IV, aunque desde luego puede que existiera. Conocemos al menos a algunos hunos cuya pertenencia al nuevo grupo parece que fue permanente, y los orígenes de los esclavos que se unieron a Alarico a las puertas de Roma son un asunto muy dudoso.⁸⁶ Pero ninguno de los contingentes góticos había formado parte de la misma unidad política antes de entrar en territorio romano. Fue la presión militar del Imperio lo que unió a tervingos y greutungos en Adrianópolis, y lo que hizo que los seguidores más afortunados de Radagaiso llegaran a la conclusión de que su decisión inicial a favor de la opción romana había sido un error, y de que habría resultado más conveniente para sus intereses unirse bajo el mando de Alarico. Al otro lado de la frontera imperial, la agresión de Roma no fue tan feroz ni tan constante como para hacer que se formara un grupo tan grande, pero en suelo romano todos esos godos se vieron obligados a unirse para poder sobrevivir como entidad independiente. Se trata de hecho de un patrón clásico. La presión externa suele proporcionar el catalizador necesario para que se formen las identidades activas de un grupo.

No poseemos ninguna información acerca de las negociaciones desarrolladas entre los grupos antes de su unificación, pero en vista de que sus historias políticas habían ido hasta ese momento por separado, no pudieron ser fáciles en ningún momento, como confirma el número de godos de alto rango que se vieron obligados a abandonar el grupo y entrar al servicio de Roma. Pero ésa es desde luego la razón de que se necesitara una presión externa para que todo esto sucediera y por supuesto ello no significa que la identidad colectiva resultante, forjada al fuego de la guerra, fuera fundamentalmente débil. Si lo hubiera sido, el estado romano habría sido capaz de hacerla saltar por los aires (como hizo con las fuerzas de Uldino y Radagaiso); pero ni siquiera el sucesivo revés diplomático, y a continuación la hambruna y la extinción de su primitivo linaje de caudillos bastaron para

hacer que se viniera abajo la unidad del nuevo grupo. Y en este punto crucial encontramos un segundo motivo de que el estado romano se mostrara dispuesto al final a llegar a un pacto. Las fuerzas góticas reunidas en la Galia en la década de 410 eran mucho más numerosas y, gracias al conflicto ininterrumpido con el estado romano, estaban más cohesionadas que cualquier otra unidad política gótica conocida hasta entonces.⁸⁷ Los romanos se vieron, pues, obligados en 418 a aceptar que tenían que firmar un tratado, entre otras razones porque la fuerza creada por Alarico era demasiado grande para ser destruida.

Pese a todos los problemas que puedan plantear los testimonios disponibles, la mejor manera de entender la acción que se desencadenó desde el estallido de la sublevación de Alarico hasta el acuerdo alcanzado en Aquitania en 418 es pensar que los inmigrantes de 376 se pusieron de nuevo en marcha en busca de un futuro mejor y que por el camino se sumaron a ellos refuerzos procedentes de los emigrantes de 405-408. Como hemos visto anteriormente, cuando estudiábamos la sociedad germánica de esta época, la oposición ejército-pueblo es una dicotomía falsa. En un mundo cuyas estructuras económicas y políticas podían sostener sólo a un número restringido de guerreros especializados, el reclutamiento de soldados para cualquier empresa que exigiera unas fuerzas armadas numerosas habría supuesto automáticamente la entrada en escena de los hombres libres y sus familias. Para tener una mínima posibilidad de éxito, Alarico tuvo que convencer a un gran número de godos de que les convenía coger los bártulos y ponerse de nuevo en marcha. Pero, como también hemos visto, las esperanzas de los inmigrantes estaban condenadas a realizarse sólo cuando lograran el apoyo de un grupo mucho mayor. La nueva identidad política así creada quizá se basara en parte en las semejanzas culturales ya existentes entre los distintos grupos góticos que se unieron para la nueva empresa, pero la semejanza cultural no fue ni mucho menos decisiva. La alianza de vándalos y alanos demuestra que podían crearse entidades con una fuerte identidad política a partir de unos grupos que tenían unos orígenes claramente distintos. Mucho más importante que las semejanzas culturales era la presencia hostil del estado romano.

El análisis expuesto hasta aquí explica satisfactoriamente, en mi opinión, todas las peculiaridades de la acción, cosa que sencillamente no se puede decir de la propuesta alternativa. Los sofisticados programas políticos expuestos y, sobre todo, la necesidad que tenía Alarico de una zona en la que establecerse no encajan demasiado bien con el modelo de la partida de mercenarios. Adoptarlo suscitara también la cuestión de explicar dónde habría encontrado Alarico una reserva tan enorme de guerreros especializados.

Muchos de estos argumentos valen también para los otros grandes protagonistas de esas migraciones sucesivas: los invasores del Rin de 406. El lector se sentirá aliviado al saber que no hace falta repetir la tesis de la oposición ejército-pueblo en relación con su historia después de que se asentaran inicialmente en España en 412. Sería poner a prueba su paciencia, y en cualquier caso las fuentes son en este caso menos elocuentes. Por consiguiente, al margen de la imagen que nos formemos de los godos de Alarico, ésta tenderá a contagiar la concepción que tengamos de los vándalos, alanos y suevos. Baste decir que la única fuente detallada más o menos de la época que poseemos y a la que puede atribuirse cierta autoridad presenta a los vándalos y a los alanos trasladándose al norte de África junto con sus mujeres y sus familias.⁸⁸ Y por motivos análogos a los estudiados en el caso de los godos, no existen realmente razones de peso suficientes para ponerla en duda.

En otros aspectos más precisos, sin embargo, los procesos migratorios de los godos y de los invasores del Rin se corresponden más estrechamente con lo que los estudios comparativos acerca de la emigración nos harían esperar. La logística, como es natural, desempeñó un papel decisivo en la configuración de cada uno de esos desplazamientos. Los godos de Alarico se pusieron en marcha llevando tras de sí una caravana enorme. Eso significa que se vieron obligados a emplear rutas terrestres y la red viaria de los romanos, circunstancia que, sobre todo en los Balcanes, limitaba mucho las posibilidades de elegir rutas y que ya contribuyó a marcar, por ejemplo, el itinerario seguido por los godos entre 395 y 397. La incapacidad de llevar a cabo un viaje seguro por mar cortó de raíz los planes de Alarico de trasladar a sus fuerzas al norte de África tras saquear Roma en el otoño de 410, y finalmente permitió a los romanos acorrallar a su pueblo en el sur de la Galia

y cortarle las vías de aprovisionamiento. Los vándalos y los alanos también se trasladaban en carretas por tierra, pero salieron mejor librados que los godos de Alarico en su intento de pasar al norte de África. El motivo de todo ello es en parte que tuvieron más tiempo para prepararse. Alarico pensó en pasar al norte de África sólo cuando los asedios que puso a Roma se mostraron incapaces de dar fruto en forma de acuerdo diplomático. Pero desechó el plan al cabo de unos meses, entre finales de verano y otoño de 410. Los vándalos y los alanos, en cambio, estuvieron realizando campañas de altos vuelos por toda la península Ibérica durante más de una década antes de cruzar en barco al norte de África. De esa forma tuvieron tiempo suficiente para organizar la travesía y, una vez más a diferencia de lo que le ocurriera a Alarico en 410, en 429 no tuvieron que enfrentarse a una posibilidad inminente de contraataque imperial. Ello supuso que pudieron cruzar el estrecho de Gibraltar por etapas, y por consiguiente necesitaron menos barcos, pues los que se quedaban rezagados no corrían el riesgo de ser atacados mientras esperaban a embarcarse.

Los campos de información desempeñaron también un papel importante. Su participación en las dos campañas contra los usurpadores en Occidente permitió a los godos invadir después la parte occidental del Imperio. Hasta entonces, su conocimiento de la geografía europea y de la proximidad a sus territorios balcánicos de las tierras relativamente ricas y vulnerables del norte de Italia habría sido mínimo. Es indudable también que los tres años que pasaron en Italia antes y después del saco de Roma de 410 les permitieron contemplar la posibilidad de trasladarse a la Galia. Y lo mismo cabría decir, y con más razón, de los vándalos y los alanos. En 406 sabían claramente dónde estaba situada la frontera romana del Rin, pero sólo habrían podido tener un conocimiento sumamente confuso de dónde se encontraba España; y por aquel entonces quizá no tuvieran la menor idea de que desde el sur de España no había más que un paso hasta Marruecos. Su prolongada estancia en España les permitió no sólo organizar la travesía, indudablemente con la ayuda de los mercaderes romanos establecidos en el país, sino también reunir la información básica, probablemente a través de esas mismas fuentes, que hizo posible su traslado al norte de África. A modo de preparativo para esa

travesía crucial, llevaron a cabo diversos experimentos y realizaron unas cuantas operaciones marítimas, entre otras una incursión de saqueo en las islas Baleares en 425.⁸⁹

Análogamente, en un plano más general, las motivaciones que se ocultaban tras las sucesivas migraciones de vándalos y alanos adquieren sentido desde una perspectiva comparativa. Este grupo mixto decidió salir de España y trasladarse al norte de África por muchas de las razones que llevaron a los godos de Alarico a salir de los Balcanes y a trasladarse a Occidente. Desde luego les interesaba la riqueza de la región. Las provincias romanas del centro del norte de África —Numidia, Bizacena y la Proconsular— eran el granero de la ciudad de Roma, y los mercaderes norteafricanos difundieron sus productos por todo el Mediterráneo, empezando por España (como ponen de manifiesto los patrones de difusión de la cerámica norteafricana), donde habrían suscitado el interés de los vándalos por este destino. Al mismo tiempo, el norte de África les ofrecía esperanzas de mayor seguridad. Mientras que los godos recurrieron a las sucesivas migraciones como estrategia para obtener concesiones diplomáticas, antes de salir de España los vándalos y los alanos no llegaron nunca a firmar un tratado con el gobierno central del Imperio de Occidente. No era algo que importara demasiado en 409, pues Occidente estaba muy ocupado tratando con Alarico y una serie de usurpadores. Pero a mediados de la década de 410 la estabilidad había vuelto a la parte occidental del Imperio: los usurpadores habían sido eliminados y los godos habían sido asimilados en virtud del nuevo tratado. En ese momento, los invasores del Rin se convirtieron en el enemigo público número uno, y se lanzó una serie de campañas de castigo contra ellos en España, organizadas por una combinación de fuerzas imperiales y góticas (aquella era precisamente la forma de ayuda militar que el estado romano pretendía de los godos). Entre 416 y 418, los vándalos silingos y los alanos fueron hostigados con tal fiereza que renunciaron a sus provincias independientes y los que sobrevivieron se asociaron con los caudillos de los vándalos asdingos. En la década de 420 la estabilidad política central volvió a naufragar en Occidente y la presión se relajó una vez más, pero lo más probable era que aquel respiro fuera sólo temporal.

Así pues, además de sus riquezas el norte de África ofrecía a los vándalos y alanos que habían logrado sobrevivir muchas esperanzas de mayor seguridad. Una vez establecidos en la región, cualquier futuro ataque que quisiera lanzar contra ellos el Imperio habría de venir por mar, tipo de operación militar muchísimo más difícil, como pondrían de manifiesto los ulteriores acontecimientos. El Imperio organizó tres grandes expediciones contra ellos en el norte de África entre comienzos de la década de 440 y finales de la 460, y todas ellas fracasaron.⁹⁰ Al igual que los godos, la actuación de los invasores del Rin se debió a una mezcla de motivos políticos y económicos y, una vez más como sucediera con los godos, utilizaron las migraciones sucesivas para conseguir un poco de seguridad y de prosperidad entre las grietas de las estructuras políticas y militares del Imperio Romano. Las migraciones sucesivas a gran escala fueron fundamentales para la supervivencia de los grupos bárbaros en el territorio romano, y los intentos de minimizar su importancia no son en absoluto convincentes.

Respecto a los invasores del Rin, como sucediera con los godos de Alarico, las teorías revisionistas en torno a la evolución de las identidades colectivas tienen bastante más importancia. La fuerza mixta de vándalos y alanos que conquistó Cartago en 439 no había llegado hasta allí desde el Rin sin experimentar una importante renegociación de sus respectivas identidades, al tener sus integrantes que luchar por su supervivencia en territorio romano. En este caso, la reestructuración fue todavía más allá. Mientras que la fuerza de Alarico estaba formada por elementos, al parecer, mayoritariamente góticos, al menos por lo que a sus elites se refiere, los invasores del Rin tenían una composición muy distinta. Los dos grupos de vándalos, los asdingos y los silingos, tal vez compartieran algunas semejanzas culturales, pero los suevos eran de lengua germánica y procedían de una región distinta; en cuanto a los alanos, que en 406 habían constituido el bloque humano más numeroso, eran nómadas de lengua irania con una economía y una estructura social totalmente distintas de los agricultores germánicos con los que se habían aliado. En 406, esta fuerza se mantenía unida sólo en virtud de una alianza sumamente vaga, como demuestra el

reparto de España llevado a cabo en 412, cuando los diferentes grupos, al mando cada uno de sus respectivos caudillos, se adueñaron de distintas provincias.

La unificación mucho más compacta que se consiguió después tuvo básicamente las mismas causas que la unificación de los godos de Alarico. Una vez más, la hostilidad del poderoso estado romano puso de manifiesto a muchos invasores que lo que más convenía a sus intereses era actuar unidos. Y una vez más llegaron a esta conclusión a la fuerza: la cruda realidad de las campañas conjuntas romano-góticas que acabaron con los vándalos silingos (cuyo rey fue conducido a Rávena inmediatamente después de su derrota) y aplastaron la independencia de los alanos, que, a la muerte de su rey en el campo de batalla, pusieron el resto de sus fuerzas al servicio de los caudillos asdingos. Si los romanos no hubieran recurrido a la fuerza, no hay el menor indicio de que pudiera haberse alcanzado la unificación, e incluso frente a la presión romana, no todos los invasores se sumaron a la confederación. Los suevos resistieron los posteriores intentos de la monarquía asdinga de ponerlos bajo su dominio por la fuerza, y algunos alanos prefirieron no hacer nada y aceptaron la dominación de Roma, siendo establecidos finalmente en la Galia.⁹¹

La hostilidad del poderío romano, pues, obligó a los que quisieron mantener su independencia a renegociar sus primitivas identidades de grupo para crear una fuerza mayor y más cohesionada que tuviera una mínima posibilidad de sobrevivir en territorio romano. Junto con la migración, pues, en la capacidad de supervivencia de los inmigrantes bárbaros desempeñó un papel trascendental un determinado tipo de evolución de la identidad colectiva.

Por lo que se refiere a muchos de los protagonistas, reconstruir la historia de los emigrantes de 376 y 405-408 supone un largo viaje. Por fortuna para nosotros, esos emigrantes, razonablemente bien documentados en algunos momentos de su historia, nos proporcionan un importantísimo caso de prueba, y ya se han establecido algunos puntos fundamentales que no necesitarán ser sometidos de nuevo a una investigación tan larga. Su historia demuestra que los emigrantes que entraron en el Imperio Romano podían llegar —y en algunos casos llegaron efectivamente— en grandes bloques de

fuerzas militares organizadas, seguidos de toda su familia. Si abrigaban ambiciones que iban más allá de la mera integración en el sistema romano como carne de cañón del ejército o como mano de obra para la agricultura, ese tipo de unidad migratoria era esencial. Sólo reclutando hombres fuera de los séquitos militares podía reunirse un número de soldados suficiente para que las expediciones tuvieran una mínima posibilidad de éxito. Igualmente importante es que los mejores testimonios indican que los inmigrantes pudieron llevar a cabo migraciones sucesivas y que efectivamente así lo hicieron. La inmensa mayoría de ellos tenía a sus espaldas una inveterada tradición de desplazamientos, anterior incluso a su entrada en el territorio romano, y las migraciones sucesivas, junto con la renegociación de la identidad colectiva como consecuencia de la presión de los romanos, fenómeno que contribuyó a incrementar cada vez más su número, les proporcionaron una doble estrategia para sobrevivir a largo plazo en suelo romano.

Pero aunque debemos recuperar del cubo de la basura revisionista el concepto de migración en bloque y bien organizada para considerarlo una de las grandes cuestiones de la historia de los treinta años posteriores a 376, y aunque tenemos que situarlo junto con el ímpetu cada vez mayor del flujo de población que analizábamos en el último capítulo como un importante fenómeno migratorio del primer milenio, no podemos olvidar desde luego que no adoptó la forma que tradicionalmente se tiene de él. Los grupos que entraron en el Imperio procedían de un mundo bárbaro que ya era política, económica y culturalmente complejo. No eran «pueblos», al menos no en el sentido de grupos de población culturalmente homogéneos, y más o menos iguales, cuya marcha vació el territorio del que provenían. No obstante, estamos ante unas migraciones masivas en dos de los sentidos de esta expresión. Aunque afectaran sólo a una elite, la inclusión de guerreros libres y de los que dependían social o familiarmente de ellos hizo que se constituyeran grandes grupos migratorios formados por varias decenas de millares de individuos. Las migraciones fueron también masivas en el sentido cualitativo empleado en los estudios especializados en este tema, por cuanto el flujo migratorio provocó una conmoción política muy clara en el punto de partida y en el de llegada, o incluso en ambos. Los emigrantes que

provocaron el colapso de las fronteras de Roma en la Europa oriental y central no tardaron en tener en su haber la muerte de un emperador derrotado en el campo de batalla junto con todo su ejército, un cambio forzoso de la política habitual del Imperio frente a los emigrantes, y la obtención de algunas provincias fundamentales que quedaron fuera del control absoluto del Imperio. La conmoción que provocaron en las tierras que dejaron tras de sí fue igualmente notable. A este tema, es decir a la época de la *Völkerwanderung* más allá de las fronteras de Roma, es al que deberemos dedicar ahora nuestra atención.

Capítulo 5

LOS HUNOS A LA DESBANDADA

En 453, tras una década de caos total desde Constantinopla hasta París, Atila, el huno, murió a consecuencia de los excesos de su última noche de bodas. Tras beber copiosamente, el gran conquistador se retiró a sus aposentos, se le reventó una vena y murió. A la mañana siguiente, encontraron a su esposa encogida y llena de terror junto a su cadáver. Tan repentina pérdida fue el detonante que desencadenó entre sus hijos una feroz lucha por el poder, que no tardó en degenerar en una auténtica guerra civil. Los acontecimientos dieron entonces un giro todavía más peligroso. El imperio de Atila estaba compuesto no sólo por hunos, sino también por una gran cantidad de súbditos no hunos. La guerra civil no tardó en ser aprovechada por algunos de estos elementos como ocasión para librarse del control de los hunos. A la cabeza de la sublevación se puso un rey de los gépidas llamado Arderico, y la consecuencia de todo ello fue una descomunal batalla en 454 a orillas del río Nedao (por lo demás no identificado), en la antigua provincia romana de Panonia.

Allí tuvo lugar un enfrentamiento entre las distintas naciones que Atila había mantenido sojuzgadas. Los reinos con sus respectivos pueblos quedaron divididos, y de un solo cuerpo surgieron muchos miembros que no respondían a un mismo impulso. Al verse privados de la cabeza, se enfrentaron furiosamente unos contra otros ... Y así las naciones más valerosas se despedazaron entre sí ... Podía verse a los godos combatiendo con picas, a los gépidas blandiendo la espada, a los rugios quebrando las lanzas en sus propias heridas, a los suevos luchando a pie, a los hunos con arco, a los alanos formando una línea de combate de guerreros con armamento pesado, y a los hérulos otra de soldados ligeramente armados.¹

Se trata de una célebre descripción y, aunque tal vez más retórica que propiamente objetiva, introduce con claridad el tema principal del presente capítulo.

Ya hemos visto que la expansión del poder de los hunos fue la causa de dos oleadas de migraciones masivas hacia el Imperio Romano. Como consecuencia de ello, fue también el origen de importantes desplazamientos de población más allá de la frontera del Imperio. Para empezar, tenemos a los propios hunos. En el período previo al colapso de las fronteras de Roma en el este de Europa en 376, sus actividades se desarrollaban en el nordeste del mar Negro, más o menos a la altura del Cáucaso. Pero la provincia romana de Panonia, donde tuvo lugar la batalla del río Nedao, abarcaba los confines sudorientales de la Gran Llanura Húngara, al oeste de los Cárpatos, y el imperio de Atila se concentraba principalmente en la región de la cuenca media del Danubio, a miles de kilómetros del Cáucaso. Al mismo tiempo, como subraya una vez más el citado relato de la batalla, los hunos nunca combatían solos. En la década de 370, coincidiendo con sus primeros ataques a los godos en el norte del mar Negro, observamos la participación de alanos nómadas de lengua irania; comprobamos que entre los seguidores de Uldino había esciros de estirpe germánica, y podemos ver por fin que a las fuerzas romanas del Imperio de Oriente que expulsaron de Panonia a otros grupos de hunos en 427 les tocó la tarea de reasentar a un gran número de godos aliados suyos. Una generación después, se integraron en el imperio de Atila al menos otros tres contingentes de godos, que vinieron a sumarse a otros grupos ya existentes de lengua germánica, compuestos por gépidas, rugios, suevos (los que presumiblemente se quedaron atrás en 406), esciros y hérulos, sin olvidarnos de los alanos y sármatas de lengua irania.² Al igual que los hunos, la inmensa mayoría de estos no hunos vivía alrededor de la cuenca media del Danubio y sus alrededores en c. 450 d. C. Pero muchos de ellos no habían ocupado territorios de esta región en el siglo IV, y tampoco lo harían en el VI. Los hunos no sólo avanzaron hacia el oeste hasta ocupar el corazón de Europa, sino que parece que en cierta medida fueron responsables de que en la Gran Llanura Húngara se congregaran muchos otros grupos, la mayoría de los cuales abandonaron posteriormente la zona cuando se produjo la caída del imperio de Atila.

Tras este breve esbozo de lo que fue el período huno en la Europa central resultan evidentes las cuestiones que plantea el fenómeno de la migración. ¿Qué fue lo que, en primer lugar, impulsó a los hunos a avanzar

hasta el corazón de Europa, y qué forma adoptó su proceso migratorio? ¿Y cómo debemos entender los desplazamientos demográficos que afectaron a los otros pueblos del imperio de Atila? ¿Estamos ante un caso de transferencia de elites, o se trata de algo de mayor envergadura?

«EL ORIGEN Y LA RAÍZ DE TODOS LOS MALES»

De todos los pueblos marcados por un movimiento migratorio que aparecen en el presente libro, el de los hunos tal vez sea el más misterioso. No nos han dejado nada escrito, aunque esta circunstancia no es de extrañar si consideramos que estamos hablando del primer milenio. Mucho más problemático es el hecho de que, con anterioridad a la aparición de Atila, o tal vez hasta unos cuantos años antes de su llegada, apenas se habla de ellos incluso en las fuentes romanas. Los empezamos a encontrar a partir de la década de 420, pero sobre todo en la de 440. Por aquel entonces, una serie de profundas transformaciones habían distanciado el mundo de los hunos de esa época del de c. 370, cuando la región del norte del mar Negro sintió por primera vez el peso de su embestida. Son fáciles de deducir los motivos de esa falta de información. Desde una perspectiva romana, tanto la crisis de 376-380 como la de 405-408 vieron cómo los hunos empujaban a otros grupos a cruzar las fronteras del Imperio. A continuación, esos nuevos inmigrantes comenzaron a provocar desórdenes importantes en el territorio romano. Es, pues, natural que los comentaristas romanos se concentraran en hablar más de ellos que de los hunos, aunque éstos fueran la causa del problema inicial.

En consecuencia, nuestro desconocimiento de los hunos es pasmoso. Ni siquiera tenemos claro qué lengua hablaban. La mayoría de los testimonios lingüísticos conservados han llegado a nuestras manos en forma de nombres propios de caudillos hunos y de sus seguidores de tiempos de Atila. Pero por aquel entonces, por razones que comentaremos más tarde a lo largo del presente capítulo, el germánico se había convertido en la lengua franca del imperio huno, y muchos de los nombres recogidos son con toda seguridad, o muy probablemente, germánicos, de modo que poco pueden aportar los testimonios de este tipo. Se ha hablado de iranio, de turco y de ugrofinés

(como el idioma de los magiares), pero lo cierto es que desconocemos cuál era su lengua, y es posible que nunca lleguemos a aclarar este enigma.³ Los testimonios directos que han llegado a nuestras manos acerca de las motivaciones y las formas adoptadas por las migraciones de los hunos son igualmente limitados. Según Amiano, no había nada que explicar: «El origen y la semilla de todos los males ... es el siguiente: El pueblo de los hunos ... [que] habita al otro lado de la pantanosa laguna Meótide, junto a un helado océano, y sobrepasa todos los límites de la crueldad». Eran tan feroces, que era natural que fueran de un lado a otro arremetiendo contra todo lo que encontraban a su paso. En otras fuentes encontramos asimismo imágenes parecidas de la ferocidad de los hunos. Zósimo, basándose en un historiador contemporáneo de los hechos, Eunapio, cuenta el pánico que se generó a raíz del primer ataque de los hunos contra los godos, mientras que en el siglo VI Jordanes los presenta como las criaturas generadas por las brujas y los espíritus malignos godos que habían sido expulsados.⁴ Por tentador que sea dejar esta cuestión de lado, lo cierto es que debemos ser un poco más analíticos si queremos encontrar una explicación convincente de los procesos migratorios de los hunos a finales del siglo IV y comienzos del V.

Lo que podemos afirmar es que, en un principio, los hunos eran un pueblo de pastores nómadas de la Gran Estepa Euroasiática. Este vasto territorio se extiende a lo largo de miles y miles de kilómetros, desde los límites de Europa hasta las fronteras occidentales de China. En verano las lluvias son escasas, y la vegetación característica es la hierba, de modo que su población solía depender más de las labores de pastoreo que sus vecinos; pero, al contrario de la idea que nos ha sido transmitida, esos individuos cultivaban en cierta medida los campos y dependían de los intercambios económicos con otros pueblos menos nómadas para cubrir cualquier posible escasez de grano, producto que siempre supuso uno de los pilares de su dieta básica. El carácter nómada de los hunos viene indicado tanto por su ubicación geográfica cuando se establece el primer contacto con ellos —esto es, al este del Don, río que marca la frontera del territorio donde la media de las precipitaciones cae por debajo de los niveles que permiten el cultivo generalizado de la tierra sin necesidad de recurrir a sistemas de irrigación—,

como por la célebre descripción que nos ofrece Amiano de ellos. A Gibbon le encantaba, y las palabras del historiador latino resultan sumamente evocadoras:

Con aspecto humano a pesar de su rudeza, llevan una vida tan agreste que no precisan fuego, ni alimentos sabrosos, sino tan sólo raíces de hierbas salvajes. Se alimentan con carne de cualquier animal casi cruda, ya que tan sólo la calientan ligeramente colocándola entre sus piernas y los lomos de sus caballos.

Jamás se cobijan bajo techo. Todo lo contrario, rechazan las viviendas como si se trataran de sepulcros inútiles para su vida. Entre ellos no puede encontrarse ni siquiera una cabaña realizada con cañas, porque andan errantes por montes y bosques, y desde la niñez están acostumbrados a soportar los fríos, el hambre y la sed.

Cuando salen de su territorio, no se resguardan bajo techo, a no ser que se vean forzados a ello por una necesidad extrema. Y es que cuando están a cubierto no se sienten seguros.

Se cubren con telas de lino o con pieles de ratones silvestres, y llevan siempre la misma ropa. Ahora bien, una vez que se han puesto sobre los hombros una sórdida túnica, no se la quitan ni se la cambian hasta que no se les cae a trozos, raída ya por el largo uso... Entre ellos no se trabaja la tierra, ni se utiliza nunca la esteva. En efecto, andan todos errantes sin rumbo fijo, sin hogar, sin ley ni sustento establecido. Son, pues, semejantes a fugitivos que llevan siempre consigo las carretas en las que habitan. Es allí donde sus mujeres les tejen sus ropas rudimentarias, donde conviven con ellos, paren y crían a sus hijos hasta que éstos alcanzan la pubertad.

Entre ellos nadie puede responder a la pregunta de dónde ha nacido, pues fue concebido en un lugar, nació en otro lejos de allí y fue criado en otro aún más lejano.⁵

Por desgracia, pues la descripción no está exenta de cierto romanticismo, lo que en esencia implica este texto, esto es, que los hunos andaban yendo constantemente al azar de un sitio a otro, es absolutamente falso.

En efecto, de la propia descripción se desprende que hay algo que no cuadra. Era práctica habitual de Amiano, y una norma por lo general requerida a los que se dedicaban al género histórico clásico, la introducción de nuevos personajes que resultaran interesantes con una especie de digresión, y en el siglo IV d. C. ese tipo de pasajes estaban cargados de gran tensión. El público esperaba encontrar una retórica sumamente colorista y descriptiva, así como referencias exhaustivas a autores clásicos perfectamente conocidos. La digresión que hace Amiano acerca de los hunos sin duda no defraudó. Pero no sólo está llena de retórica y de citas. Hay un problema todavía más evidente. En los libros de su Historia que han llegado a nuestras manos, Amiano tuvo sus razones para presentar a sus lectores tres grupos de nómadas —alanos y árabes sarracenos, además de los hunos—, y en todos los

casos la digresión es prácticamente idéntica, pues sólo cambian unos pocos detalles. Es como si, en esencia, Amiano hubiera tenido a su disposición la digresión 101 sobre nómadas, y hubiera pulsado la tecla «intro» cada vez que necesitaba hacer uso de ella. Esto plantea la cuestión de qué estatus conceder a los detalles que son específicos de cada versión. En el caso de los hunos, Amiano tiene algunas cosas interesantes que contar, relacionadas con su liderazgo político, aspecto que retomaremos en breve, y nos dice que colocaban la carne bajo su silla de montar, como parte de un proceso de curación. Solía darse por hecho que dicho proceso formaba parte de un tratamiento equivocado para la curación de heridas provocadas por el roce de la silla de montar, hasta que en los años veinte del siglo pasado un historiador y antropólogo moderno advirtió que los mongoles hacían lo mismo, por lo que tal vez debamos tomarnos en serio al menos una parte de lo que cuenta Amiano. Por otro lado, uno de los pocos detalles que da de los sarracenos es que tanto hombres como mujeres disfrutaban enormemente del sexo, y resulta inevitable preguntarse cómo podía saberlo. Pero, en general, el hecho de que los árabes del desierto procedentes de la zona limítrofe con el Creciente Fértil, así como los alanos de lengua irania y los hunos de lengua túrquica o ugrofinesa originarios de la Gran Estepa Euroasiática, sean descritos en términos sumamente parecidos debería bastar para que saltara una alarma, y para algunos esa alarma ha saltado.⁶

Todas esas sospechas se han confirmado por la comparación de los testimonios en torno a los estilos de vida nómada reunidos más recientemente por los antropólogos. Por supuesto, en primer lugar, hay prácticamente tantas diferencias entre los distintos grupos nómadas como grupos nómadas propiamente. Según los tipos de pasto y de animales disponibles, las prácticas y la organización varían enormemente. Pero, aun así, observamos una serie de aspectos importantes en común, y uno de los más significativos es que los nómadas no suelen moverse al azar, ni trasladarse a lugares muy lejanos, pues las largas distancias representan un penoso recorrido tanto para los animales como para las personas. Los grupos euroasiáticos que fueron estudiados directamente en el siglo xx, por ejemplo, solían recorrer una distancia limitada dos veces al año, entre las temporadas preestablecidas de pastoreo estival e invernal. En el caso de los kazakos, antes de que Stalin

procediera a sedentarizarlos, esa distancia era de unos setenta y cinco kilómetros. Los subgrupos ganaderos trasladaban entonces cíclicamente sus rebaños de un sitio a otro dentro de las zonas de pasto, guardando las debidas distancias unos de otros para permitir que creciera la hierba tras la visita de cada uno. Entretanto, otros sectores de la población ocupaban campamentos fijos, y algunos se dedicaban incluso al cultivo de la tierra. En este sistema, el propósito de los desplazamientos de largo recorrido era conectar dos zonas de pasto, ninguna de las cuales podía proporcionar sustento durante los doce meses del año. Habitualmente los pastos de verano estarían en lo alto de los montes, donde el frío del invierno no favorece el crecimiento de la hierba; los pastos de invierno se encontrarían en las tierras bajas más o menos cercanas, donde el calor y la escasa pluviosidad limitaban la existencia de hierba durante los meses de verano. En esencia, el nomadismo crea dos paisajes en un sistema de pastoreo exhaustivo. En este marco, los desplazamientos cumplen una función preestablecida, y nunca habrían podido realizarse al azar. Una vida nómada es, en cualquier caso, potencialmente frágil, y depende en gran medida de la pluviosidad en unos territorios que son, por definición, marginales; pero lanzarse a un viaje hacia el lejano horizonte azul sin conocer la capacidad de carga de un posible destino o, lo que es igualmente importante, sin contar con unos derechos establecidos de pastoreo en ese lugar, habría sido como abocarse al desastre económico.⁷

Lo que esto significa es naturalmente que las invasiones de los hunos en el mundo dominado por los alanos del nordeste del mar Negro y a continuación en el corazón de Europa, no pueden ser consideradas —como hiciera, por ejemplo, J. B. Bury en una famosa serie de conferencias pronunciadas en los años veinte del pasado siglo— una extensión natural de su economía nómada. Los hunos no se limitaron a vagar por la Gran Estepa Euroasiática hasta que casualmente cruzaron sus confines occidentales al norte del mar Negro y se aficionaron a permanecer en la región. La decisión de cambiar su centro de operaciones y trasladarlo al oeste —en dos etapas distintas separadas por casi una generación— debió de ser tomada por motivos concretos, y calculada cuidadosamente. En cualquier caso, los beneficios potenciales de estos desplazamientos tuvieron que ser sopesados

junto con los peligros de no disponer en sus nuevos destinos de una extensión suficiente de pastos para sus rebaños o, más probablemente, de no poder imponer sus derechos sobre ellos.⁸

En cuanto a la razón o las razones que impulsaron a los hunos a trasladarse hacia el oeste, no podemos dar una respuesta fácil. Las fuentes romanas no son de mucha utilidad. La opinión de Amiano, según el cual atacar a otros bárbaros era simplemente una actividad natural de los superbárbaros que eran los hunos no nos lleva demasiado lejos. Los testimonios de los que disponemos nos hablan, sin embargo, de tres factores, dos de ellos posibles y el otro más seguro, que harían en general verosímil que las tribus hunas quisieran emigrar hacia Occidente. Uno de los factores posibles es el cambio climático. En torno al año 400 d. C., la Europa occidental gozaba de un clima óptimo, con veranos largos y cálidos y mucho sol. Pero lo que resultaba bueno para los habitantes de Europa occidental no lo era tanto para el mundo situado más allá del Don, donde esa misma benignidad del clima suponía que durante los meses de verano cayeran menos lluvias de las que se necesitaban para garantizar el crecimiento de la hierba. En vista de esas condiciones, habría sido lógico esperar una mayor rivalidad por los pastos entre los nómadas de la estepa, y el mundo moderno nos proporciona una terrible analogía de lo que pudo pasar. En el fondo del conflicto de Darfur están las poblaciones nómadas de Sudán obligadas a abandonar sus viejos territorios originarios porque el calentamiento global ha convertido los antiguos pastos en desierto. El problema que comporta aplicar este argumento al siglo IV, sin embargo, consiste en que, al menos de momento, es imposible saber cuán graves o de hecho cuán limitados fueron en realidad los efectos del cambio climático en el siglo IV. Carecemos de datos concretos. Y en su ausencia, hay muchas posibilidades de que esos efectos fueran marginales. Pero como veremos en los próximos capítulos, hubo toda una serie de grupos nómadas que salieron precipitadamente de esa misma estepa entre mediados y finales del primer milenio, y detrás de ellos vendrían otros, lo que sugiere de manera inequívoca que el nomadismo euroasiático no se enfrentó a ningún reto ecológico trascendental. En cualquier caso, lo mismo que los tervingos y los greutungos cuando se enfrentaron a la amenaza de los hunos, éstos, víctimas de la presión

ecológica, habrían podido desplazarse en varias direcciones, y recurrir a la tesis del cambio climático nos obligaría además a tener que explicar por qué emigraron al oeste.

El otro factor posible es la revolución política. Al menos dos de los grupos nómadas que salieron de la estepa después de los hunos y entraron como ellos en la Europa occidental a finales del primer milenio lo hicieron en parte porque eran víctimas de una fuerte presión política y militar por parte de otros grupos nómadas situados más al este. Los ávaros del siglo VI venían huyendo del imperio de los turcos occidentales, mientras que los magiares del siglo IX cambiaron la zona del norte del mar Negro por la Gran Llanura Húngara debido a los ataques de los pechenegos. A falta de informaciones concretas en torno a la estepa occidental en el siglo IV, sería absurdo excluir la posibilidad de que también los hunos tuvieran que enfrentarse a este tipo de presión.⁹

Pero aun admitiendo un elemento negativo en las motivaciones de los hunos, consecuencia de potenciales factores climáticos y políticos a un tiempo, no cabe duda de que en su desplazamiento a Occidente dicho elemento coexistió, al igual que ha ocurrido con muchos otros flujos migratorios, con motivaciones de carácter positivo. Las fuentes romanas que describen el impacto inicial de los hunos sobre los confines externos del Imperio no nos proporcionan ninguna explicación sustancial de lo que estaba sucediendo, pero algunos materiales de época posterior son muy sugestivos. Desde c. 390 y en particular a partir de la década de 420 encontramos a los hunos realizando diversas actividades en relación con el mundo romano. A veces efectuaron en él incursiones de pillaje. En 395, antes de que el principal contingente de los hunos se trasladara a Europa central, cruzó el Cáucaso una enorme partida de saqueadores cuyo destino era el Imperio Romano de Oriente y el Imperio Persa, y hay indicios de otras incursiones menores en esta misma época. A veces los hunos se pusieron al servicio del Imperio como mercenarios. Ya en la década de 380, las actividades de un contingente de hunos y alanos dieron lugar a un enfrentamiento diplomático entre el emperador de Occidente, Valentiniano II, y el usurpador Máximo. Del mismo modo, en la primera década del siglo V, Uldino prestó apoyo militar a Estilicón antes de su funesta incursión al este de la Dacia romana. Sin

embargo, con la llegada de los hunos en gran número a Centroeuropa a partir de c. 410, su servicio como mercenarios llegó a su apogeo. Probablemente ya prestaran un importante apoyo militar al gobernante *de facto* del Imperio de Occidente, Flavio Constancio, en la década de 410, pero fue en tiempos de Aecio, a partir del siguiente decenio, cuando se convirtieron en un baluarte decisivo de la mitad occidental del Imperio. Aecio no sólo utilizó su apoyo para mantenerse en el poder frente a sus rivales romanos, sino que también se sirvió de ellos para mantener a raya las agresivas ambiciones de otros grupos bárbaros ya bien establecidos en el territorio del Imperio de Occidente: sobre todo en las importantes campañas contra los visigodos y los burgundios emprendidas durante la década de 430. Más tarde, por fin, cuando se convirtieron en una potencia en tiempos de Atila, los hunos abandonaron el pillaje y las labores mercenarias para volcarse en la invasión a gran escala. Los dos grandes ataques contra los Balcanes del Imperio de Oriente de 442 y 447 fueron seguidos por la invasión de la Galia y de Italia en 451 y 452.¹⁰

Lo que tenían en común todas estas actividades era que constituían distintos métodos de acceder, aunque fuera de refilón, al mayor nivel de riqueza disponible en la economía más desarrollada del mundo romano, centrada alrededor del Mediterráneo. El pillaje, como es evidente, consistía en robar espléndidos bienes muebles y otras modalidades de botín negociable, y ése era también el sentido del servicio que prestaban como mercenarios. A pesar de las relaciones que Aecio mantenía con los hunos — había vivido tres años entre ellos en calidad de rehén—, éstos sólo lucharon por él después de recibir una generosa paga. E incluso las invasiones de Atila fueron llevadas a cabo pensando en el dinero. Tenemos relatos muy detallados de los contactos diplomáticos anteriores y posteriores a estos ataques, y el interés primordial de Atila fue siempre la mayor cantidad de los subsidios diplomáticos que pudiera conseguir. La obtención de más territorios y de otro tipo de ganancias tuvo siempre una importancia marginal.¹¹ Si es lícito aplicar esta visión de la actitud básica de los hunos hacia el Mediterráneo romano a la década de 370 y desde luego no existe motivo alguno de que no pueda ser así, la decisión de los hunos de trasladarse a Occidente en dos etapas adquiere pleno sentido. La proximidad cada vez mayor a los centros del poder político del mundo romano en el norte de Italia

y en Constantinopla significaba mayores oportunidades de obtener una parte de las riquezas del Imperio. En otras palabras, los hunos actuaron como los godos y otros depredadores, en su mayoría de lengua germánica, del siglo III d. C.: sus migraciones fueron una respuesta a las desigualdades básicas de riqueza. Como los godos, los hunos emigraron desde la periferia exterior menos desarrollada del Imperio, e incluso quizá desde mucho más lejos, a las zonas más ricas del interior del mismo, donde existía una gran variedad de oportunidades de generar riqueza para unos grupos capaces, como ellos, de desplegar una fuerza militar con la potencia necesaria.

También puede decirse algo útil sobre el carácter evolutivo del flujo migratorio huno. Ninguna fuente nos da cifras acerca del volumen de las unidades migratorias de los hunos, pero todos los testimonios de la época indican que la expansión inicial hacia el norte del Ponto fue llevada a cabo esencialmente por partidas de guerreros: pequeños grupos de guerreros formados exclusivamente por varones. Vitimero, el rey de los greutungos cuya muerte desencadenó el traslado de los godos al Danubio en 376, combatió en muchas escaramuzas —*multas clades*— contra los alanos, a los que los hunos habían desplazado hacia su reino. Este hecho implica de manera contundente que, aunque tuvieran un efecto enormemente desestabilizador en conjunto, ninguno de estos enfrentamientos había sido hasta entonces por sí solo demasiado importante. Amiano también señala que Vitimero pudo contratar a algunos hunos para que lo ayudaran a rechazar a los alanos. Esta noticia ha sido a veces desechada y considerada como un error de copia, pero no hay ningún motivo de peso para creer nada parecido. La noticia encaja perfectamente en un contexto en el que había múltiples partidas de guerreros de poca entidad actuando a título más o menos individual. El hecho de que el antecesor de Vitimero, Ermenarico, fuera capaz de resistir a los hunos «durante largo tiempo» (*diu*) sugiere también la existencia de una serie de pequeños enfrentamientos, y no una confrontación en toda regla. De manera parecida, encontramos a los hunos actuando en diversos lugares y empleando una gran variedad de estrategias destinadas a su propia promoción mientras las fronteras de Roma en el este de Europa se venían abajo.

Aparte de los hunos que combatieron al lado de Vitimero, se habla de otros que realizaron incursiones de saqueo en el territorio de los tervingos (en dos ocasiones), sirviendo como mercenarios junto con algunos alanos para luchar contra Roma al lado de los tervingos y los greutungos al sur del Danubio en 377, y saqueando el Imperio por propia iniciativa desde el norte del Danubio al frente de un grupo de carpo-dacios a comienzos de la década de 380.¹² Hay sobrados motivos para suponer que todos estos eran grupos independientes de hunos, no el mismo contingente apareciendo repentinamente en diversos lugares, y ninguna acción de las que tenemos noticia habría requerido la existencia de fuerzas militares de gran tamaño. Una de las cosas concretas que dice Amiano en su digresión acerca de los hunos de esta época es, de hecho, que no eran gobernados por reyes, sino por «caudillos improvisados». Se trata de una expresión bastante resbaladiza, cuyo significado ha sido muy discutido, pero una vez más encaja muy bien con una imagen de pequeñas unidades independientes de hunos. Resulta asimismo sorprendente que en esta época no aparezcan líderes hunos lo bastante significativos a título individual para ser mencionados por su nombre.¹³ Esta situación nos recuerda las primeras fases de incursiones de saqueo a pequeña escala de eslavos y vikingos en el siglo VI y IX respectivamente. En ambos casos, sólo cuando los grupos de saqueadores incrementaron su volumen son citados por su nombre caudillos concretos.

Pero si la expansión de los hunos que se oculta tras la crisis de 376-380 fue impulsada por partidas de guerreros, el colapso de las fronteras de Roma en Europa central una generación más tarde fue testigo de una migración mucho mayor. En las fuentes ya tenemos indicios de que el volumen de los grupos hunos que actuaban en los confines del Imperio fue aumentando antes de esta segunda crisis. En torno al año 400, las fuentes romanas de la época mencionan finalmente a un caudillo huno por su nombre: Uldino. Era lo bastante poderoso como para proporcionar ocasionalmente al Imperio la ayuda militar que necesitaba, con un séquito formado por hunos y esciros. Pero aunque dado a jactarse de vez en cuando de que su poder se extendía desde donde sale el sol hasta el ocaso, los acontecimientos lo pusieron definitivamente en su sitio. Su intento de adueñarse de parte del territorio del Imperio Romano de Oriente se vio frustrado sin necesidad de ninguna acción

militar cuando sus principales seguidores lo abandonaron, y en ese punto desaparece de nuestras fuentes y queda relegado al lugar en el que no brilla el sol de la historia. No estamos ante la carrera propia de un auténtico predecesor de Atila. En mi opinión, la repentina —por lo demás inexplicable— transformación de Uldino de aliado en invasor indica rotundamente que su base de poder no era lo bastante fuerte como para permitirle seguir al mando ante la llegada de nuevos grupos de hunos que alcanzaron una posición de predominio en la zona a partir de c. 410, casi con toda seguridad porque esos recién llegados aparecieron en contingentes más numerosos y mejor organizados.¹⁴

Los testimonios en este sentido son muy claros. Cuando el diplomático del Imperio Romano de Oriente, el historiador Olimpiodoro, visitó a los hunos recién llegados a la región del Danubio Medio en 411-412, descubrió que eran gobernados por múltiples reyes que seguían un orden jerárquico. En el momento de su visita, los hunos llevaban sólo unos cuantos años en Centroeuropa, por lo que no había dado tiempo de que del montón de partidas de guerreros independientes surgiera un ordenamiento político complejo y, de hecho, tenemos documentado un sistema similar en otro grupo de nómadas de la estepa del siglo v, los acatciros. Es muy probable, pues, que la segunda fase de migración de los hunos hacia el oeste fuera acaudillada realmente por los reyes que conoció Olimpiodoro. En efecto, teniendo en cuenta el número de germanos y de otros individuos que fueron desplazados de la cuenca media del Danubio por los hunos a lo largo de este proceso —varias decenas de millares, como hemos visto—, es muy dudoso que una serie de partidas independientes de guerreros pudieran haber acumulado fuerza suficiente para adueñarse de este nuevo territorio. La presencia de los reyes pone de manifiesto que el paso desde el nordeste del mar Negro a la Gran Llanura Húngara fue realizado por unidades sociales mucho mayores y mejor organizadas que las bandas de guerreros cuyas actividades se ocultan tras la anterior crisis de 376-380.¹⁵

En general, pues, los testimonios indican que la migración de los hunos a Europa adoptó una forma que ya hemos encontrado antes, en el siglo III, y que volveremos a encontrar en el IX. El impulso inicial vino dado por una serie de partidas de guerreros en busca de rapiña, sin que en esta fecha

temprana tuvieran necesariamente la intención de emigrar. Pero cuando la actividad de las partidas de guerreros se mostró suficientemente proficua, intervinieron grupos más numerosos y mejor organizados, probablemente con la intención de maximizar la cantidad de riqueza que pudieran obtener haciéndose con el control absoluto del territorio. En este caso, las acciones posteriores de los hunos indican que el incentivo no eran las tierras de la cuenca media del Danubio en términos de su potencial agrícola (el atractivo que finalmente tendría Inglaterra para los daneses del siglo IX o los normandos del XI), sino el hecho de que se hallaba convenientemente situada para maximizar los beneficios a través de la creación de unos lazos más estrechos de diversos tipos con el mundo romano. En consecuencia, las incursiones de saqueo a pequeña escala al norte del mar Negro desaparecieron y se convirtieron en un flujo de población cada vez más importante, hasta que surgió la migración en grupo a gran escala como mecanismo lógico para maximizar los beneficios adueñándose de la Gran Llanura Húngara.

Las dimensiones exactas de los grupos hunos que participaron en estas dos grandes fases de la migración no pueden conocerse. El tipo de unidad política gótica cuya estabilidad se vio socavada por la acción conjunta de las partidas de guerreros hunos y de los alanos desplazados de la primera fase, correspondiente a c. 370, habría podido dar cabida quizá a unos diez mil guerreros en total. Pero resulta difícil extrapolar a partir de aquí cuál habría sido la magnitud de cualquier contingente atacante de los hunos, y ello por dos razones. En primer lugar, la invasión de los hunos fue indirecta. La estabilidad política al norte del mar Negro se vio minada durante un largo período por múltiples incursiones de saqueo y ataques a pequeña escala, sin que se produjera ningún enfrentamiento directo, y al final fueron los trastornos desencadenados entre los alanos por los hunos, y no los propios hunos, los que indujeron a los godos greutungos a tomar la trascendental decisión de emigrar en 375-376. Así que no hace falta pensar en una tropa de hunos derrotando a diez mil godos en una batalla en toda regla. En segundo lugar, al igual que los bóers del siglo XIX, los hunos gozaban de una elocuente ventaja en armamento. Una de sus armas características era el arco reflejo compuesto, conocido desde mucho tiempo atrás en la estepa. Por aquel

entonces, sin embargo, utilizaban un arco más largo —medía hasta 150 cm, en vez de los 100 habituales— que el que se había visto hasta la fecha en la estepa occidental. Esta mayor longitud les daba un alcance mortal mayor, cuyos efectos son visibles en la retórica de las fuentes romanas. Dichas fuentes señalan que los hunos eran capaces de acabar con las formaciones de sus adversarios godos permaneciendo a salvo fuera de su alcance. La otra arma característica de los hunos era un sable largo de caballería, que podía realizar una excelente labor de barrido en el combate cuerpo a cuerpo una vez rotas las formaciones del adversario.¹⁶ Pero no hay certeza sobre cuánta ventaja exactamente les daba su arco. Las escopetas con llave de pedernal permitieron a los Voortrekkers actuar con una efectividad enorme aun encontrándose en una inferioridad numérica de diez a uno. Pequeños comandos de unos pocos centenares lograron derrotar a fuerzas zulúes y matabeles formadas por millares de hombres sin sufrir apenas bajas. Con tanta ventaja, un estado cliente godo entero habría podido ser derrotado por un grupo de apenas mil hunos. Pero ni siquiera el arco largo de los hunos probablemente habría supuesto una ventaja tan grande como una escopeta.

Tampoco tenemos testimonios directos de la magnitud de los contingentes más grandes que los reyes hunos condujeron hasta la Gran Llanura Húngara. A juzgar por las analogías de los mongoles, cada guerrero huno necesitaba muchos caballos para poder moverse. Este hecho quizá nos ofrezca un indicio indirecto del posible volumen total de las fuerzas de los hunos, pues se ha calculado que la Gran Llanura Húngara no podía proporcionar pasto más que para unos ciento cincuenta mil caballos. Haciendo una extrapolación retroactiva, este número de caballos habría servido para unos quince o treinta mil guerreros hunos, cifra que resulta perfectamente plausible, aunque por supuesto no sea más que una conjetura. A falta de mejores informaciones, yo sospecho que las incursiones expansionistas de pillaje de *c.* 370, que desde luego no se enfrentaban directamente con todo el poder de los estados clientes góticos, fueron emprendidas por partidas de guerreros de unos pocos centenares de hombres, y el movimiento de población a gran escala hacia la Europa central de comienzos del siglo v fue llevado a cabo de nuevo por un contingente de

alrededor de diez o veinte mil guerreros. Pero esto también no es más que una conjetura plausible, y otros podrán realizar otros cálculos muy distintos con toda legitimidad.

Si podemos llegar bastante lejos por lo que a las cifras se refiere, la bibliografía en torno a la migración comparada nos permite hacer varias observaciones más generales acerca de la expansión de los hunos por Europa central. La primera fase de actividad recuerda la forma en que muchos flujos migratorios mejor documentados se apoyan en las actividades de «exploradores», actividades que ponen de manifiesto ante una masa de población mayor los beneficios del desplazamiento. Y aunque se trata de un detalle no observado en el mundo moderno, incluso la migración en bloque de grandes grupos de hunos durante la fase dos está en consonancia con el principio fundamental según el cual las unidades migratorias serán de unas dimensiones y un carácter adecuado a la tarea de acceder a la riqueza en el particular contexto en el que opere el flujo migratorio. Por los mismos motivos que hemos visto antes, el tipo de migración predatoria a gran escala que acabaron emprendiendo los hunos tuvo que dar cabida forzosamente a mujeres y niños. Las numerosas personas que dependen de unos grandes contingentes militares formados a partir de fuentes no profesionales no pueden estar seguras si se quedan atrás cuando la actividad militar comporta cualquier intento de emigración. Además, como sucedía con muchos de los inmigrantes de los que hemos hablado, los hunos poseían tradiciones inveteradas de movilidad que, como de nuevo subrayan todos los testimonios comparativos, debieron de facilitar considerablemente su decisión de responder a las potenciales ganancias que pudieran sacar del mundo romano emprendiendo la marcha y aproximándose a él. Las migraciones bianuales propias de la vida nómada hacían que los hunos tuvieran una capacidad más que sobrada para organizar el desplazamiento de un grupo numeroso de personas.

Como ocurriera con los godos, vándalos y alanos en territorio romano, otro motivo significativo de que hubiera una importante laguna cronológica entre las dos grandes fases de entrada de los hunos en Europa tuvo que ser la necesidad de acumular unos conocimientos geográficos suficientes acerca de las nuevas posibilidades que se les abrían tras desplazar a los godos y a los

alanos de las regiones situadas al norte del mar Negro. Desde esta perspectiva, la gran incursión de saqueo emprendida por los hunos en el Imperio Romano y en el Imperio Persa a través del Cáucaso en 395 puede ser considerada un punto más de su curva de aprendizaje. Aquel episodio provocó enormes convulsiones y atrajo muchísimo la atención de nuestras fuentes, entre otras cosas porque un grupo de saqueadores llegó incluso muy cerca de tierra Santa. Pero los invasores sufrieron graves pérdidas y el experimento no volvió a repetirse.¹⁷ Eso no indica que los propios hunos consideraran la incursión un gran éxito, y su relativo fracaso probablemente tuviera algo que ver con su decisión final de emigrar más al oeste, a la Gran Llanura Húngara, en vez de elegir cualquier otra dirección. El conocimiento de la geografía europea necesario para dar ese paso se basó indudablemente en la reacción ante el resultado de las actividades de otros grupos hunos menores que encontramos al oeste de los Cárpatos antes de 405: algunos de los mercenarios empleados en la región durante la década de 380, por ejemplo, o incluso los hunos de Uldino.

Además, como se ha observado ya en muchos otros casos, el proceso de migración desencadenó entre los hunos una importante reestructuración sociopolítica. Cuando Olimpiodoro los visitó en 411-412 encontró, como hemos señalado, una estructura política basada en una serie de reyes grandes y pequeños, sumamente adecuada para una sociedad nómada. La logística económica exige que las poblaciones nómadas vivan relativamente dispersas. Unas poblaciones densas con sus rebaños darían lugar en poco tiempo al agotamiento de los pastos y al desastre económico. Por otra parte, los grupos menores o secundarios necesitan una organización propia para cuestiones tales como el arbitraje de las disputas, mientras que el grupo mayor tiene que poder actuar unido con audacia en algunas ocasiones, sobre todo para proteger los derechos de pasto de los que dependen todos. Así pues, entre las sociedades nómadas la delegación de poderes bien organizada es la modalidad política normal, no el gobierno centralizado, y en ese sentido la jerarquía real es perfectamente aceptable.¹⁸

Pero cuando un segundo historiador y diplomático del Imperio Romano de Oriente, el famoso Prisco, visitó a los hunos a mediados de la década de 440, en tiempos de Atila, el sistema de reyes jerarquizados había

desaparecido. Atila estaba rodeado de muchos grandes hombres, y aunque originalmente había compartido el poder con su hermano, ya no había a su alrededor ningún otro individuo de rango real. Ninguna fuente cuenta cómo había sido suprimido el sistema de reyes jerarquizados, pero un importante motivo de disputa diplomática entre Atila y Constantinopla fue la protección que ésta concedió a algunos fugitivos hunos de alto rango.¹⁹ Yo doy por supuesto, pues, que la familia de Atila, como muy tarde en tiempos de su tío Rua, activo en la década de 430, había echado y/o destituido a los otros reyes, proceso político que, como ya hemos observado, se dio también entre los godos de Alarico y que volveremos a ver entre los ostrogodos y entre los francos merovingios.

Todo esto tiene que ver con la migración, y por los siguientes motivos. Lo que ocurrió en todos estos casos, a grandes rasgos, es que un solo líder logró monopolizar el apoyo político que hasta entonces había estado repartido entre varios. Eso requería que el líder vencedor tuviera acceso a una riqueza nunca vista, de modo que pudiera superar a sus rivales en la pugna por el patrocinio y conseguir que se pasaran a su bando suficientes partidarios de los demás obligándolos en el proceso bien a abandonar el grupo o bien a aceptar posiciones inferiores, de rango no regio. En el caso de los hunos, la fuente de esa nueva riqueza fueron las ganancias provenientes de las nuevas relaciones que lograron establecer con el Imperio Romano. Controlar por las buenas o por las malas el reparto de los beneficios mixtos provenientes de una poderosa combinación de incursiones de saqueo, servicios mercenarios y subsidios diplomáticos constituía el camino más corto para alcanzar el triunfo político. Aunque seguramente no fuera ése uno de los objetivos que perseguía, la migración de los hunos a la cuenca media del Danubio provocó naturalmente una revolución política.

Así pues, no cabe la menor duda de que la invasión de Europa por los hunos a finales del siglo IV y comienzos del V debe ser considerada una migración en masa, en el sentido cualitativo usado en los estudios acerca de las migraciones. Fue un movimiento de pueblos que se fue intensificando gradualmente, no un único flujo migratorio repentino, pero los trastornos políticos que causaron los hunos al norte del mar Negro y luego en la Europa central no pueden ser más claros. Igualmente fuerte, desde luego, fue la

convulsión que acabó destruyendo sus propias estructuras políticas. Cualquier estudio más allá de esto se encuentra limitado por nuestra incapacidad de identificar exactamente el desencadenante que puso en movimiento a los hunos. Las fuentes romanas destacan la casualidad, relatándonos un cuento encantador de unos cazadores errantes que vagaban por los pantanos y que de repente se encuentran en una tierra de abundancia, pero no es más que un cuento basado —de nuevo como la mayoría de las digresiones de Amiano Marcelino— en antecedentes clásicos.²⁰ Sin embargo, a falta de más información, quizá sea acertado decir que fue la riqueza de la periferia del Imperio Romano lo primero que atrajo a los saqueadores hunos, y que el flujo migratorio fue aumentando paulatinamente a partir de ese momento. Las nuevas informaciones en torno al cambio climático o a los desarrollos políticos quizá lleguen con el tiempo a hacernos cambiar esta teoría, obligándonos a redistribuir la importancia otorgada actualmente a los diversos factores que intervinieron en los hechos, pero de momento, la mejor opción parece el atractivo de la opulenta periferia del Imperio.

Sin embargo las migraciones de la época de los hunos afectaron no sólo a los propios hunos, sino también a los múltiples y variados pueblos que formaron el imperio de Atila. Todo parece indicar que los motivos y los procesos migratorios que llevaron a tantos otros pueblos hasta la cuenca media del Danubio durante la época de dominación de los hunos fueron muy distintos de los que movieron a los propios hunos.

CONCENTRACIÓN TRIBAL

Entre los súbditos no hunos de Atila, los gépidas, los suevos y los sármatas ya habían ocupado tierras en la cuenca media del Danubio durante el siglo IV, mucho antes de que los hunos llegaran a Europa. Los suevos y los sármatas aparecen en la versión que ofrece Amiano de la intervención del emperador Constancio II en la región en 358, y los gépidas son mencionados en otras fuentes como habitantes de ciertas tierras situadas al noroeste de la antigua provincia romana de Dacia (la actual Rumanía), en los confines orientales de la región. Su presencia en la cuenca media del Danubio en tiempos de Atila es absolutamente insignificante. No cabe, sin embargo, decir

lo mismo de la mayoría de los otros componentes no hunos del imperio de Atila. Los territorios de los godos y los alanos del siglo IV se hallaban situados con toda seguridad al este, no al oeste de los Cárpatos, como probablemente también los de los hérulos, los rugios y los esciros. La mejor localización geográfica que tenemos de cualquiera de estos tres últimos pueblos es la de los hérulos, quienes, pese a no ser mencionados por las fuentes del siglo IV, ocupaban con toda seguridad en el siglo III un territorio situado al norte del mar Negro. Los testimonios acerca de los esciros no son explícitos, pero en c. 380, cuando aparece por primera vez en las fuentes romanas el nombre de este grupo, unos esciros mezclados con los hunos lanzaron un ataque a este lado de la frontera romana del Bajo —no del Medio— Danubio, lo que implícitamente los sitúa al este de los Cárpatos. Acerca de los rugios no poseemos información explícita de los siglos III y IV, pero, como los godos, habían formado parte del sistema de Wielbark durante los siglos I y II. Cuando los encontramos en la zona del Danubio Medio en el siglo V, de nuevo junto con los godos, se plantea claramente la posibilidad de que acabaran allí siguiendo una trayectoria semejante a la de los godos, que los habría llevado en dirección al sudeste hasta el mar Negro en el siglo III.²¹ Así pues, al igual que los godos y que los alanos, esciros, rugios y hérulos probablemente emigraran todos al oeste de los Cárpatos y llegaron a la cuenca media del Danubio sólo en algún momento indeterminado de finales del siglo IV o comienzos del V.

De hecho tenemos bastante más información acerca del contingente gótico integrado en el imperio de Atila. Llegó en varios grupos distintos. Uno de ellos era dirigido por la familia de los Amalos y sus rivales, y alcanza una independencia destacada en las fuentes de la época a partir de comienzos de la década de 460. Un segundo grupo estaba acaudillado a mediados de esa misma década por un individuo llamado Bigelis, mientras que había un tercer grupo que siguió estando bajo el férreo control de Dengizich, el hijo de Atila, hasta finales de la citada década. Puede que, como los godos de Radagaiso en 405, algunos de estos grupos góticos llegaran a la región del Danubio Medio antes de que los hunos establecieran su dominio en ella hacia 410. Otros quizá fueran empujados hasta allí por los hunos cuando estaban en el culmen de su poder. Y otros aún quizá siguieran una trayectoria distinta. Según

Jordanes, los godos de los Amalos no se trasladaron al oeste de los Cárpatos hasta después de la muerte de Atila, entre mediados y finales de la década de 450, aunque habían reconocido la hegemonía del caudillo huno unos diez años antes.²² Aparte de todo el proceso de migración implícito en el episodio, los testimonios acerca de los godos tienen, pues, otra dimensión importante. Nos advierten de que cada uno de los grupos sometidos a los hunos que nombran nuestras fuentes quizá actuara en diversos contingentes independientes, y de que la historia de su traslado a Occidente, hasta la región de la cuenca media del Danubio, probablemente fuera igualmente compleja.

Si, según hemos visto, la aparición del poderío de los hunos supuso una gran cantidad de desplazamientos de grupos humanos hacia la zona del Danubio Medio, su disolución dio lugar a una procesión todavía más larga de gentes que entraban y salían de ella. Entre los primeros que abandonaron la región destacan los propios hunos. A medida que se incrementó el número de los antiguos súbditos de Atila que afirmaron su independencia tras la victoria de los gépidas en la batalla del Nedao, con la que empezamos el presente capítulo, el potencial militar del imperio de los hunos fue decayendo de manera espectacular y repentina, hasta el punto de que a finales de la década de 460 los dos hijos de Atila que aún quedaban vivos —Dengizich y Hernac— llegaron a la conclusión de que la vida al norte del Danubio se había vuelto demasiado precaria. Fue así como decidieron buscar nuevas tierras dentro del Imperio Romano de Oriente. Hernac tuvo una buena acogida, consiguiendo tierras para él y para sus seguidores en Escitia Menor, pero Dengizich fue derrotado y muerto por un ejército romano-oriental en 469, y su cabeza fue expuesta en público en el centro de Constantinopla. En 470, diecisiete años después de la muerte de Atila, los hunos habían dejado de existir como fuerza independiente en el mundo del otro lado del Danubio: un episodio de la historia asombrosamente dramático. Y de hecho, la decisión de Dengizich y Hernac de trasladarse al sur del Danubio había sido anticipada poco antes por algunos otros refugiados. Diversas fuentes señalan la invasión del territorio del Imperio Romano de Oriente alrededor de 466 por otro grupo de hunos acaudillados por un tal Hormidac, y por un contingente gótico al mando de Bigelis.²³ Las circunstancias no se conocen con detalle, pero todos estos desplazamientos pertenecen a todas luces al período en el que distintos

grupos de población integrados originalmente en el imperio de Atila intentaron escapar de las luchas desencadenadas en la zona de la cuenca media del Danubio.

No es que la historia demográfica del Danubio Medio a la muerte de Atila fuera toda ella una historia de emigraciones. Según el único relato coherente de la acción que poseemos, el de Jordanes, escrito en Constantinopla c. 550 d. C., fue sólo en ese momento —a mediados de la década de 450— cuando el grupo de godos acaudillado por los Amalos pasó al oeste de los Cárpatos, al mando de un tal Valamero. Esta historia probablemente fuera fijada por escrito por vez primera en la corte del sobrino de Valamero, Teodorico, rey ostrogodo de Italia hacia 520, que por entonces debía contar más de setenta años, pues había nacido a mediados de la década de 450, circunstancia que hace más creíble todavía la anécdota. Pero Jordanes muestra cierta inseguridad en lo tocante a la carrera inicial de Valamero (de la que nos ocuparemos más tarde), de modo que es natural que siga habiendo ciertas dudas.²⁴ Pero si los godos de los Amalos hubieran sido unos recién llegados, se explicaría por qué las luchas de la década de 460 adoptaron, al parecer, la forma de una alianza en contra suya de todos los demás ocupantes de la región del Danubio Medio, especialmente esciros, suevos, rugios y gépidas. Sea como fuere, el resultado de esas luchas fue claramente el aumento de la emigración. Su incapacidad de controlar este conflicto de rivalidades no sólo fue la causa fundamental de la decisión de los hunos de buscar asilo en el Imperio Romano, sino que, en esa misma línea, un número considerable de esciros, entre ellos Odoacro, hijo de Edecón, su rey vencido, emigraron al Imperio Romano de Occidente tras una segunda gran derrota a manos de los godos de los Amalos en 469-470. Los siguientes en abandonar la región fueron los propios godos. Tras derrotar —siempre según Jordanes— a una coalición de rivales en una sangrienta batalla a orillas de otro río desconocido de Panonia, el Bolia, los godos de los Amalos pasaron a la zona de los Balcanes perteneciente al Imperio Romano de Oriente en 473-474. Este hecho marcó el inicio de un interludio de quince años en los Balcanes durante el cual Teodorico llegó al poder. Sucedió a su padre, Tiudimero, que había heredado el dominio sobre su pueblo cuando su hermano Valamero

murió en una batalla contra los esciros. La estancia de los godos en los Balcanes concluyó finalmente en el otoño de 488, cuando los seguidores de Teodorico entraron en Italia para crear el reino ostrogodo.²⁵

Ni siquiera el eclipse de los hunos, la destrucción de los esciros y la marcha de los godos bastaron para poner fin a la lucha por el dominio de la región del Danubio Medio. En 473-474 habían quedado en la región tres potencias: los rugios, los hérulos y los gépidas. Establecidos al norte del Danubio, enfrente de la antigua provincia romana del Nórico, en lo que hoy día es Baja Austria, los rugios incurrieron en la cólera de Odoacro, rey de Italia desde 476. En 486, Odoacro envió una gran expedición al norte del Danubio que infligió una contundente derrota a los rugios y causó la muerte de su rey, Feleteo. Aquello supuso el fin del reino independiente de los rugios, aunque un grupo de supervivientes al mando de Federico, el hijo de Feleteo, huyó al sur e invadió los Balcanes para sumarse al séquito de Teodorico el Amalo en 487-488. Y posteriormente se unieron a la expedición de los ostrogodos a Italia.²⁶

La desintegración del reino de los rugios dejó a los hérulos y a los gépidas como principales potencias de la cuenca media del Danubio, pero en ese momento algunos grupos lombardos procedentes de Bohemia y de la cuenca media del Elba empezaron a entrar en la región, asentándose en un primer momento en las tierras dominadas anteriormente por los rugios. En el primer momento en las tierras dominadas anteriormente por los rugios, En el siglo I d. C., el territorio central de los lombardos se hallaba situado en el Bajo Elba, justo al sur de la península de Jutlandia. Los relatos escritos que se han conservado de la ulterior migración que los llevó a Baja Austria a finales del siglo V (mapa 10) no fueron compuestos hasta el siglo IX (cientos de años después de que se produjera), y están llenos de detalles fantásticos de todo tipo que ponen de manifiesto que no se basan en ninguna documentación histórica mínimamente autorizada. La primera fecha segura que poseemos del desplazamiento hacia el sur de los lombardos nos la ofrecen las fuentes romanas y corresponde a su llegada a Baja Austria en 488-489 para aprovechar el vacío de poder creado por la aniquilación de los rugios a manos de Odoacro. Una vez allí, el poder de los lombardos se desarrolló en dos etapas claramente diferenciadas. En 508, por primera vez, sus tropas aplastaron a los hérulos. Las mismas fuentes literarias tardías nos informan

también de que los suevos que quedaban fueron derrotados y obligados a abandonar la región del Danubio Medio más o menos por esa misma época. El segundo incremento del poder de los lombardos se produjo con la ocupación de la antigua provincia romana de Panonia, al sur del Danubio. Nuestra información es tan mala que este acontecimiento bien habría podido ocurrir hacia 520 como pronto o hacia 540 como muy tarde, pero su patrón general está bastante claro. Tras llegar paulatinamente a la región procedentes de las regiones situadas en las inmediaciones del Elba y en último término de la zona de Bohemia, los lombardos se convirtieron en la potencia dominante en la mitad occidental de la cuenca media del Danubio en el segundo cuarto del siglo VI.²⁷ Los gótipas, establecidos más al este, pasaron así a convertirse en sus grandes rivales.

En cuanto a los hérulos, la derrota de 508 hizo que se produjera una división inmediata entre ellos. Un subgrupo emigró lejos del Danubio y acabó en el extremo norte de Europa, en Escandinavia. Un segundo subgrupo buscó refugio primero entre los gótipas, pero las exigencias que les plantearon sus anfitriones resultaron demasiado onerosas para ellos y no tardaron en encontrar un santuario alternativo dentro del Imperio de Oriente, donde el emperador Atanasio les concedió tierras a orillas del Danubio a comienzos de la década de 510. Permanecieron allí hasta 540 aproximadamente, cuando murió el último representante que quedaba de su familia real. No se sabe cómo se enteraron de que el otro grupo de hérulos había acabado en Escandinavia, y enviaron hasta allí una legación con el fin de encontrar un príncipe idóneo. Pero los emisarios tardaron tanto en volver, entre otras razones porque su primer candidato murió durante el viaje de regreso a la región del Danubio, que el emperador Justiniano escogió, a petición suya, un nuevo soberano de los que se habían quedado. Cuando por fin llegó la misión enviada a Escandinavia se desencadenó una guerra civil y los hérulos del Danubio volvieron a dividirse. Un contingente permaneció dentro del Imperio de Oriente, y otro regresó al territorio de los gótipas. En una guerra posterior entre los lombardos y los gótipas, los bizantinos enviaron como refuerzos para los lombardos a parte de los hérulos que se

habían quedado en su territorio. En ese momento, se encontraron, pues, enfrentados a sus antiguos camaradas, que combatían a favor de los gépidas.²⁸

La suerte que corrieron los hérulos, sin embargo, no es más que un apéndice. Con la aparición del poder de los lombardos, se extinguió por fin la revolución desencadenada en la región del Danubio Medio a raíz de la aparición del poderío de los hunos. Proceso extremadamente complejo en sus detalles, se extendió a lo largo de un siglo, desde la llegada de los hunos por primera vez al oeste de los Cárpatos quizá en 410 d. C. hasta la derrota de los hérulos en 508. Hay, sin embargo, una lógica aparente en estos acontecimientos tal como son relatados en las distintas fuentes que poseemos, una secuencia que vio primero un incremento masivo orquestado por los hunos de las fuerzas militarizadas en la llanura del Danubio Medio, y luego, a la muerte de Atila, una lucha generalizada por la supremacía entre los pueblos sometidos por ellos. Varias de las fuerzas en conflicto abandonaron la región cuando se desencadenaron esas luchas, de modo que el modelo de la situación del Danubio durante la época de los hunos —numerosas potencias muy cerca unas de otras— acabó dando lugar en el siglo VI a una división entre las esferas de influencia de lombardos y gépidas. Nuestro interés primordial, sin embargo, corresponde a la actividad migratoria asociada con estos procesos: sobre todo la inmigración a la citada región cuando aumentó el poderío de los hunos, seguida por la emigración a raíz de la muerte de Atila, aunque los godos de los Amalos (posiblemente) y los lombardos (con toda seguridad) constituyen excepciones significativas.²⁹ A nadie se le ocurriría negar que efectivamente hubo movimientos de población. Pero la naturaleza y la magnitud de los mismos son materia de acaloradas discusiones.

En las versiones tradicionales de estos acontecimientos, se pensaba que las denominaciones o etiquetas empleadas por nuestras fuentes —godos, rugios, hérulos, esciros, etcétera— pertenecían a «pueblos»: como señalábamos anteriormente, por pueblo se entendía una masa compacta de seres humanos compuesta por hombres, mujeres y niños, que compartían todas unas normas culturales características y que estaban totalmente cerrados a los extraños, reproduciéndose en general por medio de la

endogamia. Las distintas fases de la actividad migratoria asociada con la ascensión y caída del imperio de los hunos de Atila podrían caracterizarse, pues, como un capítulo de la *Völkerwanderung*, el «movimiento de pueblos». Los testimonios históricos de la mayoría de estos movimientos, sin embargo, son bastante patéticos. Los relatos de la migración de los bárbaros que ofrecen los historiadores romanos dejan mucho que desear, como hemos visto, incluso cuando las migraciones afectaron directamente al mundo romano. La mayoría de los movimientos de población asociados con el imperio de los hunos se desarrollaron fuera de las fronteras de Roma, y como consecuencia los testimonios detallados son muy escasos. A menudo no tenemos más que una simple indicación de que el grupo A se trasladó del punto X al punto Y, y a veces hasta eso es algo implícito, sin que se especifique en absoluto la composición de la unidad de población interesada.

Ante un silencio tan clamoroso, cualquier estimación de las dimensiones y la naturaleza de la acción que comportaron dichos movimientos de población —o, por ser absolutamente preciso por un instante, los cambios de *nombres* registrados— dependerá de cómo se conciba en general la naturaleza de los grupos que se ocultan detrás de esas etiquetas. Ello significa a su vez que la cuestión de la migración dentro del imperio de los hunos está íntimamente relacionada con el tema sumamente espinoso de la identidad colectiva de los bárbaros. Si se piensa que las etiquetas ocultan unidades de población distintas, cada una de ellas con un importante sentido de la identidad colectiva, el cálculo que se haga de la magnitud de las migraciones que entraron y salieron de la Gran Llanura Húngara entre c. 410 y 508 será consiguientemente grande. Si las identidades de grupo se conciben, por el contrario, sólo como una serie de etiquetas que las poblaciones bárbaras podían adoptar o tirar por la borda según les conviniera a corto plazo, el movimiento de esas etiquetas por el mapa de Europa significaría muy poco en términos demográficos. Probablemente no significaría nada, pues para cambiar el nombre de una etiqueta alguien tendría que cambiar de sitio. Pero no haría falta imaginar el desplazamiento de grandes cantidades de personas. Si la etiqueta «funcionaba» (es decir, realizaba una función que la gente consideraba útil), los pocos que efectivamente se hubieran desplazado no

tardarían en reunir nuevos seguidores en el punto de destino. ¿Qué es, pues, lo que indican los testimonios acerca de la solidez o no de las identidades colectivas en tiempos de Atila?

IMPERIO E IDENTIDAD

En la relación que, como testigo ocular de los hechos, nos ofrece de la embajada a los hunos, el historiador Prisco nos cuenta cómo estando en el campamento de Atila fue saludado de repente en griego por un individuo que tenía el aspecto de ser un huno acomodado «vestido con buenas ropas y con el pelo recortado». Tras ser interpelado, el hombre contó a Prisco la historia de su vida. Se trataba de un mercader romano de lengua griega originario de Viminacio, ciudad situada a orillas del Danubio...

Quando la ciudad fue tomada por los bárbaros, se vio privado de su prosperidad y fue ... asignado a Onegesio [uno de los principales compañeros de Atila], pues después de su caudillo, los hombres más principales ... escogían a sus cautivos entre las personas acomodadas. Tras hacer gala de su valor en posteriores batallas contra los romanos y los acatciros y entregado el botín obtenido a su señor, de acuerdo con la ley [de los hunos], había alcanzado la libertad. Se había casado con una bárbara y había tenido hijos y, como compañero de mesa de Onegesio, disfrutaba ahora de mejor vida que antes.

Este mercader romano convertido en guerrero huno nos ofrece un ejemplo perfecto de una importante tendencia de lo que era la concepción habitual de la identidad de grupo en el imperio de Atila: se trataba de algo sumamente maleable. Conocemos la historia de otro individuo importante que sugiere más o menos lo mismo. Encontramos por primera vez a Edecón, el padre de Odoacro (si, como parece probable, los dos Edecones son la misma persona) como otro de los principales amigos de Atila, junto con Onegesio, cuyo patrocinio fuera tan importante para el ex mercader griego. Lo que tiene de interesante el caso de Edecón es que se convirtió en rey de los esciros a la muerte de Atila, aunque él no fuera esciro. Probablemente debiera su derecho al trono al hecho de haberse casado con una escira de noble cuna, pues se dice que sus hijos, Odoacro y Onoúlfo, tenían madre escira. Por lo que a Edecón se refiere, se le llama unas veces huno y otras turingio. Lo que sugieren estas dos historias es, desde luego, que el imperio

de Atila fue un crisol de identidades colectivas ya existentes, y este argumento puede reforzarse con otros testimonios más generales. Muchos de los amigos más íntimos de Atila tenían en realidad nombres germánicos, no hunos. Tal era el caso con seguridad de Onegesio y Edecón, mientras que de otros dos, Berico y Escotas, probablemente también pueda decirse lo mismo. Los nombres que tenemos documentados de Atila y su hermano, Bleda, son igualmente germánicos, y esta lengua, como sabemos, constituía una especie de idioma común del imperio de Atila debido a que entre sus súbditos había tantos germanos que de hecho éstos superaban en número a los hunos.³⁰ Así pues, todos los testimonios históricos indican que el mundo de los hunos en la zona del Danubio Medio era profundamente multicultural.

Sus restos arqueológicos vienen a contarnos una historia muy similar. Las casi dos generaciones de intenso trabajo realizado desde 1945 han sacado a la luz una enorme cantidad de materiales que datan del período de dominación de los hunos, procedentes en buena parte de las excavaciones llevadas a cabo en necrópolis de la Gran Llanura Húngara. Han aparecido también algunos tesoros. Pero en todos esos materiales, los hunos «propiamente dichos» resultan sumamente esquivos. En total —y se incluye aquí también la estepa del Volga, al norte del mar Negro—, los arqueólogos han identificado como plausiblemente hunos no más de doscientos enterramientos. Se caracterizan por la combinación de arcos, un tipo de atuendo que no es el habitual en Europa, cierta deformidad craneal (algunos hunos vendaban la cabeza a los niños antes de que el cráneo adquiriera su forma definitiva, para dar a la cabeza un aspecto típicamente alargado), y la presencia de un tipo especial de caldero. El número de esos enterramientos es pequeñísimo. O bien los hunos se deshacían de sus muertos utilizando medios que no dejaban huellas arqueológicas, o habrá que buscar otra explicación a la notable escasez de materiales hunos. Lo que esos cementerios del siglo v encontrados en la zona de la cuenca media del Danubio han producido en abundancia, en cambio, son los restos —o lo que *parecen* restos— de los súbditos germanos de los hunos. Los motivos que inducen a poner a ese material la etiqueta de germánicos son los siguientes. Todos sus rasgos típicos tienen antecedentes cercanos en las normas vigentes en las zonas de Europa central y del este dominadas por los godos u otros

germanos durante el Bajo Imperio, antes de la llegada de los hunos. Los hallazgos del siglo V pertenecen a una secuencia de horizontes cronológicos datados que, en conjunto, marcan la aparición de lo que ha dado en llamarse el enterramiento germánico de «estilo danubiano».³¹

El método funerario habitual era la inhumación, no la cremación,³² y sólo en un número relativamente limitado de tumbas opulentas se depositaban los objetos característicos en gran cantidad. Muchos otros individuos eran enterrados con ajuares funerarios escasos o nulos. Entre los objetos enterrados con el difunto había artículos de adorno personal: en particular grandes broches semicirculares, hebillas en forma de plancha, pendientes con colgantes poliédricos, y collares de oro. También son bastante frecuentes las armas y los equipos militares: sillas de montar con aplicaciones metálicas, largas espadas rectas muy aptas para ser usadas por la caballería, y arcos. Los restos conservados muestran también algunas rarezas rituales. Por ejemplo, llegó a ser bastante habitual enterrar con el difunto un espejo de metal roto. El tipo de objetos encontrados en las tumbas, las formas en que eran enterrados los individuos y, quizá sobre todo, la manera en que llevaban el vestido especialmente las mujeres (abrochado con un imperdible o fíbula en cada hombro, y otra sujetando el manto exterior por delante), derivan en su totalidad directamente de modelos generales observables en los restos germánicos del siglo IV. Todos estos rasgos fueron acumulados y desarrollados ulteriormente en el siglo V entre los numerosos súbditos de Atila. En consecuencia, no es posible distinguir a los diferentes súbditos germánicos de los hunos basándose sólo en los restos arqueológicos.³³ Como las historias personales del mercader griego y de Edecón, la cultura material más ampliamente difundida e imposible de ser distinguida individualmente de los elementos germánicos que componían el imperio de Atila, indica que estamos ante un verdadero crisol cultural. Es posible incluso que la fusión diera un paso más. Una *posible* respuesta a la ausencia de enterramientos hunos en el siglo V es que éstos habían empezado a vestirse como sus súbditos germánicos, lo mismo que evidentemente aprendieron a usar su lengua.

No cabe duda, pues, de que en el imperio de Atila, algunos individuos, probablemente gran cantidad de ellos, estaban muy ocupados renegociando su identidad como una forma más de intentar abrirse paso hacia la prosperidad, cuando cambiaron a su alrededor las condiciones políticas y las oportunidades. Para algunos especialistas, de hecho, los testimonios históricos y arqueológicos vienen a sugerir que las identidades de grupo en ese imperio multicultural eran infinitamente maleables. En esencia, todos los que fueron atraídos a la órbita de los hunos a finales del siglo IV y comienzos del V se convirtieron plenamente en hunos. El núcleo original nómada y los contingentes mayoritariamente de lengua germánica que engrosaban las huestes del imperio de Atila llegaron a compartir todos ellos la misma identidad colectiva de hunos y luego, a la muerte de Atila, renegociaron su identidad por segunda vez para formar los distintos grupos que se independizaron en las décadas de 450 y 460.³⁴ No me cabe la menor duda de que este esquema vale en el caso de algunos individuos y algunos grupos, pero pasa por alto un conjunto importante de testimonios históricos que demuestran que las estructuras del imperio de los hunos imponía límites muy claros al grado en el que cada individuo podía adoptar la identidad de grupo que quisiera, decisión que le habría proporcionado la máxima prosperidad material que podían alcanzar.

Para empezar, vale la pena pensar un poco más en el mercader griego de Prisco. Su camino hacia el éxito pasó por tener que ponerse al servicio de su nuevo amo en el campo de batalla y salir airoso del combate, utilizando el botín obtenido para comprar su libertad. Y aunque es evidente que habría podido obtenerse mucho botín durante las victoriosas campañas de Atila de la década de 440, debemos preguntarnos cuántos prisioneros romanos es probable que salieran tan bien librados. La respuesta es indudablemente que no habrían sido muchos. A menos que la mesa de Onegio fuera verdaderamente enorme, no habría podido dar cabida a muchos ex prisioneros favorecidos, ¿y cuántos prisioneros romanos sin experiencia militar es de suponer que tuvieran habilidad y suerte suficiente para abrirse camino en el campo de batalla? Bastante menos citada es otra anécdota de Prisco. Tiene que ver con la suerte que corrieron otros dos prisioneros, igualmente reclutados para prestar servicio militar a las órdenes de los hunos,

que aprovecharon el caos reinante en el campo de batalla para saldar cuentas matando a su señor. Fueron ahorcados.³⁵ Sospecho que probablemente esta situación menos armoniosa fuera la que prevaleciera en la mayoría de las relaciones amo-esclavo, y no el feliz resultado alcanzado por el mercader de Prisco.

Además, todas estas anécdotas tienen que ver con romanos hechos prisioneros individualmente. Los contingentes de origen no huno de Atila fueron incorporados en su mayoría al imperio en bloques de población bastante grandes. Numerosos testimonios históricos indican que para ellos el modelo predominante de relaciones ayudaba mucho menos a que se produjeran con facilidad grandes cambios de identidad a gran escala. En primer lugar, el de los hunos no era un imperio al que la gente se uniera voluntariamente. Los testimonios en este sentido son abundantes y coherentes. Las gentes de origen no huno pasaban a formar parte del imperio por medio de la conquista o la intimidación. Tal fue el caso, por ejemplo, con seguridad de los acatciros, que fueron las últimas víctimas de los hunos en tiempos de Atila. Hubo alguna que otra maniobra diplomática, pero en último término el plan era inequívoco: «Atila envió sin dilación a una numerosa tropa, aniquiló a algunos y obligó a los restantes a someterse». Había sido naturalmente con el fin de librarse de una suerte similar por lo que tervingos y greutungos habían llegado a la ribera del Danubio en 376. De hecho, todos nuestros testimonios indican que entre los súbditos de Atila había no sólo muchísimos voluntarios, sino también gentes que no habían sabido quitarse de en medio a tiempo.³⁶ Este dato sugiere de inmediato que las relaciones entre los hunos y sus súbditos probablemente no fueran tan armónicas como pudiera parecer. Punto que se ve confirmado por la siguiente serie de testimonios.

Fundamental para entender debidamente el imperio de los hunos es el hecho de que era intrínsecamente inestable. Este rasgo suele recibir muy poca atención de los estudiosos debido a que casi todo nuestro material descriptivo es el que nos ofrece Prisco, que escribió acerca de su apogeo en tiempos de Atila en la década de 440. Pero si miramos un poco más allá, los testimonios de inestabilidad aumentan rápidamente. Como eran tantos los súbditos de los hunos que formaban parte de su imperio sin querer, los romanos pudieron en

todo momento reducir su poder arrebatándole pueblos sometidos, muchos de los cuales estaban más que dispuestos a aprovechar la primera oportunidad que se les presentase para escapar. Desde luego había sido precisamente debido a la pérdida de sus súbditos por lo que Uldino había sido derrotado en 408-409, pero en ese caso no sabemos si fue o no la línea de fractura existente entre los súbditos no hunos y sus señores hunos lo que aprovecharon los primeros.

Otros testimonios son mucho más claros. En la década de 420, por ejemplo, los romanos de Oriente apartaron a un gran contingente de godos del control de los hunos cuando expulsaron a éstos de algunos rincones de Panonia. Los godos fueron trasladados a Tracia y parece que después prestaron servicio con lealtad en el ejército del Imperio Romano de Oriente.³⁷ En otras ocasiones, fueron los propios súbditos los que tomaron la iniciativa:

Quando Rua era rey de los hunos, los amilzuos, itimaros, tounsoures, boiscos y otras tribus que habitaban cerca del Danubio huyeron para combatir al lado de los romanos.³⁸

Estos sucesos datan de finales de la década de 430, cuando Rua, tío de Atila, había cosechado ya numerosos triunfos; pero ni siquiera ese éxito ni la parte que pudiera tocarles del botín obtenido a raíz del mismo fueron un incentivo suficiente para garantizar la adhesión de los súbditos. En cualquier caso, como cabría esperar, el comienzo de un nuevo reinado constituía siempre un momento particularmente tenso:

Quando [al principio de su reinado, c. 440] firmaron la paz con los romanos, Atila, Bleda y sus tropas marcharon a través de Escitia sometiendo a las tribus del país y también hicieron la guerra a los sorogsos.³⁹

Reafirmar el propio dominio sobre los grupos sometidos una vez establecido como caudillo de los hunos probablemente constituyera una necesidad básica para cualquier nuevo soberano. Hasta tal punto que, cuando podían, los caudillos hunos intentaban asegurarse de que los romanos no pudieran provocar disturbios entre ellos. En el primer tratado que concluyeron con Constantinopla, Atila y Bleda obligaron a los romanos de Oriente a admitir que «no harían alianzas con ningún pueblo bárbaro contra los hunos cuando éstos se prepararan a hacer la guerra contra ellos».⁴⁰

Los ingentes conflictos internos que se desencadenaron a la muerte de Atila entre los hunos y sus pueblos sometidos no fueron, pues, una excepción aislada, sino que nos iluminan acerca de un problema estructural mucho más hondo que existía en el imperio de los hunos. La imagen de paz interior y de tranquilidad que nos transmite la embajada de Prisco a Atila es profundamente errónea. El imperio fue creado por medio de la conquista, era mantenido gracias a la intimidación, y la única manera de abandonarlo, como pone de manifiesto el relato de los acontecimientos sucedidos a la muerte de Atila, era empuñando las armas.

La explicación de por qué tuvo que haber esta hostilidad constante entre gobernantes y gobernados se basa en gran medida en otro fragmento de la *Historia* de Prisco que trata del último ataque de Dengizich contra el Imperio Romano de Oriente en 467-468, casi veinte años después de que el historiador visitara la corte de Atila. Se cuenta en él cómo los distintos contingentes de la fuerza mixta compuesta por godos y hunos fueron enfrentados por un agente provocador romano. Y lo hizo concretamente recordando al contingente godo cómo se comportaban con ellos en general los hunos:

A éstos no les preocupa en absoluto la agricultura, sino que, como lobos, atacan y roban las provisiones de los godos, de modo que éstos se ven reducidos a la posición de esclavos y sufren hambre y escasez.⁴¹

Quitarles las provisiones constituía, naturalmente, sólo una parte de la historia. Los pueblos sometidos fueron empleados también para que combatieran en las guerras de los hunos. Mientras que es indudable que el mercader de Prisco convertido en huno prosperó, es muy probable que su caso fuera sumamente singular. Como ya hemos señalado, de los civiles romanos que cayeran prisioneros lo más probable es que fueran pocos los que resultaran útiles a la hora de combatir, y cabe suponer que cuando fueran empleados por los hunos en sus campañas sufrieran un número de bajas terrible. Para la mayoría, la realidad de formar parte del imperio de los hunos era una dolorosa experiencia de conquista militar seguida de explotación económica, aderezada de vez en cuando con la obligación de tener que combatir en las guerras de Atila.

Igualmente significativo —y en eso es en lo que se diferenciaba tan marcadamente del Imperio Romano— es que el de los hunos carecía por completo de la capacidad de gobierno necesaria para administrar de cerca los asuntos de sus súbditos. Como es bien sabido, toda la burocracia de los hunos consistía en un secretario romano proporcionado por Aecio, el gobernante de facto del Imperio Romano de Occidente, y un prisionero romano capaz de escribir cartas en latín y en griego. Lo que esto significaba en la práctica es que, una vez conquistados, era preciso dejar que los grupos sometidos siguieran administrando directamente sus asuntos cotidianos. Ello no significa que todo siguiera su curso absolutamente igual que antes. Por ejemplo, cuando conquistó a los acatciros, Atila encargó a uno de sus hijos supervisar a los jefes de la tribu que habían sobrevivido, tras eliminar a varios que habían opuesto resistencia. De modo parecido, aunque los godos que formaban parte de la fuerza invasora de Dengizich en 467-468 —aludidos en el fragmento citado más arriba— seguían teniendo sus propios jefes, carecían de un caudillo general. Dado que todos los grupos góticos independientes de los que tenemos noticia entre los siglos III y V, poseían un líder destacado, incluso cuando el poder era compartido, por ejemplo, entre varios hermanos (como ocurrió al principio entre los godos de los Amalos), cabe imaginar que la supervisión de los hunos supusiera a menudo impedir la aparición de caudillos generales entre las concentraciones más numerosas de súbditos vencidos.⁴² El sentido que habría tenido semejante estratagema para los hunos habría sido exactamente el mismo que habría tenido anteriormente para los romanos, cuando actuaron contra los alamanes que habitaban fuera del Imperio, o en el tratado de 382 contra los godos que vivían dentro de él. Si se elimina a un líder general, se estimula la rivalidad política dentro del grupo, y se reduce la posibilidad de que éste organice una resistencia efectiva.

Nos induce también a sacar semejantes conclusiones la historia política de los godos de los Amalos. Anécdotas conservadas por Jordanes indican que Valamero no heredó su posición de supremacía sobre ellos, sino que realmente tuvo que crearla quitando de en medio a los capitanes de las partidas de guerreros rivales, y atrayendo hacia su base de poder, cuando le fue posible, a los seguidores de los individuos a los que había derrotado. Estos episodios no tienen fecha, pero parece más probable que ocurrieran

después, no antes de la muerte de Atila, pues ésta suscitó precisamente el problema que las estrategias empresariales, al perecer, pretendían evitar: la existencia de un contingente gótico lo bastante fuerte para actuar con independencia. Hasta que no se produjo esa unificación los godos en cuestión no tuvieron poder suficiente ni para invadir la zona del Danubio Medio ni para solicitar a Constantinopla que reconociera su independencia.⁴³ Y si lo que ocurrió con los godos ocurrió también de manera más general con los demás súbditos de los hunos, se explicaría así también por qué los esciros tuvieron que buscar un rey entre los principales incondicionales de Atila cuando el poder de los hunos se vino abajo.

Si miramos más allá de la imagen de Atila en todo su esplendor, pues, podemos empezar a entender la inestabilidad intrínseca de su imperio. A diferencia del de Roma, que tardó siglos en convertir a sus súbditos —o al menos a las elites terratenientes— en ciudadanos romanos de pleno derecho, disipando de ese modo las primitivas tensiones creadas por la conquista, los hunos carecían de capacidad burocrática para administrar directamente a sus súbditos. Sospecho en realidad que el verdadero grado de dominación y de intromisión de los hunos varió considerablemente entre unos grupos y otros. Parece que los gépidas tenían ya un caudillo general de todos en el momento de la muerte de Atila, por ejemplo, hecho que probablemente explique por qué fueron los primeros en afirmar su independencia. Otros grupos, como los godos de los Amalos, tuvieron que buscar un caudillo general entre mediados y finales de la década de 450 antes de poder empezar a desafiar la hegemonía de los hunos, y otros, como los godos dominados todavía por Dengizich en 468, nunca lo consiguieron.⁴⁴

Si tuviéramos mejores fuentes, la progresión narrativa probablemente demostraría que el imperio de los hunos fue desgajándose en partes como si fueran las capas de una cebolla a partir de 453, con diferentes grupos sometidos afirmando su independencia en distintos momentos, en una relación inversamente proporcional al nivel de dominación que los hunos hubieran ejercido hasta entonces sobre sus vidas. Dos variables fundamentales —y quizá relacionadas entre sí— probablemente fueran en primer lugar el grado en que hubiera quedado intacta la estructura política de los súbditos, y, en segundo lugar, la distancia que los separara del corazón del

imperio huno, donde Atila tenía los campamentos en los que fue visitado por la embajada de Prisco. Algunos grupos, establecidos muy cerca de esos campamentos, eran dominados con mano de hierro, siendo suprimida de raíz cualquier tendencia a la organización entre ellos de un liderazgo unificado. Otros, establecidos a mayor distancia, conservaban en mayor grado sus estructuras políticas y estaban mucho menos controlados. En tiempos de Atila, francos y acatciros definían los límites geográficos del imperio. Tenemos noticia de que Atila intentó intervenir en una disputa por la sucesión entre los francos, de modo que ni siquiera el norte del Rin se hallaba fuera de su órbita, y en cuanto a los acatciros se habían asentado al norte del mar Negro. Entre unos y otros, diversos grupos de turingios, godos, gépidas, suevos, esciros, hérulos, sármatas y alanos danzaban, aunque en distinto grado cada uno, al son que tocaba Atila.⁴⁵

Vale la pena plantear otro posible factor que habría complicado la situación. Carecemos de información detallada acerca del imperio de Atila, pero una fuente bizantina fiable nos ofrece interesantes noticias en torno a los distintos grados de estatus vigentes en el imperio de otro pueblo nómada, el de los ávaros, dos siglos después. Se cuenta en ella la anécdota de un grupo de prisioneros romano-orientales que fueron arrancados originalmente de sus hogares y llevados al norte para ser reasentados como esclavos de los ávaros cerca de la antigua ciudad romana de Sirmio. Con el tiempo, fueron ascendidos de categoría y se les concedió un estatus de hombres libres, pero en cualquier caso subordinados, dentro del imperio, reconociéndoseles sus propias autoridades políticas.⁴⁶ Conviene no reducir indebidamente la variedad de posibilidades permitidas sólo porque no tenemos fuentes de calidad similar en uno y otro caso. Puede que el imperio de Atila estuviera articulado de forma parecida, con estatus intermedios entre lo que era un huno de pleno derecho y un huno esclavo. Deberíamos subrayar, sin embargo, que ni siquiera su ulterior ascenso permitía a los cautivos y a sus descendientes acumular suficientes acciones en la empresa de los ávaros para querer seguir formando parte de ella de manera incondicional. Cuando se presentó la ocasión de escapar del control de los ávaros, la aprovecharon.

Todo esto tiene importantes implicaciones para el funcionamiento de las identidades colectivas dentro del imperio de los hunos. Éstas no eran desde luego inalterables. El ex mercader griego de Prisco demuestra que entre los hunos algunos esclavos particularmente afortunados tenían la posibilidad de progresar y alcanzar el estatus de hombres plenamente libres, esto es, cruzar las líneas divisorias ya existentes en materia de estatus e identidad. Pero el núcleo original de los propios hunos estaba experimentando por aquella época cambios sustanciales en lo tocante a la identidad de grupo. Ya he mencionado anteriormente que hasta donde podemos asegurarlo, su identidad original se basaba en la lealtad inmediata a una serie de reyes jerarquizados, cuya asociación creaba el grupo mayor, pero esas identidades de nivel inferior fueron suprimidas por la estructuración política creada tras la ascensión al poder de la dinastía de Rua y Atila. Este tipo de proceso afectó también a otros grupos nómadas mejor atestiguados que lograron abrirse paso hasta los confines occidentales de la estepa euroasiática e incluso más allá. Los llamados turcos selyúcidas del siglo XI, por ejemplo, no eran una entidad política muy antigua, sino un gran contingente de nómadas de lengua túrquica, unidos —temporalmente— bajo el liderazgo asombrosamente afortunado del clan de Selyuk, que eclipsó a sus potenciales rivales conquistando gran parte de Oriente Próximo.⁴⁷ Pero a pesar de lo espectacular del fenómeno, ese proceso político tiene una fuerte tendencia a generar ganadores y perdedores incluso en su núcleo duro de partidarios, lo que quizá explica por qué tenemos indicios de que, cuando el imperio empezó a venirse abajo, algunos grupos de hunos prefirieron ponerse en manos de unos líderes distintos y abandonar a los hijos de Atila.

Más espectacular aún fue la reestructuración experimentada al menos por algunos súbditos de los hunos. Sus nuevos señores intervinieron con bastante frecuencia en el extremo superior del espectro político, suprimiendo las estructuras de liderazgo supremo existentes entre algunos de los súbditos gobernados con mano más férrea. Da la sensación de que Atila reclutó a colaboradores de orígenes muy diversos, parte de cuyo trabajo quizá fuera supervisar a los grupos sometidos, cuyo estatus, como hemos visto, probablemente fuera muy distinto, aunque no tenemos testimonios detallados de la época de los propios hunos. Este tipo de planteamiento era muy

prudente. Al tener que gobernar un imperio compuesto en gran parte por súbditos más o menos autónomos, Atila necesitaba subordinados leales que gestionaran sus asuntos o supervisaran a los encargados de esa gestión. Ese mismo tipo de estrategia es lo que sugieren los hallazgos de oro en los niveles arqueológicos asociados con el imperio de los hunos en su apogeo. Se ha encontrado oro en cantidades relativamente grandes, pero incluso esto representa probablemente sólo una parte de todo el que fue enterrado originalmente. Es imposible saber cuánto fue recuperado y reciclado a lo largo de los siglos por los sucesivos ocupantes de la Llanura Húngara. Deberíamos subrayar que el oro es un producto cuyo hallazgo es raro en los restos arqueológicos germánicos antes del tiempo de los hunos, de modo que cuesta trabajo no exagerar la importancia de la nueva riqueza que empezó a estar al alcance de la mano cuando Atila saqueó el mundo romano. Así pues, junto a la dominación militar, Atila utilizó también a todas luces el reparto del botín capturado en sus campañas contra los romanos para dar a los caudillos sometidos un aliciente más para acatar su dominio, del mismo modo que los romanos hacían regalos anuales incluso a los caudillos bárbaros a los que acababan de derrotar o someter.⁴⁸

Pero mientras que las densas concentraciones de soldados llegados hasta allí desde todos los rincones del mundo bárbaro, especialmente individuos de lengua germánica, convirtieron la Gran Llanura Húngara en un crisol cultural, supusieron también un estorbo a la disolución total de las identidades de grupo a gran escala. La finalidad que perseguían los hunos con la conquista de godos, gépidas, hérulos y demás, era convertirlos en súbditos cuyo potencial militar y económico pudieran dominar y explotar. Si se hubiera permitido a todos ellos convertirse en hunos libres de pleno derecho, como le ocurrió al antiguo mercader romano, el trato que les habría sido dispensado al adquirir esos privilegios habría supuesto forzosamente un cambio para mejor, como sucedió en el caso citado. Y de ser así, el beneficio general de sus conquistas iniciales obtenido por los hunos habría desaparecido. El imperio de los hunos fue, en efecto, multicultural, pero, como suele ocurrir en las sociedades multiculturales, eso no significa que las identidades colectivas existentes en él fueran infinitamente maleables ni que se pudieran erosionar fácilmente. Como ser huno significaba poseer un estatus superior, el carácter

multicultural del impero levantaba de hecho una serie de barreras en torno a la identidad huna. La falta de capacidad burocrática de los hunos hizo que sus súbditos conservaran intactas al menos sus autoridades intermedias, perpetuando de ese modo las estructuras en torno a las cuales pudiera sobrevivir el sentido que tuvieran de identidad de grupo. Al mismo tiempo, la explotación que tuvieran que soportar les daba un incentivo para preservar dichas identidades, pues éstas eran el único vehículo a través del cual habrían podido derrocar la dominación de los hunos refugiándose en el Imperio Romano o recuperando en un determinado momento su independencia política por la fuerza. Estas opciones no habrían sido posibles para un grupo que tuviera fragmentada su capacidad de acción colectiva o que la hubiera perdido por completo. Hay buenas razones, pues, para entender por qué las viejas identidades no se habrían esfumado demasiado fácilmente bajo el dominio de los hunos.

Deberíamos subrayar que los testimonios arqueológicos tampoco están ni mucho menos en contradicción con la visión del imperio de los hunos que nos ofrecen los testimonios históricos, esto es, un mundo dividido por las tensiones internas entre gobernantes y gobernados, aunque adoptemos la tesis de que la invisibilidad de los hunos deriva del hecho de que empezaran enterrando a sus muertos en formas asociadas hasta entonces con sus súbditos germánicos. Cuando nos enfrentamos a los testimonios arqueológicos, a veces se hace patente cierto grado de confusión metodológica. En un mundo intelectual que ha ido más allá de la historia cultural, hoy día todo el mundo tiene perfectamente claro que no cabe pensar que cada grupo tenga su propia cultura material característica. Pero a veces se da por supuesto que si una cultura material repartida regionalmente no muestra diferencias claras de ninguna clase, no puede haber habido en ella diferencias de identidad claras. Se trata, sin embargo, de una aplicación inversa de la vieja concepción errónea que se oculta detrás de la historia de la cultura: a saber, que los distintos grupos tendrían culturas materiales distintas. Si las diferencias existentes dentro de un modelo regional de cultura material no pueden usarse necesariamente para hablar de identidades políticas distintas, tampoco se podrá utilizar su ausencia para negar la posible existencia de diferencias políticas. La identidad tiene que ver con estructuras mentales y políticas —las

demandas planteadas por algunos individuos y la disposición de los grupos a asumirlas—, no con estructuras culturales materiales. Esta circunstancia limita seriamente la capacidad que tienen los testimonios arqueológicos de intervenir en el debate en torno a la identidad, salvo en circunstancias excepcionales, a menudo cuando hay otras informaciones disponibles acerca de determinados objetos materiales dotados de una significación especial. El hecho de que en la Europa de los hunos todo el mundo utilizara a grandes rasgos la misma cultura material no significa que no existieran líneas divisorias fundamentales que marcaran la diferencia de estatus ni que no actuaran en ella identidades de grupo.⁴⁹

Identidades en decadencia

El relato de la caída del imperio de los hunos —por llamar de algún modo a los testimonios que hablan de su creación y mantenimiento— confirma lo importantes que eran esas identidades internas, aunque una vez más intervinieran en ese proceso ulteriores reconfiguraciones. El imperio se destruyó desde dentro, cuando los diversos pueblos sometidos reafirmaron militarmente su independencia a la muerte de Atila. Si todos se hubieran asimilado voluntariamente a una identidad hunica igualitaria, ¿por qué iba a haber sucedido una cosa así? Actuando en conjunto, habían conseguido sacar al Imperio Romano las ingentes cantidades de oro que aparecen en los enterramientos de la zona del Danubio Medio. Estas tumbas nos muestran un grado de rapacidad que, actuando por separado, difícilmente habrían sido capaces de alcanzar los distintos grupos, como subrayan la ausencia general de oro en los restos germánicos de fecha anterior y la facilidad con la que el Imperio Romano de Oriente supo reconstruir su dominio sobre los Balcanes a finales del siglo V, cuando se vino abajo la unidad creada por los hunos.⁵⁰ En efecto, la energía que los no hunos emplearon en escapar al dominio de estos últimos demuestra más allá de cualquier duda razonable que la inferioridad de su estatus y el grado de explotación que comportaba dicha posición significaban que los costes que para ellos representaba el hecho de formar parte del imperio no compensaban en general los beneficios que pudieran

obtener algunos de ellos de la mayor capacidad predatoria generada por la existencia del imperio. En cuanto se presentó la ocasión a la muerte de Atila, se desencadenó una rápida carrera hacia la independencia.

Como sucediera con su incorporación inicial, el proceso de salida de la dominación de los hunos supuso una ulterior renegociación de las identidades colectivas. Si en todas las concentraciones más densas de súbditos —o aunque sólo hubiera sido en muchas de ellas— la supresión de sus líderes supremos hubiera constituido un capítulo más de su incorporación al imperio de los hunos, por todos los dominios de Atila se habría desarrollado una pugna por la consecución de la hegemonía y del poder como la que llevó a la unión de Edecón y los esciros. Y desde luego Valamero, como hemos visto, tuvo que unir a los que después se convertirían en los godos de los Amalos derrotando a otros dinastas, y quizá llegara incluso a reclutar a soldados que no eran godos. Aparte de las grandes unidades de población nombradas que aparecen como estados sucesores del imperio de los hunos a finales de la década de 450 y comienzos de la siguiente, figuran también en nuestras fuentes, aunque sea de manera fugaz, otros grupos más pequeños, como los sorogsos, amilzuos, itimaros, tounsures, y boiscos, mencionados en diversos fragmentos de la historia de Prisco. Varios de ellos lograron entrar en territorio romano cuando se vino abajo el imperio de los hunos, y el carácter caótico de la acción de reasentamiento llevada a cabo por el estado romano se ve reflejado en parte en su posterior distribución, según Jordanes:

Los sármatas y los cemandros y parte de los hunos habitaban en Castra Martis ... Los esciros, junto con los sadagarios y parte de los alanos ... obtuvieron Escitia Menor y Mesia Inferior ... Los rugios, en cambio, y algunas otras naciones solicitaron vivir en Bicie y Arcadiópolis. Hernac, el hijo menor de Atila, y sus seguidores, escogieron habitar en los confines más alejados de Escitia Menor. Emnetzur y Ultzindur, parientes suyos, ocuparon por la fuerza Esco, Uto y Almo en Dacia.⁵¹

Estos grupos fueron destinados a una o a varias bases militares bizantinas del norte de los Balcanes, de modo que ninguno de ellos pudo ser demasiado numeroso. Presumiblemente otros grupos similares habrían sido integrados en los reinos más grandes que empezaron a aparecer a raíz del colapso del imperio de los hunos. Entre los descendientes de los que acompañaron a Teodorico el Amalo hasta Italia a finales de la década de 540,

por ejemplo, había algunos hunos bitigures. Éstos habían estado anteriormente al mando de los hijos de Atila y habían luchado contra Valamero, el tío de Teodorico, por lo que entre una fecha y otra habrían tenido que renegociar su lealtad política.⁵² Esto mismo habría podido suceder todas las veces que fuera necesario, por supuesto, pero la redistribución de los componentes del imperio de los hunos a raíz de la muerte de Atila constituye una posibilidad evidente.

A un plazo ligeramente más largo y a una escala también mayor, ésa fue más o menos la suerte que corrieron los rugios. Formaron uno de los primeros reinos sucesores del imperio de los hunos, pero luego unieron su destino al de Teodorico cuando Odoacro acabó con su independencia. Los gépidas y los lombardos siguieron adelante con esta tradición de unir restos de pueblos bajo su protección. Los hérulos vencidos se unieron a los primeros (aunque, al menos al principio, no les gustaran los términos que les ofrecieron), y cuando los lombardos emprendieron la marcha hacia Italia a finales de la década de 560, se llevaron consigo, según Pablo Diácono, a suevos, hérulos, gépidas, bávaros, búlgaros, ávaros, sajones, godos y turingios. Al menos los tres primeros nombres de esta lista representan parte de los restos del naufragio del imperio de los hunos en la zona del Danubio Medio.⁵³ No deberíamos subestimar los reajustes de la identidad política que implicó la creación de los reinos sucesores a la muerte de Atila. Algunos, o quizá todos, no eran grupos culturalmente homogéneos, cerrados a los extraños y acostumbrados a reproducirse en el tiempo a través de la endogamia, sino monarquías nuevas confeccionadas a partir de restos heterogéneos que tenían en común el interés por librarse del control de los hunos. Incluso los gépidas, que aparentemente eran los que menos sometidos estaban a los hunos incluso en tiempos de Atila y que tenían ya su propio rey, quizá se dedicaran a reclutar nuevos elementos cuando el imperio se vino abajo. Pero lo mismo cabría decir de grupos como los esciros o los godos de los Amalos, que alcanzaron —o volvieron a alcanzar— la unidad en esa época, y es perfectamente verosímil que otros grupos acerca de los cuales carecemos de información —como los rugios, los suevos y los hérulos— tuvieran unos orígenes igualmente confusos.

Estas monarquías tampoco eran «pueblos» en otro sentido importante de este término en el que ha sido usado tradicionalmente. Como hemos visto, trescientos años de complejidad económica cada vez mayor habían creado desigualdades sociales en el mundo germánico o en general las habían reforzado. Para uno de los grupos que habían sido sometidos por Atila, los godos de los Amalos, tenemos testimonios explícitos de que ello había supuesto que en su población hubiera guerreros de dos estatus distintos, que probablemente debemos identificar con los hombres libres y los libertos. Lo mismo cabe decir de los lombardos, que no irrumpieron con fuerza en la región del Danubio Medio hasta que los hijos de Atila cejaron en la lucha. Si de lo que se trata es de entender la identidad colectiva, esta circunstancia viene a añadir una importante dimensión extra. Sólo los guerreros de estatus superior se beneficiaban de la existencia del grupo al que pertenecían, a través de los derechos y privilegios que ello les otorgaba, y cabe suponer que sólo ellos se sintieran plenamente comprometidos con esa identidad de grupo. La importancia de este hecho queda patente en los relatos históricos. En un momento dado, en el curso de la conquista de la Italia ostrogoda a manos de los bizantinos, fueron muertos todos los guerreros de rango superior de un contingente godo de Dalmacia. El resto de guerreros, los de rango inferior, se rindieron inmediatamente. Y a lo largo del relato de esa guerra que hace Procopio, vemos que las pérdidas sufridas por el grupo de estatus superior fueron causa especial de alarma y de desaliento entre los godos.⁵⁴

Así pues, al menos las entidades mayores que surgieron a partir del imperio de los hunos no eran «pueblos» en el sentido tradicional de la palabra. Tampoco eran cultural ni jerárquicamente homogéneos, sino un complejo de alianzas y estatus políticos que, además de los dos tipos de guerreros, probablemente incorporaba esclavos sin armas. Dicho esto, no sería justo pasar de un extremo de simplismo a otro: esto es, de la vieja teoría según la cual esas entidades eran grupos de población enteramente cerrados, a la contraria, es decir, la idea de que eran simples banderas de conveniencia sin ninguna estructura ni estabilidad interna. No es éste el lugar para llevar a cabo un análisis exhaustivo, pero vale la pena hacer dos observaciones importantes. En primer lugar, las identidades colectivas no dependían de las estirpes reales, que, según cierta línea de investigación, se ha creído que

proporcionaron fundamento social a unas agrupaciones heterogéneas e improvisadas en forma de simple pretensión de pertenencia a una etnia. Los lombardos escogieron a sus reyes a partir de varios linajes dinásticos, no de una sola familia real, y pudieron seguir siendo lombardos sin tener ni siquiera reyes en algunas épocas. Se trata de un aspecto bien conocido, pero a veces no se ha admitido que los testimonios góticos son mucho más parecidos de lo que pueda creerse al principio. En la década de 520, cuando intentaba asegurar el trono de Italia para su nieto, aún menor de edad, frente a una serie de rivales —algunos de ellos pertenecientes a la propia familia real, aunque otros ajenos a ella—, Teodorico el Amalo, el longevo sobrino de Valamero, realizó una intensa labor de propaganda subrayando que la suya era la estirpe exclusivamente real, la única adecuada para gobernar a esos godos. Casiodoro le ayudó también a «probar» esa afirmación a partir de la historia de los godos, elaborando una genealogía que demostraba que la del nieto era la decimoséptima generación de reyes de la misma familia. Pero los reyes están siempre diciendo cosas de ese estilo, y no habría que creerles, especialmente cuando, en este caso, las afirmaciones de Teodorico acerca del pasado no se sostienen cuando las comparamos con lo que podemos saber por otras fuentes más contemporáneas de los hechos. Análogamente, la genealogía de los Amalos que elaboró Casiodoro fue confeccionada a partir de una mezcla de historia oral gótica y de historia escrita romana, con pinceladas de inspiración bíblica añadidas aquí y allá. La dominación de los Amalos sobre esos godos se consiguió por etapas a partir de c. 450. Por consiguiente deja de sorprender que, cuando el linaje de Teodorico no produjo un heredero varón adecuado, simplemente fuera quitado de en medio de un manotazo: y así fue casi literalmente, cuando su sobrino Teobaldo fue asesinado debido a su falta de autoridad en 536, justo una década después de la muerte del gran rey.⁵⁵

En segundo lugar, a pesar del complejísimo proceso político del que surgieron tras la muerte de Atila, algunas de esas identidades colectivas mayores no fueron tan fáciles de destruir. Aunque formaran parte de los seguidores de Teodorico en 487-488, los rugios, por ejemplo, conservaron su independencia durante otras dos generaciones hasta c. 540, cuando todavía constituían una entidad reconocible en el paisaje italiano. Análogamente, a

pesar de sus penalidades y divisiones, los hérulos siguieron teniendo un sentido notable de identidad colectiva durante otros cuarenta y tantos años tras su derrota a manos de los lombardos en 508. De no ser así, no habrían buscado nunca un jefe de la casa real tradicional entre los miembros de este pueblo que habían emigrado a Escandinavia.⁵⁶ A juzgar por sus historias, los rugios y los hérulos eran entidades «de tamaño medio». Militarmente no eran a todas luces tan poderosas como, pongamos por caso, las confederaciones de godos, lombardos o gépidas que dieron lugar a entidades políticas mucho más longevas y en las que acabaron siendo absorbidos algunos elementos rugios y hérulos. En ambos casos, los testimonios han sido puestos en tela de juicio. La misión de los hérulos a Escandinavia ha sido calificada de «cuento de hadas» y la reaparición de los rugios en 540 se ha considerado un mero invento del historiador Procopio, que tenía —según se dice— una tendencia tan marcada a ver un pueblo en cualquier grupo de bárbaros, que no hay que darle crédito. Ambas anécdotas son contadas en detalle sólo en esa fuente y, siendo así, siempre cabe la posibilidad de negar su validez. ¿Pero tienen realmente algún peso estos argumentos?

En mi opinión, no. En el caso de los hérulos, la misión a Escandinavia es contada con gran lujo de detalles en medio de lo que sería el relato completo de su historia tras ser derrotados por los lombardos. Otros elementos de la misma historia se han visto confirmados en otras fuentes, y al fin y al cabo lo que describe Procopio es la destrucción efectiva de la identidad de los hérulos. Cuando dos contingentes de hérulos acaban luchando uno contra otro, como hicieron en 549 cuando uno combatió al lado de los gépidas y el otro (a través del Imperio Romano de Oriente) a favor de los lombardos, no podemos más que llegar a la conclusión de que la denominación «hérulos» había dejado de tener significación como determinante de la conducta humana. El relato es totalmente plausible, y no contiene incoherencias ni errores evidentes. Por supuesto hay otras cosas que nos gustaría saber, pero lo cierto es que el relato satisface todos los criterios normales de credibilidad básica que suelen emplear los historiadores antiguos y medievales. Análogamente, en el caso de los rugios distintas fuentes cuentan hasta qué punto desempeñaron un papel independiente durante la conquista de Italia por Teodorico a comienzos de la década de 490. De hecho cambiaron de

bando en dos ocasiones, primero uniéndose a Odoacro y luego pasándose de nuevo a los godos. Por consiguiente, no debería llamarnos la atención que conservaran su identidad —todos o parte de ellos— durante aproximadamente una generación más después de la conquista de Italia.

El único motivo para dudar de cualquiera de estas historias es que no encajan con las ideas preconcebidas acerca de la identidad que tienen los dos especialistas modernos que plantean dudas. Profundamente influenciados por las ideas de Barth, ambos defienden la idea de que los grupos germánicos de mediados del primer milenio no habrían podido tener una identidad colectiva fuerte. Pero, como hemos visto, Barth representa sólo una corriente de las modernas investigaciones sobre la identidad, la que no hace excesivo hincapié en apoyar el prejuicio que afirma que las identidades colectivas deben ser siempre muy maleables. Según las circunstancias —la naturaleza exacta de cualquier constructo situacional en concreto—, la identidad colectiva puede ser más fuerte o más débil y, en el caso de los rugios, Procopio nos ofrece incluso un mecanismo que explicaría cómo se conservó su identidad: concretamente, mediante la prohibición voluntaria de contraer matrimonio fuera del grupo.⁵⁷ En vista de su coherencia y de los detalles que contiene, yo no tengo el menor inconveniente en aceptar lo que nos dicen las fuentes. Los hérulos y los rugios probablemente no fueran «pueblos» en el sentido clásico decimonónico del término. No hay pruebas de que poseyeran muchos elementos culturales comunes (aunque, a decir verdad, tampoco las hay de que no los tuvieran), y quizá incorporaran a algunos extraños a través de distintos sistemas de alianzas cuando el imperio de Atila se desmembró. No obstante, estaban unidos por identidades colectivas capaces de ejercer una fuerte presión sobre una cantidad significativa de su población.

Y aunque es más fácil pensar que así ocurriera entre grupos más pequeños y menos heterogéneos, parece que sucedió lo mismo con algunas de las identidades colectivas mayores. Cuando los bizantinos decidieron conquistar el reino ostrogodo de Italia en 536, su llegada provocó una serie de defecciones sucesivas entre algunos subgrupos que prefirieron firmar su propia paz con los invasores antes que permanecer leales a los godos cada uno por su lado. Se nos ha conservado un papiro que arroja alguna luz sobre la situación de un terrateniente godo llamado Gundilas, que cambió varias

veces de bando en un desesperado intento de seguir en sus tierras según fueron fluctuando a su alrededor las alternativas de la guerra durante los veinte años siguientes. Pero ni los protagonistas de las defecciones ni Gundilas habrían podido reflejar cuál fue la respuesta mayoritaria a la invasión bizantina entre los partidarios de Teodorico y sus descendientes. De ser así, no se habrían producido esos veinte años de guerra a través de la cual los godos intentaron mantener su independencia política, especialmente desde que los bizantinos les ofrecieron un tratado de paz que les habría permitido conservar sus tierras a cambio de su sometimiento político. Lo que se pone de manifiesto en el relato de Procopio y en otros diversos testimonios es que el núcleo de guerreros de rango superior que más habían invertido en la identidad colectiva de los godos fue destruido poco a poco durante los años de contienda, a medida que iban cayendo en el campo de batalla.⁵⁸ Éstos eran los hombres que más tenían que ganar manteniendo la identidad de grupo que les había conferido su elevado estatus social, y eran también los que estaban más dispuestos a combatir para que continuara existiendo. Lo más que puedo conjeturar es que esos guerreros de estatus superior, tanto entre los godos como entre otros grupos germánicos de la misma época, fueron los verdaderos bloques que permitieron construir la identidad colectiva, y que la robustez relativa —o no— de un grupo en concreto dependía de sus lealtades y sus actitudes. Eso no significa, por supuesto, que incluso entre esos individuos de rango superior tuvieran todos el mismo grado de fidelidad colectiva. Es algo que no se da en el mundo moderno, y resulta difícil pensar que las cosas fueran distintas en el mundo antiguo.

MIGRACIÓN E IMPERIO

No cabe la menor duda de que incluso en el ámbito de los guerreros de elite la ascensión y la caída del imperio de los hunos forzaron una gran renegociación de la identidad colectiva. La primera fase de esa renegociación se vio estimulada por la conquista y los mecanismos de control que ésta trajo consigo: particularmente la supresión de los peligrosos señoríos de mayor envergadura. La segunda se produjo tras la muerte de Atila, desencadenando una desbandada hacia la reorganización, cuando las concentraciones de

guerreros formaron entre esos súbditos grupos suficientemente fuertes como para quitarse de encima el dominio de los hunos. Pero no existe razón alguna para suponer que cualquiera de estos procesos erosionara de forma sustancial la distinción entre los hunos y sus súbditos. Los propios hunos tenían un claro interés en mantener a grandes rasgos esa línea divisoria, aunque, mediante halagos deliberados, Atila se encargó de cultivar a un conjunto de caudillos súbditos particularmente manejables o semimanejables. Sin esa clara delimitación, se habrían perdido los beneficios que suponía el hecho de haber sido los primeros en conquistar a tantos súbditos y, en cualquier caso, parece que a algunos grupos probablemente más periféricos, como los gépidas, se les permitió que siguieran con su monarquía intacta. Se trataba, pues, de una estructura en la que existían barreras muy claras a cualquier intento de cambio absoluto de identidad colectiva. Pero aunque, como consecuencia de esta situación, los reinos sucesores empiezan a parecerse más a alianzas que a «pueblos» y aunque es indiscutible que el tipo de identidades que crearon eran más políticas que culturales, entre numerosos núcleos de adeptos los hunos fueron capaces de crear identidades colectivas fuertes, a juzgar por el hecho de que habría sido precisa una gran concentración de guerreros para acabar con ellas y de que, incluso después de sufrir contundentes derrotas, esas identidades llegarían a conservarse durante otro par de generaciones.

Ésa es al menos la conclusión que nos sugieren los testimonios históricos, y no hay razón para ponerlos en duda. Los testimonios en los que se basa este relato superan todas las pruebas normales de credibilidad, y el único motivo para rechazarlos sería la idea a priori de que la identidad en el siglo V no habría podido funcionar de ese modo. Pero las concepciones modernas de la identidad colectiva no permiten que se mantenga en pie semejante idea; de hecho, encaja perfectamente con una visión de las identidades colectivas según la cual éstas actuarían por capas, y con la posibilidad de que el individuo tuviera cierta libertad de modificar sus lealtades según las circunstancias. Aunque no pertenecían a «pueblos» culturalmente homogéneos, debemos considerar seriamente esos nombres como concentraciones importantes de seres humanos. Esto a su vez sugiere que cuando estos grupos entraran y salieran de la región del Danubio Medio

con la ascensión y caída del imperio de los hunos, se habría generado una actividad migratoria importante. La limitada cantidad de testimonios detallados de la época de los que disponemos confirma semejante postulado.

Los pueblos de Atila

Los mejores testimonios históricos acerca de la migración de los bárbaros tienen que ver de nuevo en su mayoría con los godos, esta vez con los godos de los Amalos que irrumpieron en la historia de la cuenca media del Danubio al mando de Valamero, el mayor de tres hermanos, poco después de la muerte de Atila. Vale la pena analizar con cierto detalle los testimonios que tenemos acerca de estos godos, porque nos proporcionan un punto de referencia razonablemente sólido con el que comparar otras actividades migratorias a las que se hace referencia con mucha más brevedad. De hecho sigue abierta la cuestión de si llegaron al oeste de los Cárpatos sólo después de la muerte de Atila, o si su repentina supremacía entre mediados y finales de la década de 450 se debió a la unificación al mando de Valamero de varias partidas de guerreros godos que ya estaban establecidos en la región del Danubio Medio cuando se derrumbó el dominio de los hunos. En cualquier caso, en 473, poco después de su gran victoria en la batalla del Bolia, abandonaron Panonia y se trasladaron a las provincias balcánicas del Imperio Romano de Oriente, para entonces a las órdenes de Tiudimero, el segundo de los tres hermanos. A continuación se produjeron varios desplazamientos a larga distancia debido a las complejas maniobras políticas que se desarrollaron a lo largo de los seis años siguientes. Al principio, el grupo se trasladó unos mil kilómetros desde la zona del lago Balatón hasta el cantón de Eordea, al oeste de Tesalónica. En ese momento se produjo la muerte de Tiudimero y el mando pasó a su hijo Teodorico (o mejor dicho Teoderico). En 475-476 se desplazaron otros seiscientos kilómetros hasta novas, a orillas del Danubio, y luego viajaron otros ochocientos kilómetros desde el Danubio hasta la costa del Adriático pasando por Constantinopla, movimiento que dio lugar a la conquista del puerto fortificado de Dirraquio.

Las negociaciones que se entablaron a continuación entre Teodorico y el Imperio Romano de Oriente son contadas con detalle por un historiador de la época, Malco de Filadelfia, que nos permite entender hasta cierto punto a este grupo que en seis años llegó a recorrer dos mil quinientos kilómetros desde que abandonó Panonia. En el curso de esas negociaciones, el caudillo de los godos ofreció seis mil guerreros escogidos a Adamantio, embajador de Constantinopla, para que participaran en varias posibles empresas. Evidentemente ésa no era la suma total de sus fuerzas armadas, pues los no combatientes tuvieron que quedarse en Dirraquio, que necesitaba una guarnición de al menos dos mil hombres. En el caso de los godos de los Amalos, pues, debemos pensar en una fuerza de combatientes de unos diez mil hombres o quizá unos pocos más. En las mismas negociaciones, Teodorico hizo alusión al «gran número de no combatientes existente entre los suyos», y mujeres y niños formaban parte integrante de sus fuerzas cuando posteriormente se trasladó a Italia. Si no a un pueblo en el sentido decimonónico del término, los Amalos condujeron hasta los Balcanes a un gran grupo mixto integrado por varias decenas de millares de individuos, análogo a los grupos de godos que cruzaron con anterioridad el Danubio en 376 o a los nutridos contingentes de fuerzas que participaron en el cruce del Rin de 406.⁵⁹

Este detalle fundamental ha sido negado por un importante estudio de la identidad gótica en Italia (el reino de los godos de Teodorico se creó después de las aventuras que vivieron en los Balcanes). La obra en cuestión afirma que sólo un historiador del Imperio Romano de Oriente, Procopio, habla de la presencia de mujeres y niños dentro del grupo, y que su testimonio está teñido del tópico clásico de la migración. Las fuerzas de Teodorico no constituían un grupo cohesionado de refugiados que huían del caos reinante en el Danubio Medio tras la muerte de Atila, sino un grupo nuevo que fue creciendo en los Balcanes como si de una bola de nieve se tratara, y que estaba compuesto en gran medida por elementos heterogéneos del ejército imperial de Oriente y sobre todo por varones guerreros. Sin embargo, que la fuerza de Teodorico, por lo demás sumamente móvil, estaba formada por un número considerable de mujeres y niños es un detalle citado en diversas fuentes: no sólo en Procopio, sino también en un panegirista de Teodorico

contemporáneo de los hechos, que hablaba en 507 de algunos de los que habían realizado el viaje dieciocho años antes, y en la vida de un santo italiano, compuesta una vez más en Italia durante el reinado de Teodorico.⁶⁰ La acusación contra Procopio es, pues, tan poco convincente como lo era la que se presentó contra la versión que daba Amiano Marcelino de los sucesos de 376. Y en efecto, una vez más como en el caso de Amiano, se puede demostrar que Procopio era capaz de describir actividades muy diversas de los bárbaros. No todos los bárbaros que encontramos yendo de un sitio a otro en sus historias son descritos como «pueblos» emigrantes. Por ejemplo, encontramos en ellas numerosas bandas de guerreros eslavos y de otro origen integradas sólo por varones dedicados al pillaje. Sabemos también que, como los godos de 376, los godos de los Amalos llevaban tras de sí una caravana enorme de carretas. Mientras Teodorico y Adamantio llevaban a cabo sus negociaciones, unas tropas romanas sorprendieron a esa cola de rezagados, que todavía no se encontraban sanos y salvos en Dirraquio, y capturaron dos mil carretas. Presumiblemente fuera en ese apéndice extraordinariamente dilatado en el que el grupo llevara a sus mujeres y a sus hijos, sus bienes y, al parecer, también sus semillas de grano y sus aperos de labranza. Pues todos los bizantinos que negociaron con Teodorico en los Balcanes esperaban que cualquier acuerdo político que pudieran alcanzar con él comportara la concesión a sus godos de tierras de labranza deshabitadas.⁶¹ Aunque no fueran un «pueblo», esos godos constituían una gran población mixta, que cabría esperar de manera plausible que se dedicara a la agricultura y a la guerra. La idea de que un mismo grupo de hombres se dedicara a ambas actividades ha sido puesta a su vez en entredicho por algunos estudios recientes, pero, como hemos visto con anterioridad, es algo perfectamente lógico a la luz del número restringido de guerreros especializados a los que podían sostener los niveles generales de desarrollo económico existentes en la sociedad germánica. Cualquier empresa militar a gran escala que llevaran a cabo los grupos germánicos en esta época tenía forzosamente que estar integrada por una variedad de elementos sociales mayor que los meros séquitos militares, por hombres que labraban la tierra y tenían familia, y

también por jóvenes más desarraigados. Los agricultores-combatientes, como ocurriera con los bóers, son un corolario natural de cualquier sociedad agrícola que no puede sustentar un gran ejército profesional.

Sin embargo, ni siquiera este detalle llega a captar la verdadera magnitud de las fuerzas que Teodorico llevó tras de sí a Italia. Durante su estancia en los Balcanes, añadió a su entorno un numeroso contingente de nuevos reclutas, procedentes de una segunda fuerza gótica totalmente distinta que había sido establecida en Tracia algún tiempo antes de la llegada de los godos de los Amalos a la zona romana de los Balcanes en 473. Cuánto tiempo llevaban allí es un tema muy discutido. Los orígenes de esos godos tracios son oscuros, y habrían podido fácilmente ser fruto de varias fases distintas de inmigración en la zona. Una importante afluencia de godos se produjo ya hacia 420, cuando, como vimos, la acción militar de los romanos liberó a muchos godos del dominio de los hunos en la cuenca media del Danubio. Esos godos fueron luego asentados en Tracia, que es precisamente donde encontramos establecida a la segunda fuerza gótica en c. 470. Eso significa, naturalmente, que hay una laguna de más de una generación entre el asentamiento inicial y el momento en el que los godos de Tracia son mencionados como una fuerza distinta en las fuentes históricas de la época.

Este hecho suscita un problema evidente. Unir las dos fuerzas habría requerido que los godos ya asentados hubieran conservado algún tipo de identidad colectiva entre una fecha y otra, período durante el cual parece que no tuvieron rey. El primer rey de los godos de Tracia cuya autoridad bien establecida conocemos data de comienzos de la década de 470, cuando el grupo se sublevó a raíz del asesinato en Constantinopla de su patrono, el general Aspar. Pero antes de la muerte de Aspar, habían gozado de un estatus especial como *foederati*. Parece que el significado de este término es que semejante título sólo se concedía a los grupos a los que se hacía el favor de no destruir su cohesión interna cuando eran incorporados al ejército del Imperio Romano de Oriente. Y análogamente entre la década de 420 y c. 470 aparece entre las tropas romanas de los Balcanes un número suficiente de generales godos o de nombre godo como para indicar que los godos de Tracia de la década de 470 podrían remontarse realmente de alguna manera a ese primitivo asentamiento. Por otra parte, el imperio de Atila contenía además

otros grupos de godos, y su caída provocó que algunos de ellos se trasladaran al Imperio de Oriente. Bigelis condujo a su contingente gótico a la derrota en el territorio romano de Oriente a mediados de la década de 460, y sus supervivientes (probablemente junto con otros a los que casualmente nadie menciona) habrían podido ser incorporados fácilmente a un grupo ya existente de soldados godos. Tampoco hace falta suponer que todos los «godos» de Tracia fueran realmente godos, aunque las fuentes de la época los califiquen de tales.⁶²

Fueran cuales fueran sus orígenes, a comienzos de la década de 470 los godos de Tracia formaban un elemento distintivo dentro de los efectivos militares de los Balcanes, en los que una vez más había mujeres y niños. En esta época, eran más de diez mil guerreros. En 478, su caudillo —llamado también por desgracia Teodorico, pero conocido habitualmente por su apodo, Estrabón, «el bizco»— cobraba de Constantinopla soldadas y raciones para trece mil hombres. El grupo estaba además lo bastante cohesionado para elegir a un líder encargado de llevar a cabo las negociaciones con el estado romano, del cual había sido aliado fiel. A cambio de cuantiosos subsidios (novecientos diez kilos de oro al año), fueron establecidos bastante cerca de la capital del Imperio, en la cual tenían estrechos vínculos con importantes figuras de la política. El *magister militum* y patricio Aspar, su patrono político hasta 471, era un cacique y personaje influyente que había sido responsable de la elección del emperador León en 457. Aspar siguió detentando en gran medida el verdadero poder en Constantinopla, hasta el punto de que León organizó en 471 su asesinato —lo que le valdría el sobrenombre de «matarife»— para reivindicar su independencia política. Su estrecha relación con un personaje de esa envergadura demuestra que los godos de Tracia constituían una fuerza de primera magnitud en el Imperio de Oriente, y se sublevaron presumiblemente porque el asesinato de Aspar suscitó no pocas dudas respecto a la continuación de su estatus privilegiado. Pero incluso tras la muerte de Aspar, Estrabón siguió manteniendo estrechos lazos con algunos miembros de la familia imperial, y otros partidarios suyos de Constantinopla continuaron manteniéndole informado acerca de los sucesos de la corte. La integración evidente de los tracios en la política del

Imperio de Oriente refuerza también la idea de que algunos de ellos habían sido establecidos en esa región como un contingente militar privilegiado desde la década de 420.⁶³

En un primer momento, la llegada de los godos de los Amalos a los Balcanes planteó un triple conflicto, pues los dos grupos góticos maniobraron para mejorar su posición en la corte del Imperio de Oriente. El problema se resolvió en parte cuando Teodorico el Amalo organizó el asesinato de Recitach, el hijo de Estrabón, en 483-484. Era éste por entonces el caudillo recién elegido de los godos de Tracia, y su padre había tenido un final igualmente siniestro cuando intentando domar un caballo cayó sobre una lanza que estaba colgada delante de un carro o de una tienda. A la muerte de Recitach, los godos de Tracia decidieron mayoritariamente unir su destino al de Teodorico. Ninguna fuente lo dice a las claras —la historia del Imperio Romano de Oriente que trata de este período se conserva sólo en extractos elaborados en la Edad Media, y el fragmento relevante habla sólo del asesinato y no de sus consecuencias—, pero precisamente en este momento los godos de Tracia desaparecen de repente del repertorio histórico como grupo separado, y sólo unos cuantos disidentes que se negaron a unirse a los Amalos seguirían en Oriente en el siglo VI. Había además una lógica que impulsaba a los dos grupos a unirse, pues juntos podían actuar con más eficacia contra Constantinopla, cuya política había sido enfrentar a unos con otros y luego quitar de en medio los restos que quedaran. Y los resultados fueron trascendentales. A juzgar por los distintos indicios que tenemos de las dimensiones de los dos contingentes, esa unión añadió otros diez mil hombres a los de Teodorico, doblando casi de ese modo el número de guerreros godos que tenía a su disposición; y parece que la magnitud de las fuerzas góticas presentes posteriormente en Italia es más o menos del orden de las veintitantas mil.⁶⁴

El asesinato de Recitach puso fin así a un asombroso proceso de amalgama. El tío de Teodorico, Valamero, probablemente fuera el primer miembro de la familia que alcanzó una supremacía hasta entonces desconocida mediante el asesinato, sometiendo a los jefes de las partidas de guerreros góticos rivales y obligándolos a unirse a los godos de los Amalos: maniobras que se produjeron en Ucrania antes del traslado de los godos a

Panonia, o en el Danubio Medio tras la muerte de Atila (si es que este grupo de godos ya estaba asentado allí para entonces). Ninguna de estas partidas de guerreros habría podido contar con mucho más de mil hombres, y quizá estuvieran integradas sólo por varios centenares. Así pues, en el curso de dos generaciones, tío y sobrino habían hecho de la estirpe de los Amalos, que no eran más que los caudillos de una partida de guerreros, los reyes supremos de los godos, al mando de más de veinte mil hombres. Fue esta fuerza mucho más numerosa de soldados, junto con sus mujeres, hijos y caravana de carretas, que en total ascendería a entre cincuenta y cien mil almas, la que se puso en marcha hacia Italia en el otoño de 488.

Naturalmente nos gustaría saber muchas más cosas, pero para mediados del primer milenio estaríamos hablando de unos testimonios bastante buenos. Nos proporcionan además algunos parámetros para analizar a las otras fuerzas que estuvieron yendo y viniendo por la región de la cuenca media del Danubio en tiempos de la ascensión y caída del imperio de los hunos, y enseguida queda patente que ninguno de los demás grupos de población que andaban yendo y viniendo por la zona en esta época era tan numeroso como este contingente verdaderamente monstruoso. Ninguna fuente nos da cifras acerca de cualquiera de los grupos menores del antiguo ejército huno que entraron en el Imperio Romano en la década de 460: las fuerzas de Hormidac, Bigelis, y las de los dos hijos de Atila que quedaban vivos. Pero ninguno consiguió establecer el tipo de posición independiente de la que gozaron los godos de Teodorico, y muchos acabaron diseminados en pequeñas aglomeraciones a lo largo de la frontera del Danubio. Resulta difícil imaginar que cualquiera de ellos hubiera podido sacar al campo de batalla más de mil o dos mil guerreros, y la mayoría quizá constara sólo de unos pocos centenares.⁶⁵

Un poco más numerosas, aunque ni de lejos tan grandes como la fuerza de Teodorico, eran las concentraciones de población provocadas por las derrotas de los hérulos y los rugios. La otra cifra relacionada con los acontecimientos sucedidos tras la muerte de Atila que parece plausible data ya de 549. Cuando los hérulos aliados de los gépidas y de Bizancio se enfrentaron ese año en el campo de batalla, los dos contingentes estaban formados por mil quinientos y tres mil hombres respectivamente. Este hecho

tuvo lugar después que se produjera una segunda división del grupo; la primera, como recordaremos, hizo que se desgajara un número no especificado de hérulos que marcharon a Escandinavia. Tampoco parece probable que ninguna de las concentraciones de hérulos que quedaron en la zona del Danubio estuviera dispuesta a comprometer a la totalidad de sus fuerzas armadas en una guerra en beneficio de otro. Antes de que se produjeran esas divisiones y, por lo tanto, antes también de su severa derrota a manos de los lombardos, quizá pudieran sacar al campo de batalla entre cinco y diez mil guerreros, lo que haría de ellos un grupo un poquito menos poderoso quizá que los godos de los Amalos antes de que Teodorico absorbiera a los godos de Tracia. Carecemos por completo de cifras para los rugios, pero el hecho de que pudieran ser derrotados de forma tan contundente por Odoacro indica que no eran más que una potencia de segunda fila en el panorama del Danubio, es decir, una vez más una fuerza similar o ligeramente inferior a la de los hérulos.⁶⁶

Entre todo el ir y venir de pueblos que conoció esta época el caso más difícil de abordar es el de los lombardos. Está bastante claro que el poder de los lombardos se convirtió en la fuerza hegemónica en la zona del Danubio Medio, pero el proceso histórico que se oculta detrás de este desarrollo es muy turbio. Fuentes lombardas tardías dicen que la conquista de Rugilandia y la consiguiente ocupación de Panonia, por no hablar de los primeros movimientos que los llevaron hasta allí desde la desembocadura del Elba, fueron en todos los casos invasiones capitaneadas por reyes aislados: una vez más se presenta ante nosotros la hipótesis de la invasión. Por otro lado, todos los testimonios de la época indican que la autoridad real entre los lombardos no era un fenómeno demasiado potente. Tras su irrupción en Italia, unos líderes de segunda fila asesinaron al rey y los lombardos estuvieron actuando durante una década sin tener una autoridad real central. Es bastante posible, pues, que las iniciativas independientes por parte de algunos líderes intermedios desempeñaran un papel importante en la acción, sobre todo en sus primeras fases. Como la versión que da Jordanes de la expansión gótica en el siglo III, es indudable que los relatos lombardos de fecha tardía están infectados con el tópico de la migración que resume la acción en el tópico de un rey, un pueblo, un viaje.⁶⁷

Por otro lado, cuando se dirigieron al sur remontando el Elba, los emigrantes lombardos nunca se encontraron con un vacío absoluto de poder, y en el momento en el que llegaron a las tierras de los hérulos tuvieron que vérselas con una potencia no precisamente despreciable a la que se vieron obligados a enfrentarse cara a cara. La expansión de los lombardos por la región del Danubio Medio quizá fuera, por lo tanto, análoga a la expansión germánica del siglo III por la región del mar Negro (véase capítulo 3). Aunque buena parte de la actividad fue llevada a cabo por grupos distintos, algunos o muchos de los cuales quizá fueran pequeños, sobre todo al principio, este flujo migratorio tuvo también la capacidad de generar grupos más numerosos en los momentos trascendentales en los que tuvo que librar grandes batallas. En otras palabras, parece otro ejemplo del modelo clásico que podemos observar en muchos grupos, desde los godos del siglo III hasta los escandinavos del IX, o los bóers del XIX, modelo consistente en que los éxitos de los primeros invasores en un determinado territorio animan a otros a seguirlos, hasta que finalmente entra en liza un líder de rango más elevado acompañado de un mayor número de seguidores. La carencia de fuentes históricas significa que no tenemos el menor indicio del número total de individuos que participaron en estos desplazamientos, ni siquiera sabemos si eran primordialmente partidas de guerreros integradas sólo por hombres o grupos en los que había también mujeres y niños. En el momento de su entrada en Italia en la década de 560, es indudable que intervinieron también familias enteras y, como al menos desde la derrota de los hérulos en 508 lograron reunir grandes contingentes de guerreros, debemos suponer una vez más que fueron precisas unas fuerzas armadas superiores al número del que habrían podido disponer los séquitos de soldados especializados. En tal caso, los grupos sociales mixtos habrían desempeñado un papel importante en la acción en todo momento menos en las primerísimas fases de la expansión lombarda.

Los testimonios arqueológicos relevantes para la migración lombarda no nos proporcionan demasiada información. El ritual funerario característico en Bohemia durante el período tardorromano era la inhumación. A finales del siglo IV y comienzos del V, sin embargo, empiezan a aparecer algunos cementerios de cremación, que muestran fuertes similitudes con los que

encontramos más al norte, en la zona de la que eran originarios los lombardos (la zona septentrional del Elba y del Harz, y las regiones de Altmark y Mecklemburgo). Esos ritos funerarios cada vez más numerosos podrían ser consecuencia de la decisión por parte de la población indígena de Bohemia de incinerar a sus difuntos, pero dado que es indudable que cierto número de lombardos ya habían entrado en la zona del Danubio Medio a finales del siglo v, dichas ceremonias probablemente constituyan un indicio de cuál fue la ruta que siguieron.⁶⁸ No se trata de una prueba contundente, ni mucho menos, pero, como hemos visto, los hallazgos arqueológicos casi nunca nos proporcionan testimonios de una migración totalmente inequívocos. Las culturas materiales de las poblaciones del norte del Elba eran demasiado parecidas unas a otras para que los flujos migratorios de corto recorrido dentro de la región sean visibles con claridad, de modo que no es posible determinar de dónde procedían exactamente los primeros invasores septentrionales de Bohemia. Y, en cualquier caso, los grupos emigrantes quizá reclutaran a sus integrantes entre los habitantes de toda la región.

Análogamente, los testimonios arqueológicos procedentes de la cuenca media del Danubio después de que los lombardos se hicieran con el poder en la zona son en cierto sentido bastante claros: a lo largo del siglo vi, hay una serie coherente de restos perfectamente datados que se centran en la antigua Panonia romana y que se extienden por los territorios en los que las fuentes históricas hablan de dominación lombarda. Dichos restos son sin duda alguna un reflejo del reino de los lombardos. Por otra parte, no tienen nada especialmente distintivo, comparados con otros restos hallados también en el Danubio Medio, especialmente los procedentes de las zonas que, según nos dicen las fuentes históricas, fueron dominadas por los gépidas. Ello no significa que las diferencias entre el reino de los lombardos y el de los gépidas fueran insignificantes. Lo que demuestran realmente las similitudes es que la cultura material de los lombardos del siglo vi siguió una trayectoria parecida a la de los hunos en el siglo v. Con el tiempo, perdió su primitivo carácter distintivo y se adaptó firmemente a los patrones habituales en el Danubio Medio, hecho que tal vez refuerce la idea de que los hunos de la época de Atila son invisibles desde el punto de vista arqueológico porque también ellos adoptaron nuevos patrones en el terreno de la cultura material.

En el caso de los lombardos, su primitivo rito de cremación fue sustituido por el nuevo hábito de enterrar a los muertos sin quemar sus cadáveres en tumbas dispuestas más o menos en hilera, orientadas aproximadamente en sentido este-oeste (en alemán *Reihengräber*). Las mujeres lombardas iban vestidas — al menos en su tumba— como todas las demás danubianas, con un par de broches en cada hombro. La cerámica hecha a mano con diseños característicos del tipo que distinguen a los grupos del Bajo Elba en la época del Alto Imperio dio paso a una cerámica fabricada al torno y decorada con un diseño bastante uniforme habitual en el Danubio Medio. Lo más que podemos afirmar —y se trata de una postura en línea con paralelos etnográficos modernos— es que determinados diseños de fíbula simbolizan su pertenencia en un caso a los lombardos y en otro a los gépidas, pues encontramos dos diseños completamente distintos cuyos patrones de distribución se limitan en cada caso a una mitad de la llanura del Danubio Medio.⁶⁹

En la ascensión y caída del imperio de los hunos podemos observar que se entrelazan diversos fenómenos migratorios. Algunos desplazamientos fueron llevados a cabo por grupos numerosos y concentrados, en particular los de los godos de los Amalos. En 473 varias decenas de millares de individuos abandonaron Hungría y se trasladaron a los Balcanes, posiblemente el mismo grupo que había pasado a Hungría procedente de Ucrania unos veinte años antes: y en 488, un grupo todavía más numeroso, de casi cien mil almas, si le sumamos los godos de Tracia y los refugiados rugios, abandonaron los Balcanes y se dirigieron a Italia. Otros desplazamientos fueron obra de grupos de población más pequeños, refugiados que huían de derrotas militares que habían acabado con antiguas hegemonías, especialmente los hunos y los esciros en la década de 460, los rugios en la de 480, y diversos grupos de hérulos después de 508. Y para completar el cuadro, esta época conoció también un flujo migratorio de carácter predatorio del tipo que acabamos de ver en el caso de los lombardos.

Aunque las fuentes históricas nos proporcionan pocas cifras que sean aceptables, muchos de esos movimientos de inmigrantes armados que entraron y salieron de la región del Danubio Medio representaron una migración en masa al menos en los términos cualitativos empleados en los

estudios de migración comparada. El «impacto» general de la aglomeración tribal de Atila de la primera mitad del siglo V es visible arqueológicamente en el llamado estilo danubiano y, en términos narrativos, en los ataques que los hunos lanzaron contra el Mediterráneo utilizando una concentración desconocida hasta entonces de fuerzas armadas. Bajo el dominio de los hunos se generaron en la región nuevas relaciones políticas y sociales, que representan un nivel más de impacto. Toda esta estructura fundamentalmente inestable se basaba en la afluencia del oro romano, obtenido por medio de la guerra y de la intimidación, que servía para lubricar sus actividades. La guerra y sus beneficios mantuvieron unido al grueso de los súbditos armados de los hunos a través de una poderosa mezcla de intimidaciones y recompensas, y en todo ello podemos apreciar una intensa dislocación política y cultural.

Muchos de esos movimientos de población totalmente indocumentados o documentados de manera insuficiente, que se produjeron en el período de hundimiento del poder de los hunos, constituyen asimismo una migración en masa en términos cualitativos. La intervención de Odoacro supuso un mazazo político enorme para los rugios, pues acabó con su reino y obligó a los supervivientes a emigrar siguiendo dos rutas forzosas, cada una de varios cientos de kilómetros de extensión, primero para unirse a Teodorico en la zona romana de los Balcanes y luego, formando ya parte del séquito de éste, en dirección a Italia. La intervención de los godos de los Amalos tuvo en un principio unos efectos similares sobre los esciros. Es muy poco probable que todos los esciros y todos los rugios abandonaran la zona de la cuenca media del Danubio a raíz de estas derrotas, pero lo cierto es que su independencia desapareció y en el ejército de Italia ingresó un número de esciros suficiente para contribuir a cambiar el equilibrio de fuerzas al otro lado de los Alpes. Más tarde, Odoacro se convirtió con el tiempo en el soberano efectivo del primer estado sucesor del Imperio Romano en territorio italiano. La llegada de los lombardos al Danubio Central supuso igualmente un mazazo para los hérulos, que también vieron aniquiladas su unidad y su independencia, y no tuvieron por tanto más remedio que emigrar. Prácticamente en todos los casos, pues, aunque tengamos pocas cifras mínimamente válidas, estamos hablando de grupos que poseían una fuerza militar importante, cuyas

respuestas migratorias a la ascensión y caída del imperio de los hunos generaron una importante reestructuración de los sistemas políticos vigentes no sólo en la propia región del Danubio Medio, sino también en zonas adyacentes y no tan adyacentes de los Balcanes, la ribera septentrional del mar Negro, e incluso dentro de la propia Italia. Los testimonios narrativos detallados que tenemos a nuestro alcance confirman, pues, a grandes rasgos la imagen surgida del análisis del funcionamiento de las identidades colectivas en el imperio de los hunos. Las denominaciones o etiquetas de grupo que encontramos en nuestras fuentes corresponden a concentraciones de seres humanos en perfecto funcionamiento, algunas de ellas integradas por varias decenas de millares de individuos, cuyas vidas se vieron desbordadas por los tumultuosos acontecimientos de la ascensión y caída del poder de los hunos en Europa central, y que, en consecuencia, se vieron obligados a tomar el camino del exilio.

Podemos observar varios tipos distintos de migración, desde ráfagas concentradas de individuos hasta flujos más dispersos, pero muchos de ellos superaron claramente los límites marcados por los modelos de ola en avance y de transferencia de elite. Aunque no todos están documentados con tanto detalle como la diáspora de los godos de los Amalos, es evidente que muchos de esos movimientos fueron enormemente traumáticos, tanto en términos de distancia recorrida, como de violencia o pérdida de independencia política. Vistos desde la perspectiva de los emigrantes, fueron en muchos casos acciones de «masa» también en un sentido más absoluto. En el caso de muchos de los grupos que emigraron disponemos, como hemos visto, de testimonios buenos (piénsese en los godos de los Amalos o en los rugios) o razonables (hérulos, hunos, lombardos) de que estaban compuestos por hombres, mujeres y niños. En algunos casos, como en el de los godos de los Amalos, los grupos en cuestión estaban integrados por varias decenas de millares de personas, y en muchas ocasiones, como en 376 y 405-406, emigraron en grupos compactos.⁷⁰ Ninguno de los grupos que participaron en las migraciones era un «pueblo» en el viejo sentido de este término, y poseemos numerosos testimonios de que el proceso de migración, como nos induciría a pensar la lectura de la bibliografía comparativa, provocó divisiones entre los emigrantes, que se enfrentaron a la necesidad de tomar

decisiones sumamente difíciles. Por ejemplo, algunos godos de los Amalos se negaron a trasladarse al sur y dirigirse a la zona romana de los Balcanes en 473, prefiriendo ponerse al mando de Vidimero, el hermano menor de Tiudimero. Emigraron hacia el oeste, donde acabaron siendo absorbidos por el reino de los visigodos. Del mismo modo, no todos los godos de los Balcanes se mostraron dispuestos a emigrar a Italia con Teodorico en 488. Algunos prefirieron permanecer fieles a los bizantinos. Y la reiterada división de los hérulos constituye un testimonio elocuente de lo difícil que podía llegar a ser realmente la decisión de emigrar, que llevó a unos hasta Escandinavia y a otros a someterse a los gépidas o al Imperio Romano de Oriente, dependiendo del resultado de las guerras y las condiciones ofrecidas por los potenciales anfitriones,⁷¹ Pero a pesar de todos los problemas que plantean los testimonios, la única conclusión razonable que podemos sacar de la ascensión y caída del imperio de los hunos es que los fenómenos migratorios fuera del Imperio Romano fueron tan importantes como los que caracterizaron las crisis de 376-380 y 405-408.

Maneras y medios

Los motivos por los que algunos procesos migratorios adoptaron esta forma, tan distinta de las que encontramos en el mundo moderno, son similares a los que explican su aparición en otros contextos del primer milenio, y no hace falta volver a analizarlos por extenso. Pongamos por ejemplo las dos migraciones de los godos de los Amalos, la primera a la zona de los Balcanes perteneciente al Imperio Romano de Oriente en 473, y la segunda a Italia en 488-489. Ambas se basaron en motivos fundamentalmente económicos y por lo tanto voluntarios. La primera fue emprendida con la finalidad de reemplazar a los godos de Tracia como aliados favoritos de Constantinopla, con el objeto de apoderarse de los beneficios de que gozaban estos últimos. Entre otros incentivos, los godos de Tracia recibían subsidios que se contaban por miles de kilos de oro al año, mientras que los de los godos de los Amalos en Panonia ascendían sólo a unos pocos centenares. Del mismo modo, en su desplazamiento a Italia lo que Teodorico tenía in mente era enriquecerse y enriquecer a sus seguidores a expensas de Odoacro y las

estructuras fiscales romanas que aún seguían funcionando. Las construcciones de Teodorico que se conservan en Rávena y los demás monumentos suyos que conocemos nos ofrecen un testimonio elocuente de cuántos ingresos seguían llegando a manos del soberano de Italia a comienzos del siglo VI. Recicló además parte de los ingresos fiscales para crear puestos remunerados para sus seguidores godos más importantes: un expediente destinado sin duda a asegurarse su apoyo político. Ambas estrategias, cuya finalidad era la consecución de una mejora económica, dependían, sin embargo, por completo de que se contara con la suficiente fuerza militar para cambiar la situación política ya existente: para persuadir al emperador León de que debía elegir un nuevo tipo de aliados góticos en el primer caso, y para derrotar al ejército de Odoacro en el segundo. Y desde luego en este segundo ejemplo había una dimensión política extra, pues las relaciones entre Teodorico el Amalo y el emperador Zenón habían entrado en un callejón sin salida. Ninguno de los dos se fiaba del otro, y una serie de enfrentamientos sucesivos había demostrado que ninguno de ellos podía deshacerse fácilmente del otro.⁷² En estas migraciones las motivaciones económicas y políticas no pueden separarse con facilidad unas de otras, y para tener alguna posibilidad de éxito Teodorico tuvo que disponer de un ejército importante. Como hemos visto anteriormente, el número de guerreros especializados que podía mantener en esta época una economía europea no romana no era suficiente para llevar a cabo una campaña militar a gran escala. Los hombres libres y sus familias se convirtieron así en parte integrante de la empresa.

El juego de motivaciones que se oculta tras la expansión lombarda parece muy similar. Por lo que podemos afirmar, su traslado a la zona del Danubio Medio no se llevó a cabo como respuesta a ninguna amenaza, sino que se inspiró en los atractivos que tenía la región. El Danubio Medio venía formando parte desde hacía tiempo de la periferia interna que rodeaba al Imperio Romano, y durante los cuatro primeros siglos de la era cristiana había alcanzado en todo momento niveles de riqueza y de desarrollo muy superiores a los que pudieran encontrarse en la desembocadura del Elba. El apogeo de Atila acentuó enormemente ese desequilibrio. La cantidad de oro atesorado en los enterramientos hunos de la zona del Danubio Medio en esta

época no tenía precedentes en el mundo germánico. Y eso no puede ser más que una pequeña parte del total, la mayoría del cual sería almacenado presumiblemente en los tesoros de los reyes que dominaban por aquel entonces la región. Aunque carezcamos de testimonios explícitos, es más que una conjetura pensar que la migración de los lombardos tuvo por objeto participar de ese botín, que seguía siendo reforzado por los pequeños subsidios diplomáticos que continuó pagando Constantinopla tras la muerte de Atila. Pero para adquirir una parte de esa riqueza hacía falta, como de costumbre, la aplicación de una fuerza importante capaz de alterar la configuración política existente: en otras palabras, había que derrotar a los hérulos. Mientras que es probable que la expansión lombarda comenzara con el paulatino desplazamiento hacia el sur de grupos no mucho mayores que una mera partida de guerreros, los lombardos y cualquier otro grupo que se viera envuelto en el flujo migratorio tuvieron que experimentar una reforma y convertirse en un grupo más cohesionado, al menos en la época en la que abandonaron Rugilandia, cuando pasaron a destruir el reino de los hérulos.⁷³ Pese a tener un carácter en gran medida económico y, por lo tanto, voluntario, las migraciones de este tipo tuvieron siempre una dimensión política. ¿tenían los emigrantes suficiente poderío militar para salir airoso de la empresa en la que estaban a punto de embarcarse o no?

Otros casos de migración, en cambio, fueron enteramente políticos. Los esciros, los rugios, los hérulos y los hunos tuvieron que enfrentarse todos ellos en diversos momentos a un impulso poderosamente negativo y absolutamente político que los obligó a salir de los territorios que ocupaban: ese impulso vino motivado respectivamente por las derrotas a manos de los godos de los Amalos, Odoacro y los lombardos, y, en el caso de los hunos, por la constante erosión de su primitiva posición de dominio hasta que su situación se hizo insostenible. En cada caso, la derrota militar acabó con la capacidad que tenía el grupo de mantener su independencia, aunque sus víctimas respondieran al desastre de formas muy distintas. Mientras que los rugios y los hérulos (o una gran cantidad de ellos) se desplazaron en masa a una zona distinta, parece que los esciros se dividieron en pequeños grupos y negociaron su futuro por partes. La *Vida de san Severino* hace referencia no a una gran fuerza, sino a un pequeño grupo de esciros que estaban camino de

Italia. Era notable sólo por el hecho de que Odoacro formaba parte de la banda.⁷⁴ La historia de los hunos después de Atila quizá combinara ambos tipos de actividad. Como hemos señalado, a mediados de la década de 460 hubo pequeños grupos de guerreros y dos grandes concentraciones de hunos al mando de los hijos de Atila que aún quedaban vivos, que buscaron asilo en el Imperio Romano de Oriente. Lo que determinaron los factores económicos fue la dirección que siguieron, no el hecho de que se pusieran en movimiento.

La paga y las otras recompensas que seguían recibiendo los soldados romanos fueron presumiblemente el motivo principal de que tantos esciros y otros grupos se dirigieran al sur de los Alpes. Después de ser derrotadas, grandes concentraciones de rugios, hérulos y hunos se vieron asimismo obligadas (a veces en más de un grupo) a abandonar la región del Danubio Medio o a establecer relaciones de dependencia con otras potencias. El carácter de esas relaciones no queda claro en las fuentes, pero una vez más se dejó sentir en la elección de la dirección que siguieron. Los hérulos encontraron tan enojosa la hegemonía de los gépidas, que cambiaron de bando y se pasaron a los bizantinos, hasta que la guerra civil desencadenada por motivos sucesorios volvió a dividirlos, llevando a algunos de ellos de nuevo al lado de los gépidas. Es evidente que quienes los acogían (ya fueran romanos de Oriente o gépidas) esperaban que estos refugiados lucharan a su lado y parece que no tuvieron inconveniente en hacerlo, lo que indica que tal vez esté ahí la raíz del problema de los hérulos con los gépidas. Puede también, por tanto, que los que los acogían esperaran que los refugiados aportaran algún tipo de tributo económico, pero quizá no tanto como habían pagado hasta entonces a los hunos. Quizá los rugios obtuvieran mejores condiciones de Teodorico el Amalo. Aunque en un determinado momento cambiaron de bando y se pasaron a Odoacro durante la conquista de Italia, no tardaron en volver con él, y parece que no tuvieron inconveniente en formar parte del reino ostrogodo hasta 540, dato que nos sugiere una mayor satisfacción por su parte que por la de los hérulos.⁷⁵

Por desgracia, no conocemos las condiciones que pretendían obtener de Constantinopla Dengizich y Hernac, los hijos de Atila. Su traslado al territorio del Imperio de Oriente presumiblemente tuviera consecuencias económicas a mediados de la década de 460, en términos de pérdida de

tributos a medida que los distintos pueblos sometidos fueron afirmando su independencia, y esa erosión de su situación acabaría haciendo del acuerdo con Constantinopla una opción atractiva. En el caso de uno de los hijos, aunque no en el del otro, la migración lo llevó al desastre. No está claro por qué. Presumiblemente los bizantinos percibieron en las fuerzas de Dengizich una amenaza que no percibieron en las de Hernac. Cabe señalar, sin embargo, que Hernac se contentó, según parece, con obtener sólo una zona muy limitada del territorio romano, justo en la frontera, al norte del Dobruja, de modo que quizá Dengizich se mostrara demasiado exigente.⁷⁶ No obstante, para todos estos grupos la derrota tuvo consecuencias importantes. Los convirtió en refugiados políticos, y los obligó a veces a tener que aceptar de sus socios más importantes condiciones enojosas. Como mínimo, les costó la pérdida de las rentas que anteriormente pudieran obtener en su calidad de fuerza local dominante, así como, al menos en el caso de los hérulos asociados con los gépidas, el pago del tributo extra que tenían que entregar a sus «anfitriones». Se suponía que debían prestar también servicio militar. Aunque es imposible estudiar las motivaciones económicas, la combinación de factores económicos y políticos en las motivaciones de todos nuestros emigrantes está perfectamente clara, predominando, como cabría esperar, los económicos entre los emigrantes de carácter más voluntario, y los políticos entre los de carácter más involuntario. Pero como incluso los de carácter voluntario se vieron obligados a modificar las circunstancias políticas y a adaptarlas a su propio beneficio para obtener las riquezas que perseguían, no tuvieron más remedio que actuar en grupos numerosos y bien cohesionados. Aunque la magnitud y la naturaleza de esos grupos emigrantes no concuerden con los ejemplos modernos, el carácter complejo de sus motivaciones sí está en consonancia con ellos.

Otros aspectos del proceso migratorio observables a lo largo de la época de los hunos recuerdan más todavía a los ejemplos modernos. Resulta sorprendente hasta qué punto la migración fue adoptada en esta época como una estrategia por los grupos de población que ya tenían una propensión inveterada a la movilidad. Los godos de los Amalos que pasaron a Italia habían emigrado en un momento determinado de su pasado reciente del este al oeste de los Cárpatos, y luego hacia el sur, al este de la zona de los

Balcanes perteneciente al Imperio de Oriente, en la que siguieron siendo bastante móviles. Allí el grupo tuvo que recorrer otros mil quinientos kilómetros o más durante el período en el que Teodorico el Amalo estuvo dando vueltas geográfica y políticamente en su intento de suplantar a los godos de Tracia como aliado favorito del Imperio. Aunque poseemos mucha menos información concreta al respecto, parece que cabe decir lo mismo de los grupos lombardos que acabaron en la zona central del Danubio. No conocemos muy bien la cronología, pero de alguna manera llegaron hasta allí desde el Bajo Elba, casi con toda seguridad a través de varios pasos —o quizá pausas del flujo migratorio— intermedios, que los condujeron hasta Bohemia, su trampolín inmediato. Lo mismo cabe decir de los principales perdedores en el proceso de descomposición del imperio de los hunos, los propios hunos, junto con los rugios, los esciros y los hérulos. Una vez más, aunque los detalles no puedan reconstruirse en todos los casos, todos estos grupos emigraron no se sabe cómo a finales del siglo IV o comienzos del V a la región del Danubio Medio, y su salida de la zona se produjo al cabo de dos generaciones o, como en el caso de los hérulos, a lo sumo tres. Para los integrantes de todos estos grupos la migración se había convertido en una estrategia sumamente arraigada, un movimiento reflejo almacenado en la memoria colectiva al que cabía recurrir cuando se daban las circunstancias adecuadas; constituía para ellos una respuesta posible a una cantidad mucho mayor de estímulos que para los grupos que no tenían una historia inveterada de migración.

La importancia de los campos de información a la hora de determinar las direcciones seguidas por esos movimientos migratorios está también muy clara. Es evidente que la información desempeñó un papel trascendental en la configuración de los distintos pasos dados por los godos de los Amalos. Los diez años que Teodorico el Amalo pasó como rehén en Constantinopla acabaron cuando cumplió los dieciocho, más o menos en 472. Precisamente ése fue el momento en el que regresó con noticias acerca de las riquezas mucho mayores que obtenían los godos de Tracia como consecuencia de los contactos que mantenían con la corte, y sobre el hecho de que esos mismos godos se hubieran sublevado justo entonces contra el emperador León porque éste había asesinado a su patrono, Aspar. No puede ser sólo una coincidencia

que ese mismo año los godos de los Amalos se desplazaran hacia el sur en su intento de reemplazarlos como los aliados góticos favoritos de Constantinopla. Está asimismo perfectamente claro que los godos de Teodorico tenían conocimientos geográficos y políticos suficientes para comprender más tarde que Italia representaba otro posible destino para ellos, pero quizá este punto no requiera tantas explicaciones. Su viejo hogar de Panonia se hallaba en los confines de los pasos alpinos orientales, que daban acceso al norte de Italia, y Odoacro, rey del país, era hijo de un antiguo enemigo de la dinastía de los Amalos. Ya en 479, una década antes de que sus fuerzas se trasladaran hasta allí en masa, en el curso de sus negociaciones a las puertas de Dirraquio, Teodorico dio a entender al embajador de Constantinopla, Adamantio, que podría conducir parte de sus tropas hasta Italia en una expedición conjunta con el fin de derrocar al rey de los hérulos.⁷⁷

Casi todas las otras migraciones fomentadas por la caída del poder de los hunos se desarrollaron también a partir de campos de información claramente activos. No es de extrañar, por ejemplo, que algunos grupos de lombardos establecidos en la vecina Bohemia se dieran cuenta de que la destrucción del reino de los rugios por parte de Odoacro había creado un vacío de poder al que podían trasladarse ellos. Del mismo modo los esciros habían formado parte del ejército de Atila que había saqueado Italia en 451 y, al igual que los godos de Teodorico, se habían establecido cerca de las rutas que daban acceso a este país. Los hérulos que acataron la hegemonía de los gépidas y luego la de Bizancio permanecieron desde luego en la región en la que llevaban establecidos por lo menos cincuenta años, de modo que es prudente deducir que ellos también conocían las consecuencias de los pasos que decidieron dar. Se nos plantean así dos casos más interesantes: el de los rugios y el de la diáspora de los hérulos. De un modo u otro, los rugios sabían cómo encontrar a Teodorico cuando su reino fue destruido por Odoacro en 487. Pero la carrera de Teodorico en el Imperio Romano de Oriente había constituido un éxito espectacular, culminando en un consulado en 484, de modo que quizá no sea de extrañar que sus vecinos, por lo demás no demasiado distantes, tuvieran un conocimiento preciso de su paradero en los Balcanes. Más curioso es el caso de los hérulos que viajaron a Escandinavia.

En el relato de Procopio no queda claro si tenían idea de a dónde se dirigían cuando tomaron la ruta del norte tras su derrota. Cabría pensar que no, si no fuera porque los hérulos que se quedaron en el Danubio supieron encontrarlos veinte años más tarde, cuando necesitaron un príncipe del clan real, a pesar de los mil ochocientos kilómetros o más que ahora los separaban de ellos. Los hérulos que emigraron al norte quizá tuvieran ya contactos o conocimientos que les hablaran de Escandinavia como de un posible destino, información que habrían compartido los que se quedaron cerca de la zona del Danubio. Alternativamente, puede que mientras tanto los dos grupos mantuvieran algún tipo de contacto. Un caso relevante es el del rey escandinavo Rodolfo de los ranos, que más tarde buscó refugio en la corte de Teodorico en Italia. Anécdotas como ésta ponen de manifiesto que subestimar la circulación de los conocimientos al otro lado del viejo *limes* romano puede costarnos caro.⁷⁸

No obstante, esos conocimientos podían traducirse efectivamente en un éxodo sólo cuando los movimientos de población a gran escala constituían una posibilidad práctica. A menudo las fuentes antiguas nos dan poca información relevante, pero algunas migraciones vinieron determinadas por la logística del transporte. Como sus predecesores góticos al mando de Alarico en la década de 390, los godos de los Amalos viajaron con una enorme caravana de carretas. Las dos mil carretas góticas capturadas por los romanos de Oriente en 479 probablemente no constituyeran ni siquiera toda su dotación. La emboscada tuvo lugar antes de que Teodorico integrara bajo su mando a los godos de Tracia, de modo que la caravana de carretas del grupo unificado (y complementado por los rugios) que emprendió la marcha con destino a Italia habría constituido un panorama incluso más impresionante. En fila india, dos mil carretas se habrían extendido quizá a lo largo de más de quince kilómetros. Con este monstruo tras de sí, los godos de los Amalos se habrían visto obligados naturalmente a seguir la red viaria romana en una región montañosa como la de los Balcanes. Resulta que sabemos que su primera expedición de 473 utilizó los dos ramales disponibles de la gran ruta militar que conducía de Naiso a Tesalónica, y en su posterior retirada hacia Occidente desde las afueras de Constantinopla en 478-479 siguieron la Vía Egnatia. Del mismo modo, todos los pasos que

dieron entre una acción y otra y también después probablemente siguieran las principales vías de comunicación romanas. Parece además sumamente improbable que sólo los godos utilizaran carretas para transportar sus bienes y a los no combatientes. De hecho, poseemos referencias suficientes que indican que ése era el medio típico de transporte de todos los grupos de emigrantes.⁷⁹

Pero sobre todo, como cabría esperar por los ejemplos modernos, quizá toda la acción llevara profundamente marcada la impronta de la «forma» de las estructuras políticas existentes. Fue el dominio cada vez mayor de los hunos lo que provocó en primer lugar la acumulación de grupos poderosos desde el punto de vista militar en la región de la cuenca media del Danubio, pues llegaron hasta allí de la mano de los hunos o intentando en vano librarse de sus atenciones. Sin la influencia restrictiva de los hunos tampoco habrían podido existir tantos grupos militarizados en una proximidad tan estrecha, como viene a subrayar la violenta rivalidad desencadenada entre ellos a la muerte de Atila. La supervivencia del Imperio Romano de Oriente como estado cohesionado resultó asimismo decisiva para la acción. Provocó, por ejemplo, la decisión de los godos de los Amalos de emprender el viaje hacia el sur y dirigirse a los territorios romanos de los Balcanes. Este paisaje no tenía una naturaleza particularmente rica: no era ni siquiera tan productivo desde el punto de vista agrícola, por ejemplo, como la antigua provincia de Panonia, que los godos dejaron tras de sí. Sin embargo, la escarpada península balcánica constituía un destino atractivo porque se hallaba lo bastante cerca de Constantinopla como para permitir a los godos hacer presión sobre las autoridades imperiales, y por ende intentar obligarlas a darles parte de la riqueza que obtenían en forma de ingresos fiscales de los territorios mucho más ricos de Egipto y el Oriente Próximo. En último término, la elección del destino que escogieron los godos vino dictada también por las estructuras políticas. Si el Imperio Romano de Occidente no hubiera dejado entretanto de existir, no habrían tenido esperanza alguna de establecer un reino independiente en la península Italiana, ni el emperador de Oriente, Zenón, habría animado a Teodorico a emprender esa tarea. Lo

mismo cabría decir de los lombardos: no habrían podido entrar en gran número en la región del Danubio Medio, si el imperio de los hunos hubiera seguido vivo.

Como señalábamos más arriba, durante los últimos diez años más o menos se ha puesto de moda en algunos ambientes afirmar que la ascensión y caída del imperio de los hunos demuestra que la identidad colectiva en este período era sumamente maleable, y que en el proceso en cuestión no tuvo mucho que ver la migración. Se trata desde luego de un campo en el que los testimonios en los que basarnos son menos numerosos de lo que nos gustaría. Existen, sin embargo, suficientes indicadores sólidos que apuntan a que ambos principios deben ser modificados. Los testimonios históricos, en primer lugar, ponen de manifiesto que formar parte del imperio de los hunos no significaba ser huno. El imperio era una confederación esencialmente desigual e involuntaria. Todos los integrantes no hunos de la misma que conocemos se vieron obligados a unirse a ella, fueron explotados sistemáticamente bajo sus auspicios, y acabaron luchando para librarse de su dominio y salir de ella. A la luz de estas consideraciones, resulta menos sorprendente que la identidad colectiva de los grupos mayores no se desintegrara por el hecho de participar en sus estructuras. Los propios hunos tenían un interés fundamental en mantener vivas esas identidades, pues ser huno era ocupar una posición de privilegio sobre los demás, mientras que desde la perspectiva de los súbditos aferrarse a la identidad colectiva de un grupo mayor ofrecía la vía más verosímil, cuando surgiera la ocasión, de quitarse de encima la dominación de los hunos.

Para muchos de los grupos mencionados en nuestras fuentes, la información de la que disponemos no es buena, y para algunos, en particular para los lombardos, seriamente deficiente; pero esas observaciones acerca de la identidad encajan cómodamente con la mejor información que tenemos, cuando la tenemos, acerca de los procesos migratorios que comportaron la creación y destrucción del imperio. Los godos de los Amalos son descritos constantemente como una población numerosa y mixta formada por más de diez mil guerreros en movimiento junto con las mujeres y los hijos que

dependían de ellos y una caravana de carretas de varios millares de unidades. Esta descripción se basa en diversas fuentes históricas de la época, cuyas noticias son coherentes, detalladas y circunstanciales. Es también la imagen de esos godos en movimiento la que nos llega desde la corte de su rey en Italia. Cualquier testimonio puede ser discutido, pero los argumentos esgrimidos deben ser razonables, y en este caso las objeciones se basan en buena parte sólo en una interpretación parcial de la literatura científica moderna sobre el funcionamiento de la identidad colectiva. En términos más generales, el efecto demográfico del imperio de los hunos fue la absorción de gran cantidad de grupos militarizados hacia el corazón de la Europa central, ya fuera como elementos integrantes de su acumulación de poder o para aprovecharse del caos de su caída. Una vez desaparecida la influencia coercitiva del poder de los hunos, semejante concentración de potencial militar no tuvo más remedio que generar una intensa rivalidad en la que algunas de las entidades menores perdieron su independencia, pero que, sobre todo, facilitó que muchos grupos abandonaran la región tan rápidamente como entraron en ella.

A primera vista, el papel desempeñado por los distintos grados de desarrollo en toda esta actividad no resulta tan evidente como, pongamos por caso, en las expansiones germánicas del siglo III. La mayor parte de la actividad migratoria analizada en este capítulo parece tener en un principio un carácter fuertemente político, asociado con la construcción del imperio de los hunos o con la desintegración generada por su caída. Pero las primeras impresiones pueden resultar equívocas. Los hunos construyeron su maquinaria de guerra en la región de la cuenca central del Danubio debido precisamente a los distintos grados de desarrollo existentes en ella. Se trataba de una base convenientemente situada para lanzar las incursiones de saqueo y las bandas de protección mafiosa que les permitiera acceder a una parte de la riqueza del Mediterráneo movilizadas por las estructuras tributarias del Imperio Romano. Y las exigencias de Atila, que nos documenta detalladamente Prisco, realmente tenían todas que ver con el dinero. Además, mantener cohesionada la maquinaria de guerra de los hunos habría sido prácticamente imposible sin que la riqueza de Roma se encargara de lubricar sus mecanismos. Las diferencias de los principales niveles de desarrollo

económico marcaron también, a la muerte de Atila, la dirección general de los pasos dados por los distintos grupos que prefirieron borrarse de la competición. Casi todos ellos se dirigieron, como hemos visto, hacia el sur, atraídos una vez más por la riqueza del Mediterráneo; pero entonces las estructuras políticas entran de nuevo en liza. Sólo si el grupo se contentaba con dividirse y perder su independencia política, siguiendo la senda pisada ya por el último hijo de Atila y algunos de sus antiguos satélites menores, podía avanzar constantemente hacia el sur y hacia el este, en dirección al Imperio Bizantino, cuya fuerza militar permanecía en gran medida intacta. Los godos de los Amalos de Teodorico eran lo bastante numerosos para sobrevivir allí a corto plazo, pero no lo bastante para obligar a Constantinopla a firmar un pacto duradero, de modo que esta excepción aparente no viene en realidad más que a reforzar el argumento.

Así pues, para los que tenían unas ambiciones más grandes, la dirección a seguir era el sur y el oeste. El obstáculo a la migración hacia el oeste que habían supuesto en épocas anteriores las fortificaciones de la frontera romana y las tropas que las guarnecían había sido eliminado, y no se produjo una repetición de los modelos de expansión del siglo III, que habían visto cómo los grupos germánicos se diseminaban hacia el este para dominar las zonas situadas al norte del mar Negro (véase capítulo 4). Durante el período imperial de los hunos, la Europa central y meridional vio periódicamente cómo se hacían en los caminos de la región grandes concentraciones de guerreros y sus familias. Más o menos por esa misma época, unos tipos distintos de migración afectaron a los confines septentrionales del Imperio Romano. Para completar nuestro repaso de la *Völkerwanderung* tradicional debemos ahora dirigir nuestro foco de atención hacia los anglosajones y los francos.

Capítulo 6

FRANCOS Y ANGLOSAJONES: ¿TRANSFERENCIA DE ELITES O «VÖLKERWANDERUNG»?

Las provincias de Bretaña se apartaron del sistema romano en el año 410 aproximadamente. Es por aquel entonces cuando desaparecen prácticamente de nuestra vista durante un período de unos doscientos años, época que un historiador moderno ha acertado en denominar «los siglos perdidos» de la historia británica.¹ Debido a todo ello, cuando nos las volvemos a encontrar en c. 600 d. C., buena parte de las fértiles tierras de la Gran Bretaña baja (la zona que incluía principalmente la Inglaterra moderna, el corazón de la antigua provincia romana) había caído en manos de invasores llegados del exterior. Anglosajones de lengua germánica habían sustituido a los nativos de lengua céltica y latina, convirtiéndose en la elite social dominante. Doscientos años antes, anglos y sajones se habían dedicado a recorrer los territorios situados al otro lado del mar del norte. En ese mismo período, las provincias de la Galia romana corrieron una suerte similar al caer bajo la dominación política de otros intrusos, los francos de habla germánica, que hasta entonces habían permanecido asentados al este del Rin. El grado de transformación cultural experimentado en la Galia no fue en absoluto tan radical como el que se experimentó al norte del Canal. En el siglo VI, al sur del río Loira, muchos de los descendientes de las viejas elites romanas de la región seguían ejerciendo el disfrute de las grandes extensiones de tierra acumuladas por sus antepasados durante el dominio del Imperio, y buena parte de su cultura material y no material continuaba conservando un regusto característicamente sub-romano. No obstante, incluso en la Galia, las cosas eran bastante distintas al norte de la cuenca parisina. En ese territorio el uso de lenguas germánicas se extendió hacia el oeste a expensas del latín y el

celta, y ni los testimonios históricos ni los hallazgos arqueológicos dan a entender que la pequeña nobleza y la aristocracia romanas de la región seguían ocupando su posición privilegiada en el año 600 d. C.

El relevo franco en el norte de la Galia suscita muchas de las mismas cuestiones que plantea la ocupación anglosajona en las tierras bajas de Gran Bretaña. ¿Qué importancia tuvieron las migraciones en los cambios políticos y culturales apreciables en esos rincones noroccidentales del mundo romano? ¿Y qué forma adoptaron dichas migraciones? En el pasado, la expansión de los anglosajones y los francos han sido consideradas expresiones occidentales del gran fenómeno pangermánico del *Völkerwanderung*, cuyo estallido se produjo a finales del período imperial romano. Más recientemente, ha sido refundida y presentada como ejemplo del modelo más limitado de migración conocido como transferencia de elites. El tipo clásico de transferencia de elites, como vimos en el capítulo 1, lo encontramos en la conquista de Inglaterra llevada a cabo por los normandos en el siglo XI. Sus líneas generales están exhaustivamente documentadas en el *Doomsday Book*, que nos informa de quién era el dueño de qué tierras en el país antes de la llegada de los normandos, para ser exactos, el 5 de enero de 1066, «el día que el rey Eduardo [el Confesor] vivió y murió», como indica con su lenguaje sumamente evocativo, y veinte años después. Por sus testimonios no nos cabe duda alguna de que la llegada paulatina de normandos, en número reducido pero con gran significancia política, había ido convirtiendo a éstos en la nueva clase terrateniente. ¿Puede esta misma forma limitada de migración explicar satisfactoriamente las transformaciones que se desarrollaron en las tierras bajas de Gran Bretaña y el norte de la Galia durante los siglos V y VI? Un enfoque más contrastado nos indica que no, y una evaluación conjunta del caso de los francos y el de los anglosajones, en vez de independiente, como suele hacerse, ayuda a explicar perfectamente por qué no.

ELITES Y MASAS

No puede ponerse en entredicho seriamente que el fenómeno de la migración desempeñó un papel en la transformación de la Britania romana en la Inglaterra anglosajona, pero las opiniones acerca de su alcance han venido

siendo increíblemente distintas. En el siglo XIX se consideraba por lo general que, en Inglaterra al menos, un intenso flujo migratorio había desplazado prácticamente a la totalidad de la población nativa romanobritánica de origen celta, empujando a sus supervivientes hacia el oeste, a Gales, Devon y Cornualles, o al otro lado del mar, a la Bretaña francesa. Los estudiantes de época victoriana y eduardiana, e incluso de los años posteriores, fueron instruidos en la creencia de que se produjo una invasión anglosajona, iniciada en Kent por Hengist y Horsa, que fue extendiéndose triunfalmente. Esta visión del pasado se basaba principalmente en ciertas fuentes narrativas que se habían conservado, sobre todo en un relato de Gildas, *De excidio Britanniae* («Sobre la ruina de Britania»), y en la *Crónica anglosajona*. Siempre se consideró que ambas obras tomaban parte por el más débil, pero que podían ser utilizadas para componer una historia sobre las incesantes hostilidades existentes entre el invasor anglosajón y el celta nativo, y sobre la victoria final del primero. En 1900 se basaban también en unos corpus de testimonios mucho mayores: el lenguaje y los topónimos. Por entonces se sabía que la inmensa mayoría de topónimos de la Inglaterra moderna derivaba de la lengua germánica de los anglosajones, no de la celta de los romano-británicos, y que del mismo modo esta última tampoco había dejado rastros evidentes en la lengua inglesa moderna. Las raíces celtas sólo podían ser detectadas en los nombres de algunos ríos principales. La gran era victoriana de la construcción ferroviaria había añadido un tercer principio a este argumento. Una serie de cementerios excavados a finales del siglo XIX, a medida que iban multiplicándose los ramales de las líneas de los ferrocarriles, proporcionaron numerosos testimonios de una cultura material postromana traída por los invasores desde el continente, así como apenas evidencias de una población romano-británica de la época. Aunque el término todavía no había sido acuñado, la opinión tradicional consideraba que los anglosajones habían acometido un proceso de «limpieza étnica» sumamente efectivo.

Desde los pasados años sesenta ya no hay un consenso general al respecto, y han llegado a surgir incluso opiniones diametralmente opuestas. Actualmente nadie cree en una limpieza étnica masiva, y tampoco hay nadie que crea que no se produjo ningún movimiento migratorio. La variedad de opiniones que se mueve entre estos dos puntos de partida es muy amplia,

aunque se distinguen perfectamente dos grandes grupos. Numerosos historiadores y unos cuantos arqueólogos perciben que la evidente anglosajonización de Britania meridional durante los siglos V y VI se desarrolló por medio de una ocupación hostil en la que habrían participado un gran número de emigrantes procedentes del norte de Alemania y los Países Bajos. Por otro lado, un segundo grupo opina que dicho proceso fue llevado a cabo por un número mucho más reducido de emigrantes procedentes de Europa continental, cuyas normas culturales luego fueron expandiéndose de una manera generalizada y esencialmente voluntaria entre la población existente, esto es, una transferencia de elites seguida de una emulación cultural. A esta opinión se adhieren unos cuantos historiadores y un gran número de arqueólogos, y es evidente que está fuertemente influenciada por el rechazo general a los viejos modelos de emigración en masa inherentes a la historia de la cultura.² ¿A qué se debe tanto desacuerdo?

Orígenes de la controversia

En este tema de nuevo, como ocurre en tantos de los distintos aspectos tratados en el presente libro, el alejamiento de las visiones nacionalistas del pasado ha tenido unos efectos profundamente liberadores. Nadie piensa actualmente que celtas y anglosajones mantuvieron actitudes de hostilidad unos contra otros simplemente porque eran celtas y anglosajones. Y, de hecho, a partir de 600 d. C., las fuentes históricas demuestran que los distintos reinos de la Inglaterra anglosajona eran capaces de combatir unos contra otros al igual que contra los de los romano-británicos de la época, llegándose a aliar a veces con estos últimos para luchar contra sus paisanos anglosajones. El mundo postromano de buena parte del oeste y el norte de Britania presentaba, además, grandes diferencias. Una de las averiguaciones más apasionantes de los últimos años ha sido el descubrimiento, tras el estudio meticuloso del lenguaje utilizado en las inscripciones de algunos monolitos, de que en Britania occidental sobrevivía en los siglos V y VI una importante elite romana de habla neolatina, mientras que las que habitaban en las regiones más septentrionales eran siempre de lengua céltica.³

Pero si las nuevas concepciones del mundo han permitido que los testimonios existentes sean reinterpretados, lo cierto es que esas reinterpretaciones también se han visto impulsadas por una verdadera adquisición de conocimientos. Otro gran avance de los últimos cincuenta años es el que ha supuesto una mayor comprensión de cómo era exactamente la Britania romana desarrollada. El estudio de los fragmentos de cerámica hallados en la superficie de yacimientos se ha combinado con excavaciones estratégicas para demostrar que la población de la Britania romana de época tardía era en realidad extremadamente numerosa. No puede darse una cifra definitiva (cálculos recientes la sitúan entre tres y siete millones, un margen de error exagerado), pero actualmente se considera de manera generalizada que los campos de Inglaterra fueron explotados con mayor intensidad en el siglo IV que en cualquier otro período posterior anterior al siglo XIV. La Britania romana no era un lugar atrasado, como solían suponer los especialistas victorianos, sino una región floreciente del mundo romano. La idea de que prácticamente toda su población pudo haber sido desplazada hacia el oeste por los invasores resulta, por lo tanto, mucho más difícil de defender que cuando H. R. Loyn escribió que «la historia del asentamiento de los anglosajones, cuando se analiza con profundidad, tiene más de esa epopeya del hombre en su lucha contra la selva, que de sajones contra celtas».4

El hecho de que los topónimos ingleses modernos sean en su inmensa mayoría de origen anglosajón también ha sido objeto de reinterpretación. Se ha descubierto que casi todos ellos se formaron sólo unos cuantos siglos después de la ocupación inicial de los anglosajones, cuando las estructuras de los asentamientos rurales llegaron a ser más permanentes. El momento crucial fue la aparición conjunta de las propiedades terreras —feudos— y las aldeas, un desarrollo cuyo ritmo fue mayor sólo a partir de c. 800 d. C. y que duró hasta el siglo XI. Por entonces, el anglosajón hacía tiempo que ya era la lengua predominante entre la clase terrateniente, por lo que no es de sorprender que sus nuevas fincas recibieran nombres anglosajones. Del mismo modo, sin embargo, puesto que este proceso «bautizador» comenzó entre doscientos y trescientos años después del establecimiento inicial de los anglosajones, los topónimos se han convertido en testimonios menos

reveladores de que la causa de la desaparición de sus predecesores celtas y romanos fuera la llegada de una marea de colonizadores germánicos. Más de dos centurias de historia intermedia es potencialmente un larguísimo espacio de tiempo para que la lengua germánica lograra expandirse entre la población indígena mediante procesos de asimilación cultural.⁵

Casi todo el mundo podría aceptar perfectamente estos tres cambios básicos de concepción. Los puntos relativos al comienzo y el final del proceso de anglosajonización también están bastante claros. Britania meridional (buena parte de la actual Inglaterra) era una región muy desarrollada del mundo romano en c. 350 d. C., pero en 600 estaba dominada por elites de lengua germánica que consideraban que habían llegado a esas tierras desde Europa continental durante el período intermedio. El papel desempeñado por las migraciones en todo ello y la suerte que había corrido la población indígena son, sin embargo, cuestiones de apasionados debates.

El hecho de que pueda darse tanto desacuerdo al respecto pone de manifiesto inmediatamente que los testimonios llegados a nuestras manos tienen considerables limitaciones. Una primera cuestión fundamental que cabe plantearse es ¿cuál era exactamente el estado de la Britania romana en c. 400 d. C.? Pocos ponen en duda que había sido próspero y floreciente cincuenta años antes. Es verdad que sus ciudades y pueblos no mostraban el mismo grado de inversión privada en monumentos públicos del que habían disfrutado en siglos anteriores. Pero éste fue un fenómeno común a lo largo y ancho del mundo romano de época tardía, y debe ser entendido como una consecuencia de los cambios en los sistemas de vida de las elites locales, y no como un simple fenómeno económico, como solía ser en el pasado.

Merece la pena detenerse un momento para analizar la cuestión. En el siglo IV el patrón de vida de la elite terrateniente romana experimentó un cambio drástico que la apartó de sus ciudades y pueblos natales para ponerla al servicio del Imperio. La razón final de las inversiones realizadas anteriormente por ella a título privado en los monumentos públicos urbanos de sus ciudades y pueblos había sido la obtención de mayor poder. Pero, en el siglo IV, este juego ya no resultaba tan atractivo. Para afrontar una serie de problemas —cuyo conjunto se conoce como la Crisis del Siglo III—, sobre todo los que planteaba el resurgimiento de Persia como superpotencia, el

Estado romano había confiscado todos los fondos locales que anteriormente habían permitido a los miembros de las elites locales romanas uno de sus objetivos más ambicionados: la adquisición de mayor poder en sus ciudades natales. En el siglo IV, el ejercicio de poder en la propia ciudad comportaba grandes responsabilidades, pero poco poder adquisitivo. El placer de gastar el dinero de los contribuyentes sólo lo podían experimentar los que estaban al servicio del Imperio en lugar de su ciudad natal. No es de sorprender que, de acuerdo con ello, las elites romanas locales de todo el Imperio cambiaran las prioridades de sus inversiones. En vez de tratar de adquirir más poder en sus ciudades, se dedicaron a invertir cada vez más en la preparación de sus vástagos para que tuvieran cabida en las estructuras burocráticas del servicio imperial e hicieran carrera en ellas. En consecuencia, el ámbito público de las ciudades se resintió de ello, pero se trataba fundamentalmente de un fenómeno cultural y político, y no de un signo de crisis económica en el sentido estricto de la palabra.⁶

Los testimonios de la Britania romana rural están perfectamente en consonancia con este patrón general. Pues durante el siglo IV las villas de Britania experimentaron un florecimiento desconocido hasta entonces. Muestran todos los indicios de gran prosperidad, con notables remodelaciones, que supusieron especialmente la sustitución de los mosaicos geométricos en blanco y negro por otros de escenas coloristas, así como la aparición de capillas cristianas privadas. Hace bastantes años este tipo de cambio podía compararse perfectamente con la llegada de la televisión en color, pero de esto ha pasado ya tanto tiempo que ahora muchos de mis alumnos ni siquiera son conscientes de que en el pasado la televisión era exclusivamente en blanco y negro. La gran cuestión, sin embargo, es establecer hasta qué punto esta prosperidad rural se perpetuó hasta el año 400 d. C. Por ejemplo, de las ciento treinta y cinco villas británicas excavadas en las que se han producido hallazgos de monedas romanas, la secuencia llegaría a su fin para sesenta y cinco de ellas en *c.* 360. ¿Significa este dato que la economía de las villas de Britania —un indicador del bienestar de las provincias romanas mucho más fiable que las ciudades— empezó su declive

en esos años, o simplemente apunta a que las monedas —que nunca fueron un elemento esencial de las actividades económicas de la época romana— ya no circulaban del mismo modo?

Algunos han atribuido este hecho a una gran dislocación, pues una de las tendencias historiográficas más recientes se decanta por lo que en el lenguaje arqueológico se denomina «derrumbamiento de sistemas». Esta teoría sostiene que los sistemas social y económico, y por ende político, romanos estaban derrumbándose en Britania en 400, por lo que el final de la Britania propiamente romana tuvo causas internas y que tras su llegada los anglosajones emigrados vagaron por unas tierras en las que había un vacío de poder. Este planteamiento encuentra cierto sustento en una aparente retirada en la década de 390 del ejército regular romano de la línea marcada por el Muro de Adriano. Los fuertes siguieron estando ocupados, pero a partir de esa década el tipo de metalurgia asociado con los soldados romanos aparece confinado a Britania meridional, lo que para algunos parece indicar que los caudillos locales independientes se habían hecho con los fuertes fronterizos. No obstante, los testimonios hallados en dichos fuertes son ambiguos, y el estado en general de la Britania romana de *c.* 400 experimenta exactamente un cambio trascendental cuando la economía de las villas se desploma. En este sentido, la carencia de fechas precisas constituye un verdadero problema. Si la economía de las villas estaba en franca decadencia a finales del siglo IV, entonces el final de la Britania romana propiamente dicha no tuvo nada que ver con la invasión anglosajona. Pero si el final de las grandes villas se produjo después de 410, los anglosajones empiezan a parecer mucho más que simples sospechosos de este hecho.⁷

Cuando llega el momento de establecer cómo fueron desarrollándose las cosas a partir de este controvertido inicio, los testimonios no vienen en nuestra ayuda. Las fuentes históricas sobre el terreno son particularmente escasas. Sólo una, *De excidio Britanniae* del monje Gildas, es obra de un observador nativo británico más o menos contemporáneo. La fecha exacta de su composición es objeto de numerosas controversias, aunque cabe situarla entre finales del siglo V y mediados del VI. Su gran hándicap, sin embargo, es que Gildas no pretendía escribir una historia, sino realizar para los reyes británicos de su tiempo un compendio de tono moral, en el que a veces no

duda en inspirarse en hechos pasados para ilustrar las circunstancias de su época que quiere poner de relieve. En esta obra podemos vislumbrar una especie de relato de la ocupación anglosajona que, como mucho, resulta disperso e incompleto, y, de hecho, hay teorías muy diversas sobre el modo más conveniente de interpretarlo.⁸ En las fuentes continentales hay unas pocas referencias a acontecimientos en Britania más o menos contemporáneas que pueden complementar a Gildas, y en la *Crónica anglosajona* encontramos recopilado algo de material de época muy tardía, desordenado y episódico.

Algunos de estos relatos de la *Crónica anglosajona* probablemente reflejen hechos reales. Sus artículos hacen referencia principalmente a los reyes y sus conquistas, y es posible que el contenido de varios de ellos se atenga, en líneas generales, a la verdad. A veces los acontecimientos encajan con el paisaje, como, por ejemplo, la batalla de Deorham en 577 con la que se dice que se consiguió poner bajo el dominio anglosajón las localidades de Gloucester, Cirencester y Bath. Una visita a su escenario, que se encuentra a las afueras de Bath, en la finca de Dyrham Park, basta para demostrárnoslo. Situado en un terreno elevado, desde él se domina el territorio de los alrededores. Pero en términos generales, la *Crónica anglosajona* resulta una obra limitada y problemática. En realidad sólo trata sobre los tres reinos — Wessex, Kent y Sussex— que más tarde formaron parte del reino del siglo IX de Alfredo el Grande, bajo cuyos auspicios el texto alcanzó su forma final. De gran parte de lo que acabaría conformando la Inglaterra anglosajona — desde Essex hasta Northumbria— apenas se habla (Mercia y Northumbria) o no se habla en absoluto (Essex) en lo que constituye una especie de anales que se caracterizan, en cualquier caso, por una ausencia prácticamente absoluta de detalles. Muchos años carecen de acontecimientos, y en los que se da alguno raras veces aparecen más de dos líneas escritas. En la enseñanza, la traducción al inglés moderno de todas las páginas que en ella se dedica a los siglos V y VI puede fotocopiararse convenientemente en una hoja de papel de tamaño DIN A4 por los dos lados, y ni aun así tendremos un texto abigarrado. El contenido de la *Crónica anglosajona* está constituido por una serie de episodios dispersos, no un relato continuado. Además, tanto la forma como los problemas cronológicos del texto indican que en un determinado

momento alguien tuvo que haber conjeturado las verdaderas fechas en las que se produjeron los acontecimientos atribuidos, probablemente en relatos de transmisión oral, a los grandes héroes del pasado. Un proceso similar parece darse en algunas fuentes continentales de los siglos V y VI, basadas también en parte en la transmisión oral, cuyas conjeturas nunca muestran una absoluta ignorancia. Por ejemplo, podía alcanzarse cierto sentido de la cronología a partir de los distintos árboles genealógicos y las listas de reyes al uso de las dinastías reales, circunstancia que podía utilizarse para ordenar los acontecimientos que el recuerdo había mantenido vivos vinculándolos a individuos concretos, como, por ejemplo, reyes que habían ganado diversas batallas.⁹ No obstante, eran simples conjeturas, no conocimientos reales, y esta circunstancia, combinada con una total insuficiencia de información, hacen que la *Crónica anglosajona* sirva sólo para un uso muy limitado.¹⁰ Nuestros conocimientos en general de la historia anglosajona sólo empiezan a aumentar a partir de c. 600, con la llegada de los misioneros cristianos. Este hecho marca el límite real de los conocimientos históricos pormenorizados en la *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* de Beda el Venerable. En su obra, Beda preserva muchísima información de carácter independiente relativa a acontecimientos posteriores a esa fecha. Para hechos anteriores, depende en gran medida de Gildas, como nos ocurre a nosotros.

Material arqueológico hay, por lo visto, muchísimo más. La enorme cantidad de información de la Britania romana de la que disponemos se encuentra en unos treinta mil enterramientos pertenecientes a la época anglosajona temprana. Pero estos enterramientos son los restos de unas diez o quince generaciones, de unos individuos sepultados entre mediados del siglo V y finales del siglo VII, un arco de tiempo en el que incluso las estimaciones más conservadoras del número de habitantes de Britania meridional fijarían su población por encima del millón de individuos. Así pues, esa cantidad de tumbas constituye sólo una pequeña muestra de la población original. Dos problemas añadidos vienen a dificultar su interpretación. En primer lugar, la datación dista mucho de ser exacta. A partir de 400 d. C. aproximadamente dejaron de importarse monedas romanas en Britania. La datación científica (con carbono 14 o dendrocronológica) sigue siendo poco habitual, pues la excavación de muchas sepulturas se llevó a cabo con anterioridad a la

aparición de esos nuevos métodos. De modo que, en la mayoría de los casos, la datación debe basarse en el desarrollo estilístico de los objetos enterrados con los difuntos. Como ya hemos visto en otros contextos, este tipo de datación puede situar las tumbas en un espacio de tiempo con un margen de error de unos veinticinco años aproximadamente, lo cual es mejor que nada. Pero cuando una secuencia evolutiva de materiales arqueológicos se relaciona con la historia conocida, semejante arco de tiempo resulta a veces excesivamente impreciso para tener la seguridad de que un conjunto de tumbas es anterior o posterior a un conjunto determinado de acontecimientos.¹¹

El segundo problema es más trascendental. Esos enterramientos del período anglosajón temprano adoptan básicamente dos formas. En el centro y el sur de Inglaterra los arqueólogos han sacado a la luz un gran número de cementerios de inhumación bastante pequeños, algunas de cuyas tumbas contaban con un rico y espléndido ajuar funerario. Más al este, en zonas de East Anglia y a lo largo de la costa nororiental, se ha procedido a la excavación de un número más reducido de necrópolis de cremación de dimensiones mucho mayores (mapa 11). Los cementerios de cremación plantean pocos problemas de atribución. La costumbre de incinerar los cadáveres era totalmente ajena a la Britania del Bajo Imperio, y tanto el sistema de enterramiento como los objetos identificables que sobrevivieron al proceso de cremación tienen precedentes directos en algunos materiales del siglo IV y comienzos del V del sudeste de Jutlandia. Así pues, apenas hay dudas de que los inmigrantes de lengua germánica de la región de Jutlandia fueron los que provocaron la aparición de los cementerios crematorios del este de Inglaterra.¹²

Los cementerios de inhumación resultan más problemáticos. Por la siguiente razón: constan de un gran número de tumbas en las que los ajuares funerarios brillan por su ausencia. ¿A quién corresponden esas sepulturas? ¿Acaso pertenecen a anglosajones más humildes, o quizá a gentes de origen romano-británico, cuyo rito habitual de enterramiento había sido siempre la simple inhumación del difunto, o tal vez a individuos que simplemente decidieron no enterrarse con ajuares funerarios? Además, mientras que se tiene prácticamente una certeza absoluta de que muchos de los objetos

hallados en las tumbas con ajuares (prendedores, broches para las mangas, armas, etc.) fueron fabricados y utilizados por primera vez por pueblos continentales de habla germánica, esta circunstancia no se da en todos los casos, y se puede afirmar de manera generalizada que su aparición y difusión en Inglaterra no constituyen una guía fiable para determinar el alcance de las inmigraciones anglosajonas. A diferencia de lo que ocurre con los ritos de cremación del este de Inglaterra, los artículos de vestir descubiertos en los cementerios de inhumación no procedían en su totalidad de un rincón determinado de la zona del continente europeo de habla germánica. Ciertas combinaciones de objetos quedaron confinadas a sectores específicos de Inglaterra, pero muchos de los objetos tuvieron su origen en distintas zonas de Germania. Los broches para mangas, por ejemplo, eran un elemento característico de la vestimenta de los primeros anglosajones que se asentaron en las tierras del interior situadas junto al Wash, pero aunque la mayor parte de sus prendas y artículos de vestir tenían orígenes dispares, los broches para las mangas se habían visto únicamente con anterioridad en determinadas regiones del oeste de Noruega.¹³ En otras palabras, parece como si el proceso que se desarrolló en Britania meridional fue similar al que subyace en el llamado estilo danubiano del imperio de Atila (capítulo 5). En la Britania meridional del siglo v se crearon unas combinaciones de vestimenta anglosajona nuevas y características a partir de una gran variedad de orígenes.

Si las costumbres y los artículos relacionados con la vestimenta fueron transmitiéndose entre los distintos grupos de inmigrantes germánicos, no hay ninguna razón de peso para poner en duda que los inmigrantes anglosajones también pudieron transmitir sus hábitos a la población nativa romano-británica. En la actualidad se acepta perfectamente la idea de que pueden adoptarse nuevas identidades bajo determinadas condiciones. Esta circunstancia suele darse sobre todo cuando se produce un flujo entre dos identidades arraigadas, y esto fue lo que ocurrió entre los inmigrantes anglosajones y los nativos romano-británicos de los siglos v y vi. Los límites de los nuevos reinos anglosajones diferían de los de las estructuras políticas anteriores de Britania, y tampoco hay razón para creer que fueron fruto de una transposición desde el continente. Es bien sabido que algunos personajes

con nombres británicos —Cerdic y Cynric— aparecen entre los antepasados de la casa reinante de Wessex, y el código de leyes de finales del siglo VII de dicho reino, el llamado *Ine's Law*, cita explícitamente la existencia de numerosos terratenientes de origen nativo no anglosajón. Esto parece remarcar con contundencia que el reino de Wessex probablemente fuera fruto de una compleja doble acción anglosajona/romano-británica, en vez de un simple acto de conquista germánica. El cementerio de Warperdon, en Warwickshire, también nos ofrece un ejemplo único e insólito de progresión cronológica de tumbas tardorromanas a tumbas de estilo sajón en una misma necrópolis. Ello también es indicativo de procesos de asimilación cultural. Sobre todo porque muchos de los cementerios de inhumación siguieron siendo utilizados durante doscientos años, desde el siglo V hasta los siglos VI y VII, momento en el que inmigrantes y nativos ya estaban perfectamente mezclados, es absolutamente razonable preguntarse hasta qué punto los accesorios de vestir continentales pueden ser utilizados realmente como guía para establecer los orígenes de los cadáveres descubiertos con ellos.¹⁴

Así pues, ni los estudios arqueológicos disponibles ni los testimonios literarios conservados responden de manera directa y clara a las cuestiones fundamentales relativas al alcance y la naturaleza de las inmigraciones anglosajonas. Lamentablemente, tampoco hay en perspectiva la aparición inminente de alguna nueva tecnología o fuente de información que permita llenar esas lagunas. La prueba de ADN y el análisis isotópico pueden considerarse prácticamente una novedad de la pasada década que permite nuestro avance, pero parece que ni una ni otro podrán ofrecernos fácilmente una respuesta clara. Por ahora se desconoce si es realmente factible la extracción de muestras válidas de ADN de unos esqueletos pertenecientes a los siglos V y VI que se han conservado en unas condiciones de humedad típicamente británicas. Todavía no ha podido determinarse, y a la espera de una respuesta, han sido explorados pocos caminos directos que puedan llevarnos a una solución. El más importante está relacionado con la distribución de determinadas combinaciones de genes en el cromosoma Y entre varones ingleses modernos. Se trata de un método potencialmente utilísimo. El cromosoma Y se transmite inmutable a lo largo del tiempo de padres a hijos por línea paterna, y hay una combinación de genes que puede

asociarse con cierta plausibilidad a un grupo de población extranjera de sexo masculino que a mediados del primer milenio de la era cristiana se trasladó desde el norte de la Europa continental hasta Britania meridional. Esta combinación de genes la tienen numerosos varones ingleses de la actualidad, pues ha aparecido en el 75 por 100 o más de los casos analizados.

¿Pero cómo debe interpretarse esta apasionante prueba? En un principio, los investigadores dijeron que su descubrimiento confirmaba lo que siempre habían creído los victorianos, esto es, que algo parecido a una limpieza étnica tuvo lugar durante las invasiones anglosajonas, y que el hecho de que un 75 por 100 de la población moderna tuviera esa combinación de genes era el reflejo de que con dichas invasiones se sustituyó a un 75 por 100 de varones en los siglos V y VI. Sin embargo, visto que los varones anglosajones recién llegados constituyeron —según todos los puntos de vista— una nueva elite en el país, y por lo tanto tuvieron un mayor acceso tanto a los alimentos como a las mujeres, debemos darnos cuenta de que tuvieron más oportunidades de transmitir sus genes a las siguientes generaciones que los nativos romano-británicos. Y unos cálculos matemáticos más recientes efectuados por esos mismos investigadores han puesto de manifiesto que aquellas ventajas a la hora de procrear no tenían por qué ser demasiado exageradas para que el 75 por 100 de la población inglesa actual descienda de un grupo de hombres extranjeros que representaban originalmente entre el 10 y el 15 por 100 de la población nativa de la Inglaterra de los siglos V y VI. Así pues, cae por su propio peso que las pruebas modernas de ADN no van a traer una solución definitiva a la controversia existente entre los que se decantan por las consecuencias radicales de una inmigración en masa de anglosajones y los que están convencidos de que se produjo una transferencia de elite y un proceso de mimetismo.¹⁵

Tampoco el análisis isotópico parece excesivamente prometedor en términos generales, aunque genera resultados fascinantes en algunos casos. Esta técnica se basa en que los minerales contenidos en los dientes de un individuo llevan la firma del lugar en el que se crió, escrita en la composición química de los restos de la dentadura por el agua bebida durante la infancia o la adolescencia, dependiendo de si la boca examinada corresponde a un niño o a un adulto. Algunas de estas firmas químicas pueden identificarse con

regiones concretas, siempre y cuando esas regiones tengan unas características geológicas distintivas. Así pues, puede demostrarse potencialmente si un individuo enterrado con vestimenta anglosajona era realmente originario del continente o se trata de un romano-británico que quiere ocultarnos su identidad como el lobo con piel de cordero. El problema, sin embargo, es que esa técnica podrá servirnos sólo para los inmigrantes de primera generación. El hijo de dos *echt* jutlandeses, si había nacido después de que sus progenitores cruzaran el mar del norte, habría crecido desarrollando una dentadura propia totalmente de East Anglia. Por lo tanto, sería necesario un muestreo mucho más costoso, así como un gran número de identificaciones cronológicas sumamente precisas, para que los análisis isotópicos permitieran alcanzar unas conclusiones claras y sólidas. Y como incluso la prole de los inmigrantes anglosajones de primera generación habrían desarrollado una dentadura británica, tengo serias dudas de que algún día nos lo permitan. Por ahora, pues, ni los análisis isotópicos ni las pruebas de ADN nos ofrecen un camino para salir de ese punto muerto que supone para nosotros la relación existente entre las migraciones en masa y la transferencia de elite, fruto de las limitaciones de los testimonios históricos y arqueológicos tradicionales.¹⁶

De modo que, por sí mismos, los corpus de testimonios disponibles nos plantean un problema intelectual, pero no nos ofrecen solución alguna. Las evidencias históricas son demasiado sutiles para crear una imagen convincente de lo que ocurrió en Britania meridional en los siglos V y VI, mientras que, por su parte, las grandes transformaciones de la cultura material pueden explicarse como un fenómeno derivado de una invasión masiva o de una mimetización cultural en masa. Asimismo, nuestra nueva concepción de la Britania tardorromana pone de relieve que la población de la provincia era demasiado numerosa como para considerar, ni remotamente, la posibilidad de que se produjera una limpieza étnica, aunque a partir de 600 d. C. los testimonios lingüísticos apenas contienen indicios de influencia nativa en la lengua germánica del mundo anglosajón que iba gestándose en Britania a comienzos de la antigua Alta Edad Media. Toda esta cuestión no es tan fácil de desatascar, pero si en primer lugar pensamos en los testimonios relacionados con el propio flujo migratorio anglosajón en vez de las

consecuencias que éste tuvo en Britania, y a continuación reconsideramos la cuestión de las migraciones en masa y la transferencia de elites desde una perspectiva más comparativa, nos será posible sortear los obstáculos tradicionales y podremos avanzar en el análisis del tema.

Adventus saxonum

La obra histórica de Beda el Venerable, compuesta en su monasterio de Jarrow a comienzos del siglo VIII, da dos fechas cuando se refiere al *adventus saxonum*, esto es, la llegada a Britania de los invasores sajones. La primera es 446, basándose en lo que cuenta Gildas de que Britania pidió ayuda a Aecio, el gobernante de facto del Imperio Romano de Occidente a mediados del siglo V, cuando éste ostentaba el cargo de «cónsul por tercera vez». Gildas no dice en qué año se hizo esa petición, pero Beda tuvo acceso a las listas consulares romanas que le informaron de que el tercer consulado de Aecio había sido en 446. Su segunda fecha es c. 450-455, derivada de una tradición dinástica del reino de Kent de su propia época, creada por los fundadores de dicho reino en esa región del sudeste británico durante el reinado conjunto de los emperadores Marciano y Valentiniano III.¹⁷ La mayoría de los especialistas modernos, sin embargo, coinciden en reconocer que, independientemente de su envergadura, la oleada de migración anglosajona hacia Britania meridional no fue un acontecimiento aislado, sino un proceso que fue desarrollándose durante un largo espacio de tiempo.

El único relato sobre sus orígenes lo encontramos en *De excidio Britanniae* de Gildas. Esta obra nos cuenta que la invasión anglosajona se produjo a raíz de los ataques que realizaron pictos y escoceses (desde Irlanda y Escocia respectivamente) contra las provincias británicas cuando éstas dejaron de formar parte del sistema imperial romano. Los detalles al respecto suscitan numerosas controversias, aunque ciertas fuentes de la época nos cuentan que en 406 aproximadamente el ejército romano de Britania elevó al trono al usurpador Constantino III, quien mandó a sus tropas a la Galia para combatir a los invasores del Rin. Al parecer, probablemente en 409, las provincias romanas se sublevaron de nuevo, acabando, por lo visto, con el control del usurpador. Al poco, quizá recibieran, o no, una misiva del

emperador de Occidente, Honorio, en la que éste les comunicaba que tendrían que encargarse de su propia defensa. Llegado este punto, sin embargo, una carta de ese estilo no habría sido más que un reconocimiento *de jure* de la situación *de facto*. Honorio no podía hacer nada para ayudarlas, y las provincias de Britania se encontraron de repente en una situación que decididamente puede ser calificada de sub-romana o postromana.¹⁸

Al parecer, es en este punto donde Gildas recoge el relato. Las dificultades a las que se veían abocados los británicos romanos, ahora independientes, llegaron a ser tan abrumadoras que

convocaron una asamblea para decidir la manera mejor y más rotunda de contrarrestar las brutales y constantes invasiones e incursiones de saqueo ... Entonces todos los miembros del consejo, junto con el orgulloso tirano, estaban cegados; la protección ... que concibieron para nuestro país fue ... los feroces sajones ... Un puñado de cachorros nacidos en la guarida de la leona bárbara, que venían en tres *keels*, como denominan a las naves en su lengua ... Por orden del tirano, primero clavaron sus horribles garras en el este de la isla, aparentemente para luchar por nuestro país, pero en realidad para combatirlo. Cuando la madre leona supo que su primer contingente había conseguido el objetivo, envió un segundo ejército más numeroso de perros subordinados ... [Al final los sajones] se quejaron de que su paga mensual era insuficiente ... y juraron que estaban dispuestos a romper su pacto y a saquear toda la isla si no se les remuneraba con mayor esplendor. No perdieron tiempo e inmediatamente hicieron reales sus amenazas ... La tierra fue pasto de un fuego que, azuzado por la mano de los hombres impíos venidos del este, se extendió de costa a costa. Devastó las ciudades y los campos que encontró a su paso y, una vez prendido, no se extinguió hasta haber incendiado prácticamente toda la superficie de la isla y lamer con sus rojizas y feroces lenguas las aguas del océano occidental.

Pese a todas esas desgracias, que, según Gildas, obligaron a muchos británicos a deponer las armas y rendirse a la esclavitud impuesta por los invasores, o a huir de la isla, los británicos romanos no se dieron por vencidos. Siguieron resistiendo incluso cuando Aecio hizo oídos sordos a su última llamada solicitando la ayuda del Imperio. Uno de ellos, el célebre Aurelio Ambrosio, prototipo histórico del mítico Arturo, organizó una contraofensiva que culminó en una gran victoria británica durante el asedio de la localidad no identificada de Badon Hill. Tras este triunfo, volvió la prosperidad a la isla, en lo que cabría calificar de un período de felicidad que se prolongaría durante los largos años que separan aquel momento histórico y los tiempos en los que Gildas escribió su obra.¹⁹

Uno de los principales problemas del relato de Gildas desde la perspectiva del historiador moderno es su imprecisión cronológica. ¿Cuándo se originaron los acontecimientos de los que habla? Gildas no nos ofrece ningún indicio de cuándo la asamblea emitió su fatídica invitación a los mercenarios sajones. Es evidente que Beda supuso que toda la acción, desde la invitación hasta la revuelta y los hechos posteriores, se desarrolló en rápida sucesión, y de ahí que date la llegada de los sajones en 446, basándose en la llamada de socorro que se hizo en pleno alboroto a Aecio cuando éste era cónsul por tercera vez. Sin embargo, la mayoría de los especialistas modernos sostendría que la acción se prolongó durante más tiempo, basándose en las fuentes de la época de bastante calidad que hablan de algunos ataques importantes a Britania por parte de los sajones ya en c. 410. Este hecho hace que pueda ser probable que la invitación original solicitando la ayuda de los mercenarios fuera emitida más o menos una generación antes de lo que supuso Beda, lo cual sería compatible con lo que parece contarnos Gildas. Así pues, el relato de Gildas se convierte en un breve resumen de una secuencia más prolongada en el tiempo. Una cronología más dilatada en el tiempo también encaja perfectamente con el hecho de que los primeros restos sajones hallados en Inglaterra que pueden ser datados corresponden a la década de 430.²⁰

En cuanto a la revuelta sajona que propagó sus llamaradas «de costa a costa», el mejor dato cronológico de que disponemos para esta parte de los sucesos tal vez podamos encontrarlo en una fuente del continente, la llamada *Crónica gálica de 452* (nombre con el que es conocida, siguiendo una costumbre académica algo extravagante, por haber sido compuesta en la Galia en 452), que cuenta que Britania cayó en manos sajonas en 441-442. Esta crónica fue redactada apenas diez años después de los hechos de los que habla, y tenemos constancia de que después de 409 siguió habiendo estrechos contactos entre la Britania y la Galia romanas, circunstancias que sin duda constituyen un buen par de testimonios. Es evidente que hay otras maneras de reconstruir los acontecimientos, pero parece más lógico asociar la revuelta de mercenarios de la que habla Gildas con los actos de violencia de comienzos de la década de 440. Y unos veinte años después, hubo al menos un importante líder de Britania actuando en el norte de la Galia, en la región del

Loira, lo que encajaría con la información de Gildas en el sentido de que algunos británicos huyeron de la isla. Y en cualquier caso, aun cuando estuviéramos dispuestos a poner en tela de juicio esta asociación en concreto, tendríamos que datar un período importante de invasiones sajonas y desastres en Britania en los años centrales del siglo v, de acuerdo con la *Crónica*.²¹ Ahí, sin embargo, no acababa la cosa. Gildas concluía su excursión histórica con una nota extremadamente alta, lo cual es una de las razones de que su texto haya sido considerado a veces una impostura de época posterior. Gracias a Aurelio Ambrosio, los romanos de Britania consiguieron al final la victoria, y, aunque los detalles geográficos sean inexistentes, el sentido general del relato de Gildas es de que en los cuarenta años de paz que siguieron al episodio de Badon Hill, los sajones quedaron confinados, en el mejor de los casos, en el extremo oriental de la isla. La mayoría de los historiadores datarían este período de paz entre los años 480 y 550 d. C.²²

Sin embargo, cuando empieza con seriedad el minucioso relato histórico de Beda, con la llegada de la misión romana a Kent en 597, prácticamente toda Britania meridional se encontraba bajo el firme dominio de los anglosajones. O bien se produjeron más avances espectaculares de los anglosajones en la segunda mitad del siglo vi, o bien el grado de éxito de los británicos romanos que se deduce con la lectura de Gildas es un concepto totalmente equivocado. Los testimonios que poseemos se decantan por lo primero. La *Crónica anglosajona*, por su parte, sitúa una fase de gran expansión en la historia de Wessex a finales del siglo vi, cuando, bajo la autoridad de un tal Ceawlin y su sobrino Ceolwulfo, importantes sectores de Devon y Somerset pasaron por primera vez a manos anglosajonas. Pese a los problemas que plantea el texto, tal vez conserva reminiscencias de una significativa fase posterior de expansión. Asimismo, la mayoría de las dinastías que controlaron los reinos anglosajones del siglo vii de los que habla Beda el Venerable parece que descendían de un antepasado común cuyo *floruit* se sitúa en el último cuarto del siglo vi, y no antes.²³ Este hecho indica de nuevo que algo importante ocurrió cuando Gildas ya no estaba en activo.

Los testimonios del continente vienen a sustentar esta tesis, pues ponen de manifiesto que los grupos de población de origen sajón siguieron mostrando una naturaleza ambulante hasta bien entrado el siglo VI. Un importante grupo de emigrantes sajones, formado, según se cuenta, por unos veinte mil individuos, se dirigieron al sur a mediados de ese siglo y participaron al final en la invasión lombarda de Italia. Otro estableció un enclave en la desembocadura del Loira más o menos por la misma época (en la década de 560).²⁴ Estos contundentes testimonios de continua revolución demográfica en la patria de los sajones hace que resulte perfectamente plausible suponer que por aquel entonces había todavía más sajones que se pusieron camino de Britania. En algunos materiales arqueológicos más recientes también se manifiestan ciertas influencias continentales desde una dirección distinta. A partir de finales del siglo V se establecieron contactos entre Escandinavia y East Anglia, muy probablemente en la forma de un nuevo flujo migratorio desde Noruega en concreto, y hay razones para pensar que la dinastía real de East Anglia podía tener raíces escandinavas. Beda, que de hecho suele concordar con la arqueología, nos cuenta que el potencial humano de la inmigración germánica en Britania era muy variado: no sólo estaba formado por anglos, sajones y jutos, como nos recuerda en el primer libro de su *Historia eclesiástica*, sino también por frisios, rugios, daneses y otros.²⁵ Del mismo modo, la frecuencia de los enterramientos en los cementerios de inhumación anglosajones experimenta un aumento a partir de finales del siglo V: de uno cada cuatro años en c. 500 d. C. se pasa a uno cada dos o tres años en c. 600.²⁶ Este hecho puede explicarse de varias maneras: por un lado, por la conversión de los británicos romanos a las normas de la cultura anglosajona, y por otro, por un incremento natural del número de inmigrantes. No obstante, algo hizo que por lo visto la balanza del poder establecido en Badon Hill se decantara rotundamente en la segunda mitad del siglo VI a favor de los inmigrantes de lengua germánica, o cuando menos del predominio de sus formas culturales. No cabe duda de que la inmigración continuada desde el continente desempeñó su papel en este proceso.

Así pues, por pocos y difíciles de interpretar que sean, los testimonios indican con firmeza que la migración desde el continente hacia Britania de los siglos V y VI adoptó la forma de un flujo, igual que el que adoptó la de los

individuos de lengua germánica que en el siglo III avanzaron hacia el sur, hasta el mar Negro, o la de los lombardos que en los siglos IV y V se dirigieron hacia la cuenca media del Danubio (capítulos 3 y 5), o también la de los vikingos que en el siglo IX surcaron los mares rumbo al oeste, y que no se trató de un hecho aislado de gran magnitud, como el que se dio, por ejemplo, en 376. Al parecer, fue desarrollándose, como mínimo, entre c. 410 y 575, e incluso este arco de tiempo puede quedarse corto. Es probable que el flujo no fuera continuo, y que fuera variando con los altibajos propios de los conflictos que generara, cuanto menos, con los elementos de la población indígena romano-británica. A no ser que Gildas tergiverse notablemente la carrera de Aurelio Ambrosio —y no hay por qué pensar que así sea, pues, de haberlo hecho, habría echado por tierra el ejemplo que pretendía poner de relieve ante un público político británico que conocía esos acontecimientos por él mismo—, la emigración a Britania tuvo que resultar sin duda mucho menos atractiva tras la victoria de los nativos en Badon Hill. Curiosamente, tanto Gregorio de Tours como Procopio indican la presencia de individuos de lengua germánica procedentes del otro lado del Canal entre los francos del continente en la primera mitad del siglo VI, lo que parece sugerir que este período, que en casi todas las cronologías coincide con la época que siguió al episodio de Badon Hill, fue testigo incluso de algún movimiento migratorio en sentido opuesto.²⁷ Además, en el flujo migratorio participaron claramente individuos procedentes de una amplia zona geográfica, a juzgar por el relato histórico de Beda cuando alude a los orígenes de los emigrantes y por la diversidad de orígenes, desde el punto de vista geográfico, de la cultura material que se difundió entre ellos.

Ninguna de esas fuentes permite que nos hagamos una idea del número aproximado de individuos que participó en aquel prolongado flujo migratorio. Muchos de esos grupos de emigrantes, especialmente al principio, es probable que fueran reducidos. Según Gildas, el contingente original de mercenarios llegó a Britania en sólo tres naves, por lo que seguramente apenas habrían sumado unos cien hombres. Sin embargo, es posible que la noticia de las tres naves no sea más que un tópico popular, y no todos los grupos habrían tenido que ser tan reducidos.²⁸ En el continente, varios grupos de sajones que llegaron a sumar hasta los veinte mil individuos —incluyendo,

explícitamente, mujeres y niños— se pusieron en marcha en los siglos V y VI, y es probable que grupos similares más numerosos se trasladaran a Britania. Los grandes cementerios de cremación del este de Inglaterra, por ejemplo, parecen vestigios de grupos de emigrantes más unificados que los cementerios de inhumación de menores dimensiones que se encuentran en el sur del país, aunque no cabe la menor duda de que no son necrópolis de grupos integrados por veinte mil personas. También es bastante probable que el flujo migratorio hubiera tenido que responder a la naturaleza cambiante de la resistencia británica. El principal propósito del resumen narrativo de Gildas, y el pilar de su desalentadora comparación con la situación del momento, es que Aurelio Ambrosio había reunido a un número significativo de británicos nativos para dar a los sajones una respuesta más o menos en unión, pero que esa fuerza se veía ahora disipada por las rivalidades existentes entre sus sucesores de menor talla. Los inmigrantes, por supuesto, habrían tenido por fuerza que responder de forma parecida a la victoria de Ambrosio, presentando fuerzas más numerosas para hacer frente al mayor grado de resistencia británica que éste había coordinado. Así pues, aunque los inmigrantes hubieran empezado siendo grupos reducidos, la reacción conjunta de los británicos los habría obligado a reorganizarse en unidades más numerosas.

No hay testimonios escritos que sustenten esta visión de flujo y reflujo, pero su realidad podría quedar perfectamente reflejada en la llegada, por lo visto tardía, a Inglaterra de las dinastías gobernantes en los reinos anglosajones de c. 600 en adelante, con la que sin duda es totalmente compatible. Es probable que los integrantes de esas familias reales fueran los líderes que permitieron una mayor unión, necesaria para que la suerte de la guerra volviera a sonreír a los anglosajones. Si se aceptan sus premisas, este dibujo del flujo migratorio tendría muchos paralelismos. La evolución de los flujos migratorios en nuevas formas para superar obstáculos, o para permitir alcanzar una serie de ambiciones más importantes, acaba por constituir, como hemos visto, una amenaza, fenómeno que se repite tanto en el caso de los godos del siglo III, como en el de los vikingos del siglo IX o los bóers del XIX. Es también, por supuesto, una constante que subyace en las identidades de grupo, las cuales forja y refuerza ante cualquier conflicto (capítulo 1). Sin

embargo, es necesario no exagerar el problema militar que planteaba incluso un mundo más unido de británicos romanos. Los sajones nunca se habían enfrentado a un contrincante que dispusiera de un poder militar parecido al del estado imperial de Occidente con el que se encontraron en territorio romano los emigrantes continentales. De ahí que no deba sorprendernos el hecho de que en c. 600 el resultado final de la ocupación anglosajona fuera una multiplicidad de pequeños reinos, al menos cien con toda seguridad, y quizá muchos más. Los nuevos reinos de la Inglaterra anglosajona incluían unas fuerzas militares que sumaban muchos más hombres de los que podían caber en unas cuantas naves, pero el grado menor de peligro que había en territorio británico no fue suficiente para que emprendieran el proceso de unificación política imprescindible para visigodos, vándalos, francos y ostrogodos que operaban en contextos donde se exigían unos contingentes militares de decenas de miles de hombres.²⁹

Es cierto también que en el flujo migratorio participaron mujeres y niños. Presumiblemente, los primeros grupos de mercenarios estaban compuestos sólo por varones, pero entre los testimonios arqueológicos descubiertos en los cementerios figuran numerosas piezas de la indumentaria femenina de origen germánico continental, especialmente, una vez más, broches. Parte de este material habría podido llegar hasta allí sin venir acompañado de mujeres de carne y hueso, esto es, como regalos para esposas y novias británicas romanas de los invasores sajones; pero sugerir que no se contó con la presencia de mujeres sajonas parece una idea bastante forzada, sobre todo porque se sabe con certeza que los grupos de emigrantes sajones en el continente incluían mujeres y niños. Hay dos razones que pueden justificar el hecho de que los grupos sajones que emigraron a Britania tal vez estuvieran restringidos a los varones. La primera es, de nuevo, la pequeña envergadura de parte de sus acciones. Antes de la época de Aurelio Ambrosio, las comitivas militares formadas por unos cientos de hombres habrían podido bastar para abrir nichos en territorio de Britania destinados a los caudillos sajones invasores. De ser así, para dichos caudillos no habría sido necesario, o habría sido totalmente innecesario, el reclutamiento generalizado de seguidores en el seno de su sociedad natal, y de ahí que resulte menos probable la participación de hombres acompañados de sus

familias. La segunda es de carácter logístico. Las migraciones a gran escala por tierra firme de ese período —al menos las que tenemos documentadas— trasladaron sus bienes y a los individuos físicamente menos capacitados en grandes convoyes formados por miles de carros y carretas. Se trataba sin duda de empresas engorrosas, pero el traslado de familias, animales y bienes a través del Canal o el mar del norte hasta Britania suponía una serie de dificultades de carácter logístico totalmente distintas. Embarcar a no combatientes habría comportado no sólo disponer de más naves, sino también incurrir en otros muchos gastos.

Sin embargo, la comparación de testimonios pone de manifiesto que no debemos exagerar el efecto probable de uno y otro factor. Disponemos de pruebas de ADN que indican con contundencia que los noruegos de los siglos IX y X que se desplazaron a Islandia llevaron consigo un número significativo de mujeres escandinavas, y también otras de orígenes distintos —como, por ejemplo, Escocia, Irlanda y las islas septentrionales y occidentales—, que cogieron por el camino. Hoy día en Islandia, aproximadamente un tercio del ADN nos habla de antepasados noruegos. Aun cuando los progenitores de esos antepasados se hubieran limitado primero a cruzar el mar del norte, y el traslado de sus niños noruegos a Islandia se hubiera producido desde las islas o el norte de Gran Bretaña, esto no vendría más que a poner de relieve que los primeros asentamientos de los noruegos en Britania contaron con la presencia de un nutrido número de sus mujeres. Y todas esas travesías marítimas de los siglos IX y X —desde Escandinavia hasta las islas británicas del norte, y de allí a Islandia— fueron más largas, más arduas y más costosas que las que en los siglos V y VI emprendieron los anglosajones rumbo al sur de Britania. También conviene señalar que es necesaria una presencia femenina significativa para explicar el grado de cambio lingüístico que se experimentó a continuación en el sur de Britania. Retomaremos esta cuestión con detalle más adelante, pero cabe recalcar que la lengua germánica de los inmigrantes, la cual apenas se vio alterada por las lenguas célticas nativas de Britania, no habría podido imponer su supremacía si, ante la inexistencia de escuelas de gramática sajona, las madres germánicas no se hubieran encargado de enseñársela a sus hijos.³⁰

Si la escala global de la emigración anglosajona a Britania meridional durante los siglos V y VI es bastante cuestionable, tal vez podamos hacer algún progreso estudiando su naturaleza: a saber, la de un flujo de población prolongado en el tiempo y que incluyó a mujeres y niños. Debido a la escasez de fuentes históricas, nos vemos de nuevo faltos de información explícita de sus causas, pero podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que una de las motivaciones principales de los emigrantes fue la riqueza de la economía agrícola relativamente desarrollada de los británicos romanos. Así parece indicarlo Gildas en su relato. En su opinión, fue la perspectiva de recibir una buena compensación material lo que llevó a los primeros mercenarios sajones hasta Inglaterra, y su subsiguiente revuelta tuvo por objetivo el saqueo de la isla con el fin de apoderarse de todo lo que pudieran encontrar, una vez comprobado que ya no podían sacar más dinero contante y sonante.³¹ Tras imponer su superioridad, se hicieron con el control del territorio, de los medios básicos de producción de riqueza de aquel mundo fundamentalmente agrícola, para garantizar su prosperidad a largo plazo. En 400 d. C., la economía de los británicos romanos quizá habría podido dejar atrás el momento de gran apogeo vivido a mediados del siglo IV, pero fuera como fuere, seguía siendo mucho más desarrollada que la del mundo rural del otro lado del mar del norte en el que habitaban los anglosajones. Y, de hecho, disponemos de pruebas irrefutables de que esa mayor riqueza había provocado durante mucho tiempo una gran atracción entre las poblaciones germánicas de otros territorios menos desarrollados situados allende los mares.

Al menos desde mediados del siglo III, los piratas sajones habían estado intentando encontrar su camino hacia Britania meridional a través del mar del norte. Y aunque no dispongamos de relatos escritos que hablen de ello —la obra de Amiano Marcelino cuenta con bastante detalle una gran incursión marítima de los sajones en el norte de la Galia, pero ninguna en Britania—, ha llegado a nuestras manos un número impresionante de testimonios indirectos que nos dicen que los incursores sajones habían supuesto una gran amenaza durante el siglo IV para los agricultores de la Britania romana. A partir de finales del siglo III las autoridades centrales romanas contaron con un mando militar unificado que actuaba en las regiones costeras de uno y otro

lado del Canal y en el litoral del este de Britania. Su comandante disponía de flotillas navales y guarniciones, así como de un reguero de poderosas fortificaciones, algunas de las cuales sobrevivieron a la ocupación sajona. Las imponentes fortalezas de Portchester (a las afueras del actual Portsmouth) eran, de hecho, tan extraordinarias que tuvieron innumerables funciones a lo largo de toda la Edad Media, siendo utilizadas hasta las guerras napoleónicas, cuando sirvió de campo de prisioneros para los marineros franceses. Todo este conjunto de destacamentos y construcciones fue denominado *litus saxonum*, «el litoral sajón», lo que pone claramente de manifiesto la amenaza por la cual fue concebido (lámina 15). El hecho de que los romanos se preocuparan por mantener una inversión militar de semejante envergadura indica que las incursiones marítimas de los sajones, por pequeñas que fueran normalmente, no dejaban de constituir un verdadero problema endémico.³²

En cuanto al prolongado flujo migratorio de los siglos v y vi, el arco de tiempo en el que se desarrolló fue lo suficientemente extenso para que también otras razones secundarias desempeñaran su papel. El nivel de las aguas estaba subiendo en el mar del norte, hasta tal punto que algunas comunidades del continente probablemente estuvieran más dispuestas a desplazarse porque su sistema de vida tradicional se vio amenazado. No fueron pocos los poblados costeros bien arraigados —incluidos muchos de los *terpen* que hemos visto en el capítulo 2— que desaparecieron en este período. En efecto, la decisión de abandonar los lugares de residencia se extendió por una vastísima región: desde la costa de Frisia hasta la zona del Elba-Weser, incluyendo Schleswig-Holstein. En el pasado, este fenómeno llevó a algunos a afirmar que la subida del nivel del mar fue la razón principal de las migraciones anglosajonas, pero semejante teoría parece exagerada. El este de Inglaterra, destino de muchos de esos emigrantes, también se vio afectado por el mismo fenómeno, y al final, cuando el siglo v daba paso al siglo vi, se tuvo que abandonar una importante franja de territorio de la región costera de Sajonia. Así pues, en el mejor de los casos, la subida del nivel del mar sólo puede ser considerada un factor secundario. También en el siglo vi, el poder de los francos merovingios empezó a imponerse de manera agresiva en la patria de los sajones. Fue este factor de carácter político el que desencadenó el éxodo de aquellos veinte mil sajones

que acabaron uniéndose a los lombardos, y no hay razón alguna para pensar que no fue esa misma presión de los francos la que empujó a otros sajones a seguir a sus congéneres hasta el otro lado del mar del norte. No obstante, una motivación más amplia, en la que confluyen la decisión personal y un aspecto económico, probablemente fuera la principal causa del flujo de migraciones anglosajonas, pues éstas empezaron mucho antes de que los francos pudieran convertirse en un factor determinante. Esta teoría se ve apoyada por la naturaleza básica de ese flujo.³³ Un proceso prolongado, en oposición a una repentina llegada de emigrantes, parece indicar más una fuerza constante de atracción económica que el impacto de una crisis política de envergadura, similar a la que llevó a los godos a cruzar el Danubio en 376.

Como también nos demuestra la existencia del *litus saxonum*, en 400 ya existía entre Britania meridional y el norte de Germania el campo de información necesario para que se diera un flujo migratorio. La migración anglosajona explotaba rutas conocidas, y en ciertos aspectos representaba simplemente la prolongación de una tendencia ya existente a la expansión germánica en esa dirección. La riqueza de la Britania romana era algo consabido por los incursores sajones de los siglos III y IV, quienes, además, contaban sin duda con mucha información sobre la navegación de las zonas costeras y el mar Negro, y las mejores rutas para alcanzar sus objetivos. También habrían tenido un buen conocimiento de las zonas del interior, pues todos los ríos que conducían a las entrañas de Britania debieron de formar parte de la zona explorada durante los ataques por mar. Las naves del primer milenio tenían unas dimensiones lo suficientemente reducidas para desplazarse por vía fluvial hasta regiones bastante alejadas en el interior, y su funcionamiento no estaba restringido a navegar por la zona costera. El relato de Gildas indica que ese caudal de información fue aumentando a medida que avanzaba el siglo V, de forma muy parecida a cómo subyace en los flujos de migración modernos una base de conocimientos en constante evolución. Es muy probable que, como cuenta Gildas, los primeros sajones fueran un cuerpo de mercenarios, contratados por gente que había sido víctima —o temía serlo— de actos de saqueo y que recurría a ellos para que los ayudaran a defenderse. Al parecer, esa situación ya se había dado en términos similares a finales del siglo III, cuando un usurpador de Britania, el comandante militar

romano Carausio, que en un principio había sido nombrado para luchar contra los piratas sajones y francos, reclutó a varios de ellos para su ejército. También solía darse a finales de la era vikinga. Los piratas eran difíciles de combatir para las fuerzas terrestres. Las noticias de la prosperidad de los mercenarios hicieron que otros se unieran a ellos en el lado británico del mar del norte. Esta circunstancia no siempre estuvo ligada a la oscura y compleja trama que Gildas imaginó. Tal vez los primeros mercenarios llegaron a un acuerdo con la población nativa de Britania sin abrigar segundas intenciones, pero, con el paso del tiempo —en otras palabras, a medida que fue corriendo la información—, quizá su ambición fuera *in crescendo*, o grupos nuevos de sajones más ambiciosos vieran la oportunidad de adquirir importantes riquezas, decidiendo pasar a la acción, del mismo modo que en la era vikinga los incursores de poca envergadura fueron al final suplantados por caudillos más importantes que contaban con un número mucho mayor de secuaces.³⁴

No fue, pues, una serie de nuevos datos geográficos de Britania meridional lo que fue transformando las incursiones de saqueo sajona en inmigración sajona a medida que avanzaba el siglo v, sino una conciencia cada vez mayor de que la anterior situación política y estratégica del país había cambiado por completo. Mientras Britania formara parte del Imperio Romano, cualquier intento serio de los sajones del continente de anexionarse el territorio estaba condenado a fracasar. Las fuerzas militares del *litus saxonum* era más que poderosas para hacer frente a la amenaza de unos piratas lo bastante tontos como para no darse cuenta de cuándo debían emprender una rápida retirada: eso es precisamente lo que les ocurrió a aquellos incursores sajones que se presentaron en la Galia en tiempos de Amiano Marcelino. Pero cuando Britania quedó fuera del amparo romano, se abrió una puerta a mucho más que un simple ataque relámpago, y no sólo para los sajones ambiciosos. Como cuenta Gildas, y confirman otros testimonios, también se pusieron a la cola para sacar alguna tajada grupos de incursores e incluso inmigrantes de Irlanda y Escocia (escotos y pictos respectivamente).³⁵ La atracción que provocaba una economía desarrollada como la romana constituye uno de los pilares de toda la sucesión de los acontecimientos, y, como en los otros flujos migratorios estudiados, se hace patente la combinación de política y economía. Los emigrantes sajones sólo

podían alcanzar la prosperidad de Britania meridional si se hacían con su control político, y esto únicamente fue posible cuando la provincia romana se quedó sin el amparo del Imperio. Los intrusos del continente tal vez tardaran una generación en darse cuenta de cuán vulnerables eran en aquellos momentos sus principales objetivos en Britania. Parece que ya en c. 410 habían empezado las incursiones de saqueo, pero fue en c. 440 cuando la situación comenzó a ser verdaderamente preocupante, al menos según los observadores del continente. Este arco de tiempo parece el suficiente para que los anglosajones o bien se dieran cuenta de que ya habían desaparecido los viejos obstáculos que impedían una expansión a gran escala, o bien desarrollaran múltiples ambiciones nuevas, más próximas a una anexión radical que a meras operaciones de saqueo.

Las estructuras políticas imperantes también ayudaron a conformar la acción a otro nivel. Cuando se compara con los fenómenos migratorios de su época en el continente, lo que resulta sorprendente del caso anglosajón es la cantidad de testimonios de acciones de poca envergadura que han llegado a nuestras manos. En 600, el resultado final de ese flujo migratorio se plasmaba, como hemos visto, en la existencia de una serie de reinos anglosajones relativamente pequeños. Lo mismo cabe decir del mundo de la Britania romana, que, al menos en el período posterior a Aurelio Ambrosio, vivió una fragmentación en términos políticos. Al observar este patrón, un estudio reciente plantea la siguiente pregunta: ¿Por qué en la Europa continental del siglo V tenemos tan pocos ejemplos de una apropiación de poder en el ámbito local como la personificada por Aurelio Ambrosio o los pequeños reinos que controlaban Cornualles y Gales en tiempos de Gildas?³⁶

Esta singularidad fue fruto en parte de la logística de transporte, cuyas repercusiones fueron mucho más allá que una posible desviación de los porcentajes de género. La emigración anglosajona a Britania tuvo que adoptar la forma de flujo prolongado de población, y no de una sola invasión en tropel, debido a la imposibilidad de trasladar de golpe al otro lado del mar del norte a grandes cantidades de individuos. En un aspecto, los testimonios son equívocos. Desconocemos si los habitantes de Jutlandia solían utilizar veleros en el siglo V, y las naves de remos sólo habrían podido transportar un número escaso de pasajeros en un viaje sin retorno, pues su espacio quedaba

prácticamente reducido al que ocupaban sus remeros. Pero había veleros un poco más al sur, en los puertos romanos del Canal, y no hay razón alguna para pensar que sus capitanes no fueran pagados para trasladar a un gran número de sajones a Britania (del mismo modo que en muchos lugares sus homólogos trasladaron, por ejemplo, a los godos al otro lado del mar Negro en el siglo III, o a la coalición de vándalos y alanos al otro lado del estrecho de Gibraltar en 429). Por esa misma época, otros grupos de sajones, como hemos visto, se abrieron paso hasta llegar al Loira, lo que debió de ser como un estruendo ensordecedor. Así pues, más importante que la cuestión de los veleros es el hecho de que las naves disponibles eran de dimensiones reducidas y limitadas en número. Del mismo modo que las migraciones más modernas al otro lado del Atlántico tuvieron que llevarse a cabo en una especie de goteo hasta la aparición de los grandes transatlánticos a finales del siglo XIX, desde el punto de vista logístico era imposible que grandes cantidades de anglosajones pudieran llegar en masa a las costas de Britania.³⁷

Pero también el contexto político desempeñó un papel fundamental en el desarrollo del fenómeno migratorio protagonizado por los sajones en Britania y en su resultado final. En el continente, los emigrantes se vieron obligados a actuar formando grandes concentraciones porque tenían que colocar considerables fuerzas militares en el terreno, ya fuera para sobrevivir y hacer frente al poder imperial de Roma, ya fuera para escapar del control de los hunos. Pero estas necesidades no se dieron en Britania. En las provincias romanas el gobierno local, al igual que la recaudación de impuestos, operaba en el territorio de la ciudad —la *civitas*—, y por lo visto fue así como siguió siendo en la Britania subromana. Fue de los ingresos en concepto de gravámenes de esas unidades urbanas, que ya no se entregaban al estado romano, de dónde salieron, según parece, las compensaciones económicas de los mercenarios anglosajones. Las fronteras de algunos de los reinos anglosajones situados más al este, y por lo tanto presumiblemente más antiguos, esto es, East Anglia, Essex, Lindsey y Kent (mapa 11), se corresponden más o menos con los probables límites de algunas *civitates*, lo que parece indicar que quizá esos reinos fueran fundados por emigrantes que se apoderaron de importantes *civitates* (ciudades) que seguían siendo entidades activas. Pero los territorios de esas *civitates* no eran muy extensos,

y nunca habrían comportado la necesidad de disponer de importantes fuerzas militares. Sin embargo, esta circunstancia debió de cambiar en tiempos de Aurelio Ambrosio. Es probable que a partir de entonces fuera preciso reunir un contingente de emigrantes más numeroso para arrebatarse un buen pedazo de tierra de Britania meridional a aquellos britano-romanos mucho mejor organizados. Sin embargo, a pesar de esa mejor organización, ninguno de sus reyes del siglo VI pudo presentar nada parecido al ejército que poseía el estado romano o Atila el huno, de modo que la diferencia en la magnitud de sus necesidades seguía siendo abismal, y cualquier unidad militar y política de Britania tendría un carácter transitorio. Una de las principales razones que esgrime Gildas para justificar la redacción de su obra es precisamente el hecho de que los líderes políticos de su propia generación (y cita a cinco reyes) estaban disipando la herencia ambrosiana con sus absurdas disputas internas.³⁸

Así pues, por cuanto podemos comprobar, vemos que el flujo migratorio de los anglosajones no tuvo nada que ver con un *Völkerwanderung*, y que se pareció bien poco al viejo modelo histórico-cultural de movimiento de masas en combinación con una limpieza étnica. Se trató de un fenómeno prolongado en el tiempo, no de un acontecimiento puntual como pueda hacernos pensar la fecha única y determinada que Beda indica al hablar del *adventus saxonum*. Muchos de los grupos involucrados tal vez fueran reducidos, sobre todo al principio, pero probablemente fueron aumentando de tamaño a medida que fueron surgiendo los obstáculos. Las mujeres y los niños también participaron. Los motivos fueron un deseo de sacar partido de la riqueza de la desarrollada economía agrícola de Britania meridional, aunque otros factores secundarios afectaron cuando menos la velocidad del flujo en distintos momentos, y hubo también una marcada dimensión política, pues sólo podía lograrse un acceso total a la riqueza de Britania mediante el control de la tierra. Pese a la escasez de información, pues, la emigración de los anglosajones a Britania meridional adoptó claramente la forma de flujo de población de naturaleza predatoria. Y, como indicaría la literatura comparada relativa a las migraciones, resulta igualmente bastante fácil determinar las

profundas consecuencias derivadas de algunos factores, como, por ejemplo, la disponibilidad de información, la logística y el contexto político-estratégico en constante evolución en el que se materializó.

¿Pero qué decir acerca de la cuestión que hasta ahora hemos evitado? ¿Fue el flujo migratorio de los anglosajones un caso de transferencia de elites, o deberíamos considerarlo un modelo de migración distinto?

Los límites de la emulación

Merece la pena que consideremos lo que está en juego. En su forma clásica, el modelo de transferencia-elite/emulación-cultura indicaría que los hablantes de germánico intrusos representaron sólo un pequeño porcentaje de la población total que parcial o enteramente reemplazó a la elite terrateniente indígena de la Britania romana. El grueso de la población britano-romana siguió en su lugar, superando rotundamente en número a los inmigrantes, pero, con el tiempo, fue absorbiendo la cultura material y no material de estos últimos, hasta que ya no fue posible establecer distinciones entre los dos grupos. Lo que vemos es en esencia una abrumadora mayoría de britano-romanos cambiando voluntariamente su propia identidad para convertirse en anglosajones. El objetivo que subyace en este modelo es demostrar específicamente que la transformación masiva de una cultura material y no material en una dirección germánica puede encontrar una explicación razonable únicamente en el caso de que sólo un número limitado de inmigrantes anglosajones hubiera cruzado el mar del norte. Normalmente, minimizar la importancia de la migración sajona como agente de grandes cambios forma parte de una tesis más general. Pues en la mayoría de las posibilidades que se han avanzado, lo ocurrido en la Britania romana antes de la llegada de los anglosajones (por ejemplo, el derrumbamiento de las estructuras romanas) y de la reacción de los nativos a dicha llegada (su decisión, por propia voluntad, de convertirse en anglosajones) son tan importantes al menos como el mismísimo flujo migratorio. Como tal, el modelo fue en un principio, y lo ha seguido siendo en sus distintas formas, concebido como respuesta a un exceso de utilización en el pasado de la hipótesis de la invasión.³⁹

El otro aspecto de esta tesis ha resultado más difícil de definir, pues nadie cree en la actualidad que los anglosajones intrusos barrieron o expulsaron prácticamente a toda la población nativa. La migración «masiva» anglosajona ya no es lo que solía considerarse que había sido. En un sentido verdaderamente real, hoy día es definida negativamente, frente al modelo de transferencia-élite. En esencia, viene a proponer que había demasiados inmigrantes anglosajones para ser catalogados sólo como elite aristocrática, y de manera más general, que fueron ellos —y no la población nativa por decisión voluntaria— los responsables de las transformaciones culturales, entre otras, que se desarrollaron en Britania meridional. De modo que la tesis gira en torno de los anglosajones, así como del carácter general de las relaciones de éstos con la población nativa. ¿Fueron libres los britano-romanos de responder como quisieran a la llegada de los anglosajones, o fueron los inmigrantes agresivos y dominantes desde el punto de vista político? Ante estas dos preguntas, la cuestión numérica resulta la más problemática a primera vista, pues es precisamente en este respecto que ninguna de nuestras fuentes ofrece una información clara y directa. Contamos sólo con unos cálculos muy aproximativos de la población britano-romana nativa en c. 400 d. C., y apenas disponemos de datos relevantes sobre la envergadura de las posteriores migraciones anglosajonas. Pero si no nos dejamos obsesionar por las cifras exactas, podemos comenzar a vislumbrar una forma más productiva de seguir adelante.

El punto de partida es la revolución en la organización de las zonas rurales que se desarrolló en los siglos v y vi. La Britania romana de época tardía estaba dividida en una serie de fincas de mayor o menor tamaño, administradas muchas de ellas desde villas: importantes centros rurales formados por una casa y sus tierras. La tierra, como sucedía en buena parte del mundo romano, estaba distribuida de manera desigual, pues había grandes extensiones en manos de una clase terrateniente relativamente reducida. En c. 600, esta distribución de la tierra se había visto sustituida por otra, concebida de acuerdo a unos parámetros muy distintos. No sólo habían caído en desuso todos los edificios de las villas, sino que también habían desaparecido los lindes de las heredades. En sólo uno o dos casos se ha llegado a sugerir que los antiguos límites de las fincas romanas seguían vigentes en la época

anglosajona, y en ninguno de ellos ha podido demostrarse este dato de manera convincente. En efecto, se había creado un nuevo mapa económico de las zonas rurales. En 600 d. C. los reyes anglosajones habían definido zonas más extensas de territorio con objetivos recaudatorios, pero buena parte de la agricultura se basaba en unidades mucho más reducidas que las antiguas villas romanas, y no sería hasta el siglo IX cuando comenzaran a reaparecer las grandes fincas de administración central en los campos de Inglaterra. Fueron los primeros señoríos, los mismos que más tarde, ya en tiempos del *Doomsday Book*, eran en un elemento dominante de las zonas rurales.⁴⁰

Todo esto demuestra con claridad que la ocupación anglosajona no fue un simple caso de esa transferencia de elite propia de un modelo clásico como el de la conquista normanda de cinco siglos más tarde. Cuando fue recopilada la información registrada en el *Doomsday Book*, veinte años después de Hastings, la aristocracia nativa anglosajona había sido barrida, y sus tierras transferidas a los principales seguidores de Guillermo el Conquistador, los llamados *tenant in capite*. El proceso alcanzó a elites más locales, las de los pequeños hacendados o *gentry*, pues los *tenant in capite* aumentaban a su vez la fortuna de sus principales vasallos mediante concesiones de derechos económicos sobre grandes parcelas del territorio que habían obtenido. Este proceso secundario tuvo tanto de necesidad política como el original que supuso la cesión de tierras a los *tenants in capite* por parte de Guillermo el Conquistador, pues era el servicio leal de todos esos hombres lo que había posibilitado la conquista, y por lo tanto ellos esperaban una parte de los beneficios obtenidos con su empresa militar conjunta. En consecuencia, los pequeños hacendados anglosajones, así como su aristocracia, perdieron la propiedad de la tierra, aunque algunos siguieron viviendo como arrendatarios de unas parcelas de las que anteriormente habían sido dueños y señores.

Pero un rasgo característico de este proceso es que ninguno de esos cambios de propiedad alteró los lindes existentes de las heredades, ni modificó el modelo de funcionamiento de la economía de las fincas rurales. Como unidades agrícolas en activo, éstas siguieron desarrollándose. Se produjeron algunas alteraciones concretas, y cabe sostener que determinados elementos del campesinado anglosajón sufrieron una notable degradación.

Pero básicamente los lindes de las grandes heredades y el funcionamiento general de la economía rural apenas se vieron alterados por la masiva transferencia de los derechos de propiedad, fruto de la contundente victoria de los normandos. Los conquistadores normandos no habrían podido esperar la consecución de mejores resultados económicos. La actividad principal de una finca era la labranza —el cultivo de grano— mediante la utilización de mano de obra bajo una dirección centralizada, pero dicha finca seguía necesitando pastos y bosques para mantener a los individuos y a los animales que la hacían funcionar. Todo aquello que obstaculizara el desarrollo de estas premisas habría repercutido negativamente en los resultados de las cosechas y en los ingresos de los nuevos propietarios de las heredades.⁴¹

Durante la ocupación anglosajona de los siglos V y VI, en cambio, no se vivió nada parecido a una transferencia clara y rotunda de titularidad de la tierra. Las nuevas elites terratenientes anglosajonas no tomaron simplemente posesión de las villas existentes, aunque, en términos económicos, esto hubiera sido la decisión más óptima. Al igual que las heredades del siglo XI, las tierras de las villas romanas eran unas unidades agrícolas integradas cuya explotación había sido la fuente de riqueza de una clase rural de terratenientes muy prósperos. Cambiar los lindes de las villas significaba alterar el verdadero funcionamiento de la economía rural, y hay notables testimonios de que ese proceso supuso, como cabría esperar, importantes pérdidas en la producción rural. Si bien la mayor parte de las tierras dedicadas al cultivo siguieron cumpliendo su cometido (lo que ha quedado demostrado por los análisis de polen), aunque se abandonaron determinadas zonas marginales, una serie de estructuras más complejas de las fincas cayeron en desuso. En el período sajón no se mantuvieron, por ejemplo, algunos de los mecanismos de drenaje de época romana instalados en el Támesis a su paso por Dorchester, y en general los pesados arados romanos utilizados hasta entonces se vieron sustituidos por otros menos sofisticados que se limitaban a «arañar» la tierra. Los primeros eran unos utensilios muy caros del equipamiento básico, debido al coste que comportaba producir la reserva de forraje necesaria para alimentar durante el invierno a los animales de tiro que debían arrastrarlos. Presumiblemente las unidades agrícolas más reducidas, características de la primera época de dominio anglosajón, no habrían podido permitirse ese gasto

por mucho que quisieran.⁴² Esta circunstancia también nos permite explicar por qué las antiguas ciudades de la Britania romana perdieron lo que les quedaba de su carácter urbano. No habían sido centros de producción industrial, en absoluto, sino «agro-ciudades», existentes para ejercer determinadas funciones en el marco de una economía agrícola relativamente desarrollada, funciones que a su vez permitían que algunos excedentes de la producción llegaran desde el campo para alimentar a la población urbana. Si la organización de la economía rural se veía alterada, particularmente al simplificar su funcionamiento y reducir la producción total, ese tipo de urbanismo quedaba arrancado de raíz, por lo que no es de sorprender que las ciudades desaparecieran como tales en el período postromano, aunque a veces retuvieran una importancia administrativa cuando los nuevos reyes anglosajones establecieron sus palacios dentro de sus límites.⁴³ La siguiente pregunta, pues, es evidente. ¿Por qué la ocupación anglosajona desarticuló las estructuras de las fincas romanas existentes, aun cuando esto comportara unos costes económicos considerables?

Una teoría ha encontrado la respuesta a este enigma en determinados desarrollos que se produjeron en Britania antes de la llegada de los anglosajones. Algunos han visto en la rebelión de Britania de 409 de la que nos habla Zósimo una especie de sublevación del campesinado que no sólo acabó con el control central de Roma, sino que también supuso un vuelco para el dominio social establecido de la clase terrateniente de las villas. Las villas, por supuesto, habrían sido una víctima natural de esa sublevación. Más recientemente, Guy Halsall ha sostenido que la estructura de las fincas de las villas de Britania meridional se derrumbó como consecuencia de la separación por parte de la provincia del sistema imperial bajo cuyo amparo se había creado dicha estructura, aunque identifica una secuencia distinta de desarrollo. En su opinión, la posición de los propietarios de las villas en lo alto de la escala social dependía de las relaciones que éstos habían establecido con el Imperio, y cuando esos lazos se rompieron después de 410 d. C., tuvieron que esforzarse con ahínco para mantener su estatus. Los beneficios de sus fincas, que hasta entonces habían utilizado para la construcción y la decoración de sus sofisticadas villas y para otras ostentaciones, o en el comercio de diversos productos valiosos de

manufactura romana (artículos alimentarios del Mediterráneo, exquisitas piezas de cerámica, etc.), tuvieron que ser distribuidos en el ámbito local, en forma de regalos a las redes de partidarios que fueron tejiendo. Dichas redes sustituyeron al Imperio en términos estructurales, permitiendo a los terratenientes conservar su posición en aquellas nuevas condiciones, aunque resultaban relativamente onerosas, pues apenas les dejaban un excedente con el que invertir en antiguas formas de ostentación. En consecuencia, las villas y los modelos comerciales no tardaron en desaparecer, y un nuevo ritual funerario competitivo —«la inhumación con ajuar funerario»— se fue desarrollando en Britania meridional a medida que los terratenientes comenzaron a escenificar pomposos funerales, en los que no faltaban ricos ajuares fúnebres depositados junto al difunto como parte de su afán por conservar la posición social.⁴⁴

La simple versión de la teoría de la sublevación del campesinado no logra ser convincente. A pesar del caos reinante, en el Imperio Romano de Occidente de la época no existe prácticamente evidencia alguna de ese tipo de acción, sino que los testimonios hablan de muchas elites locales que se hicieron con el poder, y precisamente en contextos en los que la autoridad central imperial no había sabido responder a las necesidades locales. Aproximadamente en 409, Constantino III hacía tiempo que ya había abandonado su base de Britania y centraba firmemente su atención en Italia y España, donde intentaba simultáneamente suplantar al emperador Honorio y hacer frente a los invasores del Rin que se habían establecido por aquel entonces al sur de los Pirineos. A mi entender, y aquí estoy completamente de acuerdo con Halsall, la rebelión de Britania es muy probable que fuera como una de tantas, una respuesta a la negligencia de Constantino y no una revolución social movida por algún tipo de antirromanismo. Igualmente importante es el hecho de que la *Vida de san Germán de Auxerre* retrata a una elite de apariencia característicamente romana en Britania meridional que pide ayuda a un continente todavía romano ante la amenaza de invasión y herejía en las décadas de 420 y 430. El romance (latín simplificado) siguió siendo la lengua hablada en el mundo político de Britania meridional hasta bien entrado el siglo v, y también me inclino a creer que la célebre alusión a los britanos que piden ayuda al general supremo romano Aecio, «tres veces

cónsul», se basa en un hecho concreto. Todo esto significaría que una clase terrateniente de britanos romanizados seguía mirando en dirección a Roma, y que en la década de 440 ésta aún seguía aferrada a algunas de sus estructuras romanas. Por ello la teoría de la lucha de clases parece muy poco sugestiva.⁴⁵

La versión de Halsall, que habla de un derrumbamiento de los sistemas internos, constituye una explicación más plausible para dos de los principales fenómenos que se produjeron durante la transformación de Britania meridional ocurrida en el siglo v, a saber, que las villas desaparecieron y que los enterramientos provistos de ajuares funerarios se pusieron de moda. Sin embargo, antes de entrar en valoraciones, es conveniente indicar por qué existe esta teoría. Halsall es el especialista que hemos visto en el capítulo 1, y que sostiene que esquivar el fenómeno de la migración en las explicaciones de los cambios arqueológicos «es simplemente eliminar una suposición siempre simplista y por lo general carente de fundamento con el fin de permitir su sustitución por una interpretación más sutil de la época». La explicación que da de los desarrollos que tuvieron lugar en Britania meridional está totalmente en línea con esa visión del mundo, pues es fundamentalmente de carácter interno. Las villas desaparecieron a raíz de la crisis sufrida por la sociedad de Britania meridional, que dio lugar a una ostentación en los ritos funerarios sumamente competitiva y costosa, y a los inmigrantes anglosajones se les niega cualquier papel importante en la acción. Pero, aunque no cabe la menor duda de que la hipótesis de la invasión fue utilizada de manera exagerada en el pasado, también pueden surgir problemas con una determinación de negar a priori cualquier papel de importancia a las migraciones. El peligro reside en que cualquier argumento —independientemente de cuáles sean, entre otras, sus cualidades intelectuales— atraerá la adhesión de los que son de una opinión parecida simplemente porque aparta la atención histórica de los emigrantes.⁴⁶ Y en este caso, en mi opinión hay una explicación mucho más clara y directa de la desaparición de las villas si no nos preocupa que se nos considere unos migracionistas simplones, pues no debemos olvidarnos nunca de las virtudes de la economía ni del principio de la navaja de Occam. Y lo que es igualmente importante: la explicación alternativa permite también dar mejor cuenta de los datos disponibles.

Por una razón, no está claro que en las circunstancias del siglo v tuviera sentido que la teoría de Halsall —la de las villas derrumbándose literalmente debido a un mero proceso político interno de Britania— se hubiera podido desarrollar a lo largo de las décadas siguientes a 409. Según la *Crónica gálica de 452*, los ataques sajones ya habían empezado en torno al año 410, y las villas —grandes mansiones rurales y aisladas de los poderosos— eran muy vulnerables a los asaltos, además de objetivos evidentes. Hemos visto en el capítulo 2 el botín saqueado en una de ellas que los incursos alamanes no consiguieron, por una vez, llevarse al otro lado del Rin. Por lo general, cuando la seguridad de la frontera romana se veía alterada en una región, las villas eran las primeras en sufrir las consecuencias.⁴⁷ Así pues, hay muy buenas razones para pensar que cualquier aumento de ataques del exterior habría afectado inmediatamente al mundo de las villas. A mi juicio, esta circunstancia hace que sea muy poco probable que un proceso bastante largo de erosión interna hubiera tenido después de 409 el tiempo y el espacio suficientes para desarrollarse sin verse afectado por ataques externos.

Y lo que es igualmente importante: la desaparición del mundo de las villas y la aparición de los enterramientos de inhumación acompañados de ajuares funerarios no son los únicos fenómenos a los que hay que encontrar una explicación. Lo que la tesis de Halsall (o cualquier tesis sobre decadencia de sistemas internos) no sabe explicar muy bien es el grado de transformación cultural que acompañó a la revolución socioeconómica de los siglos v y vi. No sólo desaparecieron las villas rurales de Britania meridional, sino que en torno a 600 d. C. la elite cristiana de lengua latina de la región había sido reemplazada por no cristianos de lengua germánica. Por supuesto Halsall reconoce este hecho y acepta que la migración sajona tuvo que ser lo suficientemente significativa para dar cuenta de esos cambios, aunque no nos ofrece un mecanismo real para explicarlos e intenta, en resumen, separar migración de lo que considera un proceso más fundamental de transformación socioeconómica. Sin embargo, es imprescindible tener muy en cuenta el carácter profundo de esos cambios culturales.

Por una razón: la mayoría de los objetos depositados junto a los difuntos en las tumbas provistas de ajuar funerario eran de origen germánico, pero este dato es sólo una parte de la historia de la germanización. Lo que resulta

verdaderamente sorprendente de la lengua anglosajona escrita, que conservamos en una variedad de textos datados entre 600 y la conquista normanda, es lo poco que se vio realmente influenciada por la lengua indígena celta de Britania. Los préstamos de vocabulario son contadísimos, y apenas hay influencia celta en sus estructuras gramaticales. Este hecho nos revela algo importante: que el lenguaje hablado en los distintos dialectos locales de la nueva elite terrateniente de Britania meridional, la lengua que era la base de la forma escrita existente del lenguaje, no era sólo puramente germánico, sino que también estaba absolutamente al margen de cualquier contacto con las lenguas nativas célticas de Britania. Y en esa época la lengua se transmitía en el seno de la familia, especialmente a través de las madres, responsables del cuidado y la educación de los hijos, razón por la cual, como hemos visto, en las migraciones anglosajonas tuvieron que participar grandes cantidades de mujeres. Esto también viene a explicar, de paso, por qué en otros ejemplos posteriores de la Baja Edad Media en los que la migración dio lugar a cambios de gran envergadura en las lenguas, este fenómeno sólo se dio cuando en la acción participó una población rural (incluso la compuesta por una elite de individuos libres propietarios de tierras, aunque de poca extensión), y nunca fue generado por una transferencia de la elite aristocrática muy poco significativa debida exclusivamente a una conquista como la de los normandos.⁴⁸

Asimismo, en otros campos también pueden observarse profundas transformaciones culturales. La sociedad romana estaba dividida en primer lugar en individuos de condición libre y condición esclava, y los primeros se subdividían a su vez en *honestiores* (superiores) y *humiliores* (inferiores). Los *honestiores* constituían en esencia la clase terrateniente. La sociedad anglosajona, según se desprende de nuestras fuentes posteriores a c. 600 d. C., compartía con el sistema romano las categorías de hombres libres y esclavos, pero añadía una tercera: la clase de los semilibres o libertos, un grupo de individuos de condición no esclava que dependían de manera permanente y hereditaria de determinados miembros de la clase de hombres libres. La clase de los libres estaba subdividida en distintos escalafones, dependiendo del *wergild* del individuo —valor social expresado en el «precio de la vida» de un hombre, concepto que en breve abordaremos—, pero en su

conjunto se correspondía a la de los terratenientes, o titulares al menos de una parcela. Esta misma división de una sociedad en tres categorías aparece en todos los grupos germánicos del continente de época postromana, mientras que el concepto de liberto permanente en concreto era bastante ajeno a la sociedad romana, en la que la prole de los libertos tenía la condición de libre por propio derecho. Con toda probabilidad, pues, esta categorización de clases sociales tuvo sus orígenes en los inmigrantes germánicos. Aunque cabría pensar que cada una de esas sociedades postromanas fundamentalmente germánicas pudieron desarrollar por su cuenta una división social en tres categorías, ello parece poco probable.⁴⁹

El hecho de tener bien presente todas esas transformaciones culturales nos permite redefinir el problema. Es evidente que debemos encontrar una explicación del descalabro del sistema de las villas y sus fincas en los siglos V y VI y la aparición de tumbas que contienen armas y complementos de vestir germánicos. Pero al mismo tiempo que averiguar por qué la nueva elite de c. 600 d. C. hablaba una lengua germánica sin influencias célticas y la sociedad había sido reorganizada según unos parámetros germánicos. Dada esta combinación de fenómenos, lo más lógico es considerar una explicación más simple para la desaparición del sistema de las villas, que no plantee problemas cronológicos y dé cuenta de las dos revoluciones, la socioeconómica y la cultural.

Deberíamos empezar por pensar con mayor profundidad sobre el caso clásico de transferencia de elites, la conquista de Inglaterra por parte de los normandos. Lo que ocurrió en el siglo XI, como hemos visto, fue que las heredades cambiaron de dueño, como ilustra gráficamente el *Doomsday Book*, pero el sistema de heredades existente no se vio alterado (lo mejor que pudo suceder en términos económicos en general y para los propietarios de las fincas). No obstante, la conquista por parte de los normandos tuvo esas consecuencias sólo porque su elite tuvo la magnitud necesaria para poder tomar posesión del entramado de heredades existente sin tener que dividir las fincas. Gracias al *Doomsday Book* podemos ver más o menos qué ocurrió. En 1066 había aproximadamente nueve mil quinientas heredades en los campos de Inglaterra, y con su asentamiento los normandos redistribuyeron la titularidad de esas tierras entre su elite compuesta por unas cinco mil

familias. El rey, sus *tenants in capite*, y diversas instituciones eclesiásticas eran propietarios de numerosas fincas en 1086, aunque todavía quedaban otras muchas que podían ser repartidas entre los miembros de la nueva elite. ¿Pero qué habría sucedido si Guillermo y sus más fieles sicarios hubieran tenido demasiados leales para poder recompensarlos a todos con tierras? ¿Qué habría ocurrido de haber habido en el séquito del Conquistador quince mil, o sólo diez mil partidarios de suficiente importancia a los que era necesario conceder una recompensa en la forma de un premio en propiedad en el reino recién conquistado? En este caso, el imperativo político de recompensar a los leales que habían permitido que Guillermo se hiciera con el control de los activos agrícolas de Inglaterra se habría impuesto a lo conveniente desde el punto de vista económico, esto es, que aquel sistema de heredades sumamente productivo no se viera alterado. Los reyes y los nobles que no satisfacían las expectativas de sus principales partidarios no solían permanecer mucho tiempo en su trono o en su sillón. No es por nada que la generosidad —medida en regalos de oro, pero también en cesiones de tierras— estaba considerada la máxima virtud de los nobles de la Alta Edad Media.⁵⁰ De haber sido la elite normanda recién llegada demasiado numerosa para poderla acomodar en la estructura de heredades ya existente, las fincas habrían tenido que ser divididas por razones políticas, a pesar de los costes económicos que ello habría generado. La conquista normanda puede ser considerada un tipo de situación sumamente particular, en la que el número de miembros de la nueva elite se correspondía prácticamente con el de las unidades de producción agrícola disponibles.

El hecho de que, en cambio, el entramado de villas romanas, igual de complejo y productivo, no se viera análogamente inalterado por la llegada de los anglosajones, resulta bastante sugerente. Una vez más, para los recién llegados habría sido mucho más sencillo y beneficioso desde el punto de vista económico mantener intactas las unidades de producción agrícola existentes. Los nuevos reyes anglosajones de Britania meridional habrían contado con una economía rural más productiva de la que recaudar impuestos, y la nueva elite habría recibido un activo en tierras de mayor valor. Pero estas dos consideraciones tuvieron que tener un carácter secundario ante el gran imperativo de recompensar a los más fieles partidarios. Al igual que en los

años que siguieron a la conquista, la recompensa a la lealtad en los servicios prestados debió de constituir el proceso sobre el que se basó la anexión de territorios anglosajones, y de hecho la capacidad del monarca de encontrar premios en forma de tierras siguió siendo una dinámica fundamental en el desarrollo a largo plazo del mundo anglosajón. A medida que avanzaba el siglo VII, fueron los tres reinos los que pudieron expandir sus fronteras (Wessex, Mercia y Northumbria), y de ahí que pudieran contar con tierras que atrajeran a un número mayor de guerreros, revelándose al final como las grandes potencias de la era previkinga.⁵¹ El hecho de que, a pesar de los costes económicos que implicaba, las zonas rurales sufrieran una profunda reorganización en el siglo V indica claramente que el número de seguidores anglosajones que debía acomodarse en los campos era demasiado elevado para que esos individuos pudieran limitarse a sustituir uno a uno a los terratenientes romanos que los ocupaban.

Esta explicación de la partición de las fincas rurales de Britania meridional parece perfectamente lógica cuando consideramos el contexto general de lo que conocemos sobre los modelos de desarrollo vigentes en los mundos romano y germánico de finales del siglo IV. Aunque los dos fueran en general agrícolas, sus economías operaban en unos estadios de desarrollo sustancialmente distintos. El mundo romano, incluidas sus provincias britanas, estaba dominado por una elite relativamente reducida y relativamente adinerada, mientras que la economía germánica sustentaba a una elite no tan rica, pero numéricamente superior (¿los hombres libres?). El flujo migratorio de los anglosajones condujo a este segundo tipo de elite al contexto socioeconómico que sustentaba al primero, y ocurrió algo. Debido a la necesidad política de los líderes anglosajones de recompensar las leales prestaciones militares de sus secuaces, fue el antiguo orden socioeconómico el que al final tuvo que sufrir una reestructuración. No está claro cómo y cuándo se produjo dicha reestructuración. Parece que algunas fincas romanas seguían funcionando a comienzos de la época anglosajona, que es lo que cabría esperar. Al principio, tal vez los inmigrantes prefirieran vivir de los productos de las fincas existentes que eran distribuidos. Pero cuando su número fue aumentando, y/o fueron desarrollando la sensación de que ejercían un control permanente del territorio, lo que les habría impulsado a

exigir una parte de sus principales recursos, hubo que redibujar los lindes de las heredades, provocando una fuerte caída general de la producción.⁵² Algo parecido ha ocurrido en Zimbabwe, donde, tras la reciente partición de las granjas «blancas», se ha demostrado que la suma de las partes no coincide con el total.

Resulta difícil establecer con exactitud cuán más numerosa que su predecesora romana era esa nueva elite anglosajona. Se ha calculado que la proporción de terratenientes y campesinos sin tierras en la época romana y la Edad Media de los señoríos era, como mucho, de 1 a 10, y probablemente aún menos. Pocos compartirían ahora la visión de sir Frank Stenton de una sociedad anglosajona primitiva compuesta prácticamente por campesinos libres guerreros, aunque el poder económico y social estuviera bastante repartido, como hemos visto, entre germanos del continente de finales del Imperio Romano. La implantación de los señoríos y el desarrollo de una elite social más restringida —en lo que cabe calificar de recreación de algo muy parecido al sistema socioeconómico en el que se habían basado los círculos mucho más estrechos de la clase alta romana— fueron fenómenos que sólo se manifestaron a partir del siglo VIII. Una interesante línea de pensamiento ha indicado que la presencia de armas en tumbas de los siglos V-VII tal vez refleje en realidad a los que reivindicaban su condición de hombre libre, pues constituía manifiestamente no sólo un medio de distinguir al guerrero. De ser así, la clase de individuos libres de comienzos de la época anglosajona probablemente representara más o menos la mitad de la población masculina, puesto que prácticamente la mitad de las tumbas de varones contienen armas de un tipo u otro. Los testimonios similares del siglo VI descubiertos en el continente, no obstante, indican que la clase de los individuos libres en esas regiones comprendía entre un quinto y un tercio de la población total, haciendo que parezca muy poco probable que llegara a la mitad. Quizá las estructuras sociales de los anglosajones fueran más igualitarias, o posiblemente la clase intermedia de los semilibres, que también tenían sus obligaciones militares, también se dedicara a enterrar a sus muertos acompañados de armas.⁵³ Sea como fuere, la diferencia existente entre la magnitud de la elite romana y la de la elite germánica es evidente.

Este detalle sigue definiendo la ocupación anglosajona de Britania meridional como una especie de transferencia de elite. Un cálculo reciente fija en un máximo de 1:4 la proporción de inmigrantes y nativos, incluso tras la caída demográfica de los britano-romanos, y niega rotundamente que tuviera lugar una limpieza étnica al estilo victoriano.⁵⁴ En términos numéricos, había muchos menos inmigrantes que nativos indígenas en la mezcla genética global de los nuevos reinos anglosajones surgidos en torno al año 600. Pero cuando se compara con lo ocurrido tras la conquista normanda, el resultado es sumamente instructivo. A diferencia de su homóloga normanda, la nueva elite germánica de los siglos V y VI era demasiado numerosa para acomodarse en el marco socioeconómico existente, por lo que fue inevitable que se produjera un reordenamiento trascendental de los medios básicos de producción. Hay que distinguir perfectamente las situaciones que generaron esas consecuencias fundamentalmente dispares, independientemente de que los inmigrantes fueran minoría en ambos casos, pues clasificarlos bajo el mismo epígrafe como transferencia de elites puede inducir a error en términos analíticos, ya que induce a obviar determinados aspectos esenciales de particularidad y diferenciación.

¿Pero qué podemos decir sobre otros aspectos fundamentales, sobre los tipos de relación existentes entre inmigrantes y nativos? ¿Hasta qué punto los britano-romanos tenían libertad de acción para elegir su propio destino, a medida que los reyes anglosajones iban haciéndose con el control de las zonas rurales? nadie pensaría en la actualidad que hubo hostilidades entre los nativos britano-romanos y los intrusos anglosajones simplemente a causa de sus distintos entornos étnicos, y sin duda es posible que se produjera cierta renegociación voluntaria de su identidad por parte de la población indígena. De manera más concreta, un código legislativo del siglo VII, el *Ine's Law*, pone de manifiesto que, como ya hemos visto, hasta finales de dicho siglo hubo un componente britano-romano en la elite terrateniente del reino anglosajón de Wessex, y tampoco hay una razón lógica por la que no contemplar que al menos unos cuantos terratenientes britano-romanos habrían podido convertirse en miembros relevantes de los séquitos de los primeros reyes anglosajones. Sin embargo, cuando se consideran todas estas especulaciones, es importante tener presente el objetivo esencial de las

migraciones anglosajonas. Comenzadas como incursiones y prestaciones de servicios mercenarios para convertirse en anexión clara y rotunda de los territorios, pusieron, por su propia naturaleza, a los inmigrantes anglosajones en competición directa con las elites terratenientes existentes de la Britania sub-romana por el control de los medios de producción de riqueza. No debemos pensar necesariamente que todos los terratenientes britano-romanos fueron borrados de la faz de la tierra en un primer período apocalíptico, pero tampoco tenemos por qué suponer que la imagen de violencia y terror presentada por Gildas fuera fruto de una fértil imaginación. Las conquistas de tierras no suelen desarrollarse de un modo placentero: incluso la llevada a cabo por los normandos, relativamente antisépticas en varios aspectos, fue realmente brutal en algunos lugares, sobre todo en el norte de Inglaterra, donde en el invierno de 1069-1070 culminó una verdadera campaña de devastación cuando se destruyeron las provisiones de alimentos y murieron decenas de miles de personas.⁵⁵

También es necesario considerar las condiciones con las que las elites terratenientes nativas pudieron seguir conservando su posición en el Wessex del siglo VII. Es interesante preguntarse quiénes eran esos terratenientes no sajones. En el siglo VII Wessex se estaba expandiendo por el oeste, hacia un West Country que seguía siendo britano, y algunos se han preguntado si esos terratenientes britanos eran elementos de recientes anexiones al reino en lugar de viejos artistas de la supervivencia procedentes de Hampshire o Wiltshire, pero no hay manera de saberlo con certeza. En cualquier caso, aunque no se les había expropiado inmediatamente sus tierras, el código de Ine concede a esos hombres sólo la mitad del valor social —expresado en su *wergild* o «precio de la vida»— de un anglosajón poseedor de las mismas riquezas. Se trata de una norma que estipulaba algo sumamente significativo. El *wergild* era un elemento definitorio de la condición social, la base para calcular todo tipo de compensaciones cuando había que resolver un litigio. Como ha señalado un estudio reciente, la diferencia del *wergild* entre terratenientes inmigrantes y nativos de fortuna similar tal vez sea la razón de la desaparición al final de los terratenientes no anglosajones que lograron sobrevivir a la violencia del contacto inicial. Debido, pues, a la diferencia del *wergild*, si un hipotético inmigrante y un hipotético terrateniente nativo

entraban en disputa, e incluso si un tribunal juzgaba la causa de acuerdo a la ley —emitiendo un mismo número de veredictos favorables a uno y otro—, con el tiempo el resultado final seguiría siendo una transferencia de riquezas de la población indígena a los inmigrantes. El superior *wergild* de estos últimos habría comportado siempre que percibieran una compensación equivalente al doble de la cantidad que habrían debido abonar en caso de haber cometido una ofensa similar.⁵⁶

En realidad este testimonio más concreto viene a confirmar únicamente que nuestras deducciones deben basarse en cualquier caso en el contexto político. Cuando los anglosajones, con su flujo migratorio, fueron estableciendo su dominio en diversas zonas de Britania meridional, los terratenientes nativos tuvieron seguramente muy buenas razones para querer cruzar la barrera política y étnica y convertirse en anglosajones. A largo plazo, era la única manera con la que poder aferrarse a aquella distribución de tierras sumamente desigual que los había hecho tan poderosos en la época del Imperio. Pero querer no siempre es poder. Los nuevos líderes inmigrantes anglosajones (en la medida en que pudieron controlar el proceso)⁵⁷ tenían buenas razones para no permitirlo, al menos en parte, pues tenían que recompensar a sus secuaces guerreros. Y estos secuaces eran mucho más importantes políticamente para esos nuevos reyes que cualquier terrateniente britano-romano, porque eran ellos los que los habían colocado en el poder. Como, por desgracia, se ha podido comprobar en muchos contextos, el *Homo sapiens sapiens* es de una naturaleza suficientemente predatoria como para querer apoderarse de las riquezas ajenas y organizar y perpetrar todo tipo de acto violento necesario para culminar el proceso. Y aunque un terrateniente nativo consiguiera conservar por el momento sus propiedades, el código de Ine se encargaría de recordarle que su futuro seguía siendo incierto.

En cambio, las relaciones entre los anglosajones intrusos y los individuos sin tierras de la sociedad britano-romana no habrían tenido un carácter tan competitivo, pues estos últimos carecían de los activos de los que los inmigrantes pretendían apoderarse. También es cierto (aunque personalmente no creo en una revuelta del campesinado) que esa clase de individuos sin tierras habría tenido muy pocos intereses en común con los propietarios de las villas, pues estos últimos constituían una elite muy

privilegiada que vivía de los frutos del trabajo de los primeros. Así pues, todo parece indicar una vez más que los nativos sin posesiones habrían querido ganarse la aceptación de los anglosajones como miembros de su comunidad de reciente integración. Sin embargo, sigue siendo dudoso que una gran cantidad de ellos lograra su propósito. Como ocurriera con nuestro mercader romano en el imperio de los hunos, permitir que alguien de condición subordinada pase a formar parte del grupo dominante implica necesariamente que reciba un trato mejor: esto explica por qué la gente siempre pretende traspasar esas divisiones. Pero del mismo modo, los grupos dominantes pierden la capacidad de explotar a los subordinados ascendidos de una manera tan intensa como antes, y esta circunstancia pone límites a ese tipo de ascensos. En el caso que nos interesa, tras haberse hecho con las magníficas tierras de cultivo de Britania meridional, los inmigrantes anglosajones tuvieron la necesidad de disponer de un cuantioso número de subordinados que llevaran a cabo la ardua labor manual que supuso siempre la agricultura antes de la aparición de los tractores. Así pues, aunque los intereses de las clases no propietarias de la antigua Britania romana no eran tan diametralmente opuestos a los de los inmigrantes como los de sus compatriotas terratenientes, seguía habiendo muy buenas razones para que los recién llegados no estuvieran dispuestos a permitirles acceder en masa a la posición de la nueva elite de Britania meridional. Los códigos y las cartas de privilegios demuestran, en efecto, que la estructura social de los nuevos reinos anglosajones que se crearon exigía contar con muchísima mano de obra esclava y semilibre, y supongo que buena parte de la población nativa carente de posesiones de Britania meridional se vio obligada a pertenecer a esa clase de individuos subordinados, aunque hubiera alguna que otra excepción parecida a la de nuestro mercader romano convertido en guerrero huno.

Visto desde esta perspectiva, la ausencia de influencia indígena en la lengua anglosajona adquiere incluso mayor significado. Como la lengua se aprendía en el seno de la familia y no a través de una enseñanza formal, resulta muy sugerente la ausencia de influencias britanas detectables en la lengua germánica de la nueva elite dominante a partir de c. 600. De haber abarcado esa elite a un gran número de britanos convertidos en sajones, sería

lógico observar notables influencias lingüísticas indígenas en su lengua franca. El hecho de que apenas haya pone de manifiesto que la nueva elite estaba dominada fundamentalmente por el componente inmigrante.⁵⁸

A no ser que se aborde el tema con una predeterminación a demostrar que las migraciones nunca son agentes de cambios importantes, resulta difícil no llegar a la conclusión general de que las migraciones sajonas desempeñaron un papel fundamentalísimo en la reconstrucción de los cimientos sociales, políticos y económicos de Britania meridional durante los siglos V y VI. Separar este panorama del sistema imperial romano, que lo había modelado profundamente hasta 400 d. C., obligaba a impulsar su historia en nuevas direcciones. La clase formada por los propietarios de villas, relativamente reducida y relativamente rica, debía su prosperidad a ese sistema, e inmediatamente se convirtió en un elemento vulnerable cuando se rompieron los lazos que la mantenían unida a él. En mi opinión, al igual que sus semejantes en otros rincones del mundo romano, es probable que los individuos de esa clase gozaran de suficiente poder social para conservar su posición si su único problema hubiera sido los subordinados sociales en el ámbito de las provincias britanas. Sin embargo, éstos no eran el único problema. La riqueza de Britania era bien notoria para sus vecinos, que se habían dedicado a saquearla durante siglos, y cuando se quedaron sin la protección del Imperio, los propietarios de las villas se vieron siempre obligados a defender con ahínco ante pictos, escotos y anglosajones aquella parte tan poco equitativa de los activos de la región que hasta entonces les había correspondido.

Además, aunque hubiera testimonios del derrumbamiento del sistema de villas que permitieran datar mejor cuándo éste se produjo y llevaran a la conclusión de que la sociedad romana entró en profunda decadencia antes de que la invasión sajona fuera significativa, sólo se vería alterada una parte de la imagen general. Por una razón: como veremos con mayor detalle en el siguiente capítulo, la sociedad terrateniente britano-romana fue llevada a la deriva por su nave nodriza romana debido únicamente a los daños causados en las estructuras centrales del Imperio por otros individuos que a partir de 405 comenzaron a emigrar a las provincias continentales del Imperio de Occidente. Y para ser más concretos, fue el flujo migratorio anglosajón el que

también dictó lo que sucedería más tarde: el hecho de que una elite dominante relativamente reducida se viera sustituida por otra relativamente numerosa, y que importantes cambios culturales, de tipo lingüístico entre otros, impulsó a Britania meridional en una dirección claramente germánica. Todo parece indicar que durante esos siglos la población nativa tuvo sólo una capacidad limitada para decidir su propia suerte.

Fundamentalmente, pues, una combinación de transferencia de elite e imitación cultural no puede explicar satisfactoriamente las transformaciones que caracterizaron a Britania meridional entre 400 y 600 d. C. Pero la ocupación anglosajona tampoco supuso una sustitución en masa de la población nativa existente. Para decidir cómo podemos recatalogarla de manera provechosa, convendría primero analizar las transformaciones análogas que se desarrollaron simultáneamente en el norte de la Galia, donde los numerosos testimonios arqueológicos más recientes permiten determinar con mayor exactitud la reacción de una sociedad nativa enfrentada, en circunstancias parecidas a la de los britano-romanos, a la llegada de intrusos con intención de apropiarse de los territorios.

LOS FRANCOS Y LA GALIA ROMANA

La intrusión del poder franco en la Galia romana plantea un problema intelectual similar al que ha generado tantas opiniones distintas sobre la *adventus saxonum*. Más o menos coincidiendo con el mismo período en el que las fuentes históricas (en este caso, de un poco mejor calidad) fijan la creación de una potencia franca al oeste del Rin, comenzaba a adquirirse una nueva costumbre funeraria en extensas regiones de la Galia al norte del río Loira. Los modelos de enterramiento romanos, tanto en la Galia como en otros lugares, habían evolucionado a lo largo de los siglos hacia el sistema de inhumación sin ajuar funerario. Pero en 500 aproximadamente observamos una explosión repentina de tumbas provistas de ricos ajuares por toda la región, y la mayoría de ellas contienen algún que otro objeto. Los varones eran sepultados normalmente acompañados de armas y objetos personales, y las mujeres con hermosas joyas de fantasía no muy distintas a las descubiertas en la Britania meridional de comienzos de la época sajona (mapa

12). Como sucede al norte del Canal, la gran pregunta es la siguiente: ¿Puede una transferencia de elite seguida por una imitación cultural explicar satisfactoriamente todos los datos que se observan? *La marcha de los merovingios*

La aparición del poder franco con la dinastía merovingia fue en esencia un fenómeno de la caída del Imperio Romano. Al igual que «alamán», el término «franco» aparece por primera vez en las fuentes de la época justo a finales del siglo III, aunque otras versiones de la crisis de comienzos de ese siglo con fecha posterior a la real otorgan a los francos un papel principal, y no hay razón para no creerlas. No está claro, como hemos visto en el capítulo 2, si los subgrupos catalogados como francos (ampsivarios, brúcteros, catuarios, camavos, salios) en nuestras fuentes romanas tardías tenían realmente la percepción de comunidad política de conjunto. Vivían con la suficiente proximidad física como para que la interrelación política fuera una necesidad, y tal vez, al igual que los alamanes de la época, habían vivido momentos de verdadera confederación bajo líderes con gran autoridad. Pero las fuentes no nos permiten tener la certeza, fundamentalmente porque Amiano nos cuenta muchas más cosas de los alamanes que de ellos. Por lo que sabemos, los diferentes grupos de francos eran clientes semisometidos del Imperio, como muchos germanos asentados a lo largo de las fronteras europeas de Roma. Eran reclutados regularmente por el ejército romano, llegando algunos de ellos a ostentar un alto mando, y en ocasiones formaron contingentes auxiliares enteros para servir en campañas concretas. Pero también era necesario llevar a cabo campañas militares periódicas para evitar que se dedicaran a saquear el Imperio con mucho éxito y con excesiva frecuencia, o incluso para impedir que, cuando se presentaba la oportunidad, intentaran anexionarse algún pedazo de territorio romano.⁵⁹ Con la decadencia del Imperio de Occidente en el siglo V, ese equilibrio de poder se vio socavado, y el tigre franco comenzó a mostrar sus garras de manera amenazadora. Los grupos de francos comenzaron a desempeñar un papel más destacado en múltiples aspectos de

los asuntos del decadente Imperio Romano a partir de la década de 460 aproximadamente, cuando en concreto empezamos a oír hablar de un grupo de francos acaudillados por un tal Childerico.

El padre de Childerico, fundador epónimo de la dinastía de los merovingios, se llamaba Meroveo, pero lo único que las fuentes nos cuentan de él es que era hijo de un monstruo marino. E incluso la carrera de Childerico está llena de interrogantes. Su tumba, descubierta en Tornai, en la Bélgica moderna, es uno de los grandes hallazgos de la arqueología europea (lámina 16). Cuando en mayo de 1653 abrieron el túmulo, los excavadores se encontraron con una extraordinaria colección de oro y joyas, entre otras un anillo de sello que apropiadamente ostentaba el nombre del ocupante de la tumba: *Childeric regis* (rey Childerico). Muchas de esas piezas fueron robadas posteriormente, en 1831, del expositor en el que eran exhibidas, pero habían sido objeto de un estudio minucioso y detallado, a veces no exento de errores, durante los dos años siguientes a su descubrimiento. Una de las curiosidades más célebres es que por aquel entonces se pensó que las agujas de los broches de Childerico eran instrumentos de escritura. Lo poco que lamentablemente queda del tesoro original puede admirarse en la actualidad en el Cabinet des Médailles en París. Una nueva excavación llevada a cabo recientemente en el emplazamiento de la tumba ha revelado un dato fascinante: además de su tesoro de oro, Childerico fue enterrado con los cuerpos de al menos veintiún caballos dispuestos en tres fosas distintas. Entre los objetos hallados en la sepultura había arreos de oro de esos desafortunados animales. Algunos de dichos arreos, descubiertos en el curso de la primera excavación, generaron otro de esos grandes embrollos de la historia. En tiempos de napoleón fueron considerados, de acuerdo con una de las ocurrencias más imaginativas del excavador, los restos de un gran manto real, y el emperador corso mandó hacerse una de esas piezas, bordada con diseños parecidos, para su coronación en 1801.⁶⁰

La sobrecogedora magnificencia de la tumba de Childerico hace que este rey se nos aparezca como un poderoso señor de la guerra, pero sigue sin resolver muchas incógnitas, especialmente en comparación con las fuentes históricas. Éstas conforman una serie de esbozos sumamente inquietantes, como, por ejemplo, el que nos dibuja un sorprendente comentario sobre el

exilio que vivió durante ocho años por haber seducido a muchísimas mujeres de los hombres de su séquito. Pero dejando al margen las complejidades de su vida personal, dichos esbozos ponen de manifiesto que su actividad se desarrolló durante la agónica crisis vivida por el poder imperial de Roma en la Galia en la década de 460. Por aquel entonces, las autoridades centrales del Imperio habían perdido el control de buena parte de la recaudación de impuestos, por lo que su poder estaba en franca decadencia. En la Galia este hecho se puso de relieve por la dificultad cada vez mayor del Imperio en ejercer el control sobre los propios comandantes de su ejército y sobre los diversos grupos de intrusos (como, por ejemplo, los visigodos de Alarico) que ya se habían asentado en la provincia. Así pues, en 463 vemos a Childerico al frente de un contingente franco al servicio de Egidio, comandante de las tropas romanas de la Galia, que combatía a los visigodos. Sin embargo, era tal la complejidad de la disolución imperial en aquellos momentos, que los visigodos estaban aliados con las autoridades centrales del Imperio en Italia contra Egidio, que se había sublevado. Ante semejante situación, determinar si Childerico fue leal o no al Imperio se convierte en un asunto muy espinoso. Por otro lado, no cabe la menor duda de que nunca estuvo al frente de más de un grupo de francos, los cuales, incluso en la siguiente generación, actuarían formando facciones distintas.

Pero lo más curioso es que las fuentes no arrojan luz alguna sobre cuáles eran las bases originales de su poder. ¿Era Childerico un príncipe de los francos que vendía los servicios de su grupo de guerreros al estado romano, o había seguido una carrera más a la romana, ascendiendo en la jerarquía del ejército imperial en el Rin durante los años de la decadencia de éste? La otra laguna importante de su carrera es ese paso que lo llevó de aliado subordinado de Egidio en la década de 460 al caudillo que era de un buen pedazo de la Galia romana poco antes de morir. A su muerte, el obispo Remigio de Reims escribió inmediatamente a Clodoveo, el hijo y heredero de Childerico, en unos términos que lo presentan como rey de la antigua provincia romana de Bélgica Inferior. Basándonos en esta descripción, y en que tenía su palacio de descanso en Bélgica, la fuente del poder de Childerico se ha situado tradicionalmente en el norte. Pero la escasa información que tenemos sobre la década de 460 sitúa al caudillo franco más al sur y en un

contexto militar más romano. Recientemente se ha indicado que su poder se originó cuando asumió el mando de una parte importante del antiguo ejército de campo romano después de que las autoridades centrales del Imperio perdieran definitivamente su control. No cabe duda de que es posible, pero de ser así, su enterramiento en Bélgica sería, cuanto menos, curioso. Los testimonios son igualmente compatibles con la versión que lo presenta como un caudillo de guerreros francos que jugó a la política con Roma mientras siguió habiendo la posibilidad de sacar algún provecho de ello, y que luego, cuando el Imperio había perdido a todas luces peso en la vida política de la Galia, regresó a un contexto político más auténticamente franco. La carrera del rey burgundio Gundebaldo, por ejemplo, siguió esta misma trayectoria precisamente en esa época. Fuera como fuese, debemos considerar a Childerico uno de los caudillos con más éxito entre los surgidos tras la caída del Imperio Romano en la Galia, que supo estar al frente de uno de los mayores contingentes formados por las antiguas fuerzas imperiales, cuya actividad se desarrolló contemporáneamente con la de los grupos capitaneados por otros comandantes citados en nuestras fuentes, como, por ejemplo, Afranio Siagrio, hijo y heredero de Egidio, y los condes Arbogasto y Pablo.⁶¹

Aunque Childerico logró grandes triunfos, fue durante el reinado de su hijo cuando la historia de los francos experimentó una verdadera transformación. Como se cuenta en los libros de texto, Clodoveo reinó desde c. 482 hasta 511, pero sólo se conoce con certeza la fecha de su muerte. Su ascensión al trono debe ser deducida a partir de otras fechas recogidas en la historia de su reinado compuesta por un historiador de finales del siglo VI, Gregorio de Tours. No obstante, dichas dataciones son poco fiables.

Las líneas generales de lo que fue el reinado de Clodoveo parecen bastante claras, aunque muchas incógnitas envuelven los detalles del mismo. Poco después de ascender al trono, se atribuye tradicionalmente a Clodoveo la extensión de su territorio hasta llegar a París, mucho más allá de los confines de Bélgica Inferior, tras infligir una severa derrota a Siagrio, quien probablemente heredara las últimas tierras controladas por Egidio. Esta victoria siempre ha formado parte de la crónica de Clodoveo, pero la base de sus fuentes es muy poco sólida. La batalla se sitúa en 485-486 según

Gregorio de Tours, el único autor que habla de ella, y ha sido últimamente objeto de numerosas controversias, surgidas sobre todo en torno a la probable extensión del territorio dominado por Siagrio. Pero si hay buenas razones para poner en entredicho la datación de Gregorio de Tours, como veremos a continuación, es probable que la campaña propiamente dicha fuera un acontecimiento histórico real.⁶² Menos dudas siembran las repercusiones en general de esta y otras campañas de Clodoveo. Cuando murió en 511, este rey había arrebatado buena parte del sudoeste de la Galia a los visigodos, había logrado imponer a los burgundios la hegemonía franca y había ido más allá del Rin, obligando a los alamanes en particular a reconocer su dominio. En el proceso, convulsionó el mundo de los francos. No sólo conquistó antiguos territorios del Imperio Romano, sino que también acabó con muchos reyes francos rivales. Gregorio de Tours cita a siete: Sigiberto y el hijo de éste, Cloderico, que estaban asentados en Colonia, Chararico y los hijos de éste, Ragnacaro, Ricaro y Rignomiro, que controlaban Cambrai y Le Mans. También alude a «otros parientes», que habrían podido o no gobernar con propia autonomía. Un complejo mapa político, en el que el poder había quedado repartido entre varios príncipes independientes, dio lugar al liderazgo indiscutible de un único monarca. Gregorio de Tours tuvo a bien señalar que, tras la ejecución de cada uno de sus adversarios, Clodoveo ampliaba su base de poder con la incorporación de los seguidores y los bienes de los rivales.⁶³

No está muy claro cuándo se produjo exactamente esa reestructuración de la política franca. Una vez más, nuestra única fuente literaria es el legado de Gregorio de Tours. Es evidente que Gregorio de Tours, quien compuso su obra más de sesenta años después de la muerte de Clodoveo, se dedicó a recompilar diversos relatos sobre el rey franco de fuentes diversas, en muchos casos conjeturando su cronología. La campaña visigoda está claramente datada por otras fuentes en 507, pero otros acontecimientos carecen de confirmación independiente, y la versión general de los progresos militares de Clodoveo que nos ofrece Gregorio resulta sumamente sospechosa, sobre todo porque las principales campañas de este monarca aparecen convenientemente distribuidas en intervalos de cinco años a lo largo de su reinado. Esta cronología podría ser, por supuesto, correcta, pero en

realidad parece como si Gregorio (o quizá un interpolador de época posterior) hubiera repartido equitativamente esas empresas militares a lo largo de un espacio de tiempo. También hay otras razones más concretas para que nos asalten las dudas. Gregorio sitúa la gran victoria de Clodoveo sobre los alamanes en el decimoquinto año de su reinado (496), pero fuentes de la época hablan de que el monarca franco infligió una severa derrota a los alamanes unos diez años más tarde. Se habrían podido llevar a cabo dos campañas, desde luego, pero de haberse emprendido sólo una sería Gregorio el equivocado. Su relato acerca de la conversión de Clodoveo al cristianismo también es objeto de controversia. Gregorio la sitúa justo antes del ataque a los visigodos arrianos, lo que le permite presentar esa campaña como una cruzada católica que Dios coronó con la victoria. Otra fuente de la época sitúa el bautismo del rey franco después de esa victoria, y da a entender que Clodoveo había barajado cuando menos la posibilidad de abrazar la fe arriana.⁶⁴

Del mismo modo, la eliminación de los adversarios francos de Clodoveo aparece datada tradicionalmente en c. 508, pues Gregorio sitúa todos esos asesinatos después de la derrota de los visigodos. Se trata de una cronología perfectamente posible, pero es igualmente probable que los rivales fueran eliminados por etapas a lo largo de su reinado. El pretexto que se cuenta que dio Clodoveo por haber ejecutado a Chararico, por ejemplo, es que éste se había negado a prestarle apoyo en su campaña contra Siagrio. Pero Siagrio había sido derrotado (por supuesto, según Gregorio) en c. 486, y parece muy extraño que Clodoveo hubiera aguardado más veinte años para castigar a quien le había ultrajado. También cabe preguntarse cómo logró Clodoveo reunir suficientes fuerzas militares para derrotar a alamanes y visigodos en un espacio tan corto de tiempo, a no ser que ya hubiera aumentado su base de poder con la incorporación de los guerreros de sus rivales, hipótesis por la cual me inclinaría. Sea como fuere, la imagen general resulta bastante clara. En un reinado análogo por sus consecuencias al que compartieron Valamero y Teodorico entre los ostrogodos (capítulo 5), Clodoveo consiguió crear uno de los más poderosos estados sucesores del Imperio Romano de Occidente

con la anexión de grandes extensiones de territorio de dicho Imperio, por un lado, y la unión de una serie de grupos de guerreros francos previamente independientes, por otro.⁶⁵

¿Hasta qué punto las migraciones de los francos desempeñaron un papel fundamental en este proceso?

El reino dividido

Tanto las fuentes históricas como las arqueológicas ponen de manifiesto que del reino franco del siglo VI surgieron dos regiones, más o menos separadas una de otra por el río Loira. Al sur de este río había bastante continuidad con el pasado romano. Muchas de las antiguas familias romanas de terratenientes conservaban sus fincas, así como buena parte de su vieja cultura y de sus valores. De acuerdo con la obra de Gregorio de Tours y de Venancio Fortunato, activos dos generaciones después de Clodoveo, esas gentes hablaban latín, eran conscientes de su legado senatorial romano y conservaban su interés por la cultura romana. Esto no quiere decir que sus vidas no se habían visto alteradas con la aparición del nuevo reino. Ya no les era posible, por ejemplo, emprender una carrera burocrática en la administración imperial, y su éxito o fracaso dependía ahora de su capacidad de actuación en la corte real de Clodoveo o de los sucesores merovingios de éste, seno indistintamente de los principales nombramientos seculares y eclesiásticos. También se habían producido notables transformaciones económicas, pues, por ejemplo, Marsella había sustituido a Arles como primer centro mercantil del comercio mediterráneo. No obstante, parece que al sur del Loira eran pocos los asentamientos de bárbaros intrusos: han sido identificados uno o dos en Charente, así como en Aquitania, junto a la frontera con los visigodos. Por otra parte, el paisaje arqueológico sigue teniendo ecos de costumbres sub-romanas en los ritos fúnebres, pues los difuntos aparecen enterrados sin ajuar funerario, en medio de una cultura material propia de dichas costumbres. Apenas hay indicios de inmigración franca, ni siquiera al nivel de transferencia de elite característico de la

conquista normanda, y la unidad básica romana de vida local política, social y administrativa —la ciudad (*civitas*) junto con sus terratenientes— seguía plenamente vigente.⁶⁶

Al norte del Loira la situación no habría podido ser más distinta. Entre c. 400 y c. 600 d. C. el estilo de vida fue apartándose de manera determinante de las normas establecidas de época romana, de una forma que, en términos de cultura material, no distaba mucho de la que ya hemos visto que caracterizó a la Inglaterra anglosajona. Como en Britania meridional, la *civitas*, fiel partidaria de la administración romana, desapareció de los mapas. No hay nada que indique que las prestaciones militares se organizaran en el siglo VI por contingentes de *civitas* como sucedía en el resto del reino. Las estructuras social y económica experimentaron igualmente profundas transformaciones. Las fuentes jurídicas reflejan a una sociedad, clasificada en categorías distintas —una vez más como en la Inglaterra anglosajona—, que abarca tres grupos: el de los individuos libres, el de los libertos permanentes y el de los esclavos. Debemos recordar que el mundo romano no contemplaba este segundo grupo. También hay numerosos testimonios cualitativos de que una aristocracia restringida al estilo romano se vio reemplazada por una elite social más amplia caracterizada por una menor supremacía preestablecida, de nuevo como en la Inglaterra anglosajona. Las fuentes jurídicas no hacen, por ejemplo, distinción entre diferentes *wergilds* del conjunto de libertos y de una clase noble más reducida; a lo largo de su extenso relato de los acontecimientos del siglo VI, Gregorio de Tours no hace ninguna referencia a una figura destacada del norte catalogándola como «noble», mientras que al sur del Loira califica así a numerosos individuos pertenecientes a antiguas familias romanas; y las grandes heredades compactas, pilar esencial del dominio socioeconómico de una verdadera aristocracia, sólo volverían a aparecer en esta región a partir de comienzos del siglo VII. Hasta entonces, el término «villa» indicaría simplemente una zona geográfica, no una unidad de producción agrícola con una sola administración central.⁶⁷

Todo lo expuesto no significa que esos territorios septentrionales no experimentaran cambios económicos significativos, ni tampoco que sus viejas elites romanas hubieran desaparecido completamente. Ya en pleno siglo VII, los principales terratenientes de la antigua capital romana de la

región, Tréveris, no dudaban en calificarse en las inscripciones como «senadores». Uno de los terratenientes romanos que quedaban a comienzos del período merovingio nos ha dejado incluso un testamento: tan genio y figura como el propio obispo Remigio de Reims, cuya carta de congratulación dirigida a Clodoveo con motivo de su ascensión al trono nos ofrece una información esencial sobre la instauración de la dinastía merovingia. Pero es evidente que Tréveris constituía la excepción. De todas las inscripciones descubiertas en el norte de la Galia, más de ochocientas, o lo que es lo mismo, aproximadamente un tercio de ellas, han aparecido en los alrededores de esta ciudad, y en ninguna de las otras antiguas ciudades romanas de la región se ha encontrado una cantidad semejante. Y si bien el testamento de Remigio es buena muestra de que había sobrevivido un tipo de elite romana, también es buena muestra de que el obispo sólo fue un terrateniente muy modesto en comparación con sus antepasados romanos del siglo IV o sus posteriores sucesores francos del siglo VII en adelante.

Ninguno de estos testimonios contradice, pues, en esencia la idea general de una estructura social del norte de la Galia no dominada por una reducida elite aristocrática hasta después de 600 d. C., a diferencia de las regiones del sur del Loira, donde los descendientes de los antiguos aristócratas romanos siguieron conservando su estatus. La discontinuidad también fue manifiesta desde el punto de vista cultural. En amplias zonas del nordeste, la sucesión episcopal fue discontinua desde finales de la época imperial hasta comienzos de la Alta Edad Media (mapa 12). De modo que cabe deducirse que en esos territorios hubo un período de paganismo positivo, o cuanto menos de interrupción del cristianismo. Simultáneamente, la línea lingüística también se vio alterada. Los dialectos germánicos comenzaron a adquirir preeminencia al oeste de la antigua frontera romana del Rin.⁶⁸

También la cultura material al norte del Loira era considerablemente distinta a la de las regiones meridionales del reino. A finales del siglo V y durante el siglo VI, la inhumación con ajuar funerario —a veces espectacular— era lo que primaba en sustitución del enterramiento de estilo romano. Los varones eran sepultados no sólo acompañados de objetos personales, sino también de armas: normalmente una espada de hoja larga (*spatha*), una

jabalina (*angon*), un hacha (*francisca*) y un escudo (del que normalmente sólo se conserva el *umbo*). Las mujeres eran enterradas perfectamente ataviadas con sus joyas, llevando el vestido sujeto por un broche en cada hombro. Estos prendedores solían estar esmaltados y adornados con incrustaciones de piedras semipreciosas. Se trata de un tipo de ornamentación de origen romano, pero muy difuso en la Europa de los bárbaros como elemento característico del «estilo danubiano» que se desarrolló en el imperio de los hunos. Incluso el emplazamiento de las tumbas cambió. En el siglo VI muchas de esas sepulturas provistas de ajuar funerario se encontraban en cementerios nuevos bien alejados de los viejos centros de población y estaban perfectamente dispuestas en hileras ordenadas (de ahí el término técnico alemán para esas necrópolis, *Reihengräber*, «cementerios de tumbas alineadas»).⁶⁹ De manera muy similar a los grandes cementerios de cremación de East Anglia, estas necrópolis centralizadas probablemente reflejen cierto sentido de comunidad de una población rural por su parte más dispersa. Todo ello indica claramente el nacimiento de un nuevo orden social no romano, y no se puede dudar del grado de discontinuidad que este hecho representa. ¿Cuáles fueron sus causas?

Diversas zonas del nordeste de la Galia se habían visto muy castigadas a raíz de las incursiones de finales del siglo III, y, a diferencia de buena parte del Occidente romano, parece que algunas de ellas no lograron recuperar su prosperidad rural. Pero eso sólo ocurrió en una zona relativamente restringida situada al oeste del curso inferior del Rin. A lo largo del siglo IV, en cambio, Tréveris y todo el valle del Mosella siguieron siendo un centro de próspera *romanitas*: en la ciudad, en el campo y en la cultura. La ciudad propiamente dicha fue durante muchos años una metrópoli imperial. Del mismo modo, más al noroeste, en Picardía, parece que una activa cultura de villas sobrevivió a los desastres del siglo III, mientras que la frontera siguió siendo fuertemente defendida por numerosas fortificaciones y grandes contingentes militares. Aunque la crisis del siglo III había dejado cierto caos, la región situada entre el Rin y el Loira no se vio en su conjunto abandonada por el Imperio, y en ella siguió predominando una vida romana activa.⁷⁰ Así pues, en esta zona deberían derrumbarse importantes estructuras de la vida romana antes de que pudiera surgir un nuevo orden.

Según algunos, hay un corpus de testimonios que demuestra el papel fundamental desempeñado por una oleada de inmigrantes francos premerovingios en el proceso de disolución imperial de esos territorios. Las excavaciones en la región de algunos cementerios romanos de época tardía han sacado a la luz enterramientos de inhumación con ajuar funerario que pueden datarse entre c. 350 y 450 d. C. A diferencia de las merovingias, estas primeras inhumaciones son relativamente pocas y constituyen sólo un pequeño conjunto en unos cementerios en los que la mayoría de las tumbas carecen de ajuar funerario. Los varones —cuyas sepulturas predominan en dichos conjuntos— fueron enterrados con armas y correas militares romanas; un número más reducido de mujeres fueron sepultadas junto a algunos hombres, acompañadas de joyas y objetos personales de vidrio y cerámica. Estos enterramientos fueron identificados como grupo por primera vez por Hans-Joachim Werner, quien sostenía que se trataba de las tumbas de unos francos de los que se sabe, por las fuentes históricas, que en la década de 290 fueron obligados a reasentarse en territorio romano, los llamados *laeti*. También consideraba que la continua diferenciación de esos individuos y sus descendientes había sido un factor importantísimo que contribuyó a la posterior conquista de la región por parte de los francos en tiempos de Clodoveo: un indicio de que una primera fase de asentamiento franco había trastocado los habituales patrones de vida romana. No obstante, como señaló H.-W. Böhme, las tumbas datan de una o dos generaciones después de los asentamientos de *laeti* citados en las fuentes escritas y, lo que es más importante, pertenecen a individuos de una clase social relativamente alta, mientras que los *laeti* ni siquiera tenían la condición de hombres plenamente libres. Böhme indicaba, pues, que las tumbas correspondían a una categoría de inmigrantes bárbaros de estatus superior llamados *foederati*, vinculándolos con una sucesión de oficiales francos de los que se sabe que alcanzaron un elevado rango romano en el siglo IV.⁷¹ Las tumbas, sostenía, pertenecían a unos colegas suyos algo menos distinguidos. A pesar de todo, la teoría de Böhme mantenía en líneas generales la conexión de esos enterramientos con un importante grupo de inmigrantes francos.

Recientemente, sin embargo, Guy Halsall ha puesto en entredicho toda esa idea de que las tumbas pertenecían a inmigrantes, basándose, con razón, en que la inhumación con ajuar funerario no era propia del ritual seguido por los francos al otro lado de la frontera durante el Bajo Imperio. En efecto, los enterramientos francos correspondientes al período comprendido entre los años c. 350 y 450 (e incluso anteriores al mismo) brillan por su ausencia en el corazón de las tierras que constituían el centro de la confederación, entre el Rin y el Weser. Se han llevado a cabo suficientes excavaciones en la zona para creer que no estamos ante una simple laguna arqueológica. Podemos afirmar prácticamente con absoluta certeza que los francos primitivos se deshacían de sus muertos sin dejar rastros arqueológicos, muy probablemente con una ceremonia de cremación, esparciendo a continuación las cenizas. Cabe también señalar que las correas y las armas que constituían el ajuar funerario de las tumbas de varones descubiertas en territorio del Imperio eran todas de fabricación romana. La idea de que los enterramientos con armas eran una costumbre germánica, dice Halsall, no es más que una retroproyección anacrónica de prácticas merovingias de una época posterior, durante la cual las inhumaciones con ajuares funerarios experimentaron una verdadera difusión en el mundo franco. Más que indicar que sus tumbas pertenecían a individuos no romanos, estos conjuntos de inhumaciones con ajuar funerario de los siglos IV y V ponen de manifiesto que una nueva práctica muy pujante de enterramiento estaba en plena difusión entre los futuros líderes sociales de la región. Como las estructuras del Imperio ofrecían cada vez menos apoyo a los que anteriormente habían beneficiado, dio inicio una especie de competición para demostrar una superioridad social, y el nuevo ritual de los enterramientos con ajuar funerario fue uno de los elementos de este proceso.⁷² Se trata evidentemente de una variante de la misma teoría aplicada en el caso de la Britania del siglo V, aunque en la Galia el nuevo ritual de enterramiento comenzó sin duda a practicarse mucho antes de que se produjera una inmigración franca a gran escala.

Pero pensándolo bien, ninguna de estas interpretaciones resulta totalmente convincente. La naturaleza dispar de los lugares en los que fueron descubiertas esas tumbas —en cementerios anexos a instalaciones militares, en escenarios de ámbito rural e incluso en necrópolis urbanas— indica que,

en vida, los individuos enterrados de esta manera no constituían un grupo unificado, sino que eran personas cuya actuación se desarrollaba en una variedad de contextos. Así pues, resulta muy difícil verlos como una especie de quinta columna franca. Y tanto la cronología de los enterramientos como la naturaleza de las tumbas de los varones parecen apuntar a que se trataba de individuos que trabajaban por y para las estructuras del Imperio Romano y no contra ellas. Pero la teoría del énfasis social tampoco resulta totalmente convincente. Por una razón: la práctica del enterramiento con ajuar funerario comenzó demasiado pronto (c. 350 d. C.) para que pueda ser asociada a una importante decadencia del poder imperial en la región, decadencia que ni siquiera Halsall dataría antes de finales de la década de 380, y que otros, como yo, situaríamos en las postrimerías de las crisis de 405-408.

Además, las tumbas son relativamente pocas. Si son el resultado de un proceso de competición social, ésta era realmente moderada. Y el hecho de que sus ocupantes tal vez fueran simplemente un tipo de inmigrantes germánicos (no necesariamente de origen franco) nos lo indican las sepulturas de mujeres que acompañan a algunos varones. No todos los hombres están enterrados junto a una mujer, pero en Picardía esto sucede en la mitad de los casos, lo que nos da un porcentaje verdaderamente sorprendente. Y si, por su parte, los varones tienen un ajuar a todas luces de fabricación romana, sus mujeres fueron enterradas con prendedores de estilo *tutulus*, que por otro lado sólo se han encontrado en un grupo de suntuosas tumbas germánicas del Bajo Elba, mucho más allá del curso del Rin a su paso por el país de los sajones. Los broches del Elba son en su mayoría ligeramente distintos de los hallados en el norte de la Galia, que es probable que daten de una época anterior. Ante esto, los prendedores no constituirían una prueba que lleve a considerar esos enterramientos propiamente germánicos, pues las costumbres y modas romanas solían ser adoptadas por las elites germánicas del otro lado de la frontera. Pero, al menos por el momento, parece que los especialistas no están por dar una explicación apropiada a estas cuestiones más técnicas, y si se demuestra que ese estilo de broche es básicamente no romano, probablemente nos encontremos ante las tumbas de unos inmigrantes a los que las cosas les fueron muy bien en el sistema romano. En cualquier caso, Halsall resulta absolutamente

convinciente cuando dice que ni las tumbas tienen nada que ver con costumbres funerarias posteriores de época merovingia, y que ni, aunque fueran germánicas, supondrían la prueba de que entre el Rin y el Loira hubo un importante asentamiento de francos durante el Bajo Imperio que facilitó las grandes victorias alcanzadas más tarde por Clodoveo.⁷³

El hecho de que la división entre norte y sur del reino merovingio del siglo VI no pueda ser atribuida a la anterior existencia de un asentamiento franco al norte del Loira durante el Bajo Imperio radica en parte en la historia política de la región en el siglo V, historia en la que los francos desempeñaron un papel. Las teorías que hablan de un importante repliegue del poder romano anterior a la crisis de 405-408 son tan poco convincentes en este caso como en el de Britania.⁷⁴ Pero a medida que la potente combinación de invasión y usurpación comenzó a causar estragos en los pilares del poder del Imperio de Occidente, al menos ciertas zonas del norte de la Galia, que, como Britania, era otra región limítrofe del Imperio, empezaron a percibir una pérdida de amparo similar. Así fue cómo Armórica —situada al noroeste de la Galia, en la actual Bretaña— se sublevó en 409-410, al mismo tiempo que Britania, tal vez también contra el dominio del emperador usurpador Constantino III. Pero mientras que a partir de entonces Britania quedó permanentemente al margen del Imperio, en la década de 410, cuando ya había pasado lo peor de la crisis inicial, se llevaron a cabo serios intentos de volver a poner a la Galia bajo la protección imperial. Y a lo largo de la primera mitad del siglo V se realizaron periódicamente notables esfuerzos por mantener el control imperial al norte del Loira, con una mezcla de intervenciones directas contra grupos disidentes, presencia de fuerzas militares regulares en la región y, ocasionalmente, la implantación de otras no regulares.⁷⁵

A la larga, sin embargo, todos los esfuerzos por proyectar la autoridad imperial en el norte de la Galia se vieron gravemente socavados por los efectos demoledores de la crisis de 405-408. Como veremos en el siguiente capítulo, el corazón del Imperio fue perdiendo progresivamente el control de sus principales provincias más fructíferas, y con él su capacidad de mantener un número significativo de fuerzas militares y de controlar a sus comandantes regionales. Como resultado directo de todo ello, no pudo proteger las estructuras esenciales de la vida civil romana. Este estado de cosas condujo a

una crisis a mediados de la década de 450, en medio de la situación caótica adicional provocada por la caída del imperio de Atila (capítulo 5), y éste fue el contexto en el que Childerico alcanzó su prominencia en la década de 460. Así pues, el norte de la Galia dejó atrás un pasado romano para abrazar un futuro franco mediante un proceso político que no sólo fue larguísimo, sino también muy disputado. Comenzó con el paso a través del Rin el 31 de diciembre de 406, y no llegó a concluirse definitivamente hasta que Clodoveo consolidó su poder en las décadas anterior y posterior al año 500. Mientras tanto, la región veía a muchos que pretendían hacerse con el poder. Las autoridades centrales romanas, los grupos locales que se apoyaban mutuamente (a menudo calificados de bagaudas, por las cuadrillas de bandidos del siglo III), los invasores y los colonos bárbaros y, al final, las fuerzas militares francas. Fue en esencia un proceso violento, por lo que no debemos extrañarnos de que la elite terrateniente romana de la región lo viviera de manera turbulenta. Sus villas eran prósperas y vulnerables, y, como en todas aquellas regiones en las que los ejércitos de Roma perdieron su capacidad de protección, también en la suya el sistema de villas sucumbió al proceso de decadencia del imperio.⁷⁶

Parece que el papel desempeñado por los propios francos en esa transformación fue notable, pero no esencial. Como ya hemos visto, las fuerzas francas sólo alcanzaron su preponderancia hacia finales del proceso, en la década de 460. Este modelo contrasta claramente con la historia de Britania meridional, donde la desaparición del amparo imperial vino seguida inmediatamente de la llegada de incursores, mercenarios y emigrantes anglosajones que desplazaron a los terratenientes romanos existentes de una manera evidente y directa. A diferencia de esos anglosajones, pues, los francos no pueden ser señalados a la ligera como los responsables de la destrucción de la vida romana al norte del Loira, la cual comenzó a producirse mucho antes de que los francos se convirtieran en una gran potencia militar. En efecto, como las intervenciones romanas en la política de los francos probablemente tuvieran por objetivo evitar, al igual que en el caso de los alamanes, la formación por su parte de unas coaliciones más grandes y peligrosas (capítulo 2), la unificación de los francos debería ser considerada un fenómeno postromano, en el sentido de que las empresas de Clodoveo no

habrían podido materializarse si el Imperio hubiera conservado toda su capacidad militar y política.⁷⁷ Pero si bien hay buenas razones para separar la erosión sufrida por la vida romana en la Galia septentrional de los efectos en la región del pujante poder de los francos, ¿qué papel desempeñó en la zona la inmigración franca durante el siglo VI de época merovingia?

Cráneos y sarcófagos

Cuando intentamos dar una respuesta a esta cuestión, vemos que dependemos muchísimo de los testimonios arqueológicos. Gregorio de Tours no aborda el tema de los asentamientos francos, y la arqueología plantea el mismo problema metodológico que hemos visto en Britania meridional. La nueva costumbre funeraria del norte de la Galia coincide cronológicamente con la aparición del poder de los francos, ¿pero son inmigrantes francos todos los enterrados con ajuar funerario? En caso afirmativo, nos encontraríamos ante una especie de *Völkerwanderung*, puesto que los nuevos *Reihengräber*, repletos de tumbas con ajuares funerarios, experimentaron una gran difusión en el norte y el este de la Galia (mapa 12).⁷⁸

Se ha intentado resolver ese enigma en numerosas ocasiones. Los investigadores del siglo XIX y comienzos del XX estaban convencidos de que en la forma de los cráneos podía encontrarse la respuesta. Los celtas nativos, decían, eran braquicéfalos (de cabeza redondeada), mientras que los inmigrantes germanos eran dolicocefalos (de cabeza alargada). Otros especialistas se han fijado en determinados detalles del rito funerario. La utilización de sarcófagos era considerada una costumbre exclusivamente romana, y así se catalogaron los enterramientos sin ajuar funerario, de los que siempre aparecen algunos en la mayoría de los *Reihengräber*. Por desgracia, ninguno de estos viejos métodos funciona. No hay diferencias étnicas básicas en la forma de los cráneos, y se han encontrado en los sarcófagos restos de individuos francos explícitamente documentados. Las tumbas sin ajuar funerario tampoco son de utilidad para nuestro objetivo. Muestran una marcada tendencia a concentrarse en los límites de los *Reihengräber*, y los métodos de excavación modernos han puesto de manifiesto que esas necrópolis comenzaban a llenarse por el centro para ir creciendo poco a poco.

La verdadera explicación para la ausencia de ajuar funerario es de índole cronológica. A partir del siglo VII (como también ocurrió en los cementerios de inhumación anglosajones cuya vida fue más prolongada, si los cementerios pueden tener una larga vida), la utilización del ajuar funerario comenzó a experimentar un claro declive, tal vez bajo la influencia del cristianismo, hasta que el ritual funerario recuperó los enterramientos sin ajuares característicos del Bajo Imperio.⁷⁹

Aunque no haya todavía un método claro y sencillo para distinguir a romanos de francos, sí existen testimonios plenamente convincentes de que algunos de los varones enterrados con armas en el siglo VI eran de origen galo-romano. Un excelente estudio de caso lo encontramos en un gran cementerio cuidadosamente excavado que se encuentra en Krefeld-Gellep, en el Bajo Rin, en el norte de Alemania. Se trata de una de las pocas necrópolis que permanecieron en funcionamiento desde finales de la era imperial hasta la época merovingia. En 500 d. C. aproximadamente, cerca de un cementerio tardorromano ya existente, una suntuosa tumba con ajuar funerario supuso la inauguración de una segunda necrópolis que, a continuación, siguió siendo utilizada y albergó una nutrida colección de típicas sepulturas merovingias provistas de ajuar. La apertura del segundo cementerio, sin embargo, no significó la clausura del primero, y lo que sucedió en este último es harto sorprendente. Las inhumaciones con ajuares funerarios —las típicas colecciones merovingias de armas y joyas para hombres y mujeres respectivamente— se convirtieron rápidamente en una práctica habitual también en él. Su primer excavador y varios comentaristas posteriores han llegado todos a la conclusión, sin duda acertada, de que en el cementerio más antiguo una población ya existente desde los tiempos del Bajo Imperio, y en aquellos momentos postromana, se adaptó a las nuevas normas culturales instauradas por la suntuosa tumba del segundo cementerio: un bellísimo caso de imitación de la elite en acción. Y lo que es perfectamente demostrable que sucedió en Krefeld-Gellep es muy posible que también ocurriera en el norte de la Galia, en otras regiones en las que los cementerios romanos existentes se vieron sustituidos en su conjunto por *Reihengräber*, y en las que, en consecuencia, resulta imposible demostrar una evolución cultural similar.

Muchos de esos flamantes *Reihengräber* sin duda acogieron los restos de individuos de ascendencia galo-romana que habían sabido adaptarse a las nuevas costumbres de la época merovingia.⁸⁰

Otro corpus de testimonios que parecen —al menos en parte— reflejar este mismo proceso es el constituido por aquellos cementerios cuya utilización se inició con el establecimiento de una tumba particularmente suntuosa, como en el caso de la segunda necrópolis de Krefeld-Gellep. Gracias a cincuenta años de minucioso trabajo en la cronología de la cultura material merovingia, este patrón ha podido documentarse en toda una serie de emplazamientos: Mézières en las Árdenas, Lavoye a orillas del Mosa, Pry, Gutlingen, Chaouilley en Lorena, Rübenach, Hérucy y Bale Berning. Tal vez resulte tentador pensar que muchas tumbas de esos cementerios son de inmigrantes francos, pero sólo podemos hacer conjeturas. Así ha quedado demostrado en Frénouville, en Calvados. Allí, un caprichoso indicador genético en forma de sutura craneal pone de manifiesto que, en la práctica, fue la misma población la que vivió en la región antes y después de que se difundiera en la zona la inhumación con ajuar funerario, aunque el flamante rito se observa en un cementerio merovingio totalmente nuevo. Por lo visto, la costumbre de enterrar a los difuntos acompañados de un ajuar fue importada a Frénouville sólo por la familia de la elite responsable de la suntuosa sepultura «fundadora» de la nueva necrópolis, pero a mediados del siglo VI dicha costumbre había alcanzado una gran difusión entre una población nativa que también utilizaba el nuevo cementerio.⁸¹ Así pues, los testimonios señalan de manera clara y evidente que, en parte, la nueva costumbre de la inhumación con ajuar funerario alcanzó tanta difusión en el norte de la Galia porque la población galo-romana nativa de la región la adoptó con entusiasmo.

¿Pero cuál era el origen de ese rito, y por qué fue adoptado? Una rama de la teoría arqueológica moderna tiende, como hemos visto, a interpretar los grupos de tumbas relativamente suntuosas como una prueba de incerteza de clase social y rivalidad. Como no quedaba claro su estatus, las familias se dedicaban a rivalizar con sus vecinos en actos de ostentación. Es evidente que esta interpretación puede ser acertada en el caso que nos ocupa. La hegemonía de la dinastía merovingia supuso, como hemos visto, la entrada en

vigor de normativas relacionadas con el estatus social, totalmente innovadoras comparadas con las viejas leyes romanas, y es fácil de entender que dieran lugar a una competición social.⁸² Pero no se trata de la única explicación posible; ni siquiera se trata en este caso de la más convincente. Por una razón: el orden social experimentó esa misma reestructuración al sur del Loira, pero ello no dio lugar a que saltara una chispa de rivalidad social manifestada en los enterramientos. La única explicación lógica de este hecho es que en la región meridional las antiguas elites pudieron conservar intactos muchos más elementos esenciales de su distinción social, de modo que no tenían necesidad de competir; pero a esta teoría del énfasis social también cabe ponerle otras objeciones más significativas. Ante todo, el *Reihengräber*, con su ordenada disposición, parece mucho más uno de esos espacios comunales perfectamente organizados que el escenario de una intensa competición social. Sus hileras, cuidadosamente alineadas, indican que había cierto control en los enterramientos. Como, de hecho, sucede con los objetos depositados en las tumbas: constantemente, determinadas categorías de difuntos —varones adultos, pero no ancianos, y mujeres jóvenes en edad fértil— aparecen sepultadas con más piezas que otras. De nuevo, se ha sugerido que esto ocurre porque la muerte de esos individuos resultaba más dolorosa, pero los códigos legislativos nos dicen que es en esta época cuando el *wergeild* era un concepto en plena vigencia, y esa también puede ser una buena explicación.

En términos más generales, los testimonios que ofrece el ordenamiento jurídico indican que había grupos sociales claramente diferenciados en la sociedad merovingia —individuos libres, libertos y esclavos (que se vinculaban con arreglo a una edad para fijar su valor exacto)— y que a cada uno de ellos les correspondían unas funciones concretas. Por ejemplo, los hombres libres y los libertos podían ser llamados a tomar las armas para entrar en combate, pero los esclavos quedaban excluidos de una actividad que era considerada propia de un estatus más elevado. Otro testimonio ofrecido por el ordenamiento jurídico es el que habla de la celebración de ceremonias públicas cuando un individuo ascendía de categoría social, y, en su mayoría, esas comunidades sociales de ámbito rural eran suficientemente reducidas para que todos sus miembros se conocieran entre ellos.⁸³ Estas observaciones

sugieren una interpretación considerablemente distinta, según la cual el enterramiento de un varón, sobre todo acompañado de armas, representaba sin duda una confirmación del estatus del individuo en cuestión, pero según la cual, también, en las reducidas —por no decir claustrofóbicas— sociedades rurales de la época era más que difícil pretender ostentar un estatus social inapropiado.

Por sí misma, pues, la teoría del énfasis social dista mucho de estar claramente en lo cierto, y los testimonios que poseemos de la difusión del empleo del ajuar funerario apuntan hacia otro orden de explicaciones; un orden que, no obstante, conserva un elemento del énfasis social. La tumba merovingia con ajuar funerario más rica es, de hecho, la más antigua: la del propio Childerico. Su enterramiento (481-482) fue seguido en orden de formación, tal vez en estricto orden de formación, de una serie de tumbas suntuosas, aunque no tan extraordinarias como la suya, llamadas el grupo de Flonheim-Gutlingen (que más que un nombre parece un trabalenguas). Ninguna de dichas tumbas puede ser datada con absoluta precisión. En términos estilísticos, los objetos que componen sus ajuares funerarios son tan similares a los descubiertos en la sepultura de Childerico que deben de pertenecer a la misma época, aunque se hallen situadas fuera de los límites de la antigua provincia romana de Bélgica Inferior, el territorio considerado tradicionalmente el legado de Childerico a su hijo Clodoveo. Todo ello parece indicar que, en vida, los ocupantes de esas tumbas participaron al menos en las primeras conquistas de Clodoveo, aunque también cabe la posibilidad de que en vez de las primeras de Clodoveo fueran las últimas de Childerico, pues es probable que, como hemos visto, este monarca llegara a extender sus territorios más allá de Bélgica Inferior. Fuera como fuere, es evidente que estuvieron activos en el último cuarto del siglo v.⁸⁴

No hay ese tipo de duda cronológica con la subsiguiente difusión de la nueva costumbre funeraria. A continuación encontramos una serie de tumbas con un ajuar no tan suntuoso, pero no por ello poco sorprendente, el llamado grupo C de Rainer Christlein (otro nombre que dista mucho de levantar pasiones, pero al menos más fácil de pronunciar). Dichas tumbas ofrecen un vínculo cronológico y cualitativo entre el reducido número de enterramientos extremadamente suntuosos de finales del siglo v y las sepulturas más

numerosas, y también con ajuares más modestos, características del período merovingio y que, más que de finales del siglo v, datan del siglo vi, en su mayoría probablemente del segundo cuarto y no del primero.⁸⁵ Pensándolo bien, esta progresión cronológica de la costumbre funeraria parece indicar que el nuevo rito mortuario fue ganándose la aceptación general por el efecto de goteo provocado por los grandiosos funerales de Childerico y sus más estrechos colaboradores. El nuevo rito supuso una gran ruptura con la práctica franca del pasado —la cremación seguida del esparcimiento de las cenizas—, y por lo tanto no debe sorprendernos que tardara prácticamente cincuenta años para gozar de pleno arraigo.

Parece bastante lógico intuir que la inhumación merovingia fue desarrollándose a medida que el grueso de la población comenzó a emular —pero a escala más modesta— las prácticas de sus líderes. Ni que decir tiene que a menudo da esta impresión, pero la idea no aporta ninguna explicación definitiva del fenómeno. En el caso de Childerico, la ocurrencia de crear una tumba realmente suntuosa, llena de oro, probablemente fuera una consecuencia indirecta de las costumbres funerarias del tipo danubiano que se generaron en el imperio de Atila en su momento de máximo esplendor. Con anterioridad al siglo v, el mundo germánico había visto algunos conjuntos de tumbas ostentosas, aunque ninguno de ellos en territorios propiamente francos, pero, como hemos visto en el capítulo 3, el imperio huno marcó una línea divisoria con la colocación de tesoros en las sepulturas de difuntos insignes. La extraordinaria riqueza de los horizontes arqueológicos hunos e inmediatamente posteriores habría eclipsado por completo todo lo conocido hasta entonces debido al valor del oro enterrado. El franco no fue uno de los pueblos más sometidos por los hunos, pero cayó suficientemente en la órbita de Atila para que éste interviniera en una disputa por la sucesión, y el estilo danubiano cambió por lo general las costumbres funerarias de los bárbaros.

A partir de ese momento, la práctica de los enterramientos suntuosos para los líderes experimentaría una gran difusión, prolongándose su vigencia hasta bien entrado el siglo vi. No sería de extrañar, pues, que los caudillos francos de la generación después de Atila hubieran adoptado las prácticas del mayor imperio que había conocido la Europa no romana. Es cierto también que Childerico y Clodoveo —fue este último el que supuestamente se

encargó de organizar las honras fúnebres de su padre— estaban muy ocupados en su empeño por cambiar la naturaleza de la política franca. Ambos tuvieron buenas razones para difundir las prácticas de los hunos con el objetivo de resaltar el hecho —o la reivindicación— de que Childerico había sido un caudillo franco bastante fuera de lo común. Esto significa seguramente que hubo un importante elemento de ostentación competitiva en el revolucionario funeral que Clodoveo organizó para su padre. De hecho, si las tumbas de Flonheim-Gutlingen fueran de la misma fecha, en lugar de algo posteriores como se considera habitualmente, entonces el acto de ostentación habría tenido un carácter aún más competitivo, pues incluso habrían podido ser sepulturas de rivales en vez de lugartenientes.

La ulterior difusión general del nuevo rito funerario entre los individuos de las clases sociales inferiores no es tan fácil de explicar. Parece bastante evidente que lo que la impulsó fue la nueva riqueza que quedó a disposición de la sociedad franca gracias a las asombrosas conquistas llevadas a cabo particularmente en tiempos de Clodoveo, aunque la costumbre también siguió expandiéndose durante los reinados de sus hijos. En este contexto, tal vez sea razonable considerar el grupo C de tumbas de época posterior, pero todavía suficientemente suntuosas, el catalizador decisivo. Los difuntos de esas sepulturas eran presumiblemente unos líderes de rango medio cuyas familias quisieron hacer ostentación de su estatus elevado con un enterramiento acorde con las nuevas pautas puestas de moda por sus monarcas. Esto se asociaría a un proceso de competición social, pues las conquistas de Clodoveo colocaron muchas riquezas nuevas en manos igualmente nuevas, y lo que observamos en este caso, por lo visto, es un acto de exhibición de los vencedores. Este hecho se comenzó a reflejar a continuación en un ámbito social mucho más cotidiano, en el que, presumiblemente, se iban desarrollando otros procesos similares a medida que la riqueza generada por las conquistas llegaba a clases inferiores, creando a su vez a más vencedores deseosos de hacer ostentación, y quizá también a perdedores, desesperados por ocultar su posición, hasta que por fin el nuevo orden social se consolidó, dando lugar a los cementerios de los *Reihengräber* de mediados del siglo VI, que se caracterizan por un aspecto mucho más uniforme.

El proceso, sin embargo, se tomó su tiempo. La nueva costumbre funeraria quedó realmente implantada sólo a partir de 525 aproximadamente, casi medio siglo después de la muerte de Childerico, y ese espacio de tiempo es más que suficiente para que entraran en juego otros factores. En la Inglaterra anglosajona, por ejemplo, la cremación desapareció rápidamente con la llegada del cristianismo, que la consideraba evidentemente una forma ilegítima de rito funerario. Aunque a comienzos del siglo VI el cristianismo apenas había empezado a difundirse entre los francos, es probable que la nueva religión impulsara a adoptar la inhumación como rito funerario, aunque no guardara ninguna relación con la ostentación de riquezas.⁸⁶

La progresión directa por la escala social de la tumba de Childerico a las correspondientes al segundo cuarto del siglo VI sugiere que deberíamos establecer una estrecha asociación entre el nuevo rito funerario y la hegemonía del poder franco y, particularmente, el modo en que la riqueza generada por la conquista dio lugar a la rivalidad social. Pero el hecho de que en la difusión de las inhumaciones con ajuar pueda apreciarse con tanta claridad un fuerte componente de aculturación —es evidente que los nativos galo-romanos adoptaron la nueva costumbre con bastante entusiasmo— no quiere decir que la inmigración franca en el norte de la Galia brillara por su ausencia o apenas fuera perceptible, ni que la expansión del nuevo ritual no tuviera nada que ver con el proceso. Bien al contrario, hay muy buenas razones para pensar que la inmigración franca en el norte de la Galia fue importante e influyó de manera contundente y directa en la difusión de la nueva costumbre funeraria.

Los testimonios de la emigración de los francos al oeste del Rin van de lo específico a lo general. El detallado estudio de caso de Krefeld-Gellep requiere una vez más nuestra atención. Si, como parece probable, la necrópolis original siguió siendo utilizada por la población nativa, se nos plantea una importantísima cuestión, a saber, ¿quiénes eran sepultados en el segundo cementerio, cuya fundación dio lugar a que los enterramientos con ajuar funerario se extendieran al primero? Como indicarían los excavadores: lo más probable es que se tratara de una comunidad de inmigrantes francos. Del mismo modo, las suntuosas tumbas fundacionales situadas en el centro de algunos de los otros nuevos *Reihengräber* parecen pertenecer a unos

inmigrantes francos de la elite, alrededor de cuyo nuevo poder social se estaban reestructurando las sociedades rurales locales: de ahí el traslado de los cementerios y la adopción de la costumbre del ajuar funerario. A primera vista, pues, los testimonios arqueológicos nos llevan de vuelta al mismo callejón sin salida al que fuimos a parar cuando abordamos el caso de los anglosajones. Por un lado, el enterramiento con ajuar funerario fue difundándose paulatinamente a partir de las costumbres de una nueva elite de francos inmigrantes. Por otro lado, el rito fue adoptado —en este caso de manera mucho más demostrable— por un número considerable de nativos. Debido a la ausencia de testimonios arqueológicos muy específicos, como, por ejemplo, los descubiertos en Krefeld-Gellep o Frénouville, resulta imposible distinguir la tumba de un individuo de origen franco de uno de origen galo-romano. Cualquier sepultura puede pertenecer a uno u otro, o, de hecho, a una mezcla de ambos, pues sin duda se dieron matrimonios mixtos. Pero todavía podemos profundizar más en el tema.

Si el único testimonio de que se produjo una migración es el puñado de suntuosas tumbas con ajuar funerario que se encuentra en el corazón de las nuevas necrópolis de *Reihengräber*, la emigración de los francos al norte de la Galia podría ser considerada de manera harto plausible una transferencia de elite, seguida por una imitación de su cultura. Pero, de hecho, contamos con excelentes testimonios que indican que detrás del proceso de aculturación se esconde un flujo migratorio mucho más considerable. Merece que nos detengamos por un momento y pensemos en modelos más generales de continuidad y transformación a lo largo y ancho del reino merovingio. Como hemos visto, al sur del Loira han sido descubiertas unas cuantas tumbas provistas de ajuar funerario. En esa zona, sin embargo, la nueva costumbre no arraigó, y la población nativa en conjunto se mantuvo aferrada a los ritos funerarios tradicionales. Así pues, vemos que la adopción de los enterramientos con ajuar funerario no fue un proceso automático en todo el reino de los francos. No bastó que los singulares francos se plantaran en el paisaje galo para que todo el mundo se rindiera de repente a la brillante ocurrencia de enterrar armas y otros objetos valiosos junto a sus difuntos.

A priori, es posible pensar en varias razones que expliquen por qué esa nueva costumbre tenía que arraigar en el norte y no en el sur, pero lo cierto es que hay una correlación entre *Reihengräber* y niveles de asentamiento franco. Como en el caso de la Inglaterra anglosajona, los testimonios lingüísticos adquieren de nuevo un gran protagonismo en el proceso. En términos generales, el efecto global de la inmigración franca fue un desvío de la línea que marcaba el uso de la lengua germánica, desplazándola, según la zona, entre cien y doscientos kilómetros hacia el oeste desde la frontera del Rin (mapa 12). Pero esto fue el resultado final de un complejo proceso, y no un hecho que ocurriera de golpe en torno al año 500. Ante todo, parece que la inmigración franca generó sistemas de islas lingüísticas entrelazados unos con otros. Incluso en las zonas en las que al final prevaleció el germánico, algunos de los antiguos centros romanos más destacados conservaron la lengua neolatina hasta bien entrado el siglo IX, en concreto las ciudades de Aquisgrán y Prüm, así como la llamada segunda capital romana, Tréveris. Al mismo tiempo, los testimonios ofrecidos por los topónimos indican que las comunidades de lengua germánica se extendieron originalmente mucho más hacia el oeste que lo que indica la línea divisoria lingüística. Al noroeste de París, en Normandía y en Bretaña aparecen topónimos germánicos, lo que da a entender que, como en Inglaterra, una elite de habla germánica tuvo que haber sobrevivido en estas regiones el tiempo suficiente para bautizar en su lengua los asentamientos permanentes que fueron creándose (mapa 12). En el norte de la Galia, una serie de aldeas y fincas más o menos estables comenzaron a surgir un poco antes que en la Inglaterra anglosajona, en el siglo VII más que en el VIII, de modo que los topónimos germánicos aislados no constituyen necesariamente la prueba de una conservación de la lengua muy extendida en el tiempo, tal vez sólo durante unos cien años.⁸⁷ No obstante, al igual que en la Inglaterra anglosajona, esas islas lingüísticas germánicas sólo podrían haber sido creadas por grupos de emigrantes que, además de hombres, incluyeran a mujeres y niños, aunque la desviación mucho más restringida hacia el oeste de la línea divisoria general de la lengua germánica ofrezca una indicación aproximada del lugar en el que los asentamientos francos destacaron por su mayor concentración.

A pesar de que carecemos de testimonios históricos específicos, es harto probable que el proceso que llevó a esos emigrantes a cruzar el Rin rumbo al oeste fuera similar en algunos aspectos relevantes al que condujo a los anglosajones hasta Inglaterra. Aunque no fuera en absoluto el territorio romano de mayor riqueza, el norte de la Galia estaba en general más desarrollado desde el punto de vista económico que cualquier zona no romana colindante del este del Rin, y, para ser más claros, el dominio político franco, fruto de las conquistas de Clodoveo, supuso la capacidad de anexionarse más tierras de manera definitiva en los territorios recién conquistados que en la propia patria. Esto no significa que las tierras al este del Rin estuvieran superpobladas, al menos no más de lo que estaba Normandía en 1065, sino simplemente que las victorias militares abrían interesantes perspectivas de adquirir nuevas riquezas y alimentaban la expectación de los secuaces de Clodoveo de conseguir parte de ellas. Sobre todo después de los espectaculares triunfos alcanzados por Clodoveo en su reinado, la demanda de compensaciones especialmente onerosas por parte de sus seguidores debió de haber sido abrumadora. Es probable que las expectativas de esos individuos fueran más allá de la mera distribución de objetos saqueados, pretendiendo la cesión de activos en forma de tierras — como ocurrió en los demás reinos sucesores del Imperio Romano de muy distintas maneras—, y esas demandas tuvieron que satisfacerse.⁸⁸ En realidad, siempre había líderes alternativos a los que los hombres podían seguir si sus expectativas *no se veían plenamente* cumplidas. En mi opinión, la difusión de las tumbas de individuos de estatus elevado, los cimientos de los nuevos *Reihengräber* que salpicaron el paisaje del norte de la Galia, probablemente sea un reflejo arqueológico de la localización de recompensas concedidas pertinentemente a fieles seguidores de Clodoveo (y es posible que también de sus sucesores en el trono).

Como sucediera con Britania meridional y los anglosajones, las tierras y las riquezas del norte de la Galia habían estado ejerciendo un gran magnetismo en el pueblo vecino de los francos mucho antes de que la caída del Imperio Romano posibilitara la progresión de los asentamientos. Los francos se habían dedicado a saquear las tierras fronterizas del norte del Rin desde el siglo III, y cuando las circunstancias políticas eran favorables, grupos

enteros de ellos a veces habían intentado anexionarse determinados territorios. En un famoso incidente ocurrido en la década de 350, por ejemplo, el emperador Juliano tuvo que enfrentarse con unos grupos de francos que, aprovechándose de una guerra civil de los romanos, se habían hecho con el control de la ciudad de Colonia y parte de sus alrededores. Algunos de esos francos dijeron haberse refugiado allí huyendo de los sajones, de modo que tal vez hubiera otra razón política más, pero, a la luz de la larga historia de incursiones y saqueos perpetrados en las tierras fronterizas, no cabe duda de la gran atracción que ejercía la riqueza romana en esos pueblos no romanos.⁸⁹ Igualmente, había ya una buena cantidad de información, suficiente para poner en marcha un movimiento migratorio, y el norte de la Galia no era en absoluto una *terra incognita* para los francos incursores.

Las fuentes no nos permiten establecer con claridad la envergadura de esas unidades de emigrantes francos. El grado y la longevidad de los cambios lingüísticos indican que muchas de ellas incluían a mujeres y, presumiblemente, también a los hijos de éstas. Si es acertado contemplar el proceso migratorio como un efecto de la recompensa política, por general que sea, entonces es probable que esas unidades migratorias estuvieran formadas por el guerrero que iba a recibir su justo premio y sus familiares más directos, sus parientes y otros. Pero, como demuestra el posterior testimonio del Danelaw vikingo, también habrían podido consistir de muchos más individuos que los que integran un núcleo familiar. Por lo visto, en la región inglesa de Danelaw se asentaron tribus enteras de guerreros junto con los seguidores que se habían unido a sus jefes inmediatos, y es factible que lo mismo ocurriera en el caso de los francos. Los testimonios que ofrece el ordenamiento jurídico indican, por ejemplo, que los libertos dependían permanentemente de un hombre libre, de modo que es probable que los hombres libres y todos aquellos individuos semilibres que dependían de él se movieran como un grupo. Posiblemente sucediera lo mismo con los grandes señores y sus séquitos de vasallos formados por hombres libres (y también por los libertos dependientes de estos últimos).

Las islas lingüísticas fueron creándose, presumiblemente, a medida que esos grupos de emigrantes iban estableciéndose en el territorio. En los lugares en los que la ocupación fue mucho más densa se produjo al final un cambio total de lengua; en los que no lo fue tanto, la influencia lingüística de los nuevos pobladores se manifiesta actualmente sólo en los topónimos de origen germánico. En este caso, sin embargo, al contrario de lo ocurrido en Inglaterra con los anglosajones, parece que la migración de los francos comenzó únicamente tras conseguirse una victoria militar definitiva, y no hay indicios de la existencia de un Aurelio Ambrosio galoromano. Así pues, las unidades de emigrantes francos pudieron ser más reducidas, y, una vez más, es evidente la influencia ejercida por las estructuras políticas en el proceso de migración. Las comparaciones con la conquista normanda también sugerirían que es muy poco probable que ese proceso de ocupación de territorios estuviera totalmente controlado por el poder real. Una de las cosas que pone de manifiesto el *Doomsday Book* es el número de apropiaciones que se habían llevado a cabo sin autorización del rey durante los veinte años siguientes a 1066, siendo probable que uno de los motivos de la creación de ese informe fuera que, en medio de aquella anarquía, Guillermo no supiera en 1086 qué poseía cada uno de sus seguidores. Ante todo, debemos contemplar la intrusión franca en el norte de la Galia como una forma no fortuita de oleada de avance, en la que los intrusos pretendían todos obtener un buen pedazo de tierra galo-romana para hacerlo suyo.⁹⁰

El material disponible no hace más que dejarnos muchas preguntas sin respuesta, pero son incuestionables los testimonios que apuntan a que se produjo una emigración de francos a gran escala (aunque fuera en pequeñas unidades). Y lo más importante para el asunto que nos interesa es que también hay pruebas suficientes para determinar que el establecimiento de la costumbre del ajuar funerario estuvo estrechamente vinculado a la migración. Por su parte, esto es lo que parece indicar con claridad la evidente relación existente entre las primeras tumbas suntuosas y la difusión de la costumbre del ajuar funerario en determinadas localidades. Y puede afirmarse, en términos generales, que en los lugares donde no hubo inmigración, como las tierras del sur del Loira, el *Reihengräber* brilló por su ausencia. Sin embargo, identificar un vínculo entre *Reihengräber* y migración franca no supone

incurrir en ninguna contradicción con la explicación que da la teoría del énfasis social a la nueva costumbre funeraria, pues más bien la pule. Desde la perspectiva de los francos (como desde la de los anglosajones o los normandos en circunstancias análogas), el hecho de que la emigración iba a asegurar una mayor riqueza significaba que había un importante elemento de énfasis social inherente en ella, al menos en dos ámbitos.

En primer lugar, los seguidores francos de Clodoveo y los hijos de éste competían ferozmente entre ellos para sacar la mayor tajada del botín de la conquista (como hicieron los seguidores de Guillermo después de 1066). Se trataba de una cuestión de avidez de todos los interesados: de ahí tal vez su tendencia en un principio a hacer ostentación de sus nuevas riquezas enterrando buena parte de ellas con sus difuntos, a imitación de las prácticas de sus líderes derivadas de las costumbres de Atila. Contemporáneamente, este proceso resultaba estresante para la población nativa, que se veía no sólo invadida por una nueva elite extranjera, sino también incorporada en un reino que le imponía una serie de obligaciones nuevas basadas en la concepción alternativa de un orden social de tres castas y los derechos y responsabilidades apropiados para cada una de esas castas. A los nativos, pues, en medio de aquel reparto de papeles que la victoria de los francos había puesto en marcha en la sociedad, no les quedaba más remedio que entrar en el juego e intentar salir lo mejor parados posible de él. Como es natural, para ello tenían que hacer buenas migas con algún miembro de la nueva elite franca, sobre todo si uno de ellos se establecía en su misma localidad —proceso que probablemente queda ilustrado en Frénouville— o, lo que habría sido la tónica general, debían negociar que por parte de los nuevos gobernantes francos les fuera reconocido un estatus social lo más elevado posible. Fuera como fuere, se observa inmediatamente con claridad que el proceso tuvo que ser forzosamente estresante —estresante en grado sumo— y que tuvo que haber una marcada tendencia a absorber, entre otras, las normas culturales que en aquellos momentos se imponían a través de los francos a medida que éstos hacían gala de las nuevas riquezas obtenidas en sus conquistas.

La inmigración y el énfasis social no se contradicen como explicación de la difusión del ritual del ajuar funerario y la aparición de los nuevos cementerios propios del *Reihengräber*. El mismísimo proceso de emigración de los francos generó una rivalidad y un énfasis social que en este caso dio lugar a la adopción generalizada de las tendencias funerarias que tenían su origen en el estilo danubiano característico del imperio huno. Así fue, sin embargo, al principio. Cuando el período de negociación llegó a su fin, y quedó estipulado quién era libre, quién liberto y quién esclavo, el nuevo orden social adquirió una mayor estabilidad, como indican la naturaleza de las necrópolis de los *Reihengräber* y los testimonios del ordenamiento jurídico.

A pesar de los problemas que plantean las fuentes, se pone de manifiesto que la creación del reino franco implicó un movimiento migratorio de dos, o mejor dicho, tres niveles. El sur del Loira apenas se vio afectado por la llegada de extranjeros. Allí sólo se establecieron un par de guarniciones, y aunque la vida de la elite de la región se vio afectada por las nuevas exigencias de los monarcas francos, el trastorno cultural y socioeconómico fue en primer lugar limitado. Al norte del Loira la cosa fue muy distinta, aunque los testimonios lingüísticos indican que hay que subdividir esta región. Entre el río Rin y la nueva frontera existente entre la lengua germánica y la neolatina, la inmigración fue considerablemente superior que más al oeste, donde sólo algunos topónimos se verían afectados más a largo plazo. No obstante, en ambos sectores del norte de la Galia se hace evidente la naturaleza revolucionaria de los cambios. No fue un caso de sustitución de la elite, sino —como la ocupación anglosajona de Britania meridional— una redefinición de todo lo que comportaba un estatus de elite y de las normas sociales y las estructuras de los valores en los que éste se basaba. El hecho de que algunos de los que participaron en ese proceso, incluso en los niveles superiores, descendieran probablemente de nativos de la región no convierte la transformación en un fenómeno menos revolucionario, ni oculta la circunstancia de que fue la pujante expansión política de los francos, estrechamente vinculada al flujo migratorio, lo que la hizo posible.

MIGRACIÓN EN MASA Y ÉNFASIS SOCIAL

En el significado literal del término, ni la expansión de los francos en el nordeste de la Galia ni la conquista de Britania meridional por parte de los anglosajones pueden definirse como *Völkerwanderung*. Para empezar no eran ni «pueblos» (*Völker*, en alemán), por lo que difícilmente podían estar yendo de un lugar a otro (*Wanderung*). Y al contrario de lo que defienden las viejas concepciones de esos procesos, que apuntan hacia algo parecido a una limpieza étnica que tuvo lugar a todas luces en Britania así como en determinadas zonas del norte del Loira, muchos nativos britanoromanos y galo-romanos formaron parte claramente de la nueva mezcla étnica que en torno al año 600 d. C. se había producido en esas antiguas provincias romanas. La verdad que contiene esta afirmación, sin embargo, no es la negación de otra. Los dos siglos anteriores habían sido testigos en ambas regiones del desarrollo de fenómenos migratorios de la suficiente envergadura —independientemente del número real de sus protagonistas— como para conllevar importantes cambios en todos los ámbitos imaginables: la política, la estructuración socioeconómica, la organización administrativa y la cultura material y no material.

Una de las ventajas que ofrece exponer al mismo tiempo los estudios de caso relativos a los anglosajones y a los francos es que, unidos, indican con absoluta precisión los límites y los peligros potenciales derivados de un uso excesivo del concepto de transferencia de elite. No tiene lógica alguna desde el punto de vista analítico meter en el mismo saco la conquista de Inglaterra por parte de los normandos, en la que la elite emigrante se acomodó felizmente en una estructura socioeconómica de elitismo ya existente, con otros casos en los que las exigencias de compensaciones por parte de los recién llegados fueron suficientemente numerosas para provocar una importantísima reestructuración del orden social y económico existente. No cambia nada el hecho de que al norte del Loira y al sur del Muro de Adriano los emigrantes probablemente no constituyeran más que un grupo minoritario. En ambas zonas, anglosajones y francos fueron los causantes de

transformaciones revolucionarias que fueron mucho más allá de un simple proceso de sustitución de la elite como el que caracterizó la conquista normanda.

Esto plantea la cuestión (quizá no sumamente importante) de cómo debería catalogarse cada una de aquellas situaciones. Supongo que los distintos investigadores tendrán distintas opiniones, pero, a mi juicio, «transferencia de elite» es un concepto cuya aplicación debería quedar restringida al tipo de contacto en el que el dominio ejercido por los nuevos inmigrados no exigió una gran reestructuración socioeconómica, como ocurrió con la conquista de Inglaterra por parte de los normandos. Y si se decantan por esta opción, el término lógico que debe reservarse para los otros casos que sí requirieron una total recomposición del orden socioeconómico es «migración en masa». Al oírlo, es posible que algunos se asusten y peguen un salto de su sillón, pero lo cierto es que ya nadie cree en una sustitución total de la población —la antigua versión que daba la hipótesis de la invasión a la hora de hablar de las migraciones en masa—, de modo que «masa» es un término disponible, en la actualidad indefinido, o definido con poca precisión. También tiene la ventaja de concordar pulcramente con la definición cualitativa de migración en masa utilizada en estudios comparativos sobre migraciones. La reconstrucción de los órdenes social y económico en toda la extensión de la escala social comportará siempre una gran conmoción, independientemente del contexto cultural e independientemente del número de emigrantes involucrados.

Mucho más importante que las catalogaciones concretas, sin embargo, es la conclusión de que en casos como el de los francos y el de los anglosajones, la migración no constituye una alternativa al énfasis social como explicación de grandes cambios culturales (ni siquiera los de cultura material, como, por ejemplo, el que supuso la adopción de un nuevo rito funerario). La supuesta equivalencia entre ritos de enterramientos con ajuar funerario y énfasis social no siempre funciona, y cada caso debe ser estudiado minuciosamente. Ni las singulares tumbas con ajuares funerarios en el paisaje de un cementerio en el que éstos brillan por su ausencia, ni la sucesión regular de ese tipo de sepulturas en un contexto sumamente planificado como el de los *Reihengräber* parecen reflejar énfasis social. La gran ventaja que

tienen los testimonios francos respecto a los testimonios anglosajones es que muchísimos de los cementerios de los primeros han sido excavados más recientemente (aunque algunas de las excavaciones más actuales de cementerios anglosajones llegan a las mismas conclusiones). Esas excavaciones también han permitido estudiar con más minuciosidad el proceso inicial de optar por el enterramiento del difunto junto con una serie de objetos relativamente numerosa, y es esto lo que con rotundidad, a mi entender, sitúa énfasis social y migración en la misma página del himnario explicativo. Si somos capaces de comprender que la introducción de un intruso acaudalado en una comunidad llevó a la población local a enterrar a sus difuntos en una necrópolis completamente nueva siguiendo los rituales del recién llegado, llegaremos inevitablemente a la conclusión de que la adopción del nuevo rito formó parte de la respuesta local (imagino que para unos voluntaria y para otros involuntaria) al problema que planteó tener una nueva elite terrateniente ocupando las ciudades, o, mejor dicho, los campos.

Sólo se trata, por supuesto, de un modelo, y las cosas no se desarrollaron de una misma manera en todos los lugares. En Krefeld-Gellep, parece que la población inmigrante y la nativa mantuvieron cementerios separados, pero la presión general a la que había que ajustarse fue lo bastante fuerte para que la última se alineara a las formas culturales de la primera. El hecho de que el proceso de asentamiento de los francos se pusiera en marcha tras las conquistas, mientras que el de los anglosajones comenzó en medio de las contiendas, puede que también contribuyera a determinadas consecuencias en el ámbito local considerablemente distintas. Es muy probable que en el caso anglosajón, a diferencia del franco, el conflicto continuado con grupos locales repercutiera negativamente en la población nativa conquistada, y, como hemos visto, los testimonios lingüísticos indican con contundencia que en *c.* 600 d. C. la nueva elite terrateniente de Britania meridional estaba compuesta básicamente por elementos inmigrantes.

Al margen de estos aspectos concretos, hay muchas maneras en las que la migración franca y la anglosajona ilustran y desarrollan los temas principales del presente libro. La logística de transporte —los anglosajones constituyen un primer ejemplo de migración a través del mar— y los campos activos de información modelaron decisivamente esas dos migraciones, pero

tal vez vuelva a ser ante todo la interacción de las migraciones y los modelos de desarrollo, y el importantísimo papel desempeñado por las estructuras políticas vigentes, lo que salta a la vista a la luz de los testimonios. La migración franca y la anglosajona pueden ser consideradas unos mecanismos mediante los cuales se renegociaron unos modelos de desarrollo distintos. A pesar de sus propias transformaciones económicas durante la época imperial, la Europa occidental no romana estaba lo bastante rezagada en comparación con los territorios adyacentes del imperio para que la riqueza de este último ejerciera la atracción de un imán. A diferencia de una economía moderna, la riqueza de aquel mundo se generaba principalmente a través de la actividad agrícola, ofreciendo a la mano de obra emigrante pocos empleos bien remunerados o bien considerados (ser campesino al oeste o al este del Rin no cambiaba las cosas). Así pues, aparte de unos pocos que se labraron un porvenir en el ejército romano, para la mayoría de esos extranjeros la manera principal de acceder a aquellas riquezas era haciendo incursiones regulares con el fin de hacerse con un botín. A lo largo de la época imperial, esas grandes riquezas estaban protegidas por ejércitos y fortificaciones. Sin embargo, cuando en el curso del siglo V Britania meridional y el nordeste de la Galia quedaron al margen del control imperial central, desaparecieron las restricciones que las instituciones imperiales habían impuesto a la capacidad de los pueblos extranjeros de hacerse con el control de los activos importantes, y los actos de incursión se convirtieron al poco tiempo en una forma predatoria de emigración con el objetivo de apropiarse de fincas y heredades.

El desarrollo desigual fue, pues, el detonante en último término de los dos flujos migratorios. Pero más que causa, ambos fueron consecuencia de la caída del Imperio Romano central. Desempeñaron un papel fundamental en el desmantelamiento de aquellas estructuras de la vida local de las provincias romanas que seguían vigentes cuando francos y anglosajones llegaron al norte de la Galia y a Britania respectivamente, pero en uno y otro caso fue la imposibilidad del Imperio central de mantener fuerzas militares suficientes en sus fronteras lo que puso a las sociedades de aquellas provincias romanas en el punto de mira de los inmigrantes.

¿Qué decir, sin embargo, de la situación en un sentido más general? Si ampliamos el objetivo y nos fijamos en el Imperio Romano de Occidente en conjunto, ¿qué papel desempeñaron las migraciones en su caída? Y puesto que migración y modelos de desarrollo tienen que ir bien unidos de la mano, como de hecho hemos vuelto a ver que van en este capítulo, ¿qué consecuencias tuvo la caída del Imperio en el modelo vigente de desarrollo desigual que había distinguido Roma de sus vecinos antes de la llegada de los hunos?

Capítulo 7

UNA NUEVA EUROPA

En 476 d. C., cien años después de que los godos pidieran por primera vez asilo a su titular, la mitad oriental del Imperio Romano todavía era una empresa próspera que, como estado unitario, abarcaba los Balcanes, Asia Menor, Oriente Próximo, Egipto y la Cirenaica. Algunos emigrantes consiguieron abrirse paso y llegar al territorio de los Balcanes tras la caída del imperio huno, pero la mayoría de ellos fueron incorporados en los términos que había venido ofreciendo siempre el Imperio Romano. Es probable que conservaran cierto grado de autonomía, pero tras la marcha de los godos de los Amalos hacia Italia en 488, su integración en las fuerzas destacadas en los Balcanes fue tan limitada que no supusieron ninguna amenaza política o militar importante para la integridad del control imperial central.

La situación en el antiguo Imperio de Occidente era muy distinta. En el siglo IV, Roma seguía controlando sus territorios tradicionales desde el Muro de Adriano hasta las montañas del Atlas en el norte de África, como había venido haciendo durante los últimos trescientos cincuenta años, o, si se excluye a Britania de la ecuación, los últimos cuatrocientos cincuenta años. En 500 esa unidad tan longeva ya era historia. En su lugar había una serie de reinos sucesores, que, en su mayoría, aparte de unas pocas excepciones en el oeste de las Islas Británicas, se habían ido creando alrededor de fuerzas militares formadas por unos individuos cuyos antepasados habían vivido antes de 376 al otro lado de la frontera del Imperio. Vándalos y alanos construyeron un reino con las provincias más ricas del antiguo norte de África romano, los suevos otro en el noroeste de la península Ibérica y los visigodos un tercero con el resto de España, mientras que francos,

burgundios, anglosajones y ostrogodos de la dinastía de los Amalos habían hecho lo propio en el norte de la Galia, el sudeste de la Galia, Britania e Italia respectivamente.

El presente libro trata de migración y evolución, sin pretender ser un estudio perfectamente desarrollado de la caída del Imperio de Occidente. No tiene por objetivo entrar en consideraciones relativas a la evolución interna del estado romano durante sus quinientos años de historia, ni tampoco en el análisis de cómo ésta contribuyó a la caída final del Imperio, cosa que sin duda ocurrió. Sin embargo, sí debe hacer inventario de los fenómenos migratorios de los que se ha hablado en los tres últimos capítulos, así como de la contribución general de dichos fenómenos a una de las grandes revoluciones de la historia de Europa. Tradicionalmente esos grupos creadores de reinos llegados de allende la frontera eran considerados «pueblos»: entidades homogéneas desde el punto de vista cultural, formadas por individuos de distintas edades y género, con un acusado sentido de identidad colectiva, que se reproducían principalmente por endogamia, en vez de mediante la incorporación de elementos ajenos al grupo. En las concepciones más románticas de estos grupos se confería a sus acciones un fuerte componente nacionalista. La inmensa mayoría de ellos era de lengua germánica, y, con un poco de suerte, el siglo V podía ser presentado como la culminación de cuatrocientos años de resistencia germánica a la opresión de Roma; una resistencia iniciada en el año 7 d. C. con la destrucción de Varo y sus legiones a manos de Arminio en el Bosque de Teutoburgo.

Algunas opiniones revisionistas más recientes han intentado rebatir esas interpretaciones en varios aspectos fundamentales. Dicen que, en primer lugar, los grupos creadores de reinos no eran «pueblos», sino coaliciones improvisadas que se caracterizaban por un potencial humano sin homogeneidad cultural ni un sentido acusado de identidad. En segundo lugar, indican, su potencial humano no era más que eso, potencial humano. Tal vez contaran con algunas mujeres, pero no muchas, y más que pueblos parecían ejércitos. Los revisionistas más radicales sostienen incluso que nuestras fuentes romanas están contagiadas de un tópico de la migración que convertía en «pueblos» a todos los extranjeros que andaban por territorio romano. Los menos radicales se inclinan por sugerir que, si bien es indudable que algunos

bárbaros se desplazaron, lo más importante de la historia —debido a la ausencia de identidades colectivas arraigadas que mantuvieran unidos a esos grupos de bárbaros— es la manera en que el potencial humano se unió alrededor de un nuevo liderazgo después de que unos cuantos empezaran a ir de un lugar a otro. En tercer lugar, se afirma que la época no estuvo marcada por una clara animadversión entre romanos y extranjeros; según una opinión muy influyente, la caída del Imperio de Occidente ha sido considerada un proceso «sorprendentemente pacífico», en el que los romanos mostraron un gran deseo de entenderse con los extranjeros, y éstos nunca tuvieron la intención de acabar con el estado romano. En vez del violento cataclismo que aparece representado tradicionalmente, el Imperio sucumbió por una mezcla de percances y consensos cuando los intrusos bárbaros fueron invitados a entrar en su territorio, y algunos de los más notables terratenientes romanos prefirieron al final llegar a un acuerdo con esos extranjeros en lugar de seguir pagando los innumerables impuestos que exigía la administración imperial para el mantenimiento de los ejércitos.¹

Así pues, ¿de qué manera se desarrollaron los procesos de migración que hemos observado en los siglos IV y V a la luz de la concepción tradicional y la concepción revisionista de la caída del Imperio Romano de Occidente? Y lo que es igualmente importante, ¿Qué papel desempeñó la caída del Imperio Romano en la transformación de modelos de organización política y económica —en otras palabras, la evolución— de punta a punta de Europa?

LA CAÍDA DEL IMPERIO

Algunos argumentos revisionistas muestran mucha cordura. No hubo ninguna conspiración de los bárbaros para acabar con el Imperio Romano. La inmensa mayoría de los inmigrantes que hemos estudiado no cruzó la frontera y se puso a avanzar durante cientos y cientos de kilómetros como única finalidad. Además, en la mayor parte de los casos, los distintos inmigrantes actuaban independientemente unos de otros, y no tenían el menor reparo en combatir entre ellos cuando formaban parte del sistema imperial. A los visigodos les encantó que los romanos recurrieran a ellos para luchar contra los vándalos, los alanos y los suevos en la península Ibérica en la década de

410, y en la de 420 fueron los vándalos y los alanos los que combatieron contra sus antiguos socios suevos. Más tarde, los francos lucharon contra los visigodos; y durante la conquista de Italia, los ostrogodos de la dinastía de los Amalos combatieron contra los distintos grupos que habían buscado refugio en la península alpina tras la caída del imperio de los hunos y que en aquellos momentos formaban parte del ejército de Odoacro. Incluso en 465, la mayoría de los grupos que se encontraban al sur del Canal seguía ignorando que el Imperio Romano de Occidente estaba a punto de desaparecer. Su principal interés político, incluso en fecha tan tardía, era asegurarse una alianza beneficiosa con el extremo occidental del estado romano e intentar impedir que otros grupos hicieran lo mismo.² Disponemos también de numerosos testimonios de que los líderes de los inmigrantes y las elites romanas establecieron nuevos lazos de unión en el terreno político que trascendieron las antiguas divisiones entre romanos y bárbaros. Ya en la década de 410, el sucesor de Alarico al frente de la coalición visigoda, Ataúlfo, consiguió el apoyo de Roma para su causa en la Galia, y los vándalos estuvieron acompañados de algunos hispanorromanos cuando se lanzaron a la conquista del norte de África. Este tipo de alianzas siguió produciéndose hasta que tuvo lugar el derrocamiento del último emperador de Occidente en 476, pero es probable que encontrara su expresión arquetípica en el intento por parte de godos, burgundios y aristócratas galorromanos de construir su propio régimen imperial tras la figura de Eparquio Avito a mediados de la década de 450.³ No obstante, otros elementos de las teorías revisionistas resultan mucho menos convincentes.

¿Paz en nuestros tiempos?

A la luz de estas observaciones, la idea de que la transición de Imperio unitario a múltiples estados sucesores vivida en el occidente romano fue un proceso en gran medida pacífico no se sostiene, por una razón, cuando se contrasta con los testimonios. Su premisa inicial de que los grupos del exterior, que al final fundarían los estados sucesores, habían sido invitados originalmente a cruzar la frontera se basa en unos fundamentos de lo más endebles. No hay nada que atestigüe que un oficial romano invitara a entrar a

los godos de Radagaiso, a los invasores del Rin (vándalos, alanos y suevos), a los burgundios o a Uldino y sus hunos. En otras palabras, todos los extranjeros intrusos implicados en la crisis de c. 405-408 fueron unos huéspedes no invitados, y a todos se les opuso resistencia con gran ahínco. Lo mismo cabe decir de todos los componentes menos numerosos implicados en la anterior crisis de c. 375-380 que se vivió en las fronteras: los taifalos, los godos de Farnobio, los sármatas y los hunos y los alanos que se aliaron con los godos rebeldes en el otoño de 377. Y también algo parecido ocurrió con uno de los dos grupos principales de godos que cruzó el Danubio a finales del verano o comienzos del otoño del año 376, los greutungos de Alateo y Safrax. En un principio fueron repelidos, pero aprovecharon la oportunidad que les ofreció una escalada de tensiones entre el estado romano y los godos tervingos para atravesar el río.

En toda esta epopeya, los únicos extranjeros que en realidad entraron en el Imperio con permiso de Roma fueron los godos tervingos, y en este caso es muy probable incluso que a Valente no le quedara más remedio que dar su autorización. El emperador estaba totalmente dedicado a la guerra que mantenía contra Persia en el verano de 376, cuando los godos llegaron al Danubio y pidieron asilo. Habría que considerar a Valente un perfecto idiota para suponer que no le hubiera hecho sentir ni frío ni calor ver una de sus fronteras principales en llamas mientras ya estaba librando duras batallas — con casi todos sus ejércitos— en otra. Como cuenta una fuente, la decisión de aceptar a los tervingos fue tomada sólo tras enconados debates y, según parece, como mal menor debido a las circunstancias. El emperador no disponía de tropas suficientes para poder abrigar la esperanza de repeler a tervingos y greutungos, e intentaba conservar su autoridad provocando una división entre ellos al dejar entrar a unos y excluir a otros. Confirman este hecho los diversos planes de contingencia que se pusieron en marcha con el fin de neutralizar cualquier amenaza militar que pudieran representar los tervingos, especialmente el control estratégico del suministro de víveres y la orden de arremeter contra los líderes tervingos si surgían problemas. Es cierto que en el siglo IV (y con anterioridad) los emperadores habían utilizado periódicamente contingentes de sus clientes godos y de otros reinos en sus guerras, incluso en las civiles, pero esta circunstancia no suponía que hubiera

razón alguna por la que tuvieran que ser admitidos en territorio romano con carácter permanente grandes grupos de hombres armados, pues se trataba de una propuesta mucho más peligrosa que el simple reclutamiento de partidas de guerreros armados procedentes del otro lado de la frontera, las cuales, una vez concluida la campaña militar, eran enviadas de vuelta a su patria.⁴

Por si puede demostrarse perfectamente que no es cierto que los bárbaros que cruzaron la frontera del Imperio a finales del siglo IV y durante el siglo V lo hicieran por invitación de Roma, se ha propuesto una versión más sofisticada de la tesis para la crisis de 405-408. En ella se afirma que el Imperio emitió una especie de invitación implícita cuando suavizó su control de las regiones fronterizas importantes. Recuerda un poco el mismo argumento que se oyó a comienzos de los años ochenta, cuando tuvo lugar la guerra de las Malvinas, según el cual la decisión británica de desguazar el dragaminas *Endeavour* por motivos económicos fue interpretada por la junta de Galtieri como una señal de que Gran Bretaña sería incapaz de oponer resistencia a una ocupación argentina. El barco había pasado sus últimos años enarbolando su bandera en aguas del sur del Atlántico. Si aplicamos una analogía de este tipo a la crisis de 405-408 surge una teoría mucho más factible e interesante, aunque al final no resulta convincente. Sobre todo porque, según la misma, los detonantes concretos de la invasión bárbara fueron la retirada de las fuerzas militares romanas de la región fronteriza del norte de la Galia y el fin, o una considerable reducción, de los subsidios concedidos a los clientes de las fronteras del Imperio. Sin embargo, el problema que presenta este argumento es que las invasiones de 405-408 no fueron en su mayoría organizadas por los que vivían en la propia región fronteriza, principales receptores de esos subsidios, sino por otras entidades que habitaban en zonas alejadas de los lindes, a veces, como en el caso de los alanos, verdaderamente alejadas. Había también fuerzas romanas suficientes en Britania y en el norte de la Galia para impulsar al usurpador Constantino III y conseguir que éste estuviera a punto de hacerse con el control de todo el Imperio de Occidente en el otoño/invierno de 409-410, y, en cualquier caso, el primer ataque (perpetrado por Radagaiso) no tuvo por objetivo la zona supuestamente evacuada en gran parte. En resumen, no hay razones que puedan llevarnos a creer que los primeros pulsos que echaron los bárbaros

invasores tuvieran nada que ver con invitaciones, explícitas o implícitas, por parte de Roma. Los intrusos penetraron en territorio romano llevando a cabo violentos actos de reafirmación.⁵

Lo que sucedió a continuación de las primeras invasiones no fue muy distinto. Los cien años que separan la llegada de los godos al Danubio en 376 y el derrocamiento de Rómulo Augusto en 476 fueron testigos de la evolución de muchos procesos políticos distintos, tras los cuales no se escondía seguramente ninguna intención de acabar con el Imperio. Pero todos esos procesos conllevaron violentas confrontaciones periódicas, a menudo considerables, entre los intrusos y el estado romano. Desde un punto de vista del inmigrante, la política de ese siglo tuvo dos fases principales. La primera consistió en dar muy buena cuenta de sí mismos para impedir que las autoridades romanas destruyeran la independencia de su grupo a las primeras de cambio. Los tervingos y los greutungos lo consiguieron entre 376 y 382. El poder militar y la posibilidad de refugiarse en el norte de África fueron dos aspectos fundamentales para que los grupos que cruzaron el Rin en 406 lograran superar sus primeros enfrentamientos con las fuerzas romanas (y visigodas) en la península Ibérica. Por otro lado, los burgundios fueron reasentados, por lo visto con su consentimiento, más en el interior del Imperio en la década de 430, pero sólo tras haber sido devastados por los hunos, y parece que el general romano Aecio tuvo mucho que ver con aquellos ataques.

Aunque estos grupos consiguieron sobrevivir a sus primeros tropiezos con el poder romano, otros muchos no lo lograron. Una serie de subgrupos godos fueron aniquilados entre 376 y 382, el ejército de Radagaiso quedó desmantelado en 405, y muchos de sus integrantes acabaron vendidos como esclavos, aunque otros pudieron unirse más tarde a Alarico. Los invasores del Rin sufrieron tantas bajas entre 416 y 418 que, como ya hemos visto, tres grupos hasta entonces independientes —los vándalos asdingos, los vándalos silingos y los alanos— se unieron en uno solo. Mírese como se mire, sobrevivir al primer choque con el estado romano no era coser y cantar. Según mis cálculos, entre 376 y su establecimiento final en la Galia en 418,

los godos que se unieron para crear a los visigodos se habían enfrentado unos con otros en el curso de numerosas campañas, once de gran envergadura y un sinfín de menor entidad.⁶

Este grado de violencia generalizada fue fundamental en dos aspectos concretos de la actividad migratoria característica de esa primera fase. Por un lado, ayuda a explicar por qué los grupos de inmigrantes solían migrar una y otra vez. El movimiento continuo formaba parte de una estrategia de supervivencia consistente en, o bien maniobrar para alcanzar un compromiso con el estado romano (los movimientos de los godos de Alarico, por ejemplo, que desde los Balcanes llegaron a la Galia a través de Italia), o bien encontrar un punto de reunión más seguro y próspero desde el que seguir desafiándolo (el movimiento de la coalición vándala al norte de África). Por otro lado, resulta imposible explicar por qué —sin conflictos continuados a gran escala— tantos grupos distintos de inmigrantes llegaron a actuar unidos en un número menor de grandes confederaciones. Las nuevas unidades políticas que se formaron en el territorio romano —los visigodos, la coalición de vándalos y alanos, los ostrogodos— tenían en común el hecho de que constituían unas entidades de mayor envergadura, todas ellas mejor preparadas para enfrentarse al poder militar del estado romano con la finalidad de garantizar la supervivencia de sus miembros y obtener del Imperio unas condiciones más ventajosas.⁷

El empleo de una violencia mayor era esencial para la escenificación de dos actividades de la política de los inmigrantes: la maximización de su posición, una vez asegurada su supervivencia inicial. Estas dos fases solían elidirse entre sí, pues ni siquiera los primeros inmigrantes godos de 376 entraron en el Imperio sin una serie de metas que no fueran más allá de la mera supervivencia, aunque la segunda de esas etapas posee suficientes características propias para ser distinguida. Puede ser considerada el marco en el que se entablaron las primeras relaciones diplomáticas entre los romanos y los bárbaros; un marco que surgía cuando se hacía imposible la destrucción de un grupo concreto de inmigrantes. En el caso de los visigodos de Alarico, esta fase llegó entre 395 y 418, evidenciándose con claridad en la naturaleza de los subsiguientes contactos diplomáticos del grupo con el estado romano. A partir de 418 la diplomacia se centró exclusivamente en

estipular qué extensión de territorio iban a controlar los visigodos, y bajo qué condiciones: ya no se trataba de determinar si se iba a tolerar su presencia o no. No obstante, la segunda fase seguiría caracterizándose por una sucesión de conflictos militares: primero en el sur de la Galia, donde la capital de la región, Arles, supuso en las décadas de 420 y 430 un objetivo sumamente sugestivo para los godos, y luego, desde finales de la década de 460 y durante la de 470, de manera más general en los territorios comprendidos entre el Loira y Gibraltar, cuando los godos de Eurico (rey desde 467 hasta 484) fundaron un vasto reino independiente. La coalición de vándalos y alanos, en cambio, sólo empezó a alcanzar esa segunda fase a partir de mediados de la década de 440, cuando el Imperio Romano de Occidente se vio obligado a reconocer sus conquistas en el norte de África, y, de hecho, no supuso para ella un período de tantas garantías como para los visigodos. Los últimos años de agonía del Imperio de Occidente fueron testigos de dos serios intentos de reconquistar el reino vándalo, uno en 461 y otro en 468. Por su parte, francos y anglosajones nunca tuvieron que desafiar frontalmente al estado romano, de modo que en cierto sentido entraron directamente en la segunda fase. Sin embargo, para satisfacer sus ambiciones no dejaron de recurrir a la violencia combinando la conquista con la expropiación.⁸

Pero cuando el análisis se lleva a cabo desde la perspectiva del estado romano, la relación existente entre la violencia de los inmigrantes y la caída del Imperio de Occidente no puede ser más estrecha. Por exponerlo de una manera sencilla, Roma recaudaba impuestos de una economía agrícola relativamente desarrollada con el fin de financiar sus ejércitos y demás estructuras. Había otros sectores de la economía, pero nadie cree actualmente que la agricultura no constituía al menos el 80 por 100 del Producto Imperial Bruto, y muchos especialistas no dudarían en afirmar que incluso más. En este contexto, las actividades de los inmigrantes repercutían directamente en las recaudaciones del estado, y en consecuencia la pérdida de un territorio podía disminuir sensiblemente la capacidad de supervivencia del Imperio. Perder una región en beneficio de un grupo inmigrante, como, por ejemplo, sucedió con las provincias de la península Ibérica cuando en la década de 410 éstas pasaron a manos de los invasores del Rin, significaba que los impuestos de la zona en cuestión dejaban de engrosar las arcas imperiales. Además, las

provincias enzarzadas en guerras, aunque aún no hubieran caído en manos enemigas, tampoco podían satisfacer convenientemente el pago de los impuestos requeridos. Casi una década después de que los godos de Alarico las hubieran ocupado durante apenas dos años, a las provincias de los alrededores de la ciudad de Roma se seguía aplicando sólo un séptimo del tipo impositivo habitual. Una rebaja similar fue concedida a dos provincias del norte de África que, aunque no formaron parte del reino vándalo-alano de la década de 440, sí habían sido ocupadas por la coalición bárbara durante tres años, a mediados de la década de 430. Así pues, es probable que se aplicara normalmente una reducción de seis séptimas partes a las provincias que habían sido víctima de algún tipo de devastación.⁹

Cuando empezamos a echar cuentas teniendo presente la naturaleza agrícola de la base imponible del Imperio de Occidente, y sumamos, por un lado las provincias perdidas, y por otro las devastadas, inmediatamente se aprecia el alcance del problema que supusieron los inmigrantes. Ya en 420 las autoridades centrales romanas habían perdido definitivamente Britania, así como el valle del Garona, que fue cedido a los visigodos. Además, buena parte de la península Ibérica había sido conquistada o devastada por los invasores procedentes del Rin, y una parte considerable del centro y el sur de Italia había sufrido las consecuencias del paso de los visigodos entre 408 y 410. La reducción de las recaudaciones tributarias provocada por todas estas pérdidas queda perfectamente patente en un documento tardoimperial sobre oficiales militares y civiles llamado *Notitia Dignitatum*, en el que se incluye una lista de los ejércitos del Imperio de Occidente en la década de 420. De los datos que aporta se desprende que aproximadamente la mitad de los regimientos del ejército existentes en 395 se habían perdido en los veinticinco años intermedios. Pero más de la mitad de las unidades de reemplazo que por aquel entonces estaban incorporadas en ese ejército, esto es, sesenta y dos de un total de noventa y siete, eran simplemente antiguas tropas de guarnición ascendidas sobre el papel al rango de ejército militar. No sólo no se habían sustituido las bajas con soldados profesionales, sino que tampoco hay indicios de que las tropas de guarnición ascendidas hubieran tenido sustituto. La calidad y la cantidad habían caído en picado como consecuencia directa de la erosión de la base imponible de los tributos del Imperio.¹⁰

Pero lo peor estaba aún por venir. En 445 las provincias más ricas del Imperio de Occidente, esto es, Numidia, Bizacena y la llamada Zeugitana Proconsular en el norte de África, habían sucumbido al avance de los vándalos, y parte de Panonia (la actual Hungría) al de los hunos; y a mediados de la década de 430 se habían cedido pequeñas zonas de la Galia a burgundios y otros grupos de alanos. Llegado este punto, el Imperio de Occidente se veía privado de aproximadamente un 50 por 100 de su base imponible, y el dinero estaba agotándose. No es de extrañar, pues, que éste fuera el período en el que los órganos legislativos de Occidente lamentaran la negativa de los terratenientes a satisfacer el pago de tributos e intentaran revocar las leyes existentes de exención de impuestos y deducción fiscal. Es evidente que la aversión de los terratenientes a pagar tributos constituye un fenómeno de gran importancia, sobre todo porque hay buenas razones para creer que por aquel entonces los tipos impositivos experimentaron una notable subida. Además, se crearon impuestos nuevos. Pero de ahí a decir que la negativa de los ricos a pagar impuestos fue una de las causas principales de la caída del Imperio Romano de Occidente, como se ha indicado a veces, va un trecho, y semejante afirmación es como poner el carro delante de los bueyes. Los privilegios fiscales para la gente rica y con buenos contactos han formado siempre parte de las políticas imperiales: quien enriquecía al amigo conseguía que éste le diera su respaldo para ganar más poder. Este fenómeno adquirió una importancia insólita en la década de 440 sólo porque eran ya tantas provincias perdidas en beneficio de los inmigrantes, o devastadas a consecuencia de la guerra, que los ingresos del Imperio en concepto de tributos habían bajado a niveles realmente alarmantes.¹¹

La pérdida añadida de la efectividad militar y política del estado contribuyó a su vez a que se diera una nueva situación estratégica que permitía a los inmigrantes su expansión a otras zonas fuera de su control, hecho que se produjo de manera asombrosamente espectacular a partir de mediados de la década de 460. En aquellos momentos el ejército de Occidente, desangrado por la caída de las recaudaciones de impuestos, era una sombra de lo que había sido, incapaz de enfrentarse con éxito a visigodos, vándalos y otros, sobre todo los francos, que empezaban a erigir bases de poder en antiguos territorios del Imperio, o acababan de hacerlo.

Considerando la situación en términos de sus efectos recaudatorios, y por lo tanto sobre la administración militar del Imperio, no cabe duda de que hay una línea directa de causa y efecto que vincula la inmigración de intrusos armados con la caída del Imperio Romano de Occidente.

Con este telón de fondo, la tendencia cada vez mayor de los aristócratas locales romanos a llegar a acuerdos con los diversos inmigrantes a medida que avanzaba el siglo V sólo puede ser considerada, al igual que su poca predisposición a pagar onerosos tributos, un fenómeno muy secundario en la historia de la caída del Imperio. Una vez más, es importante que situemos estos acuerdos en su contexto. Los aristócratas locales que optaron por ellos eran principalmente terratenientes, cuyas fincas, pilar fundamental de su riqueza, se encontraban en su mayoría en una misma localidad. Eran bienes materiales que no podían ser trasladados. De modo que si la localidad en la que se hallaban empezaba a caer en la creciente esfera de influencia de uno de los grupos inmigrantes, a su propietario no le quedaban muchas alternativas. O llegaba, si podía, a un acuerdo con las autoridades del grupo inmigrante, o corría el riesgo de perder las tierras que eran la fuente de sus ingresos y su estatus. Esos acuerdos no eran automáticos. En Britania meridional, como hemos visto, la vieja elite terrateniente romana no logró sobrevivir a la ocupación anglosajona.¹²

Los argumentos de los que pretenden presentar el fin del Imperio Romano de Occidente como un proceso en gran medida pacífico, impulsado por una retirada de las elites locales de su participación en las estructuras del estado central, no resultan convincentes. Fue a la inversa, pues todos los distintos procesos políticos del siglo V se desarrollaron con violencia. Las elites romanas quedaron atrapadas en medio de aquella situación, sin otra posibilidad que la de llegar a acuerdos —tanto si querían como si no, y siempre y cuando pudieran— con los nuevos poderes que ahora controlaban sus tierras. Una diferencia fundamental que a veces se pasa por alto es la que había entre el estado romano central y el terrateniente romano de provincias. Si estudiamos a este último, veremos que es posible documentar numerosas historias de acuerdos. Éstos se produjeron, sin embargo, sólo después de que, y porque, una serie de grupos inmigrantes empuñaron las armas para traspasar las fronteras, y tanto erosionaron la base imponible de los tributos

del Imperio, que éste se quedó sin los ingresos necesarios para mantener en activo unos ejércitos dignos, dejando desamparados a los terratenientes de sus provincias.

Conozcamos a nuestros bárbaros

Cuando se aborda el tema de los inmigrantes de finales del siglo IV y todo el siglo V, volvemos a observar que algunos argumentos revisionistas no dejan de ser bastante sustanciosos. La mayoría de esos grupos de emigrantes constituían nuevas entidades políticas, no «pueblos». Ostrogodos y visigodos, los francos de Clodoveo, vándalos y alanos aliados y los suevos de la península Ibérica: todos ellos eran nuevas entidades que se fueron forjando sobre la marcha. Del mismo modo, entre los anglosajones se creó un nuevo orden político durante la ocupación de Britania. De todos los grupos implantadores de reinos que crearon estados sucesores del Imperio Romano de Occidente, son los burgundios los únicos de los que no disponemos de testimonios explícitos de que se desarrollara sobre la marcha una gran reconfiguración sociopolítica, y es probable que incluso esta carencia se deba más a una falta de información que a una verdadera continuidad lineal de su historia, caracterizada por numerosas vicisitudes y altibajos.¹³

Pero si los grupos de inmigrantes no eran «pueblos», tampoco encaja con los testimonios la adopción de un punto de vista igualmente simple, aunque opuesto, que lleve a catalogarlos de quiméricas entidades de poca envergadura sin apenas significancia histórica. Muchos de esos grupos constituían contingentes considerables. Las pocas cifras que conocemos, confirmadas por la capacidad de algunos de ellos de hacer frente a grandes formaciones militares romanas, indican que los grupos más grandes podían acudir al campo de batalla con unas fuerzas superiores a los diez mil hombres y a veces incluso a los veinte mil, sobre todo después del desarrollo completo de los procesos de amalgamación del siglo V. Las identidades colectivas que conservaban esas grandes uniones no eran tan sencillas como imaginaban las viejas ortodoxias nacionalistas. Ni siquiera todos los guerreros tenían el mismo estatus. En las grandes alianzas al menos, había dos grupos de guerreros perfectamente distinguibles por su estatus, y es muy probable que

también hubiera un tercero compuesto de esclavos no militarizados. Es imposible saber cuántos esclavos podía haber, pero no podemos limitarnos a deducir que fueran unos pocos. Algunos grupos instauradores de reinos cruzaron incluso importantes fronteras culturales, siendo el ejemplo más clásico el de la larga alianza de los vándalos germánicos y los alanos nómadas de origen iránico. Resulta apasionante imaginar lo que ocurrió exactamente cuando vándalos y alanos se encontraron en el curso medio del Danubio poco antes del 31 de diciembre de 406.¹⁴

Pero llegar a la conclusión, a partir de esos hechos incontrovertibles, de que las nuevas identidades colectivas tenían poca importancia, es un error. La participación plena no estaba permitida a los miembros de todos los grupos, como evidencia la presencia de guerreros de estatus inferior y de esclavos en esas nuevas identidades colectivas. Ninguno de esos grupos inferiores tenía tanto invertido en la identidad del colectivo como los guerreros de estatus superior. Aunque la participación plena tampoco estaba reservada a sólo unos pocos. Las familias reales aparecían y desaparecían con demasiada facilidad para que podamos afirmar que la identidad colectiva se caracterizaba por ser una lealtad de breve duración a una dinastía en particular. Los ostrogodos no perdieron su identidad ni siquiera tras deponer al último de los Amalos. En mi opinión, los principales portadores, y beneficiarios, de las identidades colectivas que se negociaron y volvieron a negociarse a lo largo de este período fueron precisamente los grupos de guerreros de estatus superior. Hay indicios de que esos individuos probablemente constituyeran entre un quinto y un tercio de los varones armados. Y aunque estuviera sometido a renegociaciones periódicas —tal vez principalmente políticas más que culturales—, nada indica que el tipo de identidad colectiva que construyeron fuera fácil de destruir. Entre los grandes grupos, el de los ostrogodos no se diluyó fácilmente después de 493 en el paisaje italiano, como hace poco se ha postulado; mientras que, entre los más reducidos, el de los hérulos y el de los rugios demostraron bastante capacidad de sobrevivir, cada uno a su manera, incluso a grandes derrotas. Pese a no constituir «pueblos» en el sentido clásico de la palabra, pues, los grupos de inmigrantes eran sustanciosos en tamaño y sólidos en sus estructuras. En todo ello, el grado de violencia característico de la época desempeñaría, una vez más, un importante papel.¹⁵

Cuando los científicos sociales comenzaron a pensar en la cuestión de la identidad colectiva, en general consideraron que los grupos humanos de población empezaron a distinguirse política y culturalmente unos de otros como consecuencia de la separación física. Uno de los grandes progresos llevados a cabo desde la Segunda Guerra Mundial es considerar que las identidades colectivas activas se generan, por lo general, precisamente como consecuencia de lo contrario, esto es, de un contacto intenso en forma de competición o rivalidad.

Desarrollar una identidad colectiva es a menudo pasar a formar parte de una entidad suficientemente fuerte para proteger una serie de intereses particulares. Y no hay que analizar mucho los acontecimientos de finales del siglo IV y el siglo V para ver que la violencia —epítome del contacto competitivo— impulsó las renegociaciones de identidad que dieron lugar a las nuevas alianzas de bárbaros instauradores de reinos. Algunas identidades nuevas (particularmente la de los visigodos y la de la coalición de vándalos y alanos) fueron creadas por emigrantes que necesitaban operar en territorio romano en contingentes mayores con el fin de preservar su independencia frente a las políticas tradicionales del Imperio, concebidas para dismantelar las concentraciones de extranjeros que suponían una amenaza. Otras nacieron con la caída del imperio de Atila, que, una vez más, generó feroces rivalidades, esta vez entre los numerosos grupos armados reunidos por los hunos en las llanuras del curso medio del Danubio. E incluso se creó una tercera entre los grupos que pretendían apropiarse de los territorios del decadente Imperio Romano. Los visigodos y la coalición de vándalos y alanos disfrutaron de una posición privilegiada para jugar a este lucrativo juego, pues se habían unido originalmente para sobrevivir, pero se formaron nuevos grupos con el fin de participar en ese mismo juego de apropiación de tierras, en particular el de los ostrogodos, el de los francos y el de los lombardos. En menor grado, el de los anglosajones que se trasladó a Britania meridional también entra en esta categoría.

Todas esas identidades colectivas nuevas nacieron en medio de la violencia, y aunque acabaran de ser renegociadas, mostraron una duración razonable, al menos entre los guerreros de estatus superior que eran los primeros beneficiarios de los objetivos por los que habían sido constituidas.

Esto no significa, por supuesto, que todos los miembros del grupo, incluidos los guerreros de estatus superior, estaban comprometidos en la misma medida con las nuevas identidades, ni que éstas fueran indestructibles. Con las identidades colectivas modernas tampoco ocurre nada de esto. Pero las que se forjaron a finales del siglo IV y en el siglo V fueron fenómenos verdaderamente políticos, no simples ideologías ni fantasías dinásticas.¹⁶

Las migraciones emprendidas por esos grupos fueron acordemente sustanciosas. Como hemos visto, algunos de los testimonios históricos, que hablan de grandes grupos de población heterogénea en marcha por los caminos con interminables caravanas de carros, son demasiado contundentes para ignorarlos sin más. Amiano, en concreto a propósito de los godos, está tan bien informado cuando, haciendo alarde de su capacidad, nos describe una variedad de actividades de los bárbaros, que es imposible tachar su relato de tópico de migración. Como sugerirían las nociones revisadas de identidad colectiva, las grandes concentraciones de población instauradoras de reinos no se trasladaron de un punto A a un punto B sin verse alteradas por el proceso. En su camino fueron reclutando a otros individuos a los que colocaron, según la conveniencia, en las diversas posiciones disponibles dentro del grupo: al parecer, en los grupos dominados por germánicos, se incorporaron indistintamente como guerreros libres de estatus superior, como guerreros libertos de estatus inferior y como esclavos no militarizados. Pero reconocer este hecho no significa que podamos ignorar sus migraciones por considerarlas fenómenos relativamente de poca envergadura. Aunque sin duda son distintos de las unidades migratorias de la actualidad, los grandes grupos de población heterogénea tienen sentido en su propio contexto, debido al nivel general de desarrollo de la sociedad no romana de la época y a los tipos de empresa en los que se embarcaban.

A la luz de los datos surgen tres clases principales de migración. La primera comprende los grupos mixtos de extranjeros que cruzaron la frontera del Imperio debido a la amenaza que directa o indirectamente supuso para su hábitat la formación del poder huno. Los tervingos y los greutungos de 376 entran en esta categoría, al igual que, en mi opinión, los godos de Radagaiso que invadieron Italia en 405-406, y los vándalos, alanos y suevos que cruzaron el Rin poco tiempo después. Las numerosas ramificaciones de esas

dos modalidades de migración se reorganizaron al final en dos grandes confederaciones: la de los visigodos y la de los vándalos y alanos en coalición, como ya se ha indicado anteriormente. Cada una de ellas habría podido poner en el campo de batalla entre diez mil y veinte mil guerreros, y ambas constaban además de mujeres y niños, por no hablar de esclavos. Las motivaciones de todos estos grupos eran esencialmente políticas y negativas —el miedo a los hunos—, pero también se dedicaban a valorar concienzudamente, cada vez más a través de la experiencia directa, lo que podía costarles hacerse con una lucrativa parcela de territorio romano. Los grupos constituyentes de la alianza visigoda, que desde Ucrania alcanzaron el sur de Francia, pasando por los Balcanes y por Italia, así como los otros, procedentes de Europa central (o de más al este, como en el caso de los alanos), que llegaron al norte de África a través de la península Ibérica, representan también los ejemplos más espectaculares de traslado de largo recorrido. Sus desplazamientos adoptaron la forma de discretos saltos, alternados con prolongadas pausas, en lugar de un solo movimiento ininterrumpido, pues migrar formaba parte de una estrategia de supervivencia en continua evolución. Las lagunas cronológicas reflejan también las distancias recorridas en cada desplazamiento, pues había que obtener información acerca de las nuevas posibilidades que se abrían en cada punto de partida. Los vándalos —de la actual Hungría o sus inmediaciones— no habrían podido saber muy bien cómo alcanzar el norte de África desde la península Ibérica cuando se pusieron en marcha, o incluso que podían llegar hasta allí.¹⁷

En la segunda categoría entran aquellos grupos, muchos de los cuales con mujeres y niños, que marcharon del corazón del imperio huno en la cuenca media del Danubio tras el caos que se produjo a la muerte de Atila. Una vez más, muchos de esos grupos eran muy numerosos. Además de mujeres y niños, los godos de los Amalos de Panonia contaban con más de diez mil guerreros. Los suevos, los hérulos y los rugios que se integraron en el ejército de Italia o se subieron al carro de los Amalos disponían sin duda de cinco mil guerreros como mínimo cada grupo, y al menos los segundos y los terceros se trasladaban también con mujeres y niños.¹⁸ Las motivaciones de estos grupos eran, una vez más, en parte políticas y negativas: el miedo a los

otros grupos involucrados en la competición que se había desatado a raíz de la caída del imperio de los hunos. Al mismo tiempo, había un fuerte componente de oportunismo. Los godos de los Amalos midieron muy bien sus pasos, en primer lugar al lanzarse a los territorios del Imperio de Oriente, y en segundo lugar cuando se unieron con los godos de Tracia para pasar a Italia. En ambos casos, sus decisiones fueron impulsadas no sólo por las limitaciones y dificultades que suponía su situación en aquellos momentos, sino también, en igual medida, por el mayor grado de prosperidad que podría esperarles en las destinaciones programadas. Esta categoría se distingue de la primera no sólo por su notable componente de oportunismo, sino también por las distancias que se recorrieron. La larga marcha de los godos de Teodorico, desde Hungría hasta Tesalónica, luego hasta Constantinopla, a continuación hasta Albania y más tarde hasta Italia, impresiona realmente, pero no se parece en muchos sentidos al épico y difícil viaje de los vándalos, ni a las vicisitudes y tribulaciones que vivieron los visigodos.

La migración de francos y anglosajones al nordeste de la Galia y Britania meridional respectivamente adoptó una tercera forma bien distinta, aunque entre una y otra hubo ciertas diferencias significativas. Las distancias fueron más cortas; y las unidades características de ambos flujos migratorios, más reducidas. Los testimonios arqueológicos indican que la mayor intensidad de asentamientos francos se dio en zonas de la Galia romana dentro de un radio de apenas cien kilómetros de los límites de sus anteriores dominios. Es evidente que los grupos anglosajones se vieron obligados a cruzar el Canal y/o el mar del norte, pero se trataba de una travesía relativamente corta. Las motivaciones que los impulsaron también fueron distintas. Es probable que por aquel entonces las aguas del mar del norte hubieran erosionado diversas regiones costeras del continente, imposibilitando los cultivos de zonas de larga tradición agrícola.

En su mayoría, sin embargo, las motivaciones que se escondían tras el asentamiento de francos y anglosajones eran positivas y de carácter predatorio. Los dos grupos siguieron de cerca la eliminación del poder efectivo del estado romano en sus respectivos destinos; hasta entonces, les había resultado imposible llevar a cabo otras acciones aparte de simples incursiones debido a la presencia de ejércitos, flotas y fortificaciones del

Imperio. Sus flujos migratorios vinieron a llenar los vacíos de poder que se habían creado en unos paisajes bastante próximos, sintiéndose atraídos por la prosperidad relativa de la economía más desarrollada del territorio convertido en su objetivo y por la facilidad con la que podía accederse a las riquezas de la tierra. Así pues, francos y anglosajones no se vieron obligados a actuar en unidades migratorias de la misma magnitud que las de las demás categorías, aunque parece bastante probable que, como en Britania conquista y asentamiento fueron a la par, los grupos migratorios de los segundos fueron más numerosos que los de los primeros. Es indudable que en sus movimientos migratorios participaron mujeres y niños además de guerreros. Esas expansiones por motivaciones positivas, llevadas a cabo principalmente por unidades más reducidas que recorrían distancias más cortas, contrastan extraordinariamente con los desplazamientos más largos y espectaculares realizados por concentraciones más numerosas de población cuyas motivaciones eran mucho más variadas.¹⁹

Los nuevos mundos felices

Todos esos emigrantes representaban una minoría en los nuevos reinos que crearon. En los que fueron fruto de una migración desde tierras muy lejanas, esa minoría era muy reducida. Los ostrogodos sumaban unas decenas de miles, pero probablemente no más de cien mil, siendo generosos, aunque esta cifra se quedaría tal vez corta en el caso de que los esclavos hubieran sido muchos.²⁰ Se calcula normalmente que la población de la Italia tardorromana ascendía a unos cuantos millones. Si la fijamos en cinco millones en interés del planteamiento, los inmigrantes godos apenas habrían supuesto el 2 por 100 del total. Podemos jugar con estas cifras una y otra vez, haciendo un sinfín de combinaciones, pero el resultado final apenas cambiará. La inmigración de los ostrogodos supuso sólo un aumento parcial del número de habitantes de la Italia postromana. Lo mismo ocurrió con la coalición vándalo-alana y los burgundios, los cuales parece que fueron potencias de segundo orden (en el caso de los últimos es evidente) comparados con el reino ostrogodo. Desde la perspectiva de las poblaciones de Italia, el norte de África y la Galia, esas migraciones no habrían

comportado ni siquiera una sustitución de la elite, sino sustituciones parciales de la misma. En los reinos creados por los recién llegados, muchos terratenientes locales de ascendencia romana siguieron ocupando sus posiciones, del mismo modo que se mantuvo la vigencia de su cultura e incluso de algunas instituciones gubernamentales romanas. El reino visigodo de la Galia y España entra también en esta categoría, aunque sus orígenes fueran distintos. Tras asentarse inicialmente en 418 sólo en el valle del Garona, los godos tuvieron que suponer un considerable aumento del número de habitantes de la región, aunque siguieron siendo minoría. En el reino mucho más extenso creado con las campañas de Eurico, que iba desde el Loira hasta Gibraltar, los emigrantes godos probablemente representarían una minoría aún más reducida que la de los godos de los Amalos en Italia.

Los francos del norte de la Galia, sobre todo del nordeste, y especialmente los anglosajones de lo que se convirtió en Inglaterra, representaron un mayor aumento de población en términos de porcentaje, aunque no dejaron de constituir verdaderas minorías. De todos modos, es difícil fijar su presencia por encima del 10 por 100 de la población total de las regiones en cuestión, y es posible que en otras zonas su número fuera considerablemente inferior. Es probable que en esas tierras, entre las nuevas elites terratenientes que habían aparecido en la segunda mitad del siglo VI, y especialmente en la Galia, hubiera descendientes de los antiguos habitantes nativos galo-romanos y romano-britanos. Pero esto no debe empañar la cuestión de que el nordeste de la Galia y Britania meridional constituyeron un caso totalmente distinto del que se vivió en Italia, el norte de África, España y el resto de la Galia. En el antiguo noroeste del Imperio, la clase de la elite y sus normas culturales experimentaron una refundición total entre 400 y 600 d. C., y los activos en forma de tierras de los que dependía el estatus de las elites cambiaron de manos cuando las antiguas villas romanas fueron divididas en parcelas de distintas dimensiones. Si bien las migraciones en las que participaron godos, vándalos y burgundios fueron percibidas en último término como simples sustituciones parciales de la elite relativamente poco revolucionarias, las de los francos al nordeste de la Galia y las de los anglosajones a Britania meridional supusieron una migración en masa con profundas consecuencias sociales, políticas y culturales en las regiones

afectadas. Si a estos tipos de caso les añadimos la total sustitución de la elite que supuso la conquista normanda, veremos que en realidad hay tres tipos de situación que deben distinguirse perfectamente: sustitución parcial de la elite, sustitución de la elite que no afecta a las estructuras socioeconómicas más importantes y la migración en masa de francos y anglosajones.

No obstante, aunque tuviéramos que atenernos exclusivamente a los casos de sustitución parcial de la elite, sigue habiendo ámbitos en los que los movimientos de población desde finales del siglo IV hasta comienzos del VI deberían considerarse, tanto individual como conjuntamente, verdaderas migraciones en masa. Para empezar, está el hecho de que los emigrantes destruyeron el antiquísimo e imponente edificio del Imperio Romano, o al menos su mitad occidental. El Imperio chocaba siempre con los obstáculos derivados de sus limitaciones económicas, políticas y administrativas, pero no hay la más mínima evidencia de que habría dejado de existir en el siglo V sin la aparición de las nuevas fuerzas centrífugas generadas por la llegada a sus fronteras de grandes grupos de inmigrantes armados. En su conjunto, a los inmigrantes debe «atribuirse», si éste es el término correcto, el haber provocado una enorme conmoción política en el mundo del Imperio, o al menos en su estado central, aunque algunos terratenientes romanos, e incluso unas cuantas más instituciones imperiales de carácter local y regional, no se vieran alterados tras el hundimiento del estado. Este estado era un poderoso organismo que había modelado la vida del interior de sus fronteras durante quinientos años en todo los ámbitos, desde el cultural y el religioso hasta el legal y el económico. A menudo se obvia este dato, porque el Imperio Romano era enorme, estaba destartado y funcionaba con un sistema de comunicaciones y una tecnología burocrática francamente patéticos, lo que significa que la forma de administrar sus regiones distaba mucho de parecerse mínimamente a un verdadero control diario de las mismas. No obstante, sus estructuras habían establecido durante mucho tiempo las macrocondiciones en las que se desarrollaron determinados sistemas sociales, económicos y culturales. Un listado exhaustivo exigiría la compilación de otro libro, pero no cabe duda de que la existencia de la Pax Romana y de los sistemas de transporte creados por el estado dictó modelos concretos de interacción económica, de que sus estructuras judiciales definieron los conceptos de

titularidad y propiedad, y en consecuencia el estatus social, y de que sus estructuras en ascensos profesionales —que exigían una sofisticada cultura de la elite— fueron el pilar de todo un sistema educativo, etc. Incluso las instituciones religiosas estuvieron determinadas en gran medida por el estado. A medida que el cristianismo fue madurando para convertirse en religión de masas en los siglos IV y V, sus estructuras jerárquicas fueron entrelazándose con las del Imperio. Debido a todo lo expuesto, las consecuencias de la extinción del Imperio no pudieron ser más profundas, haciendo que la sociedad y la cultura local del oeste de Europa tomara unos derroteros bien distintos, algunos de los cuales analizaremos brevemente en la segunda mitad del presente capítulo.²¹ En el sentido cualitativo utilizado en los estudios de las migraciones, el impacto general de las migraciones durante la época de los hunos hace que podamos calificarlas decididamente como migraciones en masa.

El impacto de los francos en el norte de la Galia y el de los anglosajones en Britania meridional justifica también que podamos calificar las suyas como migraciones en masa, en los mismos términos cualitativos, pero en un ámbito más local. La redistribución radical de los recursos en forma de tierras de esas regiones entre unas elites invasoras provocó muchísimas más transformaciones culturales, económicas y políticas, que, una vez más, encajan con la etiqueta de «migración en masa». En los otros reinos sucesores en los que sólo se dio una sustitución parcial de la elite, la conmoción que se vivió en el ámbito local fue mucho menor, aunque sin duda se produjo algún cambio de manos en los activos económicos. Los especialistas de generaciones anteriores mostraron bastante unanimidad al sostener que dicho cambio de manos en los activos adoptó —al igual que en los casos de Britania y el norte de la Galia— la forma de traspaso de propiedad de la tierra de sus hasta entonces titulares romanos a, al menos, unos cuantos inmigrantes. Se trata de otra dimensión de la cuestión de los bárbaros que ha sido objeto de notables revisiones por parte de la última generación de especialistas, una vez más siguiendo la tendencia general a minimizar la importancia de la caída del Imperio Romano de Occidente. En este caso, la teoría revisionista sostiene que, al menos en un principio, a los bárbaros se les recompensó no con fincas expropiadas a sus titulares romanos, sino con una

parte de lo recaudado de ellas en concepto de tributos, un tipo de contraprestación que habría generado muchas menos fricciones que la apropiación clara y directa de esas tierras.²² No hay espacio en este libro para exponer un análisis exhaustivo de los testimonios técnicos relacionados con esta cuestión, pero en mi opinión la tesis revisionista no ha sido justificada suficientemente. Había importantes variantes locales, y es probable que en ocasiones se aplicara un ajuste del régimen fiscal. No obstante, estoy convencido de que —como sostienen en parte los planteamientos más recientes de la postura revisionista— en todos los grandes reinos sucesores la compensación al nuevo elemento inmigrante opresor se basó fundamentalmente en el traspaso de los activos en forma de tierras.

Con esto no queremos decir que todos los miembros de cada uno de los grupos de inmigrantes recibieran la misma remuneración, o que por fuerza la recibieran. Si nos basamos una vez más en un caso análogo mucho mejor documentado, en el de los normandos, el *Doomsday Book* pone de manifiesto que los seguidores más importantes de Guillermo el Conquistador fueron recompensados mucho más espléndidamente que sus compatriotas de condición inferior, y que hubo numerosos soldados rasos normandos que no recibieron recompensa alguna en forma de tierras. Como se desprende claramente de este caso paralelo, no cabe la menor duda de que en términos generales los inmigrantes fueron recompensados de acuerdo a la importancia que habían tenido en sus respectivos grupos. Pero, aunque al principio las grandes compensaciones fueran exclusivas de los elementos más aristocráticos, a su vez estos individuos habrían tenido que recompensar a sus propios seguidores más destacados (del mismo modo que hicieron los señores feudales, vasallos del rey, a partir de 1066). Entre los grupos de inmigrantes de finales del siglo IV y el siglo V las recompensas en forma de tierras concedidas directamente por el rey no habrían llegado más allá de los miembros destacados de la clase militar compuesta por guerreros de alto rango (¿de condición libre?), aunque es probable que los de rango inferior e incluso algunos o todos los guerreros de clase ordinaria, de acuerdo con el modelo de los normandos, recibieran algo de los guerreros de estatus superior de los que dependían.²³ Los testimonios más minuciosos indican también

que, en los distintos reinos, el traspaso de la propiedad de las tierras originado por una transferencia parcial de la elite estuvo limitado a localidades específicas.

Aunque la ocupación de las provincias romanas más ricas del norte de África (Zeugitana Proconsular, Bizacena y Numidia) por parte de vándalos y alanos supuso una fuerte conmoción para los sistemas políticos de toda la región, las alteraciones socioeconómicas profundas fueron mucho más limitadas desde el punto de vista geográfico. Tras la conquista, Geiserico expulsó de la región a algunos de los principales terratenientes romanos y se apropió de sus fincas para recompensar a sus seguidores más destacados. Esta convulsión de ámbito local, sin embargo, sólo afectó a Zeugitana Proconsular. En las provincias de Bizacena y Numidia parece que los terratenientes locales siguieron en su lugar; y cualquier tipo de alteración quedó limitado al funcionamiento de los sistemas políticos centrales del nuevo reino. Buena parte de las tierras de Zeugitana Proconsular estaban en manos de familias senatoriales italo-romanas absentistas, por lo que esta provincia probablemente constituyera un buen lugar en el que hacerse con tierras a un coste mínimo en términos de provocación de hostilidades políticas. Desde el punto de vista estratégico, además, miraba hacia Sicilia e Italia, desde donde podía llegar en cualquier momento una contraofensiva de Roma.²⁴

La conquista de Italia por parte de los ostrogodos acaudillados por los Amalos provocó en la región la misma conmoción política que la que supuso en el norte de África la invasión por parte de vándalos y alanos, pero afectando menos en el ámbito social, pues en conjunto Teodorico siguió una política más conciliadora con los terratenientes romanos de su nuevo reino, aunque esto es sólo una conjetura. En un momento determinado de su campaña, amenazó a los romanos que no lo apoyaran con la expropiación de sus tierras. Tras culminar la conquista, sin embargo, dedicó buena parte de su reinado al restablecimiento de unas relaciones armónicas con ellos, y muchos miembros de la antigua elite romana conservaron su estatus durante su gobierno. Por lo visto, al igual que Geiserico, Teodorico concedió a sus seguidores más destacados importantes fincas y tierras, junto con el derecho a

percibir donativos anuales, aunque parece que este proceso de enriquecimiento se desarrolló sin seguir el sistema de expropiaciones que hemos visto que se puso en práctica en Zeugitana Proconsular.

Los godos concentraron sus asentamientos en tres regiones concretas de la península italiana (Piceno y Samnio en la costa adriática y entre Rávena y Roma, al noroeste de la llanura del norte de Italia, en Liguria, y en el Véneto en el este), y lo que por lo visto se transfirió fue principalmente la titularidad de algunas fincas rurales, probablemente tanto de propiedad pública como privada. Los arrendatarios de las tierras que habitualmente se encargaban de su cultivo es muy posible que no se vieran afectados por ello. Por lo que sabemos, esas transferencias no provocaron una dislocación socioeconómica masiva. Al contrario de lo que tal vez habría ocurrido de haber sido más pequeño, la extensión del reino italiano de Teodorico debió de facilitar, de hecho, la obtención de la lista de fincas necesaria para este fin. No obstante, lo cierto es que las elites militares de los inmigrantes godos crearon una nueva fuerza políticamente dominante. Parte de la elite romana participaba en la política de la corte, pero, a juzgar por nuestras fuentes literarias, el contingente inmigrante godo fue el que controló determinados aspectos políticos fundamentales, como, por ejemplo, la sucesión de la corona y las empresas bélicas. Así pues, parece que la invasión de Italia por parte de los ostrogodos tuvo únicamente un impacto socioeconómico limitado, aunque sus consecuencias en el ámbito político fueron mucho más importantes.²⁵

En los reinos visigodo y burgundio las cosas fueron parecidas, pero con una variación significativa. Las leyes promulgadas en el reino de los burgundios ponen de manifiesto que los terratenientes romanos afectados tenían que entregar dos terceras partes de sus tierras, y las del reino de los visigodos hablan de la cesión de una tercera parte. Una vez más, en estos testimonios hay numerosos aspectos que exigen un estudio minucioso — estudio demasiado extenso para abordarlo en estas páginas—, aunque podemos indicar que un factor especialmente relevante es que, en su momento de máxima expansión a partir de mediados de la década de 470, el reino visigodo se extendía desde la cuenca del Loira hasta el estrecho de Gibraltar. En otras palabras, sus dimensiones multiplicaban con creces las del reino burgundio que se centraba en el valle del Ródano. Si nos paramos a

pensarlo un momento, no es de sorprender que en un reino pequeño, donde había menos tierras disponibles, fuera necesario expropiar una extensión de tierra mayor con el fin de satisfacer las ambiciones de los invasores recién llegados. No obstante, dejando al margen esta variación, los testimonios indican que, con la excepción de Britania y el nordeste de la Galia, en el resto del antiguo Imperio prevalecieron unos modelos muy similares en líneas generales. En todos los reinos sucesores que se formaron por una sustitución parcial de la elite, los inmigrantes provocaron una conmoción política suficientemente dramática cuando los territorios cedidos pasaron a nuevas manos, pero la población indígena debió de percibir a esos inmigrantes como «gran masa» sólo en ciertas zonas geográficas limitadas, donde grandes extensiones de tierra quedaron en poder de inmigrantes: la Proconsular, por ejemplo, y los tres principales centros de asentamiento del reino ostrogodo. En cuanto al reino de los visigodos y el de los burgundios, sólo podemos hacer conjeturas acerca de las zonas con mayor densidad de asentamientos, basándonos en los topónimos y/o los testimonios arqueológicos.²⁶

Además, desde la perspectiva de los propios inmigrantes, determinados términos de saneamiento como transferencia de elite, parcial o no, no consiguen en absoluto captar la naturaleza de la acción. Incluso allí donde pudieron establecerse al final en unas condiciones de prosperidad, resulta harto evidente la magnitud de la confusión y los disturbios que precedieron a su asentamiento. Entre 406 y 439 la coalición de vándalos y alanos se desplazó en dos etapas. En primer lugar avanzó desde la Gran Llanura Húngara hasta el sur de España (dos mil quinientos kilómetros), para luego proceder hacia el sur y el oeste a lo largo de otros mil ochocientos kilómetros, antes de conquistar por fin Cartago, para lo cual fue preciso cruzar el estrecho de Gibraltar. Anteriormente, por supuesto, entre *c.* 370 y 406, los alanos de la coalición habían emprendido ya otra larga marcha de dos mil kilómetros que los había llevado desde el este del río Rin hasta la Gran Llanura Húngara. Se trata de distancias enormes, que sin duda resultaron mortificantes para los miembros más débiles del grupo —los ancianos, los niños y los enfermos—, especialmente porque solían recorrerse en largas etapas: del Don a Hungría, de Hungría a la península Ibérica y, aunque fuera menos agobiante, del sur de España al norte de África. Cada una de estas etapas constituía una empresa

traumática que por sí misma habría causado notables pérdidas. Además, este tipo de viajes habría alterado incluso la media de edad de los grupos, provocando la muerte de los más ancianos y los más jóvenes de una manera desproporcionada. Entre los emigrantes políticos de nuestros días que se ven obligados a recorrer largas distancias, el cansancio se combina con la propensión a contraer enfermedades a causa del hacinamiento para que la aventura se convierta en una experiencia mortal. Casi un 10 por 100 de los refugiados que huyeron de Ruanda en 1994, o lo que es lo mismo, la asombrosa cifra de cien mil personas, sucumbieron durante su marcha a causa del cólera y la disentería. La mayoría de nuestros emigrantes del primer milenio se desplazó de manera más calculada, y es probable que estuviera mejor preparada, pero cualquier comparación con la actualidad aconseja que no debemos subestimar el número de pérdidas que comporta el mero hecho de desplazarse.

Esas pérdidas se vieron aumentadas enormemente por los conflictos que se desencadenaron con el estado romano. El cruce inicial del Rin, por ejemplo, probablemente causara más pérdidas entre la población indígena de la Galia e Hispania que entre los propios inmigrantes. Pero, como hemos visto, a finales de la década de 410 la contraofensiva romana acabó con uno de los dos grupos vándalos como unidad autónoma (el de los silingos) y, del mismo modo, desmembró a los alanos —hasta aquel momento el invasor más poderoso—, que pasaron a someterse a la autoridad de los asdingos. A juzgar por lo que reconocen las pocas fuentes de las que disponemos, la posterior conquista del norte de África por la coalición de vándalos y alanos probablemente no comportara el mismo grado de pérdidas, pero en su fase inicial, al menos, conllevó arduos sacrificios y enfrentamientos.²⁷ La combinación de la distancia con la gravedad de los conflictos armados hizo que el proceso resultara sumamente traumático para los inmigrantes, aun cuando al final lograran erigirse como nueva elite de las provincias romanas más ricas del norte de África.

Muy parecido fue el caso de los ostrogodos, los visigodos y los burgundios. Fijémonos particularmente en los ostrogodos, que acabaron, por supuesto, como conquistadores de Italia. Este asombroso logro les abrió las puertas de la riqueza de la región, de la que pasaron a disfrutar. A primera

vista, no resulta tan evidente que su emigración comportara trauma alguno, pero lo cierto es que entre 473 y 489 tuvieron (al menos el grupo de Panonia acaudillado por los Amalos) primero que recorrer casi mil kilómetros en dirección sur, desde Hungría hasta Tesalia. En 476 habían recorrido otros quinientos kilómetros, tras dirigirse hacia el nordeste, a la cuenca del Danubio. En 478 y 470 volvieron a desplazarse, recorriendo mil doscientos kilómetros más, primero hacia el sur de Constantinopla, y luego de nuevo hacia el oeste (más allá de Tesalónica), hasta Dirraquio, en la costa del Adriático. En virtud de un acuerdo con el Imperio Romano de Oriente, en 482-483 parece que fueron reasentados a unos seiscientos kilómetros al nordeste, una vez más a orillas del Danubio. A continuación, los años centrales de la década de 480 fueron testigos de la campaña de un contingente de soldados godos al servicio del emperador Zenón contra el usurpador Illo en Asia Menor, antes de que todo el grupo pusiera primero sitio a Constantinopla (a cuatrocientos kilómetros de distancia del Danubio) e iniciara luego su marcha de mil quinientos kilómetros hacia Italia. Si confiamos en Jordanes, este éxodo fue precedido por la nimia empresa de recorrer a mediados de 450 otros setecientos kilómetros desde el este de Europa hasta el oeste de los Cárpatos.

En su aventura también hubo numerosos conflictos armados. El grupo no sufrió derrotas de la envergadura de las padecidas por la coalición de vándalos y alanos en Hispania, pero los godos de los Amalos combatieron indistintamente contra los romanos de Oriente, los godos tracios (al principio) y el usurpador Illo (en 473-474, 476-478, 478-482 —incluyendo, en 479, la pérdida de una caravana de pertrechos y bienes—, 484, 486-487 y 489-491). En resumen, no cabe duda de que vivieron una experiencia traumática.

La empresa de los visigodos no se diferenció mucho, en términos de distancias recorridas, de la de los ostrogodos (desde el este de los Cárpatos hasta el sudoeste de la Galia), y también sufrieron importantes pérdidas. Los desplazamientos de los burgundios fueron mucho más modestos: desde el sur de Germania hasta el Rin, para dirigirse luego hacia el sur, allende la región del lago de Ginebra. Pero esta ausencia relativa de dramatismo geográfico quedó harto compensada por pérdidas mucho más cuantiosas, sufridas particularmente a manos de los hunos en la década de 430. Todos los intrusos

vivieron una gran dislocación de su sistema de vida, e independientemente de la opinión que tuviera el bando romano al verlos venir, lo cierto es que su vicisitud sólo puede ser catalogada de verdadera emigración en masa.²⁸

Migración y desarrollo

Los nexos existentes entre el fenómeno de la migración y los modelos de desarrollo vigentes en la época de la caída del Imperio Romano se caracterizan por sus múltiples facetas y su profundidad. En breves palabras, la mayor riqueza de las economías de las provincias romanas ejerció un enorme atractivo en nuestros dos principales grupos de intrusos que emigraron desde puntos más cercanos, a saber, los francos y los anglosajones. A juzgar por las fortificaciones que ya eran necesarias para mantenerlos a raya en el siglo IV, hacía tiempo que esa disparidad de riqueza había tenido un efecto de llamada al otro lado del Rin y del mar del norte. Y cuando el poderío del estado romano se derrumbó, lo que en muchos sentidos era una consecuencia lógica por fin se materializó. Extranjeros militarizados, cuya presencia en suelo romano hasta entonces había podido evitarse con el uso de las armas, consiguieron tomar posesión de las zonas más desarrolladas desde el punto de vista económico que tenían más próximas, y lo que vino después, como suele decirse, ya es historia.

Las disparidades de los modelos de desarrollo también explican en parte las decisiones de los emigrantes llegados desde tierras más remotas. Sus razones a menudo eran muy complejas, e incluyen un enorme componente de carácter negativo, pues solían trasladarse a territorios de los que apenas tenían conocimientos y en los que el estado romano permanecía vivo y activo, por lo que debían afrontar una amenaza militar mucho más contundente. Así las cosas, fue necesario un estímulo extraordinario —el que supuso los dramáticos acontecimientos que caracterizaron la aparición y la caída del imperio de los hunos— para que perseveraran en su empresa. En los dos principales pulsos iniciales de las migraciones provocadas por la tropelía hunna, el de 375-380 y el de 405-408, las motivaciones tuvieron un componente político y negativo a la vez: los deseos de no caer bajo el dominio de los hunos. Más tarde, cuando el imperio huno comenzó a

representar un peligro menor, esas motivaciones siguieron teniendo un carácter político, pero un poco más positivo. En particular los godos de los Amalos en la década de 470, pero también grupos de lombardos algo más tarde, empezaron a avanzar hacia territorio romano, o entraron en él, para asegurarse una buena tajada de la mayor riqueza que abundaba en la zona. Pero incluso para los primeros inmigrantes de 375-380 y de 405-408, el atractivo que representaba la riqueza del Imperio supuso un importante aliciente. La agresión de los hunos tal vez fuera el detonante de la decisión de abandonar sus lugares de residencia, pero lo cierto es que en aquel momento a esos futuros emigrantes se les abrió una puerta para encontrar nuevos hogares tanto dentro del Imperio como fuera de él. El hecho de que la mayoría se decantara por pasar a territorio romano refleja una vez más el poder de atracción de la riqueza del Imperio. Se trata de una característica predominante de la época fácil de entender, pues los bárbaros intrusos de allende las fronteras de la Europa imperial y desarrollada utilizaron la inmigración como forma de acceder —para bien y para mal— a una porción de la gran riqueza económica de la región.²⁹

Otro punto importante a tener en cuenta es que los niveles de desarrollo que había por aquel entonces explican lo que en un principio parece ser la naturaleza extremadamente peculiar de las unidades migratorias que emprendieron, al menos, los viajes más largos. Como las sociedades no romanas de la época sólo podían reunir séquitos de guerreros especializados de unos cuantos centenares de hombres, cualquier migración que comportaba el enfrentamiento con el estado romano habría incluido necesariamente a mujeres y niños. Como hemos señalado en casos de época anterior, sólo mediante el reclutamiento en un sector más amplio de hombres militarizados, algunos de los cuales por supuesto iban acompañados de sus familias, podían crearse fuerzas militares de la suficiente envergadura para llevar a cabo aquellas ambiciosas empresas. La participación de las familias se vio facilitada por otro elemento del desarrollo económico de la Europa de los bárbaros. Los regímenes agrícolas existentes, al menos entre los grupos germánicos del este del río Óder —los que se encontraban en las zonas de las culturas de Przeworsk y Cernjachov— comportaban que las poblaciones del centro y el sudeste europeo conservaran una tendencia inherente a cambiar de

lugar de residencia. Los cambios de residencia, aproximadamente cada generación, en busca de tierras más fértiles constituían lógicamente un tipo de movimientos completamente distinto de los principales desplazamientos migratorios de los siglos IV y V. El estudio comparativo de las migraciones indica, sin embargo, que dichos cambios habrían facilitado la participación de un mayor número de individuos en las grandes expediciones cuidadosamente organizadas, necesarias para trasladarse a territorio romano con ciertas garantías de éxito.

Hay también, en mi opinión, una esfera más en la que la interacción entre migración y desarrollo perfiló claramente la acción. Lo que a fin de cuentas posibilitó que algunos de los primeros emigrantes de 375-380 y 405-408, llegados de los lugares más remotos, coronaran con éxito su empresa de instalarse en territorio romano fue su capacidad de renegociar sus identidades colectivas con la celeridad suficiente para crear nuevos agrupamientos cuyo importante número de integrantes dificultaba su eliminación al estado romano. Los tervingos y los greutungos, que aparecieron en el Danubio en el verano de 376, constituían de por sí unidades considerables, y es evidente que dos años más tarde les sonrió la suerte en la batalla de Adrianópolis. Ninguna otra confrontación de la época tuvo unas consecuencias tan beneficiosas sólo para uno de los dos bandos implicados, pues dio a los godos un respiro cuando en virtud del tratado de 382 se les concedió una especie de autonomía. No es que, en ese momento, el estado romano hubiera renunciado a la idea de forzar en un futuro la renegociación de aquellos términos a punta de espada para meter a los intrusos en cintura, de una manera más acorde con el trato dispensado tradicionalmente a los inmigrantes. Uno de los hechos que más contribuyeron a que los romanos dejaran aparcado su plan militar fue la unificación durante el reinado de Alarico de los grupos de godos llegados originalmente en 376 y los hombres de Radagaiso que habían sobrevivido al último ataque lanzado contra Italia, proceso que se convirtió en el nacimiento de los visigodos. En un tratado posterior que se negoció en 418 con esta fuerza más potente, el estado romano se vio obligado a reconocer que no podía considerar seriamente la destrucción de la misma mientras ésta siguiera siendo la formación que era, esto es, un grupo de godos unificado y autónomo a este lado de la frontera del Imperio. Del mismo modo una serie

de procesos de unificación similares hizo posible que la coalición de vándalos y alanos y los ostrogodos de los Amalos sobrevivieran y se expandieran. En todos estos casos, de no haberse producido la unificación, el estado romano habría podido barrer poco a poco de su territorio a una serie desperdigada de grupos más reducidos, como hizo con varios por aquel entonces. La capacidad de los inmigrantes de reconstituirse en entidades dispuestas a reunir entre diez mil y veinte mil guerreros, o incluso más, era esencial para su supervivencia.³⁰

Todo esto significa que la transformación más a largo plazo de la sociedad germánica de la que hemos hablado en el capítulo 2 es un aspecto fundamental de los procesos migratorios de los siglos IV y V. Si los hunos hubieran aparecido en el siglo I en lugar del IV, desplazando a los distintos grupos germánicos que vivían por aquel entonces al otro lado de la frontera romana, las consecuencias derivadas de este hecho habrían sido muy diferentes en general. Debido a su poca envergadura, muchas unidades políticas primitivas existentes en el mundo germánico del siglo I habrían tenido que iniciar un proceso demasiado complicado de reestructuración política que permitiera la aparición de entidades capaces de congregarse con absoluta seguridad a veinte mil guerreros o más. Los grupos que formaron reinos en el siglo V se crearon a partir de no más de seis, a veces de apenas tres o cuatro, unidades constituyentes. Precisamente porque por aquel entonces eran mucho más grandes, estas unidades de base pudieron reunir con mayor facilidad los veintitantos mil soldados necesarios para contrarrestar el poder romano y asegurarse la supervivencia a largo plazo. La formación en el siglo I de un contingente de soldados germánicos tan numeroso y con un mismo objetivo habría requerido la unión de probablemente una docena de las pequeñas unidades más competitivas existentes por aquel entonces, y los problemas de carácter político habrían sido enormes.

Sin embargo, los procesos de unificación política que se desarrollaron entre los grupos de inmigrantes a finales del siglo IV y a lo largo del siglo V no fueron en absoluto fáciles. Todos los supergrupos creadores de nuevos reinos se formaron a partir de cuatro o cinco unidades constituyentes que contaban con un líder propio. Esto significa que para cada una de las nuevas

confederaciones siempre había al menos cuatro o cinco líderes potenciales, de los cuales uno solo conservaría plenamente su rango. La amenaza de Roma desempeñó un papel fundamental en el proceso de aceptación general de la necesidad de crear esas nuevas confederaciones, y por eso, al parecer, algunos pretendientes a encabezarlas se mostraron dispuestos a renunciar a sus derechos. Entre los ostrogodos destacaría el jefe de una partida de guerreros góticos, Gesimundo (o Gensemundo), hijo de Hunimundo, que en lugar de hacer valer sus derechos decidió dar su apoyo a los Amalos, la dinastía de Teodorico. Pero hubo otros pretendientes que no fueron tan flexibles y tuvieron que ser eliminados. Unos miembros del clan de Hunimundo intentaron hacer valer sus derechos con determinación, y por si fuera poco la dinastía de los Amalos tuvo que derrotar al grupo encabezado por la familia de otro rey godo, Vinitario, antes de entrar en territorio del Imperio de Oriente en 472-473, y más tarde a otra familia rival, la de triario, que acaudillaba a los godos tracios. Del mismo modo, la unificación de los francos por parte de Clodoveo comportó la eliminación de al menos siete reyes rivales. Lamentablemente, es imposible estudiar con la misma minuciosidad las luchas por el poder que se produjeron en otras confederaciones, pero sin duda las hubo.³¹

Además, estas luchas por el poder entre los nuevos supergrupos interactuaban con modelos de desarrollo, pues también dependían de los enormes recursos de los que se disponía en el contexto romano. La menor envergadura de las unidades políticas bárbaras del otro lado de la frontera del Imperio no era accidental, sino estructural, reflejando la cantidad de riqueza redistribuible a disposición de los reyes para que pudieran conservar la lealtad de sus seguidores; y buena parte de esta riqueza procedía normalmente, como ya hemos visto, de fuentes romanas. Pero las grandes riquezas del Imperio, tanto las obtenidas de manera directa como indirecta, cambiaron los parámetros de la política entre los bárbaros, permitiendo a sus líderes conciliar y controlar a grupos mucho más numerosos de seguidores. Incluso el único contraejemplo aparente, cuando se examina, deja de serlo. En la Europa no romana se construyó una gran potencia suprarregional en la Antigüedad tardía: el imperio del siglo v de Atila, rey de los hunos. Pero ni siquiera este imperio pudo sustentarse exclusivamente de los recursos de la

economía no romana. Al contrario, dependía de manera considerable de la riqueza de Roma obtenida por medio del saqueo y el pago de tributos, y se vino abajo cuando esto acabó. Los niveles de desarrollo económico de la Europa no imperial no bastaban para mantener unas estructuras políticas de la magnitud necesaria para la creación de un estado sucesor en territorio romano.³²

Así pues, la desigualdad de desarrollo vino a determinar la dirección hacia el oeste y hacia el sur que tomaron la mayoría de los emigrantes — cuando los hunos o la decadencia del poder romano hicieron que se pusieran en marcha—, así como la naturaleza de las propias unidades migratorias. Y, por supuesto, todo esto es exactamente lo que los estudios modernos sobre migración nos llevarían a suponer. Como hemos visto, los modelos de migración están estrechamente relacionados con modelos de desarrollo desigual. A finales del siglo IV y a lo largo del siglo V, sin embargo, los procesos migratorios no sólo fueron un reflejo de las desigualdades de desarrollo existentes en distintas regiones del paisaje europeo, sino que también provocaron un reajuste sustancial de las mismas. Esto fue así para los diversos grupos de migrantes, cuando se unieron y crearon los supergrupos, que fundarían nuevos estados, y sucedió en todo el continente europeo.

EL NUEVO ORDEN

En 510 aproximadamente, Teodorico, rey ostrogodo de Italia perteneciente a la dinastía de los Amalos, escribió la siguiente misiva dirigida a Anastasio, titular del Imperio Romano de Oriente:

Vos [Anastasio] sois el más bello ornamento de todos los reinos, sois la saludable defensa del mundo entero, al que los demás gobernantes admiran con verdadero respeto. Más que ningún otro nos [Teódorico], que con la ayuda divina aprendió en vuestra República el arte de gobernar a los romanos con equidad. Nuestra realeza es una imitación de la vuestra, modelada en vuestros buenos propósitos, una copia del único Imperio.

Con estas palabras parece que Teodorico le dé cobiña al emperador de Oriente de una manera exagerada, pero no es así. En 507-508 la flota de Anastasio había llevado a cabo numerosas incursiones de saqueo a lo largo de

la costa oriental de Italia y también había proporcionado ayuda diplomática a los francos en sus ataques contra uno de los principales aliados de Teodorico, el rey visigodo Alarico II. Con este telón de fondo, el pasaje verdaderamente importante de la misiva lo constituyen las siguientes líneas:

Y en la medida que os seguimos, sobresalimos por encima de las demás naciones ... Creemos que no permitiréis que surjan disputas entre las dos Repúblicas, que es bien sabido que siempre han formado un solo cuerpo bajo sus antiguos príncipes, y que no deben permanecer unidas por un simple sentimiento de afecto, sino de manera activa para ayudarse una a otra con todas sus fuerzas. Que siempre haya una única voluntad, un único propósito en el reino romano.

La adulación inicial de Teodorico va seguida, pues, de unas palabras cuidadosamente elegidas, que, en aquel contexto, constituían una declaración de intenciones y un comunicado diplomático oficial. Estas líneas podrían parafrasearse más o menos del siguiente modo: «El Imperio de Oriente es paradigma de absoluta rectitud del orden divino, y lo imito ciegamente; por ello soy el otro gobernante romano perfectamente legitimado en el mundo, y superior, como tú, a todos los demás monarcas de los estados sucesores. Deberías estar aliado conmigo y no con los francos». Y las pretensiones de Teodorico no eran descabelladas. Al final logró salir de la crisis de 507-508 con su posición muy fortalecida. En 507 los francos aplastaron a los visigodos en la batalla de Vouillé, pero las incursiones marítimas del Imperio de Oriente no impidieron que Teodorico recogiera las migajas de aquella derrota y supiera aprovecharse de la situación. A partir de 511 se convirtió en el único soberano de los reinos visigodo y ostrogodo, abarcando sus dominios Italia, la península Ibérica y el sur de la Galia. También llevaba las riendas de un pedazo de los antiguos Balcanes romanos, tenía un gran peso diplomático en los reinos de burgundios y vándalos y dirigía una red de alianzas que se extendía hasta Turingia y el oeste de Germania. En su momento de máximo esplendor, dominaba el Mediterráneo occidental y controlaba una estructura que comprendía entre un tercio y la mitad de los territorios del antiguo Imperio Romano de Occidente. Su forma de gobernar —como se desprende de la misiva dirigida a Anastasio— fue completamente romana. Erigió construcciones de estilo romano e incluso patrocinó la enseñanza de la lengua

y la literatura latina. No era difícil interpretar el mensaje. En una inscripción, uno de sus súbditos del Senado romano lo saludaba con el título más imperial de todos los tiempos, «Augusto».³³

Ante la imagen de Teodorico con toda su pompa intimidatoria, es perfectamente perdonable preguntarse si la caída del Imperio Romano de Occidente en beneficio de las potencias militares extranjeras llegadas de allende la frontera supuso verdaderamente un cambio en el panorama de Europa. En la segunda década del siglo VI, cuarenta años después de la deposición de Rómulo Augusto, el oeste de Europa seguía dominado por un poder imperial cuyo centro era el Mediterráneo. Es probable que el hecho de que el edificio estuviera dirigido por otros no resultara evidente ni aquí ni acullá. Pero, como es bien sabido, las apariencias engañan. La recuperación por parte de Teodorico de un Imperio de Occidente centrado en el Mediterráneo constituyó una etapa a todas luces transitoria. En la segunda mitad del milenio el centro del poder imperial de Occidente ya no se situaría en el Mediterráneo, sino mucho más al norte.

Los imperios de los francos

En un primer momento tal vez dé la impresión de que los francos heredaron la corona y el cetro del Imperio Romano mediante una larguísima sucesión de acontecimientos. El imperio gótico del Mediterráneo de Teodorico no logró superar la crisis por la sucesión que provocó la muerte del soberano en 526. A raíz de este hecho, y en contra de la voluntad del monarca, las regiones ostrogoda y visigoda de su imperio volvieron a separarse, pasando cada una a ser gobernada por uno de sus nietos. Y todas las esperanzas de que quizá en un futuro alguno de sus sucesores lograra revivir la llama del Imperio de Occidente, con el respaldo de una base gótica de poder, se esfumaron por completo —tras veinte años de guerra civil iniciada en 526— cuando el Imperio Romano de Oriente, gobernado por Justiniano (527-565), destruyó el reino ostrogodo, del mismo modo que había destruido el de los vándalos a comienzos de la década de 530. Hubo también un importante componente de oportunismo en la decisión de Justiniano de emprender las campañas militares en Occidente, pues su resolución fue fruto

de la derrota sufrida en una guerra anterior contra Persia que hizo de una victoria que recuperara su prestigio una necesidad acuciante para el emperador. Pero si se analiza con mayor minuciosidad, vemos cómo el fracaso del imperio de Teodorico viene a reflejar una serie de reajustes mucho más fundamentales de los equilibrios de poder de toda Europa; reajustes que a su vez fueron la consecuencia de una interacción entre medio milenio de desarrollo de la Europa bárbara y la caída del Imperio Romano de Occidente.

A finales del siglo IV d. C., antes de que comenzara la era de las grandes migraciones, el paisaje europeo se caracterizaba, como hemos visto, por notabilísimas desigualdades de desarrollo. Al sur del Danubio y al oeste del Rin se extendían los territorios del Imperio, con la mayor densidad de población de Europa, con los sistemas de intercambio más desarrollados, capaces de mantener ciudades y una considerable actividad comercial tanto a corta como a larga distancia, con una elite terrateniente relativamente reducida y relativamente rica y con unas estructuras estatales con poder real. Éstas podían utilizar los recursos de las provincias del Imperio para afrontar empresas de tanta envergadura, como, por ejemplo, el mantenimiento de ejércitos profesionales, grandes planes de obras públicas y el funcionamiento de una burocracia gubernamental. El territorio romano lindaba con una periferia interna de reinos clientes semisubordinados, los cuales, por lo general, recibían del Imperio importantes privilegios comerciales y subsidios diplomáticos, aunque también estaban sometidos a injerencias políticas y, en teoría, obligados a prestar determinados servicios —principalmente de carácter militar y económico— al Imperio, que periódicamente podía requerirlos.

Estos estados clientes formaban parte del sistema general del Imperio, pero su relación con éste nunca fue totalmente tranquila y fluida. A menudo se valieron de la fuerza, o de la amenaza de emplearla, para intentar maximizar los beneficios económicos que podían obtenerse de una relación muy estrecha con el estado romano, y para intentar minimizar la posible explotación que ello conllevaba. Como hemos visto, el Imperio emprendía periódicamente campañas militares para conseguir precisamente lo contrario. La nueva riqueza que se obtenía en la periferia a través de interacciones con

el Imperio —mediante el comercio, las incursiones de saqueo y las negociaciones diplomáticas— habían desempeñado también un importante papel en la producción de transformaciones políticas. Los reyes que deseaban controlar toda la nueva riqueza obtenida por la proximidad con el Imperio habían tenido que construir el poder militar necesario para su objetivo, y lo lograron gracias a esas nuevas riquezas que pasaban a controlar. Pero había también un elemento de consenso en el proceso, pues el mayor poder de estos líderes significaba que pudieran ofrecer a sus seguidores la mejor manera de poner coto a las injerencias del Imperio. Todos estos procesos provocaron que la organización política de la periferia interna se viera encaminada hacia la creación de entidades más grandes y poderosas, con unas consecuencias que se ponen de manifiesto en la aparición en el siglo III de una serie de confederaciones nuevas a lo largo de las fronteras del Imperio Romano de Occidente.

Al otro lado de esta periferia interna —siempre desde la perspectiva romana— había una periferia externa. Sus habitantes mantenían por lo general una relación exclusivamente indirecta con el Imperio, pero sus territorios eran fuente de materias primas y otros recursos que llegaban a las provincias romanas a través de la periferia interna. Por esa razón habían recibido algunos de los beneficios económicos obtenidos por la Europa bárbara tras quinientos años de interacción con Roma. La periferia externa también compartió determinados aspectos de la transformación política de la periferia interna, sobre todo porque elementos de su población se organizaban periódicamente con el fin de hacerse con el control de las riquezas que había disponibles más cerca de la frontera. Este hecho empezó a manifestarse en el siglo I d. C. en forma de incursiones de saqueo, pero queda patente en el siglo II en una serie de desplazamientos de mayor envergadura llevados a cabo por grupos de población organizados militarmente en el curso de las llamadas Guerras de los Marcomanos y, sobre todo, en el avance realizado en el siglo III por los godos, entre otros pueblos, desde la periferia externa hacia la frontera del Imperio.

El límite que separaba la periferia interna de la externa no puede determinarse con precisión, y es probable que en la práctica estas dos zonas se fundieran en una. Al igual que las intrusiones periódicas de población de

una región a otra, los contactos diplomáticos romanos se extendieron en cierta medida hasta el otro lado de los territorios periféricos más próximos. Sabemos, por ejemplo, que en el siglo IV el Imperio mantuvo relaciones diplomáticas ocasionales con los burgundios del valle del Meno, los cuales habitaban «detrás» de los alamanes establecidos en los territorios fronterizos del sur que lindaban con el Rin. Sin embargo, el límite de la periferia externa puede determinarse con bastante facilidad. No hay indicio alguno de interacciones —directas o indirectas— con el mundo romano en los restos arqueológicos de ese período correspondientes a las regiones situadas muy al este del río Vístula o al norte de la gran estepa de Rusia meridional (mapa 2). Hasta la época tardorromana, los habitantes de buena parte de esa vasta extensión territorial siguieron conservando el sencillísimo estilo de vida rural propio de la Edad de Hierro que había sido característico de este paisaje desde mucho antes del nacimiento de Cristo.

Así pues, en términos generales, el desarrollo en la época romana dio lugar a la existencia de cuatro grupos en el paisaje europeo, en comparación con la Europa de tres velocidades que había a comienzos del milenio. De ese modo, la Europa romana/celta del oeste del Rin y el sur del Danubio era por lo general mucho más desarrollada que la Europa germánica que se extendía hacia el Vístula, la cual, a su vez, era más desarrollada que los territorios situados más al este. En el siglo IV, los desarrollos más intensos provocados por el contacto con el Imperio habían subdividido el antiguo grupo intermedio de la Europa germánica en la periferia interna y la periferia externa que acabamos de examinar.³⁴ La actividad migratoria asociada con la caída del Imperio Romano de Occidente no sólo reflejaba los cuatro grupos de desarrollo desigual que comprendía el paisaje europeo, sino que también los transformó radicalmente. La profunda naturaleza de estos cambios queda claramente manifiesta si examinamos con atención el reino de los francos merovingios al norte de los Alpes y los Pirineos y consideramos por qué razón quedó como el único centro posible de poder suprarregional en Occidente tras la destrucción del imperio de Teodorico.

Como vimos en el capítulo anterior, la progresión de los francos para convertirse en superpotencia se aceleró durante el reinado de Clodoveo. Este monarca no sólo logró la unificación de determinadas partidas de guerreros

hasta entonces independientes, sino que también utilizó su base de poder para conquistar vastas extensiones de territorio en lo que en la actualidad constituye Francia y Alemania occidental. Y una vez desaparecido el imperio gótico de Teodorico, los francos tuvieron el camino libre para aumentar espectacularmente su expansión. A partir de los primeros años de la década de 530, los hijos y los nietos de Clodoveo extendieron su hegemonía y conquistaron otros muchos territorios. Al igual que anteriormente Teodorico, fueron perfectamente conscientes de sus grandes logros. Cuando en 540 aproximadamente, Teodeberto, nieto de Clodoveo, se dirigió por escrito a Justiniano, se declaró rey de muchos pueblos, incluidos los visigodos, los turingios, los sajones y los jutos, así como señor de Francia, Panonia y la costa septentrional de Italia. De hecho, estuvo a punto de reivindicar el título de emperador. Una de las prerrogativas de los emperadores romanos era que sólo ellos podían acuñar monedas de oro. Este derecho era un legado de la época en la que muchas ciudades romanas habían acuñado sus propias monedas de metal de poco valor, y por lo general siguió vigente después de 476. Teodeberto, sin embargo, comenzó a acuñar monedas de oro, y muchos de sus sucesores de la dinastía de los merovingios siguieron sus pasos.³⁵

Explicar la aparición del poder imperial de los francos basándonos simplemente en acontecimientos circunstanciales, como la destrucción del reino ostrogodo por parte de Justiniano, supondría pasar por alto la esencia de la verdadera importancia de esta cuestión. Pese a toda su gloria, incluso Teodorico tuvo que poner el máximo empeño para conseguir detener el avance del poder franco. El sistema de alianzas que puso en práctica en la década de 510 fue concebido para frenar la expansión de los francos, y toda la estructura de su monarquía estuvo basada en una unificación muy poco sólida de los reinos visigodo y ostrogodo, la cual, a pesar de la voluntad de Teodorico, estaba condenada a deshilvanarse a la muerte del monarca. Y cuando esta extraordinaria, aunque improvisada, potencia gótica se derrumbó en 526, la expansión de los francos recobró su ímpetu, mucho antes de que Justiniano lanzara su famosa campaña militar contra la Italia ostrogoda. A comienzos de la década de 530, los reinos burgundio y turingio, desprovistos de apoyo gótico, cayeron rápidamente en manos de los francos, y todo ello antes de que los primeros soldados del Imperio de Oriente pusieran pie en

Italia.³⁶ La campaña de Justiniano acabó con cualquier posibilidad de que en el Mediterráneo occidental reapareciera una fuerza gótica que contrarrestara el poder de los francos, por poco probable que esto pudiera parecer. La conclusión que debe sacarse de todo ello es que en el mundo postromano la fuente más verosímil de poder suprarregional en Europa occidental no se encontraba en el Mediterráneo, sino al norte de los Alpes y los Pirineos.

Supuso un acontecimiento sin precedentes, que no debe darse por sentado por mucho que así nos parezca desde una perspectiva actual. No es tan extraño, después de todos los hechos que han ido sucediéndose desde entonces, ver a Francia, el Benelux y Alemania occidental como pilar de una entidad sumamente poderosa tanto en lo militar como en lo político. Pero cuando esto se produjo por primera vez en el siglo VI d. C., representó una gran ruptura con el pasado. El orden del mundo antiguo en Eurasia occidental era uno en el que los recursos del Mediterráneo alcanzaban un nivel de desarrollo tan precoz que los estados basados en ellos habían sido siempre mucho más poderosos que cualquier región situada más al norte.³⁷ En el siglo VI, por primera vez en la historia, apareció un poder imperial basado en la explotación de recursos mayoritariamente del norte de Europa. Este fenómeno tan significativo fue una consecuencia directa de los procesos de desarrollo que se habían dado en los límites del Imperio durante la época romana. Las transformaciones sociales, económicas y políticas que se produjeron en la periferia de dichos territorios fronterizos tendieron a generar economías y sociedades políticas mucho más sólidas, y en su proceso de dominación los francos supieron aprovechar al máximo esta nueva solidez.

Cuando primero el control romano y luego la influencia gótica perdieron todo fuelle al norte de los Alpes, Childerico, Clodoveo y sus descendientes se apoderaron tanto de los territorios imperiales situados al oeste de Rin como de buena parte de las antiguas regiones de las periferias interna y externa del Imperio que se encontraban al otro lado de este río. Al este del Rin, otros francos, los llamados ripuarios, se vieron inmediatamente incorporados a la nueva empresa, al igual que, de nuevo en tiempos de Clodoveo, los alamanes tras ser derrotados en 505-506. En las generaciones posteriores, una combinación de conquistas y dominación determinó diversos grados de control y hegemonía de los merovingios sobre pueblos vecinos de más al

este, como, por ejemplo, frisios, sajones, turingios y bávaros. Al parecer, en partes de la Inglaterra anglosajona se ejerció cierto tipo de superioridad franca. Esta nueva base de poder suprarregional se extendía desde más o menos el Atlántico por el oeste hasta el río Elba por el este (mapa 13). Así pues, abarcaba tanto una parte importante de los antiguos territorios romanos situados al oeste del Rin como un gran sector de la antigua periferia interna y externa del Imperio por el este.³⁸

El mundo antiguo había conocido poderes suprarregionales con base mediterránea de diversas formas y tamaños, y en este sentido los estados sucesores que en él crearon los emigrantes llegados de lugares remotos, como, por ejemplo, los ostrogodos de Teodorico, no fueron más que una nueva variante de un modelo largamente establecido. Pero por aquel entonces se dio un fenómeno completamente nuevo en el paisaje europeo, y la existencia de una superpotencia franca reflejaba claramente los quinientos años de transformaciones y cambios que se dieron en el norte como consecuencia de las actividades económicas y diplomáticas, entre otras, del estado romano. Sin los constantes desarrollos socioeconómicos y políticos que su existencia vino a estimular en la periferia interna y externa del este del Rin y el norte del Danubio, estos territorios no habrían podido ofrecer una base sólida para la consolidación de un verdadero poder imperial. Así pues, fomentando la aparición del nuevo bloque de poder septentrional de dominación franca, esas primeras transformaciones hicieron que el modelo de desarrollo de la historia de Europa se situara en una nueva trayectoria en la segunda mitad del primer milenio. Y a partir del siglo VI, la nueva superpotencia se convertiría en uno de los factores principales de la futura evolución del paisaje europeo.

Una vez dicho todo esto, debemos señalar que el camino que seguiría el Imperio del norte de los Alpes en la segunda mitad del milenio no fue tan llano como el que había recorrido el Imperio del Mediterráneo en la primera mitad. Hubo una larga sucesión de emperadores romanos, y se perdieron unos cuantos territorios periféricos en el siglo III. De la misma manera, el modo de gobernar del Imperio sufrió diversas transformaciones con el paso del tiempo. Pero se trató en gran medida de un proceso de evolución orgánica, de evolución interna, al menos hasta el siglo III. En esencia, el Imperio Romano

siguió siendo el mismo estado y siguió controlando prácticamente los mismos territorios durante casi quinientos años.³⁹ No cabe decir lo mismo de la Europa occidental imperial de la segunda mitad del milenio. La grandeza merovingia llegó a su máximo apogeo en el siglo VI, y en la segunda mitad del siglo VII, buena parte del poder real había caído en manos de bloques regionales dominantes formados por elites terratenientes locales, tanto en Neustria, como en Austrasia o Borgoña (mapa 13). Esto a su vez permitió que las zonas periféricas reafirmaran su independencia. Por lo visto, los turingios lograron su independencia tras la sublevación de Radulfo en 639, y los sajones y los bávaros poco después de 650. Incluso los alamanes, sometidos desde hacía largo tiempo, reafirmaron su independencia a comienzos del siglo VIII.⁴⁰

La posterior fragmentación política de la dinastía merovingia vino seguida de un espectacular resurgimiento imperial en el mismo siglo por parte de la segunda dinastía de los francos, la carolingia. Los miembros de esta familia alcanzaron en un principio su preeminencia como fieles seguidores de los merovingios, y sus posesiones se situaban entre Colonia y Metz, más o menos la Bélgica moderna, desde donde también los merovingios habían dado su gran salto a la historia de Europa. Los que estudian el primer milenio de nuestra era cuentan con una gran ventaja cuando alguien los reta al viejo juego de citar cinco nombres de belgas famosos. No tienen por qué contar detalladamente la historia de los carolingios, pero lo cierto es que a finales del siglo VII, Pipino, el primer miembro de esta dinastía verdaderamente prominente, impuso su autoridad en el norte de Francia, tanto en Austrasia como en Neustria, tras alzarse con la victoria en la batalla de Tertry de 687. Tras gobernar al principio a través de un hombre de paja perteneciente a la familia de los merovingios, en la siguiente generación, el hijo de Pipino, Carlos Martel, consiguió anexionar a su feudo del norte todos los antiguos territorios de la Galia que habían controlado los merovingios en sus tiempos de máximo esplendor. En 733 llevó a sus seguidores hasta Borgoña para hacerse con el control de las tierras del sudeste. Tras una larga lucha, en 735 conquistó Aquitania, en el sudoeste.

También emprendió campañas militares al este del Rin, obligando a los frisios, y especialmente a los sajones en 738, a satisfacer de nuevo el pago de tributos.⁴¹

El impulso imperial había quedado instaurado, y los hijos y nietos de Carlos Martel no se limitaron a mantenerlo. En primer lugar, se deshicieron de los merovingios. Tras asegurar su posición, otro Pipino, hijo de Carlos, dio el paso que faltaba para sentarse en el trono como monarca, deponiendo al último de los merovingios, Childerico III, y coronándose rey en 752. Ya como familia real, los carolingios no tardaron en expandir su área de control, siendo la segunda mitad del siglo testigo de una orgía de conquistas, inicialmente durante el reinado de Pipino, pero de manera más especial durante el de su hijo y heredero Carlos, más conocido como Carlomagno: «Carlos el Grande» (Karolus Magnus, 768-814). Al este del Rin, el dominio directo de los francos quedó por primera vez establecido sobre pueblos que se habían visto periódicamente sometidos a los merovingios, aunque a menudo habían conservado cierto grado de autonomía y a veces su total independencia. En 780, los orgullosos linajes ducales de Alania, Turingia y Baviera habían desaparecido, y más al norte Frisia había sido sometida. También Sajonia acabó siendo conquistada, por primera vez, pero sólo a comienzos del siglo IX, tras dos décadas de feroz campaña militar en la que no faltaron los bautismos forzosos, los desplazamientos de población y las grandes carnicerías. Animado por tantos éxitos, Carlomagno puso su interés en territorios más alejados. Destruyó el reino independiente de los lombardos a mediados de la década de 770, y en una serie de campañas que culminaron en 796 acabó con el imperio centroeuropeo de los ávaros. El botín obtenido durante esta expedición fue proverbial.⁴²

Las conquistas de Carlomagno, pues, unieron la Galia con el territorio situado entre los ríos Rin y Elba, el norte de Italia, buena parte de la región correspondiente a la cuenca media del Danubio y algunas regiones del norte de España, creando un vasto imperio (mapa 13). En determinados momentos, los merovingios habían ejercido su influencia sobre muchos de estos territorios, pero no siempre, ni en todos ellos, de forma directa, y su control nunca se había extendido hasta Italia o la cuenca media del Danubio. En consonancia con esta situación, Carlomagno no tendría el más mínimo reparo

en afirmar que había creado todo un imperio. A partir de 790 aproximadamente, comenzó a aparecer en los escritos de su equipo de intelectuales de la corte una tendencia constante a elogiar sus logros y su piedad, manifestando que todo ello demostraba que era un (o incluso «el») verdadero emperador cristiano. Así pues, no cabe duda alguna de que la coronación de Carlomagno como emperador el día de navidad del año 800 en la basílica de San Pedro de Roma no fue fruto de la casualidad, sino de un plan totalmente premeditado. Trescientos veinticuatro años después del derrocamiento de Rómulo Augústulo, resurgía en Occidente un imperio con todas las de la ley.⁴³

Sin embargo, a pesar de su grandeza y de la grandísima importancia de algunos de sus legados culturales, el imperio carolingio no acabó siendo más estable que su predecesor merovingio. A finales del siglo IX seguía habiendo reyes de la dinastía carolingia, pero su poder efectivo había quedado limitado a un restringido territorio alrededor de París. En el resto del oeste de Francia, la autoridad había recaído de nuevo en una constelación de príncipes locales que se dedicaban a ejercer en sus propios dominios el tipo de poder (sobre la justicia, la acuñación de monedas, los nombramientos eclesiásticos, etc.) que había ostentado anteriormente Carlomagno a lo largo y ancho de todo el imperio. En algunos casos, estos derechos habían sido concedidos, y en otros simplemente usurpados. Como diría un cronista de la época, Reginón de Prüm, tras la muerte del nieto de Carlomagno, Carlos el Calvo, en 871, cada región había creado un príncipe nacido «de sus entrañas». En Occidente, el imperio carolingio había nacido y desaparecido en menos de un siglo desde la coronación de Carlomagno.⁴⁴

En el reino franco oriental, al otro lado del Rin, prevaleció una mayor unidad que dio lugar —al final— a la tercera etapa imperial de los francos de la segunda mitad del milenio. En dicha región, otro nieto de Carlomagno, Luis el Germánico, tuvo un reinado insólitamente prolongado que permitió transmitir un mayor legado de cohesión política a los ducados constituyentes del reino franco oriental, originalmente Sajonia, Turingia, Franconia, Suabia y Baviera, a los que Luis añadió Lotaringia y Alsacia (mapa 14). La tendencia del reino franco oriental a mantenerse unido siguió siendo firme tras la desaparición del linaje de Luis a finales del siglo IX, y la región se vio

sometida a una unidad todavía más férrea primero en tiempos de Conrado (titular del reino franco oriental entre 911 y 918), originalmente duque de Franconia, y más tarde de Enrique, hijo de Otón y nieto de Ludolfo, duque de Sajonia desde 912 y luego rey de los francos orientales desde 919 hasta su muerte acaecida en 936. Tres años después de su ascensión al trono, Enrique había conseguido que los suabios y los bávaros lo reconocieran como rey de Francia Orientalis. Además, supo demostrar su capacidad de liderazgo al derrotar con contundencia a los nómadas magiares paganos, que en el año 900 se habían trasladado hasta la cuenca media del Danubio desde la estepa occidental, convirtiéndose rápidamente en el enemigo público número uno por sus numerosas incursiones de saqueo en el norte de Italia y el sur de Francia y por haber derrotado al menos a tres grandes ejércitos de los francos orientales entre 907 y 910. Tras desarrollar a finales de la década de 920 un programa de reformas militares cuidadosamente elaborado, Enrique pudo vencerlos por fin en la batalla de Riade (en el norte de Turingia) en 933. Esta victoria sirvió para que Enrique asegurara su posición como rey, aunque fue su hijo Otón I el que elevó la autoridad de la dinastía a nuevos niveles.

No fue una tarea fácil. Hasta 950 Otón no logró someter por fin las distintas combinaciones de duques rebeldes y parientes rivales que se interpusieron en su camino. También supo seguir con eficacia otra de las políticas principales de su padre: la expansión hacia el este. Además, lanzó una gran campaña militar contra Italia en 951 que le permitió hacerse con el control de la mayor parte de las regiones septentrionales y centrales del país. Con esto quedaba demostrado que ahora era el gobernante más poderoso de la cristiandad latina, posición que confirmó en 955 cuando infligió una derrota aplastante a los magiares —que seguían siendo paganos— en la batalla de Lech. Esta victoria le proporcionó una irresistible y clara combinación de poder y legitimidad ideológica, pues resultaba evidente que era Dios quien le había concedido el triunfo sobre los paganos, esto es, allí donde muchos otros líderes cristianos habían fracasado. Armado de tanto poder, Otón estaba listo para intimidar al papa y obligarlo a que lo coronara emperador. En 961 organizó una segunda expedición a Italia, tras la cual fue coronado emperador en 962. Así nació el tercer imperio de la segunda mitad del primer milenio. Aunque en último término sus cimientos fueran la

posición heredada por Otón en Sajonia, el imperio otoniano fue una entidad característicamente subcarolingia, un descendiente bastante directo del reino oriental de los francos del siglo IX.⁴⁵

Una sucesión de imperios francos con una sólida base en el norte de Europa dominó, pues, amplios sectores de Europa occidental y del oeste de Centroeuropa entre 500 y 1000 aproximadamente. Estos imperios nunca alcanzaron la estabilidad de su predecesor romano, y el ejercicio del poder imperial se vio alterado por dos períodos de considerable caos políticos, *c.* 650-720 y *c.* 850-920. Esto ocurrió porque los tres se basaban en un tipo más débil de estructura estatal. En el Imperio Romano, buena parte del control cotidiano estaba en manos de comunidades locales, pero las autoridades centrales habían sabido mantener un equilibrio, conservando siempre determinados instrumentos de poder a todas luces fundamentales. Tenían sistemáticamente el derecho de imponer tributos sobre el principal sector de la economía —la agricultura— y poder generar así importantes ingresos todos los años. Estos ingresos eran utilizados para mantener un gran ejército profesional, un aparato gubernamental y las estructuras jurídicas estatales (tanto las legislativas como los propios tribunales), que eran fuente de legitimidad en el mundo romano. A pesar de todas sus limitaciones, que no eran pocas, el Imperio Romano hacía funcionar, pues, una estructura de estado relativamente grande en términos premodernos. Por sus particularidades, los tres imperios francos de la segunda mitad del primer milenio eran muy distintos uno de otro, pero ninguno de ellos impuso sistemáticamente gravámenes sobre la producción agrícola para el mantenimiento de un gran ejército profesional. El grueso de su ejército estaba formado por los efectivos de los terratenientes militarizados de las localidades que controlaban. A veces este apoyo se obtenía por la fuerza, pero normalmente debía conseguirse a cambio de compensaciones. Y como sus líderes no renovaban sus ingresos anualmente mediante la imposición de tributos a gran escala, la riqueza tendía a fluir hacia el exterior desde el centro del imperio hasta las elites terratenientes de ámbito local.

Como se ha señalado acertadamente, las tres fases imperiales de los francos de finales del primer milenio se manifestaron cuando las circunstancias favorecieron las actividades bélicas expansionistas y

predatorias. Los beneficios de dichas actividades permitieron a los titulares del imperio, ya fuera merovingio, carolingio u otoniano, recompensar a sus leales seguidores de la elite terrateniente militarizada sin tener que empobrecerse por ello. Pero cuando se detenía la expansión, rápidamente volvía a imponerse la fragmentación política, mientras las compensaciones fluían de nuevo hacia el exterior desde un cuerpo determinado de recursos.⁴⁶ Como veremos más adelante, este aspecto concreto del imperialismo de finales del primer milenio desempeñaría un papel primordial en la subsiguiente transformación de la Europa bárbara, y explica en buena parte la naturaleza intermitente del imperialismo franco. De todos modos, durante casi toda la segunda mitad del período, una visión desde el exterior habría identificado un poder predominante de Europa occidental cuya influencia se extendía sobre grandes sectores del continente. Y, por supuesto, es precisamente una visión desde el exterior —la de los bárbaros del resto de Europa— la que vamos a estudiar en el próximo capítulo. Antes de pasar a examinar apropiadamente la manera en que el resto de la sociedad europea respondió al estímulo que supuso este nuevísimo poder imperial del norte de Europa, y los modelos de expansión inherentes a él, debemos considerar otras dos grandes reconfiguraciones del orden del mundo antiguo.

La curiosa desaparición de la Europa germánica

La primera coincidió prácticamente con la aparición de la primera dinastía imperial de los francos, la de los merovingios. Su imperio, como hemos visto, se extendía desde el Atlántico hasta el Elba, y cuando comparamos esta zona con los modelos de desarrollo vigentes a lo largo y ancho de Europa en el siglo VI, observamos inmediatamente que su alcance al este del Rin coincide prácticamente con las zonas de la antigua periferia — interna y externa— del Imperio Romano que habían mantenido una línea de continuidad con sus viejas culturas materiales de tipo germánico y los niveles inherentes de organización sociopolítica durante la época de la caída del Imperio Romano de Occidente. Se trata de un dato sumamente importante que a menudo se ignora porque concierne a unas zonas de Europa cuya

historia apenas aparece reflejada en las fuentes históricas que se han conservado. Su importancia resulta evidente de inmediato, incluso tras un rápido repaso de los testimonios arqueológicos.

En el período tardorromano, las periferias interna y externa del Imperio, dominadas en buena parte por los germánicos, abarcaban grandes sectores del mapa de Europa que se extendían desde el noroeste hasta el sudeste del continente. Su anchura en el norte era aproximadamente de mil kilómetros, desde la margen derecha del Rin hasta poco más allá del Vístula. En el sur era mayor, de unos mil trescientos kilómetros, desde las Puertas de Hierro del Danubio hasta la margen izquierda del río Don (mapa 15). Las comunidades que salpicaban este gran territorio tenían una densidad de población relativamente elevada, contaban cada vez con más miembros, practicaban una agricultura relativamente desarrollada, mantenían algún tipo de relaciones con el Imperio Romano y disponían de una cultura material que se caracterizaba por una notable producción de objetos de metal y cerámica cuidadosamente elaborados. En el siglo VI, un colapso cultural había afectado toda la región. En Ucrania y el sur de Polonia este hecho se produjo con la desaparición de los sistemas de Cernjachov y de Przeworsk meridional poco después de 400 d. C. En el centro de Polonia tuvo lugar en 500 aproximadamente, y en Pomerania, junto al Báltico, entre 500 y 525. En la zona Elba-Saale el colapso completo se produjo exactamente a finales del siglo VI; y entre el Elba y el Óder no hay señales de continuidad germánica en el siglo VII. Al sur de estos territorios, en Bohemia y Moravia, se observa de nuevo una disminución de restos de tipo germánico en los siglos V y VI, seguida por la total desaparición de esta clase de materiales entre mediados del siglo VI y comienzos del VII. Así pues, en c. 700 los estilos característicos de la cultura material germánica tradicional quedarían confinados a zonas del oeste del Elba exclusivamente (mapa 15).⁴⁷

El hecho de que la expansión franca de los merovingios no se extendiera hasta las zonas afectadas por el colapso de la cultura germánica no fue casual. Al igual que la romana, la expansión franca se llevó a cabo mediante anexiones militares, cuyos beneficios potenciales siempre debían compensar suficientemente sus numerosos costes. Había que librar batallas, y éstas eran muchas y muy feroces, aunque los testimonios históricos no nos ayuden a

reconstruirlas con detalle. A veces, sin embargo, tenemos suerte. La naturaleza de la invasión del reino de los alamanes por parte de los francos, por ejemplo, queda perfectamente patente en los dramáticos y numerosos testimonios de destrucción hallados en los emplazamientos de los antiguos castros, que, como hemos visto en el capítulo 2, habían aparecido en el período tardoimperial como centros desde donde los reyes ejercían su autoridad. Aproximadamente en el año 500, cuando las fuentes históricas cuentan que Clodoveo obtuvo su gran victoria, estos lugares —o todos los que han sido estudiados— fueron tomados por asalto, y, de manera más general, se hacen evidentes a lo largo y ancho de Alemania enormes discontinuidades en el ámbito de la cultura material. No sólo se abandonaron los castros, sino que en los cementerios aparecen nuevos ritos funerarios, y en determinados lugares comenzaron a utilizarse incluso cementerios completamente nuevos. El grado de inversión de recursos humanos —entre otros— necesario para una ocupación tan agresiva sólo podía alcanzarse si había en perspectiva la obtención de unas compensaciones proporcionalmente elevadas.⁴⁸

El colapso de antiguos modelos de cultura material centroeuropea principalmente germánica en los siglos V y VI da a entender que al este del Elba no había estructuras políticas igualmente coherentes con las que establecer una comparación, ni economías relativamente desarrolladas con acumulación de riquezas movibles que pudieran ser expoliadas. En los siglos anteriores y posteriores al nacimiento de Cristo, el Imperio Romano se había expandido hasta el límite de lo que por aquel entonces garantizaba la obtención de beneficios por medio de la guerra, y en el siglo VI los merovingios hicieron lo mismo. La única región de la antigua Europa germánica que mantuvo los viejos modelos culturales y no cayó bajo la dominación de los francos fue el sur de Escandinavia: la península de Jutlandia, las islas del sudoeste del Báltico y la costa meridional de lo que actualmente constituye Noruega y Suecia. Pero el poder merovingio llegó a la vecina Sajonia sólo en forma de hegemonía, en vez de conquista clara y directa, lo que probablemente alejara a Escandinavia de los ambiciosos intereses de los francos. Sin embargo, esta excepción parcial no viene a contradecir el meollo de la cuestión que aquí se trata. El esfuerzo de la

conquista franca únicamente valía la pena realizarlo en las zonas de la periferia interna y la periferia externa del Imperio Romano de Occidente donde se había mantenido una continuidad de desarrollo. En este sentido, los nuevos caminos de desarrollo que se tomaron a finales de la época imperial desempeñaron un papel muy significativo en la definición de los límites de la nueva potencia suprarregional del mundo postromano.⁴⁹ Hasta aquí, todo bien. ¿Pero qué sucedió exactamente en las demás zonas de Germania en las que se fue testigo de una ruptura tan espectacular de unos modelos de cultura material perfectamente establecidos?

Cuando se piensa en este fenómeno, es imprescindible tener absolutamente clara su naturaleza. Como demostró principalmente el arqueólogo polaco Kazimierz Godlowski, el colapso cultural supuso la desaparición, en los siglos V y VI, de antiguos modelos de desarrollo de la cultura material en vastísimas zonas de Europa central. Dichos modelos se remontaban con frecuencia a comienzos del milenio como poco, y a veces a épocas anteriores. Pero cuando se dio la ruptura, ésta se manifestó en prácticamente todos los ámbitos de la vida que se reflejan en los restos de la cultura material; fue evidente en todo, afectando tanto a los antiquísimos lazos económicos con el mundo mediterráneo que generaban el flujo regular de importaciones romanas, como a viejas tradiciones artesanales en el campo de la cerámica y la metalistería que estaban perfectamente establecidas. Desde el punto de vista tecnológico, la producción cerámica se vio espectacularmente simplificada, pues se abandonó la utilización del torno. Del mismo modo, se produjo una notabilísima disminución de las variedades de las formas de las vasijas e incluso del número de piezas fabricadas. La producción metalúrgica experimentó una caída similar, si no peor: la variedad de ornamentos fabricados (o, al menos, depositados) bajó a prácticamente cero. Los poblados también se hicieron más pequeños.⁵⁰ En esencia, los estudios arqueológicos indican que tuvo lugar una sorprendente simplificación en todos los campos y ámbitos utilizados regularmente para analizar, comparar y datar las actividades de la población de la zona en la época romana, y todo viene a confirmar que se produjo un cambio radical de estilos de vida.

¿Qué historia humana subyace bajo estas sorprendentes discontinuidades o rupturas en los hallazgos arqueológicos?

Según la interpretación postulada por Godlowski, los modelos culturales tradicionales desaparecieron porque la población que los producía también había desaparecido prácticamente. En los lugares en los que disponemos de fuentes literarias relevantes, el colapso de la cultura material coincide geográfica y cronológicamente con los traslados de individuos de lengua germánica a territorio romano, de los cuales tenemos constancia. Los sistemas de Cernjachov y Przeworsk desaparecieron cuando los godos, los vándalos y otros grupos constituyentes se vieron desplazados por la aparición del poder huno en Europa central (capítulo 5), y la decadencia que experimentó en el siglo V la cultura material germánica en las tierras bañadas por el Elba ha sido asociada siempre con el traslado de anglos y sajones, entre otros, a Britania, y con el paso —más al sur— de grupos lombardos a la región de la cuenca media del Danubio. Como ya hemos visto, estos movimientos migratorios siguieron produciéndose en el siglo VI, sobre todo en respuesta a la expansión hacia el este del poder imperial de los francos, lo que llevó a un gran número de sajones a unirse a los lombardos en su larga marcha hacia Italia.⁵¹

Las coincidencias cronológicas son muy precisas para ser fruto de la mera casualidad, pero la marcha de toda la población germánica no es la única explicación posible, ni siquiera la más probable, de este extraordinario fenómeno. Puesto que las culturas arqueológicas deben ser entendidas como sistemas, la desaparición de formas culturales establecidas puede deberse, a priori, a diversas causas. Como han recalcado otros investigadores después de Godlowski, en el caso que nos ocupa nos estamos enfrentando a la desaparición de metalistería ornamental, de armas y de cerámica fabricada de manera especializada con la ayuda del torno, artículos todos ellos producidos principalmente para una elite social germánica. La ausencia de este tipo de objetos en el conjunto de los restos arqueológicos que poseemos podría reflejar, pues, la desaparición en la zona sólo de la clase política y militarizada para la que dichos objetos eran manufacturados. Es probable que quedara atrás un campesinado numeroso —posiblemente muy numeroso, pero invisible para la arqueología—, acostumbrado a utilizar una cultura

material mucho más sencilla.⁵² En teoría, pues, puede explicarse el colapso cultural barajando un sinfín de posibilidades, desde la evacuación total de la zona hasta lo que se califique de marcha de la elite. Y dentro de este abanico de posibilidades, ¿dónde sugieren los testimonios que debemos situar la historia humana que se oculta detrás del colapso de la cultura germánica?

Será preciso que revisemos algunos testimonios con mayor detalle en el siguiente capítulo, cuando estudiemos las poblaciones eslavas que al final se hicieron con el control de estas zonas desgermanizadas del centro y el este de Europa. Mientras tanto, podemos realizar unas cuantas observaciones más generales. En primer lugar, es indudable que el colapso de la cultura germánica no refleja una evacuación total de las zonas afectadas. Como ya hemos visto en el caso de los godos al norte del mar Negro, hay buenas razones para suponer que muchos grupos de población indígena, que se habían visto sometidos por intrusos góticos en el siglo III, no formaban parte de las unidades migratorias góticas que más tarde, a partir de 376, comenzaron a trasladarse a territorios del Imperio Romano. Y tampoco, de nuevo en términos generales, parece que el número de emigrantes germánicos que se trasladó al Imperio en época tardorromana fuera tan nutrido para dejar tras de sí un extenso paisaje de tierras despobladas.

Obviamente, resulta imposible determinar con exactitud cuántos individuos se vieron arrastrados por las actividades migratorias generadas por la aparición y la caída del imperio de los hunos y por las nuevas oportunidades de expansión que por aquel entonces se abrieron a los vecinos más próximos del Imperio Romano cuando éste perdió su capacidad de controlar las fronteras. Sin embargo, merece la pena llevar a cabo un experimento mental de carácter negativo. Se trata de calcular cuántos emigrantes se sabe que salieron de las zonas afectadas por el colapso cultural. Hay buenos indicios, por ejemplo, de que visigodos y ostrogodos podían reunir alrededor de veinte mil hombres listos para el combate, o incluso más. Los ejércitos de vándalos, alanos y suevos alcanzaban juntos probablemente la misma cifra, evidentemente en 406, antes de sufrir las elevadas pérdidas a raíz de su paso por la península Ibérica, y por su parte el poder militar de los burgundios, aunque probablemente fuera inferior, no era ínfimo ni mucho menos. Nos resulta muy difícil hacernos una idea de cuántos refugiados

procedentes de la cuenca media del Danubio fueron reclutados por el ejército de Italia o las autoridades militares de los Balcanes del Imperio de Oriente; pero a juzgar por el número de hérulos del que se habla, los distintos grupos de los que tenemos noticia probablemente sumaran juntos al menos otros diez mil y pico guerreros, y es muy posible que doblaran esta cifra. El cálculo del número de anglosajones que emigraron es tal vez el más controvertido, y hay conjeturas para todos los gustos, desde las que hablan de veinte mil individuos, hasta las que postulan que fueron unos doscientos mil.⁵³

Si, por ahora, consideramos la máxima cantidad posible que indican estos testimonios —por razones que resultarán evidentes—, veremos que la cifra más elevada que puede calcularse razonablemente para el número de guerreros germánicos que abandonaron las zonas afectadas por el colapso cultural es poco más de cien mil, pero nunca doscientos mil. Sin duda es una mera conjetura, pero no se trata de una cifra desmesuradamente inflada, y este orden de magnitud militar es realmente necesario para explicar cómo los inmigrantes fueron capaces, juntos, de hacer caer a un estado romano de Occidente que resistía con determinación sus agresiones. En cualquier caso, sospecho que la cantidad de cien mil hombres no tiene suficientemente en cuenta el número de guerreros inmigrantes muertos en el curso de las acciones. No obstante, algo así como poco más de cien mil hombres constituye una cifra aproximada con la que poder trabajar. El número total de individuos que se pusieron en movimiento depende de la frecuencia con que mujeres y niños acompañaran a esos guerreros, y del tema turbio y oscuro relativo a la cantidad de esclavos que participaron en las expediciones. Llegado este punto, es conveniente considerar —una vez más— la máxima cantidad posible que puede calcularse, y, en cualquier caso, pese a ciertos intentos llevados a cabo recientemente para negarlo, hay, por un lado, bastantes testimonios de que la mayoría de los grupos más numerosos estaban compuestos por individuos de todas las edades y sexos, y, por otro, buenas razones para admitir que fue así. Como hemos visto, las estimaciones tradicionales multiplicaban el número de guerreros por cinco para obtener la población total de los grupos mixtos, pero es probable que hacerlo por cuatro sea más correcto. Por otro lado, en ninguno de esos cálculos se tiene en

cuenta a los esclavos. Si tenemos en cuenta todo esto, un cálculo razonable indicaría que el éxodo de las zonas que sufrieron el colapso cultural pudo afectar a un máximo de unas quinientas mil almas, o tal vez un poco más.⁵⁴

La razón de que nos interese por estos cálculos es que conocemos las dimensiones del territorio afectado. El colapso de la cultura germánica se produjo en una zona delimitada, a grandes rasgos, por el río Elba y el río Vístula en el norte, y las Puertas de Hierro y la cuenca baja del Don en el sur. Esto significa más o menos una extensión de cerca de un millón de kilómetros cuadrados. Para que las emigraciones de finales de la época imperial hubieran dejado vacía esta zona, la densidad de población de la región habría tenido que ser de 0,5 habitantes por kilómetro cuadrado. Se trata de una proporción imposible. Incluso teniendo en cuenta el hecho de que los sistemas agrícolas no eran intensivos, es sencillamente imposible que la marcha de medio millón de personas hubiera dejado vacía esa inmensa zona. Todas las cifras no son más que fruto de conjeturas en concordancia con los distintos cálculos que se barajan, pero un estudio reciente ha indicado (y de manera razonable) que sólo lo que él denomina región póntico-danubiana (mapa 15) tuvo que tener entre tres y cuatro millones de habitantes en la Antigüedad, y que se ha calculado que la población de la Gran Llanura Húngara era de unas trescientas mil personas en la Alta Edad Media. A pesar de que todas las cifras dadas en estos dos últimos párrafos no son más que aproximaciones, podemos descartar de todos modos, sin temor a equivocarnos, la posibilidad de que el colapso cultural que se produjo en el centro y el sudeste de Europa fuera provocado por la evacuación total de la población de la zona.⁵⁵

En términos generales, pues, el colapso de la cultura germánica fue provocado sólo por la desaparición de la zona afectada de determinados grupos de la elite. Pero esta conclusión debe ir acompañada de otras dos observaciones. En primer lugar, pese a todas las transformaciones experimentadas en los siglos precedentes, la sociedad germánica del siglo IV no estaba dominada por una elite de poquísimos miembros. Entre los siglos I y IV se produjeron nuevas distribuciones del poder social, pero la elite del mundo germánico seguía constituyendo un sector de la población más numeroso que la reducidísima clase terrateniente que, por ejemplo, había

dominado en el mundo romano. Como vimos en el capítulo 2, y como confirman los acontecimientos del llamado *Völkerwanderung*, debemos pensar en términos de poder social y político (e identidades colectivas) compartido por nutridos grupos oligárquicos compuestos de hombres libres, que comprendían entre un quinto y un tercio de la población guerrera. La participación en las migraciones tampoco quedó limitada, al menos en el caso de los grupos más numerosos, como, por ejemplo, el de los godos y el de los lombardos, a esta oligarquía dominante. Al menos se observan dos tipos de guerrero de distinto estrato social —que tal vez podamos identificar con los hombres de condición libre y los libertos que tenemos documentados en los códigos de leyes de la Alta Edad Media— en esos grupos invasores, no sólo un único cuerpo de soldados de la elite, y en ocasiones también iban acompañados de sus esclavos, por no hablar de sus familias.⁵⁶ La marcha de la elite no constituyó, pues, un fenómeno a pequeña escala.

En segundo lugar, como veremos en el próximo capítulo, los testimonios ponen de manifiesto que los niveles de población cayeron en picado en determinadas localidades en concreto. Una vez más, esto indica que la emigración germánica no debió de ser totalmente insignificante en términos demográficos, y las dos cosas pueden ir de la mano perfectamente. Puesto que, ante todo, las elites germánicas no eran tan reducidas, y había grupos sociales que dependían de ellas (los formados por esclavos y libertos) y las acompañaban, entonces cuando un grupo concentrado de emigrantes abandonaba *una zona concreta*, es muy probable que su acción creara áreas despobladas.⁵⁷

Así pues, no sólo los modelos de desarrollo vinieron a determinar la evolución de los procesos migratorios de finales del siglo IV y el siglo V, sino que esta última también vino a determinar a los primeros, esto es, las migraciones afectaron los modelos de desarrollo. Una de las principales consecuencias de esta interacción fue, como hemos visto, la aparición en Eurasia occidental de un tipo de poder imperial sin precedentes, basado en los recursos del norte de Europa. Como, sin embargo, el Imperio Romano de Occidente llegó a su fin en un proceso en el que importantes grupos armados y organizados procedentes de la periferia se instalaron en el corazón de las antiguas provincias romanas, el proceso de su colapso vino acompañado de

transformaciones análogas en buena parte de su periferia. El colapso cultural provocado por la marcha de la elite de la Europa germánica, cuya base seguía abarcando a un sector bastante amplio de población, cambió drásticamente la organización socioeconómica, y por ende política, de la antigua periferia del Imperio, y marca otra importante ruptura con el orden del mundo antiguo, una ruptura tan significativa como la que supuso la aparición del imperio franco del norte de Europa. Todo ello tendría unas consecuencias enormes para la creación de la Europa eslava, como veremos en el capítulo 8, aunque este proceso también estuvo profundamente condicionado por las tres principales reconfiguraciones del orden del mundo antiguo que se desarrollaron durante estos siglos centrales del primer milenio.

Lejos de Arabia

Hasta 600 d. C. aproximadamente, la mitad oriental del Imperio Romano, con capital en Constantinopla, conservó sus credenciales imperiales como potencia dominante del Mediterráneo. A pesar de lo fuerte que era su posición en la segunda década del siglo VI, el rey ostrogodo Teodorico se había reprimido de mostrar con absoluta claridad sus pretensiones al poder imperial, por temor a enemistarse con los soberanos de Constantinopla. Y en la siguiente generación, quedó patente la sagacidad que había demostrado este rey con su prudente juicio, cuando las fuerzas de Justiniano, después de veinte años de una guerra atroz iniciada en 536, desempeñaron un papel mucho más significativo que el de mera comparsa en la aparición de un poder imperial al norte de los Alpes tras destruir el reino ostrogodo de Italia. Esta aventura militar siguió a la sorprendente conquista en 532-534 del reino vándalo del norte de África. Más tarde, a comienzos de la década de 550, durante los últimos años del reinado de Justiniano, los romanos del Imperio de Oriente establecieron un punto de apoyo en el sur de Hispania. La dominación del Mediterráneo por parte de Constantinopla había dejado de ser latente para convertirse en manifiesta en apenas veinte años.

La caída desde tan altas cimas de grandeza imperial sufrida por los romanos de Oriente en el siglo VII fue en todos los sentidos tan espectacular como la que sufrió la mitad occidental del Imperio en el siglo V. A comienzos

de la década de 610, parecía que iban a ser conquistados por su enemigo tradicional, los persas sasánidas, que se hicieron con el control de las principales provincias generadoras de ingresos del Imperio, a saber, Siria, Palestina y Egipto. En 626, un ejército persa llegó a acampar en el lado asiático del Bósforo, mientras sus aliados nómadas ponían sitio a Constantinopla. Sorprendentemente, el Imperio logró superar una situación que parecía insalvable. Constantinopla sobrevivió al asedio, y el emperador Heraclio organizó una serie de campañas militares hacia Mesopotamia a través de Armenia que, en otoño de 628, llevaron a Persia al borde del colapso. El rey sasánida Cosroes II, que había empezado la guerra de invasión, fue depuesto, y la mayoría de los territorios conquistados pasaron de nuevo al Imperio de Heraclio.

Sin embargo, apenas había empezado a secarse la tinta utilizada para describir la historia de la gran victoria de Heraclio (título provisional de la obra: *El que la persigue, la consigue*), cuando tuvieron que tirarla a la primera «papirera» que encontraron. Desde un rincón de Oriente Próximo largamente ignorado salió un nuevo enemigo —una serie de tribus árabes que el Islam y Mahoma habían ido uniendo en los últimos diez años— que barría todo lo que encontraba a su paso. El triunfo de Heraclio se volvió polvo en sus labios cuando, a finales de su reinado, Siria, Palestina y Egipto se perdieron de nuevo, y Asia Menor quedó convertida en una tierra baldía asolada por la guerra. En 652, otros ejércitos árabes habían conquistado todo el Imperio Persa, y en menos de dos generaciones el nuevo imperio del Islam se extendería desde la India hasta las aguas del Atlántico.⁵⁸

Los detalles de esta sorprendente revolución en la historia universal no son importantes para este trabajo de investigación. Basta decir que —cosa que a estas alturas no nos sorprenderá— se han dado prácticamente el mismo número de razones para explicar la caída del Imperio Romano de Oriente que la de Occidente. La línea tradicional de esas explicaciones se ha centrado con frecuencia en las conquistas de Justiniano en el Mediterráneo occidental, sosteniendo que pecaban de ambiciosas y que dejaron a sus sucesores un cáliz envenenado de insolvencia y de excesiva expansión imperialista. Pero si «una semana en política es mucho tiempo», como comentó un célebre primer ministro británico, semejante asociación resulta difícilmente sostenible.

Justiniano murió a mediados de la década de 560, la conquista árabe se produjo setenta años, o lo que es lo mismo, casi tres generaciones, después. Ni que decir tiene que los acontecimientos pueden guardar una relación, pero ésta no parece simplemente de causa-efecto. Más recientemente, los que apelan a razones internas para explicar la decadencia de Constantinopla han centrado su atención en otras posibilidades: la secuencia periódica de epidemias que afectaron al mundo mediterráneo a partir de 540 y ciertos signos —tal vez relacionados con ellas— de un posible declive económico en el Oriente Próximo romano a finales del siglo VI.

Todas estas explicaciones aportan cosas, pero también deben tenerse en consideración determinados factores externos, sobre todo la feroz guerra global a lo largo de veinte años entre Constantinopla y los persas que precedió a las conquistas árabes. Durante el siglo VI, Persia y el Imperio Romano de Oriente estuvieron enzarzados en una guerra intermitente que en su mayor parte se desarrolló de una manera limitada: a través de terceros en el Cáucaso, o mediante asedios llevados a cabo para capturar determinadas fortalezas estratégicas. Se puso fin a este modelo restringido de guerra a comienzos del siglo VII, cuando las dos potencias se enfrentaron directamente, para acabar llegando a un punto muerto. Se consiguió una remontada triunfal con Heraclio cuando todo parecía perdido, pero los términos del tratado de paz de 628 ponen de manifiesto que el resultado final fue en realidad de empate por agotamiento de ambos bandos. A pesar de las victorias de Heraclio, Constantinopla no logró recuperar todos los territorios que había venido perdiendo desde 602. Ni que decir tiene que esta circunstancia explica en parte las victorias que obtuvieron los árabes sobre los dos imperios poco tiempo después.⁵⁹

Pero también debemos centrar nuestra atención en el propio mundo árabe. En él, el efecto galvanizador de la nueva religión de Mahoma, que creó unidad a partir de una población hasta entonces fragmentada, desempeñó un papel primordial. Pero, como en la aparición de las nuevas confederaciones capaces de crear estados sucesores en la periferia del Imperio Romano de Occidente a finales del siglo IV y a lo largo del siglo V, hay aquí una sucesión de antecedentes de suma importancia. Observados en conjunto, los testimonios ponen de relieve un aumento continuado y constante de las

dimensiones y el poder de los estados clientes árabes situados junto a las fronteras de los imperios romano y persa entre los siglos IV y VI, al igual que había ocurrido en Europa en los territorios de las periferias del Imperio Romano de Occidente entre los siglos I y IV.⁶⁰ Lo que nos interesa aquí, sin embargo, son los efectos generales que tuvo esta revolución del siglo VII en los modelos de poder de toda Europa. Hay dos que destacan.

En primer lugar, la aparición del Islam acabó con el Imperio Romano de Oriente como verdadera potencia imperial suprarregional. Si leemos algunos textos redactados en Constantinopla tras el diluvio, este hecho no se hace inmediatamente evidente, y la ciudad propiamente dicha no caería en poder de los musulmanes hasta 1453, cuando un cañón de Mehmed el Conquistador consiguió abrir una brecha en la gran muralla de la ciudad erigida por Teodosio, cerca de la actual estación de autobuses de Topkapi. Durante casi todos los setecientos años precedentes, los gobernantes de la ciudad se habían llamado a sí mismos «romanos» (aun cuando escribieran en griego), y habían conservado todas las antiguas ideologías romanas de supremacía: afirmaban que eran emperadores por designio divino y que su misión consistía en llevar el verdadero orden a toda la humanidad.

Como en muchos contextos, sin embargo, es importante ir más allá de las apariencias. En este sentido, lo que realmente sorprende de Constantinopla a partir del siglo VII es la cantidad de poder que pierde el estado. La conquista islámica dejó a Constantinopla sin muchas de sus provincias más prósperas: a Siria, Palestina y Egipto en la primera generación les seguiría muy pronto, unos cuarenta años más tarde, el norte de África, y posteriormente Sicilia. Asia Menor se salvó, pero acabó convertida en un campo de batalla a raíz de los conflictos que surgirían con el nuevo estado islámico, y los testimonios arqueológicos ponen de manifiesto la gravedad con la que su economía se vio afectada. Todas las grandes ciudades de la Antigüedad, allí donde sobrevivieron (pues algunas no lo lograron), dejaron de ser importantes centros de población, fabricación y comercio, para transformarse en fortalezas militares y puestos de mando. Del mismo modo, la acuñación de monedas empezó a ser sumamente reducida, y todo apunta a una simplificación enorme de la economía. Antes de que se produjeran todos estos desastres, el Imperio Romano de Oriente había tenido una «forma»

bastante parecida a la del imperio otomano del siglo XVI, del que se han conservado algunos archivos tributarios muy interesantes. Éstos pueden ser utilizados para estimar la probable envergadura de las pérdidas sufridas por Constantinopla durante el período anterior en términos de ingresos estatales (aunque la abrumadora naturaleza del desastre esté clara en cualquier caso). Y si nos ponemos a hacer los correspondientes cálculos, y realizamos los retoques pertinentes, resulta evidente que con la aparición del Islam Constantinopla perdió entre dos tercios y tres cuartos de sus ingresos; esto es, entre dos tercios y tres cuartos de su capacidad de actuación.⁶¹

Las consecuencias de este declive quedan claramente patentes en el panorama general de la historia de Europa después de 600 d. C. A partir de comienzos del siglo VII, Constantinopla ya no sería una potencia panmediterránea ni uno de los principales protagonistas en los grandes escenarios europeos. Aunque seguiría conservando su importancia en el marco del Mediterráneo oriental, en muchos sentidos pasó a convertirse a regañadientes en un estado satélite del mundo islámico, incapaz de controlar con firmeza su propio destino. Sus posteriores épocas de prosperidad y decadencia guardan una relación muy estrecha, e inversamente proporcional, con la historia del nuevo bloque de poder islámico. Cuando el Islam estuvo políticamente unido, Constantinopla quedó condenada a la decadencia; cuando —como ocurrió en ocasiones— el Islam se fragmentó, se abrieron pequeños espacios de expansión. En resumen, la autoproclamada condición de emperadores romanos de los soberanos de Constantinopla posteriores al siglo VII es una quimera. Las pérdidas que sufrieron a manos del Islam supusieron que la autoridad de estos emperadores quedara limitada a un territorio equivalente al de un estado sucesor del Imperio Romano, como cualquiera de los nuevos poderes del occidente romano de un siglo atrás. Personalmente prefiero, de hecho, utilizar el término «bizantino» en lugar de «romano de oriente» a partir del siglo VII, como reflejo del gran cambio que supuso en la historia del mar Mediterráneo la aparición de la marea islámica.⁶²

En segundo lugar encontramos el reverso de la misma moneda, esto es, la explosión del Islam creó una nueva superpotencia en los confines sudorientales de Europa. Engulló no sólo buena parte del Imperio Romano de

Oriente, incluidas evidentemente sus provincias más ricas, sino también al eterno rival de éste, el imperio de los Sasánidas. Cuando a comienzos del siglo VIII comenzó a despejarse la polvareda levantada por semejante convulsión, el resultado fue que en el mapa aparecía ahora un imperio gigante que se extendía desde la península Ibérica hasta el norte de la India. El gobierno de una entidad tan colosal con unos medios premodernos de comunicación fue siempre una pesadilla desde el punto de vista logístico, a la que se sumaban importantes divisiones ideológicas relativas al modo en que aquel imperio islámico debía ser administrado y por quién. Así pues, no es de sorprender que la historia interna de este imperio rara vez se caracterizara por la estabilidad. Aunque el control político que ejercieron fue siempre un poco inestable y sufrió las consecuencias derivadas de la distancia de sus respectivas capitales, tanto el califato de los Omeyyas con sede en Damasco entre la década de 660 y mediados del siglo VIII, como el califato de los Abasidas con sede en Bagdad desde finales del siglo VIII hasta comienzos del XI, representaron una enorme concentración de riquezas y poder imperial, a un nivel que sobrepasaba incluso al del Imperio Romano en su momento de máximo esplendor.⁶³ Esta superpotencia, cuyo centro se situaba en los límites del continente europeo con Oriente Próximo, se encontraba demasiado alejada para intervenir directamente en la historia de las migraciones y el desarrollo que se estaba escribiendo en la Europa bárbara, pero tuvo unos efectos indirectos importantísimos en todos esos procesos. No sólo borró del mapa de Europa al Imperio Romano de Oriente como uno de los principales protagonistas de la historia de este continente, sino que, como veremos en los siguientes capítulos, a través del Cáucaso extendió sus tentáculos económicos hasta la estepa occidental, y desde allí hasta el este, e incluso el norte, de Europa.

EL COLAPSO DE LOS SISTEMAS Y EL NACIMIENTO DE EUROPA

En parte, la caída del Imperio Romano de Occidente (y, del mismo modo, la del Imperio de Oriente) debe ser entendida como la materialización de todas las consecuencias de los procesos de desarrollo que se vieron impulsados a lo largo del medio milenio de existencia del Imperio. En

general, el nuevo modelo estratégico vigente en Europa desde 500 d. C. aproximadamente vino dictado por la aparición de un bloque de poder suprarregional en el norte de Europa, fruto de las transformaciones vividas durante los quinientos años anteriores. Como hemos visto, a finales del siglo V los francos se revelaron como una nueva fuerza en la periferia interna del antiguo Imperio. Se dedicaron a combinar sus antiguas patrias con antiguos territorios imperiales del oeste del Rin y otras zonas de las periferias interna y externa de Roma. El bloque de poder imperial resultante fue el primero de su especie basado en la explotación de recursos del norte de Europa, y no del Mediterráneo. Así pues, hay mucho de cierto cuando se dice que el Imperio Romano fue sembrando poco a poco las semillas de su propia destrucción. Sus tentáculos económicos, militares y diplomáticos fueron transformando a poblaciones vecinas hasta que éstas se vieron lo suficientemente fuertes para acabar con él.

Aunque en cierto sentido era predecible cuál iba a ser la naturaleza del Imperio tras la caída de Roma, en determinarla también desempeñó su papel esa dosis habitual de accidente histórico. Si pensamos en los modelos de transformación en conjunto, cabría esperar encontrarse con pedazos de territorio romano periféricos que caen en manos de reyezuelos de la frontera todavía más ambiciosos y agresivos a medida que, con el paso del tiempo, los cambios económicos y políticos aumentan su poder y erosionan lentamente la superioridad inicial que había permitido al Imperio el establecimiento en primer lugar de una dominación tan extendida. De hecho, esta secuencia de acontecimientos comenzó realmente a desarrollarse en época romana. En el siglo III, la Dacia transilvana y determinados territorios situados entre los Cárpatos y el Danubio tuvieron que ser cedidos a los godos y a otras nuevas potencias de la periferia del este de Europa, mientras que en el oeste los alamanes tomaron posesión de los abandonados Campos Decumates. De manera similar, en el siglo IV un rey alamán particularmente agresivo, Cnodomario, logró extender su control al lado occidental del valle del Rin, y los francos salios llegaron a la zona situada al oeste de la frontera del Bajo Rin. Por aquel entonces, el Imperio seguía siendo lo suficientemente fuerte como para mantener a raya las ambiciones de esos grupos, aunque resulta evidente cuál era la tendencia.

Sin embargo, en vez de seguir esta tónica, los hunos, con su aparición y desaparición como gran potencia, generaron una cantidad sin precedentes de migraciones por causas políticas, las cuales provocaron un repentino e impredecible traslado a territorio romano de grupos militarmente poderosos procedentes de las periferias interna y externa del Imperio. La primera crisis de 375-380 vio cómo godos, sármatas y taifalos entraban en territorio romano, procedentes de la periferia interior, del otro lado de la región fronteriza del Bajo Danubio, seguidos en 405-408 por algunos grupos de otras tribus: suevos (si eran marcomanos y cuados) y burgundios. Entre los grupos procedentes de la periferia externa relacionados con estos mismos acontecimientos podemos citar a los alanos, de los cuales distintas formaciones entraron en territorio imperial tanto en 375-380 como en 405-408, acompañados en esta segunda crisis por vándalos silingos y asdingos, que merodeaban por tierras situadas entre la periferia interna y la externa (sus territorios no estaban excesivamente alejados de la frontera, pero no sabemos que mantuvieran relaciones diplomáticas con el Imperio con anterioridad a la época de convulsión provocada por la aparición de los hunos).⁶⁴ Todas estas migraciones provocaron que Roma sufriera repentinas y catastróficas pérdidas de activos en el corazón de su imperio; pérdidas que a su vez precipitaron el colapso total e igualmente rápido de sus sistemas militar y político.

En lugar de constituir un poder suprarregional que emerge lentamente en el norte de Europa a medida que emprendedores líderes conforman poco a poco sus dominios, arrancando pedazos de territorio al Imperio y desafiando a sus homólogos rivales del otro lado de la frontera, los hunos alteraron espectacularmente con su aparición tanto el ritmo del proceso, como, al menos en parte, su naturaleza. En el siglo IV, los remotos confines de la periferia externa del Imperio, dominados principalmente por grupos de lengua germánica, y caracterizados por unos tipos muy peculiares de sistemas de cultura material, abarcaban una gran extensión de territorio. En el siglo VI, después de que se produjeran las migraciones de la época de los hunos y el consiguiente colapso de los sistemas de Przeworsk, Wielbark y Cernjachov, los antiguos modelos de cultura material habían desaparecido por completo al este del Elba o fuera de la cuenca media del Danubio. En las fuentes

históricas tampoco encontramos ningún indicio de las importantes estructuras políticas que había habido en esos territorios en época romana. La caída del Imperio de Occidente vino acompañada, pues, de una gran reducción de la extensión de la Europa de dominación germánica, así como de la unificación de la mayor parte de lo que quedaba bajo la hegemonía franca. Tanto la rapidez con la que se produjo la caída del Imperio como la espectacular reducción de la Europa germánica fueron fruto de los procesos migratorios provocados por la aparición de los hunos. En términos generales, todos estos hechos conllevaron una transformación radical en la historia de Europa.

Así pues, cuando se valoran todas las consecuencias que tuvieron el Imperio Romano y su decadencia en los modelos de desarrollo europeos, se llega a conclusiones muy paradójicas. En primer lugar, en la época romana propiamente dicha, esto es, hasta 350 d. C. aproximadamente, la interacción con el imperio contribuyó a la difusión de unas estructuras políticas más desarrolladas y de unos modelos de interacción económica a lo largo y ancho de extensos territorios del paisaje europeo. No sé si esto fue en general «bueno» o «malo» para la historia de la humanidad. La velocidad con la que avanza la civilización es muy difícil de medir. No obstante, de lo que estoy convencido es de que fue un fenómeno importantísimo. Sin embargo, en segundo lugar, la caída del Imperio de Occidente redujo ostensiblemente la extensión geográfica de la Europa más desarrollada, pues el proceso migratorio —en parte de naturaleza predatoria, y en parte de carácter más negativo por sus motivaciones— absorbió a grupos armados y políticamente organizados al sur y al oeste de Europa. El hecho de que la nueva superpotencia franca fuera un tipo de estado más débil redujo en cierta medida las antiguas diferencias existentes entre la Europa desarrollada y la Europa no desarrollada que había habido en la época romana. No obstante, en el siglo VI, la Europa más desarrollada abarcaba, contando el Imperio y la periferia, una extensión de territorio mucho más reducida, debido al efecto acordeón que supuso la caída del Imperio Romano de Occidente.

A la larga, sin embargo, este segundo factor resultaría mucho menos importante que el fin de la dominación mediterránea sobre la parte occidental de Eurasia. Este proceso comenzó con los francos y su construcción del primer poder imperial del norte de Europa. Se completó con la aparición del

Islam, que convirtió al Imperio de Oriente en el estado satélite de Bizancio, y que supuso la ruptura de la unidad política, y al final incluso cultural, del Mediterráneo. Esto liberó a la Europa del norte de los antiguos modelos de injerencia política propios del orden del mundo antiguo. La caída del Imperio Romano fue testigo de los dolores de parto de Europa, porque las expansiones de germánicos y árabes acabaron con la dominación del Mediterráneo sobre su hinterland septentrional. A finales del milenio, la Europa desarrollada y el club de estados monárquicos cristianos llegarían no sólo hasta el Elba, como en 500 d. C., sino mucho más al este, hasta el Volga. La interacción de migración y desarrollo que dio lugar a esta transformación aún más sorprendente del paisaje europeo constituye el tema central de los siguientes capítulos.

Capítulo 8

LA CREACIÓN DE LA EUROPA ESLAVA

Uno de los grandes grupos lingüísticos de la Europa moderna, de los hablantes de eslavo, comprende a casi doscientos setenta millones de individuos y los países que hablan lenguas primordialmente eslavas equivalen más o menos a la mitad del continente europeo. Este último punto, al menos, era básicamente válido ya a finales del primer milenio de la era cristiana. Ya en el año 900, los hablantes de eslavo dominaban vastas extensiones del territorio europeo al este del Elba e incluso algunas zonas más limitadas al oeste del mismo, en la cuenca de Bohemia y en torno al río Saale. El alcance del control de los eslavos por el este en esta época no está del todo claro, pero desde luego se extendía hasta gran parte de la Rusia europea: por el este hasta el Volga y por el norte hasta el lago Ilmen. Los hablantes de eslavo dominaban también gran parte de la península Balcánica (mapa 16).

Pero esa enorme Europa eslava era sólo una creación reciente. En tiempos de los romanos, Europa había estado dominada en su zona oriental hasta la altura del Vístula, esto es, casi quinientos kilómetros más al este de la frontera occidental del territorio posteriormente dominado por los eslavos a orillas del Elba, por pueblos hablantes de lenguas germánicas. Durante ese mismo período, los Balcanes formaban parte del Imperio Romano y habitaban en ellos poblaciones étnicamente dispares que hablaban latín y griego además de una gran variedad de dialectos y lenguas indígenas. Los nombres de los ríos (hidrónimos) indican también que buena parte de la Rusia europea central había estado dominada en un momento dado por hablantes de lenguas bálticas, no eslavas, mientras que sus zonas más septentrionales estaban en manos de poblaciones finesas (mapa 16). Más curioso aún es que no existe mención alguna en las fuentes romanas —en latín o en griego— escritas antes del derrocamiento del último emperador

romano de Occidente, Rómulo Augústulo, en 476, y eso a pesar de que los conocimientos de algunos geógrafos romanos llegaban hasta los confines septentrionales de la Europa oriental. Aunque poco estudiado en los círculos anglófonos, el surgimiento de la Europa eslava es una de las historias más importantes de todo el primer milenio. ¿De dónde salió y qué papel desempeñó la migración en su creación?

EN BUSCA DE LOS ESLAVOS

Pese a toda su importancia histórica, la creación de la Europa eslava es sumamente difícil de reconstruir. Algunas de las razones de que así sea son muy simples, y otras un poquito más exóticas. Ante todo y sobre todo, no tenemos ningún relato del proceso que sea contemporáneo de los hechos o que fuera escrito por un autor eslavo. El conocimiento de la escritura no entró en el mundo eslavo hasta la conversión al cristianismo. Y sería sólo en la Moravia de mediados del siglo IX (véase «Política y desarrollo») donde los misioneros bizantinos Cirilo y Metodio crearan la primera versión escrita de una lengua eslava para traducir la Biblia. Durante los siglos sucesivos, el conocimiento de la lectura y la escritura incluso en griego y latín permanecería restringido en buena parte a los contextos religiosos, y no sería hasta comienzos del siglo XII cuando el mundo eslavo empezara a generar sus propios relatos de su pasado: la *Crónica* de Cosme de Praga en Bohemia (escrita a partir de c. 1120), el *Gallus Anonymus* en Polonia (c. 1115), y la *Primera Crónica Rusa* (o *Cuento de los años pasados*, 1116) en Kiev. Casi medio milenio separa estas primeras versiones escritas por eslavos de la historia de los eslavos del período en el que empezó a establecerse la dominación de los eslavos sobre grandes extensiones del paisaje europeo. El foco de interés de estos textos era también la historia mucho más inmediata de los estados en los que fueron compuestos, y de sus dinastías reinantes, con alusiones a un pasado más remoto diseminadas aquí y allá. Así pues, toda la información más o menos contemporánea de los hechos que poseemos acerca de la aparición de los eslavos nos la proporcionan los escritores del Imperio Romano de Oriente o Bizantino, y en Occidente los autores postromanos (en su mayoría francos e italianos). En todos estos textos, seguían vivitas y

coleccionando las concepciones grecorromanas acerca de los «bárbaros». La medida en que podamos fiarnos de un relato en particular o por el contrario pensar que representa una construcción de la realidad lastrada ideológicamente, alineada con las expectativas preconcebidas del autor y de su público, constituye siempre por tanto una cuestión abierta.

El problema resulta insignificante, sin embargo, comparado con otro más básico. Ni siquiera estos autores ajenos al mundo eslavo escribieron mucho sobre él. Las fuentes del Imperio de Oriente dicen algo acerca de la eslavización de los Balcanes en los siglos VI y VII, las occidentales añaden otros detalles acerca de la difusión de los eslavos por el oeste bordeando la línea de los Cárpatos hasta llegar a los pies de los Alpes, y las fuentes de la época de los vikingos nos permiten vislumbrar el embate final de los grupos eslavos hacia el nordeste, en dirección al lago Ilmen. Pero la eslavización de grandes extensiones del norte de Europa entre los ríos Elba y Volga no es tratada por ninguna documentación histórica. Sería estupendo que nuestro problema fuera tener que estudiar hasta qué punto las fuentes presentan su propia construcción de la realidad más que la realidad misma, pero en la mayor parte de los casos ni siquiera podemos llevar la discusión tan lejos. Tan deficiente es la cobertura que nos ofrecen las fuentes escritas, que la creación de la Europa eslava debe ser estudiada prácticamente como un tema de la prehistoria, utilizando casi exclusivamente testimonios arqueológicos.

Orgullo y prejuicio

Una vez más tenemos que estar muy agradecidos a las dos generaciones de especialistas que desarrollaron su trabajo después de la Segunda Guerra Mundial y que invirtieron tanto esfuerzo en la investigación arqueológica en los países del bloque del este. La primera vez que fui a Polonia había cerca de dos mil estudiantes sólo en el Instituto de Arqueología de Varsovia, cada uno de los cuales debía participar en tres excavaciones distintas para poder obtener su título. Además había en el país varios otros institutos arqueológicos, y este mismo modelo se repetía a grandes rasgos en todos los países del antiguo bloque soviético. En consecuencia, grandes cantidades de material se pusieron al alcance de los estudiosos de la Europa prehistórica,

incluidos los siglos VI, VII y VIII, que fueron tan trascendentales para la aparición de los eslavos. En particular, los arqueólogos de la Europa central y del este han logrado identificar una colección de objetos correspondientes a una cultura material concreta que aparecen con bastante asiduidad más o menos en los lugares y las épocas debidas para establecer una asociación plausible entre ellos y al menos algunos grupos eslavos del período en cuestión. Estos restos de tipo «Korchak» —y los materiales de «Penkovka», estrechamente relacionados con ellos— consisten en simples conjuntos de cerámica, en forma sobre todo de ollas fabricadas a mano, asociados con poblados de cabañas, habitualmente no más de diez en cada conglomerado, semienterradas en el suelo y cuyo diseño incorporaba una hornilla, a menudo de piedra, en un rincón. Ocasionalmente se han encontrado pequeños cementerios de cremación junto a los poblados, en los que los restos humanos habían sido enterrados en simples urnas hechas a mano. Todo esto refleja la existencia de pequeñas comunidades campesinas, que practicaban regímenes agrícolas mixtos de tipo más o menos autárquico, y que utilizaban algunos instrumentos de hierro. Como cabría esperar, generalmente se encuentran en zonas en las que hay tierras fértiles accesibles con facilidad, en terrazas justo encima de las llanuras de aluvión de los ríos próximos. Los restos de tipo Korchak son también notables por la ausencia más o menos total de productos extranjeros de importación y de labores metalúrgicas vistosas de cualquier tipo, indígenas o importadas.¹

Aunque la asociación genérica de los restos de Korchak con algunos eslavos primitivos parece bastante segura, estos materiales son profundamente problemáticos. Una cuestión que se plantea inmediatamente es la cronología. Los restos de Korchak carecen del tipo de labores de metalurgia y de cerámica más sofisticada cuyos cambios estilísticos a lo largo del tiempo pueden ofrecernos unas guías de datación más o menos vagas. Los restos germánicos de la primera mitad del primer milenio suelen poder localizarse en el marco de un período de unos veinticinco años. Los materiales de Korchak por sí solos únicamente pueden ser situados en un marco de unos doscientos años de diferencia, más o menos entre el año 500 y el año 700 d. C. Cuando se dispone de madera o de carbono, pueden

utilizarse métodos de datación más técnicos, como el carbono 14 o la dendrocronología, pero resultan demasiado costosos y, por ahora, sólo están disponibles en un número relativamente pequeño de yacimientos.

Un problema incluso mayor es cómo debemos entender exactamente la relación existente entre los restos de tipo Korchak y los primitivos eslavos. ¿Cuánto tenía exactamente de estrecha y de exclusiva esa asociación? ¿Llevaban todas las comunidades de lengua eslava de c. 500 el tipo de vida que generó los restos del tipo Korchak? ¿Y los restos del tipo Korchak fueron generados sólo por poblaciones de lengua eslava? Desde luego algunos eslavos llevaban con toda seguridad un género de vida como la de Korchak, pero eso no significa necesariamente que lo llevaran todos. A la inversa, no hay absolutamente ningún motivo a priori de que pudieran hablarse diversas lenguas en las comunidades agrarias simples que generaron los restos de tipo Korchak.²

Además, la historia de los eslavos primitivos se ha visto complicada durante mucho tiempo por otros problemas. La naturaleza de los mismos se pone de manifiesto con toda claridad en el mapa de las distintas patrias originales de los eslavos que han sido propuestas a lo largo más o menos del último siglo (mapa 17). Como demuestra una rápida ojeada, son muchas y variadas, y llegan por el oeste hasta Bohemia según una versión y por el este hasta el río Don según otra. Además, detrás de estas discrepancias se oculta un patrón que va todavía más lejos. En primer lugar, entre los especialistas ha habido una marcada tendencia a identificar patrias eslavas originales que coincidan con el lugar del que ellos mismos son originarios. Si recorremos brevemente el mapa 17, comprobamos que Borkovsky, que identificaba Bohemia con la patria de los eslavos, era checo; Kostrzewski, que apostaba por Polonia, era polaco; Korosec, que votaba por Panonia, era yugoslavo (el norte de la antigua Yugoslavia comprendía parte de la antigua Panonia romana); mientras que Tetriakov y Rybakov, que optaban por zonas situadas más al este, eran soviéticos. Naturalmente hay excepciones. Kazimierz Godlowski, que defendía la franja exterior de los Cárpatos basándose en un repaso exhaustivo y desapasionado de todos los testimonios excavados a

partir de la Segunda Guerra Mundial, era polaco, y no creo que sus orígenes rumanos tuvieran nada que ver con la defensa de la zona situada entre los Cárpatos y el Danubio que ha realizado más recientemente Florin Curta.

En general, sin embargo, las repercusiones de las rivalidades nacionalistas —en realidad desde/en dos épocas ideológicas distintas— no pueden ser más claras. Como cabría esperar, la rivalidad intereslava fue un rasgo muy marcado de la época nacionalista de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Los intelectuales eslavos intrigaron como pudieron con el fin de mejorar su posición y obtener privilegios en sus propios círculos nacionales intentando relacionar a los eslavos primitivos con sus respectivos países de origen. Esta cuestión se convirtió en una verdadera patata caliente para las relaciones ruso-polacas, dada la posición de subordinación que tenían los polacos dentro del imperio ruso hasta el final de la Primera Guerra Mundial. Quizá más sorprendente resulte que estas rivalidades perduraran duran la época soviética. Según el dogma marxista clásico, como decíamos anteriormente, cualquier tipo de conciencia aparte de la conciencia de clase es por definición «falsa», esto es, una ideología generada por una elite para controlar a las masas. A nadie se le habría ocurrido pensar que a la jerarquía intelectual soviética le preocupara demasiado dónde exactamente apareció por primera vez una «falsa» conciencia étnica eslava, pero una de sus muchas paradojas es la forma en que la época soviética mezcló marxismo y nacionalismo en un mismo tejido. El hecho aparentemente obvio (en esa etapa) de que el destino había elegido a los eslavos para que fueran el primer pueblo que hiciera realidad el nuevo orden mundial marxista no hizo más que añadir un poco de sal y pimienta a las viejas rivalidades nacionalistas, y las consecuencias podrían llegar a ser brutales. Antes de la década de 1980, los estudiosos polacos que pusieron en duda que los hablantes de eslavo fueran siempre la población indígena de la zona comprendida entre el Óder y el Vístula —esto es, el territorio del estado polaco a partir de 1945— fueron castigados por tener semejante opinión.³

A veces, esas visiones antagónicas de la historia eslava tuvieron por objeto mantener a raya a los extraños. Gustav Kossinna, como vimos en el capítulo 1, no tuvo reparos en movilizar un supuesto pasado germánico para justificar las reivindicaciones territoriales del estado alemán; y en parte

Kostrzewski, estudioso de los métodos de Kossinna, le pagó con la misma moneda. Su tesis de que el corazón del nuevo estado polaco —tal como fue reconstituido al término de la Primera Guerra Mundial— había estado ocupado siempre por hablantes de eslavo iba dirigida no sólo contra las pretensiones rusas, sino también contra Kossinna. Hacer que cuajara semejante tesis planteaba algunos problemas intelectuales delicados. La *Germania* de Tácito señala que ciertos grupos de lengua germánica —en particular los godos, históricamente tan importantes— habían ocupado en el siglo I d. C. territorios que llegaban por el este hasta el río Vístula. Esta noticia resultaba muy difícil de conciliar con la teoría de una ocupación continua de los eslavos por esa misma época. Kostrzewski sostenía, sin embargo, que los godos y otros hablantes de germánico no eran más que una fina capa de población superpuesta a una mayoría «sumergida» de lengua eslava. Para sostener su tesis, Kostrzewski se propuso rastrear en el tiempo la historia de esa mayoría desde comienzos de la Edad Media hasta la época del Alto Imperio (a través de la cultura de Przeworsk) e incluso hasta c. 1000 a. C. (a través de las llamadas culturas de Pomerania y Lusacia).⁴

Retorciendo un poquito más la intriga intelectual de esta red de argumentos, el deseo natural de los intelectuales eslavos era asociar a los eslavos primitivos con los «mejores» conjuntos de restos antiguos que pudieran ser relevantes: en otras palabras, con los más avanzados tecnológicamente. Cuando en una ocasión le mostraron unos supuestos materiales germánicos primitivos pertenecientes a la Edad del Bronce báltica, Hitler se puso muy nervioso, pues por esa misma época los egipcios habían empezado ya a construir sus pirámides. En su opinión, aquello hacía que el batiburrillo de cerámica sencilla fabricada a mano que acababan de enseñarle pareciera totalmente baladí. El mismo tipo de reflejo ha distorsionado también las discusiones en torno a la historia eslava, y muchos investigadores han querido asociar a sus supuestos primitivos antepasados con algo un poquito más presentable que un puñado de tosca cerámica hecha a mano. La identificación que hacía Rybakov de una patria original eslava en Ucrania, por ejemplo, se basaba en la asociación de los eslavos con uno de los conjuntos más ricos de restos de la Edad de Hierro hallados en la Europa del este, la cultura de Cernjachov. Como hemos visto, esta cultura podía jactarse

de tener importantes poblados, armas e instrumentos de hierro, cerámica fabricada al torno con una amplia variedad de diseños, y unas joyas muy interesantes: en general, unos eslavos ancestrales más satisfactorios que otros habitantes de la Europa del este de su misma época, que vivían en cabañas semienterradas y utilizaban una cerámica hecha a mano con un único diseño sumamente tosco. Lo mismo cabe decir de Kostrzewski: considerado en términos tecnológicos, el sistema cultural de Przeworsk era uno de los «mejores» de la Europa central de la Edad de Hierro.

Después de la época nazi, las rebuscadas teorías de Kostrzewski atrajeron instintivamente mayor simpatía que los primitivos argumentos de Kossinna, pero tanto unas como otros estaban profundamente enraizados en las exigencias de la política de la época. Al igual que tantas otras versiones alternativas de la historia eslava producidas antes de aproximadamente 1970, la tarea de elaborar la mejor explicación posible de la prehistoria de la Europa central y oriental se vio férreamente subordinada a los programas políticos. Pero aproximadamente durante la última generación y en especial desde la caída del Muro de Berlín (aunque para entonces hacía ya una década o más que llevaban produciéndose revoluciones intelectuales en algunas zonas del bloque soviético), esos viejos imperativos políticos habían perdido mucha fuerza. En la década de 1970, Mark Shchukin demostró que la coincidencia cronológica entre la ascensión y caída del sistema cultural de Cernjachov al norte del mar Negro y el desarrollo del poder de los godos en la región era demasiado estrecha para no llegar a la conclusión de que la citada cultura estuvo dominada por los godos. Es posible que dentro de sus fronteras vivieran hablantes de eslavo, pero fue el poderío militar de los godos el que lo configuró. También en Polonia la teoría de la continuidad eslava de Kostrzewski fue puesta en tela de juicio, pues se demostró que había profundas discontinuidades que separaban las culturas prehistóricas de Lusacia y Pomerania, propias del primer milenio a. C., de los sistemas culturales de Wielbark y Przeworsk, que ocuparon el mismo paisaje durante el Alto Imperio.⁵ Los argumentos a favor de la existencia de una población eslava entre el Óder y el Vístula con una historia continuada desde al menos el año 1000 a. C. aproximadamente han perdido mucha credibilidad, y la cuestión de la historia primitiva de los eslavos ya no está marcada por el

mismo afán desesperado de mantener a raya a los eslavos rivales, de minimizar el papel desempeñado por los hablantes de germánico, y de identificar como eslavos todos los «mejores» conjuntos de restos arqueológicos. Ello no significa que hayan desaparecido las luchas en toda la Europa central y oriental, pero las disputas actuales son mucho menos virulentas, y tienen más que ver con el pasado propiamente dicho.

Una vez quitada de en medio tanta superestructura engañosa, ¿qué es lo que sabemos acerca de la eslavización de Europa?

Los protoeslavos

Por el único sitio por el que podemos empezar es por la primera aparición documentada de los eslavos en la historia de Europa. Los eslavos —propiamente los esclavenos— hacen su entrada al norte de la frontera del Imperio Romano de Oriente en el Bajo Danubio en la primera mitad del siglo VI. El historiador romano-oriental Procopio, que escribía hacia 550 d. C., habla de numerosas incursiones de saqueo de esclavenos y antas, de los que dice que estaban estrechamente emparentados y que cruzaron el Danubio y pasaron a las provincias balcánicas de Constantinopla. Estos ataques, o los de los antas, empezaron para ser exactos durante el reinado de Justino I (518-527), aunque los antas acabaron convirtiéndose en aliados del Imperio Romano de Oriente. En las décadas de 530 y 540, de hecho, los esclavenos planteaban ya el principal problema, y el relato de Procopio da a entender que sus ataques aumentaron constantemente su frecuencia y su intensidad. Los nombres de los líderes de estos grupos que conocemos indican que eran hablantes de eslavo, y parece que no hay razón para dudar de que el relato de Procopio es en este punto básicamente preciso.⁶ Desde aproximadamente el año 500, pues, encontramos a grupos de lengua eslava activos en lo que actualmente es Valaquia y el sur de Moldavia, la zona comprendida entre los Cárpatos y el Danubio.

En esta región han aparecido también materiales de tipo Korchak que datan del período correcto. En sí mismos, los restos del sistema de Korchak no pueden datarse con exactitud, pero entre los materiales Korchak de Valaquia y del sur de Moldavia los arqueólogos han encontrado algunos

productos de importación susceptibles de ser datados. En Dragosloveni, en Valaquia, se encontró un broche de finales del siglo v asociado con cerámica Korchak en una construcción semienterrada típicamente Korchak, y en la misma región se ha descubierto una famosa necrópolis, Sarata Monteoru, cuyos enterramientos contienen varios broches y hebillas de cinturón de finales del siglo iv y comienzos del v. Asimismo en Moldavia se han encontrado materiales por lo demás típicos de la cultura de Korchak en diversos contextos junto con cerámica de importación fabricada al torno que dataría del siglo v o comienzos del vi, y en un yacimiento cerca de Kishinev ha salido a la luz un espejo de tipo huno de mediados del siglo v en un conjunto de materiales de Korchak. Naturalmente nunca sabremos cuánto tiempo pudo estar en circulación un objeto antes de ser enterrado, pero entre los materiales de la cultura de Korchak hallados en la región han aparecido suficientes objetos de mediados o finales del siglo v para confirmar que se propagaron por Moldavia y Valaquia a finales del siglo v y comienzos del vi, la misma época que Procopio ante todo, pero también otras fuentes históricas del Imperio Romano de Oriente, registran la aparición de eslavos en la zona.⁷ Al menos esto es algo que acepta todo el mundo. ¿Pero esta presencia eslava al sur de los Cárpatos fue fruto de una migración proveniente de cualquier otro sitio, o había habido grupos eslavos viviendo allí desde hacía tiempo?

La respuesta tradicional ha sido siempre la migración. Por lo pronto, al hallarse tan cerca de la frontera romana y comprender algunos territorios que habían formado incluso parte de ella en los siglos ii y iii, la región subcarpática está relativamente bien documentada durante la primera mitad del primer milenio. El hecho de que ninguna fuente mencione aquí a los eslavos antes del año 500 no es, por tanto, el consabido *argumentum ex silentio*. Otros grupos de lengua no eslava ocuparon la zona en tiempos de los romanos. Igualmente sorprendente resulta que no haya pruebas de que los eslavos desempeñaran un papel significativo en el imperio de los hunos de Atila de mediados del siglo v, que dominó también con toda seguridad esta zona. Como es sabido, numerosos pueblos sometidos figuran en distintos momentos en los relatos acerca de la ascensión y caída de este imperio, pero los eslavos brillan sólo por su ausencia. Lo más que ha llegado a hacerse cuando se ha querido defender la presencia de los eslavos en el mundo de

Atila ha sido afirmar que la palabra *strava* —que, según el autor del siglo VI Jordanes, era el término usado por los hunos para designar el elogio fúnebre en honor de sus caudillos difuntos— deriva del eslavo. Puede que así sea, pero no sabemos nada acerca de la lengua de los hunos, de modo que bien pudiera ser al contrario, y tener un origen auténticamente huno. Se trata desde luego de un argumento muy endeble para asegurar que los eslavos, de los que por lo demás carecemos de cualquier tipo de documentación, desempeñaron un papel importante en el imperio de Atila.

El argumento a favor de la migración también tiene unas dimensiones más positivas. Jordanes, que escribió su obra en Constantinopla más o menos por la misma época que Procopio, ofrece la siguiente noticia, por lo demás muy célebre, acerca de los eslavos en el siglo VI:

Entre estos ríos se encuentra situada Dacia, ceñida por los elevados Alpes [los Cárpatos] como por una corona. Cerca de su flanco izquierdo, que se inclina hacia el norte, y partiendo de la fuente del Vístula, habita la populosa raza de los vénedos, que ocupa una gran extensión de terreno. Aunque actualmente sus nombres se han dispersado entre varios clanes y lugares, son llamados fundamentalmente esclavenos y antas. El hogar de los esclavenos se extiende desde la ciudad de Novioduno ... hasta el Dniéster, y por el norte hasta el Vístula ... Los antas, que son los más valerosos de estos pueblos ... se extienden desde el Dniéster hasta el Dniéper, ríos que se encuentran a muchos días de marcha uno de otro.

Gran parte de estas informaciones coincide con lo que nos dice Procopio, y además está la noticia de que los esclavenos y los antas habían surgido de un grupo más antiguo, los llamados vénedos. Se trata de un dato potencialmente muy importante porque, a diferencia de los esclavenos, los vénedos son mencionados en fuentes del Alto Imperio. Como hemos visto, Tácito los sitúa geográficamente al este del Vístula, en una amplia franja que iría desde el territorio de los fenos, en la zona ártica, hasta los Cárpatos. Un poco antes, Plinio había oído hablar de los vénedas, como él los llama, pero no da más información. El geógrafo del siglo II Ptolomeo conocía de ellos sólo unos pocos nombres más. No cabe duda de que los vénedos existieron y de que en la primera mitad del primer milenio vivían en el este de Europa, pero los romanos no sabían más que eso. Esta parte de Europa era para ellos un poquito menos misteriosa que la que situaban más allá, donde las gentes tenían «rostro y rasgos humanos, cuerpos y miembros de animales», pero sólo un poquito. El punto clave desde luego es que, si comparamos estas

primeras noticias con la de Jordanes, es perfectamente lógico suponer que la aparición de unos eslavos descendientes de los vénedos en la región subcarpática en torno al año 500 o poco después fue consecuencia de una migración desde el norte.⁸

El testimonio de Jordanes coincide además en parte con uno de los argumentos más famosos esgrimidos en los estudios sobre los eslavos primitivos, derivado del campo de la lingüística, y con algunos de los trabajos más respetables en el terreno de la arqueología. Todas las lenguas eslavas modernas tienen en común un nombre eslavo antiguo para designar el carpe, mientras que los que designan otros árboles, como el haya, el alerce o el tejo, son todos préstamos del germánico. Esto es así, se sostuvo a comienzos del siglo xx, porque el carpe dominaba la vegetación de la «patria eslava» original. Después de llevarse a cabo las correspondientes investigaciones, resultó que la única localización geográfica idónea era la comarca pantanosa de Pripet, en Polesie, una zona húmeda situada a unos trescientos cincuenta km al norte de los Cárpatos (mapa 17). No es de extrañar que a partir de ese momento los trabajos arqueológicos se centraran en gran parte en la región de Pripet, y que basándose en las numerosas investigaciones llevadas a cabo en ella durante las décadas de 1950 y 1960, la doctora Irina Rusanova afirmara que había desenterrado los primeros materiales conocidos del sistema Korchak. El propio yacimiento de Korchak fue uno de los lugares excavados por ella, lo que la indujo a cambiar el primitivo nombre de cultura de «Praga» que le había dado Borkovsky, por el de «Korchak», aplicado a la característica combinación de cabañas semienterradas y ollas de cerámica hechas a mano, aduciendo su supuesta anterioridad.⁹

Pero esta visión, otrora estándar, de la historia de los protoeslavos ha sido puesta en tela de juicio por Florin Curta, quien sostiene que los eslavos históricos surgieron precisamente, por el contrario, allí donde se les menciona por primera vez, esto es, en los confines sudorientales de la cordillera de los Cárpatos. Su tesis se basa en una mezcla de historia y arqueología. Para empezar, niega la veracidad de la noticia de Jordanes, según la cual los eslavos eran descendientes de los vénedos. Puede demostrarse que ciertos pasajes de la historia de Jordanes se basan en la *Germania* de Tácito, y Curta sostiene que la relación de los vénedos con los eslavos es una invención de

Jordanes basada en lo que dice Tácito: un ejemplo más de la tendencia documentada en los escritores romanos a afirmar que no hubo «nuevos bárbaros», sino que éstos son simplemente los antiguos con nuevos nombres. En el frente arqueológico, Curta arremete también contra las conclusiones de Rusanova, afirmando que los materiales de Korchak de la región subcarpática son más antiguos que sus equivalentes de Polesie y que por lo tanto no pueden derivar de éstos. Ahí radica el principal punto de interés de su estudio: Curta llama la atención sobre el numeroso grupo de testimonios históricos y arqueológicos que demuestran que los eslavos que estuvieron en contacto con el mundo del Imperio Romano de Oriente en el siglo VI se vieron arrastrados a un proceso dinámico de transformación sociopolítica y económica. Fue precisamente ese proceso el que «creó» a los «primeros» eslavos o protoeslavos.¹⁰

Muchas de las tesis de Curta están bien planteadas. Su refutación de la cronología de Rusanova es de todo punto convincente. Los materiales de Korchak procedentes de Polesie son desde luego posteriores a sus equivalentes del sur de los Cárpatos. Es también muy verosímil que algún lugar de los Cárpatos sea la zona en la que debemos situar los orígenes al menos de los eslavos que acabaron en la órbita del Imperio Romano de Oriente en el siglo VI. Curta defiende también que éstos serían originarios del extremo sudoriental de dicha cordillera. Otra teoría reciente, expuesta primero por Volodymyr Baran y adoptada después por los arqueólogos polacos de la llamada Escuela de Cracovia, sugiere que quizá deberíamos mirar más hacia el nordeste. Allí, en la actual Podolia, se han excavado grandes cantidades de materiales de tipo Korchak de la primera época (mucho más antiguos que los de Polesie, región situada mucho más al nordeste). El problema fundamental de la datación de los materiales de Korchak sigue en pie, pero parece de hecho que en Podolia hay más productos de importación susceptibles de ser datados y ligeramente más antiguos que en el punto que propone Curta, situado más al sudeste. Los poblados de Korchak de la región subcarpática propuestos por Curta surgieron además después de un siglo de asentamientos dispersos en la zona. Por estos motivos parece probable que los primeros eslavos que aparecen explícitamente en el repertorio histórico tuvieran sus orígenes inmediatos en

un grupo de población procedente del nordeste de los Cárpatos. En tal caso, su propagación habría sido muy rápida. Los materiales de Korchak procedentes de Podolia pueden ser anteriores a los de Valaquia y Moldavia a lo sumo en una generación arqueológica (unos veinticinco años) o dos.¹¹

Tampoco estoy convencido de que Curta tenga razón cuando rechaza a Jordanes. Como Jordanes no nos explica cuáles son sus métodos de trabajo y tampoco tenemos medios reales de comprobación cruzada, la idea de que se inventó el parentesco de los eslavos con los vénedos basándose en Tácito sólo puede ser una hipótesis. No es un hecho demostrable, y hay algunos puntos bastante elocuentes en su contra. Jordanes empezó siendo el secretario militar de un alto oficial del Imperio Romano de Oriente acantonado en la frontera del Danubio al mismo tiempo que empezaron a intensificarse los ataques de los eslavos. Nos ofrece también —basándose una vez más presumiblemente en conocimientos de primera mano— información muy precisa sobre el reasentamiento al sur de la frontera del Bajo Danubio de diversos fragmentos de población provenientes del naufragio del imperio de Atila. Este dato viene a subrayar el conocimiento que poseía de la región y hace que sea bastante plausible que poseyera una información fidedigna acerca de lo que los propios eslavos de la zona sabían de sus orígenes. De hecho, Jordanes quizá nos proporcione también la primera alusión histórica a un grupo eslavo en acción, haciendo referencias de pasada a una guerra del rey godo Vinitario contra los antas. Jordanes muestra aquí cierta confusión cronológica. Pensaba que Vinitario había vivido a finales del siglo IV, pero en realidad era el cabecilla de una de las partidas de guerreros que Valamero derrotó para crear a los ostrogodos de los Amalos, probablemente a la muerte de Atila. Pero desde luego Jordanes sitúa esta guerra antes de que los godos de los Amalos pasaran al oeste de los Cárpatos y emigraran a la Gran Llanura Húngara, por lo que el dato encaja con la imagen de unos antas de lengua eslava que habrían estado activos en los confines orientales de los Cárpatos durante el siglo V. Resulta también que el término «wendos» —derivado de la antigua denominación latina «vénedos»— pasó a ser utilizado a partir del siglo VII por muchas poblaciones de la Europa occidental a comienzos de la Edad Media para designar a sus nuevos vecinos eslavos; y, como veremos, la migración fue una característica de las poblaciones de lengua eslava que

tenemos documentadas a partir del siglo VI. Gran número de esclavos y antas de Moldavia y Valaquia acabarían en los Balcanes desde comienzos del siglo VII, y ya antes del VI podemos documentar a otros eslavos que se trasladaron al oeste a través de las mesetas de la Europa central. Dado que, como ya hemos visto a menudo anteriormente, en estos grupos de población se habían desarrollado unos hábitos de migración, cobra más peso la tesis de que los primeros grupos eslavos que encontramos al norte de la frontera del Danubio a comienzos del siglo VI habrían entrado en la región en un pasado reciente. Todo ello basta desde luego para que los motivos por los cuales Curta rechaza las noticias de Jordanes sean en el mejor de los casos poco convincentes, y en mi opinión es probable que, por una vez, el historiador romano supiera realmente de qué estaba hablando.¹²

Pero detrás de todo esto se oculta una cuestión más grave. Desde aproximadamente el año 500, como estudiaremos con más detalle dentro de poco, se desarrolló un gigantesco proceso de expansión que haría de los hablantes de eslavos la fuerza dominante en una gran extensión del paisaje europeo desde el Elba hasta el Volga. El proceso en cuestión está bastante mal documentado, pero parece efectivamente inconcebible que todo él procediera de un primitivo grupo de población confinado exclusivamente a Moldavia y Valaquia. Aunque descartemos lo que dice Jordanes de los vénedos y admitamos que los esclavos y los antas surgieron en la zona en la que son mencionados por primera vez, seguimos sin explicar el fenómeno de la eslavización en general. Dejando a un lado los nombres de los árboles, los testimonios lingüísticos nos proporcionan dos grandes puntos de referencia.

En primer lugar, los grupos lingüísticos eslavos modernos (el oriental, el occidental y el meridional) destacan por lo afines que han permanecido unos a otros: tanto que de hecho resultan comprensibles entre sí. Todo sugiere que esa afinidad es consecuencia no ya de unos procesos de convergencia lingüística en un pasado reciente, sino del hecho de que se separaron unos de otros en una fecha relativamente tardía. En segundo lugar, las lenguas eslavas tienen en conjunto una mayor afinidad a las bálticas, cuyos hidrónimos puede demostrarse que estaban en otro tiempo mucho más extendidos por la Europa del este de lo que lo están hoy (mapa 16). Como veíamos en el caso de los

anglosajones en Inglaterra, parece que los nombres de los ríos más importantes tienen una capacidad de sobrevivir a las grandes transformaciones culturales como si fueran fósiles. Así pues, no mucho antes de que se produjera la separación de las distintas ramas del eslavo, debemos pensar que tuvo lugar una separación previa de los hablantes de lenguas eslavas y bálticas. Hasta entonces habrían compartido el conjunto más antiguo de dialectos indoeuropeos más estrechamente emparentados.¹³ En términos igualmente generales, los testimonios arqueológicos ofrecen una imagen muy similar. Las únicas progenitoras posibles de los modos de vida agrícolas todavía sumamente sencillos que podemos apreciar en los restos de la cultura de Korchak y en otros afines a ella de c. 500 son las comunidades dedicadas a la agricultura de subsistencia de la Europa situada al este del Vístula y al norte de los Cárpatos en tiempos de los romanos. Unos testimonios y otros vienen a contarnos la misma historia. La población de Europa que hablaba en general lenguas eslavas surgió a todas luces en algún lugar en medio de la población de la Europa del este que no hablaba germánico. Aunque Jordanes se inventara la relación entre los esclavos y los antas (cosa que yo dudo mucho), da la impresión de que dio en el clavo.

LA ESLAVIZACIÓN DE EUROPA

Sin embargo, en lo que los testimonios lingüísticos sirven de poca ayuda es en la cronología. Sabemos que la familia lingüística eslava surgió en fecha relativamente reciente, ¿pero eso qué significa? Algunos expertos sostienen que la separación de los hablantes de lenguas bálticas no comenzó hasta mediados del primer milenio de la era cristiana, en el momento exacto en el que los hablantes de eslavo empiezan a aparecer en nuestras fuentes. Otros la situarían mucho antes, incluso mil años o más. Esta diferencia de opinión importa mucho cuando de lo que se trata es de entender la eslavización de Europa que se desarrolló a partir de c. 500 d. C. Si pensáramos que en esa fecha había muy pocos hablantes de eslavo porque la separación entre las dos ramas lingüísticas acababa de empezar, de modo que los hablantes de eslavo existentes en Europa no habrían sido prácticamente más que los esclavos y los antas de las culturas de Korchak y Penkovka, la dominación de Europa

alcanzada por los eslavos en c. 900 debería explicarse a partir de una base demográfica extremadamente limitada. Por el contrario, si la familia lingüística eslava hubiera surgido mucho antes, los esclavos y los antas habrían sido sólo dos subgrupos concretos de una población mucho mayor de lengua eslava. En estos momentos no hay manera de tener ninguna seguridad, pero la mayoría de los expertos situaría la aparición de la familia lingüística eslava mucho antes de mediados del primer milenio de la era cristiana, y suponer que los hablantes de eslavo no se limitaban por entonces a los habitantes de Moldavia y Valaquia encaja mejor con los testimonios generales de expansión de los eslavos.¹⁴ No obstante, conviene tener en cuenta las dos posibilidades cuando intentamos entender la explosión de dominio eslavo a lo largo de sus tres trayectorias principales: por el sur hacia los Balcanes, por el oeste y el norte hacia el Elba y el Báltico, y por el este y el norte hacia el Volga y los confines de la tundra ártica.

Los Balcanes

Para la expansión de los eslavos por los Balcanes disponemos de una selección relativamente completa de fuentes históricas más o menos contemporáneas de los hechos procedentes del ámbito del Imperio Romano de Oriente/Bizantino. Hasta que se publicaron los materiales arqueológicos recientemente descubiertos, constituían prácticamente el corpus de información más antiguo acerca de la primitiva historia de los eslavos que pudiéramos considerar mínimamente de calidad. En consecuencia, y eso es algo que sucede siempre que ha habido demasiadas personas inteligentes dedicadas a estudiar una cantidad limitada de información durante demasiado tiempo, el campo en cuestión ha acabado pareciéndose a una partida de ajedrez, en la que cada jugada intelectual recibe una respuesta perfectamente ensayada. Por fortuna no tenemos que enzarzarnos en semejantes batallas, pues los rasgos generales de la expansión eslava por los Balcanes están bastante claros.

Como acabamos de ver, las incursiones de los eslavos en los Balcanes se intensificaron por lo que se refiere a su extensión geográfica y sus ambiciones hacia mediados del siglo VI. En 547-548 una numerosa banda de

saqueadores procedentes del Danubio se extendió hacia el sudoeste a través del Ilírico, llegando por el sur hasta el importante puerto de Epidamno (Dirraquio), en el Adriático. Procopio señala que aquellos saqueadores capturaron muchas fortalezas, fenómeno nunca visto hasta la fecha. Este éxito los animó a realizar más ataques. Al año siguiente, tres mil eslavos cruzaron el Danubio y llegaron hasta el río Hebro. Allí derrotaron a unas fuerzas romanas de la zona y capturaron la importante población de Topiro, atrayendo a una emboscada a la guarnición de la ciudad. Se dice que unos trece mil varones de Topiro fueron asesinados en el curso del posterior saqueo de la ciudad, y que fueron hechos prisioneros numerosas mujeres y niños. El año 550 fue testigo del avance hacia el sur de un numerosísimo contingente nunca visto hasta entonces. La columna pasó por Naiso con la ambiciosa intención de tomar Tesalónica, la capital regional de los Balcanes, rodeada de fuertes murallas. Finalmente los invasores cambiaron de dirección, cruzando las montañas para entrar en Dalmacia y dispersándose ante el formidable ejército romano que se dirigía hacia el norte a través de los Balcanes para concluir la conquista de la Italia ostrogoda. Cuando acabó de pasar el ejército, los invasores dieron media vuelta y regresaron a la parte occidental de los Balcanes, derrotando a un segundo contingente improvisado por los romanos en Adrianópolis. Tras esta victoria, los invasores se plantaron a un día de marcha de la propia capital del Imperio, Constantinopla.¹⁵

Sin embargo, no tenemos buenos testimonios de que ninguno de esos eslavos se estableciera realmente por entonces de manera permanente o semipermanente dentro de las fronteras del Imperio. En 540, en virtud de un tratado, se concedió a los antas la antigua fortaleza romana de Turris, pero estaba al norte del Danubio y la finalidad del acuerdo era poner freno a cualquier nueva tentativa de incursión de saqueo por parte de los esclavos. Quizá aparezcan algunos topónimos eslavos en las listas que nos ofrece Procopio de los fuertes reparados o construidos por el emperador Justiniano (527-565) pero, de ser así, el hecho de estar asociados con fortalezas quizá indique que fueron fruto de asentamientos autorizados de reclutas eslavos integrados en el ejército romano, y no de una migración propiamente dicha. En cualquier caso, por aquella época los eslavos no actuaban con fuerza

suficiente para intentar llevar a cabo una conquista formal de ninguna zona de los Balcanes, o para conquistar centros importantes como Tesalónica.¹⁶ Sin embargo, esta situación general se vio radicalmente modificada a partir de 570 aproximadamente, con la aparición del imperio de los ávaros.

Los ávaros tienen una presencia tan destacada en todo lo que viene a continuación que debemos hacer alguna pequeña introducción. Participaron en la siguiente gran oleada guerreros a caballo originalmente nómadas que, después de los hunos, salieron de la Gran Estepa Euroasiática y crearon un imperio en Europa central. Afortunadamente sabemos bastante más sobre ellos que sobre los hunos. Los ávaros hablaban una lengua túrquica y anteriormente habían sido la fuerza hegemónica de una importante confederación de nómadas surgida en los confines de China. A comienzos del siglo VI habían perdido esa posición de dominio en beneficio de una fuerza rival, los llamados turcos occidentales, y llegaron a los alrededores de Europa como refugiados políticos, anunciándose por medio de una embajada que se presentó en la corte de Justiniano en 558. El emperador los consideró un nuevo peón en el gran juego diplomático del divide y vencerás mediante el cual había intentado evitar que se produjeran disturbios realmente serios en las zonas vecinas del nordeste. Semejante idea se demostró, sin embargo, que era por desgracia demasiado optimista. No contentos con el papel que les había sido asignado, los ávaros crearon rápidamente un bloque de poder imperial que supuso una verdadera amenaza. Tras agregar a su séquito una fuerza de nómadas búlgaros, en 570 se habían establecido en la Gran Llanura Húngara, el viejo coto privado de Atila, donde no tardaron en añadir a los gépidas a la lista cada vez mayor de pueblos conquistados y sometidos. Su llegada provocó también que los lombardos abandonaran la zona y buscaran unos dominios más seguros en Italia, más allá de los Alpes.¹⁷ Por si fuera poco, la llegada de los ávaros marca también un verdadero hito en la historia de los eslavos.

Como muchos vecinos suyos de la cuenca media y baja del Danubio, los eslavos de la zona de los Cárpatos se vieron convertidos en el objetivo de la agresiva ambición de los ávaros. Parece que en 604 los antas sufrieron particularmente su amenaza en el curso de una campaña punitiva que acabó con su independencia política. En cierto sentido, la aparición de los ávaros

hizo que algunos grupos eslavos intentaran emigrar con carácter permanente al sur del Danubio, con el fin de escapar a su dominación. En toda esta zona, los ataques masivos de los ávaros contra el Imperio Romano de Oriente, particularmente frecuentes en las décadas de 570 y 580 y luego de nuevo en la de 610, ofrecieron a esos grupos eslavos mayores oportunidades de hacer realidad sus ambiciones sin riesgo de un contraataque por parte de los romanos. Al mismo tiempo, las autoridades de Constantinopla se vieron obligadas a defender sus territorios orientales de Siria, Palestina y Egipto de las acometidas de persas y árabes. Estas zonas eran una fuente mucho más rica de ingresos fiscales que la región de los Balcanes, asolada por la guerra y, como es natural, siempre tuvieron prioridad.

La nueva era anunció su llegada en la década de 580. El emperador Mauricio (582-602) se vio envuelto en una guerra encarnizada con el Imperio Persa en Oriente Próximo, que absorbió la mayor parte de las fuerzas romanas móviles. Su marcha de los Balcanes permitió a los ávaros lanzar una serie de feroces ataques generalizados contra Tracia. Al mismo tiempo, los esclavenos organizaron sucesivas campañas destructivas en Tracia y el Ilírico, que supusieron el primer ataque realmente amenazador contra Tesalónica, la capital regional del Ilírico, en 586. Ese mismo año, «el quinto del reinado del emperador Mauricio», uno de los textos más famosos, la *Crónica de Monemvasiá*, señala incluso que los eslavos conquistaron todo el Peloponeso excepto una franja costera por el este que permaneció en manos de los romanos de Oriente. Según la *Crónica*, esta situación dio lugar a la evacuación en masa de «todos los griegos» de las zonas conquistadas: los ciudadanos de Patras fueron a Regia, en Calabria (sur de Italia), los de Argos a la isla de Urok, los corintios a Egina, y los espartanos a Sicilia y a la propia Monemvasiá, una península rocosa e inexpugnable en el sur del Peloponeso.

La eslavización final del Peloponeso, sin embargo, no se produjo tan pronto. La *Crónica de Monemvasiá* es un texto tardío y, aunque conserva alguna información auténtica, distorsiona el proceso del asentamiento de los eslavos. En la década de 590, una vez concluida victoriosamente la guerra contra Persia, Mauricio pudo lanzar el contraataque en los Balcanes. En el terreno diplomático, pagó a los antas para que atacaran a los invasores esclavenos, mientras que sus ejércitos infligían grandes derrotas a la hueste

principal de ávaros en 593-595 y de nuevo a partir de 599. En 602, sus fuerzas se encontraban actuando incluso en el Bajo Danubio, organizando una serie de ataques preventivos que aniquilaron a algunos grupos eslavos por completo. Las cartas de esta misma época del papa Gregorio I demuestran que las estructuras eclesiásticas fueron restauradas en el Ilírico en general, y en el Peloponeso en particular. Así pues, aunque es indudable que se produjeron, los primeros asentamientos eslavos de la década de 580 fueron devorados por los contraataques de Mauricio.¹⁸

Pero no acabó así la historia. A partir de 604, en una repetición del modelo de Mauricio, los sucesores de éste, Focas y Heraclio, se vieron enzarzados en una nueva guerra contra Persia que a comienzos de la década de 610 empezó a ir de mal en peor, con la pérdida del control de casi todo Egipto, Palestina y Siria. Todos los recursos militares disponibles tuvieron que volcarse en Oriente, abriendo así el camino a nuevos ataques de ávaros y eslavos a una escala desconocida hasta entonces. En 614, se produjo un gran desastre. Tesalónica se libró por los pelos de ser tomada. Por otra parte, Salona, el centro romano más importante de la costa dálmata, cayó en manos de los ávaros y los eslavos, junto con numerosas ciudades del norte de los Balcanes claves para el Imperio, como Naiso y Sérđica. La acción se trasladó luego al sur hasta el Peloponeso, cuando —entre otras cosas— los saqueadores eslavos se lanzaron contra las zonas costeras en grandes flotillas de simples canoas. Finalmente la propia Constantinopla se vio amenazada en 626 en el curso de un asedio de los ávaros de una semana de duración. Junto con esta embestida eslava, el asentamiento de los eslavos fue incrementándose.¹⁹

Heraclio logró acabar la guerra contra Persia, pero inmediatamente se vio obligado a hacer frente al surgimiento del Islam árabe. A diferencia de lo ocurrido en la década de 590, en esta ocasión no hubo tiempo de reparar los daños causados en el edificio de la vida romana en los Balcanes. Por consiguiente, los desastres de 614 supusieron el colapso definitivo de las fronteras danubianas del viejo Imperio Romano de Oriente: desde Dobrudja en el noreste hasta el Peloponeso en el sudoeste. Es imposible reconstruir un relato detallado de este proceso de colonización, pero tenemos una serie de viñetas, suministradas por diversas fuentes, que nos permiten vislumbrar su

magnitud sin ningún género de dudas. En Macedonia, al norte de los Balcanes, los *Milagros de san Demetrio* demuestran que a mediados del siglo VII estaba bien establecida una colonia eslava de grandes dimensiones en la región del río Estrimón, en los alrededores de Tesalónica. Por uno de los episodios contados en la citada obra sabemos que varios grupos eslavos se habían establecido en las proximidades de la ciudad hacia 670, punto que vienen a confirmar los acontecimientos posteriores. A finales de la década de 680, el emperador bizantino Justiniano II fue capaz, aunque sólo temporalmente, de tomar la iniciativa en Macedonia, sometiendo a las tribus eslavas de la región y restableciendo el control central del Imperio. Como parte de este proceso, se dice que trasladó a treinta mil eslavos a Asia Menor. Estas noticias tienen también algunos reflejos arqueológicos. En el siglo VII Macedonia y las zonas adyacentes del norte no fueron testigos de la expansión de los sistemas culturales del tipo Korchak plenamente desarrollados por su territorio, pero en diversos cementerios y yacimientos de Serbia y Croacia —Bakar Muntjac, Osijek, Stinjevac, Vinkovci— han salido a la luz numerosos hallazgos de materiales de Korchak.²⁰

Más al este, en Tracia, tenemos igualmente bien atestiguado el asentamiento de eslavos. Cuando se creó el primer estado búlgaro al norte del monte Hemo en c. 680, ya habitaban en la región siete tribus eslavas. Fueron reasentadas en el arco formado por las mesetas que rodean lo que luego sería el corazón de Bulgaria, en la llanura del Danubio. Aquí el patrón que muestran los restos arqueológicos es distinto del que encontramos en Macedonia. Se ha encontrado cerámica eslava aislada mezclada con materiales indígenas en los niveles correspondientes al siglo VI en los cementerios y las zonas rurales que rodean algunas de las fortalezas de la región fronteriza, particularmente Durostoro y Bononia. Pero las excavaciones efectuadas al norte de Bulgaria han sacado también a la luz yacimientos como Popina, donde aparecen materiales de tipo Korchak sin mezcla de objetos extranjeros de importación. Estos yacimientos y otros relacionados con ellos solían ser datados en el siglo VI, pero actualmente se ha demostrado que son más tardíos, posteriores al colapso definitivo de la frontera del Danubio en 614, que marca con claridad el comienzo del asentamiento a gran escala de eslavos también en esta zona de los Balcanes.

En términos arqueológicos e históricos, la situación se modificó luego debido a la llegada de los búlgaros, pueblo originalmente nómada y de lengua túrquica, pero esos desarrollos posteriores se basarían en un asentamiento a gran escala de los eslavos ocurrido con anterioridad.²¹

Los testimonios literarios y arqueológicos ponen asimismo de manifiesto una presencia eslava notable más al sur, en el corazón de lo que hoy día es Grecia y el Peloponeso. Los *Milagros de san Demetrio* mencionan de pasada a otros eslavos, los belegezitas, establecidos cerca de Tesalia y Demetriad. Textos de época posterior mencionan explícitamente a otros eslavos en el Peloponeso, en las proximidades de Patras, por ejemplo a los milingas y a los ezeritas, que a comienzos del siglo IX se sublevaron contra el pago de los tributos impuestos por el estado bizantino que había empezado a levantar cabeza (hasta cierto punto). Los ecos arqueológicos de esta presencia eslava se parecen más a los de Macedonia, al noroeste de los Balcanes, que a los de Tracia en el nordeste. Sólo se han efectuado unos pocos hallazgos, relativamente aislados, de materiales de Korchak, sin que haya indicios de que los inmigrantes eslavos importaran con ellos todo un sistema de cultura material. Y además, algunos de los materiales que solían atribuírseles probablemente tuvieran otros orígenes. Por ejemplo, en un cementerio de Olimpia salieron a la luz doce enterramientos de cremación de individuos sepultados en urnas funerarias de tipo Korchak. Son con toda probabilidad soldados del Imperio Romano de Oriente, quizá de origen eslavo, y no inmigrantes eslavos independientes. Se ha encontrado cerámica eslava más convincente en Argos, Mesina y Demetrio, y Grecia en su conjunto, como el resto de los Balcanes, ha producido toda una selección de fíbulas de estilo «digital» como las que llevaban a menudo, pero no exclusivamente, los eslavos de comienzos del período medieval. Son posibles otras explicaciones de esta relativa ausencia de materiales eslavos. Ante todo, los primeros estudiosos de la arqueología clásica, que no tenían el menor interés por los restos medievales, destruyeron la mayor parte de los grandes yacimientos griegos a finales del siglo XIX y comienzos del XX, y simplemente se limitaron a tirar todo lo que fuera postclásico. No obstante, parece una vez más que el avance de los grupos eslavos hacia Grecia propiamente dicha no dio lugar a unos sistemas completos de cultura material del tipo Korchak.²²

A mediados del siglo VII, la colonización de los eslavos afectaba ya más o menos a la totalidad de los Balcanes, pero quizá tampoco eso sea todo. Según una de nuestras fuentes, la zona del noroeste de los Balcanes conoció una oleada más de asentamientos eslavos. En *De administrando imperio* de Constantino Porfirogeneta se señala que una primera oleada de eslavos sin mayor diferenciación se estableció originalmente en las tierras que hoy día corresponden a Croacia, Serbia, Montenegro y Macedonia, como súbditos de los ávaros, en el momento en que estos últimos establecían su imperio en Centroeuropa (a partir de c. 560). Un poco más tarde, pero todavía en tiempos de Heraclio (610-641), esos eslavos fueron seguidos por otros dos grupos más organizados —los serbios y los croatas— que llegaron del norte para expulsar de la región a la mayoría de los ávaros (y obligando a los demás a someterse) y para establecer su dominio en Serbia y Dalmacia respectivamente. En el caso de los croatas, *De administrando imperio* conserva dos versiones de la historia, una a todas luces bizantina y otra croata. Como cabría suponer, difieren en dos puntos, a saber, si los croatas fueron invitados a entrar en los Balcanes o si actuaron por propia iniciativa, y si prometieron o no reconocer el predominio de los bizantinos como condición para establecerse en la zona.

Estas historias son bien conocidas, pero no es fácil saber qué hacer con ellas. Los nacionalistas serbios y croatas las han conservado como el relato de los orígenes de sus «pueblos», que habrían llegado al paisaje balcánico como unidades plenamente formadas. Los problemas que plantean, sin embargo, son evidentes. Por el hecho de ser noticias únicas, carecen de confirmación. Aparecen además en una fuente relativamente tardía, pues *De administrando imperio* es un texto de mediados del siglo X, y su relato tiene un tono típicamente legendario: los croatas son conducidos hasta el sur por una familia de cinco hermanos. No es de extrañar, pues, que a menudo hayan sido totalmente rechazadas. Por otro lado, fuentes árabes del siglo X confirman la existencia en ese momento de otros serbios y croatas al norte de los Cárpatos, y no hay nada intrínsecamente imposible en la generalidad de la acción esbozada. Si aceptamos que poseen un núcleo de verdad, ambas historias indican que algunos grupos más organizados de eslavos afirmaron su independencia frente al imperio de los ávaros trasladándose a los Balcanes y

estableciendo algún tipo de relación con el estado bizantino antes de la muerte de Heraclio. En realidad los serbios (o sorbios) del norte se libraron del yugo de la dominación de los ávaros —aunque tal vez sólo temporalmente— aliándose con un ex mercader franco, Samo, hacia 630; es decir, precisamente durante el reinado de Heraclio. Fue aquél, de hecho, un momento de crisis general del imperio ávaro como consecuencia de su contundente derrota en el sitio de Constantinopla de 626, y de la consiguiente pérdida de prestigio de su khagan (o Gran Khan). Numerosos súbditos búlgaros del khaganato escaparon también en ese momento del imperio de los ávaros refugiándose en Italia, de modo que la idea de que otros grupos eslavos hicieran lo mismo, con o sin invitación de los bizantinos, es perfectamente plausible.²³

Pero si todo ello es plausible, los serbios y los croatas del siglo VII no eran pueblos enteros responsables de la repoblación completa de esas zonas de los Balcanes. Como hemos visto, los ejemplos de migraciones del primer milenio que tenemos mejor documentados nunca han mostrado ni un solo caso de relevo demográfico total: siempre sobreviven algunos elementos de la población indígena. Además, es posible que en toda esta historia haya una complicación más. Los nombres étnicos «serbio» y «croata», junto con los nombres de persona de algunos de los líderes de los que se habla, quizá deriven del grupo de lenguas no eslavas, sino iránias. Se ha sugerido, pues, que ambos grupos quizá estuvieran dominados originalmente por un núcleo de nómadas iránios.²⁴ No se trata de nada intrínsecamente imposible. Podría ser resultado, por ejemplo, de la integración de unos grupos eslavos establecidos en el norte del mar Negro en una confederación militar dominada por nómadas iránios. No hay ni el más mínimo resto de testimonio escrito que apoye semejante tesis, pero ése es el modo en que nómadas como los hunos solían operar en los confines de Europa. También parece bastante verosímil que los serbios y los croatas afirmaran su independencia a expensas de los ávaros durante el reinado de Heraclio, quizá en torno a 630, cuando el imperio de los ávaros se hallaba en crisis, y que los bizantinos los utilizaran en el marco de una estrategia general de limitación del poder de los ávaros en los Balcanes. Si debemos considerar que en ese momento eran ya completamente eslavos, o si eran una confederación estructurada cuyo núcleo

estaba formado por grupos distintos de nómadas de lengua irania, es algo que no está ni mucho menos claro. Tampoco está claro si su llegada representó una nueva gran oleada de inmigración eslava al noroeste de los Balcanes, o si actuaron fundamentalmente como un elemento organizador de otros grupos eslavos presentes ya en la zona, pero sometidos hasta entonces al dominio de los ávaros. En este último caso, no serían muy distintos de los búlgaros en la zona oriental de los Balcanes.²⁵

Europa central

La expansión de los eslavos por Europa central entre el Elba y el Vístula fue también total. El texto fundamental que lo demuestra es un documento breve y sin pretensiones que tiene, sin embargo, una importancia histórica trascendental: el llamado *Geógrafo bávaro anónimo*. El documento, que data de la década de 820, fue escrito por un geógrafo anónimo que desarrolló sus actividades en Baviera. Hace un repaso de los vecinos del imperio de los francos, dando además sus nombres, entre los ríos Elba y Óder, e incluso intenta dar alguna indicación de sus poderes respectivos, atribuyendo a cada unidad un puesto en la clasificación según el número de «ciudades» (*civitates*) que tuviera (mapa 18). Cómo habrían sido esas ciudades es un asunto sobre el que volveremos en el capítulo 10. Lo fundamental en este momento es que todas esas unidades tienen nombres eslavos. Sabemos por otras fuentes que algunas poblaciones de lengua eslava habían penetrado incluso más allá del Elba en diversos momentos antes de la ascensión al poder de los carolingios, pero dichos inmigrantes nunca fueron en estas regiones lo bastante numerosos para poner en peligro la hegemonía de los sajones y los turingios de lengua germánica. El *Geógrafo bávaro* se detiene prácticamente en el río Óder, y es posible que el conocimiento de las zonas situadas más al este, entre el Óder y el Vístula, no fuera todavía muy habitual en la Europa carolingia de comienzos del siglo IX.²⁶

Para una imagen más completa del alcance de la dominación de los eslavos en la Europa central deberíamos esperar hasta la época otoniana, en pleno siglo X, cuando la tercera dinastía imperial franca extendiera sus ramificaciones al este del Elba. En 962 aparece de repente en el repertorio

histórico un incipiente estado polaco, circunstancia que nos ofrece un testimonio indiscutible de la dominación por parte de los eslavos de los territorios situados entre el Óder y el Vístula, y además disponemos de fuentes árabes que confirman la noticia. Así pues, desde finales del siglo x como máximo, toda la parte del norte y el centro de Europa comprendida entre el Elba y el Vístula era territorio dominado por gentes de lengua eslava. En realidad, el hecho de que dispongamos de documentación histórica acerca de los territorios situados al este del Óder sólo en el siglo x no debería interpretarse como prueba indudable de que Polonia fue eslavizada después que Bohemia o Moravia. Lo que tenemos ante nuestros ojos es la época en que se intensificó la interacción entre estas tierras y el poder imperial de la Europa occidental, no el momento en el que los eslavos las ocuparon por primera vez. La revolución general experimentada al norte de Europa central como consecuencia de la expansión eslava es muy fácil de ver. Durante la primera mitad del milenio, todos los territorios situados entre el Elba y el Vístula habían estado dominados por gentes de lengua germánica.²⁷

Pero aunque las fuentes carolingias y árabes nos permiten documentar la eslavización total de Europa central hacia el año 900 d. C., no nos permiten entender ni su cronología ni la naturaleza de los procesos históricos que la causaron. Tras la caída del Imperio Romano de Occidente en 476, durante los trescientos años siguientes se apaga prácticamente la luz de la historia —en el mejor de los casos intermitente en tiempos de los romanos— en el norte de la Europa central. Lo más que conservan las fuentes escritas son unas cuantas anécdotas que arrojan cierta luz sobre la expansión de la dominación eslava por las mesetas de la Europa central: la zona que va desde el oeste de los Cárpatos hasta los Alpes. La primera de esas anécdotas tiene que ver con los sucesos del año 512, cuando, como vimos en el capítulo 5, los infortunados hérulos iniciaron su larga marcha hacia Escandinavia. Según Procopio, pasaron primero «por el país de los eslavos». Lo más probable es que los hérulos salieran de la zona del Danubio Medio por el valle del Morava, la principal ruta natural hacia el norte desde la Gran Llanura Húngara. En tal caso, ya habría habido por entonces eslavos establecidos en lo que ahora es Eslovaquia. Esta conclusión se ve reforzada por un segundo incidente, acaecido en 543. Ese año, un príncipe lombardo llamado Hildegesio atacó a

unas tropas del Imperio Romano de Oriente con seis mil guerreros, la mayoría de los cuales eran una vez más eslavos. Como en ese momento los eslavos habitaban todavía en la zona del Danubio Medio, pues aún estamos antes de la llegada de los ávaros, parece probable que reclutaran a los eslavos en los confines de dicha región: de nuevo el valle del Morava, o algún lugar próximo a él. Nuestro tercer indicio data de finales del siglo VI, cuando las milicias bávaras tuvieron que repeler los ataques de los eslavos en 593 y 595. Así pues, unos cincuenta años después del incidente de Hildegesio tenemos documentada la presencia de grupos eslavos otros doscientos cincuenta kilómetros más al oeste, en los confines de Baviera.

Una imagen similar del alcance de la expansión de los eslavos por el oeste a comienzos del siglo VII nos la ofrece uno de los episodios más famosos de la historia primitiva de los eslavos, las aventuras de Samo, nuestro mercader franco convertido en príncipe eslavo. Sabemos que a lo largo de su pintoresca vida, durante la cual —entre otras cosas— engendró veintidós hijos y quince hijas con sus doce esposas eslavas, los sorbios se habían establecido hacia 630 en los confines de Turingia.²⁸ Ello indicaría que se hallaban afincados más o menos en la región del Elba meridional. Por esta época, según el cronista franco Fredegario, mantenían una «antigua relación» con sus vecinos, los turingios, que dataría de la ocupación de estas tierras por los sorbios en c. 600 como muy tarde. A partir de estas pocas referencias podemos hacernos una idea de la penetración de los eslavos en Occidente a través de Europa central, que se desarrollaría durante el siglo VI más o menos a lo largo de la línea que va desde el norte de los Cárpatos y sus alrededores hasta los Alpes (mapa 18). Pero eso es todo lo que nos ofrecen las fuentes, y en ellas no se dice nada en absoluto acerca de las llanuras del norte ni de las riberas del Báltico.

Los testimonios arqueológicos, en realidad, vienen a confirmar esta imagen. Como hemos visto, los conjuntos de materiales del tipo Korchak probablemente aparecieran por primera vez en el arco exterior de los Cárpatos a finales del siglo V, pero luego se extendieron por una zona mucho mayor. Por el oeste, su difusión llegó más o menos hasta los alrededores de los Cárpatos y por las mesetas de Europa central hasta Bohemia y las zonas adyacentes de la región del Alto Elba. Un conglomerado adicional de restos

de Korchak ha salido a la luz más al noroeste, en Mecklemburgo y Lusacia (mapa 18). El patrón arqueológico en esta zona es bastante diferente del que aparece en la mayor parte de los Balcanes. En vez de unos cuantos hallazgos fortuitos de cerámica de Korchak o de enterramientos aislados, en las mesetas de Europa central han aparecido complejos culturales enteros del tipo Korchak. En estas zonas se reprodujeron no ya objetos dispersos de tipo Korchak, sino todo un modo de vida Korchak, incluidos métodos de producción agrícola y modelos de relaciones sociales.

Cuando fueron identificados por primera vez, los materiales del tipo Korchak de Bohemia y Moravia fueron datados a mediados del siglo v. Pero en la actualidad es evidente que los restos de tipo Korchak recuperados en Bohemia no son anteriores a la segunda mitad del siglo vi. Brzezno es el yacimiento Korchak más antiguo que ha sido identificado hasta la fecha, y sus restos no son anteriores a c. 550. Este dato encaja perfectamente con los nuevos materiales susceptibles de ser datados que se han recuperado en Moravia, donde, una vez más, se ha demostrado últimamente que los materiales del tipo Korchak no aparecen antes de c. 550 como fecha más temprana en absoluto. La dendrocronología nos ha proporcionado además fechas precisas para la datación de los yacimientos Korchak de la región del Elba-Saale, al oeste de Bohemia. También aquí se ha modificado la cronología tradicional. Los hallazgos procedentes de la región Elba-Saale solían ser atribuidos a finales del siglo v o comienzos del vi; en la actualidad los restos más antiguos no han sido fechados antes de la década de 660.²⁹

La difusión geográfica de los materiales de Korchak por el sur de toda la Europa central amplía así la imagen de la expansión eslava que sugerían las referencias históricas aisladas. Las nuevas cronologías han acabado también con las viejas teorías que afirmaban que hubo una penetración inicial de los eslavos en la región del Elba a finales del siglo v o en el vi, que fue seguida por una segunda oleada de migración en el vii. Esta hipótesis tenía *in mente* un potencial paralelismo con la situación de los serbios y los croatas en los Balcanes. Se basaba, sin embargo, en la aparición de unos tipos completamente nuevos de cerámica en la región del Elba, acabada con unas cuantas vueltas al torno, en vez de estar fabricada completamente a mano. La difusión geográfica de los subtipos de esta cerámica coincide a grandes

rasgos con las principales confederaciones tribales conocidas en tiempos de los carolingios y los otones (mapa 18): los veletos (o wilzi; cerámica de Feldberg), los lusacios (cerámica de Tornow), y los sorbios (cerámica de Leipzig). Solía, pues, pensarse que la aparición de los nuevos tipos de cerámica marcaba la llegada de estos grupos tribales a la región. La dendrocronología, sin embargo, ha demostrado que los yacimientos que contienen esos tipos de cerámica fabricada al torno no datan de finales del siglo VI y del VII, sino de finales del VIII y del IX. En esa época, el conocimiento de la región que ofrecen las narraciones carolingias es más que suficiente para excluir la posibilidad de cualquier nueva migración a gran escala. Los nuevos tipos de cerámica, pues, representan la difusión de nuevas tecnologías de esta artesanía entre la población eslava ya indígena de la región del Elba. La cronología tardía hace además que resulte más lógico el hecho de que parte de esa cerámica se parezca a la carolingia del siglo VIII, cuya influencia es evidente que sufrió.³⁰

Por consiguiente, de todos estos materiales surge la imagen bastante clara de una franja de asentamientos eslavos que se extendería en el año 500 d. C. o alrededor de esa fecha por el oeste desde el hinterland septentrional de los Cárpatos hasta el norte de Eslovaquia. Unos cincuenta años después, una cultura material de tipo Korchak penetró hacia el sur hasta los valles de los ríos de la cuenca central del Danubio, y continuó por el oeste hasta Bohemia. Y otros cincuenta años más tarde, los grupos eslavos amenazaban los confines de Baviera y se establecían en la región del Elba-Saale.

Hasta ahí muy bien; pero todavía no hemos llegado al fondo de la ocupación eslava de Europa central. Como hemos visto, las fuentes de los siglos IX y X demuestran que en esta época las gentes de lengua eslava dominaban toda la llanura de Europa septentrional entre el Elba y el Vístula hasta el Báltico. Pero ésa es una zona mucho más grande que la comprendida por nuestra «estrecha» franja de yacimientos de Korchak de las mesetas de Europa central hasta la región del Elba, y los testimonios históricos no empiezan a aparecer en gran cantidad hasta que los eslavos estuvieron bien establecidos en ella. Así pues, ¿qué nos revelan los materiales arqueológicos acerca del proceso de eslavización del norte de Europa central?

Parece que una primera fase se ve reflejada en el llamado grupo de yacimientos de Mogilany, en la región de Cracovia, al sudeste de Polonia. Probablemente convenga considerarlos una variante local de los yacimientos de tipo Korchak descubiertos en zonas vecinas de los Cárpatos, a los que se parecen muchísimo. Los poblados de Mogilany han producido una gran variedad de cerámica similar hecha a mano, y se caracterizan por las cabañas, por lo demás ya bien conocidas, con pavimento semienterrado y hornos de piedra. De momento, y ésa es la única razón de que se les haya dado una denominación distinta, no se han encontrado cementerios en los poblados de Mogilany. Para este grupo no disponemos de fechas obtenidas por dendrocronología, por lo que su datación debe fundamentarse de momento en un método más antiguo. Se basaba éste en el hecho de que en casi toda Europa central los restos de tipo Korchak, en su mayoría no susceptibles de ser datados, sucedían a los materiales más ricos y por lo tanto más útiles desde el punto de vista de la cronología, de los anteriores pobladores, predominantemente de lengua germánica, antes de que se iniciara el fenómeno del colapso cultural. La datación final para esas culturas de tipo germánico en cualquier zona, pues, puede proporcionarnos una primera fecha útil del comienzo de los asentamientos eslavos en ella, siempre y cuando se cumplan dos condiciones. En primer lugar, los inmigrantes eslavos no habrían debido coexistir con los grupos de lengua germánica responsables de la cultura material más rica utilizada para fijar dicha fecha. Y en segundo lugar, no tiene que haber habido un intervalo de tiempo muy largo entre la desaparición de los materiales germánicos de la zona y la llegada de los eslavos.

Ambas condiciones pueden resultar problemáticas, pero el planteamiento funciona razonablemente bien allí donde, más al sur, podemos confirmarlo con la información suministrada por la dendrocronología. Por ejemplo, no hay testimonio de que las culturas predominantemente germánicas del norte y el este de Eslovaquia y del nordeste de Moravia siguieran vivas después del año 500. Por otra parte, en el sur de Eslovaquia y Moravia, y en Baja Austria (la parte de Austria situada al norte del Danubio) se han encontrado con posterioridad suficientes materiales germánicos para indicar que allí siguieron siendo utilizados hasta c. 550. Bohemia continuó

generando también culturas de tipo germánico hasta una fecha similar.³¹ Estas cronologías están a grandes rasgos en consonancia con la nueva datación científica de los primeros asentamientos eslavos en la región, lo que indica que sigue valiendo la pena aplicar el método en las regiones en las que de momento carecemos de dataciones más científicas.

En tiempos de los romanos, Cracovia, patria del grupo de Mogilany, se hallaba en las estribaciones meridionales del viejo sistema de Przeworsk. El colapso del mismo, como veíamos en el capítulo 5, coincidió con la aparición del imperio de los hunos más o menos en la primera mitad del siglo V. Una fíbula de importación hallada en el yacimiento Mogilany de Radziejow Kujawski puede datarse a finales del siglo V o muy a comienzos del VI, y el inicio de una segunda fase cultural dentro del grupo viene marcado por la aparición de labores de metal datables c. 600 d. C. aparecidas en el pozo 45 de Mogilany, que nos proporcionan la primera fecha posible del siglo VI para lo que hubo antes. Parece, pues, bastante verosímil que los hablantes de eslavo de la cultura de tipo Korchak se establecieran en el vacío de poder creado por la caída de la cultura de Przeworsk en el sudeste de Polonia a finales del siglo V o comienzos del VI, poco después de que se hagan visibles en la región de los Cárpatos.³²

Sin embargo, los comienzos del período medieval en casi todo lo que hoy día es Polonia no están marcados por la difusión generalizada de restos semejantes de tipo Korchak. Algunas zonas situadas al norte de Lublin, que en último término se extenderían por el oeste hasta el Elba, conocieron el desarrollo de otro sistema arqueológico regionalmente distinto: la llamada cultura de Sukow-Dziedzice (mapa 18). De momento se ha trazado una frontera muy clara entre este segundo conjunto de yacimientos y los del tipo Mogilany. Aunque algunos tipos de vasos pequeños de uno y otro grupo son idénticos, la cerámica de mayor tamaño es completamente distinta por su forma, y aquí los alfareros utilizaban un repertorio mucho mayor de formas que los que trabajaban más directamente en la tradición de Korchak. Algunos vasos parecen incluso imitaciones fabricadas a mano de los que anteriormente habían estado de moda en los mismos territorios durante el período de la cultura de Przeworsk, predominantemente germánica. Las cabañas de madera en fosa (*Grubenhäuser*), rasgo distintivo de las zonas de Korchak, tampoco

han aparecido en general en los territorios de Sukow-Dziedzice. Aparte de un grupo aislado de construcción atestiguado en los fértiles territorios de loess de Mazovia, Kuiavia y Celmno, el principal tipo de casa identificado hasta la fecha es el de la cabaña de madera construida a ras de suelo. Esta diferente tradición arquitectónica ha suministrado uno de los bastiones de la tesis de que Polonia pasó a ser un país de lengua eslava siguiendo una trayectoria de desarrollo histórico totalmente distinta de la que se desarrolló en Moravia, Bohemia y la región del sur del Elba. Para algunos especialistas, las culturas de Sukow-Dziedzice y de Korchak son tan distintas que la primera tuvo que ser generada por una población de lengua eslava totalmente diferente. Según las distintas tesis, esa población era o bien indígena de Polonia —que habría permanecido durante largo tiempo sumergida por debajo de la elite germánica—, o bien habría entrado en Polonia después del año 500, y no procedente de los Cárpatos, sino de una segunda «patria eslava» fuera de las zonas carpáticas dominadas por el sistema de Korchak, quizá de Bielorrusia. Según ambas tesis, la eslavización de Europa central, tan evidente en las fuentes carolingias, fue fruto de dos oleadas de expansión eslava, simultáneas, pero independientes: la población de tipo Korchak procedente de los Cárpatos y la de Sukow-Dziedzice, procedente de Bielorrusia o de la propia Polonia.³³

Parece que tras esta determinación de que Polonia tenga su propia trayectoria singular hacia la eslavización colea un residuo de las viejas concepciones nacionalistas. En particular, la idea de que los tipos de casa pueden ofrecer un medio seguro de diferenciar de manera tan absolutamente clara a dos grupos de población se ha visto socavada por algunas excavaciones recientes. En ellas se sacaron a la luz cabañas semienterradas en tres zonas en las que eran desconocidas hasta entonces: en Wyszogrod, Szarlig y Zmijewo. Además, en Wyszogrod se encontraron en un mismo lugar cabañas semienterradas y cabañas a ras de suelo de la misma época. Estos hallazgos hacen que parezca verosímil que si se prosiguen las investigaciones se encuentren de manera más general cabañas semienterradas de tipo Korchak en los territorios de Sukow-Dziedzice, erosionándose así la línea divisoria aparentemente clara que solía trazarse hasta la fecha entre ambas culturas.³⁴ Dicho esto, debido a la incertidumbre de los testimonios lingüísticos es perfectamente verosímil que las poblaciones de lengua eslava

estuvieran mucho más extendidas al norte de los Cárpatos y al este del Vístula a finales del siglo V, y así los podolios de Korchak no serían más que un subgrupo entre ellas. Es también perfectamente verosímil que esta población de lengua eslava en sentido lato, si es que existió, interviniera luego en la eslavización más general de zonas como, por ejemplo, Polonia. La mayor variedad de formas vasculares usadas en las zonas de Sukow-Dziedzice es muy sorprendente e indica de manera contundente que, a diferencia del grupo de Mogilany, el de Sukow-Dziedzice debe ser considerado un fenómeno más específico que una simple variante local polaca del sistema de Korchak. Quizá todo ello se debiera a que sus eslavos eran de origen distinto, pero, como veremos enseguida, tal vez tenga que ver más bien con las condiciones con las que se encontraron los inmigrantes cuando llegaron a Polonia.

Con cuánta rapidez se propagó la nueva forma cultural de Sukow-Dziedzice por el área comprendida entre el Vístula y el Elba resulta más difícil de determinar, pues todavía no se ha establecido la cronología interna de este sistema. El colapso de la cultura germánica en las zonas más septentrionales de Przeworsk y Wielbark había tenido lugar en el año 500 o poco más tarde, hecho que está en coherencia con una referencia aislada existente en una obra de un historiador del Imperio Romano de Oriente, teofilacto Simocata, que quizá diga que algunos eslavos habían llegado ya a las riberas del Báltico en la década de 590 (o puede que, sencillamente, no signifique nada). Por otro lado, las dataciones científicas de los yacimientos Sukow-Dziedzice en Lusacia, en la antigua RDA, indican que pertenecen a un período bastante posterior. Las piezas escandinavas de metal encontradas junto a restos de Sukow-Dziedzice en Rostow Karkow nos proporcionan un término *post quem* para ese poblado inmediatamente posterior al año 700 d. C. Las fechas absolutas por dendrocronología del propio yacimiento de Sukow-Dziedzice y de varios pozos de esa misma región nos han dado asimismo unas fechas situadas en el siglo VIII. Dichas fechas valen sólo para los territorios más occidentales del sistema Sukow-Dziedzice y, como hay buenos motivos para suponer que la expansión de los eslavos siguió en general una trayectoria este-oeste, no contradicen necesariamente una datación en el siglo VI de algunos materiales procedentes de Polonia. De

momento, sin embargo, eso es lo más que podemos hacer, aunque es indudable que ulteriores investigaciones científicas nos proporcionarán en su momento más información.³⁵

A grandes rasgos, pues, la expansión de la dominación de los hablantes de eslavo por toda el norte de Europa central, documentada en época carolingia, parece que confluyó en el Elba procedente de dos direcciones distintas, aunque no necesariamente de dos puntos de partida distintos. Una línea de avance viene marcada por la franja de yacimientos de Praga-Korchak que recorre las mesetas de Europa central hasta Bohemia e incluso más allá, en algunos lugares, al oeste del Elba. Esta trayectoria de avance se extendió más o menos a lo largo de un siglo, entre c. 500 y 600. Una segunda línea de avance viene marcada por la expansión de la cultura de Sukow-Dziedzice por la llanura de Europa septentrional, que resultó igualmente exitosa. Acabó extendiéndose, aunque más despacio de lo que solía creerse, por el oeste hasta el Elba, donde llegó, al parecer, c. 700. Son muchas las cosas que siguen estando oscuras, pero podemos trazar un breve esbozo de lo que fue la eslavización de Europa al oeste del Vístula gracias a una combinación de fuentes literarias y arqueológicas.

La Madre Rusia

Para la eslavización de la Rusia europea hasta la altura del Volga disponemos de dos grandes puntos de referencia. El primero procede de las fuentes históricas. Gracias a los geógrafos islámicos del siglo x, sabemos que por esa época los territorios situados al este del Vístula que corresponden a la actual Bielorrusia y a Volinia se hallaban bajo el control de los llamados «eslavos orientales». La imagen más completa de la zona a finales de la Alta Edad Media, sin embargo, nos la proporciona una fuente incluso posterior, la *Primera Crónica Rusa*, cuyo texto, tal como lo conocemos hoy día, es un producto de comienzos del siglo xii. Según esta versión, en torno a 900 d. C. varios grupos distintos de lengua eslava habían llegado a ocupar una zona verdaderamente grande de Europa del este. El texto habla sobre todo de los polianos, el grupo de lengua eslava establecido en los alrededores de Kiev, donde se compuso la *Crónica*, pero menciona de pasada a muchos otros

grupos y su localización aproximada. Evidentemente se trata de un relato retrospectivo, pero no hay por qué pensar en absoluto que ofrece una imagen errónea de la expansión de los hablantes de eslavo por la llanura de Europa oriental entre finales del primer milenio y comienzos del segundo. Las fuentes bizantinas, sobre todo el *De administrando imperio* (aunque esta vez la información que nos ofrece es contemporánea de los hechos y mucho menos problemática), confirma los rasgos básicos esenciales. A finales del primer milenio, grupos de lengua eslava dominaban una porción enorme de la llanura de Europa oriental, conquistando territorios hasta el este del río Dniéper y, en el caso de los eslovenos, extendiendo su control hasta el norte del lago Ilmen (mapa 19).³⁶

Desde una perspectiva moderna, no es de extrañar que encontremos gentes de lengua eslava repartidas con tanta profusión a lo largo y ancho de la Madre Rusia, pero nuestro segundo punto de referencia demuestra que no siempre había sido así. Los nombres de todos los grandes ríos de una enorme porción del territorio comprendido entre el Vístula y el Volga, al norte de la confluencia del Pripet y el Dniéper, derivan en realidad de lenguas bálticas, no eslavas. Parece, pues, inapelable la conclusión de que en un momento determinado habían dominado este paisaje gentes de lengua báltica. La situación observable en el siglo X, cuando lo dominaban más o menos por completo hablantes de eslavo, debió de ser creada, pues, en un momento determinado por la expansión eslava.³⁷ En vista de la absoluta ausencia de fuentes históricas, ¿cuál de las sucesivas culturas arqueológicas observables en el paisaje ruso a lo largo del primer milenio representa la penetración inicial de los pueblos de lengua eslava en las zonas originalmente dominadas por los baltos?

Es ésta otra zona sometida que se ha beneficiado enormemente de la inmensa labor arqueológica desarrollada en la Europa comunista después de 1945 y también aquí muchos de los viejos programas de la era soviética han sufrido un gran retroceso. Actualmente es posible, a cierto nivel, contar una historia bastante sencilla, empezando una vez más por el mundo indudablemente de lengua eslava de la cultura de Korchak de los Cárpatos c. 500 d. C. A mediados del siglo VI, los materiales de Korchak se habían propagado no sólo hacia el oeste y hacia el sur, sino también hacia el este,

hasta Ucrania. En esta época, fue ocupado por primera vez el yacimiento tipo —el propio Korchak— a orillas del río Teterev, cerca de Zhitomir, y la expansión no se detuvo. En el siglo VII, podían encontrarse materiales de Korchak más al norte, en Polesie: en la zona pantanosa del Pripet, famosa por los nombres de árboles. Más o menos por la misma época, empezaba a surgir una segunda zona cultural de importancia para nuestra historia, el llamado sistema de Penkovka, que entre 550 y 650 ocupó amplios sectores de la estepa boscosa de Ucrania.

En muchos sentidos, pueden establecerse diferencias entre los materiales de Penkovka y los de Korchak. Ambos sistemas generaron pequeños conglomerados de casas en terrazas fluviales que resultaban muy convenientes para la agricultura de subsistencia. De manera similar, las casas de Penkovka se hallaban parcialmente enterradas en el suelo, y disponían de hornos de piedra en una esquina. Lo único que diferencia los restos de Penkovka es la forma bicónica de algunos de sus vasos de cerámica más grandes, y la mayor variedad de los instrumentos de hierro y de metalurgia decorativa que a menudo encontramos en contextos de Penkovka. Para el profano (y de hecho para muchos especialistas también) las semejanzas son, por tanto, mucho más impresionantes que las diferencias, y la mayor parte de los estudiosos cree que si los materiales del tipo Korchak fueron generados por gentes de lengua eslava, lo mismo cabría decir del sistema de Penkovka. En efecto, a partir de las noticias de Jordanes acerca de la distribución geográfica relativa de los esclavos y los antas, con frecuencia se ha pensado que Penkovka fue obra de estos últimos y que Korchak lo fue de los primeros. Estas identificaciones concretas son cuestionables, pero las semejanzas básicas de ambos sistemas, junto con la coincidencia geográfica de su difusión y de los lugares donde realmente encontramos poblaciones de lengua eslava en el siglo VI, hacen que resulte razonable pensar que la cultura de Penkovka, lo mismo que la de Korchak, estuvo como mínimo dominada por eslavos.³⁸

Las últimas décadas del siglo VII, sin embargo, fueron una época de grandes cambios. Por todas las antiguas áreas de Korchak y casi toda la zona de Penkovka, junto con un sector importante al norte de una y otra ribera del Dniéper que anteriormente había estado fuera de los límites de uno y otro

sistema, surgió entre 650 y 750 una nueva cultura: la de Luka Raikovetskaia. Como sus homólogas de la misma época atestiguadas en los confines occidentales del mundo eslavo (los sistemas de Tornow, Feldberg y Leipzig), la principal diferencia entre la cultura de Luka Raikovetskaia y sus antecesoras era el hecho de que gran parte de su cerámica estaba acabada al torno. Todo indica que, en términos generales, el de Luka Raikovetskaia representa la reencarnación de los sistemas de Korchak y Penkovka en una época de avance tecnológico, aunque continúa el debate sobre hasta qué punto es acertado identificarlo como un solo sistema unificado o si por el contrario se debe escoger una serie de variantes locales.

Al mismo tiempo, algunas de las zonas más orientales de Penkovka experimentaron un ulterior proceso de desarrollo que es muy distintivo. Este sector, junto con otros territorios que anteriormente habían quedado completamente fuera del sistema de Penkovka, vio el desarrollo de la llamada cultura de Volyntsevo. Aparte, una vez más, de su cerámica, ligeramente diferente, se distinguía de la cultura de Luka Raikovetskaia por un predominio asombrosamente mayor de la metalurgia y de las fortalezas. Su historia comenzó, una vez más, en el siglo VII, pero siguió propagándose hasta el VIII, momento en el que su desarrollo viene marcado por la adquisición de un nuevo nombre, el de Romny-Borshevo. La cerámica de esta cultura se inscribe en una línea de desarrollo que parte directamente del sistema de Volyntsevo, pero se extendió a lo largo de una zona mucho más extensa (el principal motivo del cambio de nombre), y en particular hasta la cuenca del Alto Dniéper y la del Oka. Sus poblados se caracterizan también por el empleo aún más generalizado de fortificaciones. Tras el período inicial de formación, las culturas de Luka Raikovetskaia y de Romny-Borshevo continuaron en secuencias ininterrumpidas de desarrollo, con una distribución geográfica cada vez mayor, a lo largo del siglo X. En ese momento se extendían por las zonas en las que se hallaban situados la mayoría de los grupos eslavos citados en la *Primera Crónica Rusa* (mapa 19), y parece, pues, que no cabe duda alguna de que puede establecerse una asociación directa entre las poblaciones eslavas del siglo X y estos dos sistemas arqueológicos.³⁹

Resulta ahora bastante fácil seguir a grandes rasgos la historia de la ascensión y caída de los sistemas de cultura material de la llanura de la Europa oriental, y tenemos dos pares de ecuaciones —entre Korchak y Penkovka y los hablantes de eslavo conocidos en el siglo VI, por un lado, y entre Luka Raikovetskaia y Volyntsevo y Romny-Borshevo y los hablantes de eslavo conocidos en el siglo X, por otro— que parecen bastante seguras.

Pero eso no es un relato histórico y no habría que confundirlo con nada parecido. Lo que ahora podemos fijar en el mapa con cierta seguridad es la secuencia de desarrollo de las tradiciones cerámicas de la llanura de la Europa oriental durante la segunda mitad del primer milenio. Las fuentes históricas ponen también de manifiesto que las fases posteriores de Volyntsevo y Romny-Borshevo coinciden geográfica y cronológicamente con el predominio de los hablantes de eslavo durante el siglo X. Pero los vasos de cerámica no son personas, y el hecho de intentar comprender la historia humana que se oculta tras esas secuencias cerámicas y su relación con unos modelos históricos más generales de formación del estado y de migración, suscita muchas otras cuestiones.

Dos de ellas tienen una fuerza especial. En primer lugar, la introducción de la cerámica fabricada al torno hace que resulte difícil tener seguridad de cuán directa es la línea de evolución que va de las poblaciones de Korchak y Penkovka a las de Luka Raikovetskaia y Volyntsevo. ¿Surgieron los nuevos sistemas porque los alfareros de Korchak y Penkovka adoptaron una nueva tecnología de la cerámica? En tal caso, pues, dado que los sistemas de Korchak y Penkovka estuvieron dominados con toda probabilidad por gentes de lengua eslava, presumiblemente también lo estarían el de Luka Raikovetskaia y el de Volyntsevo. Ésa es la idea habitual, pero las transformaciones experimentadas por la cerámica podrían ocultar una historia humana mucho más compleja, y la mejora de la cerámica —los vasos fabricados al torno son mejores que los fabricados a mano— quizá fuera adoptada también por poblaciones no eslavas. En segundo lugar, ¿cuál es la historia humana que se oculta tras la sucesiva difusión de los modelos de los sistemas culturales de Luka Raikovetskaia y Volyntsevo más al norte y al

este entre los siglos VIII y X? ¿Fue una expansión de seres humanos vivos, o sólo la propagación de nuevos hábitos entre unas poblaciones ya existentes? Se trata de dos cuestiones sobre las que volveremos más adelante.

Tras ellas, sin embargo, se oculta el problema mucho más grave que se plantea cuando la arqueología se compara con la lingüística. ¿Representa la expansión perfectamente documentada hacia el norte y hacia el este de los sistemas de Korchak y Penkovka, trayectoria llevada luego más lejos por sus sucesores de Luka Raikovetskaia y de Volyntsevo, la eslavización inicial de Rusia y Ucrania y el alejamiento general de estas áreas de la órbita de las poblaciones de lengua báltica? Según cierta tesis, es perfectamente posible que así sea. Como hemos visto, algunos lingüistas datarían la separación inicial de las familias lingüísticas eslava y báltica a mediados del primer milenio de la era cristiana, lo que haría que fuera lógico identificar la aparición de las culturas del tipo Korchak en la franja de los Cárpatos con ese momento de definición lingüística. De ser así, la ulterior expansión hacia el norte y hacia el este de unas culturas arqueológicas probablemente emparentadas representaría con toda verosimilitud la eslavización inicial de la Madre Rusia.

Pero hay otros lingüistas que datan la escisión balto-eslava bastante antes, posiblemente incluso en el segundo milenio a. C. Y, en línea con esta postura, otros arqueólogos sostienen, basándose en los modelos generales de vida que los generaron, que algunos de los sistemas que encontramos en la vertiente báltica de los hidrónimos a mediados del primer milenio —en particular la llamada cultura de Kolochin— son tan semejantes a los generados por el sistema de Korchak que sería una arbitrariedad suponer que estos últimos estaban dominados por gentes hablantes de eslavo y que los otros no. Una vez más se trata a priori de un argumento perfectamente posible. Según esta teoría, lo que estaríamos viendo con la expansión del sistema de Korchak sería la capacidad mostrada por un grupo particularmente afortunado de población de lengua eslava de extender su dominio sobre un paisaje ya en términos generales eslavo-hablante. El primer modelo —en el que el predominio político de los hablantes de eslavo y la llegada de esta lengua van de la mano— se parecería al patrón general observado ya en los

Balcanes y en Europa central. Pero no podemos excluir la posibilidad menos espectacular, esto es, que Rusia y Ucrania empezaran a hablar eslavo en algún momento antes del período que nos ocupa.⁴⁰

LA MIGRACIÓN Y LOS ESLAVOS

Desde las estribaciones de la cordillera de los Cárpatos donde se hallaban a finales del siglo v, unos grupos eslavos se extendieron decididamente por el sur hacia los Balcanes en el vii tras un período de agresivas incursiones de saqueo que se prolongaron durante casi todo el siglo vi. Otros grupos de lengua eslava se extendían por esa misma época hacia el sur de Polonia (el grupo de Mogilany a comienzos del siglo vi) y hacia el oeste por la vertiente septentrional de los Cárpatos, llegando a Moravia en la primera mitad del siglo vi, a Bohemia en la segunda, y a la confluencia del Havel, el Saale y el Elba a comienzos del vii. Una segunda línea de avance llegó también al Elba quizá sólo un poquito después, tras extenderse al norte y al oeste del Vístula, pero, como hemos visto, la cronología interna del sistema de Sukow-Dziedzice sigue siendo muy vaga. La dinámica expansión de los eslavos en el siglo vi hacia el oeste fue perfectamente imitada en Ucrania, al otro lado de los Cárpatos, donde el sistema de Korchak y el de Penkovka, estrechamente emparentado con él, se extendieron por amplias zonas a lo largo del siglo vi. Pero ni siquiera toda esa expansión explica el predominio de los grupos de lengua eslava por grandes sectores de regiones hasta entonces de lengua báltica que podemos observar en el siglo x. La ulterior expansión de los sistemas de Luka Raikovetskaia y de Volyntsevo por las zonas de Korchak y de Penkovka, e incluso más allá, quizá refleje esa situación, pero, como hemos visto, puede que la historia sea mucho más complicada de lo que sugeriría la simple progresión lineal de las culturas materiales.

Sin testimonios históricos, es imposible saber cuán dispersas estaban ya las poblaciones hablantes de eslavo por la Europa del este hacia 500 d. C. La extensión geográfica del fenómeno y la cantidad de formas distintas que adoptó indican, no obstante, que en aquel momento debía de haber bastantes más hablantes de eslavo que los esclavos y los antas de Moldavia y

Valaquia, pero aun así, la expansión de los eslavos, sobre todo por la Rusia europea, resulta sumamente problemática. La difusión de los sistemas de Penkovka, Luka Raikovetskaia y Volyntsevo por diversas zonas de la llanura de la Europa oriental podría representar realmente la eslavización inicial de dichos territorios o el triunfo de un grupo concreto de población de lengua eslava sobre sus compañeros. Y lo que es fundamental, todo esto no es más que un esbozo de los rasgos más generales y simples de la expansión eslava.

¿Con qué medios extendieron los hablantes de eslavo su dominio sobre un sector tan amplio del paisaje europeo, y qué provocó esta revolución tan trascendental en la historia de Europa?

Intentar comprender la historia humana que se oculta tras la creación de la Europa eslava es incluso más difícil que explorar las actividades migratorias de los grupos germánicos que se vieron afectados por la caída del Imperio Romano, sobre todo por dos razones. Ante todo y sobre todo, los testimonios históricos son todavía más defectuosos. Y la segunda razón seguiría siendo válida aunque los testimonios literarios fueran más completos. La aparición de los esclavos y los antas en la región subcarpática hacia 500 d. C. supuso por sí sola una revolución enorme, por cuanto los hablantes de eslavo no están documentados en la zona hasta ese momento. Pero otras poblaciones de lengua eslava se extendieron luego en una gran multiplicidad de ocasiones y de lugares para crear la Europa eslava que había a finales del primer milenio: en Moravia, Bohemia y Ucrania en el siglo VI, en los Balcanes en el VII, en la zona boscosa de Rusia ya en el VIII y en el X, y en el norte de Europa central entre una época y otra. Es inconcebible que unas actividades expansionistas tan dispersas en el tiempo y en el espacio adoptaran todas una sola forma.

Flujos migratorios

A falta de fuentes históricas de buena calidad, resulta sumamente difícil calcular la magnitud de las unidades de población que intervinieron en la migración eslava. Las únicas cifras que parecen aceptables se refieren a las partidas de saqueadores del siglo VI que una y otra vez llegaron en grupos de unos pocos millares de individuos. En una ocasión, un grupo mixto de mil

seiscientos hunos, antas y esclavos irrumpió en el territorio del Imperio de Oriente; en otra, tres mil saqueadores eslavos tuvieron que pagar a los gépidas una moneda de oro por cabeza por ser cruzados en barca y trasladados a lugar seguro. La partida de guerreros gépidas y eslavos de Hildegesio estaba compuesta por seis mil hombres, y, según se dice, una «elite» de cinco mil eslavos realizó un intento de asaltar por sorpresa las defensas de Tesalónica en 598.⁴¹ Estas cifras son razonablemente coherentes, pero se refieren a un tipo de actividad distinta de la migración expansionista que afectó a los Balcanes en el siglo VII y a los Cárpatos y las mesetas de la Europa central en el VI. No es probable que los mismos tipos de grupo social fueran responsables de ambas actividades.

Como indican sus respectivos contextos —que se extenderían desde la Europa central en el siglo VI hasta el lago Ilmen en el IX—, en la creación de la Europa eslava intervinieron tantos procesos distintos que vale la pena confinar el análisis inicialmente a la Europa central y a los Balcanes de los siglos VI y VII, para los cuales tenemos al menos alguna documentación. Pero incluso dentro de estas esferas, resultan visibles dos tipos de resultados totalmente distintos en términos arqueológicos. En algunos contextos — particularmente en las estribaciones de los Cárpatos, en Moravia, Bohemia, la región del Elba-Saale, y el oeste y el sur de Ucrania durante el siglo VI, así como en algunas partes de Tracia poco después del año 600—, la consecuencia fue el traslado más o menos completo a una nueva zona de una cultura material del tipo Korchak en todas sus manifestaciones evaluables: estilo de vida, tecnología y modelos sociales. La única cosa que varía entre todas estas zonas es la forma de algunos objetos de cerámica. Un resultado arqueológico muy distinto encontramos en otras zonas que sabemos que estuvieron dominadas por los eslavos, pero en las que los conjuntos arqueológicos recuperados han producido sólo elementos aislados de tipo Korchak en lo que constituye un conjunto de materiales mucho más variados. Este modelo es el que predomina en gran parte de los antiguos Balcanes romanos y de la llanura de Europa septentrional al oeste del Vístula a partir del siglo VII, donde las investigaciones han recuperado sólo unos cuantos

objetos de cerámica de tipo Korchak, no todo el sistema trasladado íntegramente a una nueva zona. Cualquier explicación de la expansión de los eslavos debe tener en cuenta estas dos consecuencias.

A pesar de la ausencia de fuentes narrativas, el traslado de sistemas socioeconómicos enteros de tipo Korchak a unos paisajes completamente nuevos es un indicio de un tipo especial de proceso migratorio. La unidad de colonización básica —y, por tanto, presumiblemente también la unidad socioeconómica básica— que predominaba en estas zonas era pequeña. Los poblados de Korchak consisten habitualmente en agrupaciones de no más de entre diez y veinte casas pequeñas, cada una de ellas destinada a todas luces a una familia nuclear. Si nos fijamos, estos poblados nos dan también un indicio del tamaño máximo de la unidad de migración básica que actuó en las zonas que han producido un resultado Korchak «puro». La Europa de Korchak fue creada a todas luces por la propagación de ese tipo de unidades a partir de las estribaciones de los Cárpatos, que se moverían o bien como comunidades de este tipo ya plenamente hechas (tesis maximalista), o posiblemente en grupos incluso más pequeños que se unirían sólo en el punto de destino. Las casas de Korchak parecen tener capacidad para unas cinco personas, de modo que estamos ante unidades migratorias de no más de cincuenta o cien individuos. Si comparamos este fenómeno con las diferentes formas de migración que hemos encontrado hasta el momento, el proceso más probable que las habría producido habría seguido más o menos unas líneas de expansión de oleada de avance (véase «Migraciones e invasiones»). En unos ciento cincuenta años, como hemos visto, los restos de tipo Korchak se propagaron desde los confines de los Cárpatos hasta el Bajo Elba, conservando, a pesar de todo, en gran parte su forma cultural básica. La extensa cronología de estos restos pone de manifiesto que este grupo de hablantes de eslavo de Europa era más conservador de lo que se pensó en otros tiempos. Las cronologías más antiguas confinaban los asentamientos de tipo Korchak al siglo v y a comienzos del vi, pero ahora sabemos que algunos grupos mantuvieron su estilo de vida durante dos siglos o más, expandiéndose lentamente en pequeños grupos por todo el territorio europeo.⁴²

Debemos hacer, no obstante, una advertencia. Tal como es concebido generalmente, el de oleada de avance es un modelo de movimiento al azar, mediante el cual la acumulación de población en un momento dado da lugar a que algunos subgrupos del asentamiento emprendan la marcha al cabo de una generación en busca del trozo de tierra adecuada que esté más a mano. Una aplicación de este modelo a la expansión de las primeras poblaciones agrícolas de Europa indicaba que la matemática de un proceso como éste preveía que una población que se propagara por un territorio de esta forma realizaría un avance global de aproximadamente un kilómetro al año. Pero los eslavos de Korchak fueron desde las estribaciones de los Cárpatos hasta la región del Elba-Saale, esto es, a casi 900 km de distancia, en sólo ciento cincuenta años. Se trata de un promedio lo bastante rápido para sugerir que algunos de los presupuestos que normalmente lleva implícitos el modelo de oleada de avance no se cumplieron en este caso. Una posible explicación de ello es que el movimiento eslavo —como la expansión de los colonos francos en el norte de la Galia— no se realizó al azar. Un tratado militar bizantino llamado el *Strategikon* de Mauricio señala que algunos eslavos preferían habitar en mesetas boscosas en vez de vivir en llanuras abiertas, y la franja de yacimientos de Korchak que recorre la meseta de Europa central podría considerarse una confirmación de esta noticia. De ser cierta, el destino escogido por cada nueva generación de Korchak se limitaría a determinados ambientes siempre similares, y de hecho es bastante lógico que así fuera. La mayor parte de las llanuras abiertas de Europa estaban dominadas por potencias políticas mayores (bizantinos, francos o ávaros), de modo que si uno quería llevar una vida independiente en el tipo de comunidad pequeña típica del mundo de Korchak, las tierras bajas no eran una buena opción. Para los eslavos de Korchak, la migración era un medio de seguir adelante con unos estilos de vida tradicionales, empezando por una organización social a pequeñísima escala, muy probablemente en una época de expansión demográfica.⁴³

El asentamiento de los eslavos en los Balcanes durante el siglo VII, en cambio, fue llevado a cabo por unidades considerablemente mayores: llamémoslas tribus, a falta de mejor denominación. En torno a Tesalónica, en el valle del Estrimón, se había asentado ya una serie de grupos eslavos

mayores con nombre y apellidos a mediados del siglo VII. Nuestra fuente en este sentido, los *Milagros de san Demetrio*, nos dice también que otro grupo eslavo mencionado antes, el de los belegezitas, tenía tierras más al sur. También más al sur, en el Peloponeso, existían a comienzos del siglo IX grupos eslavos con nombre conocido, los milingas y los ezeritas. Este mismo modelo volvemos a encontrarlo también en la Bohemia eslava del siglo IX y en las regiones nombradas por el *Geógrafo bávaro anónimo*. En estos casos de Europa central y posiblemente también en el Peloponeso, los grupos mayores de nombre conocido probablemente no emigraran como unidades enteras a las regiones en las que los localizan luego las fuentes literarias, sino que fueron creaciones posteriores evolucionadas dentro de ese paisaje a partir de un tipo de migración mucho más fragmentada en oleada de avance. Bohemia, al menos, fue colonizada por emigrantes eslavos que generaron un sistema Korchak «puro», de modo que su estructura más organizada del siglo IX sería, al parecer, un desarrollo posterior. No parece posible, sin embargo, explicar las dimensiones y la organización de los belegezitas del siglo VII o de los otros grupos establecidos en los alrededores de Tesalónica como productos de un proceso postmigratorio. Estas zonas no han aportado testimonio alguno de un desarrollo inicial de tipo Korchak, y los testimonios históricos de la existencia de las tribus datan de poco después de la migración original. El texto de los *Milagros* es contemporáneo de los hechos y de carácter local, y recoge un incidente de c. 670, mientras que el asentamiento propiamente dicho, como acabamos de ver, no puede haber tenido lugar antes de la década de 610. En este caso, el lapso de tiempo transcurrido, apenas dos generaciones, parece insuficiente para que surgiera todo un orden sociopolítico nuevo a partir de un flujo migratorio de unidades familiares ampliadas.⁴⁴

Así pues, ¿cómo deberíamos abordar a estos grupos mayores? Las fuentes históricas describen constantemente a los eslavos primitivos viviendo en pequeñas unidades sociopolíticas, ¿pero qué quiere decir pequeñas? Algunas eran efectivamente muy pequeñas. El sistema de Korchak probablemente fuera llevado de un sitio a otro del paisaje europeo de los siglos VI y VII por unidades sociales de menos de cien individuos. Sin embargo, como subraya un importante estudio recientemente publicado, otras

partes del mundo de lengua eslava sufrieron en el siglo VI una gran revolución sociopolítica. En las numerosas páginas de sus historias dedicadas a variadísimas actividades de los eslavos durante el período c. 530-560, Procopio, nuestro historiador del Imperio Romano de Oriente, no cita por su nombre a ningún caudillo eslavo concreto. Durante el último cuarto del siglo VI, sin embargo, este patrón cambia de modo repentino. En varias fuentes bizantinas distintas aparecen diversos caudillos eslavos, con suficientes detalles circunstanciales que demuestran que estamos ante importantes figuras políticas. Se tardaban tres días en cruzar el territorio dominado por un tal Musocio, por ejemplo, lo que indica que su jurisdicción ocupaba entre cien y ciento cincuenta kilómetros. El dominio de otro caudillo, Ardagasto, era también lo bastante sólido para sobrevivir durante casi una década entre 585 y 593. Perigastes tenía a su mando fuerzas suficientes para matar a mil soldados del Imperio Romano de Oriente, mientras que otro personaje de nombre conocido, Dabritas, estaba lo bastante seguro de su fuerza militar para matar a los diplomáticos enviados por el khagan de los ávaros, jactándose de ello con el tranquilo encanto masculino propio de la época: «¿Qué hombre ha nacido, qué hombre se calienta bajo los rayos del sol que someta a nuestro poder? Los demás no conquistan nuestras tierras, nosotros conquistamos las suyas».

Unos territorios de más de cien kilómetros de extensión, incluso con densidades de población relativamente bajas, nos hablan de unidades sociales de varios millares de individuos, y así lo confirma la única cifra general plausible que se conserva. Cuando el ataque de las fuerzas romanas de Oriente destruyeron los dominios de Ardagasto, estalló una disputa entre los romanos y los ávaros sobre quién debía controlar a los prisioneros. Finalmente la cuestión se zanjó a favor de los ávaros, y los romanos les entregaron más de cinco mil individuos. Esta cifra está en consonancia con la existencia de los nuevos reyes eslavos de finales del siglo VI que reinaban sobre poblaciones de unos diez mil individuos, pero no de varias decenas de millares. Y aunque no fueran enormes, es evidente que estamos hablando aquí de unas unidades sociales de una magnitud completamente distinta de las que intervinieron en la difusión de la cultura de Korchak hacia el norte. Y si es lícito hacer alguna extrapolación a partir del incidente de Ardagasto y

dar una cifra aproximada de la magnitud de los grupos eslavos mayores que se habían formado en los confines del territorio del Imperio Romano de Oriente hacia el año 600, concluiríamos que los cuatro grupos establecidos en la región de Tesalónica ascendían entre todos a varias decenas de millares de inmigrantes eslavos. Sin asegurar que sea cierta, esta conclusión encaja también con las noticias bizantinas según las cuales la posterior pacificación de la zona, en la década de 680, supuso el traslado de treinta mil eslavos a Asia Menor.⁴⁵

Los serbios y los croatas representarían, sin embargo, un tercer tipo de grupo migratorio de la diáspora eslava de los siglos VI y VII. Evidentemente existe un margen de error enorme en las tradiciones del siglo X contadas por Constantino Porfirogeneta, pero si contienen algo de verdad, los serbios y los croatas habrían sido grupos disidentes del imperio ávaro, que anteriormente los había usado como soldados. Las campañas realizadas por los ávaros entre 570 y 620 fueron múltiples y variadas, y podrían proporcionarnos un contexto plausible para que en Europa central se desarrollara una nueva fase de evolución sociopolítica entre los eslavos atrapados en esta última maquinaria de guerra nómada, capaz de dar lugar a este tercer tipo de grupo migratorio eslavo, lo bastante grande o lo bastante especializado militarmente para quitarse de una vez el yugo de la dominación ávara. Quizá fueran el mismo tipo de fuerzas que los cinco mil soldados eslavos de «elite» que lanzaron un ataque sorpresa contra Tesalónica. En tal caso, la migración serbia y croata puede que adoptara la forma de una especie de transferencia de elite, con una fuerza militar eficaz que habría abandonado el imperio de los ávaros y habría creado su propio nicho ecológico en los Balcanes.⁴⁶ Se trata de una mera especulación, pero entra dentro de los límites de lo plausible, y poseemos testimonios independientes de la época que aseguran que la evolución de la sociedad eslava creó en ese momento muchos soldados especializados. Como mínimo, subraya cuántos y cuán variados exactamente fueron los procesos migratorios que contribuyen retrospectivamente a explicar la «eslavización de Europa».

La comparación de los testimonios históricos y arqueológicos, pues, nos plantea una paradoja aparente. Las regiones de Europa que experimentaron un traspaso completo de un sistema cultural del tipo Korchak experimentaron

también un proceso de migración eslava en el que intervinieron sólo unidades sociales muy pequeñas. Por otro lado, los testimonios históricos que hablan de la migración de unidades sociales mayores (de «tribus» o de soldados especializados, si es que efectivamente eso es lo que eran los serbios y los croatas) tienen que ver con zonas en las que los arqueólogos no han encontrado huellas de ningún traspaso a gran escala de sistemas socioeconómicos «completos» de tipo Korchak. Esto puede resultar a primera vista sorprendente. Cabría suponer que cuanto mayor fuera la unidad migratoria, mayor sería su capacidad de importar y de mantener su propio modo de vida distintivo. Pero pensándolo bien, las unidades sociales eslavas mayores habrían sido en realidad creaciones muy recientes, generadas por procesos rápidos de desarrollo sociopolítico y económico que tuvieron lugar entre los eslavos que vivían más cerca de la frontera romana o que se vieron atrapados por el imperio de los ávaros. Volveremos a hablar de estos procesos en el capítulo 10, pero hay muchos motivos para suponer que el ímpetu que se oculta tras ellos fue fruto de una interacción dinámica entre los grupos implicados y las oportunidades y los peligros que suponía para ellos la proximidad del Imperio Romano de Oriente y del imperio ávaro, mucho más grandes y ricos desde el punto de vista material. En otras palabras, fueron precisamente los grupos eslavos mayores y no los pequeños agricultores del mundo de Korchak los que habrían estado más abiertos al tipo de influencias y procesos que habrían llevado a sus patrones de cultura material a evolucionar y a abandonar las viejas normas del tipo Korchak.

Debido a la falta de información, no tiene sentido perder demasiado tiempo con este tema, pero vale la pena reflexionar un poco sobre lo que nos dice todo esto acerca del tipo de unidades migratorias eslavas que actuaron en los contextos sobre los que no tenemos absolutamente ninguna documentación en las fuentes históricas conservadas: el norte de Europa central en los siglos VII y VIII, y la Rusia europea entre los siglos VIII y IX. En Europa central, entre el Vístula y el Elba, los arqueólogos han sacado a la luz un tercer tipo de resultado. La cultura de Sukow-Dziedzice conoció indudablemente la absorción por parte de los eslavos recién llegados de algunos modelos de cultura material indígena ya existente, concretamente su repertorio de cerámica. Pero la cultura de Mogilany, que comenzó el proceso

de esclavización, es en realidad una variante del sistema de Korchak, y ni siquiera la cultura de Sukow-Dziedzice, en sus primeras fases, se aleja demasiado de esas normas. En sus «islas» originales (mapa 18), el asentamiento se produjo inicialmente en forma de pequeños poblados abiertos, semejantes en sus dimensiones a lo habitual en el sistema de Korchak, pero los edificios eran construcciones levantadas habitualmente a ras de suelo, no cabañas semienterradas. Aunque absorbieron la cultura nativa en mayor medida que en otros lugares, las unidades migratorias eslavas originales probablemente se diferenciaban poco por su tamaño de las que crearon la Europa de Korchak. Por qué se apartaron de las normas propias del sistema de Korchak en la medida en que lo hicieron es una cuestión sobre la que volveremos enseguida.

En cuanto a la Rusia europea, los únicos testimonios que tenemos del proceso migratorio son una vez más arqueológicos y en consecuencia, por naturaleza, indirectos. Pero algunos patrones de colonización, como los de la Europa de Korchak, ofrecen un buen indicio del tipo de unidad social que intervino en el proceso de expansión, y por consiguiente arrojan cuando menos alguna luz sobre el propio proceso. Pongamos, por ejemplo, el poblado de Novotroitskoe, de la época Borshevo, construido en lo alto de una colina, en el valle del Psiol, al norte de Ucrania. En él, las empinadas laderas de la colina forman una defensa natural y los excavadores encontraron un conglomerado de unas cincuenta cabañas con el pavimento semienterrado que databan de los siglos VIII y IX. Esto indica que la población total del asentamiento debió de ascender a unos pocos centenares de individuos. La elección del emplazamiento y su naturaleza bastan para indicarnos que las condiciones reinantes distaban mucho de ser pacíficas, como indica también el fin de este período inicial de ocupación del lugar, destruido, al parecer, por unos saqueadores. Novotroitskoe no es un ejemplo aislado. Los poblados Romny-Borshevo solían estar situados en posiciones fáciles de defender en lo alto de alguna colina o en medio de pantanos, a menudo estaban amurallados, y generalmente albergaban a un conglomerado de población de una densidad similar.

Todo esto indica dos cosas. Ante todo, el avance de los hablantes de eslavo por este paisaje no dejó de encontrar oposición. Sólo se toma uno la molestia de construir un poblado de este tipo cuando hay la necesidad de hacerlo, y la suerte que acabó corriendo el asentamiento indica que fue necesario. En segundo lugar, y esta observación se deduce de la primera, la expansión de los eslavos en esta región probablemente fuera llevada a cabo por grupos lo bastante numerosos para construir y mantener poblados de este tipo. Si la expansión encontraba oposición, los grupos pequeños no podían limitarse a plantar sus reales en una zona nueva. Debían llegar con fuerza suficiente para construir un poblado en el que pudieran protegerse a sí mismos y a sus familias.

Así pues, pese a la falta de una descripción histórica, parece que las unidades migratorias que actuaron a partir del siglo VIII en el noroeste de Rusia fueron considerablemente más grandes que las que habían propagado anteriormente la cultura de Korchak y sus variantes por las mesetas de Europa central y al este de los Cárpatos, por el sur de Rusia y Ucrania. Sus poblados bien defendidos estaban en marcado contraste con los pequeños asentamientos desprotegidos de los sistemas de Korchak, Penkovka e incluso Kolochin de los siglos VI y VII, subrayando el grado en el que los siglos siguientes marcaron una nueva era en la naturaleza de la expansión eslava. Estamos todavía ante una expansión que dio comienzo como una especie de oleada de avance, no con la ocupación repentina de un territorio entero, pero que evolucionó con el tiempo, hasta que unidades sociales mayores acabaron emigrando a zonas en las que encontraron oposición. En general, la expansión eslava por la Rusia europea quizá adoptara una forma que ya hemos visto en otros contextos, antiguos y modernos, en los que un flujo de unidades sociales de pequeñas dimensiones cobra fuerza y se ve obligado a reconocerse en otros grupos mayores cuando finalmente encuentra una oposición seria, como les ocurrió a los godos y a otros grupos en el siglo III, a los vikingos en el IX, y a los bóers en el XIX.⁴⁷

La multiplicidad de los testimonios de que disponemos acerca de la naturaleza y la magnitud de los flujos migratorios eslavos no se parece ni de lejos a lo que pudiera considerarse un conjunto de datos ideal. Pero eso es lo divertido que tiene la historia de los primeros siglos de la Edad Media y, en

cualquier caso, basta para demostrar que la expansión eslava adoptó una gran variedad de formas, como cabría suponer dada la gran variedad de contextos que abarca. En un extremo del espectro tenemos el traspaso de asentamientos clónicos de tipo Korchak desde las estribaciones de los Cárpatos hasta grandes sectores de Europa central y oriental, desde el Elba hasta Ucrania. En la época de Romny-Borshevo, más al norte y al este, en cambio, lo normal serían los asentamientos de mayores dimensiones, contruidos por unidades de población eslavas integradas por varios centenares de individuos. También fue distinta la entrada de «tribus» enteras durante el siglo VII en lo que habían sido los Balcanes romanos, donde los grupos quizá llegaran a estar formados por hasta diez mil personas, si es lícito pensar que eran unidades del tipo de las acaudilladas por Ardagasto o Perigastes. Al disponer de tan pocas fuentes, los detalles de todo el proceso pueden ser discutidos sin cesar, y el margen de error es muy grande. Pero es evidente que la eslavización de Europa comportó una gran variedad de actividades migratorias, y las dimensiones de las unidades irían desde los agrupamientos familiares en un extremo hasta las unidades sociales de miles de individuos en otro.

Inmigrantes y nativos

Compuesto en torno al año 600 d. C., el tratado militar atribuido al emperador bizantino Mauricio (582-602) incluye un fascinante comentario acerca del trato que dispensaban algunos grupos de eslavos primitivos a los prisioneros capturados en sus incursiones de saqueo:

No mantienen entre ellos perpetuamente en esclavitud a sus cautivos, como hacen otras naciones, sino que les asignan un determinado período de tiempo y entonces les dan a elegir si prefieren regresar a su patria con una pequeña recompensa, o si desean permanecer entre ellos como amigos en calidad de hombres libres.⁴⁸

Este texto suscita inmediatamente el problema intelectual que comporta intentar comprender la asombrosa preeminencia alcanzada por los hablantes de eslavo desde el Elba hasta el Volga a comienzos de la Edad Media. Por un lado, a nadie se le ocurre suponer que algo así pudiera suceder sin un elemento de migración: esto es, una población de lengua eslava trasladándose

de un sitio a otro. Por otro lado, las viejas visiones cuasi nacionalistas basadas en la historia de la cultura, en las que los eslavos son presentados como un «pueblo», un solo grupo de población que partió de un solo punto geográfico y luego continuó multiplicándose a lo largo de enormes extensiones del territorio europeo, no son creíbles. En este mismo sentido, aunque en conjunto supusieran importantes movimientos de población, las anteriores migraciones, en su mayoría germánicas, de los siglos IV-VI no fueron desde luego lo bastante grandes para crear paisajes enteramente vacíos en las grandes extensiones de Europa que se vieron afectadas por el colapso de la cultura germánica. La mayoría de esas regiones aparecen en las fuentes carolingias bajo una administración nueva, eslava, en la que los primitivos emigrantes eslavos interactúan casi siempre con la población indígena. Las dos cuestiones fundamentales que debemos analizar, pues, son, en primer lugar, cuán grande fue como acontecimiento demográfico la propia migración eslava; y, en segundo lugar, qué tipo de relaciones entablaron los eslavos recién llegados con las poblaciones indígenas que encontraron en los distintos puntos de destino.

No disponemos de una información global, pero hay buenos motivos para suponer que los inmigrantes eslavos se encontraron con una población notablemente reducida en las zonas afectadas por el colapso de la cultura germánica, e incluso, en algunos lugares, con paisajes completamente abandonados. En unas cuantas zonas disponemos de estudios generales de ocupación de la tierra. En Bohemia, por ejemplo, parece que se produjo una decadencia notable de la población durante la época tardorromana. Se conocen veinticuatro grandes yacimientos (en su mayoría necrópolis) del Alto Imperio, pero se reducen a catorce en la Antigüedad tardía. Los inmigrantes eslavos que llegaron a Bohemia no se encontraron, pues, con un territorio vacío, pero sí desde luego con una población menos numerosa de la que había tenido en otro tiempo la región. En otros lugares, los análisis de polen ofrecen más información. El polen es arrastrado por el viento y, cuando cae a tierra, se hunde en el fondo de las aguas estancadas. Luego puede extraerse una muestra de esos fondos, por ejemplo, de un lago, y registrar los cambios de las variedades de polen depositados en ellos a lo largo del tiempo. La actividad continua de una población agrícola indígena aparece reflejada en

el diagrama como una secuencia fija de polen, sin que se aprecie un gran aumento del polen de los árboles o de la hierba, ni ningún cambio notable en la variedad de cereales producidos. No disponemos de diagramas de polen en gran parte de la Europa del este, pero desde luego indican que en algunos lugares no se produjo el desplazamiento de ninguna población indígena preeslava importante. En muestras de la isla de Rügen, en el mar Báltico, y de la región del Saale se aprecia una continuidad más o menos absoluta desde la época de los romanos hasta la de los eslavos, aunque ambos lugares pasaron a ser dominadas por los eslavos en algún momento anterior al año 800 d. C. Pero en otras zonas, ha aparecido una imagen distinta. En grandes sectores de Mecklemburgo, en la antigua RDA, los diagramas de polen indican una gran interrupción de los patrones agrícolas en ese mismo período. Aquí, al menos, daría la impresión de que los inmigrantes de la época eslava empezaron más o menos a cultivar de nuevo la tierra de manera muy superficial. Y testimonios parecidos de interrupción y de regeneración de los bosques han aparecido también en Biskupin, en la actual Polonia.⁴⁹

Cuando falta el polen, nos vemos obligados a recurrir de nuevo a indicaciones de tipo más general. Una vez más algunos sugieren que no deberíamos subestimar el componente demográfico de la eslavización. En la versión de Procopio, los infortunados hérulos expulsados de la zona del Danubio Medio en 512 (capítulo 5) inicialmente se trasladaron al norte atravesando territorio eslavo y luego ocuparon «tierras vacías» hasta que encontraron la forma de llegar a Escandinavia. La zona vacía debía de ser el norte de Europa central, algún lugar situado más allá de la Puerta de Moravia, y parece que la noticia indica una importante decadencia demográfica de la región, pues en tiempos de los romanos casi todo el territorio comprendido entre la Puerta de Moravia y Escandinavia había estado bastante poblado. Tenemos asimismo buenas razones para pensar que el proceso migratorio habría dado lugar a un considerable aumento de la población entre los inmigrantes eslavos. Uno de los límites que tiene la población humana es poder disponer de alimentos. Cuando se produce más comida, sobreviven más niños, la resistencia a las enfermedades es mayor, y las parejas a menudo pueden casarse más jóvenes, por lo que la población puede incrementarse con una rapidez sorprendente si hay abundancia de alimentos. En el caso de los

eslavos carecemos de cifras, pero tenemos en cambio muchos motivos para pensar que los efectos demográficos en general habrían sido importantes. Por lo pronto, la migración hizo salir a la población de lengua eslava de la zona boscosa de Rusia y adentrarse en los terrenos en general de mejor calidad de Europa central. Además, los agricultores de las culturas de Korchak y Penkovka adoptaron rápidamente el tipo de arado mucho más eficaz utilizado en el mundo romano y su periferia hacia el año 400 d. C., abandonando sus anteriores aperos superficiales. Los nuevos arados les permitían labrar la tierra dándole la vuelta, enterrando las malas hierbas para que se descompusieran en el suelo, lo que aumentaba y mantenía la fertilidad del suelo y hacía que las cosechas fueran mejores. Aunque no podemos dar ninguna cifra, debemos calcular que la migración provocó un notable incremento de la población entre los hablantes de eslavo, circunstancia que tendría unas repercusiones evidentes debido a su capacidad de colonizar nuevas tierras en Europa central. No todos los eslavos verían triplicada su población, como le ocurrió al mercader franco Samo, que tuvo veintidós hijos y quince hijas él solito, con una pequeña ayuda de sus doce esposas, por supuesto, pero el crecimiento de población es un fenómeno innegable.⁵⁰

Al mismo tiempo, otros indicios refuerzan el testimonio del polen de Rügen y la región del Saale. El sistema de Sukow-Dziedzice, que ocupaba casi toda la actual Polonia, nos ha suministrado una gran cantidad de cerámica de los tipos estándar de Korchak, pero, como hemos visto, sus restos son realmente distintos por la sorprendente variedad de sus formas vasculares. Además de las ollas típicas de Korchak (que suelen ser de boca ancha, con formas más abiertas de lo habitual en el sistema de Korchak), los yacimientos de Sukow-Dziedzice suelen producir una gran variedad de tinajas lisas de tamaño mediano, cuencos globulares y medias tinajas. La mayor parte de la cerámica que no es de Korchak recuerda de hecho a versiones fabricadas a mano del tipo de vasos hechos al torno que producían en la misma región los alfareros de Przeworsk durante el último siglo aproximadamente de dominación germánica. Ese parecido habría podido producirse a través de los alfareros de Korchak que encontraran piezas de cerámica de Przeworsk en los poblados abandonados, pero ese tipo de

imitación no aparece en ningún otro sitio. Lo más probable es que estemos ante la consecuencia de una interacción entre los eslavos de Korchak y la población indígena post-Przeworsk que seguía viviendo en el lugar.⁵¹

La variedad de los testimonios disponibles —unos concretos, otros más generales— pone de manifiesto que la importancia demográfica del colapso de la cultura germánica y de la inmigración eslava no es fácil de prever. Una importante población campesina siguió trabajando al menos en algunos lugares de la antigua Europa germánica, a pesar de los movimientos de población de los siglos IV-VI. Los testimonios de Bohemia sugieren, no obstante, que quizá debamos contar con una disminución general de la población indígena, que, como demuestran los diagramas de los análisis de polen, habría podido desembocar en algunos lugares en el abandono total de la agricultura: modelo que encontramos en muchos de los confines del Imperio Romano durante el período inmediatamente posterior a su caída.⁵² Si a eso le añadimos que las poblaciones de lengua eslava que intervinieron en el proceso migratorio habrían aumentado de número a medida que aplicaban técnicas agrícolas más desarrolladas a unos suelos mejores, da la impresión de que debemos considerar la inmigración eslava un acontecimiento demográfico importantísimo, aunque no siempre o ni siquiera a menudo adoptara la forma de recolonización de los territorios abandonados.

Últimamente se ha puesto tan de moda en algunos círculos repetir la letanía de que en el primer milenio la migración no alcanzó nunca una magnitud suficiente para tener unas repercusiones demográficas importantes (aunque sí políticas o culturales), que merece la pena que nos detengamos un poco más en este punto. Cuando tratamos de sociedades estratificadas jerárquicamente no cabe duda de que el tipo de colapso cultural asociado con la desaparición de una elite social no tiene por qué representar un gran éxodo de población. Como vimos anteriormente, según la *Crónica de Monemvasiá*, la llegada de los eslavos al Peloponeso provocó la evacuación total de la población griega nativa. Cuando los eslavos de los alrededores de Patras se sublevaron a comienzos del siglo IX, sin embargo, había población nativa de lengua griega viviendo junto a ellos. Es posible que mientras tanto hubieran regresado de Calabria todos los hablantes de griego, aunque no parece muy probable. Y desde el punto de vista logístico, la evacuación por vía marítima

de toda una región habría sido imposible, dado el tipo de embarcaciones disponibles. En circunstancias análogas en Occidente, sólo los miembros acaudalados de la clase de los terratenientes, es decir, los que poseían algún tipo de bienes muebles, solían salir huyendo.

Que los patrones que predominaron en el Peloponeso fueron parecidos nos lo indican, por mucho que la *Crónica* diga lo contrario, las reacciones que se produjeron en otros puntos de los Balcanes ante la intensificación de la presión eslava. Otra crónica también, según la mayoría, de época tardía, aunque suele admitirse que se basa en informaciones mucho más antiguas, cuenta que más al noroeste, Salona cayó en manos de los eslavos cuando el pánico se apoderó de la ciudad al descubrir que sus notables habían trasladado sus bienes a unos barcos anclados en el puerto. En el mismo sentido, Constantino Porfirogeneta señala que los habitantes de Ragusa todavía recordaban que su ciudad había sido fundada por unos inmigrantes que habían salido huyendo de Pitaura. A continuación pasa a reseñarlos uno por uno por su nombre: Gregorio, Asclepio, Victorino, Vital, Valentiniano el archidiácono y Valentiniano el padre de Estéfano el *protospatharios*. El *protospatharios* era un dignatario de alto rango de la corte, y eso, junto con la mención del archidiácono, hace que el episodio tenga todos los visos de que se tratara del éxodo de un pequeño grupo de notables —presumiblemente junto con sus familias y servidores— y no del traslado en masa de una población entera.⁵³ El colapso cultural y la migración de una elite en un contexto romano, pues, probablemente sólo afectarían a un pequeño porcentaje de la población, y es hartamente verosímil que en los Balcanes los inmigrantes eslavos coexistieran siempre estrechamente con una numerosa población indígena.

Los modelos socioeconómicos de la Europa germánica durante el período tardorromano, en cambio, fueron muy distintos. A pesar de las importantes transformaciones de los cuatro siglos anteriores, el mundo germánico no estaba tan estratificado jerárquicamente como la sociedad tardorromana o protobizantina. Las nuevas elites germánicas surgieron entre el siglo I y el siglo IV de la era cristiana, pero seguían representando un porcentaje del total de la población mucho mayor que la reducida clase terrateniente que dominaba el mundo romano. Como veíamos en el capítulo

2, todo indica que debemos pensar en términos de un poder social y político compartido por una oligarquía bastante amplia de hombres libres, no en una pequeña aristocracia. Y del mismo modo, la participación en la *Völkerwanderung* no se limitó sólo a esa oligarquía dominante. En algunos grupos invasores aparecen por lo menos dos estratos sociales de guerreros junto con un número no especificado de esclavos, que en total formarían algunas veces grupos de decenas de millares de combatientes, junto con sus mujeres e hijos.⁵⁴ Los efectos que tuviera este tipo de emigración de una elite social, con sus numerosos subordinados, sobre cualquier región serían totalmente distintos de los que pudiera tener la emigración de unos pocos notables romanos y sus familias. Nada de esto, sin embargo, pretende negar que en buena parte del norte de Europa central siguiera habiendo población indígena en tiempos de la expansión migratoria eslava.

Pues bien, ¿cómo indican los testimonios disponibles que debemos caracterizar las relaciones entre la población nativa y los inmigrantes, tanto aquí como en otros lugares, ya sean los Balcanes o la Rusia europea, en los que las gentes de lengua eslava entraron en contacto con las sociedades indígenas?

Recientemente ha surgido un enfoque del problema que tiene muy en cuenta el informe del *Estratégico* y que ha hecho progresar el debate basándose en algunas observaciones generales acerca de las repercusiones que sobre la cultura material tuvo la aparición de la hegemonía eslava en la Europa central y del este. La repercusión más sorprendente fue la sustitución (al menos en las zonas afectadas por el colapso de la cultura germánica) de lo más grande y lo más complejo por lo más pequeño y lo más sencillo prácticamente en todos los aspectos de la existencia humana, desde la tecnología de la cerámica hasta el tamaño de los asentamientos. Se ha sostenido que esta simplificación no fue sólo una consecuencia accidental de la apropiación de grandes sectores del paisaje por parte de elementos demográficos provenientes de los bosques del este de Europa —cuyos modos de vida eran desde luego muy sencillos—, sino un motivo fundamental de su éxito. Ante lo que estamos, según esta tesis, no es tanto ante una población eslava asumiendo el poder, sino ante la expansión de un modelo cultural atractivo, enérgicamente adoptado por las poblaciones campesinas indígenas

no militarizadas de Europa central que habían quedado tras la marcha de las antiguas elites a los territorios romanos del sur y del oeste. De hecho, los eslavos son presentados como los campeones de un estilo de vida alternativo, unos viajeros hippies de comienzos de la Edad Media, que encontraron un apoyo generalizado, a diferencia de lo que les ocurriría más tarde a sus homólogos de los años ochenta del siglo xx en la Gran Bretaña de la Sra. Thatcher. Como dice Procopio, entre los eslavos de su época predominaban unas ideologías vigorosamente igualitarias y drásticas, aunque primitivas, y se ha sostenido que justamente eso resultó muy atractivo para los campesinos que habían tenido que trabajar muy duro para suministrar los excedentes explotados hasta ese momento por las elites militarizadas de la Europa central germánica.⁵⁵ Este modelo no describe en realidad la eslavización como un proceso de transferencia de elite y de emulación cultural, en el que unos pocos inmigrantes, pero sobre todo un modo de vida, se propagaron por grandes zonas de Europa central tras ser adoptados por una población indígena bastante numerosa. Sin embargo, ¿cuánto se ajusta este modelo a los datos que tenemos a nuestro alcance?

Al menos en algunos lugares los inmigrantes eslavos recién llegados trataron a la población indígena con más generosidad de lo que parece que ocurrió, por ejemplo, en la Inglaterra anglosajona. Desde luego hubo cierta asimilación. El *Estratégico* da a entender que algunos grupos de eslavos primitivos eran notablemente «abiertos» por lo que respecta a su identidad colectiva, mostrándose dispuestos, como hemos visto, a aceptar a los cautivos como miembros de pleno derecho y completamente iguales de su propia sociedad. Se trata de una actitud muy curiosa. Muchas sociedades se muestran dispuestas a aceptar a los extraños, pero suele ser más habitual que éstos tengan que adoptar, al menos al principio, posiciones de relativa inferioridad social. La igualdad plena no era desde luego algo que ofrecieran, por ejemplo, los grupos germánicos de la «época de las migraciones». Los germanos salieron del proceso migratorio con sus inveteradas diferenciaciones sociales entre los dos estatus de guerreros y esclavos completamente intactas: es evidente que el estatus superior no había sido algo que ofrecieran a todos los nuevos seguidores que habían reclutado por el camino. En cambio, teniendo originalmente pocas jerarquías sociales que

proteger, parece que una de las principales prioridades de los primitivos grupos eslavos fue la disposición a atraer seguidores, y por lo tanto no levantaron importantes barreras a la admisión de extraños. Aparte del *Estratégico*, no tenemos ninguna otra descripción narrativa de este proceso en acción, pero se ve confirmado hasta cierto punto en la historia de Samo. Vemos en ella a un extraño, un mercader franco, que mostró poseer las cualidades necesarias y acabó convirtiéndose en un personaje con autoridad entre los serbios y otros grupos eslavos de la región fronteriza ávaro/franca.⁵⁶

La absorción de extraños se efectuó también con toda seguridad a otros niveles sociales menos elevados. El incremento de la población generado por la mejora de los métodos agrícolas parece que no basta ni remotamente para explicar las inmensas zonas del paisaje europeo que pasaron a ser dominadas por eslavos a partir de c. 800 d. C. Sigue siendo así incluso suponiendo, como supongo yo, que la familia lingüística eslava había evolucionado antes de mediados del primer milenio de la era cristiana y que, por consiguiente, los hablantes de eslavo estaban más dispersos hacia el año 500 de lo que indicaría su identificación exclusivamente con los restos de Korchak. La creación de una Europa casi enteramente eslava desde el Elba hasta el Volga parece, pues, requerir un elemento importante de absorción demográfica. Tendríamos así naturalmente el contexto histórico en el que la población de lengua eslava habría adquirido de sus vecinos unas tecnologías agrícolas más avanzadas y, en el caso del sistema de Sukow-Dziedzice, unos repertorios cerámicos más desarrollados.⁵⁷ Esto no implica defender la vuelta a las viejas ideas nacionalistas acerca de la población indígena de «eslavos sumergidos» que habitaban entre el Óder y el Vístula resurgiendo triunfalmente de la dominación germánica. Ni mucho menos: en realidad, no tenemos ni la menor idea de qué identidad lingüística y cultural habría tenido el campesinado de la región que pudiera haber quedado tras el colapso de la cultura germánica; pero es presumible que fuera germánica, por lo menos porque habían permanecido bajo el dominio de los germánicos durante varios cientos de años. Pero fuera cual fuese, su trayectoria a largo plazo los llevó a ser absorbidos en las nuevas normas del contexto cultural eslavo. Conviene subrayar que una absorción de tanta magnitud está perfectamente en consonancia con los actuales estudios de etnología, que ponen de manifiesto

que, según las circunstancias, los grupos levantan a su alrededor barreras más fuertes o más débiles. Los eslavos primitivos —al menos algunos de ellos— serían un ejemplo de grupo que erigió sólo una frontera muy porosa entre ellos mismos y los extraños, y eso, desde luego, es lo que la noticia del *Estratégico* de Mauricio da a entender. Conviene señalar también que se trata de un comentario singular, no de un tópico sacado a colación cada vez que los autores romanos hablan de los bárbaros.

Dicho esto, sin embargo, es importantísimo no precipitarnos y a partir de este testimonio llegar a la conclusión de que los eslavos se adueñaron de enormes extensiones de Europa más o menos pacíficamente. En la antigua República de Alemania Oriental, durante la época soviética, era sumamente deseable desde el punto de vista ideológico encontrar casos de eslavos viviendo en paz junto a poblaciones de lengua eslava, y en consecuencia los testimonios fueron manipulados sin pudor. Durante esos años fue localizado todo un conjunto de poblados en los que, según se afirmaba, germanos y eslavos habían habitado pacíficamente unos junto a otros durante algún tiempo. Dos estaban en Berlín (Berlin-Marzahn y Berlin-Hellersdorf), y los otros estaban más desperdigados, siendo los más destacados Dessau-Mosigkau y Tornow.

La caída del Muro de Berlín ha dado lugar a importantes revisiones. Que en esos casos se habían encontrado materiales tardogermánicos y protoeslavos en los mismos lugares estaba bastante claro, pero, tras volverse a investigar el caso, la defensa de la ocupación simultánea de los poblados se encuentra en punto muerto. En Berlin-Hellersdorf, los momentos de ocupación germánica y eslava estaban separados uno de otro por un estrato de sedimentos depositados. En vista de esta circunstancia, habría que negar la ocupación simultánea del poblado por germanos y eslavos; además las dataciones por carbono 14 realizadas a partir de 1989 han confirmado este punto. Análogamente, en Berlin-Marzahn, las dataciones por carbono 14 de los materiales correspondientes al período germánico van de 240 a 400 d. C., y las de los materiales eslavos se sitúan entre 660 y 780 d. C. En este caso, las dataciones por carbono 14 simplemente venían a confirmar una fecha anterior por dendrocronología situada en el siglo VIII, atribuida a algunos fragmentos de madera correspondientes a la fase eslava. En su intento por

demostrar la coexistencia, el excavador original había considerado esta fecha dendrocronológica demasiado «inverosímil» para pensar que valiera la pena publicarla.⁵⁸ La posterior expansión eslava por el noroeste de Rusia parece que contó también, según hemos visto, con demasiada oposición para caracterizar las relaciones mantenidas en ese contexto por inmigrantes y nativos como fundamentalmente pacíficas. No todos los testimonios de interacción pacífica son defectuosos, pero ése tampoco es el único tipo de interacción documentado en nuestras fuentes.

A largo plazo, como pone de manifiesto la transformación cultural y lingüística que se produjo en la Europa central y del este durante la segunda mitad del milenio, los hablantes de eslavo se convirtieron en una fuerza predominante en todo este pasaje. Puede que la sociedad eslava estuviese abierta a los extraños, pero abierta a los extraños que quisieran unirse a ella y convertirse en eslavos en toda la extensión de la palabra. El mundo creado por la inmigración eslava no muestra signo alguno de que inmigrantes y nativos acordaran tranquilamente llevar estilos de vida diferentes. Por el contrario, generó una forma cultural monolítica en la que predominaba la aportación eslava. Los eslavos no se limitaron a introducirse en la sociedad de Europa central poniéndose a la cabeza de las estructuras ya existentes, de modo que no estamos ante una variante del modelo de transferencia de elite como el de la conquista normanda. Lo que hicieron fue redefinir las normas sociales según las líneas dictadas por ellos mismos. En otras palabras, a largo plazo la eslavización fue un poco como la romanización: la generación de un nuevo orden socioeconómico y político general, con poderosos resabios culturales, que se convirtió en el único posible. Al final, las poblaciones afectadas no tuvieron realmente opciones de unirse a él o no, y el eslavo se convirtió en la lengua predominante a lo largo y ancho de este enorme territorio.

Debemos preguntarnos también cuánto tiempo permanecieron las sociedades eslavas abiertas a la entrada en ellas de extraños en condiciones de igualdad. Desde luego hacia el año 800, como analizaremos con más detalle en el capítulo 10, algunas de esas nuevas sociedades estaban volviéndose más estratificadas, con una actitud claramente predatoria hacia los prisioneros. En esa fecha, los cautivos ya no eran absorbidos por la sociedad como iguales,

sino que eran reciclados hacia un tráfico de esclavos de lo más rentable. La ausencia de una verdadera diferenciación en el ámbito de la cultura material antes del siglo IX que refleje con claridad la existencia de una elite podría llevarnos a pensar que el cierre de la sociedad eslava a los extraños fue un fenómeno relativamente tardío. Pero, como hemos visto antes, las elites pueden existir sin bienes de consumo. El hecho de disponer de subordinados de condición servil que hagan todo el trabajo duro del campo, aparte de comer más y de disfrutar de más tiempo libre, puede darnos el verdadero significado del término «elite», aunque no se posean montones de bienes deslumbrantes.

Conviene también recordar que aunque los primeros esclavos documentados históricamente actuaran en pequeños grupos sociales — algunos incluso muy pequeños—, esto no hacía que fueran especialmente pacíficos. Grupos de esclavos de pequeño tamaño realizaron incursiones de saqueo en la parte romana de los Balcanes casi continuamente desde mediados del siglo VI, y enseguida adquirieron fama de belicosos. Algunos prisioneros que cayeron en sus manos recibieron un trato notablemente poco generoso. Los quince mil prisioneros romanos empalados frente a la ciudad de Topiro en 549, o los que fueron asesinados en 594 cuando los esclavos que los habían capturado se vieron rodeados, habrían pensado que el comentario del *Estratégico* acerca de la generosidad de los esclavos hacia los cautivos era todo menos convincente.⁵⁹ Los grupos esclavos más organizados, los serbios y los croatas, probablemente fueran incluso más temibles, si debemos dar crédito al *De administrando imperio*, pues lograron quitarse de encima el yugo de la dominación de los ávaros. Así pues, cuando se piensa en la eslavización de Europa, conviene tener en cuenta que la expansión eslava se produjo en un momento en el que la sociedad eslava estaba ya empezando a sufrir importantes transformaciones. Uno de los resultados de esta situación fue la creación de grupos armados de gran competencia militar y es muy poco probable que donde actuaran esos grupos la eslavización se llevara a cabo sólo mediante procesos de absorción pacífica.

Aun admitiendo que la noticia del *Estratégico* acerca de la actitud de apertura étnica sea válida para algunos de ellos, debemos rechazar cualquier visión excesivamente romántica de los esclavos primitivos. La expansión

eslava fue llevada a cabo por una gran variedad de grupos de muy distintos tipos y con motivaciones muy distintas cada uno, y es probable que respondieran ante las poblaciones indígenas con las que se encontraran de formas muy diversas. En algunas zonas del norte de Europa central, la inmigración eslava dio lugar a la recolonización de tierras que habían abandonado los emigrantes germánicos de la época de la *Völkerwanderung*, o a la explotación primaria de nichos agrícolas en las mesetas boscosas que anteriormente no habían sido considerados lo bastante atractivos. En cambio, allí donde sobrevivieron poblaciones indígenas, pero no estructuras estatales, la inmigración eslava quizá equivaliera a una especie de «recreación de la elite», más o menos como ocurrió en la Inglaterra anglosajona primitiva o en el nordeste de la Galia. Allí acabaron generándose nuevas amalgamas de inmigrantes y nativos. Pero, aunque algunos grupos eslavos fueran especialmente abiertos a los extraños, y aunque en general el proceso fuera tal vez más pacífico que el que veíamos en la Galia o en Inglaterra, los inmigrantes acabaron dominando —de un modo absolutamente monolítico— las nuevas sociedades creadas.⁶⁰

En general y a pesar de la falta de cifras, no cabe duda de que, en los términos cuantitativos empleados en los modernos estudios comparativos, la expansión eslava debe considerarse un ejemplo de migración en masa. Política y culturalmente, el golpe que supuso está meridianamente claro en el punto de llegada del flujo migratorio. Casi toda la Península Balcánica, Europa central hasta el Elba por el oeste, gran parte de Ucrania y una porción enorme de Rusia occidental pasaron a estar dominadas por gentes de lengua eslava en los tres o cuatro siglos inmediatamente siguientes al año 500. Se trataba de algo completamente nuevo. Muchos de esos territorios habían sido dominados anteriormente por poblaciones de lengua germánica o báltica, o habían formado parte del Imperio Romano de Oriente. Cabría objetar —dadas las lagunas existentes en la documentación— que la expansión eslava fue más un proceso lento que un verdadero «golpe». Y este argumento tiene cierto peso. El colapso de la cultura germánica indica que en algunas zonas afectadas por la expansión del poder eslavo ya se había producido un primer gran golpe antes de la llegada de los eslavos. Incluso adoptando una visión minimalista de este fenómeno, la desaparición de una elite sociopolítica y de

varios siglos de tradición de cultura material continuada no fue un suceso baladí, y desde luego allanó el camino a la expansión eslava en forma de unidades migratorias pequeñísimas. En otros lugares, en cambio, la creación del poder eslavo fue repentina y fruto de una autoafirmación violenta. Hasta la década de 610, las fuerzas del Imperio Romano de Oriente habían mantenido la línea del Danubio frente a sus oponentes eslavos, impidiendo que las incursiones de saqueo se convirtieran en colonización. Fue entonces cuando la frontera se vino abajo y enseguida se produjeron asentamientos a gran escala. Y como subrayan también los poblados fortificados de la época Romny-Borshevo, no hay motivos para suponer que los Balcanes fueran la única zona en la que la expansión eslava fue un fenómeno que encontró una fuerte oposición, que requiriera unidades migratorias más grandes y más agresivas.

El proceso migratorio supuso un gran golpe —en términos de dislocación económica y sociopolítica— por lo menos también para algunos eslavos. Nuestro conocimiento de los eslavos antes de su diáspora es limitado, excepto por lo que se refiere al hecho de que eran originarios de los confines orientales de la Gran Llanura Europea. Como hemos visto, el carácter general de los sistemas de tipo Korchak atestigua la existencia de poblaciones que practicaban una forma muy sencilla de agricultura mixta, con pocos bienes materiales, y esta situación se corresponde a grandes rasgos con las descripciones de la sociedad eslava primitiva que aparecen en las fuentes literarias bizantinas, que una vez más subrayan su pobreza, su sencillez y su carácter relativamente igualitario. La migración acabó cambiando todo esto, aunque a un ritmo distinto según los distintos grupos de lengua eslava. Un sector de la población que se vio afectada desde época muy temprana fue la clase de los guerreros especializados, que no tardó en surgir a los pies de los Cárpatos para aprovechar las oportunidades de pillaje que les proporcionaba su nueva proximidad a las provincias balcánicas del Imperio Romano. A largo plazo, estas novedades habrían de propagarse mucho más por las tierras dominadas por los eslavos.⁶¹ Pero si bien no cabe duda de que la expansión eslava debe ser considerada una migración en masa, ¿por qué se produjo y por qué el proceso de migración se desarrolló del modo en que lo hizo?

La migración, el desarrollo y los eslavos

Dado que la expansión eslava abarcó tantos tipos de unidad migratoria y funcionó en tantos contextos, no debería sorprendernos que sobre ella actuara una gran variedad de motivaciones. Algunos eslavos emigraron sobre todo por motivos voluntarios y económicos. Tal es el caso con toda claridad de los saqueadores eslavos de la zona balcánica del Imperio Romano en el siglo VI, cuyas actividades perseguían simplemente absorber parte de los bienes muebles existentes en la región. Las incursiones de saqueo eran una forma de conseguirlo, pero en esta época encontramos también tropas auxiliares eslavas al servicio de los romanos (otro medio de conseguir el mismo fin). Parece que los antas en particular se aprovecharon de hacerse aliados oficiales de los romanos a partir de la década de 530. En términos generales, fueron los primeros desplazamientos de los esclavos y los antas a Moldavia y Valaquia, al sur y al este de los Cárpatos, lo que los situó lo bastante cerca del Imperio Romano de Oriente para posibilitar este tipo de actividad destinada a la adquisición de dinero. No hay motivo alguno para pensar que no fuera éste uno de los objetivos que se ocultaban tras el desplazamiento original.

Los beneficios materiales obtenidos cuando menos por ciertos elementos del mundo eslavo gracias a la actividad migratoria de los siglos V-VIII resultan asimismo evidentes si comparamos la cultura material eslava de los comienzos de esta época con la de sus postrimerías. Una metalurgia más sofisticada, empezando por ciertas labores en metales preciosos, una mayor variedad de bienes materiales, y sobre todo la diferenciación de las casas, son todos fenómenos que aparecieron en esta época en beneficio sobre todo de las clases de los guerreros, que tuvieron la posibilidad de aprovechar las nuevas oportunidades que se les presentaban a consecuencia de su mayor proximidad a la Europa desarrollada. Desde luego esto supone reconstruir las motivaciones no a partir de unos testimonios directos, sino de unas acciones y de sus consecuencias, pero en cualquier caso parece razonable.⁶² Significa también que la migración eslava —o parte de ella— se inscribe en un modelo que ya hemos visto antes, en el cual grupos de una periferia menos desarrollada cambiaron de sitio y entraron en contacto con la Europa imperial

o con su hinterland inmediato, donde existían en abundancia nuevas oportunidades de acumular riqueza. Situaría asimismo la migración eslava en consonancia con las conclusiones esenciales de los modernos estudios sobre las migraciones: las desigualdades de riqueza y de desarrollo suponen un estímulo fundamental para la migración.

Pero a medida que se desarrollaba la expansión eslava, la integración de la periferia más externa y de la Europa imperial alcanzó una nueva intensidad. Los hablantes de eslavo eran originarios de un lugar situado dentro de las sociedades de agricultura simple que, como hemos visto, se extendían al este del Vístula y al norte de los Cárpatos en la primera mitad del milenio, independientemente de que creamos o no la versión que nos da Jordanes cuando dice que eran descendientes de los vénedos. En aquellos momentos, formaban parte de un mundo que nunca había estado seriamente en contacto con el Imperio Romano, aunque existía desde hacía quinientos años. Esta constatación suscita de inmediato una cuestión importantísima. Si bien es bastante razonable pensar que los eslavos deseaban salir de la periferia para ampliar sus oportunidades de obtener riquezas, como en general dan a entender los testimonios históricos y arqueológicos, nos falta por explicar todavía por qué empezaron a hacerlo a finales del siglo V y en el VI, y no antes. Durante los quinientos anteriores habían tenido muchísimas otras oportunidades de dar este tipo de pasos tendentes a la obtención de riqueza, pero no los dieron. ¿Por qué el proceso empezó a desarrollarse cuando lo hizo?

La respuesta más verosímil, en mi opinión, tiene dos dimensiones. La primera es muy sencilla y nos remite a la revolución generada por la ascensión y caída del imperio de los hunos en los confines del Imperio Romano. Continuarán los debates en torno a la magnitud demográfica de las migraciones germánicas, pero su repercusión política sobre la periferia del mundo romano, hasta entonces de lengua germánica, es incontrovertible. El resultado de las dos oleadas de invasiones, la de 376-380 y la de 405-408, seguido de los efectos que tuvo la lucha por el control del Danubio Medio tras la muerte de Atila, fue, como hemos visto, una espectacular disminución del número de bloques de poder dominados por los germanos existentes en la Europa central y del este y de la cantidad de territorio que controlaban.

Independientemente del significado demográfico que tuviera, el colapso de la cultura germánica reflejó desde luego la desaparición de unas estructuras políticas a gran escala, muy efectivas desde el punto de vista militar, en la Europa central y del este. Este hecho desempeñó un papel primordial a la hora de posibilitar la subsiguiente expansión eslava por la periferia romana, por cuanto eliminó a muchas de las potencias germánicas intermedias que hasta entonces habían monopolizado las posiciones ventajosas que podían obtenerse más allá de la frontera del Imperio. Las gentes de lengua eslava pudieron entonces trasladarse a esa periferia porque entretanto los grupos armados organizados se habían quitado de en medio.

Vale la pena desarrollar un poquito más este argumento. Para beneficiarse de las ventajas crematísticas que pudiera traerles la proximidad de la frontera romana, los grupos eslavos tuvieron que transformarse en entidades más estructuradas y marcadas por un potencial militar mayor. Naturalmente fue un proceso de doble sentido, pues los bienes muebles obtenidos del Imperio proporcionaron a su vez a los nuevos caudillos eslavos de finales del siglo VI los poderes de patrocinio que necesitaban para salirse con la suya. El grado de reorganización que habría hecho falta en tiempos de los romanos, cuando los ambiciosos eslavos recién llegados habrían rivalizado con los estados clientes ya bien organizados, mayoritariamente germánicos, que ocupaban la zona fronteriza, habría sido mucho mayor, y por ende tanto más difícil de conseguir. Esa reorganización habría tenido que producirse en los bosques de los confines orientales de la Gran Llanura Europea antes de que los grupos eslavos interesados empezaran a trasladarse hacia cualquier rincón provechoso de la periferia. De lo contrario, no habrían podido rivalizar con los colonos germanos ya establecidos. Cuesta trabajo imaginar a un caudillo que encontrara en esas localidades recursos suficientes en la primera mitad del milenio para reunir bastantes seguidores que le permitieran lanzar un reto eficaz. La ascensión y caída del imperio de los hunos creó un vacío de poder relativo al norte de la frontera del Bajo Danubio, lo que permitió entrar en escena a los grupos armados eslavos de menor tamaño.

La segunda dimensión es más hipotética, pero se deriva de la anterior. Si la zona de cristalización inicial de los eslavos que habrían de entrar en contacto con las provincias romanas de los Balcanes en el siglo VI ha sido correctamente identificada en Polesie, o desde luego a los pies de los Cárpatos, en el siglo IV, se encuentra en los confines del sistema de Cernjachov, en gran medida dominado por los godos (capítulo 3). Esto indicaría que su transformación inicial surgió como respuesta a esa dominación gótica, como parte de un proceso de reforma destinado a librarse de sus peores efectos o al menos a minimizarlos. Como el imperio de los hunos o el de los ávaros, el sistema de Cernjachov presumiblemente exigía a los pueblos indígenas que eran súbditos suyos que le suministraran sostén económico en forma de víveres, y posiblemente también mano de obra militar. En este contexto, quizá resulte significativo el hecho de que la primera aparición de un grupo de lengua eslava en un relato histórico de la Antigüedad tardía se encuentre en un contexto de conflicto con los godos. Jordanes comenta que una de las grandes victorias del caudillo godo Vinitario, que gobernó a mediados del siglo V, fue sobre los antas:

Quando [Vinitario] los atacó, fue derrotado en el primer encuentro. Luego combatió con bravura y, como ejemplo espantoso, crucificó a su rey, llamado Boz, junto con sus hijos y a setenta nobles, y dejó sus cuerpos colgados de la cruz para redoblar el temor de los que se habían rendido.⁶³

Un solo ejemplo no puede demostrar la existencia de todo un proceso, pero el modelo planteado es sugerente. Como suele ocurrir también con los ejemplos modernos, incluso lo que parece una migración por motivos económicos suele tener dimensiones políticas significativas. Sin los cambios políticos generados por los hunos, incluso las nuevas comunidades de lengua eslava que tanto habían mejorado desde el punto de vista militar habrían tenido dificultades para conseguir las nuevas oportunidades económicas generadas por una posición fronteriza que se encontraron luego con mucha más facilidad cuando sus antiguos señores germanos se quitaron de en medio.

Si pasamos de la primera mitad del siglo VI, el equilibrio entre los motivos económicos y políticos varió notablemente entre los distintos elementos de los flujos migratorios eslavos. La motivación que se oculta tras la difusión del sistema de tipo Korchak, los asentamientos familiares

ampliados por las mesetas de Europa central probablemente puedan explicarse en parte en términos de crecimiento demográfico, generado no sólo por la absorción de extraños, sino también por la mayor cantidad de alimentos disponibles. Pero incluso la expansión del sistema de tipo Korchak quizá tuviera una dimensión política. Por lo pronto, el avance de Korchak debió de verse facilitado en gran medida por las luchas que obligaron a godos, hérulos, suevos, rugios y demás a abandonar la región del Danubio Medio y que atrajeron hacia ella a los lombardos desde Bohemia y aun más allá (capítulo 5). Estos conflictos estaban en pleno desarrollo a finales del siglo V y comienzos del VI, precisamente cuando las poblaciones de lengua eslava de Korchak se extendieron desde los Cárpatos hacia el oeste, y debieron de facilitar su conquista de Moravia y Bohemia. Quizá hubiera también una segunda dimensión política en las motivaciones de los grupos de Korchak. Como hemos visto, debemos distinguir a estos inmigrantes, que se movían en pequeñas comunidades agrícolas, de las entidades eslavas mayores y más militarizadas que evolucionaron simultáneamente más al este y al sur debido al contacto directo con el Imperio Romano de Oriente. En ese caso, quizá los emigrantes de los sistemas de tipo Korchak se desplazaran para no ser atraídos a la órbita de esas nuevas entidades eslavas más poderosas. Las perspectivas postnacionalistas valen también para los eslavos. No cabe suponer un sentido de comunidad muy fuerte entre las diferentes poblaciones eslavas por el mero hecho de que todas hablaran lenguas emparentadas, y los emigrantes del tipo Korchak hicieron unas opciones de vida muy distintas de las de sus primos, preocupados como estaban por la posibilidad de obtener las riquezas de Roma. Detrás de esas opciones habría podido estar la idea de evitar las atenciones no deseadas y predatorias de dichos parientes.

La ascensión del poderío de los ávaros también contribuyó a dar impulso al proceso migratorio eslavo. El imperio de los ávaros actuó de un modo más o menos parecido al de sus antecesores, los hunos, por cuanto su poder dependía de unos grupos aliados subordinados que les suministraban mano de obra militar y apoyo económico. Era, en resumen, una hegemonía establecida por medio de la conquista militar y mantenida gracias a la intimidación. Las fuentes históricas bizantinas conservan numerosos ejemplos de los decididos esfuerzos realizados por los khanes ávaros por no perder prestigio incluso al

ser derrotados, pues cualquier signo de debilidad habría sido siempre una señal para que cualquiera de sus súbditos más desafectos se sublevaran. El historiador Menandro conserva un ejemplo particularmente interesante, en el que un caudillo ávaro, al ver frustrado el asedio que había puesto a Singiduno (la actual Belgrado), solicitó un cuantioso donativo de las autoridades de la ciudad para retirarse dejando su honor a salvo. Más espectacular todavía es otro caso: en 626, cuando fracasó la última intentona de los ávaros de conquistar Constantinopla y sus soldados de infantería eslavos empezaron a huir, los ávaros no dudaron en matarlos.⁶⁴

Los eslavos militarizados de la región de los Cárpatos constituían, pues, unos súbditos potencialmente útiles para los ávaros, que enseguida añadieron a algunos de ellos a su séquito de clientes. Con tal de conseguir su objetivo, los ávaros se mostraron dispuestos a ser empleados por el estado romano para atacar a los grupos eslavos en las décadas de 570 y 580, y en una ocasión fueron trasladados incluso en barcos romanos por el Danubio para atacar a unos eslavos que causaban disturbios en la frontera (probablemente en la región de Banat y en Valaquia) al sudeste y al sur respectivamente de los Cárpatos. Los grupos eslavos no se integraron por lo general en este nuevo imperio nómada por medio de negociaciones pacíficas, y gozaban, si es que podemos utilizar este verbo, de unas relaciones absolutamente ambiguas con sus señores ávaros. Por un lado, como ya hemos visto, en un sentido muy concreto la maquinaria de guerra de los ávaros (con ayuda de Persia y de los árabes) abrió un boquete en las defensas de los romanos de Oriente en los Balcanes, y permitió el asentamiento de eslavos a gran escala en la zona durante el siglo VII. Por otro, la dominación ávara era algo que muchos grupos eslavos querían evitar o de lo que querían librarse, si habían caído bajo su yugo. Se dice que eso fue lo que hicieron los serbios y los croatas que se establecieron en los Balcanes, como hemos visto, lo mismo que hicieron más al oeste los sorbios a las órdenes de Samo. Fredegario, nuestra fuente para este episodio, señala explícitamente las causas de la sublevación:

Quando los ávaros hacían una campaña contra otro pueblo, permanecían acampados en orden de batalla mientras los [eslavos] combatían ... Cada año los [ávaros] se retiraban a los cuarteles de invierno con los eslavos, durmiendo con sus esposas e hijas, y además los eslavos pagaban tributo y soportaban muchas otras cargas.⁶⁵

La dominación ávara dio así más motivos a los grupos eslavos para emigrar de las regiones de los Cárpatos y del Danubio Medio. En primer lugar, mientras que la difusión inicial de las comunidades de tipo Korchak tuvieron a todas luces unos orígenes distintos, pues empezaron antes de que los ávaros se convirtieran en un factor a tener en cuenta, su ulterior expansión desde Bohemia hacia el Saale y más allá del Elba a partir de mediados del siglo VI tuvo el motivo añadido de intentar no ser absorbidos en el imperio explotador de los ávaros. Esta misma consideración quizá determinara la expansión de las poblaciones de lengua eslava hacia el norte, hasta Polonia, más o menos por la misma época.⁶⁶ En segundo lugar, los ávaros fueron responsables de la difusión de comunidades «tribales» eslavas de mayor tamaño por los Balcanes a partir de 610, cosa que habría sido imposible si no hubieran acabado con la seguridad de las fronteras romanas. Pero eran los mismos eslavos que habían venido alternativamente luchando contra los ávaros y poniéndose a su servicio durante los cincuenta años anteriores, así que hay buenos motivos para suponer que desearan ponerse a sí mismos, por no hablar de sus esposas y sus hijos, fuera de su alcance. En tercer lugar, de nuevo al igual que los hunos, los ávaros reasentaron a algunos pueblos sometidos en torno al corazón de sus dominios en la Gran Llanura Húngara. Las fuentes históricas nos los documentan haciendo justamente eso, entre otros, con los búlgaros y los gépidas, y con las comunidades de cautivos romanos apresados en los Balcanes. Los testimonios arqueológicos indican también que hicieron lo mismo con los grupos eslavos a los que tenían particularmente sojuzgados.⁶⁷

Las motivaciones y el contexto contribuyen en gran medida a explicar la variedad de los procesos migratorios observables entre los eslavos. El hecho de que la expansión eslava fuera realizada unas veces por grupos grandes y otras por grupos pequeños, unas veces por medios pacíficos y otras con mucha más agresividad, no debería desconcertarnos. Unas veces predominaron los motivos políticos, otras los económicos. Cuáles de ellos prevalecieron en el caso de la expansión hacia la llanura europea oriental a partir del siglo VII es imposible de determinar a falta de relatos históricos que nos hablen de la acción y de sus contextos políticos. Los grupos que se trasladaron al este del Dniéper en el último período empezaron a sacar

provecho rápidamente del tráfico de pieles y esclavos que había empezado a cobrar importancia en esta región a partir del siglo VIII, como veremos en el capítulo 10, pero si ése fue el motivo que los llevó a aquellas tierras o si sólo fue una consecuencia accidental de la migración, es algo imposible de determinar.

LA MIGRACIÓN Y LA EUROPA ESLAVA

Como respuesta a las desigualdades de riqueza y de desarrollo, en su compleja interacción de motivaciones económicas y políticas, y en la influencia determinante que sobre sus distintos resultados ejercieron las estructuras políticas circundantes, los flujos migratorios eslavos de finales del siglo V y de época posterior se desarrollaron de forma análoga a la de otros más modernos. Algunas de esas unidades migratorias estaban formadas por grupos de población «enteros», integrados por hombres, mujeres y niños de todas las edades, igual que los que ya hemos visto en el mundo germánico. Las unidades de ese estilo, como ya hemos visto, reflejan las particularidades de las condiciones reinantes en el primer milenio y son relativamente raras en el mundo moderno. Pero, en términos generales, la comparación funciona. La naturaleza y la dirección de los flujos migratorios eslavos están en consonancia con los principios más profundos que se ocultan detrás de los flujos actuales. Hay también algunos sentidos en los que la migración eslava se parece muchísimo a otros flujos de población mejor documentados de épocas más recientes.

Suele ocurrir que unos pocos individuos, a menudo varones jóvenes, den los primeros pasos en una zona nueva. A partir de ahí, el conocimiento de las nuevas oportunidades se propaga gradualmente entre la población en general. Las incursiones de saqueo de los eslavos en los Balcanes durante el siglo VI, precursoras de su pleno asentamiento a partir de 610, funcionaron en cierto sentido de esta manera. Los jóvenes que llevaron a cabo esas incursiones acumularon buenos conocimientos en torno a las rutas y las posibilidades de la región a través de la experiencia (a veces amarga), y esos conocimientos determinaron las migraciones a gran escala del siglo VII. La nueva cronología, mucho mejor fundada, de la expansión de los emigrantes de Korchak a

Occidente a través de las mesetas de Europa central demuestra, del mismo modo, que ese proceso migratorio duró más de lo que se solía creer. Eso significa, entre otras cosas, que los grupos que intervinieron tuvieron muchísimo tiempo para acumular un conocimiento activo de sus próximos destinos entre un desplazamiento y otro, y esa circunstancia debió de resultar trascendental para todo el proceso. En los ejemplos modernos, la acumulación activa de información (no necesariamente exacta) acerca del punto de destino desempeña un papel importantísimo a la hora de estimular y canalizar los flujos migratorios. Del mismo modo que el modelo que llevó a muchos de los germanos que protagonizaron las emigraciones a larga distancia del siglo V a desplazarse dando «saltos» discretos, con largos parones intermedios, debe atribuirse en parte a la necesidad de recabar información, parece que lo mismo podemos decir de los grupos eslavos de los siglos VI y VII.⁶⁸

También completamente en consonancia con los flujos migratorios modernos está el hecho de que los mismos grupos de población eslava participaron, al parecer, no sólo en uno, sino en varios desplazamientos a lo largo de varias generaciones. Como subrayan los estudios modernos, el hábito migratorio es una experiencia que se acumula dentro de una determinada población. Cuando los parientes y los amigos emigran, o se recuerda que emigraron en el pasado, se multiplica la probabilidad de que la migración sea adoptada como estrategia de vida por otros miembros del mismo grupo de población. El perfil de la migración eslava encaja perfectamente en este modelo. El desplazamiento —probablemente— inicial a Moldavia y Valaquia a finales del siglo V y comienzos del VI fue seguido dos o tres generaciones más tarde por un desplazamiento más llevado a cabo por los descendientes de muchos de esos primitivos emigrantes al territorio del Imperio Romano en los Balcanes. Entretanto, sucesivas generaciones se trasladaron también hacia el este y hacia el oeste, a Ucrania y a las mesetas de Europa central, y luego ambas ramas generaron también una franja de expansión hacia el norte, desarrollándose todo el proceso a lo largo de varias generaciones. La migración se convirtió a todas luces en una estrategia de vida muy arraigada entre numerosas poblaciones eslavas, de modo que, a

medida que aumentaron los conocimientos acerca de las comarcas vecinas, hubo nuevos emigrantes dispuestos a introducirse en ellas, contribuyendo los éxitos anteriores a dar mayor impulso al hábito migratorio.

Además, la propensión a adoptar la migración como estrategia de vida probablemente estuviera preprogramada en los primeros emigrantes eslavos de finales del siglo V debido a las limitaciones de su tecnología agrícola. Fueran quienes fueran exactamente, sabemos que los primeros eslavos eran originarios de algún lugar al norte de los Cárpatos y al este del Vístula. Aunque eran decididamente agricultores y no nómadas en cualquier sentido exacto que queramos dar al término, los habitantes de esta región carecían antes del año 500 d. C. de la tecnología agrícola necesaria para mantener la fertilidad de su territorio durante mucho tiempo, de ahí que tendieran a cambiar el emplazamiento de sus poblados más o menos con cada generación. Seguía siendo así más o menos un siglo después de que diera comienzo la segunda mitad del milenio. Las recientes excavaciones llevadas a cabo en el poblado protoeslavo de Dulcinea, en Valaquia, han demostrado que este asentamiento de diez o quince casas cambió de emplazamiento en varias ocasiones como respuesta a la necesidad de abrir a la explotación nuevos campos de cultivo. Lo mismo que ocurriera con los germanos del Alto Imperio que renegociaron la movilidad a pequeña escala y la convirtieron en migración a gran escala, el hecho de que unos agricultores de lengua eslava no estuvieran tan rígidamente vinculados a unas tierras en particular seguramente los hiciera más proclives a responder a las nuevas oportunidades creadas por la implosión de las antiguas periferias del Imperio Romano, en buena parte dominadas por los germanos.⁶⁹ Ello supuso un desplazamiento en una nueva dirección y a una escala mucho mayor, pero eran ya poblaciones móviles bien equipadas para el reto.

Sin embargo, no está claro si la expansión eslava generó también o no una cantidad significativa de migración de retorno, epifenómeno omnipresente en los flujos demográficos modernos. Aparte de los saqueadores que regresaban a sus hogares después de sus expediciones, no se menciona ninguna migración de retorno en ninguna de nuestras fuentes históricas. Por otro lado, los testimonios arqueológicos de la expansión de Korchak hacia el norte y hacia el este desde los Cárpatos en dirección a Rusia

y el norte de Ucrania durante el siglo VII y con posterioridad a esta fecha quizá representen un proceso análogo, si es que el ímpetu inicial de la migración eslava vino de esa región. La migración de retorno suele deberse al impacto de los costes emocionales y de otro tipo que conlleva el traslado de la persona a un ambiente nuevo, así como al fracaso en el punto de destino. En cualquier caso, la aparición del imperio de los ávaros, con todas las exigencias que supuso para las poblaciones eslavas sojuzgadas, así como el amor inherente a los bosques del este de Europa, quizá indujeran a los emigrantes de Korchak a cambiar de dirección. Pero todo esto es pura especulación, y siempre caben otras posibilidades. Las técnicas agrícolas más avanzadas tomadas del mundo desarrollado, junto con sus nuevas capacidades militares, alternativamente habrían dado a esos grupos eslavos que inicialmente se habían desplazado a la zona subcarpática una ventaja estratégica sobre las que en otro tiempo habían sido sus iguales, las poblaciones de la Rusia europea, lo que con el tiempo les permitió expandirse a expensas de estas últimas.

La logística del transporte, por último, no parece haber desempeñado un papel demasiado importante en la conformación de la migración eslava. A diferencia de los anglosajones, los eslavos no tenían mares que cruzar, aunque a la hora de hacer incursiones de pillaje en las provincias romanas de los Balcanes los grandes ríos, como el Danubio o el Sava, podían resultar problemáticos. Como dijimos anteriormente, en 550-551 tres mil saqueadores eslavos tuvieron que pagar a los gépidas una moneda de oro cada uno por ser cruzados en barca al territorio de los romanos, pero quizá la anécdota refleje la necesidad de actuar con rapidez más que una incapacidad de manejarse en el agua. A comienzos de la década de 610, los eslavos utilizaron con gran eficacia simples canoas para realizar incursiones de saqueo por las costas de Grecia, y se empleó una flota de embarcaciones similares, aunque sin efecto militar alguno, durante el asedio que los ávaros pusieron a Constantinopla en 626. Así pues, los grandes sistemas fluviales europeos probablemente no plantearan ningún problema importante a los emigrantes eslavos, especialmente porque, al no tener muchos bienes materiales, parece que se movían sin los enormes convoyes de equipaje que acompañaron a los emigrantes germanos del siglo V. Al menos, ninguna fuente dice que los

eslavos usaran carretas, y desde luego así era en el caso de los saqueadores eslavos, que supieron moverse al margen de la red viaria romana para entrar en los Balcanes como no pudieron hacerlo ni los godos de Teodorico ni los de Alarico. No está claro si se puede decir lo mismo de las unidades eslavas mayores que se establecieron en las cercanías de Tesalónica, pero quizá es lo que da a entender la principal línea de avance hacia el oeste a través de las mesetas de Europa central, elegida por los grupos de Korchak, en la que las carretas habrían sido un estorbo.⁷⁰

Desde luego es perfectamente posible que debamos considerar todo el fenómeno de los conjuntos de tipo Korchak como una especie de estrategia migratoria. La manera habitual de ver su típica combinación de cabañas semienterradas y cerámica lisa ha consistido en subrayar su simplicidad tecnológica y, por extensión, el relativo atraso de las primeras poblaciones de lengua eslava que tenemos documentadas en Europa. Recientemente, sin embargo, se ha señalado que, aunque sencillos, esos materiales están todos bien hechos y habrían cumplido sus funciones con mucha eficacia. Más concretamente, se ha sugerido que los conjuntos de Korchak representan una versión reducida de la cultura material eslava de la época cuya finalidad era precisamente facilitar el movimiento. El argumento de que la cultura material eslava era totalmente adecuada para sus fines seguramente está muy bien planteado, y constituye un contrapunto razonable a la tendencia a desechar la importancia histórica de sus cultivadores. Sin embargo, teniendo en cuenta el estilo de vida en general de las poblaciones de la Rusia europea de las que surgieron los eslavos, quizá haya una explicación más sencilla de la simplicidad de todo el sistema de Korchak: concretamente, que refleja el punto de arranque a partir del cual se desarrolló la subsiguiente complejidad material eslava, y no una forma especial de cultura material preparada para la emigración. Pero si salieran a la luz poblados eslavos de la misma época y evidentemente relacionados con ellos de mayor complejidad que los de Korchak, la propuesta adquiriría evidentemente mayor fuerza.⁷¹

Cualquier estudio de la migración eslava sigue chocando con las limitaciones de las fuentes disponibles. Los procesos que se desarrollaron a partir de finales del siglo V y que se ocultan tras la expansión final de grupos eslavos de nombre conocido por el paisaje de la Rusia europea a finales del

primer milenio en gran medida se nos escapan. Más al oeste, gran parte de la acción es igualmente oscura, sobre todo la historia humana que se oculta tras la propagación del sistema de Sukow-Dziedzice la norte y al este del centro de Polonia. Incluso la ocupación eslava de los Balcanes, pese a estar relativamente bien documentada, plantea numerosos enigmas. ¿Cómo lograron exactamente serbios y croatas librarse del dominio de los ávaros, y cuál era concretamente la naturaleza original de esos grupos? En algunas zonas, podemos esperar razonablemente conseguir una mayor claridad. No es probable que se descubran nuevas fuentes históricas, pero se encontrarán más materiales arqueológicos, y se interpretarán de un modo más sofisticado. Así pues, en algún momento posiblemente tengamos una idea más clara de hasta qué punto la migración eslava se desarrolló en unos paisajes demográficamente poco densos y políticamente fragmentados, y en qué medida hubo en las zonas afectadas poblaciones indígenas hablantes de germánico o de cualquier otra lengua que sobrevivieron. En particular la cronología del sistema de Sukow-Dziedzice resultará sin duda alguna más segura.

De momento, lo que debemos subrayar es la complejidad del proceso migratorio eslavo en general: adoptó formas muy variadas, y se desarrolló en tiempos y en lugares muy diferentes. En algunos contextos, pequeñas unidades de población generaron modelos de desplazamiento parecidos a los previstos en el modelo de oleada de avance, aunque el paso del sistema de Korchak por la meseta de Europa central quizá no se realizara tan al azar. En otros, el mismo tipo de flujo original parece luego que se intensificó, cuando aumentó la resistencia y los emigrantes (como sus análogos góticos, bóers y vikingos) se vieron obligados a reorganizarse y desplazarse en grupos mayores. Eso, al menos, es lo que dan a entender los poblados amurallados de mayores dimensiones característicos de la expansión eslava por los confines más septentrionales y orientales de la Gran Llanura Europea. En otros lugares, parece que actuaron juntas unidades mayores de varios millares de individuos, en versiones a menor escala de la hipótesis modificada de la invasión que observamos ya entre los emigrantes germánicos, concretamente cuando las unidades de mayor tamaño formadas en los confines de las provincias romanas de los Balcanes a finales del siglo VI empezaron a

anexionarse tierras dentro de esa región en la centuria siguiente. Las variantes de tipo oleada de avance parecen ir en correlación con los desplazamientos de carácter más voluntario, debidos a motivaciones económicas, aunque el contexto político fue siempre crucial para su éxito; los movimientos «tribales» mayores parecen menos voluntarios, y tendrían unas motivaciones más políticas.

El otro punto que debemos subrayar es que, independientemente de las dimensiones de la unidad migratoria implicada, estamos tratando de emigrantes de lengua eslava que se convirtieron en una fuerza cultural dominante en vastísimas regiones de Europa central y del este. Como ponen de manifiesto las dimensiones de la Europa eslava, los emigrantes eslavos fueron muy eficaces a la hora de establecer su dominio y ya en el siglo VI eran conocidos por su efectividad militar. La eslavización tuvo, naturalmente, un componente más voluntario, al menos en sus primeras fases, pues algunos grupos eslavos se mostraron más abiertos a las poblaciones indígenas que estuvieran dispuestas a adoptar las nuevas formas culturales. Pero es muy poco probable que realmente podamos considerar a los eslavos primitivos los hippies más afortunados que ha conocido Europa. Quizá carecieran de anfiteatros, togas, poesía latina y calefacción central, pero tuvieron tanto éxito a la hora de imponer un nuevo orden social en la Europa central y del este como los romanos en el oeste y el sur del continente. Su eficacia militar hace que resulte muy improbable que consiguieran ese éxito sólo porque las poblaciones indígenas pensaron que eso de hacerse eslavos iba ser estupendo.

En mi opinión, también sugieren una imagen en general menos pacífica de los eslavos primitivos tanto el carácter de los primeros estados eslavos que surgieron en los siglos IX y X como los procesos de ulterior transformación que los crearon. La expansión de los siglos VI-IX formó parte desde luego de la misma historia, y las primitivas migraciones eslavas y la formación definitiva de un estado eslavo fueron generadas en gran medida por las mismas fuerzas. Pero esta última sólo puede entenderse como un elemento más de una transformación mucho más amplia de la Europa septentrional y oriental, que se manifestó en la explosión expansionista de la era de los vikingos. Antes de volcarnos en los procesos de formación del estado eslavo, pues, debemos analizar este último gran impulso migratorio desde dentro de

la Europa del primer milenio. Y aunque su relación con la formación del estado eslavo significa que nuestro principal foco de interés es en cierto sentido la expansión nórdica por el sur y por el este al otro lado del Báltico, ésta sólo puede entenderse en el contexto de la diáspora escandinava en sentido lato.

Capítulo 9

DIÁSPORAS VIKINGAS

Para llegar a Groenlandia, tuerce a la derecha desde el centro de Noruega, mantente bastante lejos al norte de Shetland de modo que sólo puedas verla si la visibilidad es muy buena, y lo bastante al sur de las Feroe para que el mar aparezca a la mitad de sus escarpadas laderas. En cuanto a Islandia, permanece lo bastante lejos hacia el sur para ver sólo sus manadas de pájaros y de ballenas.

Así, toscamente parafraseadas, rezan las direcciones de navegación de un manual islandés de la Edad Media,¹ pero bastan para que se le pongan a uno los pelos de punta. Con unas instrucciones tan detalladas como éstas, ¿cómo iba a ser posible fallar el objetivo? Todo lo que se necesita es la capacidad de reconocer si la visibilidad es muy buena o no en torno a Shetland, y si no lo es (como suele ocurrir), conjeturar dónde podrá estar la isla; un conocimiento intuitivo de la altura de las Feroe; y saber navegar en línea recta utilizando las estrellas. Añádase un profundo conocimiento de la fauna de los mares que rodean Islandia, suerte para no perder el rumbo y ser arrastrado por los vientos del Atlántico, famosos por su violencia (o capacidad de volver a encontrar la orientación, si así ocurriera), y ya está. Y todo esto en un pequeño barco de vela expuesto a la intemperie, hecho de madera y sin servicio de radio (y, en caso de tenerlo, sin servicio de botes salvavidas). Teniendo en cuenta todo esto, el hecho de que los vikingos que descubrieron la costa este de América lo hicieran cuando andaban buscando Groenlandia resulta mucho menos sorprendente. A finales del primer milenio, el Atlántico norte estaba lleno de escandinavos bravos y habilidosos que andaban de acá para allá «descubriendo» cosas.

A pesar de todas estas dificultades, entre 800 y 1000 d. C. los escandinavos se adentraron llenos de entusiasmo en aguas de muy distintas profundidades. Aparte de sus célebres viajes de descubrimiento por el Atlántico norte, exploraron también las rutas fluviales de Europa occidental,

de Europa central y de la Rusia europea en barcos de todas las formas y tamaños, y siempre con propósitos muy variados. En esos siglos los vikingos, siempre en barco, salieron de los estrechos confines de su Báltico natal para comerciar, saquear, colonizar y formar comunidades políticas desde las Columnas de Hércules hasta los Urales. En ese proceso, las sociedades que encontraron a lo largo de sus viajes y la suya propia sufrieron una transformación total. La finalidad del presente capítulo no es estudiar el período vikingo en general, sino analizar hasta dónde llegó la migración escandinava en sus diversas fases, y comparar sus formas, motivaciones y efectos con ejemplos modernos y con los otros estudios de caso de la Alta Edad Media examinados en el libro.

LOS VIKINGOS Y OCCIDENTE²

En Europa occidental las incursiones vikingas comenzaron con una venganza a finales del siglo VIII. El primer acto de destrucción realmente espectacular de los vikingos tuvo lugar el día 8 de junio (casualmente el día de mi cumpleaños) de 793, y fue el saqueo de la famosa isla monasterio de Lindisfarne, frente a las costas británicas de Northumbria. Al cabo de dos años, los saqueadores habían recorrido toda la costa norte de Escocia y habían rodeado las islas occidentales, saqueando un monasterio irlandés en la isla de Rathlin. Estos actos de destrucción fueron llevados a cabo, al parecer, sobre todo por noruegos, que llegaron a las costas del norte de las Islas Británicas arrastrados por una combinación natural de vientos y corrientes. Empujados por el viento del este, que predomina durante las tormentas primaverales, los saqueadores noruegos recorrieron el mar del norte hasta las Shetland, las Orcadas y el nordeste de Escocia. Ello supuso desafiar al mar bravío que separa las costas de Noruega y las Shetland, inicialmente sin tener tierra a la vista. Fue una empresa importantísima, pero no abrumadora. En ir de Bergen, al oeste de Noruega, a las Shetland no se tardaba más que en recorrer las costas de Escandinavia en dirección al sur, cruzar el Skagerrak y entrar en el Báltico. Y una vez en Shetland, el resto podía hacerse sin perder de vista la costa. Escocia quedaba muy cerca y rodeando su extremo norte los saqueadores noruegos no habrían tenido más que ceñirse a la costa para llegar

a las islas Hébridas, el mar del norte, el oeste de Gran Bretaña, y la propia Irlanda. Luego —con toda tranquilidad, si no querían permanecer más tiempo por allí— los vientos del oeste predominantes en el mar del norte durante el otoño los llevarían de vuelta a su país. Si los vientos estacionales y las corrientes hubieran ido en sentido inverso, ahora quizá estuviéramos hablando de la invasión de Noruega por los escoceses.³

Al mismo tiempo que el norte de Gran Bretaña e Irlanda era atacado, se produjeron incidentes también en las costas de uno y otro lado del Canal de la Mancha. Entre 786 y 802 (el suceso no puede situarse con más precisión debido a las extravagancias del sistema de datación empleado en la *Crónica anglosajona*), en el curso de lo que posiblemente sea la primera incursión del período vikingo que tenemos registrada, tres naves cargadas de nórdicos desembarcaron en Portland, en la costa del sur de Gran Bretaña. El magistrado real de la localidad quiso llevarlos ante su rey, pero fue asesinado; se ha sostenido que se equivocó tomándolos por mercaderes. Los barcos procedían de Horthaland, en Noruega. Tenemos otros testimonios menos directos, pero suficientemente claros, de que se produjeron más incidentes. Ya en 792, Ofa, rey de Mercia y señor de toda la parte de Inglaterra situada al sur del Humber, permitió a un monasterio de la costa de Kent disponer un refugio en el interior del país, en la seguridad de las murallas romanas de Canterbury, que aún seguían en pie. Se hicieron preparativos también al otro lado del Canal. En 800, el emperador Carlomagno fortaleció sus defensas en la desembocadura del Sena. Los saqueadores vikingos habían llegado con sus barcos mucho más lejos. El año anterior habían bordeado las costas de Bretaña y habían atacado el monasterio de la isla de Noirmoutier, en la desembocadura del Loira, en el reino franco occidental. Diez años más tarde, el emperador decidió establecer flotas en Gante y Boulogne, con el fin una vez más de acabar con las incursiones llegadas por barco.⁴

Como en el saqueo de Lindisfarne, en el incidente de Portland intervinieron vikingos de Noruega. En el frente sur, en cambio, la acción correría en el siglo IX sobre todo a cargo de escandinavos originarios de Dinamarca. Una vez más ello se debió a razones de proximidad geográfica que hacían que la costa este de Inglaterra y toda la zona del Canal resultaran muy accesibles a los navegantes daneses. Pero eso sólo era una tendencia.

«Noruegos», «daneses», e incluso «suecos», son categorías anacrónicas cuando hablamos del período vikingo. Al comienzo del mismo, ninguna de ellas existía como unidad política cohesionada, y los caudillos famosos reclutaban a sus hombres por todo el Báltico.

IncurSIONES de saqueo

Algunos aspectos de las incursiones de saqueo, de poca envergadura, pero no por ello menos violentas, características de la primera fase de la actividad vikinga en Europa occidental, están mejor documentadas que otras. Las acciones en el norte de Gran Bretaña fueron espectaculares y se produjeron en fecha temprana. Ya a mediados del siglo IX, los archipiélagos de las Shetland, las Orcadas y las Hébridas no sólo habían sido saqueados, sino que fueron el escenario de una colonización a gran escala. Esta historia prácticamente no la cuentan nuestras fuentes históricas, pero en el año 850 ya estaban establecidos en las islas occidentales caudillos nórdicos, y en las del norte los topónimos y los testimonios arqueológicos no pueden ser más elocuentes. A la larga, en las Shetland y en las Orcadas desapareció cualquier vestigio de nombres antiguos que pudiera haber existido. Todos los topónimos de estas islas derivan de la antigua lengua nórdica. Los testimonios arqueológicos reflejan el mismo notable nivel de conquista, y las modalidades de asentamiento de los pictos fueron eclipsadas por otras nuevas de tipo escandinavo. Por todas las islas del norte y del oeste de Gran Bretaña, los viejos estilos de construcción en forma de círculo o de ocho, propios de las tradiciones nativas de celtas y pictos, fueron sustituidos rápidamente por las casas rectilíneas de los escandinavos, fruto de una tradición cultural distinta. En las Hébridas, los nombres de origen nórdico son abundantísimos, si no los predominantes, y lo mismo cabe decir de los testimonios arqueológicos. La isla de Man y posiblemente también el extremo occidental de Gales conocieron incursiones de saqueo similares y algunos de los primeros asentamientos llevados a cabo en esta época.⁵

Más al sur, en Inglaterra y en Irlanda, pero también en el continente, las fuentes históricas nos ayudan a establecer algunos patrones más claros. Referencias sueltas a ataques escandinavos aparecen en fuentes continentales

e insulares de las primeras décadas del siglo IX, pero a continuación las incursiones se intensificaron de forma espectacular. En las fuentes irlandesas, los primeros caudillos vikingos con nombre conocido aparecen en la *Crónica de Irlanda* a mediados del siglo IX: de la intensificación de los contactos nació un mayor conocimiento. Y el relato viene a confirmar esta hipótesis. Por primera vez en 836 los monasterios del interior de la isla, no sólo los poblados de la costa, se convirtieron en blanco de los ataques. Para ello, los vikingos tuvieron que adentrarse en el sistema de ríos y lagos de Irlanda: otro indicio del mayor conocimiento que habían ido acumulando de sus objetivos. Al mismo tiempo, también recibieron golpes importantes algunos puertos del Canal. Entre 835 y 837, el puerto de Dorestad, en Frisia, fue atacado durante tres años consecutivos, mientras que Sheppey, en Kent, fue atacado en 835, y Wessex sufrió una agresión en 836. Por esa misma época, los saqueadores vikingos obligaron a los frailes de Noirmoutier a abandonar su monasterio e iniciar un prolongado retiro en el interior del país. Durante las dos décadas siguientes, algunos saqueadores vikingos llegaron incluso más lejos. En 844, un grupo cruzó el golfo de Vizcaya para atacar el reino cristiano de Galicia, en España, antes de proseguir hacia el sur, hasta Al-Andalus, el rico territorio de la España musulmana. Quizá la incursión más espectacular se produjera en 858, cuando tras rodear España y cruzar el estrecho de Gibraltar, los saqueadores atacaron las costas de Italia. Después de pasar el invierno en el Mediterráneo, el mismo grupo atacó Francia remontando el Ródano en 859 y, durante su viaje de vuelta en 861, secuestró incluso al rey de Pamplona, en el norte de España. Para liberarlo hubo que pagar un rescate de sesenta mil monedas de oro.⁶

Esas incursiones a larga distancia fueron, sin embargo, la excepción, no la regla. Los ataques continuos no pasaron nunca del sudoeste de Francia y el sistema hidrográfico del Garona, en Aquitania. Esas agresiones fueron contrarrestadas finalmente por los esfuerzos realizados por los príncipes de la región —Carlos el Calvo, nieto de Carlomagno, y su sobrino Pipino—, pero incluso lo de Aquitania quedó en nada comparado con las incursiones de saqueo cada vez más intensas que se desarrollaron al norte, a uno y otro lado del Canal de la Mancha. Aquí, el incremento de la agresión vikinga se manifestó de tres formas: en el mayor número de grupos vikingos implicados,

en el aumento de la frecuencia y la duración de cada ataque en particular, y, como en Irlanda, en la expansión de las incursiones de la costa hacia el interior a través de los sistemas fluviales. La rica abadía de Saint Wandrille fue saqueada en 841, el puerto de Quentovic en 842, y la ciudad de Nantes en 843. Dos años más tarde un caudillo vikingo llamado Reginario (como en Irlanda, es significativo el momento en que los cronistas empiezan a dar nombres) se adentró con sus seguidores por el Sena y llegó hasta París, donde asaltó la que probablemente fuera la fundación monástica más rica de Occidente: Saint Germain). Pero los monjes habían sido avisados. Las reliquias de la abadía —incluida la del propio san Germán— y todos sus tesoros habían sido evacuados río arriba. Cuando los monjes regresaron al cabo de seis semanas, no encontraron más que algunos daños superficiales en la iglesia y un par de edificios incendiados. El verdadero quebranto lo sufrió la bodega, que los vikingos localizaron con las consecuencias previsibles. El resto de París no tuvo tanta suerte. En total Reginario sacó de su acción más de tres mil kilos de oro y plata: una mezcla de extorsión por protección mafiosa, botín y pago de rescates.

Desde aproximadamente 850, el nivel de los ataques se intensificó todavía más. Por primera vez los vikingos empezaron a hibernar en Europa occidental, reduciendo el respiro que solían dar a la población del país entre noviembre y marzo, cuando el mar del norte era demasiado peligroso para la navegación. Resultaba también amenazador por el grado de distanciamiento que denotaba en la actitud de los atacantes hacia sus hogares de Escandinavia. Grupos de saqueadores ocuparon las islas de Thanet y Sheppey, al este de Kent, en los inviernos de 850-851 y 854-855 respectivamente. La región del Sena, en el norte de Francia, fue sometida a ataques prácticamente continuos entre 856 y 866. En esta fase, los saqueadores vikingos constituían un elemento tan fijo del paisaje político que eran contratados por los bandos en conflicto en las disputas políticas internas. En 862 el soberano de Bretaña, el duque Salomón, y su gran rival, el duque Roberto de Anjou, contrataron cada uno por su lado tropas auxiliares vikingas. Se llegó incluso a contratar vikingos para luchar contra otros vikingos. En 860, Carlos el Calvo recurrió a un caudillo vikingo llamado Weland para atacar a otros vikingos que estaban causando disturbios a lo

largo del Sena. Los intentos de regateo retrasaron un poco las cosas, pero en 861 Weland apareció, como había prometido, con doscientos barcos. Sin embargo, tal era la maraña de redes que se habían tendido en ese momento que fue sobornado por los vikingos que debían ser sus víctimas. Éstos, sin embargo, se dispersaron al fin en varios grupos distintos y menos peligrosos en el invierno de 861-862. En efecto, pagar a un grupo de vikingos para que ayudaran a repeler la amenaza que suponían sus compatriotas era en esa época una táctica bien establecida. El padre de Carlos, Ludovico Pío (Luis el Piadoso) había hecho algo parecido con un rey danés llamado Haroldo en la década de 820, y el propio Carlos lo había intentado en 841 con Reginario, que algunos años más tarde se daría el gusto de remontar el Sena hasta París.⁷

También en Irlanda la presión se intensificó. Entre 830 y 845, la *Crónica de Irlanda* registra ataques concretos en unos cincuenta monasterios y otras nueve agresiones generales contra personas e iglesias en zonas más amplias, como Leinster o el reino de Ui Niell. A mediados de siglo, los centros monásticos más importantes, como Armagh, Kildare y Clonmacnoise, representaban las mayores concentraciones de riqueza y de población que podían encontrarse en toda la isla, y por lo tanto constituían objetivos excelentes. Ante aquella agresión, los reyes de Irlanda respondieron enérgicamente. En 848 Mael Sechnaill, Gran Rey de Tara, derrotó a un grupo de vikingos en el condado de Meath, matando a unos setecientos. Ese mismo año, los reyes de Munster y Leinster cosecharon un éxito aun mayor en el condado de Kildare. En el campo de batalla quedaron los cadáveres del conde vikingo Tomrair y mil doscientos de sus hombres. Se dio noticia de las victorias irlandesas en las cortes de los reyes francos, pero era prematuro cantar victoria. En 849, se produjo un nuevo acontecimiento ominoso. Por primera vez, la *Crónica de Irlanda* señala la llegada de un caudillo vikingo al que los suyos llamaban «rey». Al frente de ciento veinte naves, este individuo se propuso someter a los vikingos que ya habían empezado a emigrar a Occidente, y cobrar más tributos a los infortunados irlandeses. En 853 había dos «reyes», identificados en algunas fuentes como hermanos, actuando en aguas irlandesas, y habían obligado a reconocer su autoridad a todos los vikingos residentes ya en la isla. Permanecieron en aguas irlandesas hasta mediados de la década de 860.

La identidad de estos reyes ha sido muy debatida, pero probablemente fueran una pareja de hermanos —Ivar el Deshuesado y Olaf el Blanco— que a partir de 866 cambiaron de interés y volcaron su atención sobre Inglaterra, donde, como enseguida veremos, emprendieron una escalada más peligrosa aún del nivel de agresiones vikingas con la ayuda de quizá un tercer hermano, Healfdan. Aunque asimismo este punto se ha discutido mucho, es también probable que llegaran a las Islas Británicas directamente desde Escandinavia en la década de 850, y que no fueran originarios de Escocia y/o de las Hébridas, como a veces se ha dicho. Materiales más legendarios, conservados sólo en fuentes muy posteriores fijadas por escrito más de doscientos años después de ocurridos los hechos, indican también que los tres eran hijos de Ragnar Lothbrok («Calzones velludos»), cuya muerte en el pozo de las serpientes del rey Aelle de Northumbria, tras una espectacular carrera de destrucción en el curso de la cual saqueó la ciudad italiana de Luni creyendo erróneamente que se trataba de Roma, se dice que dio lugar a la conquista vikinga de Inglaterra. Nada de todo esto es verosímil, pero en el Ragnar de la leyenda quizá se conserve un recuerdo de Reginario, famoso en París, y la importancia de Ivar, Olaf y Healfdan exige que pertenecieran a una familia particularmente importante. Así pues, habrían podido ser hijos de Reginario, aunque el Reginario histórico no murió en el pozo de las serpientes de Aelle. Le llegó su hora en la corte de Horik, rey de Dinamarca, donde se dice que san Germán lo fulminó en venganza por el saqueo de su abadía.⁸ De ser así, se vendría abajo el motivo de la venganza utilizado por las sagas para explicar el ataque de los hermanos contra Northumbria, pero, en un sentido más lato, incluso los lazos familiares que unían a Ivar, Olaf y Healfdan sólo tienen una importancia secundaria. Lo verdaderamente significativo es la nueva era de actividad vikinga que inauguró su llegada al territorio británico.

Micel here

Este proceso de intensificación culminó en la década de 860 cuando las fuerzas vikingas, en su mayoría de origen danés, llamadas los «Grandes Ejércitos» (*micel here* en anglosajón) concluyeron la violenta conquista de todos los reinos anglosajones. El primer Gran Ejército se congregó en el reino

de East Anglia en el invierno de 866-867, arrebatando a la población local caballos y víveres. En 867 atacó Northumbria, aprovechando una lucha por la sucesión que había dividido las capacidades militares del reino y había hecho que una parte de las mismas apoyara a un pretendiente al trono, y otra a otro. Los dos reyes enfrentados, Osbert y Aelle, acabaron uniéndose cuando ya era demasiado tarde. Los vikingos asaltaron la ciudad de York y mataron a ambos. En 868, espoleado por este éxito, el Gran Ejército dirigió su atención hacia Mercia, pero fue repelido por las fuerzas conjuntas de Mercia y Wessex. Este revés no impidió la conquista de East Anglia en 870, y las largas campañas emprendidas posteriormente desembocaron por fin en otra victoria sobre Mercia en 874.

Wessex, donde reinaba Alfredo, se convirtió en el siguiente objetivo de los nórdicos, pero otros cuatro años de guerra, que culminaron con su gran victoria en Edington en 878, le permitieron conservar su independencia; aunque no sería por mucho tiempo. El momento crítico llegó en el invierno de 877-878, cuando los vikingos cogieron por sorpresa a Alfredo y asaltaron el corazón mismo de su reino. Fue entonces cuando el monarca se escondió en la isla de Athelney y protagonizó el episodio de las tortas, que dejó que se quemaran mientras pensaba la forma de enderezar la situación. En la primavera, y a pesar de que se le quemaran las tortas, Alfredo se recuperó, concentró sus fuerzas y obtuvo su famosa victoria. Después de la batalla de Edington, el caudillo vikingo Guthrum accedió a convertirse al cristianismo y a bautizarse, retirándose a continuación a East Anglia. La victoria de Alfredo supuso el establecimiento de un límite a la zona de conquistas de los daneses en Inglaterra, pero no pudo evitar la distribución de las tierras ganadas por éstos en anteriores batallas. A uno y otro lado de Edington, en grupos distintos, los vikingos se repartieron en 876 diversas zonas de Northumbria, y en 877 las tierras de Mercia. Los seguidores de Guthrum hicieron lo mismo en East Anglia en 878. Nació así el Danelaw.⁹

Un factor importante del éxito de Alfredo fue el hecho de que Wessex fuera el último reino al que dirigieron su atención las fuerzas vikingas. Todos los llamados Grandes Ejércitos eran coaliciones. Eso era lo que los hacía «grandes». El primero, el de 865, por ejemplo, se creó en virtud de una alianza de los reyes que podrían o no ser hijos de Ragnar, junto con otras

fuerzas, algunas de ellas bastante numerosas y al mando de caudillos independientes de segunda fila, los llamados *jarle* (el equivalente nórdico del inglés *earl*, «conde»). En 878, cuando se produjo el ataque contra Wessex, algunos de los elementos que habían constituido el Gran Ejército o bien se habían retirado de la acción o bien seguían participando en ella, pero de mala gana, pues el reparto de tierras en Northumbria en 876 y en Mercia en 877 supuso que algunos de ellos —los que ya habían conseguido tierras— tuvieran ahora mucho que perder. Pero la batalla de Edington fue sólo el toque de campana que puso fin a la primera ronda de la era de los Grandes Ejércitos. Algunos elementos constituyentes del primer Gran Ejército —y desde 866 hubo un gran ir y venir de gentes entrando y saliendo de él (tema sobre el que volveremos a hablar enseguida)— habían sido excluidos del reparto de tierras. Y, sin duda animados por los éxitos del ejército, no tardaron en unírseles más vikingos. La *Crónica anglosajona* señala la llegada de una nueva fuerza particularmente numerosa, que pasó el invierno a orillas del Támesis en Fulham —fuera de Londres propiamente dicho, claro— en 879-880.

Todos estos nuevos vikingos, junto con todos los que hasta entonces no habían visto satisfechas sus expectativas, seguían dispuestos a combatir. Pero como las oportunidades en Inglaterra se habían reducido mucho debido a una combinación de factores —el resurgimiento de Wessex bajo el liderazgo del rey Alfredo, los propios repartos de tierras, y la decisión de Guthrum después de lo de Edington de contribuir al mantenimiento de la paz—, no es de extrañar que tuvieran que buscarse la vida en otra parte. Las fuentes francas señalan la reanudación de las actividades a gran escala de los escandinavos en el continente a partir de la primavera de 880.

Ese año, los arribistas de Fulham abandonaron Inglaterra en busca de nuevas zonas donde lucrarse. La situación política en el continente parecía particularmente prometedora. A partir del imperio franco de Carlomagno habían acabado creándose tres reinos para sus nietos: uno al oeste, controlado por Carlos el Calvo, uno en el centro para el mayor, Lotario (Lotaringia), y otro al este para Luis el Germánico. El hijo de Lotario había muerto sin hijos, dejando el reino del centro sin ocupante, y Carlos y Luis se peleaban por los despojos. Siempre atentos a cazar las oportunidades al vuelo, los vikingos

centraron su atención en la zona costera del norte de Lotaringia, lo que hoy día es Bélgica y Holanda, y los dos extremos del reino del este y del reino del oeste. En 880 los francos cosecharon un éxito inicial. Un grupo de vikingos sufrió en el Escalda una grave derrota a manos de Luis el Germánico, que les infligió numerosas bajas y causó la muerte de más de cinco mil hombres. Más al este, en Sajonia, otro grupo vikingo tuvo más éxito y mató a dos obispos y doce condes, junto a muchos de sus seguidores. Pero los principales éxitos vikingos de los años sucesivos se producirían en los Países Bajos, el antiguo corazón de la Lotaringia.

En 881, a pesar de una derrota que, según se dice, le costó nueve mil muertos, el Gran Ejército saqueó Cambrai, Utrecht y el gran palacio de Carlomagno en Aquisgrán, y además incendió Colonia y Bonn. Una vez más, se trataba de una fuerza heterogénea capitaneada por tres reyes escandinavos, Godofredo, Sigfredo y Gora. El anciano Luis el Germánico se hallaba demasiado enfermo para intervenir, y murió el 20 de enero de 882. Fue así como ese mismo año se unieron las fuerzas francas al mando del único hijo de Luis que seguía vivo, Carlos el Gordo. Carlos decidió imitar la política de Alfredo de Wessex, firmando un tratado con Godofredo que incluía su conversión al cristianismo, presumiblemente con la esperanza de dividir —y vencer— a las fuerzas vikingas. La estrategia funcionó bastante bien durante tres años, a pesar de los ataques que realizaron los vikingos remontando el Escalda en 883 y remontando el Somme hasta Amiens en 884. En ese momento, el titular del reino franco occidental encontró la muerte en una cacería. Esta circunstancia animó a los vikingos a atacar con todas sus fuerzas, y en 885 bastó para que Godofredo rompiera el pacto. Godofredo no tardó en ser eliminado, pero las fuerzas vikingas cosecharon grandes éxitos más al oeste, penetrando en el interior del país en gran número, atravesando París y llegando hasta Reims en 886 y 887. Las disensiones existentes dentro del reino franco no permitieron dar una respuesta eficaz hasta 891, cuando Arnulfo, nieto ilegítimo de Luis el Germánico y soberano del reino franco oriental (tras derrocar a su tío Carlos el Gordo en 887), acorraló a un gran ejército danés en sus fortificaciones a orillas del río Dyle, cerca de Lovaina,

en la actual Bélgica. Los francos asaltaron las fortificaciones e infligieron una gran derrota al enemigo, matando a dos reyes y capturando dieciséis estandartes reales.¹⁰

El resurgimiento tuvo el mismo efecto —pero a la inversa— que los éxitos de Alfredo diez años antes. Al no tener ya presas fáciles en el continente, buena parte del Gran Ejército regresó a Inglaterra, donde la década de 880 había transcurrido en paz, excepto por un ataque fallido contra Rochester en 886. Pero Alfredo siempre había sabido que la amenaza vikinga debía ser esquivada, no derrotada. Durante toda la década de 880, la *Crónica anglosajona* reseña dónde actuaron los ejércitos vikingos cada año, dando la sensación de que eran observados con terror. Y con una urgencia tremenda, Alfredo inició un programa de construcción de obras defensivas, a raíz del cual surgió una larga serie de centros fortificados —*burhs*— por todo su reino. Esta política no sólo sirvió para construir refugios, sino que organizó sus guarniciones y restauró también el ejército de campaña. Durante las décadas de 360 y 370 el primer Gran Ejército había podido recorrer toda Inglaterra como en un paseo militar sin que nadie le estorbara, cubriendo grandes distancias en un corto espacio de tiempo. Las nuevas fortalezas cambiarían esta situación. No eran fáciles de conquistar y no podían dejarse invictas en la retaguardia, pues contenían guarniciones armadas capaces de realizar operaciones de acoso. El plan de Alfredo consistía a todas luces en inmovilizar y desgastar a las fuerzas atacantes de los vikingos antes de entablar una batalla campal con su nuevo ejército de campaña, si lo creía conveniente y cuando lo creyera conveniente.

El plan funcionó prácticamente a la perfección. Una vez más, como en las décadas de 860 y 870, los ejércitos vikingos que regresaron en la de 890 llegaron en varios grupos. Un contingente de más de doscientos barcos atracó en el este de Kent, fortificando una base en Appledore, mientras que un segundo atracaba no muy lejos de allí, en el estuario del Támesis, estableciéndose en Milton Royal, cerca de Sittingbourne. Aunque algunos daneses del Danelaw hicieron causa común con los recién llegados, los tres años de campaña reportaron pocas ganancias a los escandinavos, de modo que el contraste con el primer Gran Ejército es asombroso. Mientras que éste había recorrido Inglaterra a lo largo y a lo ancho y había podido penetrar

libremente incluso, como hiciera en el invierno de 877-878, en el corazón mismo del reino de Wessex, el segundo no pudo ganar las batallas campales contra los nuevos ejércitos de campaña de Alfredo, y sus intentos de pillaje perdieron toda eficacia debido a la combinación de contraataques del adversario y de asedios fracasados. En consecuencia, se vio confinado a las zonas limítrofes de Wessex —partes de Kent y de Essex— y acabó desgastándose debido a la escasez de suministros. Los generales se han hecho siempre célebres en la historia por fracasar cuando han basado los planes de sus guerras futuras en la forma en que han luchado en la última, pero en el caso de Alfredo sus dos guerras estaban lo bastante próximas una a otra en el tiempo y por su naturaleza para que sus planes salieran como él deseaba. Según dice la *Crónica anglosajona*, «después, en el verano de ese mismo año [896], el ejército danés se dividió; una parte se fue a East Anglia y la otra a Northumbria, y los que no tenían dinero consiguieron barcos y cruzaron el mar hacia el sur, al Sena».¹¹

La actividad principal, pues, se trasladó de nuevo al continente, donde a los vikingos que no habían conseguido reunir dinero suficiente para establecerse en Inglaterra se unieron nuevos refuerzos. A finales del siglo IX, la presencia vikinga en Irlanda había evolucionado hasta convertirse en un número limitado de enclaves fortificados en la costa, entre los cuales destacaban Limerick, Wexford, Waterford y, sobre todo, Dublín. Durante la última década del siglo, los reyes irlandeses se unieron para luchar incluso contra esa presencia reducida. Las fuerzas vikingas de Limerick, Wexford y Waterford fueron derrotadas cada una por separado, y en 902 incluso los vikingos de Dublín fueron expulsados de su fortaleza. Algunos fugitivos se establecieron en la isla de Man y en la costa occidental de las Islas Británicas, concretamente en Cumbria y en Gales. Pero los vikingos expulsados de Irlanda probablemente participaron también en los acontecimientos que se desarrollaron por aquel entonces en el norte de Francia.¹²

Por desgracia, en el continente las fuentes son en este momento demasiado fragmentarias para reconstruir un relato histórico. Las obras analísticas, como, por ejemplo, la *Crónica anglosajona*, solían ser escritas como piezas de carácter laudatorio para celebrar las hazañas de los reyes, pero los inicios del siglo X fueron un período de gran fragmentación política

en el reino franco occidental, donde los descendientes de Carlomagno acabaron perdiendo el poder en las distintas regiones en beneficio de los diversos señores locales. En este contexto, no es de extrañar que nadie se ocupara de escribir una historia global, por lo que la evolución detallada de los acontecimientos se nos ha perdido.

Sabemos, sin embargo, que los vikingos realizaron importantes correrías. El reino independiente de Bretaña se hundió debido a los ataques vikingos en la década de 910, y algunas de sus autoridades políticas tuvieron que refugiarse en la corte de Wessex pidiendo asilo. El dominio vikingo de Bretaña se prolongó veinte años, hasta que la dinastía nativa fue restaurada por Alano II. Este interludio vikingo no tuvo prácticamente ningún efecto duradero sobre la toponimia, pero generó el maravilloso barco-tumba pagano encontrado en Île-de-Groux (lámina 24). Al tener que hacer frente a tanta presión en los confines del norte y del oeste de sus dominios, el rey de los francos recurrió a una antigua estratagema. En 911, concedió a un caudillo vikingo llamado Rollón tierras en el puerto de Rouen y sus alrededores, en la desembocadura del Sena. Del linaje de Rollón y a partir de esta colonia acabaría surgiendo el ducado de Normandía. En 921 se autorizó el establecimiento de una segunda colonia vikinga en Nantes, en la desembocadura del Loira, aunque ésta sólo duró dieciséis años. La finalidad de ambos asentamientos era establecer a caudillos vikingos domesticados que contribuyeran a mantener a raya la amenaza vikinga mayor. Pero esas colonias son sólo una parte de la historia. Por esa misma época, otros grupos vikingos se establecían en la península de Cotentin y en la Alta Normandía, en los alrededores de Bayeux. Lo que no sabemos —y probablemente no lo sabremos nunca— es qué grupos en concreto procedentes de Inglaterra e Irlanda participaron en los asentamientos de Rouen y de Nantes, y si en esta época seguían llegando vikingos directamente de Escandinavia.

No obstante, todo eso son cuestiones de detalle. La mezcla de asentamientos autorizados o establecidos por la fuerza en Inglaterra, Irlanda y el norte de Francia durante las dos primeras décadas del siglo X pusieron freno a la mayoría de aquellos vagabundos armados originarios de Escandinavia que llegaron a Occidente a finales del siglo IX.¹³

La época de las incursiones de saqueo y la de los Grandes Ejércitos en Occidente dieron lugar así a una enorme diáspora escandinava. Las islas del norte y del oeste de Gran Bretaña, incluida probablemente la de Man, habían sido colonizadas a comienzos del siglo IX. Las islas Feroe, al noroeste, serían las siguientes en la cola, aunque el proceso seguido en ellas no está documentado. Es evidente que habían sido colonizadas a mediados del siglo IX como muy tarde, y la época de los Grandes Ejércitos vería más colonizaciones. Como es bien sabido, los escandinavos empezaron a emigrar a Islandia en grandes cantidades una generación antes del año 900 d. C. La historia «oficial» de esta colonización, contada por los propios islandeses en el siglo XII, señala que la intensificación de las manifestaciones externas del poder real centralizado en Noruega obligó por entonces a emigrar a algunos noruegos y a algunos antiguos colonos de las islas del norte y del oeste de Gran Bretaña. Sin embargo, probablemente se trate de un invento anacrónico que refleja la expansión de los reyes noruegos del siglo XII hacia el norte, pues no hay nada que indique que sus homólogos del siglo IX fueran tan poderosos. Pero las últimas décadas del siglo IX vieron la aparición de una fuente alternativa de autoridad centralizada en las islas del norte y del oeste de Gran Bretaña (entre 860 y 880): el condado de More, con base en las Orcadas. Parece que fue esa nueva y exigente autoridad la que indujo a los colonos escandinavos a emigrar a Islandia. Y desde Islandia, por supuesto, Groenlandia quedó abierta para la colonización desde mediados del siglo X. Parece asimismo que fueron los condes de More los responsables de la organización de las campañas en el norte de Escocia que permitieron a otros escandinavos trasladarse en particular a Caithness, que había sido sustraída al dominio de los pictos precisamente en esa época.¹⁴

La colonización final de la época de los Grandes Ejércitos fue de hecho un reasentamiento. La destrucción de las bases de los escandinavos por parte de los reyes de Irlanda, que culminó con su expulsión de Dublín en 602, contribuyó a que las fuerzas nórdicas buscaran nuevos asentamientos en la isla de Man y el oeste de Gran Bretaña. En 914, sin embargo, una gran flota escandinava procedente de Bretaña atracó frente a Waterford. Tres años después se le unió un tal rey Sihtric, descendiente de la dinastía de Ivar, que había reinado en Dublín desde mediados del siglo IX hasta 902. Tras

movilizar a la flota, Sihtric restableció su dominio en Dublín. Al mismo tiempo, su hermano Ragnall se hizo rey de los vikingos de York, y a la muerte de éste en 921, Sihtric pasó a gobernar el reino unido de Dublín y York. Este extraño fruto de la era vikinga dio lugar luego a treinta años complicadísimos de historia política, cuyos detalles no nos interesan aquí, hasta que la derrota de Eric Hacha Sangrienta en 954 cortó los lazos entre las dos capitales vikingas y las lanzó en direcciones distintas: York pasaría a formar parte de una Inglaterra anglosajona unida, y Dublín desempeñaría un fascinante papel secundario en la política irlandesa.¹⁵ Pero toda la diáspora occidental no fue en sí más que una parte de un fenómeno mucho mayor. Al mismo tiempo que los saqueadores y que los Grandes Ejércitos remodelaban grandes zonas de Europa occidental, otros escandinavos exploraban las rutas fluviales de Rusia occidental.

LOS VIKINGOS DE RUSIA

A comienzos del siglo x, en un importante golpe de efecto diplomático para el mundo musulmán, los búlgaros del Volga proclamaron oficialmente su conversión al Islam. Entre los búlgaros y el mundo central del Islam —los califatos— estaban los jázaros, que habían venido ocupando algunos territorios en la cuenca inferior del Volga y en la zona comprendida entre el mar Negro y el mar Caspio desde el siglo vii (mapa 20). Las relaciones entre los jázaros y los califas habían sido durante mucho tiempo de carácter estable, y junto a las sutilezas diplomáticas se habían desarrollado importantes lazos comerciales. Los búlgaros se habían visto atraídos hacia este mundo de calma diplomática basada en los intercambios mutuamente ventajosos durante los siglos viii y ix, participando en esta provechosa alianza comercial. Su conversión al Islam supuso toda una declaración de adhesión cultural, y el resultado lógico de sus pujantes relaciones con el mundo musulmán. El Islam en la Alta Edad Media había llegado al culmen de su prosperidad y su cohesión política. Era un mundo de riqueza extravagante y de ostentosa vida cortesana, en el que los sabios tenían interés en conservar

las tradiciones antiguas de la erudición grecorromana, empezando por las ciencias y la geografía, temas que habían caído prácticamente en el olvido en la cristiandad.

Cuando el Volga fue atraído a la órbita del Islam, se desplazaron al norte no sólo embajadas califales, sino también mercaderes, viajeros y sabios, interesados en las gentes y las costumbres de aquel oscuro rincón del mundo. En las tierras de los búlgaros, en el emporio de Bulghar, uno de los grandes mercados del mundo de la Alta Edad Media, encontraron una multitud de gentes extrañas. Enseguida se dieron cuenta de que los más importantes eran los ar-rus. Etnógrafos de la mejor escuela, aquellos Livingstones islámicos no se contentaron sólo con oír hablar de los ar-rus y con ver a algunos de ellos en los mercados búlgaros, sino que se desplazaron al oeste y al norte para inspeccionar sus territorios y obtener un conocimiento de primera mano. En ellos encontraron una especie de mezcla de estado y de asociación de príncipes mercaderes. Los rus tenían un rey que vivía en una isla fortificada. Éste mantenía a una numerosa clase superior, a los cuales subvencionaba cobrando el 10 por 100 de todas las ganancias de los mercaderes asociados. Había también sacerdotes, pero sobre todo aquella poderosa clase mercantil, que dictaba las reglas de la vida en función de sus intereses. Insultar a uno de ellos podía costar la vida o el 50 por 100 de los bienes de un individuo.¹⁶

¿Quiénes eran los rus y de dónde venían?

Los rus

En el pasado, la identidad de los rus fue muy controvertida. El primer *round* del combate —como de costumbre— se desarrolló con el fervor nacionalista que marcó las últimas décadas del siglo XIX. Los estudiosos escandinavos sostuvieron que la palabra «rus» procedía del nombre con el que los fineses designan a los suecos, e identificaron a los rus como vikingos escandinavos. Ello significaba —decían— que la Rusia medieval, el estado con base en Kiev que finalmente se desarrolló a partir de los modestísimos comienzos observados por los musulmanes, ¡fue una creación de los escandinavos! A finales del siglo XIX no era muy probable que las afirmaciones de este tipo quedaran sin respuesta. No podía negarse que

algunos escandinavos habían desempeñado un papel en la acción. Los nombres que tenían en antiguo nórdico los rápidos que marcaban de trecho en trecho el curso del Bajo Dniéper, hasta que fueron sumergidos por uno de los grandes proyectos hidráulicos de la era soviética, se habían conservado en la fuente bizantina que citamos en el capítulo 8, el *De administrando imperio*. Asimismo, la crónica rusa más antigua conserva el texto de dos tratados comerciales negociados por los rus con los bizantinos en el siglo x y muchos de los rus que intervinieron en ellos llevaban nombres inequívocamente escandinavos. Los eruditos que prepararon el contragolpe eslavófilo en el llamado debate normandista, sin embargo, no se arredraron. Derivaron el término «rus» del nombre de un pequeño río de la ribera septentrional del mar Negro —el Rhos— y sostuvieron que en la acción sólo participó un pequeño número de escandinavos, mercaderes y mercenarios. La Rusia medieval era, por supuesto, creación de los eslavos.

En el siglo xx, la Revolución rusa contribuyó con sus retorcidos atrincheramientos ideológicos a la posición de los eslavófilos. Aquello naturalmente no tenía nada que ver con el orgullo nacionalista. Según rezan los dogmas marxista-leninistas, como ya hemos visto en otros contextos, a lo largo de toda la historia los grandes acontecimientos se han debido a transformaciones socioeconómicas internas. Cada una de las secuencias de modos de producción canónicamente establecidas —el modo antiguo (esto es esclavista), el feudal y el burgués— desarrolla, según este modelo teórico, enormes contradicciones internas —denominación marxista del conflicto de clase— que dan lugar a su sustitución por el siguiente modo de producción que está en la cola. Según este invento, el estado de Kiev representó la llegada del feudalismo a los bosques de Rusia. Pero quedaban algunos problemillas sin resolver. Nadie podía encontrar testimonio alguno del modo de producción esclavista, que habría debido preceder al feudalismo, antes de la fundación de Kiev. De la misma manera, el modo de producción feudal debería caracterizarse por una agricultura basada en la explotación de grandes fincas, de las que se beneficiaría fundamentalmente una pequeña clase terrateniente militarizada en grado sumo. Pero aunque en el siglo x existió desde luego un estado de Kiev de la forma que fuera, los testimonios históricos no muestran el menor signo de que hubiera en él grandes fincas

antes del siglo xi. Uno de los problemas se solucionó inventando el concepto de «feudalismo de estado», en el que las estructuras estatales desempeñarían las funciones de la clase terrateniente, mientras que el otro, el de la esclavitud, se dejó tranquilo. De hecho, en una de sus múltiples paradojas, el estado soviético combinaba la adhesión a la visión internacionalista de Marx —según la cual el nacionalismo era una falsa conciencia desarrollada por las elites para dividir y vencer a los trabajadores que, de lo contrario, se habrían unido contra ellas— con un rampante fervor nacionalista. Así pues, se intercalaron en todo momento con los viejos debates nuevas reafirmaciones de la primacía del desarrollo socioeconómico movido por su propia dinámica interna. Tanto el nacionalismo como el marxismo negaban, pues, que un puñado de aventureros escandinavos hubieran podido tener algo que ver con la aparición del primer estado ruso.¹⁷

Con la caída del Muro de Berlín —seguida inmediatamente de la del sistema soviético—, el estudio del pasado ruso se ha liberado de mucha de la presión impuesta por esos invasivos programas modernos. En consecuencia, ha empezado a reinar cierto consenso. La mayoría de los estudiosos no tienen hoy inconveniente en reconocer que el nombre «rus» deriva con toda seguridad del nombre que designa en finlandés a los suecos, y que los escandinavos desempeñaron un papel trascendental en el proceso histórico que se oculta tras la aparición del primer estado ruso. Algunos rus enviados desde Constantinopla a la corte del hijo de Carlomagno, Ludovico Pío, en 839 fueron inequívocamente identificados por los francos como escandinavos, y otros testimonios históricos, como los nombres documentados en los tratados comerciales del siglo x, son igualmente concluyentes. La caída del sistema soviético ha permitido asimismo reconocer (o al menos airear en público ese reconocimiento) que en la Rusia europea se habían encontrado más materiales de origen escandinavo de lo que solía admitirse. Del mismo modo, algunos informes de los viajeros musulmanes, a pesar de sus distorsiones etnográficas, indican claramente los orígenes nórdicos de los rus. Como es bien sabido, Ibn Fadlan vio en el país de los búlgaros un barco-tumba rus, y la descripción que hace de él siempre ha hecho pensar a sus lectores en los vikingos. El relato está lleno de detalles macabros de sacrificios humanos y de animales y cuenta cómo el cadáver y

todas las ofrendas que lo acompañaban eran colocados en un barco y arrastrados a tierra, para ser quemados a continuación; los restos de la pira eran cubiertos luego con un túmulo, en lo alto del cual se colocaba un poste de madera.¹⁸

Así pues, los ar-rus del norte de Rusia y su rey de la isla eran escandinavos, ¿pero qué hacían allí y qué papel tuvieron en la creación del primer estado ruso?

No existen relatos contemporáneos de los hechos que cuenten la llegada de los escandinavos a través de los sistemas fluviales de Europa del este. El hinterland del sudeste del Báltico estaba en el siglo VIII, cuando comenzó toda esta historia, demasiado lejos de cualquiera de los centros europeos (o musulmanes) de la cultura escrita para que estos sucesos pudieran suscitar los comentarios de los contemporáneos. En textos de época posterior, en algunos materiales de las sagas escandinavas, hay unas cuantas referencias a la actividad de los vikingos en Rusia. La descripción más coherente de la prehistoria de la Rusia medieval, sin embargo, se conserva en la llamada *Primera Crónica Rusa* (en adelante *PCR*), título más denotativo que su nombre original, de resonancias proustianas, *Relato de los años pasados*. Los manuscritos conservados no son anteriores al siglo XIV, pero el texto, tal como ha llegado a nuestras manos, es una creación de comienzos del XII. Por los materiales arqueológicos sabemos que los escandinavos empezaron a penetrar en los bosques de la Rusia europea a partir de la segunda mitad del siglo VIII como muy tarde, de modo que hasta el compilador original del *Relato* tuvo que trasladarse mentalmente más de trescientos cincuenta años atrás, período que se desarrolló en gran parte antes de que la escritura se convirtiera en un elemento habitual de la vida rusa. El autor de la obra probablemente trabajara en uno de los monasterios de Kiev, en Ucrania, capital de la Rusia del siglo XII. Pero los escandinavos llegaron a Kiev sólo en una fecha relativamente tardía y durante mucho tiempo, como veremos, este eje fluvial de la historia rusa —centrado en el Dniéper— fue mucho menos importante que otro centrado en el Volga.

Así pues, buena parte de la prehistoria de Rusia se desarrolló muy lejos, al norte y al este de la zona central de interés del texto que la cuenta. El autor de la *Crónica* era consciente de ello en sus rasgos más generales, y remonta

la llegada de la posterior dinastía Riuríkida reinante en Kiev al norte de Rusia, donde se dice que fue enviada una invitación a su fundador, un escandinavo llamado Riurik (sorpresa), por un grupo de cinco tribus que llevaban largo tiempo en guerra unas contra otras: los chuds, los merjas, y los ves, todos de raigambre finesa, y los criviches y los eslovenos, de origen eslavo (mapa 19). Riurik se presentó, supuestamente acompañado de dos hermanos suyos, Sineo y Truvor, restableció el orden, y ya está. Volveremos enseguida sobre la probable historicidad de todo esto, pero lo fundamental es que la tradición literaria tiene poco que decir acerca de la primitiva historia de los rus.¹⁹ Por consiguiente, los materiales arqueológicos deben salir a primer plano.

Intentar construir algo parecido a un relato histórico a partir de materiales arqueológicos es, como hemos visto ya muchas veces, un ejercicio lleno de peligros. Nos evocan de manera asombrosa modelos de cambio a largo plazo, pero no nos permiten necesariamente documentar el tipo de intercambios a corto plazo que constituyen la materia de que está hecha la historia. No obstante, como ocurría con la eslavización de Europa, la preocupación del estado soviético por la prehistoria supuso que a partir de 1945 saliera a la luz una cantidad enorme de nuevos materiales, y que aparecieran también algunas ideas curiosas. Sobre todo, hoy día se tiene la seguridad de que a mediados del siglo VIII, una generación o dos antes de que comenzaran las incursiones de saqueo en Occidente, había unos aventureros escandinavos que se trasladaron al sur y al este del Báltico y entraron en Rusia. El Báltico no supuso nunca una barrera para los desplazamientos en el primer milenio de la era cristiana. Hace tiempo que se conocen huellas de comunidades escandinavas establecidas en algunos puntos al oeste de su ribera meridional, en lo que actualmente es Pomerania, y que pueden datarse entre los siglos V y VI. Ninguna de ellas sobrevivió como comunidad escandinava identificable hasta el siglo VII, y los grupos en cuestión o bien fueron absorbidos por los eslavos recién llegados o bien regresaron a sus lugares de origen. Pero, tras una breve interrupción a mediados del siglo VII, empezaron a ser depositados materiales escandinavos identificables más al este, en los territorios dominados por bálticos y estonios, en primer lugar en Elblag y Grobin. En el siglo VIII, se intensificó una marcada presencia

escandinava en Janow, en el delta del Vístula, y más o menos por la misma época el incremento de las exploraciones escandinavas de los ríos que desembocan en el golfo de Finlandia se manifestaría en forma de una pequeña colonia permanente establecida en el río Volkhov, cerca del lago Ladoga. Gracias a la dendrocronología sabemos cuándo empezó. La madera empleada para construir las primeras casas fue cortada en el año 737.²⁰

Lo que hacían los escandinavos en aquellos bosques septentrionales queda claro en los testimonios históricos posteriores. En el gran emporio de Bulghar, los mercaderes islámicos viajaron al norte para ver a sus colegas rus, que vendían sobre todo esclavos y pieles, pero también ámbar, miel y cera. Esas mismas mercancías eran vendidas también a los bizantinos en el siglo x, y lo más probable es que los escandinavos llegaran por primera vez al sur y al este del Báltico con el fin de recoger esos frutos de los bosques del norte. Aparte de los esclavos, se trata de un ejemplo clásico de lo que hacía rentable el comercio a larga distancia en la Antigüedad, a pesar de los grandes costes y las dificultades del transporte. Los escandinavos fueron capaces de arrancar mercancías de una zona ecológica —el norte subártico, donde el frío intenso hace que los animales desarrollen pieles de un espesor y una calidad que abrasarían a sus parientes del sur— y luego venderlas en otra con grandes ganancias.

No tenemos testimonios estrictamente contemporáneos de los hechos que nos permitan ver cómo esos comerciantes escandinavos del siglo VIII conseguían los artículos con los que traficaban, pero una vez más los de época posterior arrojan alguna luz sobre los hechos. El tráfico de esclavos se realizaba, como es natural, a la fuerza. Los esclavos no suelen ofrecer sus servicios voluntariamente. Una vez más, las fuentes literarias nos suministran informaciones importantes. Los geógrafos árabes señalan que los rus atacaban regularmente a las tribus prusianas de lengua báltica que vivían cerca de la costa oriental del Báltico, y que los eslavos del este, menos poderosos, vivían atemorizados por sus vecinos más fuertes del oeste, eslavos como ellos.²¹ Que ese temor estaba íntimamente relacionado con las actividades del tráfico de esclavos nos lo indica el hecho de que se han encontrado monedas árabes de plata precisamente entre los eslavos occidentales, al oeste del Vístula, y no más al este. Hay una zona en gran

medida vacía entre el área de actividades de los rus y la de los eslavos occidentales (mapa 20). Probablemente fuera en esa zona en la que se capturara a la mayoría de las infortunadas víctimas destinadas a los mercados de esclavos musulmanes.

La obtención de otras mercancías no tenía por qué ser necesariamente tan compulsiva. Cuando las fuentes aluden al proceso, las pieles y cueros producidos en los bosques del norte y vendidos por mercaderes escandinavos son denominados con frecuencia el «tributo». Este término indica un elemento de compulsión que se ve hasta cierto punto confirmado. Tenemos una anécdota interesante en una obra del siglo IX, la *Vida de san Ansgario*, misionero cristiano en Escandinavia, que describe una incursión de saqueo de los suecos contra los cur del sur del Báltico, que habían dejado de pagar los tributos acordados. Del mismo modo, en cuanto tenemos alguna reseña histórica, comprobamos que los escandinavos de Rusia imponían tributos a los grupos eslavos que se hallaban en su órbita política. El tributo podía cobrarse también a escala microeconómica. Un apéndice a la traducción anglosajona de la historia de Orosio realizada en la corte de Alfredo el Grande —y posiblemente por él— cuenta la anécdota de las conversaciones del rey con un mercader noruego llamado Ottar (Othere). Ottar viajaba regularmente al norte hasta la costa de Noruega con sus compañeros y allí recibía pieles, plumas de ave, huesos de ballena, y maromas de barco fabricadas de cuero de foca y ballena, como tributo de los leplander, que vivían en el Círculo Polar Ártico. Ottar trabajaba en el norte de Noruega, no en el norte de Rusia, pero hay buenos motivos para suponer que los mercaderes escandinavos de esta zona tampoco tenían reparo alguno en recurrir a medios de persuasión violenta.²²

La tendencia general de los testimonios no indica, sin embargo, que las relaciones entre los mercaderes escandinavos y los productores indígenas se basaran sólo en eso. Por lo pronto, incluso Ottar adquiriría parte de sus mercancías por su propio esfuerzo. En una ocasión, como contó al rey Alfredo, él y otros cinco amigos mataron sesenta ballenas en dos días. De manera más general, y es algo que podemos aplicar también a Ottar, todo el proceso de adquisición de mercancías comportaba a todas luces la labor de pequeños grupos de escandinavos que se trasladaban de un sitio a otro en

medio de poblaciones indígenas mucho más numerosas, fundamentales, a su vez, para el proceso comercial. La colocación de trampas, por ejemplo, es un arte muy cualificado que exige un conocimiento detallado del entorno y de los hábitos de los animales, y unos escandinavos forasteros que se dedicaran sólo a hacer visitas esporádicas a la zona en cuestión habrían sido incapaces de obtener sus pieles con un mínimo de eficacia, de suerte que el trabajo de tramperos presumiblemente lo realizaría en su mayoría la población local.²³

Este tipo de modelo se mantuvo hasta el siglo x, cuando el *De administrando imperio* describe con cierto detalle el circuito invernal seguido por los rus entre sus súbditos eslavos, en el curso del cual eran recogidas las mercancías del año siguiente. Efectivamente, todo el proceso de conexión de las distintas zonas boscosas de Rusia —cada una de ellas trabajada individualmente para la consecución de mercancías— con el sistema general de intercambios que se desarrollaba a lo largo de los sistemas fluviales rusos, era llevado a cabo por grupos relativamente pequeños de escandinavos que trabajaban más o menos independientemente unos de otros. Eso es lo que dan a entender las descripciones musulmanas del rey del norte que se llevaba un porcentaje del total de las actividades de los mercaderes independientes, y las anécdotas musulmanas sobre el trabajo de los mercaderes. Ibn Fadlan, por ejemplo, cuenta cómo unos mercaderes hacían sacrificios a los dioses del comercio antes de recitar esa oración *ad hoc*:

«Desearía que me hicierais el favor de enviarme un mercader con gran cantidad de dinares o de dirhams, que me compre todo lo que yo quiera y no se ponga a discutir conmigo por lo que pido.»
... Si [el mercader] tiene dificultades en vender y su estancia se prolonga, vuelve con otra ofrenda por segunda o tercera vez.²⁴

Los mercaderes quizá llegaran en grupos, pero vendían de uno en uno. Eso mismo lo tenemos ampliamente documentado en los tratados comerciales que negociaron los rus con Bizancio en el siglo x. Estos documentos demuestran que, mientras que el Gran Príncipe de Kiev tenía una autoridad suprema, había otros príncipes escandinavos menores que actuaban en los otros centros establecidos a lo largo y ancho de la red fluvial, hombres que llevaban a sus propios representantes a las negociaciones y que eran mencionados por separado en los tratados finales.²⁵

Los mercaderes escandinavos trabajaban, pues, la zona boscosa en grupos relativamente pequeños y en buena medida distintos, circunstancia que los habría hecho muy vulnerables a los ataques si sus relaciones con los grupos de población indígena hubieran sido completamente hostiles. Con este telón de fondo, resulta sorprendente que los tesoros de monedas musulmanas de plata —fruto de la actividad mercantil— se encuentren ampliamente repartidos por toda la zona boscosa de Rusia (mapa 20). Este hecho tal vez indique que los mercaderes escandinavos obtuvieron cierto grado de consentimiento de los productores indígenas eslavos o de cualquier otro origen a cambio de reciclar para ellos una parte, aunque quizá menor, de los beneficios de su actividad. Los eslavos podían también sacar provecho de las redes mercantiles de otras formas. En *De administrando imperio* se nos dice, por ejemplo, que los rus llevaban sus productos río abajo por el Dniéper y por el mar Negro hasta Constantinopla en barcos comprados a las tribus eslavas de los criviches y los lenzanenes, que pasaban el invierno construyéndolas.²⁶ Así pues, la provisión de barcos aptos para la navegación fluvial no era simplemente una exigencia, y de nuevo esta circunstancia nos indica que las relaciones entre escandinavos y eslavos no se basaban sólo en la fuerza. Debemos considerar la explotación escandinava de los bosques del norte en forma de una serie de pequeñas compañías que tenían diversos derechos negociados y/o afirmados de cualquier manera sobre los distintos territorios que producían sus mercancías. La población local suministraba las mercancías, o muchas de ellas, y los escandinavos la organización, el transporte y los conocimientos necesarios para llevar esos productos a mercados distantes y para regresar con un beneficio sustancioso. Semejante teoría nos aleja muchísimo de la esterilidad del viejo debate normandista, y hace hincapié en las relaciones simbióticas que a todas luces se desarrollaron a nivel local. Los siglos IX y X no fueron una época de enfrentamiento entre escandinavos y eslavos, sino de pequeños productores mutuamente competitivos en términos económicos. Cada empresa comercial, compuesta por escandinavos y población indígena (ya fueran fineses, baltos o eslavos), vendía los mismos productos en el mismo mercado.

El rey del norte

El mercado previsto para los productos recolectados en Staraia Ladoga era inicialmente el occidental. La colonia fue establecida exactamente al mismo tiempo que se intensificaban los contactos comerciales por las zonas del Báltico y el Atlántico norte, pero mucho antes de que haya el menor signo de contacto entre el norte de Rusia y el mundo islámico. Las pieles y demás productos reunidos a orillas del lago Ladoga eran enviadas por barco en esa época a Occidente para ser vendidas a las elites de la cristiandad latina. En especial, a mediados del siglo VIII tuvo lugar el apogeo de la dinastía carolingia y los que la apoyaban, y muchas de las pieles reunidas en Rusia seguramente estaban pensadas para ese mercado. Los aventureros-mercaderes escandinavos no tardaron mucho, sin embargo, en darse cuenta de un hecho particularmente importante de la geografía del este de Europa. Mientras que unos ríos de la Rusia europea fluyen hacia el norte para desembocar en el Báltico, otros van hacia el sur, en dirección al mar Negro o al Caspio. Además, toda la zona es tan llana que las cabeceras de los ríos que van al norte o al sur están extraordinariamente cerca unas de otras. Siguiendo el río Volkhov al sur del lago Ladoga se abrían nuevas posibilidades realmente interesantes. El uso combinado de afluentes, especialmente el Oka, que fluye en dirección oeste-este, y de porteos cuidadosamente supervisados, en los que los barcos eran arrastrados habitualmente sobre rodillos desde un sistema fluvial hasta otro, permitía el acceso al mar Negro y al Caspio a través de dos grandes rutas, la del Dniéper y la del Volga.

De las dos, fue la del Volga la que más atrajo a los escandinavos, aunque los materiales literarios —de Kiev y de Bizancio— nos hablan mucho más de la ruta del Dniéper, a orillas del cual acabó siendo fundada Kiev. Sin embargo, no hay ningún material escandinavo encontrado en yacimientos de la cuenca media del Dniéper que pueda datarse antes de finales del siglo IX, y existen pruebas incontrovertibles de que la ruta del Volga había sido abierta mucho antes. Dichas pruebas se presentan en forma de monedas de plata islámicas que los mercaderes rus recibieron a cambio de sus productos. Muchos millares de ellas han sido encontrados en el noroeste de Rusia y en general en la región del Báltico. De cara a la datación, los tesoros, más que

los hallazgos aislados, tienen una importancia primordial. La moneda de fecha más tardía de un tesoro nos da algún indicio de cuándo pudo ser depositado todo el conjunto, y cuando los tesoros son abundantes hay muchas probabilidades de que el lapso de tiempo transcurrido entre la acuñación y el depósito de las monedas no fuera demasiado grande. En los bosques del noroeste de Rusia, la moneda más antigua, por así decir, que se ha descubierto hasta la fecha fue acuñada en el año 787. Dando un margen de demora razonable, este hecho indica que el tesoro habría sido depositado más o menos en torno al año 800, y se han encontrado también tesoros de fecha similar en Escandinavia y en el Báltico. No cabe duda de que la plata musulmana fluía ya hacia el norte en torno al año 800 como muy tarde, pero quizá empezara a hacerlo un poco antes, en cualquier caso una o dos generaciones antes de que se abriera la ruta del Dniéper.²⁷

Resulta perfectamente lógico. La ruta del Volga conducía directamente al mar Caspio y al mundo económicamente desarrollado de los califas islámicos, centrado en aquella época en Bagdad, la capital de los Abasíes. Allí, los impuestos de un vasto imperio que se extendía desde el Atlántico hasta la India eran consumidos en una corte de maravillosa magnificencia. Había en ella un verdadero centro de demanda para que vendieran sus productos los mercaderes en artículos de lujo. Además, el sur de la ruta del Volga estaba ya bien situado en el mapa, pues los jázaros llevaban largo tiempo comerciando en pieles hasta la zona de la cuenca media del Volga. La ruta del Dniéper, en cambio, era mucho más difícil, pues había en ella algunos rápidos bastante peligrosos por los que los barcos debían ser arrastrados, y además desembocaba en el mar Negro —no en el Caspio—, cerca de Crimea. Podía llegarse en cualquier caso al mundo islámico navegando hacia el este, pero era una ruta menos directa, y en ella el eje comercial natural conducía a Constantinopla. Sin embargo, como hemos visto, Bizancio constituía una potencia tristemente debilitada desde sus días de gloria de los tiempos de Justiniano, mientras que los califas musulmanes y los magnates de su corte representaban un mercado mucho más rico para los artículos de lujo que ofrecían los escandinavos. Si los mercaderes escandinavos llegaban regularmente en persona hasta el Caspio o no es difícil de saber. Algunos desde luego sí que llegaron, pero el viaje era largo y es

probable que hubiera una larga serie de intermediarios. En la segunda mitad del siglo VIII, al menos, el número de escandinavos implicados en esta actividad seguía siendo limitado. Aparte de Staraia Ladoga, hasta la fecha sólo otro yacimiento del noroeste de Rusia, Sarskoe Gorodishche (Fuerte Sarski) ha producido monedas de plata y materiales escandinavos que daten de 800 d. C.²⁸

A falta de fuentes narrativas, no podemos tener un relato completo de lo que sucedió después, pero el desarrollo de los contactos escandinavos con Oriente quizá siguiera una trayectoria similar a la de los modelos que ya hemos observado más al oeste. Un reflejo de ello es el lento, pero visible aumento del flujo de monedas árabes de plata hacia Escandinavia y el Báltico durante el siglo IX. A medida que avanzaba el siglo, un número mayor de aventureros del norte, directamente o a través de intermediarios, utilizaba las vías marítimas y fluviales para vender productos del norte en el mercado islámico. Teóricamente, todo ello podría haber sucedido sin que los escandinavos se establecieran realmente al sur del Báltico, pero se han conservado testimonios suficientes de que efectivamente así lo hicieron.

En 839, como hemos visto, unos vikingos suecos llegaron a la corte del emperador carolingio Ludovico Pío. Habían sido despachados desde Constantinopla, adonde habían llegado después de un duro viaje a través de tribus feroces, e iban buscando una ruta más fácil de regreso a su tierra. Si, como parece verosímil, habían ido bajando por el Dniéper, habrían tenido que arrastrar sus barcos al llegar a los rápidos, y los indígenas de la región se habrían dado cuenta enseguida de que aquél era un paraje excelente para tender emboscadas. En 972, un príncipe de los rus, Sviatoslav, perdió la vida —y la cabeza— exactamente en ese punto. (Los nómadas pechenegos hicieron de ella una copa.)²⁹ Los emisarios hicieron saber al emperador que ya estaban lo bastante organizados para tener su propio príncipe, llamado khagan o gran khan, y que de hecho habían estado actuando en su nombre cuando intentaron establecer relaciones amistosas con Constantinopla. Esta mención de un khagan de los rus ya en 839 resulta muy seductora, pero al menos es un indicio de que los inmigrantes escandinavos en los bosques de Rusia habían empezado a desarrollar algún tipo de organización política. Sin embargo, como en Occidente más o menos por esa misma época, cuando las

incipientes estructuras políticas surgidas entre los vikingos en las Hébridas e Irlanda fueron aniquiladas por la llegada de los «reyes» más poderosos en torno al año 850, tampoco los desarrollos políticos en el este supieron avanzar siguiendo una línea recta.

Probablemente en 860, unos vikingos procedentes de algún lugar de Rusia lanzaron un primer ataque contra Constantinopla. Doscientos barcos cruzaron el mar Negro y asolaron los alrededores de la ciudad. Los bizantinos atribuyeron su supervivencia a la intercesión de la Virgen y, al margen de la credibilidad que demos a las cifras, es evidente que fue un ataque importante.³⁰ Vino seguido de una intensa labor diplomática cuya finalidad era evitar que se produjeran nuevas incursiones. Consistió, entre otras cosas, en el envío de misioneros cristianos a los bosques de Rusia. Pero tras una declaración inicial de éxito por parte del patriarca bizantino en 867, la misión desapareció sin dejar rastro. Y no vuelven a mencionarse más contactos diplomáticos con el norte durante más de una generación. Ello indica que la autoridad política ante la que fue enviada la misión tampoco fue muy duradera: algo que, como veremos, era habitual en casi todas las monarquías escandinavas de la era vikinga. Hay además otros claros indicios de conflictos. Más o menos por esa misma época, la colonia del lago Ladoga fue incendiada. Los testimonios dendrocronológicos datan el desastre entre 863 y 871. Se trató de un incendio deliberadamente provocado por la mano del hombre. El poblado original constaba de fortines aislados de madera, y todos ellos fueron destruidos en el mismo momento. Es muy poco plausible que un incendio accidental se propagara entre todos ellos con tanta efectividad. Por la misma época, un historiador persa señala que los rus atacaron el puerto de Abaskos, en la costa sudoriental del mar Caspio, pero el suceso no puede datarse con más exactitud que entre los años 864 y 883 aproximadamente.³¹

Al no disponer de unas fuentes históricas mejores, resulta difícil ensamblar este rompecabezas. Pero el incendio de Staraiia Ladoga y los ataques contra Abaskos y Constantinopla indican que las potencias escandinavas habían entrado en juego, y resulta una coincidencia muy sorprendente que todo esto sucediera exactamente en el mismo momento en que, más al oeste, llegaban los reyes y se organizaban los Grandes Ejércitos. Yo abrigo la sospecha, pues, de que los disturbios en las vías acuáticas del

norte de Rusia y la repentina aparición de una autoridad lo bastante grande como para atreverse a atacar Constantinopla reflejan la intrusión de unas fuerzas escandinavas sin duda más organizadas y probablemente también más grandes en las áreas de actuación de los vikingos, tanto del este como del oeste. Como sucedió con sus compañeros en Occidente, estos recién llegados mucho más poderosos pretenderían asumir y ampliar las lucrativas operaciones destinadas a la extracción de riquezas ya existentes. La evolución de la época vikinga en Oriente y en Occidente durante el siglo IX me recuerda ni más ni menos que al Chicago de la época de la prohibición. Primero, grupos pequeños empezaron a ganar pequeñas cantidades de dinero con el contrabando y la producción ilegal de alcohol, luego se inmiscuyeron otras bandas más organizadas, unas veces exigiendo un porcentaje de todos los beneficios y otras suprimiendo a las organizaciones rivales, según lo exigieran las circunstancias. Una vez que se puso en marcha la afluencia de riqueza, los que ya eran poderosos decidieron intervenir para controlarla y llevarse su parte: precisamente el 10 por 100, según Ibn Fadlan.

En Rusia, hubo un segundo factor que intensificó la rivalidad. A juzgar por los tesoros de monedas depositadas en escondites, el flujo de monedas árabes que llegaba al norte se redujo considerablemente entre c. 870 y 900. Esa ralentización coincide, de hecho, con un período de caos político interno en el califato islámico —la «anarquía de Samarra»—, que se prolongó desde 861 hasta 870, y que quizá fuera causado en primera instancia por la alteración de la ecuación comercial en el lado de la demanda. La magnitud de la crisis no pudo tener más que un efecto negativo en la demanda de artículos de lujo en la corte califal, e intensificaría la rivalidad entre los distintos grupos de escandinavos productores de pieles y esclavos en el norte de Rusia. Ello tal vez nos ayudaría a explicar la lucha por el dominio de lo que había quedado del comercio de artículos de lujo del norte y, a su vez, nos permitiría entender por qué los sondeos diplomáticos bizantinos no percibieron nada. Al final, sin embargo, se restauró hasta cierto punto el orden, no sólo en el mundo islámico, sino también en el norte, proceso que, a pesar de que seguimos sin tener fuentes narrativas, podemos entender hasta cierto punto a través de evidencias menos directas.³²

Por lo pronto, Staraiia Ladoga fue finalmente reconstruida, probablemente a comienzos del siglo x, y esta vez en piedra. También se han realizado hallazgos de materiales escandinavos de c. 900 en otra serie de yacimientos del norte: Gorodishche (la antigua Novgorod), Timerevo, Mikhailovskoe, Petrovskoe, Pskov, Yaroslavl y Murom. Estas colonias estaban todas ellas situadas en puntos muy convenientes para acceder a la principal ruta comercial que discurría por el Volga (mapa 20), y por lo tanto para beneficiarse de ella. Entre todos, estos asentamientos han generado mayor cantidad de materiales escandinavos que cualquiera de los del siglo ix. Entre otras cosas han aparecido joyas de mujer, lo que indica que en aquellos momentos al menos en algunos poblados habitaba una población mixta, no sólo hombres armados nórdicos.

Este ulterior influjo escandinavo coincidió con una reanudación de la afluencia de plata procedente del mundo islámico, que en torno al año 900 empezó a llegar en cantidades nunca vistas hasta entonces. Según el testimonio de los tesoros de que disponemos, en torno a un 80 por 100 de toda la plata islámica que llegó al norte de Rusia y Escandinavia entre c. 750 y 1030 (cuando prácticamente quedó reducida a la nada) lo hizo después del año 900. Llegó además por una ruta distinta. En la década de 920, en la que empezamos el relato, los búlgaros del Volga habían establecido su dominio del curso medio del río y se habían convertido al Islam. Los informes de los viajeros musulmanes demuestran que en este momento los rus escandinavos o al menos la mayoría de ellos ya no se dedicaban a comerciar directamente con los grandes centros del mundo islámico. La mayor parte del comercio se realizaba en el territorio de los búlgaros del Volga, donde musulmanes y vikingos se reunían para hacer negocios. Y ello se refleja en el origen de las monedas del siglo x. Mientras que las de los siglos viii y ix habían sido acuñadas en su mayoría en los grandes centros del viejo Islam, en lo que actualmente son Irak o Irán, las del siglo x tenían un origen más oriental, siendo producidas casi todas ellas por la dinastía Samánida recién llegada al poder al este de Irán. En aquellos momentos, las minas de plata de Corasán, controladas por la dinastía, habían llegado al punto culminante de su producción, que se calcula que ascendía a entre ciento veinte y ciento cincuenta toneladas de metal al año, equivalente a unos cuarenta o cuarenta y

cinco millones de monedas. No es de extrañar que los territorios de los Samánidas constituyeran un imán para todo el que tuviera algo —o a alguien— que vender, y había ya antiguas rutas que iban desde sus tierras en Oriente hasta la cuenca media del Volga. Un nuevo mercado de enormes dimensiones, al que se accedía por unas rutas mucho menos dificultosas, atraía ahora a una mayor cantidad de escandinavos de los que se habían desplazado nunca a los bosques de Rusia.³³

Todo ello nos proporciona el contexto del mayor poder disfrutado por los rus que encontraron los viajeros musulmanes de esta época: el rey de la isla. Todo lo que sabemos acerca de este rey y de la estructura que presidía indica que deberíamos considerarlo una especie de *capo dei capi*. Cobraba una comisión del 10 por 100 de las operaciones mercantiles de cada individuo, y hacía cumplir sus órdenes por medio de un séquito armado permanente integrado, según se calcula, por cuatrocientos individuos. Si la PCR está en lo cierto, el primero de esos reyes debió de ser Riurik, fundador de la dinastía, pero eso es algo que dista mucho de ser seguro. Al margen de cuál fuera su identidad, tenía su sede casi con toda seguridad en Gorodishche. La ocupación escandinava empezó en esta colonia a finales del siglo IX y, tal como la describen los viajeros musulmanes, era una isla estratégicamente situada en el punto en el que el río Volkhov se separa del lago Ilmen (mapa 20). A diferencia de los otros asentamientos escandinavos de esta época, estaba protegido también por murallas, lo que refuerza la idea de que era un centro de autoridad. Todo aquel que no obedecía las órdenes que emanaban de él podía correr la suerte de los habitantes de Staraia Ladoga, en la desembocadura del Volkhov, cuyas casas sufrieron un accidente tan terrible en la década de 860. No cabe duda de que alguno de ellos debió de encontrar una cabeza de caballo en su cama poco antes de que se declarara el incendio.³⁴

Pero este tipo de estructura política era poco estable, y a pesar de toda la riqueza que discurría por ella, la Rusia septentrional de comienzos del siglo X tampoco era desde luego un país de paz y prosperidad. Por lo pronto, el principal negocio que se hacía en él adoptaba la forma de tráfico de esclavos. Por su propia naturaleza era una actividad violenta y desagradable, que comportaba la realización de incursiones armadas contra las posibles víctimas

y el maltrato de los cautivos cuando eran transportados al mercado. Además seguían realizándose incursiones armadas para obtener botín y mejores condiciones comerciales. Por ejemplo, los dos tratados comerciales con Bizancio fueron fruto de demostraciones armadas que indujeron al emperador y a sus consejeros a ofrecer mejores términos de negociación. Del mismo modo, las fuentes islámicas reseñan una enorme incursión en la zona del Caspio en el año 912. Pero además las turbulencias de este mundo tenían otra dimensión interna. La colonización mercantil de la Rusia europea fue llevada a cabo, como hemos visto, por varios grupos escandinavos independientes, no por una sola autoridad organizadora. Podemos apostar que, originalmente al menos, el 10 por 100 exigido sobre los beneficios de los mercaderes no era entregado al rey del norte voluntariamente. Y semejante proceso conllevaba siempre la posibilidad intrínseca de generar nuevos rivales del *capo* que en ese momento ejerciera el poder.

Parece que el rey de Gorodishche acabó ganando en el norte. Pero precisamente en el momento en el que los viajeros musulmanes estaban examinándolo, la estructura política que presidía se vio anulada por la aparición de una segunda base de poder escandinava en Kiev, mucho más al sur, en un vado natural de la cuenca media del Dniéper. Según la *PCR*, los escandinavos llegaron por primera vez a Kiev cuando dos miembros del séquito de Riurik llamados Askold y Dir obtuvieron permiso para abandonar Novgorod (Gorodishche) para viajar a Constantinopla. Por el camino, pasaron por Kiev y decidieron establecerse allí, desde donde más tarde lanzaron un ataque contra Constantinopla con doscientos barcos. La *Crónica* sitúa su llegada a Kiev en el año 862, y el ataque a Constantinopla en 863-866. Unos veinte años después, el sucesor de Riurik, un hombre «de su linaje» llamado Oleg, que gobernaba en nombre del hijo de Riurik, menor de edad, Igor, se trasladó al sur con un ejército mixto de escandinavos, fineses y eslavos. Askold y Dir fueron engañados y asesinados, se construyó una ciudad fortificada, y se impuso un tributo a las tribus eslavas circundantes. Oleg unió así el norte y el sur y de ese modo nació el reino de Rusia. Estos acontecimientos se sitúan en los años 880-882.

La historia a grandes rasgos parece razonablemente correcta. Kiev era un centro secundario y cronológicamente posterior de las operaciones escandinavas en Rusia occidental. Es uno más de la serie de asentamientos a lo largo de la ruta del Dniéper que han producido materiales escandinavos, pero sólo a partir más o menos del año 900. Fundamental para todo el ulterior avance Dniéper abajo fue la colonia de Gnezdovo, que controlaba el paso del lago Ilmen al Alto Dniéper y que permitió a los vikingos de la región del norte del Ladoga trasladarse más abajo hacia el mar Negro. Los escandinavos no se establecieron en Gnezdovo hasta finales del siglo IX, y luego en Kiev y en varios otros centros alrededor de Kiev: Shestovitskia y Gorodishche, situado cerca de Yaroslavl, donde han aparecido testimonios arqueológicos de una presencia escandinava más o menos por esa misma época, y otros como Liubech y Chernigov, que son mencionados en fuentes históricas. La presencia de escandinavos en la región del Dniéper Medio está bastante clara a partir de c. 900, pero, al menos de momento, las excavaciones arqueológicas indicarían que los vikingos llegaron hasta allí en menor número que al norte, donde los materiales de c. 900 son mucho más abundantes.³⁵ Aunque la cronología de la *PCR* en general parece correcta, otros aspectos de su historia son mucho menos convincentes.

Por lo pronto, sus fechas concretas no son más que un intento posterior de dar sentido a las fuentes orales y no son en absolutos fiables. El ataque contra Constantinopla es el mismo que ya hemos visto, y su fecha fue tomada directamente de la *Crónica* bizantina de Jorge el Monje, que no da los nombres de los caudillos vikingos que intervinieron en él. En alguna fase de la compilación de la *PCR*, alguien decidió que el ataque contra Constantinopla reseñado en la fuente bizantina era el mismo que el que habían realizado Askold y Dir, y el resto de la leyenda de ambos fue datado a partir de que se tomara esa decisión. Probablemente fuera un error. Las numerosas excavaciones realizadas en Kiev no han producido ni un solo material escandinavo datado antes de 880 más o menos (excavaciones de Podol), de modo que el ataque contra Constantinopla de la década de 860, documentado en fuentes bizantinas, probablemente fuera lanzado desde más al norte.

El relato de la *PCR* plantea además otros problemas. Sus compiladores se sintieron evidentemente un tanto perplejos por la relación existente entre Oleg y Riurik. En la tradición principal de Kiev, es descrito como si fuera algún tipo de pariente, pero en la tradición del norte, en una versión de la *Primera Crónica* que, al parecer, procede de Novgorod, es el general en jefe de Riurik, con el que no guarda parentesco alguno. La idea de que Askold y Dir se molestaran en pedir permiso a Riurik antes de dirigirse al sur tampoco resulta convincente.³⁶ Como hemos visto, en el siglo IX y a comienzos del X, el Gran Príncipe de los rus era poco más que un *primus inter pares*, además la expansión escandinava fue llevada a cabo por una serie de iniciativas independientes, y el *capo* no aparecía hasta más tarde a reclamar su comisión. No hay razón alguna para suponer que el avance hacia Kiev, independientemente de quién lo hiciera, adoptara una forma distinta. Pero sobre todo está además el problema mucho más grave de por qué la Rusia vikinga acabó siendo dominada por un segundo centro de poder, surgido en fecha posterior —Kiev, en el sur, en vez de Novgorod, en el norte—, especialmente teniendo en cuenta que Kiev se hallaba situada en el eje comercial Bizancio/Dniéper, mucho menos rico, en el que realmente se había asentado un número menor de escandinavos. Pero todos estos son enigmas que se tratarán en el siguiente capítulo. De momento debemos analizar la diáspora vikinga en Oriente y en Occidente como flujo migratorio.

FLUJOS MIGRATORIOS

Cuestiones de magnitud suscitan una de las controversias más famosas de los estudios sobre los vikingos. En el pasado hubo una fuerte tendencia a interpretar la Edad de los Vikingos a la luz de las concepciones tradicionales de la *Völkerwanderung* germánica clásica. Se pensaba que decenas, si no centenares de miles de personas se habrían puesto en marcha, movidas por la falta de recursos: un diluvio que anegó a Europa occidental en una orgía de violencia nunca vista hasta entonces. Los viejos manuales reproducían la famosa oración anglosajona: «De la furia de los nórdicos, líbranos, Señor», y resulta fácil encontrar equivalentes más cultos. Un texto de gramática latina,

copiado en Irlanda hacia 845 y llevado finalmente a la abadía de Saint Gall, en el continente, lleva escrito en sus márgenes este breve, pero maravillosamente evocador poema en irlandés antiguo:

El viento sopla fiero esta noche,
sacude la blanca cabellera del mar.
No temo a ningún vikingo
que navegue por la mar serena.³⁷

A la lucha con esas teorías vino a sumarse en los años sesenta la venganza del más eminente de los especialistas anglófonos en historia de los vikingos de estos tiempos, Peter Sawyer. Sostenía el profesor Sawyer que las teorías tradicionales exageraban de mala manera la probable magnitud de las fuerzas vikingas. La mayoría de los cronistas que compusieron las descripciones de la violencia de los vikingos que se nos han conservado eran hombres de iglesia, si no monjes, y, como hemos visto, las iglesias y los monasterios constituían objetivos predilectos por su riqueza y «fáciles» para la rapacidad de los vikingos. De ahí, decía, que haya en las fuentes una tendencia intrínseca a subrayar la violencia de los vikingos, cuando de todas formas la Época Oscura fue en general bastante violenta. Quizá lo único nuevo que hubo en este período fue el hecho de que los vikingos paganos atacaran los establecimientos religiosos cristianos con una libertad mayor de lo habitual. Igualmente importante es que aquellos cronistas monásticos desconocían otras actividades importantes de los vikingos, como el comercio, que eran menos violentos o no violentos en absoluto, y sus cálculos exageraron el número de los participantes. En opinión del profesor Sawyer, los testimonios más concretos indican que las fuerzas implicadas fueron más pequeñas: prueba de ello serían los tres barcos, quizá noventa o cien hombres, que intervinieron en el primer incidente de Portland. Hay además unos pocos testimonios valiosísimos, decía, de la intervención de mujeres y niños. La actividad vikinga fue llevada a cabo no ya por pueblos «enteros» que emigraban, sino por partidas de guerreros, cuyos integrantes deberían contarse a lo sumo por centenares.³⁸

Este argumento supuso en su momento un correctivo muy necesario, y su validez para las primeras fases de la actividad vikinga del siglo IX ha tenido una aceptación general. El argumento de que en la época vikinga actuaron sobre todo hombres integrados en partidas de guerreros también parece en gran medida correcto, aunque no sin algunas excepciones. Pero cuando la actividad de los vikingos se intensificó a partir de la década de 830 hay buenos motivos para creer que intervinieron en la acción fuerzas más numerosas que las que Sawyer tenía originalmente en la cabeza. La *Crónica de Irlanda*, por ejemplo, señala que en la década de 830 actuaron simultáneamente en aguas irlandesas dos flotas vikingas de sesenta navas cada una. El hermoso barco de Gokstad, del siglo IX, desenterrado en el condado noruego de Vestfold en 1880 y en la actualidad expuesto al público en Oslo habría podido transportar a unos treinta hombres, o poco más, sin problema. A razón de treinta y tantos hombres por barco, cada una de las flotas citadas habría estado integrada por más de mil individuos, y este tipo de magnitud general está en consonancia con algunas cifras de bajas concretas que parecen convincentes reseñadas por la misma fuente. En 848, diversos reyes irlandeses protagonizaron tres enfrentamientos contra distintos contingentes vikingos, que sufrieron pérdidas de setecientos, mil doscientos y quinientos hombres respectivamente. Y cuando las flotas de los reyes escandinavos empezaron a surcar las aguas occidentales a partir de 850 más o menos, todas las fuentes, irlandesas, inglesas y continentales afirman —de manera bastante constante— que eran unidades importantes de entre cien y doscientos barcos. Lo que indicaría unas fuerzas armadas de unos cuantos millares de hombres.³⁹

La idea se ve reforzada por los testimonios de la época del Gran Ejército. Estos contingentes eran unidades mixtas, cada una de las cuales reunía a varios reyes escandinavos independientes y a sus seguidores, a veces junto con otros guerreros a las órdenes de *jarle* independientes. El Gran Ejército original que se congregó en East Anglia en el invierno de 866-867 comprendía, probablemente entre otras, las fuerzas de Ivar y Olaf —que desaparecieron de las aguas de Irlanda entre 863 y 871 (Ivar probablemente sea el «Ingvar» de la *Crónica anglosajona*)— y los vikingos que habían estado acosando el mundo franco de la cuenca del Sena durante casi toda la

década anterior. Las fuentes continentales reseñan una pausa en la violencia vikinga entre 866 y 880, que se corresponde con la primera fase de la actividad del Gran Ejército en Inglaterra, y la marcha de los nórdicos de las aguas francas probablemente se viera precipitada por la construcción a instancias de Carlos el Calvo de puentes fortificados a lo largo del Sena, que hacían mucho más difícil para los vikingos la penetración en los territorios del interior. Aparte de Ivar, la *Crónica anglosajona* menciona también por su nombre a otros dos reyes, Healfdan (probablemente un tercer hermano de Ivar y Olaf), y Bagsecg, y a cinco *jarle* (que se llamaban Sidroc, el Viejo y el Joven, Osbearn, Fraena, y Harold). Estos reyes y *jarle* capitaneaban cada uno contingentes independientes dentro del ejército confederado. En 875, se vieron reforzados por otros tres reyes —Guthrum, Oscetel y Anwend—, lo que supondría un total de once contingentes vikingos reunidos en Inglaterra. Y unos años más tarde todavía llegaron más vikingos a pasar en Fulham el invierno de 879-880. El mismo modelo mixto, de contingentes múltiples es válido también para los Grandes Ejércitos posteriores.

No todos esos contingentes distintos actuaban formando parte de un solo ejército a la vez. Los contingentes iban y venían según el concepto que tuvieran de cuáles eran las oportunidades más cómodas de aprovechar. Pero cinco reyes, al menos cinco condes (*jarle*), y además otras fuerzas sumaban a todas luces un conjunto de guerreros importante. En 878, Healfdan murió en Devon con ochocientos cuarenta (u ochocientos sesenta, según otra versión) hombres de su séquito, lo que sugiere que los contingentes reales quizá se situaran en torno a los mil hombres. La *Crónica* señala también que esa fuerza fue transportada en veintitrés barcos, lo que supone unos treinta y seis hombres por barco, cifra que encaja perfectamente con la capacidad de carga de un barco como el de Gokstad. Calcular cada uno de los contingentes principales del Gran Ejército en cerca de mil hombres más o menos está también en consonancia con el tipo de fuerzas que actuaron en Irlanda a partir de la década de 830, cuando se intensificaron las incursiones de saqueo. Si este razonamiento es correcto, los Grandes Ejércitos —cada uno de ellos integrado por media docena o más de contingentes de ese estilo— debieron de estar compuestos cada uno por varios millares de guerreros, aunque probablemente no más de un máximo de unos diez mil. Se trata de unas

dimensiones perfectamente adecuadas para unos ejércitos capaces de conquistar todos los reinos anglosajones.⁴⁰ Pero además fueron varios. Como hemos visto, dos Grandes Ejércitos bien documentados atacaron Inglaterra: uno entre 865 y 878, y el otro desde 892 hasta 896. Hubo además otros dos ejércitos, compuestos más o menos por el mismo número de hombres, que atacaron la costa septentrional del continente en la década de 880; aparte de las fuerzas que operaron en Normandía y en Bretaña, y que estuvieron yendo y viniendo a Irlanda durante la última década del siglo IX y los veinte primeros años más o menos del X. En resumidas cuentas, y aun admitiendo algunos solapamientos entre las distintas fuerzas, debemos contar con el desplazamiento de un mínimo de veinte mil guerreros.

Todo esto es directamente relevante para la magnitud de la migración vikinga porque en el este de Inglaterra y en el norte de Francia fueron los Grandes Ejércitos los que convirtieron la victoria en colonización. Al margen de que ésta formara parte o no del programa original, lo cierto es que el primer Gran Ejército acabó con tres de los cuatro reinos independientes de la Inglaterra anglosajona del siglo IX, y repartió una parte importante de sus recursos en bienes raíces entre sus miembros. Estos primitivos asentamientos de la década de 870 se vieron luego reforzados por más oleadas de colonos procedentes de los Grandes Ejércitos posteriores. Una de ellas es reseñada explícitamente en 896, y quizá hubiera otras. En el continente, la ulterior actividad del Gran Ejército acabó dando lugar, como hemos visto, a colonias en Normandía y Bretaña, una autorizada, y las otras no. No podemos saber qué porcentaje de los guerreros escandinavos que participaron en la acción del Gran Ejército acabó estableciéndose en Occidente, pero es probable que en los distintos asentamientos participaran más de diez mil individuos, aun admitiendo el hecho de que algunos seguramente prefirieron regresar al Báltico con las riquezas obtenidas. Se trata de una cantidad importante, pero exagerada, teniendo en cuenta que la población total de las zonas afectadas debía de sumar por lo menos muchos cientos de miles de almas.⁴¹

Las colonias del Gran Ejército adoptaron, sin embargo, una forma especial. Resulta sumamente sugerente el comentario de la *Crónica anglosajona* correspondiente al año 896, en el que se reseña la disolución del segundo Gran Ejército que atacó Inglaterra: «Aquel año la hueste se dispersó,

una parte se fue a East Anglia, otra a Northumbria, y los que no tenían riquezas consiguieron barcos y cruzaron el mar hacia el sur, al Sena». No deja de haber en todo esto algunos enigmas. ¿Significa la alusión a la riqueza que los vikingos tuvieron que comprar tierras en Danelaw en vez de apoderarse de ellas sin más? Yo lo dudo mucho, pero en cualquier caso el comentario establece estrechos vínculos entre el hecho de pertenecer a un Gran Ejército, amasar riqueza y el posterior asentamiento. Algunos vikingos no cruzaron el mar para luchar en una serie de peligrosísimos combates lejos de su tierra natal, con la finalidad de establecerse luego como campesinos sin dinero. El sentido de tanto esfuerzo, para los que desearan asentarse en Occidente, era amasar suficientes recursos para establecerse en un nicho socioeconómico deseable. Si sólo hubieran querido ser labradores, no les habría hecho falta luchar. Los terratenientes anglosajones andaban siempre buscando mano de obra.⁴²

Cómo se habrían traducido en un modelo de colonización las relaciones existentes dentro de un determinado contingente del Gran Ejército, o cuándo se habrían repartido las tierras, son detalles que nos explican los estudios de caso de los testimonios concretos de colonización escandinava existentes en el condado de Lincolnshire, en el Danelaw. La propia Lincoln era uno de los cinco municipios del centro del Danelaw, desde el que se ejercía cierto tipo de poder político independiente; en el Danelaw hubo reyes a partir de 878, pero nunca hubo un rey *del* Danelaw. La propia Lincoln quizá conociera algún asentamiento vikingo y desde luego se expandió considerablemente a finales del siglo IX y durante el siglo X. Fuera de la ciudad, parece que la colonización vikinga se llevó a cabo de dos formas. Algunas grandes fincas pasaron intactas a manos de vikingos notables. Se caracterizan por topónimos de la famosa variedad híbrida Grimston, en la que un nombre nórdico de persona (*Grim-*) se combina con el sufijo anglosajón que significa «poblado» (*-tun*), y que se encuentran con muchísima frecuencia en las tierras de mejor calidad de los condados del Danelaw. Otras fincas ya existentes fueron destruidas, al parecer, para ser parceladas en explotaciones individuales destinadas a vikingos de rango inferior, pero de condición libre. La prueba de ello la tenemos en la coincidencia entre la distribución de los topónimos nórdicos (acabados en *-by* o *-thorp* y, de nuevo, combinados a menudo con

nombres nórdicos de persona) y la de pequeños terratenientes de estatus singularmente elevado —llamados *sokemen*— en la documentación oficial de Lincolnshire generada después de que el estado anglosajón del siglo x incorporara el condado a su territorio. Esos mismos *sokemen* conservaron, al parecer, sus gustos de origen nórdico en la decoración de los objetos cotidianos de metal hasta bien entrado el siglo x.

Si el de Lincolnshire puede considerarse algo más que un caso aislado, como parecería probable, da la impresión de que los contingentes del Gran Ejército mantuvieron en parte su configuración social al hacerse sedentarios, pues las colonias fueron organizadas por las autoridades para los que ya habían amasado suficiente botín para satisfacer sus aspiraciones y quedarse con una pequeña propiedad rústica, más o menos como hicieron los normandos. Presumiblemente los que no se habían llevado su botín y se habían puesto a buscar a un nuevo caudillo al que seguir. Las fincas rústicas usadas en la colonización habían sido confiscadas todas a propietarios anglosajones. Algunas les fueron arrebatadas a terratenientes seculares que fueron asesinados o desterrados —aunque parece que en el Danelaw no se produjo la extinción completa de la antigua clase terrateniente anglosajona—, pero también tenemos buenos testimonios de que muchas fincas fueron tomadas de instituciones eclesiásticas, que en el siglo ix quizá poseyeran hasta una cuarta parte de los recursos rústicos de Inglaterra.⁴³

Si Lincolnshire puede considerarse un ejemplo concreto de la regla general, podríamos sugerir el siguiente modelo para el Danelaw y para el norte de Francia. La unidad migratoria básica sería el contingente individual del Gran Ejército formado por unos mil hombres, o un poco más en el caso de los reyes, y un poco menos en el caso de los *jarle* —no el ejército completo—, cuyos líderes organizaron la asignación de tierras a aquellos que estaban dispuestos a establecerse en ellas. Algunas cuestiones relevantes —por ejemplo, quién tenía derecho a las tierras, y a cuántas tenía derecho— probablemente fueran discutidas en las negociaciones originales que dieron lugar a la creación de los Grandes Ejércitos. Esas colonias adoptaron una forma análoga al tipo de reemplazo parcial de elite que ya hemos visto en algunos asentamientos germánicos del siglo v en las antiguas provincias romanas de Europa, si no es porque los *sokemen*, con sus fincas con nombres

acabados en *-by* o en *-thorp*, quizá representaran la inserción de una elite de pequeños terratenientes a una escala social más baja de la que puedan dar a entender los asentamientos en el territorio romano. Los principales motivos para pensar así son las pequeñas dimensiones de sus propiedades, registradas en el *Libro de Winchester*, cuando sus descendientes sobrevivieron hasta 1066, y el hecho de que dieran lugar a un cambio cultural en el terreno de la lingüística y en otros ámbitos mayor que el que se produjera de manera análoga en el Occidente postromano.

Desde luego al menos en el norte del Danelaw, el nórdico se convirtió en la lengua predominante, aunque las lenguas germánicas nunca sustituyeron al latín y sus dialectos excepto en la Inglaterra anglosajona, donde el reemplazo de elite había sido más o menos completo. A la hora de explicar el cambio lingüístico y todos los topónimos escandinavos, algunos han considerado necesario pensar que el asentamiento de los contingentes del Gran Ejército vino seguido por nuevos asentamientos —no documentados— de campesinos escandinavos. No parece necesario que así fuera. Teniendo en cuenta que con toda seguridad diez mil vikingos —y potencialmente muchos más— tuvieron que ser acomodados en el proceso de reparto de tierras, ese número habría bastado para generar una clase terrateniente predominantemente nórdica a un nivel local suficiente para explicar los cambios culturales. En comparación, la conquista normanda supuso la colocación de sólo unos cinco mil nuevos terratenientes, y eso en toda Inglaterra, no sólo en parte de ella, así que no cabe duda de que la nueva clase dominante nórdica vivía más pegada a sus trabajadores agrícolas anglosajones que los normandos que vendrían más tarde.

Los contingentes del Gran Ejército, sin embargo, fueron responsables sólo de una parte de la migración nórdica a Occidente. En Irlanda, la colonización adoptó una forma distinta. Allí los escandinavos nunca lograron —quizá nunca lo intentaron— destruir la coherencia de reinos enteros y posibilitar la redistribución a gran escala entre ellos de las tierras. Por el contrario, sólo encontramos asentamientos a modo de nichos, limitados a unas pocas ciudades de la costa: Dublín, sobre todo. Esas colonias eran bastante grandes y económicamente poderosas. Tras su restablecimiento, los reyes irlandeses rivales del siglo x compitieron entre sí por ejercer la

hegemonía sobre los valiosos activos que poseía Dublín en materia de mercenarios y de dinero. No obstante, aunque la unidad migratoria tuvo que adoptar una vez más la forma de partidas de guerreros organizados, el asentamiento permanente de nórdicos en Irlanda sólo habría podido afectar a unos pocos millares de individuos como mucho.⁴⁴

En las islas del norte y del oeste de Gran Bretaña y en el norte y el oeste de Escocia, el modo de asentamiento fue mucho más parecido al del Danelaw, en el sentido de que una población escandinava invasora se hizo con el dominio de gran parte de los bienes raíces de la zona. No tenemos para estas regiones documentación acerca del número de individuos implicados, ni ningún relato de la colonización, pero sus efectos se ponen de manifiesto en la evidencia de los topónimos. En las islas del norte —las Shetland y las Orcadas— no se conserva ni un solo topónimo preescandinavo. Todos los estratos anteriores de toponimia han sido eclipsados por el impacto cultural de la colonización de la era vikinga. En las islas occidentales y en las zonas afectadas de Escocia esa desaparición no fue tan completa, pero de nuevo tenemos una densa difusión de los nombres escandinavos. ¿Qué magnitud de asentamientos del siglo IX hace falta para explicar este resultado tan notable?

Cuando se valoró por primera vez el testimonio de los topónimos, los investigadores pensaron que la completa desaparición de cualquier estrato de toponimia anterior debía significar que las poblaciones indígenas de la zona, probablemente de lengua celta, habían sido completamente erradicadas: limpieza étnica en la Alta Edad Media. Los estudios más recientes sobre toponimia han subrayado, sin embargo, que la moderna difusión de los nombres nórdicos refleja los largos siglos de dominación posterior de la zona por gentes de lengua nórdica, no un momento apocalíptico de conquista. La colonización nórdica fue a todas luces importante, y sus efectos sobre la toponimia no habrían podido lograrse más que mediante una apropiación completa de la tierra por parte de los dominadores nórdicos, que debieron de invadir la sociedad de la zona con un nivel de intensidad al menos similar al que consiguieron los *sokemen* del Danelaw. No habría hecho falta, sin embargo, ninguna limpieza étnica y algunos testimonios arqueológicos recientemente encontrados han venido a confirmar este punto. Incluso cuando las casas de carácter típicamente nórdico sustituyeron a las antiguas formas

pictas, como en Buckquoy, labores de excavación más detalladas han demostrado que siguieron utilizándose muchos objetos de manufactura indígena, lo que indicaría que las antiguas poblaciones siguieron viviendo, aunque subordinadas, junto a los colonos nórdicos.⁴⁵

En las islas occidentales y en Escocia se ha supuesto siempre que hubo cierta continuidad de la población indígena, pues la toponimia revela unos orígenes culturales más mixtos. Es más, en una serie de comentarios que empiezan en la década de 850, los anales irlandeses reseñan las actividades de los *Gallgoidil*: «irlandeses escandinavizados». Estos misteriosos personajes han sido muy discutidos, pero parece que más tarde dieron su nombre a la región de Galloway y la teoría de consenso los sitúa en las islas Hébridas y los considera celtas que enseguida alcanzaron un acomodo con los colonos nórdicos recién llegados.⁴⁶ Los patrones de ADN de los actuales habitantes de estas regiones confirman este punto. El 40 por 100 de la población actual de las Shetland posee tipos de ADN que demuestran que descienden de antepasados nórdicos. En las Orcadas, la tasa es del 35 por 100, y en Escocia y las islas occidentales de aproximadamente el 10.⁴⁷ Como hemos visto en el caso de los anglosajones, resulta peligroso interpretar los patrones actuales de ADN como fósiles del momento de la colonización. Desde entonces ha habido demasiados acontecimientos que podrían haber causado que una línea del ADN se propagara de manera preferente. No obstante, este testimonio demuestra efectivamente que, si bien hubo un notable flujo migratorio nórdico en estas zonas, no supuso la limpieza étnica total que se suponía en otra época. Un indicio más concreto del tipo de unidad migratoria que actuó en estos contextos nos lo proporciona también el testimonio de la última zona de colonización nórdica en Occidente: el Atlántico norte.

La colonización escandinava de las Feroe está completamente indocumentada, pero como la de Islandia dio comienzo en la década de 870, y las Feroe se encuentran de camino, es presumible que ya estuviera en marcha a mediados del siglo IX como muy tarde. Para Islandia tenemos mucha más información. A diferencia de las comunidades vikingas establecidas en otros lugares, allí los colonos nórdicos empezaron desde comienzos del siglo XII a fijar por escrito su historia, primordialmente, según

parece, para documentar los derechos de propiedad de la tierra. En torno al año 1100, los nórdicos de Islandia remontaban la colonización de la isla a cuatrocientos colonos principales, cada uno de los cuales estableció uno de los grandes asentamientos agrícolas que dominaban por entonces la isla. Aquellos cuatrocientos asentamientos eran el centro de otras grandes redes de actividad agrícola relacionadas entre sí, no granjas aisladas, y se ha calculado que en esa época había más de unas cuatro mil explotaciones de distinto tamaño. Cada una de esas granjas alimentaba a una familia y a varios subordinados, de modo que nos sale así una cifra de pocas decenas de millares de personas para la población de Islandia en c. 1100. La literatura islandesa conserva también cierta idea del tipo de unidades migratorias mediante las cuales se creó la colonia. Los costes que suponía ir desde Escandinavia (o incluso desde las Islas Británicas, el punto intermedio del que provenían muchos colonos) hasta Islandia eran prohibitivos. Parece que todos los grandes colonos fueron hombres ricos, capaces de armar o de alquilar las naves necesarias para transportar a las personas y los equipos que habrían hecho falta para que una granja saliera adelante. Los más pobres no habrían podido formar parte de la empresa o habrían tenido que sumarse al séquito de alguno de aquellos grandes hombres. Como sugieren estas observaciones, estamos hablando aquí realmente de flujos migratorios amplios y no de los casos más concretos y aislados de colonización que tuvieron lugar en Inglaterra y Francia cuando un contingente del Gran Ejército decidía establecerse en el país. No se ha conservado ninguna cifra acerca de las flotas capitaneadas por aristócratas que zarparon con destino a Islandia, pero una flota del mismo estilo de las que participaron en el posterior avance hasta Groenlandia estaba formada por veinticuatro barcos, trece de los cuales al final no pudieron realizar la travesía.⁴⁸

Naturalmente en Islandia no había población indígena alguna que sojuzgar, así que los colonos pudieron llegar tranquilamente de modo paulatino, y no en los contingentes mucho mayores que requería la creación de un *Lebensraum* en la Inglaterra anglosajona. Probablemente lo mismo cabría decir de las islas del norte y el oeste de Gran Bretaña. Aquí, como hemos visto, los colonos indígenas fueron indudablemente sometidos, pero las estructuras previkingas existentes en estas zonas eran, al parecer, tan

pequeñas y tenían un carácter tan local que los nórdicos no necesitaron fuerzas muy numerosas capaces de vencer grandes batallas. Por consiguiente, es posible quizá que un solo aristócrata o un pequeño número de ellos con su séquito de clientes se apropiaran de un pedazo de territorio. Una vez más, a falta de testimonios narrativos directos, todo esto conlleva una importante carga hipotética, pero lo cierto es que entre los nórdicos de las islas del norte y el oeste de Gran Bretaña no surgió una estructura política mayor —el Condado de las Orcadas— hasta finales del siglo IX, mucho después de que se concluyera el proceso inicial de colonización. La aparición de este condado (*earldom*) bastó para empujar a algunos de esos nórdicos hacia Islandia, donde pudieron restablecer su independencia. Ambas puntualizaciones dan mayor peso a la tesis de que el sucesivo flujo migratorio con destino a Islandia y Groenlandia fue similar al que dio lugar a la dominación nórdica original de las islas del norte y occidentales a comienzos del siglo IX.

A pesar de las múltiples deficiencias de nuestros testimonios, pues, podemos extraer algunas conclusiones acerca de los flujos migratorios escandinavos hacia Occidente del siglo IX y de comienzos del X. Vemos con claridad dos tipos muy distintos de unidad, cada una de ellas adecuada a su contexto. Cuando era preciso someter a grandes entidades políticas indígenas para que el asentamiento saliera adelante, la unidad típica era la gran partida de guerreros, que actuaba con unos mil soldados o poco más. Esas partidas de guerreros eran también capaces de aliarse para atacar objetivos verdaderamente grandes, tales como los reinos anglosajones. En otros lugares en los que no había oposición indígena alguna o en los que ésta estaba organizada sólo en unidades sociopolíticas pequeñas, unidades migratorias de menores dimensiones capitaneadas por un aristócrata podían alcanzar la hegemonía necesaria. En resumen, el número total de individuos implicados en los distintos flujos migratorios sería notable. Bastante más de diez mil guerreros nórdicos, o quizá el doble, encontraron colocación en las colonias creadas a partir de las actividades del Gran Ejército en Inglaterra y en el continente. Unos pocos miles más se establecieron en Irlanda, y

probablemente más todavía en la rama septentrional de la diáspora escandinava que se expandió por el norte de Gran Bretaña y por las islas del Atlántico.

Pero hay otra cuestión importante que todavía no hemos planteado. ¿Cuántos de esos varones armados se llevaron consigo desde Escandinavia a las mujeres y los hijos que dependían de ellos? Si tenemos en cuenta que las personas dependientes de un varón adulto son entre cuatro y cinco, que es la cifra convencional calculada habitualmente, la presencia o no de personas dependientes podría incrementar el cálculo del total del flujo migratorio de unas pocas decenas de millares a más de cien mil. Sobre los Grandes Ejércitos tenemos poca información, pero, por extraño que parezca, alguna tenemos. Parte del segundo Gran Ejército que atacó Inglaterra en la década de 890 dejó a sus mujeres y a sus hijos en el Danelaw para su salvaguardia, mientras lanzaba su ofensiva. No está claro qué porcentaje del ejército tenía personas a su cargo, ni tampoco de dónde eran originarias éstas. ¿Habían venido de Escandinavia o se habían agregado por el camino?

Cierta información sobre este último punto ha salido a la luz gracias a los recientes estudios sobre el ADN de la moderna Islandia. Islandia no ha conocido una gran cantidad de inmigración ni tampoco de emigración desde la época de los vikingos, de modo que tenemos en ella una ocasión mejor de lo habitual de que los modernos patrones de ADN reflejen los de los primitivos colonos. Dichos trabajos se han fijado tanto en los patrones de cromosoma Y, transmitido sólo a través de los varones, como en el ADN mitocondrial, transmitido sólo a través de las mujeres. Se ha comprobado que existe un contraste sorprendente. Entre la población de sexo masculino, el 75 por 100 posee cromosomas Y cuyas particularidades pueden remontarse a Escandinavia, y sólo un 25 por 100 que sugieren un origen en las Islas Británicas. El testimonio del ADN mitocondrial, en cambio, es muy distinto. El 36 por 100 de la población islandesa actual desciende de mujeres nórdicas, mientras que el 62 por 100 posee un ADN que remite a unas antepasadas originarias de las Islas Británicas. Por consiguiente, un número importante de mujeres, quizá aproximadamente un tercio, llegó con los colonos directamente desde Escandinavia, pero quizá dos tercios de ellas fueran incorporadas por los vikingos a lo largo de sus viajes.

Resultados similares se han obtenido en las Feroe. En la Escocia vikinga y en las islas del norte y del oeste de Gran Bretaña, en cambio, el patrón es de nuevo distinto. En estas regiones, no existe una dicotomía sustancial entre los porcentajes de ADN de mujeres y hombres nórdicos entre la población moderna, lo que tal vez indique que, en estas zonas de colonización nórdica temprana, la unidad migratoria básica fue la familiar, con números similares de colonos de uno y otro sexo procedentes de Escandinavia. Sin embargo, en el momento en el que la colonización se trasladó a las Feroe y a Islandia, los vikingos tenían cada vez más mujeres oriundas de las Islas Británicas. No podemos decir qué proporción de mujeres nativas de Escandinavia había entre las esposas de los guerreros del Gran Ejército, pero el testimonio del ADN de las zonas más septentrionales indicaría que sin duda estaban presentes algunas. Así pues, es evidente que no deberíamos multiplicar el número de varones escandinavos que hemos calculado por cuatro o por cinco para deducir el de las personas a su cargo que los acompañaban, sino tal vez por dos o por tres.⁴⁹

La migración vikinga al este de Europa adoptó unas formas notablemente distintas. La diáspora nórdica a Rusia no muestra signo alguno de ejércitos conquistadores creando un *Lebensraum* político con vistas a una subsiguiente colonización, y muy pocos miembros de una pequeña aristocracia agrícola estableciendo granjas independientes. Como pone de manifiesto la arqueología, la intrusión nórdica tuvo dos fases principales. De la primera —finales del siglo VIII y comienzos del IX— se han descubierto huellas importantes sólo en dos sitios: los niveles más antiguos de Staraia Ladoga y el poblado fortificado de Sarskoe Gorodishche, en el Alto Volga. Sin embargo, sólo ha sido excavada media hectárea de Staraia Ladoga, de modo que no tenemos realmente conocimiento de cuáles eran sus dimensiones en aquella fecha temprana, y carecemos de cualquier tipo de cálculo de la población escandinava de Sarskoe Gorodishche. No significa mucho, y sería tentador pensar que en esa época sólo un número muy pequeño de mercaderes escandinavos había empezado a explorar las rutas fluviales de la Rusia europea, si no fuera por el hecho de que se nos habla de la existencia de un khaganato dominado por los nórdicos en el norte de Rusia ya en 839.⁵⁰ Éste no habría podido desarrollarse sin un número sustancial de

inmigrantes nórdicos o sin un grado considerable de organización. Quizá haya más testimonios arqueológicos de una inmigración escandinava del siglo VIII y de comienzos del IX esperando a ser descubiertos.

Como ocurrió en Occidente, el flujo de emigrantes aumentó considerablemente en la segunda mitad del siglo IX y a comienzos del X. En ese momento, la migración escandinava se concentró en tres zonas distintas (mapa 20). La primera recorría el río Volkhov, entre el lago Ladoga y el lago Ilmen. En su extremo norte, Staraja Ladoga fue reconstruida y alcanzó su máxima extensión de diez hectáreas. Más al sur estaba Gorodishche (la Holmgard de las sagas nórdicas), como hemos visto, el principal centro de poder de la región, un poblado fortificado provisto de murallas de piedra de tres metros de altura por otros tres de espesor. El tercer gran centro escandinavo conocido era Izborsk-Pskov. Los cementerios de los tres centros han suministrado suficientes materiales nórdicos para indicar que tenían en funcionamiento verdaderas comunidades de hombres y mujeres escandinavos, que se habían traído consigo gran parte de su modo de vida. Las zonas rurales que los rodeaban —la Priladozhie— también han suministrado suficientes hallazgos dispersos de materiales escandinavos para indicar que la región debió de conocer no sólo mercaderes, sino también algunos labradores nórdicos.⁵¹

Conocemos una segunda concentración de la presencia escandinava por los yacimientos del Alto Volga. Aquí, las excavaciones del siglo XIX sacaron a la luz materiales nórdicos en Yaroslavl, Pereslavl y Suzdal-Vladimir. Los métodos empleados fueron demasiado desordenados para que podamos sacar algo en claro. Sin embargo, los trabajos más recientes y más cuidadosos realizados en varios otros yacimientos de la región han confirmado la existencia de un influjo escandinavo considerable. Por ejemplo, un poblado de finales del siglo IX o comienzos del X en Timarevo llegó a extenderse a lo largo de diez hectáreas. Las excavaciones realizadas *in situ* han sacado a la luz más de cincuenta casas y una necrópolis. El poblado acabó siendo ocupado por fineses y eslavos además de escandinavos, pero los nórdicos fueron los primeros. También se ha demostrado la existencia de una presencia escandinava notable en Petrovskoe, donde hubo dos poblados, y en

Mikhailovskoe, donde se ha excavado un cementerio que contenía cuatrocientas tumbas (el 63 por 100 de ellas cremaciones). Aquí la mayor parte de los materiales escandinavos data del siglo x.

La tercera zona de asentamiento se centró en el río Dniéper, aunque quizá deberíamos subdividirla en dos sectores, pues mientras que la región del Alto Dniéper podía dar acceso todavía a la ruta del Volga, las rutas que discurrían a partir de su curso medio conducían inequívocamente hacia el mar Negro y hacia Bizancio. El poblado escandinavo más grande descubierto hasta la fecha es Gnezdovo, en el Alto Dniéper, probablemente la Smaleski (Smolensk), de las sagas. En la década de 920 triplicó sus dimensiones y fue fortificado, y su cementerio, en la actualidad parcialmente destruido, contenía un mínimo de tres mil tumbas o quizá el doble de esa cantidad. El primer investigador soviético del yacimiento afirmaba que sólo unas mil de ellas eran escandinavas, pero en realidad se trata de un cálculo exageradamente bajo. Gnezdovo fue un poblado fundado y dominado por los nórdicos, que, a raíz de su expansión en el siglo x, llegó a tener una población de unos mil habitantes. Más al sur, en el curso medio del Dniéper, Kiev —como cabría esperar— ha suministrado algunos materiales escandinavos. Tres de sus colinas a orillas del río fueron ocupadas por escandinavos desde comienzos del siglo x. Sin embargo, unos cien kilómetros más al norte han aparecido materiales escandinavos mucho más abundantes en Chernigov y Shestovitsa, que una vez más eran poblados importantes en el siglo x.⁵²

Estas concentraciones geográficas de poblados escandinavos encajan perfectamente con las actividades de los nórdicos. El conglomerado de la zona del río Volkhov, al norte, controlaba la principal ruta comercial que llevaba al Báltico y tenía muy fácil acceso a ella; los poblados del Alto Volga y del Alto Dniéper proporcionaban a los colonos un acceso cómodo a la principal ruta comercial que conducía al mundo islámico; y los del curso medio del Dniéper conducían por fin a Constantinopla. Las colonias escandinavas se concentraban, pues, en torno a las grandes rutas comerciales, y los poblados que han sido excavados eran presumiblemente todos ellos centros comerciales, desde donde los mercaderes establecían relaciones con los tramperos y peleteros de las zonas rurales circundantes, y salían en primavera hacia Bulghar o hacia Constantinopla.

Todo esto está bastante claro, pero no nos permite hacernos la más mínima idea del verdadero número de escandinavos que intervinieron en estos flujos migratorios orientales. Por lo pronto, todos los restos excavados tienen que ver con centros comerciales. ¿Establecieron también colonias rurales los labradores escandinavos, como hicieron en Islandia y en las islas del norte y el oeste de Gran Bretaña? Algunos hallazgos dispersos de la región del Volkhov quizá indiquen que al menos allí las establecieron, en cuyo caso deberíamos multiplicar considerablemente nuestra concepción de la cifra de inmigrantes. Hay también buenas razones para pensar que no se han identificado ni mucho menos todos los asentamientos escandinavos de Rusia. Staraia Ladoga y Sarskoe Gorodishche no bastarían para sostener el khaganato del que tenemos noticia, pero son los dos únicos poblados que sabemos hasta la fecha que existían ya en 839. Análogamente, dudo mucho que los aproximadamente catorce asentamientos escandinavos del siglo X que conocemos nos cuenten todo lo que hay que contar. La proporción de mujeres y hombres entre los inmigrantes tampoco está clara, aunque la presencia de mujeres escandinavas es evidente en todos los poblados del siglo X, excepto en los del curso medio del Dniéper. Hay demasiadas incógnitas para atrevernos a hacer ninguna conjetura, pero en el siglo X deberíamos hablar de nuevo de más de diez mil inmigrantes varones, y probablemente este cálculo se quede exageradamente corto.

Cuando intentamos comprender cuáles fueron las unidades migratorias que llevaron a cabo la colonización de Rusia, nos encontramos de nuevo con una falta de fuentes históricas. Pero por lo menos algunos es probable que adoptaran la forma de mercaderes aventureros a pequeña escala, como Ottar y sus compañeros, que o bien eran dueños de un barco o bien poseían parte del mismo, modelo registrado al menos en una piedra rúnica. Asimismo un famoso grupo de piedras rúnicas fue erigido en Svinnegarn, en Uppland, a mediados del siglo XI, en memoria de unos mercaderes de la localidad que no regresaron de una expedición capitaneada por un tal Ingvar.⁵³ Evidentemente se trata de una época muy posterior, pero en otro tiempo un flujo migratorio de personajes del tipo de Ottar bajando por los sistemas fluviales de Rusia probablemente fuera un espectáculo habitual. Al mismo tiempo, deberíamos contar también, al menos a partir del siglo IX, con intrusiones más numerosas

y más organizadas: *jarle* o reyes con séquitos de cientos de clientes. Se habría necesitado un grupo más bien de estas dimensiones para establecer el primer khaganato ya en el siglo IX y, como hemos visto, coincidiendo con la época del Gran Ejército en Occidente, fuerzas escandinavas mucho más numerosas empezaron a operar por los ríos de Rusia.

Así pues, la migración escandinava a Rusia probablemente combinara un flujo constante de mercaderes a pequeña escala, algunos de los cuales acabarían asentándose en el país, con intrusiones más esporádicas de fuerzas armadas más numerosas. Como en Occidente, cabe presumir que ambos tipos llevaran consigo a veces a sus esposas, pero no tenemos idea de con cuánta frecuencia lo harían. El efecto general de estos flujos migratorios, sin embargo, fue muy diferente del que se dejó sentir en Occidente. Los escandinavos fueron a Rusia a explotar la riqueza que pudiera generarse comerciando con sus recursos naturales, no a robar sus bienes muebles ni/o a quitarles sus explotaciones agrícolas a sus propietarios adueñándose de sus bienes raíces. Así pues, en Rusia no hay el menor indicio de un reemplazo de elite ni siquiera parcial. En Rusia, los nórdicos formaron un nuevo tipo de elite, que hizo fortuna poniendo en relación zonas ricas en preciadas materias primas con los viejos centros de consumo de la Europa occidental y del Próximo Oriente.

Aunque debemos examinar cuidadosamente los testimonios, por lo pronto para establecer los diferentes tipos de flujos migratorios nórdicos, el juego de números no nos lleva demasiado lejos, como a menudo suele ocurrir con el primer milenio. O no tenemos ni la menor idea de cuántos emigrantes hubo, o no conocemos su proporción respecto a la población indígena, o las dos cosas a la vez. Pero una vez más, adoptar un enfoque cualitativo resulta mucho más revelador. El flujo migratorio adoptó varias formas. La conquista de tierras en el noroeste fue capitaneada por elites locales de pequeñas dimensiones que disponían de barcos y lograban reunir pequeños séquitos de clientes armados. El Danelaw y el norte de Francia fueron colonizados por reyes y *jarle* al frente de partidas de guerreros mucho más numerosas, mientras que los responsables de distintos aspectos de la diáspora vikinga en la Rusia europea fueron una mezcla de mercaderes aventureros y reyes o *jarle*. Incluso cuando había incautación de tierras, nada de esto se parece a la

migración al Imperio Romano generada por los hunos a finales del siglo IV y durante el V. La migración vikinga se produjo por doquier en forma de flujos ampliados, a veces a lo largo de un siglo y medio, más que de una gran oleada de avance en masa. A lo que más se parece, en mi opinión, es a lo que podemos reconstruir de la expansión de los grupos germánicos del norte por el sur y por el este hacia la región del mar Negro durante los siglos II y III, o a la de los bóers, entre los ejemplos más modernos. Y sobre todo en Occidente, vemos un flujo que cambió de forma y creció en intensidad cuando aumentó entre las poblaciones escandinavas el conocimiento de las múltiples oportunidades que se le ofrecían.

A pesar de esas variaciones, la migración vikinga supuso también un golpe político y a menudo cultural en todas las zonas a las que afectó. En las islas del norte y el oeste de Gran Bretaña, así como en el Danelaw y en Normandía, las estructuras políticas y socioeconómicas locales fueron desbaratadas. Las elites locales fueron reemplazadas total o parcialmente en su dominio de los bienes raíces, en ocasiones fueron destruidos los viejos reinos, y se crearon nuevas estructuras. En este sentido debemos reconocer debidamente el volumen de la violencia empleada. Un hecho sorprendente de los estudios anglosajones es que no se conserva casi ninguna carta de fundación anterior al siglo IX procedente de los reinos de Northumbria y Mercia, que cayeron en manos de los vikingos y formaron el Danelaw. En otros lugares tampoco son muy numerosas, pero se conservan algunas. En el Danelaw no sobrevivieron porque los monasterios en los que se guardaban fueron incendiados. Sabemos también que el reino de Northumbria, la patria de Beda el Venerable, acumuló una poderosa tradición intelectual cristiana en los siglos VII y VIII. Alcuino, el mayor erudito de la Alta Edad Media, era un clérigo de Northumbria y ha dejado una detallada descripción de la biblioteca de York. Una vez más, los vikingos destruyeron todos los libros junto con las instituciones que los albergaban. En algunos lugares, se extinguieron incluso los obispados, instituciones sumamente duraderas. Tres antiguas sedes episcopales inglesas no volvieron a resurgir después del período vikingo.⁵⁴

Algunas colonias de la época del Gran Ejército no duraron mucho como entidades independientes desde el punto de vista político. A comienzos del siglo X Wessex sometió al Danelaw para crear un reino unido de Inglaterra.

Pero incluso ese hecho es un signo del golpe político que supuso la migración nórdica. Si los vikingos no hubieran destruido previamente el poder de Mercia y Northumbria —sus dos rivales más importantes—, no hay el menor indicio de que la monarquía de Wessex pudiera llegar a alcanzar ese predominio. Igualmente importante es el hecho de que la conquista de Wessex no supuso la devolución de muchas de las fincas incautadas a sus antiguos propietarios: los *sokemen* seguían allí en 1066. Más o menos lo mismo cabe decir de Escocia, donde la aparición de un solo reino unido en lugar de las tres entidades independientes anteriores —los escotos de Dalraida, los pictos y los britones de Strathclyde— debe mucho a los daños infligidos a los dos últimos por el ataque de los vikingos.⁵⁵

En otros lugares, los frutos políticos de la diáspora vikinga fueron más duraderos. Aunque todavía habría de correr mucha agua bajo los puentes del Sena, la colonia de Rouen estaba destinada a convertirse en el ducado de Normandía. Las islas del norte y el oeste de Gran Bretaña, junto con el norte de Escocia y las islas del Atlántico pasarían a formar parte asimismo de una comunidad escandinava bastante duradera. Y las interrelaciones de sus diferentes y numerosos mercaderes escandinavos, junto con los reyes que empezaron a llevarse un porcentaje de la riqueza que generaban, acabarían forjando el primer estado ruso, sobre el que volveremos en el próximo capítulo y cuya historia continuaría su avance más o menos solemne hasta las invasiones de los mongoles. De todas las zonas afectadas por la agresión de los vikingos, sólo en Irlanda y Gales se puede discutir que los efectos fueran menos que trascendentales, pero incluso en estos casos cabe al menos discutir que si su desarrollo siguió unas nuevas trayectorias más complejas fue por causa de los escandinavos.⁵⁶ Preocuparse demasiado por la cantidad de emigrantes de la época vikinga es no ver el bosque por culpa de los árboles. En términos cualitativos, el «golpe» propinado a todas las sociedades que acogieron —habitualmente contra su voluntad— a los emigrantes nórdicos resulta bastante evidente. En ese sentido, estamos una vez más ante una serie de flujos migratorios que sólo pueden catalogarse como migración en masa. Pero eso es sólo analizar una dimensión del proceso migratorio escandinavo,

y todavía quedan abiertas importantes cuestiones. ¿Por qué la diáspora vikinga se produjo cuando se produjo y por qué adoptó tantas formas distintas?

LA EXPLOSIÓN VIKINGA

Las causas que se ocultan detrás de estos flujos de migración vikinga de los siglos IX y X se concentraban, inicialmente al menos, en la parte de la matriz de motivaciones correspondiente a las de carácter positivo/económico frente a las de raíz negativa/política. Semejante conclusión supondría todo un golpe para los estudiosos que desarrollaran su trabajo antes de mediados del siglo XX. Por entonces solía afirmarse que era a la superpoblación a la que había que culpar del gran éxodo de hombres, mujeres y niños que salió de Escandinavia. En aquella época muchos pensaban que los godos procedían de Escandinavia, que, como dice Jordanes, era una «matriz de gentes». Además, las últimas experiencias hablaban de migraciones a gran escala, sobre todo a los Estados Unidos a finales del siglo XIX y comienzos del XX. En este contexto, la conclusión inevitable era que la diáspora vikinga era simplemente una más de toda una serie de oleadas de migración, cada una de las cuales se produjo cuando los niveles de población de Escandinava llegaban al tope.

Las investigaciones detalladas del paisaje y la población posibilitadas por los métodos arqueológicos modernos han demostrado con claridad, sin embargo, que algunos rincones fundamentales del mundo báltico —Rogland, Öland y Gotland— estaban más densamente poblados en el siglo VI de lo que lo estaban en el IX. Y fue el siglo XI —cuando la época vikinga ya había llegado a su fin— el que conoció deforestaciones a gran escala por toda Dinamarca destinadas a crear nuevas tierras de labor. Una vez más, pues, la cronología falla. Si la superpoblación fue un problema en el siglo IX, ¿por qué entonces no se abrieron al cultivo nuevas tierras? Queda todavía la posibilidad de que en ese momento los recursos fueran ya escasos en la parte occidental de Noruega, donde los fiordos y las montañas siempre han ofrecido nichos ecológicos más estrechos a las poblaciones agrícolas. Podría explicarse así por qué los labradores noruegos moderadamente prósperos y

las personas a su cargo fueron los que, al parecer, estuvieron en la vanguardia de los primeros asentamientos en las islas del norte y el oeste de Gran Bretaña. Pero todo esto puede decirse sólo de una zona muy restringida de Escandinavia, e incluso en ese caso estamos hablando de posibilidades, no de hechos demostrados. En términos generales, la diáspora vikinga no puede explicarse por medio de la superpoblación de Escandinavia.⁵⁷

En la mayoría de los casos, la colonización escandinava en un determinado lugar fue precedida de un dilatado período durante el cual dicho lugar fue fijado como objetivo debido a su riqueza en bienes muebles. Y durante algún tiempo, esa riqueza fue trasladada a Escandinavia, no utilizada para que sus beneficiarios se establecieran en nuevos hogares, en Oriente o en Occidente. Excepto en el caso de las islas del norte y el oeste de Gran Bretaña, parece que no hubo ninguna migración escandinava importante antes de la década de 860, y la resuelta búsqueda de riqueza es realmente lo que une las distintas actividades reunidas bajo la denominación «vikings». De Oriente, los aventureros mercaderes deseaban la plata de los musulmanes. Curiosamente, se han recuperado más de doscientos mil dirhams de plata sólo en los tesoros de cinco monedas o más encontrados en contextos del Báltico y del norte de Rusia. Y naturalmente éstas son sólo las que se han conservado. La plata ha sido siempre nada más que un metal precioso, y resulta imposible conjeturar siquiera cuántos dirhams más fueron fundidos más de cien veces, durante los mil años transcurridos desde entonces, y convertidos en cualquier otra cosa, desde joyas personales hasta objetos sagrados. El comercio con Oriente, aunque al final fuera lo más importante en términos económicos, fue cronológicamente secundario respecto al comercio con Occidente. Staraia Ladoga fue fundada mucho antes de que se exploraran las rutas fluviales que conducían al mundo musulmán, y los contactos comerciales occidentales generaban riqueza suficiente para que surgieran otras estaciones comerciales (punto sobre el que volveremos enseguida).

Además del comercio y en realidad a veces en concomitancia con él, era mucho lo que podía obtenerse de las incursiones de saqueo tanto en Oriente como en Occidente. El saqueo reportaba todo tipo de botín, pero también esclavos, y no cabe duda, como veremos en el próximo capítulo, de que los vikingos desempeñaron un papel trascendental en lo que se convertiría en un

próspero tráfico de esclavos internacional durante estos siglos. Se trata de un detalle importantísimo, que hace que algunos intentos recientes de minimizar la violencia de los vikingos recordando que eran simples mercaderes parezcan un poco absurdos. Cuando se trafica con esclavos, las incursiones de saqueo se convierten en una parte esencial de la actividad comercial que se desarrolla. Las incursiones de saqueo producían además cautivos de alto rango que constituían rehenes excelentes, y ofrecían a los saqueadores la posibilidad de exigir dinero a cambio de protección, es decir cobrar de sus eventuales víctimas por el mero hecho de no atacarlas. Entre unas cosas y otras, las distintas oportunidades de ganar dinero generadas por las actividades predatorias producían sumas enormes. Basándonos sólo en las noticias que tenemos documentadas —y de nuevo no hay por qué pensar que esa documentación es exhaustiva—, la agresión de los vikingos contra el norte de Francia supuso unas pérdidas de trescientos cuarenta kilos de oro y veinte mil de plata.⁵⁸

Cuando se produjo, cabría pensar incluso que la colonización vikinga se debió en parte al menos a motivaciones positivas, de carácter económico. Como no tenemos testimonios de que los recursos agrícolas fueran particularmente escasos en Escandinavia durante la época vikinga, cuando los escandinavos ocuparon tierras en otros lugares es probable a priori que lo hicieran porque en las zonas a las que emigraron tenían a su disposición más y mejores tierras, o mejores condiciones para su explotación. Así lo confirman en general los testimonios detallados que poseemos. En Occidente, los emigrantes nórdicos se establecieron como terratenientes hegemónicos. Sus fincas podían tener unas dimensiones muy diversas. Empezando por el extremo superior de la pirámide, las más grandes pertenecían a los *jarle* y a los *godar*, el tipo de individuos cuyas posesiones se ven reflejadas en los topónimos híbridos tipo Grimston del Danelaw. Pero incluso al nivel social más modesto de los *sokemen*, los emigrantes escandinavos eran terratenientes importantes. Sus posesiones quizá tuvieran unas dimensiones limitadas, pero eran suyas, probablemente las explotaran utilizando mano de obra dependiente, y personalmente conservaron importantes derechos políticos y un elevado rango social. Pues bien, aunque las explotaciones en concreto no fueran demasiado grandes, tenemos buenas razones para suponer que este

resultado habría sido deseable para los emigrantes, y representaría un nivel de vida mejor del que habrían tenido si no se hubieran instalado en Occidente. En el este, el grueso de la colonización escandinava —al menos la que es visible de momento en los textos y en la arqueología— se centró en las oportunidades comerciales. Los escandinavos fueron a Rusia a establecer relaciones con los tramperos y peleteros indígenas y/o a situarse en una posición ventajosa en alguna de las rutas comerciales de los ríos del país. En algunas regiones, como, por ejemplo, a lo largo del eje del Volkhov, se establecieron en zonas que quizá fueran explotadas desde el punto de vista agrícola antes incluso de que llegara a ellas la población de lengua eslava, de modo que, como en Occidente, quizá se apropiaran de algunas fincas.

Pero tanto si lo hicieron como si no, no afecta al argumento general. La migración escandinava —con la posible excepción parcial de las islas del norte y el oeste de Gran Bretaña— se desarrolló a partir de contactos previos cuya finalidad era la extracción de nuevos tipos de riqueza por parte de los escandinavos. Fueron estas actividades las que permitieron a los nórdicos acumular la abundancia de conocimientos detallados acerca de Occidente y Oriente, sin los cuales su colonización habría sido imposible. En el norte los escandinavos no habían estado nunca aislados e incomunicados respecto al resto de Europa. En tiempos de los romanos, la Ruta del Ámbar conducía desde la ribera meridional del Báltico hasta Europa central y el mar Negro, y este eje había facilitado y mantenido importantes contactos entre el norte y el sur. Algunas poblaciones de Jutlandia habían intervenido en la conquista de la Britania romana por parte de los anglosajones, y parece que la dinastía reinante en East Anglia tenía ciertos contactos con Noruega, y algunos hérulos de la zona del Danubio Medio respondieron a la derrota emigrando al norte a comienzos del siglo VI. No obstante, el comercio y las incursiones de saqueo a finales del siglo VIII y comienzos del IX llevaron a muchos escandinavos a entablar unas relaciones mucho más íntimas con los habitantes de Europa occidental y de la Rusia europea de las que habían reinado hasta entonces, y suministraron los campos activos de información geográfica, económica e incluso política que hicieron posible la colonización.⁵⁹

La necesidad de un conocimiento geográfico es probablemente la más evidente. Sin un largo período previo de ensayo y error, ni siquiera habrían podido existir las instrucciones de navegación terriblemente vagas con las que iniciábamos el capítulo. Todo el eje mar del norte/Atlántico norte tuvo que ser abierto por navegantes intrépidos que dieron el salto inicial desde Noruega hasta las Orcadas, y desde allí se abrieron paso rodeando las costas del norte de las Islas Británicas hasta salir al Atlántico y abrir rutas hacia las Feroe, Islandia, Groenlandia y finalmente incluso América del norte. Es posible incluso que los irlandeses tuvieran ya conocimiento de las Feroe e Islandia, circunstancia que tal vez provocara el interés de los escandinavos por el Atlántico, pero la noticia de que los primeros nórdicos encontraron a unos monjes irlandeses establecidos ya en Islandia no se ha visto confirmada nunca por la arqueología.⁶⁰ Un desafío tal vez menor, pero no menos importante, supone el hecho de que otros escandinavos se dedicaran a explorar al mismo tiempo los sistemas fluviales de Gran Bretaña, Irlanda y el continente. Resulta fácil darlo por descontado, pero antes de que los saqueadores nórdicos pudieran remontar los ríos y llevar sus barcos a los lagos de Irlanda, subir por el Trent para saquear Repton, la capital del reino de Mercia, o abrirse paso por el Sena hasta las riquezas de Saint Germain y París, habrían tenido que acumular muchos conocimientos detallados.

También los sistemas fluviales de Rusia requirieron muchísima ejercitación. Parece que a mediados del siglo VIII lo único que hicieron los nórdicos fue remontar los ríos que desembocan en el Báltico en busca de más franjas de bosque que produjeran pieles. Supuso un gran salto pasar de ahí a investigar a dónde llevaban los afluentes, qué otros contactos podían establecerse, y cómo se llegaba finalmente a Bagdad. Había que evitar los rápidos, había que localizar los bajíos y los bancos de arena, y organizar los porteos entre las cabeceras de los distintos sistemas fluviales. Todo ello requería una gran dosis de información y de organización, por no hablar del cambio de barcos. En todo el Ladoga era preciso cambiar las naves aptas para surcar el océano por embarcaciones fluviales. Y los testimonios arqueológicos han dejado patente que algunos de los habitantes de la zona se ganaban la vida subviniendo a estas necesidades. En otros lugares, el problema más grave era organizar la mano de obra para los porteos. Aunque

la exigencia de que la población de Smolensk pagara sus tributos a los reyes medievales de Rusia en labores de porteo aparece sólo en un fuero de 1150, se trata del más antiguo que se conserva en la zona y quizá refleje una usanza bien establecida. Si nos detenemos a pensar cuánta información era preciso acumular, el lapso de tiempo de más de dos generaciones transcurrido entre el establecimiento de Staraia Ladoga para atender a los mercados occidentales y los primeros testimonios de contactos con los musulmanes del sur resulta perfectamente comprensible. La gran cantidad de conocimientos geográficos pormenorizados que los navegantes escandinavos tuvieron que adquirir en todas las zonas geográficas en las que operaron se ve reflejada en los textos geográficos de la Escandinavia medieval. Están llenos de noticias derivadas de los autores clásicos y de la Biblia, como cabría esperar de una tradición erudita perpetuada por los monjes, pero combinadas con informaciones concretas y detalladas que reflejan la inteligencia práctica acumulada durante siglos de travesías.⁶¹

También eran fundamentales las informaciones de carácter económico. Sin un conocimiento detallado de los mercados y de la demanda casi ilimitada de los productos de los bosques del norte que representaba el mundo musulmán, el comercio por los sistemas fluviales de Rusia no habría cobrado importancia nunca. Un tipo totalmente distinto de información económica sería el que no tardaron en conocer los saqueadores occidentales, a saber, que los monasterios y abadías cristianas eran centros ricos en metales preciosos y a veces también, especialmente en Irlanda, de valiosos seres humanos. También básicamente de carácter económico fue la apreciación cada vez mayor del valor de los recursos agrícolas de las distintas zonas que condujo más directamente a los ulteriores procesos de colonización.

Asimismo los conocimientos de índole política eran primordiales, sobre todo para la colonización. Dado que los emigrantes escandinavos pretendían establecerse como terratenientes relativamente ricos y socialmente hegemónicos, tenían que conocer las estructuras sociopolíticas existentes en los puntos de destino que habían elegido. Antes de zarpar, tenían que estar seguros de que iban a poder quitar de en medio a la elite ya existente, por su cuenta o con la ayuda de un pequeño séquito de clientes, como ocurrió en las islas del norte y el oeste de Gran Bretaña. O eso, o tuvieron que decidir

cuánta fuerza hacía falta para obtener un resultado parecido en zonas con mayor cohesión social y política, como la Inglaterra anglosajona o el norte de Francia, y reunir suficientes contingentes militares para ello. No está claro si ésta fue su intención desde el principio o no, pero un detalle trascendental acerca de los Grandes Ejércitos es que fueron lo bastante grandes para acabar con las capacidades militares y políticas de los reinos anglosajones que se habían marcado como objetivo. Y si no hubieran acabado con ellas, no habría podido producirse la redistribución de las fincas. A veces es evidente también un conocimiento político de un tipo más concreto. Sería totalmente inverosímil suponer que, tras concentrarse en East Anglia, el Gran Ejército se dirigiera luego a Northumbria por pura casualidad. Habría podido elegir cualquier dirección —excepto hacia el este, pues habría ido derecho al agua—, pero lo cierto es que marchó hacia el norte. Y Northumbria se hallaba inmersa en una guerra civil. De modo parecido, el ir y venir de las fuerzas vikingas en las décadas inmediatamente anteriores y posteriores al año 900 entre Inglaterra e Irlanda por un lado y el continente por otro, según se les abrieran o se les cerraran las oportunidades, refleja las consecuencias de una información más concreta.

Naturalmente hemos encontrado la necesidad de campos activos de información en todas las oleadas de migración del primer milenio. Los que se produjeron en la época de los vikingos fueron más complicados y tardaron más tiempo en acumularse que algunos otros debido a las enormes distancias y la gran variedad de lugares que abarcaron. Hay más de cinco mil kilómetros desde Reykiavik hasta Bagdad incluso en línea recta, con gran cantidad de aguas peligrosas, costas y bancos de arena. Por esa misma razón la diáspora vikinga supuso problemas más complejos de logística que cualquiera de los flujos migratorios que hemos encontrado hasta ahora.⁶²

Aparte de la insistencia que habitualmente se hace en la generación de riqueza —o quizá deberíamos decir acumulación de riqueza, pues lo que es generar, no se generaba mucha riqueza saqueando monasterios—, el otro elemento unificador de la diáspora vikinga es que todas sus múltiples y variadas actividades fueron realizadas por vía marítima o fluvial. El comercio, el saqueo, incluso la colonización: todo ello se basó en la explotación del mar y de los sistemas fluviales. El acceso al correspondiente

modo de transporte —las naves— tendría, por tanto, una importancia crucial y las naves no eran baratas. Sólo con la aparición del transatlántico —y particularmente de la espaciosa tercera clase— a finales del siglo XIX sería posible transportar a ultramar a grandes cantidades de personas a un coste relativamente bajo. Antes, las travesías por mar eran demasiado caras para hacer de la migración en masa por vía acuática una posibilidad práctica para los pobres, a menos que los estados decidieran suministrar medios de transporte subvencionados por los motivos que fueran, ya fueran pasajes gratuitos para los trabajadores que se necesitaban en las colonias, o flotas de convictos con destino a Botany Bay. Los pocos testimonios que poseemos ponen de relieve los costes de la navegación en la época vikinga. Fue por esta razón, como indican las sagas y otros textos islandeses, por lo que la colonización del Atlántico norte fue capitaneada por aristócratas, aunque pertenecientes a una nobleza relativamente menor. Sólo ellos podían permitirse el lujo de poseer los barcos necesarios, aunque se llevaran consigo a sus clientes menos acomodados para que les suministraran la mano de obra militar necesaria para someter a pictos y escotos, o para descuajar las tierras y montar explotaciones agrícolas en las Feroe y en Islandia. Los reyes que llegaron después a aguas occidentales presumiblemente armaron, en parte, sus flotas y contrataron a individuos que ya tenían sus propios medios de transporte. Cuando un ex rey de los suecos regresó para reinstalarse en Birka, por ejemplo, llegó con once naves de su propiedad y otras veintiuna arrendadas. Prestar servicio en el séquito de un rey o un *jarl* capaz de permitirse una flota entera habría sido para los más pobres una forma de viajar a ultramar, y presumiblemente representara la senda hacia el triunfo final que tomaron muchos *sokemen* del Danelaw.

Una vía alternativa para los menos acaudalados, pero que poseían *un poco* de riqueza, era comprar una participación en un barco. Una runa de Aarhus conmemora a un tal Asser Saxe, que poseía una participación en la propiedad de un mercante. La misma lápida recuerda asimismo que era socio —miembro de la compañía de un barco de guerra— y es posible también que algunas embarcaciones fueran armadas en comandita. Una fuente franca hace referencia a unas compañías vikingas que pasaron el invierno de 861-862 en el Sena llamándolas «cofradías», *sodalitates*. Esta fascinante palabra quizá

indique que cada barco representaba una pequeña compañía de saqueadores poseída en común. Una conclusión semejante nos la sugieren las runas procedentes del sur de Suecia que conmemoran a los que no regresaron de la expedición de Ingvar a Rusia. El hecho de que sus familias —presumiblemente— pudieran permitirse el lujo de erigir las lápidas indica una vez más que no pertenecían al estrato más pobre de la sociedad.⁶³

El acceso a la navegación, pues, era el problema fundamental de logística, aunque los barcos requeridos no fueran todos iguales. Hay un famoso pasaje de la *Saga de Egil* que se cita a menudo. Recuerda que Egil unas veces salía a comerciar y otras a saquear. El Asser Saxe de las runas confirma que el fondo de esta noticia, pese a venir de una fuente totalmente postvikinga, no es del todo inconcebible, e incluso los mercaderes iban armados. En su primera visita a Dinamarca, san Ansgario realizó el viaje en compañía de unos mercaderes capaces de combatir durante todo el día cuando sufrieron el ataque de unos piratas. Pero cada actividad —comerciar y saquear— requería un tipo distinto de embarcación (de ahí quizá que la runa señale que Asser Saxe tenía interés en ambas). Las naves de guerra llevaban más hombres con capacidad para remar y para combatir, y tenían un calado menor para poder internarse más por los sistemas fluviales. Los barcos mercantes tenían más eslora para poder transportar más mercancías. Además, en algunos puntos había que dejar los barcos en plena travesía y cambiarlos por barcazas fluviales. Como hemos visto, en Rusia los eslavos proporcionaron las barcas —*monoxyla*, palabra que indica que estaban hechas de un solo tronco de árbol— usadas en el Dniéper.⁶⁴

La migración escandinava de la época vikinga se vio, pues, enormemente condicionada por los problemas logísticos que comportaba. Simplemente los costes son un factor importante a la hora de explicar por qué las unidades migratorias implicadas fueron más pequeñas que muchas de las que participaron en la llamada *Völkerwanderung*. El viaje en barco quizá fuera más rápido que el viaje a pie, pero resultaba también mucho más caro, y parece muy improbable que los escandinavos pobres pudieran permitirse el lujo de aprovechar cualquiera de aquellas nuevas oportunidades, tan emocionantes como lucrativas. Ése es, a mi juicio, otro motivo para no creer en una migración a gran escala de campesinos escandinavos al Danelaw a

raíz de la colonización de la época del Gran Ejército. ¿Por qué iba a haberse molestado nadie en pagarles el coste del transporte, cuando había ya abundante mano de obra anglosajona completamente sometida a la que recurrir gratuitamente? Esta consideración quizá sea relevante también cuando pensamos en la cantidad de mujeres y de dependientes que habrían acompañado a los guerreros a Occidente. Como hemos visto, los testimonios explícitos no son muy buenos, pero, una vez más, si había mujeres a las que echar mano en la zona, los costes del transporte habrían sido quizá un factor que redujera el número de mujeres escandinavas que participaron en la acción.

Hay además un hecho importantísimo que debemos reconocer acerca de la tecnología naval que comportó la diáspora vikinga. En el año 800 d. C. hacía ya varios siglos que existía una tecnología de navegación marítima en el Mediterráneo e incluso en el Canal de la Mancha y en el mar del norte. Pero mientras que los barcos aptos para la navegación costera, de diseño sumamente práctico, llevaban largo tiempo siendo usados en la región del Báltico, las naves aptas para la navegación de altura constituían en esa misma zona un fenómeno nuevo al comienzo de la época vikinga. Típico del transporte por vía acuática en el Báltico durante el Bajo Imperio es el famoso barco de Nydam. Construido en 310-320 d. C., era esencialmente una canoa de guerra movida por catorce pares de remos. Había sido sacrificado ritualmente junto con el equipo de saqueadores que lo tripulaba y fue encontrado a mediados del siglo XIX en el mismo tipo de depósito pantanoso que nos ha proporcionado tanta información acerca de los grupos militares (véase capítulo 2). Su existencia es un indicio probablemente de que sus propietarios realizaron una incursión de saqueo más de las debidas. Pero para lo que a nosotros nos interesa lo importante es que se trata de una embarcación para la navegación costera. Al carecer de velas, su radio de acción era muy limitado, y el diseño de su casco no la habría hecho muy manejable en alta mar. Además, hasta el siglo VIII no cambió nada. La arqueología marina no ha sacado a la luz restos de barcos escandinavos aptos para la navegación en alta mar naufragados antes de c. 700. Una segunda fuente confirma este punto. Entre otros tesoros, la isla de Gotland alberga una

serie de piedras historiadas, algunas de las cuales representan escenas de navegación en el Báltico. Ninguna piedra fechada antes del siglo VIII representa barcos de vela.

Es imposible tener seguridad de la cronología exacta, pero a partir aproximadamente del año 700 todo esto cambió. Las imágenes, fabulosos enterramientos ocasionales como el barco de Gokstad, así como las embarcaciones naufragadas, entre otras las cinco naves de Skuldelev que, cuando se rompieron por el uso, fueron utilizadas para bloquear una de las entradas al fiordo de Roskilde, documentan la importantísima revolución que experimentó la tecnología naval. El nuevo diseño tenía dos elementos básicos. En primer lugar, el casco era lo bastante fuerte para navegar por alta mar. La tablazón de tingladillo se combinaba con una quilla central de una sola pieza y una proa y una popa elevada para crear un casco con suficiente obra muerta, y lo bastante fuerte y flexible para surcar las olas sin hundirse ni hacerse añicos. Como modernos rascacielos capaces de balancearse hasta seis metros de un lado a otro cuando hacía mucho viento, la flexibilidad significaba supervivencia, mientras que un casco rígido se habría partido en dos. En segundo lugar, apareció la tecnología de la navegación a vela. Esto suponía conocer no sólo las velas, saber fabricarlas y usarlas para virar contra el viento, sino también conocer los palos y la forma de fijarlos al casco. A comienzos del siglo VIII todo esto ya se había desarrollado, y los barcos de altura superaban a las canoas de guerra aptas sólo para la navegación costera. Toda la diáspora escandinava habría sido imposible sin esta revolución tecnológica, y empezó a desarrollarse menos de un siglo antes de que los primeros saqueadores vikingos aparecieran en aguas occidentales.⁶⁵

Esta observación nos permite empezar a responder a algunas cuestiones fundamentales acerca de lo que realmente desencadenó el flujo de migración escandinava a finales del primer milenio. En un sentido muy concreto, la época vikinga empezó cuando lo hizo, y no antes, porque el desarrollo de la tecnología naval en el Báltico lo permitió. Pero eso es sólo responder a la cuestión a medias. ¿Por qué esa tecnología, disponible ya no lejos de allí desde hacía siglos, no fue importada al Báltico hasta más o menos el año 700?

No tenemos a nuestro alcance el diario de ningún carpintero de navío, pero una serie de testimonios generales nos permite hacer una conjetura bastante aproximada de lo que ocurrió. La caída del Imperio Romano de Occidente en el siglo V supuso una gran alteración de las inveteradas estructuras del comercio internacional en el norte de Europa. Pero en el siglo VII, los flujos comerciales eran de nuevo lo bastante fuertes para que los reyes establecieran centros comerciales. El trato era bastante sencillo. El rey garantizaba la protección de todas las actividades mercantiles que se desarrollaran en el mercado que él hubiera establecido, y a cambio cobraba a los mercaderes una comisión en forma de derechos de portazgo y de aduana. Un conjunto de testimonios arqueológicos cada vez más numeroso ha empezado a documentar la revolución que se produjo a continuación, cuando empezó a surgir un centro comercial tras otro —en la bibliografía especializada suelen recibir el nombre latino de *emporia*, en español emporios—, a lo largo del Canal de la Mancha y de las costas del mar del norte. El primero que ha sido excavado es el de Dorestad, cuya existencia se conocía ya por sus monedas, escondido río arriba, no lejos de la desembocadura del Rin (mapa 20). La madera cortada para la construcción de sus muelles demuestra que estaba desarrollando ya su actividad en 650 d. C. Era uno más entre los numerosos centros comerciales de importancia que había en la costa septentrional del continente: Quentovic, no lejos de la actual Boulogne, por ejemplo, o el emporio de la isla holandesa de Walcheren. Al otro lado del Canal, Hamwih —la antigua Southampton— empezó a operar un poquito después que Dorestad, hacia 675; y ha sido identificado Londonwic, el puerto comercial de la antigua ciudad romana de Londres durante el período sajón medio, situado a lo largo del Támesis, tras la línea de lo que hoy día es el Strand. La nueva red comercial empezó a funcionar en la zona del Canal de la Mancha/mar del norte, pero rápidamente se extendió a Jutlandia y luego hacia el Báltico. Ribe, emporio situado en la costa oeste de Jutlandia, estaba en funcionamiento en torno al año 700, y durante todo el siglo VIII abrieron otros mercados alrededor del Báltico: Birka y Reric en fecha bastante temprana, y Hedeby un poco después. Fue precisamente también para subvenir a la creciente demanda de la Europa occidental representada por esta cadena de emporios por lo que se fundó Staraja

Ladoga.⁶⁶

Es posible que la cronología sea pura coincidencia, pero lo dudo mucho. Los seres humanos suelen dar saltos tecnológicos cuando hay alguna motivación clara para que los den. Es sumamente verosímil que los escandinavos desarrollaran la tecnología naval de altura precisamente para hacerse con una parte de la nueva riqueza que estaba generando la pujante red comercial del norte de Europa. La cronología funciona y la motivación también.

Los textos sugieren que ese tráfico se hallaba dominado originalmente en gran parte por mercaderes frisios, pero a la larga éstos lo perderían en beneficio de sus rivales escandinavos. Y en cualquier sistema comercial son siempre los intermediarios, no los productores primarios, los que ganan más dinero. El cambio comenzó a producirse en el siglo VIII, cuando los mercaderes escandinavos empezaron a tener barcos que les permitirían traficar realmente con mercancías, no actuar simplemente como proveedores de materias primas para otros. Este hecho marcó el comienzo de una importante reorientación de los patrones comerciales. Los saqueadores y mercaderes nórdicos de la época vikinga no sólo tomaron el comercio en sus manos, sino que además lo reorientaron a través de los centros que tenían bajo su control. El saqueo de los viejos emporios era un juego entretenidísimo para cualquier vikingo que se preciara, y en el siglo X, los únicos que seguían en funcionamiento, Rouen, York y Dublín entre otros, se hallaban bajo el dominio de los escandinavos. Es imposible demostrar si existió o no un plan deliberado de eliminar la competencia representada por los centros comerciales no vikingos, pero el resultado no puede ser más elocuente.⁶⁷ toda la diáspora vikinga de los siglos IX y X debe ser considerada una consecuencia de la red de emporios de los siglos VII y VIII. El poderoso estímulo que suponía la nueva riqueza que corría por las aguas del norte hizo que los armadores escandinavos ampliaran sus habilidades de modo espectacular, y acabaría atrayendo a los mercaderes y aventureros escandinavos más allá de las aguas litorales del Báltico.

MIGRACIÓN Y DESARROLLO

De momento, aumentan los testimonios a favor de las motivaciones de carácter «positivo» —esto es, económicas— de las diversas actividades que conllevó la diáspora vikinga, ya fueran el comercio, el pillaje, o la colonización. En este sentido, el elemento migratorio que comportó se adecua al modelo clásico según el cual las grandes diferencias de riqueza funcionan como uno de los motores principales de los desplazamientos humanos. Naturalmente el término «positivo» pertenece a la jerga propia de los modernos estudios acerca de la migración, y afecta a la perspectiva de los propios vikingos, de los que ganaron más dinero. Muy distinto habría sido el punto de vista de los que se vieran desposeídos de sus tierras, de los que sufrieran los saqueos, o fueran separados de los suyos y se vieran arrastrados a una vida miserable de esclavitud. Pero incluso desde la perspectiva de los escandinavos que participaron en ellas, tras algunas de esas actividades habría habido una motivación más negativa, de carácter político, que a menudo —como sucede en los flujos migratorios modernos— suele actuar simultáneamente y en concomitancia con los factores positivos.

Un caso importante en este sentido es la colonización de Islandia. Como hemos visto, los primeros relatos islandeses insisten en que los colonos llegaron a la isla desde aproximadamente 870 para escapar del poder político cada vez mayor de la monarquía noruega. La culpa probablemente la tuviera el condado de More, en las Orcadas, pero en cualquier caso podemos creer a los textos islandeses cuando hablan de un elemento político de carácter negativo como causa de la colonización. Hay buenas razones para pensar que esas motivaciones políticas actuaron efectivamente de manera mucho más general durante la época vikinga, al menos desde aproximadamente 850. En un artículo que se ha hecho famoso con razón, Patrick Wormald sugería hace unos años que el éxodo armado desde Escandinavia, que constituye un rasgo tan característico del período, fue un signo de la notable crisis política que experimentó la región. Los testimonios a favor de esta teoría son muy contundentes. Sus orígenes son bastante oscuros, a pesar de los progresos realizados en los últimos años, pero en el sur de Jutlandia y algunas de las islas adyacentes había surgido una poderosa monarquía «danesa» hacia el año 700 d. C. Desde mediados del siglo VIII tenía suficiente autoridad para emprender grandes obras públicas, erigiendo un foso enorme y un terraplén a

lo largo de su frontera sur —el Danevirke— y abriendo un canal a través de la isla de Samsø. En textos carolingios de *c.* 800 encontramos a uno de sus reyes, Godofredo, capaz de reunir cientos de naves y miles de guerreros y de recolocar —quisieran o no— a los mercaderes de los territorios eslavos vecinos en su nuevo emporio de Hedeby, probablemente porque deseaba cobrarles derechos de aduana.

Sería un error hacer excesivo hincapié en el grado de estabilidad política del que disfrutó este estado. El propio Godofredo acabó siendo asesinado, y los anales francos de la primera mitad del siglo IX permiten reconstruir en parte su posterior historia, por lo demás bastante inestable, pues o bien los miembros de dos ramas distintas de la misma dinastía, o bien de dos dinastías diferentes, se pelearon por hacerse con el control. A mediados del siglo IX, sin embargo, estalló una violencia muy por encima de lo normal. En su segunda visita a Escandinavia, el misionero san Ansgario se encontró que ocupaba el trono el rey Horic II, y que todos los demás individuos con los que había establecido contacto anteriormente en la corte habían muerto, y desde *c.* 850 a 950 no hay ni un solo indicio de que hubiera una monarquía danesa unificada. A veces se ha sostenido que se trata de una ilusión creada por el silencio de las fuentes francas, pero el problema va más allá. La primera figura realmente poderosa que vuelve a aparecer en Jutlandia y las islas es Harald Blåtand, de la dinastía de Jelling, a mediados del siglo X. Y entre sus famosos monumentos hay una runa en la que afirma que su gran hazaña política consistió en unir los territorios bajo su dominio. No veo razón alguna para no creer en sus palabras, pues semejante afirmación encaja perfectamente con los demás testimonios. Tras casi un siglo de actividad estupendamente documentada, entre *c.* 750 y 850, la monarquía danesa centralizada se vino abajo. Como señalaba Patrick Wormald, esta fragmentación coincidió de manera bastante exacta con la impetuosa salida de Escandinavia —hacia el este y hacia el oeste— de los caudillos de rango más elevado y de sus séquitos de clientes. Fue este último fenómeno, como hemos visto, el que dio lugar a la época de los Grandes Ejércitos, y no puede ser una coincidencia que se produjera cuando las estructuras políticas internas se vinieron abajo.⁶⁸

Como hemos visto con todos los demás flujos migratorios del primer milenio, las estructuras políticas internas afectaron a la acción. El desarrollo es un concepto genérico que tiene que ver tanto con la política como con la economía. Los mayores niveles de riqueza, o las oportunidades de alcanzarlos, atrajeron a los nórdicos y los hicieron salir del Báltico, pero el carácter de las estructuras políticas existentes en los lugares en los que se encontraba esa riqueza dictó los medios y los mecanismos a través de los cuales las poblaciones escandinavas lograron acceder a ella. Como hemos visto, las estructuras políticas locales determinaron rígidamente la magnitud de las unidades migratorias nórdicas. Cuando eran menores, los colonos no tenían que llegar en grupos compactos, tanto si hablamos de las islas del norte y del oeste de Gran Bretaña como si hablamos del Atlántico norte. Lo mismo cabría decir incluso de Rusia, si es que también allí se produjo algún tipo de apropiación de tierras. Cuando las estructuras políticas eran mayores y más fuertes, en cambio, los escandinavos tuvieron que recurrir a medios menos directos para acceder a la riqueza, ya fuera comerciando con el mundo islámico en vez de enfrentarse directamente a él, o desarrollando una relación más simbiótica con los reyes de Irlanda. Alternativamente, podían llegar en número suficiente para ganar las batallas que tuvieran que librar, como hicieron indudablemente en la época de los Grandes Ejércitos en Inglaterra y en el norte de Francia. Aquí, la colonización en los términos que interesaban a los vikingos exigió la destrucción previa de las estructuras políticas locales, y los Grandes Ejércitos proporcionaron el vehículo adecuado para ello. También otros factores políticos a más corto plazo influyeron en la forma concreta que adoptó la acción. El Gran Ejército atacó Northumbria en primer lugar porque este reino era víctima de la guerra civil, y durante los treinta años siguientes la acción estuvo yendo y viniendo de una parte a otra del Canal de la Mancha en relación inversamente proporcional a la fuerza de las monarquías francas y anglosajonas según fuera percibida por los nórdicos.

Sin embargo, la migración y el desarrollo político interactuaron en otro terreno más durante la época vikinga. Volviendo a la tesis de Wormald: ¿qué fue exactamente lo que causó la explosiva crisis política en la Escandinavia de mediados del siglo IX? En la actualidad no tenemos ninguna relación de los hechos elaborada por los escandinavos de la época, y los cronistas francos

estaban demasiado ajenos a la acción, de modo que no disponemos de ningún relato detallado que nos ilustre sobre cuál era la situación. Sin embargo, es de todo punto pertinente reflexionar en términos generales acerca de lo que había sucedido en Escandinavia durante aproximadamente los cincuenta años anteriores al asesinato de Horic II. Como hemos visto con relativo detalle, el efecto del período vikingo globalmente considerado, con su vigorosa mezcla de comercio y pillaje, fue una afluencia enorme de riqueza hacia la región procedente de fuentes completamente nuevas: plata musulmana, metales preciosos de Occidente, o las rentas obtenidas con el tráfico de esclavos y pieles en Oriente y en Occidente. Además, esa afluencia de riqueza no estuvo nunca bajo el control directo de la monarquía de Jutlandia. Cuando los carolingios quisieron frenar la piratería, tuvieron que persuadir a los reyes daneses para que actuaran. Y lo que es más importante, la riqueza generada en ultramar se utilizó para promover las ambiciones políticas en el interior. La *Vida de san Ansgario* cuenta el caso sumamente revelador del rey Anoundas, que fue expulsado de Birka, pero que logró después hacer tanto dinero en Occidente que pudo reclutar unas fuerzas suficientes para recuperar el dominio. Una fuente franca nos dice también —de forma bastante crítica— que Reginario, el que saqueó Saint Denis, halló la muerte en la corte de Horic, quizá a instancias de los carolingios. Puede que así fuera, pero quizá Horic tuviera sus propios motivos para acabar con él, y ello nos conduce directamente a la nueva dimensión que me gustaría dar a la tesis original de Wormald.⁶⁹

Yo diría que fue la enorme afluencia de riqueza que llegó a Escandinavia a raíz de los primeros cincuenta años de diáspora vikinga lo que realmente provocó la crisis política que acabó con la monarquía danesa y dio lugar a que tantos caudillos escandinavos de alto rango se dirigieran a Occidente. Como demuestra la anécdota de Anoundas, en el Báltico del siglo IX la riqueza significaba de un modo muy directo poder. El oro y la plata permitían a cualquiera reclutar y dominar grandes séquitos militares. Sin embargo, la monarquía danesa de c. 800 fue una creación política fundamentalmente anterior a la época vikinga. Aunque no cabe duda de que obtuvo prosperidad extra de las corrientes económicas —entre otras de la red comercial de emporios, como demuestra la fundación de Hedeby por

Godofredo—, no se hizo con el control directo de toda la nueva riqueza llegada al Báltico a raíz de las actividades de los vikingos, ni se convirtió en su principal beneficiaria. Dicha riqueza, que en buena parte acabó en manos de otros, se convirtió en una amenaza directa para la monarquía danesa. Tendría que haber sido la institución más rica de la región para poder contar con la lealtad de suficientes guerreros para mantener su posición. A Horic seguramente le habría encantado algo así y quizá lo tuviera en cuenta cuando decidió atajar las ambiciones de Reginario, pero era tanta la plata y tanto el oro que estaba llegando últimamente que la antigua estructura de poder, basada esencialmente en fuentes de riqueza escandinavas, no pudo sostenerse. Algo parecido podemos ver actualmente en algunos países en vías de desarrollo, donde organizaciones no estatales, especialmente los carteles de la droga, llegan a veces a ganar tanto dinero más del que obtienen las estructuras gubernamentales a través del sistema tributario ordinario, que se convierten en el verdadero poder en todos los territorios afectados o en muchos de ellos.⁷⁰ Es más, había en aquellos momentos tanta riqueza móvil en manos de tanta gente que el principal efecto de la afluencia de riqueza de la época vikinga no pudo ser más que estimular una rivalidad muy significativa entre los líderes escandinavos.

Según esta teoría, fue la afluencia de riqueza lo que aceleró la crisis de la política báltica. Y el éxodo de líderes escandinavos que caracteriza la época de los Grandes Ejércitos se debió a la percepción del hecho de que la rivalidad en sus países de origen era en aquellos momentos tanta que las perspectivas de hacer una carrera larga y próspera eran mucho mayores en el extranjero. Había muchos candidatos a ser como Horic, todos ellos tan capaces de costearse el apoyo de gentes de armas que el atractivo de intentar reinar en Jutlandia y las islas disminuyó enseguida. Así pues, las motivaciones políticas, de carácter más negativo, no sólo tuvieron que ver con la colonización de Islandia, sino que puede afirmarse con razón que toda la época de los Grandes Ejércitos fue fruto de una fascinante interconexión de motivos económicos y políticos, de migración y desarrollo. Desde luego los caudillos de rango más elevado llegaron a Occidente en busca de riquezas, pero uno de los motivos de que se mostraran más inclinados a quedarse allí que a volver a Escandinavia —tendencia documentada en los asentamientos

del Danelaw y del norte de Francia— fue que la rivalidad política en Escandinavia era tan intensa que resultaba relativamente atractivo construirse un nicho en cualquier rincón de Europa occidental (o incluso del norte de Rusia).

La diáspora escandinava de la época vikinga nos muestra una vez más la migración y el desarrollo como dos temas del primer milenio profundamente relacionados entre sí, en este caso desarrollándose de manera bastante diferente de algunos de los patrones que hemos observado en contextos anteriores. Aunque no completamente aislado del resto de Europa, el Báltico había sido una especie de rincón atrasado hasta finales del siglo VIII, cuando empezó a verse atraído a las nuevas redes comerciales del norte de Europa, en un principio, al parecer, como fuente de materias primas muy apreciadas. Pero las poblaciones escandinavas no tardarían en interesarse por las oportunidades más generales que se les abrían, y la nueva tecnología marítima que desarrollaron les permitió aprovecharlas más directamente y, como efecto colateral, incorporar nuevos mercados en el mundo musulmán. Además, la intensificación de los lazos comerciales con Occidente trajo consigo una apreciación de todas las nuevas vías que se les abrían para ganar dinero también en esa parte del mundo, y de ese modo se puso en marcha el período vikingo propiamente dicho, con su característica combinación de comercio, saqueo y colonización.

Como hemos visto en muchos otros casos, la causa fundamental de las diásporas humanas de la época vikinga fue un desequilibrio básico en la distribución de la riqueza, y la migración en busca de esa riqueza fue una parte y un elemento más de la respuesta general a las desigualdades originales.

En esta época, sin embargo, la recolocación directa de grandes grupos de población mixta en las regiones más prósperas fue una respuesta menos marcada de lo que hemos visto en otras situaciones análogas, en las que grupos de la periferia externa del Imperio Romano emigraron en momentos distintos a la periferia interna, más rica, o desde una y otra periferia al interior del propio Imperio durante la época de los hunos. Durante la diáspora vikinga, al menos en sus primeros momentos, el traslado a Escandinavia de las riquezas obtenidas en el extranjero fue tan habitual como el

desplazamiento directo encaminado a la obtención de dichas riquezas en los lugares en los que se encontraban. Esta diferencia vino determinada por la logística, y es lo que dio a la época vikinga su forma característica.

La diáspora vikinga tuvo que ver sobre todo con las embarcaciones, cuyos costes plantearon considerables limitaciones debido a su magnitud y porque no todos se los podían permitir. Incluso cuando hubo migración, ésta no pudo adoptar la forma de grandes grupos de población mixta, como ocurrió con algunos de los desplazamientos de los siglos IV y V. Como hemos visto, algunos de los grupos de esas épocas anteriores quizá estuvieran integrados por cien mil hombres, mujeres y niños. En los siglos IX y X, los reyes escandinavos transportaron en sus barcos a séquitos de guerreros, aristócratas de menor rango con sus clientes y algunos trabajadores del campo, mientras que los más humildes se asociaron con el fin de comprar barcos para la guerra y/o el comercio. Pero no todo el mundo tenía acceso a los medios de transporte necesarios para participar en la acción, y la distancia —y el agua— impedían llegar a pie.

Una vez dicho todo esto, pues, nos vemos de nuevo ante el tema de las embarcaciones y, aunque impusieran ciertos límites, fueron los barcos los que hicieron posible toda la historia. Ante lo que estamos es ante el pleno desarrollo de una primera fase de la integración europea. Desplazándose por tierra, las poblaciones de comienzos de la Edad Media podían esperar recorrer quizá cuarenta kilómetros al día. Los barcos vikingos, en cambio, podían cubrir cuatro veces esa distancia o más en veinticuatro horas. En términos humanos, pues, el hecho de importar la nueva tecnología de los barcos de altura al Báltico durante el siglo VIII tuvo como consecuencia general poner al resto de Europa cuatro veces más cerca de Escandinavia de lo que lo había estado hasta entonces. Fue el equivalente en plena Época Oscura de construir un aeropuerto en el Báltico o de tender una línea de tren de alta velocidad en la zona. Una vez en funcionamiento el nuevo medio de transporte, los escandinavos no tardaron mucho en darse cuenta de que, comparado con las sociedades que tenían más cerca, era el resto de Europa el que ofrecía unas oportunidades realmente interesantes de adquirir riqueza. Los resultados finales fueron excelentes para los elementos de la población nórdica capaces de sacar provecho de la situación, pero no tanto para los que

se vieron excluidos. Cabría decir que no todas las fases de la integración europea han tenido unos efectos tan positivos como la determinación de impedir una repetición de la Segunda Guerra Mundial, tan evidente a partir de 1945.

Con el desarrollo de la migración nórdica, los modelos culturales de la Europa central y del este adoptaron más o menos la forma que los caracterizaría en el año 1000. Comparada con la época de los romanos, la Europa germánica (o, mejor dicho, dominada por los germánicos) parecía haberse encogido de manera espectacular durante la segunda mitad del milenio, siendo sustituida por una periferia verdaderamente enorme dominada por los eslavos. Sus dimensiones se vieron ligeramente moderadas debido a la expansión nórdica por el oeste de Rusia, pues no hay ni un solo signo de que los inmigrantes escandinavos a esta zona abrigaran el menor deseo de absorber dentro de su cultura a los grupos indígenas eslavos o de cualquier otro origen. Pero si la vigorosa combinación de migración y absorción cultural sustituyó los modelos de la época romana por otros que podríamos calificar de antecedentes más directos de los actuales, la creación de la Europa central y del este tiene otra dimensión que debemos analizar. Hacia el año 1000 esta región no sólo estaba dominada por poblaciones de lengua eslava con algunos elementos nórdicos aquí y allá, sino que además albergaba unas poderosas estructuras cuasi estatales que habían venido a sustituir a las pequeñas sociedades típicas de los tiempos de los romanos. ¿Cuál era la naturaleza de esas nuevas entidades y por qué dominaban ahora grandes extensiones de terreno cuando anteriormente los seres humanos habían tendido a actuar en grupos de apenas unos centenares de individuos?

Capítulo 10

LA PRIMERA UNIÓN EUROPEA

En el invierno de 999, Otón III, titular del Sacro Imperio Romano, abandonó la ciudad de Roma. Otón III era sajón, no romano, y tampoco era particularmente sacro, pero era tal el atractivo de la ciudad imperial que se había desplazado hasta ella con el fin de afirmar su importancia y utilizar su prestigio religioso para celebrar un sínodo en el que pretendía humillar a un arzobispo que había venido causándole problemas de vez en cuando. Hasta ahí, se trataba de una situación más o menos normal (para un emperador). Lo sorprendente, sin embargo, y el punto en el que las actividades de Otón III coinciden con el tema central del presente libro es el lugar al que se dirigió a continuación. Entre las actividades que habitualmente realizaba un emperador en invierno podían estar la caza, o el desplazamiento a algún lugar agradable para presidir un sínodo o un concilio, y/o celebrar alguna de las principales fiestas cristianas con sus grandes hombres, eclesiásticos o laicos. Pero Otón no hizo nada de eso. El emperador había oído hablar de los milagros obrados en la tumba de un mártir cristiano muerto recientemente, el obispo y misionero Adalberto, y había decidido visitar su santuario. ¿Pues qué tenía aquello de extraordinario?, pensará el lector. Todos los emperadores del primer milenio, romanos o no, creían que habían sido nombrados por Dios y tenían un interés personal en todas las manifestaciones del poder divino. Pero ahí es donde la cosa se vuelve interesante.

Antes de emprender el breve y funesto viaje como misionero que lo condujo a la muerte, Adalberto había sido obispo de Praga, en Bohemia. Otón, sin embargo, no viajó a Praga, ni siquiera a Bohemia, sino a Polonia. Allí el último representante de la dinastía reinante de los Piastas, Boleslao Chrobry («el Bravo»), había pagado un rescate por el cuerpo de Adalberto y

había construido para él un magnífico sepulcro en Gniezno. Podemos recuperar el relato de lo que sucedió después en las palabras de un cronista de la época, el obispo Tietmaro de Merseburgo:

[Otón] fue conducido a la iglesia donde, vertiendo abundantes lágrimas, se sintió movido a pedir la gracia del mártir de Cristo. Sin dilación, fundó allí un arzobispado ... confió la nueva sede a Radim, hermano del mártir, y supeditó a él al obispo Reinbern de Kolberg, al obispo Popón de Cracovia, y al obispo Juan de Breslavia ... Y con gran solemnidad colocó reliquias sagradas en el altar allí instalado. Una vez arreglados todos los asuntos, el duque [de Polonia] honró a Otón con ricos presentes y, lo que le resultó aún más agradable, trescientos guerreros armados. Cuando el emperador se marchó, Boleslao y un séquito de hombres ilustres lo acompañó a Magdeburgo, donde celebraron el Domingo de Ramos con grandes festejos.¹

Para lo que a nosotros nos interesa, lo significativo es el telón de fondo de la regia jornada del emperador Otón.

A comienzos del primer milenio, Polonia y Bohemia habían estado dominadas por poblaciones de lengua germánica, y su modelo básico de vida consistía en conglomerados de cabañas de madera —unas más grandes, otras más pequeñas— agrupados en medio de un paisaje predominantemente boscoso. A finales del primer milenio todavía quedaban muchísimos árboles, pero las dinastías de los Premyslidas y los Piastas reinantes en Bohemia y Polonia eran de lengua eslava. Las cabañas de madera habían sido sustituidas por castillos, catedrales y caballeros armados, elementos que, como veremos enseguida, se habían convertido en complementos del poder en toda la Europa central y del este. No sólo eso: las regiones centrales de Polonia se habían convertido en destino digno de los viajes de un emperador, y en emplazamiento adecuado de una diócesis independiente de la Iglesia católica, con su arzobispo y todo. No podía haber símbolo mejor, por si no bastara con una visita imperial, de que Polonia acababa de ser admitida en el club de los estados cristianos de Europa.

Y no sólo Polonia. Como hemos visto, también Praga tenía obispo y aunque Bohemia todavía no contaba con arzobispado, también tenía su buena cuota de castillos, catedrales y caballeros. La dinastía de los Premyslidas se había convertido definitivamente al cristianismo ni más ni menos que en la persona del Buen Rey Wenceslao —o quizá sólo Wenceslao, pues estamos hablando de su encarnación histórica— en la década de 920. Posteriormente otros miembros de la dinastía habían ido ganando y perdiendo sucesivamente

el favor de los emperadores otonianos, pero lo mismo cabría decir de los reyes de Polonia, detalle que no altera el hecho de que estos dos linajes reales eslavos eran claramente miembros del club. La primera entidad eslava que exigió el reconocimiento de este nivel superior —y la primera en ver satisfecha esa exigencia— había sido la «Gran» Moravia, surgida como consecuencia del hundimiento del antiguo imperio ávaro a mediados del siglo IX. Fue el primer estado eslavo en convertirse al cristianismo, recibiendo en la década de 860 a los famosos misioneros y santos bizantinos Cirilo y Metodio, responsables de la primera modalidad escrita de lengua eslava, creada para traducir textos cristianos fundamentales para uso de los nuevos conversos.²

También en Escandinavia, tras el caótico siglo de los vikingos, las cosas habían empezado a seguir un rumbo parecido. Desde mediados del siglo X, empezó a surgir una poderosa estructura estatal, centrada en Jutlandia y en las islas danesas y dominada por los correspondientes miembros de la dinastía de Jelling, así llamada por el lugar del que era originaria. Este linaje, pagano en un principio, se convirtió al cristianismo en la persona de Harald Blåtand, y sus sucesores, aunque siguieron teniendo una mayor vocación marinera que sus homólogos eslavos del continente, no tardaron en erigir también castillos y catedrales, y, al igual que los eslavos, unas veces estaban a malas con los diferentes titulares del Sacro Imperio y otras recibían sus favores, pues en general formaban parte de la misma órbita diplomática y cultural.³

Además, como veíamos en el capítulo anterior, la expansión escandinava se había desarrollado tanto hacia Occidente como hacia Oriente, y una de sus principales consecuencias en este último sentido fue la aparición del estado de los rus, dominado por la dinastía Ruríkida, con base en Kiev. Esta dinastía continuó fiel a su paganismo ancestral un poco más que sus homólogas occidentales y, en un reflejo de las peculiaridades de sus orígenes, tardó un poco más en levantar castillos y catedrales. Pero no tanto: el príncipe Vladimir convirtió definitivamente a su estado al cristianismo a finales de la década de 980, y poco después, en el año 1000, construyó en Kiev la famosa Iglesia de los Diezmos o de la Dormición, dedicada a la Madre de Dios. Edificada en ladrillo y piedra, medía veintisiete metros por dieciocho y disponía de tres naves, tres ábsides y una cúpula: la mayor estructura vista hasta entonces tan al este y al norte del paisaje europeo.⁴

Los últimos doscientos años del primer milenio, pues, vieron surgir nuevos poderes políticos, dotados de una estructura notable, por toda la Europa central y del este, en algunos rincones que habían formado parte de las regiones más subdesarrolladas del paisaje de Eurasia occidental. Con su aparición, Europa adoptó en parte la forma que, a grandes rasgos, ha conservado hasta la actualidad: una red de sociedades políticas no del todo distintas y culturalmente interrelacionadas, apiñadas en el extremo occidental del gran continente euroasiático. ¿Pero cuál era exactamente la naturaleza de esas nuevas entidades y cómo nacieron? ¿Cuál era, además, la naturaleza de su relación con los patrones de expansión eslava y escandinava que hemos venido examinando en los dos últimos capítulos? ¿Significan simplemente que acabamos encontrando dinastías eslavas en algunos puntos de la antigua Europa bárbara y dinastías escandinavas en otros, o acaso la migración tuvo un papel fundamental en todo el proceso de formación del estado?

POLÍTICA Y DESARROLLO

Como suele ocurrir en el primer milenio, resulta más fácil plantear preguntas que responderlas, y además por los motivos de siempre, aunque a finales del período la situación, por lo que a las fuentes respecta, refleja una mejoría enorme, comparada con la época de la expansión eslava. El conocimiento de la lectura y la escritura llegó por fin al mundo eslavo, como hemos visto, con la conversión al cristianismo de Moravia a mediados del siglo x. Pero en esta época el eslavo escrito no tenía fines extrareligiosos y por otra parte un siglo antes y un siglo después del año mil incluso el uso del latín y el griego siguió restringido en gran medida al ámbito religioso en los nuevos estados. Hasta comienzos del siglo xii los cronistas de las cortes de las nuevas dinastías no empezaron a generar relatos nacionales del pasado: Cosme de Praga en Bohemia, el Anónimo Galo en Polonia, y la *Primera Crónica Rusa* en la Rusia de Kiev. Estos textos contienen alguna información útil, pero todos ellos tenían, en parte al menos, la finalidad de alabar a sus patronos y a su supuesta audiencia dinástica, y sus recuerdos de los sucesos de los siglos ix y x suelen tender hacia lo mítico.⁵

La necesidad, pues, nos obliga de nuevo con frecuencia a basarnos en textos históricos escritos por extraños: los reinos del oeste y del sur de Europa con los que los nuevos estados no tardaron en entrar en contacto. Este material plantea los habituales problemas de fiabilidad, aunque en realidad éstos son menos graves que los que nos planteaban los escritores romanos. Por lo pronto, tenemos muchísima más información. La revolución que supusieron los vikingos en los medios de transporte bálticos llevó a Escandinavia a entablar unas relaciones mucho más estrechas con la Europa culta, mientras que Moravia, Polonia y Bohemia estaban mucho más cerca de ella. Además, en cualquier caso, en la Europa culta se escribía ahora mucho más gracias a la renovada importancia otorgada al conocimiento de la lectura y la escritura a raíz del renacimiento carolingio del siglo IX. El emperador Carlomagno había realizado denodados esfuerzos por mejorar los niveles de conocimiento de la lectura y la escritura en el marco de su proyecto general de reforma de la Iglesia, y dicho conocimiento fue en aumento tras la caída del imperio carolingio. Si a todo ello añadimos el hecho de que los autores del Islam arábigo nos han transmitido algunas informaciones importantes desde una dirección totalmente distinta, podemos entender enseguida por qué decimos que ahora estamos mejor equipados.⁶

Debemos hacer una segunda puntualización, casi tan importante como la primera. En un plazo bastante corto, todas estas nuevas entidades se convirtieron al cristianismo. Eso no supuso que sus relaciones con la Europa más evolucionada, de la que habían tomado la religión, se desarrollaran en adelante sin conflicto. Nada más lejos de la realidad; pero el hecho de que adoptaran el cristianismo significó que sus habitantes no pudieran ser considerados bárbaros «extraños» ni mirados con la misma actitud implacable que los autores clásicos habían mostrado hacia todos los no romanos. En 1002, poco después de su visita a Polonia, Otón III emprendió otro viaje, esta vez para reunirse con su creador. Muerto sin hijos, fue sucedido por su primo, Enrique II, cuya ascensión al trono inauguró una década de guerras entre el Sacro Imperio Romano y el estado polaco. Muchos de estos sucesos son referidos de modo encantador por el obispo Tietmaro de Merseburgo en su crónica, pero por lo que destaca su relato es porque no demoniza a los polacos, a pesar de la ferocidad de los combates. Que ello se

debe en parte al menos al hecho de que los polacos profesaban la religión cristiana se pone de manifiesto en las críticas de Tietmaro hacia Enrique por emplear como aliados a los eslavos del Elba, todavía paganos, contra los polacos.⁷

Además, los nuevos estados escando-eslavos constituyen otra de las áreas que se han beneficiado enormemente de la bonanza arqueológica soviética de los años de postguerra. En un primer momento, naturalmente, se pusieron en movimiento los programas distorsionadores de rigor, pero era tanta la información disponible que no tardaron en perder toda credibilidad incluso antes de la caída del Muro de Berlín. Y, en términos generales, los años de la época comunista aportaron a este campo del saber una cantidad de información enorme que, de lo contrario, no habría salido a la luz. En resumen, pues, tanto los textos como la arqueología nos proporcionan muchísima información acerca de las nuevas dinastías y las estructuras políticas que establecieron. ¿Qué es lo que nos permite decir todo este material sobre la forma en que funcionaban los nuevos estados?

Estado y periferia

Como sus equivalentes de los confines del Imperio Romano en el siglo IV, estas nuevas entidades no encajan del todo con las concepciones modernas de la palabra «estado». Las entidades políticas, en su mayoría dominadas por germanos, de la zona fronteriza del Imperio Romano habían tenido una capacidad muy limitada de emprender acciones organizadas por una autoridad central. Desde el punto de vista político, eran confederaciones, lo que significa que sus máximos mandatarios debían convivir con otros «reyes», que ostentaban el verdadero poder, aunque habitualmente quizá dentro de una zona concreta, no sobre todo el grupo en conjunto. Tenían también muchas limitaciones por lo que se refiere a la cantidad de recursos —humanos y económicos— que podían reorientar hacia objetivos diseñados por una autoridad central. Los séquitos de clientes de los reyes ascendían sólo a unos pocos centenares de individuos, aunque todos los grupos en conjunto pudieran sacar al campo de batalla fuerzas militares integradas por más de diez mil hombres. Del mismo modo, nos han dejado pocos indicios de su

capacidad de construir y mantener fortificaciones y otro tipo de obras monumentales. Por otro lado, esas entidades tampoco eran particularmente grandes, si bien a quien habría que echar en parte la culpa de que así fuera es a los romanos, aunque el reino de los godos tervingos, más al este, ocupaba una zona considerable, desde el Danubio hasta el Dniéster. A la vista de todas estas consideraciones, las nuevas entidades políticas del norte y el este de Europa a finales del primer milenio eran mucho más imponentes.

Desde el punto de vista geográfico, los nuevos estados de los siglos IX y X eran enormes. El estado de los rus iba de sur a norte desde Kiev hasta Novgorod y de oeste a este desde el Dniéper hasta el Volga. En total, equivalía a un millón de kilómetros cuadrados o casi. Los otros estados eran asimismo mucho más grandes que sus equivalentes tardorromanos. Bohemia era el más moderado, pero su nombre es bastante equívoco, pues el reino abarcaba también casi todo lo que es la actual Eslovaquia (Moravia según la terminología de los siglos IX y X), una zona mucho más grande que la dominada por cualquier estado cliente de los romanos. La dinastía de los Piastas de Polonia, a su vez, gobernó casi siempre las tierras comprendidas entre el Óder y Volinia y Galicia, al otro lado del Vístula, de nuevo un territorio de una extensión inimaginable a mediados del primer milenio. Incluso Dinamarca era mayor de lo que las modernas ideas preconcebidas nos harían pensar. La dinastía de Jelling unió rápidamente Dinamarca y las islas adyacentes más grandes (Öland, Skåne y Sjaelland), pero además hizo sentir su presencia en casi la totalidad de las tierras fértiles del sur de Noruega, particularmente en la zona de los alrededores del fiordo de Oslo y en lo que hoy día es el oeste de Suecia. En consonancia con las mejores tradiciones vikingas y la logística propia del primer milenio, el agua era lo que unía los distintos componentes del reino, dando a Harald Blåtand y a su hijo y a su nieto, Svein y Canuto, una base de poder lo bastante grande desde la cual conquistar el populoso y próspero reino anglosajón en veinte años de guerra, conflicto que se inició a partir de mediados de 990.⁸

La disparidad de los perfiles de estas entidades y de los típicos estados clientes de la época romana resulta más marcada si nos fijamos en su capacidad de gobierno: el tipo de poderes que tenían a su disposición y las instituciones que utilizaron para activarlos. En el terreno de la arqueología, el

legado más sorprendente de estos estados consiste en los castillos. Estas nuevas autoridades políticas fueron capaces de levantar decenas de ellos. Hacia el año 1000, había diseminados por los dominios de la dinastía de los Piastas más de cincuenta. Del mismo modo, los Premyslidas levantaron fuertes bien guarnecidos para controlar las zonas centrales de sus posesiones. En este sentido, las dinastías del siglo X no hicieron más que seguir los pasos de sus antecedentes moravos del siglo IX. Las fortalezas de los Piastas y los Premyslidas fueron construidas en gran parte de madera (por si el término «castillo» hiciera pensar en un monumento anacrónicamente grande, en la línea de las construcciones de Eduardo I en Gales), pero los moravos aprendieron enseguida a hacer edificios de piedra, y por buenas razones. Uno de nuestros cronistas señala la desesperación que sintieron las fuerzas carolingias en 869 cuando de repente se vieron enfrentadas a las «insuperables» fortificaciones —probablemente de piedra— de Rastiz (quizá Stare Mesto, actualmente en la República Checa). En anteriores campañas, habían podido abrirse paso por territorio moravo prendiendo fuego a cualquier obstáculo que encontraran en su camino, pero en adelante no podrían seguir haciéndolo. Los moravos también solieron fortificar las poblaciones con el fin de controlar el país. Su principal centro político, Nitra, estaba rodeado de un anillo de fortificaciones: Devin, Novi Voj, Kolyka y Bratislava.

Del mismo modo, algunas poblaciones de la Rusia de Kiev estaban perfectamente fortificadas, pero en este caso la arqueología nos proporciona un reflejo más sorprendente del poder de los Ruríkidas. A lo largo de más de cien kilómetros al sur y al este de Kiev se encuentran las «Murallas de la Serpiente»: unos muros originalmente de entre tres y medio a cuatro metros de altura, reforzados por un foso exterior de doce metros. Las Murallas de la Serpiente fueron construidas muy a comienzos del siglo XI (de modo que no hacemos trampa si las incluimos en un libro que teóricamente acaba en el año 1000) para contrarrestar la amenaza de los pechenegos, los últimos nómadas que invadieron las estepas vecinas al norte del mar Negro. Y si las nuevas dinastías eslavas fueron grandes expertas en la construcción de castillos, el hábito al menos lo tomaron de los escandinavos. Uno de los hallazgos más interesantes de la arqueología danesa de postguerra fue una serie de centros

de poder fortificados que han podido datarse, gracias a la dendrocronología, en el reinado de Harald Blåtand. Llamadas «fortalezas Trelleborg» por el nombre de la primera que fue excavada, son de tamaño muy diverso, pero todas ellas son hermosos monumentos circulares con una disposición simétrica de grandes salas en su interior. Por lo demás, al ser una entidad cuyos elementos constituyentes estaban unidos más por vías acuáticas que por rutas terrestres, la dinastía reinante de Jelling estaba menos obsesionada por construir castillos. No obstante, la lista de los monumentos de finales del primer milenio subraya de manera notable la capacidad de estos nuevos estados de emprender planes concertados de construcción. Lo más que había podido hacer un estado cliente de los romanos había sido poner una pequeña muralla alrededor de la fortaleza de un rey en lo alto de una colina, como en el caso de los alamanes, o intentar reparar una línea de fortificaciones romanas ya existentes, como en el caso de los tervingos, e incluso una cosa así suponía tensar al máximo la lealtad de grupo hasta casi llegar al punto de ruptura. Tampoco está claro si lo que básicamente eran residencias amuralladas individuales, como las construidas por los alamanes, reflejan el poder público de un estado o de una entidad cuasi estatal —como efectivamente reflejan la regularidad y la cantidad de construcciones de finales del primer milenio—, o simplemente el peso de un personaje particularmente importante.⁹

La capacidad de estos nuevos estados de reunir y mantener tropas fue igualmente impresionante. Y naturalmente debería serlo, pues construir numerosos castillos y no dotarles de las debidas guarniciones habría supuesto un ejercicio realmente absurdo. No tenemos ningún testimonio detallado de Moravia, aunque los esfuerzos concertados de diversos monarcas carolingios por dominar este territorio, junto con su posterior fracaso, constituyen un testimonio bastante elocuente del poder militar en general del primero de los nuevos estados. En el caso de Polonia los testimonios son más concretos. En primer lugar, un geógrafo árabe nos dice que un rey de la dinastía de los Piastas fue capaz de mantener un séquito militar de tres mil caballeros armados, a los que pagaba con sus recursos personales. La cifra quizá sea cuestionable, pero no el carácter de la fuerza en cuestión, pues Boleslao

Chrobry había prometido ayudar al emperador, cuando lo necesitara, con trescientos «hombres armados», según una de las cláusulas del tratado arzobispal del año 1000.

El término fundamental en el original latino es *loricati*, y *lorica* es el término latino que designa la «cota de malla». La hegemonía militar alcanzada por los soldados provistos de un equipo tan costoso —la cota de malla era el elemento más caro del equipo militar de la época— fue un desarrollo revolucionario de finales del primer milenio. El hecho de que el séquito de clientes de los Piastas estuviera equipado de esa forma viene a subrayar que estaban perfectamente al día. Y la promesa de enviar trescientos hombres cuando hiciera falta es compatible con la existencia de un séquito integrado por millares de individuos, como dice Ibn Fadlan, pues a nadie se le habría ocurrido enviar a todas sus tropas a una guerra en el extranjero. Igualmente importante es que ese séquito era sólo una parte de la maquinaria de guerra de los Piastas, basada en las obligaciones militares impuestas de manera más general al menos a ciertas categorías de la población. Una vez más, las fuentes de comienzos del siglo XI no nos proporcionan un resumen completo y detallado de los hechos, pero en las campañas contra el sucesor de Otón, Enrique I, encontramos un ejército de los Piastas, integrado por muchos miles de individuos, que era capaz de operar en divisiones separadas para la consecución de un objetivo común, como sucedió en 1003, cuando vemos la actuación de una fuerza de tres mil hombres que representaba sólo una de las cuatro divisiones polacas dedicadas a la tarea defensiva de contención del poderío imperial de Enrique. Lo que más llama la atención de todo esto son sus costes. Los séquitos germánicos de la época del Bajo Imperio ascendían sólo a unos pocos centenares de individuos, y los indicios que tenemos sugieren que la cota de malla se limitaba por entonces a una pequeña elite. Los Piastas, según se dice, mantenían séquitos diez veces más grandes y eran capaces de suministrar a todos sus integrantes el armamento más moderno. No tenemos documentación de la época que nos diga cómo se allegaba el dinero necesario, pero las medidas utilizadas con posterioridad nos dan una idea de cómo se hacían las cosas. Algunas zonas controladas por los Piastas eran administradas desde el castillo más próximo y, de las rentas obtenidas en ellas, un tercio iba destinado al comandante de la fortaleza,

presumiblemente en parte para mantener a la guarnición, y dos tercios eran para el rey. Tal vez hubiera también otras fuentes de ingresos, quizá más importantes, pero es bastante probable que existiera ya con anterioridad una versión primitiva de este sistema posterior que permitiera a los Piastas mantener a sus fuerzas.¹⁰

Los modelos de poder militar observables en los otros estados son similares. Y tenían que serlo. Los Piastas, los Premyslidas y los Ruríkidas se pelearon regularmente unos con otros y el equilibrio militar cambiaba dependiendo de las circunstancias (por lo general, de qué estado se hallara inmerso en una crisis dinástica), primero en un sentido y luego en otro. El modelo cíclico no habría sido posible si los tres no hubieran sido capaces de desplegar fuerzas militares más o menos iguales en su magnitud y en su naturaleza. En virtud de una de las cláusulas de su tratado con el Imperio Bizantino, los rus de Kiev accedían a enviar al emperador, siempre que éste se lo pidiera, una fuerza militar de varios millares de individuos. La ayuda de los rus fue lo bastante grande para desempeñar un papel primordial en el mantenimiento en el trono del emperador Basilio II frente a una gran sublevación, y de nuevo subraya las dimensiones generales de las fuerzas de los rus de Kiev, pues esta fuerza expedicionaria habría representado sólo una parte del total disponible. Una vez más, estas fuerzas estaban compuestas en parte por grupos especializados, que aparecen en muchos momentos en nuestras fuentes narrativas, y en parte por contingentes provenientes de los grandes asentamientos del reino. No tenemos cifras relativas a las dimensiones de estos séquitos, pero la *PCR* nos da ciertos detalles acerca de dos de los contingentes territoriales. Uno, procedente de Novgorod, desempeña un papel importante en una guerra civil en 1015, y otro, originario de Chernigov, tuvo un papel parecido en otra en 1068. Se dice de los dos que estaban integrados por tres mil hombres. Estos séquitos de adeptos aparecen también en nuestras primeras fuentes bohemias, pero sus obligaciones militares en general sólo se reflejan en documentos posteriores. Una vez más, sin embargo, tengo la seguridad de que sólo los séquitos de clientes no habrían podido bastar nunca para que los reyes de Bohemia compitieran con tan buenos resultados en la escena internacional.¹¹

La dinastía de Jelling se vio raramente envuelta en este tipo de luchas interdinásticas, pero tuvo que rechazar las pretensiones hostiles de sucesivos emperadores, y, como hemos visto, fue perfectamente capaz de sostener una guerra agresiva contra el reino anglosajón en tiempos de Svein (986/987-1014) y de Canuto. Cómo lo consiguieron exactamente es materia de debate. ¿Utilizaron su séquito de clientes y soldados mercenarios y/o fuerzas reclutadas en virtud de una obligación militar más general hacia el estado? En la documentación danesa del siglo XIII la fuerza reclutada se llama la *leding*, y en esa época podía suministrar al rey una flota teóricamente de mil barcos, cada uno de ellos tripulado por cuarenta guerreros. Lo que se discute es si Svein y Canuto utilizaron algún tipo de antepasado directo del sistema de *leding*, además de los mercenarios, a los que indudablemente también emplearon. En mi opinión, es sumamente verosímil que lo hicieran. Calcular las necesidades militares y movilizar un servicio militar obligatorio es uno de los poderes básicos de cualquier soberano, y resulta difícil entender que el poder de la dinastía de Jelling pudiera llegar a tanto si no hubiera podido hacerlo al menos en algunos de los territorios que controlaba. Así lo indican algunos testimonios más detallados. Una obra más o menos contemporánea de los hechos, el *Encomio de la reina Emma*, esposa sucesivamente de Etelredo el Indeciso y de Canuto, el hijo de Svein, señala que, al congregarse su fuerza expedicionaria, Svein ordenó que no hubiera en ella «ni esclavo, ni liberto, ni hombre de baja cuna». Suena a orden de movilización general, y desde luego las sociedades escandinavas de ultramar, como las creadas en las islas de Escocia durante el período vikingo, se organizaron rápidamente con unas obligaciones militares claramente definidas.¹²

El poder de estas estructuras políticas centrales no se limitaba a hacer la guerra. Ya hemos visto la existencia de la iglesia de los Diezmos de Vladimir en Kiev. Este edificio no sólo era una especie de Empire State de su época — al menos por lo que atañe a la región del Dniéper—, sino que además formaba parte de un complejo palaciego mayor, construido por Vladimir en la colina Starokievskaja. Al sur, al oeste y posiblemente también al noroeste de la iglesia se construyeron salas de piedra de dos pisos, cada una de más de cuarenta metros de largo. Todas ellas estaban pavimentadas con baldosas de cerámica vidriada cuyo diseño incluía el águila, uno de los símbolos más

antiguos del Imperio, y decoradas con mosaicos y pinturas. Y esto no era lo mejor de lo que el resto tenía que ofrecer. La mayor basílica cristiana descubierta en la Gran Moravia fue erigida en Mikulčiče y ocupaba un área de cuatrocientos metros cuadrados, dimensiones que la hacían muy similar a la iglesia de los Diezmos, aunque se sabe poco acerca de su decoración. Era una de las veinticinco iglesias de piedra que se sabe que fueron construidas en la Moravia del siglo IX, y probablemente hubiera muchas otras de madera. De manera análoga, Dinamarca y Bohemia adquirieron también rápidamente gran número de iglesias más o menos impresionantes, entre otras sus principales catedrales de Roskilde y Praga respectivamente. Sin embargo, como corresponde a un obispado independiente de fecha tan temprana, los Piastas ganaron a sus rivales en la carrera del armamento religioso. La catedral de Poznan era una basílica descomunal de tres naves que ocupaba no menos de mil metros cuadrados, mientras que la tumba de Adalberto en Gniezno fue decorada por Boleslao Chrobry con una cruz de oro macizo que, según se decía, pesaba tres veces lo que él. Además, se calcula que cuando murió Boleslao en 1025 había otras treinta o cuarenta iglesias construidas en el corazón de la Gran Polonia de los Piastas.¹³

La capacidad que mostraron estos nuevos estados de hacer que sucedieran cosas se extiende también a las comunicaciones. En las fuentes narrativas aparecen pequeños fragmentos y retazos de testimonios relevantes: por ejemplo, en la *PCR* se menciona la construcción de puentes y calzadas. De manera más general, en los primeros documentos monásticos de Polonia y Bohemia, la obligación de prestar servicios de mano de obra para la construcción de puentes y caminos figura entre los derechos reales que no prescribían cuando unas tierras eran cedidas a la Iglesia. En otras palabras, la mano de obra de dichas tierras debía dedicarse periódicamente a trabajar en las calzadas a las órdenes del monarca. Lo que eso significaba en la práctica ha sido aclarado en parte por los arqueólogos daneses. Otro de sus grandes tesoros de postguerra es el puente de Raving Enge, fechado de manera concluyente, una vez más gracias a la dendrocronología, en el reinado de Harald Blåtand. Tenía un kilómetro de longitud y era en parte una pasarela y en parte un puente elevado sobre un terreno particularmente húmedo del centro de Jutlandia. Para su construcción fueron necesarias cuatrocientas

secciones distintas y la cifra nada despreciable de mil setecientos postes de madera. No era el Golden Gate, desde luego, pero era una construcción magnífica, característica del tipo de empresa necesaria para hacer que las zonas más húmedas de la llanura de Europa septentrional resultaran razonablemente aptas para el transporte por tierra.¹⁴

Vistos desde estas distintas perspectivas —y no he elegido más que unos pocos ejemplos—, los nuevos estados del norte y el este de Europa parecen bastante fuertes. Gozaban de un poder considerable sobre las poblaciones que los constituían. Podían hacer salir al campo de batalla a los integrantes de la elite, mientras que a los elementos más pobres podían utilizarlos para construir caminos, palacios, iglesias y fortificaciones. Podían movilizar asimismo recursos económicos para sostener a sus reyes y a los numerosos séquitos de éstos, por no hablar del clero cristiano que llevaban asociado, y que fue aumentando rápidamente bajo el patrocinio real. No cabe la menor duda de que sus logros empujan las estructuras políticas surgidas en los confines del Imperio Romano. Sin embargo, seguía habiendo algunos aspectos en los que los nuevos estados continuaban siendo muy limitados.

Por lo pronto, tenían una administración muy pequeña y disponían de muy pocos registros escritos, aunque la escritura tuvo en ellos un papel ligeramente más importante que en los estados clientes de Roma en el siglo IV. Los tratados internacionales eran a veces consignados por escrito sobre papel. La *PCR* contiene los textos de dos acuerdos comerciales alcanzados en 911 y 944 por los príncipes de Kiev y el Imperio Bizantino. Todos los testimonios internacionales indican que esos textos son auténticos, pero la *Crónica* fue compuesta doscientos años después de estos hechos. Del mismo modo, los archivos papales contienen un texto breve, pero fascinante, llamado el *Dagome Iudex*. Un resumen del acta fue copiado en el archivo del papa Gregorio VII hacia 1080. Examinado con más atención —el autor pensaba erróneamente que el original hablaba de Cerdeña (!)—, resulta que estaríamos ante el esqueleto de una maniobra internacional de finales del primer milenio en virtud de la cual el duque Miecislao (en polaco Mieszko) I, de la dinastía de los Piastas, padre de Boleslao Chrobry, concedía al papa cierto tipo de soberanía —en gran parte teórica— sobre su reino a cambio de presionar de manera persuasiva al emperador. En este caso, el original polaco

habría desaparecido en un momento dado, pero evidentemente el telón de fondo diplomático del viaje a Polonia de Otón en el año 1000 quedó en parte reflejado en papel.¹⁵

El conocimiento de la lectura y la escritura desempeñó también cierto papel en la administración de los recursos internos, aunque, dentro del período cubierto por el presente estudio, sólo marginal. Las consignaciones más antiguas hechas por escrito de concesiones de tierras en Bohemia datan de aproximadamente el año 1000. Detallan las concesiones de tierras que hicieron los reyes a favor de algunos monasterios y abadías, y nos permiten ver hasta cierto punto cómo los monarcas compartieron los derechos que ostentaban sobre las personas y su trabajo con las nuevas fundaciones religiosas. Pero incluso en Bohemia, esos textos son escasos y están muy dispersos en esta época, y en la mayoría de los demás nuevos estados esas concesiones no tuvieron lugar hasta finales del siglo XI, o del XII en el caso de la Rusia de Kiev. Como dan a entender los monumentos físicos de estos estados que se han conservado, esos primeros documentos demuestran que los reyes tenían unos derechos bien establecidos sobre los productos y los servicios, y al igual que la primitiva Inglaterra anglosajona, los estados que ahora nos ocupan fueron capaces de evaluar el potencial económico de las poblaciones y los paisajes y de registrar el cumplimiento de las obligaciones derivados de ellos, pero su escasez indica que no era mucho lo que quedaba reflejado sobre papel.

Esta imagen se ve confirmada por el otro tipo de documento escrito que sobrevive de los primeros años de estos estados: los códigos formales de leyes. Desde antes del año 1000, los testimonios de la distribución de normas y regulaciones por escrito aparecen sólo en contextos eclesiásticos. Entre los materiales traducidos a la primera forma escrita de eslavo inventada por Cirilo y Metodio en Moravia, por ejemplo, estaban dos textos bizantinos de derecho canónico: el *Nomokanon*. Los textos de derecho eclesiástico en forma escrita hacen su aparición en fecha igualmente temprana en Bohemia: los ejemplos conservados datan de la segunda mitad del siglo X. Pero a pesar de las alusiones convincentes a determinados edictos reales que aparecen en las crónicas, y de las manifestaciones físicas conservadas de la capacidad que tenían los soberanos de ponerlos en vigor, ninguno de estos estados produjo

códigos escritos de órdenes reales que daten de esta época. Los primeros libros de derecho civil de Polonia y de Rusia datan del siglo XIII, e incluso parecen más codificaciones de los usos y costumbres existentes que monumentos del poder real; y la práctica predominante, incluso en esa fecha tan tardía, parece que dejaba buena parte del poder jurídico de los reyes en manos de las autoridades locales. Una vez más, las comparaciones con Europa occidental nos ayudan a situar las cosas en perspectiva. Los textos legales de la Iglesia llegaron a la Inglaterra anglosajona con los misioneros a comienzos del siglo VII, pero hasta el X la codificación de órdenes reales no empezó a adoptar con carácter permanente forma escrita, y fue a finales del XII y en el XIII cuando la monarquía inglesa instituyó la compleja burocracia legal y los registros y archivos necesarios para que la gente presentara sus pleitos ante tribunales de justicia organizados por la autoridad central.¹⁶

El subdesarrollo burocrático, sin embargo, no es el principal motivo que tenemos para considerar estas nuevas entidades una forma limitada de organización estatal. Si nos fijamos en el relato general de sus historias colectivas en el período comprendido entre 950 y 1050, lo verdaderamente sorprendente es su capacidad de ganar y perder grandes extensiones de tierra, aparentemente al menor pretexto. Pongamos, por ejemplo, Moravia. Cayó bajo el dominio de los Premyslidas de Bohemia en tiempos de Boleslao I (929/935-967/972), y luego bajo el de los polacos en tiempos de Boleslao Chrobry en 1003, para volver al control de los Premyslidas en 1013, al de los Piastas de nuevo en 1017 y otra vez al de los Premyslidas dos años después. Moravia protagonizó el ejemplo más rápido de juego de las sillas musicales de Europa oriental, pero otros territorios conocieron historias parecidas. Silesia y Breslavia estaban bajo el dominio de los Premyslidas a mediados del siglo X, pasaron a los Piastas con Miecislao I en 989-990, volvieron a los Premyslidas en 1038, y no fueron cedidas definitivamente a los Piastas hasta 1054 a cambio de un pago anual de doscientos treinta kilos de plata y catorce de oro. Cracovia, al sur de Polonia, sufrió una crisis de identidad parecida, yendo y viniendo de los Premyslidas a los Piastas. Lo que hoy día es el sudeste de Polonia, desde la cuenca alta del Bug hasta los Cárpatos, fue cambiando de manos de modo similar, pero esta vez entre los Piastas y los

Ruríkidas. Bajo dominio de los Ruríkidas desde los tiempos de Vladimir en 981, volvió a los Piastas en 1018, y de nuevo al Ruríkida Yaroslav el Sabio en la década de 1030.

Modelos similares, aunque a una escala ligeramente distinta, podemos observar en las regiones periféricas del territorio de Jelling. La zona del sur de Noruega alrededor del fiordo de Oslo fue siempre disputada por señores rivales establecidos más al oeste: primero por Olaf Tryggvasson en la década de 990, y luego por la dinastía de Olaf Haraldsson, de la que estaban destinados a descender los reyes medievales de Noruega. Análogamente, la costa occidental de lo que hoy día es Suecia fue arrancada finalmente al control de la dinastía de Jelling por unos reyes de Suecia establecidos más al este.¹⁷ Lo que todo esto pone de manifiesto es que es un anacronismo pensar que estos estados poseían límites territoriales claramente definidos. En buena parte de la Europa central y del este el dominio de cualquier dinastía en concreto era un fenómeno muy inestable.

Al mismo tiempo, las posesiones territoriales de todas nuestras dinastías comprendían un núcleo central que era gobernado con mayor intensidad, sobre el cual los príncipes podían mantener una autoridad constante y que raramente, si es que alguna vez lo hizo, pasaba a manos de la dinastía rival. El núcleo de la dinastía de los Piastas era la Gran Polonia, el territorio centrado en torno a Gniezno, entre los ríos Óder, Warthe y Vístula, que Otón III visitó en el año 1000. Su extensión viene marcada con toda claridad por la difusión de los castillos de los Piastas del siglo x (mapa 20). Del mismo modo, la dominación de los Premyslidas en Bohemia tenía como núcleo central la región de Praga, zona, una vez más, definida por la difusión de las primeras fortalezas Premyslidas. La Rusia de Kiev tenía un doble núcleo central, como veíamos en el último capítulo: Novgorod, al norte, y la cuenca media del Dniéper, en torno a Kiev, al sur. Incluso en Dinamarca, de dimensiones mucho más modestas, la dinastía de Jelling reinaba en Jutlandia y las islas grandes mucho más directamente y con mano más férrea que en la región más extensa que en diferentes momentos se vio incorporada al imperio báltico de Canuto. En la peor crisis dinástica de los Premyslidas, en 1003-1004, las guarniciones polacas de los Piastas llegaron hasta Praga, pero fue un fenómeno brevísimo, lo mismo que la anexión de Gniezno por los

bohemios en 1038. Por lo demás, estas zonas centrales se hallaban firmemente bajo la autoridad de sus respectivas dinastías, y desde luego al pensar en estos estados debemos hacerlo en términos de «núcleo» y «periferia»: los territorios centrales, sujetos a un control permanente y más intenso, y los periféricos, que podían caer bajo el dominio de otros cuando el poder de determinados dinastas sufría altibajos.

Se trata de un modelo común a toda la Alta Edad Media, típico de entidades cuya cohesión se basa menos en estructuras burocráticas y más en el poder y el carisma de los monarcas. Estos últimos se expresaban a través de un patrón regular de «jornadas reales», viajes del monarca en los que éste recorría su reino consumiendo los tributos en especie junto con los séquitos militares a su servicio e interviniendo personalmente, a medida que se desplazaba de un sitio a otro, en las necesidades y deseos de sus súbditos más importantes. Este tipo de gobierno personal funcionaba perfectamente en los reinos pequeños, pero era habitual que generara patrones de núcleo y periferia cuando aumentaban las dimensiones geográficas del reino, hasta el punto de que se ha convertido en una perogrullada afirmar que un monarca de la Alta Edad Media realmente gobernaba sólo allí adonde se desplazaba con regularidad. Todos nuestros testimonios indican que el sistema de jornadas reales era el principal mecanismo de gobierno de las nuevas entidades de la Europa del norte y del este. El principal derecho económico de un monarca al que hacen alusión los textos bohemios y polacos más antiguos, por ejemplo, consistía en los tributos en especie, el medio habitual que tenía un monarca itinerante de mantenerse a sí mismo y a su séquito. Por razones logísticas, los tributos en especie eran consumidos siempre cerca de su origen, y no transportados a un centro real determinado. Los grandes castillos de los Piastas y los Premyslidas presumiblemente servirían como centros comarcales de recaudación de los tributos en especie.¹⁸

La Rusia de Kiev tuvo unos orígenes distintos, de modo que el circuito de jornadas o viajes políticos no fue trascendental para la primitiva tarea de recolección de pieles, esclavos y otros productos mercantiles que debían llevar a cabo los mercaderes escandinavos, aunque dichos productos tuvieran que recogerse en el curso de circuitos invernales. A finales del siglo x, sin embargo, se establecieron el sistema de jornadas y un modelo más regular de

gobierno altomedieval. No está claro cuándo se puso en marcha toda la estructura logística necesaria. La *PCR* señala, sin embargo, que, aparte de vengarse de los drevlianos por matar a su marido, la viuda de Igor, Olga (c. 890-969, regente de 945 a c. 963), hizo mucho por el establecimiento de ciudades, centros comerciales y terrenos de caza en los territorios de este pueblo, mucho más al norte, en los alrededores de Novgorod, y más al sur, en las cercanías del Dniéper y su afluente el Desna. La caza era el principal pasatiempo real, y la principal ocupación vespertina de los séquitos de los príncipes. En su testamento Vladimir Monómaco nos dice que solía salir de caza cientos de veces al año. El establecimiento de cotos reales de caza, pues, fue —de un modo harito curioso— un aspecto importante de la institución de un ciclo regular de gobierno. Yo sospecho que las acciones de Olga difundieron por una zona mucho mayor los tipos de instituciones organizativas y de apoyo ya existentes cerca del principal centro de gobierno de Kiev.¹⁹

De modo parecido, los reyes daneses de la dinastía de Jelling acabaron llevando una vida ambulante, y algunas de sus construcciones más antiguas, como el puente de Ravning Enge, es evidente que tenían por objeto facilitar los viajes por tierra, posiblemente pensando en las jornadas reales. Es difícil entender qué otra finalidad iban a tener las fortalezas de Trellebrog, si no los desplazamientos de un monarca. Cuando fueron descubiertas, fueron identificadas con bases construidas aposta para las fuerzas militares de Svein y Canuto que emprendieron la conquista de Inglaterra. Sin embargo, la fecha real que actualmente se les asigna es demasiado temprana para que así fuera, pues fueron construidas en tiempos de Harald Blåtand, el padre de Svein. Además su trazado regular tampoco habría servido para ninguna finalidad militar clara, como a menudo se ha señalado. Examinados más atentamente, los edificios engañosamente idénticos en su interior habrían servido en realidad para fines muy diversos: unos estaban provistos de chimeneas como lugares de residencia o de esparcimiento, otros servían de almacenes, y otros incluso como talleres para artesanos como, por ejemplo, herreros e incluso orfebres.²⁰ La respuesta más probable a este rompecabezas, en mi opinión, es que fueron construidos para ampliar la capacidad de Harald Blåtand de

expresar su poder político en la práctica por medio del sistema de jornadas reales, un aspecto interesante de la territorialización del dominio de la dinastía de Jelling.

Los nuevos estados del norte y el este de Europa nos plantean, pues, una especie de paradoja. Capaces de actos de gobierno realmente impresionantes y de construir estructuras de poder en zonas geográficas enormes, eran al mismo tiempo muy frágiles. Burocráticamente subdesarrollados, podían gobernar con intensidad sólo zonas relativamente pequeñas, y las zonas periféricas mayores eran susceptibles siempre de caer en manos de potencias rivales en momentos de crisis dinástica. El gobierno de los dinastas itinerantes nos proporciona la mejor explicación de este carácter a primera vista paradójico de los nuevos estados, aunque deja algunas preguntas sin contestar. ¿De dónde venían esas dinastías y cómo construyeron sus bases de poder en primera instancia?

Las dinastías

El año es el 995, el lugar la zona oriental de Bohemia, en la confluencia de los ríos Libice y Elba, la mañana del día de San Wenceslao. Pero no hace frío, ni la nieve cruje formando un manto uniforme, pues San Wenceslao cae el día 28 de septiembre. Tampoco, como sigue diciendo el clásico villancico inglés, estamos cerca de los setos del bosque ni de la fuente de Santa Inés. Estamos con un grupo de hombres, en silencio y de pie, fuera del castillo de madera de Libice, cuartel general de la poderosa familia de los Slavnik, por entonces encabezada por Sobibor, hijo de Slavnik. Cuatro de sus siete hermanos se encuentran dentro del recinto, aunque él ha ido a Alemania a visitar al emperador. El silencio es roto por los gritos y la violencia orquestada por Boleslao II, jefe en aquellos momentos de la otra poderosa dinastía bohemia, la de los Premyslidas, y sobrino del propio Buen Rey Wenceslao. La acción es rápida y resuelta. Cuando concluye, el recinto y el castillo entero han sido pasto de las llamas, los varones de la familia Slavnik y su séquito han sido aniquilados. El poder de los Slavnik ha sido extinguido para siempre en el que, según algunos, fue el golpe más eficaz de todos los tiempos: desde luego comparable al de la mañana de febrero de 1929 en la

que seis miembros de la banda germano-irlandesa de Bugs Moran del North Side de Chicago fueron alineados ante la pared de un garaje —junto con un pobre mecánico que tuvo la mala suerte de encontrarse donde no debía— y acribillados a balazos por los sicarios de la banda italiana del South Side. Lo único que faltó en la jornada de 1927 fue la pretensión de coartada. A diferencia de Al Capone, Boleslao II no se molestó en programarse unas vacaciones; en cualquier caso por entonces no existían los viajes organizados a Florida.²¹

No sólo es una historia estupenda, sino que la matanza del día de San Wenceslao representa la culminación del proceso político que se oculta tras la aparición de la Bohemia de los Premyslidas. Gracias a su proximidad a la frontera del imperio franco y a su precoz tradición literaria, que nos ha regalado dos conjuntos de textos autóctonos del siglo X (uno acerca de Wenceslao, de la década de 930, y el otro en torno a Adalberto, de finales del mismo siglo), Bohemia constituye además el estudio de caso mejor documentado de lo que es la aparición de una dinastía. Nos coloca en el estado de ánimo adecuado para reflexionar de manera más general acerca de lo que fue la aparición de todas las nuevas dinastías de la Europa central y del este. Evidentemente hubo algunas diferencias importantes de detalle en los correspondientes procesos políticos, pero hubo también suficientes rasgos comunes para que Bohemia nos proporcione un modelo general de cómo se jugaba al nuevo juego de las dinastías en toda la Europa central y del este.

Gracias a las fuentes históricas hay en todo este episodio una dimensión que resulta bastante fácil de localizar y que además es bastante conocida. Cuando salió del imperio de los ávaros tras la destrucción del mismo a manos de Carlomagno poco después del año 800, Bohemia fue subdividida en varias unidades políticas distintas cada una con sus propios príncipes (llamados *duces* en las fuentes francas, pero con el significado general de «líderes», sin el carácter ostentoso y hereditario que implica el moderno término «duque»). Las fuentes de los siglos IX y X nos proporcionan una serie de instantáneas que, en conjunto, dan a entender que los Premyslidas surgieron de un proceso darwiniano en virtud del cual esos distintos linajes ducales fueron eliminándose unos a otros, hasta que sólo quedó uno.

La primera instantánea data de 845, cuando catorce *duces* de Bohemia se presentaron para ser bautizados en Pascua en la corte del rey franco Luis el Germánico. La expresión catorce «líderes» implica a todas luces que cada uno de ellos dominaba sólo una zona relativamente pequeña, pero el número de duques se redujo enseguida. En 872 sólo aparecieron en la corte de Luis el Germánico cinco príncipes bohemios, y en 895 sólo había dos. Esta imagen de decadencia ducal quizá no sea en parte más que un accidente historiográfico. Yo no estoy convencido, por ejemplo, de que las fuentes sean lo bastante completas para que podamos estar seguros de que ya en 895 no habían quedado en juego más que dos caudillos destacados. Ello supondría que los Premyslidas y los Slavník se las habían arreglado para permitirse un siglo de coexistencia pacífica antes del enfrentamiento final, cosa que me parece muy poco verosímil. Pero la imagen básica está bastante clara. La formación del estado en Bohemia fue fruto de un proceso político — desarrollado durante casi doscientos años a partir de la destrucción del imperio de los ávaros a manos de Carlomagno— que vio cómo una estirpe ducal eliminaba a otras para poner una región central más grande bajo su dominio. Como sucediera en otros procesos similares que afectaron a los grupos germánicos unos siglos antes, no todas las etapas tuvieron que ser tan violentas como la matanza del día de San Wenceslao. Algunas de las familias ducales, originalmente iguales, quizá se mostraran dispuestas a aceptar la destitución antes que la destrucción total. No obstante, hay buenos motivos para suponer que la violencia marcó habitualmente el proceso.²²

Por lo que sabemos, juegos dinásticos similares se ocultan tras la creación de dos de los otros nuevos estados que surgieron de la ruina del imperio de los ávaros: la Gran Moravia y Polonia. La Gran Moravia fue la primera en aparecer, a mediados del siglo IX. Fuentes carolingias de c. 800-820 citan de pasada a toda una serie de pequeños líderes políticos con base regional al frente de sus correspondientes grupos, cuando el dominio ávaro de Europa central se vino abajo. Uno llamado Vojnomir apoyó a los francos frente a los ávaros; luego hace una breve aparición un tal Manomir, mientras que Ljudevit encabezó una gran sublevación contra el dominio carolingio. Las fuentes no son lo bastante exhaustivas como para que podamos intentar pergeñar un relato de cómo se combinaron las distintas dinastías y cómo se

eliminaron unas a otras para dar lugar a la potencia mucho mayor que fue la Gran Moravia. Pero está bastante claro que lo hicieron y una vez más lo que nos llega es una instantánea aislada. El primer caudillo moravo realmente destacado, quizá el verdadero fundador de la hegemonía dinástica, se llamaba Mojmir, y las fuentes carolingias reseñan un momento que fue claramente muy significativo en la década de 830 (el incidente no puede datarse con más precisión que entre 833 y 836), cuando expulsó de Nitra, en Eslovaquia, a un príncipe rival, Pribina, para poner bajo su control directo a una región más amplia. Aprovechando esa base de poder mayor, la dinastía siguió extendiendo su control siempre que pudo y del modo que pudo. El imperio carolingio mantuvo a raya sus ambiciones en Occidente durante casi todo el siglo IX, pero cuando su poder empezó a decaer a comienzos de la década de 890, los moravos le arrebataron el derecho a ejercer la hegemonía sobre Bohemia. A partir de ese momento, puede que a esta dinastía se le hubieran ofrecido una serie de ambiciones incluso más interesantes, si su carrera no se hubiera visto bruscamente truncada por la aparición del pueblo nómada de los magiares como fuerza principal en Europa central.²³

Si no tuviéramos más que las fuentes históricas disponibles, la aparición de la Polonia de los Piastas sería particularmente misteriosa. El estado de los Piastas surge de forma repentina en las fuentes narrativas otonianas en la década de 960, ya plenamente formado bajo el dominio del Piasta Miecislao I. El nuevo estado polaco, cuyo territorio nuclear se hallaba al oeste del Vístula, más allá de la región inmediatamente fronteriza situada entre el Elba y el Óder, estaba simplemente demasiado lejos de los dominios imperiales para que nuestras crónicas se fijan en sus dolores de parto, cada vez más intensos. Ni siquiera el *Geógrafo bávaro anónimo* conocía la composición política de unas tierras situadas tan al este. Gracias a los prodigios de la dendrocronología, sin embargo, los testimonios arqueológicos —que habitualmente son mucho mejores a la hora de observar la evolución a largo plazo que el desarrollo político inmediato— nos ilustran brillantemente en este caso al menos respecto a las últimas fases de la ascensión de los Piastas. Como la dinastía construyó sus castillos de madera —lo mismo que casi todo

el resto de Europa siguió haciendo durante la primera mitad del siglo x—, en la última década ha sido posible datar con precisión su edificación. Los resultados de la investigación han supuesto una verdadera revolución.

La aparición del primer estado polaco solía ser interpretada como un proceso largo y lento de consolidación política, que poco a poco habría ido poniendo zonas cada vez más amplias bajo el dominio de una sola dinastía. Los desarrollos a largo plazo, como enseguida veremos, tuvieron desde luego una importancia trascendental para la creación de las condiciones necesarias, pero la arqueología ha demostrado con una claridad asombrosa que la última fase de la ascensión de los Piastas tuvo un carácter repentino y violento. La construcción de castillos de los Piastas se concentra en el segundo cuarto del siglo x, lo que demuestra que la dinastía extendió muy deprisa su control sobre zonas más amplias de la Gran Polonia a partir de una base originalmente menor (mapa 20). Es más, en muchas localidades los castillos de los Piastas sustituyeron otro tipo de centros fortificados mucho más grandes, que en muchos casos datarían del siglo VIII, y muchos de los cuales fueron destruidos, al parecer, justo en el momento de la construcción de las fortalezas de los Piastas. La conclusión parece inevitable. La creación de la Polonia Piasta, la entidad que hace su irrupción de forma repentina en nuestros libros de historia a mediados del siglo x, comportó la destrucción de sociedades locales más antiguas y la imposición de guarniciones militares de los Piastas. Cuántas de esas sociedades locales eran «tribus», a falta de un término mejor —el tipo de unidad reseñada por el *Geógrafo bávaro* para las regiones más occidentales del mundo eslavo—, no está ni mucho menos claro, como tampoco lo está la forma en que estaban distribuidas por el paisaje.²⁴ Al igual que la Gran Moravia y Bohemia, pues, el nuevo estado polaco surgió a través de una violenta autoafirmación dinástica, cuando los Piastas eliminaron a sus rivales al frente de esas otras unidades políticas más antiguas.

Hay también muchos puntos oscuros en la ascensión de los Ruríkidas. Como veíamos en el último capítulo, la *Primera Crónica Rusa (PCR)* está demasiado centrada en Kiev y demasiado elaborada desde el punto de vista de la dominación Ruríkida para ofrecernos una ruta directa a las complejidades de la historia primitiva de los rus. Por otro lado, la imagen

arqueológica tampoco es tan precisa —al menos en estos momentos— como la de la Polonia de los Piastas. No obstante, los rasgos básicos de la invasión escandinava en Rusia están bastante claros, y por ende también los principales desarrollos políticos que hicieron posible el estado ruríkida.

Entre otros problemas, como veíamos, la *PCR* nos ofrece una versión totalmente increíble de la fecha y las circunstancias en virtud de las cuales el poder político fue trasladado de Gorodishche, en el norte, a Kiev. La *Crónica* sitúa ese traslado una generación antes de lo debido y parece ocultar una discontinuidad dinástica o al menos una interrupción de la línea sucesoria en su extraña versión —aparentemente depurada— de la relación entre Oleg, el primer gran personaje político asociado con Kiev, e Igor, hijo y heredero de Riurik. La historia presenta también a Oleg reuniendo un ejército en el norte y haciéndose con el control de la cuenca media del Dniéper por la fuerza. No obstante, concluye diciendo que, al término de estas operaciones, Oleg impuso a Novgorod un tributo anual de trescientos *grivny* a cambio de la paz. Este tributo fue pagado, señala la *Crónica*, hasta la muerte del príncipe Yaroslav en 1054, fecha lo bastante tardía para que correspondiera prácticamente a la memoria viva del compilador de la *Crónica* a comienzos del siglo XII. Así pues, ese tributo es presumiblemente histórico. ¿Pero por qué un príncipe llegado del norte a conquistar el sur, como cuenta la historia, iba a acabar imponiendo un tributo en el norte?

Además hay otros dos grandes problemas. En primer lugar, los tratados comerciales con Bizancio confirman que, ya en pleno siglo X, unos escandinavos no Ruríkidas gobernaban sus propias colonias rusas con una gran dosis de independencia, pues tuvieron que ser representados por separado en las negociaciones. En segundo lugar, la *Crónica* conserva sólo una versión muy simplificada de la historia de la dinastía Ruríkida antes del siglo XI. A partir de ese momento, la transmisión del poder de una generación a otra supuso siempre la existencia de muchos contendientes y de guerra civil, pero antes de esa fecha, aunque sabemos que los primeros príncipes fueron polígamos (como de hecho lo fueron sus sucesores), la *Crónica* menciona sólo a un hijo en cada momento sucesorio y una transición del poder perfectamente tranquila.

Nada de esto resulta creíble. El tratado comercial de 944 con Bizancio nos cuenta que Igor tenía dos sobrinos lo bastante importantes para merecer una mención aparte. En el resto de la *Crónica* no vuelve a hablarse de ellos ni de la suerte que corrieron posteriormente, y cuesta trabajo no caer en la tentación de concluir que la historia ha sido manipulada para dar una impresión de hegemonía Ruríkida segura y tranquila. Y lo mismo podemos decir de la historia de Oleg: ¿Era un pariente colateral de Riurik que primero conquistó Kiev y luego impuso su dominio sobre el norte? ¿O era un completo extraño que quizá se casó con alguna mujer de la dinastía para legitimar de algún modo su posterior poder? Pero entonces, ¿cómo pasó el poder de él a Igor, el hijo de Riurik? también cuesta trabajo creer que Oleg no tuviera herederos propios; pero, ¿qué habría sido de ellos? La política de la Rusia de comienzos del siglo x fue a todas luces mucho más complicada de lo que la *Crónica* pretendería hacernos creer, con unos caudillos vikingos independientes y una dinastía agresiva disputándose violentamente la consecución de una posición ventajosa.

Siempre se nos escapan los detalles exactos de estas luchas políticas internas, pero está claro qué tipo de mundo deberíamos imaginar. En aquellos momentos, como ha señalado de forma harto expresiva un comentarista, no era tanto un estado cuanto una «Compañía de la Bahía del Hudson glorificada», compuesta esencialmente por operadores comerciales independientes situados en varios centros a lo largo de las principales vías fluviales, y unidos entre sí por lazos muy vagos consistentes en el pago obligatorio de dinero a cambio de la protección dispensada por los más poderosos de entre ellos. Actuaban de manera concertada sólo en determinadas circunstancias, como cuando tenían que utilizar su fuerza para arrancar a los bizantinos unas condiciones comerciales ventajosas, y sin duda también para obtener una fijación de precios. Así pues, el estado de los rus empezó su existencia como una «organización paraguas» estructurada jerárquicamente al servicio de esos mercaderes, y no cabe duda de que fue establecida originalmente por la fuerza. Aun así, a los primitivos mercaderes-aventureros o a sus descendientes les quedaron unos poderes y una independencia considerables, y en 944 todavía administraban sus propios poblados.²⁵

En el siglo XI, sin embargo, ese estrato de príncipes no Ruríkidas independientes, cada uno establecido en su propio asentamiento, ya habían desaparecido. En esa época, la solución preferida ante el caos dinástico que acompañó habitualmente los trasposos de poder entre las distintas generaciones ruríkidas consistió en dar a cada contendiente elegible su propio centro de poder. Algo así sucedía ya en el año 1000, y la *Crónica* nos proporciona una lista exhaustiva de las doce ciudades que Vladimir concedió a sus doce hijos, habidos de cinco de sus relaciones más oficiales. No se dice cuántos otros hijos había engendrado con las trescientas concubinas que tenía en Vyshgorod, las trescientas de Belgorod, y las doscientas de Berestovoe. En un momento dado durante el siglo X, pues, el poder independiente de los descendientes de los príncipes mercaderes fundadores había sido recortado, convirtiéndose sus poblados, en otro tiempo autogobernados, en infantados dinásticos. De hecho, probablemente fuera un proceso continuo, que se desarrolló a lo largo de un dilatado período. La eliminación de Askold y Dir por parte de Oleg, en la medida en que este episodio pueda ser considerado un ejemplo histórico, nos presenta un primer caso de este tipo de acción. La *PCR* contiene además ejemplos posteriores del mismo tipo de actuación. En la guerra civil entre los dos hijos de Sviatoslav, Yaropolk y Vladimir, siguieron fundándose nuevos asentamientos comerciales. Dos caudillos escandinavos llamados Rogvolod (Ragnvaldr) y Tury establecieron sus propios centros comerciales en Polotsk y Turov. La suerte que corrieran posteriormente no se nos dice, pero ambos centros se hallaban entre los doce distribuidos una generación más tarde entre los diversos hijos de Vladimir, momento en el que sus fundadores evidentemente se habían extinguido. Durante la misma guerra civil, otra estirpe que dominaba igualmente una localidad concreta, al parecer una familia establecida desde hacía mucho más tiempo, la de Sveinald, fue eliminada.²⁶ La historia completa de la supresión de los linajes comerciales independientes se nos escapa, pero es evidente que se produjo, y que representó la fase final de la evolución de los asentamientos mercantiles hasta dar lugar a una unión política plena. Aunque los orígenes singulares del estado rus significan que los Ruríkidas empezaron siendo una serie de príncipes mercaderes entre otros muchos —y no los líderes de un

grupo tribal regional entre otros muchos, como les ocurrió a los Piastas y a los Premyslidas—, la autoafirmación dinástica violenta fue en cualquier caso fundamental para el proceso de formación del estado.

Lo mismo cabe decir del último de estos nuevos estados, Dinamarca, aunque aquí también el proceso se diferenció bastante del que se desarrolló entre los estados sucesores de los ávaros. En la pequeña localidad de Jelling, en el centro de Jutlandia, hay una iglesia no muy grande y dos enormes túmulos: el que está más al norte tiene sesenta y cinco metros de diámetro y ocho de altura, y el que está más al sur, mide setenta y siete por once. Dentro del túmulo del norte hay una cámara revestida de madera datada según la dendrocronología en el año 958, que fue al parecer la última morada del rey Gorm. El hijo y heredero de Gorm, Harald Blåtand, originalmente lo enterró allí, pero trasladó sus restos a la capilla cuando se convirtió al cristianismo, probablemente en torno a 965. Como los mormones, Harald no quería correr el riesgo de que sus antepasados se vieran privados del placer de su nueva religión. Aparte de cambiar de lugar los restos mortales de su padre, mandó erigir una fabulosa lápida cuya inscripción en runas sigue *in situ* y dice: «Harald erigió estos monumentos en memoria de Gorm, su padre, y de Thyre, su madre, el Harald que ganó para sí toda Dinamarca y Noruega y que cristianizó a los daneses».

El caso de Dinamarca se diferencia bastante del de los otros estados, pues nos proporciona un aviso muy oportuno contra la presunción de que los desarrollos políticos siguen siempre una línea recta. Como hemos visto, en el sur de Jutlandia había existido una poderosa estructura política centralizadora antes de la época de los vikingos, al menos desde mediados del siglo VIII, cuando fue construido el Danevirke. Pero esa monarquía fue destruida por la afluencia de nueva riqueza vikinga a Escandinavia. La riqueza se tradujo casi directamente en la aparición de guerreros, y los guerreros se tradujeron en poder, de modo que la nueva riqueza llegada en cantidades suficientes no pudo más que dar lugar a una revolución política. La vieja monarquía cayó porque había demasiados «reyes» capaces de costearse una fuerza militar tan grande que la estabilidad política se evaporó.²⁷

A mediados del siglo x, hay más signos de que se produjo un cambio sustancial. Por lo pronto, parece que había menos reyes. Las fuentes de época vikinga demuestran que en la Escandinavia del siglo ix había existido una multiplicidad de príncipes. Aparte de la única estirpe dinástica en sentido lato —o posiblemente dos estirpes distintas— que encontramos disputando el poder en el sur de Jutlandia (Godofredo, Harald y sus descendientes), en el siglo ix había más reyes independientes en el Vestfold, al oeste del fiordo de Oslo, en Noruega, y en la isla de Bornholm. Del mismo modo, Birka y Suecia, más al este, también tenían reyes. Aparecieron asimismo gran cantidad de reyes en aguas más occidentales en tiempos de los Grandes Ejércitos, a partir de la década de 860, y todos ellos debían de ser originarios de algún rincón concreto de Escandinavia. Según mis cálculos, casi una docena de ellos son citados por su nombre en distintos momentos: lo cual no basta para suponer que el de «rey» fuera un estatus que cualquiera podía reclamar, especialmente cuando encontramos hombres de rango ligeramente inferior —los *jarle*— que se abstuvieron de pretender ser reyes. A partir de la época de Harald Blåtand, en cambio, el relato histórico alude a otros «reyes» sistemáticamente sólo en Suecia y de vez en cuando en Noruega. Daría, pues, la impresión de que la palabra había sufrido un cambio de significado (como ocurrió también en otros contextos culturales) y habría pasado de designar a una especie de «persona perteneciente a una familia sumamente importante» a indicar «gobernante de un territorio de grandes dimensiones», que es el significado habitual hoy día.²⁸

Dicho todo esto, la dinastía de Jelling construyó su poder, al parecer, poniendo bajo su control territorios heterogéneos que en el caos de finales del siglo ix habían tenido sus propios soberanos. Quizá fuera, en efecto, el éxito alcanzado por la dinastía lo que provocara el notable cambio de sentido de la palabra «rey». Thyre, la esposa de Gorm, es llamada en otra inscripción «orgullo de Dinamarca». Algunos han sostenido de manera hartamente convincente, basándose en el uso que tenía en la época, que hacia el año 900 el elemento «marca» del nombre «Dinamarca» significaba «regiones limítrofes del reino danés»; en otras palabras, un lugar distinto del que ocupaban los principales centros de la monarquía danesa, quizá el norte de Jutlandia o las islas del sur del Báltico. Así pues, como nuestras otras

dinastías, y a pesar de las notables diferencias de contexto histórico, las actividades políticas de la dinastía de Jelling fueron fundamentalmente acumulativas, es decir, consistieron en unir regiones que anteriormente habían sido independientes. Este proceso fue iniciado por Gorm y continuado por los sucesivos miembros de la dinastía. Tras la batalla de Limfjord, Harald Blåtand añadió a la cartera de valores de la dinastía el dominio del sur de Noruega, pero gobernó la zona indirectamente a través de los *jarle* de Lade. Svein y Canuto conservaron esta hegemonía durante casi todo su reinado, y a veces dominaron también la costa occidental de lo que hoy día es Suecia. Aun así, el legado de la antigua independencia no desapareció de la noche a la mañana. Por los relatos de la historia danesa del siglo XI sabemos con claridad que Jutlandia y las islas de Fyn y Sjaelland seguían funcionando en ocasiones como centros de poder separatista.²⁹

Por consiguiente, los procesos políticos que se esconden detrás de estos nuevos estados fueron similares. En todos los casos, un linaje dinástico logró derrocar o eliminar a un grupo igual al suyo de rivales geográficamente próximos para poner a una región más grande bajo su control. Las peculiaridades de dicho proceso explican además la propensión de los estados creados por él a intercambiarse unos con otros las zonas situadas entre ellos. Como todas esas zonas habían sido originalmente independientes, resulta fácil entender por qué algunas de ellas conservaron una capacidad de actividad política autónoma mucho después de reconocer el dominio de una nueva dinastía, especialmente en un contexto en el que lo que se usaba para gobernarlas era el sistema de jornadas reales y el carisma personal, y no estructuras burocráticas desarrolladas. Pero a pesar de estar llenos de anécdotas llamativas y de individuos con un carisma asombroso, los relatos políticos de la consecución de las ambiciones dinásticas no llegan ni de lejos a contarnos toda la historia de la formación del estado en el norte y el este de Europa a finales del primer milenio. La historia está plagada de individuos ambiciosos que intentan edificar su poder y eclipsar de paso a sus rivales. En la mayoría de los casos, sin embargo, esa ambición no da lugar a estructuras estatales nuevas y tremendamente poderosas. Aparte de fijarnos en los relatos

acerca de la ambición personal, pues, debemos pensar también en las transformaciones estructurales en sentido lato que hicieron posible que unas ambiciones totalmente vulgares obtuvieran unos resultados tan insólitos.

La construcción del estado

Muchos de estos cambios fueron similares a los que habían dado lugar a las grandes estructuras políticas de los confines del Imperio Romano durante la primera mitad del milenio. Vistas desde la distancia, las transformaciones sociales y económicas más profundas fueron estructuralmente fundamentales para el proceso de formación del estado en la Europa septentrional y del este. Es algo que resulta en especial evidente en el mundo de lengua eslava, pero en una medida muy considerable puede aplicarse también a Escandinavia.

Hasta mediados del primer milenio, las sociedades eslavas o dominadas por los eslavos se caracterizaban porque la desigualdad social visible existente en ellas era muy escasa. Independientemente de cuáles fueran sus orígenes geográficos exactos, los grupos de lengua eslava que irrumpieron en los confines del Mediterráneo en el siglo VI surgieron a todas luces de las regiones subdesarrolladas y densamente cubiertas de bosques de la Europa del este, donde los asentamientos eran pequeños —simples aldehuelas— y cuyos agricultores de la Edad de Hierro vivían apenas por encima del nivel de subsistencia y con muy pocos indicadores materiales de diferenciación de estatus social. Semejante estado de cosas ya había empezado a cambiar radicalmente en el siglo VI, como consecuencia directa de los procesos migratorios que llevaron a algunas poblaciones de lengua eslava a establecer una relación directa con el mundo más desarrollado del Mediterráneo. Desde allí, una afluencia de riqueza desconocida hasta entonces —los beneficios más o menos a partes iguales de las incursiones de saqueo, de la prestación de servicios militares, y de los subsidios diplomáticos— no tardó en generar desigualdades en torno a las cuales empezaron a formarse nuevas estructuras sociales. Éstas se manifestaron inicialmente a partir de c. 575 en la aparición de una nueva clase de caudillo militar, que controlaba unas zonas geográficas bastante amplias y a una población de varios millares de individuos, aunque hay también algunos motivos para pensar que otros elementos de la sociedad

eslava, representados por los restos del tipo Korchak, conservaron unas formas sociales más antiguas, caracterizadas por un mayor igualitarismo, y que, para conservarlas, utilizaron incluso tipos distintos de migración, no ya hacia la frontera del Imperio Romano de Oriente, sino en otras direcciones.³⁰

Los nuevos estados eslavos de los siglos IX y X se construyeron haciendo un marcado hincapié en esas desigualdades iniciales. Así lo pone de manifiesto ante todo la existencia de séquitos militares: el clásico vehículo de poder social y político, que tan importante papel desempeñara en la transformación del mundo germánico. Presumiblemente los nuevos caudillos eslavos del siglo VI tenían su clientela de incondicionales, pero en ninguna de las fuentes históricas que poseemos figuran los grandes séquitos permanentes como una fuerza importante, militar o social. El contraste con los siglos IX y X es asombroso. Los geógrafos árabes informan de que Miecislao de Polonia mantenía una tropa personal de tres mil guerreros: y ésa es sólo una noticia entre muchas otras, que subrayan la importancia de los séquitos de clientes en esa época. En Bohemia, los catorce duques que se presentaron para ser bautizados en 845 lo hicieron «con sus hombres», y los primeros textos bohemios asociados con Wenceslao hacen referencia a su séquito y al de su hermano, Boleslao I. Del mismo modo, los textos francos hablan de los «hombres» de Mojmir y de su sobrino Zwentibald entre los moravos, y los séquitos de clientes eran igualmente importantes en Rusia. Una vez más, los geógrafos rusos destacan los cuatrocientos hombres del príncipe rus que dominaba en el norte hacia el año 900, y los séquitos aparecen como importantes grupos de presión política junto a varios de los primeros reyes en los relatos de la *PCR*. Fue la necesidad de satisfacer las exigencias de sus «hombres», por ejemplo, lo que llevó a Igor a incrementar el tributo que solía imponer a los drevlianos. Puede que lamentara haberse avenido a hacerlo, pues, como hemos visto, murió a manos de aquellos contribuyentes ofendidos. Y como vimos entre los germanos que rodeaban el Imperio Romano, la aparición de los séquitos militares permanentes incrementó notablemente la capacidad de los reyezuelos de meter en cintura a los dinastas rivales y de poner en vigor una serie de obligaciones diversas (como, por ejemplo, la prestación de servicios militares y de trabajo) a la población en general. Y como tal, es evidente que ese fenómeno desempeñó un papel

fundamental en el proceso de formación del estado, entre otras cosas —de nuevo como ocurrió entre los germanos— en la creación de un elemento dinástico mucho más fuerte en el poder superior. Ni siquiera entre los eslavos de finales del siglo VI hay indicio alguno de que el poder fuera hereditario en ningún sentido, aunque algunos individuos quizá construyeran bases de poder sorprendentemente grandes.³¹ Pero en los siglos IX y X, las dinastías dominaban la política, y el poder hereditario estaba a la orden del día.

Pero los séquitos de clientes son sólo un aspecto de un proceso más amplio de cambio social. Parte del problema que supone entender todo esto tan a fondo como nos gustaría deriva de las incertidumbres existentes en torno a su punto de partida. La idea de un mundo eslavo marcado por un elevado grado de igualitarismo en c. 500 d. C. está profundamente arraigada tanto en la bibliografía especializada como en la mitología de carácter más popular. Viene a subrayar la visión «hippy feliz» de la eslavización y realmente es respaldada en particular por algunas fuentes romano-orientales que señalan que la sociedad eslava del siglo VI se caracterizaba por la falta de diferenciación social estructurada, así como por su insólita disposición a adoptar a los prisioneros como miembros libres e iguales de su sociedad. Pero esas visiones de la igualdad eslava deben ser atenuadas y tomadas con cierta cautela. Parafraseando una puntualización que hacíamos en el caso de los germanos, hay formas perfectamente no materiales de que exista un estatus superior perfectamente real: por ejemplo, cuando los que gozan de él tienen que trabajar menos, disfrutan de más comida, y su palabra cuenta más a la hora de resolver las disputas dentro del grupo.³²

Pero incluso teniendo en cuenta un punto de partida menos igualitario en la evolución de la sociedad eslava a partir de c. 500 d. C. (y, como hemos dicho, cualquier igualitarismo que pudiera haber existido con anterioridad se vio minado rápidamente en ese momento por el doble proceso de migración y desarrollo), es evidente que en el siglo X era mucho lo que había cambiado. La autoridad política no sólo era ahora hereditaria y su peso se hacía notar más gracias a la existencia de séquitos militares permanentes, sino que la sociedad eslava en su conjunto se caracterizaba por la evolución de unas categorías sociales claramente diferenciadas, y por lo tanto presumiblemente también hereditarias y organizadas jerárquicamente.

En el nivel más bajo de la escala social, los grupos de población no libre desempeñaron un destacado papel en todas nuestras sociedades eslavas y escandinavas de finales del primer milenio. El tráfico de esclavos fue un fenómeno importantísimo de la Europa central y del este a partir del siglo VIII. Del mismo modo, a medida que fueron evolucionando las nuevas estructuras estatales, un destacado elemento de su composición económica (como analizaremos enseguida) sería la «aldea de siervos» de condición no libre. A la vista de las fuentes de que disponemos, no está del todo claro si los habitantes de esas aldeas gozaban de un estatus superior al de los esclavos que a menudo eran exportados al extranjero: un estatus afín quizá al de las poblaciones de «libertos» (o mejor individuos «semilibres») con carácter permanente que veíamos en el mundo germánico. Sea como fuere, en el siglo X una gran parte de la población eslava se había visto a todas luces relegada permanentemente a un rango inferior de carácter hereditario (o mejor a distintos tipos de rango inferior, si debemos distinguir entre los esclavos y los habitantes de las aldeas de siervos). Independientemente de cómo presentemos la sociedad eslava de c. 500 d. C., no nos cansaremos nunca de subrayar hasta qué punto había cambiado.

Con carácter igualmente permanente, al otro extremo de la escala social se hallaba una clase de individuos de rango superior, a menudo llamados *optimates* en nuestras fuentes. Se dice, por ejemplo, que en Bohemia esos hombres asistieron a distintas asambleas para dar su aprobación a la elección de Adalberto Slavnik como obispo de Praga en 982, y figuran como señores de sus propios poblados bajo el gobierno general de los Ruríkidas en Rusia (algunos de ellos con independencia suficiente para enviar a sus propios embajadores a Constantinopla cuando se negociaban tratados comerciales). A comienzos del siglo XI aparecen en el séquito del rey de Polonia ciertos individuos con el mismo tipo de estatus elevado, y probablemente sean el tipo de hombres a los que los reyes de Polonia y de otros lugares solían dispensar su hospitalidad cuando celebraban banquetes durante los viajes que realizaban alrededor de sus reinos. Su existencia cien años antes en Moravia posiblemente se vea también reflejada en el repertorio arqueológico en las llamadas cinco moradas principescas halladas en una zona de cien hectáreas de extensión a las afueras de Mikulčiče, aunque podrían haber pertenecido a

miembros menores de la dinastía reinante. Los testimonios existentes indican que este grupo se formó a partir de la unión de tres elementos primitivos. En primer lugar estaban los partidarios incondicionales de la nueva dinastía, pertenecientes al grupo del que ésta era originaria. Se vieron reforzados por un segundo elemento, el de las elites de unidades en un principio independientes (ya se tratara de empresas comerciales eslavo-escandinavas en Rusia o de unidades «tribales» en Bohemia, Moravia y Polonia), que aceptaron el dominio de la nueva dinastía; y en tercer lugar estaban los miembros menores de la familia reinante. Antes e incluso después de que aceptaran el cristianismo, era habitual la poligamia, por lo que esos miembros segundones de la familia real constituían un grupo bastante numeroso, sobre todo con un príncipe como Vladimir que, según sabemos, contaba con centenares de concubinas. Con el tiempo, resultaría imposible distinguir a los tres elementos, constituyendo unos y otros la nobleza de los reinos ya plenamente desarrollados.

Como anteriormente en el mundo germánico, había también una numerosa clase libre que actuaba entre la nobleza y la población no libre. Aparecen en algunas fuentes escritas de carácter jurídico de todos los grandes reinos, excepto de Moravia, que no duró lo bastante para generarlas. Basándonos en los paralelismos con el resto de la Europa de finales del primer milenio, podemos decir que este grupo probablemente constituyera el grueso de las fuerzas militares desplegadas por estos reinos, por encima de los séquitos militares especializados de los distintos soberanos. En otros lugares, era habitual que las poblaciones no libres desempeñaran funciones de estatus inferior, como, por ejemplo, aportar la mano de obra que presumiblemente construyó los asombrosos monumentos de estos reinos. El servicio militar, en cambio, tenía un estatus superior, a pesar de sus peligros evidentes.³³

Aunque no creamos en un siglo VI completamente igualitario, la sociedad eslava experimentó una reestructuración total entre los años 500 y 1000. El mundo eslavo del siglo VI produjo líderes que a lo largo de su vida conocieron la ascensión y la caída, sin que en su poder hubiera un elemento marcadamente hereditario. Tampoco hay el menor signo de que existiera una nobleza hereditaria, ni de grupos de población no libre con carácter

permanente. Lo mismo cabría decir al menos de algunos grupos eslavos del siglo VII. El hecho de que todavía en esta fecha pudiera ser elegido caudillo general un mercader franco, un completo extraño, como Samo, entre una multiplicidad de *duces* eslavos, indicaría, al parecer, que esos hombres no ocupaban la cima de una pirámide social rígidamente jerárquica y hereditaria. Pero todo eso había cambiado en el siglo X y un punto igualmente importante es que los nuevos estados de época posterior no habrían podido aparecer nunca sin que entretanto se produjeran esas transformaciones. El poder dinástico hereditario, el peso social y militar de los miembros del séquito y de los nobles, y una población diferenciada que podía ser obligada y/o persuadida a emprender tareas necesarias como el suministro de alimentos y de trabajo o del servicio militar: todos ellos eran elementos fundamentales de las nuevas estructuras estatales, y ninguno de ellos había existido en el siglo VI.

La cuestión de cuándo aparecieron los distintos elementos de la reestructuración es muy difícil de responder. La respuesta más probable, como suele ocurrir, sería variada. Teniendo en cuenta todos los factores, parece que algunos de esos cambios tenían unas raíces muy profundas. Cuando salió del control de los ávaros tras las campañas de Carlomagno de la década de 790, la sociedad eslava de Europa central ya era capaz de producir poderosos príncipes. En un par de décadas, las fuentes nos citan a un puñado de líderes —Voinomir, Manomir y Liudevit— capaces de movilizar fuerzas militares significativas con diversas finalidades. No parece probable que semejante grado de control surgiera de la noche a la mañana y probablemente fuera generado en tiempos de los ávaros. Así nos lo sugiere también el hecho de que ya a mediados del siglo IX encontremos en Moravia y Bohemia líderes —*duces*— con inveterados poderes hereditarios sobre determinadas poblaciones. Por otro lado, debemos atenuar esta afirmación señalando que la mayoría de las fortalezas construidas en lo alto de una colina en el mundo eslavo hasta el siglo IX eran lugares de refugio creados por la comunidad. Cuando son excavadas se observa una característica ausencia de cualquier signo de moradas elitistas (a menudo incluso de todo tipo de morada permanente), o de cualquier otro indicio de que tras el proyecto se ocultara la

mano rectora de un gran hombre.³⁴ Así pues, si hacia el año 800 surgió una clase de príncipes hereditarios es importante no exagerar el alcance de su poder social.

Igualmente importante es el hecho de que la construcción del estado tuvo poderosos efectos transformadores en la sociedad. De manera particularmente evidente, la riqueza cada vez mayor de determinadas dinastías condujo a la creación de séquitos de clientes de dimensiones cada vez más grandes y con poderes igualmente superiores. Al mismo tiempo, la nobleza incipiente de los nuevos estados fue en buena medida un producto secundario de la agresiva autoafirmación dinástica, fruto de la promoción de adeptos y de parientes de segunda fila, o de la degradación de líderes regionales anteriormente independientes. La construcción de castillos en Bohemia, Moravia y Polonia comportó también la destrucción de las antiguas fortalezas tipo refugio comunal y su sustitución por los nuevos castillos dinásticos. Y mientras que el tráfico de esclavos comenzó con toda seguridad en el siglo VIII, se aceleró de forma espectacular en el IX y en el X. Estos dos últimos desarrollos probablemente desempeñaran un papel importante en el incremento de la población no libre existente en la sociedad (incluso tal vez en su aparición inicial). Por consiguiente, mi mejor conjetura sería que un proceso evolutivo más largo y más lento generó hacia el año 800 d. C. un conjunto de líderes de grupo de carácter hereditario, pero que el proceso de formación del estado tras el colapso del imperio ávaro revolucionó todavía más la situación.

Una cuestión distinta es cuánto de este modelo general de transformación social es aplicable a Dinamarca. La formación del estado en Dinamarca se diferencia sustancialmente de la de los otros casos porque en ella hubo una cuestión de re-formación del estado. En el sur de Jutlandia y en las islas ya existía desde el siglo VIII una estructura cuasi estatal comparable a las esclavas y a la escando-eslava, antes de que acabara con ella la nueva riqueza introducida en Escandinavia durante la época vikinga. Como indicaría esa situación y confirman las fuentes, la sociedad escandinava entró en los dos últimos siglos del milenio con unas desigualdades sociales más arraigadas de las que eran habituales en el mundo eslavo. Las fuentes de época vikinga nos muestran que ya existían plenamente reyes, *jarle*, hombres

libres y no libres (esclavos). Y es lógico, no sólo porque allí ya había estructuras cuasi estatales, sino también porque Escandinavia, o Dinamarca como mínimo, había formado parte del mundo germánico (aunque perteneciera a la periferia exterior, no a la interior), interactuando con el Imperio Romano en la primera mitad del milenio, y había participado — como indican la afluencia de productos romanos y los depósitos de armas encontrados en los pantanos— de algunos procesos tempranos de transformación sociopolítica. La formación del estado en Dinamarca a finales del siglo IX y en el X fue probablemente más bien una historia de promoción y degradación de los bloques de poder existentes y de las dinastías que estaban al frente de ellos, y también la historia del cambio importantísimo social que fue decisivo para ese proceso entre sus vecinos eslavos.³⁵

La revolución social, en parte causa y en parte efecto, fue, por lo tanto, absolutamente necesaria para la formación del estado en esta época, al menos en los países eslavos. Pero un cambio social de esta magnitud nunca es posible sin una reestructuración económica y, una vez más, tenemos abundantes testimonios de ello procedentes de la Europa central y oriental de la época. Al igual que con las transformaciones sociales, esa reestructuración económica fue anterior en parte a la formación de los estados y fue una condición imprescindible de su aparición. Los cambios posteriores fueron instituidos luego por los propios estados.

Lo más difícil de documentar de manera concreta es el desarrollo de la economía agrícola: la producción de alimentos. Por lo pronto, naturalmente, está el hecho de que los pueblos de lengua eslava llegaron a dominar un territorio tan enorme, con una variedad tan grande de ambientes, que la agricultura no se desarrolló —ni habría podido desarrollarse— en todas partes siguiendo una sola trayectoria. No obstante, los testimonios indican con contundencia, aunque en este punto todavía de forma general, que la producción agrícola aumentó de manera espectacular. A distinta velocidad en los distintos contextos, se produjo una revolución que supuso la puesta en explotación de mayor cantidad de tierras y la introducción de prácticas agrícolas más productivas, tanto en términos de las tecnologías empleadas como de la gestión de la fertilidad de la tierra. Resulta sobre todo evidente que durante la segunda mitad del milenio se llevó a cabo una importante

deforestación en toda la Europa central y del este. En las zonas de Polonia en las que hay lagos del tipo adecuado para la concentración de muestras de polen, la proporción de polen de gramíneas y de árboles respecto a la de polen de cereal disminuyó de manera espectacular durante estos siglos de 3:1 a prácticamente 1:1, lo que indica que la cantidad de tierra cultivada se multiplicó por dos. Este resultado no puede aplicarse sin más a toda la Europa eslava. Yo diría que el grado del cambio experimentado habría sido menor, por ejemplo, a medida que nos dirigiéramos al norte y al este. No obstante, incluso en la Madre Rusia, la expansión de las culturas de tipo eslavo en dirección al norte y al este fue asociada estrechamente a la expansión de la agricultura a gran escala en la estepa boscosa y en las zonas de bosque razonablemente templadas de la llanura de Europa oriental. El fenómeno de la expansión agrícola generalizada está, pues, bastante claro, aunque sea imposible dar cifras o fechas de su impacto en determinados lugares.³⁶

La difusión de unas técnicas agrícolas más eficaces también resulta fácil de documentar a grandes rasgos. Los contactos iniciales entre las poblaciones de lengua eslava y el mundo mediterráneo llevaron a muchos eslavos a adoptar unos arados más eficaces, herramientas que permitían voltear la tierra para que las hierbas en descomposición y los restos de la cosecha le aportaran los nutrientes necesarios. Esta circunstancia aumentó el volumen de producción que habría cabido esperar y la cantidad de tiempo que determinados terrenos podían ser cultivados. Otras mejoras todavía no se habían desarrollado plenamente en el momento en que surgieron los nuevos estados de los siglos IX y X. La máxima sofisticación de la producción agrícola medieval, por ejemplo, era el feudo o señorío. Su ventaja radicaba en el hecho de que era una unidad de producción integrada, autosuficiente, y con una gran cantidad de mano de obra, en la que las estrategias agrícolas podían tener una dirección centralizada con vistas a una mayor eficacia, especialmente por lo que se refiere a la rotación de cultivos para mantener la fertilidad de la tierra, y en la que los costes (particularmente los de los aperos de labranza) podían ser repartidos y minimizados. Era también un instrumento de control social tremendo, pero eso es otra historia. De momento, para lo que nos interesa, la cuestión es que la producción agrícola

de la Europa central y del este se centró totalmente en el régimen señorial hasta el siglo XI, cuando los nuevos estados ya habían nacido. Este descubrimiento supuso un mazazo para los marxistas doctrinarios, pues se consideraba que todos ellos eran estados «feudales», cuyo desarrollo sólo habría sido posible a través de una agricultura de régimen señorial, pero la cronología es bastante segura. Aunque el régimen señorial era muy incipiente en los siglos IX y X, tenemos testimonios de que estaban produciéndose ya algunos cambios preparatorios de carácter fundamental. En particular, la cantidad de centeno encontrada en los sedimentos de polen durante la segunda mitad del período que nos ocupa aumenta de manera incesante. El uso del centeno, sembrado en otoño más que en primavera, se asocia con la tendencia hacia los sistemas de rotación de tres cultivos en lugar de dos. Los sistemas de tres cultivos aumentaban la cantidad de tierras en explotación en cada momento (dos terceras partes en vez de sólo la mitad) y mantenían mejor la fertilidad. Este desarrollo quizá se oculte también tras la observación de los geógrafos árabes, quienes afirman que las poblaciones eslavas recogían no una, sino dos cosechas al año.³⁷ Además había otros desarrollos importantes por venir, pero en el año 1000 se producía en el centro y el este de Europa más comida de la que se había producido quinientos años antes.

Todo esto fue trascendental para la formación del estado en muchos sentidos. Hasta que no se generaron excedentes de comida en cantidad suficiente, fue prácticamente imposible (como ocurriera en el mundo germánico en la primera mitad del milenio) que los caudillos pudieran mantener grandes séquitos militares especializados y otros funcionarios no dedicados a la producción primaria de carácter agrícola. Análogamente, sin los excedentes económicos era imposible que la diferenciación social arraigara. Más comida significaba también más población,³⁸ y la formación del estado probablemente no habría tenido nunca lugar sin ese incremento de la población. Aportó toda la mano de obra extra necesaria para los ambiciosos proyectos de construcción. Más importante, pero más difícil de cuantificar de manera concreta, es que el incremento de la densidad de población de la Europa central y del este supuso un incremento sustancial de la rivalidad por los recursos disponibles. La necesidad de pertenecer a un grupo para prosperar ha sido siempre un motivo muy poderoso de que los

individuos estén dispuestos a aceptar los costes que suelen acompañar a la pertenencia a un grupo. Dicho de forma más sencilla, un motivo de que los campesinos —o algunos de ellos— estuvieran dispuestos a pagar tributos en especie y a prestar servicios de trabajo para los dinastas en ascenso era que éstos ofrecían suficiente organización militar para garantizar a cambio la posesión de la tierra sin peligro.³⁹

Pero lo que cambió en la Europa bárbara entre 500 y 1000 fue mucho más que la presencia de un mayor número de personas produciendo una mayor cantidad de alimentos. Otros desarrollos económicos fueron igualmente importantes, o casi, para el proceso de construcción del estado. Los séquitos militares, por ejemplo, necesitaban armas y armaduras, y, como hemos visto, los nuevos príncipes del siglo X controlaban importantes reservas de metales preciosos (prueba de ello es la cruz de oro erigida por Boleslao Chrobry sobre la tumba de Adalberto), así como todos los demás recursos, aparte del trabajo físico, que se necesitaban para erigir, decorar y amueblar proyectos prestigiosos como, por ejemplo, las catedrales y los complejos palaciales que constituyen un rasgo tan marcado de nuestro período. En parte, la capacidad de culminar sus proyectos mostrada por los príncipes se debió a algunos procesos más generales de desarrollo económico que afectaron por esta época a toda la Europa central y del este, y no sólo a su control. Y en parte, se vio favorecida por determinadas políticas adoptadas por los propios dinastas.

El fenómeno económico no relacionado con la agricultura más importante de aquellos años fue la aparición de una red internacional de tráfico de pieles y esclavos. Algunos de sus ejes occidentales empezaron a operar en el siglo VII, pero fue en el VIII cuando se extendieron hasta el Báltico y a comienzos del IX cuando estallaron de manera más general por toda Europa del este. Ya hemos visto el papel de los navegantes escandinavos en el funcionamiento de las conexiones a larga distancia de esta red, y su importancia primordial en todo el fenómeno vikingo. En consecuencia, este período conoció una enorme sangría de materias primas —sobre todo personas y pieles— de la Europa central y del este y, por otro lado, una marea de bienes en compensación. Probablemente formaran parte del juego grandes cantidades de sedas bizantinas, pero en nuestras fuentes escritas se han

conservado muy pocas huellas de todo esto, y en el repertorio arqueológico no queda ni rastro. Los tejidos de seda finamente acabados eran la principal mercadería que Bizancio podía suministrar a cambio de los productos importados. Lo que el repertorio arqueológico nos ha proporcionado, en cambio, son enormes cantidades de monedas de plata, procedentes sobre todo del mundo musulmán, pero también de Europa occidental. Estas monedas se han conservado en cantidades asombrosas: como veíamos en el capítulo 9, más de doscientas veinte mil monedas musulmanas en tesoros de cinco o más unidades según los cálculos más recientes. Todo esto resulta tanto más sorprendente por cuanto la plata no ha dejado nunca de tener valor. Las monedas que han llegado a nuestras manos probablemente no sean más que la punta de un iceberg de plata que desde entonces ha sido refundida una y otra vez a lo largo de los siglos.

Naturalmente los reyes estaban interesadísimos en esa masiva afluencia de riqueza. Entre otras cosas, podían aprovecharse de ella en forma de aranceles, ofreciendo a los mercaderes lugares seguros en los que llevar a cabo sus intercambios y cobrándoles tasas a cambio. Justo a comienzos del siglo IX, el soberano de la Dinamarca anterior al colapso del reino, Godofredo, obligó a los mercaderes que anteriormente habían actuado en territorio eslavo en el centro de intercambios llamado Reric, a trasladarse al puesto comercial que acababa de construir en Hedeby, al sur de Jutlandia. El traslado en cuestión es reseñado en una fuente de la época, y cuenta con confirmación arqueológica. La datación por dendrocronología de los primeros troncos recuperados en Hedeby demuestra que, como dice el texto, el emporio fue construido hacia 810, cuando Godofredo estaba en el culmen de su poder. Los intereses del rey en todo esto sólo habrían podido ser financieros. Del mismo modo, Praga, uno de los principales centros de la dinastía Premyslida de Bohemia, era también, como señalan los geógrafos musulmanes, un gran depósito franco del tráfico de esclavos. Los aranceles cobrados debieron de engordar muchísimo las arcas de la dinastía y la importancia de este comercio era tal que uno de los motivos que se aducen del asesinato de Wenceslao es que pretendía ponerlo fuera de la ley.

También Kiev, nueva sede de los Ruríkidas en el siglo x, era un depósito franco de enorme importancia. Las fuentes bizantinas y rusas confirman que era el punto de partida de las flotas mercantes de los rus que empezaron a llegar a Constantinopla cada primavera desde comienzos del siglo x. Y a comienzos del xi, dice Tietmaro de Merseburgo, la ciudad se jactaba de tener ni más ni menos que ocho mercados. Sólo en el caso de Polonia carecemos de testimonios textuales explícitos de su participación en las nuevas redes comerciales internacionales, pero quizá sea sólo un accidente de (no) conservación. El territorio de los Piastas ha producido una cantidad tan grande de monedas de plata arábigas que no cabe duda de que su población estaba de algún modo involucrada en las nuevas redes comerciales.⁴⁰ Así pues, todas nuestras dinastías contribuyeron eficazmente a que se generara la nueva riqueza.

Además su papel no se limitó al cobro de aranceles. A veces contribuyeron también activamente a remodelar, como si dijéramos, esas redes y a maximizar sus beneficios. Resulta facilísimo de demostrar en el caso de los Ruríkidas. En el siglo x la dinastía organizó acciones militares colectivas en dos ocasiones, en 911 y en 944, para obligar a las autoridades bizantinas de Constantinopla a conceder a los mercaderes rus unas condiciones económicas cada vez más favorables, entre otras la garantía de que tendrían alojamiento y manutención gratuita en la ciudad durante un mes mientras permanecieran en ella haciendo negocio. No es de extrañar, teniendo en cuenta los orígenes del interés escandinavo por Rusia, que los tratados nos demuestren que la dinastía Ruríkida (y no sólo el príncipe que la encabezaba en ese momento) se dedicara activamente al comercio, de modo que tenían buenos motivos para desear aumentar su actividad y su cuota de mercado. Pero no querría precipitarme y sacar la conclusión de que era una actividad limitada a los Ruríkidas. Resulta simplemente que las relaciones comerciales rus-bizantinas las tenemos relativamente bien documentadas, y a mí me parece perfectamente verosímil, aunque no lo tengamos documentado, que también otros dinastas mostraran un interés igualmente activo en desarrollar los lazos comerciales internacionales según las líneas que más les convinieran.⁴¹

Aunque no sepamos tantas cosas de todo esto como nos gustaría, puede afirmarse que todas estas dinastías desempeñaron un papel activo en la organización de la economía cuando menos del corazón de sus dominios. Esta imagen se basa en una mezcla de fuentes históricas e investigaciones arqueológicas. Desde el punto de vista arqueológico, el corazón de los dominios de las dinastías de Polonia y Bohemia destaca por la relativa densidad de su población. Una vez más, esta observación se basa en el conocimiento detallado de la cronología de la cerámica, cuya expansión nos ofrece una guía razonable de la existencia de asentamientos. Los testimonios indican que esa densidad de población no fue un accidente, sino el resultado de una intervención deliberada. Como ha demostrado la arqueología, un momento clave en la ascensión de la dinastía de los Premyslidas y de la de los Piastas tuvo lugar cuando destruyeron los centros bien defendidos asociados con las viejas estructuras sociopolíticas o «tribus», y los sustituyeron por su propia cadena de castillos, a finales del siglo IX y comienzos del X respectivamente. Parece que este proceso fue acompañado del traslado deliberado de al menos parte de los grupos de población sometidos al corazón de los dominios de la dinastía. Algunos de esos traslados son citados en nuestras fuentes. La *PCR*, por ejemplo, asocia al príncipe Vladimir a finales del siglo X con un traslado masivo de diversos grupos de población —eslavos, criviches, chuds y viatiches— a distintos lugares a lo largo del río Desna. En este caso, quizá la persuasión más que la fuerza supusiera suficiente incentivo para el viaje. En otros casos —Polonia y Bohemia—, todo lo que tenemos es el reflejo arqueológico de los efectos de semejante proceso en la repentina creación de un conglomerado de población particularmente denso, pero los primeros textos (todos ellos donaciones a monasterios) de estos dos reinos (y de hecho también de Rusia) ponen de manifiesto la finalidad de esos reasentamientos. La forma económica clásica que aparece en esos primeros textos es la «aldea de siervos», ya mencionada. Estos aldeanos de condición no libre tenían que desempeñar determinadas funciones económicas para el rey, como, por ejemplo, la cría de abejas o de caballos, además de suministrarle los habituales tributos en especie. El hecho de que no fueran libres indica de forma contundente que sus orígenes estaban en los reasentamientos forzosos.⁴²

Los reyes —o los reyes y sus consejeros— estaban, pues, lo bastante atentos desde el punto de vista económico para maximizar la explotación del corazón de sus dominios dinásticos. La forma en que se hizo indica que operaban en un mundo en el que había en funcionamiento una pequeña economía de mercado en productos agrícolas, pues en vez de poder comprar simplemente los artículos necesarios, había que asignar tareas especializadas a determinados asentamientos. Y no es de extrañar. Lo mismo cabría decir de los carolingios del siglo IX, que seguían utilizando aldeas de siervos en algunas zonas, y está en consonancia con el testimonio de las monedas y con el hecho de que los campesinos debían pagar al rey tributos en especie y no en metálico. La Europa del norte y del este seguía siendo por aquella época una economía en la que faltaba la calderilla. Las monedas musulmanas de plata eran bastante abundantes, pero eran demasiado valiosas para hacer con ellas la compra diaria. Si hubiéramos usado una sola en la panadería, habríamos vuelto a casa con varios sacos de pan, que se habría puesto rancio mucho antes de que hubiéramos podido comérselo todo. Del mismo modo, aunque los reyes solían preferir los tributos en metálico, porque resultaban infinitamente más flexibles, habrían podido exigirlos únicamente cuando los campesinos tuvieran la posibilidad de vender a los mercaderes el excedente de su producción.

Por supuesto, todo esto añade una dimensión más a la tendencia de estos estados de finales del primer milenio a operar según una dicotomía característica centro-periferia. Todo esto no sólo era una derivación accidental de las limitaciones logísticas del sistema de jornadas reales, sino que reflejaba un rasgo más fundamental de la construcción de los estados. Gracias a las políticas emprendidas por las dinastías triunfantes, el núcleo y la periferia eran además distintos en densidad de población y en organización económica. En el caso del estado ruso de Kiev, debido a las peculiaridades de sus orígenes, el proceso de creación de un núcleo central tuvo una importancia adicional. Hasta mediados del siglo X, la dinastía Ruríkida mostró una singular capacidad de cambiar su centro de operaciones de un sitio a otro. Alcanzó primero la hegemonía en el norte, con una sede inicial,

al parecer, en Gorodishche (la antigua Novgorod) antes de trasladarse, como hemos visto, al sur, a Kiev, a orillas del Dniéper, a finales del siglo IX, cuando Oleg llegó al sur con su ejército.

El razonamiento que se oculta detrás de ese traslado exige algo más que un poco de reflexión. A primera vista, parece una jugada muy extraña, pues Gorodishche, como ya señalamos, estaba mejor situada para controlar los flujos mercantiles hacia el mundo musulmán a lo largo del Volga, que era una ruta comercial mucho más rica que la que conducía a lo largo del Dniéper hasta Constantinopla. Kiev, sin embargo, tenía otras ventajas. Situada en medio de la estepa boscosa, tenía un emplazamiento estupendo para dominar las regiones circundantes de lo que hoy día es Ucrania, convertidas en los siglos VII y VIII en el hogar de una numerosa población eslava de agricultores. Dicha población estaba organizada en unidades provistas de sus propias estructuras políticas antes de la llegada de los escandinavos. Los polianos dominaban la zona inmediatamente próxima a Kiev, y los otros grupos vecinos eran los drevlianos, los severianos, los radimiches y los dregoviches (mapa 19). Aunque no tan bien situada en términos puramente comerciales, Kiev ofrecía a los escandinavos aspirantes a crear una dinastía muchas más oportunidades en forma de recursos humanos y económicos susceptibles de ser explotados. Ya en tiempos de Oleg, la *PCR* nos dice que el ejército del Gran Príncipe estaba formado no sólo por escandinavos, sino también por gentes de lengua eslava y finesa. Para el Gran Príncipe, que deseaba ser mucho más que un príncipe mercader, Ucrania tenía mucho más que ofrecer que el norte. Aun así, los Ruríkidas no estaban todavía dispuestos a dejar de vivir como gitanos. El hijo y heredero de Oleg, Sviatoslav, emprendió largas campañas, por el este hasta el Volga y por el sur hasta el Cáucaso. La *PCR* cuenta que, poco antes de su muerte, estaba contemplando la posibilidad de trasladar la capital de la dinastía por tercera vez... en esta ocasión al Danubio. La labor del hijo y heredero final de Sviatoslav, Vladimir, creando un núcleo económico mucho más fuerte en Kiev y sus alrededores a lo largo del río Desna, tuvo el efecto especial de conseguir que el estado ruríkida arraigara de una vez por todas en Ucrania, el corazón de sus dominios.⁴³

Naturalmente hay muchas más cosas que nos gustaría conocer sobre cómo la creación del estado se relacionó con el desarrollo económico que se produjo a finales del primer milenio. Una laguna enorme es la que supone la falta de información detallada acerca de las minas de hierro y la fabricación de acero. Los tipos de ejércitos desplegados por las nuevas dinastías supusieron una demanda enorme de estos productos, pero no tenemos buenas informaciones acerca del modo en que se satisfacía dicha demanda. No obstante, el concepto general está bastante claro a grandes rasgos. La construcción del estado habría sido imposible sin las múltiples transformaciones sociales y económicas previas, todas ellas de importancia primordial: la generación de una agricultura mucho más productiva, el notable incremento de la población que se produjo a continuación, el enorme aumento de la riqueza móvil, y las jerarquías sociales más desarrolladas que se formaron en torno a la desigual distribución de ésta.

Pero si estos grandes cambios constituyen el telón de fondo necesario, los propios dinastas fueron los responsables de nuevos desarrollos sociales y económicos de importancia trascendental. En el campo del comercio, no sólo aprovecharon las nuevas redes internacionales para cobrar todos los aranceles que pudieron, sino que las ampliaron activamente, cuando pudieron y como pudieron. En el interior, asimismo, se maximizó la producción agrícola de las zonas centrales de sus reinos. Ninguno de estos procesos había sido completado en el año 1000. La producción agrícola no sólo se reorganizó a partir del siglo XI adoptando el régimen de señorío, sino que los nietos y los bisnietos de los dinastas emplearían, como es bien sabido, agentes de reclutamiento con el fin de reforzar todavía más la producción haciendo a cientos de miles de campesinos alemanes ofertas irresistibles a cambio de trasladarse hacia el este.⁴⁴ Aunque toda esta labor seguía en marcha en el año 1000, hemos llegado a una respuesta parcial a la pregunta. Las ambiciones normales de las dinastías produjeron durante este período unos resultados totalmente anormales porque una transformación social y económica profundamente arraigada supuso que los dinastas empujaran una puerta que ya estaba abierta.

Pero esto sigue siendo, a lo sumo, sólo una respuesta a medias. La ambición de las dinastías proporcionó el mecanismo detonador de la formación del estado; causa y efecto a la vez de la revolución política que hemos venido observando, la enorme transformación social y económica constituyó el telón de fondo necesario. ¿Pero qué se ocultaba detrás de esas transformaciones sociales y económicas que dio a los aspirantes dinásticos tanta capacidad de rehacer el mapa de la Europa central y del este?

LA APARICIÓN DEL ESTADO

¡En tiempos de la Unión Soviética todo era tan sencillito! A partir del siglo V, a menudo conviviendo con las poblaciones ya existentes, los eslavos igualitarios tomaron posesión del paisaje de lo que luego sería la Europa eslava. A continuación, durante los siguientes cuatrocientos o quinientos años, se produjo un proceso largo y paulatino de evolución social y económica, hasta que se formaron las clases en torno a la agricultura en régimen señorial y surgieron los primeros estados, basados en la distribución desigual del control de los medios de producción agrícola. Este panorama se ha parecido siempre más a un cuento de hadas marxista que a algo semejante a una realidad histórica, y los trabajos más recientes han venido a subrayar lo que fue realmente la dramática historia de la formación del estado. En muchos lugares, incluso la eslavización se produjo quizá ciento cincuenta años después de lo que solía pensarse, la agricultura de régimen señorial no precedió a la formación del estado, sino que fue posterior a ella, y la arqueología ha sacado a la luz una fase final repentina y violenta, en la que los dinastas nacientes usaron la fuerza militar y no la evolución económica a largo plazo, para destruir un orden sociopolítico y sustituirlo por el suyo. Todo esto subraya que lo que tenemos que explicar es por qué las dinastías de los siglos IX y X fueron capaces de repente de tomar las riendas del poder con tanta energía. Como ocurriera durante la primera mitad del milenio con la aparición de grandes estructuras políticas en el mundo germánico, un papel principal fue desempeñado por la red de contactos cada vez más densa que se extendió entre la Europa eslava y sus vecinos imperiales más desarrollados.

Juegos imperiales

En Europa central, el mundo eslavo estuvo directamente en contacto con dos estados imperiales sucesivos: el de los carolingios en los siglos VIII y IX, y el de los otonianos en el X. Ninguno de ellos era tan fuerte como su antecesor, el Imperio Romano, pero cada uno de ellos fue en sus mejores tiempos lo bastante poderoso e incluso más para que sus prioridades militares y diplomáticas tuvieran consecuencias importantes para las sociedades eslavas y escandinavas vecinas. Como en tiempos de los romanos, el tipo más inmediato de contacto entre los carolingios y los otonianos por un lado y sus vecinos por otro era la agresión imperial. Estos dos imperios de finales del primer milenio construyeron su coherencia política interna en torno a la distribución de dones a las elites locales, que no sólo administraban sus propias comarcas, sino que además suministraban a los emperadores fuerza militar.

Los emperadores carolingios y otonianos, sin embargo, carecían no sólo de la enorme reserva financiera que había puesto en manos de sus equivalentes romanos el control del mundo desarrollado del Mediterráneo, sino también de poder absoluto para imponer tributos incluso en las tierras que controlaban. En consecuencia, los regalos que realizaban a las elites locales a menudo adoptaban la forma de bienes no renovables como tierras del fisco real, que generaron una tendencia a que estos imperios se fragmentaran desde dentro, a medida que el poder fue acumulándose en manos de los señores locales. Lo único que podía solucionar este problema era la expansión, capaz de proporcionar a los monarcas una forma de riqueza renovable alternativa a la imposición de tributos, y de permitirles recompensar a las elites locales y al mismo tiempo mantener su poder. Así pues, lo cierto es que en estos dos imperios tardíos el mantenimiento del poder central se basó más, si acaso, en la expansión de lo que fue habitual en Roma, y ambos se dedicaron a agredir a sus vecinos cuando y como pudieron. En los noventa años que separan la ascensión al trono de Carlos Martel en 715 y los últimos tiempos del reinado de su nieto, el emperador Carlomagno, los ejércitos carolingios desarrollaron actividades predatorias en todos menos en cinco. Del mismo modo, durante la primera mitad del siglo X,

el constante *Drang nach Osten* por parte de la que originalmente fuera la casa ducal de Sajonia constituyó el motivo fundamental de que Enrique I y su hijo, Otón I, lograran derrotar a todos sus contendientes y lanzarse contra los herederos del imperio carolingio.⁴⁵

La expansión predatoria siempre producía despojos, pero su verdadera utilidad era una explotación a largo plazo más estructurada. Incluso los territorios no plenamente sometidos forman parte de esta historia. Desde los tiempos de Enrique I, Bohemia había tenido que pagar un tributo anual, y a partir de 950 tuvo que prestar apoyo militar a la dinastía. Análogamente, durante casi diez años a partir de mediados de la década de 960, Miecislao I de Polonia se vio en el papel de tributario. En los territorios que estaban más directamente bajo el dominio imperial, el peso de la explotación era en consecuencia mayor. Las campañas triunfales contra los llamados eslavos del Elba (pequeños grupos que vivían más o menos entre los ríos Elba y Óder (mapa 14) durante la primera mitad del siglo X) permitieron a los otonianos establecer nueve grandes centros de recaudación (llamados «ciudades», *urbes* o *burgward* en nuestras fuentes) al este del Elba. Estos burgos recibían de los eslavos lo que sus fueros llaman eufemísticamente «regalos anuales», parte de los cuales se repartía entre los dos eclesiásticos favoritos de los otonianos, el arzobispo de Magdeburgo y el de Meissen. Son los fueros que concedió Otón a ambas sedes episcopales los que documentan el convenio. Y no fueron sólo las instituciones eclesiásticas las que se beneficiaron de la nueva afluencia de riqueza. En esta situación que sólo cabe calificar de colonial, los puestos de mando en la frontera, las llamadas «marcas», estaban solicitadísimos entre los magnates de Otón debido a las oportunidades de enriquecimiento que ofrecían. Su reparto era incluso fuente de feroces disputas entre las familias más poderosas, cuando a una rama le caía un buen chollo y a otra no. Como es bien sabido, ése fue el origen de la sangrienta lucha que enfrentó a dos hermanos, Herrmann y Wichmann Billung. Herrmann se llevó el destino más anhelado y permaneció siempre leal a Otón; la envidia llevó a Wichmann a adoptar a lo largo de toda su dilatada y triste vida una actitud de enconada oposición a Otón, al menor pretexto.⁴⁶

Sin embargo, no son los efectos de las políticas expansionistas sobre los imperios lo primero que nos interesa, sino cómo respondieron las poblaciones explotadas a esta inicua liquidación de activos. Y reaccionaron exactamente como cabría esperar, intentando resistirse abiertamente a la expansión imperial, y/o minimizar sus efectos cuando la resistencia directa era imposible. En particular —y por eso la explotación imperial tiene tanto que ver con la consolidación política, que es el tema del presente capítulo— la unión de varias unidades políticas menores, originalmente independientes, en un pequeño número de unidades mayores era una de las estrategias más eficaces que tenían a su alcance los que intentaban defenderse de las atenciones imperiales no deseadas.

El mejor ejemplo nos lo proporciona la que a la larga resultaría una formación estatal fallida: una vez más los eslavos del Elba. Como acabamos de ver, sintieron en sus carnes todo el peso del imperialismo otoniano. En 983, sin embargo, aprovechando las dificultades por las que pasaba la dinastía en otro rincón del imperio, protagonizaron una gran rebelión que, a corto plazo, resultó todo un éxito. Su resentimiento contra la dominación otoniana y especialmente contra las instituciones eclesiásticas que se habían beneficiado tanto de su explotación, se manifestó en una serie de atrocidades contra las iglesias y los clérigos que son relatadas de manera encantadora en nuestras fuentes cristianas. Lo que realmente sorprende más de esta sublevación, sin embargo, es el elemento de reestructuración política que tanta importancia tuvo para su éxito. Cuando los eslavos del Elba cayeron bajo la dominación otoniana, formaban un puñado de pequeñas sociedades políticas. El éxito de su sublevación, sin embargo, se basó en la creación de una nueva alianza entre ellas, que se puso de manifiesto en la nueva denominación «liuticios» que nuestras fuentes empiezan a darles inmediatamente después. Los liuticios no eran un nuevo pueblo, sino varios antiguos reorganizados. Como sus equivalentes entre los germanos de los confines del Imperio Romano empezaron a constatar mucho tiempo atrás, también los eslavos del Elba aprendieron de su triste experiencia que el hecho de formar grupos más numerosos permitía ofrecer una resistencia más eficaz a la agresión imperial.⁴⁷

Y cuando terminaba una fase inicial de expansión y conquista, tampoco resultaba necesariamente más fácil tener unos vecinos imperiales. El reinado de Otón III estuvo marcado por una racha de excelentes relaciones entre el emperador por un lado y los bohemios y los polacos por otro, que culminó en el viaje del soberano a la tumba de Adalberto. A la muerte de Otón, sin embargo, la política imperial cambió de manera espectacular. No habiendo dejado hijos, a la ascensión al trono de su primo Enrique I en 1003 siguieron casi veinte años de guerra prácticamente continua entre el Imperio y el estado de los Piastas, en la que el nuevo emperador no tuvo inconveniente en utilizar a los eslavos del Elba, de religión pagana, como aliados contra sus antiguos hermanos cristianos. Enrique tenía, por supuesto, sus motivos, pero este tipo de incoherencia política reflejaba el hecho de que las poblaciones que habitaban al otro lado del Elba eran consideradas básicamente ciudadanos de segunda, lo que significaba que el deseo de explotarlos probablemente fuera percibido siempre como algo legítimo y que por ende tendiera a reafirmarse. Esta actitud latente no venía determinada por una ideología denigratoria tan constante como la de los romanos, cuya visión perfectamente coherente y en la misma medida repugnante, de los «bárbaros» les permitía tratarlos como bestias, si les parecía conveniente. Los polacos y los bohemios estaban protegidos en parte por el hecho de ser cristianos. No es una casualidad que en época posterior fueran los paganos de las regiones del Elba y del Báltico los que acabaran sintiendo en su totalidad el peso brutal de una forma ideológicamente farisaica de imperialismo: las llamadas Cruzadas del norte, que vieron cómo los caballeros teutónicos, de religión cristiana, entre otros, avanzaban a sangre y fuego hacia el norte y hacia el este. No obstante, incluso los estados eslavos cristianos sufrieron las consecuencias de su estatus de pueblos de segunda clase, y nunca pudieron estar seguros de que el deseo instintivo del Imperio de aprovecharse de la explotación de los extraños no intentara reafirmarse a sus expensas.⁴⁸ Y de hecho, la diplomacia de los siglos IX y X muestra numerosos ejemplos del mismo tipo de cambio de política imperial que sufrieron los polacos a comienzos del siglo XI.

A finales del siglo VIII, por ejemplo, cuando Carlomagno se hallaba enzarzado en su larga y tortuosa conquista de Sajonia, un grupo en concreto de eslavos del Elba, los abodritas, fue uno de sus principales aliados.

Establecidos en la frontera oriental de los sajones, donde los carolingios atacaban desde el sur y desde el este, los abodritas abrieron un segundo frente sumamente útil, y Carlomagno se mostró debidamente agradecido por su apoyo. A cambio, les entregó más territorio, apoyo militar y diplomático directo y privilegios comerciales. Una vez absorbida Sajonia en el Imperio, y particularmente cuando se convirtió en sede del mismo, los abodritas descubrieron que estaban de más en las necesidades estratégicas. En vez de aliados útiles, empezaron a parecer súbditos potenciales, y la política imperial dio un giro de ciento ochenta grados. Aunque no fueron conquistados directamente, la diplomacia agresiva se puso a la orden del día, llegando a su punto culminante en el sangriento banquete organizado por un comandante de la región fronteriza, el margrave Gerón, en el que fueron asesinados treinta de los hombres más notables de los abodritas. Este caso deja pequeños incluso los asesinatos en banquetes de tiempos de los romanos, que sucedían con regularidad, pero que normalmente sólo suponían la muerte de un líder bárbaro cada vez. La incertidumbre de la vida al borde del Imperio fue también decisiva en la experiencia de los sucesivos caudillos de los moravos durante la siguiente centuria. Fijémonos en los primeros años del reinado de Zwentibald (Svatopluk). Accedió al poder con la ayuda de los carolingios orientales en 870; luego, en apenas tres años, cuando cambió la política imperial, se vio encarcelado durante varios meses hasta que de pronto lo encontramos saqueando Baviera en venganza por el trato recibido.⁴⁹ Era el hecho de vivir cerca de un imperio poderoso, pero tener —a ojos de un importante sector de su ciudadanía— un estatus de segunda clase, lo que hacía que esta gente se hallara particularmente expuesta a este tipo de peligrosos cambios de política. Siempre cabía la posibilidad de que una facción dentro del círculo dominante del Imperio intentara sacar réditos políticos de la defensa de una línea más dura —y más provechosa— contra esos grupos.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero no hace falta. Lo interesante aquí es el efecto general de la rapacidad imperial en las sociedades que la padecen. La sublevación de los eslavos del Elba nos proporciona un ejemplo particularmente llamativo de resentimiento bien fundado en acción, pero los efectos fueron parecidos en otros casos. La suspicacia natural de la dinastía

morava, por ejemplo, se manifiesta en la esfera religiosa. Lo mismo que muchas de nuestras nuevas dinastías, la nueva estirpe dominante decidió enseguida optar por la conversión al cristianismo. Pero en vez de aceptar simplemente el bautismo de los carolingios, exploraron cualquier otra vía posible, haciendo venir en 863, como es bien sabido, a los misioneros bizantinos Cirilo y Metodio con el beneplácito papal. Lo hicieron, sin embargo, con la férrea oposición de los carolingios, poniendo de manifiesto las sospechas que suscitaban el Imperio y todas sus acciones. Finalmente, a la muerte de Metodio, los moravos fueron obligados a seguir la línea religiosa debida y el resto de los discípulos del monje bizantino fueron expulsados en beneficio del clero franco en 885, pero las expectativas de la explotación imperial siguieron vivas, como demuestra por lo pronto el incidente de 882 con el cual comenzaba el presente estudio, cuando Zwentibold, duque de los moravos, y sus hombres capturaron a los condes francos Werinhar y Wezzilo y les cortaron la lengua, la mano derecha y los genitales.

Buscaban venganza por la forma en la que Engelschalk los había tratado cuando había estado al mando de la misma región fronteriza e intentaban evitar que los hijos de Engelschalk asumieran el antiguo cargo de su padre. Los moravos tenían un plan perfectamente coherente, y su venganza fue simbólica. Evidentemente no conozco la mentalidad del moravo medio del siglo IX, pero evidentemente éste sería un ejemplo de ella, en la mejor tradición mafiosa de mutilación con mensaje incluido. Mi mejor conjetura sería que el hecho de cortarles la mano derecha y la lengua venía a subrayar que no cabía fiarse ni de los hechos ni de las palabras, mientras que la extirpación de los genitales expresaba la esperanza de que aquel linaje no tuviera descendencia. Llevado hasta ese extremo, el resentimiento natural contra la agresión militar y diplomática del Imperio podía convertirse en un medio, práctico e ideológico, que permitía a las nuevas dinastías arrancar el consentimiento de su gobierno. Formar parte de una entidad mayor implicaba siempre asumir obligaciones de servicio, pero dichas obligaciones podían resultar aceptables si, por ese conducto, se evitaban los peores efectos de la rapacidad imperial. Y aunque los eslavos del Elba y los moravos constituyan

los ejemplos más explícitos, hay muy buenos motivos para suponer que la rapacidad imperial tuvo las mismas consecuencias en todos los demás estados fronterizos: Polonia, Bohemia y Dinamarca.

Si este que alguno podría llamar «beneficio negativo» fue el principal efecto del contacto militar y diplomático con el Imperio en la capacidad de nuestras dinastías de construir sus estructuras estatales, hubo también otros más positivos. Llegado el caso, cuando la política imperial resultaba beneficiosa, surgían grandes oportunidades de notoriedad. El gran viaje de Otón III a la tumba de Adalberto fue una ocasión internacional estupenda, y Boleslao Chrobry, como muchos líderes actuales en las reuniones de cumbre, debió de sentirse muy feliz de hacer que sus súbditos vieran en qué alta consideración lo tenía el emperador reinante. Por otra parte, desde luego, quizá fuera la simple visión de la gran cruz de oro macizo colgando sobre la tumba del santo lo que pusiera a trabajar las calculadoras en los cerebros de algunos miembros del séquito del emperador, conjeturando exactamente cuánta riqueza podían obtener de una guerra contra los Piastas (lo que acabaría dando lugar a veinte años de enfrentamiento bélico, pero eso es otra historia).

Naturalmente no es que la violencia se produjera sólo en una dirección. Al igual que sus contemporáneos imperiales, estos nuevos dinastas tenían que conseguir el apoyo político de sus prohombres para gobernar con eficacia, y la concesión de regalos estaría a la orden del día tanto al este como al oeste del Elba. Sus políticas matrimoniales, en todo caso, contribuyeron a agravar el problema. Bajo la influencia del cristianismo, empezaron a pasar de la poligamia descarada a la monogamia en serie, pero la pluralidad de esposas y la abundancia de hijos eran la regla, aunque no al nivel de Samo, allá por el siglo VII, que acabó teniendo doce mujeres y treinta y siete hijos. Esta prodigalidad conyugal supuso que las luchas sucesorias y los enfrentamientos dinásticos fueran muy habituales. Yaroslav el Sabio, hijo de Vladimir, por ejemplo, no se aseguró el poder en 1018 hasta que no acabó la dilatada guerra civil contra su medio hermano Sviatopolk, que tuvo muchos altibajos y que vio la muerte de al menos otros tres hermanos y hermanastros. Y el propio Vladimir tuvo que participar en una guerra parecida en la década de 970 contra su medio hermano Yaropolk, con un número similar de bajas

dinásticas. Las guerras de este tipo sólo podían ganarse movilizándolo un gran apoyo entre los magnates y los séquitos de clientes, lo que requería repartos de riqueza a gran escala. Y como ocurrió en tiempos de los romanos, encabezar incursiones de saqueo triunfales en el territorio más rico y más desarrollado de un vecino imperial constituía un mecanismo muy eficaz para poder realizar grandes donaciones sin riesgo de bancarrota. Los relatos de contra-incursiones de saqueo de los eslavos del Elba, como no podía ser de otro modo, se fijan sobre todo en la propensión a realizar ataques relámpago, pero lo mismo cabría decir, aunque en forma ligeramente más estructurada, de todas las demás dinastías fronterizas. Cada estallido de violencia contra los moravos en el siglo IX, o contra los polacos o los bohemios en el X, fue acompañado de su correspondiente cuota de liberación de riqueza.⁵⁰

Aparte de darles riqueza y prestigio, el contacto con un vecino imperial también contribuyó a afianzar el poder de las nuevas dinastías por algunas vías más concretas. Dos de ellas destacan en nuestras fuentes. En primer lugar, los estados eslavos del siglo X estaban perfectamente al día por lo que se refiere a los modos de hacer la guerra, pues poseían abundancia de caballeros armados. No había sido así antes de 800 d. C. En el siglo IX, incluso los contingentes sajones integrados en los ejércitos carolingios franco-orientales adoptaron al principio únicamente la forma de tropas de infantería y de caballería ligera. La caballería sajona del período otoniano, provista de armamento pesado y cota de malla, no apareció hasta finales del siglo IX y comienzos del X, cuando finalmente los sajones se modernizaron. Con este telón de fondo, es muy sorprendente que los ejércitos bohemios y polacos del siglo X se jactaran también de poseer al menos algunos contingentes de caballería pesada. Tenemos un conocimiento muy escaso, si es que tenemos alguno, de la forma de hacer la guerra de los eslavos antes del año 800, pero es bastante razonable suponer que si ni siquiera los sajones tenían por aquel entonces el armamento más moderno, tampoco lo tuvieron los eslavos. Así pues, ¿de dónde les llegó el conocimiento de dicho armamento y el acceso al mismo durante los cien años siguientes? La respuesta más probable es que en realidad les llegó del Imperio, cruzando el Elba. Ya en 805, en un capitulario producido en Thionville, el emperador Carlomagno intentó limitar el comercio con el mundo eslavo a una serie de

puntos determinados a lo largo de la frontera del Elba, entre ellos Bardowick, Magdeburgo, Erfurt, Hallstadt, Forchheim, Ratisbona y Lorch, entre otras cosas porque se confesaba preocupado por los cargamentos de armas. Todo esto nos hace pensar inmediatamente que las armas circulaban con bastante libertad a uno y otro lado de la frontera, pues incluso los estados imperiales del primer milenio carecían de la maquinaria burocrática necesaria para mantener controles fronterizos eficaces. Evidentemente, la idea de conseguir armamento carolingio moderno tenía que resultar muy atractiva para los grupos eslavos que tuvieran que defenderse de los ejércitos francos, pero esas importaciones tuvieron también importantes efectos políticos internos. No por nada las poblaciones de la Europa de comienzos de la Edad Moderna asociaban los ejércitos permanentes con la autocracia real. La adquisición del tipo de equipamiento militar que hiciera que sus tropas dominaran en el campo militar situaba también a cualquier dinasta incipiente en una posición perfecta para derrotar a sus rivales internos y acabar con la disidencia. La importación de la tecnología militar del Imperio, pues, sirvió directamente para potenciar el proceso de formación del estado en la periferia.⁵¹

Teniendo este detalle en cuenta, la organización económica de las zonas nucleares de esos nuevos estados resulta también interesante. Como hemos visto, enseguida se desarrolló un modelo poco rígido de grandes fincas, en las que determinadas aldeas de siervos desempeñaban funciones especializadas además de suministrar los productos alimenticios básicos. Este modo de organización predominaba también en el imperio carolingio del siglo IX, sobre todo en las zonas económicamente menos desarrolladas del este del Rin. Quizá fuera simplemente una forma sensata de garantizar la provisión de productos de vital importancia en unas condiciones anteriores a la instauración de la economía de mercado, y llegó de forma completamente independiente al este del Elba. Sin embargo, debe de haber alguna posibilidad de que estemos ante otras consecuencias, ligeramente más inesperadas, del estrecho contacto entre el imperio y su periferia.

En comparación con al época de los romanos, lo que falta en este cóctel de contactos es el tipo de manipulación diplomática en la que los emperadores romanos fueron verdaderos maestros, promocionando sistemáticamente a determinados dinastas para modificar la geografía política

vigente a su favor porque parecían prometer a medio plazo las máximas garantías de seguridad en la frontera. Los emperadores carolingios y otonianos promovieron a veces a determinados grupos favoritos, como los abodritas, pero en las fuentes no vemos el menor indicio de que intentaran interferir constantemente en las estructuras políticas de sus vecinos. Sin embargo, hay bastantes posibilidades de que los planes diplomáticos de un imperio distinto desempeñaran un papel importante en las primeras fases de estos procesos de transformación. Moravia, Bohemia y, hasta cierto punto, Polonia pueden considerarse estados sucesores del imperio ávaro destruido por Carlomagno justo antes del año 800. No sabemos gran cosa acerca de la gestión interna del imperio ávaro, pero lo que sabemos nos indicaría que funcionaba más o menos como el de los hunos. Desde luego, al igual que los hunos, los ávaros encabezaban una confederación desigual en la que el poderío militar de su núcleo central, originalmente nómada, era movilizado para mantener fieles a su organización política a una gran variedad de grupos sometidos, en principio contra su voluntad. Había dentro de este modelo general diversos estatus, más o menos favorecidos, que podían ocupar esos súbditos. La instantánea más interesante que tenemos de su funcionamiento describe cómo un grupo, muchos de cuyos integrantes eran descendientes de prisioneros romanos, consiguió la condición libre (salió de la esclavitud), y se le concedió la facultad de tener su propio líder. Este detalle suena también bastante a lo que era la práctica en el imperio de los hunos e indicaría que, a falta de una maquinaria gubernamental compleja, los ávaros solían gobernar a sus súbditos a través de príncipes aliados de confianza. En tal caso, es muy probable que el imperio de los ávaros cimentara todavía más el poder de los líderes del tipo de los que en torno al año 600 estaban apareciendo en algunos grupos eslavos, cuando empezaron a controlar las oleadas de nueva riqueza procedentes en particular de más allá de las fronteras del Imperio Romano de Oriente. Esta combinación —de innovaciones del siglo VI reforzadas por la consiguiente manipulación diplomática de los ávaros— es la explicación más verosímil, en mi opinión, de que el colapso del imperio ávaro viniera marcado por la rápida aparición de una serie de caudillos eslavos con una autoridad, al parecer, ya bastante importante y consolidada.⁵²

En general, los contactos militares y diplomáticos entre esos nuevos estados y el Imperio adyacente adoptaron, pues, muchas formas. Las atenciones imperiales solían tener un carácter predatorio, consecuencia de la enorme marea de agresiones provenientes del lado imperial de la frontera. Esta situación sería comparable, cuando se dieran las condiciones adecuadas, a la tendencia contraria perceptible en los nuevos estados —o entre las facciones existentes en ellos— a saquear las abundantes riquezas disponibles al oeste del Elba. Todo esto es sólo lo que habría cabido esperar, pero ambos fenómenos se caracterizaron por una fuerte tendencia a potenciar la formación del estado, dando a los dinastas incipientes un fundamento ideológico o simplemente dinero que emplear para seguir adelante con el proceso. En concomitancia con estas grandes áreas de contacto iban otras subáreas que también contribuyeron a hacer progresar el proceso: la exportación de tecnologías militares y de otro tipo, y los momentos ocasionales en los que la benevolencia imperial favoreció el capital de determinados dinastas.

Si nos fijamos en los modelos de desarrollo en general vigentes a partir del siglo IX, vale la pena hacer otras dos puntualizaciones. En primer lugar, por lo que se refiere a los dos efectos de la proximidad a un imperio, el «beneficio negativo» —la utilización de la agresión imperial como fundamento ideológico para la formación del propio estado— y el «beneficio positivo» —la capacidad de saquear el imperio como fuente de recursos inmediatos—, la comparación de la suerte que corrieron los eslavos del Elba con la de los estados de los Piastas y los Premyslidas indica que el primer tipo de beneficio fue más importante. Mientras que los eslavos del Elba se hallaban mejor situados para efectuar incursiones de saqueo, al habitar directamente junto a la frontera del Imperio, y se dedicaron a hacerlas con mucha frecuencia, por eso mismo al Imperio le resultaba también facilísimo meterse con ellos. Y naturalmente lo que significa una potencia imperial es que, cuando decide una cosa y no hay otros factores que interfieran, es mucho más poderosa que cualquier estado vecino. Así pues, en un choque frontal entre el Imperio y los eslavos del Elba sólo podía haber un vencedor. Polonia estaba significativamente más lejos, aislada geográficamente de una agresión inmediata por parte del Imperio, mientras que la cuenca de Bohemia gozaba

de la protección estratigráfica de la Selva de Bohemia, de los Montes Metálicos y de los Montes de los Gigantes. De por sí, pues, el acceso directo al saqueo no era base suficiente para la formación del estado. Era un recurso adicional muy útil, pero sólo si se lograba sobrevivir al contraataque del Imperio y utilizar en beneficio propio todo el resentimiento que éste pudiera generar.

En segundo lugar, estos distintos tipos de contactos, positivos y negativos, a largo plazo empujaron a las sociedades afectadas en esa misma dirección, naturalmente siempre y cuando estuvieran en condiciones de sobrevivir a los intentos de conquista imperial. La fuerza unificadora de la lucha por la supervivencia, los efectos de la aprobación ocasional del Imperio, las oleadas de dinero proveniente del saqueo, las exportaciones de equipamiento militar y de agudeza administrativa: todos estos factores facilitaron muchísimo la capacidad de los dinastas nacientes para avanzar hacia la dominación regional. Y ese efecto prodinástico no se limitó sólo a la interacción militar y diplomática.

Globalización

Es evidente que para que sus operaciones de construcción del estado fueran un éxito, los dinastas tuvieron que contar con el consentimiento de algunos de los grupos de población afectados por el proceso. En los casos de Moravia, Bohemia y Polonia, al menos, los nuevos dinastas empezaron alcanzado la preeminencia en su propio grupo local o «tribu», y luego supieron arrancarle su aquiescencia a sus ambiciones regionales, dependiendo, presumiblemente, de cuánto éxito hubieran tenido ya. Incluso cuando ya habían nacido las estructuras estatales mayores, los soberanos siguieron necesitando ese consentimiento, desde luego el de los *optimates* del corazón de sus dominios, y probablemente también el de una clase libre más amplia, si estamos en lo cierto cuando pensamos que ese grupo social desempeñaba un papel importante en la sociedad eslava a finales del primer milenio y comienzos del segundo. Al mismo tiempo, otras facetas de la construcción del estado se basaron en la aplicación de la fuerza bruta. Por lo pronto, la extensión del propio poder más allá del grupo del que era

originario un dinasta implicaba destruir las fortalezas bien defendidas en el alto de las colinas de las poblaciones vecinas y reasentar a muchas de ellas en el corazón de sus dominios. Los séquitos militares grandes y bien equipados eran un componente fundamental de las nuevas estructuras estatales, y cuesta trabajo pensar que esas fuerzas de choque no desempeñaran un papel primordial en la destrucción del viejo orden político y en los desplazamientos de población que la acompañaron.

Lo que viene a subrayar todo esto es la importancia primordial de la capacidad que tuvieron los dinastas de acumular riqueza en unas proporciones nunca vistas. Los séquitos militares requerían enormes cantidades de riqueza. Evidentemente, necesitaban comida, auténticos montones de comida. Todos los testimonios comparativos que tenemos acerca de los séquitos de guerreros, y algunos que hacen referencia específicamente a los nuevos estados, indican que ser alimentados como auténticos héroes constituía entre los adeptos una expectativa fundamental. Y no era sólo cuestión de gula. Los guerreros solían pasar la mañana dando golpes a grandes troncos de madera con espadas pesadas (para acumular pericia y fuerza muscular) y realizando actividades que los distrajeran, todo lo cual suponía un enorme gasto de calorías. Pero alimentar a las bestias no era, ni mucho menos, todo. Como hemos visto, un rasgo sorprendente de los séquitos de guerreros de esos nuevos reinos son las armas y las armaduras más modernas que pudieran existir, especialmente la armadura defensiva, que eran carísimas, tanto si se compraban —como cabría sospechar que ocurriera en primera instancia, a la vista del capitulario de Thionville— a los traficantes de armas francos, como si se fabricaban en el propio país, como acabaría sucediendo. Fue el potencial militar de los séquitos militares lo que permitió la rápida y violenta expansión que caracterizaron la formación del estado entre los Premyslidas, los Piastas e incluso en Moravia. Pero para crearlos se necesitaron cantidades ingentes de dinero. La cuestión evidente, pues, es saber de dónde salieron y cómo pudieron conseguirlas los dinastas.

Si nos fijamos en la Europa central y del este entre los años 800 y 1000, la respuesta más probable, con mucho, es que consiguieron esos fondos de las nuevas redes internacionales de tráfico de pieles y esclavos. Una vez más, existen algunas similitudes entre este fenómeno y los procesos de

transformación experimentados con anterioridad por las sociedades predominantemente germánicas de los confines del Imperio Romano. En este caso, los ejércitos permanentes de los romanos constituyeron una fuente constante de demanda de productos agrícolas y de mano de obra de todo tipo, tanto de soldados como simplemente de esclavos. Como ya hemos señalado, la continua afluencia de pagos y remuneraciones al otro lado de la frontera contribuyó entonces a crear las nuevas estructuras sociales que sustentaron las grandes confederaciones germánicas del Bajo Imperio. Existen, sin embargo, algunas diferencias fundamentales entre los dos contextos. Ante todo y sobre todo, está la magnitud de la operación. El tráfico de pieles y esclavos de época posterior se desarrolló a una escala geográfica y monetaria mucho mayor que la existente en tiempos de los romanos. Los esclavos, como es natural, eran siempre artículos costosos, pero el comercio de pieles, no mencionado en las fuentes de la primera mitad del milenio, era mucho más valioso que cualquier negocio romano. Además, no tenemos ningún indicio de que en tiempos de los romanos los esclavos llegaran de tan al norte ni de tan al este. Por consiguiente, no me inclino a pensar que las actividades de las redes comerciales de época posterior hayan dejado más rastros en nuestras fuentes históricas y arqueológicas que cualquier actividad mercantil de época anterior.

En segundo lugar, y una de las razones de que su magnitud fuera mucho mayor, las redes de finales del primer milenio actuaban con varias fuentes de demanda imperial de sus valiosos productos. Parece que la demanda se originó en Europa occidental, y que afectó a productos procedentes del norte de Rusia que eran enviados hasta allí desde mediados del siglo VII. El centro comercial de Staraja Ladoga surgió un par de generaciones antes de que se estableciera cualquier tipo de contacto con los musulmanes. Este hecho es perfectamente lógico, pues la creciente demanda de Europa occidental por esa época coincide con la ascensión de la dinastía carolingia. Pero no tardó en entrar en escena la dimensión islámica. Poco después del año 800, empezaron a afluir hacia el norte grandes cantidades de monedas musulmanas de plata, desviándose en ese momento parte del comercio hacia un segundo grupo de clientes, las elites del imperio abasí. Era éste el mayor estado de su tiempo, de modo que la demanda proveniente de él no tardó en dejar pequeña a la de

Occidente, a juzgar al menos por la cantidad de plata musulmana que acabó en la región del Báltico. La conexión musulmana no se interrumpió ni siquiera cuando cayó el califato de los Abasíes a comienzos del siglo X, pues enseguida surgió un gran estado sucesor bajo el control de la dinastía Samánida del este de Irán, cuyas minas de plata la hicieron fabulosamente rica. En un momento determinado entre mediados y finales del siglo IX, por fin, entró en juego Constantinopla. Mucho menos rica que el mundo musulmán, constituía en cualquier caso un tercer centro de demanda de la elite.⁵³

La relativa proliferación de fuentes de demanda nos permite también explorar las actividades de esta red comercial con más detalle del que nos permitían sus equivalentes de época romana. Ya hemos visto algunas de las grandes rutas acuáticas que abrieron los aventureros escandinavos en el siglo IX: en particular, las rutas fluviales que bajaban por el Volga y sus afluentes hasta el mundo musulmán, y por el Dniéper y el mar Negro hasta Constantinopla. Había también rutas terrestres que atravesaban Europa central hacia el oeste, y en las cuales Praga constituía una parada obligatoria. Podemos asimismo decir algo acerca de la zona en la que solían ser capturados los esclavos. Los geógrafos árabes señalan que los rus hacían incursiones de saqueo por el oeste para conseguir a sus víctimas, mientras que los «eslavos occidentales» hacían incursiones hacia el este. La confirmación de esta imagen nos la proporciona la distribución de las monedas musulmanas de plata que llegaron al norte a cambio de pieles y esclavos. Aparecen unas concentraciones muy curiosas. Dos se sitúan donde cabría esperar: a lo largo del Volga y sus afluentes, y en Escandinavia. Pero hay una tercera entre el Óder y el Vístula, justo en el corazón del estado de los Piastas. Más llamativa aún es la absoluta ausencia de monedas en las inmensas extensiones de terreno situadas al este del Vístula y al norte y al oeste del Dniéper. De manera bastante directa, pues, la distribución de las monedas confirma las noticias de los geógrafos árabes. Las áreas sin monedas son precisamente aquellas de las que eran arrancados los esclavos, atrapados entre la espada de los rus y la pared de los eslavos occidentales.⁵⁴

Esto nos lleva a pensar asimismo cómo consiguieron exactamente hacer dinero los nuevos dinastas con estas redes internacionales. Todos ellos estaban muy ocupados cobrando aranceles, pero los Ruríkidas, como hemos visto, hicieron mucho más que eso. Socios activos de esas redes, los encontramos también desarrollando mercados, no sólo cobrándoles impuestos. Y como buena parte de los productos comprados y vendidos eran de hecho esclavos, quizá existiera un vínculo muy estrecho entre la evolución de las nuevas redes comerciales y los séquitos militares, que tanta importancia llegaron a adquirir. En el tráfico de esclavos la violencia y el terror están a la orden del día, no sólo porque los individuos puedan resistirse a su captura, sino porque la gente aterrorizada y acobardada es mucho más fácil de transportar. Recuerdo que cuando todavía era un estudiante, cogí una vez el manual de esclavitud medieval y estuve ojeándolo con indolencia, pues estaba en francés y el tema no era absolutamente primordial para el trabajo que teníamos que hacer esa semana. Mi atención se vio atraída hacia un mapa que, al parecer, situaba una serie de batallas marcadas por el símbolo habitual de las espadas cruzadas. Me pareció extraño. Fijándome mejor, comprobé que los símbolos en cuestión no eran unas espadas cruzadas, sino unas tijeras, y la leyenda decía: *Points de castration*. No hace falta traducción. Y las mujeres no corrían mejor suerte. A los geógrafos árabes les encantaba, desde luego, el carácter bárbaro de las sociedades del norte que describían y subrayaron deliberadamente la absoluta crueldad de los traficantes de esclavos rus. Ibn Fadlan los describe como las criaturas más inmundas que ha creado Dios, subrayando lo repugnante de sus hábitos de higiene personal. Alude además sólo a mujeres y niños entre los esclavos que eran vendidos en la ruta del Volga, mostrando un placer voyeurístico en hablar de la cantidad de relaciones sexuales que mantenían los esclavistas con sus víctimas.

No sabemos muy bien qué hacer con todo esto. Los relatos literarios podrían hacernos pensar que el comercio con el mundo islámico era sólo de esclavas, pero yo no sé si creerlo o no. Quizá las enormes distancias que comportaba significaban que el transporte de esclavos varones resultara demasiado peligroso, pues, aunque viajaran por vías acuáticas, el refugio potencial de las orillas del río no estaba demasiado lejos, a diferencia de lo que ocurriría luego con el tráfico de esclavos transatlántico. No me cabe

duda, sin embargo, de que la explotación sexual era un elemento importantísimo de toda la operación. En el caso de las mujeres y la esclavitud siempre es así, y deberíamos preguntarnos dónde consiguió Vladimir las trescientas concubinas que tenía en Vyshgorod, las trescientas que tenía en Belgorod, y las doscientas que tenía en Berestovoe.⁵⁵

Lo verdaderamente importante, sin embargo, es que los séquitos militares bien adiestrados y perfectamente equipados habrían constituido un instrumento estupendo no sólo para la construcción del estado, sino también para la captura de esclavos. Algunas incursiones de saqueo las realizaban intermediarios, pero los rus hacían ellos mismos buena parte del trabajo sucio que había que hacer, y hay buenos motivos para suponer que lo mismo cabría decir de los esclavos occidentales, probablemente integrantes de los séquitos de los Piastas y los Premyslidas. Como ya hemos señalado, han aparecido numerosas monedas musulmanas en el territorio de los Piastas, y sus tierras se encontraban convenientemente cerca de las zonas que los textos y la falta de monedas nos dicen que eran los lugares en los que eran capturados los esclavos. En mi opinión, no es ninguna exageración suponer que, como sus homólogos Ruríkidas, los Piastas incrementaran la capacidad militar de sus séquitos no sólo con los ingresos generados por los aranceles, sino también participando activamente en el tráfico internacional de esclavos.

Lo importante de las nuevas conexiones comerciales no es sólo que generaron nueva riqueza. Al menos tan revolucionario como la riqueza misma fue el efecto multiplicador provocado por el hecho de que las nuevas estructuras de poder evolucionaron para maximizar y controlar la dirección de su afluencia. Como ocurre con la globalización moderna, las nuevas conexiones generaron ganadores de primera línea, pero también perdedores sin remedio. Los máximos ganadores fueron las nuevas dinastías y sus principales adeptos: los dignatarios que estaban tras ellas y sus séquitos militares. Los principales perdedores fueron naturalmente las poblaciones generadoras de esclavos, pero también los vecinos de los dinastas en ascenso, que perdieron su independencia y pasaron a ocupar las aldeas de siervos de condición no libre. Y, una vez más como ocurre con la globalización actual, las nuevas interconexiones entre los más desarrollados y los menos

desarrollados no sólo fueron económicas. También las ideas cruzaron las fronteras y también en este sentido el efecto transformador de los nuevos contactos fue enormemente poderoso.

El conjunto más importante de ideas que logró salvar el abismo en estos siglos fue indudablemente, como se ha reconocido hace ya tiempo, la religión cristiana. En el año 1000 el cristianismo ya había sido adoptado formalmente por los soberanos de casi toda Escandinavia y la Europa central y del este. La dinastía de los Piastas se convirtió en la década de 970, los daneses, encabezados por Harald Blåtand, más o menos por la misma fecha, los Premyslidas aproximadamente una generación antes, y los Ruríkidas, con Vladimir al frente, media generación después. Naturalmente los moravos habían adoptado ya el cristianismo a mediados del siglo IX. Sin embargo, a pesar del avance triunfal de la nueva religión entre ellos, ésta tenía una dimensión que resultaba potencialmente problemática para los nuevos dinastas de la Europa no imperial. Desde Carlomagno, aunque para entonces tampoco fuera ya una idea nueva, el título imperial comportaba la connotación de que quien lo poseía ostentaba la máxima autoridad, al haber sido escogido personalmente por Dios para gobernar como representante suyo en la tierra. Aceptar el cristianismo, pues, era reconocer implícitamente la legitimidad de la soberanía imperial, y esto, como es natural, hizo vacilar a los dinastas. Además, si un dinasta no tenía una provincia eclesiástica absolutamente independiente, estaba la consideración práctica de que una parte de las rentas obtenidas (a través de los diezmos, por ejemplo) para fines religiosos en sus dominios quedaba de hecho fuera de su control, pues iba destinada a la sede arzobispal. Y los arzobispos, al menos teóricamente, tenían mucho que decir en el nombramiento de los obispos, de modo que un arzobispo «imperial» podía interferir en la elección de obispos dentro del territorio de un dinasta.

Desde luego esos problemas potenciales obstaculizaron la aceptación del cristianismo por la dinastía morava. Ésta intentó resolverlos accediendo a la cristiandad a través de una mezcla del papado y de Bizancio, en vez de hacerlo a través de sus vecinos francos. Quizá fuera por motivos parecidos por lo que los misioneros anglosajones, no los eclesiásticos imperiales vecinos, desempeñaron un papel primordial en las primeras fases de la

cristianización de Escandinavia. A la larga, sin embargo, la proximidad del patrocinio imperial resultaría difícil de resistir, y lo mejor sería aceptar el cristianismo desde esa fuente, pero —como hizo Polonia— conseguir el derecho a tener un arzobispo propio, protegiéndose así de los peligros más graves.⁵⁶

¿Pero por qué había que aceptar el cristianismo? Ya hemos visto un beneficio evidente. Aceptar la orientación religiosa de la Europa rica, imperial y desarrollada era un paso importante si se quería uno librar de la categoría de «bárbaro» y tener derecho a ingresar en el club de las naciones cristianas. Aunque luego tuviera que enfrentarse a los posibles problemas de la hegemonía imperial —o de las pretensiones de hegemonía imperial—, probablemente fuera una opción mejor que seguir incluido en la categoría de bárbaro, de la que no habría escapatoria cuando a cualquier facción influyente de las estructuras del Imperio se le ocurriera la feliz idea de beneficiarse a expensas de uno. Naturalmente ése fue el problema que dio lugar a la desaparición a la larga de los eslavos del Elba, aunque, a comienzos del siglo XI, se beneficiaran del deseo de Enrique I de poner coto al poder de los Piastas. Durante mucho tiempo ha estado además a la orden del día identificar una serie de ventajas concretas para los dinastas ambiciosos en la adopción del cristianismo, relacionadas con la administración interna de sus reinos.

Dichas ventajas se incluyen en tres grandes apartados. En primer lugar, la conversión al cristianismo suponía para los reyes y príncipes en cuestión cierto grado de promoción ideológica. En el primer milenio solía ser aceptada por todo el mundo la idea cristiana de que ningún príncipe podía alcanzar el poder sin la voluntad de Dios. Convertirse al cristianismo, pues, permitía a los príncipes afirmar que habían sido elegidos por Dios, poniendo así una distancia ideológica abismal entre ellos y sus rivales más inmediatos. Esto podía resultar útil en el contexto político, pues la mayoría de los dinastas deseosos de hacer carrera se habían visto encumbrados recientemente por encima de un montón de rivales, y casi siempre por medio de la fuerza bruta. En segundo lugar, el cristianismo era una religión del Libro: todos sus textos básicos, los comentarios a dichos textos, y las normas prácticas que se habían desarrollado a lo largo de los siglos de organización de sus actos, estaban

escritos. El clero cristiano en su conjunto actuaba, pues, con un conocimiento de la lectura y la escritura superior al de la media incluso de la elite de la Europa altomedieval. Los clérigos podían, por tanto, ser funcionarios reales útiles, y en todos los casos que conocemos fueron empleados como tales por sus soberanos recién convertidos. A largo plazo, sería de hecho el dominio de la lectura y la escritura por parte de los eclesiásticos lo que permitiría soportar formas más burocráticas de administración, particularmente útiles a la hora de calcular y de cobrar tributos en metálico. En tercer lugar, y este principio emana directamente del anterior, el cristianismo era una religión cara de mantener. Edificios, libros, clérigos con dedicación exclusiva: todo ello era carísimo. De modo que la institución del cristianismo supuso siempre la creación de nuevos impuestos —a finales del primer milenio, a menudo en forma de diezmos— mediante los cuales se sufragaban las actividades de la religión. Todo da a entender que los reyes se quedaban con parte de esas rentas para ellos, apropiándose de parte de los diezmos unas veces directamente, y otras indirectamente. El método indirecto funcionaba muy bien porque a menudo los reyes se reservaban el derecho a nombrar los principales cargos eclesiásticos, como, por ejemplo, obispos y abades, y por lo tanto podían elegir para esos puestos a sus adeptos, asegurándose así su docilidad financiera o de otro tipo.⁵⁷

A mí me ha resultado siempre sospechosa esta lista de principios. Las pretensiones siempre hay que someterlas a prueba. Sólo porque un príncipe convertido pretendiera ser acreedor a un respeto mayor por declararse elegido de Dios, no significa que todo el mundo se lo tuviera realmente, y en la mayor parte de los casos documentados la conversión no supuso una gran diferencia frente a las culturas políticas existentes. Una vez convertidos, los reyes tenían tantas probabilidades de ser rechazados, destronados y asesinados como sus antecesores no convertidos. Fue particularmente significativo, por ejemplo, que Boleslao II decidiera quitar de en medio a los Slavnik el día de San Wenceslao. Seguramente lo hiciera adrede y cualquiera se vería tentado a pensar que hacer una cosa así el mismo día de la festividad del santo rey Premyslida daba al acto una especie de legitimidad, a pesar de su brutalidad. Pero Boleslao II era hijo y heredero de Boleslao I, hermano, asesino y sustituto de Wenceslao, de modo que quizá a la estirpe de Boleslao

I simplemente le gustara matar a sus rivales a finales de septiembre, y la elección del día no sería más que un recordatorio a todos sus posibles opositores del trato que habían solido dispensarles. Del mismo modo, la segunda ventaja propuesta distaría a la larga mucho de haber ocupado un lugar primordial en los cálculos de cualquier dinasta convertido. Teniendo en cuenta que el lapso de tiempo transcurrido entre la conversión al cristianismo y la aparición de una administración culta debidamente desarrollada en el caso bien documentado de la Inglaterra anglosajona, por ejemplo, fue de varios siglos, parece muy poco probable que los primeros dinastas conversos se sintieran atraídos por la visión de una potencial revolución en el ámbito del gobierno.⁵⁸

Así pues, de las ventajas que generalmente se han visto en la conversión, sólo la tercera parece tener peso suficiente y eso, como la posibilidad de librarse de la condición de bárbaros, constituyó un verdadero factor en la mentalidad de los dinastas conversos de los siglos IX y X. Para entonces, las modalidades de tributos cristianos estaban ya tan arraigadas en la Europa imperial que extenderlas a una nueva zona era un paso muy fácil de dar, que además tenía considerables ventajas potenciales para los reyes.⁵⁹ Yo tengo, sin embargo, la firme sospecha de que estas dos ventajas quedaban prácticamente en nada comparadas con otra faceta de la conversión de la que no suele hablarse tanto. Su importancia queda patente, de forma harto paradójica, en los contextos en los que la nueva religión encontró una resistencia activa.

Como religión culta propia del mundo imperial desarrollado, respaldada por todo el cachet ideológico que la percepción del triunfo suele otorgar por asociación, el cristianismo «ganó» casi siempre en los choques culturales de la Alta Edad Media: más o menos de la misma manera, sospecho yo, que las firmas Levi's y McDonald's han sido adoptadas en todo el mundo debido a su asociación con la marca mundial ganadora que es hoy día Estados Unidos. Muy ocasionalmente, sin embargo, el contacto con el cristianismo generó una reacción violenta y contraria (como a veces ocurre con los éxitos norteamericanos en el mundo moderno). Ya nos hemos encontrado antes con un ejemplo, cuando los líderes de los godos tervingos del siglo IV empezaron a perseguir a los cristianos porque asociaban su religión con la hegemonía

romana. Otro par de ejemplos del mismo fenómeno pueden observarse seiscientos años después. Una clara ideología anticristiana tuvo una importancia primordial, por ejemplo, en la sublevación de los eslavos del Elba contra la dominación otoniana después de 983, cuando fueron asaltadas e incendiadas iglesias y abadías, e incluso los cadáveres de los obispos fueron exhumados, robados y profanados. Como la Iglesia era un instrumento de explotación colonial en aquellas tierras de marca imperial, la intensidad de la cólera de sus habitantes quizá no tenga nada de extraño. Un anticristianismo ligeramente distinto, dirigido por los gobernantes, había aflorado en Rusia más o menos por la misma época. Aunque la viuda de Oleg, Olga, se había convertido al cristianismo debido a la influencia bizantina y probablemente había sido bautizada en el curso de una visita a Constantinopla en 957, dos de sus hijos, Sviatoslav y Vladimir, que reinaron sucesivamente a su muerte, defendieron abiertamente las pretensiones de religión no cristiana en contra de la decisión de su madre. En este caso la cuestión parece que fue más cultural que práctica, pues todavía no había sacado su horrenda cabeza en Kiev ninguna estructura colonial de la Iglesia bizantina.⁶⁰

Sin embargo, lo que tienen de fascinante estos ejemplos de anticristianismo agresivo es que hasta para empezar a rivalizar con el desafío cristiano, el carácter de la religión no cristiana existente tuvo que cambiar. Para unir a sus múltiples y variados pueblos contra la influencia cristiana, Vladimir no declaró fuera de la ley a todas sus distintas divinidades, sino que elevó a Perun, un antiguo dios báltico y eslavo del trueno y el relámpago, a la categoría de dios supremo, y obligó a sus súbditos a rendirle honores. Vladimir pretendía juntar a escandinavos, a gentes de lengua eslava y de lengua fínica, y a sabe Dios quién más, de modo que cualquier impulso en pro de una unidad religiosa anticristiana tenía por fuerza que comportar la selección de uno solo entre la indudable variedad de cultos practicados por la heterogénea multitud de los que le seguían. E incluso entre los eslavos del Elba, culturalmente mucho más homogéneos, el anticristianismo supuso un importante cambio religioso. Una vez más, no es que todos los demás cultos fueran declarados fuera de la ley, pero la nueva confederación de los liuticos quedó unida en adelante por la adhesión común a un culto general, el de Retra. Todo el mundo debía pagar una cuota a los sacerdotes y los templos

del dios, y Retra era consultado antes de llevar a cabo cualquier acto de guerra, y había que ofrecerle el diezmo de todos los despojos. No sabemos mucho acerca del paganismo eslavo antes de la conversión, pero como confirma esta necesidad de generar un nuevo culto general para mantener a raya al cristianismo, todo indica que había una gran variedad de cultos, y que cada agrupación sociopolítica —«tribu»— tenía el suyo.⁶¹

Frente a este telón de fondo, el cristianismo ofrecía otro poderoso aliciente a los dinastas que pretendían unir bajo su control a unos territorios de una extensión desconocida hasta entonces. La enorme variedad de cultos no cristianos a la que se enfrentaban formaba parte de una estructura cultural perteneciente al orden político anterior, establecido mucho tiempo atrás. Un rasgo atractivo del cristianismo en este contexto era su intolerancia legalizada: la negativa a aceptar la validez de cualquier otro acto de culto. Adoptar el cristianismo permitía a un gobernante eliminar todas las prácticas de culto anteriores, independientemente de que hubiera o no suficientes sacerdotes cristianos a mano con los que implantar una Iglesia cristiana capaz de funcionar plenamente. Como tal, le permitía romper una de las principales barreras que habrían podido limitar sus intentos de crear un nuevo orden político. Junto a sus otros «alicientes» positivos, el cristianismo traía consigo el derecho a acabar con las estructuras religiosas anteriores, lo que hacía de él el acompañamiento ideológico perfecto de todo proceso de unificación política.

IGUALDAD Y PERIFERIAS

Los nuevos estados que aparecieron en el norte y el este de Europa hacia finales del primer milenio fueron fruto de largos y complejos procesos de transformación, cuyas raíces se remontaban en algunos casos muy atrás. Las expansiones migratorias de finales del siglo v y del vi activaron la aparición de una notable diferenciación social entre las poblaciones de lengua eslava de Europa. El imperio ávaro parece que estableció luego un nuevo tipo de liderazgo hereditario entre los grupos eslavos sometidos a su dominación, y los nuevos estados de los siglos ix y x fueron capaces de incrementar en gran medida la producción de alimentos y los niveles de población en zonas que

habían constituido la región menos desarrollada de la Europa bárbara. Al menos algunas de esas transformaciones quizá desembocaran en unidades sociopolíticas mayores, construidas en buena parte con el consentimiento de la gente, al aceptar los individuos las cargas inherentes al hecho de formar parte de una masa más numerosa de seres humanos a cambio de la seguridad económica y política que ese vasallaje ofrecía. Así, al menos, lo indica el tipo de fortalezas construidas hasta el año 800 en lo alto de las colinas, que parecen esencialmente de inspiración comunal, refugios nacidos de la necesidad colectiva, no fortificaciones construidas por orden de un magnate.

Hasta aquí, el proceso de formación del estado es razonablemente compatible con los modelos de cambio social a los que a veces los especialistas dan el título de «interacción de entidades políticas iguales». Lo que eso quiere decir, una vez traducido del original en lengua marciana, es que estamos ante un mundo en el que los cambios se llevan a cabo a través de un proceso gradual de competencia entre unidades sociales que tienen más o menos la misma magnitud y el mismo poder.⁶² Ese proceso evolutivo fue rebasado rápidamente, sin embargo, en los dos últimos siglos del período que nos ocupa por una serie de dramáticos acontecimientos cuyo catalizador fueron los contactos cada vez más complejos mantenidos con el mundo exterior. En primer lugar, Carlomagno destruyó el imperio de los ávaros, desencadenando una lucha por el poder entre los súbditos que habían dependido de ellos. Y mientras se libraba esa lucha, nuevas redes comerciales, combinadas con lazos militares y diplomáticos, trajeron una enorme cantidad de nuevas riquezas a la Europa oriental y septentrional, en forma sobre todo de metales preciosos. Acaparar el mercado de esa riqueza permitió a las dinastías más afortunadas armarse hasta un grado mucho más alto de lo que se había visto nunca en la región, y extender sus dominios de forma repentina y por la fuerza.

Dentro de este proceso en dos fases, la jugada fundamental de un dinasta era situarse en una posición —geográfica y/o económica— desde la cual pudiera maximizar los beneficios procedentes de la nueva riqueza que circulaba por las redes comerciales internacionales. De las cuatro dinastías que florecieron de forma tan espectacular durante los dos últimos siglos del primer milenio (sin contar la de los moravos, demasiado breve), tres desde

luego surgieron en posiciones perfectas para sacar beneficios. Praga, hogar los Premyslidas, era un gran depósito franco de las rutas terrestres del tráfico de esclavos establecidas a lo largo de Europa central. Los Riuríkidas estaban profundamente implicados en el tráfico de esclavos y pieles, mientras que las alusiones de las fuentes musulmanas y la densidad sospechosamente elevada de los hallazgos de monedas árabes indican que también los Piastas estaban decididamente metidos en el negocio. Lo mismo probablemente cabría decir de la casa real de Moravia, pues las rutas que confluían en Praga pasaban también por el corazón de sus dominios, aunque no tenemos testimonios explícitos de que así fuera. En la Europa continental mayoritariamente eslava existe una fuerte correlación entre una posición ventajosa en las redes comerciales y el éxito alcanzado en la formación del estado.

A este respecto, el mayor misterio quizá sea el que representa la dinastía danesa de Jelling, de cuya participación en la nueva configuración comercial no tenemos pruebas concretas. La formación del estado en Jutlandia y las islas adyacentes tuvo unas raíces mucho más profundas que las de sus vecinos del norte y el este de Europa. Como ya existió allí una especie de estado en la época previkinga, la formación del estado en Dinamarca quizá tuviera que ver con la reactivación de algo que en realidad no había muerto nunca, y por eso tal vez dependiera menos del acaparamiento de la nueva riqueza necesaria para crear una fuerza militar. Cabe sostener, sin embargo, que el destino de la dinastía de Jelling también estuvo íntimamente ligado a las redes comerciales internacionales. Más o menos por la época en la que Sviatoslav, el Gran Príncipe de los rus, lanzó sus agresivas campañas hacia el este, contra la zona del Volga, en la década de 960, la plata dejó de fluir hacia el norte en dirección a Escandinavia, aunque siguió llegando a Rusia. Cuesta trabajo no llegar a la conclusión de que, como sucediera con sus ataques contra Constantinopla, las guerras de los Riuríkidas en esta zona tuvieron que ver, en parte al menos, con la cuota de mercado, con el fin, entre otras cosas, de expulsar a los mercaderes escandinavos de la ruta del Volga. Tras este breve hiato, es evidente que los mercaderes escandinavos encontraron una nueva ruta hacia el sur y la plata volvió a fluir de nuevo hacia el norte durante unos diez años más o menos. Después, en la década de 980, el flujo de plata musulmana hacia el Báltico cesó definitivamente.

Fue precisamente entonces cuando los saqueadores escandinavos empezaron de nuevo a causar disturbios en las aguas de Europa occidental, particularmente en el próspero reino anglosajón de Etelredo el Indeciso, al que los escandinavos exigían constantemente plata acuñada y en lingotes. De hecho, debemos el detallado conocimiento que tenemos de las monedas de Etelredo a esos vikingos del siglo X, pues se han conservado decenas de miles de ellas en contextos escandinavos. Este patrón indica que el agotamiento de la plata musulmana, supuestamente como consecuencia de la intervención de los Ruríkidas en el Volga, indujo a los escandinavos a buscar fuentes alternativas, y la dinastía de Jelling se puso al frente de esta empresa. Al hacerlo, evitó correr la suerte de la dinastía de Godofredo en la primera mitad del siglo IX, cuya antigua base de poder se vio socavada por las primeras oleadas de riqueza llegadas al Báltico en la época vikinga. Más concretamente, el hecho de que la dinastía de Jelling encabezara los nuevos ataques contra Occidente indica también que su poder dependía de alguna manera del flujo de plata árabe que acababa de serle cortado. Esa plata probablemente llegara de las rentas arancelarias, pero también de la participación directa en el comercio de productos sometidos al pago de tributos en su propio beneficio, lo mismo que los Ruríkidas.⁶³

Otras formas de contacto con la Europa imperial fueron también importantes para el éxito de las dinastías. Utilizar las agresiones del Imperio, a menos que se estuviera demasiado cerca de él —como les ocurría a los eslavos del Elba—, constituía un mecanismo estupendo para generar el consentimiento interno si la dinastía era capaz de proporcionar un liderazgo eficaz. Las nuevas tecnologías militares, los adelantos económicos, el cristianismo imperial, por no hablar de la riqueza proveniente de las incursiones de saqueo en las tierras vecinas más ricas del Imperio, son todas ellas formas de interacción con la Europa imperial que movieron la locomotora de la formación del estado y supusieron un catalizador decisivo para la transformación de la Europa oriental y septentrional, en gran medida dominada por los eslavos, durante los siglos IX y X. Y, por supuesto, incluso los comienzos de la estratificación social en el siglo VI y la importación de mejores técnicas de labranza pueden hacerse remontar a una primera ronda de ese tipo de contactos. En la jerga analítica, un modelo centro-periferia —

cuando en un intercambio se tienen tratos con socios cuyo poder es considerablemente desigual— encaja mejor con los datos que tenemos de finales del primer milenio que la «interacción de entidades políticas iguales», y debemos subrayar dos rasgos característicos de este segundo modelo. En primer lugar, las interacciones abarcaron una gran cantidad de contactos distintos. No es un modelo, como solían ser algunas variedades anteriores, basado en los intercambios económicos —comercio— únicamente. Los contactos políticos, ideológicos, e incluso tecnológicos desempeñaron todos un papel, y todos ellos impulsaron el cambio sociopolítico más o menos en la misma dirección. En segundo lugar, como sucediera con los germanos en la primera mitad del milenio, la Europa no imperial debería calificarse de cualquier cosa menos de receptora pasiva de regalos imperiales. Todo lo contrario: las poblaciones del norte y el este de Europa, o algunos elementos de ellas, fueron agentes activos de todos estos intercambios, intentado maximizar los efectos benéficos y minimizar los inconvenientes.⁶⁴

Por fin nos queda reflexionar un poquito más sobre el papel de la migración en este drama tan revelador. Comparada con la generación, pongamos por caso, de los estados sucesores del Imperio Romano de Occidente en el siglo v, la migración desempeñó un papel bastante pequeño en las últimas fases de la formación del estado en el norte y el este de Europa. De las cinco estructuras estatales analizadas, sólo una —la de los Ruríkidas— adoptó su forma distintiva debido a la intervención de los emigrantes, e incluso en este caso, como hemos visto, los inmigrantes escandinavos llegaron sólo en una cantidad relativamente pequeña. Cuesta trabajo entender que Novgorod y Kiev quedaran unidas, aunque fuera de forma muy vaga, sin la intervención decisiva de los mercaderes escandinavos y su determinación de sacar tajada de las actividades de una y otra. Pero no había individuos suficientes para dominar ni siquiera las fuerzas militares del nuevo estado, compuesto de eslavos, fineses y todo el que hubiera por allí. Estamos ante una migración actuando a una escala mucho menor incluso que la de los estados sucesores del Imperio Romano creados por una sustitución parcial de la elite. Y los estados de Dinamarca, Polonia, Bohemia y Moravia fueron creados a partir de grupos de población enteramente indígena. De hecho, el

elemento migratorio parecería menor incluso que el que intervino en la aparición de los grandes poderes germánicos de los confines del Imperio Romano en los siglos II y III d. C.

En esa primera revolución entre los bárbaros de Europa de la Antigüedad tardía, la migración desempeñó unas veces un papel más importante, y otras menos, y siempre se produjo junto a procesos de transformación socioeconómica y política. Pero casi siempre hubo algún tipo de traspaso de población, habitualmente en dirección a la frontera romana, donde podían maximizarse los contactos enriquecedores con el mundo desarrollado del Mediterráneo. La era eslava comenzó con un modelo análogo de migración a finales del siglo V y en el VI, cuando las poblaciones de lengua eslava entraron en contacto con el Imperio Romano de Oriente y encontraron formas de prosperar desde esa proximidad, fenómeno que desencadenó una profunda transformación de sus propias sociedades. Pero cuando la formación del estado experimentó una aceleración tan espectacular en los siglos IX y X, este tipo de modelo de migración brilló por su ausencia. Los nuevos estados eslavos y escandinavos se formaron allí donde estaban, sin verse atraídos hacia el polo magnético de una Europa imperial más desarrollada.

Nos queda así por analizar un último problema antes de que el presente estudio de la Europa bárbara llegue a su conclusión. ¿Cómo fue que unos modelos de migración establecidos desde hacía tanto tiempo, tan frecuentes en los dos primeros tercios del milenio, dejaron de funcionar en sus últimos siglos?

Capítulo 11

EL FIN DE LAS MIGRACIONES Y EL NACIMIENTO DE EUROPA

A mediados de la década de 890 irrumpió en el corazón de Europa la última amenaza nómada. Siguiendo las huellas de hunos y ávaros, los magiares trasladaron su centro de operaciones de la costa septentrional del mar Negro a la Gran Llanura Húngara. En general, las consecuencias fueron las que la experiencia pasada de las otras potencias nómadas habría hecho esperar:

[Los magiares] asolaron toda Italia, de modo que después de que mataran a muchos obispos los italianos intentaron enfrentarse a ellos, y en un día cayeron veinte mil hombres en una sola batalla. Volvieron por donde habían venido, y regresaron a su lugar de origen tras destruir buena parte de Panonia. A traición, enviaron embajadores a los bávaros con un mensaje de paz para poder hacer un reconocimiento del terreno. Todo ello, ¡ay!, produjo males sin cuento y pérdidas nunca vistas hasta entonces en el reino bávaro. Pues los magiares llegaron inesperadamente con todo su ejército cruzando el río Enns e invadieron el reino de Baviera trayendo la guerra, de modo que en un solo día causaron la ruina matando y destruyéndolo todo a sangre y fuego en una zona de cincuenta millas de largo por cincuenta de ancho.¹

Las poblaciones de la Gran Llanura Húngara y las regiones vecinas, principalmente la Gran Moravia, cuyo corazón era Eslovaquia, fueron rápidamente sometidas, y grupos de saqueadores magiares, a lomos de sus caballos, comenzaron a avanzar inexorablemente, abriéndose paso con gran agresividad, hasta llegar al norte de Italia y el sur de Francia, con una ferocidad que no se había visto desde los tiempos de Atila. Antes de que acabara la primera década del siglo x, los magiares, formando verdaderos ejércitos, infligirían en tres ocasiones importantes derrotas a las fuerzas de los francos orientales.

Pero en este paseo de los magiares por Europa observamos la ausencia de un elemento de la mezcla habitual de pasatiempos de los nómadas. Quinientos años atrás, los dos grandes avances de los hunos hacia el oeste — primero hasta la costa septentrional del mar Negro en la década de 370, y luego hasta la Gran Llanura Húngara una generación más tarde— habían llevado a cantidades ingentes de grupos clientes de Roma, en parte sometidos y principalmente de lengua germánica, a cruzar las fronteras del Imperio. Doscientos años más tarde, la llegada de los ávaros al oeste de los Cárpatos impulsaría la marcha de los lombardos hacia Italia y la dispersión de un gran número de individuos de lengua eslava en todas direcciones: hacia el sur, hasta los Balcanes, hacia el oeste, hasta el Elba, hacia el norte, hasta el Báltico, y, por lo visto, incluso hacia el este, hasta el corazón de Rusia. Pero, a pesar de la destrucción que supuso en muchos sentidos, la llegada de los magiares no provocó ningún movimiento de población que tengamos documentado (al margen, por supuesto, del de los propios magiares). ¿Por qué? La respuesta se encuentra en la dinámica interacción entre migración y desarrollo que se había venido produciendo a lo largo y ancho de Europa durante los últimos mil años.

MIGRACIÓN

La ausencia de migraciones anexas asociadas con los magiares resulta todavía más sorprendente porque uno de los descubrimientos principales del presente estudio es que, a diferencia de determinadas tendencias actuales de los especialistas en este período, la migración debe ser considerada muy seriamente una cuestión sumamente importante del primer milenio. Dicha tendencia no ha eliminado totalmente la emigración de los estudios de historia del primer milenio, pero es indudable que lleva a minimizar su importancia. Algunos especialistas tratan incluso de evitar utilizar la palabra «migración» en la medida de lo posible, pues está asociada con el simplista *deus ex machina* de los seguidores de la «hipótesis de la invasión», corriente que estuvo muy de moda hasta comienzos de los años sesenta del siglo pasado. Según este modelo de explicación, migración significaba la llegada de un nutrido grupo heterogéneo de individuos —una población «entera»,

formada por hombres y mujeres, adultos y niños— que expulsó a los habitantes de una región, apoderándose de ella y cambiando su cultura material más o menos de la noche a la mañana. Este modelo se utilizó hasta la saciedad, y provocó que una disciplina en pleno desarrollo como la arqueología se encasillara en unos patrones basados en la migración que impedían cualquier forma de creatividad. Además, como han coincidido en señalar muchos arqueólogos desde entonces, el modelo no explicaba nada en realidad, pues nunca supo enfocar adecuadamente la cuestión de *por qué* actuaron de aquella manera grandes grupos de individuos. Así las cosas, es lógico y natural que los arqueólogos posteriores se hayan concentrado en otras razones posibles para explicar los cambios de cultura material. Y no han encontrado una, sino mil. Hay un sinfín de circunstancias, desde la conversión religiosa hasta los avances en la agricultura y el desarrollo social, que pueden repercutir profundamente en numerosos aspectos de la cultura material. Una postura sumamente sospechosa respecto a las migraciones también ha cruzado los límites existentes entre las diversas disciplinas. Algunos especialistas en historia de la Alta Edad Media también están convencidos actualmente de que nunca pudo ocurrir nada parecido a lo postulado por la vieja hipótesis de la invasión, y que, en su opinión, todo indica que las fuentes históricas están equivocadas cuando parece que hablan de posibles fenómenos análogos.

Uno de los objetivos primordiales del presente estudio, sin embargo, ha sido volver a examinar los testimonios de las migraciones del primer milenio con una mentalidad más abierta, y sobre todo reconsiderarlos a la luz de todo aquello que puede aprenderse del funcionamiento de las migraciones en la actualidad. Y desde esta perspectiva, una de sus principales conclusiones es que los testimonios relacionados con las migraciones del primer milenio son mucho más relevantes y mucho más exhaustivos que lo que en numerosas ocasiones se ha reconocido en los últimos años. El profundo deseo de evitar hablar de migraciones (una versión de Basil Fawltly y la guerra, pero con mucho más éxito), pues, ha distorsionado el estudio de determinados períodos trascendentales de la historia del primer milenio, alejándolo de una reconstrucción de los hechos más que probable, y, en el proceso, impidiendo el análisis de los modelos generales de desarrollo de la época.

Toda la literatura comparada llega inevitablemente a la conclusión de que uno de los rasgos básicos y consistentes del comportamiento del *Homo sapiens sapiens* es utilizar la movilidad —la migración (aunque vuelva a citarla, creo que sabrán perdonarme...)— como estrategia para maximizar la calidad de vida, por no hablar de acceder a un mayor número de productos comestibles y a otras formas de riqueza y bienestar. El tamaño de la unidad migratoria, las causas, el tipo de destinación y otros mecanismos concretos variarán según las circunstancias, pero el fenómeno básico es siempre el mismo. En la práctica, incluso los estudios recientes que más minimizan la importancia de las migraciones hablan de dos modelos de migración en particular: el de la «sustitución de la elite» en el caso de desplazamientos de grandes grupos, y el de «oleada de avance» en el caso de unidades migratorias más reducidas. Parte del atractivo de estos modelos reside en que se alejan mucho de los postulados de la antigua hipótesis de la invasión. La sustitución de la elite sugiere que fueron pocos los que participaron en la acción y que la actividad migratoria de estos individuos no tuvo al fin y al cabo tantas consecuencias. Si una elite sustituye a otra, ¿en qué cambia la cosa? El modelo de «oleada de avance» habla de unidades migratorias mixtas —esencialmente familias—, pero cuya actividad colonizadora es lenta, fragmentaria, absolutamente pacífica y decididamente no deliberada, siendo la intención uno de los elementos del viejo modelo de invasión que los revisionistas consideran más problemático. ¿Cuántas migraciones europeas del primer milenio encajan perfectamente con estos modelos?

Catalogación de las migraciones

Hay algunas que sí, que evidentemente sí encajan. Si nos permitimos una pequeñísima concesión cronológica, un ejemplo clásico y magníficamente documentado de sustitución de la elite es el de la conquista de Inglaterra por parte de los normandos en 1066. Durante los siguientes veinte años aproximadamente, como pone de manifiesto el *Doomsday Book*, una elite inmigrante, formada básicamente por normandos, se adueñó de los recursos agrícolas de las zonas rurales inglesas, tras expulsar o degradar a los terratenientes nativos. Pero la inmensa mayoría de la población indígena

permaneció en el mismo lugar que había estado antes de que llegaran los normandos. Análogamente, pueden apreciarse ciertas connotaciones de «oleada de avance» en al menos unos cuantos elementos de la expansión del sistema de Wielbark de los siglos I y II d. C. y de la posterior expansión eslava, en particular la emprendida por los campesinos de la cultura de Korchak por las tierras altas del centro de Europa, prácticamente deshabitadas. Sin embargo, si consideramos el milenio en conjunto, estos modelos resultan excesivamente simplistas y excesivamente limitados para describir todas las acciones migratorias registradas.

En primer lugar, los propios modelos necesitan una revisión substancial. O bien meten en el mismo saco distintas situaciones sin diferenciar unas de otras, o bien tienen una aplicación tan limitada que resultan prácticamente inútiles, al menos en lo concerniente a las migraciones europeas del primer milenio. Según su concepción actual, el modelo de sustitución de la elite no consigue distinguir las particularidades de un caso como el de la conquista normanda, en la que la elite invasora supo encajar fácilmente en las estructuras socioeconómicas existentes, dejándolas intactas, y en el que las repercusiones en la población en general fueron igualmente pocas, aunque no tan mínimas como puedan pensar los que quieren socavar la importancia de las migraciones.² Pero este tipo de sustitución de la elite sólo es de aplicación cuando la nueva elite extranjera forma un conjunto similar en número al de la elite nativa, y, aunque nunca pueda demostrarlo, creo sinceramente que esta circunstancia únicamente se ha dado en unos pocos casos a lo largo de la historia de la humanidad.

Es evidente que el primer milenio ofrece numerosos ejemplos muy distintos, en los que la elite extranjera, pese a representar una minoría, incluso bastante pequeña en comparación con la población nativa, seguía siendo demasiado numerosa para poder establecerse mediante la redistribución de las tierras de acuerdo a la organización existente. En estos casos, las estructuras estatales vigentes debían cambiarse al menos en parte, y la mano de obra tenía que ser redistribuida. Como consecuencia de este proceso, el equilibrio entre los elementos de la elite y los elementos de la población que no pertenecían a ella sufría una reestructuración, y es probable que las consecuencias culturales, entre otras en general, fueran igualmente

importantes. Parece inevitable que este tipo de migración de elite tuviera enormes repercusiones socioeconómicas, y potencialmente otras mucho más significativas de carácter cultural, pues la población local entraba en estrecho contacto con una elite extranjera mucho más numerosa que la anterior elite nativa. Fue este intenso contacto, que ya hemos visto que comenzó a producirse en la Inglaterra anglosajona y en la Galia de los francos al norte de París a partir del siglo v, y tal vez, aunque en menor medida, en Danelaw después de 870, lo que generó considerables cambios culturales, e incluso lingüísticos, cuando la población indígena se vio obligada a seguir unos patrones de comportamiento dictados por una nueva elite extranjera relativamente numerosa con la que convivía.³

Distintos también fueron los casos en los que sólo tuvo lugar una sustitución parcial de la elite, particularmente comunes en las regiones más mediterráneas del antiguo Imperio Romano de Occidente en los siglos v y vi. En dichas regiones se produjeron algunas reestructuraciones económicas para acomodar a los invasores —godos, vándalos, burgundios y otros—, pero un número importante de elementos de la vieja elite terrateniente romana sobrevivió. A la larga, fueron en estos casos los inmigrantes los que tuvieron que esforzarse por conservar su cultura, y los cambios lingüísticos a largo plazo siguieron la dirección inversa. Ello no significa, sin embargo, que esta forma más limitada de migración que se produjo en el primer milenio tuviera únicamente consecuencias muy poco significativas en las zonas afectadas. Ante todo, la alta política estuvo controlada por las elites extranjeras a expensas de las nativas, al menos en lo concerniente a asuntos como la sucesión, y las consecuencias políticas generales derivadas de ello bastaron para impulsar grandes transformaciones estructurales. La desaparición a medio y largo plazo de un gran sistema tributario central cuyo afán recaudatorio se centraba en la producción agrícola, y el consiguiente debilitamiento de las estructuras estatales del Occidente postromano, se explican perfectamente por la militarización que experimentó la vida de la elite tras la creación de esas estructuras por nuevas elites extranjeras.

El modelo de oleada de avance necesita igualmente una importante revisión de sus teorías. Básicamente, el problema que esconde, incluso en casos ostensiblemente relevantes como el de la expansión eslava de la cultura

de Korchak en los siglos V y VI, o la de la cultura de Wielbark en los siglos I y II, es que en la Europa del primer milenio d. C. había muy pocos territorios, por no decir ninguno, que no estuvieran disputados, como los que probablemente había cuando los primeros campesinos comenzaron sus actividades agrícolas unos cuatro mil años antes. En el año 1000 seguía habiendo muchos bosques, y nosotros nos despedimos de la historia de Europa en un momento en el que se producía una nueva oleada de expansión de la agricultura que iba a abrir grandes claros en ellos. Pero para entonces los campesinos ya llevaban milenios despejando el paisaje, y hacía mucho tiempo que las mejores tierras eran objeto de disputas. En un contexto como éste, raramente podía producirse una expansión aleatoria sin que surgieran disputas o conflictos, ni siquiera por parte de grupos reducidos. Es probable que hasta los grupos familiares más numerosos de la cultura de Korchak se diseminaran sin encontrar oposición, pero lo lograron porque no se trasladaron de manera aleatoria, y se dirigieron a unos parajes más marginales y menos solicitados de las tierras altas del centro de Europa. Y en estas tierras incluso, el posterior sometimiento al modelo cultural eslavo, en combinación con las agresiones de grupos eslavos en otros contextos que tenemos documentadas, indica que es muy probable que se produjera cierto grado de coacción. Posiblemente ocurriera lo mismo con los grupos de la cultura de Wielbark de época anterior. Al parecer, las primeras expansiones de este sistema fueron fruto de los desplazamientos de pequeñas unidades sociales, pero es evidente que las vecinas comunidades del norte de la cultura de Przeworsk tuvieron contacto con el sistema de Wielbark a raíz de sus actividades. Tal vez todo esto se produjera de manera voluntaria, pero supongo que los ejemplos de emigración a pequeña escala de la época vikinga constituyen el modelo que mejor puede explicarnos lo que sucedió.

Las pequeñas unidades de emigrantes escandinavos empezaron a establecer sus propias colonias en el norte de Escocia y en las islas del norte y el oeste de Gran Bretaña desde comienzos del siglo IX más o menos. En su caso, el problema logístico que suponía acceder a las naves imponía una serie de limitaciones que no se dieron en los casos de las culturas de Korchak o de Wielbark. De ahí que, como está documentado en la posterior expansión escandinava a Islandia y Groenlandia, las unidades migratorias, por pequeñas

que fueran, tuvieran que ser organizadas por *jarle* o por terratenientes de rango inferior (*holds*), individuos suficientemente ricos para tener acceso a los barcos. Pero si Islandia y Groenlandia eran territorios prácticamente despoblados, el norte de Escocia y las islas, no, y aunque las unidades migratorias fueran reducidas, la expansión escandinava a estas tierras estuvo marcada sin duda por su naturaleza agresiva. La antigua idea de que dio lugar a una limpieza étnica está completamente desfasada, pero lo cierto es que la población indígena se vio degradada socialmente y que, con el tiempo, fue asimilando los modelos culturales de los invasores. Así pues, migración a pequeña escala no tiene por qué significar migración pacífica. Mientras se enfrentaran a una población indígena que careciera de estructuras políticas de ámbito regional en una escala superior a la suya, las pequeñas unidades migratorias podían conseguir establecerse con éxito utilizando métodos agresivos. Por lo tanto, a un modelo de oleada de avance en el caso de las migraciones a pequeña escala de carácter pacífico, en las que el punto de destino dependía del azar, debemos añadir los flujos propios de las migraciones a pequeña escala que no tenían un carácter agresivo o cuyo destino no dependía del azar, o que se caracterizaban por ambas cosas a la vez. Este modelo parece encajar perfectamente en los casos de los territorios de la Europa del primer milenio que por lo general ya se encontraban ocupados; unos territorios propios no sólo de algunas expansiones vikingas y de las expansiones de las culturas de Wielbark y Korchak, sino también, probablemente, de las primeras fases de la expansión de individuos de lengua germánica del este hacia el mar Negro en el siglo III, de los germanos del Elba hacia los Campos Decumates o de los grupos eslavos del norte y el este hacia Rusia entre los siglos VII y IX.

De los testimonios también se desprende que no puede trazarse una clara línea divisoria entre el modelo de oleada de avance y la migración a gran escala. El mero hecho de que una expansión comience con los desplazamientos de pequeñas unidades migratorias no significa que ésta siempre se desarrolle así. En este sentido, el caso que tenemos mejor documentado es el de los vikingos. Las primeras incursiones de saqueo y colonización escandinavas, efectuadas entre finales del siglo VIII y comienzos del IX, fueron emprendidas por grupos reducidos. Los primeros actos de

violencia de los que tenemos constancia fueron protagonizados por las tripulaciones de tres barcos —probablemente unos cien hombres en total—, y no hay motivos para pensar que los asentamientos de Escocia y las islas fueran empresas de grupos de individuos más numerosos. Pero a medida que aumentaron los beneficios y la resistencia, y la ambición fue transformándose en una necesidad de colonizar más regiones fértiles de las Islas Británicas, en las que las grandes estructuras políticas que constituían los reinos anglosajones impedían el paso, fueron sumándose más líderes escandinavos importantes a estas empresas, y más grandes fueron haciéndose las coaliciones formadas por los emigrantes. Esta situación llegó a su punto culminante a partir de 865, en la época de los Grandes Ejércitos, cuando se crearon coaliciones con el fin de establecer zonas de asentamiento primero en la Inglaterra anglosajona y luego en el norte de Francia. Si aquellas primeras incursiones de los vikingos habían sido emprendidas por grupos de apenas un centenar de hombres, las de los Grandes Ejércitos contarían con muchísimos más, entre cinco mil y diez mil hombres. Nunca debemos olvidarnos del carácter «acuático» de las acciones llevadas a cabo en la época vikinga, pues éste comportaba unos problemas logísticos que no se dieron en otros casos, pero, en cualquier caso, la evolución de sus protagonistas, que pasaron de ser simples grupos de incursión para convertirse en grandes ejércitos, representa un modelo perfectamente documentado de cómo una expansión en principio a pequeña escala, debido a evidentes triunfos militares y económicos cada vez más numerosos, puede al final atraer a muchísimos más participantes. No son tan buenos los testimonios de algunas de las expansiones anteriores, y éstas no se vieron afectadas por los problemas inherentes al transporte por vía acuática. Sin embargo, el impulso expansivo de las migraciones de la época vikinga representa un modelo muy útil para comprender una serie de distintos fenómenos migratorios del primer milenio, por no hablar de las expansiones góticas de los siglos II y III o de las expansiones lombardas de los siglos IV y V, las cuales, por lo visto, comenzaron a pequeña escala, pero fueron creciendo hasta llegar a involucrar unos contingentes armados suficientemente numerosos para librar grandes batallas contra los ejércitos romanos y los rivales regionales (como, por ejemplo, los carpos). La

expansión anglosajona por la antigua provincia romana de Britania también puede entenderse en parte considerando este mismo modelo, que es igualmente aplicable a la de los alamanes del siglo III.

Así pues, incluso sin adentrarse en zonas realmente conflictivas, todos los testimonios del primer milenio apuntan a la necesidad de efectuar una revisión importante de los modelos de migración actualmente al uso. Pero además de migraciones a pequeña escala, sustituciones de elites y flujos migratorios cada vez más intensos, las fuentes del primer milenio hablan periódicamente de grandes grupos mixtos de personas en movimiento: diez mil guerreros o más, acompañados de mujeres y niños que dependían de ellos. Este tipo de información no sólo ha levantado sospechas porque parece encajar con la antigua hipótesis de la invasión, sino que se refiere a un tipo concreto de unidad migratoria que no figura en los modelos actuales de migración, en los que sólo aparecen grandes grupos mixtos de emigrantes cuando su motivación es política y de carácter negativo, cuando la población de un lugar huye de la opresión, de un pogromo o de una matanza, como ocurrió en Ruanda a comienzos de los años noventa del siglo pasado. Y las fuentes del primer milenio no hablan de nada de esto, pues describen una motivación de carácter más positivo y con un grado mayor de organización de los grupos que se introducían con fines predatorios en el territorio ajeno. ¿Podemos creer en lo que parece que nos cuentan las fuentes? ¿Debemos considerar a los grandes grupos mixtos y organizados de individuos parte de la imagen general de las migraciones del primer milenio?

Invasiones

Incluso cuando se utilizan los métodos más actuales, como, por ejemplo, el análisis del ADN o el de isótopos estables, las pruebas que aporta la arqueología a este debate tienen, en el mejor de los casos, la misma utilidad que un cuchillo despuntado. Sigue siendo objeto de acaloradas discusiones si alguna vez será posible recuperar una cantidad suficiente de ADN utilizable de los restos humanos del primer milenio que yacen en el norte de Europa en medio de la humedad y de las bajas temperaturas. Y en términos demográficos, son demasiadas las cosas que han ocurrido desde el primer

milenio para que las distribuciones porcentuales de los modelos de ADN actuales arrojen algo de luz sobre las proporciones relativas de sus progenitores de hace mil quinientos años, excepto, tal vez, en casos tan excepcionales como el de Islandia, donde antes de la era vikinga no existía población humana.⁴ Del mismo modo, el análisis de isótopos estables sólo revela en qué lugar alcanzó un individuo la madurez dental. Los hijos de dos inmigrantes tendrán unos dientes plenamente indígenas y este tipo de análisis comportará siempre una tendencia intrínseca a subestimar la importancia de la migración. También es probable que los argumentos basados en tipos más tradicionales de investigación arqueológica —el traslado a nuevas regiones de objetos o costumbres originalmente típicos de otra— sean poco concluyentes.

Los motivos son muy sencillos. Al comienzo de la era cristiana, hacía milenios que casi toda Europa había sido colonizada y dedicada más o menos a la agricultura. Y como hasta los inmigrantes más agresivos y dominantes habían solido utilizar a las poblaciones indígenas como mano de obra agrícola, la migración casi nunca supuso dejar completamente vacío un territorio. Además, como han subrayado todos los estudios comparativos (y como demuestra la experiencia actual), cuando los emigrantes se trasladan a un paisaje ya ocupado, el resultado —en términos de cultura material y no material— es siempre la interacción. En el perfil de la cultura material de un grupo sólo hay relativamente pocos elementos tan cargados de significado que, para bien o para mal, resistan a largo plazo. Todo lo demás es susceptible de cambios bajo el estímulo de las nuevas circunstancias, así que no cabe esperar que la migración implique el traslado total de toda una cultura material desde un punto A hasta otro B en las condiciones normales de la Europa del primer milenio. Siempre habrá algún elemento de continuidad en el perfil de la cultura material de una región sujeta a fenómenos migratorios, lo que hace que sea perfectamente posible explicar, si tanto se desea, cualquier cambio perceptible en términos de evolución interna. Las cosas y las ideas pueden moverse sin tener que ir necesariamente acompañadas de personas, y si lo que observamos arqueológicamente es tan sólo un desplazamiento limitado de unas y otras, siempre será posible explicar este fenómeno en unos términos que no tienen por qué implicar un

desplazamiento de población. Pero el hecho de que siempre sea *posible* hacer esto no significa que hacerlo sea necesariamente *correcto*, y la ambigüedad intrínseca de los testimonios arqueológicos a veces se malinterpreta. Ambigüedad no significa más que eso: ambigüedad. Si los testimonios arqueológicos de un posible caso de migración son ambiguos, y normalmente lo serán, entonces es evidente que no demuestran que la migración desempeñó un papel primordial en los cambios perceptibles de una cultura material, pero tampoco afirman lo contrario. Lo que todo esto significa en realidad es que los testimonios arqueológicos no pueden dirimir la cuestión por sí solos. Es importante hacer hincapié en este punto, pues en algunos trabajos recientes se ha tendido a sostener que, en esencia, los testimonios arqueológicos ambiguos refutan la migración, y esta idea es absolutamente falsa. En resumen, esto nos obliga, por supuesto, a recurrir de nuevo a los testimonios históricos. ¿Hasta qué punto nos permiten las fuentes históricas demostrar la importancia de los diversos grandes grupos organizados que se desplazaron en el primer milenio?

La respuesta, por fuerza, es compleja. Hay casos muy claros en los que un tópico de la migración, un engañoso relato de invasión, prevalece sobre unos acontecimientos mucho más complejos. La versión que da Jordanes de la expansión gótica a la región del norte del mar Negro de finales del siglo II y el siglo III es uno de esos casos clásicos, al igual que la imagen del pasado lombardo de los siglos IV y V que ofrecen las fuentes del período carolingio y de otras épocas posteriores. Pero en otros casos, los testimonios históricos a favor de distintas oleadas migratorias a gran escala, protagonizadas por más de diez mil guerreros y un número considerable de personas dependientes de ellos, son mucho más rotundos. Recordemos, por ejemplo, a los tervingos y los greutungos que pidieron asilo al Imperio Romano en 376, o el paso a Italia de los ostrogodos de Teodorico en 488-489. En estos dos casos se ha intentado minar la credibilidad de nuestros principales informadores, Amiano y Procopio respectivamente, aunque de manera muy poco convincente. A lo largo de su obra histórica, Amiano describe a muchos grupos distintos de bárbaros que se desplazaban por territorio romano y sólo en esta ocasión hace referencia a grandes grupos mixtos formados por hombres, mujeres y niños. La idea de que está contagiado por algún tópico de migración cuando habla

de ellos, pero no cuando habla de otros, requiere mucha predisposición a creérselo. Lo mismo ocurre con Procopio: de hecho no es la única fuente que describe a los ostrogodos de Teodorico en su avance hacia Italia como un «pueblo» en un sentido de la palabra muy propio de la hipótesis de la invasión, esto es, un gran grupo mixto de hombres, mujeres y niños. Un comentarista de la época llegó incluso a describirlos así en persona, en presencia de Teodorico y otros participantes de la expedición reunidos en la corte de este monarca. A nadie se le ocurriría pretender que un tribunal condenara a muerte a alguien con unas pruebas como éstas, pero su credibilidad es tan buena como la de cualquier otro testimonio del primer milenio que podamos obtener. Rechazarlas alegando que son fruto de un supuesto tópico de la migración es una arbitrariedad.⁵

Del mismo modo, aunque no tengan la misma solidez, pero dentro todavía de los límites habituales de plausibilidad del primer milenio, tenemos una serie de testimonios que indican que grandes grupos organizados de vándalos y alanos realizaron desplazamientos parecidos por territorio romano a partir de 406, y los godos de Radagaiso en 405.⁶ Y aunque sin duda es preciso una vez más seguir con el debate, la reconstrucción más verosímil de la carrera del visigodo Alarico indica que ésta se inició con la movilización de los tervingos y los greutungos de 376, asentados en los Balcanes en 382 en virtud de un tratado, para emprender una serie de ulteriores desplazamientos a partir de 395. Todos ellos son ejemplos de desplazamientos de grandes grupos mixtos que se atienen a las normas habituales de los testimonios del primer milenio. Hay también otros muchos casos en los que los testimonios son menos sólidos, pero cuyo número exige que no sean descartados con demasiada precipitación: en particular los desplazamientos asociados con la aparición y el desmoronamiento del imperio huno, período en el que se vivió la unión de grupos armados mayoritariamente germánicos y sus posteriores retiradas de la Gran Llanura Húngara cuando aumentaron las rivalidades entre ellos en la época de la caída del imperio huno. Aquí, los testimonios de migraciones de grandes grupos son o bien parciales (el caso de los rugios o el de los hérulos), o bien implícitos más que explícitos (el de los esciros, el de los suevos y el de los alanos). Así pues, aunque podamos encontrarnos con casos convincentes en los que la acción ha sido presentada erróneamente en

forma de un movimiento de población propio de la hipótesis de la invasión, existen otros muchos en los que no hay motivos para pensar que ocurre lo mismo. Y, de hecho, incluso los godos y los lombardos merecen ser examinados con mayor detalle.

En ambos casos nos encontramos una interpretación equivocada de la acción cuando ha sido abordada en retrospectiva. Jordanes escribe sobre unos hechos ocurridos trescientos años antes de su época, y los autores lombardos del siglo IX y posteriores hablan de actividades migratorias que habían tenido lugar cuatrocientos y quinientos años antes. Por un lado, resulta fácil comprobar por qué incurren en ciertos errores, pero debemos ir más allá. En ninguno de los dos casos es completamente absurdo pensar en términos de migración de algún tipo. Todos los testimonios relacionados con los godos de los siglos II y III y los lombardos de los siglos IV y V indican que en sus tiempos los desplazamientos de grupos considerables de población desempeñaron un papel primordial.

Los testimonios son más claros con los godos. En su caso, tenemos relatos de la época que los sitúan en el norte de Polonia en los siglos I y II, pero al norte del mar Negro a partir de mediados del siglo III. Además, en el siglo III se produjo al norte del mar Negro una gran revolución de la cultura material, en el curso de la cual una serie de costumbres y objetos alcanzaron un gran auge en la región, que hasta entonces no se había distinguido por contar con un perfil cultural de esas características. Algunos de los nuevos rasgos más distintivos eran aspectos que habían estado muy arraigados en la vida y la muerte de la Polonia de los siglos I y II. Estos indicios arqueológicos no pueden demostrar que los godos emigraran del Báltico a las regiones del mar Negro, pero, considerados en combinación con los testimonios históricos de la época, constituyen un argumento muy serio en este sentido. Y si bien esos testimonios históricos indican claramente, como hemos visto, que, aunque en la acción participaran muchos grupos distintos y no un único «pueblo», y que el número de integrantes de algunos de ellos tal vez fuera en un principio cuestionado, éste no fue el caso a lo largo de todo el proceso migratorio. Los godos del siglo III representan, en efecto, un magnífico caso de flujo migratorio cada vez más intenso; un flujo que no comenzó a reducirse hasta que los godos tervingos desplazaron a los carpos como grupo

dominante de las tierras situadas entre el Danubio y los Cárpatos en las décadas anterior y posterior al año 300. Aunque menos detallados, los testimonios relativos a los lombardos son parecidos.

Los lombardos están perfectamente documentados en la zona del Bajo Elba, al sur de la actual Dinamarca, en los siglos I y II d. C. En su caso, no hay indicios históricos de la época que hagan pensar que se produjera algún gran desplazamiento de población desde esta región en época romana, y los pocos testimonios arqueológicos que han llegado a nuestras manos tal vez apunten a una serie de traslados relativamente de poca envergadura, como las primeras emigraciones de los godos hacia las regiones del mar Negro. Una vez más, sin embargo, a finales del siglo V había en el Alto Elba un número suficiente de lombardos para que éstos decidieran adentrarse en la mitad occidental de la Gran Llanura Húngara y, con el uso de la fuerza bruta, acabaran con la hegemonía de los hérulos en la región. Independientemente de sus comienzos, pues, la expansión lombarda hacia el Danubio, al igual que la de los godos hacia el mar Negro, adoptó al final la forma de oleadas de población de mucha más envergadura. Así pues, ni Jordanes ni nuestras fuentes lombardas inventaron el concepto de migración a gran escala de la nada, aunque describieran mal la forma que ésta adoptó. Y para rehabilitar un poco más sus figuras, añadiremos que las migraciones posteriores de godos y lombardos, que tuvieron lugar en el período comprendido entre esas oleadas iniciales y la composición de nuestras fuentes, adoptaron la forma de desplazamiento de un gran grupo compuesto, en ambos casos en dirección a Italia: los ostrogodos en 488-489 y los lombardos unos ocho años más tarde.⁷

Cuando se analizan más detenidamente, pues, ni Jordanes ni las fuentes lombardas nos dan motivos para negar la realidad de las migraciones de grandes grupos que recogen otras fuentes. Dicho esto, es importante admitir que ni siquiera nuestros ejemplos *echt* de migraciones de grandes grupos del primer milenio se ajustan con exactitud al modelo de la antigua hipótesis de invasión. Ni siquiera los grupos más numerosos eran «pueblos» enteros que se desplazaban de un lugar a otro sin verse afectados por el proceso. Podían ver mermada o aumentada su población. Este hecho probablemente fuera todavía más evidente en el caso de los flujos migratorios muy prolongados en el tiempo, como, por ejemplo, el de los godos de los siglos II y III o el de los

lombardos de los siglos IV y V, pero este patrón sólo está explícitamente documentado en algunos desplazamientos de grandes grupos. La decisión de trasladarse a una escala semejante no era baladí, y a menudo fue causa de división. Los tervingos que entraron en el Imperio en 376, dejaron en el norte del Danubio a una minoría, pero no por ello insignificante, compuesta por los miembros del grupo original que permanecieron fieles a los viejos líderes. El padre de Teodorico, de la familia de los Amalos, provocó otra escisión cuando en 473 llevó a los por entonces godos de Panonia hasta los Balcanes romanos, y el propio Teodorico dejó atrás al menos a un puñado de godos de la elite que fueron integrados en las jerarquías político-militares del Imperio Romano de Oriente. Y si hablamos de integraciones, a los lombardos se les unió un grupo mixto de veinte mil sajones cuando se dirigieron a Italia, así como los descendientes de buena parte de los desahuciados que las luchas por el poder a la muerte de Atila habían dejado a la deriva en las regiones de la cuenca media del Danubio. Del mismo modo, Teodorico incorporó un cuerpo de rugios al contingente gótico creado por su tío, y él mismo, a lo largo de dos generaciones. Análogamente, la relación entre los dos grupos vándalos y los alanos que cruzaron juntos el Rin se hizo mucho más estrecha ante el temor a un contraataque del Imperio en la península Ibérica, de modo que, cuando en 429 invadieron el norte de África, los supervivientes, unidos bajo la monarquía de los asdingos, constituían una unidad política mucho más cohesionada que la débil coalición que habían formado veintitrés años antes. Como han coincidido en subrayar numerosos estudios recientes, estos movimientos migratorios tuvieron unos efectos tan parecidos a los de una bola de nieve como a los de una bola de billar.

Otro hecho significativo que nos aleja del viejo modelo de invasión es que, cuando se analizan detenidamente, estos grandes grupos no sólo eran mixtos por la edad y el sexo de sus componentes, sino también por la condición social de los mismos. Las concepciones de la *Völkerwanderung* germánica nacidas en la gran época de los nacionalismos de los siglos XIX y XX veían a grandes grupos invasores formados por guerreros libres e iguales, acompañados de sus familias. Pero en los grupos más numerosos tenemos documentadas dos categorías sociales distintas de guerreros, y hay razones para suponer que al menos en algunos desplazamientos participaron también

esclavos no militarizados. El guerrero de clase social superior es el único que entra en la categoría de «hombres libres», y el hecho de que éstos fueran por definición miembros de una elite sugiere que este grupo constituía una especie de minoría. Así pues, por aquel entonces, la decisión trascendental de emigrar la tomaba una minoría de los participantes en la acción, y los guerreros de condición inferior, así como los esclavos, influían muy poco, o nada, en ella. Darse cuenta de la realidad y el significado de estas diferencias sociales impone también unos límites muy claros a la medida en que las ideas actualmente de moda en torno a la libertad con la que podía elegirse o rechazarse una identidad colectiva tuvieran efectivamente aplicación en la práctica. ¿A quién se le ocurriría elegir ser un guerrero de condición inferior o un esclavo si la identidad colectiva fuera exclusivamente una cuestión de opción personal? Por extensión, esto también indica que debemos ir con mucho cuidado cuando consideramos hasta qué punto hubo un efecto de bola de nieve. Puesto que la inmensa mayoría de la población de la Europa bárbara no llevaba las riendas de su destino, el derecho a decidir unirse o no a un gran grupo migratorio sólo habría podido ser ejercido por determinados elementos más elitistas del conjunto de la población participante en la acción.⁸

La última modificación que debe realizarse en el modelo de migraciones de grandes grupos de la vieja hipótesis de la invasión tiene que ver con su suposición de que las invasiones a gran escala comportaron la expulsión de las poblaciones existentes en las tierras ocupadas. Hay varios ejemplos muy buenos de invasión a gran escala en el primer milenio, pero en ninguno de ellos los testimonios indican que se produjera una limpieza étnica. Las poblaciones indígenas se encontraban a menudo con la obligación de elegir entre aceptar el sometimiento o marchar, una decisión que debía de parecer particularmente brutal a las elites nativas que más tenían que perder con la llegada de nuevos amos y señores. Pero no hay ningún caso satisfactoriamente documentado en el que la respuesta a esta elección diese lugar a la evacuación completa de un extenso territorio. Cuando menos, las poblaciones indígenas aportaban buena mano de obra en los campos, y, en

cualquier caso, en muchos de nuestros grupos de inmigrantes había categorías sociales de rango inferior en las que fácilmente podían incluirse a todos los nativos que acababan de ser sometidos.

Estas alteraciones son importantes, pero siguen siendo simples modificaciones y no negaciones del postulado básico de que los testimonios de los grandes grupos mixtos y organizados de emigrantes del primer milenio son, de manera ostensible y periódica, convincentes. Las visiones nacionalistas de «pueblos» ancestrales enteros dedicados a despejar nuevos territorios para poder disfrutar de ellos pueden echarse a la papelera de reciclaje de la historia. Los grupos documentados en nuestras fuentes eran unidades políticas, que podían crecer o fragmentarse, que comprendían a individuos cuya condición social podía ser más elevada o menos, y que se establecían de maneras igualmente complejas en nuevos territorios ya habitados. Pese a parecer bastante acertado, vistos los testimonios históricos disponibles (y que los arqueológicos no lo refutan), ¿puede seguir sosteniéndose este postulado aunque no se haya dado un fenómeno similar en los modelos migratorios modernos? La respuesta a esta pregunta va ligada, en mi opinión, a la de otra mucho más compleja: ¿Por qué en el primer milenio las migraciones europeas adoptaron las formas que tuvieron? Responder a esta cuestión requiere que contrastemos los modelos perceptibles de variación demográfica entre el nacimiento de Cristo y el año 1000 con todo lo que el estudio comparativo pueda enseñarnos acerca de la migración como fenómeno humano general.

La mecánica de las migraciones

Hay un sinfín de maneras concretas en las que la mecánica de las migraciones del primer milenio se corresponde con lo que se ha observado en estudios de caso mejor documentados de migraciones de comienzos de la edad moderna y otras más recientes. No menos significativo es el hecho de que la importancia crucial que tienen los campos activos de información cuando se trata de determinar destinos concretos es tan excepcional en el primer milenio como en épocas posteriores. La expansión germánica hacia el mar Negro en el siglo III se aprovechó claramente de la información sobre la

región que había ido acumulándose gracias al funcionamiento de la Ruta del Ámbar. Los grupos eslavos conocieron los Balcanes primero como saqueadores antes de aprovechar sus conocimientos para convertirse en colonizadores cuando las condiciones políticas lo permitieron. Del mismo modo, la expansión escandinava hacia el oeste en la época vikinga se sirvió de la información adquirida por la participación en las redes comerciales de los mercados del siglo VIII, mientras que los que colaboraron con el este tardaron prácticamente una generación en abrirse camino por las rutas fluviales de Rusia occidental que llevaban a los grandes centros islámicos en los que había demanda de productos procedentes del norte, y eso que eran los que originalmente habían impulsado el suministro de mercancías desde las regiones del Báltico oriental a los mercados occidentales. A estos ejemplos absolutamente incontestables, me gustaría añadir unos cuantos más. Uno de los factores que más contribuyó a determinar los modelos migratorios de tipo intermitente aparentemente más curiosos, propios de algunos grupos que entraron en territorio romano entre finales del siglo IV y comienzos del V, fue la necesidad de adquirir información acerca de otros destinos posibles antes de ponerse en marcha. Los godos, especialmente los tervingos que entraron en el Imperio en 376, ya tenían noticias acerca de los Balcanes, por ejemplo, pero no sabían nada ni de Italia ni de la Galia, hacia donde se dirigieron una generación más tarde. Pasarían veinte años (y participarían en dos guerras civiles romanas que llevarían a algunos de ellos hacia remotos lugares en esa dirección) antes de que estuvieran preparados para dar su siguiente paso. Lo mismo ocurrió con los vándalos y los alanos: la península Ibérica puso fin a sus ambiciones migratorias originales; y en su caso volvieron a pasar veinte años, y realizaron varias expediciones exploratorias por mar, antes de que estuvieran preparados para cruzar el estrecho de Gibraltar y pasar al norte de África. Así pues, vemos cómo, de manera generalizada, el fenómeno de los flujos migratorios cada vez más intensos es claramente un producto de la adquisición de mayores conocimientos. Fue precisamente el hecho de que las acciones expansionistas exploratorias que se llevaban a cabo en nuevas regiones daban muy buenos resultados a los que las emprendían lo que animó a otros a participar. En algunos casos de época moderna, como, por ejemplo, el de la expansión de los bóers hacia el norte desde el cabo de Buena

Esperanza, los primeros colonizadores eran exploradores reclutados adrede para comprobar la viabilidad de una expansión a gran escala. Sin embargo, podían haber obtenido los mismos resultados utilizando medios secretos de información no tan formales.

El estudio de las migraciones modernas también dedica mucho esfuerzo a esclarecer la cuestión fundamental de por qué algunos individuos de una comunidad concreta deciden trasladarse, mientras que otros, que están prácticamente en sus mismas circunstancias, optan por no moverse. Para abordar una cuestión tan espinosa como ésta, es imprescindible disponer de una serie de informaciones detalladas que simplemente no tenemos cuando hablamos del primer milenio, pero merece la pena destacar la importancia del asunto. En los casos de migración de grandes grupos recogidos más o menos detalladamente en nuestras fuentes, no aparece ningún ejemplo en el que la decisión de trasladarse no generara cierto tipo de división en el grupo de población afectado. Lo mismo ocurre, sólo que en mayor grado, con los flujos migratorios más prolongados en el tiempo. Aunque muchos germanos originarios de Polonia acabaran a orillas del mar Negro en el siglo III, otros muchos quedaron atrás, como demuestra el hecho de que los sistemas culturales de Wielbark y Przeworsk siguieran activos. Del mismo modo, muchos anglos y sajones no se establecieron en Inglaterra en los siglos V y VI, y tampoco Escandinavia se quedó vacía en la época vikinga. Ni que decir tiene que estas respuestas divergentes eran perfectamente lógicas, dada la magnitud de la decisión que se tomaba, y es indudable que las poblaciones del primer milenio padecieron, al igual que las actuales, el estrés que provoca una migración, aun cuando no podamos analizar minuciosamente sus reacciones.

En el mundo moderno el estrés también se manifiesta en el fenómeno del regreso a la patria tras haber emigrado. En todos los flujos migratorios modernos, cuando se estudian detenidamente, se observa que un número considerable de emigrantes regresan a su lugar de origen. Una vez más, en el primer milenio el nivel de información no es suficiente para que podamos analizar este tema apropiadamente, pero determinados aspectos de la época vikinga subrayan que éste también debe ser considerado un fenómeno real. Las fases iniciales de la expansión escandinava tenían por objetivo la

obtención de riquezas, ya fuera mediante operaciones de saqueo, ya fuera mediante intercambios comerciales, o ambas cosas a la vez. Tras ver aumentadas sus riquezas, los distintos individuos eligieron distintas maneras de invertir las. Algunos optaron, incluso con anterioridad, por quedarse en sus nuevos destinos en el este y el oeste (como demuestran los primeros asentamientos en el norte de Escocia y las islas), mientras que otros prefirieron llevarse sus nuevas riquezas de vuelta a Escandinavia, provocando al final una gran convulsión en la política de las regiones bálticas. Con este ejemplo en mente, yo (y otros) estaríamos encantados de poder creer la noticia de que algunos anglosajones emigrados al final también decidieron regresar al continente.⁹

Hay otro factor estrechamente asociado también con el estrés de la migración, pero que es susceptible de un análisis más detallado: la importantísima influencia ejercida por la inveterada costumbre de la migración en los modelos de desplazamiento. En los flujos migratorios modernos, una tradición ya existente de movilidad desempeña un papel primordial a la hora de determinar qué individuos de un grupo concreto de gente decidirán desplazarse. Los individuos que ya han pasado por la experiencia de trasladarse a otro lugar son más proclives a volver a hacerlo a lo largo de su vida, pero lo que no es tan evidente a primera vista es que esta costumbre se transmita de una generación a otra. Los hijos y los nietos de los emigrantes tienen más posibilidades de cambiar de lugar de residencia que la media. Una tradición personal o familiar de movilidad genera claramente una mayor propensión a intentar resolver los problemas de la vida, o a buscar oportunidades mejores, trasladándose a otra localidad. Cualquiera cambiará de lugar de residencia si el estímulo para hacerlo es suficientemente poderoso, pero el estímulo necesario es menor en el caso de aquellos individuos que tengan la inveterada costumbre de emigrar.

Las consecuencias de este factor quedan patentes en el primer milenio al menos en dos ámbitos distintos. En primer lugar, al menos dos de los grandes flujos de población, el de los germanos de Wielbark y de Przeworsk en los siglos II y III, y el de los primeros eslavos trescientos años más tarde, estuvieron relacionados con poblaciones cuyas técnicas agrícolas eran por entonces insuficientes para conservar la fertilidad de un pedazo de tierra

cultivable durante más de una o dos generaciones. Una movilidad general, de carácter periódico y local, era simplemente una de las circunstancias de la vida para esas gentes, y hay muy buenas razones para suponer que ello facilitó al final la transformación de un tipo de expansión de «oleada de avance» más aleatorio en un flujo migratorio canalizado cuando comenzó a llegar información acerca de las oportunidades que aguardaban en una serie de destinos más lejanos completamente desconocidos. En segundo lugar, una tradición más específica de realizar nuevos desplazamientos a lugares aún más alejados fue arraigando claramente en determinadas poblaciones del primer milenio. Los godos tervingos del siglo IV probablemente sean los más conocidos por el hecho de que una mayoría de ellos decidió pedir asilo en territorio romano en 376. Esta decisión, sin embargo, se vio muy facilitada por los recuerdos activos de migraciones recientes. Este mismo grupo gótico había tomado posesión de sus tierras de Valaquia y Moldavia, situadas entre el Bajo Danubio y el Dniéster, a finales del siglo III y comienzos del IV, y al cabo de una generación aproximadamente, en la década de 330, había intentado trasladarse en conjunto a nuevos lugares colindantes con la región de la cuenca media del Danubio. Fueron los hijos de los que se habían trasladado a Valaquia y Moldavia los que se pusieron de nuevo en marcha en la década de 330, y fueron los hijos y los nietos mayores de éstos los que decidieron ir en busca de una nueva vida en los territorios del Imperio Romano en 376. Cabe decir lo mismo de muchos de los otros grupos que vivieron la aparición y la caída del imperio de los hunos, tanto de los que huyeron para refugiarse al otro lado de la frontera imperial durante las crisis de 376-380 y 405-408, como de los que primero se trasladaron a la cuenca media del Danubio ante la aparición y/o las coacciones de los hunos, y luego marcharon de allí tras la muerte de Atila. La predisposición de algunos nórdicos a trasladarse a Islandia y a Groenlandia a finales del siglo IX se vio igualmente facilitada por el hecho de que eran los descendientes directos de los vikingos que emigraron a Escocia y a las islas. En efecto, ejemplos como el de los godos o el de los eslavos ponen de manifiesto hasta qué punto los desplazamientos provocados en un primer momento por tradiciones generales de movilidad local podían generar más tarde las tradiciones más específicas de movilidad a una escala mayor que se esconden tras el desplazamiento de

muchos tervingos a territorio romano en el año 376, del mismo modo que muchos de los que embarcaron rumbo a Norteamérica en el siglo XIX eran descendientes de europeos que habían emigrado dentro del continente.

Aparte de los costes emocionales que implica una migración, los económicos eran también un factor primordial en los cálculos de cualquier emigrante. La mayoría de las migraciones del primer milenio de las que tenemos noticia estaban compuestas, más o menos, por gente que viajaba a pie y caravanas de carretas. No comportaban grandes costes en concepto de transporte, aparte del desgaste de los animales, las personas y las ruedas, y en consecuencia la participación estaba abierta a mucha gente. No obstante, comportaba muchos costes indirectos, sobre todo una potencial escasez de alimentos, obvia cuando el desplazamiento interrumpía las actividades agrícolas habituales. En consecuencia, las reservas de alimentos debían maximizarse antes de ponerse en marcha, a no ser que las circunstancias apremiaran, y esto significa que el otoño era la estación clásica para comenzar la aventura, justo cuando la cosecha del año había sido recogida y mientras todavía había alguna posibilidad de que creciera la hierba necesaria para alimentar a los bueyes que tiraban de las carretas y a otros animales. Los godos de Alarico se dirigieron a Italia en el otoño de 401 y en el otoño de 408, y los de Radagaiso en el otoño de 405. Del mismo modo, es muy probable que los vándalos, los alanos y los suevos que cruzaron el Rin en los últimos días del año 406 iniciaran su viaje desde la cuenca media del Danubio en el otoño de dicho año.¹⁰

Como de costumbre, más allá de estos puntos básicos tenemos muy poca información acerca del impacto de los costes de una migración, pero los problemas logísticos sí se ponen de manifiesto a veces en los datos de los que disponemos. Ante todo, los desplazamientos que se prolongaban en el tiempo hacían que los grupos se volvieran económicamente vulnerables. Flavio Constancio consiguió meter en cintura a los godos de Alarico —por aquel entonces acaudillados por Ataúlfo y Valia—, haciendo que se rindieran por hambre en 414-415. Cuando esto ocurrió, llevaban seis o siete años viviendo de lo que crecía en la tierra sin plantar ni una semilla. Análogamente más tarde, aún en el siglo V, tras la caída del imperio de los hunos, las fuentes que se han conservado permiten que nos hagamos una pequeña idea de las

estrategias logísticas adoptadas por Teodorico, de la dinastía de los Amalos. En la década de 470 su grupo viajó alrededor de los Balcanes con carretas cargadas de grano para siembra, y una de las medidas que se discutieron durante las negociaciones diplomáticas entabladas con el estado romano fue la concesión de tierras de cultivo. Es de destacar que, incluso durante su viaje, este grupo siempre intentó establecer relaciones económicas más regulares con las comunidades de los Balcanes, en vez de dedicarse a robar. Esto supuso que dichas comunidades pudieran seguir con sus actividades agrícolas y producir excedentes, de los cuales los godos podían quedarse con una parte. Si hubiera optado por destruirlas mediante actos de pillaje, Teodorico sólo habría podido alimentar a sus seguidores una vez.

Los factores logísticos tuvieron un impacto todavía mayor en los flujos de población que exigían algo más que el simple transporte por tierra. El acceso en masa al transporte marítimo distó mucho de convertirse en una posibilidad hasta la aparición de la tercera clase de los enormes cruceros transatlánticos de finales del siglo XIX. Con anterioridad, los costes del viaje limitaron por fuerza la participación en todo tipo de expansiones basadas en el desplazamiento por mar. Una vez más, la época vikinga nos ofrece el ejemplo mejor documentado del primer milenio. Las naves tenían un coste sumamente elevado, y las embarcaciones dedicadas al transporte de mercancías sólo podían llevar un número limitado de individuos con sus pertenencias. Así pues, las incursiones de saqueo vikingas exigían que los menos ricos llegaran a algún tipo de pacto conjunto para subvencionar la adquisición o el alquiler de una nave (aunque me pregunto cuántos propietarios de embarcaciones habrían estado dispuestos a alquilar naves para llevar a cabo operaciones de saqueo), o para unirse a un líder de rango superior.¹¹ Las limitaciones logísticas eran mucho más considerables cuando se llegaba a las fases de colonización, durante las que era necesario contar con muchos más tipos de individuos y una gran variedad de voluminosos utensilios agrícolas. Sólo los correspondientes costes de transporte por mar hacen que la fase de colonización de campesinos nórdicos a gran escala en Danelaw sugerida por Stenton sea prácticamente inconcebible. ¿A quién le hubiera interesado subvencionar semejante empresa sabiendo que sobre el terreno había mano de obra anglosajona ya sometida de condición social

inferior? Las consecuencias de las limitaciones logísticas también se observan en los asentamientos de Islandia, donde cada unidad de inmigrantes estaba liderada por un individuo de rango superior que presumiblemente podía cubrir los gastos iniciales de transporte. La logística tal vez limitara también el número de mujeres escandinavas que participaron en las migraciones nórdicas, en comparación con los otros desplazamientos por tierra del período objeto de nuestro estudio. Los modelos modernos de ADN sugieren que sólo una tercera parte de las mujeres que emigraron a Islandia llegaron —directa o indirectamente— de Escandinavia, y que las demás recorrieron una distancia más corta desde las Islas Británicas. Este hecho probablemente refleje lo costoso que resultaba para más de una minoría de guerreros trasladarse acompañados de su media naranja escandinava. Por otro lado, como los participantes en estas empresas ya eran relativamente acaudalados, y también paganos y polígamos, es posible que al principio las mujeres superaran en número a los varones, pues cada uno de ellos habría llevado consigo a su mujer escandinava y a un par de concubinas británicas o irlandesas.

Por frustrantes y limitados que a veces nos parezcan los testimonios de la época vikinga, los demás ejemplos importantes de migraciones por mar del primer milenio —el de los anglosajones a través del mar del norte y la expedición de vándalos y alanos al otro lado del estrecho de Gibraltar— no aportan ni mucho menos tantos detalles. No obstante, el impacto de las necesidades logísticas debió de ser muy similar. Es posible que vándalos y alanos estuvieran en condiciones de utilizar métodos intimidatorios para requisar medios de transporte, pero dudo que se librasen de tener que afrontar personalmente la mayor parte de los costes derivados de tamaño empresa. Y hay razones para creer que el hecho de que sólo pudieran trasladar a un número de individuos relativamente reducido en cada travesía fue determinante en su elección inicial del lugar de desembarco, Marruecos; esto es, muy lejos del corazón del norte de África romano, que estaba mucho mejor protegido y era su destino final. La imposibilidad logística de transportar a un número elevado de individuos de una sola vez probablemente también fuera uno de los factores que más determinó el carácter prolongado de las migraciones anglosajonas al sur de Britania.

Hasta aquí, bien: de muchísimas maneras, la literatura comparativa arroja luz sobre las migraciones del primer milenio, aunque los datos de que disponemos sean bastante limitados. Pero sigue habiendo algunas cuestiones importantes sin aclarar. Ante todo, ¿podemos aceptar realmente lo que las fuentes parecen decirnos, esto es, que el primer milenio fue ocasionalmente testigo de cómo unos grandes grupos mixtos y organizados de población salían a los caminos y emprendían largas marchas? Y si lo hacemos, ¿cómo podemos explicar este fenómeno en su propio contexto y el hecho de que no lo hayamos vuelto a ver en épocas más modernas y mejor documentadas? Una vez más, los estudios acerca de las migraciones modernas pueden, en mi opinión, ayudarnos a dar respuesta a estas preguntas, aunque una explicación completamente satisfactoria también requerirá que analicemos los modelos de migración del primer milenio comparándolos con el telón de fondo de una serie mucho más grande de transformaciones que estaban produciéndose simultáneamente en la Europa bárbara.

MIGRACIÓN Y DESARROLLO

Los estudios comparativos proporcionan dos puntos básicos que pueden servirnos de orientación cuando abordamos el tema de las posibles causas de un determinado flujo migratorio. En primer lugar, es perfectamente posible que una diferencia considerable del nivel de desarrollo económico entre dos regiones adyacentes genere un flujo de una a otra, de la menos desarrollada a la más próspera. El significado de «adyacente» variará muchísimo en las distintas épocas dependiendo de los medios de transporte disponibles, y una situación que, por lo demás, generaría un «flujo» natural de personas puede verse afectada por las estructuras políticas existentes en los puntos de origen y destino, o por la disponibilidad de información. Sin embargo, en igualdad de condiciones, un flujo de población será consecuencia de los distintos niveles de desarrollo, el resultado de la tendencia intrínseca del *Homo sapiens sapiens* a utilizar la movilidad como una estrategia para la maximización. El segundo punto es tan básico como el primero. En la inmensa mayoría de los casos, la motivación exacta de cualquier emigrante será una compleja combinación de libertad de decisión y fuerza mayor, de

razones económicas y políticas. Sin duda hay excepciones, sobre todo cuando hablamos de refugiados políticos que se ven obligados a abandonar su hogar por miedo a perder la vida, pero la decisión de emigrar de la mayoría de los individuos viene motivada por una combinación de los cuatro factores que acabamos de exponer. Juntas, lo que estas dos observaciones subrayan ante todo es que la migración deberá ser entendida prácticamente siempre de acuerdo a los modelos vigentes de desarrollo económico y político. Este enfoque, en mi opinión, puede explicar satisfactoriamente la «forma» geográfica general de las migraciones del primer milenio y la naturaleza, aparentemente extraña, de sus unidades migratorias características.

La migración en la Europa romana

A comienzos del primer milenio la región más desarrollada de Europa —desde el punto de vista económico y político— era la formada por la cuenca del Mediterráneo, unida bajo el dominio de Roma, a la que recientemente se habían unido los extensos paisajes del sur y el oeste de la cultura de La Tène. La Europa de la cultura de La Tène se caracterizaba por unos sistemas desarrollados de agricultura, cuyos excedentes podían garantizar la supervivencia de poblaciones relativamente densas, y por una producción y una actividad comercial considerable en otros sectores de la economía. Los romanos no sólo conquistaron las poblaciones de La Tène en su avance hacia el norte, sino que es un hecho —que no tiene nada de accidental— que sus conquistas perdieron fuelle cuando llegaron más o menos a los territorios periféricos de la Europa de la cultura de La Tène. La razón es bien simple: al otro lado de esa zona, los beneficios no compensaban la inversión que requería la conquista. Más allá de la Europa de La Tène estaban los territorios del mundo post-Jastorf, habitados por individuos mayoritariamente de lengua germánica. En esta zona los modelos económicos variaban mucho unos de otros, sobre todo porque algunos de sus habitantes habían estado en estrecho contacto con sus vecinos de la cultura de La Tène durante un período considerable de tiempo. En términos generales, sin embargo, sus unidades políticas eran más pequeñas que las de la Europa de La Tène, mucho antes incluso de que esta última región quedara incorporada

al Imperio, y su producción agrícola era menor. La densidad de población general era, por lo tanto, más baja, y también encontramos menos indicios que apunten a producciones no agrícolas y a intercambios comerciales, así como a marcadas diferencias de riqueza (al menos expresadas en términos de cultura material). Al otro lado de la Europa de la cultura de Jastorf, el extremo septentrional y oriental del mapa de Europa estaba habitado por poblaciones agrícolas (en la medida que lo permitían las condiciones ecológicas) que seguían en la Edad del Hierro. Sus sistemas de agricultura eran menos productivos aún, sus poblados más pequeños, su esperanza de vida menor y carecían prácticamente de los objetos propios de una cultura material.

Ante esta Europa de tres velocidades bien definidas (mapa 1), cabría esperar que los estudios comparativos acerca de las migraciones hablaran de flujos de población de las regiones menos desarrolladas a las más desarrolladas (por ejemplo, en dirección hacia el sur y hacia el oeste). Y en la época romana —en los tres primeros siglos de nuestra era— eso fue lo que ocurrió. Las estructuras económicas y sociopolíticas de la Europa romana más desarrollada absorbieron de muchas maneras a individuos procedentes de las regiones vecinas menos desarrolladas, en particular de la Europa post-Jastorf, dominada principalmente por germánicos. Muchos pasaron al Imperio como reclutas voluntarios del ejército romano, y otros como mano de obra esclava destinada a un sinnúmero de menesteres económicos. Estos flujos de población son bien conocidos, y no es necesario que nos extendamos más en hablar de ellos. Pero los flujos mucho más intensos y conflictivos de población germánica de los siglos II y III también encajan con este modelo, en el sentido general de que sus elementos también se dirigieron normalmente hacia el sur y hacia el oeste, en busca de la Europa más desarrollada. Comprender exhaustivamente su historia en particular, sin embargo, requiere también que comprendamos hasta qué punto una serie de interacciones en general con el Imperio Romano habían ido transformando mientras tanto el modelo de tres velocidades vigente cuando comenzó el primer milenio de nuestra era.

Por lo pronto, las estructuras militares y políticas del Imperio Romano explican fundamentalmente el resultado asimétrico desde el punto de vista geográfico de la expansión germánica en esos años. Al parecer, las fuerzas que impulsaron esta expansión operaron de manera muy generalizada por todo el centro de Europa de dominación germánica, pero los flujos de población resultantes tuvieron unos efectos mucho más espectaculares en el sudeste, sobre todo al norte del mar Negro, que en el sudoeste. Mientras que en el sudoeste los inmigrantes germánicos sólo ocuparon los Campos Decumates, más al este Dacia fue abandonada y las estructuras políticas de la región del norte del mar Negro fueron renovadas en su totalidad. Es probable que hubiera algunas diferencias en la magnitud de los flujos migratorios en una y otra dirección, pero este hecho también vendría a reflejar la causa más fundamental de distinta magnitud de los resultados. Los flujos al sur y al este operaban contra los clientes de este lado de la frontera del Imperio, en vez de operar directamente contra el poder militar del propio Imperio. En consecuencia, la probabilidad de éxito era mucho mayor que en el sudoeste, donde había que enfrentarse directamente con el poder militar romano.

El hecho de que los líderes victoriosos de estos flujos de expansión se conformaran generalmente con unos resultados que los dejaban en la práctica a las puertas del Imperio, en vez de intentar establecerse de manera permanente a este lado de la frontera, también deriva en parte de los efectos a largo plazo que tuvieron las interacciones con el mundo romano de los dos primeros siglos de nuestra era. Las operaciones de los mecanismos comerciales —tanto las de artículos de lujo más a larga distancia, como las de productos agrícolas más a corta distancia—, las oportunidades de saqueo de territorios romanos más ricos y la propensión del Imperio a reforzar el poder de sus clientes con subsidios diplomáticos supusieron que durante los dos primeros siglos de existencia del Imperio fueran acumulándose nuevas riquezas en las cortes de los dinastas germánicos de las inmediaciones de la frontera. La Europa de tres velocidades desarrolló, pues, una cuarta velocidad en forma de una zona interna de clientes cuya riqueza superaba con creces la de sus antiguos homólogos de lo que por aquel entonces se había convertido en la periferia externa de la vieja Europa de la cultura de Jastorf. Para los líderes de la expansión germánica no sólo resultaba mucho menos peligroso

limitar sus operaciones a territorios del otro lado de la frontera del Imperio, sino que dos siglos de interacción con Roma, con la consiguiente acumulación de riquezas, habían hecho de la zona fronteriza un objeto sumamente apetecible de expansión predatoria sin más. Antes de que se desarrollaran todos estos procesos, es probable que para los ambiciosos señores de la guerra germánicos no tuviera demasiado sentido dirigirse, por ejemplo, desde el norte de Centroeuropa hacia el sur de Centroeuropa, o desde el norte de los Cárpatos hacia el sudeste, pues los posibles beneficios materiales de tamaña empresa habrían sido mínimos.

Comprender con estas explicaciones las acciones que se desarrollaron entre finales del siglo II y el siglo III sirve para aclararnos también la forma, aparentemente rara, que adoptaron al menos unas cuantas unidades que participaron en estos flujos migratorios. El primer intento documentado que se llevó a cabo desde la periferia externa para aprovecharse de las nuevas riquezas que se acumulaban cerca de la frontera imperial adoptó la forma de incursión de saqueo. Cuando el poder del rey Vanio de los marcomanos de Bohemia mostró signos de debilidad, un rival político desterrado consiguió organizar una partida de guerreros de Polonia central (y probablemente también del norte de Polonia) para saquear las riquezas móviles de su corte, buena parte de las cuales procedían de los subsidios diplomáticos y de la parcela que se reservaba el rey de las actividades de los mercaderes romanos. Aunque no puedo demostrarlo, apuesto a que éste no es más que un ejemplo de un fenómeno hartamente común. Las incursiones relámpago no eran, sin embargo, la manera más efectiva de sacar provecho de todas las nuevas riquezas que se acumulaban en el hinterland del Imperio. Por razones completamente estructurales relacionadas con el comercio, los métodos diplomáticos romanos e incluso la facilidad con que podían saquearse los territorios del Imperio, las mejores oportunidades de beneficiarse de las interacciones con el Imperio Romano que generaban nuevas riquezas quedaban limitadas geográficamente a la zona fronteriza, y si los grupos y los líderes establecidos en la periferia externa ambicionaban conseguir más riquezas debían cambiar de lugar de residencia y asentarse de manera permanente más cerca de la frontera. Por lo tanto no es de sorprender que las incursiones de saqueo dieran paso a la migración en los siglos II y III, cuando

fueron más los caudillos y los grupos de la periferia externa que pretendieron aumentar su control de los nuevos flujos de riqueza que, impulsados por Roma, operaban en la Europa bárbara.

Pero a finales del siglo I d. C. ya no quedaba en la frontera ningún punto potencialmente lucrativo que no estuviera ocupado por algún señor de la guerra de la clase que fuera, y nadie estaba dispuesto a ceder su ventajosa posición sin defenderla con las armas. Así pues, trasladarse junto a la frontera y establecerse en la zona de manera permanente exigía por fuerza la destrucción de unas estructuras políticas ya existentes, y esto explica por qué los flujos migratorios de los siglos II y III incluyeron al final la presencia de importantes contingentes militares formados por millares de hombres, en vez de partidas de guerreros o de grupos de unos pocos cientos de soldados. Las partidas de guerreros podían ser efectivas en las incursiones de saqueo, pero su poderío no bastaba para reconstruir toda una estructura política, de modo que a los ambiciosos reyezuelos de la periferia externa no les tocó más remedio que reclutar grandes fuerzas expedicionarias para conseguir sus objetivos.

Merece la pena que nos detengamos un momento para considerar este modelo de expansión migratoria a la luz de ejemplos más recientes y mejor documentados. Este tipo de agresión predatoria e intencionada por parte de miles de individuos armados no suele observarse en el mundo moderno, y a veces se esgrime este hecho para refutar que ocurriera en el pasado. Como respuesta parcial a esta refutación se indica que, aunque no sea habitual, este tipo de actividad sí se ha observado en el mundo relativamente moderno: es exactamente el mismo tipo básico de modelo migratorio que apreciamos en los bóers de la Gran Marcha o Gran Trek. En su caso, las unidades atacantes pudieron ser más reducidas porque los bóers disponían de una gran ventaja sobre sus adversarios zulúes y matabeles: las armas de fuego. En los siglos II y III es probable que cualquier avance tecnológico estuviera al alcance de los grupos de la periferia interna que se veían acosados, pues habrían podido adquirir con facilidad armamento romano, de modo que las fuerzas agresoras procedentes de la periferia externa tuvieron que ser prácticamente de la misma magnitud que las que estaban al servicio de los reyezuelos establecidos en las zonas fronterizas.

La otra mitad de la respuesta la encontramos cuando nos ponemos a considerar precisamente por qué los flujos migratorios modernos, a pesar de contar con la participación de un elevado número de personas, suelen desarrollarse a través de pequeñas unidades migratorias compuestas de unos pocos individuos. Esto es así porque el tamaño de una unidad de migración viene determinado por la manera en la que los emigrantes de época moderna intentan acceder a la riqueza de unas economías más desarrolladas que han sido su foco de atracción. En el contexto moderno, los inmigrantes acceden a la riqueza cuando encuentran empleo en el sector industrial o en el sector de los servicios de una economía, empleo que está relativamente bien pagado al menos desde la perspectiva emigrante. El principio que subyace en esta idea no es que el tamaño de una unidad migratoria deba ser casi siempre pequeño, sino más bien que se ajustará a los medios que vayan a permitir el acceso a la riqueza de la economía más desarrollada. Todas las economías de la Europa del primer milenio eran en esencia agrícolas y disponían de una tecnología paupérrima. En consecuencia, incluso en la periferia en fase de desarrollo del Imperio Romano, no se ofrecían muchos empleos relativamente bien remunerados a los inmigrantes, con la excepción de aquellos pocos que podían unirse a los contingentes militares de los reyes de la frontera. Para los que ambicionaban acceder a la riqueza de ese mundo a una escala mucho mayor, ya llegara solo, ya llegara formando parte de un pequeño grupo, era una empresa inútil. En semejante contexto, había que llegar con fuerzas suficientes para derrotar a quien ya ocupaba un territorio y conseguir que el Imperio te identificara a partir de entonces como su socio comercial y diplomático predilecto de tu sector fronterizo. Aunque este tipo de unidad migratoria no suele darse en el mundo moderno, en realidad encaja perfectamente con los principios fundamentales que subyacen en todos los flujos migratorios observados. En el primer milenio las agresiones a gran escala de naturaleza predatoria eran una forma tan apropiada para adquirir bienestar y riqueza a través de la migración, como actualmente lo son los desplazamientos de los que emigran a título personal.

Los niveles de desarrollo también explican la otra importantísima curiosidad de esos flujos de población de los siglos II y III: el hecho de que muchos guerreros fueran acompañados de mujeres y niños. La Europa de

dominación germánica de los primeros siglos de la era cristiana era un mundo con apenas tecnología, un mundo en el que los excedentes de producción de sus pequeñas unidades agrícolas eran verdaderamente limitados. En consecuencia, su economía no podía sustentar grandes partidas de guerreros; los tributos en especie que podían recibir los reyes del siglo IV sólo servían para sustentar cien o doscientos hombres como mucho. Así pues, una vez más como en el caso de los bóers, el tipo de gran expedición militar necesario para invadir un rincón provechoso de la frontera del Imperio no habría podido organizarse nunca simplemente con el reducido número de militares especializados existentes en el mundo germánico. Había que reclutar a hombres en un espectro de la sociedad mucho más amplio, hombres que en su mayoría tenían a otras personas que dependían de ellos. Con la excepción, tal vez, de los más jóvenes en edad adolescente, estos nuevos participantes no habrían querido lógicamente separarse de esas personas por un largo período de tiempo, pero incluso una separación de breve duración —hasta que la expedición se coronara felizmente con éxito, por ejemplo— habría supuesto que esas personas dependientes quedaran expuestas a importantes peligros. Así pues, en semejante contexto, una vez más, es perfectamente natural que las fuerzas expedicionarias germánicas de más de cien o doscientos hombres fueran acompañadas de las familias y los parientes que dependían de los guerreros.¹² Hubo algunas mujeres incluso en expediciones que mandaron los bóers para explorar el terreno, pero los grandes grupos de la marcha bóer siempre fueron mixtos, y las mujeres, de hecho, no se quedaron atrás cuando llegó el momento de empuñar las armas; cargaban los fusiles de pedernal y, si era necesario, disparaban con ellos. Las mujeres germánicas del siglo II no tenían fusiles que cargar, pero es indudable que tenían un cometido importante, incluso en las expediciones de carácter casi exclusivamente militar. Por extraña que parezca su naturaleza, lo cierto es que esos flujos migratorios germánicos que tenemos documentados encajan, por su magnitud y composición, con los principios fundamentales que subyacen en las conductas migratorias que han venido observándose, siempre y cuando tengamos en cuenta las debidas diferencias existentes entre el primer y el tercer milenio.

La Völkerwanderung y más allá

Los modelos de desarrollo y migración de la época imperial experimentaron una crisis con la llamada *Völkerwanderung*. A finales del siglo IV y a lo largo del siglo V, la historia de Europa que tenemos documentada se caracteriza por la aparición de una serie de grupos migratorios formados por diez mil guerreros o más y un gran número de personas que dependían de ellos, capaces de sobrevivir a un enfrentamiento directo con las estructuras militares y políticas del Imperio Romano. En términos generales, esas extraordinarias oleadas de migración de grandes grupos fueron fruto de la conjunción, en un momento crítico, de diversas formas de desarrollo relacionadas entre sí. En primer lugar, entre mediados y finales del siglo IV, los procesos de desarrollo político y económico de los germanos habían llegado a un punto en el que las estructuras políticas habían alcanzado la solidez suficiente para mantener unidos a un número tan elevado de guerreros y de personas que dependían de ellos bajo un paraguas razonablemente resistente. Pero, en segundo lugar, estas estructuras eran la consecuencia de los procesos expansionistas de los siglos II y III, y estaban situadas en el tiempo lo bastante cerca de esos acontecimientos para conservar una tradición migratoria que podía entrar en funcionamiento cuando las circunstancias fueran las adecuadas o lo exigieran. Y, en tercer lugar, lo que tal vez fuera el reverso de la moneda, esto es, sus estructuras económicas no estaban todavía suficientemente arraigadas en las tierras de cultivo de ningún paisaje determinado, como para que fuera imposible concebir cambiar el centro de operaciones y trasladarlo a otro lugar.

Si se consideran teniendo en cuenta el telón de fondo de los desarrollos a largo plazo del mundo germánico, y sobre todo los acontecimientos más estrechamente relacionados con la crisis del siglo III, la existencia y las actividades de esos grandes grupos migratorios pueden explicarse perfectamente, aunque esto no debería alejarnos de la extraordinaria naturaleza de la acción. Pues, por más que superaran en dimensiones y cohesión a los del siglo I, ninguno de estos grupos que aparecieron en un principio en la periferia del Imperio era lo suficientemente numeroso para enfrentarse a Roma con éxito, y, a pesar de ello, uno de los resultados

añadidos de sus actividades conjuntas fue, como hemos visto, la destrucción del estado romano de Occidente. Este resultado tan impredecible fue también fruto de otras conjunciones que se dieron entre determinados acontecimientos históricos fortuitos y los modelos de desarrollo más a largo plazo.

En primer lugar, fue necesario el estímulo provocado involuntariamente por los hunos para que un número suficiente de esos grupos mayoritariamente germánicos procedentes del otro lado del Rin y del Danubio entraran en territorio romano, y para que su coincidencia en el tiempo fuera tal que al estado romano le resultara imposible simplemente acabar con ellos. Pese a sus mayores dimensiones y cohesión, de haber llegado por separado, el resultado habría sido al final la aniquilación total de esos grupos, los cuales, además, eran muchos para que hubiera podido organizarse un plan conjunto destinado a acabar con el Imperio. A diferencia del mundo árabe, el elemento clave del que carecían los germanos de la periferia del Imperio era un Mahoma que ofreciese una ideología unificadora alternativa a la del estado romano. Pero, en segundo lugar, una vez establecidos en territorio romano, los procesos de amalgamación política de esos grupos, que habían estado gestándose durante largo tiempo al otro lado de la frontera, alcanzaron su clímax con relativa rapidez. Buena parte de la historiografía tradicionalista moderna ha pasado por alto este dato tan importante y revelador. Con su insistencia en tratar como antiguos «pueblos»¹³ inmutables a los grupos que acabaron fundando los estados sucesores del Imperio Romano de Occidente, esta historiografía pasó por alto el hecho de que la inmensa mayoría de esos «pueblos» están documentados explícitamente como nuevas coaliciones que se formaron en territorio romano a partir de unos cuantos grupos —por lo general tres o cuatro— que habían sido independientes al otro lado de la frontera. Visigodos y ostrogodos, francos merovingios o la coalición de vándalos y alanos representaron un paso más hacia el cambio de la organización de las estructuras políticas bárbaras, y fue este paso más el que realmente permitió la aparición de unos grupos de la magnitud suficiente (pues ya alcanzaban los veinte mil guerreros o más) para acabar con el Imperio Romano de Occidente.¹⁴

No obstante, al margen de la naturaleza accidental de todos estos hechos —no hay nada que nos induzca a pensar que se habría producido una afluencia similar de personas a territorio romano sin la aparición en escena de los hunos—, una dimensión de la acción no tuvo nada de casual. Las nuevas formaciones políticas de mayor envergadura que se convirtieron en los cimientos de los estados sucesores no habrían podido crearse al otro lado de las fronteras del Imperio. El nivel de desarrollo económico que había en la periferia del Imperio en el siglo IV no permitía la existencia de unos excedentes de producción suficientes para que los líderes políticos pudieran patrocinar la integración de un número tan elevado de seguidores en aquel contexto. Sólo cuando se tuvo acceso directo a la economía del Imperio para obtener más riqueza, y el estado romano comenzó a suponer un estímulo político añadido que impulsaba hacia la unificación, entendida como verdadera amenaza proveniente del exterior, hubo una base económica y política suficiente para la creación de esas entidades de mayor envergadura. El nivel de desarrollo existente fue lo que permitió, y también limitó, la creación de las estructuras políticas, y los nuevos grupos fundadores de estados no habrían podido existir en un contexto exclusivamente bárbaro.¹⁵

Pero si bien es cierto que la *Völkerwanderung* puede considerarse la culminación de los modelos de desarrollo que se dieron en territorio bárbaro en la época romana, sus consecuencias, sin embargo, revolucionaron los modelos generales de desarrollo del conjunto de Europa. Para empezar, los nuevos estados que aparecieron en los antiguos territorios romanos hicieron que la Europa imperial fuera mucho menos imperial. El epicentro del poder suprarregional se trasladó en Europa occidental hacia el norte en torno al año 500, y la segunda mitad del milenio se caracterizaría no por un poder imperial de base mediterránea, sino por una serie de dinastías principalmente francas cuya prominencia iba a basarse en los activos económicos y demográficos existentes al norte de los Alpes, entre el Atlántico y el Elba. Una vez más, esta situación puede considerarse la culminación de las tendencias de desarrollo aparecidas en época romana. El hecho de que el nuevo poder imperial de Europa occidental quedara situado en una zona que abarcaba un pedazo de los antiguos territorios romanos y una parte considerable de su periferia constituye un claro indicio de la profunda transformación que había

experimentado dicha periferia a raíz de su interacción con el estado romano a lo largo de los siglos anteriores. A comienzos de la era cristiana, este paisaje a uno y otro lado del Rin no habría podido soportar nunca todo lo que representaba un poder imperial, pues no era ni remotamente rico ni estaba suficientemente poblado, pero el desarrollo que se produjo a uno y otro lado del río durante la época romana transformó radicalmente esta situación. Al mismo tiempo, las estructuras políticas de la Europa occidental postromana dominada por los francos, en particular la militarización de sus elites terratenientes, supusieron que este nuevo estado imperial fuera muy distinto de su predecesor romano. Como no pudo imponer sistemáticamente tributos sobre la producción agrícola, fue un tipo de entidad menos dominante y menos autosuficiente, que necesitó los beneficios de su expansión para permitir a sus gobernantes el patrocinio indispensable para integrar a sus terratenientes constituyentes. Y cuando las circunstancias generales no permitieron la expansión, se produjo la fragmentación, con la consecuente dispersión del poder desde su centro hacia la periferia. Así pues, a los períodos de máxima autoridad central y agresión externa —el sello del Imperio— se alternaron otros de desunión en la segunda mitad del milenio allí donde Roma había ofrecido de manera constante con anterioridad una versión de imperialismo más cohesionado. Hay bastante de cierto en la idea de que las desigualdades ya existentes en la primera mitad del milenio disminuyeron en parte, empezando por arriba, debido a que la Europa imperial cambió y fue menos constantemente imperial.

Fundamental, y también más interesante puesto que se ha hablado muy poco de ello, es el efecto que tuvo la *Völkerwanderung* en la Europa bárbara. En el siglo VI, de la Europa de dominación germánica de los tiempos del Imperio ya no quedaba prácticamente rastro alguno. Hasta el siglo IV, algunas estructuras socioeconómicas y políticas similares a las suyas habían seguido estando vigentes en un amplio territorio que se extendía desde el Rin hasta el Vístula por el norte, llegando hasta el río Don por el sur, pero en 550 d. C. aproximadamente los descendientes de los habitantes de ese gran territorio habían quedado prácticamente confinados a la región del oeste del Elba y a una bolsa periférica situada en la Gran Llanura Húngara, la cual estaba a punto de desaparecer por la llegada de los ávaros (mapa 15). La

Völkerwanderung había desempeñado un papel primordial en esta revolución, aunque en realidad no por haber vaciado de habitantes esos paisajes. Ni que decir tiene que algunas zonas concretas quedaron totalmente despobladas, pero, incluso poniéndonos en el peor de los casos, el éxodo que vivió la Europa germánica entre los siglos IV y VI no alcanzó unas dimensiones tan grandes como para que el centro y el este de Europa acabaran sin un alma. Sin embargo, lo que es evidente que hizo la *Völkerwanderung* fue vaciar buena parte de las antiguas periferias interna y externa del Imperio de los grupos armados y organizados de la elite que anteriormente las habían gobernado. Desde la perspectiva de la Europa bárbara, esta época fue testigo no sólo de la caída del Imperio Romano de Occidente, sino también de la desaparición de su periferia de aquellas estructuras y organizaciones de mayor envergadura con apariencia de estado, la inmensa mayoría de las cuales se trasladaron, en el curso de las migraciones, a zonas de la antigua periferia interna —entre el Rin y el Elba, y la Gran Llanura Húngara— y, principalmente, a territorio del Imperio Romano de Occidente.

La primera revolución extraordinaria que se produjo en la Europa bárbara marcó una cesura en más de medio milenio de continuo desarrollo en extensas zonas del centro y el este de Europa. También dio lugar a una segunda transformación igualmente espectacular. Por lo que sabemos, tras el colapso germánico, los grupos de población de la tercera zona de Europa existente a comienzos de la época romana empezaron a desarrollar por primera vez importantes interacciones políticas, económicas y culturales con el resto de Europa. Los romanos sabían algo de los vénedos, que habitaban en aquella parte de la Europa de baja velocidad más próxima al Imperio. En el siglo I, Tácito sabía que estaban por allí, más allá del Vístula y los Cárpatos; un par de generaciones después, Ptolomeo pudo añadir los nombres de algunos de sus grupos sociales más numerosos. Pero, curiosamente, no hay ningún testimonio que indique que esas poblaciones participaran de una manera u otra en los acontecimientos políticos de la primera mitad del milenio. Que se sepa, los vénedos no organizaron incursión alguna en territorio romano, no aparecen citados en los relatos que nos hablan de las Guerras Marcomanas o de la crisis del siglo III y, por lo visto, ni siquiera participaron en las estructuras del imperio de Atila, que incorporaron a tantos

otros grupos de población del centro y el este de Europa. Tampoco indican los mapas de la distribución de las importaciones romanas que estos grupos de población europea del este del Vístula y el norte de los Cárpatos desempeñaran un papel importante en alguna de las redes comerciales que se extendían hasta las tierras de los bárbaros en la época romana, aunque no cabe duda de que algunas rutas de dichas redes atravesaban sus territorios.

Sin embargo, más o menos inmediatamente después del colapso de la Europa germánica, empezaron a salir de aquella zona de Europa de baja velocidad grupos de lengua eslava que iban a desempeñar un papel cada vez más importante en los relatos de la historia general de Europa que han llegado a nuestras manos. En 500 d. C. aproximadamente, se habían desplazado hacia el sur y el este de los Cárpatos para entrar en contacto directo con las fronteras del Imperio de Oriente, que comenzaron a cruzar para llevar a cabo incursiones de saqueo. Su capacidad para ello probablemente la adquirieron en el curso de anteriores interacciones con godos y otros grupos bien organizados de la periferia del Imperio Romano, que pasan más o menos desapercibidas en nuestras fuentes históricas.¹⁶ Fuera como fuese, lo cierto es que los nuevos contactos con el Imperio Romano de Oriente aceleraron muchísimo los incipientes procesos de desarrollo que ya se habían puesto en marcha entre los grupos eslavos implicados, del mismo modo que las incursiones de saqueo y los subsidios diplomáticos supusieron para ellos la llegada de una cantidad sin precedentes de riquezas muebles y estimularon su militarización y la formación de unas estructuras políticas de mayor envergadura, todo lo cual permitiría la maximización de los beneficios obtenidos a través de su nueva relación con los territorios de Constantinopla. Paralelamente a estos hechos se produjeron una serie de transformaciones como las que se habían dado en el mundo germánico a comienzos de la época imperial, y en 550, tras el colapso de la Europa germánica, los grupos de lengua eslava ya se habían erigido en el principal «otro» bárbaro que desafiaba a la civilización del Imperio Romano de Oriente en el sudeste de Europa.

Fue entonces cuando un segundo «accidente» nómada modificó considerablemente los procesos de desarrollo existentes, actuando como un catalizador determinante en la posterior transformación de la Europa bárbara.

Al igual que los hunos, los ávaros crearon en muy poco tiempo en Europa central una poderosa coalición militar, uno de cuyos principales efectos fue la desviación de una cantidad aún mayor de la riqueza generada en el Mediterráneo hacia el centro de Europa, por entonces prácticamente dominado por eslavos. Este hecho, por supuesto, estimuló todavía más la rivalidad por hacerse con el control de aquellas riquezas, que ya habían comenzado a originar un nuevo tipo de monarquía militar en el mundo eslavo incluso antes de la aparición de los ávaros. Otro factor igualmente importante es que, como los hunos, los ávaros no estaban capacitados para gobernar directamente al elevado número de grupos sometidos, y operaban a través de una serie de líderes intermedios elegidos en parte entre los miembros de esos grupos. No poseemos mucha información detallada, pero hay buenas razones para pensar que esta circunstancia habría tenido el efecto de cimentar el poder social de unos subordinados escogidos, empujando aún más al menos a sus súbditos eslavos en una dirección de consolidación política.¹⁷ El tercer efecto más importante que tuvo la aparición de los ávaros fue impulsar y facilitar una diáspora eslava aún mayor, pues varios grupos eslavos se trasladaron a otros lugares para escapar de la dominación de los ávaros. La colonización a gran escala —en contraposición a las meras incursiones de saqueo— del antiguo sector de los Balcanes del Imperio de Oriente por parte de los eslavos sólo fue posible cuando el imperio ávaro (en combinación con las conquistas persas y luego árabes) logró acabar con la supremacía militar de Constantinopla en la región. Pero al menos algunos de estos eslavos tenían motivaciones tanto de carácter negativo para escapar de la dominación ávara, como de carácter positivo para trasladarse a territorio romano. Por lo demás, no han llegado a nuestras manos más relatos históricos, pero el deseo de escapar de la dominación ávara desempeñó sin duda un papel trascendental en la gran dispersión de grupos eslavos que comenzaría a producirse más tarde, a partir de 550 aproximadamente: en dirección oeste hacia el Elba, en dirección norte hacia el Báltico, e incluso en dirección este hacia el corazón de Rusia y Ucrania. Sigue sin estar claro hasta qué punto esta expansión oriental supuso la primera invasión llevada a cabo por individuos de lengua eslava en Rusia occidental, o si nos encontramos realmente ante la expansión de grupos determinados de lengua eslava que habían alcanzado una mayor

organización política y más poder militar gracias a sus interacciones con el Imperio Romano de Oriente y con los ávaros, y que, por lo tanto, estaban capacitados para reafirmar su dominio sobre otros individuos de lengua eslava que no habían participado en el mismo proceso.

Fuera como fuese, el proceso de eslavización —el establecimiento del dominio de grupos de lengua eslava a lo largo y ancho de grandes extensiones de territorio del centro y el este de Europa— también combinó unos procesos de migración y desarrollo con los que estaba estrechamente vinculado. La interacción con la economía más desarrollada del Imperio Romano generó nuevos flujos de riqueza que impulsaron la consolidación política y la militarización de al menos algunos eslavos. Pero la única razón de que sólo unos grupos se beneficiaran de esta nueva riqueza es que éstos ya se habían trasladado físicamente más cerca de una órbita romana tras el colapso del imperio de los hunos, presumiblemente para obtener ese tipo de ganancias. La revolución sociopolítica que experimentaron a continuación los preparó —sobre todo con el estímulo añadido que supusieron los ávaros— para extender más tarde su dominación mediante nuevas migraciones a lo largo y ancho de amplios sectores del centro y el este de Europa. Es evidente que en el proceso se produjo la absorción de poblaciones indígenas muy numerosas que habían sobrevivido al colapso germánico y sus consecuencias. Parte de esta absorción habría sido pacífica, como parecen indicar algunas fuentes romanas del Imperio de Oriente, pero al mismo tiempo estaba produciéndose una militarización cada vez mayor en muchos grupos eslavos, y las consecuencias de la eslavización acabaron siendo sorprendentemente monolíticas. Aunque algunos grupos eslavos, en particular los de la cultura de Korchak, siguieron siendo pequeñas comunidades agrícolas y pacíficas hasta el año 600 y aun después, muchos otros experimentaron una rápida transformación cuando la nueva riqueza comenzó a generar procesos de militarización y diferenciación social. Buena parte de la posterior eslavización de Europa fue a todas luces obra de los peligrosos eslavos armados, no de los campesinos del sistema de Korchak, especialmente en aquellas regiones de Rusia en las que la dominación eslava fue propiciada por

las acciones de unas comunidades formadas por unos cuantos centenares de individuos que erigían un poblado fortificado tras otro, adentrándose en territorio claramente hostil.

El nacimiento de Europa

La riqueza del Imperio de Oriente y la injerencia de los ávaros supusieron sólo el comienzo de un proceso de desarrollo mucho más extenso y general que se produjo a lo largo y ancho de la gran región europea de dominación eslava en la segunda mitad del milenio. En el siglo X, dicho proceso había creado las primeras estructuras dinásticas cuasi estatales que se habían visto en buena parte del norte y el este de Europa. Estas nuevas entidades seguían funcionando con grandes limitaciones en el año 1000, siendo visibles con claridad modelos de centro y periferia en los vastos territorios que teóricamente controlaban. Un mecanismo gubernamental basado en el sistema de jornadas reales no podía administrar territorios tan extensos con la misma intensidad, y esta circunstancia queda patente en la continua propensión de dichas entidades a intercambiarse entre ellas el control de extensos territorios intermedios. No obstante, lograron promover una serie de actividades organizadas desde su centro que son francamente impresionantes. Mucho más grandes geográficamente que los estados clientes germánicos que se formaron en el siglo IV junto a las fronteras del Imperio Romano, fueron capaces de llevar a cabo unos actos de poder mucho más espectaculares. Construyeron más edificaciones y más grandes, tuvieron unos ejércitos más numerosos, mejor equipados y más profesionalizados, y no tardaron en adoptar algunas normas culturales de la Europa imperial más desarrollada, principalmente, por ejemplo, la religión cristiana.

Todo indica que los mecanismos de transformación que generaron estas nuevas entidades tuvieron una naturaleza similar a la de los producidos por los estados clientes germánicos más importantes que había en la periferia romana en el siglo IV. En ambos casos, una serie de nuevos contactos —ya fueran comerciales, diplomáticos o derivados de operaciones de saqueo— supusieron unos flujos de riqueza sin precedentes en las sociedades no imperiales. Las luchas internas por hacerse con el control de estos flujos de

riqueza provocaron luego la militarización y la aparición de dinastías preeminentes, que al final utilizaron su dominio de esta riqueza para crear unos aparatos militares permanentes, capaces de institucionalizar la autoridad de estos monarcas destruyendo y/o intimidando a las estructuras de autoridad de ámbito más local ya existentes. En consecuencia, los rivales potenciales eran eliminados rápidamente, y el poder estaba cada vez más centralizado.

Sin embargo, aunque los procesos básicos fueran los mismos, la segunda mitad del milenio fue testigo de un desarrollo del mundo eslavo mucho más rápido y profundo que el que había experimentado el mundo germánico en la primera mitad. La explicación de esta disparidad reside en parte en la variedad más amplia de estímulos que se dio en la Europa bárbara después de 500 d. C. Determinadas zonas del oeste del mundo eslavo establecieron una serie de contactos económicos, militares y diplomáticos con una sucesión de poderes imperiales francos en Europa occidental. Al mismo tiempo, los doscientos años de dominación imperial ávara en el corazón de Centroeuropa tuvieron unos efectos importantes en la clientela eslava en general, al igual que la interacción con otro poder imperial, aunque inferior, de Europa: el Imperio Bizantino. Y lo que no es menos importante, zonas más remotas del mundo bárbaro dominado prácticamente por eslavos comenzaron a interactuar con un cuarto poder imperial aun mayor, el califato islámico. No hay indicios de que en la primera mitad del milenio existieran grandes redes comerciales de tráfico de esclavos o pieles que partieran del centro y el este de Europa para satisfacer las demandas de Oriente Próximo y el Mediterráneo, por lo que estas nuevas redes representaban un flujo de riqueza desconocido en época romana. Y a juzgar por el sorprendente número de monedas islámicas conservadas y su correlación con los núcleos de los nuevos estados eslavos, hay muy buenas razones para suponer que este estímulo imperial de allende los límites de Europa desempeñó un papel primordial en la transformación de la Europa eslava.

La otra explicación lógica del veloz desarrollo de la Europa eslava es el impacto de las nuevas tecnologías militares de los últimos dos siglos del milenio —en especial las armaduras y los castillos—, que facilitaron mucho las acciones intimidatorias emprendidas contra posibles adversarios por los dinastías que habían conseguido hacerse con el control de los nuevos flujos de

riqueza. Pues, aunque los nuevos estados abarcaran unas zonas periféricas gobernadas con menor intensidad, el poder ejercido en el corazón de los territorios dinásticos era (terriblemente) impresionante. El poder brutal que comportó la destrucción de las antiguas fortalezas tribales y su sustitución por otras nuevas dinásticas —tanto en Bohemia como en Polonia— queda sorprendentemente patente en los reveladores testimonios arqueológicos que han salido a la luz en los últimos años. El poder de los dinastas se pone también de manifiesto en los desplazamientos de las poblaciones sometidas hacia zonas centrales de los nuevos estados, así como en la organización económica general de sus integrantes, ilustrada en este caso en una combinación de testimonios arqueológicos y los primeros estratos de información documental de los nuevos estados que han llegado a nuestras manos.

La naturaleza y el significado general de estos procesos de desarrollo no podrían ser más claros, y sus consecuencias fueron numerosísimas. En términos generales, la más importante tal vez fuera la aparición por primera vez de Europa como entidad operativa. En el siglo X las redes de contactos económicos, políticos y culturales estaban extendiéndose por todo el territorio comprendido entre el Atlántico y el Volga, entre el Báltico y el Mediterráneo. Esta circunstancia propició que lo que anteriormente había sido un paisaje sumamente fragmentado, caracterizado por grandes desigualdades de desarrollo y por una gran desconexión en los primeros años de la era cristiana, se convirtiera en un territorio unido por un considerable grado de interacción. Europa es una unidad no de geografía física, sino humana, y en el año 1000 la interacción entre las distintas poblaciones humanas existentes desde el Atlántico hasta el Volga fue por primera vez suficientemente intensa para que el término tuviera un significado real. A finales del primer milenio, las redes comerciales, la cultura religiosa, los modos de gobierno e incluso los modelos de explotación agrícola estaban generando claramente por todo el paisaje europeo una serie de rasgos comunes.

Para los objetivos del presente estudio, sin embargo, los procesos de desarrollo son mucho más importantes por el papel que desempeñaron en la desaparición de aquellas condiciones que había generado el fenómeno de la

migración a gran escala, a menudo predatoria —ya fuera en la forma de gran oleada propia de la *Völkerwanderung*, ya fuera en la forma más habitual de flujo que va creciendo en intensidad—, el cual había sido una de las características constantes de la Europa del primer milenio. Las diferencias de desarrollo no habían desaparecido completamente del mapa de Europa, pero se habían reducido enormemente. En esencia, las nuevas redes comerciales, en combinación con una expansión más generalizada de la agricultura (aunque esta última aún tenía mucho camino por recorrer), supusieron que las estructuras de poder políticamente organizadas del centro y el este de Europa pudieran tener acceso a grandes cantidades de riqueza en sus propios territorios. El desarrollo general de la economía y la agricultura también supuso que se dedicaran a atrincherarse de una manera completamente nueva en determinadas zonas geográficas de actuación, al menos en el corazón de sus dominios.

En consecuencia, los tipos de estímulo positivo que habían impulsado periódicamente una migración a gran escala habían perdido las estructuras que los producían, o cuando menos habían quedado sumamente erosionados. La migración nunca fue una opción fácil o muy común en la Europa del primer milenio, sino más bien una estrategia que a veces se adoptaba cuando los beneficios merecían el esfuerzo de montar expediciones a territorios que sólo se conocían en parte sin tener la certeza absoluta de culminar con éxito la empresa. Cuando las elites sociales pudieron acceder a la riqueza, sin verse obligadas a afrontar las inseguridades que suponía establecerse en otro lugar, fueron mucho menos proclives a recurrir a esa estrategia. Y, por supuesto, cuanto menos la ponían en práctica, menos probabilidades había de que lo hicieran en un futuro, pues la costumbre de emigrar, otrora más arraigada, fue perdiendo fuelle entre sus miembros y entre los individuos que estaban bajo su control cuando nuevos sistemas de agricultura intensiva comenzaron a generar modelos más permanentes de cultivo. En resumen, tanto las elites como la población en general de la Europa bárbara empezaron a estar cada vez más arraigadas en localidades concretas, y, en consecuencia, cada vez era menos probable que recurrieran a la emigración, ni siquiera cuando había poderosos estímulos que, en otras circunstancias, las habría impulsado a cambiar de lugar de residencia.

Ésta es, en mi opinión, la explicación fundamental del problema que empezaba planteando este capítulo. Aunque muchos godos y otros germanos (pero seguramente no todos) reaccionaran a la amenaza de los hunos, y los eslavos lo hicieran a la de los ávaros, buscando un nuevo hogar en otra tierra, la llegada de los nómadas magiares a la Gran Llanura Húngara no desencadenó, que se sepa, migración alguna. Las acciones, la naturaleza y el destino final del estado moravo marcaron la diferencia. En lugar de huir despavoridos, los moravos se quedaron y lucharon contra los magiares, al igual que los ejércitos de la Europa imperial de los francos. Perdieron (como, al principio, perdieron muchos de sus homólogos francos), pero el hecho de que no se movieran es un reflejo de las profundas raíces que habían echado en los lugares en los que vivían y de la naturaleza fundamentalmente distinta del poder político de la Europa bárbara que se había desarrollado a finales del primer milenio. Con anterioridad, las limitaciones de la tecnología agrícola existentes en la Europa bárbara habían impulsado una movilidad general de ámbito local, y el gran desequilibrio en el reparto de riqueza y las profundas diferencias de los niveles de desarrollo habían animado periódicamente a los más aventureros a intentar la conquista de un pedazo más atractivo del paisaje, próximo, por lo general, a las fuentes de riqueza del Imperio. Los moravos, en cambio, construyeron castillos e iglesias de piedra, con la ayuda de la riqueza producida por unos sistemas de agricultura más intensiva y unas redes comerciales más extendidas. Con tanto invertido en el lugar en el que habitaban, no iba a ser nada fácil obligarlos a trasladar su centro de operaciones. Lo mismo cabe decir de las otras nuevas dinastías de finales del primer milenio. Todas estaban mucho más arraigadas en lugares determinados que sus antiguas homólogas gracias al desarrollo de las técnicas agrícolas y a las nuevas redes comerciales que permitían que otros tipos de riqueza estuvieran disponibles más allá de los territorios limítrofes del imperio. En pocas palabras, los procesos de desarrollo acabaron con las grandes desigualdades que anteriormente habían hecho que la migración en grandes grupos a lugares lejanos fuera una opción razonable para los bárbaros de Europa, y favorecieron que las poblaciones del centro y el este de Europa echaran profundas raíces en un territorio concreto.

Nada de todo lo expuesto, desde luego, puso realmente un punto final a las migraciones. Hay personas que van siempre de un lado a otro en busca de una mayor prosperidad y de una vida mejor, y la historia de Europa posterior al siglo X sigue caracterizándose por el fenómeno de la migración periódica a gran escala. A partir de finales del primer milenio, sin embargo, la migración de la Edad Media adopta por lo general dos formas muy características. Por un lado, observamos transferencias de elites compuestas por caballeros. La conquista de los normandos fue un ejemplo, podemos decir que a gran escala, de este tipo de migración que se vio coronada por el éxito. Mucho más habituales fueron las bandas de cien o doscientos hombres perfectamente armados que intentaban establecer sus pequeños principados, expulsando a las elites existentes y/o imponiendo su derecho a recibir apoyo económico de una mano de obra dependiente. La productividad de un campesinado arraigado y el poderoso efecto de las nuevas tecnologías militares fueron unos factores fundamentales a la hora de determinar las características de esta particular forma de migración. Los castillos y las armaduras permitieron a esos individuos establecer una forma de dominio local basada en pocos hombres que resultaba muy difícil de cambiar. La otra forma habitual de migración fue el reclutamiento deliberado de campesinos para trabajar la tierra; para incentivarlo, los señores ofrecían unas condiciones de explotación muy atractivas y se valían de agentes que se encargaban de las campañas de reclutamiento. Una vez más vemos cómo los nuevos modelos de desarrollo alcanzan una importancia primordial, pues la mayor productividad agrícola, fruto de las nuevas tecnologías que empezaron a utilizarse a finales del primer milenio, hizo que los amos y señores del nuevo territorio quisieran asegurar la mano de obra necesaria para maximizar la producción agrícola. Aunque habían recorrido un largo camino, los nuevos estados eslavos todavía iban a la zaga del oeste y el sur de Europa en lo que a nivel de desarrollo económico se refiere. Así pues, se convirtieron en uno de los destinos principales de la nueva mano de obra agrícola que marchó de las zonas más desarrolladas de Europa, donde el elevado número de habitantes suponía para los campesinos ambiciosos menos oportunidades de conseguir más tierras en unas condiciones más convenientes. En consecuencia, cientos de miles de campesinos del oeste y el centro de Europa serían atraídos hacia el este por el

ofrecimiento de tierras en unas condiciones mucho mejores que las que podían conseguir en sus lugares de origen, y el proceso de eslavización de buena parte de la antigua Europa germánica iniciado a comienzos de la Edad Media se veía en cierta medida revertido por la afluencia de campesinos de lengua germánica.¹⁸

¿LA TERCERA LEY NEWTONIANA DE LOS IMPERIOS?

Estas dos formas posteriores de migración medieval están muy bien documentadas, pues se produjeron en una época en la que el conocimiento de la escritura estaba intensificándose por casi todo el continente, de modo que su importancia en el desarrollo de la historia de Europa no puede ser puesta en tela de juicio de la manera en que lo ha sido la de las formas de migración del primer milenio. El predominio de estas formas distintas en una época posterior, sin embargo, no supone una objeción a la teoría general de este libro, en el sentido de que las formas predatorias de la migración, basadas en un gran espectro social, de una escala superior que la expansión basada en caballeros, habían desempeñado un papel importantísimo en la construcción de la Europa del primer milenio. Las formas migratorias posteriores eran perfectamente adecuadas en las condiciones económicas y políticas existentes en la Europa de mediados de la Edad Media. Los tipos de flujo migratorio a gran escala de naturaleza predatoria estudiados en el presente libro —en los que en esencia se combinaban campesinos y elites en un mismo grupo migratorio, mientras que posteriormente la Edad Media fue testigo de los desplazamientos de estas dos clases sociales por separado— fueron igualmente los adecuados en su época. En el primer milenio, unos modelos de desarrollo sumamente dispares se combinaron más tarde con una falta de arraigo en el campesinado y una producción agrícola relativamente escasa. Esto comportó que la economía de la Europa bárbara sólo pudiera mantener a un número muy limitado de especialistas militares, de modo que fue preciso, y posible, que los ambiciosos líderes organizaran expediciones necesariamente grandes, y de ahí su gran base social, para asegurar unas posiciones productoras de riqueza en los límites de la Europa imperial más desarrollada. Ello a su vez generó formas de migración distintas a las que

fueron habituales a mediados de la Edad Media, y también distintas a las que solemos ver en el mundo moderno. La migración del primer milenio fue así no porque nuestras fuentes estén infectadas con un reflejo cultural distorsionador, sino porque las circunstancias existentes diferían de las que se dieron posteriormente en varios aspectos fundamentales. Se ajustan totalmente, sin embargo, a los principios básicos de la migración moderna, a saber, que la dirección del desplazamiento y la forma de la unidad de migración vienen en gran medida determinadas por los modelos de desarrollo existentes.

En resumen, hay muy buenas razones para reaccionar ante las limitaciones del modelo de la antigua hipótesis de la invasión no rechazando la migración como factor explicativo relevante de la historia del primer milenio, sino colocando de nuevo en su lugar una serie de modelos de migración mucho más complejos. Utilizada de una manera más analítica, la migración deja de ser una alternativa simplista e inútil a las líneas de explicación «más complejas» que centran su atención en los cambios sociales, económicos y políticos. Entendida adecuadamente, y éste es el mensaje principal que lanza la literatura comparada, la migración no constituye una forma de explicación aislada y conflictiva de las transformaciones sociales y económicas, sino el reverso complementario de la misma moneda. Los modelos de migración vienen determinados por las condiciones económicas y políticas imperantes, y, de hecho, por otra dimensión de su evolución. Unos y otras reflejan las desigualdades existentes, y a veces incluso contribuyen a reducirlas, y sólo cuando se contempla desde esta perspectiva comienza a vislumbrarse el verdadero significado del fenómeno migratorio. Otra línea de pensamiento que surge de estos planteamientos es que los especialistas en prehistoria tal vez no debieran rechazar con tanta rapidez la migración también como factor que contribuyó periódicamente a modelar el pasado más remoto de Europa. Si es cierta la idea de que las formas predatorias de la migración visibles periódicamente en el primer milenio fueron generadas por un grado razonable de proximidad geográfica entre zonas con un nivel de desarrollo muy distinto, junto con la existencia de sociedades cuyos campesinos también empuñaban las armas y no habían echado profundas raíces en una parcela de

tierra determinada, entonces estamos ante unas condiciones que muy probablemente se hayan dado en muchos otros contextos de la Antigüedad, y la migración periódica de naturaleza predatoria podría ser considerada razonablemente una consecuencia natural.

No obstante, para este estudio, esto es sólo una cuestión marginal, y cuando se considera en términos generales la transformación de la Europa bárbara en el primer milenio, no cabe duda de que el desarrollo desempeñó en el proceso un papel mucho más importante y profundo que la migración. Los viejos relatos postulaban lo contrario, haciendo hincapié en la llegada de unos pueblos con nombre y apellido a los lugares que se les asignó en el mapa de Europa en distintos momentos del milenio, hasta que por fin aparecen todas las naciones modernas en su lugar correspondiente. Según su línea de pensamiento, el desplazamiento y la llegada constituían los acontecimientos de verdadera importancia histórica, y lo que ocurría a continuación no eran más que simples anécdotas. Estaban totalmente equivocados. Mucho más importantes que esos momentos ocasionales en los que se produjo su llegada, que en muchas ocasiones precisamente no les condujo a ninguna parte, fueron las dinámicas interacciones entre los poderes imperiales de la Europa más desarrollada y los bárbaros que acechaban: principalmente germanos en la primera mitad del milenio, y principalmente eslavos en la segunda. Estas interacciones, y no los actos de migración, fueron en último término responsables de generar las nuevas estructuras sociales, económicas y políticas que permitieron que a finales del primer milenio la antigua Europa bárbara guardara un parecido mucho mayor con la Europa imperial. Con esto no queremos decir que esas transformaciones fueran intrínsecamente buenas, ni que el Imperio tuviera algo intrínsecamente mejor, pero los testimonios nos llevan directamente a concluir que fueron las nuevas conexiones con la Europa imperial, y las reacciones a las mismas por parte de algunos elementos de las sociedades bárbaras, las que en último término acabaron con las espectaculares diferencias de desarrollo existentes a comienzos de la era cristiana. Esto resume en pocas palabras el segundo postulado importante que he intentado plantear. En el año 1000 no toda Europa era cristiana y estaba plagada de estados construidos alrededor de castillos, caballeros y un campesinado productivo, pero sí era así en una

medida que habría dejado aturdido al propio Tácito en el siglo I d. C. El historiador latino creía que el este de Europa estaba poblado por criaturas con «rostro y rasgos humanos, [pero] cuerpos y miembros de animales»; en los términos del autor, la Europa bárbara ya no lo era.¹⁹

La migración había desempeñado un papel —a veces muy importante— en este revelador relato. Si nos fijamos sobre todo en la definición de migración en masa o significativa que nos ofrece la literatura comparada —que a mí me ha parecido sumamente útil—, veremos que migración puede entenderse como un factor fundamental de la acción en varios momentos trascendentales del milenio. Tal vez más que ningún otro, el «accidente» huno llevó a muchísimos más grupos germánicos organizados a territorio romano en un período de tiempo suficientemente corto para socavar el estado central romano y generar un colapso masivo de las viejas estructuras de poder de la Europa central bárbara. Ello a su vez permitió la extraordinaria diáspora eslava cuyas consecuencias culturales —la eslavización generalizada del centro y el este de Europa— siguen siendo en la actualidad un rasgo fundamental del continente europeo. Difícilmente pueden considerarse fenómenos menores. Aun así, sólo debería asignarse generalmente a la migración una posición secundaria, por detrás de la transformación social, económica y política, cuando se explica cómo fue que la Europa bárbara evolucionó para dejar de existir en el curso del primer milenio. Por lo pronto, al margen de determinados momentos concretos e insólitos, como, por ejemplo, el «accidente» huno o el ávaro, los modelos de migración vinieron totalmente determinados por unos modelos de desarrollo de los que eran consecuencia. Sólo cuando los invasores nómadas añadieron a esta imagen un matiz mucho más intenso de migración por motivos políticos, la relación se revirtió, y la migración empezó a determinar modelos de desarrollo, socavando el Imperio Romano de Occidente y la Europa germánica a la vez.

Incluso sin los hunos, por otra parte, estos procesos de desarrollo habrían acabado por socavar el Imperio Romano. Vistos en conjunto, lo que ponen de manifiesto los testimonios del primer milenio es que el hecho de vivir cerca de un vecino imperial militarmente más poderoso y económicamente más desarrollado provoca una serie de cambios en las sociedades de la periferia, cuyos efectos acumulativos son precisamente

generar nuevas estructuras mejor capacitadas para defenderse de los aspectos más desagradables de la agresión imperial. En el primer milenio esto ocurrió en dos ocasiones distintas. Lo vemos por primera vez en la aparición de los estados clientes germánicos del Imperio Romano en el siglo IV, y más tarde —esta vez con unos efectos más impresionantes— en la aparición de los nuevos estados eslavos de los siglos IX y X. En mi opinión, este patrón que se repite no es accidental, y ofrece uno de los motivos fundamentales que explican por qué los imperios, a diferencia de los diamantes, no son para la eternidad. La manera en la que los imperios tienden a actuar, y la combinación de oportunidad económica con poder de agresión que es inherente a su naturaleza, provocan una serie de reacciones por parte de los afectados, reacciones que a la larga socavan su capacidad de conservar la ventaja de poder inicial que en un principio los hizo imperiales. No todos los imperios sufren una experiencia equivalente al accidente huno que sufrió Roma, ni caen con tanta rapidez en la destrucción. En el curso de la historia de la humanidad, seguramente muchos más han sido devorados poco a poco desde sus bordes a medida que los dinastas de su periferia se volvían más rapaces tras haber visto aumentar su poder. Una respuesta al carácter transitorio del gobierno imperial es, en pocas palabras, que hay una tercera ley newtoniana de los imperios. El ejercicio del poder imperial provoca una reacción opuesta e igual en los que lo sufren, hasta que al final éstos se reorganizan para mellar el filo imperial. El hecho de que esto resulte reconfortante o aterrador dependerá, supongo, de si se vive en una sociedad imperial o en una sociedad periférica, y de en qué punto del baile se esté. La existencia de una ley como ésta, sin embargo, es otro de los mensajes generales que el análisis de las interacciones de emperadores y bárbaros durante el primer milenio de la era cristiana puede ofrecernos en la actualidad.

MAPAS

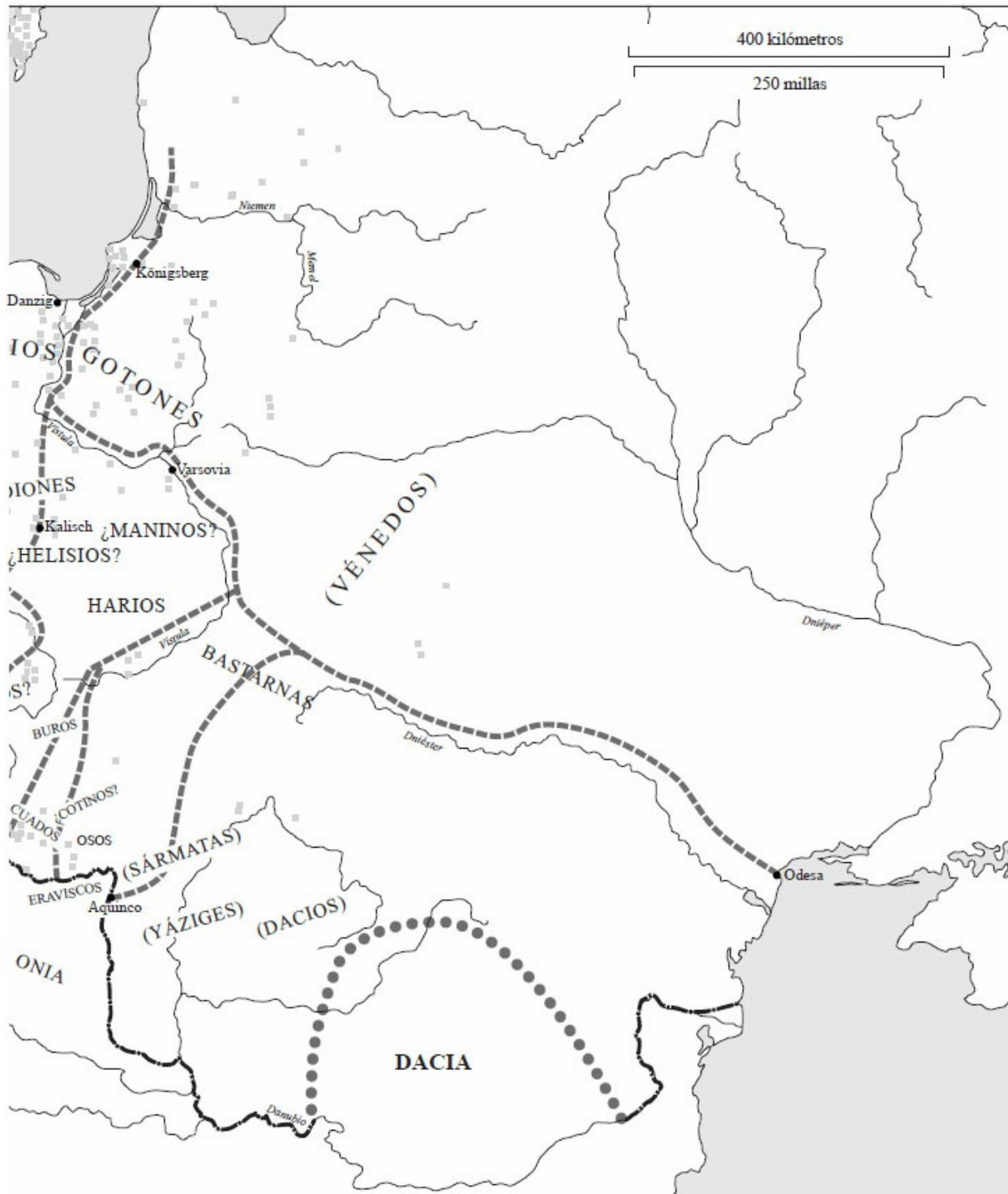
1. La Europa de los romanos y los bárbaros en tiempos del nacimiento de Cristo







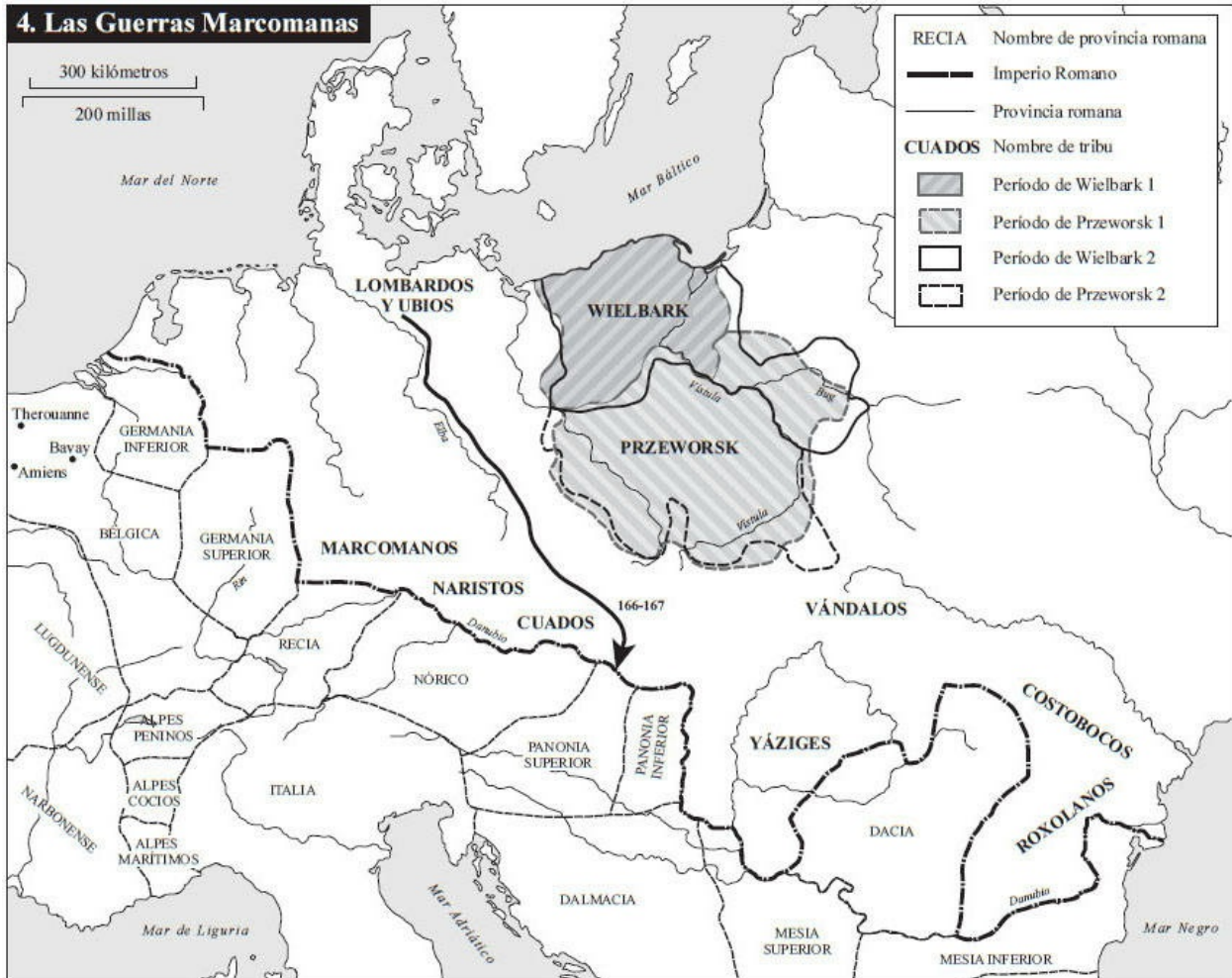
2. Grupos políticos germánicos en tiempos de Tácito



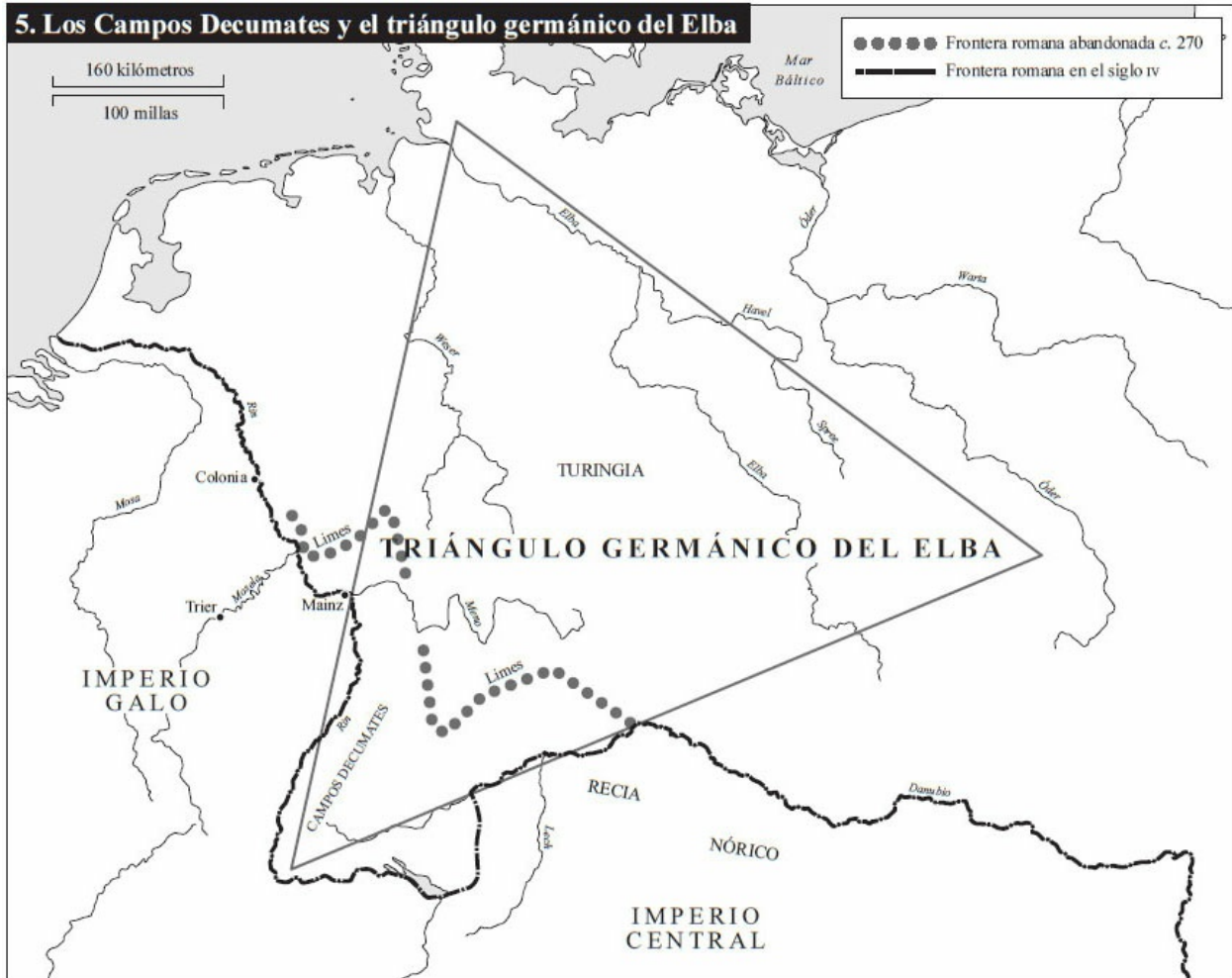
3. La Europa germánica a mediados del siglo IV



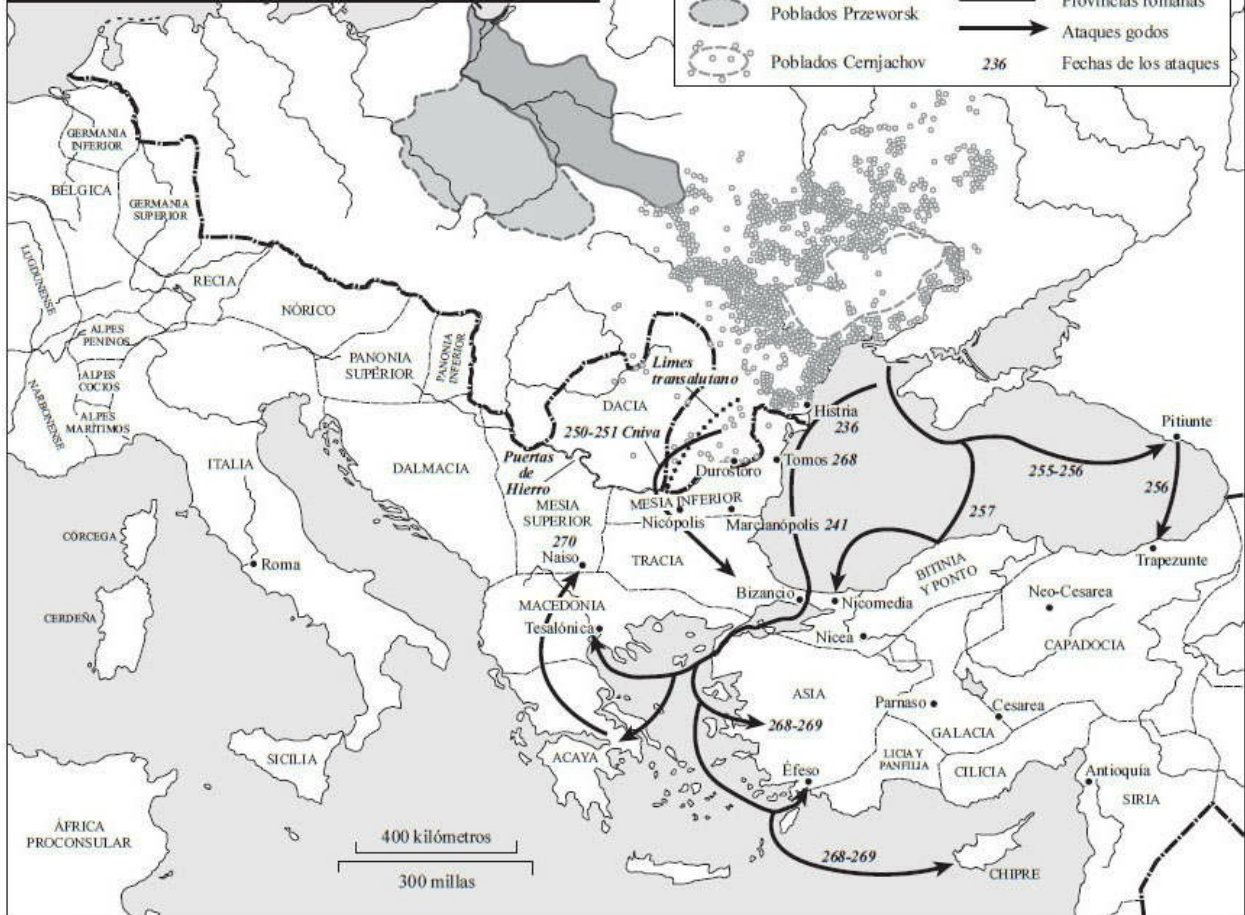
4. Las Guerras Marcomanas



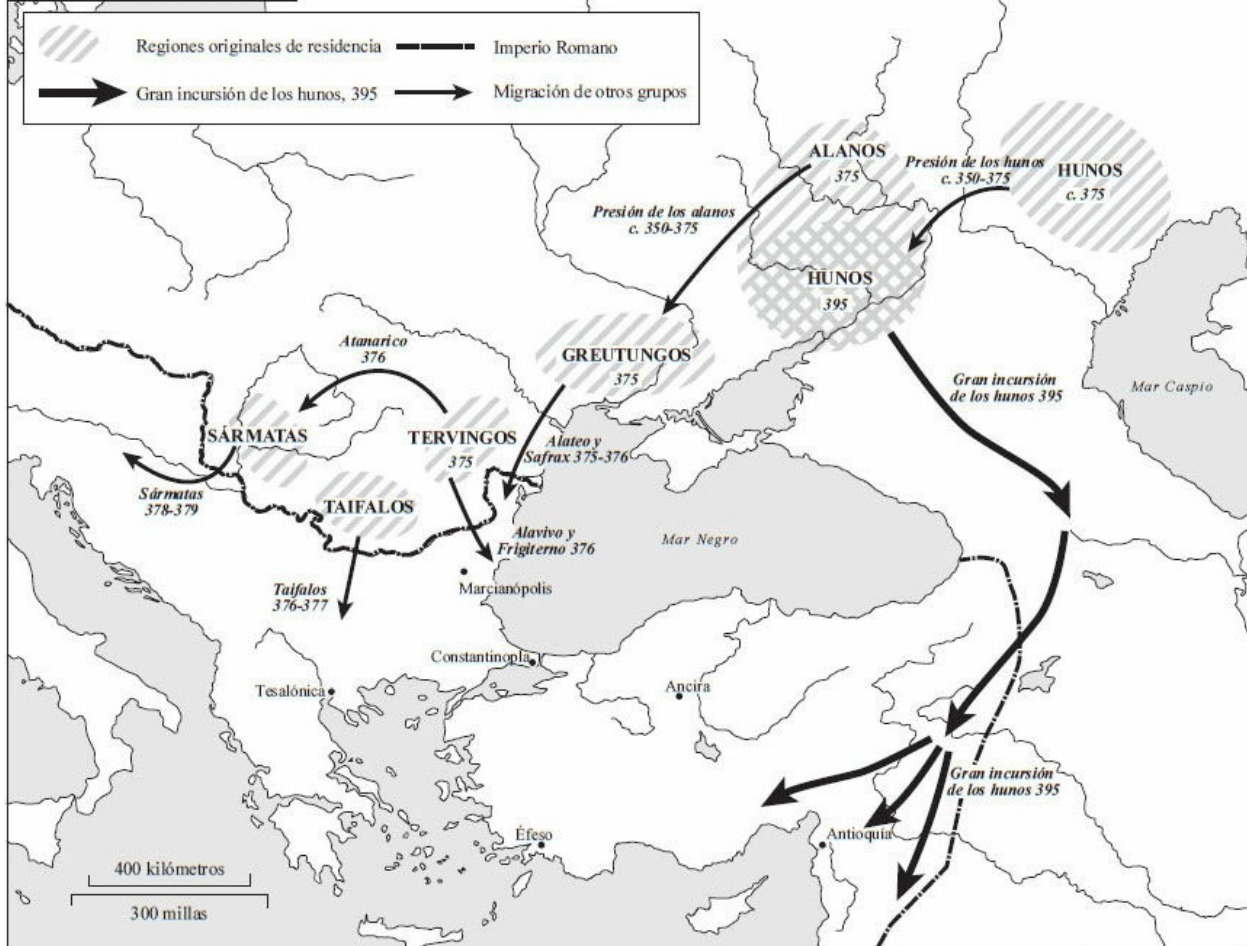
5. Los Campos Decumates y el triángulo germánico del Elba



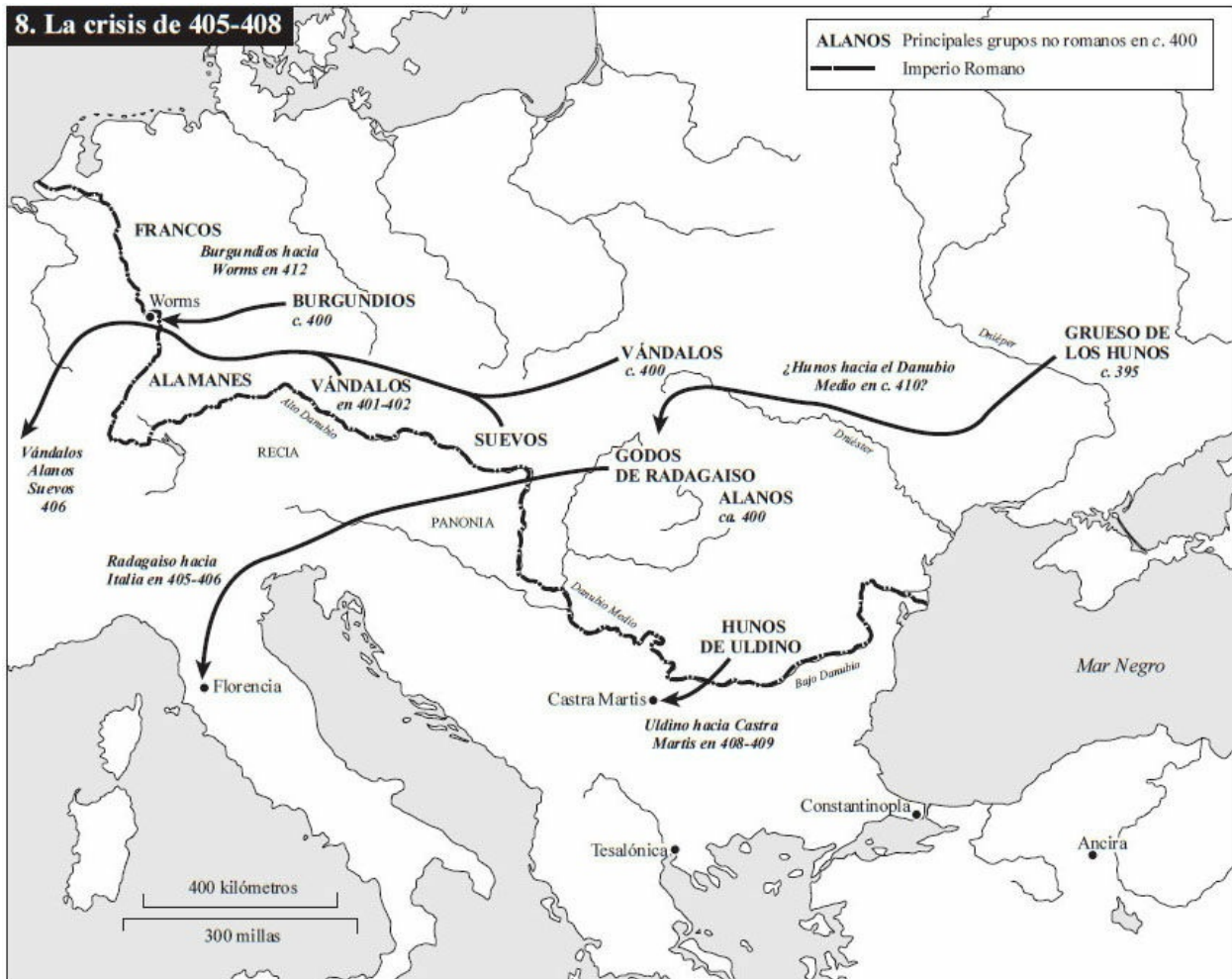
6. La expansión germánica hacia el mar Negro en el siglo III



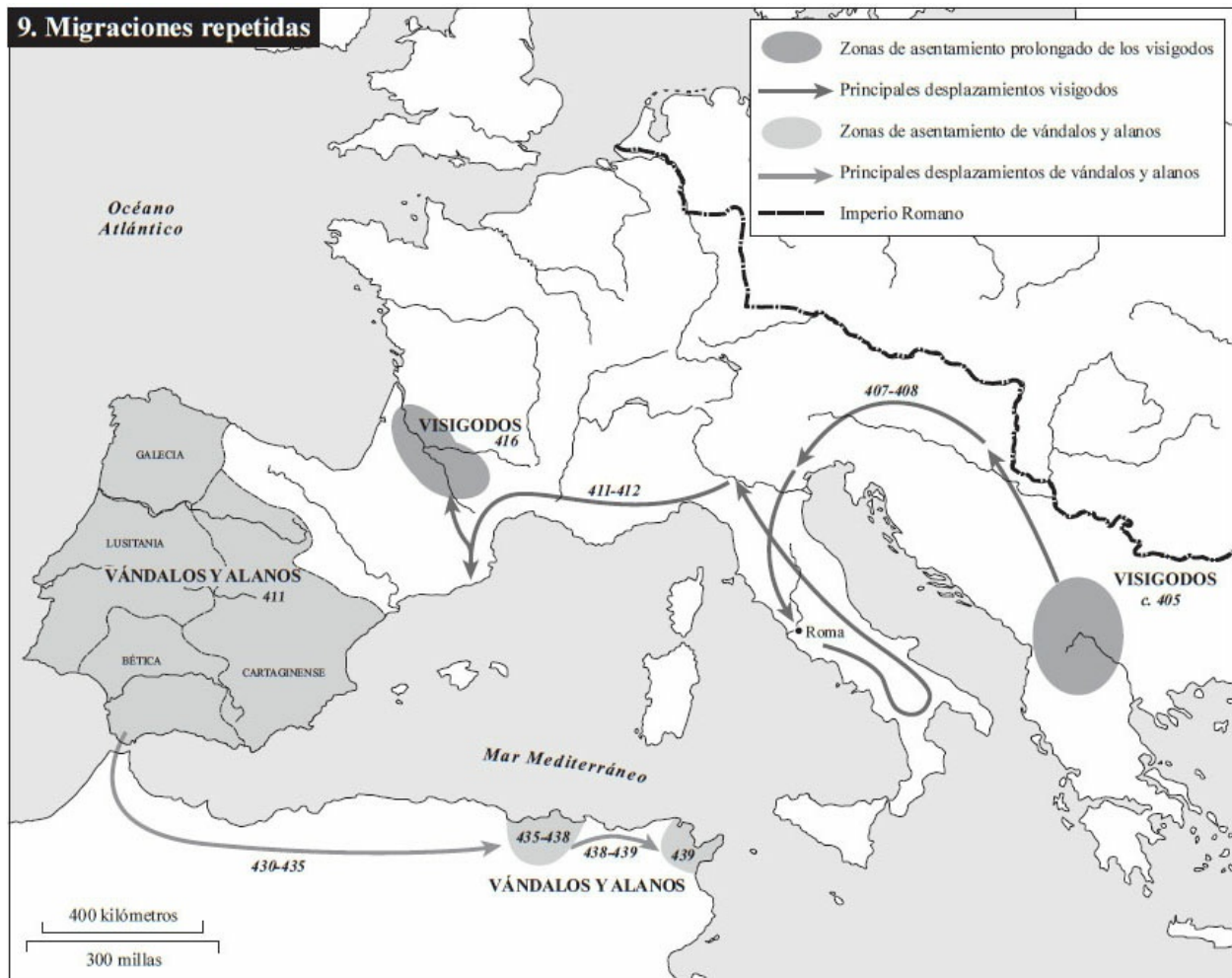
7. La crisis de 376-380



8. La crisis de 405-408



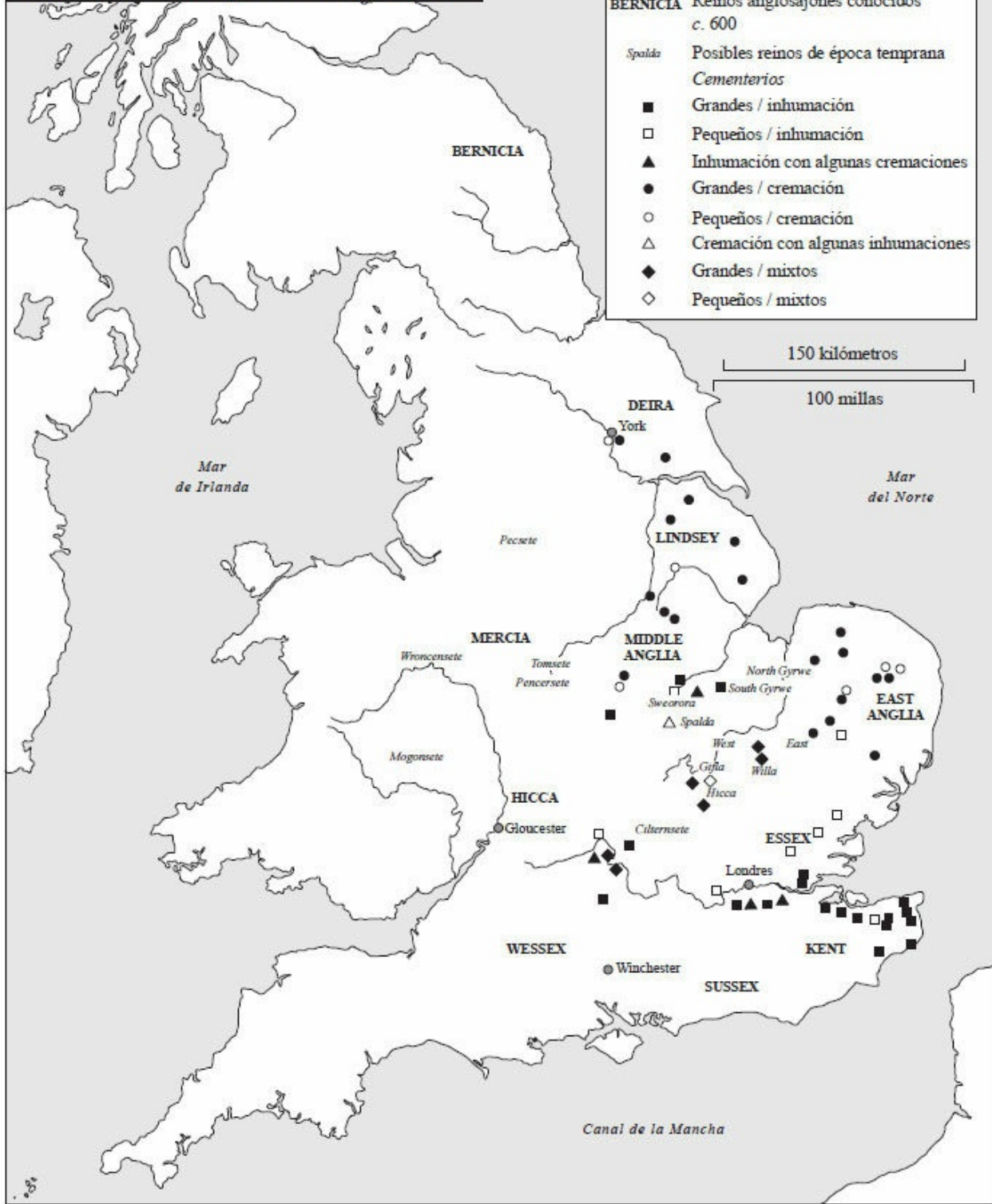
9. Migraciones repetidas



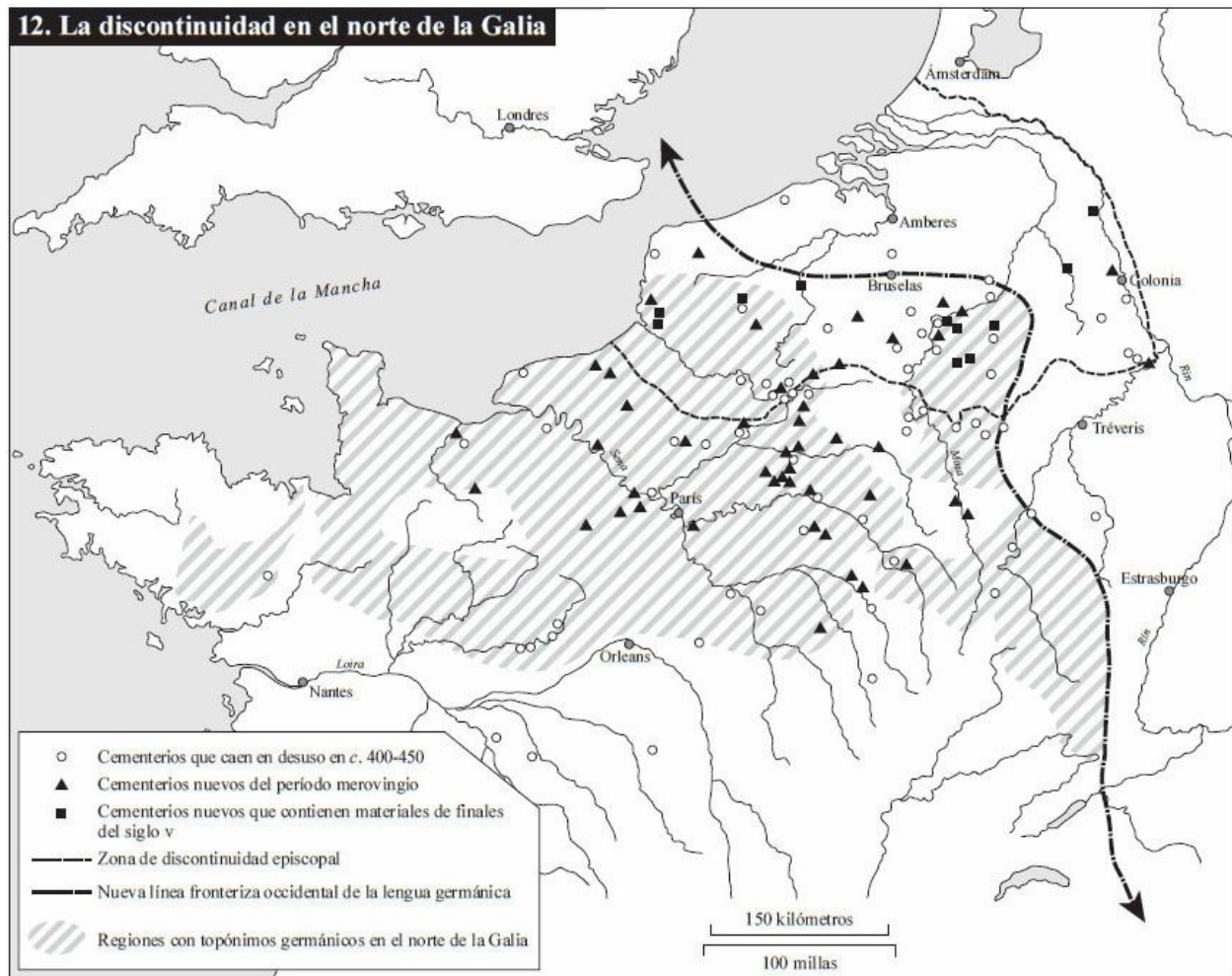
10. Súbditos de Atila



11. La primitiva Inglaterra anglosajona



12. La discontinuidad en el norte de la Galia



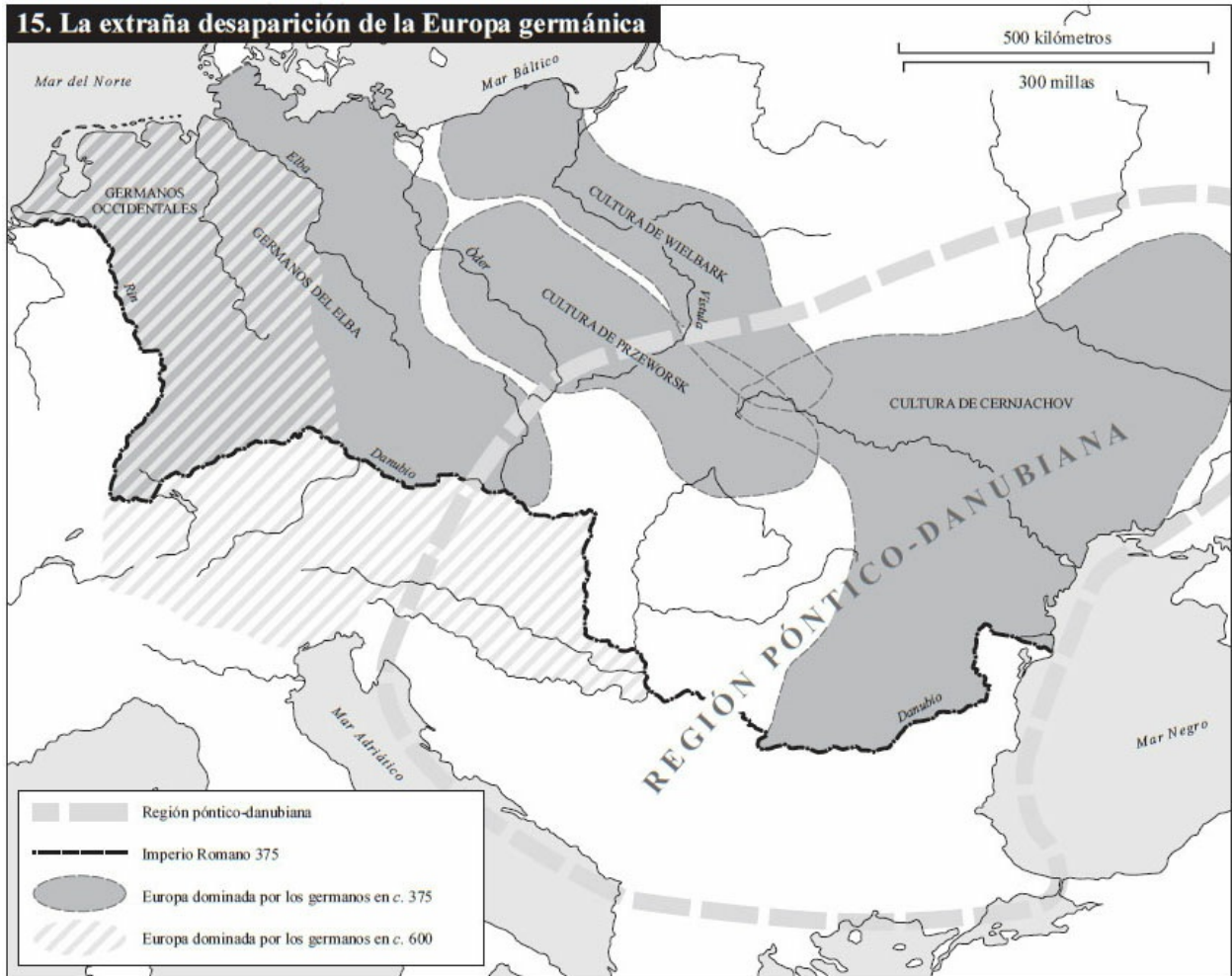
13. Imperios de los francos



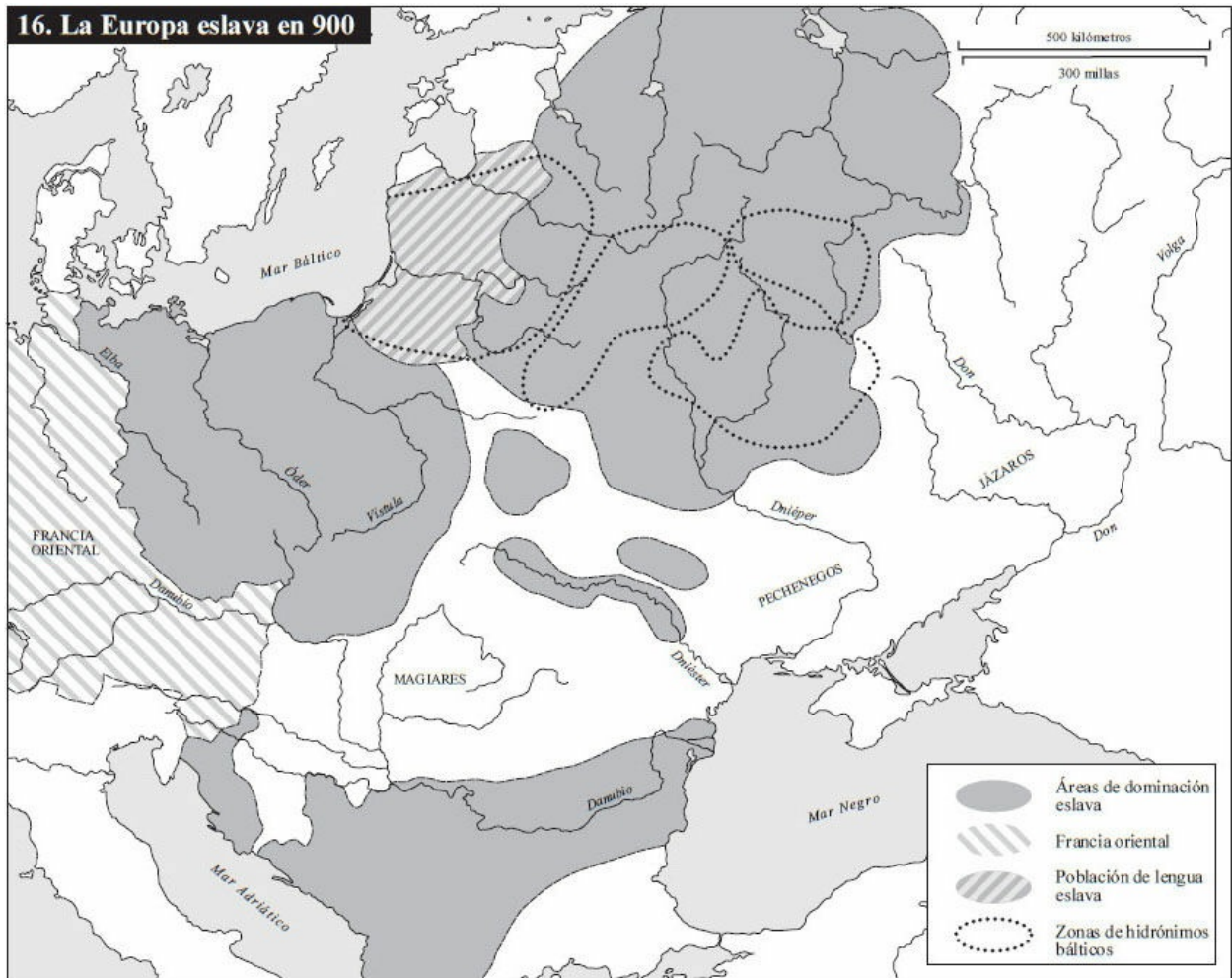
14. El imperio otomano



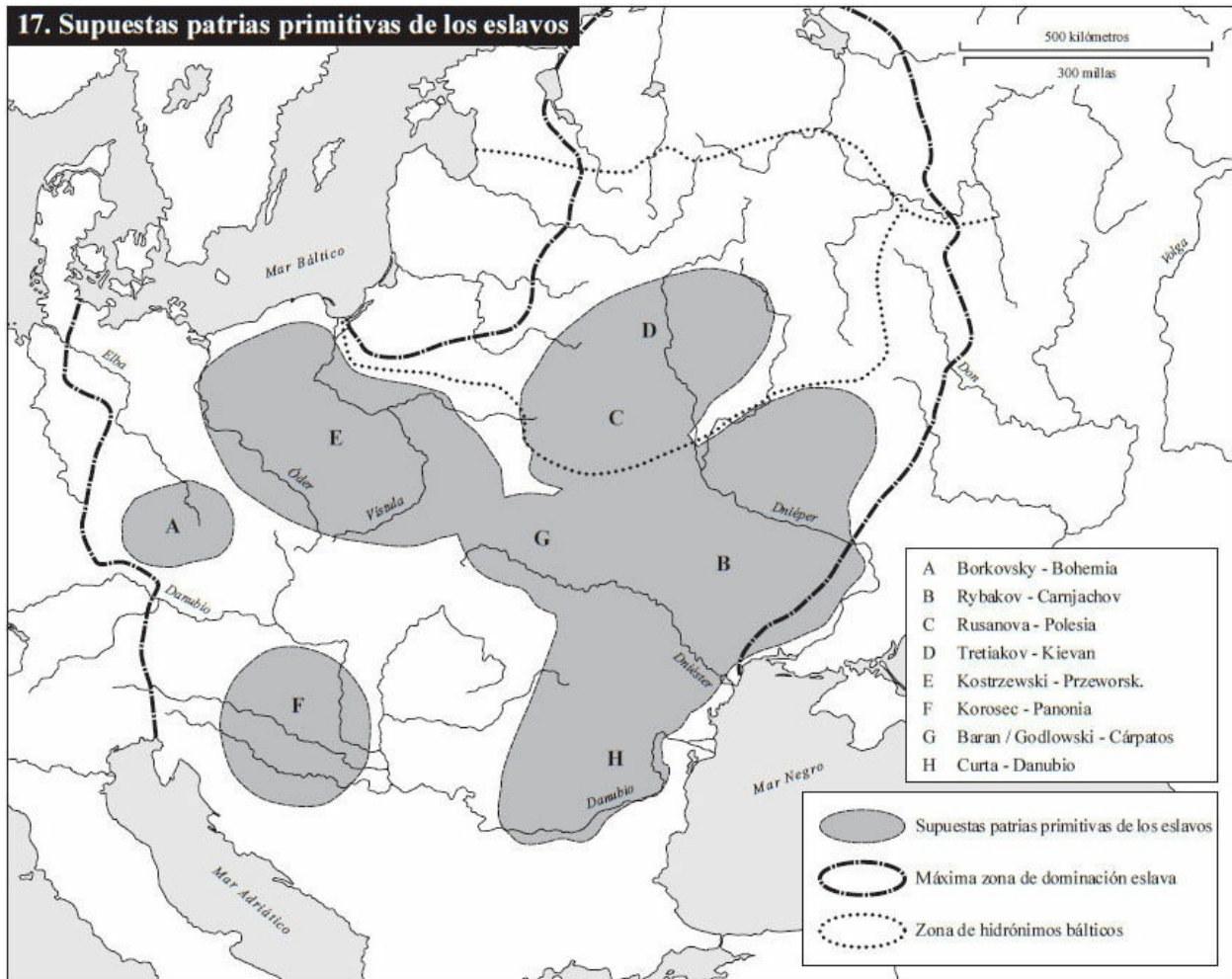
15. La extraña desaparición de la Europa germánica



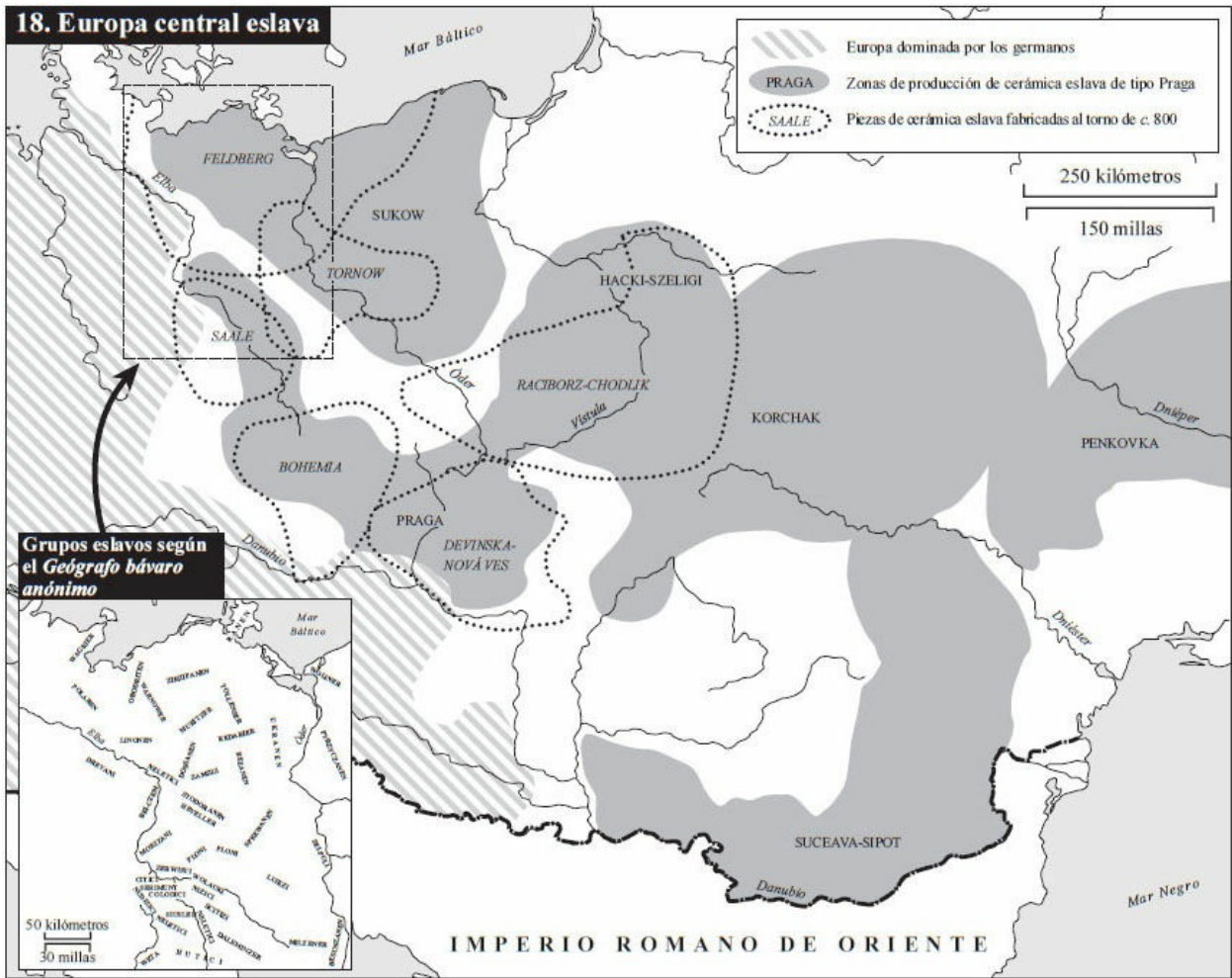
16. La Europa eslava en 900



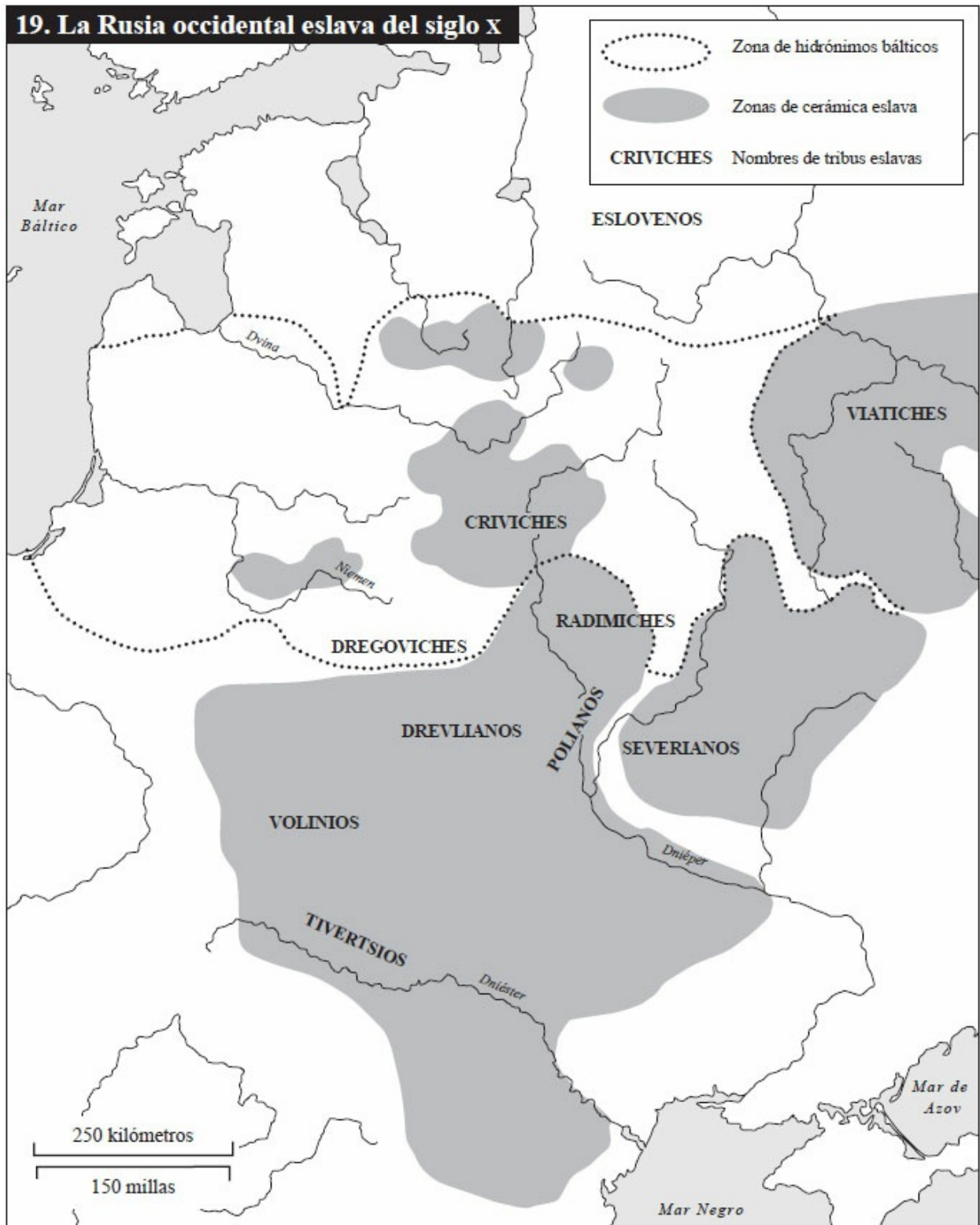
17. Supuestas patrias primitivas de los eslavos



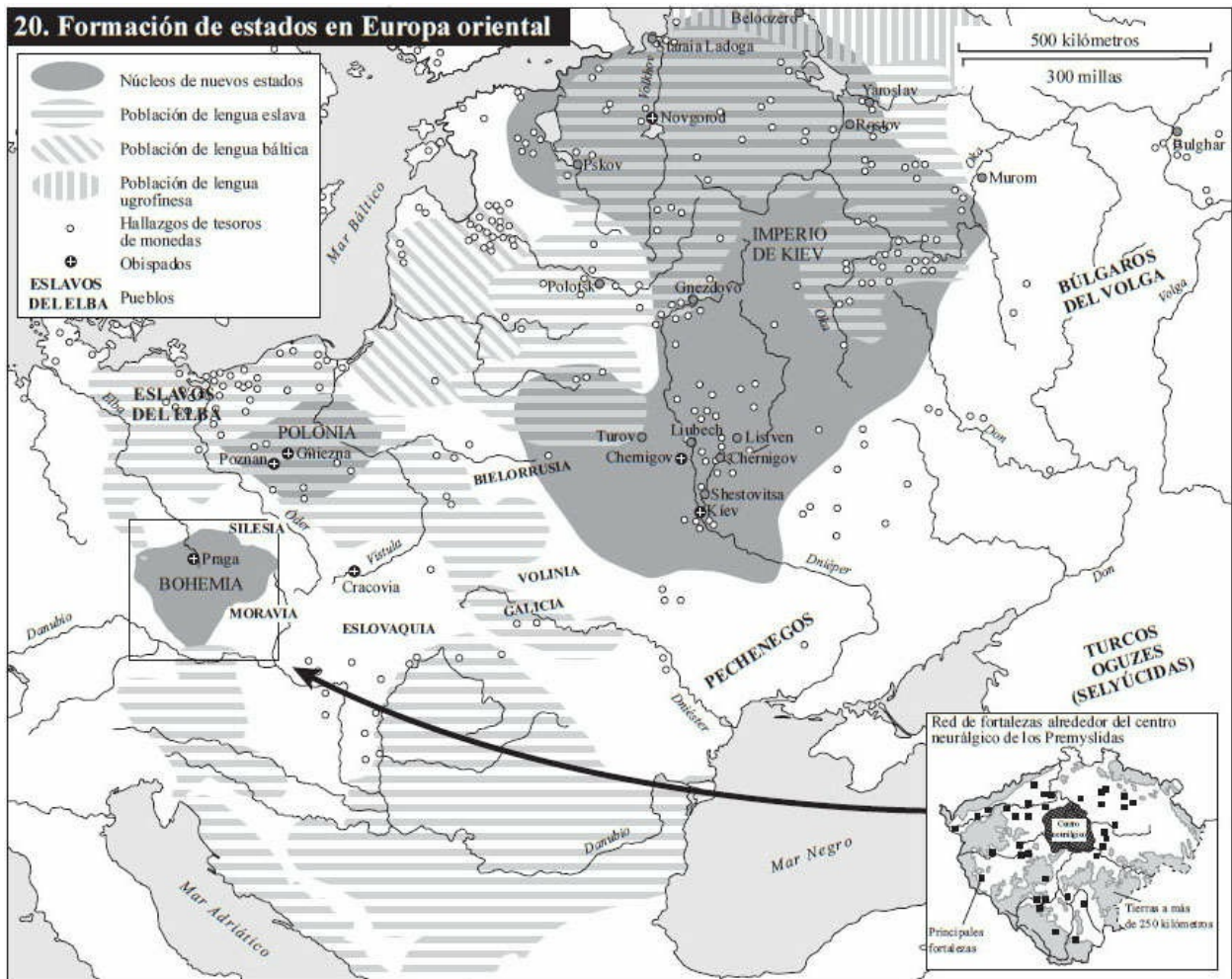
18. Europa central eslava



19. La Rusia occidental eslava del siglo X



20. Formación de estados en Europa oriental



21. Las diásporas vikingas





FUENTES PRIMARIAS

Según las convenciones habituales, las ediciones y traducciones específicas de las obras clásicas no aparecen en la bibliografía, aunque sí se citan a continuación, y la mayoría están traducidas en las colecciones clásicas publicadas por Loeb o por Penguin, o por ambas. Todos los autores cristianos han sido publicados en colecciones de *Patrologia Latina* o *Patrologia Graeca*, aunque a veces sean ediciones algo anticuadas. Pueden encontrarse otras ediciones más recientes (a veces en clara competencia) de la mayoría de los textos citados en las introducciones y las notas en *GCS (Die Griechischen Christlichen Schriftsteller der ersten Jahrhunderte)*, *CSEL (Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum)*, *CC (Corpus Christianorum)* y *SC (Sources Chrétiennes)*. Muchas de ellas han sido traducidas para las colecciones de los *Nicene and Post-Nicene Fathers* y de la *Library of the Fathers*. En todos los demás casos se han utilizado las siguientes ediciones y traducciones de las fuentes tardorromanas y de la Alta Edad Media.

- Adam de Bremen, *History of the Bishops of Hamburg*, ed. Schmeidler (1917); trad. ing. de Tschan (1959).
- Agatías, *Historia*, ed. Keydell (1967); trad. ing. de Frendo (1975).
- Amiano Marcelino, ed. y trad. ing. de Rolfe (1935-1939).
- Anales de Fulda*, ed. Pertz y Kurze (1891); trad. ing. de Reuter (1992).
- Anales de san Bertín*, ed. Waitz (1883); trad. ing. de Nelson (1991).
- Anales reales de los francos*, ed. Kurze (1895); trad. ing. de Scholz (1972).
- Anónimo Valesiano*, ed. y trad. ing. en Rolfe (1935-1939), vol. 3.
- Aurelio Víctor, *Historia Augusta*, ed. Pichlmayr (1911); trad. ing. de Bird (1994).
- Beda el Venerable, *Historia eclesiástica*, ed. y trad. ing. de Colgrave y Mynors (1969).
- Casiodoro, *Variae*, ed. Mommsen (1894b); trad. ing. de Hodgkin (1886); Barnish (1992).
- César, *Guerras de las Galias*.
- Chronicon Paschale*, ed. Dindorf (1832); trad. ing. de Whitby y Whitby (1989).
- Claudiano, *Obras*, ed. y trad. ing. de Platnauer (1922).
- Codex Theodosianus*, ed. Mommsen y Kreuger (1905); trad. ing. de Pharr (1952).
- Constancio, *Vida de san Germán*, ed. Noble y Head (1995), 75-106.
- Consularia Constantinopolitana*, ed. Mommsen (1892).
- Cosme de Praga, *Crónica de Bohemia*, ed. Bretholz y Weinberger (1923).
- Crith Gablach*: ed. Binchy (1970).

Crónica anglo-sajona, ed. y trad. ing. de Whitelock *et alii* (1961).
Crónica de Irlanda, trad. ing. de Charles-Edwards (2006).
Crónica de Monemvasiá, ed. y trad. ing. de Charanis (1950).
Crónica gálica de 452, ed. Mommsen (1892).
De administrando imperio, ed. y trad. ing. de Moravcsik y Jenkins (1967).
Dión Casio, *Historia romana*, ed. y trad. ing. de Cary (1914-1927).
Encomio de la reina Emma, ed. y trad. ing. de Campbell (1949).
Enodio, *Works*, ed. Vogel (1885).
Estrabón, *Geografía*.
Eugipio, *Vida de Severino*, ed. Noll y Vetter (1963); trad. ing. de Bieler (1965).
Eunapio, *Historias*, ed. y trad. ing. de Blockley (1982).
Eutropio, *Breviarium*, ed. Santini (1979); trad. ing. de Bird (1993).
Fredegar, *Crónica*, ed. y trad. ing. de Wallace-Hadrill (1960).
Galo Anónimo, *Crónica*, ed. Maleczynski (1952); trad. ing. de Knoll y Schaer (2003).
Geógrafo bávaro anónimo, ed. Bielowski (1946).
Gildas, *De excidio Britanniae*, ed. y trad. ing. de Winterbottom (1978).
Gregorio de Tours, *Historias*, ed. Krusch y Levison (1951); trad. ing. de Thorpe (1974).
Helmold, *Crónica de los eslavos*, ed. Lappenberg y Schmeidler (1909); trad. ing. de Tschan (1966).
Heródoto, *Historias*.
Hidacio, *Crónica*, ed. Mommsen (1894); trad. ing. de Burgess (1993).
Historia Augusta, ed. y trad. ing. de Magie (1932).
Ibn Fadlan, ed. y trad. ing. de Canard (1973).
Ibn Jaqub, ed. y trad. ing. de Miquel (1966).
Ibn Rusteh, ed. y trad. ing. de Wiet (1957).
Ine's Law, ed. Liebermann (1903-1916); trad. ing. de Whitelock (1955).
Jerónimo, *Crónica*: hay disponible una edición online y la correspondiente traducción al inglés en:
http://www.tertullian.org/fathers/jerome_chronicle_oo_eintro.htm.
Jordanes, *Romana y Getica*, ed. Mommsen (1882); *Getica*, trad. ing. de Mierow (1915).
Juan de Antioquía, ed. Mueller (1851-1870); trad. ing. de Gordon (1966).
Juan de Nikiu, *Crónica*, trad. del etíope al ing. de Charles (1916).
Malco, ed. y trad. ing. de Blockley (1982).
Menandro Protector, ed. y trad. ing. de Blockley (1985).
Milagros de san Demetrio, ed. Lemerle (1979-1981).
Notitia Dignitatum, ed. Seeck (1962).
Novelas de Valentiniano III, ed. Mommsen y Kreuger (1905); trad. ing. de Pharr (1952).
Olimpiodoro de Tebas, ed. y trad. ing. de Blockley (1982).
Origo Gentis Langobardorum: véase Pablo Diácono.
Orosio, *Historiae Adversus Paganos*, ed. Arnaud-Lindet (1990-1991); trad. ing. de Defarri (1964).
Pablo Diácono, *Historia de los lombardos*, ed. Bethmann y Waitz (1878); trad. ing. de Foulke (1974).
Panegyrici Latini, ed. y trad. ing. de Nixon y Rogers (1994).
Pasión de san Sabas, ed. Delehaye (1912); trad. ing. de Heather y Matthews (1991).
Paulino de Pella, *Eucharisticon*, ed. y trad. ing. de Evelyn White (1961), vol. 2.
Pedro el Patricio, ed. Mueller (1851-1870).
Plinio, *Historia Natural*.
Primera Crónica Rusa, trad. ing. de Cross y Sherbowitz-Wetzor (1953).
Prisco, ed. y trad. ing. de Blockley (1982).
Procopio, *Obras*, ed. y trad. ing. de Dewing (1914-1940).
Próspero de aquitania, *Crónica*, ed. Mommsen (1892).

Ptolomeo, *Geografía*.

Sajón Gramático, *Historia de los daneses*, ed. Knabe *et alii* (1931-1957); trad. ing. de Fisher (1996) (Books I-IX); y de Christiansen (1980-1981) (Books X-XVI).

Sinesio de Cirene, ed. Garzya (1989).

Sócrates, *Historia Ecclesiastica*, ed. Hansen (1995); trad. ing. en *Nicene and Post-Nicene Fathers*, vol. 2.

Sozomeno, *Historia Ecclesiastica*, ed. Bidez y Hansen (1995); trad. ing. en *Nicene and Post-Nicene Fathers*, vol. 2.

Strategikon de Mauricio, ed. Dennis (1981); trad. ing. de Dennis (1984).

Tácito, *Anales; Historias; Germania*.

Temistio, *Oraciones*, ed. Schenkl *et alii* (1965-1974); trad. ing. de Heather y Matthews (1991) (*Oraciones* 8 y 10); y de Heather & Moncur (2001) (*Oraciones* 14-16 y 34).

Teodoreto, *Historia Ecclesiastica*, ed. Parmentier y Hansen (1998); trad. ing. en *Nicene and Post-Nicene Fathers*, vol. 3.

Teófanos, *Chronographia*, ed. Niebuhr (1839-1841); trad. ing. de Mango y Scott (1997).

Teofilacto Simocata, *Historia*, ed. De Boor y Wirth (1972); trad. ing. de Whitby y Whitby (1986).

Tietmaro de Merseburgo, *Crónica*, ed. Holtzmann (1935); trad. ing. de Warner (2001).

Víctor de Vita, *Historia de las persecuciones de África*, ed. Petschenig (1881); trad. ing. de Moorhead (1992).

Vida de Anskar, ed. Trillmich *et alii* (1978); trad. ing. de Robinson (1921).

Widukindo de Corvey, ed. Lohmann y Hirsch (1935).

Zonaras, *Crónica*, ed. Weber (1897).

Zósimo, *Historia*, ed. Paschoud (1971-1989); trad. ing. de Ridley (1982).

BIBLIOGRAFÍA

- Abels, R. (1998). *Alfred the Great: War, Kingship and Culture in Anglo-Saxon England* (Londres).
- Achelis, H. (1900). «Der älteste deutsche Kalender», *Zeitschrift für die neutestamentliche Wissenschaft* 1, 308-335.
- Adamson, S. et alii, eds. (1990). *Papers from the 5th International Conference on English Historical Linguistics* (Ámsterdam).
- Agadshyanow, S. G. (1994). *Der Staat der Seldschukiden und Mittelasien im 11.-12. Jahrhundert* (Berlín).
- Ament, H. (1996). «Frühe Funde und archäologische Erforschung der Franken in Rheinland», en *Die Franken: Wegbereiter Europas: vor 1500 Jahren, König Chlodwig und seine Erben* (Maguncia), 22-34.
- Amory, P. (1997). *People and Identity in Ostrogothic Italy, 489-554* (Cambridge).
- Anderson, B. (1991). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Londres).
- Anokhin, V. A. (1980). *The Coinage of Chersonesus* (Oxford).
- Antony, D. W. (1990). «Migration in Archaeology: the Baby and the Bathwater», *American Anthropologist* 92, 895-914.
- , (1992). «The Bath Refilled: Migration in Archaeology Again», *American Anthropologist* 94, 174-176.
- Arnaud-Lindet, M-P., ed. y trad. (1990-91). *Orose: Histoires contre les païens* (París).
- Arnold, C. J. (1997). *An Archaeology of the Early Anglo-Saxon Kingdoms*, 2.^a ed. (Londres).
- Arnold, E. (1973). *The Kingdom of the Scots: Government, Church and Society from the Eleventh to the Fourteenth Century* (Londres).
- Bacall, A. (1991). *Ethnicity in the Social Sciences: A View and a Review of the Literature on Ethnicity* (Coventry).
- Bachrach, B. S. (1973). *The Alans in the West* (Minneapolis).
- Bailyn, B. (1994). «Europeans on the Move, 1500-1800», en Canny (1994), 1-5.
- Bakony, K. (1999). «Hungary», en Reuter (1999), 536-552.
- Barford, P. (2001). *The Early Slavs* (Londres).
- , (2005). «Silent Centuries: The Society and Economy of the Northwestern Slavs», en Curta (2005), 60-102.
- Barnes, T. D. (1998). *Ammianus Marcellinus and the Representation of Historical Reality* (Ithaca; Londres).
- Barnish, S. J. B. (1992). *The Variae of Magnus Aurelius Cassiodorus Senator* (Liverpool).
- Barrett, J. C. et alii (eds.) (1989). *Barbarians and Romans in North-west Europe from the Later Republic to Late Antiquity* (Oxford).
- Barrow, G. W. S. (1973). *The Kingdom of the Scots: Government, Church and Society from the Eleventh to the Fourteenth Century* (Londres).
- Barth, F. (ed.) (1969). *Ethnic Groups and Boundaries: The Social Organization of Ethnic Difference* (Boston).

- Bartlett, R. (1993). *The Making of Europe: Conquest, Colonization and Cultural Change 950-1350* (Londres).
- Bassett, S. (ed.) (1989). *The Origins of Anglo-Saxon Kingdoms* (Londres).
- Bates, D. (1982). *Normandy before 1066* (Londres).
- Batty, R. (2007). *Rome and the Nomads: The Pontic-Danubian Realm in Antiquity* (Oxford).
- Baxter, S. (2007). *The Earls of Mercia: Lordship and Power in late Anglo-Saxon England* (Oxford).
- Bentley, G. C. (1987). «Ethnicity and Practice», *Comparative Studies in Society and History* 29, 25-55.
- Bethmann, L. y Waitz, G. (eds.) (1878). *Pauli Historia Langobardorum*, Monumenta Germaniae Historica: Scriptorum rerum Germanicarum (Hanover).
- Bichir, G. (1976). *The Archaeology and History of the Carpi* (Oxford).
- Bidez, J., y Hansen, G. C. (eds.) (1995). *Sozomenus Kirchengeschichte* (Berlín).
- Bieler, L. (1965). *Eugippius: The Life of Saint Severinus* (Washington).
- Bielowski, A. (ed.) (1946). *Descriptio civitatum et regionum ad septentrionalem plagam Danubii*, Monumenta Poloniae Historica 1, 10-11.
- Bierbrauer, V. (1980). «Zur chronologischen, soziologischen und regionalen Gliederung des ostgermanischen Fundstoffs des 5. Jahrhunderts in Südosteuropa», en Wolfram y Daim (1980), 131-142.
- , (1989). «Ostgermanische Oberschichtgräber der römischen Kaiserzeit und des frühen Mittelalters», en *Peregrinatio Gothica* 2, *Archaeologia Baltica* 8 (Lodz), 40-106.
- Bilde, P. et alii (1993). *Centre and Periphery in the Hellenistic World* (Aarhus).
- Bill, J. (1997). «The Ships», en P. Sawyer (1997a), 182-201.
- Binchy, D. A. (1970a). *Celtic and Anglo-Saxon Kingship: the O'Donnell Lectures for 1967-8 delivered in the University of Oxford on 23 and 24 May 1968* (Oxford).
- , ed. (1970b). *Críth gablach* (Dublín).
- Bird, H. W. (1993). *Eutropius Breviarium* (Liverpool).
- , (1994). *Liber de Caesaribus of Sextus Aurelius Victor* (Liverpool).
- Birley, A. R. (1966). *Marcus Aurelius* (Londres).
- , (2005). *The Roman Government of Britain* (Oxford).
- Birnbaum, H. (1993). «On the Ethnogenesis and Protohome of the Slavs: the Linguistic Evidence», *Journal of Slavic Linguistics* 1.2, 352-374.
- Blair, J. (1994). *Anglo-Saxon Oxfordshire* (Oxford).
- Blench, R., y Spriggs, M. eds. (1998). *Archaeology and Language II: Correlating Archaeological and Linguistic Hypotheses* (Nueva York).
- Blockley, R. C. (1981). *The Fragmentary Classicizing Historians of the Later Roman Empire: Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Malchus*, vol. 1 (Liverpool).
- , (1983). *The Fragmentary Classicizing Historians of the Later Roman Empire: Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Malchus*, vol. 2 (Liverpool).
- , (1985). *The History of Menander the Guardsman* (Liverpool).
- Boeles, P. C. J. A. (1951). *Friesland tot de elfde eeuw* (Gravenhage).
- Böhme, H.-W. (1974). *Germanische Grabfunde des 4 bis 5 Jahrhunderts zwischen untere Elbe und Loire. Studien zur Chronologie und Bevölkerungsgeschichte* (Múnich).
- , (1975). «Archäologische Zeugnisse zur Geschichte der Markomannenkriege (166-80 n. Chr.)», *Jahrbuch des römischgermanischen Zentralmuseums Mainz* 22, 155-217.
- Bohner, K. (1958). *Die frankischen Altertümer des Trierer Landes*, 2 vols. (Berlín).
- Bohning, W. R. (1978). «International Migration and the Western World: Past, Present and Future», *International Migration* 16, 1-15.
- Boretius, A., ed. (1883). *Capitularia regum Francorum* (Hanover).
- Borodziej, T. et alii (1989). *Période romaine tardive et début de la période des migrations des peuples*

- (*groupe de Masłomecz*) (Varsovia).
- Borrie, W. D. (1994). *The European Peopling of Australasia: A Demographic History, 1788-1988* (Canberra).
- Bosl, K. (1966). *Das Grossmährische Reich in der politischen Welt des 9. Jahrhunderts* (Múnich).
- Bowlus, C. (1995). *Franks, Moravians, and Magyars: the Struggle for the Middle Danube, 788-907* (Filadelfia).
- Brachmann, H. (1978). *Slawische Stämme an Elbe und Saale: zu ihrer Geschichte und Kultur im 6.-10.* (Berlín).
- , (1993). *Der frühmittelalterliche Befestigungsbau in Mitteleuropa: Untersuchungen zu einer Entwicklung und Function im germanisch-deutschen Gebiet* (Berlín).
- , ed. (1995). *Burg - Burgstadt - Stadt: zur Genese mittelalterlicher nichtagrarischer Zentren in Ostmitteleuropa* (Berlín).
- , (1997). «Tribal Organizations in Central Europe in the 6th-10th Centuries AD: Reflections on the Ethnic and Political Development in the Second Half of the First Millennium», en Urbanczyk (1997a), 23-38.
- Brather, S. (1996). *Feldberger Keramik und frühe Slawen: Studien zur nordwestslawischen Keramik der Karolingerzeit* (Bonn).
- , (2001). *Archäologie der westlichen Slawen: Siedlung, Wirtschaft und Gesellschaft im früh- und hochmittelalterlichen Ostmitteleuropa* (Berlín).
- Braund, D. C. (1984). *Rome and the Friendly King: The Character of Client Kingship* (Londres).
- , (2005). *Scythians and Greeks: Cultural Interactions in Scythia, Athens and the early Roman Empire (Sixth Century BC-First Century AD)* (Exeter).
- Bretholz, B., y Weinberger, W., eds. (1923). *Die Chronik der Böhmen des Cosmas von Prag*, Monumenta Germaniae Historica: Scriptorum rerum Germanicarum, n.s. 2 (Berlín).
- Brooks, N. (1979). «England in the Ninth Century: The Crucible of Defeat», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5.^a serie, 29, 1-20.
- Broun, D. et alii, eds. (1998). *Image and Identity: The Making and Re-making of Scotland through the Ages* (Edimburgo).
- Brown, P. (1971). *The World of Late Antiquity: from Marcus Aurelius to Muhammad* (Londres).
- , (1996). *The Rise of Western Christendom: Triumph and Diversity, AD 200-1000* (Oxford).
- Browning, R. (1975). *Byzantium and Bulgaria: A Comparative Study across the Early Medieval Frontier* (Londres).
- Buko, A. (2005). *Archeologia Polski* (Varsovia).
- Burgess, R. (1993). *The Chronicle of Hydatius and the Consularia Constantinopolitana* (Oxford).
- Bury, J. B. (1928). *The Invasion of Europe by the Barbarians* (Londres).
- Cameron, A. D. E. (1970). *Claudian: Poetry and Politics at the Court of Honorius* (Oxford).
- Cameron, A. D. E., y Long, J., con la contribución especial de Sherry, L. (1993). *Barbarians and Politics at the Court of Arcadius* (Berkeley).
- Campbell, A. (1949). *Encomium Emmae Reginae* (Londres).
- Campbell, J., ed. (1982). *The Anglo-Saxons* (Oxford).
- , (2000). *The Anglo-Saxon State* (Londres).
- Canard, M. (1973). *Miscellanea Orientalia* (Londres).
- Canny, M., ed. (1994). *Europeans on the Move: Studies on European Migration 1500-1800* (Oxford).
- Carroll, M. (2001). *Romans, Celts and Germans: The German Provinces of Rome* (Stroud).
- Cary, E. (1914-27). *Dio's Roman History* (Londres).
- Castellanos, S. (2000). «Propiedad de la tierra y relaciones de dependencia en la Galia del siglo VI. El Testamentum Remigii», *Antiquité Tardif* 8, 223-227.
- Chadwick-Hawkes, S., ed. (1989). *Weapons and Warfare in Anglo-Saxon England* (Oxford).

- Champion, T. C. (1995). *Centre and Periphery: Comparative Studies in Archaeology* (Londres).
- Champion, T. C., y Megaw, J. V. S. (eds.) (1985). *Settlements and Society: Aspects of West European Prehistory in the First Millennium BC* (Leicester).
- Chapman, R., y Dolukhanov, P., eds. (1993). *Cultural Transformations and Interactions in Eastern Europe* (Aldershot).
- Charanis, P. (1950). «The Chronicle of Monemvasia and the Question of the Slavic Settlements of Greece», *Dumbarton Oaks Papers* 5, 141-166.
- Charles, R. H. (1916). *The Chronicle of John, Bishop of Nikiu* (Londres).
- Charles-Edwards, T. C. E. (1989). «Early Medieval Kingships in the British Isles», en Bassett (1989), 28-39.
- , ed. (2003). *After Rome* (Oxford).
- , (2006). *The Chronicle of Ireland* (Liverpool).
- Chastagnol, A. (1973). «Le repli sur Arles des services administratifs gaulois en l'an 407 de notre ère», *Revue Historique* 97, 23-40.
- Childe, V. G. (1926). *The Aryans: A Study of Indo-European Origins* (Londres).
- , (1927). *The Dawn of European Civilization* (Londres).
- Christiansen, E. (1980). *The Northern Crusades: The Baltic and the Catholic Frontier, 1100-1525* (Londres)
- , (1980-1981). *Saxo Grammaticus: Danorum Regum heroumque historia: Books X-XVI* (texto y traducción al ing.), 3 vols. (Oxford).
- , (2002). *The Norsemen in the Viking Age* (Oxford).
- Christie, N. (1995). *The Lombards: The Ancient Longobards* (Oxford).
- Christlein, R. (1978). *Die Alamannen* (Stuttgart).
- Claessen, H. J. M., y Oosten, J. G. (1996). *Ideology and the Formation of Early States* (Leiden).
- Claessen, H. J. M., y Skalnik, P. (1978). *The Early State* (La Haya).
- , (1981). *The Study of the State* (La Haya).
- Claessen, H. J. M., y Van de Velde, P. (1987). *Early State Dynamics* (Leiden).
- Clark, G. (1966). «The Invasion Hypothesis in British Archaeology», *Antiquity* 40, 172-189.
- Cohen, R., ed. (1995). *The Cambridge Survey of World Migration* (Cambridge).
- , ed. (1996). *Theories of Migration* (Cheltenham).
- , ed. (1997). *The Politics of Migration* (Cheltenham).
- , (2008). *Global Diasporas: An Introduction*, 2.^a ed. (Abingdon).
- Colgrave, B. y Mynors, R. A. B., eds. (1949). *Bede's Ecclesiastical History of the English People* (Oxford).
- Collins, R. (1983). «Theodebert I, "Rex Magnus Francorum"», en P. Wormald, ed., *Ideal and Reality in Frankish and Anglo-Saxon Society* (Oxford), 7-33.
- , (1998). *Charlemagne* (Basingstoke).
- Collinson, S. (1994). *Europe and International Migration*, 2.^a ed. (Londres).
- Constantinescu, M. et alii, eds. (1975). *Relations Between the Autochthonous Population and the Migratory Populations on the Territory of Romania* (Bucarest).
- Cooper, J., ed. (1993). *The Battle of Maldon: Fiction and Fact* (Londres).
- Coupland, S. (1995). «The Vikings in Francia and Anglo-Saxon England», en McKitterick (1995), 190-201.
- Courtois, C. (1955). *Les Vandales et l'Afrique* (París).
- Crawford, B. (1987). *Scandinavian Scotland* (Leicester).
- Cribb, R. J. (1991). *Nomads in Archaeology* (Londres).
- Croke, B. (1977). «Evidence for the Hun Invasion of Thrace in AD 422», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 18, 347-367.

- Cross, S. H., y Sherbowitz-Wetzor, O. P., eds. (1953). *The Russian Primary Chronicle: Laurentian Text* (Cambridge, MA).
- Cunliffe, B. (1997). *The Ancient Celts* (Oxford).
- Cunliffe, B., y Rowley, T., eds. (1976). *Oppida: The Beginnings of Urbanization in Barbarian Europe: Papers Presented to a Conference at Oxford, October 1975* (Oxford).
- Curta, F. (1999). «Hiding behind a Piece of Tapestry: Jordanes and the Slavic Venethi», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* 47, 1-18.
- , (2001). *The Making of the Slavs: History and Archaeology of the Lower Danube Region, c.500-700* (Cambridge).
- , (ed.) (2005). *East Central and Eastern Europe in the Early Middle Ages* (Ann Arbor).
- , (2006). *Southeastern Europe in the Middle Ages 500-1250* (Cambridge).
- Daim, F. (2003). «Avars and Avar Archaeology: an Introduction», en Goetz *et alii* (2003), 463-570.
- Dark, K. R. (2002). *Britain and the End of the Roman Empire* (Stroud).
- Davies, W. (1978). *An Early Welsh Microcosm: Studies in the Llandaff Charters* (Londres).
- , (1990). *Patterns of Power in Early Wales* (Oxford).
- De Boor, C., y Wirth, P., eds. (1972). *The History of Theophylact Simocatta* (Stuttgart).
- Defarri, R. J. (1964). *Orosius: Seven Books of History Against the Pagans* (Washington).
- Delehaye, H. (1912). «Saints de Thrace et de Mesie», *Analecta Bollandia* 31, 161-300.
- Demandt, A. (1984). *Der Fall Roms: die Auflösung des römischen Reiches im Urteil der Nachwelt* (Múnich).
- Demougeot, E. (1979). *La Formation de l'Europe et les invasions barbares: II. Dès l'avènement de Dioclétien (284) à l'occupation germanique de l'Empire romain d'Occident (début du VI^e siècle)* (París).
- Denison, D. (1993). *English Historical Syntax* (Harlow).
- Dennis, G. T., ed. (1981). *Das Strategikon des Maurikios* (Viena).
- , (1984). *Maurice's Strategikon: Handbook of Byzantine Military Strategy* (Pennsylvania).
- Dindorf, L., ed. (1832). *Chronicon Paschale* (Bonn).
- Dittrich, Z. R. (1962). *Christianity in Great Moravia* (Groninga).
- Dolukhanov, P. M. (1996). *The Early Slavs: Eastern Europe from the Initial Settlement to the Kievan Rus* (Londres).
- Donat, P. (1983). «Die Entwicklung der Wirtschaftlichen und Gesellschaftlichen Verhältnisse bei den slawischen Stämme zwischen Oder und Elbe nach archäologischen Quellen», en *Settimane* (1983), 127-145.
- Donat, P., y Fischer, R. E. (1994). «Die Anfaäge slawische Siedlung westlich der Oder», *Slavia Antiqua* 45, 7-30.
- Drijvers, J. W., y Hunt, D., eds. (1999). *The Late Roman World and its Historian: Interpreting Ammianus Marcellinus* (Londres).
- Drinkwater, J. F. (1989). «Patronage in Roman Gaul and the Problem of the Bagaudae», en *Patronage in Ancient Society*, A. Wallace-Hadrill, ed., (Londres), 189-203.
- , (1992). «The Bacaudae of Fifth-Century Gaul», en Drinkwater y Elton (1992), 208-217.
- , (1998). «The usurpers Constantine III (407-411) and Jovinus (411-413)», *Britannia* 29, 269-298.
- , (2007). *The Alamanni and Rome 213-496* (Oxford).
- Drinkwater, J. F., y Elton, H., eds. (1992). *Fifth-Century Gaul: A Crisis of Identity?* (Cambridge).
- Duczko, W. (2004). *Viking Rus: Studies on the Presence of Scandinavians in Eastern Europe* (Leiden).
- Dulinicz, M. (1994). «The Problem of Dating of the Strongholds of the Tornow Type and Tornow-Klenica Group», *Archeologia Polski* 39, 31-49 (resumen en inglés).
- , (1997). «The First Dendrochronological Dating of the strongholds in Northern Mazovia», en Urbanczyk (1997a), 137-142.

- Dumville, D. N. (1977). «Kingship, Genealogies and Regnal Lists», en Sawyer y Wood (1977), 72-104.
- Dunbabin, J. (2000). *France in the Making, 843-1180*, 2.^a ed. (Oxford).
- Dvornik, F. (1949). *The Making of Central and Eastern Europe* (Londres).
- , (1956). *The Slavs: Their Early History and Civilization* (Boston).
- , (1969). *Les légendes de Constantin et de Méthode vues de Byzance*, 2.^a ed. (Hattiesburg, MS).
- Earle, T. K., ed. (1984). *On the Evolution of Complex Societies: Essays in Honor of Harry Hoiijer*, 1982 (Malibú).
- , ed. (1991). *Chieftoms: Power, Economy and Ideology* (Cambridge).
- Eggers, H. J. (1951). *Der römische Import im freien Germanien*, Atlas der Urgeschichte 1 (Berlín).
- Eggers, M. (1995). *Das «Grossmährische Reich»: Realität oder Fiktion?: eine Neuinterpretation der Quellen zur Geschichte des mittleren Donauraumes im 9. Jahrhundert* (Stuttgart).
- Elton, H. (1996). *Frontiers of the Roman Empire* (Londres).
- Esmonde-Cleary, S. (1989). *The Ending of Roman Britain* (Londres).
- Evelyn White, H. (1961). *The Works of Ausonius* (Londres).
- Faith, R. (1997). *The English Peasantry and the Growth of Lordship* (Leicester).
- Farrell, R. T., ed. (1978). *Bede and Anglo-Saxon England* (Oxford).
- , ed. (1982). *The Vikings* (Londres).
- Faulkner, N. (2000). *The Decline of Roman Britain* (Stroud).
- Favrod, J. (1997). *Histoire politique du royaume burgonde (443-534)* (Lausana).
- Fellows-Jenson, G. (2001). «In the Steps of the Vikings», en Graham-Campbell *et alii* (2001), 279-288.
- Fielding, A. (1993a). «Mass Migration and Economic Restructuring», en King (1993), 7-18.
- , (1993b). «Migrations, Institutions and Politics: The Evolution of Emigration Policies», en King (1993), 40-62.
- Fisher, P. (trad.), Davidson, H. E. (ed.) (1996). *Saxo Grammaticus: The History of the Danes: Books I-IX* (Woodbridge).
- Font, M. (2005). «Missions, Conversions, and Power Legitimization in East Central Europe», en Curta (2005), 283-296.
- Forte, A. *et alii* (2005). *Viking Empires* (Cambridge).
- Foulke, W. D. (1974). *History of the Lombards* (Filadelfia).
- Fouracre, P. (2000). *The Age of Charles Martel* (Harlow).
- , ed. (2005). *The New Cambridge Medieval History: vol. 1, c.500-c.700* (Cambridge).
- Franklin, S. y Shepard, J. (1996). *The Emergence of Rus 750-1200* (Harlow).
- Freeman, E. A. (1888). *Four Oxford Lectures 1887* (Londres).
- Frendo, J. D. (1975). *Agathias History* (Berlín).
- Fried, M. H. (1967). *The Evolution of Political Society: An Essay in Political Anthropology* (Nueva York).
- Friedrich, G. (1907). *Codex Diplomaticus et Epistolaris Regni Bohemiae*, vol. 1 (Praga).
- Friedrichs, J. (2004). *European Approaches to International Relations Theory: A House With Many Mansions* (Londres).
- Frolova, N. A. (1983). *The Coinage of the Kingdom of Bosphoros AD 242-341/2* (Oxford).
- Fulford, M. (1985). «Roman Material in Barbarian Society c.200 BC-AC 400», en Champion y Megaw (1985), 91-108.
- Garipzanov, I. *et alii*, eds. (2008). *Franks, Northmen, and Slavs: Identities and State Formation in Early Medieval Europe* (Turnhout).
- Garzya, A. (1989). *Opere di Sinesio di Cirene: epistole, operette, inni* (Turín).
- Geary, P. (1983). *Ethnic Identity as a Situational Construct in the Early Middle Ages* (Viena).
- , (1988). *Before France and Germany: The Creation and Transformation of the Merovingian World* (Nueva York).

- , (2002). *The Myth of Nations: The Medieval Origins of Europe* (Princeton).
- Gebuhr, M. (1974). «Zur Definition alterkaiserzeitlicher Fürstengräber vom Lubsow-Typ», *Prähistorische Zeitschrift* 49, 82-128.
- Gellner, E. (1983). *Nations and Nationalism* (Ithaca).
- Geuenich, D., ed. (1998). *Die Franken und die Alemannen bis zur «Schlacht bei Zulpich»*.
- Gillet, A., ed. (2002). *On Barbarian Identity: Critical Approaches to Ethnicity in the Early Middle Ages* (Turnhout).
- Godja, M. (1988). *The Development of the Settlement Pattern in the Basin of the Lower Vltava (Central Bohemia) 200-1200* (Oxford).
- , (1991). *The Ancient Slavs: Settlement and Society* (Edimburgo).
- Godlowski, K. (1970). *The Chronology of the Late Roman and Early Migration Periods in Central Europe* (Cracovia).
- , (1980). «Das aufhören der Germanischen Kulturen an der Mittleren Donau und das Problem des Vordringens der Slawen», en Wolfram & Daim (1980), 225-232.
- , (1983). «Zur Frage der Slawensitze vor der grossen Slawenwanderung im 6. Jahrhundert», en *Settimane* (1983), 257-302.
- Godman, P. y Collins, R., eds. (1990). *Charlemagne's Heir* (Oxford).
- Goehrke, C. (1992). *Frühzeit des Ostslaventums* (Darmstadt).
- Goetz, H.-W. et alii, eds. (2003). *Regna and Gentes: The Relationship between Late Antique and Early Medieval Peoples and Kingdoms in the Transformation of the Roman World* (Leiden).
- Goffart, W. (1980). *Barbarians and Romans AD 418-584: The Techniques of Accommodation* (Princeton).
- , (1981). «Rome, Constantinople, and the Barbarians in Late Antiquity», *American Historical Review* 76, 275-306.
- , (1988). *The Narrators of Barbarian History (AD 550-800): Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon* (Princeton).
- , (2006). *Barbarian Tides: The Migration Age and the Later Roman Empire* (Filadelfia).
- Goodacre S. et alii (2005). «Genetic Evidence for a Family-Based Scandinavian Settlement of Shetland and Orkney during the Viking Periods», *Heredity* 95, 129-135.
- Gordon, D. C. (1966). *The Age of Attila* (Ann Arbor).
- Gorecki, P. (1992). *Economy, Society and Lordship in Medieval Poland 1100-1250* (Nueva York).
- Gottmann, J., ed. (1980). *Centre and Periphery: Spatial Variation in Politics* (Londres).
- Gould, J. D. (1980). «European Inter-Continental Emigration, the Road Home: Return Migration from the USA», *Journal of European Economic History* 9.1, 41-112.
- Graham-Campbell, J. et alii, eds. (2001). *Vikings and the Danelaw* (Oxford).
- Graus, F., y Ludat, H., eds. (1967). *Siedlung und Verfassung Böhmens in der Frühzeit* (Wiesbaden).
- Graus, F. J. y Dostál, A. (1966). *Das Grossmährische Reich: Tagung der wissenschaftlichen Konferenz des Archäologischen Instituts der Tschechoslowakischen Akademie der Wissenschaften, Brno-Nitra, 1.-4.x.1963* (Praga).
- Green, D. H. (1998). *Language and History in the Early Germanic World* (Cambridge).
- Gyuzelev, V. (1979). *The Proto-Bulgarians* (Sofía).
- Haarnagel, W. (1979). *Die Grabung Feddersen Wierde: Methode, Hausbau-, Siedlungs und Wirtschaftsformen sowie Sozialstruktur* (Wiesbaden).
- Hachmann, R. (1971). *The Germanic Peoples* (Londres).
- Haldon, J. F. (1990). *Byzantium in the Seventh Century: The Transformation of a Culture* (Cambridge).
- Hall, C. (1983). *Periphrastic Do: History and Hypothesis* (Ann Arbor).
- Halsall, G. (1992). «The Origins of the Reihengräberzivilisation: Forty Years On», en Drinkwater y Elton (1992), 196-207.

- , (1995a). *Settlement and Social Organization: The Merovingian Region of Metz* (Cambridge).
- , (1995b). *Early Medieval Cemeteries: An Introduction to Burial Archaeology in the Post-Roman West* (Skelmorlie).
- , (1999). «Movers and Shakers: The Barbarians and the Fall of Rome», *Early Medieval Europe* 8, 131-145.
- , (2001). «Childeric's grave, Clovis' Succession and the origins of the Merovingian Kingdom», en Mathisen y Shanzer (2001), 116-133.
- , (2005). «The Barbarian Invasions», en Fouracre (2005), 35-55.
- , (2007). *Barbarian Migrations and the Roman West 376-568* (Cambridge).
- Handley, M. (2001). «Beyond Hagiography: Epigraphic Commemoration and the Cult of the Saints in Late Antique Trier», en Mathisen and Shanzer (2001), 187-200.
- , (2003). *Death, Society and Culture: Inscriptions and Epitaphs in Gaul and Spain, AD 300-750* (Oxford).
- Hannestad, K. (1960). «Les forces militaires d'après la guerre gothique de Procope», *Classica et Mediaevalia* 21, 136-183.
- Hansen, G. C., ed. (1995). *Sokrates: Kirchengeschichte* (Berlín).
- Harhoiu, R. (1977). *The Treasure from Pietroasa, Romania* (Oxford).
- Härke, H. (1989). «Early Saxon Weapon Burials: Frequencies, Distributions and Weapon Combinations», en Chadwick-Hawkes (1989), 49-61.
- , (1990). «“Warrior Graves?” The Background of the Anglo-Saxon Weapon Burial Rite», *Past and Present* 126, 22-43.
- , (1992). *Angelsächsische Waffengräber des 5. bis 7. Jahrhunderts* (Colonia).
- , (1998). «Archaeologists and Migrations: A Problem of Attitude?», *Current Anthropology* 39.1, 19-45.
- Hart, C. (1992). *The Danelaw* (Londres).
- Haubrichs, W. (1996). «Sprache und Sprachzeugnisse der merowingischen Franken», en *Die Franken: Wegbereiter Europas: vor 1500 Jahren, König Chlodwig und seine Erben* (Maguncia), 559-573.
- , (2003). «Remico aus Goddelau: Ostgermanen, Westgermanen und Romanen im Wormser Raum des 5./6. Jahrhunderts», en *Runica - Germanica - Mediaevalia*, eds. W. Heizmann y A. van Nahl (Berlín), 226-242.
- , (Próxima publicación). «Ein namhaftes Volk: Burgundische Namen und Sprache des 5. und 6. Jahrhunderts», en *Die Burgunder: Ethnogenese und Assimilation eines Volkes*, ed. V. Gallée (Worms), 135-184.
- Heather, P. J. (1986). «The Crossing of the Danube and the Gothic Conversion», *Greek Roman and Byzantine Studies* 27, 289-318.
- , (1988). «The Anti-Scythian Tirade of Synesius' De Regno», *Phoenix* 42, 152-172.
- , (1989). «Cassiodorus and the Rise of the Amals: Genealogy and the Goths under Hun Domination», *Journal of Roman Studies* 79, 103-128.
- , (1991). *Goths and Romans 332-489* (Oxford).
- , (1993). «The Historical Culture of Ostrogothic Italy», en *Teoderico il Grande e i goti d'Italia, Atti del XIII Congresso internazionale di studi sull'Alto Medioevo* (Spoleto), 317-353.
- , (1995a). «The Huns and the End of the Roman Empire in Western Europe», *English Historical Review* 110, 4-41.
- , (1995b). «Theodoric King of the Goths», *Early Medieval Europe* 4.2, 145-173.
- , (1996). *The Goths* (Oxford).
- , (2001). «The Late Roman Art of Client Management and the Grand Strategy Debate», en Pohl y Wood (2001), 15-68.
- , (2003). «Gens and regnum among the Ostrogoths», en Goetz *et alii* (2003), 85-133.

- , (2005). *The Fall of Rome: A New History* (Londres).
- , (2007). «Goths in the Roman Balkans c.350-500», en Poulter (2007), 163-190.
- , (2008a). Review of John Drinkwater (2007), *Nottingham Medieval Studies* 52, 243-245.
- , (2008b). «Ethnicity, Group Identity, and Social Status in the Migration Period», en Garipzanov *et alii* (2008), 17-50.
- , (Próxima publicación). «Why Did the Barbarian Cross the Rhine?», *Late Antiquity*.
- Heather, P. J., y Matthews, J. F. (1991). *The Goths in the Fourth Century: Translated Texts for Historians* (Liverpool).
- Heather, P. J., y Moncur, D. (2001). *Politics, Philosophy, and Empire in the Fourth Century: Select Orations of Themistius, Translated Texts for Historians* (Liverpool).
- Hedeager, L. (1987). «Empire, Frontier and the Barbarian Hinterland: Rome and Northern Europe from ad 1-400», en Rowlands *et alii* (1987), 125-140.
- , (1988). «The Evolution of Germanic Society 1-400 AD», en Jones R. F. J. *et alii* (1988), 129-144.
- , (1992), trad. ing. de John Hines. *Iron-Age Societies: From Tribe to State in Northern Europe, 500 BC to AD 700* (Oxford).
- Hedeager, L., y Kristiansen, K. (1981). «Bendstrup - a Princely Grave from the Early Roman Iron Age: Its Social and Historical Context», *Kuml* (1981), 150-162.
- Helgason, A. *et alii* (2000). «Estimating Scandinavian and Gaelic ancestry in the male settlers of Iceland», *American Journal of Human Genetics* 67, 697-717.
- , (2001). «mtDNA and the Islands of the North Atlantic: Estimating the Proportions of Norse and Gaelic Ancestry», *American Journal of Human Genetics* 68, 723-737.
- , (2003). «A Reassessment of Genetic Diversity in Icelanders: Strong Evidence from Multiple Loci for Relative Homogeneity caused by Genetic Drift», *Annals of Human Genetics* 67, 281-297.
- Henning, J. (1991). «Germanen-Slawen-Deutsche: Neue Untersuchungen zum frühgeschichtlichen Siedlungswesen ostlich der Elbe», *Praehistorische Zeitschrift* 66, 119-133.
- , (2005). «Ways of Life in Eastern and Western Europe during the Early Middle Ages: Which Way was Normal?», en Curta (2005), 41-59.
- Herrmann, J. (1968), *Siedlung, Wirtschaft und gesellschaftliche Verhältnisse der slawischen Stamme zwischen Oder/Neisse und Elbe* (Berlín).
- , (1983), «Wanderungen und Landnahme im Westslawischen Gebiet», en *settimane* (1983), 75-101.
- , (1984), *Germanen und Slawen in Mitteleuropa* (Berlín).
- Herrmann, J. *et alii*, eds. (1985). *Die Slawen in Deutschland: Geschichte und Kultur der slawischen Stämme westlich von Oder und Neisse vom 6. bis 12. Jahrhundert*, 2.^a ed. (Berlín).
- Higham, N. (1992). *Rome, Britain and the Anglo-Saxons* (Londres).
- , (1994). *The English Conquest: Gildas and Britain in the Fifth Century* (Manchester).
- , ed. (2007). *The Britons in Anglo-Saxon England* (Londres).
- Hills, C. (2003). *The Origins of the English* (Londres).
- Hines, J. (1984). *The Scandinavian Character of Anglian England in the pre-Viking Period* (Oxford).
- , ed. (1997). *The Anglo-Saxons from the Migration Period to the Eighth Century: An Ethnographic Perspective* (Woodbridge).
- Hodder, I. (1982). *Symbols in Action: Ethnoarchaeological Studies of Material Culture* (Cambridge).
- , (1991). *Reading the Past: Current Approaches to Interpretation in Archaeology* (Cambridge).
- Hodder, I., y Hutson, S., eds. (2003). *Reading the Past: Current Approaches to Interpretation in Archaeology* (Cambridge).
- Hodges, R., y Bowden, W., eds. (1998). *The Sixth Century: Production, Distribution, and Demand* (Leiden).
- Hodgkin, T. (1886). *The Letters of Cassiodorus: A Condensed Translation* (Londres).
- Holmes, C., ed. (1996). *Migration in European History* (Cheltenham).

- Holt, J. C. (1987). «1086», en Holt, ed., *Doomsday Studies* (Woodbridge), 41-64.
- Holtzmann, R., ed. (1935). *Thietmari Merseburgensis episcopi chronicon*, Monumenta Germaniae Historica: Scriptores rerum Germanicarum, vol. 9 (Berlín).
- Hooke, D. (1997). «The Anglo-Saxons in England in the Seventh and Eighth Centuries: Aspects of Location in Space», en Hines (1997), 65-99.
- , (1998). *The Landscape of Anglo-Saxon England* (Londres).
- Hummer, H. J. (1998). «The Fluidity of Barbarian Identity: the Ethnogenesis of Alemanni and Suebi ad 200-500», *Early Medieval Europe* 7, 2-26.
- Ilkjaer, J. (1995). «Illerup Adal (Danemark). Un lieu de sacrifices du III^e siècle de n.è. en Scandinavie meridionale», en Vallet y Kazanski (1995), 101-112.
- Ilkjaer, J. y Lonstrup, J. (1983). «Der Moorfund im Tal der Illerup-A bei Skanderborg im Ostjutland», *Germania* 61, 95-126.
- Ionita, I. (1975). «The Social-Economic Structure of Society During the Goths' Migration in the Carpatho-Danubean Area», en Constantinescu (1975), 77-89.
- James, E. F. (1988). *The Franks* (Oxford).
- , (1989). «The Origins of Barbarian Kingdoms: the Continental Evidence», en Bassett (1989), 40-52.
- James, S. (1999). *The Atlantic Celts: Ancient People or Modern Invention?* (Londres).
- Jarnut, J. (2003). «Gens, Rex, and Regna of the Lombards», en Goetz *et alii* (2003), 409-428.
- Jerome, H. (1926). *Migration and Business Cycles* (Nueva York).
- Jirecek, H. (1867). *Codex Juris Bohemici*, vol. 1 (Praga).
- Johnston, D. E., ed. (1977). *The Saxon Shore* (Londres).
- Jones, A. H. M. (1964). *The Later Roman Empire: A Social Economic and Administrative Survey*, 3 vols. (Oxford).
- Jones, M. E. (1996). *The End of Roman Britain* (Ithaca).
- Jones, R. F. J. *et alii*, eds. (1988). *First Millennium Papers: Western Europe in the First Millennium* (Oxford).
- Kaiser, D. H. (1980). *The Growth of the Law in Medieval Russia* (Princeton).
- , ed. (1992). *The Laws of Rus': tenth to fifteenth centuries* (Salt Lake City).
- Kaiser, D. H., y Marker, G., eds. (1994). *Reinterpreting Russian History: Readings 860s-1860s* (Oxford).
- Kaiser, R. (1997). *Die Franken: Roms Erben und Wegbereiter Europas?* (Idstein).
- Kantor, M. (1983). *Medieval Slavic Lives of Saints and Princes* (Ann Arbor).
- , (1990). *The Origins of Christianity in Bohemia* (Evanston).
- Kapelle, W. E. (1979). *The Norman Conquest of the North: The Region and Its Transformation 1000-1135* (Chapel Hill, NC).
- Kazanski, M. (1991). *Les Goths (I^{er}-VII^e siècle après J.-C.)* (París).
- , (1999). *Les Slaves: les origines, I^{er}-VII^e siècle après J.-C.* (París).
- Kelly, C. (2008). *Attila the Hun: Barbarian Terror and the Fall of Rome* (Londres).
- Kelly, G. (2008). *Ammianus Marcellinus: The Allusive Historian* (Cambridge).
- Kennedy, H. (2004). *The Court of the Caliphs: The Rise and Fall of Islam's Greatest Dynasty* (Londres).
- , (2007). *The Great Arab Conquests: How the Spread of Islam Changed the World We Live In* (Londres).
- Keydell, R., ed. (1967). *Agathias Historiae, Corpus Fontium Historiae Byzantinae* (Berlín).
- Keynes, S. (1986). «A Tale of Two Kings: Alfred the Great and Aethelred the Unready», *Transactions of the Royal Historical Society* 36, 195-217.
- , (1997). «The Vikings in England, c.790-1016», en Sawyer (1997a), 48-81.
- Keynes, S., y Lapidge, M., eds. (1983). *Alfred the Great: Asser's Life of King Alfred, and Other*

- Contemporary Sources* (Londres).
- Khazanov, A. M. (trad. ing. de Julia Crookenden, con un prólogo de Ernest Gellner) (1984). *Nomads and the Outside World* (Cambridge).
- King, R., ed. (1993). *Mass Migration in Europe: The Legacy and the Future* (Londres).
- King, R., y Oberg, S. (1993). «Europe and the Future of Mass Migration», en King (1993), 1-4.
- Kivisto, P. (1989). *The Ethnic Enigma: The Salience of Ethnicity for European-Origin Groups* (Filadelfia).
- Klose, J. (1934). *Roms Klientel-Randstaaten am Rhein und an der Donau: Beiträge zu ihrer Geschichte und rechtlichen Stellung im 1. und 2. Jhdt. n. Chr.* (Breslavia).
- Kmiecinski, J. (1968). *Odry: cmentarzysko kurhanowe z okresu rzymskiego w powiecie chojnickim* (Lódz).
- Knabe, C., y Herrmann, P., eds. (1931-1957). *Saxonis Gesta danorum* (Copenhague).
- Knoll, P. W., y Schaer, F. (2003). *Gesta principum Polonorum* [«The deeds of the princes of the Poles»] (Budapest).
- Kobylinksi, Z. (1997). «Settlement Structures in Central Europe at the Beginning of the Middle Ages», en Urbanczyk (1997a), 97-114.
- Koch, R., y Koch, U. (1996). «Die frankische Expansion ins Main und Neckargebiet», en *Die Franken: Wegbereiter Europas: vor 1500 Jahren, König Chlodwig und seine Erben* (Maguncia), 270-284.
- Kokowski, A. (1995). *Schätze der Ostgoten* (Stuttgart).
- Kolendo, J. (1997). «Central Europe and the Mediterranean World in the 1st-5th Centuries AD», en Urbanczyk (1997a), 5-22.
- Kossinna, G. (1928). *Ursprung und Verbreitung der Germanen in vor- und frühgeschichtlicher Zeit* (Leipzig).
- Kostrzewski, J. (1969). «Über den gegenwärtigen Stand der Erforschung der Ethnogenese der Slaven in archäologischer Sicht», en Zagiba (1969), 11-25.
- Krader, L. (1963). *Social Organization of the Mongol-Turkic Pastoral Nomads* (La Haya).
- Kristiansen, K., y Paludan-Muller, C., eds. (1978). *New Directions in Scandinavian Archaeology* (Copenhague).
- Krüger, B. et alii, eds. (1976-1983). *Die Germanen: Geschichte und Kultur der germanischen Stämme in Mitteleuropa*, 2 vols. (Berlín).
- Krusch, B., y Levison, W., eds. (1951). *Gregory of Tours: Historiae*, Monumenta Germaniae Historica: Scriptorum rerum Merovingicarum 1.1 (Berlín).
- Kuhn, W. (1963). «Die siedlerzählen der deutschen Ostsiedlung», en *Studium Sociale. Karl Valentin Muller dargebracht* (Colonia), 131-154.
- , (1973). *Vergleichende Untersuchungen zur mittelalterlichen Ostsiedlung* (Colonia).
- Kuhrt, D., ed. (1984). *The Politics of Return: International Return Migration in Europe* (Nueva York).
- Kulikowski, M. (2000a). «Barbarians in Gaul, Usurpers in Britain», *Britannia* 31, 325-345.
- , (2000b). «The Notitia Dignitatum as a Historical Source», *Historia* 49, 358-377.
- , (2002). «Nation versus Army: A Necessary Contrast?», en Gillet (2002), 69-84.
- , (2007). *Rome's Gothic Wars* (Cambridge).
- Kunzl, E., ed. (1993). *Die Alamannenbeute aus dem Rhein bei Neupotz*, 4 vols. (Maguncia).
- Kurnatowska, Z. (1995). «Frühstadische Entwicklung an den Zentrum der Piasten in Grosspolen», en Brachmann (1995), 133-148.
- , (1997a). «Territorial Structures in West Poland Prior to the Founding of the State Organization of Miesco I», en Urbanczyk (1997a), 125-136.
- , (1997b). «Die Christianisierung Polens im Lichte der Materialen Quellen», en Urbanczyk (1997a), 101-121.
- Kurze, F., ed. (1895). *Annales Regni Francorum 741-829*, Monumenta Germaniae Historica: Scriptorum

- rerum Germanicarum, vol. 6 (Hanover).
- Lappenberg, J. M., y Schmeidler, B., eds. (1909). *Helmoldi presbyteri Bozoviensis Cronica Slavorum*, 2.^a ed. (Hanover).
- Leahy, K., y Paterson, C. (2001). «New Light on the Viking presence in Lincolnshire: the Artefactual Evidence», en Graham-Campbell *et alii* (2001), 181-202.
- Leach, E. R. (1954). *Political Systems of Highland Burma: A Study of Kachin Social Structure* (Londres).
- Lemerle, P. (1979-1981). *Les plus anciens recueils des miracles de Saint Démétrius* (París).
- Lenski, N. (1995). «The Gothic Civil War and the Date of the Gothic Conversion», *Greek Roman and Byzantine Studies* 36, 51-87.
- , (2002). *Failure of Empire: Valens and the Roman State in the Fourth Century AD* (Berkeley).
- Levaskova, V. P. (1994). «Agriculture in Rus», en Kaiser y Marker (1994), 39-44.
- Lewitt, T. (1991). *Agricultural Production in the Roman Economy AD 200-400* (Oxford).
- Leyser, K. (1982). *Medieval Germany and its Neighbours, 900-1250* (Londres).
- , (1989). *Rule and Conflict in an Early Medieval Society: Ottonian Saxony* (Oxford).
- Liapushkin, I. I. (1958). *Gorodishche Novotroitskoe* (Moscú).
- Liebermann, F., ed. (1903-1916). *Die Gesetze der Angelsachsen* (Halle).
- Liebeschuetz, J. H. W. G. (1990). *Barbarians and Bishops: Army, Church, and State in the Age of Arcadius and Chrysostom* (Oxford).
- , (1992). «Alaric's Goths: Nation or Army?», en Drinkwater y Elton (1992), 75-83.
- Likhachev, D. S. (1970). «The Legend of the Calling-in of the Varangians», en K. Hannestad *et alii*, eds., *Varangian Problems*, 178-185.
- Lindner, R. (1981). «Nomadism, Huns, and Horses», *Past & Present* 92, 1-19.
- Lohmann, H.-E., y Hirsch, P., eds. (1935). *Widukindi monachi Corbeiensis Rerum Gestarum Saxoniarum*, Monumenta Germaniae Historica: Scriptorum rerum Germanicarum, 5.^a ed. (Hanover).
- Loseby, S. T. (1992). «Marseille: a Late Antique Success Story?», *Journal of Roman Studies* 82, 165-185.
- , (1998). «Marseille and the Pirene Thesis I: Gregory of Tours, the Merovingian kings and “un grand port”», en Hodges y Bowden (1998), 203-229.
- , (2000). «Urban Failures in Late Antique Gaul», en Slater (2000), 72-95.
- Lowmianski, H. (1960). «Economic Problems of the Early Feudal Polish State», *Acta Poloniae Historica* 3, 7-32.
- Loyn, H. (1995). *The Vikings in Britain* (Oxford).
- Lubke, C. (1984-1988). *Regesten zur Geschichte der Slaven an Elbe und Oder (vom Jahr 900 an)* (Berlín).
- , (1994). «Zwischen Triglav und Christus: Die anfänge der Christianisierung des Havellandes», *Wichmann-Jahrbuch des Diözesangeschichtsverein Berlin*, n.f. 3, Jahrgang 34-5, 15-35.
- , (1997). «Forms of Political Organization of the Polabian Slavs (until 10th c.)», en Urbanczyk (1997a), 115-124.
- Lund, N. (1984). *Two Voyagers at the Court of King Alfred: Othere and Wulfstan* (York).
- , (1986). «The Armies of Swein Forkbeard and Cnut: leding or lith?», *Anglo-Saxon England* 15, 105-118.
- , (1993). «Danish Military organization», en Cooper (1993), 109-126.
- , (1994). «Cnut's Danish Kingdom», en Rumble (1994), 27-42.
- , (1995). «Scandinavia», en McKitterick (1995), 202-227.
- , (1997). «The Danish Empire and the End of the Viking Age», en Sawyer (1997a), 156-181.
- Lund Hansen, U. (1987). *Römischer Import im Norden: Warenaustausch zwischen dem Römischen*

- Reich und dem freien Germanien während der Kaiserzeit unter besonderer Berücksichtigung Nordeuropas* (Copenhague).
- McCormick, M. (2001). *Origins of the European Economy: Communications and Commerce, AD 300-900* (Cambridge).
- MacGeorge, P. (2002). *Late Roman Warlords* (Oxford).
- McKitterick, R. (1977). *The Frankish Church and the Carolingian Reforms, 789-895* (Londres).
- , (1983). *The Frankish Kingdoms under the Carolingians, 751-987* (Londres).
- , (1989). *The Carolingians and the Written Word* (Cambridge).
- , ed. (1994). *Carolingian Culture: Emulation and Innovation* (Cambridge).
- , ed. (1995). *The New Cambridge Medieval History. Vol. II, c.700-c.900* (Cambridge).
- Maenchen-Helfen, O. J. (1945). «Huns and Hsiung-nu», *Byzantion* 17, 222-243.
- , (1973). *The World of the Huns* (Berkeley).
- Magie, D. (1932). *The Scriptores Historiae Augustae* (Londres).
- Maleczynski, K., ed. (1952). *Anonima tzw. Galla Kronika* (Cracovia).
- Mango, C. y Scott, R. (1997). *Chronographia: The Chronicle of Theophanes Confessor* (Oxford).
- Manteuffel, T., trad. ing. e introducción de A. Gorski (1982). *The Formation of the Polish State: The Period of Ducal Rule, 963-1194* (Detroit).
- Manteuffel, T., y Gieysztor, A., eds. (1968). *L'Europe aux IX.-XI. siècles aux origines des états nationaux: Actes du Colloque international sur les origines des états européens aux IX.-XI. siècles, tenu à Varsovie et Poznan du 7 au 13 septembre 1965* (Varsovia).
- Markus, R. A. (1997). *Gregory the Great and his World* (Cambridge).
- Mathisen, R. W., y Shanzer, D., eds. (2001). *Society and Culture in Late Roman Gaul: Revisiting the Sources* (Aldershot).
- Matthews, J. F. (1970). «Olympiodorus of Thebes and the History of the West (AD 407-425)», *Journal of Roman Studies* 60, 79-97.
- , (1975). *Western Aristocracies and the Imperial Court AD 364-425* (Oxford).
- , (1989). *The Roman Empire of Ammianus* (Londres).
- Mayr Harting, H. (1972). *The Coming of Christianity to Anglo-Saxon England* (Londres).
- , (1994). *Two Conversions to Christianity: The Bulgarians and the Anglo-Saxons* (Reading).
- Melnikova, E. A. (1996). *The Eastern World of the Vikings* (Gotemburgo).
- Mierow, C. C. (1915). *Jordanes: Getica* (Nueva York).
- Minns, E. H. (1913). *Scythians and Greeks: A Survey of Ancient History and Archaeology of the North Coast of the Euxine From the Danube to the Caucasus* (Cambridge).
- Minor, C. (1996). «Bacaudae - A Reconsideration», *Traditio* 51, 297-307.
- Miquel, A. (1966). «Ibn Jacub», *Annales* 23, 1.048-1.063.
- Moderan, Y. (2002). «L'établissement des Vandals en Afrique», *Antiquité Tardif* 10, 87-122.
- Moisl, H. (1981). «Anglo-Saxon Royal Genealogies and Germanic Oral Tradition», *Journal of Medieval History* 7, 215-248.
- Mommsen, T., ed. (1882). *Jordanes Romana et Getica*, Monumenta Germaniae Historica: Auctores Antiquissimi 5.1 (Berlín).
- , ed. (1892). *Chronica Minora 1*, Monumenta Germaniae Historica: Auctores Antiquissimi 9 (Berlín).
- , ed. (1894a). *Chronica Minora 2*, Monumenta Germaniae Historica: Auctores Antiquissimi 11 (Berlín).
- , ed. (1894b). *Cassiodori Senatoris Variarum*, Monumenta Germaniae Historica: Auctores Antiquissimi 12 (Berlín).
- Mommsen, T., y Krueger, P., eds. (1905). *Codex Theodosianus* (Berlín).
- Moorhead, J. (1992). *Victor of Vita History of the Persecution in Africa* (Liverpool).

- Moravcsik, G., y Jenkins, R. J. H., eds. (1967). *Constantine Porphyrogenitus: De administrando imperio* (Washington).
- Mueller, K., ed. (1851-1870). *Fragmenta Historicorum Graecorum*, vols. 4-5 (París).
- Muller-Wille, M. (1999). *Opferkulte der Germanen und Slawen* (Darmstadt).
- Myhre, B. (1978). «Agrarian Development, Settlement History and Social Organization in Southwest Norway in the Iron Age», en Kristiansen y Paludan-Muller (1978), 224-235, 253-265.
- Nelson, J. L. (1991). *The Annals of St-Bertin* (Manchester).
- , (1997). «The Frankish Empire», en Sawyer (1997a), 19-47.
- Nichols, J. (1998). «The Eurasian Spread Zone and the Indo-European Dispersal», en Blench y Spriggs (1998), 220-266.
- Niebuhr, B. G., ed. (1839-1841). *Theophanes Chronographia* (Bonn).
- Nixon, C. E. V., y Rodgers, B. S. (1994). *In Praise of Later Roman Emperors: The Panegyrici Latini* (Berkeley).
- Noble, T. F. X., y Head, T., eds. (1995). *Soldiers of Christ: Saints and Saints' Lives from Late Antiquity and the Early Middle Ages* (Pennsylvania).
- Noll, R., y Vetter, E., eds. (1963). *Eugippius Vita Sancti Severini, Schriften und Quellen der Alten Welt 11* (Berlín).
- Noonan, T. S. (1997). «Scandinavians in European Russia», en Sawyer (1997a), 134-155.
- , (1998). *The Islamic World, Russia and the Vikings, 750-900: The Numismatic Evidence* (Aldershot).
- O Corrain, D. (1997). «Ireland, Wales, Man, and the Hebrides», en Sawyer (1997a), 83-109.
- , (1998). «The Vikings in Scotland and Ireland in the Ninth Century», *Peritia* 12, 296-339.
- Ørnsnes, M. (1963). «The Weapon Find in Ejsbøl Mose at Haderlev: Preliminary Report», *Acta Archaeologica* 34, 232-248.
- , (1968). *Der Moorfund von Ejsbøl bei Hadersleben. Deutungsprobleme der grossen nordgermanischen Waffenopferfunde: Abhandlung der Akademie der Wissenschaft in Göttingen* (Göttingen)
- Painter, K. (1994). «Booty from a Roman Villa found in the Rhine», *Minerva* 5, 22-27.
- Palade, V. (1966). «Atelierele pentru lucrat pieptini din os din secolul al IV-lea e.n. de la Birlad-Valea Seaca», *Arheologia Moldovei* 4, 261-277.
- Parczewski, M. (1993). *Die Anfänge der frühslawischen Kultur in Polen* (Viena).
- , (1997). «Beginnings of the Slavs' Culture», en Urbanczyk (1997a), 79-90.
- Parmentier, L., y Hansen, G. C., eds. (1998). *Theodoret: Kirchengeschichte*, 3.^a ed. (Berlín).
- Paschoud, F. (1971-1989). *Zosimus: Historia Nova*, 6 vols. (París).
- Pearson, M. P. (1989). «Beyond the Pale: Barbarian Social Dynamics in Western Europe», en Barrett (1989), 198-226.
- Peregrinatio Gothica 1.* (1986). *Archaeologia Baltica* VII (Lodz).
- Peregrinatio Gothica 2.* (1989). *Archaeologia Baltica* VIII (Lodz).
- Perin, P. (1980). *La datation des tombes mérovingiennes* (Ginebra).
- , (1987). *Les Francs à la Conquête de la Gaule* (París).
- , (1996). «Die archäologische Zeugnisse der frankischen Expansion in Gallien», en *Die Franken: Wegbereiter Europas: vor 1500 Jahren, König Chlodwig und seine Erben* (Maguncia), 227-232.
- Perin, P., y Feffer, L. C. (1987). *Les Francs à l'Origine de la France*, 2 vols. (París).
- Perin, P., y Kazanski, M. (1996). «Das Grab Childerichs I», en *Die Franken: Wegbereiter Europas: vor 1500 Jahren, König Chlodwig und seine Erben* (Maguncia), 173-182.
- Pertz, G. H., y Kurze, F., eds. (1891). *Annales Fuldenses, sive, Annales regni Francorum orientalis ab Einhardo, Ruodolfo, Meginhardo Fuldensibus, Seligenstadi, Fuldae, Mogontiao conscripti cum continuationibus Ratisbonensi et Altahensibus* (Hanover).

- Petrov, N. I. (2005). «Ladoga, Rurik's Stronghold, and Novgorod: Fortifications and Power in Early Medieval Russia», en Curta (2005), 121-137.
- Petschenig, M., ed. (1881). *Victoris Episcopi Vitensis Historia persecutionis Africanae provinciae* (Viena).
- Pharr, C. (1952). *The Theodosian Code and Novels, and the Sirmundian Constitutions* (Nueva York).
- Phillips, J. R. S. (1988). *The Medieval Expansion of Europe* (Oxford).
- , (1994). «The Medieval Background», en Canny (1994), 9-25.
- Pichlmayr, F., ed. (1911). *Sexti Aurelii Victoris liber de Caesaribus* (Leipzig).
- Pinder, M., ed. (1897). *Ioannis Zonarae Epitomae historiarum libri XVIII* (Bonn).
- Pirling, R. (1966). *Das römisch-fränkische Gräberfeld von Krefeld-Gellep* (Berlín).
- Pirling, R., y siepen, M. (2003). *Das römisch-fränkische Gräberfeld von Krefeld-Gellep 1989-2000* (Stuttgart).
- Platnauer, M. (1922). *The Works of Claudian* (Londres).
- PLRE: The Prosopography of the later Roman Empire*, ed. A. H. M. Jones *et alii*, 3 vols. (Cambridge, 1971-1992).
- Pohl, W. (1980). «Die Gepiden und die Gentes an der mittleren Donau nach dem Zerfall des Attilareiches», en Wolfram y Daim (1980), 239-305.
- , (1988). *Die Awaren: ein Steppenvolk im Mitteleuropa, 567-822 n. Chr.* (Múnich).
- , (2000). *Die Germanen* (Múnich).
- , (2003). «A Non-Roman Empire in Central Europe: The Avars», en Goetz *et alii* (2003), 571-595.
- Pohl, W. y Erhart, P. (2005). *Die Langobarden: Herrschaft und Identität* (Viena).
- Pohl, W., y Wood, I. N., eds. (2001). *The Transformation of Frontiers from Late Antiquity to the Carolingians, Proceedings of the Second Plenary Conference, European Science Foundation Transformation of the Roman World Project* (Leiden).
- Poulik, J. *et alii*, eds. (1986). *Grossmähren und die Anfänge der tschechoslowakischen Staatlichkeit* (Praga).
- Poulter, A., ed. (2007). *The Transition to Late Antiquity on the Danube and Beyond* (Oxford).
- Powlesland, D. (1997). «Early Anglo-Saxon Settlements: Structures, Forms, and Layout», en Hines (1997), 101-124.
- Preucel, R., y Hodder, I., eds. (1996). *Contemporary Archaeology in Theory* (Oxford).
- Preussler, W. (1956). «Keltischer Einfluss im Englischen», *Revue des Langues Vivantes* 22, 322-350.
- Prinz, F. (1984). *Böhmen im mittelalterlichen Europa* (Múnich).
- Proussa, P. (1990). «A Contact-universals Origin for Periphrastic Do, with Special Consideration of OE-Celtic Contact», en Adamson (1990), 407-434.
- Raev, B. A. (1986). *Roman Imports in the Lower Don Basin* (Oxford).
- Rafnsson, S. (1997). «The Atlantic Islands», en Sawyer (1997a), 110-133.
- Randsborg, K. (1980). *The Viking Age in Denmark: The Formation of a State* (Londres).
- Rau, G. (1972). «Körpergräber mit Glasbeigaben des 4. nachchristlichen Jahrhunderts im Oder-Wechsel-Raum», *Acta praehistorica et archaeologica* 3, 109-214.
- Reichmann, C. (1996). «Frühe Franken in Germanien», en *Die Franken: Wegbereiter Europas: vor 1500 Jahren, König Chlodwig und seine Erben* (Maguncia), 55-65.
- Renfrew, C. (1987). *Archaeology and Language: The Puzzle of Indo-European Origins* (Londres).
- Renfrew, C., y Bahn, P. (1991). *Archaeology: Theories, Methods and Practice* (Londres).
- Renfrew, C., y Cherry, J. F., eds. (1986). *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change* (Cambridge).
- Reuter, T. (1985). «Plunder and Tribute in the Carolingian Empire», *Transactions of the Royal Historical Society*, 75-94.
- , (1990). «The End of Carolingian Military Expansion», en Godman y Collins (1990), 391-407.

- , (1991). *Germany in the Early Middle Ages c.800-1056* (Londres).
- , (1992). *The Annals of Fulda* (Manchester).
- , ed. (1999). *The New Cambridge Medieval History: vol. 3, 900-1024* (Cambridge).
- Ridley, R. T. (1982). *Zosimus: New History* (Canberra).
- Ritchie, A. (1993). *Viking Scotland* (Bath).
- Robinson, C. H. (1921). *Anskar: The Apostle of the North, 801-865* (Londres).
- Roesdahl, E., trad. ing. de S. Margeson y K. Williams (1982). *Viking Age Denmark* (Londres).
- , trad. ing. de S. Margeson y K. Williams (1991). *The Vikings* (Londres).
- Rolfe, J. C., ed. (1935-1939). *Ammianus Marcellinus* (Londres).
- Rostovzeff, M. I. (1922). *Iranians and Greeks in South Russia* (Oxford).
- Rowlands, M. et alii, eds. (1987). *Centre and Periphery in the Ancient World* (Cambridge).
- Rudkin, D. (1986). *The Saxon Shore* (Londres).
- Rumble, A. R., ed. (1994). *The Reign of Cnut: King of England, Denmark and Norway* (Londres).
- Rystad, G. (1996). «Immigration Policy and the Future of International Migration», *International Migration Review* 26.4, 555-586.
- Sabbah, G. (1978). *La méthode d'Ammien Marcellin: recherches sur la construction du discours historique dans les Res Gestae* (París).
- Salt, J., y Clout, H., eds. (1976). *Migration in Post-War Europe: Geographical Essays* (Oxford).
- Salway, P. (2001). *A History of Roman Britain* (Oxford).
- Sánchez-Albornoz, N. (1994). «The First Transatlantic Transfer: Spanish Migration to the New World», en Canny (1994), 26-36.
- Santini, C., ed. (1979). *Eutropius Breviarium ab urbe condita* (Stuttgart).
- Sartre, M. (1982). *Trois études sur l'Arabie romaine et byzantine: Revue d'Études Latines* (Bruselas).
- Sasse, B. (1982). *Die Sozialgeschichte Böhmens in der Frühzeit: Historischarchäologische Untersuchungen zum 9.-12. Jahrhundert* (Berlín).
- Sawyer, B. (1991). «Viking-Age Rune-Stones as a Crisis Symptom», *Norwegian Archaeological Review* 24, 97-112.
- Sawyer, B., y Sawyer, P. H. (1993). *Medieval Scandinavia: From Conversion to Reformation c.800-1500* (Minneapolis).
- Sawyer, P. H. (1962). *The Age of the Vikings* (Londres).
- , (1978). *From Roman Britain to Norman England* (Londres).
- , (1982). «The Causes of the Viking Age», en Farrell (1982), 1-7.
- , (1993). «The Scandinavian Background», en Cooper (1993), 33-42.
- , (1994). «Cnut's Scandinavian Empire», en Rumble (1994), 10-22.
- , ed. (1997a). *The Oxford Illustrated History of the Vikings* (Oxford).
- , (1997b). «The Age of the Vikings, and Before», en P. Sawyer (1997a), 1-18.
- Sawyer, P. H., y Wood, I. N., eds. (1977). *Early Medieval Kingship* (Leeds).
- Schenkl, H. et alii, eds. (1965-1974). *Themistii Orationes* (Leipzig).
- Schmeidler, B., ed. (1917). *Adam von Bremen: Gesta Hammaburgensis ecclesiae pontificum*, Monumenta Germaniae Historica: Scriptorum rerum Germanicarum (Hanover).
- Schmidt, L. (1933). *Geschichte der deutschen Stämme bis zum Ausgang der Völkerwanderung: Die Ostgermanen*, 2.^a ed. (Múnich).
- Scholz, B. W. (1972). *Carolingian Chronicles* (Ann Arbor).
- Schröder, F. J. (1977). *Völker und Herrscher des östlichen Europa im Weltbild Widukinds von Korvei und Thietmars von Merseburg* (Munster).
- Scragg, D. (1991). *The Battle of Maldon, AD 991* (Oxford).
- Searle, E. (1988). *Predatory Kinship and the Creation of Norman Power 840-1066* (Berkeley).
- Seeck, O., ed. (1962). *Notitia dignitatum* (Frankfurt del Meno).

- Service, E. R. (1975). *Origins of the State and Civilization: The Process of Cultural Evolution* (Nueva York).
- Settimane [Centro italiano di studi sull'alto Medioevo: Settimane di studio] (1983). *Gli Slavi occidentali e meridionali nell'alto medioevo, Atti del xxx Congresso internazionale di studi sull'alto Medioevo* (Spoleto).
- Shanzer, D., y Wood, I. N., eds. y trad. ing. (2002). *Avitus of Vienne: Letters and Selected Prose* (Liverpool).
- Shchukin, M. (1975). «Das problem der Cernjachow-Kultur in der sowjetischen archäologischen Literatur», *Zeitschrift für Archäologie* 9, 25-41.
- , (1977). «Current aspects of the Gothic Problem and the Cherniakhovo Culture», *Arkheologicheskyy sbornik* 18, 79-92 (Sumario en inglés).
- , (1990). *Rome and the Barbarians in Central and Eastern Europe: 1st Century BC-1st Century AD* (Oxford).
- , (2005). *The Gothic Way: Goths, Rome, and the Culture of the Chernjakhov/ Sintana de Mures* (San Petersburgo).
- Shennan, S. (1989). *Archaeological Approaches to Cultural Identity* (Londres).
- Shepard, J. (2005). «Conversions and Regimes Compared: The Rus' and the Poles, ca. 1000», en *Curta* (2005), 252-282.
- Sherwin-White, A. N. (1973). *The Roman Citizenship*, 2.^a ed. (Oxford).
- Siegmund, F. (1998). «Social Structure and Relations», en Wood (1998), 177-198.
- Sinor, D. (1977). *Inner Asia and its Contacts with Medieval Europe* (Londres).
- , (1990). *The Cambridge History of Early Inner Asia* (Cambridge).
- Skalnik, P., ed. (1989). *Outwitting the State* (Nueva Jersey).
- Slater, T., ed. (2000). *Towns in Decline AD 100-1600* (Aldershot).
- Smith, A. D. (1986). *The Ethnic Origin of Nations* (Oxford).
- Smith, J. M. (1992). *Province and Empire: Brittany and the Carolingians* (Cambridge).
- Smyth, A. P. (1977). *Scandinavian Kings in the British Isles, 850-880* (Oxford).
- , (1979). *Scandinavian York and Dublin: The History and Archaeology of Two Related Viking Kingdoms* (Nueva Jersey).
- , (1995). *King Alfred the Great* (Oxford).
- Speidel, M. P. (1977). «The Roman Army in Arabia», *Aufstieg und Niedergang der Antiken Welt* II. 8.
- Stallknecht, B. (1969). *Untersuchungen zur römischen Aussenpolitik in der Spätantike* (Bonn).
- Stenton, F. (1971). *Anglo-Saxon England* (Oxford).
- Steuer, H. (1982). *Frühgeschichtliche Sozialstrukturen Mitteleuropa* (Gotinga).
- , (1998). «Theorien zur Herkunft und Entstehung der Alemannen: Archaeologische Forschungsansätze», en Geuenich (1998), 270-334.
- Stockwell, S., ed. (2008). *The British Empire: Themes and Perspectives* (Oxford).
- Syme, R. (1968). *Ammianus and the Historia Augusta* (Oxford).
- , (1971a). *Emperors and Biography: Studies in the Historia Augusta* (Oxford).
- , (1971b). *The Historia Augusta: A Call for Clarity* (Bonn).
- Szydlowski, J. (1980). «Zur Anwesenheit der Westslawen an der mittleren Donau im ausgehenden 5. und 6. Jahrhundert», en Wolfram y Daim (1980), 233-237.
- Tejral, J. et alii, eds. (1999). *L'Occident romain et l'Europe centrale au début de l'époque des Grandes Migrations* (Brno).
- Theuws, F., y Hiddinck, H. (1996). «Der Kontakt zu Rom», en *Die Franken: Wegbereiter Europas: vor 1500 Jahren, König Chlodwig und seine Erben* (Maguncia), 64-80.
- Thomas, M. G. et alii (2006). «Evidence for an Apartheid-like Social Structure in Early Anglo-Saxon England», *Proceedings of the Royal Society* 273, 2.651-2.657.

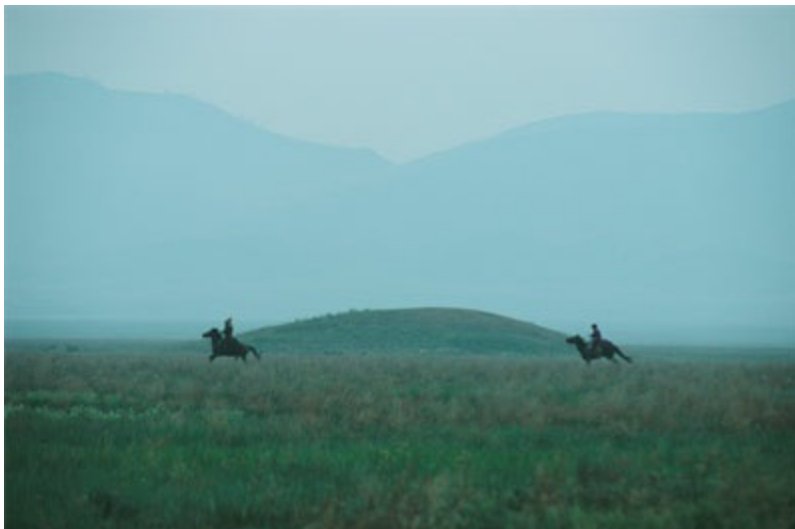
- Thompson, E. A. (1965). *The Early Germans* (Oxford).
- , (1966). *The Visigoths in the Time of Ulfila* (Oxford).
- , (1995). *The Huns* (Oxford).
- Thorpe, L. (1974). *Gregory of Tours: The History of the Franks* (Londres).
- Todd, M. (1975). *The Northern Barbarians 100 BC-AD 300* (Londres).
- , (1992). *The Early Germans* (Oxford).
- Trillmich, W. et alii, eds. (1978). *Quellen des 9. und 11. Jahrhunderts zur Geschichte der hambürgischen Kirche und des Reiches*, 5.^a ed. (Darmstadt).
- Tschan, F. J. (1959). *Adam of Bremen: History of the Archbishops of Hamburg-Bremen* (Nueva York).
- , (1966). *Helmold, Priest of Bosau: The Chronicle of the Slavs* (Nueva York).
- Turek, R. (1974). *Böhmen im Morgengrauen der Geschichte von den Anfängen der slawischen Besiedlung bis zum Eintritt in die europäische Kulturgemeinschaft (6. bis Ende des 10. Jahrhunderts)* (Wiesbaden).
- Ucko, P. (1995). *Theory in Archaeology: A World Perspective* (Londres).
- Urbanczyk, P., ed. (1997a). *Origins of Central Europe* (Varsovia).
- , (1997b). «Changes of Power Structure During the 1st Millennium ad in the Northern Part of Central Poland», en Urbanczyk (1997a), 39-44.
- , ed. (1997c). *Early Christianity in Central and East Europe* (Varsovia).
- , ed. (2001). *Europe around the Year 1000* (Varsovia).
- , ed. (2004). *Polish Lands at the Turn of the First and the Second Millennia* (Varsovia).
- , (2005). «Early State Formation in East Central Europe», en Curta (2005), 139-151.
- Vallet, F., y Kazanski, M., eds. (1995). *La noblesse romaine et les chefs barbares du IIIe au VIIe siècle* (París).
- Van Dam, R. (1985). *Leadership and Community in Late Antique Gaul* (Berkeley).
- Van Es, W. A. (1967). *Wijster: A Native Village Beyond the Imperial Frontier 150-425 AD* (Groninga).
- Van Ossel, P. (1992). *Etablissements ruraux de l'antiquité tardive dans le nord de la Gaule* (París).
- Van Ossel, P., y Ouzoulias, P. (2000). «Rural Settlement Economy in Northern Gaul in the Late Empire: An Overview and Assessment», *Journal of Roman Archaeology* 13, 133-160.
- Verlinden, C. (1955). *L'Esclavage dans l'Europe Médiévale* (Brujas).
- Vertovec, S., y Cohen, R. (1999). *Migration, Diasporas, and Transnationalism* (Cheltenham).
- Vince, A. (2001). «Lincoln in the Viking Age», en Graham-Campbell et alii (2001), 157-180.
- Voets, S. et alii, eds. (1995). *The Demographic Consequences of Migration* (La Haya).
- Vogel, F., ed. (1885). *Ennodius Opera*, Monumenta Germaniae Historica: Auctores Antiquissimi 7 (Berlín).
- Von Schnurbein, S. (1995). *Vom Einfluss Roms auf die Germanen* (Opladen).
- Waitz, G., ed. (1883). *Annales Bertiniani* (Hanover).
- Wallace-Hadrill, J. M. (1960). *The Fourth Book of the Chronicle of Fredegar* (Londres).
- Ward Perkins, B. (2000). «Why did the Anglo-Saxons not become more British?», *English Historical Review* 115, 513-533.
- , (2005). *The Fall of Rome and the End of Civilization* (Oxford).
- Warner, D. A. (2001). *Ottonian Germany: The Chronicon of Thietmar of Merseburg* (Manchester).
- Weale, M. E. et alii (2002). «Y Chromosome Evidence for Anglo-Saxon Mass Migration», *Molecular Biology & Evolution* 19.7, 1.008-1.021.
- Wegener, W. (1959). *Böhmen/Mähren und das Reich im Hochmittelalter* (Colonia).
- Welch, M. (1992). *English Heritage Book of Anglo-Saxon England* (Londres).
- Wells, P. S. (1999). *The Barbarians Speak: How the Conquered Peoples Shaped Roman Europe* (Princeton).
- Wenskus, R. (1961). *Stammesbildung und Verfassung: Das Werden der frühmittelalterlichen gentes*

- (Colonia).
- Werner, J. (1935). *Münzdatierte austrasische Grabfunde* (Berlín).
- , (1950). «Zur Entstehung der Reihengräberzivilisation», *Archaeologica Geographica* I, 23-32.
- Weski, T. (1982). *Waffen in germanischen Gräbern der älteren römischen Kaiserzeit südlich der Ostsee* (Oxford).
- Whitby, L. M. (1988). *The Emperor Maurice and his Historian: Theophylact Simocatta on Persian and Balkan Warfare* (Oxford).
- Whitby, L. M., y Whitby, J. M. (1986). *The History of Theophylact Simocatta* (Oxford).
- , (1989). *The Chronicon Paschale* (Liverpool).
- Whitelock, D., ed. (1955). *English Historical Documents, vol. 1, c.500-1042* (Londres).
- Whitelock, D. et alii (1961). *The Anglo-Saxon Chronicle: A Revised Translation* (Londres).
- Whittaker, C. R. (1994). *Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study* (Baltimore).
- Whittow, M. (1996). *The Making of Orthodox Byzantium, 600-1025* (Londres).
- Wickham, C. (1992). «Problems of Comparing Rural Societies in Early Medieval Western Europe», *Transactions of the Royal Historical Society*, 6.^a serie 2, 221-246.
- , (2005). *Framing the Early Middle Ages: Europe and the Mediterranean, 400-800* (Oxford).
- Wieczorek, A. (1996). «Die Ausbreitung der frankischen Herrschaft in den Rheinland vor und seit Chlodwig I», en *Die Franken: Wegbereiter Europas: vor 1500 Jahren, König Chlodwig und seine Erben* (Maguncia), 241-261.
- Wiet, G. (1957). *Les Atours Précieux* (El Cairo).
- Williams, A. (1991). *The English and the Norman Conquest* (Woodbridge).
- Wilson, J. (2008). «Agency, Narrative, and Resistance», en Stockwell (2008), 245-268.
- Winterbottom, M., ed. y trad. ing. (1978). *Gildas: The Ruin of Britain, and other works* (Londres).
- Wolfram, H. (1979). *Conversio Bagoariorum et Carantanorum: das Weissbuch der Salzburger Kirche über die erfolgreiche Mission in Karantanien und Pannonien* (Viena).
- , (1985). *Treasures on the Danube: Barbarian Invaders and their Roman Inheritance* (Viena).
- , trad. ing. T. J. Dunlap (1988). *History of the Goths* (Berkeley).
- , (1994). «Origo et Religio: Ethnic Traditions and Literature in Early Medieval Texts», *Early Medieval Europe* 3, 19-38.
- , (1995). *Salzburg, Bayern, Österreich: die Conversio Bagoariorum et Carantanorum und die Quellen ihrer Zeit* (Viena).
- , trad. ing. T. J. Dunlap (1997). *The Roman Empire and its Germanic Peoples* (Berkeley).
- Wolfram, H., y Daim, F., eds. (1980). *Die Völker an der mittleren und unteren Donau im fünften und sechsten Jahrhundert, Denkschriften der Osterreichischen Akademie der Wissenschaften, phil.-hist. Kl. 145* (Viena).
- Wolfram, H., y Pohl, W., eds. (1990). *Typen der Ethnogenese unter besonderer Berücksichtigung der Bayern, Denkschriften der Osterreichischen Akademie der Wissenschaften, phil.-hist. Kl. 193* (Viena).
- Wood, I. N. (1985). «Gregory of Tours and Clovis», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire* 63, 249-272.
- , (1990). «Ethnicity and the Ethnogenesis of the Burgundians», en Wolfram y Pohl (1990), 53-69.
- , (1994). *The Merovingian Kingdoms* (Londres).
- , ed. (1998). *Franks and Alamanni in the Merovingian Period: An Ethnographic Perspective* (Woodbridge).
- , (2001). *The Missionary Life: Saints and the Evangelization of Europe, 400-1050* (Harlow).
- Woolf, A. (2003). «The Britons: from Romans to Barbarians», en Goetz et alii (2003), 345-380.
- , (2007). «Apartheid and Economics in Anglo-Saxon England», en Higham (2007), 115-129.
- Wormald, C. P. (1978). «Bede, Beowulf and the Conversion of the Anglo-Saxon Aristocracy», en

- Farrell (1978), 32-95.
- , (1982). «Viking Studies: Whence and Whither», en Farrell (1982), 128-153.
- , (1986). «Celtic and Anglo-Saxon Kingship», *Studies in Medieval Culture* 20, 151-183.
- Zagiba, F., ed. (1969). *Das heidnische und christliche Slaventum* (Wiesbaden).
- Zollner, E. (1970). *Geschichte der Franken bis zur Mitte des sechsten Jahrhunderts* (Múnich).



1. La llanura del norte de Europa constituye la mayor extensión de tierra del continente europeo. A comienzos del primer milenio, estaba densamente cubierta de bosques, y su suelo de arcilla hacía que la vida resultara muy dura para los agricultores que carecían de una tecnología apropiada. Alrededor del año 1000 su gran potencial económico empezó a materializarse por primera vez.



2. La Gran Estepa Eurasiática, que se extiende hacia el oeste hasta alcanzar la margen derecha del río Don, e incluso más allá, marca el extremo oriental de la zona en la que la pluviosidad es suficiente para permitir la práctica de la agricultura convencional sin necesidad de recurrir a sistemas de regadío.



3. En el nordeste de Europa los bosques de la taiga finlandesa marcan el límite de la agricultura convencional. El frío invernal y la pobreza de un terreno falto de la riqueza proporcionada por el humus de la vegetación de hoja caduca imposibilitan el cultivo de la tierra por los medios habituales de labranza.



4. Un poblado del siglo IV que se encontraba en los dominios de los tervingos estaba plenamente dedicado a la producción de peines, pues el estilo del peinado desempeñaba a veces un papel fundamental en la sociedad de la época. Los reyes francos se dejaban crecer el cabello como signo de su regia condición, y Tácito nos cuenta que algunos suevos indicaban su identidad de grupo haciéndose un nudo con el cabello. Junto a estas líneas aparece un extraordinario ejemplo de ese peinado que se ha conservado hasta nuestros días.



5. El milagro de la lluvia de Marco Aurelio. El emperador consiguió una victoria suficientemente importante sobre las tribus sublevadas de Europa central en las llamadas Guerras Marcomanas como para erigir una columna que conmemorara su triunfo. La raíz de esos disturbios fue una expansión predatoria desde la periferia del Imperio hacia sus fronteras.



6. En el siglo IV Ulfilas produjo el primer texto escrito de una lengua germánica con su traducción de la Biblia para los godos conversos. Este asombroso manuscrito en púrpura, plata y oro fue confeccionado en el siglo VI en Italia, en la corte del rey ostrogodo Teodorico, pero su texto sigue básicamente la traducción de Ulfilas.



7. Incluso los reyes bárbaros amigos debían postrarse en presencia del emperador, hecho que a menudo era representado plásticamente, como observamos en esta imagen, para hacer hincapié en la majestad del emperador reinante, protector de una civilización establecida por mandato divino frente a la amenaza bárbara.



8. Nada simboliza mejor la gran amenaza que supuso en el siglo III el resurgimiento del Imperio Persa que este extraordinario relieve tallado en la roca en el que se representa al emperador romano Valeriano, cautivo y humillado, en presencia de Sapor I, rey de reyes sasánida. El renovado poder de Persia monopolizaba los recursos en Oriente, y facilitó la expansión germánica al otro lado de las fronteras europeas del Imperio Romano y en sus inmediaciones.



9. En la década de 1830 los campesinos bóers, con sus familias, sus bienes y sus animales, se desplazaron desde Ciudad del Cabo hacia el norte para huir del control del imperio británico. Cuando encontraban resistencia, se reorganizaban en grandes grupos para combatirla, ilustrando así una forma de migración predatoria perfectamente aplicable al primer milenio de la era cristiana.



10. La triple muralla de Constantinopla, de increíble belleza, fue erigida a comienzos de la década de 410 en respuesta al traslado de los hunos al corazón de Europa central desde el norte del mar Negro. La presencia de los hunos intimidaba también a los que se encontraban directamente en su camino, que en 405-408 optaron por instalarse en territorio romano.



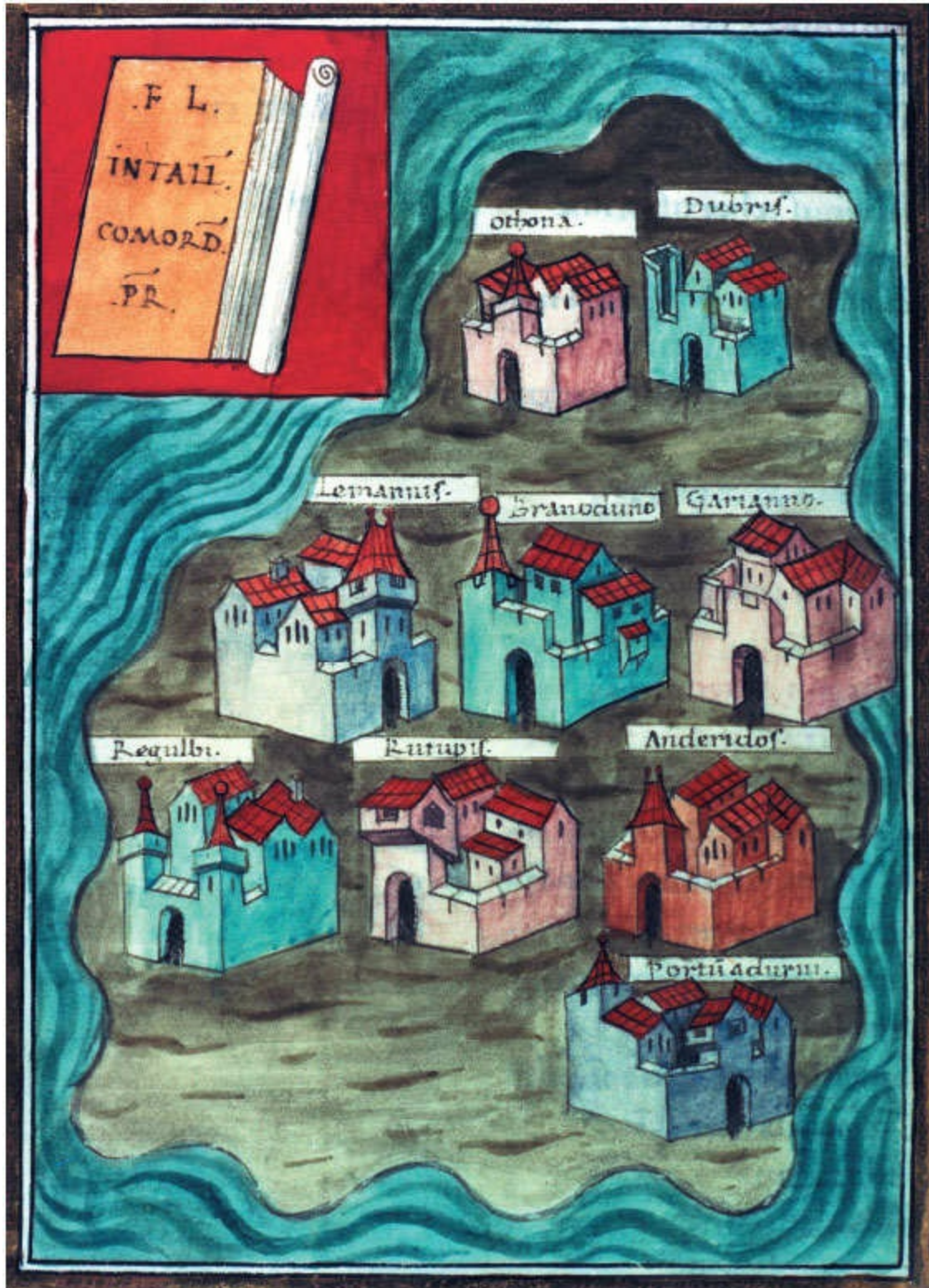
11. Descubierta en 1837, el tesoro de Pietroasa constaba originalmente de veintidós piezas, pero actualmente sólo quedan doce. Sobre estas líneas, la célebre pátera, un plato sacrificial redondo, decorada con figuras órficas que rodean la imagen tridimensional de una diosa sentada en el centro. Atribuido originalmente a Atanarico, caudillo de los tervingos del siglo IV, refleja en realidad las riquezas del mundo mediterráneo expoliadas por Atila.



12. Objetos hunos de mediados del siglo V descubiertos en la región de la cuenca central del Danubio. En esa época aparecen por primera vez con regularidad grandes cantidades de oro en enterramientos del territorio bárbaro. En la imagen observamos objetos que presentan el característico *cloisonné*, con pequeños granates (cuyo color simboliza convenientemente la púrpura imperial) engastados uno a uno en «celdillas» de oro. La riqueza y los estilos artísticos de la Europa central de los hunos establecen nuevos modelos de ostentación de las elites europeas de origen bárbaro.



13. Unas excavaciones llevadas a cabo en 1939 sacaron a la luz lo que probablemente sea el cementerio de los Wuffingas, la dinastía reinante en East Anglia en el siglo VII. Aunque no sean representativas de la extraordinaria calidad de su artesanía, las piezas halladas en la famosa nave funeraria son características de los ajuares fúnebres que solían depositarse en las tumbas, en una costumbre que fue expandiéndose por el centro y el este de Inglaterra en los siglos V y VI.

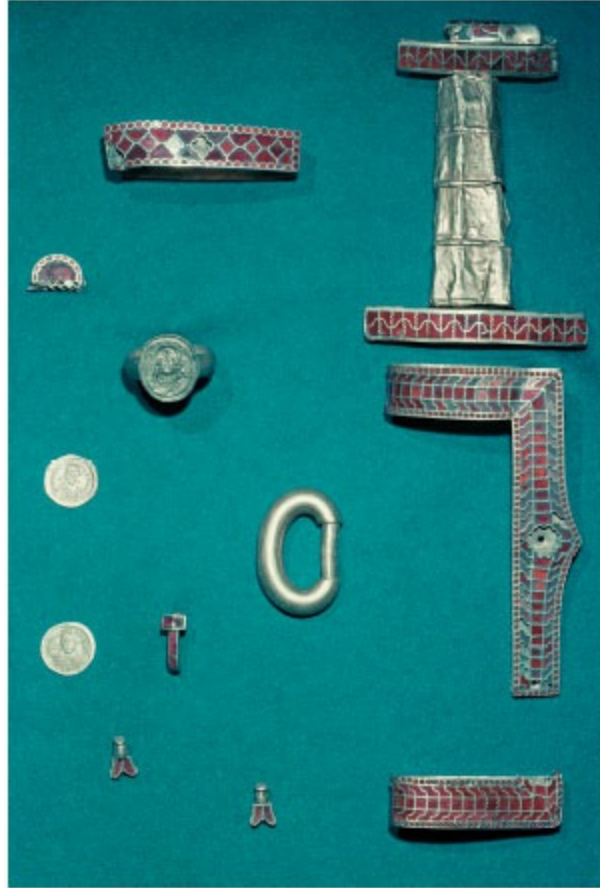


14. Procedente de una copia carolingia de un manual burocrático del Bajo Imperio, esta página de la bellísima reproducción de la *Notitia dignitatum* que se conserva en la Biblioteca Bodleiana ilustra algunos de los recursos de los que disponía el *comes litoris saxonici per Britannias* («conde del litoral

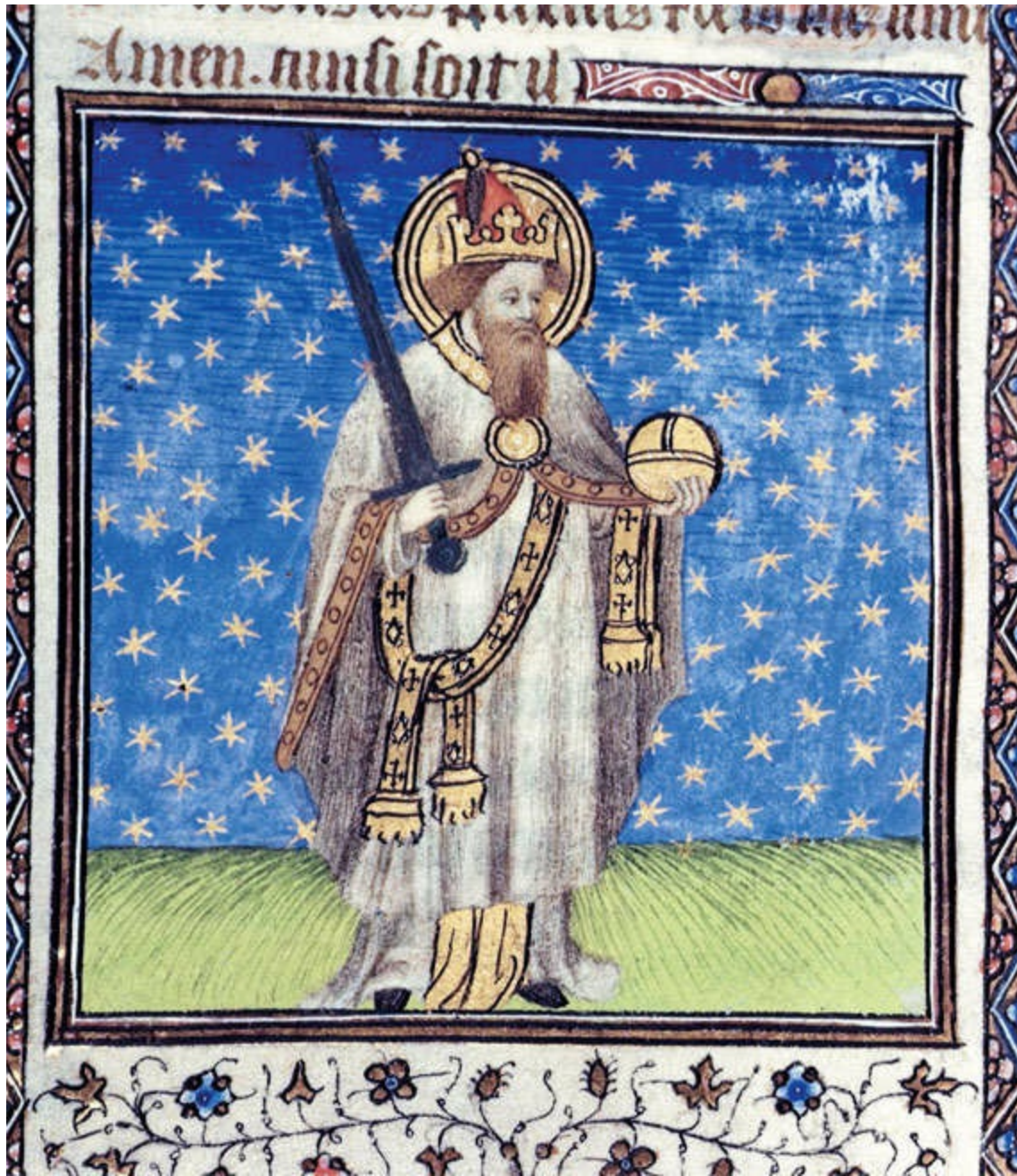
sajón de las Britanias») para defenderse de la amenaza que suponían en el este de Britania y la región del Canal de la Mancha las incursiones de los sajones desde el otro lado del mar del Norte en el siglo IV.



15. En las costas del este y el sur de Gran Bretaña todavía podemos admirar varias fortificaciones, entre las que destaca la de Portchester. Las dimensiones de este castillo y su ubicación en el Solent ponen de manifiesto la naturaleza de la amenaza sajona, razón por la cual habría sido erigido. Una generación después de que la Britania romana perdiera la importantísima protección del Imperio, los rapaces inmigrantes sajones consiguieron aprovecharse de la nueva situación estratégica para apoderarse de los campos de cultivo más ricos.



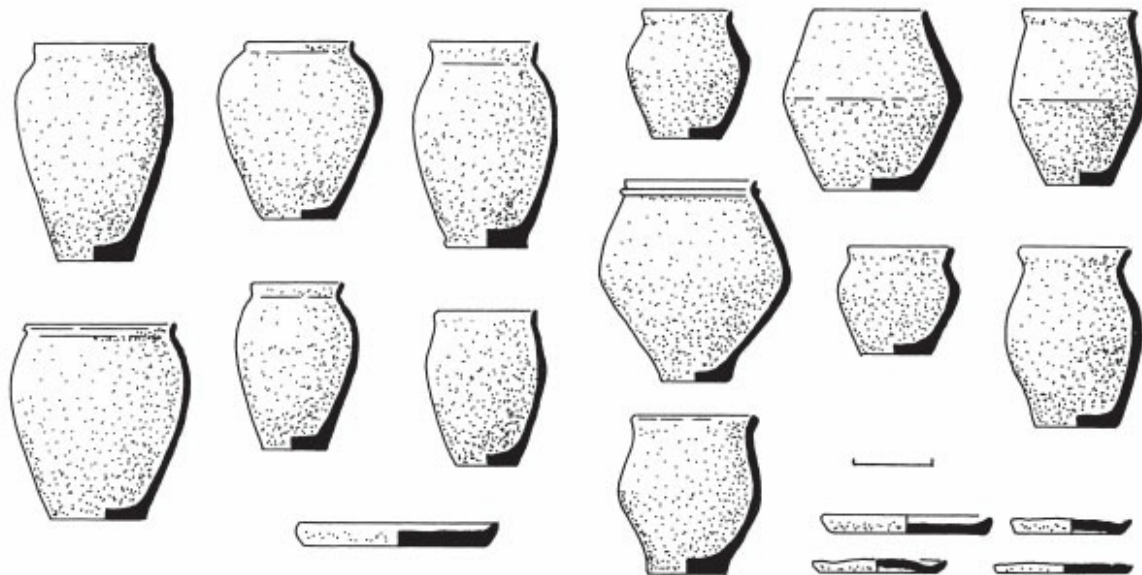
16. En la actualidad conservamos pocas piezas del tesoro hallado originalmente en la tumba del rey franco Childerico (muerto en 482) exhumada en 1653. No obstante, las que han llegado a nuestras manos, así como los dibujos de las contemporáneas, demuestran la influencia tanto de la artesanía como del esplendor general de los funerales reales que en la época de los hunos se celebraban en la cuenca media del Danubio.



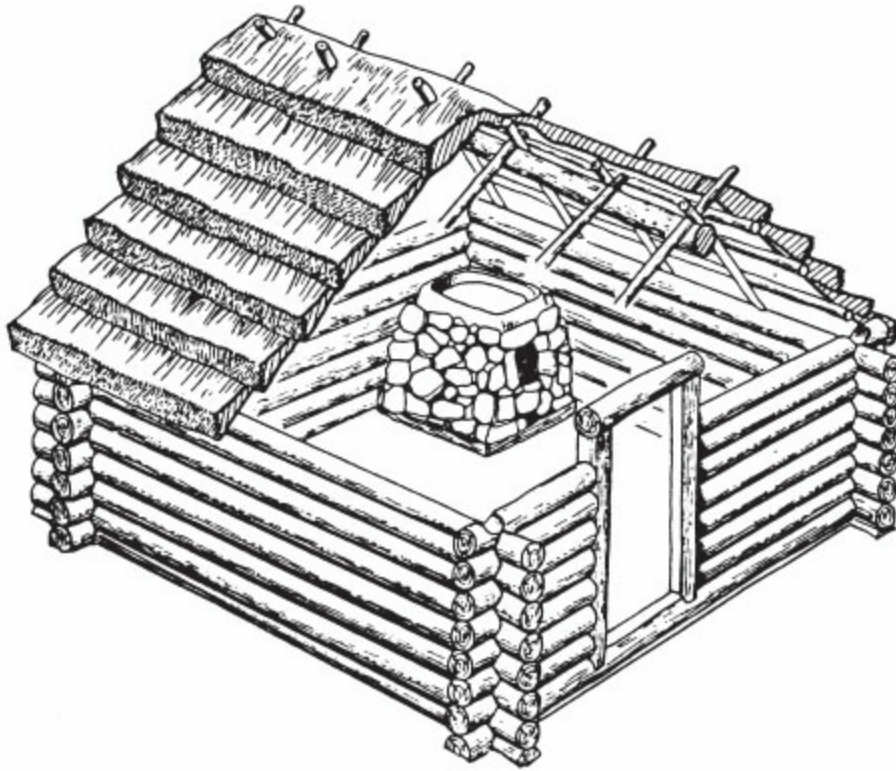
17. Carlomagno fue coronado emperador el día de Navidad del año 800. Su reinado supuso la reunificación y la expansión de la base de poder del nuevo imperio creado en el noroeste de Europa en la segunda mitad del primer milenio, cuyos cimientos puso la dinastía merovingia.



18. Completada su construcción en 691, la Cúpula de la Roca de Jerusalén es el edificio público musulmán más antiguo del mundo y el primer monumento de la nueva religión que nació en Arabia para expandirse y relegar el Imperio Romano de Oriente, otrora universal, a un estatus de potencia regional a mediados del siglo VII.



19. A través de la distribución de la cerámica hecha a mano de los llamados tipos Korchak (*izquierda*) y Penkovka (*derecha*), así como de los poblados en los que se han descubierto estas piezas, podemos seguir el rastro de la difusión en el centro y el este de Europa de un tipo de pequeñas comunidades de emigrantes eslavos formadas por individuos que se dedicaban a la agricultura de subsistencia. En general, los testimonios demuestran que dichos individuos no fueron los únicos grupos de eslavos que se desplazaron durante los siglos VI y VII.



20. Este tipo primitivo de cabaña eslava soterrada se adapta perfectamente a los duros inviernos del centro y el este de Europa. Se trata de la residencia familiar característica de los grupos de eslavos que se trasladaron en pequeñas comunidades agrícolas y utilizaron la cerámica Korchak y Penkovka.



21. Una habilidad sin precedentes para desplazarse por el agua —tanto por vía marítima como fluvial— dio lugar a la era vikinga de expansión escandinava. Cada nuevo estadio de la red que iba tejiéndose poco a poco exigió la acumulación de conocimientos minuciosos, adquiridos con mucho esfuerzo a través de numerosas tentativas y errores, empezando, como se ilustra aquí, por el dominio del mar Báltico y su rocoso litoral.



22. Todas las distintas actividades llevadas a cabo por los vikingos en el este y el oeste —comercio, incursiones de saqueo y extorsión— permitieron que llegara a Escandinavia un flujo de riquezas sin precedentes que se refleja en los enormes tesoros de plata (el que aparece en la imagen no sería ni mucho menos el más rico) que siguen descubriéndose en la actualidad. Cuando el control de esas riquezas cayó en nuevas manos, las viejas estructuras políticas (sobre todo la primera monarquía danesa que se conoce) vieron cómo perdían su poder.



23. No hay nada que atestigüe que los escandinavos dominaran la tecnología naval con anterioridad al siglo VIII. Los testimonios de naufragios y los que nos ofrecen estas famosas pinturas sobre piedra de Gotland indican que empezaron a fabricarse embarcaciones a vela con quillas más resistentes sólo cuando la riqueza cada vez mayor que proporcionaba la red comercial del mar del Norte y el mar Báltico se convirtió en un verdadero estímulo.



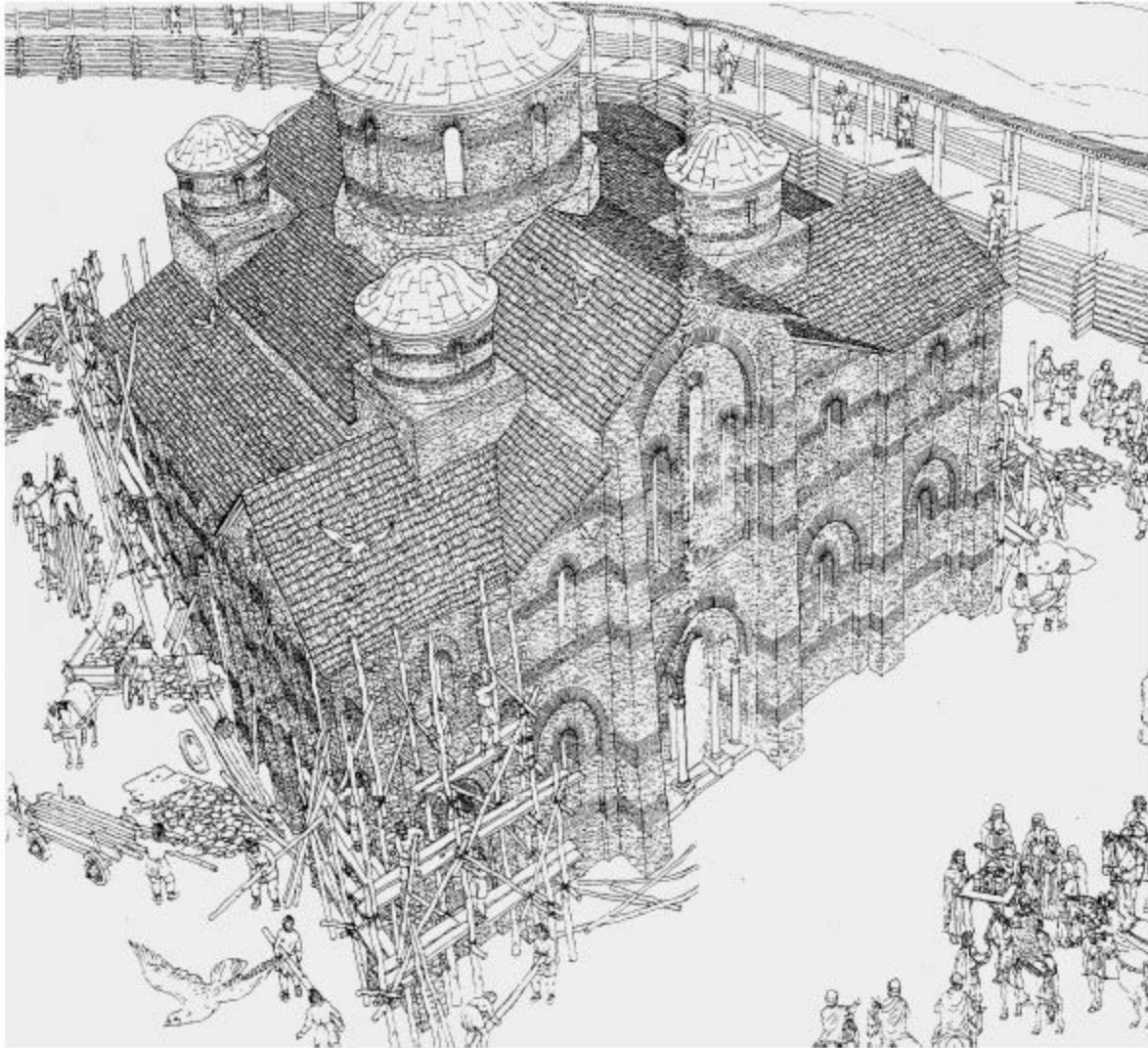
24. Sepultada en c. 900 y desenterrada en 1880, la nave de Gokstad constituye un fantástico ejemplo del diseño de embarcaciones de guerra vikingas, fruto de una serie de experiencias y pruebas desarrolladas en el siglo VIII. Capaz de transportar a treinta y tantos hombres, podía resistir las tormentas en el mar y remontar los ríos, proporcionando una rapidísima vía de comunicación entre las tierras de Escandinavia y el resto de Europa.



25. Otón III, tercer emperador del Sacro Imperio Romano Germánico con ese nombre, realizó en el año 1000 una visita a la tumba del mártir Adalberto en Gniezno. Esta visita de estado marca la culminación de los procesos que hicieron que Europa, como entidad histórica significativa, surgiera de la división bárbaros/Imperio que caracterizaba a Eurasia occidental en tiempos del nacimiento de Cristo.



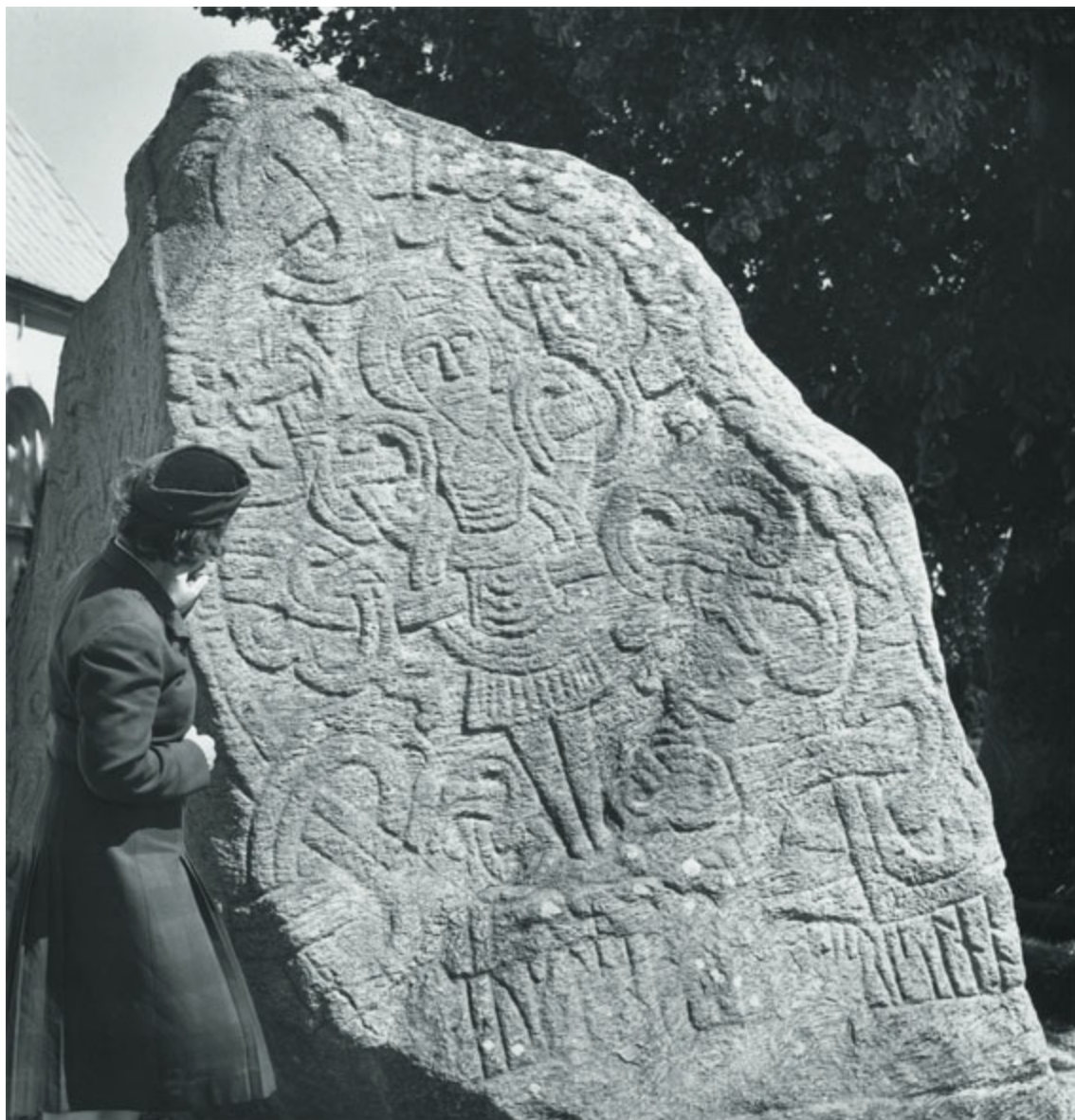
26. Vladimir I (c. 958-1015) convirtió su reino definitivamente al cristianismo y emprendió una serie de proyectos de construcción y de cambios políticos que hicieron que el estado de los rus de Kiev dejara de ser una «Compañía de la Bahía de Hudson glorificada» para transformarse en un estado adulto de la Alta Edad Media, preparado para unirse al club de los estados de la Europa cristiana.



27. Construida entre los años 989 y 996 por orden de Vladimir I, la iglesia de los Diezmos o de la Dormición de Kiev se convirtió en el edificio más imponente que se había visto en el norte y el este de Europa.



28. El rey Wenceslao de Bohemia fue asesinado por su hermano Boleslao I, en parte por haber amenazado con restringir el comercio de esclavos en el que se cimentaban la riqueza y el poder de su dinastía, los Premyslidas. En 995 el hijo del fratricida, Boleslao II, eligió el día del aniversario del asesinato de su tío, san Wenceslao, para acabar con los miembros de la familia Slavnik, últimos rivales de su dinastía que quedaban en Bohemia.



29. La famosa estela rúnica de Harald Blåtand, en Jelling, que aparece bajo estas líneas mientras es examinada por unos desconocidos, proclamaba la conversión de este monarca al cristianismo, y su hazaña por haber conseguido unir Jutlandia y los territorios costeros adyacentes. Este hito marcó la pretensión de Dinamarca de integrarse en la primera unión europea que se formó en los siglos IX y X.

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

AKG Images: 4, 6, 10, 11, 12, 17, 18, 26

Bodleian Library: 14

Bridgeman Art Library: 5, 7, 8, 16, 22, 25

British Museum: 13

British Museum Press: 19, 20

(en P. M. Barford, *The Early Slavs*, 2001, pp. 333, 335)

Corbis: 15

Getty: 1, 2, 3, 21, 23, 24, 28, 29

Mary Evans Picture Library: 9

Oxford University Press: 27

(en *The Oxford Illustrated History of the Vikings*, ed. P. Sawyer, 1997, p. 154)

La editorial ha hecho todo lo posible por contactar con los propietarios de los derechos de las fotografías incluidas en este libro. En caso de no cumplirse esta condición, la editorial se ofrece a enmendar el error a la menor oportunidad.

Notas

PRÓLOGO

1. *Anales de Fulda* 882 para el sangriento episodio, junto con Poulik (1986) para los testimonios arqueológicos.

CAPÍTULO 1: EMIGRANTES Y BÁRBAROS

1. Bohning (1978), 11.

2. Para algunos resúmenes útiles de los testimonios modernos, véanse Salt y Clout (1976); King (1993); Collinson (1994), 1-7, 27-40; Holmes (1996); Cohen (1995), (1996), (1997), (2008); y Vertovec y Cohen (1999). Canny (1994) ofrece una introducción a los testimonios de la emigración a comienzos de la Edad Moderna. Para los 200.000 campesinos de lengua alemana: Kuhn (1963), (1973); Bartlett (1993), 144-145; y véase, de forma más general, Phillips (1988), (1994).

3. Para una introducción al mundo prerromano de los celtas, véanse, por ejemplo, Cunliffe y Rowley (1976); Cunliffe (1997); y James (1999). En realidad, no existe una ecuación exacta entre celtas y cultura de los *oppida*, y la conquista romana no se limitó a sobrepasar sus límites: véase Heather (2005), 49-58.

4. Para una introducción muy útil al mundo germánico primitivo, véanse Hachmann (1971); Todd (1975), (1992); Krüger (1976), vol. 1; y Pohl (2000). Nótese, sin embargo, que en parte de esta bibliografía suele haber cierta tendencia a evitar el estudio de los grupos germánicos de los alrededores del Vístula o de zonas situadas incluso más al este, meticulosidad que data de la época nazi, cuando el hecho de que los antiguos hablantes de germánico hubieran dominado antaño esas tierras fue utilizado como una excusa para la agresión territorial.

5. Para una excelente introducción general, publicada recientemente, véase Batty (2007); para el papel cultural en sentido lato desempeñado por Escitia en la formación de la cosmovisión griega, véase Braund (2005).

6. Khazanov (1984) ofrece una excelente introducción al mundo de la es tepa.

7. Tácito, *Germania* 46.2 (y 46.4 para el detalle siguiente); véanse asimismo Plinio, *Historia Natural* 4.97; y Ptolomeo, *Geografía* 3.5.1 y 7. Para la geografía y el antiguo modelo arqueológico de la sociedad y la economía de estas regiones, véase Dolukhanov (1996). Dentro de la zona boscosa de Rusia, muchos nombres de ríos son en realidad de origen balto, no eslavo, incluso en zonas en las que los eslavos serían la fuerza dominante en el año 1000 d. C. Por consiguiente, no está claro si los vénetos de Tácito habrían sido hablantes de eslavo, de balto, o de la lengua ancestral de ambos (véase capítulo 8).

8. También los nómadas desempeñaron un papel importante: los hunos en la caída del Imperio Romano, los ávaros en la eslavización de la Europa central y oriental, y los magiares y los búlgaros en la fundación de los cimientos de dos grandes entidades políticas cuya larga historia es la base de la existencia de la Hungría y la Bulgaria modernas.

9. La bibliografía sobre la significación cultural de la ascensión del nacionalismo es actualmente enorme, pero a modo de introducción véanse Gellner (1983), Anderson (1991), y Geary (2002).

10. Las versiones actuales y de comienzos de la Edad Moderna de la migración germánica imaginaban constantemente a los emigrantes como grupos familiares, mientras que las fuentes romanas más contemporáneas de los hechos, cuando dicen algo al respecto, recogen también a veces la presencia de mujeres y niños al lado de los guerreros. (Es posible que esté simplificando demasiado las cosas; presentaré los testimonios concretos en los capítulos siguientes.) Los estudiosos de la caída del Imperio Romano se dividen a grandes rasgos entre los que ven su causa en las invasiones germánicas, y los que ven en ellas su consecuencia. Para una relación útil de las diversas opiniones, véanse Demandt (1984) y Ward Perkins (2005). Con respecto a los eslavos, un corpus de opinión ha querido identificar la existencia de una población muy numerosa, aunque enmascarada, de hablantes de lenguas eslavas en toda la Europa central y oriental desde la Edad de Bronce, pero los testimonios siguen siendo muy poco convincentes (véase capítulo 8). Para un panorama general particularmente útil del enfoque tradicional que se ha dado a los vikingos, véase Sawyer (1962), capítulo 1. Los conflictos nacionalistas han dado lugar también al menosprecio de la tesis llamada «normandista», según la cual los vikingos fueron los responsables del primer estado ruso: véase Melnikova (1996), capítulo 1 (y véase también mi capítulo 9).

11. Childe (1926), (1927).

12. Véase *supra* nota 9. El argumento general es aceptado incluso por aquellos que, como Smith (1986), quieren pensar en la existencia de identidades colectivas relativamente sólidas y aplicables a un grupo de tamaño considerable, al menos en algún momento del pasado pre-nacionalista.

13. Leach (1954); «constructo situacional evanescente»: Barth (1969), 9. Para otras visiones de conjunto más recientes, véanse, por ejemplo, Bentley (1987); Kivisto (1989); Bacall (1991).

14. Esa hipótesis era ya señalada en la obra del propio Kossinna: véase especialmente Kossinna (1928). Se manifestaba todavía con más fuerza en la obra igualmente influyente de Gordon Childe (véase *supra* nota 11), que generalizó muchas ideas de Kossinna, al tiempo que lanzaba algunas ideas propias acerca de la superioridad racial de los nórdicos. Para el legado de Kossinna, véanse, por ejemplo, Chapman y Dolukhanov (1993), 1-5; y Renfrew y Bahn (1991).

15. Para un panorama general de esos desarrollos intelectuales, véanse Shennan (1989); Renfrew y Bahn (1991); Chapman y Dolukhanov (1993), 6-25 (pasaje que incluye una diferencia muy instructiva sobre el papel de uno y otro autor), y Ucko (1995). La obra de Ian Hodder —especialmente (1982) y (1991)— ha sido particularmente importante para la rehabilitación de la tesis según la cual los modelos de similitud y diferencia en los elementos de una cultura material a veces pueden reflejar aspectos importantes de organización humana.

16. Clark (1966) representa un punto de inflexión fundamental en el abandono de la hipótesis de la invasión. Para una relación de las diversas teorías y explicaciones surgidas desde entonces, véanse por ejemplo Renfrew y Bahn (1991); Preucel y Hodder (1996); Hodder y Hutson (2003).

17. Halsall (1995b), 61; y véase el comentario que hace en otro momento el mismo autor: «Hoy día raramente se da mucha credibilidad [a la hipótesis de la invasión] en los ambientes arqueológicos. Es demasiado simplista, y equivale más o menos a decir que el paso de la arquitectura neoclásica a la neogótica o del arte clásico al romántico en el siglo XIX fue consecuencia de una invasión» (p. 57). El enfoque de las migraciones hablando de «antes» y «después» es bastante habitual. Véase un ejemplo más en los comentarios que hace Nicholas Higham en Hines (1997), 179, donde se califica de «más compleja» la reinterpretación de una serie de restos cuyo análisis prescinde de las migraciones. El análisis en cuestión se encuentra en Hines (1984).

18. Wenskus (1961); véanse, entre otros autores, Wolfram (1988), a propósito de los godos, y Pohl (1988), a propósito de los ávaros.

19. Geary (1985) y (1988) nos ofrece sendos artículos introductorios elaborados desde esta perspectiva; Halsall (2007) es un estudio en toda regla de los siglos IV-VI. El *topos* de la migración aparece en Amory (1997) y Kulikowski (2002).

20. Para el modelo basado en la «oleada de avance», véase Renfrew (1987), capítulos 1-2, 4 (en los que se resumen los planteamientos anteriores), y 6 (presentación del modelo propiamente dicho).

21. Para un estudio detallado de la «transferencia de elite», véase mi capítulo 6.

22. Véase *supra* nota 13. Smith (1986) analiza algunas aplicaciones históricas de esta visión más sólida de la identidad colectiva; Bentley (1987), 25-33, utiliza el concepto de *habitus* de Bourdieu como base de un enfoque teórico de la forma en que la identidad puede ser programada en el individuo por la sociedad en la que se ha criado. Cuando hablamos de tipos de diferencias que impiden al individuo cambiar con facilidad de identidad colectiva (religión, lengua, valores sociales, etc.), podría dar la impresión de que los «primordialistas» siguen atrapados en el mundo intelectual de antes de 1945, elaborando listas de pruebas y poniendo etiquetas a distintas casillas. Pero según la tesis primordialista, no son esas «cosas» en sí las que deciden la identidad, sino la reacción del individuo ante ellas. En casi toda Europa, ser católico o protestante no constituye un determinante fundamental de los vínculos colectivos, pero en Irlanda del Norte, por razones históricas concretas, esa misma diferencia religiosa funciona como un símbolo poderosísimo de lealtad de grupo. No es el elemento etiquetado en una casilla lo que decide los vínculos del grupo, sino la forma en que el individuo reacciona ante él.

23. Para griegos y romanos, véase Sherwin-White (1973). Halsall (1999) ha puesto algunas objeciones al uso que he hecho anteriormente de esa analogía, pero, al parecer, no se da cuenta de que los *Gastarbeiter* y los emigrantes sin carta verde no disfrutaban ni remotamente de plenos derechos de ciudadanía en las sociedades en las que viven, y pasa por alto testimonios trascendentales de que incluso en el primer milenio d. C. la identidad colectiva se convertía a veces en la base de ciertos derechos bien diferenciados en contextos bastante complejos desde el punto de vista cultural: véase capítulo 5. Asume además la tesis, a mi juicio bastante extraña, de que cualquiera podía reclamar su parte cuando los conquistadores bárbaros de las diferentes regiones del Occidente romano repartían beneficios económicos: véase Heather (2008b).

24. Cf. Antony (1998), 895-899; Antony (1992) señala que esas concepciones revisadas hacen que resulten obsoletos muchos estudios teóricos anteriores que daban por supuesta la existencia de unos correlatos arqueológicos de las migraciones mucho más notables.

25. Härke (1998), 25-42, ofrece un fascinante estudio de qué tradiciones arqueológicas contemporáneas están más dispuestas a admitir la migración como posible motor del cambio, y cuáles son más reacias a hacerlo. El «inmovilismo» —rechazo de las migraciones— británico tiene paralelismos en la antigua Unión Soviética y Dinamarca; la tradición alemana sigue incorporando las migraciones como uno de sus paradigmas básicos.

26. Jerome (1926).

27. Un reciente libro de quinientas páginas dedicado a la actividad migratoria en tiempos de la caída del occidente romano, por ejemplo, se contenta con basarse en unos cuantos resúmenes de la bibliografía elaborados para uso de los arqueólogos, en vez de utilizarla de primera mano: Halsall (2007), 417-422. En cambio, el mismo libro dedica un capítulo entero a la cuestión de la identidad colectiva, basado en un intenso (y perspicaz) conocimiento de la literatura especializada.

28. Para los emigrantes irlandeses y holandeses, véase Bailyn (1994), 1-2. Para los modelos de ejemplos de la Edad Moderna en general, véanse Fielding (1993a); King (1993), 23-24; y Rystad (1996), 560-561. Para analogías históricas, véase Canny (1994), especialmente 278-280 (con las referencias completas).

29. Para el cálculo de los costes, véanse Rystad (1996), 560-561; y Collinson (1994), 1-7 (los dos con ulteriores referencias muy útiles). Para la migración de vuelta, véanse por ejemplo Gould (1980), y Kuhrt (1984).

30. Para la revisión de los cambios experimentados por las políticas de inmigración en la Europa occidental, véanse Cohen (1997); King (1993), 36-37; Fielding (1993b); Collinson (1994), capítulo 4; Rystad (1996), 557-562; y Cohen (2008). Evidentemente durante los últimos años, la ampliación de la UE ha dado lugar a una enorme afluencia de emigrantes procedentes de la Europa del este.

31. King y Oberg (1993), 2. Para un análisis general de una definición cualitativa de la migración en masa, véanse por ejemplo King y Oberg (1993), 1-4 y Fielding (1993a).

32. Pero para un estudio de la Alta Edad Media, véanse Phillips (1988), (1994); y Bartlett (1993), 144-145.

33. En los años noventa se habló de cómo el fin de las técnicas de producción en masa propias del fordismo en el terreno industrial probablemente iba a afectar en el futuro a los flujos migratorios: Fielding (1993a). Ahora conocemos en parte la respuesta, por ejemplo la absorción de mano de obra especializada hacia Europa occidental, al tiempo que la demanda de mano de obra en masa en Oriente Medio sigue aumentando sin cesar: Cohen (2008).

34. Para la emigración española al Nuevo Mundo, y la británica a Australia y Nueva Zelanda, véanse Sánchez-Albornoz (1994); y Borrie (1994), 45 ss. Los barcos de reclusos a Australia eran otro tipo de ayuda estatal involuntaria.

35. Bartlett (1993), 134-138.

36. Entre los estudios generales de las motivaciones que consideramos más útiles están Fielding (1993a); Collinson (1994), especialmente 1-7; Voets *et alii* (1995), especialmente 1-10; Rystad (1996); Vertovec y Cohen (1999); y Cohen (2008). Tenemos algunos estudios pormenorizados en los artículos de Atalik y Beeley, Cavaco, Montanari y Cortese, y Oberg y Boubnova incluidos en King (1993).

37. Véase, por ejemplo, Cohen (1996), (2008).

38. Véanse, por ejemplo, Rystad (1996), 560-561; y Bailyn (1994), 4-5.

CAPÍTULO 2: LA GLOBALIZACIÓN Y LOS GERMANOS

1. Amiano Marcelino 16.12.23-26. Para diversos intentos de localizar esas primeras unidades, véase Krüger (1976-1983), vol. 1, 44-55, 202-219. Para la tesis de que fue poco lo que cambió entre el siglo I y el siglo IV, véase, por ejemplo, James (1989), 42, siguiendo a Thompson (1965), 40.

2. La bibliografía sobre Arminio y Maroboduo es enorme, pero a modo de introducción véanse Krüger (1976-1983), vol. 1, 374-412; y Pohl (2000), 21-24. Para la monarquía primitiva y su ausencia general, véase Green (1998), capítulo 7. Para la falta de herederos de Maroboduo, véase Tácito, *Germania* 42.

3. Cnodomario, Serapión y Mederico: Amiano 16.12.23-26; Vadomario y Viticabio: Amiano 27.10.3-4; Gundomado: Amiano 16.12.17. *Optimates*: Amiano 16.12.23-26. Esta teoría de la monarquía cantonal hereditaria sería admitida por la inmensa mayoría de los especialistas que trabajan en este campo: véanse, por ejemplo, Pohl (2000), 29-30, 102 ss.; y Drinkwater (2007), 117 ss. (con todas las referencias). Los nombres de algunos antiguos subgrupos de alamanes (brisigavos, bucinobantes, lentienses) perviven en ciertos topónimos modernos (Brisgovia [Breisgau], Buchengau, Linzgau).

4. Para las ligas y alianzas de los siglos I y II, véase, por ejemplo, Tácito, *Germania* 38-40 (sobre los suevos). Para un comentario más general, véanse, por ejemplo, Hachmann (1971), 81 ss.; Krüger (1976-1983), vol. 1, 374-412; y Pohl (2000), 65 ss. En la rebelión de Julio Civil, por ejemplo, se mezclaban elementos batavos, frisios, caninefates, brúcteros y tencteros (Tácito, *Historias* 4.18; 21), pero no sobrevivió a su caída unidad alguna.

5. Caídos en la batalla: Amiano 16.12.60; la diplomacia de Juliano es mencionada en Amiano 17.1, 17.6, 17.10 y 18.2. Vadamario: Amiano 21.3-4; Macriano: Amiano 28.5, 29.4. 30.3.

6. La Irlanda y la Inglaterra de los albores de la Edad Media nos ofrecen, respectivamente, otros ejemplos más o menos articulados: véanse, por ejemplo, a modo de introducción Binchy (1970a) y los artículos reunidos en Bassett (1989). Yo adopto una postura muy distinta a la línea minimalista de los estudiosos germanófonos, una introducción exhaustiva que podemos ver en Humver (1998), y a la de Drinkwater (2007), 121 ss., quien sostiene que entre los alamanes del siglo IV no había ningún afán de unificación, aunque admite que, una vez eliminada la manipulación romana en el siglo V, se produjo dicha unificación.

7. Véase Wolfram (1988), 62 ss., con más argumentos en Heather (1991), 97 ss., contra, por ejemplo, Thompson (1966), 43-55; cf. Thompson (1965), 2941. Las tres generaciones son: Ariarico (en el poder en 332), un hijo anónimo de Ariarico, y el hijo de este personaje, Atanarico. Para esta reconstrucción en concreto de las relaciones entre godos y romanos, a la cual se muestra contrario Thompson (1966), véase Heather (1991), 107-121. Otros harían otra reconstrucción distinta de las relaciones entre godos y romanos, pero no cabe duda de que los tervingos sobrevivieron a una dura derrota a manos de Constantino, ni de que el cargo de «juez» sobrevivió.

8. Batavos: Tácito, *Historias* 4.12; *Germania* 29. Catos, brúcteros y ampsivarios: Tácito, *Anales* 58; *Germania* 33. Hermenduros: Tácito, *Anales* 13.57.

9. Para Ejsbøl Mose, véase Ørsnes (1963). Del sacrificio de las armas del enemigo vencido hablan César, *Guerra de las Galias* 6.17, y Tácito, *Anales* 13.57.

10. Cnodomario: Amiano 16.12.60. Drinkwater (2007), 120-121, supone que el rey y sus tres amigos tenían cincuenta seguidores cada uno, y no que Cnodomario sólo tenía doscientos, pero, de ser así, resulta difícil entender por qué era rey. Tervingos: *Pasión de S. Sabas*. Para la existencia de séquitos en general, véanse, por ejemplo, Hedaeger (1987); y Todd (1992), 29 ss. (con bibliografía). El contraste con los organismos públicos existentes a comienzos de la época imperial es muy sorprendente: véase Thompson (1965), 29 ss.

11. Véase Green (1998), capítulo 7; cf. Wolfram (1997), capítulo 1; y Pohl (2000), 66 ss. «Eligen a sus reyes...»: Tácito, *Germania* 7 («reges ex nobilitate duces ex virtute sumunt»).

12. Véase *infra* capítulo 6, para la ascensión de Clodoveo. Pero Clodoveo actuaba en territorio romano, lo que significa que podía sostener un séquito más grande, mientras que el contexto económico germánico (véase *infra*) habría impuesto unas restricciones económicas más severas y quizá lo habría hecho imposible.

13. Para la armadura de Cnodomario, véase Amiano 16.12.25; volveremos a hablar de las armas en la p. 102.

14. Para Odry, véase Kmiecinski (1968). En estas zonas orientales de Germania, los cementerios fueron mucho más permanentes que los asentamientos durante los dos primeros siglos d. C., y están marcados por grandes círculos de piedra que contenían pocos enterramientos, si es que había alguno. Se ha sugerido de forma harto plausible que esta circunstancia refleja el hecho de que los cementerios, no los poblados, constituían el emplazamiento de las reuniones sociales.

15. El análisis completo está en Haarnagel (1979).

16. Para Wijster, véase Van Es (1967). Más en general, véanse los estudios relevantes recogidos en Krüger (1976-1983): compárese vol. 1, capítulo 11 con vol. 2, capítulo 5; Myrhe (1978); Steuer (1982), 258 ss.; Hedeager (1988), (1992), 193 ss.; y Todd (1992), capítulo 4. Carroll (2001), capítulo 4 contiene un estudio muy útil del lado romano de la frontera.

17. Goffart (2006), 26-32, no está de acuerdo con los presupuestos anticuados, basados en el famoso pasaje de Jordanes, *Getica* 4.25, según el cual Escandinavia en particular y Germania en general eran un taller de gentes o a modo de vagina de naciones, dedicada a producir incesantemente futuros invasores del Imperio Romano hasta que éste no pudiera más. Como comentario acerca de la historiografía anticuada, su objeción es bastante justa, aunque su obra no aborda los testimonios arqueológicos en detalle.

18. Véase Urbanczyk (1997b).

19. Para el tesoro de Pietroasa, véase Harhoiu (1977). Para la producción de fíbulas en el Runder Berg (véase *infra* nota 24), véase Christlein (1978), 43-47, 171. Para la cerámica, véanse Heather y Matthews (1991), capítulo 3 (Cernjachov); y Drinkwater (2007), 89-93; y cf. más en general, Krüger (1976-1983), vol. 2, 123 ss.

20. Para el vidrio, véase Rau (1972). Para los peines, véase Palade (1966).

21. Los cimientos de este trabajo los puso Steuer (1982).

22. Para una introducción a la historiografía, véase Thompson (1965). Sospecho que medir el estatus social a través de artefactos tenderá a situar la erosión básica de la igualdad humana (en la medida en que pudiera existir) en una fecha demasiado tardía en la historia del *Homo sapiens sapiens*.

23. Para algunos estudios generales especialmente útiles, véase Thompson (1965), capítulos 1-2; y Todd (1992), capítulo 2; para otros análisis más detallados, véanse Gebuhr (1974); Hedeager (1987), (1988), (1992), capítulos 2-3; Hedeager y Kristiansen (1981); Steuer (1982), 212 ss.; y Pearson (1989). Para Odry, véase *supra* nota 14.

24. Para el Runder Berg, véanse Christlein (1978); y Siegmund (1998); y cf. Brachmann (1993), 29-42; y Drinkwater (2007), 93-106, que señala que debió de haber otros centros de la elite de los alamanes en terrenos bajos, ninguno de los cuales ha sido identificado todavía. Para la Feddersen Wierde, véase Haarnagel (1979). Para las zonas de los godos, véase Heather (1996), 70 ss. (con bibliografía). Para un estudio más general, véanse Krüger (1976-1983), vol. 2, 81-90; Hedeager (1988), (1992), capítulo 4; Todd (1992), capítulo 6; y Pohl (2000).

25. Las dos exposiciones generales clásicas y más influyentes son la interpretación sólidamente marxista de Fried (1967), y la línea más optimista adoptada por Service (1975). Estos estudios constituyen el punto de partida de los subsiguientes estudios más detallados de las sociedades intermedias (entre las más pequeñas y las más modernas). Las cuatro áreas que yo identifico representan una derivación de una utilísima colección de artículos reunidos en Claessen y Skalnik (1978), (1981); Claessen y Van de Velde (1987); Skalnik (1989); Earle (1991); y Claessen y Oosten (1996).

26. Así es (véase la nota anterior) tanto si adoptamos la tesis de Service acerca del proceso (según la cual se ejerce de forma más eficaz una mayor cantidad de funciones), o la tesis marxista menos optimista de Fried (según la cual el desarrollo de la burocracia comporta una mayor esclerotización de las estructuras de poder).

27. El término clave es «reciprocidad», que significa que gobernantes y gobernados se dan a cambio algo que tiene valor para los dos. Seguramente no será (y desde luego no tiene por qué ser) un trueque equitativo, pero incluso el acto del trueque hace que la interacción sea honrosa. Si es unilateral, es degradante.

28. Alamanes: Amiano 16.12. Tervingos: Heather (1991), 109 (para antes de 376 d. C., basándose en Amiano 20.8.1, 23.2.7, y 26.10.3), 146. Drinkwater (2007), 142-144, propone que en Estrasburgo se reunieron quince mil alamanes y aliados. Rebaja constantemente el número de los alamanes basándose en su hipótesis previa de que no planteaban ninguna amenaza real para la seguridad de la frontera romana, hipótesis que en mi opinión constituye un planteamiento circular y muy poco convincente: véase Heather (2008a). Los testimonios indican de forma bastante contundente que esas sociedades poseían esclavos y que los esclavos normalmente no estaban obligados a prestar servicio militar. No conocemos la proporción de esclavos, pero es bastante probable que constituyeran una parte significativa de la población, de modo que contar sólo a los combatientes supondrá subestimar la cantidad total de varones adultos jóvenes que había en estas sociedades.

29. Para las reuniones en la cumbre en medio del agua, véase Amiano 27.5.9 (cf. Temistio, *Discursos* 10), 30.3.4-6. Para los límites entre burgundios y alamanes, véase Amiano 28.5.11.

30. Para una introducción a estos testimonios, véase Heather y Matthews (1991), capítulo 5.

31. Para los contingentes godos véase *supra* nota 28, junto con Heather (1991), 107 ss., para el vínculo trascendental que haría que el servicio militar fuera algo impuesto a los godos por los romanos cuando éstos disponían de superioridad diplomática. Para los contingentes alamanes, véase Heather (2001). Para el préstamo lexical, véase Green (1998), capítulo 11.

32. Vanio: Tácito, *Anales* 12.25. Para las importaciones romanas en las viviendas elitistas godas, véase Heather (1996), 70-72. Para el comercio y la diplomacia, véase Heather (1991), 109. Naturalmente, quizá sea posible que Cnodomario sólo ofreciera una parte del botín de guerra, y no directamente dinero en metálico.

33. Para el «muro» de Atanarico, véase Amiano 31.3.8, junto con Heather (1996), 100, para su identificación. Para el Runder Berg y otros poblados, véase *supra* nota 24.

34. Basamos todo ello en el rastreo de la bibliografía citada en la nota 25. Ni siquiera los reyes de la Irlanda medieval, famosos por su inactividad —y tan maravillosamente caricaturizados por el difunto Patrick Wormald como «vegetales sacerdotales»—, dejaron de ejercer su facultad de arbitrar disputas. En el *Crith Gablach*, el famoso tratado de la monarquía irlandesa, había un día reservado para ejercer esa función: véase Binchy (1970b); cf. Wormald (1986).

35. Para una introducción a los primitivos sistemas fiscales anglosajones, véanse Campbell (2000); y Blair (1994). Este tipo de sistema se ha encontrado también en zonas de Gran Bretaña que nunca estuvieron dominadas por los romanos: véase Barrow (1973).

36. La movilidad de los reyes alamanes nos la indica la dificultad de los romanos cuando intentaron secuestrar a uno de ellos: véase Amiano 29.4.2 ss. Para una excelente introducción a la inmensa bibliografía sobre las cortes ambulantes, véase Charles-Edwards (1989).

37. Véase Thompson (1966); cf. Heather (1991), 177 ss. (con la bibliografía completa). Para Gandomado, véase *supra* nota 3. Aun admitiendo la hipótesis de Drinkwater (2007), 142-144, según el cual había 24 reyes cantonales alamanes, entre todos no habrían sumado más que 4.800 guerreros en sus séquitos. Para la diversidad de materiales encontrados en los enterramientos, véanse, por ejemplo, Steuer (1982); Weski (1982); y Harke (1992). Para las tumbas totalmente carentes de ajuar, véase, por ejemplo Heather y Matthews (1991), 62, con algunos ejemplos de los territorios dominados por los godos.

38. Una lectura rápida de las colecciones de leyes en este sentido elaboradas en los reinos de visigodos, francos, lombardos, burgundios y anglosajones pone de manifiesto la importancia de este grupo, que también figura en materiales procedentes de entidades políticas «menores», como Turingia, Baviera y Alemania.

39. Para la proporción de hombres libres respecto a esclavos, véase Heather (1996), 324-325, basándose en Procopio, *Historia de las guerras* 3.8.12 (1 miembro de la elite por 4 subordinados en un contingente godo); 8.26.12 (casi 1:1 en un contingente lombardo). Para estas guerras, véase Heather (1996), especialmente el apéndice I (colección de testimonios de las dos clases de guerreros mencionadas en las fuentes narrativas romanas). Para el testimonio de las cartas de privilegios, véase Wickham (1992); (2005), Tercera Parte. La sociedad postromana no cayó inmediatamente bajo la férula de una elite mucho menor de terratenientes, que podría ser considerada dominante a partir del período carolingio, c. 800 y después: por ejemplo, véase *infra* capítulo 6, que trata del desarrollo de las grandes fincas, base de la dominación de la aristocracia y de la *gentry* en la Inglaterra anglosajona y en el norte de Francia; y para un comentario más general, Wickham (2005), Segunda Parte.

40. La comunidad de la aldea intentó al menos proteger a los cristianos que había en ella: véase *Pasión de S. Sabas* 4.4; Heather y Matthews (1991), capítulo 4.

41. Véase Amiano 31.3.8.

42. Los códigos de leyes demuestran una vez más que el valor social variaba mucho con la edad, y es bien sabido que el valor de la mujer alcanzaba su máxima cota durante su edad fecunda. Pero la edad era importante también a todas luces para los hombres: por ejemplo, los ancianos eran enterrados con espuelas, pero no con armas, lo que indica que había un límite de edad a la obligación del servicio militar: véase Hedeager (1988). De la misma manera, a veces los niños no eran enterrados en cementerios: véase, por ejemplo, Siegmund (1998), 179 ss.

43. Para la importancia general del banquete como elemento de «reciprocidad» (véase *supra* nota 27), véase Earle (1984), (1991). Los testimonios del siglo I son analizados por Thompson (1965). Para las ideologías y las realidades anglosajonas, véanse Charles-Edwards (1989); y Campbell (2000), capítulo 8.

44. Para el Alto Imperio, véase Thompson (1965), 37 ss. Para el control de las asambleas por los romanos, véase Dión 72.19.2; 73.2.1-4. Para las asambleas de aldea del siglo IV, véase *Pasión de S. Sabas*, cf. Heather y Matthews (1991), capítulo 4. Para la decisión de pasarse al Imperio, véase Amiano 31.3.8: «diuque deliberans» (véase *infra* capítulo 4). Thompson (1965), (1966), hace hincapié en la falta de referencias en las fuentes del siglo IV (lo que básicamente significa Amiano Marcelino) a la existencia de consejos regulares entre los godos y otros germanos. Aunque es una observación acertada, no significa que no existieran.

45. La bibliografía en torno al carácter sagrado de la monarquía es enorme, pero véanse, por ejemplo, Wenskus (1961) y Wolfram (1994). No obstante, el término y el concepto de *heilag* están claros: véase Green (1998), capítulo 7, para los testimonios lingüísticos; y cf. Pohl (2000) y Moisl (1981) para una aplicación práctica. Para la historia real (esto es, no inventada) de la dinastía Amal, véanse Heather (1991), capítulos 1-2 y Tercera Parte; y Heather (1996), capítulos 6, 8 y 9.

46. Véase Gregorio de Tours, *Historias* 2.9; los catos son mencionados también en Amiano 20.10. Salios: Amiano 17.8; cf. entre la enorme cantidad de bibliografía secundaria que podríamos citar, James (1988), capítulo 1, y los artículos relevantes recogidos en Wiczorek *et alii* (1997). Los procesos políticos que se ocultan tras la generación de los alamanes quizá no sean del todo distintos. No se perpetuó ningún nombre antiguo más allá del siglo IV, pero parece que la confederación se construyó gradualmente con el paso del tiempo. En el siglo III, por ejemplo, parece que los jutungos (a su vez un nombre nuevo) eran un grupo independiente, pero en el siglo IV actuaban como parte integrante de la gran confederación: véase Drinkwater (2007), 63 ss.

47. Para la vaca de Gargilio, véase Boeles (1951), 130, lámina 16, citado en Geary (1988), 3; el cálculo de la demanda que representaban los legionarios procede de Elton (1996).

48. Los tratados de Juliano son analizados más detalladamente en Heather (2001). Para la frontera y su funcionamiento, véanse en general Whittaker (1994); Elton (1996); Wells (1999), capítulo 6; y Carroll (2001), de los cuales los dos últimos centran sobre todo su atención en el lado romano del Rin.

49. Para los préstamos lingüísticos y el comercio, véase Green (1998), 186 ss. y capítulo 12. Para la producción de hierro, véase Urbanczyk (1997b); cf. más en general Krüger (1976-1983), vol. 2, 157 ss.

50. Para los reclutamientos forzosos, véase Heather (2001).

51. Véase Green (1998), capítulo 12.

52. César, *Guerra de las Galias* 4.2; Tácito, *Germania* 5 (quien comenta, sin embargo, que los grupos germánicos del interior seguían sin apreciar las monedas romanas de plata); cf. Green (1998), capítulo 12. Para las concentraciones de monedas del siglo IV, véanse Drinkwater (2007), 128-135; y Heather y Matthews (1991), 91-93.

53. Para los tervingos y el comercio, véase Temistio, *Discursos* 10, con el comentario de Heather (1991), 107 ss. Para una orientación general sobre las importaciones romanas y sus modelos de distribución, véanse Eggers (1951); Hedeager (1988); von Schnurbein (1995); Wells (1999), capítulo 10; y Drinkwater (2007), 34 ss.

54. Para los productos romanos y el rango social, véase Steuer (1982). Para las pasarelas de la Ruta del Ámbar, véase Urbanczyk (1997b). Para los peajes, véase Green (1998).

55. Véanse César, *Guerra de las Galias* 6.17; y Tácito, *Anales* 13.57. Para los depósitos de los pantanos, véanse Orsnes (1963), (1968); Ilkjaer y Lonstrup (1983); e Ilkjaer (1995); para un comentario más general, véanse, por ejemplo, Hedeager (1987); Steuer (1998); y Muller-Wille (1999), 41-63.

* En sociología la «agencia» designa la capacidad del ser humano de actuar de forma independiente y de tomar sus propias decisiones. *N. del t.*

56. Para una crítica muy juiciosa de la importancia de este tráfico, véase Fulford (1985). Para los beneficiarios de los siglos IX y X, véase *infra* capítulo 10. Para una introducción a la cuestión de la «agencia» y sus problemas más concretos, véase Wilson (2008).

57. Para un informe detallado del hallazgo, véase Kunzl (1993); para un resumen en inglés, véase Painter (1994).

58. Para una versión más detallada, con todas las referencias, véase Heather, (2001).

59. Amiano 17.12-13, junto con Heather (2001). Para la eliminación de los caudillos potencialmente peligrosos, véase Amiano 21.4.1-5; 27.10.3; 29.4.2 ss; 29.6.5; y 30.1.18-21.

60. Para el fundamento lógico de la toma de rehenes, véase Braund (1984). Para los subsidios, Klose (1934) recoge los testimonios del Alto Imperio, y Heather (2001), los del Bajo.

61. «Y deseosas de castigar el agravio...»: Amiano 19.11. Para más comentarios sobre el equilibrio entre reasentamiento y exclusión, véase *infra* capítulo 3; y cf., por ejemplo, Heather (1991), capítulo 4, sobre la política habitual de inmigración entre los romanos; y Carroll (2001), 29 ss., sobre el volumen de reestructuración organizada de las poblaciones vecinas que se produjo mientras Roma fue creando su frontera germánica.

62. Reducción de los subsidios por Valentiniano: Amiano 26.5; 27.1. Para los comentarios al respecto véanse Heather (2001); y Drinkwater (2007), capítulo 8 (que intenta demostrar, en mi opinión equivocadamente, que los alamanes nunca pudieron representar ningún tipo de amenaza).

63. Para la zona Rin-Weser, véase Drinkwater (2007), 38-39. Para la expansión económica de Alemania en el siglo v, *ibídem*, 355-444.

64. Véase Wells (1999), capítulos 10-11, siguiendo a von Schnurbein (1995), que subraya el aumento de las importaciones de armas romanas en los contextos germánicos desde mediados del siglo II.

65. Atanarico: Amiano 27.5; Macriano: Amiano 30.3. En ambos casos, sin embargo, el emperador en cuestión se vio forzado por los problemas que reclamaban su atención en otra parte: Valentiniano en la cuenca media del Danubio, y Valente en Persia; véase Heather y Matthews (1991), capítulo 2.

CAPÍTULO 3: ¿TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A ROMA?

1. «Esperaban...»: Dión 32.8-10.

2. Para una buena introducción, véase Birley (1966), capítulos 6-8, junto con el Apéndice III; véase asimismo Böhme (1975).

3. Véase Di6n Casio 72.20.1-2 (para el acantonamiento de tropas); 72.1112, 72.20.2, 72.21 (sobre los movimientos de asdingos, cuados y naristos respectivamente); 72.15, 72.16.1-2, 72.19.2, 73.3.1-2 (sobre los privilegios comerciales y las zonas neutrales); 72.19.2, 73.2.1-4 (sobre las asambleas).

4. «No sólo...»: *Historia Augusta*: Marco Aurelio 14.1; para una introducción a los engaños de este texto, véase Syme (1968), (1971a), (1971b). Para la agresión de Roma, véase Drinkwater (2007), 28-32, que aporta al debate otras ideas acerca de las posibles repercusiones de la peste, y del sentido del deber de Marco Aurelio.

5. Para los daños causados en la frontera, véase Carroll (2001), 138; y para las legiones y el autobombo de Marco Aurelio cf. Birley (véase *supra* nota 2). Véase asimismo capítulo 2, nota 28.

6. Para el país de los longobardos en el siglo I, véase Tácito, *Germania* 40. Ese grupo de 6000 individuos evidentemente sólo representa un subgrupo, que sería seguido hacia el sur por más longobardos en el siglo V (véase *infra* capítulo 5). Estos longobardos posteriores invadieron la cuenca central del Danubio propiamente dicho desde sus asentamientos de la vecina Bohemia, pero no se sabe si ocurrió lo mismo con el grupo de antecesores del siglo II. Para las referencias sobre los desplazamientos con carácter permanente, véase *supra* nota 3.

7. Véase Dión 72.3.1a.

8. Véase, por ejemplo, Barford (2001), Introducción y capítulo 1.

9. De importancia trascendental en este sentido es la obra del difunto Kazimierz Godlowski, especialmente su gran estudio de la Europa central y septentrional en tiempos de los romanos: Godlowski (1970). Shchukin (1990) ofrece un buen panorama general, basado en la obra pionera de Godlowski. El debate continúa en torno a algunos detalles, y a numerosas «culturas» y fases dentro de esas «culturas» se les ha conseguido dar unas fechas más precisas y absolutas. En la época inicial, sólo las monedas romanas daban algún indicio de cronología absoluta. Desde 1945, la evolución cronológica de la cerámica romana al torno ha llegado a entenderse mejor, tanto para la fina (vajillas de comedor) como para las ánforas (tinajas para el almacenamiento del vino y el aceite de oliva). Dos técnicas posteriores nos proporcionan unas fechas más exactas: el carbono 14 (que ofrece una escala cronológica) y la dendrocronología, basada en los anillos de los árboles (que dice exactamente cuándo fue cortado un árbol). Combinadas con el método general de Godlowski, estos avances técnicos han generado una riqueza de conocimientos que habría asombrado a las generaciones anteriores de estudiosos.

10. En términos cronológico técnicos, la expansión tuvo lugar en los períodos de la Edad de Hierro romana B2, B2/C1a. La información de estos últimos párrafos ha sido extraída de dos importantes colecciones de artículos: *Peregrinatio Gothica* 1 y 2; y cf. Shchukin (2005).

11. Para un análisis exhaustivo, véase Heather (1996), 35-38. Hay numerosas alusiones fragmentarias en las fuentes clásicas que indican que algunos grupos góticos se trasladaron hacia el sur y hacia el este: véase Batty (2007), 384-387.

12. La bibliografía relevante es enorme. Para una breve introducción, con todas las referencias, véase Heather (2005), capítulo 2.

13. Para un estudio global reciente, con referencias exhaustivas, véase Drinkwater (2007), capítulo 2. (Nótese la importante tesis expuesta en pp. 43-45, según la cual ya en la década de 210 existía claramente un grupo de llamados alamanes, punto sobre el que volveremos más adelante.) Para la violencia brutal, véase *ibídem*, 78 ss. (con más ejemplos); Carroll (2001), capítulo 9.

14. Para los orígenes de los alamanes, véase Drinkwater (2007), 48 ss., 108-116 (con referencias exhaustivas).

15. Argait y Gunterico: Jordanes, *Getica* 16.91 (cf. *Historia Augusta*: Gordiano 31.1 donde aparece «Argunt», que probablemente represente una fusión de los dos nombres). Cniva: Zósimo 1.23; Jordanes, *Getica* 18.101-103; Zonaras, *Crónica* 12.20.

16. La principal fuente es Zósimo 1.31-35. Para otras fuentes y comentarios, véase Paschoud (1971-1989), vol. 1, pp. 152 ss., n. 59 ss.

17. Zósimo 1.42-43, 46, junto con Paschoud (1971-1989), vol. 1, pp. 159 ss., n. 70 ss.

18. *Historia Augusta*: Aureliano 22.2. No hay pruebas de que tuviera nada que ver con el Cniva que había estado actuando por la misma zona una generación antes: véase *supra* nota 15. Para todos estos ataques del siglo III, véase Batty (2007), 387-395.

19. Eutropio, *Breviario* 8.2.

20. Para las referencias a los godos en los siglos I y II, véase Tácito, *Germania* 43-44; Estrabón, *Geografía* 7.1.3 («butones»); Ptolomeo, *Geografía* 3.5.8; Kulikowski (2007), capítulos 3-4; cf. Jordanes, *Getica* 4.25-28 (para Filimero, véase infra «Las migraciones y los germanos»).

21. Para más detalles sobre los tervingos, véase *supra* capítulo 2. Los anacronismos de Jordanes fueron puestos en evidencia primero en Heather (1991), capítulos 1-2 (donde expreso mi escepticismo sobre Jordanes, sin querer por ello discutir con Kulikowski).

22. Para los siglos I y II, véase Shchukin (1990); y cf. Batty (2007), 353 ss. Para los bastarnas, sármatas y dacios de distinto tipo (con todas las referencias; y ténganse en cuenta los programas políticos distorsionadores que a veces se han aplicado a estos materiales). Para una introducción a Ulfilas y su Biblia, véase Heather y Matthews (1991), capítulos 5-7.

23. Para el emplazamiento de los godos en los siglos I y II, véase *supra* nota 20. Rugios: Tácito, *Germania* 44. Vándalos: Courtois (1955), capítulo 1. (Kulikowski no analiza la enorme cantidad de testimonios.)

24. Carpos: véase *infra* nota 38. Para la década de 330, véase el *Anonymus Valesianus* I.6.30.376, capítulo 4. Para el hábito de la emigración, véase *supra* «Migraciones y desarrollo».

25. Técnicamente estas transformaciones se produjeron en el período B2C1a/b. Para un análisis exhaustivo, véase Heather (1996), 43-50, basado en los materiales mencionados en la nota 9, y complementado ahora por Shchukin (2005). Kulikowski (2007), 60 ss., desecha la importancia de los testimonios arqueológicos en términos muy generales sin analizar el fenómeno de la expansión de la cultura de Wielbark.

26. Para una introducción a este material, véanse Kazanski (1991); y Shchukin (2005), junto con la bibliografía exhaustiva de Heather (1996), 47-50.

27. Véanse Kazanski (1991); Heather (1996), 47-50; y Shchukin (2005).

28. Jordanes, *Getica* 4.25-28.

29. Jordanes, *Getica* 16-170.90-100, recoge los triunfos del rey Ostrogota, de la dinastía Amal, en el siglo III. Pero el rey en cuestión es totalmente mítico, inventado para explicar por qué los ostrogodos llevan ese nombre, y su nombre ha sido añadido a acontecimientos históricos conocidos: véase Heather (1991), 22-23, 368.

30. Para más detalles, véase Heather (1991), capítulo 1 y pp. 84-89.

31. B́atavos: T́acito, *Historias* 4.12, *Germania* 29. Catos, brúcteros y ampsivarios: T́acito, *Anales* 58, *Germania* 33.

32. El elemento de fragmentación en el caso de Filimero es citado en la p. 149. Berig: *Getica* 4.25-26, junto con 17.94-95. Goffart (1988), 84 ss., está razonablemente empeñado en socavar las viejas conjeturas que hablan de que los *Getica* contienen un fondo de historia oral gótica, pero su actitud es, según algunos, demasiado despectiva: véase Heather (1991), 5-6, 57-58, 61-62.

33. Véanse, por ejemplo, Borodzej *et alii* (1989); Kokowski (1995); y Shchukin (2005).

34. Véase Drinkwater (2007), capítulo 2 y pp. 85-89 (con bibliografía).

35. Véase Ionita (1976).

36. Para las bajas de los hérulos, véase Jorge Sincelo, *Crónica*, ed. Bonn, I.717. Para otras cifras de la expedición al Egeo (2.000 barcos y 320.000 hombres), véase *Historia Augusta*: Claudio 8.1. Se dice que la derrota de Canabaudes costó 5.000 muertos a los godos: *Historia Augusta*: Aurelio 22.2. Buena parte de este material procede del relato contemporáneo de los hechos de Dexipo. Si debemos llevar al extremo el paralelismo con la actividad de los vikingos, cabría sospechar que los primeros desplazamientos los habrían hecho grupos relativamente pequeños, cuyos éxitos animarían a otras entidades más numerosas a participar en la acción. Sin embargo, el estado de los testimonios del siglo III no hace que resulte segura esa progresión cronológica. Para más comentarios sobre la magnitud de esos movimientos, véase Batty (2007), 390 ss.

37. Longobardos: Dión 72.1.9. Cuados: Dión 72.20.2 (explícitamente *pandemei*: «el pueblo entero»).

38. Para la protesta de los carpos, véase Pedro el Patricio fr. 8. Para su éxodo al territorio romano, véase Aurelio Víctor, *Césares* 39.43; *Consularia Constantinopolitana*, s. a. 295. Véase, más en general, Bichir (1976), capítulo 14. En total se llevaron a cabo seis campañas contra los carpos durante el reinado del emperador Galerio (293-311).

39. Naristos: véase p. 123. Limigantes: véase «Todos los cautivos romanos...». Para las ciudades griegas, las obras clásicas de Minns (1913) y Rostovzeff (1922) siguen siendo fundamentales. Para una introducción a los testimonios arqueológicos con los que contamos desde entonces, véase Batty (2007), 284-289 (con referencias).

40. Drinkwater (2007), 43-45, rechaza correctamente la reciente tendencia a afirmar que los alamanes no existían antes de la década de 290, pero luego intenta hacer que todas las acciones del siglo III, incluido todo el episodio del asentamiento en los Campos Decumates, sean fruto de la actividad de unas partidas de guerreros. El argumento no es convincente.

41. Véase *infra* capítulo 9.

42. Para el atuendo femenino fúnebre, véase *supra* nota 26. Para una introducción a la Biblia gótica, véase Heather y Matthews (1991), capítulos 5-7. El contraste con la dinastía Ruríkida, originalmente nórdica, que enseguida adoptó nombres eslavos (véase *infra* capítulo 10), es sumamente sorprendente. Véase *infra* asimismo capítulo 6 para el análisis de los testimonios lingüísticos de la conquista anglosajona de la llanura británica.

43. Cuados: Dión 72.20.2. Vándalos asdingos: Dión 72.12.1.

44. «Lógico»: Drinkwater (2007), 48. Para los testimonios lingüísticos del burgundio, véase Haubrichs (2003), (en prensa).

45. Para una definición cualitativa de la migración «en masa», véase *supra* «Los estudios sobre las migraciones ofrecen...». Si la expresión «en masa» tiene demasiados ecos de la hipótesis de la invasión, podrían encontrarse otras alternativas (¿tal vez «significativa»?), pero seguramente es bueno poner los usos del primer milenio en sintonía con las normas predominantes en los estudios especializados sobre las migraciones.

46. *Panegyrici Latini* 3 [11].16-18.

47. Véase *supra* capítulo 2.

48. Para las inscripciones militares, véase Speidel (1977), 716-718; cf. Batty (2007), 384-387. Para la navegación, véase Zósimo 1.32.2-3.

49. Afirmaría, por tanto, enérgicamente que el tema de la «interacción», que ha sido un rasgo tan marcado de los estudios sobre las fronteras durante los últimos años —por ejemplo, Whittaker (1994); o Elton (1996)—, debe ser equilibrado con una apreciación más aquilatada de la función militar, igualmente real, de la frontera.

50. Véase *supra* pp. 64 ss. Curiosamente, Drinkwater (2007), 48-50, aunque admite los testimonios del incremento de las rivalidades en el mundo germano, se niega a reconocer que esta circunstancia pudiera dar lugar naturalmente al aumento de la presión sobre la frontera romana, entre otras zonas, cuando la gente intentó escapar de los mayores peligros que amenazaban su existencia. Wells (1999), capítulo 9, adopta una actitud igualmente —y también extrañamente— «internista» en su interpretación, intentando situar las causas de los disturbios del siglo III dentro de la zona fronteriza, y en particular en la parte romana de la misma.

51. Amiano 26.5, 27.1; cf. Drinkwater (2007), capítulo 8.

52. Tácito, *Anales* 12.25.

53. Véanse, por ejemplo, Anokhin (1980); Frolova (1983); y Raev (1986).

54. Pedro el Patricio fr. 8.

55. Los ritmos de la gestión de las fronteras romanas quizá contribuyeran a ello. Reducir la población de la zona fronteriza periódicamente, como hacían los romanos, para reducir el exceso de habitantes y el potencial de violencia (véase *supra* pp. 109-110), no pudo más que facilitar que otros grupos más periféricos acabaran creando una ventaja en número de hombres capaz de derrocar a los clientes de los romanos ya existentes.

56. Véase *supra* capítulo 3, pp. 126-127. Yo sostendría en cualquier caso con contundencia que es muy poco probable que una sociedad de hombres libres y una sociedad de séquitos vayan completamente cada una por un lado.

57. Jordanes, *Getica* 55.282 («ascitis certis ex satellitibus patris et ex populo amatores sibi clientesque consocians»).

58. Para la bibliografía, véase *supra* nota 10, junto con Kmiecinski (1968) para Odry. A veces se utilizan términos descriptivos como «seminómada», pero a mi juicio resultan equívocos. De lo que estamos hablando aquí es de poblaciones dedicadas a una agricultura mixta, que criaban muchos animales, que quizá medían la riqueza por sus rebaños, pero que también cultivaban la tierra, a pesar de carecer de las técnicas necesarias para mantener la fertilidad de sus campos a largo plazo.

CAPÍTULO 4: MIGRACIÓN Y COLAPSO DE LAS FRONTERAS

1. Antes de estos tumultuosos acontecimientos de finales del siglo IV, la frontera occidental del territorio alano estaba situada en el río Don. Esta circunstancia los hacía ya casi clientes externos del *limes* del Bajo Danubio, especialmente porque el Imperio seguía teniendo estrechos contactos con el sur de Crimea. Pero sólo podemos clasificarlos de verdaderos extraños a partir de las convulsiones de 405-408, que afectaron a la región fronteriza del Danubio Medio.

2. La misma teoría básica de la crisis puede encontrarse, entre otras fuentes, en Amiano 31; Eunapio fr. (y Zósimo 4.20.3 ss., que se basa en gran medida, pero no del todo en Eunapio); Sócrates, *Historia eclesiástica* 4.34; Sozómoeno, *Historia eclesiástica* 6.37. La cifra total de 20.000 individuos la da Eunapio fr. 42, cuyo relato es en general vago y retórico, y por lo tanto poco convincente en sí mismo: véase Paschoud (1971-1989), vol. 2, 376 n. 143. No obstante, dicha cifra ha sido aceptada por algunos: véase, por ejemplo, Lenski (2002), 354-355 (con bibliografía). Para los diez mil guerreros, véase Amiano 31.12.3; dicha cifra quizá representara sólo a los guerreros tervingos: véase Heather (1991), 139. Para las filas de carretas, véase Amiano 31.7, 31.11.4-5, 31.12.1 ss. Para los subordinados sociales, véase Amiano 31.4.1 ss.; Zósimo 4.20.6.

3. Matthews (1989) subraya la maestría artística de Amiano, mientras que Barnes (1998) subraya su falta de sinceridad. Estos dos recientes estudios discrepan en muchas cosas, pero ambos hacen hincapié en que la lectura de Amiano no es fácil. Para ulteriores comentarios, véanse Drijvers y Hunt (1999); y G. Nelly (2008).

4. Para el archivo «más secreto», véase Amiano 14.9.1. Para los historiales de los militares, véase Amiano 28.1.30. Para los despachos de los generales, véase Sabbah (1978).

5. Para el t3pico de la migraci3n, v3ase Kulikowski (2002). Para las causas de la llegada de los godos, v3ase Halsall (2007), cap3tulo 6.

6. Para otros ejemplos del tópico de la migración, véanse pp. 149 y 291-292. Para las partidas de guerreros en Amiano, véase, por ejemplo, 14.4; 17.2; 27.2; 28.5. Para Amiano y la batalla de Estrasburgo, véase 16.12.7; 31.8.3.

7. El reclutamiento de estas fuerzas de apoyo mercenarias ha sido confundido a veces con la llegada de los greutungos junto con los tervingos. se trata de un grave error: Heather (1991), 144-145, y apéndice B.

8. Para el cisma de los tervingos, véase Amiano 31.3.8 ss.; 31.4.13. Parece que los greutungos también se habían fragmentado, pues un personaje principal llamado Farnobio y sus seguidores, a los que encontramos con el grupo principal cuando cruzaron el Danubio, corrieron después una suerte totalmente distinta a la del resto: véase Amiano 31.4.12; 31.9.3-4.

9. Sólo Kulikowski (2002) se atreve realmente a sostener que Amiano quizá se equivoque por completo, y da incluso la impresión de dar marcha atrás en Kulikowski (2007), 123 ss., donde, aun empeñado en minimizar la existencia de unidad entre los godos, admite que formaban un grupo mixto de personas que «ascendía al menos a decenas de millares, y quizá a bastante más» (p. 130). Entre otros antimigracionistas, Halsall (2007) está dispuesto a pensar en más de 10.000 guerreros y en un grupo mixto de casi 40.000 individuos; por su parte Goffart (1981), (2006), nunca ha tratado en detalle los sucesos de 376.

10. Véase Halsall (2007), basándose especialmente en el análisis de Sócrates, *Historia eclesiástica* 4.33 en Lenski (1995).

11. Por consiguiente sigo estando completamente satisfecho con el análisis de la cuestión «Amiano contra Sócrates» que ofrecía, con la correspondiente bibliografía, en Heather (1986). El afán de Halsall por evitar una secuencia de los acontecimientos que situaría una migración de carácter predatorio en el corazón de las causas de los sucesos es, al parecer, el principal motivo de que rechace la versión contemporánea y más detallada de Amiano a favor de la exposición posterior y menos precisa de Sócrates, pero no ofrece buenas razones basadas en testimonios históricos y, en mi opinión, esta línea de argumentación permite que los prejuicios justifiquen una metodología errónea.

12. Amiano 31.3.8.

13. Zósimo 4.20.4-5.

14. Amiano 31.3.2-8.

15. Para la incursión por el Cáucaso, véase Maenchen-Helfen (1973), 5159 (que piensa que llegaron procedentes del Danubio). Para otros godos al norte del Danubio en 383, véanse (para Arimero) Achelis (1900); (para Odoteo) Zósimo 4.35.1, 4.37-39.

16. Algunos grupos de hunos desarrollaban sus actividades más al oeste antes de 405-408, pero su número siguió siendo muy pequeño hasta 400 aproximadamente: sólo los mercenarios que se unieron a los godos al sur del Danubio en el otoño de 377 (véase *supra* nota 7), y otra partida de guerreros hunos/alanos que encontramos cerca de Recia en la década de 380 (Ambrosio, *Epístolas* 25). Las tropas de Uldino en c. 400 eran a todas luces un poco más numerosas, pero incluso su poder palidece comparado con el de las fuerzas hunas que llegaron a la cuenca media del Danubio después de 405-408: véase *infra* capítulo 5. En términos generales, todo esto me sugiere que los sucesos de 376 deberían ser considerados más bien según las líneas de la descripción que hace César del paso de tencteros y usípetes al oeste del Rin a mediados del siglo I a. C. En este caso, una larga serie de incursiones y ataques a pequeña escala, y no una sola invasión en toda regla, los convencieron de que no podían seguir viviendo con seguridad al este del Rin: César, *Guerra de las Galias*, 4.1.

17. Para el debate, véase Amiano 31.3.8. Para los intentos de persuasión, véase Heather (1991), 176-177, 179-180.

18. Para la arqueología y la identidad colectiva, véase *supra* capítulo 1. Los elementos concretos de la cultura Cernjachov que me sorprenden por considerarlos a priori prometedores para poder distinguir a los grupos inmigrantes son los peines de hueso, determinadas fíbulas y los tipos de casa alargada germánica del norte de Europa. Por desgracia, no se ha elaborado ningún mapa detallado de estos elementos.

19. Para una introducción a la personalidad de Ulfilas, véase Heather y Matthews (1991), capítulo 3. Yo sospecho que la teoría alternativa, esto es, el de la amalgama social rápida, implica un alto grado de ilusionismo, inspirado en buena medida como reacción a los horrores de la época nazi, que no vaciló en admitir unas relaciones tan desiguales entre grupos de seres humanos relativamente unidos. La expansión hacia el este de los godos y de otros pueblos germánicos durante el Bajo Imperio fue aprovechada con entusiasmo por los propagandistas de Hitler para justificar las criminales actividades del Tercer Reich: véase Wolfram (1988), capítulo 1. Pero la loable determinación de condenar las atrocidades nazis se convierte en un pensamiento turbio si intentamos hacer que el pasado esté en consonancia con nuestros deseos y no con la probabilidad razonable de los testimonios que nos ha dejado.

20. En la campaña de Adrianópolis no se mencionan específicamente distintos grados de guerreros, pero aparecen en los testimonios acerca de la tropa gótica de Radagaiso de 405 (Olimpiodoro fr. 9) y entre los ostrogodos de Teodorico el Amalo (véase capítulo 5), así como en códigos visigóticos de época posterior. Además, el vívido relato de las bandas migratorias góticas del siglo III que contiene la *Historia Augusta*, compuestas por familias enteras y esclavos, quizá se base en sucesos del siglo IV (*Historia Augusta*, Claudio 6.6, 8.2; véase *supra* capítulo 3), y yo sospecho que fue a los individuos de rango inferior a los que los tervingos se vieron obligados a vender como esclavos a los romanos a cambio de alimentos a orillas del Danubio: Amiano 31.4.11.

21. Para los carpo-dacios, véase Zósimo 4.34.6. Para la continuidad del sistema de Cernjachov, véase Kazanski (1991).

22. Para los carpos, véase *supra* capítulo 3. Para la migración de los sármatas, véase *Anonymus Valesianus* 6.31.

23. Para los godos durante el siglo IV, véase el capítulo 2. El punto sobre la información también es aplicable a la minoría que estaba al mando de Atanarico y que se trasladó al territorio de los sármatas: era el que los tervingos en bloque habían elegido en 332, decisión que se vio frustrada por las contramedidas adoptadas por los romanos (véase la nota anterior).

24. Noel Lenski (2002), 182 ss., 325 ss., intenta situar el motivo de la agresión de Valente contra Persia en la llegada de los godos, y en el cálculo del aumento de reclutas que habría podido obtener de ellos. Yo considero este argumento poco convincente y sigo pensando que la crisis de los godos dejó a Valente con muy poco espacio de maniobra: véase Heather (1991), 128 ss.

25. Kulikowski (2007), 123 ss., presupone que los tervingos y los greutungos llegaron al Danubio y pidieron asilo por separado, de modo que Valente tuvo que tomar una decisión al respecto en dos ocasiones sucesivas, pero no es eso lo que da a entender el relato de Amiano (31.4.12-13; 31.5.2-3).

26. Amiano 31.10; cf. otros estudios más generales sobre las fronteras como el de Whittaker (1994).

27. Amiano 31.5.3-4. Posiblemente fuera una paranoia por parte de los romanos; pero no lo creo.

28. Por ejemplo, los godos de Sueridas y Colias (Amiano 31.6.1); quizá también la unidad de alamanes al mando de Hortario (Amiano 29.4.7).

29. Aunque no puedo probarlo, yo sospecho que habría sido así especialmente entre los grupos indígenas que simplemente pagaban algún tributo a los godos y a los que por lo demás se dejaba bastante tranquilos. Para una multiplicidad similar de relaciones entre los hunos y sus distintos súbditos, véase capítulo 5.

30. Para las referencias completas, véase *PLRE* 2, 934.

31. Para los vándalos en Recia, véase Claudiano, *Guerra de los godos* 278-281, 363-365, 400-404, 414-429. Para la identidad de los suevos, véase como obra más reciente Goffart (2006), 82-83, que adopta la hipótesis más plausible de que eran marcomanos/cuados. El cruce del Rin se sitúa generalmente el 31 de diciembre de 406 a partir de Próspero, *Crónica* ap 379; para la tesis de que el autor quizá quisiera decir el 31 de diciembre de 405, véase Kulikowski (2000a), 328-329. Sin embargo, siguiendo el contra-argumento de Birley (2005), 455-460, Kulikowski (2007), 217 n. 37, parece menos seguro.

32. Para Uldino, véase Sozómoeno, *Historia Eclesiástica* 9.25.1-7; *Codex Theodosianus* 5.6.3. Para los burgundios, véase Demougeot (1979), 432; 491-493.

33. Para Olimpiodoro, véase sobre todo Matthews (1970), con las ulteriores reflexiones de Blockley (1981), (1983).

34. Para las pérdidas de los vándalos, véase Gregorio de Tours 2.29. La proporción 1:5 solía ser empleada, por ejemplo, por Schmidt (1933), 286, 293. Para las cifras de vándalos/alanos, véase Procopio, *Guerras* 3.5.18-19; Víctor de Vita, *Historia de la persecución* 1.12. Para el número de los burgundios, véase Orosio 7.32.11. Para los seguidores de Radagaiso, véase *supra* nota 30.

35. Jerónimo, *Crónica* 2389 (= 371 d. C.)

36. Para la *distributio* y su significación, véase Jones (1964), apéndice III. La tesis de Jones no se ve afectada por Kulikowski (2000b), pues se basa en la comparación de dos secciones bien datadas de la *Notitia*: el ejército de campaña del Imperio de oriente en c. 395, y el del Imperio de occidente en c. 420. Para los treinta *numeri*, véase Zósimo 5.26.4. Para los 12.000 seguidores de Radagaiso, véase Olimpiodoro fr. 9.

37. Víctor de Vita, *Historia de la persecución* 1.2. Yo adopto, por consiguiente, la visión más optimista de Víctor que la que muestra Goffart (1980), apéndice A.

38. Halsall (2007), 206, por ejemplo, presenta a Radagaiso al frente de «una gran fuerza», y caracteriza a los que cruzaron el Rin como «una fuerza enorme» (p. 211). En realidad sólo Drinkwater (2007), especialmente 323-324, piensa que las partidas de guerreros permitirían comprender el suceso adecuadamente.

39. Zósimo 5.26.3 muestra a Radagaiso realizando un amplio reclutamiento de hombres antes de emprender el ataque de Italia (aunque sigue preocupándome un poco que el autor confunde ligeramente el episodio de Radagaiso con el paso del Rin). El *Codex Theodosianus* 5.6.3 deja bien claro que los seguidores de Uldino eran una mezcla de hunos y esciros, y por lo tanto una alianza nueva, posterior a 376.

40. Para los seguidores de Radagaiso: Zósimo 5.35.5-6. Para los alanos en la Galia: Paulino de Pela, *Eucharisticon* 377-379. Para los vándalos y los alanos en el norte de África: Víctor de Vita, *Historia de la persecución* 1.1. Para los burgundios, véase *supra* notas 34 y 35, junto, naturalmente, con el hecho de que este grupo fue capaz de conservar su dialecto germánico oriental durante todos estos viajes: véase *supra* capítulo 3. Nadie duda de la noticia de Amiano que afirma que también los godos de 376 llegaron acompañados de sus mujeres y sus hijos (31.3-4), de modo que el principio básico según el cual las fuerzas armadas germánicas y alanas habrían viajado junto con las personas que dependían de ellas parece bastante bien establecido. En contra, las afirmaciones de Drinkwater (1998), especialmente 273, según el cual es de sentido común que en la acción sólo participaron guerreros, son muy poco satisfactorias. Cf. Drinkwater (2007), 323-324.

41. Ambas ideas —es decir, los orígenes de la crisis en la zona del Danubio Medio, y la subsiguiente aparición en ella de los hunos—, que fueron planteadas por primera vez por Heather (1995a), ahora son aceptadas en general por todo el mundo: véanse, por ejemplo, Goffart (2006), capítulo 5; Halsall (2007), 206 ss. El trascendental pasaje de Claudiano que ha sido entendido mal y se ha pensado que hacía alusión a la presencia de los hunos en el Danubio es *Contra Rufino* ii.26 ss. (especialmente 36 ss.).

42. Heather (1995a).

43. Goffart (2006), capítulo 5, especialmente 77-78 (los hunos hacen su aparición en el Danubio Medio poco después de la crisis); 78-80 (Radagaiso); 94-95 (resumen del efecto llamada que para las expectativas de otros grupos tuvo el hecho de que los godos sobrevivieran a su entrada en el territorio romano manteniendo más o menos intacta su cohesión).

44. Halsall (2007), 195-212; cf. Halsall (2005), especialmente para los efectos nocivos de la supresión de los subsidios.

45. Para Tribigildo, véase Heather (1988); Sinesio, *De Regno* 19-21.

46. La primera ayuda práctica venida de Oriente consistió en 4.000 soldados que llegaron a Rávena en 409/10: Zósimo 6.8.

47. Para los esclavos, véase Orosio 7.37.13 ss.

48. Habitualmente Constantino III o Flavio Constancio han sido considerados los responsables del traslado; véase Chastagnol (1973); cf. Kulikowski (2000a). Halsall (2007), 209, plantea dudas, pero no ofrece ningún testimonio concreto que las apoye.

49. Para Constantino III, véase Zósimo 6.1, que identifica tras él a una fuerza militar específicamente de origen britano, galo e hispano lo bastante unida como para empujar a vándalos, alanos y suevos hasta España, y para poner al usurpador al borde del dominio absoluto del Imperio: véase Matthews (1975), 312 ss. Para el papel de los subsidios en general en la diplomacia romana, véase Heather (2001).

50. Las fuentes relevantes son, ante todo, Amiano 17.12-13; *Anonymus Valesianus* 6.31-32. Para un estudio reciente de los vándalos en el siglo IV, véase Goffart (2006), 82-87, que de manera harto convincente llega a la conclusión de que los testimonios los sitúan en Silesia y en el Alto Tisza.

51. Para los vándalos en Recia, véase *supra* nota 31. Para su localización en el siglo IV, véase la nota anterior.

52. Para los godos del siglo IV, véase, por ejemplo, Heather (1991), capítulo 3. Para los alanos, véase Goffart (2006), 89-90, junto con Amiano 31.3.1, quien señala que hacia 375 el grupo más occidental de los alanos se llamaba «el pueblo del Don» (tanaites).

53. Para los alanos en 377, véase Amiano 31.8.4 ss., junto con Heather (1991), 144-145 y apéndice B; y en 378, véase Amiano 31.11.16. Para su incorporación al ejército romano, cf. Zósimo 4.35.2.

54. La identidad de los seguidores de Uldino la recoge Sozómoeno, *Historia eclesiástica* 9.25.1-7 y del *Codex Theodosianus* 5.6.3.

55. Amiano 17.12-13 (medidas adoptadas por Constancio en 358); 19.11.13 (regreso de los limigantes en 35).

56. Para las diferencias entre los movimientos cíclicos inherentes a la economía nómada y la «verdadera» migración, véanse pp. 245-249.

57. Amiano 31.4.13; yo deduzco que éstos eran los sármatas derrotados por Teodosio antes de su elevación al trono: Teodoreto, *Historia eclesiástica* 5.5; *Panegyrici Latini* 12(2).12.9-10.

58. El carácter nómada de la economía alana hace que a priori esperemos que tuvieran una estructura social distinta de la de los germanos dedicados a la agricultura, como los vándalos o los godos, y eso es lo que se deduce, aunque de modo bastante general, de Amiano 31.2.25.

59. Para los esciros, véase *Codex Theodosianus* 5.6.3. La suerte dispar que corrieron los «mejores» de entre los seguidores de Radagaiso, que fueron reclutados en el ejército romano, y todos los demás, la mayoría, que fueron vendidos como esclavos, quizá indique que estos últimos no habían tenido más remedio que participar en la empresa.

60. Para las fuerzas de Uldino, véanse Sozómoeno, *Historia eclesiástica* 9.25.1-7, y *Codex Theodosianus* 5.6.3. Radagaiso: Olimpiodoro, fr. 9, para los «mejores», frente a Orosio 7.37.13 ss., que reseña la miserable suerte que corrieron la mayoría de los soldados rasos vendidos como esclavos. Los «mejores» es la traducción de los *optimates* de Olimpiodoro, que a veces han sido traducidos por los «nobles», pero una cifra tan elevada de nobles es absurda, de modo que la palabra sólo tiene sentido si se piensa que es una alusión a la superioridad de la casta de los guerreros: véase *supra* capítulo 2. Las elites de los pueblos que cruzaron el Rin y de los burgundios, ninguno de los cuales tuvo que enfrentarse desde luego con un contraataque romano tan potente e inmediato como Radagaiso o Uldino, no mostraron una propensión similar a abandonar a la multitud de emigrantes.

61. El único grupo para el que puede hablarse de invitación es el de los tervingos, a los que mandó llamar Valente en 376, pero en mi opinión incluso en este caso Valente no tenía más remedio que hacer lo que hizo: véase *supra* pp. 200-201.

62. Cf. Heather (1991), capítulo 5, y apéndice B. No creo que el emperador Graciano concluyera un tratado de paz aparte con los greutungos en el verano de 380. Se entiende perfectamente que este ajuste de la política tradicional romana afectara sólo a esos godos en particular: véase Stallknecht (1989). Recientemente Kulikowski (2002) y Halsall (2007), 180 ss., han intentado sostener que en 382 no se hizo ninguna concesión fuera de lo normal, pero su tesis no aguanta un examen detallado: véase Heather (en prensa).

63. Puede ser, por tanto, que los terratenientes romanos de la provincia hicieran un tratado con los invasores para impedir unos ataques menos organizados y por consiguiente intrínsecamente más dañinos contra sus bienes. Cf. Hidacio, *Crónica* 41 [49]: el pacto hizo que determinados grupos de invasores se establecieran en algunas provincias en concreto, de modo que es posible que los consejos provinciales hispanos fueran responsables de la parte romana de las negociaciones.

64. Véanse, por ejemplo, Kulikowski (2002); y Halsall (2007), capítulos 7-8.

65. Claudiano, *De bell. Get.* 166 ss. (que data de 402); Sinesio, *De regno* 19-21 (que data de 399), junto con Heather (1988). Ni Kulikowski (2002) ni Halsall (2007), 189-194, ofrecen una explicación de esta distorsión fundamental que, según ellos, contienen ambos autores.

66. Zósimo 5.5.4. Dar preferencia a la relación de los hechos, brevísima, no contemporánea y confusa que ofrece Zósimo sobre las fuentes más contemporáneas es básicamente el enfoque adoptado por Liebeschuetz (1992); Kulikowski (2002); y Halsall (2007), 191-194, aunque las interpretaciones de la carrera de Alarico sean ligeramente distintas. Entre otros problemas, Zósimo mezcla las dos campañas de Estilicón contra Alarico (la de 395 y la de 397), y elimina de un plumazo diez años de la historia de los godos de Alarico empalmando sus dos fuentes principales: Eunapio y Olimpiodoro (en Zósimo 5.26.1: véase Heather (1991), 210). Decir que Zósimo no conocía bien la carrera de Alarico supone, por consiguiente, infravalorar los hechos.

67. Las actividades de Gainas están bien reflejadas, aunque indudablemente con hostilidad, por Sinesio, *De Providentia*; cf. Cameron y Long (1993).

68. En mi opinión, por eso es por lo que Liebeschuetz (1992) no puede estar en lo cierto cuando ve a Alarico al frente sólo de un regimiento o dos de tropas auxiliares góticas en 395. Halsall (2007), 192-193, intenta soslayar este problema negando una y otra vez su coincidencia con los godos de 382 y admitiendo al mismo tiempo que las fuerzas armadas que seguían a Alarico tenían que ser numerosas, en su mayoría góticas y procedentes de los Balcanes. Una vez aceptados estos puntos, llega casi a la conclusión de que Alarico encabezó la sublevación de los godos de 382. se resiste a admitirla porque no cree que en 382 no existiera un acuerdo de paz que permitiera la autonomía de los godos, pero véase la siguiente nota.

69. Temistio, *Discursos* 16.211. La continuidad de la autonomía de los godos hasta c. 390 e incluso después es señalada, además de por Temistio, por fuentes simpatizantes de Teodosio y de su tratado como Pacato, *Panegyrici Latini* 12.(2).22.3-5 (donde los godos son uno más de los múltiples pueblos extranjeros al servicio de Teodosio), y hostiles a ellos: Sinesio, *De regno* 19-21, con el comentario de Heather (1988). Halsall (2007), 180-184, sostiene extrañamente que en 382 se autorizó la continuidad de la autonomía gótica; parece no haber leído con la suficiente atención las últimas palabras del discurso de Temistio. Cf. Kulikowski (2002).

70. Para la política romana con respecto a los caudillos bárbaros, véase Heather (2001). Ni los primitivos líderes (Atanarico, la dinastía de Ermenarico) ni sus inmediatos sucesores (Fritigerno, Alateo y Sáfrax) sobrevivieron a las luchas de 376-382: para más detalles, véase Heather (1991), 188-192.

71. Fritigerno: Amiano 31.12.8-9, junto con Heather (1991), 175-176, 179-180. El mejor ejemplo de las maniobras y trapisondas realizadas después de 382 nos lo ofrece la disputa entre Fravita y Eriúlfo. Los acaudillaban sendas facciones y tenían distinta opinión acerca de la forma adecuada de tratar las relaciones romano-góticas: véase Eunapio fr. 59, datado por el resumen que de él tenemos en Zósimo 4.56. Para otros debates, véase Heather (1991), 190-191. El hecho de que Teodosio celebrara ese banquete socava la tesis de Halsall (2007), 188-189, según el cual Alarico no habría podido ser el caudillo de los godos rebeldes de 382 porque no tenemos testimonios de que sus jerarquías sociopolíticas siguieran en pie después de esa fecha (Halsall no analiza este incidente). Para el episodio de Saro y Sergerico con más detalle, véase Heather (1991), 197-198. Ni Kulikowski (2002) ni Halsall (2007) se molestan en discutir su potencial importancia. a mi juicio, obtener el reconocimiento de su autoridad por parte de los romanos era también precisamente el significado del generalato que periódicamente exigía Alarico a los dóciles gobernantes romanos, probablemente junto con el paquete financiero destinado a sus seguidores que conllevaba. Pero téngase en cuenta que el generalato era un extra opcional del que estaba dispuesto a prescindir a la hora de alcanzar un acuerdo: véase Heather (1991), capítulo 6.

72. Kulikowski (2002) —seguido en gran medida por Halsall (2007), 187-189— niega que los godos prestaran servicio militar a gran escala en los años comprendidos entre el tratado de 382 y la sublevación de Alarico en 395, pero para que la tesis resultara convincente habría que recurrir a demasiados argumentos y contraargumentos. *Panegyrici Latini* 12.(2)32.3-5 da a entender que el principal contingente gótico fue reclutado sólo para la campaña contra Máximo (especialmente el comentario explícito de Pacato, que dice que habría sido demasiado peligroso dejar atrás a los godos), mientras que Eunapio fr. 55 y Zósimo 4.45.3 señalan los intentos llevados a cabo por Máximo de socavar la lealtad de los godos reclutados, lo que a su vez implica que era algo insólito. Diversas fuentes señalan la participación de gran número de godos en la campaña contra Eugenio (Zósimo 4.58; Juan de Antioquía fr. 187; Orosio 7.37.19), y el banquete de Teodosio en honor de los caudillos godos (véase *supra* nota 71) fue celebrado precisamente cuando el emperador estaba pensándose la respuesta que iba a dar a los enviados de Eugenio (Zósimo 4.56). En mi opinión, el banquete probablemente fuera la primera jugada realizada para asegurarse la participación de los godos.

73. Para la rebelión de Máximo, véase Eunapio fr. 55; Zósimo 4.45.3, 4849. Naturalmente Alarico capitaneó la rebelión tras la campaña de Eugenio. Los estudios de Kulikowski (2002) y Halsall (2007), 187-193, no hacen comentario alguno ni sobre la rebelión de Máximo ni sobre la importancia que presupone la cronología exacta de la disputa del banquete.

74. Orosio 7.35.19 (bajas confirmadas por Zósimo 4.58). Ni Kulikowski (2002) ni Halsall (2007), 187-193, estudian este trasfondo de la sublevación de los godos.

75. Recientemente hemos visto un ejemplo de éxito de este tipo de estrategia diplomática en el acuerdo del Viernes Santo en Irlanda del Norte, y otro ejemplo hasta ahora de fracaso, en los acuerdos de Oslo sobre Oriente Medio.

76. Zósimo 5.5.5 ss.

77. Temistio, *Discursos* 16.211.c-d.

78. No está claro si ello supuso o no alguna diferencia práctica para la posición de Alarico en el Ilírico a corto plazo; al haber sido el general al mando en esta región, quizá estuviera en condiciones de seguir teniendo el control de las riendas del poder.

79. Para esta tesis y más detalles, véase Heather (en prensa).

80. Véase con más detalle Heather (1991), capítulo 6.

81. Fravitas, Saro y Modares: *PLRE* 1, 605; 372-373. Para la batalla de 402, véase Claudiano, *VI cons. Hon.* 229 ss.; cf. Cameron (9170), 186-187.

82. Desapareció hasta tal punto que de las fuentes que tratan de los sucesos de 376, sólo Amiano sabía que originalmente había habido dos grupos distintos de godos. En mi opinión, tanto greutungos como tervingos fueron asentados en virtud del tratado de 382, y la sublevación de Alarico en 395 supuso la participación de ambos y su unión definitiva. Una opinión alternativa considera que la unificación tuvo lugar cuando Alarico hizo venir de Panonia a su cuñado Ataúlfo en 408: Zósimo 5.37 ss.

83. Zósimo 5.35.5-6. sin querer entrar en debate con Kulikowski (2002), cuesta trabajo entender quiénes formaban ese gran contingente de soldados bárbaros al servicio de Roma, si no eran en su mayoría los 12.000 seguidores de Radagaiso reclutados por Estilicón: Olimpiodoro fr. 9.

84. Heather (1991), 151 ss. Intenta desentrañar las confusiones de Zósimo.

85. Algunos subgrupos góticos fueron aniquilados por Frigerido (Amiano 31.9), Sebastiano (Amiano 31.11) y Modares (Zósimo 4.25), y no hay motivos para pensar que se trate de una lista completa. Para este proceso en general, véase Heather (1991), 213-214, 223-224, 314 ss.

86. Zósimo 5.45.3; cf. Liebeschuetz (1990), 75 ss.; Kulikowski (2002).

87. Determinar cómo eran exactamente de grandes esas fuerzas góticas requiere muchísimas conjeturas, pero un cálculo acertado del número de soldados de las unidades góticas del siglo IV se situaría en torno a los diez mil hombres, pues los visigodos que rodeaban a Alarico podrían haber sido perfectamente el doble de esa cantidad, y posiblemente hasta tres o cuatro veces más.

88. Víctor de Vita, *Historia de las persecuciones* 1.2.

89. Hidacio, *Crónica* 77 [86].

90. Para mediados de la década de 410: Hidacio, *Crónica* 59-60 [67-68]; para la década de 420: *ibídem* 69 [77]; para las décadas de 440 y 460: Heather (2005), 289 ss. y 390 ss.

91. Suevos: Hidacio, *Crónica* 63 [71]. alanos: véanse las correspondientes listas de Bacharach (1973).

CAPÍTULO 5: LOS HUNOS A LA DESBANDADA

1. Jordanes, *Getica* 50.261-262.

2. Para los hunos y los esciros de Uldino, véanse Sozómoeno, *Historia Eclesiástica* 9.5, y *Codex Theodosianus* 6.6.3. Para los súbditos de origen godo de los hunos en 427, véase Teófanos AM 5931; cf. Procopio, *Historia de las guerras* 3.2.39-40, junto con Croke (1977). El año podría ser tanto 421 como 427. El mejor estudio general sobre los pueblos súbditos de Atila lo encontramos en Pohl (1980).

3. Véase Maenchen-Helfen (1973), capítulos 8-9, donde también se indica que los caudillos como Atila habrían podido tener fácilmente nombres «propiamente» hunos, así como apodos germánicos; Atila significa «padrecito» en germano.

4. Amiano 31.2.1-2; Zósimo 4.20.4-5 (cf. Eunapio fr.42); Jordanes, *Getica* 24.121-122.

5. Amiano 31.2.3 y ss.

6. Para la digresión sobre los alanos: Amiano 31.2; para la digresión sobre los sarracenos: Amiano 14.4. a la hora de abordar este material, el enfoque de Maenchen-Helfen (1945) fue mucho más crítico que el de Thompson (1995), aun cuando fue el primero quien advirtió el detalle de la carne colocada debajo de la silla de montar. Para otros comentarios, y una bibliografía reciente, véase G. Kelly (2008), capítulo 2.

7. Para conocer mejor el fenómeno del nomadismo, particularmente el de la estepa euroasiática, véanse Cribb (1991), Khazanov (1984), Krader (1963) y Sinor (1977), (1990).

8. Bury (1928).

9. Ávaros: Pohl (1988). Magiars: Bakony (1999).

10. Para una exposición general, véanse Thompson (1995); y Maenchen-Helfen (1973); cf. Heather (1995a), para las relaciones con Aecio.

11. La indiferencia más o menos absoluta de Atila hacia la obtención de ganancias territoriales adicionales queda patente con absoluta claridad en los fragmentos que se conservan de la historia de Prisco.

12. Los hunos hasta 376: Amiano 31.3. Hunos y alanos en 377: Amiano 31.8.4 ss. Hunos y carpodacios: Zósimo 4.35.6.

13. «Caudillos improvisados»: Amiano 31.2.7. Jordanes sitúa en esta época a un rey huno llamado Balambero, pero en realidad se refiere a sucesos de c. 450 y Balambero es de hecho el rey godo Valamero: véase Heather (1989), y véase *infra* p. 234.

14. Uldino: Sozómoeno, *Historia eclesiástica* 9.5, con más comentarios y todas las referencias en Heather (1995a). Fenómenos análogos se produjeron en tiempos de los vikingos, cuando algunos caudillos surgidos en la primera fase de expansión a pequeña escala sucumbieron rápidamente cuando aparecieron contingentes más numerosos al frente de líderes más importantes: véase capítulo 9.

15. Olimpiodoro fr. 19; cf. Prisco fr. 11.2, p. 259 (sobre los acatciros).

16. Para el arco de los hunos, véase Heather (2005), 154-158, con más referencias.

17. Para algunos cálculos basados en la cantidad de pastos existentes en la Gran Llanura Húngara, véase Lindner (1981). Para la gran incursión de 395, véase Maenchen-Helfen (1973), 51-59.

18. Para la delegación de poderes propia de los nómadas en general, véase la bibliografía citada en la nota 7.

19. Véase Heather (2005), 325 ss., con toda la bibliografía.

20. Procopio, *Guerras* 8.5 conserva, al parecer, por una vía indirecta la historia contada originalmente por Eunapio, contemporáneo de los hechos, y basada en Heródoto 5.9 (a propósito de los siginas).

21. Para los hérulos en el siglo III, véase el capítulo 3. Esciros: Zósimo 4.35.6. Rugios: Tácito, *Germania* 43. Para los emplazamientos más probables en la zona del Danubio Medio, véase Pohl (1980).

22. Volveremos a hablar con más detalle del contingente acaudillado por los Amalos. Bigelis: Jordanes, *Romana* 336. Para el tercer grupo, el controlado por Dengizich, véase Prisco fr. 49.

23. Dengizich: *PLRE* 2, 354-355. Hernac: Jordanes, *Getica* 50.266, junto con *PLRE* 2, 400-401.
Hormidac: *PLRE* 2, 571. Bigelis: véase nota anterior.

24. Jordanes, *Getica* 50.264. Pohl (1980) sugiere —recurriendo a una solución de compromiso— que los godos de los Amalos quizá emigraran en ese momento sólo de Transilvania. se ha gastado mucha tinta acerca de la relación existente entre la historia de los godos de Jordanes que se nos ha conservado y la historia de los godos de un tal Casiodoro, que sabemos que fue escrita en la corte de Teodorico en Italia. En mi opinión, las evidencias textuales indican de hecho que Jordanes trabajó utilizando el texto de Casiodoro (como él dice) y me parecen poco convincentes las diversas teorías de la conspiración que se han presentado contra este hecho: véanse Heather (1991), capítulo 2; y Heather (1993). Los testimonios arqueológicos de una emigración gótica tan tardía a la zona del Danubio medio no son decisivos. Kazanski (1991) ha situado el fin de la cultura de Cernjachov en c. 450, pero no es la teoría más habitual, y su argumento es esencialmente circular, pues se basa en una noticia de Jordanes que afirma que en esa fecha seguía habiendo godos al este de los Cárpatos.

25. Odoacro: *PLRE* 2, 791-793. Para las aventuras balcánicas de los godos de los Amalos, véase Heather (1991), Tercera Parte.

26. Para todas las referencias, véase *PLRE* 2, 457 y 484-485.

27. Los lombardos deberían ser llamados estrictamente longobardos. La fuente narrativa a la que nos referimos es concretamente Pablo Diácono, *Historia de los lombardos* 1.19. Entre otros comentarios modernos, véanse, por ejemplo, Christie (1995); Jarnut (2003); y Pohl y Erhart (2005).

28. Procopio, *Guerras* 6.14-15. Cf. Pohl (1980): los testimonios arqueológicos indican que por aquel entonces los gépidas habían ido extendiéndose paulatinamente hacia el sur hasta Transilvania.

29. Una excepción anterior sería la de los godos salvados de la dominación de los hunos en 427; véase *supra* nota 2. Quizá fueran también los mismos que los godos de Tracia, como veremos enseguida. Los gópidas también protagonizaron una expansión en la zona: véase la nota anterior.

30. «Era un mercader griego»: Prisco fr. 11.2.422-435. Edecón: *PLRE* 2, 385-386.

31. Podemos determinar cómo se vestía la gente por el lugar en el que llevaban las fíbulas o imperdibles, que es lo que suele conservarse del vestido en la mayoría de las tumbas. Los posibles motivos de la invisibilidad arqueológica pueden ser de lo más dramático (cuando los cadáveres eran dejados a la intemperie o expuestos a la acción de las fieras) o de lo más banal (dispersión de las cenizas después de la cremación), o la creación de costumbres fúnebres en las que los cadáveres son enterrados sin ningún tipo de ajuar funerario susceptible de ser identificado cronológicamente (rasgo que a menudo hace que los cementerios medievales dejen de poder ser datados en el norte de Europa después que las poblaciones del país se convirtieran al cristianismo). Las diversas fases perceptibles en la cuenca media del Danubio en tiempos de los hunos se diferencian unas de otras por los ligeros cambios en la forma de la decoración de los ajuares a grandes rasgos muy similares. En orden cronológico (y las fases se solapan muy a menudo), la secuencia comienza con la etapa Villafontana, seguida por la de Unteresiebenbrunn y la de Domolospozta-Bacsordas. Pueden verse diversas introducciones a todo este material en Bierbrauer (1980), (1989); Kazanski (1991); y Tejral (1999). Pueden verse excelentes ilustraciones en Wolfram (1985).

32. Muchos grupos germánicos de la Europa central habían practicado la cremación desde el siglo I al III, pero la inhumación ya se había generalizado antes de la llegada de los hunos.

33. No obstante, las fuentes históricas nos proporcionan a veces suficiente información, que puede ser utilizada en combinación con los testimonios arqueológicos, para identificar de manera aproximada a algunos grupos en particular.

34. Véase como obra más reciente Halsall (2007), 474-475; para una teoría similar del imperio Ávaro, véase Pohl (1988), junto con Pohl (2003).

35. Prisco fr. 14.

36. Prisco fr. 11.2, p. 259. Véase el capítulo 4 para el caso de los tervingos y los greutungos; cf. la condición inferior y el terrible trato dispensado a los esciros tras la derrota de Uldino: véase *supra*, nota 2.

37. Para las referencias, véase la nota anterior; y cf. Página 289.

38. Prisco fr. 2, p. 225.

39. Prisco fr. 2, 227.

40. Prisco fr. 2, p. 227.

41. Prisco fr. 49.

42. Los romanos proporcionaron a Atila diversos secretarios, y un prisionero llamado Rusticio escribió una singular carta (Prisco fr. 14, p. 289). Esta maquinaria gubernamental podía elaborar listas de príncipes renegados que habían buscado refugio entre los romanos, y seguir el rastro de los víveres exigidos a los grupos sometidos, pero no mucho más. Acaciro: Prisco fr. 11, 2, p. 259. Godos: Prisco fr. 49.

43. Jordanes, *Getica* 48.246-251, junto con Heather (1989), (1996), 113-117, 125-126.

44. Gépidas: Jordanes, *Getica* 50.260-261.

45. Francos: Prisco fr. 20.3. Acatciros: véase *supra* nota 42. Entre los pueblos sometidos situados entre unos y otros, los más oprimidos eran, al parecer, los godos que aparecen en Prisco fr. 49, parte del cual ha sido citado anteriormente; los menos oprimidos eran los gépidas, que encabezaron la sublevación contra los hijos de Atila (véase la nota anterior). En medio se encontraban los godos de Panonia de Valamero: véase *supra* nota 43.

46. *Milagros de san Demetrio II.5.*

47. Véase, por ejemplo, Agadshanow (1994).

48. Para un análisis más completo, véase Heather (2005), 324 ss., con referencias.

49. Como hemos visto, los testimonios antropológicos modernos indican que a veces lo máximo que puede llegar a encontrarse en esas circunstancias es que hay muy pocos objetos en particular que tengan importancia a la hora de señalar la identidad colectiva, pero eso no significa que la identidad de grupo sea en modo alguno algo irreal: véase *supra*, p. 46, basándonos en particular en Hodder (1982).

50. Mientras que Atila logró cobrar subsidios anuales medidos en varios millares de kilos de oro, lo máximo que pudo conseguir un grupo sucesor de los hunos particularmente afortunado como los godos de los Amalos fueron trescientos kilos: Prisco fr. 37.

51. Jordanes, *Getica* 50.265-266. El propio Jordanes procedía de esos ambientes militares balcánicos, y hay buenas razones para suponer que este catálogo es correcto. No está claro en qué fechas concretas de las décadas de 450 y 460 se produjeron estos asentamientos: el de Hernac, sin embargo, data con seguridad de finales de la década de 460, y es posible que todos ellos pertenezcan a la desintegración del poder de los hunos después de 465, que fue testigo también de la entrada en territorio romano de Bigelis y Hormidac. El hecho de que Hernac se mostrara dispuesto a aceptar la desintegración de su base de poder explicaría tal vez por qué fue tratado con más benignidad que Dengizich (véase *supra* nota 23).

52. Jordanes, *Getica* 53.272; Agatías 2.13.1 ss.

53. Pablo Diácono, *Historia de los lombardos* 2.26 ss.; cf. Jarnut (2003). Un tema recurrente del relato de Pablo y de algunos otros textos lombardos primitivos es el de que la victoria dio lugar a la inclusión de nuevos guerreros en el grupo, aunque no siempre en términos de igualdad: véanse, por ejemplo, *Origo gentis Longobardorum* 2 (como *aldii*: semilibres); *Historia de los lombardos* 1.20, 1.27, 5.29.

54. Godos: Heather (1996), apéndice I. lombardos: *ibídem*, y véase la nota anterior. Además véase *supra* capítulo 2.

55. Lombardos: véase, por ejemplo, Jarnut (2003), quien sostiene que la monarquía entre los lombardos quizá fuera un fenómeno transitorio limitado a capitanear las migraciones. Godos: Heather (1989), capítulos 8 y 9.

56. Para los rugios que se unieron a Teodorico en 487: Juan de Antioquía fr. 214.7; para el hecho de que pudieran seguir siendo identificados en 541: Procopio, *Guerras* 7.2.1 ss. (cambiaron dos veces de bando durante la conquista de Italia por los godos). Hérulos: Procopio, *Guerras* 6.14-15.

57. El relato acerca de los hérulos es puesto en duda por Goffart (1988), 84 ss.; y el de los rugios por Halsall (1999). Véase *supra* capítulo 1 para algunos comentarios generales acerca de las concepciones modernas de la identidad colectiva.

58. El papiro de Gundilas (traducido por el autor en el apéndice 1 de su libro) es fundamental en Amory (1997). Pero véanse también Heather (1996), capítulo 9 junto con Apéndice 1, y (2003).

59. Malco fr. 20, p. 446.215 ss. (los seis mil hombres), p. 440.83 ss. (no combatientes e impedimenta). Cf. Jordanes, *Getica* 55.281-282 (Teodorico había utilizado también con anterioridad a seis mil hombres en la expedición en la que demostró su virilidad cuando regresó de su estancia en Constantinopla en calidad de rehén). Para otros comentarios, véase Heather (1991), capítulo 7.

60. Véase Amory (1997); y véase además de Procopio, *Guerras* 5.1.6 ss., Enodio, *Panegírico de Teodorico* 26-27, y *Vida de Epifanio* 118-119 (cf. 111-112).

61. Las fuerzas del Imperio Romano de Oriente capturaron dos mil carretas en el curso de un ataque por sorpresa (Malco fr. 20), pero no hay nada que dé a entender que constituyeran el total de la caravana encargada de transportar la impedimenta. Se ofrecieron a los godos tierras «deshabitadas», lo que implica contundentemente que debían encargarse de sus propios cultivos, lo mismo que dan a entender todas las negociaciones entre Teodorico y los representantes de Constantinopla: Malco fr. 18.3, p. 430.5 ss.; fr. 20, p. 438.55 ss., p. 446.199 ss.; cf. Heather (1991), 244 ss.

62. Para un análisis más completo con todas las referencias, véase Heather (1991), 259-263; para Bigelis, véase *supra* nota 22.

63. Para la paga y las raciones de trece mil hombres, y novecientos diez kilos de oro al año, véase Malco fr. 18.4, p. 434.12 ss. Y fr. 2, p. 408.22 ss. Para un análisis exhaustivo con todas las referencias, véase Heather (1991), 253-256.

64. Para la muerte de Estrabón y el asesinato de Recitach, véase Juan de Antioquía fr. 211.4 y fr. 214.3. Para las fuerzas de Teodorico en Italia, véase Hannestad (1960). Para un análisis exhaustivo, véase Heather (1991), 300-303.

65. Para más referencias, véase *supra* notas 22 y 23.

66. Para el número de los hérulos en 549: Procopio, *Guerras* 7.34.42-43. En general resulta tentador pensar que los hérulos eran menos que los godos de los Amalos porque éstos son presentados como los vencedores en la pugna por la llanura del Danubio Medio desencadenada a la muerte de Atila. Nuestra única fuente, sin embargo, es Jordanes, y es posible que los seguidores de Teodorico sólo adquirieran el rango de superpotencia cuando se sumaran a ellos los godos de Tracia.

67. La *Historia de los lombardos* de Pablo Diácono está totalmente empapada del tópico de la migración: los hermanos Ibor y Agión capitanean el primer viaje a Escandinavia, Algimundo el segundo a Bohemia, Godón los lleva a Rugilandia, Tatón combate contra los hérulos, y Wacón acaudilla la anexión de parte de Panonia. Para un comentario secundario moderno, véanse las notas citadas en la nota 27.

68. Véase especialmente Jarnut (2003), con las correspondientes referencias, y para la idea —véase *supra* nota 55— de que los primeros reyes lombardos quizá fueran fundamentalmente caudillos de grupos expedicionarios; cf. Christie (1995), 14-20.

69. Véase Curta (2001), 190-204, con su figura 18.

70. En varias ocasiones, podemos incluir en esta categoría de migración en masa a grupos de ostrogodos, hérulos, hunos, rugios y lombardos. La migración lombarda quizá adoptara la forma de flujo inicial que tuvo que reorganizarse en forma masiva cuando se vio obligado a enfrentarse directamente con los hérulos. En este sentido se parecería a la de los godos del siglo III: véase capítulo 3.

71. Vidimero: Jordanes, *Getica* 56.283-284. Procopio, *Guerras* 1.8.3 cita explícitamente a Besas y Godigisclo entre los godos de Tracia que no siguieron a Teodorico; véase Heather (1991), 302, para otros contendientes.

72. Los godos de los Amalos recibían ciento treinta y seis kilos de oro al año en la década de 460 (Prisco fr. 37), mientras que los *foederati* de Tracia se embolsaban novecientos diez (véase *supra* nota 63). Para Teodorico y las riquezas de Italia, véase Heather (1995b).

73. Para la riqueza generada por los hunos, véase *supra* nota 31. Es posible, sin embargo, a la vista de sus estructuras políticas aparentemente no centralizadas, que la ulterior dispersión de los grupos lombardos al sur del Danubio por la antigua Panonia romana adoptaran de nuevo la forma de un flujo heterogéneo, y no de un solo movimiento dirigido.

74. *Vida de Severino* 6.6.

75. Para las referencias, véase *supra* nota 56. Por el contrario, es posible, dado la ulterior buena fortuna de Teodorico, que en realidad no tuvieran otra elección.

76. Para los mercados, véase Prisco fr. 46. Para otras referencias, véase *supra* nota 23.

77. Para la permanencia de Teodorico en Constantinopla en calidad de rehén y el final de la misma, véase Heather (1991), 264-265. Para su alusión a Italia en 479, véase Malco fr. 20.

78. Rodulfo de los ranos: Jordanes, *Getica* 3.24.

79. Para la ruta de la expedición de 473: Jordanes, *Getica* 56.285-286.

CAPÍTULO 6: FRANCOS Y ANGLOSAJONES:
¿TRANSFERENCIA DE ELITES O «VÖLKERWANDERUNG»?

1. Campbell (1982), capítulo 2.

2. La vieja tradición maximalista cuenta con partidarios que van desde Freeman (1888) hasta Stenton (1971). Nunca fue puesta en entredicho, pero algunos especialistas, como, por ejemplo, Higham (1992) y Halsall (2007), especialmente en 357-368, son representativos de la tradición más sólida y minimizadora de los últimos años. Entre los especialistas modernos que piensan en términos de movimiento migratorio a gran escala figuran Campbell (1982), Härke (1992) y Welch (1992). Hills (2003) es representativo de una posición ultraminimalista adoptada por algunos de los arqueólogos más jóvenes. Ward Perkins (2000) ofrece una excelente introducción a la variedad de opiniones.

3. Véase Woolf (2003).

4. H. R. Loyn, citado en P. Sawyer (1978). La mejor introducción a la Britania romana de época tardía sigue siendo Esmonde-Cleary (1989).

5. Para un estudio general sobre el establecimiento de los anglosajones y el desarrollo de topónimos, véase Hooke (1998).

6. Véase Heather (1994).

7. Esmonde-Cleary (1989) muestra unas teorías sobre el final de la Britania romana muy equilibradas, al igual que Halsall (2007), 79-81, 357 y ss. Para una introducción a la bibliografía sobre el derrumbamiento de sistemas, véase, entre otros, Faulkner (2000), Jones (1996) y Higham (1992). Dark (2002) muestra su perplejidad al respecto.

8. Uno de los ejemplos más recientes es Halsall (2007), 519 y ss., donde se hace referencia a algunas alternativas.

9. Para una introducción a este tipo de materiales, véase Dumville (1977).

10. Campbell (1982), capítulo 2, ofrece una clara introducción a la *Crónica anglosajona*.

11. Encontramos unas instrucciones sumamente útiles a este material en Campbell (1982), capítulo 2, en Arnold (1997) y en Welch (1992).

12. Esta idea la acepta incluso un antimigracionista en general como Halsall (1995b), (2007), 357 ss.

13. Véase, por ejemplo, Arnold (1997), 21 y ss.

14. *Ine's Law* 24.2 (cf. 23.3); cf. Arnold (1997), 26 y ss., con un estudio sobre Warperon.

15. Compárese, por ejemplo, Weale *et alii* (2002) con Thomas *et alii* (2006). El estudio se realizó con una muestra de varones de los que puede demostrarse que son vástagos de unos individuos que desde antes de la Revolución Industrial ya habitaban en la misma zona geográfica que sus descendientes actuales.

16. Otra línea de pensamiento ha emprendido, pues, un camino menos directo, consistente en la identificación y el análisis de los llamados rasgos «epigenéticos» de los esqueletos desenterrados en los cementerios de inhumación de los siglos V, VI y VII. Son factores que reflejan el impacto de los genes heredados en vez de aspectos relacionados con la dieta y el hábitat del individuo en cuestión. Sus investigaciones permitieron establecer que los hombres enterrados con armas eran considerablemente más altos que los sepultados sin ellas. No obstante, ahora el debate se extiende para determinar si esas diferencias de estatura deben considerarse un factor genético —por ejemplo, un indicador de que los portadores de armas pertenecían a un sector de población extranjera—, o hay que atribuirlos a otras razones, como, por ejemplo, la dieta alimentaria. Por ahora no se ha llegado a ninguna conclusión definitiva. Véase Härke (1989), (1990).

17. Para 446 d. C. véase Beda el Venerable, *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* 2.14; 5.23, 24 (basándose en Gildas, *De excidio Britanniae*). Para 450 d. C., véase *The Greater Chronicle*, año 4410 del mundo; cf. *Anglo-Saxon Chronicle* (449 d. C.) para la llegada de los fundadores del reino de Kent, Hengist y Horsa.

18. Todo resulta razonablemente claro hasta 409 aproximadamente, cuando Zósimo 6.5 habla de una revuelta en Britania. Las controversias comienzan a producirse con Zósimo 6.19, que tradicionalmente ha sido interpretado como que Honorio comunica a los gobernadores de las provincias de Britania que asuman solos la defensa de sus territorios, aunque se trata de un texto viciado. Para una introducción a estos hechos y a la historiografía, véase Salway (2001).

19. Gildas, *De excidio Britanniae* 23-26.

20. Para los ataques sajones en c. 410, véase *Chronica gallica* de 452 (aunque esta crónica no siempre data los acontecimientos por años). Para los primeros restos susceptibles de datación, véase Welch (1992), capítulo 8. El apéndice de Halsall (2007) pretende extender más allá la secuencia aceptada generalmente por todos, pues sostiene que el anónimo tirano de Gildas, el que formuló la invitación, y que normalmente ha sido considerado un personaje postromano, era en realidad el emperador usurpador Máximo (383-387), y que fue éste quien trajo a los primeros mercenarios sajones a Britania. No se trata de una interpretación absolutamente imposible, pero tampoco es la más lógica, por lo que siguen abiertas las apuestas. Los últimos argumentos que presenta Halsall para sostener su primera hipótesis son poco convincentes: véanse las notas 44 y 46 del presente capítulo.

21. La versión de Gildas de que la última llamada de socorro de la Britania romana a las autoridades centrales del Imperio se produjo cuando Aecio era (o ya había sido) cónsul por tercera vez (446 o más tarde) podría representar una confirmación más de que la década de 440 fue un período particularmente catastrófico. El líder británico en la región del Loira era Riotamo: véase *PLRE* 2, 945.

22. Véanse, por ejemplo, Campbell (1982), capítulo 2, Higham (1984) y Halsall (2007), apéndice.

23. Véase Dumville (1977).

24. Gregorio de Tours, *Historias* 4.42; cf. Pablo Diácono, *Historia de los lombardos* 2.6 ss.

25. Beda el Venerable, *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* 1.15 (anglos, sajones y jutos) y 5.9 (los demás).

26. Higham (1992), 180-181.

27. Gregorio de Tours, *Historias* 5.26, 10.9; Procopio, *Guerras* 8.20.8-10; cf. especialmente Woolf (2003).

28. Es bien conocido lo que se cuenta de la supuesta emigración de los godos desde Escandinavia, esto es, que se llevó a cabo también en tres naves: Jordanes, *Getica* 1.25, 17.95.

29. Véase el anterior capítulo 4.

30. Para las pruebas de ADN noruego, véase capítulo 9. Para los cambios lingüísticos, véase «Por una razón, no está claro que en las circunstancias...» en este mismo capítulo.

31. Gildas, *De excidio Britanniae* 23-26.

32. Para el ataque de los sajones en la Galia: Amiano Marcelino 28.5. Para una explicación de lo que era «el litoral sajón», véanse Johnston (1977) y Rudkin (1986).

33. Para las inundaciones de la costa, véase el magnífico estudio de Halsall (2007), 383 ss. Para la presión del poder franco: Gregorio de Tours, *Historias* 4.10, 14.

34. Carausio: *PLRE* 1, 180. Para el fenómeno parecido que se dio en la era vikinga, véase el capítulo 9 del presente libro.

35. Gildas, *De excidio Britanniae* 20. Los testimonios relacionados con las incursiones de pictos y escotos en el oeste de Britania son irrefutables, aun cuando sean pocos los de carácter histórico. Un buen estudio reciente es Charles-Edwards (2003), introducción y capítulo 1.

36. Véase Woolf (2003), 345 s.

37. Para los testimonios relacionados con el mundo de la náutica, véase Jones (1996), aunque su estudio no incluye un análisis de las embarcaciones romanas ni considera el carácter prolongado del flujo migratorio anglosajón. Para los godos y el mar Negro, y los vándalos y el norte de África, véase el capítulo 4 del presente libro.

38. Para un análisis más detallado de estas cuestiones, véanse, por ejemplo, Dark (2002) y Woolf (2003).

39. Véanse, por ejemplo, Higham (1992) y Halsall (1995a) y (2007), 357 ss.

40. Hooke (1998) aborda y estudia brillantemente estos aspectos.

41. Entre los estudios más notables en este sentido, cabe destacar Hooke (1998) y Williams (1991). Encontramos un excelente estudio de caso en Baxter (2007), capítulo 7. Para la degradación del campesinado, véase Faith (1997), capítulo 8.

42. Para una introducción en la materia, véanse Hooke (1997) y Powlesland (1997).

43. Véase Esmonde-Cleary (1989); cf. Loseby (2000) y Halsall (2007), 358 s., ambos con referencias, para un intento de generar un importante urbanismo postromano.

44. Para la sublevación del campesinado, véase, por ejemplo, Jones (1996); cf. Halsall (2007), 360 ss.

45. Constancio de Lyon, *Vida de san Germán de Auxerre* 13-18, 25-27. Para la elite de lengua romance, véase la nota 3 anterior. Las famosas cartas de privilegios de Llandaff tal vez representen una ulterior confirmación de cierta continuidad sub-romana básica, aunque ello se haya puesto en tela de juicio: véase Davies (1978).

46. «Es simplemente eliminar...»: Halsall (1995), 61. Este enfoque de la emigración basado en un «antes» y un «después» es bastante común. Para otro ejemplo, véanse los comentarios de Higham en Hines (1997), 179, donde se elogia la reinterpretación de una serie de restos arqueológicos —por Hines (1984)—, por resultar «más compleja» al desposeer de su papel habitual a la migración en su análisis. Véanse pp. 191 y 226 para dos ejemplos en los que la firme determinación a minimizar la importancia de la migración ha empujado a algunos especialistas, una vez más Halsall incluido, a llevar a cabo elecciones problemáticas desde el punto de vista metodológico a la hora de manejar los testimonios.

47. Hay muchos ejemplos análogos, pero para una exposición general más reciente de la decadencia de las estructuras romanas en los Balcanes, véase Heather (2007).

48. Véase la evaluación de la literatura que hace Woolf (2007), 123 ss., basada, entre otros, en Denison (1993) y Hall (1983), que han sabido contestar a los intentos de Preussler (1956) y Proussa (1990) de detectar influencias celtas más profundas en el inglés antiguo. Para los casos posteriores de cambios experimentados por las lenguas en la Edad Media, véase Bartlett (1993), 111 ss.

49. Véase el capítulo 2 del presente libro.

50. Este hecho se hace perfectamente patente en todas las fuentes literarias, desde las críticas de determinados reyes en los relatos históricos hasta los sistemas de valores que subyacen en la poesía heroica. Charles-Edwards (1989) y Campbell (2000), capítulo 10, ofrecen una buena introducción a esa combinación de dinero y tierras que un individuo esperaba obtener en el curso de su vida.

51. Para un análisis general de las grandes potencias previkings, véase Campbell (1982), capítulos 3-4.

52. Véanse Hooke (1998), capítulo 3, Powlesland (1997) y Esmonde-Cleary (1989).

53. Para tumbas con armas, véase Härke (1989), (1990). Para las analogías en el continente, véase el capítulo 2 del presente libro.

54. Ward Perkins (2000).

55. Véase, por ejemplo, Kapelle (1979).

56. Woolf (2007), 127 ss.

57. Ni siquiera las apropiaciones de tierras que siguieron a la conquista normanda estuvieron bajo el control del rey Guillermo, a pesar de su autoridad relativamente excepcional, y la necesidad de establecer quién poseía qué en aquellos momentos fue una de las razones que inspiraron la compilación del *Doomsday Book: Anglo-Saxon Chronicle* en 1085 d. C. En mi opinión, el proceso de apropiación de tierras que se desarrolló en los siglos V y VI tuvo que ser infinitamente más caótico, puesto que entre los recién llegados anglosajones el poder central era mucho más débil que entre los normandos del siglo XI, y la apropiación de tierras fue produciéndose paso a paso, a costa de pequeñas victorias en lugar de una definitiva y rotunda como la que supuso la batalla de Hastings.

58. A esta misma conclusión llega Woolf (2007) y, cómo no, todos los que se basan en la tradición que no pretende minimizar la importancia de la migración anglosajona.

59. Juliano y los francos: Amiano 17.8.3-5. Sin embargo, se trata de un caso aislado, por lo que resulta imposible determinar si los francos tenían el mismo tipo de estructura confederativa como la de los alamanes, aunque sin duda es posible. Para una introducción a la historia y la arqueología de los primeros francos, véanse Zollner (1970), Perin (1987), James (1988), Ament (1996), Reichmann (1996) y R. Kaiser (1997).

60. Para los objetos hallados en la tumba de Childerico, y comentarios al respecto, véanse Perin y Kazanski (1996) y Halsall (2001).

61. Para las actividades de Childerico, véase *PLRE 2*, 285-286, junto con las referencias. El Clodoveo «romano» ha sido defendido por Halsall (2001), 269-271, 303-306. Para Gundebaldo, véase *PLRE 2*, 524-525.

62. James (1988) dio inicio a la controversia, que ha recibido respuesta de Perin (1996) y MacGregor (2002).

63. Gregorio de Tours, *Historias* 2.40-42.

64. Para la controversia surgida en torno a la cronología de la conversión de Clodoveo, véanse Shanzer y Wood (2002), con más comentarios generales acerca de su reinado en Wood (1985), y Halsall (2001).

65. Para las similitudes con la ascensión de Teodorico y la dinastía de los Amalos, véase el capítulo 5.

66. Véase Halsall (2007), 346 s. Para la progresión de Marsella, véanse Loseby (1992) y (1998).

67. Para un estudio general al respecto, véase Halsall (2007), 347 ss. Halsall (1995a) repasa el resurgimiento en el siglo VII de las heredades propias de una verdadera aristocracia en el norte de la Galia.

68. Para las inscripciones descubiertas en Tréveris, véase Handley (2001), (2003). Para Remigio, véase Castellanos (2000). Para los cambios culturales más generales, específicamente los de índole lingüística, véase Haubrichs (1996). Para la discontinuidad de las estructuras eclesiásticas —sobre todo en lo referente a las diócesis— en todo el norte de Francia, véase Theuws y Hiddinck (1996), 66 s.

69. Los estudios más recientes son Perin y Feffer (1987), vol. 2, y Wieczorek *et alii* (1997).

70. Para un estudio relacionado con los asentamientos rurales, véanse Van Ossel (1992), Van Ossel y Ouzoulias (2000) y Lewitt (1991).

71. Werner (1950); Böhme (1974). Los más distinguidos de esos oficiales francos que conocemos gracias a las fuentes históricas son Fraomario, Eroco, Silvano, Mallobaudes, Bauto y Arbogasto.

72. Halsall (2007), 152-161, con referencias; esta teoría apareció por primera vez en Halsall (1992). Reichmann (1996), 61-64, estudia las costumbres funerarias de grupos francos con anterioridad a la instauración de la dinastía merovingia.

73. Para los broches *tutulus*, véase Halsall (2007), 157-159; cf. Böhme (1974). además, como bien observa Halsall, aunque se determinara que los broches son indicadores de un origen germánico, seguiría sin explicarse el aspecto que tienen las armas, pues éste pasaría a constituir una «novedad» en las costumbres adoptadas en territorio romano.

74. Véase capítulo 5, y «El hecho de que pueda darse tanto desacuerdo...».

75. Para la sublevación de Armórica: Zósimo 6.5. Para la década de 410: Exuperancio, *PLRE* 2, 448. Para la historia subsiguiente, véase MacGeorge (2002).

76. Teorías ligeramente distintas sobre el fenómeno de los bagaudas han adoptado Van Dam (1985), 16-20, 25 s., Drinkwater (1989), (1992), y Minor (1996), todos los cuales, sin embargo, se apartan del viejo análisis marxista de la lucha de clases para abordar la cuestión en términos de ayuda mutua en el ámbito local ante la fragmentación del control central del Imperio.

77. Para las políticas seguidas ante los super-reyes alamanes, véase el capítulo 2.

78. En la nota 69 de este capítulo se indican los estudios más recientes al respecto.

79. La historiografía de la investigación es analizada por James (1988).

80. Pirling (1966) y Pirling y Siepen (2003) resumen las investigaciones llevadas a cabo.

81. James (1988), 25-28, estudia la tradición, de la que ya hablan Werner (1935), Bohner (1958) y Perin (1980). Frénouville fue obra de Buchet: véase James (1988), 110 s. Para un buen repaso general, véase Perin (1987), 138 ss.

82. Véase *supra* p. 311.

83. Para la interpretación que ofrece la teoría del «énfasis social», véase Halsall (2007), 350 ss.

84. Para la tesis tradicional, véase, por ejemplo, Perin (1996) o Wieczorek (1996); para su crítica, véase Halsall (2007), 269 s.

85. Para referencias, véase *supra* nota 69.

86. Para el fin de los ritos de cremación en Inglaterra, véase, por ejemplo, Welch (1992).

87. Haubrichs (1996) constituye uno de los mejores estudios recientes sobre este tema. Para las apariciones de fincas estructuradas, véase Halsall (1995a).

88. Volveré a abordar este tema en el siguiente capítulo.

89. Amiano 17.8.3-5.

90. Véase Holt (1987).

CAPÍTULO 7: UNA NUEVA EUROPA

1. El ala radical en materia de identidad que habla del supuesto tópico de la migración está encabezada por Amory (1996) y Kulikowski (2002), (2007), pero la tradición germanófila lleva mucho tiempo analizando el tema en términos de identidades colectivas sumamente fluidas: véanse Wenskus (1961) y Wolfram (1988). La idea de que la caída del Imperio Romano de Occidente fue sorprendentemente pacífica se asocia especialmente con Goffart (1980), (1981) y (2006). En una combinación distinta de esas líneas de pensamiento, Halsall (2007) considera que el Imperio se derrumbó debido a sus propias divisiones internas, especialmente las existentes entre Oriente y Occidente, y que la invasión de los bárbaros fue más consecuencia que causa. En otras combinaciones diversas se observa que estas ideas han ejercido una gran influencia sobre los académicos de los últimos veinte años aproximadamente; véase Ward Perkins (2005), un excelente estudio.

2. Ya hemos visto esos ejemplos en los capítulos 4, 5 y 6. Buena parte del oeste romano fue consciente de que el Imperio de occidente estaba abocado a su fin sólo tras el intento fallido de la conquista del norte de África en 468: véase Heather (2005), capítulo 9.

3. Heather (2005), 375-384.

4. Véase el capítulo 4 del presente libro.

5. Véanse Halsall (2007), capítulo 7, y el capítulo 4 del presente libro.

6. Según mis cálculos, las once campañas de gran envergadura fueron: Ad Salices (377), Adrianópolis (378), la derrota macedonia de Teodosio (381), Frígido (393), la campaña macedonia (395), Épiro (397), Verona y Pollenzo (402), la derrota de Radagaiso (406), el saqueo de Roma (409/410), el ataque de Flavio Constancio (413/415) y la embestida de los vándalos (416-418).

7. Véase el capítulo 5 del presente libro.

8. En líneas generales sucedió lo mismo, aunque en fechas distintas, con otros grupos más reducidos de inmigrantes, a saber, suevos y burgundios. Una tercera fase, en la que los nuevos estados de los inmigrantes entraron en competición unos con otros, se desarrolló también en gran medida recurriendo a la violencia y a veces dio lugar a nuevos movimientos migratorios, como, por ejemplo, el de los visigodos hacia la península Ibérica —véase Halsall (1996), capítulo 9—, pero esta cuestión queda al margen del tema que se trata en estas páginas.

9. Para un análisis más exhaustivo de este modelo, véase Heather (1995). Quiero señalar que esta versión de la caída del Imperio no difiere sustancialmente de la de, por ejemplo, Goffart (1981), a partir del momento en el que los bárbaros ya se encontraban en territorio romano.

10. Véase Jones (1964), vol. 3, apéndice III.

11. Para un análisis más exhaustivo de la situación, véase Heather (2005), capítulo 6.

12. Para Britania meridional, véase el capítulo 6 del presente libro.

13. En la década de 430 los burgundios sufrieron por primera vez una importante derrota militar por parte de los hunos, siendo reasentados a continuación en territorio romano. Para un estudio al respecto, véase Favrod (1997).

14. Para la creación de esos nuevos grupos más grandes, véase pp. 222 ss.

15. Véase el capítulo 5 del presente libro.

16. Para el desarrollo de las interpretaciones de identidad colectiva, véase el capítulo 1 del presente libro.

17. Está perfectamente documentado que las motivaciones de los godos para ponerse en marcha en 376 fueron políticas y negativas. En mi opinión, cabe deducir lo mismo de los emigrantes de 405-408, aunque la ausencia de testimonios explícitos implica la posibilidad de que hubiera otras causas (véase el anterior capítulo 5 del presente libro). Esta posibilidad no repercute en mi exposición sobre el número de migraciones que tenían lugar a mediados de la primera década del siglo v.

18. No hay testimonios de los suevos en este sentido, pero el hecho de que tantísimos otros grupos viajaban con mujeres y niños convierte esta posibilidad en una teoría razonable.

19. Véase el capítulo 6 del presente libro.

20. Véase la nota 20 del anterior capítulo 4, con la indicación de que el dato que proporciona la *Historia Augusta* relativo a los emigrantes godos con un gran número de esclavos, asociado ostensiblemente a las migraciones del siglo III, en realidad hace referencia a acontecimientos posteriores a 376.

21. La distinción —así como la intersección simultánea— entre la vida local romana y las estructuras del estado suele ser pasada por alto, pero constituye un fenómeno histórico de vital importancia. Sólo por dar un ejemplo, los efectos de desvincular a la Iglesia de su contexto romano quedan claramente patentes en la cristiandad sumamente fragmentada que se analiza en Brown (1996) y Markus (1997).

22. Goffart (1980) fue el primero en postular esta tesis, mientras que Halsall (2007), 422-447, responde a algunas de las críticas que aparecen en Goffart (2006), capítulo 6, perfectamente resumidas, añadiendo otros datos muy significativos.

23. Entre los ostrogodos de Teodorico instalados en Italia, sobre los que, en comparación con otros grupos invasores, estamos mejor documentados, hay suficientes testimonios relativos a la existencia de líderes que ocupaban una posición intermedia entre el rey y sus propios seguidores personales pertenecientes a la categoría del soldado raso. Es presumible que dichos líderes fueran responsables de la distribución de botín y propiedades que afectaba a sus hombres. Véase Heather (1995a).

24. Víctor de Vita, *Historia de la persecución 1.13*, junto con Moderan (2002).

25. Para un análisis general de esta consideración, en el que se recogen los testimonios del asentamiento, véase Heather (1996), capítulo 8. También cabe señalar que Goffart (2006), capítulo 6, ha indicado que no hay pruebas de la adjudicación de suelo público, en vez de privado, a los bárbaros. Sin embargo, su comentario ignora las *Novelas de Valentiniano* 34, que informa de que el estado romano compensó precisamente a terratenientes desplazados de la proconsular con ingresos obtenidos con tierras públicas.

26. Para el asentamiento de los burgundios, véase Wood (1990); cf. Halsall (2007), 438 ss., para los visigodos.

27. Para el conflicto en la península Ibérica, véase *infra* p. 239. Para la conquista del norte de África, véase Heather (2005), capítulo 6.

28. Para los ostrogodos, véase el capítulo 5 anterior. Wood (1990) habla del trauma sufrido por los burgundios.

29. En este sentido, vemos aquí una extensión de los modelos del siglo III, pero con una incitación añadida de carácter negativo provocada por el elemento huno (véase capítulo 3).

30. O, como mínimo, la capacidad de formar un contingente suficientemente numeroso en combinación con una gran destreza a la hora de sacar partido de nuevos desplazamientos; véase p. «No debería extrañarnos...» ss.

31. Para los ostrogodos y los francos, véanse pp. 248 y 309 respectivamente.

32. Como hemos visto, el testimonio de Prisco deja perfectamente claro que el principal objetivo de Atila cuando atacó al Imperio Romano era robar parte de su riqueza.

33. «Vos [Anastasio] sois...»: Casiodoro, *Variae* 1.1, según trad. ing. de Hodgkin (1886); para un estudio general, cf. Heather (1996), capítulo 8, con todas las referencias.

34. Véase el capítulo 2, pero nótese que las migraciones del siglo III habían hecho que la periferia externa se fundiera en parte con la interna.

35. Para Teodeberto en particular, véase Collins (1983); para la evolución del poder merovingio en general, cf. Wood (1994), capítulos 3-4.

36. La decisión de Justiniano de atacar Occidente fue a todas luces accidental: véase Brown (1971). Para el colapso de la estructura casi imperial del reino de Teodorico, véase Heather (1996), 248 ss., junto con Wood (1994), capítulos 3-4 sobre la expansión de los francos.

37. Como demuestra claramente la capacidad de Roma de conquistar prácticamente todo el mundo conocido con la ayuda de sus recursos en el Mediterráneo.

38. Véase Wood (1994), capítulos 4 y 10.

39. En mi opinión, este proceso puede considerarse a grandes rasgos como una transformación, a raíz de la cual el Imperio dejó de ser un estado abiertamente conquistador para convertirse en algo más parecido a una comunidad de comunidades provinciales construida sobre bases consensuadas: Véase Heather (2005), capítulos 1 y 3.

40. Wood (1994), capítulos 13 y 15, ofrece un relato de los hechos muy útil y sugestivo.

41. Para un estudio más detallado de este período de la historia, especialmente en lo tocante a la naturaleza del gobierno de Carlos Martel y a las estrategias utilizadas por éste para cimentar su control, véanse Wood (1994), capítulo 16, y Fouracre (2000).

42. Cuenta una célebre anécdota que, tras apoderarse de la corona, se hizo un llamamiento al Santo padre, el papa Zacarías, quien respondió que el trono debía estar en manos de un hombre que ostentara el verdadero poder, no en las de un muñeco. Otra noticia menos famosa, pero probablemente más significativa por aquel entonces, habla de que el cambio de dinastía también fue aprobado por una gran asamblea de los francos. McKitterick (1983) ofrece una excelente relación de los hechos.

43. Collins (1998) ofrece un excelente estudio de esta parte de la historia.

44. [Dunbabin \(2000\)](#) contiene una excelente introducción a esta etapa de la historia.

45. Leyser (1989) y Reuter (1991) constituyen dos buenos estudios del imperio Otoniano.

46. Véase Reuter (1985), (1990).

47. El fenómeno del colapso cultural, con su cronología más precisa, fue identificado por Kazimierz Godlowski: véase, por ejemplo, Godlowski (1970), (1980), (1983). Una anomalía del patrón general es la que constituye el llamado «grupo de Olsztyn». Este grupo, establecido en Mazovia, en la costa sudoriental del Báltico, al este del Vístula, al otro lado de los antiguos límites de la zona de dominación germánica, tenía una cultura material que se caracteriza por la presencia de algunos objetos tradicionales germánicos y de una cantidad considerable de importaciones mediterráneas, un conjunto de piezas que hace que lo datemos con absoluta seguridad en el siglo VI. Lo que sigue sin estar claro, por supuesto, es si los restos fueron depositados por un grupo de inmigrantes germánicos recién llegados a la zona, o si por el contrario son reflejo de la presencia de unos individuos nativos (tal vez de lengua báltica) que adoptaron un nuevo tipo de cultura material. Fuera como fuese, el grupo tuvo una existencia relativamente breve, pues no ha aparecido ningún resto de la cultura Olsztyn que pueda ser datado en el siglo VII: véase Barford (2001), 33, junto con sus referencias.

48. Véanse, por ejemplo, Koch y Koch (1996), Wieczorek (1996) y Hummer (1998).

49. Los sajones que nunca llegaron a ser conquistados totalmente por los merovingios, aunque sometidos a la hegemonía franca, aislaron al mundo escandinavo de toda injerencia explícita de los francos.

50. Como referencia básica, véase la anterior nota 47, desarrollada en Parczewski (1993), 120 ss., y (1997).

51. Las fuentes históricas ofrecen también una posible analogía para explicar el grupo de Olsztyn. Como hemos visto (en el anterior capítulo 5), un sector de los hérulos, derrotado por los lombardos en 508, se trasladó al norte desde la región de la cuenca media del Danubio, estableciéndose por fin en Escandinavia. Así pues, es perfectamente probable que otros individuos de lengua germánica, tomando una opción similar, acabaran estableciéndose más al este.

52. Véase, por ejemplo, Urbanczyk (1997b) y (2005).

53. El caso del número de francos que emigraron al norte de Francia merece también una mención, pero no tenemos claro que procedieran de la zona que sufrió el colapso cultural, de modo que he preferido omitirlo en este experimento mental.

54. Véase el anterior capítulo 4.

55. Véase Batty (2007), 39-42. Para la Gran Polonia, comprendida en la zona afectada por el colapso de las culturas de Przeworsk y Wielbark, un extenso proyecto que incluye prospecciones del área y planimetría de la zona llega a la conclusión análoga de que su densidad de población tras el colapso cultural siguió siendo de un habitante por kilómetro cuadrado: véase Barford (2001), 89-91 (con referencias). Esto sugiere una vez más que la marcha de medio millón de individuos pudo ser muy significativa, pero que, como estas gentes representaban como máximo un tercio de la población, no habría supuesto que el territorio quedara vacío, mientras que, por su parte, es probable que muchas de las zonas afectadas situadas más al sur contaran con una población más numerosa.

56. Véase «Quizá sea un reflejo de ese proceso...» ss.

57. Véase el anterior capítulo 8.

58. Para un estudio reciente de los hechos, véase Kennedy (2007).

59. Así pues, una de las principales cuestiones es por qué la antigua costumbre de los dos imperios de practicar una guerra limitada habría dado lugar a un conflicto tan destructivo para ambas partes.

60. Esta circunstancia se pone claramente de manifiesto en Sartre (1982).

61. Para una útil introducción a este tema, véanse Whittow (1996) y Haldon (1990).

62. La gran expansión del siglo X se produjo cuando el califato abasida se fragmentó como entidad política, y quedó interrumpida cuando los selyúcidas restauraron en el siglo XI cierta unidad en el mundo islámico.

63. Para una introducción, véase Kennedy (2004).

64. No al menos desde el siglo II, cuando tenemos constancia de relaciones diplomáticas oficiales entre los vándalos y el Imperio durante las Guerras Marcomanas: véase el anterior capítulo 2.

CAPÍTULO 8: LA CREACIÓN DE LA EUROPA ESLAVA

1. Los restos en cuestión fueron llamados originalmente de «Praga» por Borkovsky, el primero que los identificó en el país que actualmente se llama República Checa en un estudio de 1940. Para el cambio de nombre, véase nota 9.

2. Especialmente porque gran parte de la tercera zona de Europa, más allá de la periferia externa de Roma, había estado habitada por gentes que llevaban ese tipo de vida. Por tanto no es muy prudente imaginar el tipo de asociación exclusiva y exacta entre «los» eslavos y los restos de Korchak que habría sido postulada en el viejo mundo de la historia de la cultura (véase Capítulo 1).

3. El mapa es el de Barford (2001), 326. La caída del Telón de Acero ha hecho posible estudiar todas estas materias con mucha más naturalidad. Para una buena introducción en inglés a la historia politizada de los estudios eslavos, véanse, por ejemplo, Barford (2001), especialmente el prólogo y el capítulo 13; y Curta (2001), capítulo 1.

4. Kostrzewski (1969) ofrece un buen resumen de su postura, escrito al final de su azarosa vida. Tras estudiar con Kossinna a partir de 1910, pasó la Segunda Guerra Mundial escondido de la Gestapo, pues sus teorías de una primitiva Polonia completamente eslava eran consideradas inaceptables.

5. Shchukin (1975), (1977). En Polonia, el trabajo de Godlowski sobre el sistema de Przeworsk y las culturas eslavas primitivas ha sido fundamental; sus resultados son accesibles al público de habla inglesa sobre todo en Godlowski (1970). Gracias a su labor y a la de sus discípulos, se ha llegado a comprobar que los sistemas de Przeworsk y Wielbark estuvieron completamente dominados por hablantes de germánico, habiendo sido refutadas las primeras «pruebas» arqueológicas de que el segundo de ellos comprendía sólo a pocos emigrantes originarios del sur de Escandinavia. Godlowski se encargó también de demostrar el enorme cataclismo arqueológico que separa la Polonia dominada por los germanos de la época de los romanos de la Polonia dominada por los eslavos de comienzos de la Edad Media.

6. Procopio, *Guerras* 8.40.5, señala que los ataques dieron comienzo en tiempos de Justino. Las incursiones eslavas de diferentes tipos aparecen regularmente en el relato que ofrece Procopio del reinado de Justiniano: Curta (2001), capítulo 3 ofrece un buen estudio reciente.

7. Véanse Barford (2001), 41 ss.; y Curta (2001), 228-246.

8. Jordanes, *Getica* 5.34-35; cf. Tácito, *Germania* 46.2 (para los vénedos) y 46.4 (para los pueblos situados más allá). Para otras referencias a los vénedos, véanse Plinio, *Historia natural* 4.97; y Ptolomeo, *Geografía* 3.5.1 y 7.

9. El «argumento del árbol» fue expuesto por primera vez por el botánico polaco Rostafinski en 1908: Curta (2001), 7-8. Rusanova publicó toda su obra en ruso; para un análisis de su trabajo, con todas las referencias, véase Curta (2001), 230 ss.

10. Véase Curta (1999), (2001), 39-43 (Jordanes); 230 ss. (Rusanova); capítulos 3 y 6 (transformación dinámica de los eslavos a través del contacto con el mundo romano de oriente).

11. Godlowski (1983); Parczewski (1993), (1997, con resumen en inglés); Kazanski (1999), capítulo 2; cf. Barford (201), 41 ss. (que sigue manteniendo una gran amplitud de miras).

12. Jordanes, *Getica* 48.247 (Boz y los antas), junto con Heather (1989), que fija la cronología (véase *supra* p. 273); 50.265-266 (asentamientos de hunos y otros grupos en el Danubio: véase *supra* p. 261).

13. Dolukhnaov (1996) es muy útil para los orígenes del desarrollo a largo plazo de las culturas agrícolas más sencillas del este de Europa.

14. Para una introducción muy útil a los testimonios lingüísticos, véanse Birnbaum (1993); y Nichols (1998).

15. Procopio, *Guerras* 7.29.1-3 (547 d. C.); 7.38 (año 548); 7.40 (año 550). En otro lugar Procopio comenta que las incursiones fueron anuales: *Historia arcana* 18.20; cf. Curta (2001), 75-89.

16. Turris: Procopio, *Guerras* 7.14.32-35. Para los fuertes en general, cf. Curta (2001), 150 ss.

17. Para los ávaros, véanse, por ejemplo, Pohl (1988), (2003); Whitby (1988), junto con Daim (2003) para una introducción en inglés al material arqueológico del imperio de los ávaros.

18. Véase Whitby (1988), especialmente 156 ss.

19. Para la guerra contra Persia, véase *supra* capítulo 7. Para los desastres de la década de 610: Juan de Nikiû, *Crónica* 109; *Milagros de san Demetrio* I.12, 1315; II.1, 2. El sitio de Constantinopla es contado en el *Chronicon Paschale* 626 d. C.

20. *Milagros de san Demetrio* II.4 cita a los eslavos runchinos, del Estrimón y sagudatas entre los que atacaron en ese momento Tesalónica; *Milagros* II.1 añade los nombres de los bayunitas y los busetas. Para las deportaciones, véase Teófanos, *Crónica* 6180 A. M. (687-688 d. C.). Justiniano intentó emplearlos después para luchar contra los árabes, pero en el momento crucial de la batalla de Sebastopol de 692 cambiaron de bando: Teófanos, *Crónica* 6184 A. M. (691/2 d. C.), donde aparece la cifra de 30.000 hombres. Para los materiales arqueológicos del norte y el oeste de los Balcanes, véanse Kazanski (1999), 85-86, 137; y Barford (2001), 58-62, 67 ss.

21. Las siete tribus eslavas: Teófanos, *Crónica* 6171 A. M. (678/9 d. C.). Para el revelado de la imagen arqueológica, véanse Kazanski (1999), 138; y Barford (2001), 62 ss., con las referencias. Para una introducción a los búlgaros, véase Gyuzelev (1979).

22. *Milagros de san Demetrio* II.4 junto con *De administrando imperio* 4950 para Patras. Para la arqueología, véanse Kazanzki (1999), 85 s., 137; y Barford (2001), 233-234, que se opone en parte a los pasados intentos descaradamente optimistas de utilizar esos materiales para «demostrar» la versión ofrecida por la *Crónica de Monemvasiá* de una eslavización temprana y masiva del Peloponeso: véase, por ejemplo, Charanis (1950).

23. *De administrando imperio* 30 y 31 (versiones croata y bizantina respectivamente de la llegada de los croatas); 32 (serbios). Samo: Fredegario, *Crónica* 4.48; cf. 4.72 (sobre los búlgaros). Para más comentarios, cf. Pohl (2003). La opinión de los especialistas está dividida respecto a la credibilidad que debe concederse a los relatos de *De administrando imperio*.

24. Para más comentarios, Barford (2001), 73-75; Curta (2001), 64-66, con referencias. también se ha defendido el origen iranio de los nombres de algunos caudillos de los antas, pero su etimología sigue siendo materia de controversia.

25. Para las referencias, véase *supra* nota 21.

26. La información del *Geógrafo bávaro* se oculta tras todas las noticias del siglo IX acerca de la Europa central eslava, y el estudio de los siglos anteriores se elabora siempre teniendo en cuenta este resultado. Las maniobras diplomáticas de los carolingios del siglo IX se centraron siempre en los pueblos comprendidos dentro de esta zona: los eslavos del Elba, los bohemios y los moravos.

27. Para el siglo X, véase el capítulo 10. Para la época romana, cf. mapa 1.

28. 512 d. C.: Procopio, *Guerras* 6.15.1-2. Hildegesio: Procopio, *Guerras* 7.35.16-22; cf. Curta (2001), 82, con todas las referencias a más bibliografía secundaria, hablando de Eslovaquia como la zona en la que llevó a cabo el reclutamiento de los eslavos. Samo: Fredegario, *Crónica* 4.48, 68.

29. La bibliografía es enorme, pero entre otros estudios recientes véanse Brachmann (1997); Parczewski (1997); Kazanski (1999), 83-96; Barford (2001), 39-44; y Brather (2001). Todos ellos se basan (actualizándolos) en estudios anteriores como Donat y Fischer (1994); Szydlowski (1980); Brachmann (1978); y Herrmann (1968).

30. Para la nueva cerámica fabricada al torno, véanse Barford (2001), 63 ss., 76-79, 104-112; y Brather (2001), cf. Brather (1996). Para la vieja teoría de una segunda migración, véase Brachmann (1978), con las referencias.

31. Para un análisis general, véase Godlowski (1980), (1983), y véase *supra* pp. 427 ss. La marcha de los lombardos a Italia en 568 cambió considerablemente el aspecto de los patrones arqueológicos de la región del Danubio Medio.

32. Barford (2001), 53-54, 65-66, con las referencias.

33. Para la información básica, véanse Kobylinski (1997); y Barford (2001), 65-67, 76-77. Para una introducción a las teorías más antiguas, véase Herrmann (1983). Las costumbres funerarias de Sukow-Dziedzice no se conocen; debían de consistir en algún rito invisible desde el punto de vista arqueológico, como un enterramiento superficial o una cremación del cadáver sin ningún objeto adicional, que permitiera su identificación.

34. Véase Kobylinski (1997).

35. Para las referencias, véase *supra* nota 33.

36. Para una introducción útil, véanse Franklin y Shepard (1996), 71 ss.; y Goehrke (1992), 34-43.

37. Para los testimonios lingüísticos, véase *supra* nota 14.

38. Para los testimonios, véanse Goehrke (1992), 14-19; Parczewski (1993); Kazanski (1999), 96-120; y Barford (2001), 55-56, 82-85, 96-98. La formulación «dominada por eslavos» ha sido cuidadosamente escogida para recordar al lector que las viejas ideas preconcebidas de la interpretación basada en la historia cultural podrían ser equívocas en la época de los eslavos como en la sus antecesores germánicos: véase *supra* capítulo 1.

39. Para un esbozo general y más información, véanse Goehrke (1992), 2033; y Barford (2001), 85-89, 96-99.

40. Las diferentes respuestas posibles quedan bien definidas en dos libros recientes sobre la historia primitiva de los eslavos. Kazanski (1999), especialmente 120-142, sostiene que las semejanzas generales en el estilo de vida que podemos encontrar entre las culturas de Korchak-Praga, Penkovka y Kolochin indica que si las dos primeras eran eslavas, también tenía que serlo la tercera. En su opinión, gran parte de la llanura de Europa Oriental, el territorio ocupado por la cultura de Kolochin, hablaba ya eslavo c. 500 d. C. (cf. mapa 16). La expansión de Korchak/Penkovka a partir del siglo VII supuso una revolución política, no lingüística. Barford (2001) identificaría la creación de la propia cultura de Praga-Korchak como un momento de eslavización primaria en el que baltos y eslavos llegaron realmente a diferenciarse unos de otros. Para él, pues, la expansión hacia el norte y hacia el este de la cultura de Praga-Korchak durante el siglo VII, seguida por la creación de las tradiciones de Luka Raikovetskaia, Volyntsevo y Romny-Borshevo, representa no sólo una revolución política, sino también el momento en el que los eslavos pasaron por vez primera a dominar el territorio, aunque absorbiendo al mismo tiempo en sus nuevas estructuras sociales a gran parte de la población indígena.

41. Grupo mixto de mil seiscientos hunos, antas y esclavos: Procopio, *Guerras* 5.27.1; los tres mil esclavos: Procopio, *Guerras* 7.38; Hildegesio: Procopio, *Guerras* 7.35.16-22; los cinco mil esclavos de Tesalónica: *Milagros de san Demetrio* I.12.

42. Posiblemente en consonancia también con algún tipo de modelo de «oleada de avance» esté el hecho de que distintos grupos eslavos que se encontraban en lugares muy distintos al término del proceso de migración utilizaran, al parecer, los mismos nombres. La explicación de este fenómeno adoptada habitualmente es que grupos que unificados en su origen se escindieron en fragmentos que se trasladaron en direcciones distintas a medida que avanzaba la migración eslava. Este proceso explicaría tal vez también por qué algunos materiales de los sistemas Praga-Korchak, Penkovka e incluso Kolochin se han encontrado en los Balcanes mezclados unos con otros (véase *supra* nota 40). Subsiste, sin embargo, el problema de que los ejemplos mejor documentados de nombres que aparecen en varias ocasiones tienen que ver con los serbios y los croatas, militares, al parecer, especializados (véase *supra* p. 487), y no en el tipo más conservador de agrupación social pequeña que llevó consigo por todo el paisaje europeo la cultura de Korchak en su forma más completa.

43. *Strategikon* de Mauricio 11.4. Dadas las dimensiones relativamente pequeñas de los grupos en los que operaban, esta preferencia presumiblemente reflejaba un deseo de protección adicional, no un amor intrínseco por los terrenos escabrosos. Para los indoeuropeos y las oleadas de avance, véase Renfrew (1987).

44. Para las referencias, véase notas *supra* 20 y 22. El contexto político nos proporciona también buenos motivos de que los asentamientos de los Balcanes fueran llevados a cabo por unidades mayores. Asimismo en el caso del Peloponeso los grupos eslavos con nombre conocido se diferenciaban de la población local de lengua griega, de modo que, una vez más, las unidades cuyo nombre se consigna serían, al parecer, propiamente eslavas, y no el resultado de ninguna reorganización de las poblaciones nativa e inmigrante.

45. Musocio: Teofilacto 6.8.13-6.9.15. Ardagasto: Teofilacto 1.7.5, 6.7.1-5, 6.9.1-6. Perigastes: Teofilacto 7.4.8 ss. Dabritas: Menandro fr. 21. Disputa sobre los prisioneros: Teofilacto 6.11.4-21. Para la transformación sociopolítica de los eslavos más próximos a la frontera del Imperio Romano de Oriente, véase Curta (2001), especialmente capítulo 7. Para guardar las debidas proporciones, un grupo de población de unos diez mil individuos en total no habría podido poner en el campo de batalla a más de mil o dos mil combatientes, y sería mucho más pequeño —unas diez veces más pequeño— que algunos de los grupos de emigrantes atestiguados entre los germanos de la época de los hunos (véase capítulo 4).

46. Para las referencias, véase *supra* notas 23 y 24; para los cinco mil soldados eslavos de «elite» en Tesalónica, cf. nota 41.

47. Para las referencias generales, véase *supra* nota 39. Para Novotroitskoe, véase Liapushkin (1958).

48. Mauricio, *Strategikon* 11.4.

49. Para Bohemia, véase Godja (1988); cf., en general, Kolendo (1997). Para los análisis del polen, véanse Brachmann (1978), 31-32; Herrmann (1983), 87-89. La discontinuidad es el tema de estudio también de Henning (1991). Para el colapso de la cultura germánica, véanse también las páginas 427 ss.

50. Fredegario, *Crónica* 4.48. Para la agricultura y su expansión, véase Barford (2001), capítulo 8, (2005), con todas las referencias. La información verdaderamente buena en torno a la expansión demográfica se limita sólo a unas pocas zonas, pero el proyecto de recorrido a pie y prospección del campo en la Gran Polonia ha llegado a la conclusión de que las densidades de población aumentaron de menos de una persona por kilómetro cuadrado hacia 500 d. C. a tres por kilómetro cuadrado en 900 d. C.: véase Barford (2001), 89-91, con las referencias correspondientes. Las indicaciones de la tecnología agrícola nos vienen a contar lo mismo en términos cualitativos. Por ejemplo, los arados sólo empezaron a utilizarse en los confines más septentrionales de la zona boscosa de Rusia cuando se produjo la difusión de la hegemonía eslava de la región en la segunda mitad del primer milenio: véase Levaskova (1994).

51. Para las referencias, véase *supra* nota 33.

52. Véase Halsall (2007), 383 ss.

53. Para la *Crónica de Monemvasiá*, véase Charanis (1950). Para Patras y Ragusa, véase *De administrando imperio* 49-50; cf. (para la evacuación de Salona) Whitby (1988), 189-190, con las referencias pertinentes.

54. Véase *supra* capítulo 4.

55. Urbanczyk (1997b), (2005). No hay testimonios históricos explícitos que sustenten esta teoría de la explotación del campesinado germánico, pero, a modo de analogía, es seguro que el campesinado romano enormemente explotado buscó a veces refugio en paraísos fiscales (quizá muy relativos) al otro lado de la frontera del Imperio. Una faceta de las actividades del emperador Constancio al norte del Danubio en 358, como hemos visto, fue «liberar» al campesinado que había huido al norte de la frontera: véase capítulo 3.

56. Fredegario, *Crónica* 4.48; cf. Urbanczyk (2002).

57. Podría explicarse así también cómo se apoderaron los eslavos de algunos hidrónimos y topónimos germánicos; de ese modo la isla de Rügen y Silesia, por ejemplo, habrían recibido, al parecer, su nombre de los rugios y los vándalos silingos respectivamente.

58. Véase Henning (1991), que corrige y hace públicas las distorsiones políticas de la época de la RDA perceptibles en Herrman ((1984), (1985), 33 ss.

59. Topiro: Procopio, *Guerras* 7.39. Sucesos de 594: Teofilacto 7.2.1-10.

60. Esto nos proporciona una explicación alternativa —y mucho más convincente— de los modelos nacionalistas de raigambre ideológica acerca de los eslavos «sumergidos» que vivían bajo el dominio de una pequeña elite germanohablante.

61. Véase capítulo 10.

62. Para un excelente panorama general, véase Barford (2001), capítulos 3-8.

63. Jordanes, *Getica* 48.247, y véase *supra* nota 12.

64. *Chronicon Paschale* (626 d. C.); cf. los relatos más generales de las relaciones entre ávaros y eslavos en Whitby (1988), 80 ss.; y Curta (2001), 90 ss.

65. Fredegario, *Crónica* 4.48.

66. El grupo de Mogilany es anterior a la llegada de los ávaros, pero es posible que éstos dieran un nuevo impulso a la creación del sistema de Sukow-Dziedzice, aunque, como hemos visto, la cronología interna es todavía demasiado poco clara para permitirnos insistir en este punto: para las referencias, véase *supra* nota 33.

67. Para sendas introducciones sumamente útiles a la historia y la arqueología del imperio de los ávaros, véanse Pohl (2003); y Daim (2003).

68. Véase *supra* p. 238.

69. Para Dulcinea, véase Curta (2006), 56-57.

70. Canoas de los eslavos: *Chronicon Paschale* (626 d. C.); *Milagros de san Demetrio* II.1.

71. Buko (2005), capítulo 3.

CAPÍTULO 9: DIÁSPORAS VIKINGAS

1. «Desde Hearnar, en Noruega, hay que navegar hacia el oeste para llegar a Hvarf, en Groenlandia, y luego navega al norte de Shetland, de modo que sólo pueda divisarse si hay muy buena visibilidad, pero al sur de las Feroe, de modo que el mar aparezca a la mitad de sus montañosas laderas, y tan lejos al sur de Islandia que sólo se divisen de ella las aves y las ballenas»: del *Hauksbok* del siglo XIV, citado en Hill (1997), 198.

2. Desde la perspectiva británica hay una fuerte tendencia a distinguir dos épocas de grandes invasiones vikingas: una en el siglo IX y otra a finales del X y comienzos del XI. Esta última, sin embargo, tuvo un carácter notablemente distinto, pues fue organizada por una monarquía danesa centralizada y supuso realmente poca migración; será considerada, por tanto, en el capítulo 10.

3. Para la logística de la navegación en aguas septentrionales, véase Crawford (1987), capítulo 1.

4. Hay una bibliografía casi infinita acerca de las incursiones vikingas en Occidente, pero entre otros libros, Nelson (1997), Keynes (1997), y O Corrain (1997) ofrecen una excelente introducción al tema, convenientemente complementada por los correspondientes capítulos de Forte *et alii* (2005), y Loyn (1995).

5. Véase Crawford (1987), capítulo 4 (topónimos); 136 ss. (tipos de asentamiento); cf. Ritchie (1993). Algún indicio de lo que debió ocurrir al norte se desprende de las acciones que se desarrollaron en Irlanda (véase la nota siguiente).

6. Véase, por ejemplo, la *Crónica de Irlanda* para los años 807, 811, 812 y 813; la serie de ataques registrados son prácticamente anuales a partir de 821, lo que da a entender que el embate contra Irlanda se intensificó un poco antes que el de Inglaterra y el continente. La *Crónica de Irlanda* (para el año 848) llama al caudillo vikingo Tomrair *tanaise rig*, término que en irlandés designa al presunto heredero de un rey o a su segundo al mando (Charles-Edwards (2006), vol. 2, 11). Quizá fuera, por tanto, un conde (inglés *earl*; cf. antiguo nórdico *jarl*) más que un «rey»: véase *infra*. Las actividades en Inglaterra y en el continente son tratadas exhaustivamente en Nelson (1997); y Keynes (1997).

7. Para más detalles, véanse Nelson (1997); Keynes (1997); y Coupland (1995), 190-197.

8. Véase O Corrain (1997), con el utilísimo comentario de Charles-Edwards (2006) en las notas a su traducción de la *Crónica de Irlanda*. Para los dos reyes, véase la obra pionera de Smyth (1977). Más detalles sobre la muerte real de Reginario se cuentan en la *Translatio* de san Germán: véase Nelson (1997).

9. Para algunos resúmenes útiles, véanse Coupland (1995), 197-201; y Keynes (1997). El relato de la *Crónica anglosajona* para estos años es excelente (en términos de los albores de la Edad Media).

10. Para la naturaleza de los Grandes Ejércitos, véase especialmente Brooks (1979); cf. Smyth (1977). El ir y venir de guerreros entre Inglaterra y el continente puede seguirse con más detalle en Nelson (1997) y Keynes (1997).

11. Los estudios acerca de las reformas de Alfredo son muy abundantes, pero Brooks (1979) constituye una introducción utilísima. Puede complementarse para más detalles, por ejemplo, con Smyth (1995); y Abels (1998). Muchos textos relevantes han sido convenientemente reunidos y traducidos en Keynes y Lapidge (1983).

12. Para más detalles véanse Nelson (1997); y O Corrain (1997).

13. Para Bretaña, véanse J. Smith (1992), 196-200; y Searle (1988), 29-33. Para sendas introducciones (hasta cierto punto) opuestas a la historia de Normandía, véanse Bates (1982); y Searle (1988), especialmente capítulos 5 y 8.

14. Para las Orcadas, véase Crawford (1987), 51 ss., junto con Rafnsson (1997) para Islandia y la diáspora atlántica.

15. Para un resumen más general, véase O Corrain (1997); para un tratamiento mucho más detallado, y también ligeramente controvertido, véase Smyth (1979).

16. Nos han llegado distintas noticias en extractos medievales de Ibn Rusteh —véase Wiet (1957)—, Ibn Jaqub —véase Miquel (1966)—, e Ibn Fadlan —véase Canard (1973)—; cf. Melnikova (1996), 52-54.

17. Para los «rápidos», véase *De administrando imperio*, capítulo 9. Para los tratados comerciales, véase la *Primera Crónica Rusa* (911 y 914 d. C.). Para una introducción al debate, con todas las fuentes, véanse Franklin y Shepard (1996); Melnikova (1996), 47-49; y Duczko (2004), 3 ss.

18. Ibn Fadlan presenta también a los rus según los estereotipos nórdicos: altos y rubios, con la tez rosada.

19. *Primera Crónica Rusa* (860-862 d. C.). Para la tradición textual, véase la introducción a la traducción de Cross y Sherbowitz-Wetzor (1953), junto con las ideas de Franklin y Shepard (1996), 27 ss.; Melnikova (1996), capítulos 7-9.

20. Noonan (1997) nos ofrece una excelente introducción; el estudio general es en estos momentos el de Duczko (2004).

21. Ibn Jaqub, *Relación* (véase nota 16).

22. *Vida de san Ansgario* 30. Para Ottar, véase Luna (1984); cf. Melnikova (1996), 49-52.

23. Como veremos en el capítulo 10, hay buenos motivos para suponer que muchos esclavos eran adquiridos también a través de intermediarios indígenas.

24. Ibn Jaqub, *Relación* (véase nota 16). Para el circuito invernal de los rus durante la primera mitad del siglo X, véase *De administrando imperio* 9.

25. *Primera Crónica Rusa* (911 y 944 d. C.); para un comentario detallado, véase Franklin y Shepard (1996), 106 ss. y 118 ss.: la comparación muestra, entre otras cosas, un aumento de la cantidad de rus que comerciaban con Constantinopla.

26. *De administrando imperio* 9.

27. Para una introducción excelente, véase Noonan (1997).

28. Para los testimonios arqueológicos de esta primerísima fase de la actividad escandinava en el sur de Rusia, véase Duczko (2004), capítulo 2. Para la comparación de Constantinopla y los califatos como mercados potenciales, véase el capítulo 7.

29. Vikingos suecos: *Anales de san Bertín* 839 d. C. (Habría que preguntarse si ésa fue la primera vez que se intentó seguir la ruta del Dniéper.) Muerte de Sviatoslav: *Primera Crónica Rusa* (972 d. C.)

30. Los barcos en cuestión presumiblemente serían *monoxyla* eslavos, hechos de un simple tronco de árbol ahuecado, y no los barcos vikingos alargados utilizados predominantemente en Occidente.

31. Para el ataque contra Abaskos y lo que ocurrió después, véanse Franklin y Shepard (1996), 50 ss.; y Duczko (2004), capítulo 1.

32. Para la anarquía de Samarra, véase Kennedy (2004).

33. Para la afluencia de monedas, véase Noonan (1997).

34. Para los testimonios arqueológicos de colonos escandinavos de esta época, véanse Franklin y Shepard (1996), 91 ss.; Duczko (2004), capítulos 3-5.

35. Véanse Franklin y Shepard (1996), capítulo 3; Melnikova (1996), 5460; y Duczko (2004), capítulo 6.

36. Véanse Likhachev (1970); y Melnikova (1996), 105-109.

37. Citado en O Corrain (1997), 94.

38. Véase Sawyer (1962).

39. *Crónica de Irlanda* para el año 848.

40. Healfdan: *Crónica anglosajona* (878 d. C.). La tesis de la magnitud de los Grandes Ejércitos fue expuesta de forma exhaustiva por Brooks (1979); cf. Smyth (1977) para su estructura, con la identificación de Olaf e Ingvar. (Estos datos han sido luego aceptados por Sawyer.) Del mismo modo, para el continente, cuando los francos obtuvieron la gran victoria del Dyle, mataron a dos reyes vikingos y capturaron dieciséis estandartes reales.

41. Colonias reseñadas: *Crónica anglosajona* (años 876, 877 y 880 d. C.). Los cálculos basados en el *Libro de Winchester (Domesday Book)* indican que la población total de Inglaterra en 1086 era quizá de un millón y medio de almas, y la colonización no afectó a todo el país.

42. *Crónica anglosajona* (896 d. C.).

43. Véanse Vince (2001); y Leahy y Paterson (2001); cf. los estudios más generales de Hart (1992); y para un buen panorama del testimonio de los topónimos, con todas las referencias, véase Fellows-Jenson (2001).

44. Véanse O Corrain (1997), (1998); y Smyth (1979).

45. Para una introducción muy útil, véase Ritchie (1993), 25-27.

46. *Crónica de Irlanda* (para los años 856, 857, 858 d. C.); cf. O Corrain (1998), 326-327; y Charles-Edwards (2006), vol. 2, 4-5.

47. Para el testimonio del ADN, véanse Helgason *et alii* (2000), (2001), (2003); y Goodacre *et alii* (2005).

48. Para una introducción útil, véase Rafnsson (1997).

49. El Gran Ejército: *Crónica anglosajona* (para el año 892 d. C.). Para el testimonio del ADN, véase la nota 47. Como veíamos en el caso de los testimonios anglosajones (capítulo 6), interpretar las proporciones modernas como si fueran un reflejo directo de las del pasado comporta un margen de error considerable.

50. Véase *supra* nota 28.

51. Y para indicar que los nórdicos llegaron en realidad aquí antes que los inmigrantes eslavos: véase *supra* nota 34.

52. Para las referencias, véase *supra* nota 35.

53. Este tipo de runas conmemorativas fueron erigidas en mucha mayor cantidad al final del período vikingo: véase B. Sawyer (1991).

54. Véase Wormald (1982).

55. Como introducción a la historia de Inglaterra y de Escocia después de los vikingos, véanse respectivamente Campbell (1982); y Broun *et alii* (1998). Davies (1990), capítulo 4, aborda la misma cuestión respecto a Gales.

56. Para las referencias pertinentes, véase *supra* notas 13 y 14.

57. Véanse, por ejemplo, P. Sawyer (1982), (1997a); y Sawyer y Sawyer (1993), capítulo 2, con las referencias pertinentes.

58. Para los dirhams, véase Noonan (1997), 145 (y cf. los comentarios de los viajeros árabes acerca de la asombrosa riqueza en plata de los mercaderes rus: véase *supra* nota 16). Para Francia, véase Nelson (1997), 37.

59. Para los antecedentes de la época de los romanos, véase *supra* capítulo 2.

60. A modo de introducción útil, véanse Crawford (1987), capítulo 1; Bill (1997); y Rafnsson (1997).

61. Véase Melnikova (1996), 3-18 (para la mezcla de información práctica y materiales eruditos y bíblicos de la geografía escandinava de la Edad Media), y 31-44 (para una explicación brillantemente evocadora de las principales rutas fluviales rusas y sus interconexiones).

62. La expansión anglosajona en Inglaterra, en cualquier caso, sería hasta cierto punto comparable: véase el capítulo 6.

63. Asser Saxe: runa de Aarhus n.º 6; cf. Roesdahl (1991), 58; para las *sodalitates*: *Anales de san Bertín* (año 862 d. C.); cf. Nelson (1997), 36.

64. Para Asser Saxe, véase la nota anterior. Para los tipos de barco, véase Bill (1997). Para los *monoxyla*, véase la nota 26; cf. Melnikova (1996), 33. Debido a los rápidos, los bajíos y los bancos de arena del río Volkhov, había que cambiar los barcos por barcazas precisamente en el Ladoga.

65. Para una introducción útil, véase Bill (1997).

66. Para un excelente panorama general publicado recientemente, véase Wickham (2005), 680-690, 809-811, con todas las referencias relativas a las excavaciones, la mayoría de las cuales se han producido durante la última generación de estudiosos.

67. Los emporios eran centros donde abundaban los bienes muebles, de modo que es cuando menos posible que un incidente inicial acabara convirtiéndose en el objetivo final; ésa sería desde luego mi conjetura.

68. Véase Wormald (1982). Para una introducción a este primer estado «danés», véanse Roesdahl (1982), especialmente capítulos 5 y 8; Hedeager (1992); y Lund (1995), 202-212.

69. Anoundas: *Vida de san Ansgario* 19. Reginario: véase *supra* nota 8.

70. Este fenómeno ha dado lugar al concepto de «nuevo medievalismo» en la teoría de las relaciones internacionales, conceptualización del hecho de que los estados del Tercer Mundo en particular se den cuenta de que en la práctica no tienen el monopolio del poder o de la autoridad en su supuesto espacio territorial. Para una introducción a estos debates, véase Friedrichs (2004), capítulo 7.

CAPÍTULO 10: LA PRIMERA UNIÓN EUROPEA

1. Tietmaro, *Crónica* 4.45-46.1

2. El estudio clásico en inglés de estos tres reinos sigue siendo Dvornik (1949); cf. Dvornik (1956). La bibliografía disponible hoy día es enorme, y las referencias que damos a continuación se limitan en gran medida a obras escritas en lenguas de la Europa Occidental, en las que, en cualquier caso, han solido siempre escribir (y suelen escribir cada vez más hoy día) los principales actores del mundo eslavo, al menos a intervalos regulares. Complementos importantes a los escritos de Dvornik nos los proporcionan, en primer lugar, obras de carácter general muy útiles como, por ejemplo, Barford (2001); y Curta (2006); y en segundo lugar, las colecciones de artículos que tratan de los diversos estados eslavos: Manteuffel y Gieysztor (1968); Settimane (1983); Brachmann (1995); Urbanczyk (1977a), (2001); Curta (2005); y Garipzanov *et alii* (2008). Luego están, en tercer lugar, los estudios dedicados a algunos reinos en concreto. Polonia: Manteuffel (1982); Urbanczyk (2004). Bohemia: Wegener (1959); Graus y Ludat (1967); Turek (1974); Sasse (1982); Prinz (1984); Godja (1988), (1991). Moravia: Dittrich (1962); Bosl (1966); Graus y Dostál (1966); Poulik *et alii* (1986); Bowlus (1995); M. Eggers (1995). Estas obras proporcionan la base de mi interpretación de la formación del estado en Europa del este a finales del primer milenio; sólo pondré notas a puntos muy específicos durante el resto del capítulo, pero esta bibliografía estará siempre implícita en él.

3. Dvornik era muy consciente de ese punto, aunque no estudiara a Dinamarca con el mismo detalle que a los reinos eslavos. Los artículos relevantes para la formación del estado escandinavo aparecen en algunas de las fuentes secundarias enumeradas en la nota anterior. Además, entre la inmensa bibliografía existente, son particularmente útiles los siguientes estudios de la aparición del primitivo estado danés: Randsborg (1980); Roesdahl (1982); Hedeager (1992); Sawyer y Sawyer (1993); Rumble (1994); Lund (1997).

4. Dvornik estudió con algún detalle la historia del primer estado rus (véase *supra* nota 2, junto con las obras complementarias reseñadas aquí). Para más información, véanse, por ejemplo, Kaiser y Marker (1994); Franklin y Shepard (1996); Melnikova (1996); Duczko (2004); para las estructuras legales, véase D. Kaiser (1980), (1992).

5. El primer historiador nacional del estado danés, Saxo Grammaticus, realizó su obra unos setenta y cinco años después que sus colegas eslavos.

6. Para una introducción a los nuevos modelos culturales de la época carolingia y los siglos posteriores, véase McKitterick (1989), (1994).

7. Para un comentario muy útil de la *Crónica* de Tietmaro, véase Schröder (1977). Dvornik estaba enormemente interesado en la conversión de estos estados al cristianismo: además de las obras citadas en la nota 2, véase especialmente Dvornik (1969). Muchos de los estudios citados en las notas 2-4 tratan de la conversión de los eslavos, pero pueden verse otras informaciones y análisis muy útiles, por ejemplo, en Wolfram (1979), (1995); Kantor (1990); Urbanczyk (1997b); Wood (2001).

8. Además de los estudios citados en la nota 3, hay varios artículos útiles en Scragg (1991) y Cooper (1993), especialmente los de Sawyer (1993) y Lund (1993). Véanse también en Rumble (1994), los artículos de Sawyer (1994) y Lund (1994). La rehabilitación de la reputación de Etelredo —véase, por ejemplo, Keynes (1987)— no viene más que a subrayar la capacidad militar de la dinastía danesa.

9. Para las fortificaciones del *dux* Rastiz de Moravia, véanse *Anales de Fulda* 869 (cf. *ibídem* 855). Para las fortificaciones eslavas y danesas, véase *supra* notas 2-4, pero particularmente útiles son Kurnatowska (1997a); Dulinicz (1997); y Petrov (2005). Para los alamanes, véase el capítulo 2. Según la opinión general, la unidad política de los tervingos se vino abajo porque su líder los indujo a construir fortificaciones, pero sólo cuando tuvieron que enfrentarse al mismo tiempo a la agresión de los hunos: Amiano 31.3.8, y véase *supra* capítulo 4.

10. Véase Ibn Fadlan, *Relación*, junto con Tietmaro, *Crónica* 4.46 (citado en la p. 586). Fuerzas polacas en 1003: Tietmaro, *Crónica* 5.36-37. Para otras fuentes de ingresos, véase *infra* pp. 637 ss.

11. Una fuente bizantina señala que la fuerza de los rus que ayudó a Basilio II estaba formada por seis mil hombres: Franklin y Shepard (1996), 161-163. Contingentes territoriales: *Primera Crónica Rusa* (1015 d. C., 1068 d. C.). Los séquitos de clientes aparecen regularmente en las fuentes bohemias traducidas por Kantor (1990).

12. *Encomio de la reina Emma* II.4. Lund (1986), (1993) sostiene de forma contundente la existencia de un ejército exclusivamente mercenario, pero las descripciones del *Encomio* suenan más a una hueste mixta, y conviene señalar que los *jarle* mucho menos poderosos de las Orcadas habían impuesto obligaciones militares cuidadosamente definidas a las poblaciones de sus territorios desde fecha temprana: Crawford (1987), 86-91. En mi opinión, la naturaleza del estado danés, como sucedía con sus homólogos eslavos, conllevaba probablemente que hubiera notables diferencias entre las distintas partes del reino: véase *infra* pp. 597 ss.

13. Para la Iglesia de los Diezmos, véase Franklin y Shepard (1996), 164-165. Para otras referencias, véase *supra* notas 2-4, junto con Kurnatowska (1997a); Shepard (2005); y Font (2005).

14. Para las infraestructuras del transporte danés, véanse Randsborg (1980), 75 ss.; y Roesdahl (1982), capítulo 3.

15. Para una introducción al tema, véase Dvornik (1949), 105-110, junto con el Apéndice 5, aunque los detalles del territorio que define son muy discutidos.

16. Para Moravia y Bohemia, véanse Jirecek (1867) y Friedrich (1907) para algunos textos, junto con Cantor (1983) para el comentario. Para Rusia, véase D. Kaiser (1980), (1992).

17. Este patrón, sin embargo, no tiene aplicación en Moravia, cuya capacidad de actuar como centro estatal fue aniquilada por la aparición del poder de los magiares en la década de 890, tras lo cual se convirtió en uno de los territorios que fue cambiando de manos.

18. Para un relato más detallado en inglés, véase Dvornik (1949). Randsborg (1980), 75 ss., es excelente para los principios del sistema de jornadas. Para los documentos bohemios, véase *supra* nota 16. Para excelentes comentarios sobre la información polaca, véase Lowmianski (1960); y Gorecki (1992).

19. *Primera Crónica Rusa* (945-955 d. C.).

20. Véase, por ejemplo, Roesdahl (1982), 147-155. Una cuarta parte de los edificios de Fyrkat eran residenciales, por ejemplo, y una tercera parte estaban dedicados a almacenes.

21. Sobibor moriría más tarde en Praga en 1004 luchando contra Jaromir, el soberano premyslida destronado, tras regresar a Praga con un ejército polaco: Tietmaro, *Crónica* 6.12. Para un relato general, véase Urbanczyk (1997c).

22. *Anales de Fulda* (845,872, 895 d. C.) con las referencias secundarias citadas en la nota 2.

23. Para algunos comentarios, véase Wolfram (1995); cf. las reconstrucciones geográficas distintas de Bowlus (1995); y M. Eggers (1995). No obstante, independientemente de dónde se sitúe, el proceso político básico sigue siendo el mismo.

24. La imagen tradicional era la de que había treinta «tribus» pequeñas en el siglo VII, que acabaron constituyendo ocho más grandes, según los principios marxistas, en el IX. se trataba sobre todo de conjeturas basadas en la extrapolación de datos del *Geógrafo bávaro anónimo*, que no cubre las tierras situadas más allá del Óder (véase capítulo 8), y en la analogía con Bohemia: cf. Barford (2001), capítulo 12. Este modelo quizá no esté muy lejos de la realidad histórica, si no es porque debemos tener en cuenta un final mucho más violento: véanse especialmente Kurnatowska (1997a); y Dulinicz (1994), (1997).

25. Para la aparición del estado de los rus, véase Franklin y Shepard (1996), capítulo 3.

26. *Primera Crónica Rusa* (974 d. C.: Sveinald); 978 d. C.: Rovgolod/Ragnvaldr y Tury; 993 d. C.: las concubinas.

27. Para un análisis más exhaustivo de la dinastía de Jelling, véanse las referencias de la nota 3. Para la suerte que corrió el estado del siglo IX, véase *supra* p. 580.

28. Para los reyes asociados con los Grandes Ejércitos del siglo IX, véase el capítulo 9. Para más detalles respecto a los modelos del siglo X, véase la bibliografía citada en la nota 3.

29. Para las referencias generales, véase la nota anterior. Para la explicación del elemento «marca» de «Dinamarca», véase Lund (1984), 21-22; cf. Lund (1997).

30. Véase *supra* capítulo 8, junto con Curta (2001), capítulo 7.

31. Miecislao: Ibn Jaqub. Bohemia: *Anales de Fulda* (845 d. C.), junto con los textos traducidos en Kantor (1990). Moravia: *Anales de Fulda* (894 d. C.). Rusia: Ibn Fadlan, *Relación; Primera Crónica Rusa* (945-946 d. C.). Germanos del siglo IV: véase *supra* capítulo 2. Eslavos del siglo VI: Curta (2001), capítulo 7.

32. Para un análisis ulterior, véanse el capítulo 8 y el capítulo 1 (a propósito del mundo germánico primitivo).

33. Para un análisis más exhaustivo, véase la bibliografía citada en las notas 2-4. Para el mundo germánico, véase *supra* pp. 87 ss.

34. Para los líderes posteriores a los ávaros, véase la bibliografía de la nota 23. Wiztrach y su hijo gobernaban su propia *civitas* en Bohemia: véanse *Anales de Fulda* (857 d. C.). Para Moravia, véanse los estudios citados en la nota 2. Como excelentes introducciones a los modelos cambiantes de fortaleza levantada en lo alto de una colina, véanse Godja (1991); y Kurnatowska (1997a), con las referencias completas. En el mundo protoeslavo no se ha descubierto nada parecido al Runder Berg ni otros *Herrenhöfe* de los caudillos de los alamanes del siglo IV: véase capítulo 2.

35. Véanse, en particular, Roesdahl (1982); Hedeager (1992); y Sawyer y Sawyer (1993).

36. Para el polen, véase Donat (1983); cf. Barford (2001), 153-159, ambos con referencias exhaustivas.

37. Además de la bibliografía citada en la nota 2, véanse últimamente para la expansión de la agricultura Henning (2005); y Barford (2005). Estos estudios demuestran que la plena implantación del sistema señorial fue posterior, no anterior a la formación de los estados (como exigía la ortodoxia marxista). La expansión de la agricultura, sin embargo, adoptó otras formas entre los siglos VI y VII.

38. Por los motivos que ya hemos señalado antes, la disponibilidad de la comida es uno de los factores básicos que limitan las dimensiones de la población.

39. Para otros procesos similares entre los germanos, véase capítulo 2.

40. Hedeby: *Anales Reales Francos* (808 d. C.), junto con Roesdahl (1982), 70-76. Praga: Ibn Rusteh. Kiev: *De administrando imperio*, capítulo 9; cf. Tietmaro, *Crónica* 8.2. La participación de Polonia en estas redes queda perfectamente clara en el mapa de la distribución de los dirham de plata: véase mapa 16.

41. *Primera Crónica Rusa* (911 y 945 d. C.). Ya en 808 Godofredo había trasladado a los mercaderes a Hedeby porque quería cobrar los aranceles: véase la nota anterior.

42. Para la bibliografía sobre la destrucción de los castillos tribales, véase *supra* nota 24. Para los traslados forzosos ordenados por Vladimir, véase *Primera Crónica Rusa* (1000 d. C.). Para las aldeas de siervos y la organización del corazón de Bohemia y Polonia, véanse respectivamente Godja (1991), capítulos 3-4; y Kurnatowska (1997a).

43. El ejército de Oleg: *Primera Crónica Rusa* (880-882 d. C.). Sviatoslav: *Primera Crónica Rusa* (971-972 d. C.). Para Vladimir, véase la nota anterior, junto con los comentarios generales de Franklin y Shepard (1996), capítulo 4.

44. Para una introducción, véase Bartlett (1993), capítulo 5. Según un cálculo máximo, unos doscientos mil campesinos alemanes fueron atraídos finalmente al este del Elba por los excelentes términos de las ofertas.

45. Para la expansión carolingia y su importancia estructural, véase Reuter (1985), (1990).

46. Para las disputas, véase Leyer (1989). Para los *burgward*, véase Reuter (1991).

47. Para una introducción al tema de los eslavos del Elba, y una colección muy útil de materiales relevantes, véase Lübke (1984-1988), junto con Lübke (1994), (1997), para un estudio ulterior.

48. Dvornik (1949) nos ofrece un relato muy útil. Para las Cruzadas del Norte, véase, por ejemplo, Christiansen (1980).

49. Gerón: Vidukindo de Corvey 2.20, junto con Heather (1997), de manera más general, para los abodritas. Zwentibald: *Anales de Fulda* (870-872 d. C.).

50. Para la cristianización de Moravia, véanse las referencias de la nota 2. Mutilación de Werinhar: *Anales de Fulda* (882 d. C.). La violencia y el pillaje son rasgos habituales de todas las guerras de este período, como se señala en la *Crónica* de Tietmaro, en la *Primera Crónica Rusa*, en la *Historia de los obispos de Hamburgo* de Adam de Bremen, y en la *Crónica de los eslavos* de Helmold; estas dos últimas obras tienen mucho que decir acerca de los saqueos y las guerras entre el Imperio y los eslavos del Elba.

51. Para la evolución militar de los sajones, véase Leyser (1982), artículos 1 y 2. Para el Capitulario de Thionville, véase Boretius (1883), 44.7.

52. *Milagros de san Demetrio* II.5; cf. la rápida aparición de poderosos caudillos como Liudewit: para las referencias correspondientes, véase *supra* nota 23.

53. Para un análisis ulterior, con las correspondientes referencias, véase el capítulo 9.

54. Para las incursiones en busca de esclavos de los rus y de los eslavos occidentales: Ibn Jaqub; cf. McCormick (2001), para la importancia en general de estos nuevos contactos.

55. Ibn Fadlan, *Relación*; cf. *Primera Crónica Rusa* (993 d. C.), para Vladimir. Si el tráfico era esencialmente de esclavas, los rus tendrían presumiblemente que arrastrar sus barcas para sortear los rápidos del Dniéper, pero quizá no sea más que literatura de choque. Desde luego el tráfico de esclavos en Occidente —por tierra y por mar— afectaba a varones y a mujeres; cf. Verlinden (1955), fuente del mapa mencionado.

56. Para las referencias introductorias, véase *supra* nota 7. La misma tendencia a no adoptar el cristianismo a partir de un vecino imperial es visible también en el caso de los búlgaros, que hicieron lo mismo intentado evitar una conexión con Bizancio: véase, por ejemplo, Browning (1975), a modo de introducción. Tampoco los búlgaros consiguieron librarse de la conexión imperial, pero, al igual que los polacos, acabaron logrando la concesión de un arzobispo propio.

57. El hecho de disponer del maravilloso relato de Beda y de una multitud de otras fuentes de la primitiva época de la conversión en Inglaterra significa que el estudio de caso de la Inglaterra anglosajona se ha convertido a menudo en el vehículo para explorar estas ideas. Para una introducción excelente, véase Mayr Harting (1972); cf. Mayr Harting (1994) para una comparación con Bulgaria.

58. No hay muchos indicios de que la conversión al cristianismo cambiara el carácter de la rivalidad política inmediata en el contexto eslavo, del mismo modo que tampoco los hay en el anglosajón, para el cual véase el maravilloso artículo de Wormald (1978). En el frente administrativo, el último reino anglosajón accedió al cristianismo en 681, cuando Wessex conquistó la isla de Wight, pero los inicios de un sistema administrativo que funcionara de forma convincente a través del uso de la escritura sólo son visibles, a mi juicio, dos o tres generaciones después, y realmente no se multiplican los testimonios hasta los siglos IX y X.

59. El reglamento del imperio carolingio había establecido el diezmo como norma desde finales del siglo VIII: véase McKitterick (1977). Esto hace que las conversiones eslavas de época posterior, como la de los anglosajones, constituyan ejemplos distintos, en los que los impuestos religiosos todavía no estaban firmemente establecidos.

60. Para los tervingos, véase el capítulo 2. Para la sublevación de 983, véanse Reuter (1991); y Lübke (1994), en particular con los comentarios al relato de Tietmaro, *Crónica* 3.17 ss. La *Primera Crónica Rusa* es la fuente primordial de información para el caso ruso, sobre el cual Shepard (2005), con todas las referencias a la bibliografía anterior, constituye un excelente estudio reciente.

61. Vladimir: *Primera Crónica Rusa* (1978-980 d. C.); junto con Shepard (2005) para los comentarios. Para los eslavos del Elba, véanse las referencias en la nota 47.

62. Para una introducción al concepto de «interacción de entidades políticas iguales» (*peer polity interaction*), y algunos estudios de caso, véase Renfrew y Cherry (1986).

63. Para un análisis detallado de la afluencia de plata, véase Noonan (1997), (1998).

64. Para algunos estudios de caso comparativos, antiguos y modernos, véanse Gottmann (1980); Rowlands *et alii* (1987); Bilde *et alii* (1993); y Champion (1995). sin embargo, es sumamente importante tener en cuenta un concepto generalizado de agencia (*agency*): cf. Wilson (2008).

CAPÍTULO 11: EL FIN DE LAS MIGRACIONES Y EL NACIMIENTO DE EUROPA

1. *Anales de Fulda* (900 d. C.).

2. Véase Faith (1997) para analizar hasta qué punto los normandos reescribieron las leyes por las que se regía la vida del campesinado.

3. Véanse los capítulos 6 y 9 del presente libro.

4. Como vimos en el capítulo 6, la difusión de un 50-75 por 100 de cromosomas Y posiblemente «anglosajones» aparecidos en muestras de la población inglesa de la actualidad pueden ser el reflejo de un grupo de invasores que representaran entre el 50 y el 70 por 100 de la población de los siglos V-VI, o incluso únicamente el 10 por 100 si se les da un pequeño margen de ventaja reproductora.

5. Estos casos tan importantes de los que informan Amiano y Procopio son estudiados en detalle en los capítulos 4 y 5.

6. En estos casos, los testimonios no demuestran que los grupos cruzaran realmente la frontera, pero fuentes fiables de la época hablan de cómo más tarde pasaron a la península Ibérica y al norte de África respectivamente, y se unieron a Alarico, en estos términos precisos.

7. Los flujos migratorios góticos y lombardos han sido estudiados en los capítulos 3 y 5.

8. Las ideas expuestas aquí, y en capítulos anteriores, aparecen desarrolladas con más detalle en Heather (2008a).

9. En lo referente a la emigración anglosajona de vuelta a su lugar de origen, véase el anterior capítulo 6 del presente libro.

10. Aunque esta idea ha sido puesta en tela de juicio por algunos, es también muy probable que los godos tervingos se pusieran en marcha en el otoño de 376: véase Heather (2005), 153.

11. Esta circunstancia probablemente limitara el número de transformaciones sociales fundamentales (a diferencia de las políticas) generado por los nuevos flujos de riqueza que se dirigían a Escandinavia, pues en un principio la mayor parte de esas riquezas iban a parar invariablemente a manos de los que ya eran bastante ricos.

12. Y es probable que también de esclavos no militarizados: véase el anterior capítulo 4 del presente libro.

13. El t3pico de la migraci3n de Jordanes, por supuesto, supuso la excusa perfecta para hacerlo: v3ase el anterior cap3tulo 3 del presente libro.

14. El único estado sucesor que no fue fundado por una nueva coalición creada sobre la marcha fue el de los burgundios, pero debemos tener en cuenta que hay una gran escasez de testimonios narrativos que nos impide comprender la historia de los burgundios del siglo V, que sin duda tuvo que ser sumamente traumática.

15. La historia del imperio de los hunos viene a confirmar este hecho, pues la subsistencia de la enorme potencia suprarregional creada por Atila y sus predecesores dependía totalmente de los grandes flujos de riquezas del Mediterráneo: véase el capítulo 5 del presente libro.

16. Sólo se ha conservado un episodio que ilustra la interacción entre godos y eslavos: Jordanes, *Getica* 48.247, junto con p. 273 del presente libro.

17. Las fuentes sugieren, sin embargo, que algunos grupos eslavos ya habían desarrollado un grado considerable de organización política y militar gracias a los nuevos flujos de riqueza del siglo VI: véase el capítulo 8 del presente libro.

18. Bartlett (1993), especialmente sus capítulos 2 y 5, constituye una excelente introducción a estos nuevos modelos.

19. Tácito, *Germania* 46.4.

Emperadores y bárbaros. El primer milenio de la historia de Europa

Peter Heather

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Empires and Barbarians. Migration, Development and the Birth of Europe*

Macmillan Publishers Limited, Londres

© 2009 by Peter Heather

© de la traducción, 2010, Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda-Gascón

© del diseño de la portada, Jaime Fernández

© de la imagen de la portada, Broche ornamental galorromano, c.100-300

Cleveland Museum of Art, OH, USA / J. H. Wade Fund / Bridgeman Images/ ACI Y © Stephen Mulcahey / Alamy /ACI

© Editorial Planeta S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.ed-critica.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-17067-97-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com